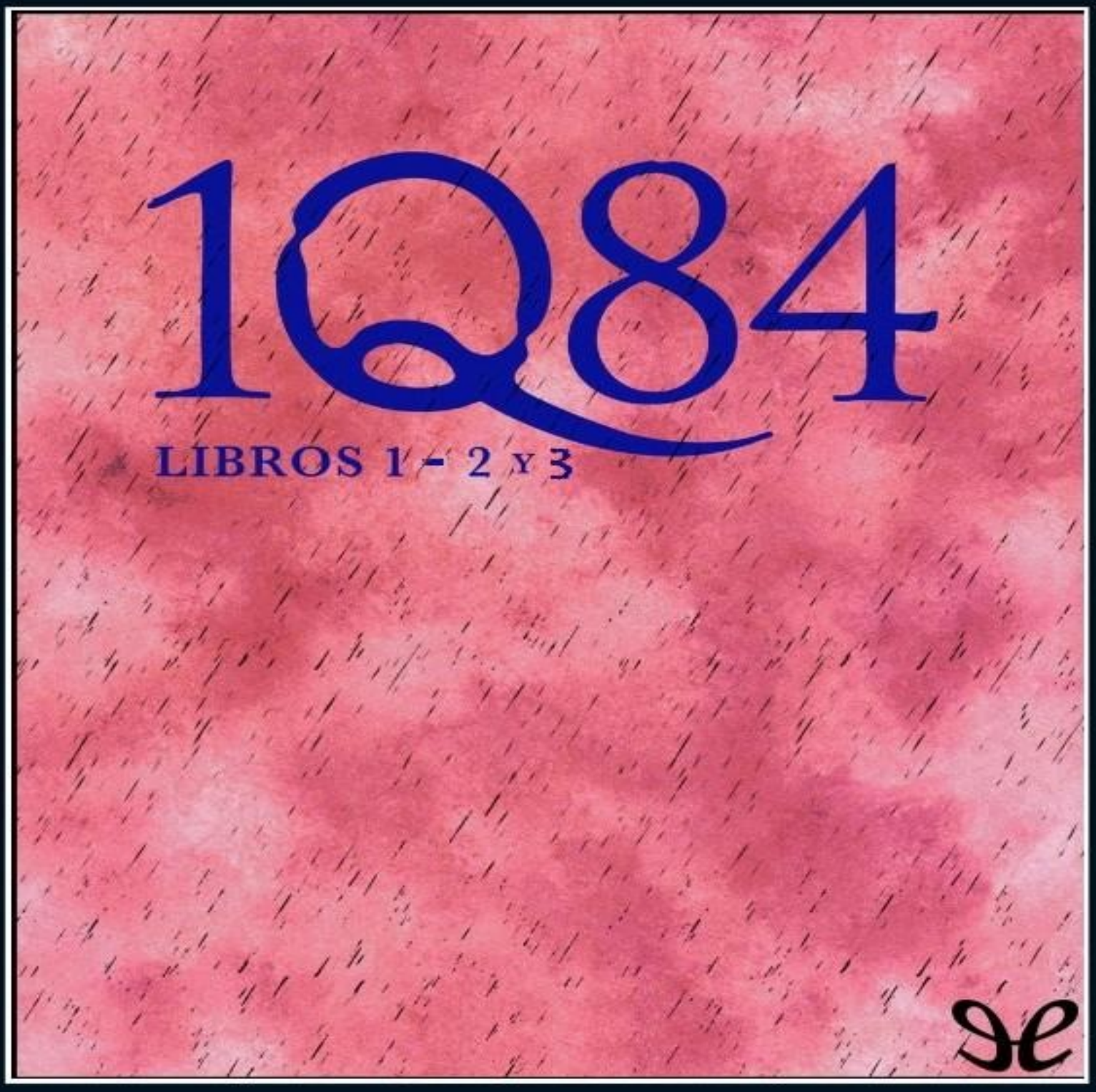
Haruki Murakami



En japonés, la letra Q y el número 9 son homófonos, los dos se pronuncian kyu, de manera que 1Q84 es, sin serlo, 1984, una fecha de ecos orwellianos. Esa variación en la grafía refleja la sutil alteración del mundo en que habitan los personajes de esta novela, que es, también sin serlo, el Japón de 1984. En ese mundo en apariencia normal y reconocible se mueven Aomame, una mujer independiente, instructora en un gimnasio, y Tengo, un profesor de matemáticas. Ambos rondan los treinta años, ambos llevan vidas solitarias y ambos perciben a su modo leves desajustes en su entorno, que los conducirán de manera inexorable a un destino común. Y ambos son más de lo que parecen: la bella Aomame es una asesina; el anodino Tengo, un aspirante a novelista al que su editor ha encargado un trabajo relacionado con La crisálida del aire, una enigmática obra dictada por una esquiva adolescente. Y, como telón de fondo de la historia, el universo de las sectas religiosas, el maltrato y la corrupción, un universo enrarecido que el narrador escarba con precisión orwelliana.

En el tercer libro se suma a las voces de Aomame —la enigmática instructora de gimnasia y asesina— y de Tengo —el profesor de matemáticas y escritor—, la de un nuevo personaje, un detective llamado Ushikawa. Su última misión, encargada por Vanguardia, el misterioso culto religioso, consistió en comprobar si Aomame era digna de confianza para trabajar para el líder. Ushikawa dío el visto bueno a la joven, pero ésta los traicionó a todos, cometió un nuevo asesinato y luego desapareció. Si el detective no logra encontrarla, la venganza de la secta se abatirá sobre él. Entretanto, Aomame y Tengo, cada uno a su modo, siguen deseándose en la ausencia, buscándose —en el más puro estilo de Murakami— casi sin moverse de su sitio, aislados, quizás a punto de experimentar un giro radical en sus vidas y esperando un reencuentro que los redima… en el mundo de 1984, o en el de 1Q84, ese fantasmagórico universo con dos lunas.

Haruki Murakami

1Q84 (Libros 1 - 2 y 3)

ePub r1.1
Titivillus 02.01.2020

Título original: *1Q84 (vol. 1 - 2 & 3)*
Haruki Murakami, 2009
Traducción: Gabriel Álvarez Martínez

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas

- Batera, fulano, bufalino, Ret, Othon_ot, Preferido, Semitono
- Pgmint3
- coltrane
- Mozartillo
- ReadingT

ePub base r2.1



Primer libro
Abril - Junio

It's a Barnum and Bailey world,
just as phony as it can be,
but it wouldn't be make-believe
if you believed in me.

[Es un mundo circense,
falso de principio a fin,
pero todo sería real
si creyeses en mí.]

«It's Only a Paper Moon»,
E. Y. Harburg & Harold Arlen

1
AOMAME

No se deje engañar por las apariencias

La radio del taxi retransmitía un programa de música clásica por FM. Sonaba la *Sinfonietta* de Janáček. En medio de un atasco, no podía decirse que fuera lo más apropiado para escuchar. El taxista no parecía prestar demasiada atención a la música. Aquel hombre de mediana edad simplemente observaba con la boca cerrada la interminable fila de coches que se extendía ante él, como un pescador veterano que, erguido en la proa, lee la aciaga línea de convergencia de las corrientes marinas. Aomame, bien recostada en el asiento trasero, escuchaba la música con los ojos entornados.

¿Cuántas personas habrá en el mundo que, al escuchar el inicio de la *Sinfonietta* de Janáček, puedan adivinar que se trata de la *Sinfonietta* de Janáček? La respuesta probablemente esté entre «muy pocas» y «casi ninguna». Pero Aomame, de algún modo, podía.

Janáček compuso aquella pequeña sinfonía en 1926. El tema inicial había sido creado, originalmente, como una fanfarria para una competición deportiva. Aomame se imaginaba la Checoslovaquia de 1926. La primera guerra mundial había finalizado, por fin se habían liberado del prolongado mandato de la Casa de Habsburgo, la gente bebía cerveza Pilsen en los cafés, se fabricaban flamantes ametralladoras y saboreaban la pasajera paz que había llegado a Europa Central. Ya hacía dos años que, por desgracia, Franz Kafka había abandonado este mundo. Poco después Hitler surgiría de la nada y, de repente, devoraría con avidez aquel bello país, pequeño y recogido, pero por aquel entonces nadie sabía aún que ocurriría esa catástrofe. La enseñanza más importante que la Historia ofrece a las personas tal vez sea que «en cierto momento nadie sabía lo que sucedería en el futuro». Aomame se imaginaba el apacible viento atravesando las llanuras de Bohemia y, mientras escuchaba aquella música, reflexionaba sobre las vicisitudes de la Historia.

En 1926, el emperador Taishō falleció y se produjo la transición a la era Shōwa. En Japón también estaba a punto de comenzar una época oscura y abominable. El breve interludio de modernismo y democracia se terminó y el fascismo desplegó su poder.

La Historia era una de las aficiones de Aomame, junto con el deporte. Apenas había leído novelas, pero podía leer cuantos libros históricos se le pusieran delante. De la Historia le interesaba el hecho de que todos los acontecimientos estaban, en el fondo, vinculados a determinadas épocas y lugares. Acordarse de las diferentes épocas no le resultaba difícil. Aunque no memorizara las cifras, cuando podía captar todas las relaciones entre los diversos hechos, las épocas le venían automáticamente a la cabeza. En los exámenes de Historia durante la secundaria y en el instituto siempre sacaba las notas más altas de la clase. Cada vez que alguien le decía que se le daba mal recordar épocas históricas, ella se extrañaba. ¿Por qué no son capaces de hacer algo tan sencillo? Aomame era realmente el apellido de aquella chica. Su abuelo paterno era oriundo de la prefectura de Fukushima. Se decía que en aquellos pequeños pueblos y aldeas en medio de las montañas había varias personas que se apellidaban Aomame. Antes de que Aomame hubiera nacido, su padre rompió los vínculos con su familia. Lo mismo sucedió con su madre. Por eso, Aomame nunca llegó a conocer a sus abuelos. Apenas viajaba, pero si se le presentaba la oportunidad de hacerlo, tenía por costumbre abrir la guía telefónica del hotel y averiguar si había alguien apellidado Aomame, aunque hasta entonces, en todas las ciudades y todos los pueblos que había visitado, no había encontrado a nadie que se apellidara así. En esos momentos se sentía como una náufraga solitaria arrojada a merced de las inmensidades del océano.

Dar su apellido siempre le resultaba fastidioso. Cada vez que lo pronunciaba, la gente la miraba a la cara, extrañada o desconcertada. ¿Aomame? Sí. Aomame. Se escribe con los caracteres de «verde» y de «legumbre». Cuando la contrataban en una empresa y debía utilizar tarjetas de presentación, había vivido muchas situaciones embarazosas. Al entregar la tarjeta, la gente se quedaba mirándola fijamente durante un rato. Como si de golpe le hubiera entregado una carta anunciando una desgracia. También había oído risas sofocadas al dar su apellido por teléfono. Cuando la llamaban en las salas de espera del ayuntamiento o del hospital, la gente erguía la cabeza y la miraba. Quizá se preguntaran qué cara podría tener alguien apellidado Aomame.

A veces se equivocaban y la llamaban «Edamame». Incluso la habían llamado «Soramame»[1]. En esas ocasiones, ella corregía: «No, no es Edamame (o Soramame). Es Aomame. Ciertamente se parecen, pero…». Entonces sonreían a la fuerza y se disculpaban. «Es que es un apellido raro, ¿no?». ¿Cuántas veces habría escuchado la misma cantinela en treinta años de vida? ¿Cuántos chistes pésimos habría hecho todo el mundo con aquel apellido? Si no hubiera nacido con ese apellido, su vida probablemente hubiera sido diferente. Con un apellido más común, como por ejemplo Satō, Tanaka o Suzuki, quizá llevaría una vida más relajada y miraría a la gente con un poco más de indulgencia. Tal vez.

Aomame prestaba atención a la música con los ojos cerrados. El bello eco producido por el unísono de los instrumentos de viento calaba en el interior de su cabeza. De repente se dio cuenta de algo. Para ser la radio de un taxi, la calidad del sonido era demasiado buena. Aunque estaba puesta a bajo volumen, el sonido resultaba profundo y los armónicos sonaban con nitidez. Abrió los ojos, se echó hacia delante y observó el equipo estéreo instalado en el salpicadero. El aparato era completamente negro y brillaba con fulgor y como con orgullo. No se podía leer el nombre del fabricante, pero por el aspecto supo que era un producto de lujo. Tenía muchos botones y los números verdes sobresalían con elegancia en el panel. Probablemente fuera un aparato de alta tecnología. Una compañía de taxis normal y corriente no equiparía los coches con un sistema de sonido de tal calidad.

Aomame echó un vistazo otra vez al interior del vehículo. Como había estado abstraída desde que se subió al coche, no se había fijado, pero aquél no era un taxi normal, en ningún sentido. El equipamiento era de buena calidad; la comodidad de los asientos, extraordinaria, y, ante todo, el interior era silencioso. Parecía estar insonorizado, porque apenas entraba ruido del exterior. Era como estar en un estudio equipado con dispositivos de aislamiento acústico. Quizá fuera un taxi privado. Entre los conductores de taxis privados, hay quien no escatima en gastos para el coche. Aomame buscó con la mirada la placa de identificación, pero no la encontró. Sin embargo, no parecía un taxi ilegal, sin licencia. Llevaba el taxímetro reglamentario y marcaba la cantidad de forma adecuada: 2150 yenes. A pesar de ello, la placa de identificación con el nombre del conductor no se veía por ninguna parte.

—Tiene usted un buen coche, muy poco ruidoso —dijo Aomame a espaldas del conductor—. ¿Qué coche es?

—Un Toyota Crown Royal Saloon —respondió lacónico el conductor.

—La música suena nítida.

—Es un coche silencioso. Por eso lo elegí. Toyota tiene una de las mejores tecnologías del mundo en lo que a insonorización se refiere.

Aomame asintió y volvió a recostarse en el asiento. Había algo en la manera de hablar del conductor que la atraía. Hablaba como si siempre se dejara algo importante por decir. Por ejemplo (y no es más que un ejemplo), como si no hubiera ninguna queja en cuanto a insonorización, pero el Toyota fallara en algo. Y cuando acababa de hablar, un pequeño fragmento de silencio locuaz se quedaba flotando en el estrecho espacio del vehículo, como la miniatura de una nube imaginaria. De algún modo, provocó en Aomame una sensación de inquietud.

—Sí que es silencioso —opinó Aomame para alejar aquella nubecilla—. Además, el equipo estéreo parece de lujo.

—Me lo pensé dos veces antes de comprármelo —el tono del conductor sonó como el de un oficial del Estado Mayor retirado hablando de operaciones militares del pasado—. Pero como paso muchas horas dentro del coche, prefiero tener el mejor sonido posible y…

Aomame esperó a que siguiera hablando, pero no hubo continuación. Volvió a cerrar los ojos y a escuchar la música. Desconocía cómo había sido Janáček a nivel personal. De todos modos, estaba segura de que el músico nunca se habría imaginado que alguien, en el silencioso interior de un Toyota Crown Royal Saloon, en medio de un atasco terrible en la autopista metropolitana de Tokio, en 1984, escucharía la música que había compuesto.

Con todo, a Aomame le pareció extraño haber reconocido enseguida que aquella música era la *Sinfonietta* de Janáček. ¿Y por qué sabía que había sido compuesta en 1926? No era muy fan de la música clásica. Tampoco tenía ningún recuerdo personal relacionado con Janáček. Sin embargo, en el momento mismo en que escuchó las notas del inicio de la obra, diversos conocimientos le vinieron a la mente de forma automática. Como si una bandada de pájaros entrara volando en una habitación por una ventana abierta. Además, aquella música provocaba en Aomame una sensación rara, semejante a una torsión. Sin dolor ni malestar. Tan sólo se sentía como si le estrujaran físicamente, de forma

paulatina, todo el cuerpo. Aomame desconocía el motivo. ¿Por qué le causaría la *Sinfonietta* aquella sensación inexplicable?

—Janáček —dijo Aomame medio inconscientemente. Después de pronunciar aquel nombre, pensó que hubiera sido mejor no hacerlo.

—¿Qué dice?

—Janáček. El compositor de esta pieza.

—No lo conozco.

—Un compositor checo —dijo Aomame.

—¡Ah! —contestó el conductor admirado.

—¿Este taxi es privado? —preguntó Aomame, para cambiar de tema.

—Sí —respondió el conductor. Entonces hizo una pausa—. Es privado. Este vehículo es el segundo que tengo.

—Los asientos son comodísimos.

—Muchas gracias. A propósito —dijo el conductor volviendo un poco la cabeza hacia ella—, ¿tiene prisa?

—Tengo una cita en Shibuya. Por eso tomé el taxi en la autopista metropolitana.

—¿A qué hora es la cita?

—A las cuatro y media —afirmó Aomame.

—Ahora son las cuatro menos cuarto. No llegamos a tiempo.

—¿Tan grande es el atasco?

—Debe de haber un accidente enorme más adelante. Este tráfico no es normal. Hace ya un rato que apenas avanzamos.

A Aomame le extrañó que el conductor no escuchara la información vial por la radio. En la autopista se había formado un atasco brutal que lo obligaba a quedarse en el sitio. Normalmente, los conductores de taxi tienen una frecuencia exclusiva y buscan información.

—¿Cómo lo sabe, si no escucha la información vial? —preguntó Aomame.

—No me fío de esa información —dijo el conductor en un tono un tanto vacuo—. La mitad es mentira. La Corporación Nacional de Carreteras sólo informa de las buenas condiciones del tráfico. Para saber lo que ocurre ahora, no me queda más remedio que ver con mis propios ojos y juzgar con mi propia cabeza.

—Y según sus estimaciones, el atasco no se va a disolver con facilidad.

—De momento, es improbable —afirmó el conductor, asintiendo con calma —. Se lo puedo garantizar. Cuando se pone así de congestionada, la autopista es

un infierno. ¿La cita es por algo importante?

Aomame pensó.

—Sí, muy importante. Es una cita con un cliente.

—¡Qué lástima! Lo siento mucho, pero tal vez no lleguemos a tiempo.

Mientras el conductor hablaba, agitaba ligeramente el cuello, como para desentumecer una rigidez en los músculos. Las arrugas de la nuca se movían igual que una criatura prehistórica. La palma de la mano le sudaba de forma tenue.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Nada. Como estamos en la autopista metropolitana, no podemos hacer nada hasta llegar a la próxima salida. Tampoco se va a bajar aquí, como si fuera una carretera normal, y coger el tren en la estación más cercana.

—¿Cuál es la próxima salida?

—Ikejiri, pero llegar allí podría llevarnos hasta el anochecer.

¿Hasta el anochecer? Aomame se imaginó encerrada en aquel taxi hasta el anochecer. Aún sonaba la música de Janáček. Los instrumentos de cuerda con sordina se habían puesto al frente, como para apagar el crescendo de sensaciones. El sentimiento de torsión de antes ya se había apaciguado. ¿A qué se debería?

Aomame había tomado el taxi cerca de Kinuta y, en Yōga, se habían metido en la Ruta 3 de la autopista metropolitana. Al principio, el vehículo circulaba con soltura; pero, antes de llegar a Sangenjaya, de repente se formó un atasco, y poco después casi no podían ni moverse. En el carril contrario, el tráfico circulaba con normalidad. Su carril era el único que sufría un atasco calamitoso. Normalmente, las tres de la tarde pasadas no solía ser la franja horaria en la que aquel carril de la Ruta 3 se atascaba. Por eso le había indicado al conductor que tomara la metropolitana.

—El precio no va a aumentar porque estemos en la metropolitana —le dijo el conductor, mirando por el espejo—. Así que no hace falta que se preocupe por el dinero. Sin embargo, señorita, supongo que le supondría un problema llegar tarde a la cita, ¿no?

—Claro que sí, pero antes me ha dicho que no se podía hacer nada, ¿verdad?

El conductor miró de soslayo la cara de Aomame por el espejo retrovisor. Llevaba unas gafas de sol de tono claro. Debido a la luz, no podía atisbarse su semblante.

—Oiga, no es que no haya absolutamente ningún modo. Existe un recurso de emergencia un poco forzado, pero podría ir hasta Shinjuku en tren.

—¿Un recurso de emergencia?

—No precisamente a la vista de todo el mundo.

Aomame, sin decir nada y con los ojos entrecerrados, esperó a que el señor hablara.

—Mire, ahí hay un espacio al que podría arrimar el coche —explicó el conductor, señalando hacia delante—. Donde está el panel grande de Esso.

Aomame fijó la vista y vio un espacio de estacionamiento en caso de accidente a la izquierda del segundo carril. Como en la metropolitana no hay arcenes, en ciertos sitios habían habilitado lugares de evacuación para emergencias. Tenían una cabina amarilla con un teléfono de emergencia desde el cual se podía contactar con la administración de autopistas. En aquel momento no había allí ningún coche parado. En el tejado del edificio que separaba aquel carril del carril contrario había un enorme panel publicitario de la compañía petrolera Esso. Consistía en un sonriente tigre que tenía en la mano la manguera de un surtidor de gasolina.

—El asunto es que ahí hay unas escaleras para bajar al nivel del suelo. En caso de incendio o de un gran terremoto, el conductor puede abandonar el coche y descender por ahí. Normalmente, la utilizan los obreros de mantenimiento de carreteras. Tras bajar por esas escaleras, hay una estación de la red Tōkyū cerca. Si coge un tren, llegará enseguida a Shinjuku.

—No sabía que hubiera escaleras de emergencia en la metropolitana.

—Por lo general, nadie lo sabe.

—¿Pero no me meteré en un lío si las utilizo sin permiso, sin tratarse de un caso de emergencia?

El conductor tardó un poco en contestar.

—Bueno… No sé bien cómo funcionan exactamente las normas de la Corporación Nacional de Carreteras. Pero no va a molestar a nadie y, además, seguro que lo pasarían por alto. En general, en estos sitios no suele haber nadie acechando. En todas partes hay muchos empleados de la Corporación de Carreteras, pero todo el mundo sabe que en realidad hay pocos que trabajen.

—¿Qué tipo de escaleras son?

—Pues parecen unas escaleras de emergencia para incendios. Mire, como aquéllas en la parte posterior de aquel viejo hotel. No son particularmente

peligrosas. Tienen la altura de un edificio de tres plantas, más o menos, pero pueden bajarse con normalidad. Aunque ahora mismo en la entrada hay una verja, no es alta y puede saltarse sin problemas.

—¿Las ha usado usted en alguna ocasión?

No respondió. Tan sólo esbozó una débil sonrisa al espejo interior. Aquella sonrisa podía interpretarse de diferentes formas.

—Depende completamente de usted —dijo el conductor, dando golpecitos en el volante con la punta de los dedos al ritmo de la música—. A mí no me importa descansar aquí sentado, escuchando buena música. Como, por mucho que haga, no podemos ir a ninguna parte, no nos queda más remedio que resignarnos. Pero, si se trata de un asunto urgente, siempre tiene el recurso de emergencia.

Aomame frunció de forma imperceptible el ceño, echó un vistazo al reloj y, a continuación, alzó la cara y miró alrededor del coche. A la derecha había un Mitsubishi Montero negro ligeramente cubierto de polvo blanco. En el asiento del acompañante, un hombre joven había abierto la ventana y fumaba con aire de hastío. Tenía el pelo largo, estaba bronceado y llevaba un cortavientos granate. En el maletero había apiladas varias tablas de surf sucias y ajadas. Delante de ese coche se había parado un Saab 900. Las lunas tintadas estaban completamente cerradas y, desde el exterior, era imposible ver quién iba dentro. El vehículo estaba muy bien encerado. Tan bien que si se pusieran al lado, la cara se le reflejaría.

Delante del taxi al que Aomame se había subido se encontraba un Suzuki Alto rojo con una matrícula abollada del barrio de Nerima en el parachoques trasero. Una madre joven agarraba el volante. La hija pequeña se aburría y no paraba de moverse encima del asiento. La madre le llamaba la atención, con cara de estar harta. A través del cristal podían leerse los movimientos de la boca de aquella madre. Era exactamente la misma escena de hacía diez minutos. Durante aquel intervalo, el coche no debía de haber avanzado ni siquiera diez metros.

Aomame reflexionó durante un buen rato. Fue liquidando mentalmente diversos factores por orden de prioridad. Pasó algún tiempo hasta que llegó a una conclusión. La música de Janáček entró, entonces, en el último movimiento.

Aomame sacó unas pequeñas gafas de sol Ray-Ban de la bandolera. Luego tomó tres billetes de mil yenes de la cartera y se los entregó al conductor.

—Me bajo aquí. Es que no puedo llegar tarde —le dijo.

El conductor asintió y tomó el dinero.

—¿Quiere recibo?

—No me hace falta. Y quédese con el cambio.

—Gracias —dijo el conductor—. Tenga cuidado, que sopla mucho viento. ¡No vaya a resbalar!

—Lo tendré —respondió Aomame.

—Una cosa más —el conductor habló dirigiéndose al espejo interior—. Me gustaría que recordara lo siguiente: las apariencias engañan.

«Las apariencias engañan», repitió Aomame en su cabeza, y frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

El conductor eligió las palabras.

—En fin, podría decirse que lo que está a punto de hacer no es algo normal. ¿No es así? La gente normal no desciende por unas escaleras de emergencia en la autopista metropolitana en pleno día. Sobre todo una mujer.

—Sí, es verdad —dijo Aomame.

—Y cuando se hace algo así, el paisaje cotidiano…, ¿cómo se lo podría decir?… Tal vez parezca un poco diferente al de siempre. A mí me ha pasado. Pero no se deje engañar por las apariencias. Realidad no hay más que una.

Aomame pensó en lo que el conductor acababa de decirle. Mientras pensaba, la música de Janáček terminó y el público empezó a aplaudir al instante. ¿Dónde habría tenido lugar el concierto de la grabación que habían retransmitido? Fue una ovación apasionada. A veces también se oían gritos de bravo. Le vino a la mente la escena del director de orquesta sonriendo y haciendo reverencias hacia el público puesto de pie. Alzaba la cabeza, alzaba los brazos, le daba un apretón de manos al concertino, se daba la vuelta, levantaba ambos brazos, aplaudía a los miembros de la orquesta, se volvía hacia el público y, una vez más, hacía una profunda reverencia. Al cabo de un buen rato de aplausos grabados, éstos empezaron a enmudecer. La sensación era semejante a escuchar con atención una interminable tormenta de arena en Marte.

—Realidad no hay más que una —repitió el conductor despacio, como si subrayara un fragmento importante de un libro.

—Por supuesto —dijo Aomame—. Efectivamente. No puede haber más que una cosa, en un tiempo y en un lugar. Einstein lo demostró. La realidad es serenidad persistente, soledad persistente.

Aomame señaló el equipo de estéreo.

—Sonaba genial.

El conductor asintió.

—¿Cómo se llamaba el compositor?

—Janáček.

—Janáček —repitió el conductor, igual que si memorizara una contraseña importante. Después empujó una palanca y abrió la puerta trasera automática—. Cuídese. Espero que pueda llegar a tiempo.

Aomame se apeó del coche con el pequeño bolso bandolera de piel en la mano. Cuando se bajó del vehículo, el aplauso seguía sonando en la radio. Se dirigió al espacio para evacuación en caso de emergencia, que estaba a unos diez metros más adelante, y caminó con precaución por el borde de la autopista. Cada vez que un camión de transporte pesado pasaba por el carril contrario, el pavimento temblaba por el efecto de la alta velocidad. Más que a un temblor, se parecía a una marejada. Como caminar por la cubierta de un portaaviones en un mar encabritado.

La niña pequeña del Suzuki Alto rojo asomó la cabeza por la ventanilla del asiento del acompañante y se quedó mirando a Aomame boquiabierta. Entonces se dio la vuelta y preguntó a su madre:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué está haciendo esa chica? ¿Adónde va? ¡Yo también quiero salir! ¡Eh, mamá! ¡Yo también quiero salir! ¡Eh, mamá! —le pidió en voz alta insistentemente.

La madre sólo negó con la cabeza, en silencio. Después echó una rápida mirada de reproche a Aomame. Sin embargo, aquélla fue la única voz que se oyó en los alrededores, la única reacción perceptible. Los demás conductores se limitaban a dar caladas a sus cigarros, fruncían ligeramente el ceño y la seguían con la mirada, como si vieran algo deslumbrante, mientras ella caminaba a paso ligero, sin titubear, entre el muro lateral y los coches. Era como si, de momento, se reservaran sus juicios. A pesar de que los coches no se movían, el que alguien caminara por el pavimento de la autopista metropolitana no era algo habitual. Requería algún tiempo asimilarlo y aceptarlo como un episodio real. Aún más teniendo en cuenta que quien caminaba era una chica joven con minifalda y zapatos de tacón.

Aomame caminaba con paso firme y decidido, con la barbilla erguida, la vista fija al frente y la espalda recta, mientras sentía en la piel las miradas de la gente. Los zapatos de tacón castaños de Charles Jourdan golpeaban el pavimento con un ruido seco y el viento mecía los bajos del abrigo. Ya había comenzado abril, pero el viento aún era frío y contenía un presentimiento de agresividad. Encima del traje verde de lana fina de Junko Shimada, llevaba un abrigo de

entretiempo beis y un bolso bandolera negro de piel. El pelo, que le llegaba hasta los hombros, bien cortado y arreglado. No llevaba ningún complemento, ni nada que se le asemejara. Medía un metro y sesenta y ocho centímetros de estatura, y tenía todos los músculos cuidadosamente forjados, sin un gramo de grasa de más, aunque el abrigo lo ocultaba.

Observando con detenimiento su rostro de frente, podía verse que la forma y el tamaño de sus orejas diferían considerablemente a ambos lados. La oreja de la izquierda era bastante más grande que la de la derecha y un poco deforme. Pero nadie se daba cuenta de ello, porque, por lo general, las llevaba escondidas bajo el pelo. Al cerrar los labios, éstos formaban una línea recta y sugerían un carácter arisco en toda circunstancia. Una naricita fina, unos pómulos un tanto salientes, una frente ancha y unas cejas largas y rectas acusaban aún más esa tendencia. No obstante, tenía una cara más o menos ovalada y proporcionada. Gustos aparte, podría decirse que era bella. El único problema era la excesiva dureza en la expresión de su cara. En aquellos labios cerrados con fuerza no afloraba una sonrisa a menos que fuera necesario. Ambos ojos parecían no cansarse de mostrarse fríos, como excelentes vigías en la cubierta de un barco. Por eso, su cara nunca dejaba una impresión vívida en los demás. En muchos casos, lo que llamaba la atención de la gente, más que las veleidades y los defectos de aquellas facciones estáticas, era la naturalidad y elegancia de su gesto. La mayoría de la gente era incapaz de entender bien el rostro de Aomame. Una vez que apartaban la mirada de ella, ya no podían describir su cara. Aunque debía de tener un rostro particular, de algún modo, los detalles de sus rasgos no calaban en la mente. En ese sentido, se parecía a un insecto ingeniosamente mimetizado. Cambiar de color y forma, integrarse en el paisaje, llamar la atención lo menos posible, ser recordada con dificultad; eso era lo que Aomame buscaba por encima de todo. Desde que era pequeña, se había ido protegiendo de esa manera.

Sin embargo, cuando pasaba algo y fruncía el ceño, las frías facciones de Aomame cambiaban hasta límites dramáticos. Los músculos faciales se crispaban de manera enérgica, cada uno en una dirección; se acentuaba hasta los extremos la asimetría entre ambos lados de su semblante, se le formaban arrugas profundas aquí y allá, los ojos se le retraían rápidamente hacia dentro, la nariz y la boca se le deformaban con violencia, el mentón se le retorcía, los labios se le levantaban y dejaban al descubierto unos grandes dientes blancos. Entonces, como si cortaran la cuerda que sujetaba una careta y ésta se desprendiera, de

repente se convertía en otra persona. Quien la veía se quedaba atónito ante aquella aberrante metamorfosis. Era un salto sorprendente desde el gran anonimato hacia un abismo sobrecogedor. Por eso siempre tenía cuidado de no fruncir el ceño delante de gente desconocida. Únicamente torcía la cara cuando estaba sola o cuando quería amenazar a un hombre que no le agradaba.

Al llegar al espacio de estacionamiento para urgencias, Aomame se detuvo y miró a su alrededor buscando las escaleras de emergencia. Las encontró pronto. A la entrada de las escaleras había una verja de hierro que le llegaba un poco más arriba de la cintura, y le habían echado el cerrojo a la puerta, tal y como el conductor le había dicho. Le amargaba un poco tener que saltar la verja con la minifalda ceñida que llevaba, pero, mientras no atrajera las miradas de la gente, no iba a resultar demasiado difícil. Se quitó los zapatos de tacón sin titubear y los metió en el bolso bandolera. Si caminaba descalza, quizá se le romperían las medias, pero podía comprar unas nuevas en cualquier tienda.

La gente observaba en silencio cómo se descalzaba y se quitaba el abrigo. Por las ventanillas abiertas de un Toyota Célica negro, que estaba parado justo enfrente, sonaba de música de fondo la voz aguda de Michael Jackson. *Billie Jean*. A Aomame se le ocurrió que era como si estuviera en medio de un show de *striptease*. «¡De acuerdo! Miren si quieren. Seguro que se están aburriendo, metidos en este atasco. Pero, señoras y señores, no voy a desnudarme más. Hoy sólo toca zapatos de tacón y abrigo. Lo siento mucho».

Aomame se ató el bolso bandolera para que no se le cayera. El flamante Toyota Crown Royal Saloon negro del que acababa de bajarse se veía a bastante distancia. Recibía de frente el sol de la tarde y el parabrisas deslumbraba como un espejo. Ni siquiera se veía la cara del conductor. Sin embargo, debía de estar mirándola.

No se deje engañar por las apariencias. Realidad no hay más que una.

Aomame inspiró y espiró profundamente. Luego saltó la verja siguiendo con el oído la melodía de *Billie Jean*. Se había arremangado la minifalda hasta la cintura. «¡Qué más da!», pensó. «Si quieren mirar, que miren a gusto. Porque aunque miren lo que hay dentro de la falda, no van a ver a través de mi persona». Aquellas bellas y esbeltas piernas eran para Aomame la parte del cuerpo de la que más orgullosa se sentía.

Cuando se bajó al otro lado de la verja, Aomame se colocó los bajos de la falda, se limpió el polvo de los brazos, se volvió a poner el abrigo y se colgó la bandolera al hombro. También empujó el puente de las gafas de sol hacia atrás.

Tenía las escaleras de emergencia ante los ojos. Eran unas escaleras de hierro pintadas de gris. Unas escaleras que sólo buscaban la sencillez, el pragmatismo y la funcionalidad. No habían sido fabricadas para que las utilizara una chica en minifalda, calzada con tan sólo unas medias. Junko Shimada tampoco diseñaba trajes teniendo en cuenta que se utilizarían para subir y bajar escaleras de evacuación en la Ruta 3 de la autopista metropolitana. Un pesado camión pasó por el carril contrario y las escaleras temblaron. El viento silbaba por entre los huecos del armazón de hierro. Con todo, allí estaban las escaleras. Ahora sólo le faltaba bajarlas hasta tocar tierra.

Aomame se volvió por última vez, con la postura de quien, tras un discurso, se queda de pie en el estrado, esperando las preguntas de la audiencia, y miró de izquierda a derecha y de derecha a izquierda los vehículos que formaban una fila sin intersticios sobre el pavimento. La fila de coches no había avanzado ni un ápice con respecto a hacía un rato. La gente se había detenido allí, sin nada que hacer, observando todos sus movimientos. Se preguntaban azorados qué demonios estaría haciendo aquella chica. Las miradas, en las que se entremezclaban preocupación y despreocupación, envidia y desdén, se vertían sobre Aomame, que había pasado al otro lado de la verja. Los sentimientos de aquella gente se balanceaban como una báscula inestable, incapaces de caer hacia un mismo lado. Un silencio plúmbeo los envolvía. No había nadie que levantara la mano e hiciera preguntas (y aunque hicieran preguntas, Aomame no tenía intención de contestarlas). La gente sólo aguardaba en silencio una ocasión que nunca llegaría. Aomame irguió levemente el mentón, se mordió el labio inferior y los evaluó por encima desde el fondo de aquellas gafas de sol de color verde oscuro.

«Seguro que ni os imagináis quién soy, adónde voy y qué voy a hacer a continuación», empezó a decir Aomame sin mover los labios.

«Vosotros estáis ahí atados, no podéis ir a ningún sitio. Apenas podéis avanzar y ni siquiera podéis dar marcha atrás. Pero yo no. Yo tengo un trabajo que hacer. Una misión que debo ejecutar. Por eso, permitidme que vaya pasando».

Por último, Aomame sintió ganas de contraer la cara con todas sus fuerzas hacia toda aquella gente. Sin embargo, abandonó la idea. No tenía tiempo para cosas superfluas. Una vez que contrajera la cara, le llevaría trabajo devolverla a su expresión habitual.

Aomame dio la espalda al público enmudecido y comenzó a descender con

paso cauteloso las escaleras de evacuación para emergencias, sintiendo la tosca frialdad del hierro en la planta de los pies. El viento frío de principios de abril le mecía el cabello y, a veces, le dejaba al descubierto la deforme oreja izquierda.

2
TENGO

Una idea un tanto diferente

El primer recuerdo de Tengo era de cuando tenía un año y medio. Su madre se había quitado la blusa, había desanudado el lazo de la combinación blanca y daba el pecho a un hombre que no era su padre. Un bebé yacía en una cuna; probablemente fuera Tengo. Él se veía a sí mismo en tercera persona. Aunque quizá fuera su hermano gemelo… No, no lo era. Aquél debía de ser el propio Tengo, con un año y medio de edad. Lo sabía por intuición. El bebé estaba dormido, con los ojos cerrados, y podía oírse débilmente cómo respiraba. Para Tengo, aquél era el primer recuerdo de su vida. Aquella escena de apenas diez segundos había quedado grabada con nitidez en las paredes de su mente. No había antes ni después. El recuerdo estaba completamente solo, aislado, como un pináculo en una ciudad anegada por una gran riada, cuya cabeza asoma por encima de la superficie turbia del agua.

Cada vez que se le presentaba la oportunidad, Tengo preguntaba a las personas que lo rodeaban qué edad tenían en el primer recuerdo de sus vidas. La mayoría, cuatro o cinco años. Como muy pronto, tres años. Nadie solía recordar cosas de una edad más temprana. Era como si un niño debiera tener al menos tres años para poder presenciar y comprender, con cierta lógica, las situaciones que ocurrían a su alrededor. En fases previas, todo se reflejaba como un caos incomprensible. El mundo era cenagoso como una papilla diluida, carecía de armazón y resultaba elusivo. Se escapaba por la ventana sin llegar a constituir un recuerdo en el cerebro.

Por supuesto, un lactante de un año y medio de edad no puede juzgar qué significa el hecho de que un hombre que no es su padre chupe los pezones de su madre. Eso es evidente. Por lo tanto, si aquel recuerdo de Tengo fuera verdadero, la escena se le habría quedado grabada en la retina tal y como la vio, sin ser enjuiciada. Igual que una cámara que graba mecánicamente los cuerpos en la

cinta de celuloide, amalgamando luz y sombra. Y a medida que la mente se desarrolla van analizándose paulatinamente las imágenes reservadas y fijadas y se les da un sentido. Pero ¿podría haber sucedido aquello en la realidad? ¿Es posible que tal imagen se almacene en el cerebro de un lactante?

¿No sería, acaso, un mero falso recuerdo? Una invención de la memoria: Tengo también había considerado esa posibilidad. Pero había llegado a la conclusión de que lo más seguro es que fuera imposible. Era demasiado vívida y tenía un poder persuasivo demasiado profundo como para ser una invención. La luz, el olor, las palpitaciones allí presentes. El realismo que emanaba era sobrecogedor; no podía ser una falsificación. Además, suponiendo que fuera real, daba sentido a muchas cosas. De manera lógica y emotiva.

A veces aquella imagen nítida aparecía, sin previo aviso, durante unos diez segundos. Ni un presagio, ni una prórroga. Sin llamar a la puerta. Lo visitaba de repente cuando viajaba en el tren, cuando escribía fórmulas matemáticas en el encerado, cuando comía o cuando charlaba con alguien (como, por ejemplo, en ese preciso instante). Avanzaba arrasando todo, como un *tsunami* silencioso. Cuando se daba cuenta, ya se alzaba ante él y los miembros se le dormían por completo. El tiempo se detenía durante un instante. A su alrededor, el aire se enrarecía y le costaba respirar. La gente y los objetos que lo rodeaban se convertían en cosas ajenas a él. La pared líquida engullía su cuerpo. Aunque sentía que el mundo se iba cerrando y quedando a oscuras, sus sentidos no se desvanecían. Tan sólo se trataba de un cambio de agujas en las vías de su vida. En parte, sus sentidos se volvían más agudos aún. No tenía miedo. Pero no podía abrir los ojos. Tenía los párpados bien cerrados. Los ruidos que lo rodeaban se iban alejando. Y entonces esa imagen familiar se proyectaba varias veces en la pantalla de su mente. Le sudaba todo el cuerpo. Sentía cómo la zona de las axilas de la camisa se humedecía. El cuerpo empezaba a temblarle ligeramente. Sus latidos eran más rápidos y fuertes.

Cuando estaba con alguien, Tengo fingía sentirse mareado. La verdad era que se parecía a un mareo. Pasado cierto tiempo, todo volvía a la normalidad. Sacaba un pañuelo del bolsillo, se lo llevaba a la boca y se quedaba quieto. Levantaba la mano en señal de que no pasaba nada, para que el acompañante no se preocupara. A veces se terminaba en treinta segundos; otras, continuaba durante más de un minuto. Durante ese tiempo, la misma imagen se repetía automáticamente, como en la función de *repeat*, si lo comparamos con una cinta de vídeo. La madre se desanudaba el lazo de la combinación y el hombre le

chupaba los pezones erectos. Ella cerraba los ojos y jadeaba. El nostálgico olor de la leche materna flotaba tenuemente en el ambiente. El olfato es el órgano más desarrollado en un bebé. Puede enseñar muchas cosas. En ciertas ocasiones, puede enseñarlo todo. No se oía ni un solo ruido. El aire se convertía en un líquido espeso. Sólo percibía, por lo bajo, sus propios ruidos cardiacos.

«Míralo», le decían. «Mira *sólo* eso», le decían. «Estás aquí; no tienes ningún otro sitio adónde ir», le decían. El mensaje se repetía incansablemente.

El «ataque» de esta vez fue largo. Tengo cerró los ojos, se llevó un pañuelo a la boca, como siempre, y lo mordió con fuerza. No sabía durante cuánto tiempo había estado así. Cuando todo terminó, la única forma de saber la duración era por el cansancio corporal. Estaba exhausto. Era la primera vez que se sentía tan fatigado. Pasó algún tiempo hasta que fue capaz de abrir los párpados. Sus sentidos deseaban despertarse cuanto antes, pero el sistema de músculos y vísceras ofrecían resistencia. Como un animal en estado de hibernación que se confunde de estación y se despierta antes de tiempo.

«¡Eh, Tengo!», había estado gritando alguien desde hacía un rato. Aquella voz sonaba vagamente, desde las profundidades de una caverna. Tengo se dio cuenta de que era su nombre. «¿Qué te pasa? ¿Es lo de siempre? ¿Estás bien?», decía la voz. Esta vez lo oyó desde un poco más cerca.

Por fin abrió los ojos, se centró y observó su mano derecha, agarrada al borde de la mesa. Confirmó que el mundo no se había desintegrado, que él seguía estando allí y seguía siendo el mismo. Aún sentía cierto entumecimiento, pero aquélla era su mano derecha, sin duda. También olía a sudor. Era un olor extrañamente salvaje, como el que se percibe delante de la jaula de alguna bestia en los zoológicos. Sin embargo, aquél era el olor que él mismo desprendía, no cabía duda.

Tenía sed. Tengo estiró la mano, alcanzó el vaso de la mesa y bebió la mitad del agua, prestando atención a no derramarla. Una vez que descansó y recobró el aliento, se bebió la otra mitad. Su mente regresó, progresivamente, a su sitio, y sus sentidos volvieron a la normalidad. Depositó el vaso vacío sobre la mesa y se secó los labios con el pañuelo.

—Lo siento. Ya estoy bien —dijo—. Luego comprobó que la persona que se sentaba frente a él era Komatsu. Se habían citado en una cafetería cercana a la estación de Shinjuku. Las voces de las conversaciones a su alrededor

comenzaron a sonar como voces normales. La pareja que estaba sentaba a su lado los miraba preguntándose qué habría podido suceder. Una camarera se había acercado con cara de preocupación. Quizá temiera que fuera a vomitar sobre el asiento. Tengo alzó la cara, le sonrió y asintió. Como diciendo: «No pasa nada. No te preocupes».

—¿No es un ataque de algo? —preguntó Komatsu.

—No tiene importancia. Sólo es una especie de mareo. Aunque intenso —contestó Tengo. Aquella voz aún no sonaba como su voz, pero se le acercaba.

—Como te pase cuando estés conduciendo, puede ser grave —dijo Komatsu, mirándolo a los ojos.

—Yo no conduzco.

—Pues mejor. Un conocido mío con alergia al polen de cedro japonés empezó a estornudar cuando iba conduciendo y se empotró contra un poste eléctrico. Sin embargo, lo tuyo es algo más que estornudar. La primera vez me asusté de verdad. A partir de la segunda, ya me he ido acostumbrando.

—Lo siento.

Tengo tomó la taza de café y bebió un trago. No sabía a nada. El líquido templado pasaba por su garganta, sin más.

—¿Quieres más agua? —preguntó Komatsu.

Tengo sacudió la cabeza.

—No. Estoy bien. Ya se me ha pasado.

Komatsu sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo de la chaqueta, se llevó un cigarro a la boca y lo encendió con una cerilla del local. Luego miró de reojo el reloj de pulsera.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —preguntó Tengo. Debía volver a la normalidad cuanto antes.

—A ver…, ¿de qué estábamos hablando? —dijo Komatsu, y se paró a pensar un rato mirando al vacío. O quizá fingiera estar pensando. Tengo no podía discernirlo. Los gestos y la manera de hablar de Komatsu tenían al menos una parte de interpretación—. ¡Ah, sí! Hablábamos de la chica, Fukaeri. Y de *La crisálida de aire*.

Tengo asintió. Fukaeri y *La crisálida de aire*. Justo cuando Komatsu había empezado a explicárselo, sufrió el «ataque» y la conversación se interrumpió. Tengo sacó del maletín una copia del manuscrito y la depositó sobre la mesa. Luego colocó la mano encima y comprobó una vez más su tacto.

—Ya le había comentado brevemente por teléfono que la mayor virtud de *La*

crisálida de aire es que no imita a nadie. Resulta sorprendente para ser obra de una escritora novel, que no pretenda parecerse a algo —dijo Tengo escogiendo cuidadosamente las palabras—. Es verdad que el estilo aún es tosco y que el vocabulario resulta infantil. En general, empezando por el título, confunde «crisálida» con «capullo». Y si me pongo, podría enumerar unos cuantos defectos más. Pero al menos la historia posee algo que llama la atención. Aunque toda la obra es de corte fantástico, los detalles de las descripciones son extremadamente realistas. Están muy bien equilibrados. No sé si originalidad y necesidad serían las palabras más adecuadas para calificarla. Es cierto que tal vez no esté a la altura, pero cuando acabé de leerla a trompicones, hizo que me quedara en silencio. Podría decirse que tuve una extraña sensación de incomodidad, difícil de explicar.

Komatsu miraba a Tengo a la cara sin decir nada. Estaba buscando algo que añadir. Tengo continuó:

—No me gustaría que eliminaran enseguida la obra del concurso sólo por el hecho de que el estilo sea a veces infantil. He leído montones de obras candidatas durante estos años de trabajo. Bueno, más que leerlas, debería decir que les echo vistazos. Aunque ha habido algunas relativamente buenas, también me he encontrado con cosas que no había por dónde cogerlas, por supuesto, éstas son una mayoría aplastante. Pero de todas las obras que he leído, *La crisálida de aire* es la primera que me ha hecho sentir algo así. Nunca antes, después de leer una obra, me habían dado ganas de volver a leerla de principio a fin.

—¡Hmm! —dijo Komatsu.

Luego expulsó el humo del cigarro por la boca, como si no le interesara demasiado, y frunció los labios. Pero Tengo no se dejó engañar así como así por aquella expresión, pura fachada, pues su relación con Komatsu no era reciente. A veces su rostro adoptaba expresiones completamente opuestas o sin ninguna relación con lo que, en el fondo, pensaba, así que Tengo esperó con paciencia a que hablara.

—Yo también la he leído —dijo Komatsu al cabo de un rato—. Justo después de recibir tu llamada me puse a leerla. La verdad es que me pareció malísima. Faltan conectores y no se sabe qué quiere decir, qué significado tiene. Uno, antes de ponerse a escribir una novela o algo, debería haber estudiado desde la base cómo escribir.

—Pero, la leyó, ¿no?

Komatsu sonrió. Era una sonrisa como sacada del fondo de un cajón que

normalmente no se abre.

—Sí. Exacto. La leí entera. Lo cual me sorprende a mí mismo. En mi vida he leído entera una obra candidata a un premio de jóvenes escritores. Es más, incluso releí ciertas partes, lo cual es más raro que una sizigia. Tengo que reconocerlo.

—Eso significa que tiene *algo*. ¿Me equivoco?

Komatsu dejó el cigarro en el cenicero y se rascó el lateral de la nariz con el dedo corazón de la mano derecha, pero no respondió a la pregunta de Tengo.

—La chica aún tiene diecisiete años, está en el instituto. No ha podido leer demasiadas novelas, ni practicar la escritura. Pero es lo suficientemente buena como para llegar a la final. Con su ayuda, señor Komatsu, puede conseguirlo. Si la ayuda, estoy seguro de que tendrá éxito.

—¡Hmm! —volvió a gruñir Komatsu, y bostezó con aire de hastío. Luego bebió un trago del vaso de agua—. Escucha, Tengo, pensémoslo bien. ¿Intentar llevar esa cosa tosca hasta la final? Los miembros del jurado van a alucinar. Puede que hasta se enfaden muchísimo. Para empezar ya no la van a leer entera. El jurado está formado por cuatro escritores en activo. Todos tienen múltiples ocupaciones. Hojearán las dos primeras páginas y la rechazarán a la mínima de cambio. Se dirán que no vale más que cualquier redacción de un estudiante de primaria. ¿Crees que alguien me haría caso si les dijera, frotándome las manos, que puliéndola se puede sacar algo brillante de ella? Aunque mi ayuda sea eficaz, prefiero reservarla para algo con mejores expectativas.

—¿Quiere decir que la va a rechazar así como así?

—Yo no he dicho eso —contestó Komatsu, mientras se rascaba la nariz—. Tengo una idea un tanto diferente de la obra.

—¿Una idea un tanto diferente? —dijo Tengo. En aquellas palabras se percibía un tenue eco de mal agüero.

—Tú me dices que espere a la siguiente obra —dijo Komatsu—. Claro que quiero esperar. La mayor felicidad de un editor es dar tiempo a un autor y mimarlo. Descubrir una nueva estrella en el firmamento de una noche despejada antes que nadie resulta emocionante. Para serte franco, no creo que la chica vaya a tener éxito. Llevo veinte años ganándome el pan en este mundillo. Durante este tiempo he visto publicarse y retirarse numerosas obras. Por eso soy capaz de distinguir quién va a prosperar y quién no. Así que, si quieres que te dé mi opinión, esa chica no va a tener éxito. Es una pena, pero no va a tenerlo. Ni ahora ni nunca. Para empezar, su estilo no es algo que se pueda mejorar

puliéndolo. Por mucho que espere, no va a dar resultado. Va a ser una espera en vano, porque, de algún modo, ella no tiene la mínima intención de escribir un buen texto o de conseguir un estilo decente. En la escritura, una de dos: o se nace con el don, o bien uno se deja la piel y se esfuerza para hacerse bueno. Y esta niña, Fukaeri, no encaja en ninguno de los dos patrones. Por lo que he podido ver, ni es un genio, ni parece tener intención de esforzarse. No sé por qué, pero nunca le ha interesado la escritura. Es cierto que existe el deseo de contar una historia. Y parece un deseo bastante fuerte. Eso lo tengo que reconocer. Es lo que te atrajo a ti e hizo que yo leyera la obra de cabo a rabo. Dependiendo de cómo se mire, no está nada mal. A pesar de todo, no tiene futuro como novelista. Tiene menos futuro que una cagada de chinche. Tal vez te haya decepcionado, pero si quieres saber realmente lo que pienso, ahí está.

Tengo se puso a pensar en ello. Komatsu no iba desencaminado en su objeción. Ante todo, estaba dotado de una buena intuición como editor.

—Pero no pasa nada por darle una oportunidad, ¿o sí? —insistió Tengo.

—Arrojarla al agua y ver si flota o se hunde. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, simplificando.

—He realizado muchísimos sacrificios en vano hasta el día de hoy. No quiero ver más ahogados.

—Entonces, ¿qué pasa con mi caso?

—Tú, al menos, te esfuerzas —respondió Komatsu midiendo sus palabras—. Por lo que he visto, no haces chapuzas. También sientes un gran respeto por la tarea de escribir. ¿Por qué? Porque te gusta escribir. Eso es algo que valoro. Que a uno le guste escribir es la cualidad más importante para todo aspirante a escritor.

—Pero con eso no basta.

—Por supuesto. Con eso no basta. Tiene que haber «algo especial». Por lo menos tiene que incluir algo que no pueda predecir. Con respecto a las novelas, eso es lo que yo más valoro. Las cosas predecibles no me interesan. Naturalmente. Son demasiado simples.

Tengo permaneció callado durante un instante. Luego habló.

—¿Hay algo que le resulte impredecible en lo que escribió Fukaeri?

—Sí. Hay algo, por supuesto. Esa niña posee algo valioso. No sé qué, pero lo tiene. Estoy seguro de ello. Tú lo sabes y yo también. Cualquiera puede percibirlo claramente, como el humo de una hoguera en una tarde sin viento. Sin

embargo, Tengo, esa niña carga con algo que debe de ser demasiado pesado para sus brazos.

—No hay probabilidad de que flote si la arrojamos al agua.

—En efecto —dijo Komatsu.

—Por lo tanto, no va a llevarla hasta la última fase del concurso.

—Así es —respondió Komatsu. Luego torció los labios y juntó las manos sobre la mesa—. Ahí es donde tengo que medir bien mis palabras.

Tengo tomó la taza de café y observó lo que quedaba dentro. Luego devolvió la taza a su sitio. Komatsu seguía sin decir nada. Tengo le habló.

—¿Es ahora cuando va a hablarme de lo que usted llama «una idea un tanto diferente»?

Komatsu entornó los ojos, como un profesor ante un alumno aplicado, y asintió lentamente.

—Eso es.

Había algo insondable en Komatsu. Por la expresión de su cara y su voz no resultaba fácil adivinar qué pensaba, qué sentía. Además, él mismo parecía disfrutar de ello, envolviendo a la otra persona en humo. Era, ciertamente, astuto. El tipo de persona que piensa y decide conforme a su propia lógica, sin dejarse influir por los designios de los demás. Y, aunque no se vanagloriaba más de la cuenta, leía montones de libros y poseía conocimientos específicos en diversas áreas del saber. Además de esos conocimientos, era capaz de intuir a las personas y las obras literarias. Aunque ello tal vez implicara prejuicios, para él los prejuicios eran un elemento importante de la realidad.

Nunca había sido un hombre muy hablador y odiaba dar explicaciones, pero, si era necesario, sabía ofrecer su opinión de manera inteligente y racional. Cuando se lo planteaba, también podía ser mordaz. Apuntaba a las debilidades del otro y, en cuestión de segundos, lo aguijoneaba con palabras concisas. Tenía un gusto muy personal en cuanto a la gente y la literatura, y eran más, sin punto de comparación, las personas y escritos que podía tolerar que los que no. Naturalmente, también eran más aquellos a los que no les caía bien, que a los que sí. Pero él mismo se lo buscaba. Tengo opinaba que Komatsu prefería estar solo y que disfrutaba manteniendo lejos a los demás —o siendo claramente detestado—. El editor creía con firmeza que la agudeza del espíritu nunca nacía de un entorno agradable.

Komatsu tenía cuarenta y cinco años, dieciséis años más que Tengo. Se había dedicado exclusivamente a la edición de revistas literarias y gozaba de cierta fama de lince en aquel mundillo, pero nadie sabía nada de su vida privada, porque, aunque mantenía relaciones de tipo profesional, no hablaba con nadie de su vida. Tengo no sabía ni dónde había nacido, ni dónde se había criado, ni dónde vivía actualmente. Aunque charlaran durante largo rato, esos temas nunca salían a colación. La gente se preguntaba cómo le llegaban manuscritos siendo tan inaccesible, cuando no parecía tener amistades y criticaba el mundo literario; pero él conseguía obras de escritores famosos conforme a sus necesidades, aparentemente sin demasiado esfuerzo. Gracias a él, la revista tenía un aspecto y un formato determinados. Por eso lo respetaban, aunque no les cayera bien.

Corría el rumor de que, cuando Komatsu estaba en la Facultad de Literatura de la Universidad de Tokio, en los años sesenta, y se produjo el conflicto por el Tratado de Cooperación Mutua y Seguridad entre Japón y Estados Unidos, él formaba parte de la clase dirigente del movimiento estudiantil. Se decía que, cuando la estudiante Michiko Kanba participó en las manifestaciones y murió a manos de la policía, él andaba muy cerca e incluso recibió heridas de considerable gravedad. Aunque no se sabía hasta qué punto aquello era verdad. Lo único cierto era que el río sonaba. Komatsu era alto y espigado, tenía la boca demasiado grande y la nariz demasiado pequeña. Sus extremidades eran largas y, en la punta de los dedos, tenía manchas de nicotina. Recordaba a los exrevolucionarios de la *intelligentsia* que salían en la literatura rusa del siglo XIX . No sonreía demasiado, pero cuando lo hacía todo su rostro se transformaba en una sonrisa. Sin embargo, aun cuando sonreía, no parecía disfrutar realmente. Como un mago avezado riéndose entre dientes mientras prepara un vaticinio fatídico. Era limpio y aseado, pero siempre llevaba ropa parecida, seguramente para demostrar al mundo que la vestimenta no le interesaba ni lo más mínimo. Su uniforme consistía en una chaqueta de *tweed*, camisa blanca de algodón Oxford o polo gris claro, sin corbata, pantalones grises y zapatos de ante. Uno se imaginaba media docena de chaquetas de *tweed* con tres botones, de color, tejido y tamaño ligeramente diferentes, bien cepilladas y colgadas en el armario de su casa. Para diferenciarlas, seguro que les asignaría números.

Su cabello, duro como finos alambres, comenzaba a encanecer ligeramente en la zona del flequillo. Lo tenía enredado y le cubría las orejas. Aunque resulte extraño siempre lo llevaba igual de largo, como si hubiera ido a la peluquería

una semana antes. Tengo no sabía cómo era posible. A veces, los ojos le centelleaban, como una estrella que titila en el cielo nocturno de invierno. Una vez que se callaba, por cualquier motivo, permanecía callado, como una roca en la cara oculta de la Luna. La expresión de su rostro prácticamente desaparecía, y daba la impresión de que incluso su temperatura corporal se apagaba.

Hacía tan sólo cinco años que Tengo y Komatsu se conocían. Él se había presentado al premio de jóvenes escritores de la revista literaria en la que Komatsu trabajaba como editor y había llegado a la final. Komatsu lo llamó por teléfono y le dijo que quería conocerlo y hablar con él. Quedaron en una cafetería de Shinjuku (la misma en la que ahora se encontraban). Le dijo que con aquella obra era imposible ganar el concurso (y en verdad no lo ganó). Sin embargo, le había gustado la obra personalmente. «No te estoy vendiendo el favor, pero que yo le diga esto a alguien es rarísimo», le dijo (en aquel momento, Tengo no lo sabía, pero era así en realidad). «Por lo tanto, me gustaría leer antes que nadie tu próxima obra, cuando la escribas», le dijo Komatsu. «De acuerdo», respondió Tengo.

Komatsu quería saber acerca de Tengo. Cómo se había criado y a qué se dedicaba en aquel momento. Tengo le contó abiertamente todo lo que pudo. Había nacido y se había criado en la ciudad de Ichikawa, en la prefectura de Chiba. Poco después de dar a luz, su madre enfermó y falleció. Al menos eso era lo que le había dicho su padre. No tenía hermanos. Tras aquello, su padre nunca volvió a casarse y lo crió él solo. Su padre había trabajado como cobrador de las cuotas de recepción para la emisora de televisión NHK, pero ahora padecía alzheimer y estaba internado en un sanatorio en el extremo sur de la península de Boso. Tengo se había licenciado en la Universidad de Tsukuba, en un programa de estudios con el extraño nombre de «Especialidad en matemáticas del Primer Cluster de Ciencias Puras», y, al mismo tiempo que trabajaba como profesor de matemáticas en una academia sita en Yoyogi, que preparaba para el examen de acceso a la universidad, escribía novelas. Cuando se licenció, también tuvo la opción de trabajar como profesor en el instituto prefectural de la zona pero eligió ser profesor de academia, donde había, relativamente, mayor libertad en cuanto al horario. Vivía en un pequeño piso en Kōenji.

Ni él mismo sabía si en realidad deseaba ser escritor profesional. Tampoco sabía si tenía talento para escribir novelas. Lo único que sabía era que necesitaba

escribir todos los días. Escribir era para él como respirar. Komatsu escuchaba atentamente a Tengo sin expresar su impresión.

De algún modo, personalmente, a Komatsu parecía caerle bien Tengo. Éste era corpulento (había sido el luchador más importante de su club de judo desde la secundaria hasta la universidad) y tenía la mirada de un campesino madrugador. Llevaba el pelo corto, siempre estaba bronceado, sus orejas eran redondas y arrugadas como coliflores y no tenía aspecto ni de joven con aspiraciones literarias, ni de profesor de matemáticas. Komatsu también debía de encontrar eso de su agrado. Cuando Tengo terminaba una nueva novela, se la llevaba a Komatsu. Éste la leía y le daba su opinión. Luego Tengo la corregía en función de los consejos del editor. Al llevarle el texto corregido, Komatsu volvía a darle alguna indicación. Era como un entrenador que, poco a poco, va subiendo el nivel de la barra. «Puede que en tu caso lleve tiempo», le dijo Komatsu, «pero no hay prisa. Debes asentarte y seguir escribiendo, sin cesar. A ser posible, es mejor que no tires lo que has escrito, porque siempre podría serte útil más adelante». Tengo le respondió que así lo haría.

Komatsu le pasó a Tengo un pequeño trabajo de redacción. Tenía que escribir textos anónimos para una revista femenina que publicaba su editorial. Despachaba todo lo que le encargaban, desde reescribir cartas al editor, hasta redactar breves reseñas de películas o de nuevas publicaciones, pasando incluso por el horóscopo. El horóscopo, que Tengo escribía al tuntún, tenía fama porque acertaba a menudo. Cuando escribió «Tenga cuidado con el terremoto que va a haber por la mañana temprano», efectivamente hubo un gran terremoto a primera hora del día. Ese tipo de trabajo a destajo era de agradecer, porque le proporcionaba unos ingresos adicionales y le servía como práctica de la escritura. Le alegraba que sus textos fueran publicados y expuestos en las librerías, no importaba bajo qué formato.

Al cabo de poco tiempo le concedieron un trabajo de lector de obras candidatas al premio de la revista literaria. Resultaba extraño leer las obras de otros candidatos, cuando él mismo se presentaba al concurso, pero las leía con imparcialidad, sin preocuparse demasiado por la delicada situación en la que se encontraba. Además, a fuerza de leer montones de novelas mal escritas e insufribles, aprendió qué era una novela mal escrita e insufrible. Cada vez leía un centenar de obras y, entre ellas, elegía unas diez que mostraran algo de valor, para llevárselas a Komatsu. A cada obra adjuntaba una nota en la que había

escrito sus impresiones. Cinco novelas pasaban a la final y, de entre ellas, los cuatro miembros del jurado tenían que elegir a la ganadora.

Había otras personas, aparte de Tengo, que trabajaban también como lectores, y varios editores más, aparte de Komatsu, que se encargaban de las primeras fases de selección. Se pedía imparcialidad, pero no hacía falta tomarse muchas molestias: aunque las obras fueran numerosas, sólo dos o tres, a lo sumo, tenían algún valor literario y a nadie que las leyera se le pasaría por alto. Las obras de Tengo habían llegado a la final en tres ocasiones. Evidentemente, Tengo no había elegido su propia obra, pero los otros dos lectores y Komatsu, que estaba en la mesa de editores, la pasaron a la final. Nunca ganó el premio, pero Tengo no se sentía decepcionado. En primer lugar, tenía grabadas en la mente las palabras de Komatsu: «Tómate tu tiempo». Además, él mismo no estaba especialmente interesado en hacerse novelista de inmediato.

Si preparaba bien el programa de la asignatura, podía hacer en casa lo que le gustaba cuatro días por semana. Había trabajado de profesor en la misma academia durante siete años, pero tenía bastante buena fama entre el alumnado, porque su forma de enseñar era directa, sin ambages, y podía responder al instante a cualquier pregunta. Estaba dotado con el arte de la oratoria, lo cual le sorprendía a él mismo. Sus explicaciones eran excelentes, tenía una voz penetrante y sabía motivar a la clase con sus bromas. Hasta que empezó a trabajar de profesor, siempre había pensado que era un mal orador. Incluso ahora había momentos en los que, al hablar frente a alguien, se ponía nervioso y no le salían las palabras. Cuando entraba en un grupo reducido de gente, únicamente escuchaba. Pero, subido a la tarima del profesor, frente a un número indeterminado de personas, la cabeza se le despejaba y podía hablar con toda comodidad durante el tiempo que hiciera falta. Tengo pensaba a menudo que no comprendía al ser humano.

Su sueldo no estaba mal. No podía decirse que fuera una gran suma, pero la academia le pagaba un salario que se adecuaba a sus capacidades. Periódicamente, los alumnos realizaban una evaluación de los profesores y, a medida que la valoración subía, la remuneración también era mejor. Se debía a que temían que otras academias captaran a los mejores profesores (en realidad había ocurrido varias veces). En una escuela normal no sucedía así. El sueldo se determinaba por la antigüedad, la directiva controlaba la vida privada del profesorado, y el talento y la fama no servían para nada. Él disfrutaba de su trabajo en la academia. La mayoría de los alumnos asistían al aula con el claro

objetivo de prepararse para los exámenes de ingreso en la universidad y atendían a las clases con entusiasmo. Los profesores no tenían que hacer nada más, aparte de impartir clases en el aula. Era algo que Tengo agradecía. No necesitaba preocuparse por problemas engorrosos como faltas de comportamiento o infracciones de las normas escolares por parte de los alumnos. Bastaba con subirse a la tarima y explicar cómo resolver problemas matemáticos. Y el manejo de conceptos puros mediante la herramienta de las matemáticas era, por naturaleza, uno de los puntos fuertes de Tengo.

Cuando estaba en casa, se levantaba temprano y generalmente escribía hasta el anochecer. Una pluma Montblanc, tinta azul y folios para cuatrocientos caracteres. Bastaba eso para que Tengo se sintiera satisfecho. Una vez por semana, su novia, que estaba casada, se acercaba hasta su apartamento y pasaban la tarde juntos. El sexo con aquella mujer casada, diez años mayor que él, era desenfadado, en la medida en que su relación no conducía a ningún sitio, y pleno. Por la tarde daba largos paseos y, al anochecer, leía sólo mientras escuchaba música. No veía la televisión. Cuando venía el cobrador de la NHK, lo echaba amablemente: «Lo siento, pero no tengo televisor». Era verdad que no tenía. «Puede entrar y mirar, si desea». Pero nunca entraban. A los cobradores de la NHK no les estaba permitido entrar en las casas.

—Yo pensaba en algo un poco más grande —dijo Komatsu.

—¿Más grande?

—Sí. No quiero decir que el premio de jóvenes escritores sea pequeño, pero de todas formas apunto a algo más grande.

Tengo se quedó en silencio. Desconocía cuáles eran las intenciones de Komatsu, pero podía percibir algo inquietante.

—El premio Akutagawa —dijo Komatsu tras una pausa.

—El premio Akutagawa —repitió Tengo, como si trazara aquellas palabras en la arena húmeda con un palo, en grandes caracteres.

—El premio Akutagawa. Lo tienes que conocer por muy ignorante que seas. Sale frecuentemente en la prensa y en las noticias de la televisión.

—Oiga, señor Komatsu, creo que no me estoy enterando. ¿Es de Fukaeri de quien estamos hablando ahora usted y yo?

—Sí. Hablamos de Fukaeri y de *La crisálida de aire*. No hay ningún otro tema que hayamos comentado.

Tengo se mordió el labio e intentó adivinar qué estaba pasando en realidad.

—Pero ¿no me ha dicho hace un momento que era imposible que esa obra ganara el premio de jóvenes escritores? ¿Que tal como está no vale para nada?

—Así es, tal como está no vale para nada. Es un hecho evidente.

Tengo necesitaba tiempo para pensar.

—Entonces, en definitiva, ¿me está hablando de retocar una obra que se ha presentado al concurso?

—No hay otra manera. Ha habido otros casos en los que un editor ofrece sus consejos y hace que se corrija una obra candidata prometedora. No es inusual. Sólo que esta vez no va a ser el propio autor quien la corrija, sino otra persona.

—¿Qué otra persona? —A pesar de preguntarlo, Tengo ya sabía la respuesta de antemano. Sólo preguntaba por si acaso.

—Tú vas a corregirla —dijo Komatsu.

Tengo buscó las palabras adecuadas, pero no las encontró. Soltó un suspiro y habló:

—Pero, señor Komatsu, no va a darnos tiempo de hacer tantas correcciones. Si no se corrige entera, de cabo a rabo, va a faltarle cohesión.

—Por supuesto, vamos a modificarla de cabo a rabo, usando la armazón de la historia tal cual. Se debe preservar el sabor del estilo todo lo posible. Pero el texto lo vamos a modificar casi por completo. Lo que se llama una adaptación. Tú te encargarás de la corrección. Yo produciré todo.

—¿Saldrá todo bien? —dijo Tengo, como si hablara consigo mismo.

—No te preocupes. —Komatsu tomó la cucharilla del café y apuntó con ella a Tengo, como un director de orquesta que dirige a un solista con la batuta—. Esa niña, Fukaeri, tiene algo especial. Uno se da cuenta cuando lee *La crisálida de aire*. Su capacidad para imaginar no es normal. Pero, desgraciadamente, el texto no vale para nada. Es el colmo de la tosquedad. Por otro lado, tú sabes escribir textos. Tienes aptitudes y buen gusto. A pesar de ser corpulento, tus textos son inteligentes y delicados. También poseen algo así como vigor. En cambio, Fukaeri aún no acaba de ver qué es lo que quiere escribir. Por lo tanto, a veces el hilo de la historia se pierde. Tú debes escribir aquello que se aferra a tu interior. Sabes que está oculto en lo hondo del agujero, pero si no sale al exterior, no hay forma de atraparlo. A eso me refería cuando te dije que era mejor que te tomaras tiempo.

Tengo, sentado en la silla de vinilo, cambió torpemente de postura. No dijo nada.

—El asunto es sencillo —prosiguió Komatsu, meneando a conciencia la cucharilla—. Sólo tenéis que colaborar y crear un nuevo escritor. Dar a las historias sin pulir de Fukaeri tus textos acabados. Es una combinación ideal. Tienes capacidad para hacerlo. Por eso mismo te he apoyado personalmente hasta hoy, ¿no es así? El resto déjamelo a mí. Si aunáis vuestras fuerzas, el premio de jóvenes escritores será pan comido. Incluso podremos aspirar al premio Akutagawa. Yo no he sobrevivido en este mundillo holgazaneando precisamente. Me lo conozco como la palma de la mano.

Tengo se quedó mirando un rato a Komatsu a la cara, con la boca entreabierta. Komatsu devolvió la cuchara al platillo. Hizo un gran ruido poco natural.

—Si ganara el Akutagawa, ¿qué ocurriría a partir de entonces? —preguntó Tengo, recobrando el ánimo.

—Si ganara el Akutagawa, se haría famosa. La mayoría de la gente no sabe cuál es el valor de una novela, pero no quieren quedarse al margen. Por eso, cuando hay un libro que ha ganado un premio y está en boca de todos, lo compran y lo leen. Y si la autora es una alumna de instituto, todavía más. Si el libro se vendiera, daría bastante dinero. Los beneficios los repartiríamos convenientemente entre los tres. De eso ya me encargo yo.

—Ahora mismo el reparto del dinero me trae sin cuidado —replicó Tengo sin ninguna gracia—. Sin embargo, ¿no va todo esto en contra de su código deontológico como editor? Si se descubriera toda la trama, tendría un problema gordo. Supongo que incluso lo echarían de la editorial.

—No va a descubrirse tan fácilmente. Cuando me lo propongo, puedo llevar las cosas con suma discreción. Además, si se descubriera, dejaría la editorial de buena gana. De todas formas, a los jefes no les caigo bien y me han estado tratando con frialdad todo este tiempo. Trabajo, puedo encontrarlo enseguida. Yo no hago esto por dinero. Lo que deseo es burlarme de los círculos literarios. Quiero troncharme de risa de esa banda que no sabe más que reunirse en sótanos lúgubres y farfullar tonterías sobre la misión de la literatura, mientras se hacen la pelota, se lamen las heridas y se hacen la zancadilla los unos a los otros. Voy a burlarme del sistema y ridiculizarlo por completo. ¿No te parece divertido?

A Tengo no le parecía particularmente divertido. Él aún no había visto esos círculos literarios. Y el saber que un hombre competente como Komatsu tenía intención de jugársela por algo tan infantil le dejó sin habla durante un instante.

—Lo que me está contando me suena a una especie de fraude.

—Las colaboraciones no son algo raro —dijo Komatsu, tras fruncir el ceño —. La mitad de los manga que se serializan en revistas son fruto de colaboraciones. El *staff* saca una idea, crea una historia, la dibuja con trazos simples y, luego, los asistentes completan los detalles y le dan color. Es lo mismo que elaborar despertadores en una fábrica. Hay casos parecidos en el mundo de la novela. Por ejemplo, en las novelas románticas. En muchas de ellas hay un escritor contratado que lo único que tiene que hacer es crear una historia de ese tipo siguiendo los patrones marcados por la línea editorial. En otras palabras, es un sistema de división del trabajo, puesto que, si no se hace así, la producción en masa no funciona. Pero como en el rígido mundo de la literatura pura esos métodos no se usan de forma abierta, vamos a seguir la estrategia práctica de dejar a Fukaeri al frente de todo. Si se descubriera, posiblemente sería un escándalo. Pero no es nada que infrinja la Ley. Estas cosas están a la orden del día. Además, no estamos hablando de Balzac o Murasaki Shikibu. Sólo vamos a corregir una obra llena de carencias, escrita por una estudiante de instituto, para hacer de ella algo decente. ¿Qué problema hay? ¿Qué tiene de malo si, una vez terminada, la obra es de buena calidad y numerosos lectores disfrutan de ella?

Tengo reflexionó sobre lo que Komatsu acababa de decir. Entonces midió sus palabras.

—Hay dos problemas. Seguro que hay muchos más, pero voy a dejarlo en dos. En primer lugar, la autora, es decir, Fukaeri, todavía no ha dado su consentimiento a ninguna corrección a manos de un tercero. Si dijera que no, todo el asunto se quedaría paralizado. En segundo lugar, aunque ella diera su consentimiento, no sé si seré capaz de reescribir bien su historia. El trabajo en grupo es algo sumamente delicado y quizá no salga tan bien como usted piensa.

—Sé que puedes hacerlo —dijo de inmediato Komatsu, como si hubiera previsto esa objeción—. No cabe ninguna duda. La primera vez que leí *La crisálida de aire*, lo primero que se me pasó por la cabeza fue «*esta historia debe reescribirla Tengo*». Es más, se trata de la historia apropiada para que tú la corrijas. Está esperando a que la corrijas. ¿No te parece?

Tengo sólo negó con la cabeza. No dijo nada.

—No hay prisa —dijo Komatsu con tono sereno—. Es un tema serio. Piénsatelo con calma dos o tres días. Y haz el favor de volver a leer la obra. Quiero que pienses entonces en mi proyecto. ¡Ah! Y también te voy a dar esto…

Komatsu sacó un sobre marrón del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó a Tengo. Dentro del sobre había dos fotografías a color de tamaño regular. Eran

fotos de una chica. Una era un retrato desde el pecho hacia arriba, y la otra, una polaroid de cuerpo entero. Parecían haber sido tomadas en el mismo momento. Estaba de pie, delante de unas escaleras. Unas amplias escaleras de piedra. Tenía unas bellas facciones clásicas y el cabello largo y liso. Blusa blanca. Pequeña y delgada. Los labios se esforzaban por sonreír, pero sus ojos se resistían. Tenía una mirada muy seria. Una mirada que ansiaba algo. Tengo estuvo contemplando las dos fotografías alternadamente durante un buen rato. Sin saber por qué, mientras observaba las fotos, se acordó de sí mismo a la edad de la chica. Entonces sintió una ligera punzada en el pecho. Era un tipo de dolor especial que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Era como si la figura de la chica hubiera despertado ese dolor.

—Es Fukaeri. Bastante guapa, ¿no? Sencilla y con buen gusto. Tiene diecisiete años. Soberbia. Su nombre real es Eriko Fukada, pero no quiere hacerlo público. Siempre se hace llamar Fukaeri. Me pregunto si no será un problema en caso de que gane el Akutagawa. Los medios de comunicación se le echarán encima, como una bandada de murciélagos al anochecer. El libro va a vender desde el momento mismo de su producción.

Tengo se preguntó, extrañado, de dónde había sacado Komatsu aquellas fotografías. Las obras candidatas no traían ninguna fotografía adjunta. Pero decidió no preguntarle. Tampoco tenía ganas de conocer la respuesta, aunque no tenía ni idea de cuál podía ser.

—Te las puedes quedar. Podrían servirte para algo —dijo Komatsu.

Tengo devolvió las fotos al sobre y lo colocó encima de las copias de *La crisálida de aire*.

—Señor Komatsu, yo apenas sé nada de este mundillo, pero, si lo pienso guiándome por el sentido común, me parece un proyecto sumamente peligroso. Una vez que se cuenta una mentira a la sociedad, hay que seguir mintiendo para siempre. Hay que conseguir que la historia siga siendo plausible. Eso no debe de ser tarea fácil, ni a nivel psicológico, ni a nivel práctico. Si alguien metiera la pata en cualquier cosa, podría resultar fatal para todos. ¿No cree?

Komatsu sacó otro cigarro y lo encendió.

—Efectivamente. Es una explicación sólida y correcta. Se trata de un proyecto arriesgado, en efecto. En este momento hay demasiadas incertitudes. No podemos prever qué va a ocurrir. Puede que acabemos fracasando y cada uno de nosotros pase un mal rato. Eso ya lo sé. Pero, Tengo, habiendo considerado todo, te comunico que mi intención es proseguir, porque es una oportunidad

única. Hasta ahora no la he tenido y en el futuro no creo que vaya a tenerla. Tal vez compararla con un juego no sea lo más apropiado, pero las cartas ya están ligadas. Tenemos un montón de fichas. Se dan las condiciones adecuadas. Si dejamos pasar esta oportunidad, nos arrepentiremos.

Tengo se quedó callado, mirando la sonrisa funesta que afloraba en la cara del editor.

—Y lo más importante es que vamos a hacer de *La crisálida de aire* una obra excelente. Es una historia que se merece estar mejor escrita. Posee algo muy valioso. Algo que alguien tiene que extraer. Supongo que en el fondo tú también piensas igual. ¿Me equivoco? Vamos a unir nuestras fuerzas con ese objetivo. Vamos a levantar el proyecto y cada uno va a aportar sus habilidades. El motivo es respetable a ojos de cualquiera.

—Pero, señor Komatsu, no importa cómo lo justifique, no importa que aduzca que se trata de una causa justa, pues en el fondo es un fraude en toda regla. Tal vez el motivo sea respetable a ojos de cualquiera, pero es que en realidad nadie lo puede ver. Y es que tenemos que actuar a escondidas. Si la palabra fraude no le parece apropiada, llámele traición. Aunque no infrinja la Ley, supone un problema moral. Porque que un editor cree la obra ganadora de un premio de una revista literaria que pertenece a su propia editorial, ¿acaso no es, en términos financieros, como el tráfico de información privilegiada?

—No se puede comparar la literatura con las finanzas. Son completamente diferentes.

—Por ejemplo, ¿en qué se diferencian?

—Pues, por ejemplo… Estás obviando un factor muy importante —dijo Komatsu. Era la primera vez que veía su boca tan abierta, con tanta alegría—. Quiero decir, estás evitando ese factor a propósito. Me refiero a que tú *ya estás decidido a hacerlo*. Te sientes predispuesto a reescribir *La crisálida de aire*. Lo sé. El riesgo y la moral no importan un pimiento. Tengo, estoy seguro de que ahora mismo te mueres de ganas de reescribir *La crisálida*. Te mueres de ganas de extraer ese algo, en lugar de Fukaeri. Mira, ahí tienes una diferencia entre la literatura y las finanzas. Para bien o para mal, en la literatura no sólo el dinero mueve las cosas. Deberías volver a casa y asegurarte con calma de qué es lo que quieres en el fondo. Ponte delante del espejo y observa bien. Lo llevas escrito en el rostro.

Tengo sintió que el aire que lo envolvía se había enrarecido de repente. Echó un breve vistazo a su alrededor. ¿Otra vez aquella imagen? No, no había ningún

indicio. El enrarecimiento del aire procedía de otro dominio distinto. Sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente. Komatsu siempre tenía razón. Por algún motivo.

3
AOMAME

Algunos hechos que han cambiado

Aomame descendió por las angostas escaleras de emergencia, con tan sólo medias en los pies. El viento soplaba a través de las escaleras desnudas. Llevaba una minifalda ceñida, pero, a pesar de ello, a veces un viento fuerte soplaba desde abajo y la hinchaba como la vela de un velero; entonces el cuerpo se le elevaba y se tornaba inestable. Aferrándose con las manos desnudas a una tubería, a guisa de pasamanos, bajaba de espaldas, peldaño a peldaño. En ocasiones se quedaba de pie, apartaba el flequillo que le cubría la cara y recolocaba el bolso bandolera.

Bajo sus ojos se extendía la Ruta nacional 246. La envolvía el ruido de motores, cláxones, estridencias de alarmas antirrobo de coches, viejas canciones militares emitidas por los furgones propagandísticos de los grupos de extrema derecha, el sonido de una almádena quebrando cemento en alguna parte y todos los ruidos de la ciudad. El barullo, que afluía trescientos sesenta grados a su alrededor, arriba y abajo, procedente de todas las direcciones, se subía en el viento y danzaba. Al oírlo (no tenía ganas de oírlo pero tampoco podía taparse los oídos), se fue sintiendo mal paulatinamente, como si se mareara en un barco.

Después de haber descendido un poco, se encontró una pasarela que volvía al centro de la autopista metropolitana. A partir de entonces fue descendiendo todo recto.

Un pequeño edificio de apartamentos de cinco plantas separaba la carretera de las desnudas escaleras de emergencia. Era un edificio de ladrillo marrón, bastante nuevo. Había balcones que miraban hacia donde se encontraba Aomame, pero todas las ventanas estaban completamente cerradas, con las cortinas echadas o las persianas bajadas. ¿A qué clase de arquitecto podría habérsele ocurrido poner balcones justo enfrente de la autopista metropolitana? Seguro que allí nadie colgaba las sábanas a secar ni nadie se asomaba con un

gin-tonic a contemplar los atascos al atardecer. Sin embargo, en algunos balcones parecían haber puesto adrede tendederos de nailon. En uno, incluso habían colocado una silla de jardín y macetas con caucheras. Las plantas estaban descuidadas y descoloridas. Las hojas se veían marchitas y se estaban secando. Aomame no podía dejar de sentir compasión por aquellas caucheras. Si volviera a nacer, no le gustaría convertirse en una de ellas.

En las escaleras de emergencia se habían formado algunas telas de araña, como si habitualmente apenas las utilizaran. Una diminuta araña negra estaba allí agarrada, esperando paciente a que alguna presa pequeña se le acercara. Sin embargo, para la araña no existía la noción de paciencia. Como araña, no poseía ninguna otra habilidad especial más que extender telas, y no tenía ninguna otra opción de vida que no fuera quedarse allí quieta. Detenerse en un lugar, esperar a una presa, consumir su vida, morirse y desecarse. Todo se había predeterminado genéticamente. No había cabida para la indecisión, la desesperación o el arrepentimiento. Tampoco para la duda metafísica o el conflicto moral. Tal vez.

«Pero no es mi caso. Yo tengo que actuar de acuerdo con mi objetivo y, por eso mismo, estropeo las medias bajando sola por unas ridículas escaleras de emergencia de la Ruta 3 de la autopista metropolitana, en las putas inmediaciones de Sangenjaya. Limpiando míseras telas de araña y observando las caucheras sucias de un estúpido balcón.

»Me muevo, luego existo».

Mientras bajaba por las escaleras, Aomame se puso a pensar en lo de Tamaki Ōtsuka. Aunque no le apetecía, en cuanto le vino a la cabeza no pudo dejar de pensar en ello. Tamaki había sido su mejor amiga en la época del instituto y había pertenecido a su mismo club de sóftbol. Las dos habían viajado juntas a distintos sitios y habían hecho muchas cosas juntas, como compañeras de equipo. Una vez incluso fingieron ser lesbianas. Se habían ido de viaje durante unas vacaciones estivales y tuvieron que dormir en la misma cama. La habitación que habían reservado era de una cama individual. Dentro de ella, se tocaron distintas partes de sus cuerpos. No quería decir que fueran lesbianas. Simplemente se atrevieron a probar qué se sentía, estimuladas por una curiosidad femenina. En aquella época, aún no tenían novio y no habían vivido ninguna experiencia sexual. La vivencia de aquella noche le había quedado grabada en la memoria como un episodio «excepcional, pero interesante» de su vida. No obstante, al recordar mientras bajaba por las escaleras descubiertas de hierro el momento en que Tamaki y ella se habían tocado, comenzó a sentir cierto calor en

su interior. Todavía ahora recordaba con una claridad inexplicable los pezones ovalados, el fino vello púbico, la hermosa turgencia del culo y la forma del clítoris de Tamaki.

Mientras evocaba aquellos recuerdos de forma tan vívida, en su mente resonaba, como música de fondo, el unísono festivo de los instrumentos de viento de la *Sinfonietta* de Janáček. Las palmas de sus manos acariciaban dulcemente la estrecha cintura de Tamaki. Al principio, ella sentía cosquillas, pero de repente las risillas sofocadas cesaron. La respiración cambió. Aquella obra musical había sido compuesta originariamente como una fanfarria para un encuentro deportivo. El viento cruzaba las verdes praderas de Bohemia al son de la música. Se dio cuenta de que de repente los pezones de Tamaki se estaban endureciendo, al igual que los suyos. Entonces, los timbales trazaron complejos motivos musicales.

Aomame se detuvo y sacudió ligeramente la cabeza varias veces. No podía ponerse a recordar aquello en semejante sitio. Pensó que tenía que concentrarse en bajar las escaleras. Pero no podía dejar de recordar. Aquella escena le venía una y otra vez a la cabeza. Con mucha nitidez. La noche estival, una cama estrecha y el imperceptible olor a sudor. Las palabras que habían pronunciado. Las inefables sensaciones. Las promesas olvidadas. Los deseos no realizados. Anhelos que habían perdido su destino. Una ráfaga de viento le levantó el cabello para golpearle después las mejillas. El dolor hizo que le aflorasen algunas lágrimas a sus ojos, y la siguiente ráfaga se las secó.

«¿Cuándo ocurrió aquello?», se preguntó Aomame. Pero el tiempo se le enredaba en la memoria y se transformaba en una especie de hilo enmarañado. Perdía el eje que lo mantenía recto y todo se alteraba. La posición de los cajones estaba cambiando. Por algún motivo, no era capaz de recordar lo que debía recordar. «Estoy en abril de 1984. Nací en 1954». Hasta ahí se acordaba. Sin embargo, dentro de la mente de Aomame, aquel momento que había quedado sellado en su memoria perdía rápidamente su esencia. Acudía a su mente la escena de postales blancas con la fecha impresa esparciéndose en todas direcciones en medio de un vendaval. Ella corría intentando recoger todas cuantas podía. Pero el viento era demasiado fuerte. También eran demasiadas las postales perdidas. 1954, 1984, 1645, 1881, 2006, 771, 2041… El viento se llevaba las fechas una tras otra. Su linaje se perdía, los conocimientos se extinguían y la escalera del pensamiento se iba derrumbando a sus pies.

Aomame y Tamaki estaban en la misma cama. Las dos tenían diecisiete años

y gozaban de la libertad otorgada. Era la primera vez que salían de viaje con amigos y por eso se sentían emocionadas. Se fueron a un balneario, luego compartieron una lata de cerveza de la nevera y a continuación apagaron la luz y se metieron en la cama. Al principio, sólo jugueteaban. Medio en broma, se pinchaban la una a la otra. Pero, en cierto momento, Tamaki alargó el brazo y pellizcó suavemente los pezones de Aomame por encima de la fina camiseta que llevaba a modo de pijama. Una especie de corriente eléctrica atravesó el cuerpo de Aomame. Poco después se desvistieron, se quitaron la parte de arriba y la ropa interior y se quedaron desnudas. Era una noche de verano. ¿Adónde habían ido de viaje? No podía recordarlo. No importaba. Las dos inspeccionaban minuciosamente sus cuerpos sin decir ni media palabra. Miraban, tocaban, acariciaban, besaban, lamían con sus lenguas. Medio en broma y medio en serio. Tamaki era de estatura baja y más bien rolliza. Tenía los pechos grandes. De Aomame podría decirse que era más bien alta y delgada. Sus músculos y sus pechos no eran demasiado grandes. Tamaki siempre decía que tenía que ponerse a régimen, pero a Aomame le parecía estupenda tal como estaba.

La piel de Tamaki era suave y fina. Sus pezones, dos bellas turgencias ovaladas. Recordaban a dos aceitunas. Su vello púbico era menudo y fino, como un delicado sauce. El de Aomame era, en cambio, duro y rígido. Ambas se reían de sus diferencias. Palpaban cada una de las pequeñas partes de sus cuerpos e intercambiaban información sobre cuáles eran más sensibles. Había partes en las que coincidían y otras en las que no. Luego estiraron los dedos y se tocaron el clítoris la una a la otra. Ambas habían experimentado la masturbación. Muchas veces. Las dos coincidieron en que la sensación al tocarse a sí mismas era muy diferente. El viento iba atravesando las praderas verdes de Bohemia.

Aomame volvió a detenerse y volvió a sacudir la cabeza. Respiró hondo y, una vez más, se sujetó firmemente a la tubería de las escaleras. No podía parar de pensar en aquello. Tenía que concentrarse en bajar las escaleras. Ya debía de haber descendido más de la mitad. Sin embargo, ¿por qué los ruidos eran aún tan molestos? ¿Por qué soplaba aún tanto el viento? Sentía que era una especie de reproche, de castigo.

Pero, una vez que bajara las escaleras hasta tocar suelo, si alguien la llamara y le preguntara qué hacía allí o le pidiera que se identificara, ¿qué respondería? «Como había un atasco en la metropolitana, he bajado hasta aquí por las escaleras de emergencia. Es que me urgía». ¿Sería suficiente con eso? Tal vez se

metería en un buen lío. Aomame no quería meterse en ningún lío. Por lo menos ese día.

Afortunadamente, nadie la vio bajar a tierra firme. Al llegar al fondo, lo primero que hizo fue sacar los zapatos del bolso bandolera y calzárselos. En aquel lugar había un depósito de materiales, en un descampado elevado en medio de los dos carriles de la Ruta 246. Estaba cercado por una verja de metal, y en el suelo desnudo había tendidos varios pilares de hierro. Los habían tirado todos oxidados, sobrantes, quizá, de alguna obra. En una esquina habían instalado un tejadillo de plástico, y debajo se amontonaban tres sacos de tela. No sabía qué contenían, pero estaban cubiertos con plásticos para que no se mojaran con la lluvia. Parecían también objetos que habían sobrado de alguna obra. Daba la sensación de que, como sacar todo aquello de allí debía de ser engorroso, lo habían dejado tal cual. Debajo del tejadillo, había además unas cuantas cajas grandes de cartón aplastadas. Habían tirado al suelo algunas botellas de plástico y unas cuantas revistas de tebeos. Unas bolsas de la compra de plástico revoloteaban con el viento sin rumbo fijo.

Había una entrada con una puerta de tela metálica, pero le habían enrollado varias veces una cadena y le habían puesto un gran candado. Incluso habían ribeteado la cima de aquella alta puerta con alambre de espino. No parecía posible franquearla. Si consiguiera saltarla, la ropa le quedaría hecha jirones. Probó a empujar y tirar de la puerta, pero no se movió un ápice. Tampoco había rendijas por donde pudiera entrar y salir algún gato. ¡Vaya! ¿Por qué tenían que haber cerrado tan bien aquel lugar? Allí no había peligro de que robaran… Aomame frunció el ceño, maldijo todo y hasta escupió en el suelo. «¡Mierda!». Se había dejado la piel bajando desde la metropolitana para encontrarse confinada en un depósito de materiales… Miró el reloj de pulsera. Aún tenía margen. Pero no podía quedarse allí deambulando para siempre. Y, evidentemente, tampoco iba a regresar a la autopista.

Las dos medias se le habían rasgado hasta el talón. Después de cerciorarse de que nadie miraba, se descalzó los zapatos de tacón, se remangó la falda, se bajó las medias, se las arrancó de las piernas y volvió a calzarse. Metió las medias agujereadas en el bolso bandolera. Así se sentía un poco más tranquila. Aomame caminó alrededor del depósito, prestando mucha atención a todo. Era del tamaño de una clase de primaria. Pudo completar una vuelta en poco tiempo. Sólo había

una puerta de salida. Únicamente la verja a la que habían echado el candado. El material de la cerca que lo rodeaba todo era ligero, pero la habían fijado firmemente con unos pernos. Sin herramientas, no podía soltarlos. Estaba en un callejón sin salida.

Miró entre las cajas de cartón que había debajo del tejadillo de plástico y se dio cuenta de que las habían utilizado como lecho. Había enrolladas algunas mantas raídas. No debían de ser muy viejas. Quizás algún vagabundo se alojaba en aquel lugar. Por eso había revistas y botellas de plástico desparramadas alrededor. No cabía duda. Aomame usó la cabeza. Si se albergaban allí, en alguna parte tenía que haber algún pasaje por donde entrar y salir. Ellos eran expertos en la técnica de encontrar un sitio donde guarecerse de la lluvia y el viento, protegido de las miradas ajenas, y mantenían ocultos aquellos pasajes secretos para ellos solos, como si fueran sendas de animales salvajes.

Aomame inspeccionó con cuidado, uno por uno, los segmentos de la cerca de metal. Los empujaba con las manos y comprobaba si se tambaleaban. Efectivamente, descubrió que en cierto lugar, por algún motivo, los pernos parecían estar flojos y la cerca se bambaleaba. Probó a moverla en distintas direcciones. Al cambiar un poco de ángulo y tirar de ella ligeramente hacia dentro, se abrió un espacio suficiente como para dejar pasar a una persona. Los vagabundos seguro que se colaban por allí cuando oscurecía y dormían sin preocupaciones bajo el tejadillo. Como, si los encontraban allí, se podrían meter en líos, seguro que durante el día salían a por comida y se ganaban unas perras recolectando botellas vacías. Aomame dio las gracias a aquellos desconocidos anfitriones nocturnos. Desde el momento en el que tenía que moverse furtivamente por el lado sórdido de la urbe, en el anonimato, ella también era su compañera.

Aomame se agachó y pasó a través de aquella angosta rendija. Puso todo su empeño en que el traje caro que llevaba no se le enganchara en algún alambre y se le rasgara. No sólo porque era un traje que le gustaba, sino porque, además, era el único que poseía. No solía vestir trajes, ni calzar zapatos de tacón. Pero, en ciertas ocasiones, aquel trabajo requería que se ataviara con sus mejores galas. No se podía permitir estropear un traje tan preciado.

Afortunadamente, no había ni un alma fuera de la cerca. Después de comprobar una vez más la ropa que llevaba y recuperar la expresión de su cara la serenidad, Aomame caminó hasta un semáforo, cruzó la Ruta 246, entró en una droguería que vio y se compró unas medias nuevas. Preguntó a la dependienta,

que le dejó usar un espacio al fondo, y se las puso. Así se sentía bastante más cómoda. El ligero malestar que le había quedado en el estómago, semejante a cuando te mareas en un barco, también desapareció por completo. Después de darle las gracias a la dependienta salió del local.

Quizá debido a que la información sobre el atasco por accidente en la autopista metropolitana se había extendido, el tráfico en la Ruta nacional 246, que corría paralela, se había congestionado más de lo habitual. Por eso Aomame desistió de subirse a un taxi y decidió coger la línea Tōkyū-Shintamagawa en la estación más cercana. Aquella fórmula era infalible. Ni hablar de volver a meterse en atascos dentro de un taxi.

A medio camino de la estación de Sangenjaya se cruzó con un policía. Era un agente alto y joven que se dirigía a pie a algún sitio. Durante un instante, ella se puso nerviosa, pero el agente, que parecía tener prisa, siguió recto y ni siquiera se fijó en Aomame. Justo antes de cruzarse con él, se dio cuenta de que la vestimenta del policía era diferente de la habitual. Aquél no era el uniforme de policía que estaba acostumbrada a ver. Era la misma chaqueta azul marino, pero la forma variaba un poco. Tenía una hechura más informal. No sentaba tan bien como el antiguo. El material de ahora era más blando. Tenía el cuello pequeño y el azul marino era un poco más claro. Además, el modelo de pistola también había cambiado. El agente llevaba colgada en la cintura una automática grande. Normalmente, a la policía japonesa le asignaban revólveres. En un país como Japón, donde los crímenes con arma de fuego son tan escasos, y puesto que las ocasiones en las que la policía se veía envuelta en tiroteos eran prácticamente inexistentes, bastaba con revólveres de seis disparos de los antiguos. Los revólveres tenían un mecanismo más sencillo, eran baratos, apenas causaban accidentes y resultaban fáciles de conseguir. Sin embargo, aquel agente, por algún motivo, llevaba una pistola de último modelo que permitía disparar de modo semiautomático. De las que se pueden recargar con dieciséis balas de nueve milímetros. Quizá fuera una Glock o una Beretta. ¿Qué habría pasado? ¿Habrían modificado los modelos de uniforme y de pistola sin que nadie se enterara? No, no lo creía. Aomame siempre revisaba detenidamente los artículos de los periódicos. Si se produjera un cambio así, lo habrían publicado en grande. Y ella se habría fijado otra vez en los policías. Hasta aquella mañana, hacía tan sólo unas pocas horas, los policías llevaban su traje rígido de toda la vida y el tosco revólver de siempre. Lo recordaba con claridad. Aquello era raro.

Pero no disponía de tiempo para pararse a pensar en aquello. Tenía un trabajo pendiente.

Aomame depositó el abrigo en las taquillas de la estación de Shibuya, se quedó sólo con el traje y subió una cuesta hacia el hotel a paso ligero. Se trataba de un hotel urbano de categoría media. No era precisamente un hotel de lujo, pero disponía de las instalaciones necesarias, estaba limpio y no había clientes indecentes. En el primer piso había un restaurante y también una tienda abierta las veinticuatro horas. La ubicación, próxima a la estación, era buena.

Al entrar en el hotel, Aomame fue directo a los aseos. Por suerte no había nadie. Primero se sentó en el retrete y orinó. Tardó un buen rato. Cerró los ojos y escuchó el ruido de su propia orina, sin pensar en nada, como quien afina el oído para escuchar, a lo lejos, el rumor del oleaje. Después se puso frente al lavabo, se lavó las manos cuidadosamente con jabón, se cepilló el pelo y se sonó la nariz. Sacó el cepillo de dientes y se los lavó deprisa sin echarse pasta. Como andaba un poco justa de tiempo, se saltó el hilo dental. No hacía falta llegar a tanto. Aquello tampoco era una cita. Frente al espejo, se pintó ligeramente los labios y se arregló las cejas. Luego se quitó la parte superior del traje, se colocó bien el alambre del sujetador, estiró las arrugas de la blusa blanca y se olió debajo de la axila. No olía a nada. Acto seguido, cerró los ojos y recitó una oración, como siempre. Aquellas palabras no querían decir nada en sí mismas. No importaba lo que significaban. Lo importante era rezar.

Cuando terminó de rezar, abrió los ojos y se miró en el espejo. No había de qué preocuparse. Era una mujer de negocios con talento, hecha y derecha. Enderezó la espalda y tensó los labios. Únicamente aquel bolso bandolera, grande y abultado, estaba fuera de lugar. Quizá debería haberse traído un maletín ligero. Pero, por otra parte, parecía práctico. Por si acaso, volvió a revisar todos los objetos que llevaba dentro del bolso. No había problema. Todo estaba en su sitio. Podía sacar cualquier cosa a tientas.

Sólo le faltaba realizar lo que se había convenido. Tenía que ir directa al grano, sin titubeos, convencida e implacable. Se desabrochó el botón superior de la blusa para facilitar que se le viera el escote cuando se agachara. Pensó con lástima que si hubiera tenido los pechos un poco más grandes, habría resultado más eficaz.

Sin que nadie sospechara nada, subió en ascensor hasta el cuarto piso,

caminó por el pasillo e, inmediatamente, encontró la puerta de la habitación 426. Sacó del interior del bolso un portafolios que había dejado preparado, lo abrazó contra el pecho y llamó a la puerta con un golpe suave y conciso. Esperó un rato. Entonces volvió a llamar. Un poco más fuerte y más segura. Se oyó una voz débil procedente del interior y la puerta se entreabrió. Un hombre asomó la cara. Rondaría los cuarenta años. Llevaba una camisa azul marino y unos pantalones de franela grises. En el ambiente se percibía que, entre tanto, el hombre de negocios se había quitado la chaqueta del traje y se había aflojado la corbata. Tenía los ojos muy rojos, como de mal humor. Quizá no había dormido bastante. Miró la figura de Aomame, vestida con el traje de ejecutiva, y puso cara de cierta sorpresa. Tal vez se esperaba a una empleada o alguien que le llenara el minibar de la habitación.

—Disculpe que lo moleste. Soy la señora Itō, gerente del hotel, y venía a inspeccionar la habitación por un problema en el sistema de aire acondicionado. ¿Me permite que entre en la habitación sólo cinco minutos? —dijo Aomame, risueña, en un tono de voz ágil.

El hombre entornó los ojos con desagrado.

—Estoy realizando un trabajo importante y urgente. Dentro de una hora voy a salir de la habitación, ¿no le importaría esperar hasta entonces? Ahora mismo el aire acondicionado funciona sin ningún problema.

—Lo siento muchísimo, pero se trata de una medida de seguridad urgente relacionada con un cortocircuito y terminaré lo antes posible. Estoy yendo de habitación en habitación. Si me lo permite, acabaré en menos de cinco minutos.

—¡Qué remedio me queda! —exclamó el hombre y chasqueó la lengua—. Y eso que reservé esta habitación justo para que no me molestaran durante el trabajo…

El hombre señaló los documentos que había sobre el escritorio. Era una pila de gráficos detallados impresos por ordenador. Posiblemente estuviera preparando el material necesario para una reunión que tendría lugar aquella noche. Había una calculadora y hojas para tomar notas en las que se alineaban montones de números.

Aomame sabía que él trabajaba para una empresa petrolífera. Era un especialista en inversiones en maquinaria y equipos en los países de Oriente Medio. Según la información que le habían proporcionado, era muy competente en ese terreno. Se notaba en sus modales. Había recibido una buena educación,

tenía unos ingresos altos y conducía un nuevo modelo de Jaguar. Fue un niño mimado, estudió en el extranjero, hablaba inglés y francés con fluidez, y rebosaba confianza en sí mismo. Además, era el tipo de persona que no soportaba que los demás le pidieran algo, se tratara de lo que se tratara. Tampoco soportaba que lo criticaran. Sobre todo, delante de una mujer. Sin embargo, no le preocupaba en absoluto pedir cosas a los demás. Cuando golpeó a su esposa con un palo de golf y le rompió varias costillas, también le dio igual. Se creía que el mundo giraba a su alrededor. Pensaba que, si él no existiera, el mundo dejaría de moverse. Le cabreaba que cualquiera entorpeciera o rechazara sus planes. Se cabreaba de forma muy violenta, hasta el punto de hacer saltar el termostato.

—Disculpe las molestias —dijo Aomame, con la sonrisa jovial del negociante en la cara.

Luego, para consumar su propósito, metió medio cuerpo dentro de la habitación, abrió el portafolios empujando la puerta tras de sí y anotó algo con un bolígrafo.

—El cliente es…, eh…, el señor Miyama, ¿no? —le preguntó. Recordaba su cara de haberla visto varias veces en fotografías, pero no perdía nada asegurándose de que era la persona correcta. Si se equivocara, sería irreparable.

—Sí, soy Miyama —dijo el hombre en un tono descortés. Luego suspiró, como si se rindiera. Como si dijera «De acuerdo, haz lo que te venga en gana». Entonces se dirigió hacia el escritorio con un bolígrafo en la mano y volvió a coger los documentos que había empezado a leer. La chaqueta del traje y una corbata a rayas habían sido tiradas bruscamente sobre la cama doble, todavía hecha. Ambas prendas parecían artículos caros. Aomame, con el bolso bandolera aún colgado al hombro, se dirigió al armario. Le habían dicho con antelación que el panel del interruptor del aire acondicionado se encontraba allí. Dentro del armario había colgadas una gabardina hecha de un material suave y un fular de cachemir gris oscuro. Como equipaje únicamente había un maletín de piel. No veía mudas ni un neceser. Tal vez no tuviera intención de quedarse allí por mucho tiempo. Encima del escritorio había una cafetera que había recibido del servicio de habitaciones. Tras haber fingido que inspeccionaba el panel durante unos treinta segundos, llamó a Miyama.

—Muchísimas gracias por su colaboración, señor Miyama. No hay ningún problema con la instalación en esta habitación.

—¿Pero no le he dicho al principio que el aire acondicionado funcionaba bien? —dijo Miyama con voz altiva, sin volverse siquiera hacia ella.

—Oiga, señor Miyama —dijo Aomame tímidamente—; disculpe, pero parece que tiene algo en la nuca.

—¿En la nuca? —Miyama se llevó la mano al cogote. Después de frotarse un poco, se miró la palma con recelo—. Pues parece que no tengo nada…

—Si me permite —dijo Aomame acercándose al escritorio—, ¿puedo mirar de cerca?

—Sí, claro, pero… —respondió Miyama con cara de extrañeza—. ¿Qué es? ¿Qué tengo?

—Parece pintura. Es de color verde claro.

—¿Pintura?

—No sé. Por el tono, parece pintura. Si es tan amable, ¿le importa que toque con la mano? Quizá se pueda quitar.

—Sí —dijo Miyama. Se agachó y se puso de espaldas a Aomame. Parecía que acababa de cortarse el cabello, y tenía la nuca descubierta. Aomame inspiró, contuvo el aliento, se concentró y buscó rápidamente aquel punto. A modo de señal, presionó un poco con la yema de los dedos. Cerró los ojos y comprobó que no se había equivocado al tocar. En efecto, era ahí. En otras circunstancias le hubiera gustado tomarse su tiempo y asegurarse, pero no tenía más margen. Dadas las condiciones, estaba haciéndolo lo mejor posible.

—Por favor, ¿podría aguantar un poquito en esta posición? Voy a coger una linterna del bolso. Es que no se ve bien con la iluminación de la habitación.

—La pintura esa, o lo que sea, ¿está pegada? —preguntó Miyama.

—No lo sé. Voy a mirarlo ahora mismo.

Aomame, con el dedo colocado suavemente en un punto de la nuca del hombre, extrajo un estuche rígido de plástico del bolso, abrió la tapa y sacó un objeto envuelto en un paño fino. Al desanudar el paño habilidosamente con una mano, salió algo semejante a un pequeño picahielos. Tendría una longitud de unos diez centímetros. La empuñadura era pequeña, de madera maciza. Pero aquello no era un picahielos. Sólo tenía la forma. No servía para picar hielo. Ella misma lo había diseñado y fabricado. La punta era muy aguda, como una aguja de coser. Para que el punzón no se doblara, iba clavado en un pequeño trozo de corcho. Era un corcho de elaboración especial, blando como el algodón. Aomame quitó el corcho cuidadosamente con las uñas y se lo guardó en el bolsillo. Entonces acercó la aguja desnuda a aquel punto del cuello de Miyama. «Venga, tranquilízate, que éste es el momento crítico», se convencía Aomame a

sí misma. No se podía permitir fallar ni por un milímetro. Si se desviaba un poco, todo el esfuerzo se habría ido al garete. Ante todo, requería concentración.

—Perdone. Acabo ahora mismo —dijo Aomame.

Para sus adentros, comenzó a decirle al hombre: «Tranquilo, que acabo en un abrir y cerrar de ojos. Espere un poquito más. Después ya no le hará falta pensar en nada. Ni en el sistema de refinado del petróleo, ni en las tendencias del mercado de crudo pesado, ni en los informes trimestrales al grupo inversor, ni en la reserva del vuelo a Bahréin, ni en el soborno al oficial o el regalo para su amante…, no tendrá que pensar en nada más. Debe de haber sido bastante duro ocuparse continuamente de todas esas cosas, ¿no? Por eso, espere sólo un poquito más, por favor. Yo me voy a concentrar y voy a hacer mi trabajo con toda seriedad, así que no se impaciente. Por favor».

Una vez que comprobó la posición y se decidió, alzó la mano derecha en el aire, contuvo la respiración y, tras una breve pausa, la dejó caer secamente, asiendo la empuñadura de madera. No fue muy fuerte. Si aplicaba demasiada fuerza, la aguja se podría doblar bajo la piel. Tampoco podía dejar la punta ahí. Había que dejar caer la palma de la mano con suavidad, con mimo, en el ángulo adecuado y con la fuerza adecuada. Secamente, sin oponerse a la gravedad. Y hacer que el fino extremo de la aguja penetrara de la forma más natural posible en aquel punto. Profunda, suave y mortal. Lo principal era el ángulo y la fuerza de la penetración; o, más bien, la fuerza de la extracción. Si prestaba atención a todo eso, resultaría tan sencillo como clavar una aguja en un pedazo de tofu. El extremo de la aguja penetraba en la carne, pinchaba una posición específica en la parte inferior del cerebro, y el corazón dejaba de palpitar como si se apagara una vela. En cuestión de segundos, todo acababa. Hasta resultaba soso. Aquello era algo que sólo Aomame era capaz de hacer. Nadie más podía encontrar a tientas aquel punto delicado. Sin embargo, ella sí que podía. Las yemas de sus dedos estaban dotadas de una intuición especial.

Se oyó al hombre coger aliento sobresaltado. Todos los músculos se le contrajeron con un espasmo. Tras percibir esa sensación, Aomame extrajo la aguja deprisa. Luego, sin perder tiempo, presionó sobre la herida una gasita que llevaba preparada en el bolsillo. Era para evitar una hemorragia. La aguja era muy fina y sólo lo había pinchado durante escasos segundos. Aunque se produjera una hemorragia, sería muy reducida. No obstante, tenía que ponerse en el peor de los casos. No podían quedar rastros de sangre. Una sola gota podría resultar fatal. La cautela era una de las virtudes de Aomame.

El cuerpo de Miyama se quedó yerto y, poco a poco, fue perdiendo fuerza. Como cuando una pelota de baloncesto se desinfla. Manteniendo la presión del dedo índice sobre el punto en la nuca del hombre, lo tendió boca abajo sobre el escritorio. Tenía la cara apoyada sobre los documentos, a modo de almohada, y el resto del cuerpo tendido de costado en el escritorio. Los ojos estaban abiertos, aún con expresión de sorpresa. Parecía que había sido testigo en el último momento de algo enigmático e inaudito. No se percibía miedo, ni dolor. Tan sólo puro asombro. Algo anormal había sucedido en su cuerpo. Pero no podía comprender de qué se trataba. Desconocía si era dolor, picazón, placer o algún tipo de revelación. En el mundo existen diversas maneras de morir, pero probablemente no existiese ninguna tan placentera.

«Tal vez sea una muerte demasiado placentera para alguien como tú», pensó Aomame frunciendo el ceño. «Ha sido demasiado sencillo. Quizá debería haberte partido dos o tres costillas con un hierro cinco, infligirte bastante dolor y después darte el golpe de gracia. Ésa es la muerte de perro idónea para un hijo de puta. Eso fue lo que le hiciste a tu mujer. Desgraciadamente, yo no tenía otra elección. La misión que me habían encomendado era enviarte al infierno en secreto, de manera rápida, pero certera. Y ahora he ejecutado mi misión. Hace un minuto este hombre estaba vivito y coleando. Ahora está muerto. Sin haberse dado cuenta siquiera, ha franqueado el umbral que separa la vida de la muerte».

Aomame aplicó firmemente la gasa a la herida durante cinco minutos. Si en aquel momento alguien abriera la puerta y entrara en la habitación y viera cómo ella hacía presión con los dedos en la nuca del hombre, sujetando el arma asesina, fina y delgada, en una mano, aquello sería el fin. No habría escapatoria. Podría venir un botones para llevarse la cafetera. En aquel mismo momento podrían llamar a la puerta. Pero aquellos valiosos cinco minutos resultaban imprescindibles. Aomame respiró profundamente para relajarse. Tenía que mantenerse serena. No podía perder la templanza. Debía ser la Aomame fría de siempre.

Podían oírse las pulsaciones de su corazón. La fanfarria inicial de la *Sinfonietta* de Janáček resonaba en su cabeza al compás de los latidos. Un suave viento soplaba en silencio a través de las verdes praderas de Bohemia. Aomame sabía que se había dividido en dos. Una de sus mitades seguía haciendo presión en la nuca del muerto con una frialdad extraordinaria. Pero su otra mitad sentía pánico. Quería dejarlo todo y huir de inmediato de aquella habitación. «Estoy aquí y, al mismo tiempo, no estoy. Me encuentro simultáneamente en dos

lugares. ¡Qué le voy a hacer si contravengo las teorías de Einstein! Es el zen del asesino».

La muerte causada por el pinchazo de una aguja extremadamente fina en aquel punto especial de la parte inferior del cerebro se asemejaba mucho a una muerte natural. A ojos de un médico normal y corriente, aquello debería pasar, sin ninguna duda, por un ataque al corazón. Mientras trabajaba frente al escritorio, sufrió de repente un infarto y, al instante, exhaló el último suspiro. Exceso de trabajo y estrés. No se encontró ningún elemento extraño. Tampoco hizo falta autopsia.

«Era una persona competente, pero trabajaba en exceso. Ganaba mucho dinero, pero una vez muerto no le servirá de nada. Vestía trajes de Armani y conducía un Jaguar, pero tuvo el mismo final que una hormiga. A fuerza de trabajar, fue muriéndose absurdamente. Su paso por el mundo se olvidará enseguida. ¡Qué lástima que se haya muerto tan joven!», diría tal vez la gente. O tal vez no.

Aomame sacó el corcho de su bolsillo y lo clavó en el extremo de la aguja. Envolvió una vez más aquel delicado instrumento en el paño fino, lo metió en el estuche rígido y lo colocó en el fondo del bolso bandolera. Cogió una toalla de manos del cuarto de baño y limpió bien todas las huellas digitales que había dejado por la habitación. Los únicos sitios donde habían quedado huellas eran el panel del aire acondicionado y el pomo de la puerta. No había tocado nada más. Luego devolvió la toalla a su sitio. Dejó la cafetera y el vaso sobre la bandeja del servicio de habitaciones y la sacó al pasillo. Así, si el botones acudía para llevarse la cafetera, no llamaría a la puerta y el cadáver tardaría en ser encontrado. Si todo salía como era debido, la señora de la limpieza se encontraría el cadáver en la habitación poco después de la hora de salida, al día siguiente.

Cuando aquella noche el hombre no asistiera a la reunión, seguramente telefonearían a la habitación. Pero nadie descolgaría el auricular. A la gente le parecería extraño y podría ser que el gerente hiciera abrir la puerta. O quizá no. Todo estaba a merced de las circunstancias.

Aomame se puso de pie frente al espejo del baño y comprobó que llevaba la ropa en su sitio. Se abrochó el botón superior de la blusa. «Ya no hace falta que deje el escote al aire, porque ese gran hijo de puta ni siquiera me ha mirado. ¿Qué rayos le pasa a la gente?». Aomame frunció el ceño con moderación. Luego se acicaló el pelo, relajó los músculos de la cabeza masajeándose

suavemente con los dedos y esbozó una sonrisa encantadora ante el espejo. También probó a enseñar sus dientes blancos, recién pulidos por el dentista. «¡Hala! Ahora saldré de esta habitación, en la que hay un muerto, y regresaré al mundo real de siempre. Debo regular la presión atmosférica. Ya no soy una fría asesina. Soy una mujer de negocios competente y risueña, ataviada con un traje elegante».

Aomame entreabrió la puerta, inspeccionó la zona y, después de cerciorarse de que no había nadie en el pasillo, salió a hurtadillas. En vez de utilizar el ascensor, bajó por las escaleras. Cuando pasó por el vestíbulo, tampoco se fijó nadie en ella. Enderezó la espalda, miró al frente y caminó con paso ligero. Pero no lo bastante ligero como para que alguien se fijara en ella. Era una profesional. Una profesional que rozaba la perfección. Aomame pensó con lástima que, si hubiera tenido el pecho un poco más grande, habría sido, sin discusión, la profesional perfecta. Volvió a fruncir el ceño ligeramente. No había remedio. Tendría que apañárselas con lo que tenía.

4
TENGO

Si es lo que deseas

El timbre del teléfono despertó a Tengo. Las agujas luminosas del reloj marcaban un poco más de la una. Huelga decir que todo estaba oscuro a su alrededor. Sabía desde el principio que era Komatsu quien lo llamaba. Aparte de él, ningún otro conocido lo llamaría pasada la una de la madrugada. Y no había nadie más, aparte de él, que dejara sonar el teléfono incansablemente, con tal insistencia, hasta que la otra persona cogía el auricular. La noción de tiempo no existía para Komatsu. Cuando se le ocurría algo, llamaba al instante, sin tener en cuenta la hora. Fuera en plena noche o temprano por la mañana, durante la luna de miel o en el lecho de muerte; la idea prosaica de que a la otra persona podría molestarle que la llamaran por teléfono no parecía pasar por aquella cabeza ovalada.

Pero la realidad es que no, aquello no se lo hacía a cualquiera. Al fin y al cabo, Komatsu cobraba por trabajar dentro del sistema. No podía ir por ahí comportándose de manera insensata con cualquiera. Como se trataba de Tengo, sí que podía. Para Komatsu, Tengo era más o menos una prolongación de sí mismo. Igual que una extremidad. No había distinción entre el uno y el otro. Por lo tanto creía que cuando él estaba despierto, el otro también debería estarlo. Cuando no había ningún asunto pendiente, Tengo se acostaba a las diez de la noche y se levantaba a las seis de la mañana. Por lo general, llevaba una vida ordenada. Era de buen dormir, pero cuando algo lo despertaba, se desvelaba. Formaba parte de su temperamento nervioso. Se lo había dicho cientos de veces a Komatsu. Le había pedido claramente que dejara de llamarlo por teléfono en plena noche. Como un campesino que le implora a Dios que no envíe una plaga de langostas a sus tierras antes de la cosecha. «Entendido. Ya no voy a llamarte más de noche», le decía Komatsu. Pero como aquellas promesas no arraigaban lo

suficiente en su consciencia, bastaba con que cayera un solo chaparrón para que el agua se las llevara consigo como si nada.

Tengo se levantó de la cama y, después de chocar contra algo, consiguió llegar hasta el teléfono de la cocina. Entre tanto, el teléfono no cesaba de sonar.

—He hablado con Fukaeri —dijo Komatsu. Como de costumbre, no hubo saludos. Ni un preámbulo. Ni un «¿Estabas durmiendo?», ni un «Siento llamarte tan tarde». Era increíble. Siempre lo sorprendía.

Tengo se quedó en silencio, frunciendo el ceño en medio de la oscuridad. Cuando se despertaba de golpe en medio de la noche, le costaba reaccionar durante un buen rato.

—¡Eh! ¿Me oyes?

—Sí.

—De momento sólo hemos hablado por teléfono. Bueno, fui yo básicamente el que habló y ella sólo escuchaba, así que, en general, difícilmente podría llamársele una conversación. El caso es que es una chica de pocas palabras. Y tiene una extraña manera de hablar. Si la oyeras, te darías cuenta. En cualquier caso, le expliqué sin preámbulos de qué trata, más o menos, mi proyecto. Algo así como que qué le parecería que una tercera persona interviniera y corrigiera *La crisálida de aire*, y que esa versión más pulida aspirara al premio. Como era por teléfono, se lo conté por encima. Le pregunté si estaba interesada en quedar y hablar de los detalles. Lo hice dando rodeos. Si hubiera sido demasiado franco, podría haberme metido en un aprieto, dada la naturaleza del tema del que hablamos.

—¿Y qué pasó?

—No me contestó.

—¿No le contestó?

En ese momento, Komatsu hizo una pausa eficaz. Se llevó un cigarro a la boca y lo encendió con una cerilla. Por el ruido que se oía a través del teléfono, Tengo se hizo una idea clara. No utilizaba mechero.

—Fukaeri me dijo que antes querría conocerte —contestó Komatsu expulsando el humo—. No me dijo si estaba interesada o no. Ni si lo quiere hacer o no. De todos modos, parece que lo más importante es conocerte y hablar contigo cara a cara. Me imagino que después me dará una respuesta. ¿Te parece mucha responsabilidad?

—¿Y entonces?

—¿Estás libre mañana por la tarde?

Las clases en la academia empezaban temprano y acababan a las cuatro de la tarde. Por suerte o por desgracia, no tenía ningún plan para después.

—Sí, estoy libre —dijo Tengo.

—Vete a Nakamura-ya, en Shinjuku, a las seis. He reservado una mesa tranquila a mi nombre, hacia el fondo del local. La editorial paga la cuenta, así que comed y bebed lo que os apetezca. Y hablad los dos con calma.

—¿Eso quiere decir que usted no vendrá?

—La condición de Fukaeri era hablar contigo a solas. Por ahora, parece que no le hace falta reunirse conmigo.

Tengo se quedó callado.

—Eso es todo —concluyó Komatsu con voz jovial—. Hazlo bien, Tengo. Eres corpulento, pero gustas a la gente. Además, eres profesor de una academia preparatoria, así que estarás acostumbrado a hablar con precoces alumnas de instituto. Estás más capacitado que yo. Sólo tienes que sonreír, persuadirla y mostrarle que puede confiar en ti. Espero buenas noticias.

—Aguarde un segundo. ¿Acaso no es ése el asunto del que me habló en un principio? Todavía no le he respondido. Como le dije la otra vez, es un plan sumamente peligroso y sospecho que no todo va a salir tan bien. Podría convertirse en un problema a nivel social. Es imposible que convenza a una chica que no conozco, cuando ni yo mismo he tomado una decisión en cuanto a aceptar o no.

Komatsu se quedó un rato callado al teléfono. Luego habló.

—Oye, Tengo, el asunto ya está en marcha. Es tarde para detener el tren y apearse. Yo estoy completamente decidido. Y tú debes de estar medio decidido. Por así decirlo, corremos la misma suerte.

Tengo movió la cabeza hacia ambos lados. ¿Correr la misma suerte? ¡Vaya! ¿Desde cuándo se había puesto la cosa tan dramática?

—Pero, señor Komatsu, ¿no le dije el otro día que necesitaba tiempo para pensármelo con calma?

—De eso ya han pasado cinco días. Te lo has pensado con calma, ¿y qué?

Tengo no sabía qué decir.

—Aún no he tomado una decisión —se sinceró.

—Pues, entonces, ¿por qué no ves a Fukaeri y hablas con ella? Puedes decidirte después.

Tengo se masajeó fuertemente las sienes con los dedos. La cabeza todavía no le funcionaba al cien por cien.

—De acuerdo. Iré a conocer a Fukaeri. Mañana a las seis en el Nakamura-ya de Shinjuku. Le explicaré el asunto por encima. Pero no puedo prometerle nada más, porque se lo puedo explicar, pero lo de convencerla es imposible.

—Está bien, vale.

—¿Y qué sabe ella de mí?

—Le conté lo básico. Que tienes veintinueve o treinta años, estás soltero y trabajas como profesor de matemáticas en una academia en Yoyogi. Que eres corpulento, pero no eres mal tipo. Que no vas por ahí comiéndote a las chicas jovencitas. Llevas una vida humilde y tienes una mirada afable. Y que me encantan las obras que escribes. Eso fue, más o menos, lo que le conté.

Tengo lanzó un suspiro. En cuanto intentaba pensar en algo, la realidad se le acercaba y se alejaba de nuevo.

—Oiga, señor Komatsu, ¿puedo volver ya a la cama? Pronto va a ser la una y me gustaría dormir al menos un poco antes de que se haga de día. Mañana por la mañana doy tres clases.

—Claro. Buenas noches —dijo Komatsu—. Que duermas bien. —Y colgó el teléfono, sin más.

Tengo se quedó contemplando durante un rato el auricular que tenía en la mano y luego lo devolvió a su sitio. A ser posible, quería dormirse cuanto antes. A ser posible, quería dormir bien. Pero sabía que, después de que lo hubieran despertado a esas horas y de que lo hubieran metido en aquel follón, no le resultaría tan fácil conciliar el sueño. Existía, por otra parte, la opción de echar un trago y dormir, pero no tenía ganas de beber. Al final bebió un vaso de agua, se metió en la cama, encendió la luz y se puso a leer un libro. Su intención era leer hasta quedarse dormido, pero concilió el sueño antes del amanecer.

Una vez que terminaron las tres clases en la academia, fue a Shinjuku en tren. Compró varios libros en la librería Kinokuniya y se dirigió a Nakamura-ya. En la entrada, dio el nombre de Komatsu y lo condujeron hasta una tranquila mesa apartada. Fukaeri aún no había llegado. Tengo dijo al camarero que esperaría hasta que llegara su acompañante. Cuando el camarero le preguntó si deseaba beber algo mientras esperaba, Tengo le dijo que no quería nada. El camarero le dejó agua y el menú, y se fue. Tengo abrió uno de los libros que acababa de comprar y se puso a leer. Era un libro sobre brujería. Trataba de la función de las maldiciones en la sociedad japonesa. La maldición había

desempeñado un papel fundamental en las comunidades de antaño. El cometido de la maldición era subsanar y complementar los defectos e incoherencias del sistema social. Parecían épocas bastante divertidas.

Dieron las seis y cuarto y Fukaeri aún no había aparecido. Tengo seguía leyendo, sin preocuparse demasiado. No le sorprendía que se retrasara. Aquel asunto, en sí mismo, era absurdo. Nadie podía quejarse porque evolucionara de forma absurda. No sería extraño que la chica hubiera cambiado de parecer y no se presentara. La verdad es que el hecho de que no apareciera era de agradecer. Así todo resultaría más fácil. Bastaría con comunicarle a Komatsu que había estado esperando durante una hora, pero que Fukaeri no se había presentado. Tengo no sabía qué haría después. Podría comer solo y volver a casa. De ese modo habría cumplido su obligación para con Komatsu.

Fukaeri apareció a las seis y veintidós. Llegó acompañada del camarero y se sentó en el asiento de enfrente. Posó sus pequeñas manos sobre la mesa, sin quitarse el abrigo, y miró a Tengo fijamente a la cara. Ni dijo «Siento haber llegado tarde», ni «Siento haberte hecho esperar». Ni siquiera «Encantada» u «Hola». Sólo miró a Tengo a la cara con los labios sellados. Como si contemplara desde lejos un paisaje nunca visto. «¡Increíble!», pensó Tengo.

Fukaeri era de complexión pequeña y tenía unas facciones todavía más bellas que en las fotografías. A Tengo, la parte de la cara que más le llamó la atención fueron sus ojos. Unos ojos impresionantes y profundos. Al contemplar aquel par de graciosas pupilas de color azabache, Tengo se sintió perturbado. Ella apenas parpadeaba. Parecía que ni siquiera respiraba. Tenía el cabello liso como si alguien se lo hubiera trazado, pelo por pelo, con una regla, y la forma de sus cejas combinaba muy bien con su peinado. Como suele ocurrirles a muchas bellas adolescentes, su expresión carecía del poso de la experiencia. Además, también podía percibirse cierta desarmonía. Tal vez porque había alguna diferencia entre la profundidad de su ojo izquierdo y la del derecho, lo cual hacía que uno se sintiera incómodo al mirarla. Saber en qué pensaba era un misterio insondable. En ese sentido, no se ajustaba al tipo de chica guapa que se hace modelo de revista o cantante famosa. Pero, en cambio, tenía algo que provocaba y atraía a la gente.

Tengo cerró el libro, lo dejó a un lado de la mesa, enderezó la espalda, cambió de postura y bebió agua. Era tal y como Komatsu le había dicho. Si ganara el premio, los medios de comunicación no la dejarían en paz. Estaba claro que armaría cierto revuelo. ¿Pero se detendría todo ahí?

El camarero vino y dejó un vaso de agua y el menú delante de ella. No obstante, Fukaeri permanecía quieta. Sólo miraba a Tengo, ni siquiera tocó el menú. A Tengo no le quedó más remedio que decirle hola. Delante de ella, se sentía aún más corpulento.

Fukaeri se quedó mirándolo a la cara, sin devolverle el saludo.

—Te conozco —dijo poco después en voz baja.

—¿Que me conoces? —preguntó Tengo.

—Enseñas matemáticas.

Tengo asintió.

—En efecto.

—Te he escuchado un par de veces.

—¿Mis clases?

—Sí.

Su manera de hablar tenía ciertas peculiaridades. Oraciones desprovistas de cualquier ornamento, carencia absoluta de acento, vocabulario limitado (por lo menos daba la sensación de ser limitado). Ciertamente, era un poco extraña, como Komatsu le había dicho.

—Es decir, que eres una estudiante de la academia, ¿no? —preguntó Tengo.

Fukaeri negó con la cabeza.

—Sólo fui de oyente.

—Pero sin carnet de estudiante no puedes entrar en el aula.

Fukaeri se limitó a encoger ligeramente los hombros. Como diciendo: «Para ser un adulto, dices bastantes tonterías».

—¿Qué te parecieron las clases? —preguntó Tengo. De nuevo una pregunta absurda.

Fukaeri bebió un trago de agua sin apartar la vista. No le contestó. Tengo supuso que como había ido un par de veces, la primera impresión no habría sido tan mala. Si no le hubiera interesado, sólo habría ido una vez.

—¿Estás en tercero, en el instituto? —le preguntó Tengo.

—Más o menos.

—¿Te preparas para los exámenes de ingreso en la universidad?

Ella sacudió la cabeza.

Tengo fue incapaz de juzgar si eso quería decir «no quiero hablar de los exámenes» o «no voy a hacer los exámenes». Se acordó de que Komatsu le había dicho por teléfono que era una chica sumamente callada.

El camarero vino y tomó nota. Fukaeri aún llevaba el abrigo. Ella pidió una

ensalada y pan. «Eso es todo», le dijo, y devolvió el menú al camarero. Luego, de repente, añadió «y vino blanco».

El joven camarero pareció a punto de decir algo sobre su edad, pero, como Fukaeri lo miraba fijamente, se puso colorado y se tragó las palabras. «Increíble», pensó Tengo otra vez. Él pidió *linguini* con marisco y, para acompañar a Fukaeri, una copa de vino blanco.

—Eres profesor y novelista —dijo Fukaeri. Aquello parecía una pregunta. Hacer preguntas sin entonación interrogativa debía de ser una de las características de su forma de hablar.

—En este momento, sí —respondió Tengo.

—No aparentas ninguna de las dos cosas.

—Puede ser —dijo Tengo. Pensaba sonreír, pero no fue capaz—. Tengo madera de profesor y enseño en la academia, pero no se puede decir que sea profesor formalmente; y escribo novelas, pero como no se han publicado, todavía no soy escritor.

—No eres nada.

Tengo asintió.

—Exacto. Ahora mismo no soy nada.

—Te gustan las matemáticas.

Tengo volvió a responderle, tras añadir los signos de interrogación a lo que ella acababa de decir.

—Sí. Siempre me han gustado.

—¿Qué te gusta?

—¿Que qué me gusta de las matemáticas? —Tengo completó sus palabras—. Pues, que, frente a los números, me siento muy relajado. Es como si las cosas volvieran a su cauce.

—La explicación sobre las integrales era interesante.

—¿Hablas de una de mis clases?

Fukaeri asintió.

—¿A ti te gustan las matemáticas?

Fukaeri hizo un breve movimiento con la cabeza hacia los lados. No le gustaban.

—Pero la explicación sobre las integrales te pareció interesante, ¿no? —preguntó Tengo.

Fukaeri encogió ligeramente los hombros.

—Hablabas de las integrales como si fueran algo importante.

—¿Ah, sí? —dijo Tengo. Era la primera vez que alguien le decía tal cosa.

—Como si hablaras de alguien importante —dijo la chica.

—Cuando explico las progresiones, debo de hacerlo todavía con más entusiasmo —dijo Tengo—. Del plan de estudios de matemáticas en el instituto, las progresiones son mi parte preferida.

—Te gustan las progresiones —preguntó Fukaeri, otra vez sin entonar.

—Para mí son como *El clave bien temperado* de Bach. Nunca me canso de ellas. Siempre hay algo nuevo que descubrir.

—Conozco *El clave bien temperado*.

—¿Te gusta Bach?

Fukaeri asintió.

—El profesor siempre lo escucha.

—¿El profesor? —dijo Tengo—. ¿Un profesor del instituto?

Fukaeri no contestó. Se quedó mirando a Tengo con expresión de que era demasiado pronto para hablar de aquello.

A continuación se quitó el abrigo, de improviso. Se retorció y se desembarazó de él, como cuando un insecto muda de piel, para luego colocarlo, sin doblar, sobre la silla contigua. Debajo del abrigo vestía un fino jersey verde claro de cuello redondo y unos vaqueros blancos. No llevaba complementos, ni maquillaje. Sin embargo, llamaba la atención. Era esbelta, pero, en cuanto a sus proporciones, el tamaño de sus pechos atraía irremediablemente las miradas. También tenían una forma muy bella. Tengo tuvo que esforzarse para no mirárselos; pero, de forma inadvertida, ya se le habían desviado los ojos. Era como si mirara, sin poder evitarlo, el centro de un gran vórtice.

Les sirvieron las copas de vino blanco. Fukaeri bebió un trago. Luego, tras contemplar la copa, ensimismada, la posó sobre la mesa. Tengo sólo lo cató. A continuación, tenían un asunto importante del que hablar.

Fukaeri se llevó las manos al pelo, liso y moreno, y se lo atusó durante un rato sujetándolo entre los dedos. Era un gesto espléndido. Tenía unos dedos estupendos. Cada uno de aquellos finos dedos parecía dueño de su propia voluntad y principios. Incluso podía sentirse en ellos cierto hechizo.

—¿Que qué me gusta de las matemáticas? —se interrogó Tengo a sí mismo otra vez, para desviar la atención de los dedos y el pecho de la chica—. Las matemáticas son como una corriente de agua. Existen diversas teorías complicadas, es cierto, pero la lógica básica es muy sencilla. De igual modo que el agua fluye desde un lugar elevado hacia otro más bajo tomando la distancia

más corta, sólo hay una corriente matemática. Al observar con atención, el curso se hace visible por sí solo. Basta con que mires fijamente. No tienes que hacer nada más. Si te concentras y aguzas la vista, todo se aclara. En este mundo no hay nada, salvo las matemáticas, que me trate con tanta amabilidad.

Fukaeri se puso a pensar durante un rato sobre lo que acababa de escuchar.

—Por qué escribes novelas —preguntó con una voz carente de entonación.

Tengo transformó la pregunta de Fukaeri en oraciones más largas.

—O sea, que si me gustan tanto las matemáticas, no tengo ninguna necesidad de esforzarme por escribir novelas; que podría dedicarme exclusivamente a las matemáticas. ¿Es eso lo que quieres decir?

Fukaeri asintió.

—Vamos a ver. La vida real es diferente a las matemáticas. En ella, las cosas no siempre toman el camino más corto. Las matemáticas son para mí…, cómo podría decirlo…, demasiado naturales. Son como un bello paisaje. Están ahí sin más. No es necesario sustituirlas por nada. Por eso cuando estoy inmerso en las matemáticas, tengo la sensación de que me estoy volviendo rápidamente transparente. A veces me da miedo.

Fukaeri miraba a Tengo fijamente a los ojos, sin apartar la vista ni un segundo. Como si pegara la cara al cristal de una ventana y espiara el interior de una casa deshabitada.

—Cuando escribo sustituyo mediante las palabras la realidad que me rodea por algo que encuentro más natural. Es decir, reconstruyo. De ese modo confirmo que existo, sin duda, en este mundo. Se trata de una operación completamente diferente a cuando estoy en el mundo de las matemáticas.

—Confirmas que existes —dijo Fukaeri.

—Aunque no quiere decir que ya lo haya logrado —admitió Tengo.

Fukaeri no parecía convencida de la explicación de Tengo, pero no dijo nada más. Sólo se llevó la copa a los labios. Entonces, como si sorbiera por una pajita, bebió del vino sin hacer ruido.

—Si me permites que te dé mi opinión, creo que, al fin y al cabo, tú haces lo mismo. Conviertes lo que has visto en palabras y lo reconstruyes. De esa forma confirmas tu sitio en el mundo como ser humano —dijo Tengo.

Fukaeri dejó quieta la mano con la que agarraba la copa y reflexionó un poco. Sin embargo, como era de esperar, no expresó su opinión.

—Y ese proceso permanece bajo la forma de una obra —dijo Tengo—. Si esa obra despertara la simpatía y la aprobación de mucha gente, se convertiría en

una obra literaria con valor objetivo.

Fukaeri negó categóricamente con la cabeza.

—No me interesa la forma.

—No te interesa la forma —repitió Tengo.

—La forma no tiene ningún sentido.

—Entonces, ¿por qué has escrito esa historia y te has presentado al concurso?

Fukaeri dejó la copa de vino en la mesa.

—No he sido yo.

Tengo bebió un trago de agua para tranquilizarse.

—¿Quieres decir que no has sido tú quien se ha presentado al concurso?

Fukaeri asintió.

—Yo no la envié.

—Entonces, ¿quién demonios envió lo que escribiste a la editorial como obra candidata?

Fukaeri encogió ligeramente los hombros. Luego se quedó callada durante unos quince segundos.

—Nadie.

—Nadie —repitió Tengo, y de su boca fruncida escapó un lento suspiro. ¡Vaya! Las cosas no avanzaban con tanta facilidad. Tal y como había pensado.

Tengo había salido varias veces con estudiantes de la academia preparatoria. Es decir, una vez que habían dejado la academia y habían entrado en la universidad. Habían sido ellas las que se habían puesto en contacto con él y le habían dicho que les gustaría quedar; habían quedado, charlado e ido juntos a algún sitio. Tengo no tenía ni idea de qué les atraía de él. Pero, de todas formas, estaba soltero y ellas ya no eran alumnas suyas. No había ningún motivo para rechazar aquellas citas.

Sólo en dos ocasiones las citas se habían prolongado y habían derivado en relaciones carnales. Pero las relaciones con ellas se habían terminado de pronto, de forma natural, al cabo de poco tiempo. A Tengo le intranquilizaba estar con chicas dinámicas que acababan de entrar en la universidad. No se sentía cómodo con ellas. Al principio resultaba nuevo e interesante, como quien sale con una gatita en edad de jugar, pero al cabo de poco tiempo se cansaba. Y las chicas también descubrían que el carácter del profesor de matemáticas no era el mismo

que cuando salía a la tarima y les hablaba apasionadamente sobre las matemáticas. En cierto sentido, era como si se llevaran un chasco. Tengo las comprendía.

A él le tranquilizaba salir con mujeres mayores que él. Pensar que, hiciera lo que hiciese, no tenía que llevar la iniciativa le quitaba un peso de encima. Además, muchas mujeres mayores sentían simpatía por él. Por eso, desde que había empezado una relación con una mujer casada diez años mayor que él, hacía un año, había dejado por completo de salir con chicas jóvenes. Quedando una vez por semana en su piso con su novia mayor, saciaba la mayor parte de esa especie de deseo (o necesidad) de una mujer de carne y hueso. Luego escribía, leía o escuchaba música solo, recogido en su habitación, o a veces iba a nadar a la piscina del barrio. Aparte de las escasas conversaciones con sus compañeros de la academia preparatoria, apenas hablaba con nadie. Y no es que esa vida le produjera insatisfacción. No, al contrario; se acercaba a su modelo ideal de vida.

Sin embargo, cuando Fukaeri, aquella chica de diecisiete años, apareció delante de él, Tengo sintió una especie de estremecimiento, bastante intenso, en el corazón. Era lo mismo que sintió cuando vio sus fotografías por primera vez; pero delante de ella, en persona, el estremecimiento era más fuerte. No se trataba de amor, ni de deseo sexual. Seguramente, *algo* había entrado a través de un pequeño resquicio en su interior e intentaba llenar un vacío. Tenía esa sensación. El vacío no lo había creado Fukaeri. Ya hacía tiempo que estaba en Tengo. Ella le aplicó una luz especial y volvió a iluminarlo.

—No te interesa escribir, ni has presentado tu obra al concurso —dijo Tengo, para confirmarlo.

Fukaeri asintió sin apartar la mirada de la cara de Tengo. Luego encogió un poco los hombros, como cuando uno protege su cuerpo de un frío viento invernal.

—No tienes intención de ser novelista. —A Tengo le sorprendió que, sin darse cuenta, él mismo había formulado una pregunta sin entonarla. Aquella manera de hablar debía de ser contagiosa.

—No —respondió Fukaeri.

En ese instante, les trajeron la comida. Un gran bol de ensalada y un bollo de pan para Fukaeri. Para Tengo, *linguini* con marisco. Fukaeri volteó varias veces

las hojas de lechuga con el tenedor, mirándolas como cuando uno examina los titulares de un periódico.

—Pero de todos modos alguien envió *La crisálida de aire*, que tú escribiste, a la editorial como obra candidata al premio. Entonces yo leí las obras y me fijé en la tuya.

—*La-crisálida-de-aire* —dijo Fukaeri. Y entornó los ojos.

—*La crisálida de aire* es el título de la novela que has escrito —recordó Tengo.

Fukaeri se quedó con los ojos entrecerrados, sin decir nada.

—¿No es el título que tú le has puesto? —preguntó Tengo, inquieto.

Fukaeri negó con un pequeño movimiento de cabeza.

Tengo volvió a sentirse confuso, pero decidió no preguntarle nada más sobre el título. Aquello tenía que avanzar, sin más dilación.

—No importa. De todos modos, no es un mal título. Tiene gancho y resulta llamativo. Hace que te preguntes «¿Qué puede ser eso?». Quienquiera que se lo haya puesto, no hay ninguna queja con respecto al título. No sé exactamente cuál es la diferencia entre una «crisálida» y un «capullo», pero no tiene importancia. Lo que quería decirte es que, cuando la leí, la obra me cautivó. Entonces se la llevé al señor Komatsu. A él también le ha gustado. Sin embargo, él cree que para poder aspirar en serio a ganar el premio, el texto tiene que ser corregido, porque, en comparación con la fuerza de la historia, resulta un tanto flojo. Y él quiere que sea yo, y no tú, quien lo corrija. Yo todavía no he tomado ninguna decisión. No le he contestado si lo voy a hacer o no, porque ni siquiera sé si es correcto.

Tengo dejó de hablar en este punto y observó la reacción de Fukaeri. No hubo reacción.

—Lo que quiero saber es qué te parece que yo corrija *La crisálida de aire* en tu lugar, ya que, por muy decidido que estuviera, nunca lo haría sin tu consentimiento y tu colaboración.

Fukaeri pellizcó un tomate *cherry* con los dedos y se lo comió. Tengo pinchó un mejillón con el tenedor y se lo comió.

—Puedes hacerlo —dijo Fukaeri, concisa. Luego cogió otro tomate—. Corrígela como te parezca.

—¿No sería mejor que te tomaras tu tiempo y lo pensaras con calma? Es un asunto importante —dijo Tengo.

Fukaeri sacudió la cabeza. No era necesario.

—Suponiendo que yo reescribiera tu obra —le explicó Tengo—, tendría cuidado de no alterar la historia y afianzaría el texto. Seguro que habrá grandes modificaciones. Pero la autora eres tú y nadie más que tú. Se trata de una novela escrita exclusivamente por una chica de diecisiete años que se llama Fukaeri. Eso es inamovible. Si la obra gana el premio, lo recibirás tú. Tú sola. Si se publica el libro, tú serás la única autora. Nosotros formamos parte del equipo. Tú, yo y el señor Komatsu, que es el editor. Pero en la portada sólo va a aparecer tu nombre. Los otros dos nos quedaremos al fondo, callados. Como de tramoyistas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Fukaeri se llevó apio a la boca con el tenedor. Asintió brevemente. «Sí».

—La historia de *La crisálida de aire* te pertenece única y exclusivamente a ti. Es algo que ha salido de ti. Nunca la haré mía. Yo sólo te voy a ayudar desde un punto de vista técnico. Y tú tendrás que guardar en secreto el hecho de que voy a echarte una mano. Es decir, vamos a contarle una mentira al mundo, en complot. Guardar ese secreto durante mucho tiempo no va a ser fácil, en absoluto.

—Si tú lo dices…

Tengo apartó las conchas de los mejillones a un lado del plato y, una vez que comenzó a servirse los *linguini*, cambió de opinión y se detuvo. Fukaeri pinchó un trozo de pepino y lo mordisqueó cuidadosamente, como si degustara algo nunca visto.

—Ya te lo he preguntado antes, pero ¿seguro que no te parece mal que reescriba tu historia? —dijo Tengo con el tenedor en la mano.

—Haz lo que quieras —respondió Fukaeri tras comerse el pepino.

—¿No te importa cómo voy a reescribirla?

—No.

—¿Por qué? No me conoces de nada…

Fukaeri encogió un poco los hombros y se quedó en silencio.

Luego, comieron sin hablar. Fukaeri estaba centrada en su ensalada. De vez en cuando untaba el pan con mantequilla y se lo comía o alcanzaba la copa de vino. Tengo se llevaba los *linguini* a la boca mecánicamente mientras le daba vueltas en su cabeza a distintas posibilidades.

Entonces posó el tenedor y le habló a Fukaeri.

—La primera vez que Komatsu me vino con este asunto pensé que debía de tratarse de una broma, que aquello era absurdo. No podía ser. Mi intención era negarme a hacerlo. Pero volví a casa y, después de reflexionar sobre el plan, el

deseo de intentarlo creció en mi interior. Con independencia de que fuera moralmente aceptable o no, sentí ganas de darle mi propio formato a la historia que tú habías creado. No sé cómo explicarlo… Es como un deseo muy natural y espontáneo.

«No. Tal vez se parezca más a la codicia que al deseo», añadió Tengo para sí. Era como Komatsu había predicho. Reprimir esa ansia se había vuelto cada vez más difícil.

Fukaeri se quedó callada, contemplando a Tengo con una bella y benévola mirada, desde el fondo de su ser. Parecía que se esforzaba por comprender las palabras que salían de la boca de Tengo.

—Tú quieres reescribirla —preguntó Fukaeri.

Tengo la miró a los ojos.

—Creo que sí.

Algo resplandeció en las pupilas azabache de Fukaeri, como si se hubiera proyectado en ellas. Al menos, eso fue lo que le pareció a él.

Tengo colocó las manos como si sostuviera una caja imaginaria en el aire. Era un gesto carente de significado, pero necesitaba valerse de ese objeto imaginario para transmitir sus sentimientos.

—No sé cómo explicártelo, pero, mientras releía varias veces *La crisálida de aire*, me dio la impresión de ver lo que tú ves. Sobre todo en la parte en la que aparece la Little People. Tienes una imaginación única. Podría decirse que es original y contagiosa.

Fukaeri dejó la cuchara en el plato sin hacer ruido y se limpió la boca con la servilleta.

—La *lítel pípol* existe de verdad —dijo en un tono sereno.

—¿Existe de verdad?

Fukaeri se quedó callada durante un instante y luego habló.

—Igual que tú y yo.

—Igual que tú y yo —repitió Tengo.

—Si lo intentas, tú también podrás verla.

La sencilla forma de hablar de Fukaeri poseía un extraño poder persuasivo. En cada palabra que salía de su boca se sentía una invasión precisa, como una cuña del tamaño exacto. Pero Tengo aún no había determinado si podía confiar en Fukaeri. Había algo en ella que no encajaba, que no era normal. Quizá fuera una cualidad innata. Tal vez estaba siendo testigo de un talento puro y genuino. O quizá no fuera más que mera apariencia. A veces, las adolescentes listas

representaban un papel de forma instintiva. *Se hacían* las excéntricas. Confundían a los demás con palabras sugestivas. Él mismo, había observado ese comportamiento en varias ocasiones.

A veces resultaba difícil distinguir entre lo que era auténtico y lo que era interpretación. Tengo decidió trasladar el asunto a la realidad. O a algo más parecido a la realidad.

—Si a ti te parece bien, a partir de mañana mismo me pondré a reescribir *La crisálida de aire*.

—Si es lo que deseas…

—Sí —respondió, conciso, Tengo.

—Hay alguien a quien quiero que conozcas —dijo Fukaeri.

—Voy a conocer a esa persona —confirmó Tengo.

Fukaeri asintió.

—¿Quién es? —preguntó Tengo.

Ella ignoró la pregunta.

—Es para hablar con esa persona —informó ella.

—Si es necesario, por mí no hay ningún problema —dijo Tengo.

—Estás libre el domingo por la mañana —preguntó Fukaeri, sin entonar.

—Sí —respondió Tengo. Le pareció que aquello era como hablar mediante señales de banderas.

Al terminar de comer, Tengo y Fukaeri se despidieron. Tengo metió varias monedas de diez yenes en el teléfono rosa del restaurante[2] y llamó a la editorial de Komatsu. Komatsu todavía estaba en la empresa, pero tardó en ponerse al aparato. Tengo esperó, con el auricular en la oreja.

—¿Qué tal? ¿Ha salido todo bien? —preguntó Komatsu en un tono desagradable.

—Básicamente, Fukaeri ha dado su consentimiento para que yo reescriba la historia. O eso creo.

—¡Estupendo! —dijo Komatsu. Se puso de buen humor—. Maravilloso. La verdad es que andaba un poco preocupado. Pensaba que igual no estabas demasiado preparado para ese tipo de negociaciones.

—No hubo ninguna negociación —dijo Tengo—. Ni siquiera hizo falta persuadirla. Le expliqué más o menos el asunto y luego ella tomó la decisión por

sí sola.

—No importa. Si dio su fruto, no tengo nada más que decir. Entonces, el plan puede tirar para adelante.

—Pero antes tengo que conocer a alguien.

—¿A alguien?

—No sé quién es. En fin, quiere que conozca a esa persona y que hable con ella.

Komatsu se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Y cuándo la vas a conocer?

—El domingo que viene. Fukaeri me va a llevar junto a esa persona.

—Hay una regla importante con respecto a los secretos —dijo Komatsu con voz seria—: cuanta menos gente conozca el secreto, mejor. Por ahora, sólo tres personas conocen el plan. Tú, yo y Fukaeri. A ser posible, me gustaría que el número no aumentara. ¿Entendido?

—Me parece lógico —dijo Tengo.

A continuación, la voz de Komatsu volvió a suavizarse.

—De todos modos, Fukaeri ha dado permiso para que corrijas su obra. Eso es lo más importante. El resto da igual.

Tengo se pasó el auricular a la mano izquierda y se masajeó lentamente las sienes con el índice de la mano derecha.

—Oiga, señor Komatsu, yo estoy intranquilo. Aunque no existe ningún fundamento para ello, no puedo evitar la sensación de estar metiéndome en *algo fuera de lo normal*. Cuando estaba frente a Fukaeri, no lo sentía; sin embargo, en cuanto me despedí de ella, esa sensación fue creciendo paulatinamente. Llámele presentimiento o corazonada, pero hay algo extraño. Algo fuera de lo normal. Lo siento con todo el cuerpo, no sólo con la cabeza.

—¿Te sentiste así por haber quedado con Fukaeri?

—Eso me parece. Creo que Fukaeri es auténtica. Aunque, por supuesto, no deja de ser una impresión mía.

—¿Quieres decir que sus dotes son auténticas?

—No sé nada de sus dotes. Acabo de conocerla —respondió Tengo—. Lo que quiero decir es que creo que ella puede ver lo que nosotros no vemos. Es probable que tenga algo especial. Eso es lo que me preocupa.

—¿Insinúas que está loca?

—Es excéntrica, pero no creo que esté loca, en absoluto. De momento, se ha mostrado razonable —dijo Tengo. Luego hizo una breve pausa—. Simplemente

hay algo que me inquieta.

—Con todo, ella se ha interesado por ti —dijo Komatsu.

Tengo buscó las palabras adecuadas, pero no las encontró en ninguna parte.

—No sabría decirlo —contestó él.

—Te ha conocido y, al menos, está dispuesta a que reescribas *La crisálida de aire*. O sea, que le has gustado. Formidable, Tengo. No sé qué va a pasar a partir de ahora. Es cierto que implica un riesgo. Pero el riesgo es la sal de la vida. Hazme el favor de ponerte a corregir la obra cuanto antes. No disponemos de mucho tiempo. Hay que corregirla rápido y devolverla a la pila de obras candidatas. Daremos el cambiazo por el original. ¿Serás capaz de escribirla en diez días?

Tengo suspiró.

—Es muy justo.

—No tiene por qué ser una versión definitiva. Podemos darle otro repaso en fases posteriores. Basta con que hagas una versión provisional.

Tengo calculó mentalmente, *grosso modo*, el trabajo que le daría.

—Entonces, creo que en diez días puedo hacer algo decente. Aunque usted tampoco se espere ninguna maravilla.

—Hazlo —dijo Komatsu en tono alegre—. Vamos a contemplar el mundo a través de sus ojos. Mediante tu intervención, vamos a unir el mundo de Fukaeri con el mundo real. Puedes hacerlo, Tengo. Lo…

Las monedas de diez yenes se agotaron en ese instante.

5
AOMAME

Un trabajo que requiere destreza y formación especializada

Una vez que acabó el trabajo, y después de caminar durante un rato, Aomame cogió un taxi y se dirigió a un hotel en Akasaka. Antes de volver a su casa y dormir, necesitaba calmar los nervios con una copa. Y es que hacía tan sólo un rato había enviado al otro barrio a un hombre. Aunque fuera un hijo de puta que se merecía que lo mataran, una persona era una persona. Todavía le duraba la sensación que había tenido cuando con sus propias manos aniquiló aquella vida. El hombre exhaló su último suspiro, y el alma se separó del cuerpo. Aomame había ido varias veces al bar de aquel hotel. Estaba en la terraza de un rascacielos, con un panorama espléndido y una barra acogedora.

Pasaba un poco de las siete cuando entró en el bar. Un joven dúo de piano y guitarra interpretaba *Sweet Lorraine*. Era una copia de una vieja grabación de Nat King Cole, pero no estaba mal. Como de costumbre, se sentó a la barra y pidió un *gin-tonic* y un plato de pistachos. El bar aún no se había llenado. Se puso a contemplar el paisaje nocturno, una joven pareja que bebía cócteles, un grupo de cuatro personas que vestían traje que parecían hablar de negocios y un matrimonio extranjero de mediana edad con un vaso de Martini en la mano. Aomame bebía el *gin-tonic* con calma. No quería emborracharse demasiado rápido. La noche era joven.

Sacó un libro del bolso bandolera y se puso a leerlo. Trataba del ferrocarril de Manchuria en la década de 1930. El ferrocarril de Manchuria (Sociedad Ferroviaria del Sur de Manchuria) se creó al año siguiente del final de la guerra ruso-japonesa como una cesión por parte de Rusia de la red ferroviaria junto con sus derechos e intereses, y pronto fue aumentando de envergadura. Se convirtió en la avanzadilla de la invasión de China llevada a cabo por el Imperio japonés, y en 1945 fue desmantelado por el Ejército soviético. Hasta el inicio de la

contienda entre alemanes y soviéticos en el frente de Europa Oriental, en 1941, se podía viajar desde Shimonoseki hasta París en trece días haciendo transbordo al transiberiano.

Aomame pensó que una chica sola en el bar de un hotel, absorta en la lectura de un libro (de tapa dura) sobre el ferrocarril de Manchuria, vestida con un traje de negocios y con un bolso bandolera grande al lado, debía de pasar sin duda por una prostituta de lujo eligiendo a sus clientes, a pesar de estar bebiendo alcohol. Pero Aomame desconocía qué aspecto tenían las verdaderas prostitutas de lujo. Si ella fuese una prostituta acompañando a un hombre de negocios acaudalado, para no intranquilizar a su cliente, o para que no la echaran del bar, quizás intentaría no aparentarlo. Por ejemplo, se pondría un traje de Junko Shimada, una blusa blanca y unos zapatos discretos, y además llevaría un bolso bandolera práctico y grande y tendría abierto un libro sobre el ferrocarril de Manchuria. Viéndolo así, realmente no había gran diferencia entre lo que estaba haciendo ella y lo que haría una prostituta a la espera de un cliente.

Con el paso del tiempo, el número de personas fue aumentando de forma progresiva. Sin darse cuenta, a su alrededor se había formado una algarabía de voces que charlaban. Pero no veía al tipo de cliente que estaba buscando. Aomame pidió un segundo *gin-tonic* y unos *sticks* de verdura (todavía no había cenado), y siguió leyendo. Al cabo de un rato un hombre se le acercó y se sentó a la barra. No iba acompañado. Estaba bastante bronceado y llevaba un elegante traje de confección de color gris azulado. La corbata tampoco era de mal gusto. Ni demasiado llamativa, ni demasiado sosa. Debía de tener, aproximadamente, unos cincuenta años. Tenía el pelo un poco ralo. No llevaba gafas. Se diría que había venido a Tokio en viaje de negocios, había despachado los asuntos que lo habían traído allí y quería tomarse una copa antes de irse a la cama. Igual que Aomame. Meter una cantidad moderada de alcohol en el cuerpo y templar los nervios.

La mayoría de los empleados que venían a Tokio en viaje de negocios no se alojaban en hoteles de lujo. Iban a hoteles para hombres de negocios, donde se hospedaban por un precio más asequible. Estaban cerca de la estación, la cama ocupaba prácticamente todo el espacio de la habitación, desde la ventana sólo se veían los muros del edificio adyacente y no podían tomarse una ducha sin chocar veinte veces con el codo contra la pared. En los pasillos de cada planta había máquinas expendedoras de bebidas y artículos de aseo. O bien las dietas que recibían no les daban para otra cosa, o bien preferían hospedarse en un hotel

barato y guardarse la dieta en el bolsillo. Esos empleados se bebían una cerveza en las *izakaya*[3] de la zona y se iban a acostar. Engullían sus desayunos en los restaurantes de *gyūdon*[4] que había al lado.

Sin embargo, quien se hospedara en aquel hotel debía de pertenecer a una clase de persona diferente. Los de esa clase, cuando viajaban a Tokio por trabajo, sólo se subían en los vagones verdes de primera clase del Shinkansen y sólo se alojaban en determinados hoteles de lujo. Una vez terminado el trabajo, bebían licores caros a voluntad en el bar del hotel. La mayoría eran personas empleadas en grandes empresas o que formaban parte de la directiva. Quizá también empresarios independientes o profesionales de la medicina y de la abogacía. Habían llegado a la plena madurez y no andaban cortos de dinero. Además, en mayor o menor medida, estaban acostumbrados a pasárselo bien. Ése era el tipo que Aomame tenía en mente.

Cuando Aomame todavía no había cumplido los veinte, por algún motivo que desconocía, empezó a sentirse atraída por los hombres de mediana edad cuyo pelo comenzaba a ralear. Prefería que les quedara un poco de pelo antes que estuvieran completamente calvos. Pero no bastaba con que el pelo les raleara. La forma de la cabeza debía ser la adecuada. Su calvicie ideal era la de Sean Connery. Era sexy, con una bella cabeza. Sólo de mirarlo, el corazón se le ponía a cien. La forma de la cabeza del hombre que se encontraba sentado a dos asientos de distancia de ella, en la barra del bar, no estaba nada mal. Por supuesto, no poseía los rasgos de Sean Connery, pero tenía cierto aire. La línea de nacimiento del cabello retrocedía al fondo de la frente, y el poco pelo que le quedaba hacía pensar en una pradera a finales de otoño cubierta de escarcha. Aomame alzó un poco la vista de las páginas del libro y apreció la forma de la cabeza del hombre durante un instante. No tenía unos rasgos particularmente impresionantes. No estaba gordo, pero la papada empezaba a caerle un poco. Bajo los ojos también tenía algo parecido a bolsas. Era un hombre de mediana edad en toda regla. Sin embargo, le gustaba la forma de aquella cabeza.

Cuando el barman le trajo el menú y una toallita húmeda, el hombre pidió un *highball* de *whisky* escocés sin mirar el menú. «¿Desea alguna marca en especial?», le preguntó el barman. «No tengo ninguna preferencia. Me vale cualquiera», dijo el hombre. Hablaba con un tono calmo y sereno. Se percibía cierto acento de la región de Kansai. De pronto, el hombre preguntó si tenían Cutty Sark. El barman le respondió que sí. «No está mal», pensó Aomame. Le

causó buena impresión que no hubiera elegido un Chivas Regal o un refinado *single malt*. Aomame opinaba, personalmente, que quienes se paraban más de lo necesario a elegir el tipo de bebida en un bar por lo general eran Cándidos en el sexo. Desconocía el motivo.

A Aomame le gustaba el acento de Kansai. Sobre todo le gustaba el contraste un tanto desajustado que tenía lugar cuando alguien nacido y criado en la región de Kansai iba a Tokio e intentaba utilizar a la fuerza palabras propias de la capital. Aunque el vocabulario y la entonación no encajaban, resultaba estupendo. Aquel eco particular la sosegaba ligeramente. Se decidió a acercarse al hombre. Quería toquetear con los dedos, todo cuanto le viniera en gana, aquel cabello que había sobrevivido a la calvicie. Cuando el barman le trajo al hombre el *highball* de Cutty Sark, Aomame se dirigió al barman y le pidió, de tal forma que pudiera oírlo el hombre, «un Cutty Sark *on the rocks*». «Sí, señorita», respondió el barman inexpresivo.

El hombre se desabrochó el botón superior de la camisa y aflojó un poco la fina corbata azul marino con estampados. El traje también era azul marino. La camisa era azul claro con cuello normal. Aomame esperó leyendo a que le trajeran el Cutty Sark. Entretanto, se desabrochó con naturalidad un botón de la blusa. El grupo interpretaba *It's Only a Paper Moon*. El pianista sólo cantó un estribillo. Cuando le trajeron el *on the rocks*, Aomame se lo llevó a la boca y tomó un trago. Sintió que el hombre la estaba mirando de reojo. Alzó la vista del libro y la dirigió hacia el hombre. Sin aspavientos, como por casualidad. Sus ojos se encontraron y ella sonrió como si no pasara nada. Entonces volvió a mirar inmediatamente hacia delante y fingió contemplar el paisaje nocturno por la ventana.

Era el momento ideal para que él la abordara. Ella había creado aquella situación aposta. Pero el hombre no la abordaba. «¡Joder! ¿Pero qué hace?», pensó ella. Ya no era un chaval novato; tenía que entender una señal sutil como aquélla. «Quizá no tenga huevos», supuso. Le debía de preocupar que, al dirigirse a ella, él con cincuenta años y ella veinteañera, lo ignorara o que se riera de que era un viejo calvo. ¡Vaya! No se enteraba de nada.

Aomame cerró el libro y lo metió en el bolso. Luego abordó al hombre.

—¿Te gusta el Cutty Sark? —le preguntó.

El hombre la miró como sorprendido. En su rostro afloró una expresión de no haber entendido lo que le había preguntado. Después, borró ese gesto de su cara.

—¡Ah! Sí, Cutty Sark —dijo de repente—. Me gusta esa marca desde hace mucho tiempo, siempre la bebo; es que tiene un dibujo de un velero.

—Entonces te gustan los barcos.

—Sí. Me gustan los veleros.

Aomame alzó el vaso. El hombre también alzó un poco su *highball*. Como si fueran a brindar.

A continuación, Aomame se colgó al hombro el bolso bandolera, cogió el vaso de *on the rocks*, se deslizó dos asientos y se sentó junto al hombre. Él parecía un poco sorprendido, pero intentó que no se le notara en el gesto.

—He quedado con una antigua compañera de instituto, pero me parece que me ha dejado plantada —dijo Aomame mirando el reloj de pulsera—. Ni ha aparecido, ni me ha llamado.

—¿No se habrá confundido de día?

—Puede ser, porque siempre ha sido una chica bastante despistada —dijo Aomame—. Creo que la voy a esperar un poco más; mientras, ¿podría charlar un poco contigo? ¿O prefieres estar solo?

—No, claro que no. En absoluto —dijo con una voz un poco deshilvanada.

Frunció el ceño y miró a Aomame como si examinase una hipoteca. Parecía sospechar que podría tratarse de una prostituta en busca de clientes. Pero Aomame no era de ésas. No era una prostituta, de ninguna manera. Eso relajó el grado de tensión del hombre.

—¿Te alojas en este hotel? —preguntó el hombre.

Aomame negó con la cabeza.

—No, vivo en Tokio. Simplemente he quedado aquí con una amiga. ¿Y tú?

—Estoy de viaje por trabajo —dijo él—. Vengo de Osaka. Para una reunión. Es una reunión aburrida, pero como la sede de la empresa se encuentra en Osaka, decidieron que alguien de allí tenía que intervenir.

Aomame sonrió cortésmente. «¡Eh! Me importa una mierda tu trabajo», pensó para sus adentros. «A mí sólo me gusta la forma de tu cabeza». Pero no llegó a pronunciarlo, por supuesto.

—He terminado un trabajo y me apetecía tomarme una copa. Mañana por la mañana tengo que acabar otro trabajo y después regreso a Osaka.

—Yo también he terminado un gran trabajo, de hecho he terminado hace un rato —dijo Aomame.

—¡Ah! ¿Qué tipo de trabajo?

—No tengo muchas ganas de hablar de ello, pero, bueno, se trata de algo

profesional.

—Profesional —repitió el hombre—. Un trabajo que requiere destreza y formación especializada y que no podría realizar cualquiera.

«Eres una enciclopedia andante», pensó Aomame. Pero sólo sonrió, sin llegar a decirlo.

—Más o menos, sí.

El hombre dio otro trago al *highball* y picó frutos secos de un bol.

—Me gustaría saber qué tipo de trabajo es, pero no te apetece hablar de ello.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora mismo, no.

—¿No se tratará de un trabajo que tiene que ver con las palabras? Por ejemplo, sí, editora o investigadora universitaria.

—¿Qué te hace pensar eso?

El hombre se llevó la mano al nudo de la corbata y volvió a ajustárselo correctamente. También se abrochó el botón de la camisa.

—Nada. Como te vi concentrada en la lectura de ese libro tan grueso…

Aomame tocó ligeramente con las uñas el borde del vaso.

—Sólo lo leía porque me gusta. No tiene nada que ver con mi trabajo.

—Me rindo entonces. No tengo ni idea.

—Me lo imagino —dijo Aomame. «Ni la tendrás nunca», añadió para sus adentros. El hombre examinó el cuerpo de Aomame con naturalidad. Ella fingió que se le había caído algo, se agachó y dejó que él se recreara mirándole el escote. Se le debía de ver un poco la forma del pecho. Llevaba lencería blanca, con encajes de adorno. Luego irguió la cabeza y echó un trago al Cutty Sark *on the rocks*. Los grandes trozos de hielo redondeados tintinearon en el interior del vaso.

—¿Quieres otro? Yo también voy a pedir uno —dijo el hombre.

—Sí, por favor —dijo Aomame.

—Aguantas bien el alcohol, ¿verdad?

Aomame esbozó una sonrisa ambigua. Luego, de pronto, se puso seria.

—Es verdad, me acabo de acordar. Me gustaría preguntarte una cosa.

—¿El qué?

—¿Ha habido algún cambio, últimamente, en el uniforme de la policía? Y también en el tipo de arma que llevan.

—Con últimamente, ¿a cuándo te refieres?

—A la última semana, más o menos.

El hombre puso una cara un poco extraña.

—El uniforme y la pistola de la policía cambiaron, estoy seguro, pero de eso hace ya unos años. El viejo uniforme recio ahora es de estilo informal, como una cazadora, y la pistola pasó a un nuevo modelo automático. Pero creo que desde entonces no se ha producido ningún cambio importante.

—¿No llevaba la policía japonesa revólveres de los antiguos? Hace tan sólo una semana.

El hombre negó con la cabeza.

—No. Ya hace bastante tiempo que la policía lleva pistolas automáticas.

—¿Lo dices convencido?

El tono de la chica lo hizo titubear un poco. Frunció el ceño e hizo memoria.

—¡Oye! Si me lo preguntas tan ceremoniosamente, me desconciertas. Salió publicado en los periódicos que habían renovado todas las pistolas de la policía por otro modelo. En aquel entonces provocó cierto revuelo. Decían que las pistolas eran demasiado potentes y, como de costumbre, las asociaciones de ciudadanos se quejaron al Gobierno.

—¿Hace cuántos años de eso? —quiso saber Aomame.

El hombre llamó al barman, mayor que él, y le preguntó que cuándo había sido la renovación del uniforme y las pistolas de la policía.

—En la primavera de hace dos años —respondió sin pensárselo dos veces el barman.

—¡Mira! Los barman de los hoteles de lujo se las saben todas —dijo el hombre sonriendo.

El barman también sonrió.

—¡Qué va! Lo que pasa es que, precisamente, mi hermano pequeño es policía y me acuerdo bien de aquello. Mi hermano se quejaba a menudo porque no le gustaba el nuevo uniforme. También decía que la pistola pesaba demasiado. Aún hoy se queja. La nueva pistola es una Beretta automática de nueve milímetros y puede convertirse en una semiautomática con sólo presionar un botón. Ahora mismo, dentro de Japón, es Mitsubishi quien ostenta la licencia de fabricación. Como en Japón apenas hay tiroteos, no se necesitan pistolas con tanta potencia. Lo que más preocupa es que las roben. Pero la política del Gobierno consiste en reforzar y mejorar el funcionamiento de la policía.

—¿Qué ha ocurrido con los viejos revólveres? —preguntó Aomame, reprimiendo todo lo posible el tono de voz.

—Deben de haberlos retirado y desguazado —dijo el barman—. Vi en la

televisión cómo lo hacían. Desguazar tantas pistolas y desechar las balas da mucho trabajo.

—Podrían haberlas vendido al extranjero —dijo el empleado de empresa de cabello ralo.

—La Constitución prohíbe la exportación de armas —indicó el barman con modestia.

—¡Mira! Los barman de los hoteles de lujo…

—Entonces, desde hace dos años, la policía japonesa ya no utiliza revólveres. Así es, ¿no? —preguntó Aomame al barman, interrumpiendo las palabras del hombre.

—Por lo que yo sé, sí.

Aomame frunció ligeramente el ceño. «¿Me habré vuelto loca? Esta mañana he visto a un policía que llevaba un uniforme de los de antes y un revólver de los viejos. Ni siquiera me había enterado de que se hubieran deshecho de todas las pistolas antiguas. Pero no creo que el hombre de mediana edad y el barman estén equivocados o que me estén mintiendo, así que debo de haberme equivocado».

—Gracias. Me basta con saber eso —le dijo Aomame al barman. Éste esbozó una sonrisa profesional, como un signo de puntuación preciso, y volvió a su trabajo.

—¿Te interesa la policía? —preguntó el hombre de mediana edad.

—No se trata de eso —respondió Aomame, y se escabulló—. Es que no me acordaba.

Ambos dieron un trago a las bebidas que acababan de traerles, él al *highball* y ella al *on the rocks*. El hombre le habló de yates. Tenía uno pequeño fondeado en el puerto deportivo de Nishinomiya, en la prefectura de Hyogo. En vacaciones salía con él al mar. El hombre le contaba con pasión lo estupendo que era sentir el viento, solo, en medio del océano. Aomame no quería oír hablar de yates de mierda. Antes preferiría que le hablara sobre la historia del rodamiento de bolas o sobre la distribución de recursos minerales en Ucrania. Miró su reloj de pulsera.

—Ya se hace tarde y me gustaría hacerte una pregunta, francamente.

—De acuerdo.

—La verdad es que se trata de algo bastante personal.

—Mientras pueda responderte…

—¿La tienes grande?

El hombre se quedó boquiabierto, entrecerró los ojos y observó a Aomame

un rato. Parecía incapaz de creerse lo que acababa de oír. Pero la expresión de la cara de Aomame era completamente seria. No le estaba gastando una broma. Lo supo al mirarla a los ojos.

—Pues —le respondió muy seriamente—, no sé, pero creo que debe de ser normal. Si me lo preguntas así, de pronto, no sé qué contestarte…

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Aomame.

—Acabo de cumplir cincuenta y un años, el mes pasado —contestó el hombre con voz titubeante.

—Tienes una sesera común y corriente, has vivido más de cincuenta años, tienes un empleo como cualquier otro, hasta tienes un yate, ¿y no eres capaz de decirme si la tienes más grande o más pequeña que la media?

—Pues quizá sea un poco más grande de lo normal —dijo con titubeos tras pensárselo un poco.

—¿De veras?

—¿Por qué te preocupa eso?

—¿Preocuparme? ¿Quién ha dicho que me preocupe?

—No, nadie, pero… —dijo el hombre echándose un poco hacia atrás en el taburete—. Es que parece como si ahora eso fuera un problema.

—No hay ningún problema, para nada —afirmó Aomame de forma categórica—. Simplemente que a mí, en concreto, me gustan grandes. Por vistosidad. No estoy diciendo que si no son grandes no las sienta, ni nada parecido. Tampoco que baste sólo con que sean grandes. Sólo que las prefiero más bien grandes. ¿Te parece mal? Cada uno tiene sus gustos. Pero si son enormes, no me gustan porque duelen. ¿Lo entiendes?

—Entonces, si todo sale bien, puede que te plazca. Creo que es un poco más grande de lo normal, pero no llega a ser enorme, para nada. Es decir, razonable…

—¿No será mentira?

—No me serviría de nada mentirte sobre eso.

—¡Hmm! Pues enséñamela un poco.

—¿Aquí?

Aomame frunció el ceño, conteniéndose.

—¿Aquí? ¿Pero a ti qué te pasa? ¿En qué has estado pensando durante todos estos años? Llevas un traje de calidad, hasta te has puesto corbata… ¿Acaso no tienes conciencia social? ¿Cómo se te ocurre sacarte la polla en un sitio como éste? ¿Qué pensaría la gente a nuestro alrededor? Ahora nos vamos a tu

habitación, te quitas los pantalones y me la enseñas. Los dos solitos, ¡por supuesto!

—Te la enseño, ¿y luego? —dijo el hombre preocupado.

—Me la enseñas, ¿y luego? —Aomame contuvo el aliento y frunció el ceño con bastante osadía—. Pues obviamente echaremos un polvo. ¿O qué demonios vamos a hacer? ¿Ir ex profeso hasta tu habitación, que me enseñes sólo el pito, que yo te diga «muchas gracias, siento la molestia, fue fantástico, buenas noches» e irme a casa? ¿A ti no te faltará algún tornillo?

El hombre tragó saliva ante la dramática transformación del rostro de Aomame. Cuando fruncía el ceño, la mayoría de los hombres se estremecían. Si fuera un niño pequeño, quizá se habría meado. Así de impactante era cuando fruncía el ceño. «Quizá me he pasado un poco», pensó Aomame. No podía asustarlo tanto, ya que antes tenía algo pendiente que hacer. Enseguida devolvió la cara a su estado normal y esbozó una sonrisa forzada. Luego volvió a hablarle para convencerlo.

—En fin, que nos vamos a tu habitación, nos metemos en la cama y hacemos el amor. Porque tú no serás gay ni impotente, ¿no?

—Mira, creo que te equivocas. Tengo dos hijos y además…

—Oye, nadie te ha preguntado cuántos hijos tienes. No estoy realizando un censo, así que, por favor, no hables más de lo necesario. Yo sólo te he preguntado si se te levanta cuando te vas a la cama con una mujer. Únicamente eso.

—Hasta hoy no ha habido ni una sola vez que me haya fallado en el momento clave —dijo el hombre—. Pero ¿tú eres una profesional?… Quiero decir, ¿te dedicas a esto?

—¡No! ¡No te pases! Yo no soy una profesional. Ni una pervertida. Tan sólo soy una ciudadana más. Una ciudadana más que desea, simple y francamente, mantener relaciones sexuales con una persona del sexo contrario. No se trata de nada especial, es algo muy normal. ¿Hay algo de malo en ello? He terminado un trabajo complicado, ha anochecido, me he tomado unas copas y me apetece liberarme echando un polvo con un extraño. Quiero relajarme. Lo necesito. Siendo un hombre, supongo que entiendes lo que siento.

—Claro que lo entiendo, pero…

—No hace falta que te gastes ni un duro. Si me dejas satisfecha, hasta te pago. Condones, ya los tengo yo, así que no tienes que preocuparte por ninguna enfermedad. ¿Vale?

—De acuerdo, pero…

—Parece que aquí hay algo que no marcha bien. ¿Acaso no te gusto?

—No, no es eso. Es que no sé. Eres joven y guapa, y yo podría tener casi la edad de tu padre…

—A ver, déjate de estupideces. Te lo pido por favor. Por mucha edad que nos separe, ni yo soy tu puta hija, ni tú eres mi puto padre. En eso estamos de acuerdo, ¿no? Me pone de los nervios que se hagan esas generalizaciones absurdas. A mí sólo me gusta tu cabeza calva. Me excita la forma que tiene. ¿Entendido?

—¡Pero si aún no estoy calvo! Es verdad que la línea del nacimiento del pelo está un poco…

—Cállate de una vez —ordenó Aomame, conteniendo las ganas de fruncir el ceño con todas sus fuerzas. Luego suavizó un poco el tono. No podía asustarlo más de la cuenta—. Eso me importa un bledo. Te lo pido por favor: deja de decir sandeces.

«Puede creer lo que quiera, pero no cabe duda de que está calvo», pensó Aomame. «Si se hiciera un censo de calvos, a ti te marcarían bien marcado. Si fueras al cielo, te irías al cielo de los calvos. Si fueras al infierno, lo harías al de los calvos. ¿Lo has entendido? Si lo has entendido, deja de dar la espalda a la realidad, por favor. Venga, vámonos. Luego te vas directo al cielo de los calvos».

El hombre pagó la cuenta y los dos se fueron a su habitación.

Su pene era, ciertamente, algo más grande que la media, pero tampoco demasiado grande. No se había equivocado en su autoevaluación.

Aomame se la toqueteó con picardía y se la puso dura. Se quitó la blusa y la falda.

—Te parece que tengo las tetas pequeñas, ¿no? —dijo con voz fría, mientras miraba al hombre desde arriba—. Seguro que te ríes de mí, porque tú tienes la polla grande y yo tengo las tetas pequeñas. Como si yo saliera perdiendo, ¿no?

—No, no me lo parece. No tienes el pecho tan pequeño. La forma es preciosa.

—¡Vaya! —dijo Aomame—. Mira, te aviso de que yo no llevo siempre sujetadores con encajes llamativos. Me lo puse porque no me quedaba más remedio, por el trabajo. Para enseñar un poco de chicha.

—¿Qué clase de trabajo era?

—¿Pero no te lo he dicho hace un rato? Ahora mismo no quiero hablar sobre el trabajo. De todas formas, fuera el trabajo que fuera, ser mujer es duro.

—Ser hombre y sobrevivir, también es duro.

—Pero si no te da la gana, no tienes por qué ponerte un sujetador con encajes.

—Sí, es verdad, sin embargo…

—Pues no hables como si lo entendieras. Ser mujer es mucho más duro que ser hombre. ¿Alguna vez has bajado unas escaleras de emergencia con unos zapatos de tacón? ¿Alguna vez has saltado una verja con una minifalda ceñida?

—Lo siento —el hombre se disculpó con sinceridad.

Ella se llevó las manos a la espalda, se desabrochó el sujetador y lo lanzó al suelo. Se quitó las medias desenrollándolas y también las tiró al suelo. Luego se acostó en la cama y empezó a toquetear de nuevo el pene del hombre.

—¡Eh! Cada vez se pone mejor. ¡Vaya, vaya! Tiene buena forma, se está acercando al tamaño ideal y además se está poniendo dura como una cepa.

—Te agradezco que me digas todo eso —dijo el hombre, aliviado.

—Escucha, esta chica te va a tratar con cariño a partir de ahora. Voy a hacer que te estremezcas de placer.

—¿No sería mejor que nos diéramos una ducha antes? Estoy sudando…

—¡Cállate! —dijo Aomame. Entonces le toqueteó con los dedos el testículo derecho, como advirtiéndole—. Mira, yo he venido aquí a echar un polvo. No he venido a ducharme. ¿Te queda claro? Primero follamos. Follamos a más no poder. Me importa una mierda el sudor. Yo no soy una tímida colegiala.

—Entendido —dijo el hombre.

Cuando acabaron de hacer el amor, mientras acariciaba con los dedos la nuca desnuda del hombre, que estaba tendido boca abajo, como si estuviera rendido, Aomame sintió un fuerte deseo de clavarle una aguja puntiaguda en aquel punto especial. Incluso llegó a pensar en hacerlo. Dentro del bolso bandolera llevaba el picahielos envuelto en un paño. En el extremo, que había conseguido aguzar con el tiempo, había clavado un corcho blando, fabricado especialmente. Si se lo propusiera, no le costaría nada. La palma de la mano derecha agarraría la empuñadura de madera y caería con un ruido seco. En un abrir y cerrar de ojos, el hombre estaría muerto. Casi no sentiría dolor. Determinarían muerte natural. Pero, por supuesto, renunció a la idea. No había ningún motivo para eliminarlo de la sociedad. Aparte de que Aomame tampoco tenía ningún motivo. Aomame

agitó la cabeza hacia los lados y apartó ese pensamiento tan peligroso de su mente.

«Este hombre no es mala persona», se autoconvenció Aomame. Además, el polvo había estado bastante bien. Había tenido la delicadeza de no eyacular hasta hacerla correrse. Le gustaban bastante la forma de su cabeza y aquella calva. El tamaño del pene también estaba bien. Era cortés, tenía buen gusto en el vestir y no resultaba avasallador. Además era educado. Es verdad que cuando hablaba resultaba tremendamente aburrido y la irritaba. Pero no eran crímenes tan graves como para matarlo. Quizá.

—¿Puedo encender la televisión? —preguntó Aomame.

—Claro —dijo el hombre, todavía boca abajo.

Vio las noticias de las once enteras, desnuda dentro de la cama. En Oriente Medio, Irán e Iraq continuaban una guerra sangrienta. La contienda se había convertido en un atolladero y no se veía el camino para solucionarlo. En Iraq, a aquellos jóvenes que desertaban del Ejército los colgaban de los postes eléctricos para dar ejemplo. El Gobierno iraní reprobaba que Saddam Hussein utilizara gas nervioso y armas bacteriológicas. En Estados Unidos, Walter Móndale y Gary Hart se disputaban la candidatura del Partido Demócrata en las elecciones presidenciales. Ninguno de los dos parecía precisamente el más inteligente del mundo. Puesto que un presidente inteligente se convertía por lo general en blanco de un asesinato, tal vez procuraran por todos los medios que nadie más perspicaz de lo común saliera elegido como presidente.

La construcción de una base de observación permanente en la Luna avanzaba. Extrañamente, Estados Unidos y la URSS colaboraban en el proyecto. Igual que en el caso del observatorio en la Antártida. «¿Una base en la Luna?», caviló Aomame. No había oído hablar de ello. ¿Qué estaría pasando? Pero decidió no profundizar demasiado en aquello, porque había otros problemas inmediatos más importantes. Numerosas personas habían fallecido en el accidente de las minas de carbón en Kyūshū y el Gobierno investigaba la causa del desastre. A Aomame le asombraba más bien que, en una época en la que se construían bases en la Luna, todavía se extrajera carbón. Estados Unidos exigía la apertura del mercado financiero japonés. Morgan Stanley y Merrill Lynch instigaban al Gobierno y buscaban nuevas vías para ganar dinero. Luego presentaron un gato inteligente de la prefectura de Shimane. El gato abría la ventana por sí solo y salía, pero, una vez fuera, cerraba la ventana. Se lo había

enseñado el dueño. Aomame miraba con admiración cómo el delgado gato negro se daba la vuelta, estiraba una pata y, con una mirada insinuante, cerraba despacio la ventana.

Ésas fueron todas las noticias. Sin embargo, no informaron de que se hubiera encontrado un cadáver en un hotel de Shibuya. Cuando el telediario se terminó, apagó la televisión con el mando. A su alrededor reinaba el silencio. Sólo se escuchaba la respiración débil del hombre de mediana edad, que dormía acostado a su lado.

Aquel tipo aún debía de estar boca abajo sobre el escritorio, en la misma postura. Seguramente parecería que estaba durmiendo. «Igual que el hombre a mi lado. Pero no se oye cómo respira. Ya no cabe la posibilidad de que ese hijo de puta se despierte y se levante». Aomame, mirando al techo, se imaginó al muerto. Agitó ligeramente la cabeza y frunció el ceño, sola. Luego salió de la cama y recogió, prenda por prenda, la ropa que había tirado al suelo.

6
TENGO

¿Vamos a ir muy lejos?

El viernes por la mañana temprano, pasadas las cinco, recibió una llamada de Komatsu. En ese momento soñaba que cruzaba caminando un largo puente de piedra. Iba a recoger un documento importante que se había dejado olvidado en la otra orilla. Tengo atravesaba solo el puente. Había un río grande y hermoso, salpicado de bancos de arena. El agua fluía despacio y en los bancos de arena crecían sauces. Se podían ver graciosas siluetas de truchas. Hojas de color verde intenso pendían dulcemente sobre la superficie del agua. Se asemejaba a los paisajes de los platos de porcelana chinos. Entonces se despertó y, en medio de la oscuridad, miró el reloj que había en la cabecera. Obviamente, antes de contestar al teléfono, ya se hacía una idea de quién lo podría llamar a aquellas horas.

—Tengo, ¿dispones de procesador de textos? —le preguntó Komatsu.

Ni «Buenos días», ni «¿Estabas despierto?». El que estuviera despierto a esa hora quería decir que había pasado la noche en vela. No había madrugado porque le apeteciera ver la salida del sol. Antes de dormirse, se había acordado de algo que tenía que decirle a Tengo.

—Claro que no —dijo Tengo. A su alrededor todavía reinaba la oscuridad. Y él aún se encontraba en medio del largo puente. Era raro que Tengo tuviera un sueño tan nítido—. Me da vergüenza decirlo, pero yo no me puedo permitir comprarme algo así.

—¿Sabes usarlo?

—Sí. Si tuviera un ordenador con procesador de textos, sabría usarlos. En la academia tienen y lo utilizo a menudo en el trabajo.

—Pues entonces hoy mismo vete a mirar uno, el que tú quieras, y cómpratelo. Yo no entiendo de esos aparatos, así que dejo el fabricante y el

modelo en tus manos. Después pídeme que te pague el importe. Quiero que lo utilices y empieces a corregir *La crisálida de aire* cuanto antes.

—Pues, ya que lo dice, uno me puede salir, como muy barato, por doscientos cincuenta mil yenes.

—No importa, mientras se sitúe alrededor de esa cantidad.

Tengo hizo un gesto de extrañeza ante el auricular.

—O sea, ¿que me va a comprar un ordenador?

—Sí. Voy a desempolvar mi modesta cartera. El trabajo requiere una pequeña inversión de fondos. No puedo andar tacañeando. Como ya sabes, la obra nos llegó escrita con procesador de textos y, si no se corrige con uno, va a quedar mal. A ser posible, utiliza un formato parecido al de la obra original. ¿Puedes empezar hoy mismo a reescribir?

Tengo lo consideró.

—Sí. Si ya hubiera un acuerdo, podría empezar de inmediato. Pero Fukaeri puso como condición para poder reescribirla que debía conocer a cierta persona, y todavía no la he conocido. Siempre existe la posibilidad de que, tras el encuentro, el trato se rompa y el gasto y el esfuerzo sean en vano.

—No importa. Nos las apañaremos. Empieza cuanto antes, sin pararte en detalles. Vamos a contrarreloj.

—¿Está seguro de que el encuentro con esa persona va a salir bien?

—Me lo dice el olfato —dijo Komatsu—. Tengo buen olfato para estas cosas. Parece que no poseo ningún talento, pero olfato tengo para dar y tomar. Aquí donde me ves, he sobrevivido gracias a él. Mira, Tengo, ¿sabes cuál es la principal diferencia entre el talento y el olfato?

—No lo sé.

—Por mucho talento con que hayas sido bendecido, no siempre podrás llenarte el buche, pero si estás dotado de un buen olfato, no tienes que preocuparte por quedarte sin comer.

—Lo recordaré —dijo Tengo.

—Así que no tienes por qué inquietarte. No pasa nada si empiezas el trabajo hoy mismo.

—Si usted lo dice. Simplemente no quería adelantarme a los acontecimientos, empezar y que luego todo fuera en vano.

—Yo me hago responsable de todo eso.

—Entendido. Por la tarde tengo una cita, pero el resto del día estoy libre. Me acercaré a la ciudad por la mañana y compraré un ordenador con procesador de

textos.

—Hazlo, Tengo. Cuento contigo. Aunemos nuestras fuerzas y revolucionemos el mundo.

Pasadas las nueve, recibió una llamada de su novia casada. Acababa de llevar a su marido y a sus hijos en coche hasta la estación. En principio, aquella tarde visitaría a Tengo en su piso. El viernes era el día en que siempre quedaban.

—Estoy *indispuesta* —comentó ella—. Lo siento, pero hoy no voy a poder ir. Nos vemos la semana que viene, ¿vale?

Estar *indispuesta* era un eufemismo para decir que le había venido la regla. La habían educado para utilizar ese tipo de eufemismos refinados. En la cama no era tan refinada, ni utilizaba eufemismos, pero ése era otro tema. «¡Qué pena que no podamos vernos!», le dijo Tengo. Pero, siendo así, no había remedio.

Sin embargo, aquella semana en particular, no le daba tanta pena no verla. Le encantaba el sexo con ella, pero en ese momento Tengo ya estaba centrado en la revisión del libro. Su cabeza era un hervidero de ideas para la corrección, como un murmullo de gérmenes de vida en un océano prehistórico. «Igual que el señor Komatsu», pensó Tengo. Antes de que las cosas se hubieran determinado oficialmente, ya se sentía con ánimo de empezar enseguida.

A las diez fue a Shinjuku y compró un ordenador Fujitsu que pagó con tarjeta de crédito. Era un último modelo, más ligero en comparación con productos anteriores de la misma línea. Compró también folios y una cinta entintada de repuesto. Regresó al piso cargando con todo, lo dejó sobre el escritorio y conectó el cable. En el trabajo había utilizado un ordenador de gran tamaño de la marca Fujitsu y las funciones básicas eran, más o menos, las mismas que las del pequeño. A la vez que comprobaba la manejabilidad del aparato, Tengo comenzó a reescribir *La crisálida de aire*.

No tenía lo que se podría llamar un plan exacto sobre cómo reescribir la novela. Tan sólo se le habían ocurrido algunas ideas sobre detalles concretos. Tampoco iba a aplicar un método ni fijar unos criterios para corregirla. Tengo no estaba seguro de que una novela fantástica y sensible como *La crisálida de aire* pudiera corregirse de forma lógica. Como le había dicho Komatsu, estaba claro que había que corregir considerablemente el texto, y sin embargo tenía que intentar no dañar el espíritu y la calidad del original. ¿Acaso no era lo mismo que intentar darle un esqueleto a una mariposa? Cuando pensaba en ello, se

sentía confuso y más inseguro. Pero el asunto ya estaba en marcha y el tiempo era limitado. No tenía margen para cruzarse de brazos y ponerse a pensar. No quedaba más remedio que ir despachando cada detalle, uno por uno. Ocupándose artesanalmente de los pormenores, quizás emergiera por sí misma una perspectiva global de la obra.

«Tengo, puedes hacerlo. Lo sé», había afirmado Komatsu, seguro de sí mismo. Y, sin saber por qué, Tengo creía a ciegas en las palabras de Komatsu. Era un personaje bastante problemático en su manera de comportarse, y básicamente sólo pensaba en sí mismo. No cabía duda de que, si fuera necesario, dejaría a Tengo en la estacada. Y era posible que ni siquiera volviera la cabeza. Pero como él mismo había dicho, poseía un olfato especial como editor. Komatsu nunca titubeaba. Siempre juzgaba, tomaba una decisión y pasaba a la acción al instante. No le importaba lo que dirían los demás. Tenía las cualidades necesarias para ser un comandante excelente al frente de la batalla. Y ésas eran cualidades de las que, claramente, Tengo carecía.

En realidad, Tengo empezó a reescribir a las doce y media del mediodía. Tecleó en el ordenador, tal y como estaban, las primeras páginas del original hasta un lugar adecuado donde parar. Primero se propuso corregir ese bloque hasta que quedase aceptable. El contenido de la historia no lo tocaba, sólo arreglaba de forma minuciosa el estilo. Era algo semejante a renovar las habitaciones de una casa. La estructura principal quedaba como estaba, porque en sí misma no tenía ningún problema. Tampoco cambiaba la posición de las cañerías. Pero todo lo demás, todo lo que se pudiera reemplazar —el revestimiento del suelo, el techo, las paredes y los tabiques— lo arrancaba y lo sustituía por material nuevo. «Soy el mañoso carpintero al que han encargado el trabajo», se repetía a sí mismo. No había un diseño fijo. Tenía que ingeniárselas valiéndose de su intuición y de su experiencia para cada caso.

A las partes que resultaban difíciles de entender leyéndolas una vez les añadía una explicación, y así facilitaba el flujo de lectura. Las partes sobrantes y expresiones reiterativas las eliminaba, y completaba partes insuficientes. De vez en cuando, cambiaba el orden de párrafos y oraciones. Como en el original los adjetivos y adverbios eran muy escasos, aun respetando esa característica, cuando notaba que hacía falta alguna frase adjetiva, la añadía escogiendo las palabras adecuadas. A pesar de que el texto de Fukaeri era, en general, infantil, las partes buenas podían diferenciarse fácilmente de las malas, por lo cual la elección de soluciones resultaba menos complicada de lo que había pensado.

Había partes que, por ser infantiles, eran difíciles de entender y de leer, pero por otro lado había expresiones que, a pesar de ser infantiles, resultaban sorprendentemente originales. Las primeras las eliminaba sin pensárselo dos veces y las sustituía por otras diferentes; las segundas podía dejarlas tal cual.

Mientras avanzaba en su labor, Tengo pensaba a menudo que Fukaeri no había escrito aquella novela con la intención de dejar una obra literaria para la posteridad. Ella simplemente había dejado constancia, mediante el uso de palabras, de una historia que llevaba dentro de sí —que, según sus propias palabras, había vivido en la realidad. Las palabras en sí no eran especialmente importantes, pero no había encontrado otro medio más adecuado para expresarse. Eso es todo. Por consiguiente, nunca había tenido ambiciones literarias. Desde el momento en que no tenía intención de comercializar lo que había producido, no necesitaba prestar demasiada atención al aspecto formal. Comparándolo con una habitación, sería como considerar que con unas paredes y un techo para cobijarse de la lluvia y el viento es suficiente. Por eso a Fukaeri no le importaba que Tengo corrigiera su texto cuanto quisiera. Ella ya había conseguido su objetivo. Cuando le dijo «Corrígela como te parezca», seguramente había hablado con franqueza.

No obstante, a Tengo le daba la impresión de que a Fukaeri no le satisfacía el texto de *La crisálida de aire* si sólo podía entenderlo ella. Si el objetivo de Fukaeri hubiera sido dejar constancia de lo que había visto y de lo que le había pasado por la cabeza, le hubiera bastado con escribir unas notas. No era necesario pasar por el engorro de crear un libro. Aquél era, a todas luces, un texto escrito bajo la premisa de ser leído por *otra persona*. Por eso mismo, a pesar de que no había sido escrita con el objetivo de convertirse en una obra literaria, y a pesar de su infantilismo, poseía la capacidad de tocar el corazón de la gente. Sin embargo, esa *otra persona* parecía ser alguien distinto al «lector común» que se tiene en mente, como norma, en la literatura contemporánea. Al leerla, Tengo no podía evitar esa sensación.

«Entonces, ¿a qué tipo de lector se dirige?».

Él no lo sabía, por supuesto.

Solamente sabía que *La crisálida de aire* era una obra de ficción única, en la que grandes virtudes y grandes defectos se daban la mano, y que parecía poseer algún tipo de objetivo especial.

Como resultado de la corrección, el manuscrito original se duplicó aproximadamente por dos veces y media. Como las partes insuficientes habían

sido mucho más numerosas que las partes sobrantes lo lógico era que, al corregirlo, el volumen total aumentara. Al principio todo iba como la seda. El estilo se convirtió en algo decente y razonable, el punto de vista se estabilizó y, además, la obra se leía con más agilidad. Sin embargo, el fluir del texto resultó un tanto denso. La lógica salió a la superficie en demasía y la ingeniosidad del original se debilitó.

La siguiente fase consistía en eliminar las «partes prescindibles» del original inflado. Iba eliminando toda la grasa sobrante. La operación de eliminar era mucho más sencilla que la de añadir. Como resultado, el volumen se redujo hasta alrededor del setenta por ciento. Era una especie de juego de ingenio. Había un tiempo determinado para añadir todo lo posible y, luego, un tiempo para eliminar lo máximo posible. Así, alternando continuamente esas dos operaciones, el margen de oscilación se reducía de forma paulatina y el volumen del texto se iba estabilizando hasta un estado natural. Llegaba a un punto en el que no podía aumentarse más y no podía eliminarse más. El ego era eliminado; los adornos superfluos, suprimidos, y la lógica transparente se retiraba al fondo de la habitación. A Tengo esa tarea se le daba bien por naturaleza. Era un experto nato. Tenía la aguda concentración del ave que revolotea por el cielo en busca de alimento, el empeño de una mula que porta agua, y era fiel hasta el fin a las normas del juego.

Contuvo el aliento y estuvo centrado en aquella tarea hasta que, al tomar un respiro y mirar el reloj de pared, vio que ya eran casi las tres. De hecho, todavía no había almorzado. Tengo fue a la cocina, puso agua a hervir en una tetera y, entre tanto, molió granos de café. Se comió unas cuantas galletas con queso, mordisqueó una manzana y, cuando el agua hirvió, preparó café. Mientras lo bebía en un tazón, se puso a pensar en sus relaciones sexuales con su novia mayor, para desconectar. Normalmente, *eso* sería lo que estaría haciendo justo en ese momento con ella. Y ¿qué haría él? ¿Qué haría ella? Cerró los ojos, mirando hacia el techo, y soltó un profundo suspiro preñado de sugerencias y posibilidades.

Luego regresó al escritorio, volvió a cambiar el chip y releyó en la pantalla del ordenador el bloque inicial de *La crisálida de aire* que había reescrito. Como cuando el general en la escena inicial de *Senderos de gloria*, de Stanley Kubrick, inspecciona las trincheras. Asentía ante lo que veía. No estaba mal. El texto

había mejorado. Las cosas avanzaban. Pero, aun así, no era suficiente. Todavía había muchas cosas por hacer. Los sacos de tierra se desmoronaban aquí y allá. Había escasez de munición para las ametralladoras. En las alambradas de espino se detectaban partes poco protegidas.

Imprimió en papel el texto. Luego guardó el documento, apagó el ordenador y lo apartó hacia un lado de la mesa. Entonces se puso la copia que había imprimido delante y la releyó cuidadosamente con un lápiz en la mano. Aquellas partes que consideraba sobrantes las tachaba de nuevo y las que le parecían insuficientes las completaba y corregía hasta que quedaba convencido de que no había nada que desentonara con el resto. Ponía todo su cuidado en elegir las palabras que cada caso requería y probaba a encajarlas desde diferentes ángulos, como quien elige azulejos para cubrir pequeñas fisuras en un baño. Si no encajaban bien, modificaba la forma. Una ínfima diferencia de matices podía dar vida a un texto o echarlo a perder.

La impresión que producía un texto, aun siendo el mismo, al verlo en la pantalla del ordenador o impreso en folios era ligeramente diferente. El tacto de las palabras también cambiaba dependiendo de si estaban escritas con lápiz en papel o de si habían sido tecleadas en el ordenador. Era necesario inspeccionarlo desde las dos ópticas. Encendió el aparato e introdujo en la pantalla cada corrección realizada a lápiz en la copia impresa. Luego, volvió a leer el texto en la pantalla. «No está mal», pensó Tengo. Cada frase tenía el peso apropiado y, de ello, surgía un ritmo natural.

Sentado en la silla, Tengo estiró la espalda, miró hacia el techo y lanzó un gran suspiro. Por supuesto, eso no quería decir que hubiera terminado. Si cada día lo releía, encontraría nuevas cosas que corregir. Pero de momento era suficiente. Ya no podía concentrarse más. Necesitaba un periodo para dejar enfriar las cosas. Las agujas del reloj se aproximaban a las cinco y, a su alrededor, empezaba a oscurecer. Al día siguiente corregiría el bloque siguiente. Corregir las primeras páginas le había llevado casi un día entero. Había sido más afanoso de lo que había pensado. Pero una vez encarrilado y una vez que el ritmo había surgido, el trabajo avanzaría con mayor celeridad. Además, la parte más difícil y trabajosa era la del principio. Una vez superada, el resto…

A continuación, Tengo recordó el rostro de Fukaeri y se preguntó qué impresión tendría ella si leyera la versión reescrita. Pero Tengo no podía hacerse una idea. Prácticamente no sabía nada de ella. Sólo que tenía diecisiete años, era estudiante de tercero en el instituto, pero no mostraba ningún interés por

presentarse a los exámenes de ingreso en la universidad, tenía una manera de hablar estrafalaria, le gustaba el vino blanco y poseía unas bellas facciones, de las que perturban el corazón de la gente.

Sin embargo, a Tengo le daba la sensación, o algo semejante a una sensación, de que, más o menos, iba comprendiendo exactamente el mundo que Fukaeri describía (o del que dejaba constancia) en *La crisálida de aire*. Las escenas que Fukaeri detallaba mediante aquellas limitadas y singulares palabras resucitaban con más frescura y nitidez gracias a la corrección esmerada y cuidadosa de Tengo. De ello nacía una corriente. Tengo lo sabía. Él se limitaba a afianzar la obra desde un punto de vista técnico, pero el resultado era natural y armonioso, como si lo hubiera escrito él mismo desde un principio. El relato de *La crisálida de aire* estaba elevándose con energía.

No había nada que alegrara más a Tengo. Como se había pasado tanto tiempo centrado en la corrección de la obra, estaba físicamente exhausto, pero en el fondo se sentía pletórico. Apagó el ordenador e, incluso lejos del escritorio, durante un rato no pudo reprimir las ganas de seguir corrigiendo. Disfrutaba de verdad realizando aquella tarea. Si todo salía como hasta entonces, quizá no defraudaría a Fukaeri. No obstante, Tengo era incapaz de imaginarse a Fukaeri alegre o defraudada. Es más, ni siquiera podía imaginársela esbozando una sonrisa o con el rostro ligeramente entristecido. Su cara carecía de expresión. Tengo no sabía si era porque no poseía sentimientos ni capacidad de expresarlos, o, en caso de poseer sentimientos, porque no sabía manifestarlos. «En fin, es una chica extraña», pensó Tengo nuevamente.

La protagonista de *La crisálida de aire* era, seguramente, la propia Fukaeri en el pasado.

Con diez años, cuidaba de una cabra ciega en un tipo de comuna (o algo parecido a una comuna) en medio de las montañas. Le habían asignado ese trabajo. A todos los niños les asignaban su propio trabajo. La cabra estaba vieja, pero tenía un valor especial para la comunidad y era necesario vigilarla para que no sufriera ningún daño. No podía apartar la vista de ella ni un solo momento. Es lo que le habían mandado. Sin embargo, en un descuido, la perdió de vista y la cabra se murió. Como consecuencia, a ella la castigaron. La metieron en un viejo almacén de paredes revocadas junto a la cabra muerta. Durante diez días permaneció completamente aislada y no la dejaron salir al exterior. Tampoco le permitieron hablar con nadie.

La cabra servía de pasaje entre la Little People y este mundo. Ella no sabía si

la Little People era buena o mala (Tengo tampoco). Al anochecer, la Little People venía a este mundo a través del cadáver de la cabra y, al alba, regresaba al otro lado. La niña podía hablar con la Little People. Ellos le enseñaron a crear una crisálida de aire.

A Tengo le admiraba con qué detalle había descrito los hábitos y movimientos de la cabra invidente. Ese detallismo daba al conjunto una gran vivacidad. ¿Había criado realmente a una cabra invidente? ¿Y había vivido en la realidad en una comuna en las montañas como la que había descrito? Tengo supuso que quizá sí. Si no hubiera vivido esa experiencia, querría decir que Fukaeri era dueña de un inusitado don caído del cielo para contar historias.

Tengo decidió que, en la siguiente ocasión que se encontrara con Fukaeri (debería ser el domingo), le preguntaría por la cabra y la comuna. Por supuesto, no sabía si Fukaeri le contestaría. Recordando conversaciones anteriores, parecía responder sólo a aquellas preguntas a las que no le importaba hacerlo. Las preguntas que no quería contestar o las preguntas que no tenía intención de contestar, las ignoraba totalmente, como si no estuviera escuchando. Igual que Komatsu. En ese aspecto, se parecían. Tengo no era así. Cuando le preguntaban algo, él siempre ofrecía algún tipo de respuesta, como era debido, fuera cual fuera la pregunta. Debía de ser, seguramente, algo innato.

A las cinco y media, su novia mayor lo llamó por teléfono.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó.

—He estado escribiendo todo el día —respondió Tengo. Era medio mentira, medio verdad, porque no había escrito su propia novela. Pero tampoco tenía por qué dar tantas explicaciones.

—¿Te ha rendido el trabajo?

—Más o menos.

—Siento lo de hoy. Podemos vernos la semana que viene.

—Lo estoy deseando —manifestó Tengo.

—Yo también —dijo ella.

Luego le habló de sus hijas. Ella le hablaba a menudo de sus hijas. Tenía dos niñas pequeñas. Tengo no tenía hermanos ni hijos, claro, por eso no entendía de niños pequeños. Pero ella siempre le hablaba de sus hijas, sin tomar en

consideración ese aspecto. Tengo, en cambio, no hablaba mucho de sí mismo. Ante todo, le gustaba escuchar a los demás. Por eso prestaba atención, con interés, a lo que le contaba. Le comentó que, al parecer, en el colegio se habían metido con su hija mayor, que estaba en segundo de primaria. La niña no había dicho nada, pero ella se había enterado por la madre de una compañera del mismo curso. Tengo nunca había visto a la niña en persona, evidentemente. Una vez se la había enseñado en una fotografía. No se parecía mucho a la madre.

—¿Por qué se meten con ella? —preguntó Tengo.

—Como a veces le dan ataques de asma, no puede participar en diversas actividades con los demás. Debe de ser por eso. Es una niña obediente y no saca malas notas.

—No sé qué decirte —admitió Tengo—. A una niña con asma deberían protegerla, no acosarla.

—En el mundo de los niños, las cosas no son tan sencillas —explicó ella y suspiró—. Sólo por ser diferente a los demás, ya te excluyen. Se parece al mundo de los adultos, pero en el de los niños sucede de forma mucho más directa.

—¿A qué te refieres en concreto?

Ella enumeró algunos ejemplos concretos. Por sí solos no eran para tanto, pero, cuando se convertían en algo cotidiano, afectaban a la niña. Le escondían cosas. No le hablaban. La imitaban burlándose de ella.

—¿Alguna vez se metieron contigo cuando eras pequeño?

Tengo recordó su infancia.

—Creo que no. Quizá sí, pero no me daba cuenta.

—Si no te dabas cuenta, quiere decir que nunca se metieron contigo, porque el objetivo de meterse con alguien es que el otro sea consciente. No existe el acoso en el que la persona acosada no se dé cuenta.

Durante su infancia, Tengo fue un niño grandullón y fuerte. Todos lo respetaban. Quizá por eso no se habían metido con él. Pero, por aquella época, Tengo sufría otros problemas más graves que el acoso escolar.

—¿Y contigo se metían? —preguntó Tengo.

—No —aseveró ella. Luego pareció vacilar—. Aunque yo sí que acosé a otros.

—¿Con los demás?

—Sí. Cuando estaba en quinto de primaria. Nos pusimos de acuerdo para no hablarle a un niño. No me acuerdo de por qué lo hacíamos. Debía de haber algún

motivo, pero no logro acordarme, así que no debía de ser para tanto. De todos modos, ahora me arrepiento de haberlo hecho. Me parece vergonzoso. ¿Por qué lo hice? Ni yo lo sé.

Tengo recordó de repente algo relacionado con aquello. Había sucedido hacía mucho tiempo, pero aún entonces el recuerdo le venía a la mente de vez en cuando. No podía olvidarlo. Sin embargo, no lo sacó a colación. Se eternizaría contándolo. Además, era un tipo de acontecimiento que, expresado con palabras, perdería los matices más importantes. Nunca se lo había contado a nadie y seguramente nunca lo haría.

—Al fin y al cabo —dijo su novia mayor—, cuando pertenecemos al bando mayoritario de los que excluyen, todos estamos más tranquilos que cuando pertenecemos a la minoría de los excluidos. «¡Buf! Menos mal que ése no soy yo», pensamos. Básicamente, ocurre lo mismo en todas las épocas y en todas las sociedades; sólo que, cuando se está en un bando con mucha gente, acaba por no dársele demasiada importancia.

—Cuando se está en el bando de la minoría, no se puede evitar darle importancia.

—Es cierto —dijo ella, con voz apesadumbrada—. Pero, por lo menos, si te encuentras en esa situación, quizá puedas utilizar la cabeza por ti mismo.

—Quizás utilizas la cabeza para no dejar de pensar en el embrollo en el que estás metido.

—Eso es un problema.

—Es mejor no tomárselo demasiado a pecho —dijo Tengo—. Al final, tampoco será tan horrible. Seguro que habrá unos cuantos niños más en la clase que piensen por sí mismos.

—Sí —dijo ella. Luego se puso a cavilar sola durante un rato.

Tengo esperó pacientemente, con el teléfono pegado a la oreja, a que ella ordenara sus pensamientos.

—Gracias. Hablar contigo me ha aliviado un poco —dijo ella poco después. Como si se hubiera acordado de algo.

—A mí también me ha aliviado un poco —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque he hablado contigo.

—Hasta el viernes que viene —dijo ella.

Tras colgar, Tengo salió de casa, se acercó al supermercado del barrio y compró comida. Volvió a su piso cargando con todo en una bolsa de papel, envolvió las verduras y el pescado, uno por uno, con *film* transparente y los metió en la nevera. Más tarde, mientras preparaba la cena escuchando música por la radio, sonó el teléfono. Que en un día lo llamasen cuatro veces era sumamente raro. Tales días podían contarse con los dedos de la mano en un año. Esa vez era Fukaeri.

—Lo del domingo que viene —dijo ella sin prolegómenos.

Al otro lado de la línea se oían sin cesar cláxones de coche. Los conductores parecían encolerizados por algo. Debía de llamar desde una cabina en alguna gran avenida.

—El domingo que viene, es decir, pasado mañana, nos vamos a ver y luego se supone que voy a conocer a alguien. —Tengo concretizó las palabras de la chica.

—A las nueve de la mañana, en la estación de Shinjuku, adelante de todo hacia Tachikawa —dijo ella. Había enunciado tres datos.

—¿Quieres decir que quedamos en el andén de la línea Chūō en dirección contraria a Tokio, en el primer vagón del tren?

—Eso.

—¿Para dónde compro el billete?

—El que sea.

—Compro el billete que me parezca y, en el sitio de llegada, liquido la tarifa —supuso Tengo. Era como corregir *La crisálida de aire*—. ¿Y vamos a ir muy lejos?

—Qué estabas haciendo ahora —inquirió Fukaeri, ignorando su pregunta.

—Preparaba la cena.

—¿El qué?

—Como sólo soy yo, poca cosa. Barracuda seca frita con rábano *daikon* rallado por encima. Una sopa de miso con puerro y almejas, que voy a comer acompañada de tofu. Pepino y alga *wakame* en vinagre. Y luego, arroz y col china en salmuera. Eso es todo.

—Tiene buena pinta.

—Bueno, no es nada particularmente delicioso. Casi siempre como las mismas cosas —dijo Tengo.

Fukaeri se quedó callada. A ella no parecía importarle quedarse callada durante largo tiempo. Pero a Tengo sí.

—¡Es verdad! Hoy he empezado a corregir *La crisálida de aire* —le informó Tengo—. Todavía no he recibido tu autorización definitiva, pero no tenemos muchos días y pensé que, si no empezaba ya, no nos daría tiempo.

—El señor Komatsu te dijo que lo hicieras.

—Sí. Él me dijo que empezara a corregir.

—Te llevas bien con el señor Komatsu.

—Pues sí. Creo que nos llevamos bien. —Seguramente no existía nadie en el mundo que pudiera llevarse bien con Komatsu, pero contárselo haría que la conversación se eternizara.

—Todo va bien con la corrección.

—De momento sí, más o menos.

—Me alegro —dijo ella. No parecía, en absoluto, que lo dijera de boquilla. Sonaba como si estuviera bastante contenta de que la tarea de corrección progresara debidamente, aunque aquella expresión tan limitada de sus sentimientos no sugería tanto.

—Espero que te guste —dijo él.

—No te preocupes —le tranquilizó Fukaeri de inmediato.

—¿Por qué? —preguntó Tengo.

Fukaeri no le contestó a eso. Simplemente se quedó callada al aparato. Parecía una especie de silencio intencionado. Es posible que para hacerle pensar. Pero, por más que se estrujara el cerebro, Tengo no tenía ni idea de por qué estaba tan convencida.

Tengo habló para quebrar el silencio.

—Oye, te quería preguntar una cosa: ¿Has vivido realmente en una especie de comuna y has criado una cabra? Las descripciones que has hecho resultan muy naturales, por lo que me gustaría saber si lo que cuentas ha ocurrido en realidad o no.

Fukaeri carraspeó.

—No voy a hablar de lo de la cabra.

—Está bien —dijo Tengo—. Si no quieres hablar, no tienes por qué hacerlo. Sólo te preguntaba. No te preocupes. La obra lo es todo para un autor. No hace falta dar explicaciones innecesarias. Nos vemos el domingo. Y, cuando conozca a esa persona, ¿debo prestar atención a algo en especial?

—No sé.

—Me refiero a… ¿Debería ir bien vestido? ¿Le llevo algún detalle? Como no tengo ni idea de quién se trata…

Fukaeri volvió a quedarse callada. Pero esta vez no era un silencio intencionado. Simplemente no entendía el objetivo de la pregunta de Tengo, la idea a la que remitía. La pregunta no llegó a tomar tierra en el terreno de su percepción. Parecía superar los límites de lo significativo y perderse para siempre en el interior de un vacío. Como un solitario cohete de exploración espacial pasando de largo al lado de Plutón.

—Da igual, no importa —dijo Tengo rindiéndose. Se había equivocado al hacerle semejante pregunta a Fukaeri. Bueno, ya compraría fruta[5] o algo por el estilo—. Hasta el domingo a las nueve, entonces —se despidió Tengo.

Fukaeri colgó sin responder, tras una pausa de unos segundos. Ni «adiós», ni «hasta el domingo». Simplemente colgó el teléfono.

Quizás había asentido con la cabeza antes de colgar el aparato. Pero, por desgracia, en la mayoría de los casos el lenguaje corporal resultaba ineficaz a través del teléfono. Tengo devolvió el auricular a su sitio, respiró hondo dos veces, adaptó sus sentidos a un estado más real y luego prosiguió con la preparación de su humilde cena.

7
AOMAME

Con sigilo, para no despertar a la mariposa

Pasada la una de la tarde del domingo, Aomame visitó la Villa de los Sauces. En aquella casa crecían varios sauces, enormes y vetustos, que asomaban la cabeza por encima de una cerca de piedra y, cuando soplaba el viento, se mecían silenciosamente, como un hato de espíritus errantes. Por eso, desde hacía mucho tiempo, la gente del barrio llamaba con naturalidad a aquella antigua mansión de estilo occidental «la Villa de los Sauces». Se encontraba en lo alto de una empinada cuesta en Azabu. En las ramas de la copa de los sauces se posaban ágiles pájaros. Un gato grande entornaba los ojos y se calentaba al sol en un charco de luz sobre el tejado. Las calles que rodeaban la mansión eran angostas y sinuosas, y los coches casi no podían pasar. Había numerosos árboles altos que, incluso de día, daban una impresión sombría. Cuando se pisaba aquel rincón, hasta parecía que el transcurso del tiempo se detuviera un poco. En el vecindario había varias embajadas, pero no eran muy frecuentadas. Por lo general reinaba el silencio, pero cuando llegaba el verano mudaban las tornas y el canto de las cigarras hacía daño en los oídos.

Aomame pulsó el timbre del portalón de entrada y dio su nombre por el telefonillo. Luego dirigió una leve sonrisa hacia la cámara situada sobre su cabeza. El portalón de hierro se abrió lentamente mediante una maniobra mecánica y, al entrar Aomame, se cerró. Atravesó el jardín andando, igual que siempre, y se dirigió a la entrada de la mansión. Como sabía que las cámaras de seguridad la estaban grabando, Aomame caminaba recto por el sendero, con la espalda erguida, como una modelo, y el mentón alzado. Aquel día, Aomame vestía de modo informal: un cortavientos azul marino oscuro, una sudadera gris y unos pantalones vaqueros. Además, llevaba unas zapatillas de deporte blancas y un bolso bandolera al hombro. Ese día no traía el picahielos. Cuando no le hacía falta, reposaba tranquilamente dentro de un cajón de un armario ropero.

Delante de la entrada había dispuestas unas cuantas sillas de jardín hechas de teca, y en una de ellas estaba sentado, con aire de sentirse incómodo, un hombre muy robusto. Aunque no era tan alto, de cintura para arriba parecía sorprendentemente desarrollado. Tendría alrededor de cuarenta años, llevaba la cabeza rapada y lucía un bigote bien cuidado. Traje ancho de hombros de color gris, camisa toda blanca y corbata de seda gris oscuro. Zapatos de cordobán completamente negros e impolutos. *Piercing* de plata en ambas orejas. No parecía ni empleado del departamento de contabilidad del ayuntamiento municipal, ni vendedor de seguros de coches. A primera vista parecía un guardaespaldas profesional y ésa era en realidad el área laboral en la que se había especializado. A veces también desempeñaba la función de chófer. Había alcanzado un *dan* muy alto en karate y, si era necesario, podía utilizar armas con eficacia. También sabía enseñar los colmillos bien afilados y ser más brutal que nadie. Pero normalmente era pacífico, sereno e incluso intelectual. Si lo mirabas a los ojos —en caso de que él permitiera tal cosa—, podías percibir una cálida luz.

En cuanto a su vida privada, sus aficiones consistían en crear todo tipo de máquinas y coleccionar discos de rock progresivo desde los años sesenta hasta los setenta, y vivía en un rincón de Azabu con su guapo y joven novio que era peluquero. Se llamaba Tamaru. No sabía si se trataba de su apellido o de su nombre. Tampoco sabía con qué ideogramas se escribía. Pero la gente lo llamaba Tamaru.

Sin levantarse de la silla, Tamaru miró a Aomame y asintió.

—Buenos días —dijo Aomame. Y se sentó frente al hombre.

—Parece ser que se ha muerto un hombre en un hotel de Shibuya —informó el hombre, mientras inspeccionaba el brillo de sus zapatos de cordobán.

—No lo sabía —dijo Aomame.

—Porque no es un caso que haya salido en los periódicos. Al parecer, fue un ataque cardiaco. El pobre apenas pasaba de los cuarenta.

—Hay que tener cuidado con el corazón.

Tamaru asintió.

—Los hábitos diarios son muy importantes. Una vida irregular, el estrés, la falta de sueño. Esas cosas matan a la gente.

—Tarde o temprano algo mata a la gente.

—En teoría, así es.

—¿Le habrán realizado una autopsia? —preguntó Aomame.

Tamaru se inclinó y limpió del dorso de los zapatos un polvo casi imperceptible.

—La policía anda ocupada en otras cosas. El presupuesto también es limitado. No disponen de margen para diseccionar todos los cadáveres limpios, sin ninguna herida externa. No van a desmenuzar en vano a una persona que amaba a su familia y que murió en paz.

—Considerándolo desde el punto de vista de su mujer viuda…

Tamaru se calló durante un instante y después ofreció la mano derecha, gruesa como un guante, a la chica. Aomame la agarró. Se estrecharon las manos firmemente.

—Estarás agotada. Deberías descansar un poco —dijo él.

Aomame extendió un poco las comisuras de los labios hacia los laterales, como hace la gente normal cuando esboza una sonrisa, pero en verdad no llegó a sonreír. Sólo fue un indicio.

—¿Cómo está *Bun*? —preguntó.

—¡Ah! Está bien —respondió Tamaru. *Bun* era el pastor alemán hembra que criaban en la mansión. Era inteligente y tenía buen carácter. Sin embargo, había adquirido algunos hábitos un tanto extraños.

—¿Todavía come espinacas la perra esa? —preguntó Aomame.

—Muchísimas. Como el precio de las espinacas sigue caro, me fastidia un poco, porque el caso es que se las come en cantidades ingentes.

—En mi vida he visto un pastor alemán al que le gusten las espinacas.

—Es que no se considera a sí misma una perra.

—¿Qué se considera?

—Se debe de creer que es un ser especial por encima de ese orden de animales.

—*¿Superdog?*

—Quizás.

—¿Por eso le gustan las espinacas?

—El que le gusten las espinacas no tiene nada que ver. Es así desde que era un cachorro.

—Pero puede que, a raíz de ello, haya abrazado alguna ideología peligrosa.

—Podría ser —admitió Tamaru. Luego miró el reloj de pulsera—. Por cierto, la cita de hoy era a la una, ¿verdad?

Aomame asintió.

—Sí. Aún falta un poco.

Tamaru se levantó lentamente.

—Espera aquí un momento. Puede que sea un poco temprano. —Y desapareció por el vestíbulo.

Aomame esperó contemplando los fantásticos sauces. No soplaba el viento y las ramas colgaban en silencio hacia el suelo. Igual que una persona sumida en meditaciones deshilvanadas. Un poco después Tamaru regresó.

—Vamos por la parte de atrás. Hoy quiere que vayas al invernadero.

Los dos dieron la vuelta al jardín, pasaron junto a los sauces y se dirigieron hacia el invernadero, que se encontraba en la parte de atrás del edificio principal. Alrededor no había árboles y estaba inundado de sol. Tamaru abrió ligeramente, con cuidado, la puerta de cristal, para que no salieran las mariposas que había dentro, y condujo a Aomame al interior. Luego, él mismo se deslizó adentro y cerró la puerta de inmediato. No era algo que una persona corpulenta pudiera realizar con agilidad, y sin embargo sus movimientos eran precisos y calculados. Sólo que *no lo realizaba con agilidad*.

La primavera había llegado por completo, sin reservas, a aquel invernadero de cristal. Flores de diversos tipos crecían con gran belleza. La mayoría de las plantas eran normales y corrientes. Macetas con flores de lo más común, como gladiolos, anémonas y margaritas, estaban dispuestas en filas sobre estantes. En medio se mezclaban flores que, a ojos de Aomame, no eran más que malas hierbas. Pero orquídeas de valor, rosas inusitadas, flores de colores primarios procedentes de la Polinesia, de esas cosas, precisamente, no se veían. Aomame no sentía especial interés por las plantas, sin embargo, aquel invernadero sin pretensiones le agradaba bastante.

En cambio, el invernadero estaba habitado por innumerables mariposas. La dueña, más que cultivar plantas extrañas, parecía tener un profundo interés por criar mariposas poco comunes dentro de aquella amplia sala de cristal. Las flores que allí había también eran abundantes fuentes del néctar que a las mariposas les gustaba. Criar mariposas en un invernadero requería una cantidad extraordinaria de cuidados, conocimientos y esfuerzos, pero Aomame no tenía ni idea de en qué consistían.

Excepto en pleno verano, la señora invitaba a Aomame al invernadero de vez en cuando, y las dos charlaban allí solas. Dentro del invernadero de cristal no cabía la posibilidad de que alguien las escuchara a hurtadillas. Por el tipo de conversaciones que entablaban, no podían hablar en voz alta en cualquier sitio. Además, estar rodeadas de flores y mariposas también le calmaba los nervios.

Eso se veía en sus facciones. Dentro del invernadero hacía algo de calor, pero no era nada que Aomame no pudiera aguantar.

La señora era una mujer menuda de unos setenta y cinco años. Tenía un bello pelo cano, que llevaba corto. Vestía una camisa vaquera de trabajo, unos pantalones de algodón de color crema, y calzaba unas zapatillas de deporte sucias. Llevaba unos guantes de faena blancos y regaba una por una las macetas con una gran regadera de metal. La ropa que llevaba puesta le quedaba un poco grande, pero aun así le sentaba bien. Cada vez que Aomame veía la figura de la señora, no podía evitar sentir una especie de respeto frente a ese decoro natural, sin pretensiones.

Era hija del dueño de un conocido consorcio financiero y antes de la guerra había contraído matrimonio con un aristócrata; sin embargo, no daba muestras de ostentación o fragilidad. En la posguerra, al poco tiempo del fallecimiento de su marido, entró a formar parte de la administración de una pequeña compañía de inversiones que poseían unos parientes y mostró un prominente talento para el manejo de acciones. Como todo el mundo admitía, debía de ser un don innato. La compañía de inversiones creció rápidamente gracias a ella y la fortuna que había amasado también se infló. Con ese capital adquirió varios terrenos de primera clase en medio de Tokio que habían pertenecido a antiguas familias de la aristocracia y a miembros de la familia imperial. Hacía apenas diez años que se había jubilado, había vendido todos sus valores por un precio alto en el momento oportuno y había aumentado aún más su patrimonio. Como siempre había evitado, en la medida de lo posible, presentarse en público, su nombre apenas era conocido por la sociedad en general, pero dentro del mundo empresarial no había nadie que no la conociera. También se decía que poseía importantes conexiones en el mundo de la política. Sin embargo, desde un punto de vista personal, era una mujer campechana y avispada. Además, no conocía el miedo. Creía en su propia intuición y, una vez decidida, siempre llevaba a cabo las cosas hasta el final.

Cuando vio a Aomame, dejó la regadera en el suelo, le señaló unas pequeñas sillas metálicas de jardín próximas a la entrada y le hizo una seña para que se sentara. Una vez que Aomame se sentó en donde le había indicado, ella tomó asiento en la silla de enfrente. Hiciera lo que hiciese, apenas producía ruido. Como una zorra astuta atravesando el bosque.

—¿Le traigo algo de beber? —preguntó Tamaru.

—Una infusión de hierbas templada —dijo ella, y miró a Aomame—. ¿Y

usted?

—Lo mismo —respondió Aomame.

Tamaru asintió ligeramente y se dirigió a la puerta del invernadero. Tras mirar a su alrededor y comprobar que no había ninguna mariposa cerca, la abrió un poco, salió deprisa y volvió a cerrarla. Como si diera unos pasos de bailes de salón.

La señora se quitó los guantes de algodón y los colocó cuidadosamente sobre la mesa, uno encima del otro, como si se tratase de unos guantes de seda para una velada. Entonces miró a Aomame de frente, con unos ojos negros que rebosaban luminosidad y que habían sido testigos de una infinidad de cosas. Aomame le devolvió la mirada sin llegar a resultar descortés.

—Parece que hemos sufrido una pérdida irreparable —dijo ella—. Por lo visto, se trataba de alguien bastante conocido en el mundo del petróleo. Todavía era joven, pero bastante influyente.

La señora siempre hablaba en voz baja. A un volumen suficiente para que lo apagara el viento si soplaba con un poco de fuerza. Por eso, el que la escuchaba siempre tenía que prestar especial atención. De vez en cuando, Aomame sentía el deseo de estirar la mano y girar hacia la derecha el control del volumen. Pero, obviamente, no había ningún control del volumen. Por eso no le quedaba más remedio que prestar la máxima atención.

—Pero, por lo visto, que haya desaparecido así de pronto no es ningún inconveniente. El mundo sigue girando —dijo Aomame.

La señora sonrió.

—En este mundo no hay nadie irreemplazable. Por muchos conocimientos o habilidades que se tengan, en general siempre hay un sucesor en alguna parte. Si el mundo estuviera repleto de gente insustituible, nosotras nos veríamos en apuros, ¿no? Por supuesto… —añadió ella. Luego alzó el dedo índice recto en el aire para enfatizar—. Aunque no se podría encontrar a nadie que sustituyera a una persona como tú.

—Aunque no me encontraran un sustituto, no creo que resultara tan difícil hallar un recurso suplente —indicó Aomame.

La señora miró a Aomame con serenidad. Sus labios esbozaron una sonrisa de satisfacción.

—Tal vez —dijo ella—. Pero, en ese caso, ahora probablemente no estaríamos aquí las dos juntas, compartiendo este momento. Usted es usted y

nadie más que usted. Le estoy muy agradecida. No puedo expresarlo con palabras.

La dueña de aquella mansión se inclinó, extendió la mano y la puso sobre el dorso de la mano de Aomame. La dejó así durante tan sólo diez segundos. Luego la retiró y, todavía con cara de satisfacción, arqueó la espalda. Una mariposa revoloteó sin rumbo fijo y se posó en el hombro de la camisa azul de la señora. Era una pequeña mariposa blanca con unas cuantas pintas de color escarlata. La mariposa se quedó allí dormida, como si no tuviera nada que temer.

—Quizá no hayas visto nunca esta mariposa —dijo la señora mirándose de reojo el hombro. En su voz se percibía una tenue presunción—. Ni en Okinawa es tan fácil encontrarla. Esta mariposa sólo se alimenta de una clase de flor. De una flor especial que florece únicamente en las montañas de Okinawa. Para criarla, primero tengo que traer esa flor y cultivarla. Lleva bastante trabajo y, por supuesto, también cuesta dinero.

—Parece que se ha encariñado con usted.

La señora sonrió.

—¿Cree que *ella* es amiga mía?

—¿Se puede ser amiga de una mariposa?

—Para ser amiga de una mariposa, tienes que convertirte en un elemento más de la naturaleza. Eliminar cualquier indicio de humanidad, permanecer quieta y convencerte de que eres los árboles, la hierba y las flores. Lleva tiempo, pero una vez que se fía de ti, os hacéis buenas amigas.

—¿Le ha puesto nombre? —preguntó Aomame por curiosidad—. Quiero decir, como si fuera un perro o un gato.

La señora negó ligeramente con la cabeza.

—No le he puesto nombre. Aunque no tengan nombre, puedo diferenciarlas una a una por los dibujos y la forma. Además, ponerles nombre es inútil, porque, de todos modos, se van a morir al cabo de poco tiempo. Son amigas pasajeras sin nombre. Yo vengo aquí todos los días, las veo, las saludo y hablamos de diferentes asuntos. Pero las mariposas, llegada la hora, se van desvaneciendo en silencio. Seguramente se mueren, pero nunca he encontrado sus cadáveres, por más que los haya buscado. Desaparecen sin dejar rastro, como si el aire se las tragara. Las mariposas son criaturas de una elegancia, ante todo, efímera. Nacen en algún sitio, buscan tranquilamente un número reducido de cosas y, poco después, van desapareciendo a escondidas para irse a algún lugar. Tal vez un mundo distinto de éste.

El aire en el interior del invernadero conservaba una humedad tibia y estaba impregnado de la fragancia de las plantas. Muchas de las mariposas jugaban a esconderse, aquí y allá, como signos de puntuación fugaces que delimitan el flujo de una conciencia sin principio ni fin. Cada vez que Aomame entraba en el invernadero se sentía como si hubiera perdido la percepción del tiempo.

Tamaru trajo una bandeja metálica con una bella tetera de porcelana de verdeceledón y un juego de dos tacitas. También había un plato pequeño con servilletas de tela y pastas. El aroma de la infusión de hierbas se mezcló con la fragancia de las flores a su alrededor.

—Gracias, Tamaru. Ya nos servimos nosotras —dijo la señora.

Tamaru posó la bandeja sobre la mesa de jardín, hizo una reverencia y se fue sin hacer ruido. Igual que antes, abrió la puerta con la misma serie de pasos ligeros, la cerró y se alejó del invernadero. La señora le quitó la tapa a la tetera, olió el aroma y, tras comprobar el aspecto de las hojas, sirvió el té lentamente en las dos tacitas, con cuidado de que ambos estuvieran igual de cargados.

—Quizá no sea de mi incumbencia, pero ¿por qué no instala una tela metálica en la entrada? —preguntó Aomame.

La señora alzó la cara y miró a Aomame.

—¿Una tela metálica?

—Sí, si pusiera una puerta de tela metálica en el interior y la puerta fuese, entonces, doble, cada vez que entrara o saliera no tendría por qué preocuparse de que las mariposas se escaparan.

La señora alcanzó el plato con la mano izquierda, con la derecha asió la tacita, se la llevó a la boca y tomó un trago de té. Saboreó el aroma y asintió ligeramente. Luego devolvió la tacita al plato, y el plato a la bandeja. Tras apretar suavemente la servilleta contra sus labios, se la colocó sobre el regazo. Para realizar tan sólo esas acciones tardó, sin exagerar, aproximadamente el triple de tiempo que una persona normal. A Aomame le recordaba un hada que, en las profundidades del bosque, sorbía el tonificante relente de la mañana.

A continuación, la señora emitió un pequeño carraspeo.

—No me gustan las telas metálicas —dijo.

Aomame esperó en silencio a que siguiera hablando, pero no hubo continuación. La señora acabó de hablar sin dejar claro si el hecho de que no le gustaran las telas metálicas era una postura general frente a las cosas que restringían la libertad, si surgía de un punto de vista estético o si se trataba simplemente de un gusto fisiológico sin un motivo en particular. Sin embargo, de

momento, aquello no resultaba un problema de especial importancia. Tan sólo se le había ocurrido y se lo había preguntado.

Aomame también asió el platillo con la tacita, igual que la señora, y bebió un trago sin hacer ruido. A ella no le gustaba tanto el té. Prefería el café caliente y cargado, como los demonios de medianoche. Pero seguramente no era una bebida apropiada para tomar en un invernadero a primera hora de la tarde. Por eso, siempre que iba allí pedía lo mismo que ella para beber. La señora le recomendó las pastas y Aomame se comió una. Eran de jengibre. Estaban recién horneadas y sabían a jengibre fresco. Aquella mujer había pasado una temporada en Inglaterra durante la preguerra. Aomame se acordó de ello. La señora también cogió una pasta y la mordisqueó poco a poco. Con sigilo, para no despertar a la excepcional mariposa que dormía sobre su hombro.

—Cuando regrese a casa, Tamaru le entregará la llave, como de costumbre —dijo ella—. Una vez que usted termine, envíela de vuelta por correo, como siempre.

—De acuerdo.

A continuación se produjo un silencio confortable durante un buen rato. Ningún sonido del mundo exterior llegaba al interior completamente cerrado del invernadero. Las mariposas seguían durmiendo en paz.

—Nosotras no hacemos nada erróneo —dijo la señora, mirando a Aomame a la cara. Aomame se mordió un poco el labio. Luego asintió.

—Lo sé.

—Mire el contenido de ese sobre, por favor —dijo la señora.

Aomame alcanzó el sobre que reposaba encima de la mesa y colocó las siete fotos de polaroid que contenía al lado de la exquisita tetera de verdeceledón. Parecían cartas fatídicas de Tarot. Mostraban de cerca cada parte del cuerpo desnudo de una mujer joven. La espalda, el pecho, las nalgas, los muslos. Incluso la planta de los pies. Tan sólo no había fotos de la cabeza. En distintos sitios habían quedado marcas de violencia en forma de cardenales y verdugones. Parecía que habían utilizado un cinturón. Tenía el pubis afeitado, con marcas de quemaduras de cigarro. Aomame frunció el ceño sin querer. Había visto fotos semejantes, pero nunca tan atroces.

—¿Es la primera vez que las ve? —preguntó la señora.

Aomame asintió sin palabras.

—Había oído lo que había ocurrido, pero es la primera vez que veo las fotos.

—Lo hizo *ese hombre* —dijo la señora—. Le han tratado las tres fracturas,

pero presenta síntomas de sordera en un oído y quizá nunca se recupere. —Aunque no alzó la voz, sonaba más fría y severa que antes. Sorprendentemente, el cambio de voz despertó a la mariposa posada sobre el hombro de la señora, que abrió las alas y se echó a revolotear. La mujer continuó—: No se puede dejar en paz a quien se comporta así. Pase lo que pase.

Aomame ordenó las fotos y volvió a meterlas en el sobre.

—¿No está de acuerdo?

—Sí.

—Nosotras hacemos lo correcto —dijo la señora.

Se levantó de la silla y alzó la regadera que tenía al lado, probablemente para tranquilizarse. Era como si asiera un arma delicada. Tenía el rostro un poco pálido. Sus ojos se clavaron intensamente en un rincón del invernadero. Aomame siguió su mirada con la vista pero no encontró nada extraño. Sólo había una maceta de cardos.

—Gracias por haber venido. Buen trabajo —dijo ella, con la regadera vacía en la mano. Parecía que la entrevista se había acabado.

Aomame se levantó y recogió la bandolera.

—El té estaba delicioso.

—Se lo agradezco de nuevo —dijo la señora.

Aomame sonrió un poco.

—No se preocupe por nada —le dijo la señora. El tono de voz había vuelto, de repente, a la serenidad del principio. Una cálida luz se vislumbraba en sus ojos. Posó la mano suavemente sobre el brazo de Aomame—. Nosotras hemos hecho lo correcto.

Aomame asintió. Sus charlas siempre se acababan con la misma frase. A Aomame le pareció que seguramente lo repetía para convencerse a sí misma. Como si rezara un mantra. «No se preocupe por nada. Nosotras hemos hecho lo correcto».

Tras asegurarse de que no había ninguna mariposa alrededor, abrió ligeramente la puerta del invernadero, salió y la cerró. La dueña se quedó atrás, con la regadera en la mano. Al salir del invernadero, el frescor del aire la hizo estremecer. Olía a árboles y a césped. Aquél era el mundo real. El tiempo transcurría como de costumbre. Aomame se llenó los pulmones de aquel aire real.

Tamaru la esperaba en la entrada, sentado en la silla de teca, para entregarle la llave del apartado de correos.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó él.

—Sí —dijo Aomame. Luego se sentó a su lado, recogió la llave y la guardó en un compartimento del bolso bandolera.

Los dos contemplaron un buen rato los pájaros que venían al jardín, sin decirse nada. El viento había cesado del todo y los sauces pendían serenamente. Los extremos de algunas ramas estaban a punto de rozar el suelo.

—¿Se encuentra bien la mujer? —quiso saber Aomame.

—¿Qué mujer?

—Me refiero a la esposa del hombre que sufrió el infarto en el hotel de Shibuya.

—De momento, no se puede decir que se encuentre muy bien —dijo Tamaru frunciendo el ceño—. Aún se resiente del *shock* que ha sufrido. No es capaz de hablar bien. Necesita tiempo.

—¿Cómo es ella?

—Treinta y pocos años. No tiene hijos. Es guapa y simpática. Con bastante estilo. Pero, desgraciadamente, este verano no se va a poner bañador. Quizás el próximo verano. ¿Has visto las polaroid?

—Las he visto hace un rato.

—Espantoso, ¿no te parece?

—Bastante —admitió Aomame.

—Es un patrón que se repite con frecuencia. El hombre suele ser alguien competente a nivel social. Con prestigio, de buena cuna y con un buen historial académico. De un estatus social elevado.

—Sin embargo, al volver a casa, se transforman súbitamente —prosiguió Aomame—. Sobre todo, se ponen violentos cuando beben alcohol. Aunque son el tipo de hombre que sólo utilizaría la fuerza bruta contra una mujer. Sólo pegan a sus esposas. Sólo son agradables fuera. En su entorno los consideran hombres de familia responsables y simpáticos. Aunque sus esposas explicaran y denunciaran la crueldad de que son objeto, nadie las creería. Como el hombre se da cuenta de ello, cuando ejerce la violencia busca sitios que los demás no puedan detectar. O lo hace intentando no dejar marcas. ¿No es así?

Tamaru asintió.

—Por lo general. No obstante, éste no bebía ni una gota de alcohol. Lo hacía abiertamente, de día, y sobrio. Tenía demasiado mal carácter. Ella quería divorciarse, pero el marido se negó de forma obstinada. Tal vez ella le gustara. O puede que no quisiera deshacerse de una víctima que tenía a su alcance. Puede

que le gustara forzar y violar a su mujer. —Tamaru levantó ligeramente los pies y volvió a comprobar el brillo de sus zapatos de piel. A continuación, siguió hablando—. Si hubiera mostrado pruebas de violencia doméstica, se habría podido divorciar, pero eso lleva tiempo y dinero. En caso de que el hombre hubiera conseguido un buen abogado, ella se habría metido en un desagradable embrollo. El juzgado familiar está a rebosar y el número de jueces es escaso. Además, de haberse divorciado, los hombres que pagan a rajatabla la pensión compensatoria establecida como indemnización son pocos, porque pueden buscar cualquier excusa. En Japón apenas existen exmaridos encarcelados por no haber pagado indemnizaciones. Si muestran intención de pagar y abonan alguna cantidad a modo de señal, el juzgado ya hace la vista gorda. La sociedad japonesa aún es demasiado condescendiente con los hombres.

—Sin embargo, hace unos días, ese marido violento sufrió un oportuno infarto de corazón en la habitación de un hotel de Shibuya.

—Lo de *oportuno* es un pelo directo —dijo Tamaru chasqueando ligeramente la lengua—. Yo prefiero decir que *fue la Divina Providencia*. De todos modos, ya que no hay nada sospechoso en la causa de su muerte, ni ninguna cantidad exorbitante de dinero asegurado que pueda atraer la atención de la gente, la compañía aseguradora no albergará dudas. Seguramente le pagarán a la mujer sin más. Aunque no sea una cantidad para tirar cohetes, con ese dinero podrá dar los primeros pasos hacia una nueva vida. Es más, podrá ahorrarse todo el tiempo y el dinero que le habría supuesto la demanda de divorcio. Ha evitado formalidades legales complejas y absurdas, y todo el sufrimiento psicológico que acarrean los problemas posteriores.

—Además, un tío peligroso como el de este caso ya no podrá andar suelto por la sociedad, ni encontrar a una nueva víctima.

—La Divina Providencia —dijo Tamaru—. Gracias al infarto, todo se ha solucionado. Bien está lo que bien acaba.

—Si las cosas se acaban de verdad —añadió Aomame.

Tamaru esbozó una especie de breve sonrisa sin apenas mover la boca.

—Tienen que acabarse necesariamente. Sólo que no llevan escrito: «Este es el fin». ¿Acaso en el escalón más alto de una escalera de mano está escrito «Éste es el último escalón. No suba más a partir de aquí»?

Aomame negó con la cabeza.

—Pues es lo mismo —dijo Tamaru.

—Si pones en marcha los sentidos y abres bien los ojos, el final se revela por

sí solo —añadió Aomame.

Tamaru asintió.

—De todos modos, aunque no te des cuenta… —Dejó caer el dedo hacia abajo—. El final está ahí.

Durante un rato, los dos escucharon en silencio los trinos de los pájaros. Era una apacible tarde de abril. No se percibía ningún indicio de mezquindad o violencia.

—¿Cuántas mujeres residen aquí en este momento? —preguntó Aomame.

—Cuatro —respondió Tamaru de inmediato.

—¿Las cuatro están en la misma situación?

—Parecida, en general —contestó Tamaru, y frunció los labios—. Pero los otros tres casos no son tan graves. Los hombres con los que andaban no eran más que unos putos canallas, como es habitual, aunque no tan mezquinos como otros de los que nos hemos ocupado. Tan sólo son gentuza con los humos subidos. Nada por lo que tengas que molestarte. Podemos encargarnos nosotros.

—De manera legal.

—*Más o menos* de manera legal. Aunque tengamos que amenazarlos un poco. Por supuesto, el infarto también es una causa de muerte legal.

—Claro. —Aomame asintió con la cabeza.

Tamaru se quedó callado un instante, con las manos sobre las rodillas, observando cómo las ramas de los sauces colgaban en silencio. Tras vacilar un poco, Aomame fue al grano.

—Oye, Tamaru, me gustaría preguntarte algo.

—¿El qué?

—La renovación del uniforme y el arma de la policía fue hace unos años, ¿no?

Tamaru frunció ligeramente el ceño. En el tono de voz de ella parecía entremezclarse un eco que ponía en acción su sentido de la cautela.

—¿Por qué me preguntas esto de pronto?

—Por nada en especial. Sólo que me vino a la mente hace un rato.

Tamaru miro a Aomame a los ojos. Unos ojos totalmente neutrales, pero inexpresivos. Estaban abiertos a cualquier interpretación.

—A mediados de octubre de 1981 se produjo un tiroteo enorme entre la policía de Yamanashi y un grupo radical en las inmediaciones del lago Motosu, y al año siguiente hubo una gran reforma en la policía. Ocurrió hace dos años.

Aomame asintió sin cambiar el semblante. No recordaba en absoluto aquel

incidente, pero no tenía más remedio que concordar.

—Fue un incidente sangriento. Revólveres de seis tiros de los antiguos frente a cinco fusiles Kaláshnikov AK-47. No tenían nada que hacer. Dejaron a tres pobres agentes hechos trizas, como si los hubieran pasado por una máquina de coser. Una brigada especial de paracaidistas de las Fuerzas Armadas de Autodefensa intervino de inmediato en helicóptero. Fue una deshonra para la policía. Poco después, el primer ministro Yasuhiro Nakasone se lo tomó muy en serio y decidió reforzar las fuerzas públicas. Hubo una reforma de gran envergadura, se creó un comando armado especial y se decidió que los agentes en general llevasen consigo una pistola automática de alta precisión. Una Beretta del modelo noventa y dos. ¿Has disparado alguna vez?

Aomame negó con la cabeza. Nunca. Ni siquiera había disparado una escopeta de aire comprimido.

—Yo sí —dijo Tamaru—. Una automática de quince tiros. Con balas Parabellum de nueve milímetros. Es un arma acreditada, que también utiliza el Ejército de Tierra de Estados Unidos. Aunque no es barata, no la venden tan cara como una SIG o una Glock. Sin embargo, no es una pistola que un principiante pueda manejar con facilidad. Aunque los revólveres de antes no pesaban más de cuatrocientos noventa gramos, ésta pesa ochocientos cincuenta gramos. Que la lleve un policía japonés sin suficiente entrenamiento no sirve de nada. Si se disparara un arma de alta precisión en un lugar tan poblado como éste, acabaría habiendo alguna víctima colateral entre los ciudadanos.

—¿Dónde has disparado esa cosa?

—Pues, la historia es larga. Un buen día, tras tocar el arpa a orillas de un manantial, se me apareció un duendecillo de la nada, me entregó una Beretta del modelo noventa y dos y me dijo que por qué no intentaba disparar, como prueba, a un conejo blanco que por ahí pasaba.

—No, en serio.

Tamaru frunció un poco los labios.

—Yo siempre hablo en serio —replicó—. En fin, el arma y el uniforme reglamentarios se renovaron en la primavera de hace dos años. Justo en esta época. ¿Te he respondido con eso a la pregunta?

—Hace dos años —repitió ella.

Tamaru volvió a dirigir una mirada penetrante hacia Aomame.

—Mira, si hay algo que te preocupa, deberías decírmelo. ¿Es algo relacionado con la policía?

—No, no es eso —dijo Aomame, y agitó un poco los dedos de ambas manos en el aire—. Sólo me preguntaba lo del uniforme. Cuándo se había cambiado.

A continuación reinó el silencio durante un rato y, luego, la charla entre los dos se acabó de forma natural. Tamaru volvió a extender la mano derecha.

—Me alegro de que todo haya salido bien —le dijo. Aomame le dio un apretón de manos. Aquel hombre sabía que, después de un trabajo duro relacionado con una vida humana, se necesitaba un aliento cálido y sereno que acompañara al contacto físico.

—Tómate un respiro —le dijo Tamaru—. A veces es necesario detenerse, respirar hondo y vaciar la cabeza. Te deberías ir con un novio a Guam o por ahí.

Aomame se levantó, se colgó el bolso bandolera del hombro y se puso la capucha de la sudadera. Tamaru también se levantó. Aunque no era nada alto, al levantarse era como si se erigiera un muro de piedra. Aquella textura compacta siempre la sorprendía.

Tamaru se quedó mirando fijamente cómo se iba. Mientras caminaba, Aomame podía sentir su mirada en la espalda. Por eso alzó el mentón, se enderezó y caminó con paso firme, siguiendo una línea recta. Pero al alejarse de su vista, se sintió confusa. Estaban ocurriendo sucesivamente cosas ajenas a ella, fuera de su responsabilidad. Hasta hacía un rato, tenía el mundo en sus manos. No existían ni fallos ni contradicciones. Pero ahora todo comenzaba a romperse en mil pedazos.

¿Un tiroteo en el lago Motosu? ¿Beretta del modelo 92?

Algo estaba sucediendo. A Aomame no podía habérsele pasado por alto una noticia tan importante. El sistema del mundo empezaba a enloquecer por alguna parte. Mientras caminaba, su cabeza seguía dando vueltas con rapidez. Hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido, tenía que recomponer otra vez su mundo en uno solo. Tenía que darle una lógica. Y rápido. Si no lo hacía, podría pasar algo absurdo.

Tamaru seguramente veía que Aomame se sentía confusa en su interior. Era un hombre precavido, de una intuición sobresaliente. Y también era un hombre peligroso. Tamaru sentía un profundo respeto hacia la señora y le rendía lealtad. Haría cualquier cosa para velar por su seguridad. Aomame y Tamaru se apreciaban y sentían simpatía el uno por el otro. O por lo menos algo semejante a simpatía. Pero si él juzgara que, por algún motivo, la existencia de Aomame representaba algún peligro para la señora, no dudaría en eliminarla y deshacerse

de ella. De una manera muy práctica. Pero no podía reprochárselo, porque al fin y al cabo ésa era su obligación.

Cuando Aomame atravesó el jardín, el portalón estaba abierto. Ella sonrió con la mayor afabilidad posible hacia la cámara y agitó la mano. Como si nada sucediera. Al salir fuera de la cerca, la puerta se cerró despacio a sus espaldas. Mientras bajaba la empinada cuesta de Azabu, Aomame ordenó mentalmente todo lo que debía hacer y elaboró una lista. De manera detallada y eficiente.

8
TENGO

Ir a un lugar desconocido y conocer a un desconocido

Mucha gente considera la mañana del domingo como un símbolo de descanso. Pero, en su infancia, Tengo no había tenido ni un sola mañana de domingo grata. Los domingos siempre lo apesadumbraban. Cuando llegaba el fin de semana, su cuerpo languidecía, perdía el apetito y le dolían diferentes partes del cuerpo. Para Tengo, los domingos eran como una luna deforme que siempre muestra su lado oscuro. De niño, a menudo pensaba en lo estupendo que sería si el domingo no llegara. En lo bien que lo pasaría si cada día hubiera colegio, si nunca descansara. También rezaba para que el domingo no viniera —aunque es obvio que sus plegarias quedaban desatendidas. Se hizo adulto y los domingos no volvieron a ser una amenaza real, pero, aun así, al despertarse la mañana del domingo sentía una aflicción absurda. Las articulaciones le crujían y sentía náuseas. Aquella reacción le calaba hondo. Probablemente hasta el profundo dominio de la inconsciencia.

Su padre, que trabajaba de cobrador para la NHK, se llevaba consigo todos los domingos a Tengo, que aún era pequeño, a cobrar. Desde la primera vez, antes de entrar en la escuela de párvulos, hasta que estuvo en quinto de primaria, Tengo lo acompañó todos los domingos, sin falta, excepto aquéllos en que había alguna actividad especial del colegio. Al levantarse, a las siete de la mañana, su padre le lavaba la cara bien lavada con jabón, inspeccionaba a conciencia sus orejas y uñas, lo vestía de la forma más pulcra (pero discreta) posible y le hacía una promesa: «Anda, que luego te llevo a comer algo delicioso».

Tengo no sabía si los demás cobradores de la NHK también trabajaban en los días de descanso. Pero, por lo que recordaba, su padre trabajaba sin falta cada domingo. Trabajaba con más entusiasmo aún que de costumbre, porque los domingos podía encontrar en casa a aquellas personas que durante los días laborales estaban ausentes.

Había varios motivos para llevarse consigo al pequeño Tengo al trabajo. El primero era que no podía dejar a su hijo solo en casa. Durante la semana y los sábados, podía llevarlo a la guardería, el parvulario o la escuela, pero los domingos esos sitios cerraban por descanso. Luego, el otro motivo era que el padre necesitaba mostrarle a su hijo qué tipo de trabajo realizaba. Desde pequeño debía conocer de qué manera se ganaban la vida y qué significaba el trabajo. El propio padre se había criado, desde que tenía uso de razón, ayudando en las labores del campo, sin domingos ni nada. Durante los periodos en que estaban ocupados trabajando en el campo ni siquiera lo mandaban a la escuela. Para el padre aquel tipo de vida era algo natural.

El tercer y último motivo era, más bien, de orden económico y, por consiguiente, el que más hería a Tengo. Su padre era consciente de que ir acompañado de su hijo le facilitaba el cobro. Resultaba difícil estar frente a un cobrador que llevaba a un niño pequeño de la mano y decirle: «No voy a pagar, así que váyase». Cuando el niño se quedaba mirándolos fijamente, la mayoría de la gente que no tenía intención de pagar acababa pagando. Por eso su padre hacía muchas rutas por las casas más reacias a pagar justo los domingos. Tengo había entendido desde el primer momento cuál era el papel que se esperaba de él, y eso no lo soportaba. Pero, por otro lado, tenía que ingeniárselas e interpretar su papel para contentar a su padre. Era como uno de esos monos de los espectáculos ambulantes. Si contentaba a su padre, ese día Tengo era tratado con amabilidad.

La única salvación de Tengo era que la zona asignada a su padre quedaba bastante apartada del lugar donde residían. La casa de Tengo estaba en una urbanización en las afueras de Tokio, en Ichikawa, pero la zona de cobro del padre tenía su centro neurálgico en el centro de la ciudad. Tampoco coincidía con el distrito escolar. Por lo tanto, se ahorraba que cobrara por las casas de sus compañeros de parvulario y escuela. Sin embargo, de vez en cuando se había cruzado con compañeros de clase caminando por los centros comerciales de la ciudad. En esas ocasiones se escondía raudo a la sombra de su padre para pasar inadvertido.

Los padres de los compañeros de Tengo eran, en su mayoría, oficinistas que trabajaban en el centro de Tokio. Ellos consideraban Ichikawa como una parte de la prefectura de Tokio que, por algún motivo, había sido incorporada accidentalmente a la prefectura de Chiba. El lunes por la mañana, sus compañeros se contaban los unos a los otros, todos entusiasmados, qué habían hecho o adonde habían ido el domingo. Ellos iban al parque de atracciones, al

parque zoológico y al estadio de béisbol. En verano iban a bañarse a Minami-Bōsō y, en invierno, iban a esquiar. Sus padres los llevaban de paseo en coche, mientras ellos agarraban el volante, o iban a la montaña. Hablaban entusiasmados de sus experiencias e intercambiaban información sobre diferentes lugares. Pero Tengo no tenía nada que contar. Él no había ido a ningún sitio turístico ni al parque de atracciones. Los domingos, desde la mañana hasta la noche, llamaba a los timbres de casas de desconocidos, junto con su padre, con la cabeza gacha, y recibía el dinero que les daba quien salía a la puerta. Cuando alguien se negaba a pagar, lo amenazaban o lo adulaban. Si alguien ponía excusas, se enzarzaban en una discusión. A veces también los insultaban, como a perros callejeros. Evidentemente no iba a exponer aquellas historias delante de sus compañeros.

En tercero de primaria, todo el mundo en clase supo que su padre era cobrador de la NHK. Quizá lo hubieran visto haciendo la ruta de cobro. Después de todo, cada domingo daba vueltas por la ciudad, detrás de su padre, desde la mañana hasta el anochecer. Era normal que lo hubieran visto (él ya estaba demasiado crecido para esconderse a la sombra de su padre). Es más, resultaba sorprendente que no lo hubieran descubierto antes.

Entonces empezaron a llamarlo por el mote de «NHK». En un círculo formado por hijos de oficinistas de clase media, él tenía que pertenecer a una especie de «raza diferente», ya que muchas de las cosas que a los demás niños les resultaban normales para Tengo no lo eran. Sacaba notas excelentes y, además, se le daba bien el deporte. Era corpulento y fuerte. Incluso los profesores le tenían estima. Por eso, a pesar de ser de una «raza diferente», no se convirtió en el paria de la clase. Al contrario, era respetado. Pero si lo invitaban a ir a alguna parte o a la casa de alguien el domingo, no podía contestar. Cuando le decía a su padre «El domingo que viene han quedado en casa de un amigo», sabía desde el principio que lo ignoraría. «Lo siento. El domingo me viene mal». No le quedaba más remedio que rehusar la invitación. A fuerza de rechazar una y otra vez, dejaron de invitarlo, naturalmente. Y de repente se dio cuenta de que siempre andaba solo, no pertenecía a ningún grupo.

Pasara lo que pasara, todos los domingos tenía que hacer con su padre la ruta de cobro desde la mañana hasta la noche. Era una regla inamovible, sin margen para excepciones o alteraciones. Aunque pillara un catarro y no parara de toser, tuviera mucha fiebre o estuviera mal del estómago, su padre nunca tenía

clemencia. En esas ocasiones, mientras caminaba tambaleándose detrás de su padre, a menudo deseaba caerse allí mismo fulminado. Así, por lo menos, su padre reflexionaría un poco sobre su comportamiento. Sobre que quizás era demasiado duro con él. Pero, por suerte o por desgracia, Tengo había nacido con un cuerpo robusto. Tuviera fiebre, le doliera el vientre o se sintiera mareado, siempre recorría la larga ruta con su padre, sin caerse ni desmayarse. Sin un quejido siquiera.

Al terminar la guerra, el padre de Tengo regresó de Manchuria con los bolsillos vacíos. Había nacido el tercero en una familia de campesinos de Tōhoku y había cruzado el mar para ir a Manchuria con algunos de sus compañeros del pueblo, alistados en el Cuerpo de Explotación de la Región de Manchuria y de Mongolia interior. No era porque se hubieran tragado la propaganda del Gobierno, según la cual si iban a Manchuria, una especie de Arcadia de amplias y fértiles tierras, podrían llevar una vida de opulencia. Sabían bien desde el principio que las Arcadias no existían. Simplemente eran pobres y se morían de hambre. Si se quedaban en el campo, no podrían hacer otra cosa más que intentar sobrevivir a la muerte por inanición, y la terrible recesión que sacudía aquellos tiempos había dejado una plaga de parados. Trasladándose a la ciudad no habría esperanza de encontrar un empleo decente. En semejante situación, la única forma de sobrevivir era irse a Manchuria. Recibió formación básica para trabajar de campesino de explotación, con derecho a fusil en caso de necesidad; le dieron unas nociones sobre la situación de la agricultura en Manchuria, en el pueblo lo despidieron con vivas y fue llevado en tren de vapor desde Dalian hasta cerca de la frontera de Manchuria y Mongolia interior. Allí le asignaron tierras, aperos de labranza y un fusil, y se dedicó a la agricultura junto con sus compañeros. Eran tierras yermas, llenas de guijarros, y en invierno todo se congelaba. Como no tenían qué llevarse a la boca, hasta se comían perros vagabundos. A pesar de todo, los primeros años recibieron ayudas del Gobierno y pudieron subsistir a duras penas.

En agosto de 1945, cuando la vida por fin parecía empezar a estabilizarse, el Ejército soviético rompió el Pacto de Neutralidad e invadió todo el Manchukuo. El Ejército soviético, que había puesto fin al frente europeo, había desplazado una gran cantidad de tropas hasta el Extremo Oriente en el Transiberiano y las había desplegado, de forma paulatina, para traspasar la línea de la frontera. Su padre se había enterado de aquella noticia acuciante gracias a cierto funcionario

con el que había trabado amistad por casualidad y estaba a la espera de la invasión del Ejército soviético. Como el debilitado Ejército de Kwantung no parecía que fuera a resistir durante mucho tiempo, el funcionario le recomendó que se preparase para huir solo. «Cuánto más rápido huyas, mejor». Por eso, en cuanto escuchó que el Ejército soviético había violado la frontera, galopó hasta la estación en un caballo del que se había provisto y subió en el penúltimo tren para Dalian. Él fue el único de sus compañeros que, durante aquellos años, regresó sano y salvo a Japón.

En la posguerra, el padre de Tengo se fue a Tokio, se dedicó al mercado negro y fue aprendiz de carpintero, pero nada se le dio bien. A duras penas podía sobrevivir. En el otoño de 1947, cuando trabajaba de distribuidor para una bodega en Asakusa, se topó en el camino con un viejo conocido de su época en Manchuria. Era el funcionario que lo había avisado de la inminencia de la Batalla de Manchuria. A él lo habían destinado a un puesto relacionado con el sistema postal en Manchukuo, pero ahora había regresado a Japón y trabajaba de nuevo para el Ministerio de Telecomunicaciones, en el que había estado empleado durante otra época. Como eran paisanos y sabía que era un trabajador infatigable, sentía simpatía por el padre de Tengo y lo invitó a comer.

Al enterarse de que el padre de Tengo había estado buscando sin resultado alguno un empleo decente, le propuso que probara a trabajar como cobrador para la NHK. Tenía a un conocido en el departamento, así que podía hablarle bien de él. «Se lo agradecería inmensamente», le dijo el padre de Tengo. No sabía cómo era trabajar para la NHK, pero tendría un empleo con un sueldo fijo y eso era mejor que nada. El funcionario le escribió una carta de presentación e incluso se prestó a hacer de garante. Gracias a él, el padre de Tengo consiguió fácilmente hacerse cobrador de la NHK. Recibió un curso, le dieron un uniforme y le asignaron una cantidad de trabajo. Los japoneses se sobreponían a duras penas al *shock* de la derrota y buscaban divertirse en medio de una vida de miseria. La música, las risas y el deporte de la radio eran la diversión más accesible y barata, y además el nivel de difusión de la radio por aquella época no podía ni compararse al que había antes de la guerra. La NHK necesitaba una gran cantidad de personas que recorrieran todos los lugares recolectando la tarifa de recepción.

El padre de Tengo realizaba su trabajo con gran entusiasmo. Sus puntos fuertes eran su vigor y su paciencia. Después de todo, desde que había nacido nunca había tenido la oportunidad de comer hasta saciarse. Para alguien como él,

el trabajo de cobrador de la NHK no era arduo en absoluto. Aunque lo colmasen de insultos, a él no le importaba. Y a pesar de hallarse en la base de la jerarquía, se sentía completamente satisfecho de pertenecer a una enorme organización como aquélla. Trabajó durante un año a destajo como cobrador por encargo, sin garantías de mantener el puesto en el futuro, pero como su rendimiento y su actitud profesional eran excelentes lo contrataron como cobrador de plantilla de la NHK. Fue una elección excepcional, teniendo en cuenta las costumbres de la NHK. Era verdad que había obtenido un excelente rendimiento en zonas donde el cobro resultaba particularmente difícil, pero no cabía duda de que por detrás estaba la influencia del funcionario del Ministerio de Telecomunicaciones que actuaba como su garante. Recibía un salario base al cual se le añadían diferentes gratificaciones. Entró en una residencia oficial de la empresa y también pudo afiliarse a un seguro médico. No había ni punto de comparación con el trato que daban, en general, a los cobradores por encargo, casi como si fueran de usar y tirar. Aquél era el mayor golpe de suerte que había tenido en su vida. Al fin y al cabo, había podido establecerse en la base del tótem.

Su padre le había contado aquella historia hasta la saciedad. No le había cantado nanas, ni le había leído cuentos al lado de la cama. En cambio, le había hablado una y otra vez de las experiencias que había vivido en la realidad. La historia entera: que nació en una familia de arrendatarios pobres en Tōhoku y fue criado como un perro, a base de trabajo y tundas; luego se fue a Manchuria como miembro de un Cuerpo de Explotación, labró tierras yermas mientras espantaba a bandoleros y manadas de lobos con el rifle, en una tierra en donde la orina se congelaba cuando uno se ponía a mear; huyó para salvar el pellejo de las unidades de tanques del Ejército soviético, regresó sano y salvo a Japón sin que lo enviaran a los campos de refugiados de Siberia y sobrevivió al desbarajuste de la posguerra con el estómago vacío, hasta que, afortunadamente, se hizo cobrador fijo de la NHK gracias a una casualidad del destino. El puesto de cobrador de la NHK era el final feliz de la historia. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Al padre se le daba bastante bien contarlo. No había forma de saber hasta qué punto era real, pero resultaba creíble. Y aunque tampoco fuera significativo, los detalles tenían vida y su manera de contar era rica en matices. Había partes alegres, partes conmovedoras y partes violentas. Partes fabulosas que dejaban a uno boquiabierto y partes incomprensibles, por muchas veces que las escuchara.

Si la vida pudiera medirse por la variedad de sus episodios, podría decirse que la suya había sido considerablemente rica.

No obstante, después de ser contratado como empleado fijo de la NHK, de repente la historia de su padre, por algún motivo, perdía colorido. Lo que le había contado carecía de detalles y coherencia. Era como si para él fuera una simple anécdota que no merecía la pena contar. Conoció a cierta chica, se casó y tuvo un hijo —el cual no era otro que Tengo. Varios meses después de dar a luz a Tengo, la madre enfermó y falleció enseguida. Desde entonces, el padre no volvió a casarse; siguió trabajando diligentemente como cobrador para la NHK y crió solo a Tengo. Hasta el día de hoy. Fin.

Su padre apenas le había contado nada sobre las circunstancias en que había conocido a su madre y se habían casado, ni acerca de cómo era ella, por qué había fallecido (¿estaría su muerte relacionada con el nacimiento de Tengo?), y si había tenido una muerte relativamente apacible o si, por el contrario, había sufrido. Cuando Tengo le preguntaba, él se iba por la tangente y no contestaba. Muchas veces se ponía de mal humor y se quedaba callado. No había ni una sola fotografía de su madre. Ni siquiera fotografías de la boda. Su padre le había explicado que no se habían podido permitir celebrar la boda y que no tenían cámara de fotos.

Pero, básicamente, Tengo no se creía la historia de su padre. Ocultaba hechos y la alteraba. Su madre no podía haber muerto meses después de que Tengo hubiera nacido. En los recuerdos de Tengo, su madre vivió hasta que él tuvo un año de edad. Y, cerca de Tengo, mientras éste dormía, su madre se abrazaba e intimaba con un hombre que no era su padre.

Su madre se había quitado la blusa, había desanudado el lazo de la combinación blanca y daba el pecho a un hombre que no era su padre. Tengo dormía profundamente al lado. Pero, al mismo tiempo, Tengo no dormía. Miraba a su madre.

Esa era la fotografía de recuerdo que le había quedado de su madre. Esa imagen de apenas diez segundos había quedado grabada con precisión en su mente. Era la única información concreta que poseía sobre ella. Su consciencia lo llevaba a duras penas hasta su madre mediante aquella imagen. Un hipotético cordón umbilical los unía. Su mente flotaba en un líquido amniótico de la memoria y percibía un eco del pasado. Pero su padre no sabía que aquella imagen le había quedado marcada nítidamente en la cabeza. Él no sabía que Tengo rumiaba sin cesar los fragmentos de aquella escena, como una vaca en un

prado, y que de ellos obtenía valiosos nutrientes. Padre e hijo escondían sus propios secretos, profundos y oscuros.

Era una agradable y despejada mañana de domingo. Sin embargo, el viento soplaba frío y mostraba que, a pesar de ser mediados de abril, la estación había hecho una regresión. Por encima de un fino jersey negro de cuello redondo, Tengo vestía una chaqueta de espiguilla que había llevado desde su época de universitario, junto con unos chinos beis, y calzaba unos Hush Puppies marrones. Eran unos zapatos relativamente nuevos. Iba lo más arreglado de que era capaz.

Cuando, en la estación de Shinjuku, Tengo llegó a la parte delantera del andén de la línea Chūō con dirección a Tachikawa, Fukaeri ya se encontraba allí. Estaba sentada sola en un banco, quieta, con los ojos entornados, mirando al aire. Vestía una gruesa chaqueta de invierno de color verde prado, por encima de un veraniego vestido de algodón estampado y calzaba unas zapatillas de deporte grises descoloridas, sin calcetines. Una combinación un tanto extraña para aquella época del año. El vestido era demasiado ligero y la chaqueta, demasiado gruesa. Pero el ir vestida así no parecía incomodarla. Tal vez manifestaba su particular visión del mundo mediante aquella contrariedad. No es que no lo pareciera, pero quizá simplemente había elegido la ropa al azar, sin pensárselo demasiado.

Ni leía el periódico, ni un libro, ni escuchaba un *walkman*. Estaba allí sentada, simplemente, con aquellos grandes ojos negros mirando hacia delante. Era como si observara algo y como si no estuviera mirando absolutamente nada. Viéndola de lejos parecía una estatua realista hecha con materiales especiales.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó Tengo.

Fukaeri lo miró a la cara y luego movió el cuello hacia los lados unos escasos centímetros. Aquellos ojos negros tenían un brillo intenso como la seda, pero sin embargo no mostraban la misma expresión que la última vez que se habían encontrado. En aquel momento parecía que no tenía demasiadas ganas de hablar con nadie, y por eso Tengo desistió de esforzarse por mantener la conversación y se sentó a su lado en el banco, sin decir nada.

Una vez que el tren llegó, Fukaeri se levantó en silencio. Ambos se subieron. Para ser un expreso con dirección a Takao en un día no laborable, los pasajeros

eran escasos. Tengo y Fukaeri se sentaron uno al lado del otro y se quedaron en silencio, contemplando el paisaje de la ciudad que iba pasando por la ventanilla de enfrente. Como Fukaeri seguía sin abrir la boca, Tengo también guardaba silencio. Ella se aguantaba cerrado el cuello de la chaqueta, como si se preparara para un intenso frío que estaba por venir, y miraba hacia delante, con los labios completamente sellados.

Tengo tomó el libro que se había llevado y empezó a leer, pero, después de vacilar un instante, lo dejó. Se metió de nuevo el volumen en el bolsillo y, como para acompañar a Fukaeri, puso las manos sobre las rodillas y simplemente miró hacia delante, abstraído. Decidió pensar en algo, pero no se le ocurría nada. Como se había pasado un buen rato centrado en la corrección de *La crisálida de aire,* su mente parecía negarse a pensar en algo relevante. Tenía un bulto en los sesos semejante a un ovillo.

Tengo contemplaba el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana y escuchaba el monótono traqueteo. La línea Chūō se extendía derecha hasta el infinito, como si hubieran trazado una recta en un mapa con una regla. Y el «como si» no era una forma de hablar, seguro que era así como la habían construido realmente en su época. En la planicie de Kantō no había ni un solo accidente geográfico digno de mención. Por lo tanto, habían construido la vía sin curvas ni altibajos que la gente pudiera percibir, sin puentes ni túneles. Una regla había sido suficiente. El tren corría por una línea recta hacia su destino.

A partir de cierto momento, el sueño pilló desprevenido a Tengo. Cuando se despertó, al sentir una vibración, el tren reducía de forma paulatina la velocidad y empezaba a detenerse en la estación de Ogikubo. Fue una breve siesta. Fukaeri miraba fijamente hacia delante, en la misma postura de antes. Sin embargo, Tengo no tenía ni idea de qué estaba mirando. A juzgar por su aspecto, como si estuviera concentrada en algo, no parecía tener aún intención de apearse.

—¿Qué libros lees normalmente? —le preguntó Tengo, una vez pasada la zona de Mitaka, incapaz de soportar el tedio durante más tiempo. Era algo que siempre había querido preguntarle.

Fukaeri lo miró de reojo y luego volvió la vista al frente. «No leo», le respondió concisa.

—¿Nada?

Fukaeri asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—¿No te interesa leer? —inquirió Tengo.

—Necesito mucho tiempo para leer —dijo Fukaeri.

—¿No lees porque no tienes tiempo para leer? —repitió Tengo desconcertado.

Fukaeri se quedó mirando hacia delante, sin contestar. Con lo que parecía querer expresar que no lo negaba.

Ciertamente, en términos generales, leer un libro llevaba su tiempo. No era como ver la televisión o leer un tebeo. La lectura de un libro es una ocupación discontinua que se realiza dentro de un periodo relativamente largo. Pero la expresión de Fukaeri «necesito mucho tiempo» parecía contener un matiz un tanto diferente a la norma general.

—Con necesitar tiempo… ¿te refieres a que tardas *mucho* tiempo? —preguntó Tengo.

—*Mucho* —asintió Fukaeri.

—¿Mucho más que la mayoría de la gente?

Fukaeri asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues debe de ser un problema en el colegio, ¿no?… Supongo que tendrás que leer varios libros para las clases. Si tardas tanto tiempo…

—Hago que los leo —dijo ella, sin inmutarse.

Tengo oyó un ruido fatídico en alguna parte de su cabeza. Hubiera preferido no haberlo oído, pero era inevitable. Debía saber la verdad.

—¿Estás diciendo, en concreto, que tienes algo así como dislexia?

—*Dislexia* —repitió Fukaeri.

—Un trastorno de lectura.

—Eso me dijeron. *Dis*…

—¿Quién te lo dijo?

La chica encogió ligeramente los hombros.

—O sea… —Tengo buscó las palabras como a tientas—, que ha sido así desde que eras pequeña, ¿verdad?

Fukaeri asintió.

—Por eso apenas has leído novelas.

—Por mí misma —dijo Fukaeri.

Eso explicaba el hecho de que lo que había escrito no recibiera la influencia de ningún escritor. Era una explicación formidable y lógica.

—No has leído por ti misma —dijo Tengo.

—Alguien me ha leído —dijo Fukaeri.

—¿Tu padre o tu madre te han leído en voz alta?

Fukaeri no respondió.

—Pero a pesar de no leer, no tienes problemas para escribir, ¿no? —preguntó tímidamente Tengo.

Fukaeri negó con la cabeza.

—Escribir también me lleva tiempo.

—¿Te lleva *mucho* tiempo?

Fukaeri volvió a encoger los hombros. Significaba «sí».

Tengo se movió en el asiento y cambió de postura.

—¿Puede ser que no hayas sido tú misma la que ha escrito *La crisálida de aire*?

—Yo no la he escrito.

Tengo hizo una pausa durante unos cuantos segundos. Fue una pausa cargada de gravedad.

—Entonces, ¿quién la ha escrito?

—*Azami* —dijo Fukaeri.

—¿Quién es Azami?

—Tiene dos años menos que yo.

Volvió a hacerse un breve silencio.

—¿Esa chica ha escrito *La crisálida de aire* por ti?

Fukaeri asintió con toda naturalidad. Tengo puso a trabajar todos sus sesos.

—Es decir, tú le narraste la historia y ella la puso por escrito. ¿Es eso?

—La pasó al ordenador y la imprimió —dijo Fukaeri.

Tengo se mordió el labio, enumeró mentalmente algunos hechos y los puso en orden. Luego le habló a Fukaeri.

—Entonces, Azami presentó lo que imprimió al premio de jóvenes escritores de la revista, ¿no? Y seguramente le puso el título de *La crisálida de aire* sin decírtelo.

Fukaeri inclinó el cuello de forma que no se sabía si era un sí o un no. Sin embargo, no objetó nada. Más o menos, debía de haber acertado.

—¿Azami es amiga tuya?

—Vivimos juntas.

—¿Es tu hermana?

Fukaeri negó con la cabeza.

—Es la hija del profesor.

—El profesor —repitió Tengo—. ¿Ese *profesor* también vive contigo?

Fukaeri asintió con aire de cuestionarse por qué le preguntaba eso a esas

alturas.

—Seguro que es a él a quien voy a conocer ahora, ¿verdad?

Fukaeri se volvió hacia Tengo y lo miró a la cara durante un buen rato, como si observara el recorrido de una nube lejana. O quizá como si pensara en la utilidad de un perro lento para aprender. Luego asintió.

—Vamos a ver al profesor —dijo ella, en un tono insulso.

La charla se terminó ahí. Tengo y Fukaeri volvieron a quedarse callados durante un tiempo, uno al lado del otro, mirando por la ventana. Una serie de edificios sin ningún rasgo distintivo se erguía incesantemente en un terreno llano y monótono. Numerosas antenas parabólicas se proyectaban hacia el cielo como si fueran antenas de insectos. ¿Pagaría la gente que allí vivía la tarifa de recepción de la NHK? Los domingos, Tengo siempre se acordaba de la tarifa de recepción. No tenía ganas de pensar en ello, pero no podía evitarlo.

Aquella soleada mañana de domingo de mediados de abril se revelaron ciertos hechos no demasiado agradables. En primer lugar, Fukaeri no había escrito por sí misma *La crisálida de aire*. Si se creía lo que le había dicho (y de momento no había ningún motivo para no hacerlo), Fukaeri sólo había contado la historia y la otra chica la había puesto por escrito. Era el mismo proceso que originaba la literatura oral, como el *Kojiki* o el *Heike monogatari*. A pesar de que era verdad que el sentimiento de culpabilidad de Tengo por corregir *La crisálida de aire* se había mitigado un tanto, el asunto en su conjunto se complicaba aún más —hablando en plata, se había convertido en un atolladero.

Además, la chica padecía un trastorno de lectura y era incapaz de leer bien un libro. Tengo dio un repaso a sus conocimientos sobre la dislexia. Cuando hizo el curso de docencia en la universidad, había recibido una clase sobre la dislexia. Cuando se tiene dislexia, en principio se puede leer y escribir. No afecta al entendimiento. Sin embargo, hace que leer lleve tiempo. No impide leer un texto breve, pero a medida que el texto se acumula y se expande, la capacidad de procesar la información se queda atrás. La mente no empareja de forma correcta los caracteres con su significado. Ésos son los síntomas generales de la dislexia. La causa aún no se ha dilucidado por completo. Sin embargo, no sería de extrañar que en el colegio hubiera en cada clase uno o dos niños con dislexia. Einstein también la tuvo, así como Edison y Charlie Mingus.

Tengo no sabía si, cuando una persona con un trastorno de lectura escribía un

texto, sentía las mismas dificultades que cuando leía. Pero, en el caso de Fukaeri, eso parecía. Ella presentaba las mismas dificultades para escribir que para leer.

¿Qué diría Komatsu cuando se enterara? Sin darse cuenta, Tengo soltó un suspiro. Aquella chica de diecisiete años padecía una dislexia congénita y difícilmente podía leer un libro o escribir un texto largo. Ni siquiera al hablar (caso de que no fuera algo intencionado) podía construir una oración. Convertirla en una novelista profesional era inadmisible, aunque sólo fuera fingido. Incluso si la obra ganara el premio, la publicaran y recibiera buenas críticas, no podrían seguir engañando a la sociedad por mucho tiempo. Al principio podría funcionar, pero estaba claro que, al cabo de poco tiempo, la gente empezaría a pensar que había algo raro. Si entonces se descubriera la verdad, juntarían a todos los implicados y los llevarían a la ruina. En ese mismo instante, la carrera de Tengo como novelista se vería cercenada de cuajo, sin haber despuntado siquiera.

Aquel plan lleno de deficiencias era insostenible. Desde el principio había creído que estaba andando sobre hielo quebradizo, pero a aquellas alturas la expresión se quedaba corta. Antes siquiera de haber puesto el pie, ya se oían los crujidos del hielo. En cuanto volviera a casa llamaría a Komatsu y le diría: «Lo siento, señor Komatsu, pero yo me retiro de este asunto. Es demasiado peligroso». Eso es lo que haría una persona cabal, en su sano juicio.

Sin embargo, al pensar en la obra *La crisálida de aire*, su corazón se sentía intensamente perturbado, dividido. A pesar del peligro que suponía el plan de Komatsu, en aquel momento Tengo parecía incapaz de abandonar la corrección de la obra. Si hubiera sido antes de empezar a reescribir, quizás habría podido. Pero ya era demasiado tarde. Estaba metido hasta el cuello en aquella obra. Respiraba el aire de aquel mundo, se había adaptado a su fuerza de gravedad. La esencia de la historia había calado hondo en él, hasta las entrañas. Tengo sentía que debía corregir aquella historia. No había nadie más que pudiera hacerlo, era algo que valía la pena y que *tenía que hacer*.

Tengo cerró los ojos e intentó tomar una decisión provisional ante aquella situación. Sin embargo, no pudo. A cualquier persona confusa y dividida le resultaría imposible tomar una decisión equilibrada.

—¿Azami escribía lo que le contabas tal y como lo contabas? —preguntó Tengo.

—Tal y como lo contaba —respondió Fukaeri.

—Tú hablabas y ella escribía —dijo Tengo.

—Pero tenía que hablar en voz baja.

—¿Por qué tenías que hablar en voz baja?

Fukaeri miró a su alrededor. Apenas había pasajeros. Sólo una madre con sus hijos pequeños, que estaban sentados en los asientos de enfrente, a cierta distancia. Los tres parecían haber salido para ir a divertirse a algún lugar. En el mundo existe gente así de feliz.

—Para que *ellos* no nos escucharan —dijo Fukaeri en voz baja.

—¿Ellos? —preguntó Tengo. Por la mirada perdida de la chica, supo que no se refería a la madre con sus hijos. Fukaeri estaba hablando de alguien en concreto, no presente, que ella conocía bien y que Tengo desconocía.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Tengo. Él también bajó un poco el volumen de su voz.

Fukaeri se quedó callada, y una pequeña arruga se le formó en el entrecejo. Tenía los labios sellados.

—¿La Little People? —inquirió Tengo.

Como cabía esperar, no hubo respuesta.

—Si la historia se llevara a la imprenta, se hiciera pública y diera de que hablar, ¿no se enfadarían tal vez esos *ellos* de los que hablas?

Fukaeri no contestó a la pregunta. Su mirada estaba ausente. Tras esperar un rato y comprobar que no iba a responder, Tengo le hizo otra pregunta.

—¿No puedes decirme nada sobre ese profesor? ¿Cómo es?

Fukaeri miró a Tengo con cara de extrañada. En plan, «¿qué estará diciendo este tipo?». Luego habló.

—Lo vas a conocer ahora.

—Es cierto —admitió Tengo—. Tienes razón. Después de todo, voy a conocerlo ahora. Podré comprobarlo directamente cuando lo conozca.

En la estación de Kokubunji, un grupo de ancianos vestidos como para hacer escalada se subió al tren. Eran diez en total; la mitad hombres y la otra mitad mujeres. Parecían tener entre sesenta y cinco y setenta y cinco años de edad. Cada uno cargaba con una mochila a la espalda y llevaba un gorro puesto. Eran bulliciosos y parecían entusiasmados, como un grupo de alumnos de primaria que va de excursión. Las cantimploras las llevaban a la cintura o metidas en los bolsillos de las mochilas. Reflexionó sobre si él también se lo pasaría tan bien cuando envejeciera. Luego hizo un pequeño movimiento de negación con la cabeza. «No, seguramente no pueda». Tengo se imaginó a los viejos en la cumbre de una montaña, bebiendo agua de las cantimploras, todos orgullosos.

A pesar de sus cuerpos diminutos, la Little People bebía muchísima agua. Y no era el agua del grifo la que les gustaba, sino el agua de la lluvia y el agua de un arroyo cercano. Por eso, al mediodía, ella cogía un cubo de agua en el arroyo y se lo daba de beber a la Little People. Cuando llovía, ponía el cubo bajo el canalón y dejaba que se llenara, puesto que, aunque ambas procedían de la Naturaleza, la Little People prefería el agua de la lluvia al agua del arroyo. Ellos le agradecían aquel gesto de amabilidad a la chica.

Tengo advirtió que le costaba mantenerse consciente. No era un buen augurio. Quizá se debiera a que era domingo. En su interior empezaba a sentir una especie de confusión. Una funesta tormenta de arena estaba a punto de originarse en algún punto de la llanura de sus sentimientos. Era algo que le sucedía a veces los domingos.

—Qué pasa —le preguntó Fukaeri sin entonación interrogativa. Parecía poder captar el nerviosismo que sentía Tengo.

—¿Podré hacerlo? —dijo Tengo.

—¿El qué?

—¿Podré hablar correctamente?

—Hablar correctamente —preguntó Fukaeri. Parecía no entender bien lo que quería decir.

—Con el profesor —dijo Tengo.

—Si podrás hablar bien con el profesor —repitió Fukaeri.

Después de vacilar un instante, Tengo le reveló lo que sentía.

—Tengo la impresión de que, al final, la conversación va a ser infructuosa y todo saldrá mal.

Fukaeri cambió de postura y miró a Tengo directamente a la cara.

—Qué temes —preguntó ella.

—¿Que qué temo? —repitió Tengo con otras palabras.

Fukaeri asintió en silencio.

—Quizá tema conocer a alguien nuevo. Sobre todo, siendo un domingo por la mañana —respondió Tengo.

—Por qué domingo —preguntó Fukaeri.

A Tengo empezaron a sudarle las axilas. Sintió que el pecho se le constreñía.

Conocer a alguien nuevo y que ocurriera algo nuevo que amenazara su existencia.

—Por qué domingo —volvió a preguntar Fukaeri.

Tengo recordó los domingos de su infancia. Al terminar de hacer la ruta de cobro prevista, durante todo el día, su padre lo llevaba a un restaurante enfrente de la estación y le decía que pidiera lo que le apeteciera. Era como una especie de recompensa. Para ellos dos, que llevaban una vida humilde, era prácticamente la única ocasión de comer fuera. En esos momentos, su padre pedía una cerveza, cosa insólita (casi nunca bebía alcohol). Pero, sin embargo, Tengo no tenía ningún apetito. Aunque por regla general siempre andaba con hambre, los domingos, por algún motivo, nada parecía saberle bien. Le resultaba penoso comerse todo lo que pedía, sin dejar nada —dejar comida era completamente inaceptable. A veces, sin querer, le daban arcadas. Así habían sido los domingos de su infancia.

Fukaeri lo miró a la cara. Buscaba algo en sus ojos. Luego extendió una mano y agarró la de Tengo. Él se sorprendió, pero se esforzó para que el asombro no se reflejara en su rostro.

Fukaeri estuvo sujetándole suavemente la mano hasta que el tren llegó a la estación de Kunitachi. La mano de la chica era más sólida y suave de lo que cabía pensar. Ni caliente ni fría. Aquella mano medía, más o menos, la mitad de la mano de Tengo.

—No hay nada que temer, porque éste no es un domingo como cualquier otro —le dijo ella, como si lo informase de algo por todos sabido.

Tengo pensó que aquélla debía de ser la primera vez que la chica pronunciaba más de dos frases seguidas.

9
AOMAME

Cambió el paisaje, cambiaron las reglas

Aomame fue a la biblioteca municipal más cercana a su casa y, en el mostrador, solicitó consultar en el archivo de prensa en formato reducido los periódicos de tres meses, desde septiembre hasta noviembre de 1981. La bibliotecaria le preguntó qué periódicos deseaba, si el *Asahi*, el *Yomiuri*, el *Mainichi* o el *Nikkei*. Era una mujer de mediana edad, con gafas, que parecía más un ama de casa con un trabajo a tiempo parcial que una empleada regular de la biblioteca. Aunque no podía decirse que estuviera muy gorda, tenía las muñecas rollizas como jamones. «Me vale cualquiera», dijo Aomame. Daba igual uno que otro.

—Ya veo, pero le agradecería que eligiera uno, si es tan amable —dijo la mujer, con una voz monótona, como si rehusase discutir más.

Puesto que Aomame tampoco tenía intención de discutir, se decantó por el *Mainichi*, sin ningún motivo en particular. Luego se sentó a una mesa, abrió un cuaderno y, con un bolígrafo en la mano, empezó a revisar los artículos de los periódicos.

A comienzos del otoño de 1981 no ocurrió ningún incidente importante. En julio de ese año, el príncipe Carlos y Diana habían contraído matrimonio, una noticia de la que aún se hacía eco la prensa. Hablaba de adonde habían ido, qué habían hecho, qué ropa se había puesto Diana, qué complementos había llevado. Aomame sabía, por supuesto, que el príncipe Carlos y Diana se habían casado. Pero era algo que le traía sin cuidado. No era capaz de entender cómo a la gente podía interesarle tanto el enlace entre el heredero al trono de Inglaterra y su prometida. Juzgando a Carlos por su aspecto, parecía más un profesor de física con un problema digestivo que un príncipe.

En Polonia, Solidaridad, el sindicato dirigido por Walesa, intensificó su oposición al Gobierno soviético, el cual expresó su preocupación. En otras palabras, si el Gobierno polaco no era capaz de controlar la situación,

despacharían unidades de tanques, como en la Primavera de Praga del 68. Aomame también estaba al corriente, más o menos, de eso. Además sabía que al final, tras diversos acontecimientos, la Unión Soviética había decidido no intervenir. Por eso no necesitaba leer aquel artículo a fondo. Sin embargo, seguramente con el objetivo de contener una intervención política de los soviéticos, Reagan, presidente de Estados Unidos, había declarado que «esperaba que la tensión en Polonia no obstaculizara el plan de cooperación entre Estados Unidos y la Unión Soviética para la construcción de una base lunar». ¿Construcción de una base lunar? De eso no había oído hablar. Pero, ahora que lo pensaba, tenía la impresión de que, hacía poco tiempo, en un telediario habían hablado algo de eso. Fue la noche en que echó el polvo con el hombre de mediana edad de pelo ralo, oriundo de Kansai, en el hotel de Akasaka.

El 20 de septiembre se celebró en Yakarta un gran campeonato mundial de vuelo de cometas en el que se reunieron más de diez mil personas. A Aomame no le sonaba aquella noticia, pero tampoco le extrañó que no le sonase. ¿Quién demonios iba a recordar una noticia de un campeonato de vuelo de cometa celebrado hacía tres años en Yakarta?

El 6 de octubre, Sadat, presidente de Egipto, fue asesinado por terroristas de un grupo radical islámico. Aomame se acordaba del caso y volvió a compadecerse de Sadat, porque a ella le gustaba bastante la calva del presidente y además sentía una fuerte aversión generalizada hacia los fundamentalistas religiosos. Sólo de pensar en la estrechez de miras de esos tipos, en su complejo de superioridad y en la desconsiderada opresión que ejercían hacia otras personas, le hervía la sangre. Era incapaz de controlar esa rabia. Pero aquello no tenía nada que ver con el asunto que la concernía en aquel momento. Tras respirar hondamente varias veces y calmar los nervios, Aomame pasó a la siguiente página.

El 12 de octubre, en una zona residencial del barrio de Itabashi, en Tokio, un cobrador de la NHK (de 56 años de edad) discutió con un estudiante universitario que se negaba a pagarle la cuota de recepción y le infligió una herida grave en el vientre al clavarle un cuchillo de cocina que llevaba metido en el maletín. El cobrador fue detenido *in situ* por los agentes de policía que acudieron. Se encontraba allí de pie, como ausente, con el cuchillo ensangrentado en la mano, y no ofreció ninguna resistencia cuando lo detuvieron. Un compañero de trabajo declaró que el cobrador llevaba seis años

trabajando como empleado y que tanto su actitud laboral como su expediente profesional habían sido excelentes.

Aomame ignoraba que aquel caso hubiera ocurrido. Todos los días ojeaba el *Yomiuri* de cabo a rabo. Procuraba leer detenidamente las páginas de sucesos —sobre todo cosas relacionadas con crímenes—, y aquel caso ocupaba casi media página de la sección de sucesos del periódico vespertino. Era imposible que se le hubiera pasado por alto un artículo tan grande. Pero, por supuesto, no era improbable que por algún motivo no lo hubiera visto. Aunque resultara dudoso, no podía negarlo tajantemente.

Se le formó una arruga en la frente y comenzó a pensar un instante sobre esa posibilidad. Luego escribió la fecha en el cuaderno y anotó un resumen del caso.

Decía que el cobrador se llamaba Shinosuke Akutagawa. Un nombre fantástico. Parecía el de un gran literato. No traía ninguna fotografía de él; sólo del apuñalado, Akira Tagawa (de 21 años de edad). Tagawa-san era un estudiante de tercer curso en la Facultad de Derecho de la Nihon Daigaku, y segundo *dan* en kendo. Si hubiera tenido una espada de bambú consigo, no lo habrían apuñalado fácilmente, pero la gente normal no suele hablar con los cobradores de la NHK con una espada de bambú en la mano. Además, los cobradores normales de la NHK tampoco andan con un cuchillo de cocina en el maletín. Aomame rastreó con atención la información aparecida durante los días posteriores, pero no encontró ningún artículo que dijese que el estudiante apuñalado hubiera fallecido. Quizás había escapado a las garras de la muerte.

El 16 de octubre se produjo un gran accidente en unas minas de carbón en Yubari, Hokkaidō. En una extracción minera a mil metros bajo tierra se originó un incendio y las más de cincuenta personas que se encontraban allí trabajando se murieron asfixiadas. Las llamas del incendio llegaron casi hasta la superficie y se llevaron diez vidas más. Para evitar la expansión del fuego, la empresa anegó el pozo de la mina con una bomba de agua, sin comprobar si el resto de los trabajadores estaban vivos o muertos. El total de fallecidos ascendió a noventa y tres personas. Fue un incidente doloroso. El carbón es una fuente de energía «sucia»; y extraerlo, una tarea peligrosa. La empresa extractora escatimaba invertir en maquinaria y equipos, y las condiciones laborales eran pésimas. Ocurrían muchos accidentes, en los cuales los pulmones siempre salían dañados. Pero como el precio del carbón era barato, había gente y negocios que lo requerían. Aomame se acordaba bien de aquel accidente.

El caso que Aomame buscaba ocurrió el 19 de octubre, fecha en la cual aún coleaba la tragedia del accidente en las minas de Yubari. Aomame no había tenido noticia de aquel caso —hasta que lo había oído en boca de Tamaru hacía unas pocas horas—. Aquello era imposible, porque el titular del incidente, ineludible, aparecía impreso en grandes caracteres en la portada de la edición matutina.

TIROTEO CON UN GRUPO RADICAL EN LAS MONTAÑAS
DE YAMANASHI: 3 AGENTES MUERTOS

También traía una gran fotografía aérea del lugar donde había ocurrido el incidente. Estaba en los aledaños del lago Motosu. Incluía además un sencillo mapa. Era en medio de unas montañas, en el extremo de una zona que habían explotado como zona turística. Retratos de tres de los agentes fallecidos de la policía de Yamanashi. La brigada especial de paracaidistas de las Fuerzas Armadas de Autodefensa movilizándose en helicóptero. Uniformes militares de camuflaje, rifles de francotirador con mira y recortadas automáticas.

Durante un buen rato, Aomame sintió cómo se le retorcía la cara. Cada uno de sus músculos faciales se estiraba todo lo que podía para expresar apropiadamente sus sentimientos. Pero como había divisiones a ambos lados de la mesa, nadie atestiguó aquella transformación tan impetuosa. A continuación, Aomame respiró con fuerza. Absorbió el aire a su alrededor y lo expulsó con decisión. Del mismo modo que cuando una ballena emerge a la superficie del agua y renueva todo el aire que contienen sus gigantescos pulmones. Sobrecogido por el ruido que hizo, un estudiante de instituto que estaba sentado de espaldas a ella se volvió hacia Aomame, aunque no dijo nada, claro. Sólo se había asustado.

Tras pasar un rato con el rostro desencajado, Aomame distendió con esfuerzo cada uno de los músculos e hizo que su cara fuera la de siempre. Luego, estuvo bastante tiempo dándose golpecitos con el extremo del bolígrafo en los dientes incisivos, mientras ponía las ideas en orden. Debía de haber una razón. Es decir, tenía que haber *una razón*. «¿Cómo se me ha podido pasar inadvertido un incidente tan grave, que ha estremecido a todo Japón?

»Pero es que no es sólo ese incidente. Tampoco me he enterado del caso del cobrador de la NHK que apuñaló al estudiante. Es muy extraño. No se me han podido escapar, una tras otra, unas noticias tan llamativas. Ante todo, soy

escrupulosa y prudente. Me fijo incluso en errores de un milímetro. Confío en mi memoria. Por eso mismo he podido sobrevivir enviando a quien fuera al otro mundo, sin cometer un solo error. He leído con atención el periódico todos los días, y cuando digo “leer con atención el periódico” me refiero a no pasar por alto una sola noticia que pueda resultar mínimamente significativa».

Era obvio que el incidente del lago Motosu se había tratado a fondo en las páginas de los diarios durante varios días. Las Fuerzas Armadas de Autodefensa y la policía prefectural persiguieron a los diez miembros huidos del grupo radical, y se organizó una cacería de gran envergadura en las montañas, durante la cual tres personas fueron abatidas, dos sufrieron heridas graves y cuatro (entre ellas una mujer) fueron arrestadas. Una persona se encontraba en paradero desconocido. Todos los periódicos se volcaron en la información del incidente. Debido a ello, la noticia del caso del cobrador de la NHK que apuñaló a un estudiante en Itabashi pasó inadvertida.

No cabía duda de que la NHK —que, por supuesto, no dio la cara— había suspirado de alivio, porque, obviamente, si se hubiera convertido en una gran noticia, los medios de comunicación habrían pedido explicaciones a voces, en el momento crítico, sobre el sistema de cobro de la NHK o sobre la propia organización de la empresa. A comienzos de aquel verano, el Partido Liberal Demócrata se había quejado por un programa especial de la NHK sobre el caso de corrupción Lockheed y había conseguido que cambiaran los contenidos. Antes de su emisión, la NHK había explicado con todo detalle el contenido del programa a algunos políticos del partido en el poder y les había preguntado respetuosamente: «¿Qué les parecería que emitiéramos esto?». Por sorprendente que parezca, era una práctica que tenía lugar a diario. El presupuesto de la NHK necesitaba la aprobación de la Dieta, y la directiva de la empresa temía el tipo de represalias que podrían tomar, en caso de que disgustasen al partido en el poder o al Gobierno. Además, dentro del partido electo se creía que la NHK no era más que un mecanismo para publicitarse a sí mismos. Al divulgar aquellos trapos sucios, una gran parte del pueblo empezó a desconfiar, naturalmente, de la autonomía e imparcialidad política de los programas de la NHK. Además, los impagos de la cuota de recepción también cobraron vigor.

Dejando al margen el incidente del lago Motosu y el caso del cobrador de la NHK, Aomame recordaba con claridad todos los demás acontecimientos y accidentes que habían ocurrido durante aquel período. Aparte de esos dos, ninguna otra noticia se escapaba a su memoria. Se acordaba de haber leído todos

los artículos en su momento. Sin embargo, únicamente el tiroteo en el lago Motosu y el caso del cobrador de la NHK no permanecían en su memoria. ¿A qué se debía? «Si se hubiera producido algún fallo en mi cerebro, podría haberme saltado los artículos sobre esos dos casos, o tal vez haber eliminado hábilmente sólo esos recuerdos».

Aomame cerró los ojos y se presionó fuertemente las sienes con las puntas de los dedos. «Aunque también hay otra posibilidad. Quizás haya surgido en mi mente una especie de función para reemplazar la realidad que ha seleccionado sólo determinadas noticias, las ha cubierto por completo con un lienzo negro para que no pudiera verlas y ha conseguido que no las conserve en la memoria. Ni la renovación del arma y del uniforme reglamentarios de la policía, ni la cooperación soviético-estadounidense en la construcción de una base lunar, ni el apuñalamiento del estudiante con un cuchillo de cocina por un cobrador de la NHK, ni el violento tiroteo entre un grupo radical y una brigada especial de las Fuerzas Armadas de Autodefensa en el lago Motosu. ¿Pero qué tienen en común todos esos hechos?

»Por más que lo piense, no tienen nada en común».

Aomame seguía dándose golpecitos en los incisivos con el extremo del bolígrafo, mientras le daba vueltas a la cabeza.

Transcurrido un buen rato, de repente le vino algo a la cabeza.

«Podría verlo de la siguiente forma: yo no soy la que tengo un problema; es el mundo que me rodea. Mi conciencia y mis sentidos no sufren ninguna anormalidad; una fuerza incomprensible ha entrado en acción y el mundo a mi alrededor se ha transformado».

Cuanto más consideraba esa hipótesis, más natural le parecía a Aomame, ya que no experimentaba ninguna sensación de defecto o distorsión sensorial.

Por eso decidió ir más allá todavía en su hipótesis:

«No soy yo la que está enloqueciendo, es el mundo».

Sí, eso era.

«En algún momento, el mundo que conozco ha desaparecido o se ha marchado y un mundo diferente lo ha sustituido. Igual que un cambio de agujas en las vías del tren. Es decir, los sentidos de este yo que se encuentra aquí pertenecen al primer mundo, pero ese mundo se ha convertido en otro diferente, en el cual la transformación de la realidad es, por ahora, algo limitado. La mayor parte del nuevo mundo se sirve del mundo que yo conozco tal y como es. Por eso no noto en mi vida diaria (de momento) casi ninguna merma. Pero

probablemente, a medida que vayan avanzando las “partes transformadas”, a mi alrededor irán surgiendo diferencias aún más grandes. El margen de error se irá hinchando de forma progresiva. Y, en función de la situación, ese margen podría dañar la lógica de mis actos y hacerme incurrir en un error fatal. Si eso sucediera, me costaría literalmente la vida.

»Un mundo paralelo».

Aomame frunció el ceño como cuando tenía algo muy ácido en la boca. Pero no de la manera violenta de hacía un rato. Luego volvió a darse golpecitos en los incisivos con el extremo del bolígrafo y emitió un pesado gruñido procedente del fondo de la garganta. El estudiante a sus espaldas la oyó, pero esta vez fingió no haberla oído.

«Esto se está convirtiendo en ciencia ficción», pensó Aomame.

«¿Y si estuviera inventándome esa teoría a mi antojo en defensa propia? En realidad, tal vez me esté volviendo simplemente loca. Me parece que mi mente está del todo normal. Creo que mis sentidos no sufren ningún trastorno. Pero ¿acaso no cree la mayoría de los enfermos mentales que ellos están en sus cabales y que es el mundo el que enloquece? ¿No me habré sacado del bolsillo esa idea disparatada del mundo paralelo para legitimar forzosamente mi demencia?

»Necesito la opinión juiciosa de una tercera persona.

»Pero no puedo ir a un psicoanalista para que me examine. Las cosas se han complicado demasiado y hay demasiados hechos de los que no puedo hablar. Por ejemplo, el “trabajo” que he realizado infringe la Ley, sin lugar a dudas. He matado a un hombre en secreto con un picahielos casero. No puedo confesárselo a un médico. Aunque existan tipos retorcidos de una abyección sin límites que no ponen reparos a que la otra persona haya asesinado.

»Incluso en el caso de lograr ocultar la parte ilegal, la parte legal de mi vida no es ninguna maravilla precisamente. Parece un baúl atestado de ropa sucia. Hay material suficiente como para arrastrar a una persona a la locura. No, puede que esté lleno hasta para dos o tres personas. Esto es lo que ocurriría sólo con hablar de mi vida sexual. No es algo que pueda exponer delante de otros.

»No puedo ir al médico», pensó Aomame. «No me queda más remedio que solucionarlo por mí misma.

»Intentaré hacer avanzar un poco más mi hipótesis.

»Si eso fuera en verdad lo que ha sucedido, es decir, si el mundo en el que estoy ha sido realmente sustituido, ¿cuándo, dónde y cómo se ha producido ese

cambio concreto de las agujas?».

Aomame volvió a concentrarse y siguió sus recuerdos.

La primera vez que percibió que una parte del mundo había cambiado fue unos días antes, cuando eliminó al especialista en yacimientos petrolíferos en la habitación de un hotel de Shibuya. Se bajó de un taxi en la Ruta 3 de la autopista metropolitana, descendió a la Ruta 246 por unas escaleras de emergencia, se cambió las medias y se dirigió a la estación de la línea Tókyō en Sangenjaya. Por el camino se cruzó con un joven agente de policía y se fijó por primera vez en que el aspecto de éste difería del de siempre. Ahí comenzó. Siendo así, el cambio de agujas del mundo quizá se había producido un poco antes, ya que un agente que había visto aquella misma mañana cerca de su casa llevaba el uniforme usual y un revólver de los viejos.

Aomame recordó la extraña sensación que experimentó en el taxi al escuchar el comienzo de la *Sinfonietta* de Janáček, atrapada en el atasco. Aquella sensación como si le retorcieran el cuerpo. Igual que si le estrujaran toda su composición corporal, como una bayeta. «Entonces el conductor me dijo que había unas escaleras de emergencia en la autopista metropolitana y yo me quité los zapatos de tacón y descendí por aquellas peligrosas escaleras. Mientras bajaba descalza, con el viento soplando con fuerza, la fanfarria inicial de la *Sinfonietta* resonaba en mis oídos sin cesar. Quizá fue ése el comienzo», pensó Aomame.

El conductor del taxi también le causó una impresión extraña. Aomame aún recordaba las palabras que pronunció cuando se despidieron. Esas palabras se reprodujeron en su cabeza con la máxima exactitud:

«Cuando se hace algo así, el paisaje cotidiano tal vez parezca un poco diferente al de siempre. A mí me ha pasado. Pero no se deje engañar por las apariencias. Realidad no hay más que una».

«El conductor este dice cosas extrañas», pensó Aomame en aquel momento. Pero no entendía bien qué quería decir, ni le preocupaba demasiado. Ella tiró hacia delante con prisa, sin tiempo para reflexionar sobre asuntos complicados. Pero al reconsiderarlo todo, aquellas palabras le parecieron, realmente, inesperadas y extrañas. Se podían entender como un consejo y también como un mensaje insinuado. «¿Qué demonios habrá querido transmitirme el conductor?».

Y la música de Janáček.

«¿Por qué supe de inmediato que aquella música era la *Sinfonietta* de Janáček? ¿Cómo pude conocer una obra compuesta en 1926? La *Sinfonietta* de Janáček no es el tipo de música popular que cualquiera reconoce escuchando sólo el tema inicial. Además, la música clásica nunca me ha apasionado demasiado. Ni siquiera sé realmente en qué se diferencia la música de Haydn de la de Beethoven. Sin embargo, en cuanto escuché la música que emitía la radio del taxi, supe que se trataba de la *Sinfonietta* de Janáček. ¿Y por qué la música había hecho que mi cuerpo sintiera esa especie de intenso y particular estremecimiento?

»Sí, era un tipo de estremecimiento muy particular. Como si un recuerdo latente dormido desde hace mucho tiempo despertase de improviso por algún motivo. Me agarró por el hombro e hizo que me estremeciera. Quizás aquella música estaba íntimamente relacionada con algún instante de mi vida. Quizá con el fluir de la música se había encendido de forma mecánica un interruptor y algunos de mis recuerdos se habían despertado. La *Sinfonietta* de Janáček».

Pero por mucho que rebuscara en el fondo de su memoria, no lo encontraba.

Aomame miró a su alrededor, observó las palmas de sus manos, inspeccionó la forma de las uñas y, por si acaso, comprobó la forma del pecho, agarrándoselo por encima de la camisa con ambas manos. No había cambiado. Tenían el mismo tamaño y la misma forma. «Soy la de siempre, es el mundo de siempre». Pero algo empezaba a cambiar. Aomame podía sentirlo. Era igual que el juego de las siete diferencias. Había dos dibujos. Al colgarlos de la pared uno al lado del otro y compararlos, parecían exactamente el mismo dibujo. Sin embargo, inspeccionando cada detalle con atención se percibían algunas pequeñas diferencias.

Aomame pasó a otra cosa y, valiéndose de las recopilaciones de los periódicos, anotó los detalles del tiroteo en el lago Motosu. Se presumía que los cinco Kaláshnikov automáticos AK-47 fabricados en China habían sido introducidos de contrabando desde la península de Corea.

Seguramente eran armas de segunda mano que habían sido utilizadas por el Ejército, y no estaban nada mal. Venían cargados de munición. El litoral japonés es largo. No resulta tan difícil construir un barco espía camuflado de barco pesquero e introducir armas y munición aprovechando el manto de la noche. Esa gente introducía anfetaminas y armas en Japón y se iba con cantidades enormes de yenes.

Los agentes de la policía de Yamanashi sabían que un grupo radical se estaba

armando por todo lo alto en aquel lugar. Con una orden de investigación por agresión —sólo era un pretexto—, partieron en dos coches patrulla y un minibús, y se dirigieron con el equipo habitual hacia la «granja» que servía de base de operaciones a aquel grupo llamado «Amanecer». Los miembros del grupo vivían abiertamente de la agricultura, mediante métodos orgánicos. Se negaron a la inspección oficial de la policía en la explotación agrícola. Como era de esperar, se montó un jaleo, con empujones de por medio, y en un momento determinado se inició un tiroteo.

Aunque en realidad nunca las habían utilizado, disponían incluso de granadas de mano de alta potencia fabricadas en China. Si no los atacaron con ellas fue porque, desde que las habían adquirido, no se habían entrenado bastante como para manejarlas bien. Fue realmente una suerte. En caso de haberlas usado, los daños a la policía y a las Fuerzas Armadas de Autodefensa habrían sido mucho mayores. Para empezar, la policía ni siquiera llevaba chalecos antibala. Luego se comentó lo ilusas que habían sido las autoridades policiales en su análisis de la situación, además de la obsolescencia del equipo. Pero lo que más asombró a la sociedad fue el hecho de que un grupo radical perseverase en forma de unidad de combate y que estuvieran actuando subrepticiamente con gran energía. El escandaloso alboroto de la «revolución», en la segunda mitad de los sesenta, ya había pasado, y se pensaba que los grupos radicales supervivientes se habían extinguido tras el incidente de Asama-Sansō[6].

Una vez tomadas todas las notas, Aomame devolvió los periódicos al mostrador, eligió un grueso libro titulado *Compositores del mundo* de la estantería de música y regresó a la mesa. Entonces lo abrió por la página de Janáček.

Leos Janáček nació en un pueblo de Moravia en 1854 y falleció en 1928. El libro traía una fotografía de sus últimos años de vida. Tenía la cabeza cubierta de canas semejantes a briosas flores silvestres, sin calvas. Incluso no se sabía cómo era la forma de su cráneo. La *Sinfonietta* la compuso en 1926. Janáček llevaba una vida conyugal desgraciada, carente de amor, pero en 1917, con sesenta y tres años de edad, conoció a Kamila, una mujer casada, y se enamoró de ella. Era un amor maduro entre personas casadas. Aquejado de una crisis temporal, Janáček recobró el impulso creador gracias a los encuentros con Kamila, y sus últimas obras maestras se ganaron, una tras otra, el reconocimiento del público.

Un buen día, paseando con ella por el parque, vio que estaban dando un concierto en un quiosco al aire libre y se quedó de pie escuchando la interpretación. En ese instante, Janáček sintió una dicha repentina y se le ocurrió el motivo musical de la *Sinfonietta*. Contaba con nostalgia que en ese momento sintió que algo había estallado en su cabeza y que una viva sensación de éxtasis se apoderó de él. Casualmente, por aquel entonces le encargaron una fanfarria para un gran acontecimiento deportivo; como motivo para la fanfarria usó el «motivo» que se le había ocurrido en el parque y así nació la *Sinfonietta*. El libro explicaba que se titula «Pequeña sinfonía», pero que tiene una estructura nada convencional, que combina una brillante fanfarria festiva de cobres con un apacible conjunto de cuerda centroeuropeo, y crea un ambiente único.

Por si acaso, Aomame resumió en el cuaderno aquellos datos biográficos y la explicación sobre la composición musical. Sin embargo, el artículo del libro no le daba ninguna pista sobre qué tipo de conexión había o qué tipo de conexión podría haber entre la *Sinfonietta* y Aomame. Al salir de la biblioteca deambuló por la ciudad, donde ya empezaba a anochecer. A veces hablaba sola y otras negaba moviendo la cabeza.

«Por supuesto, no es más que una hipótesis», pensó Aomame mientras caminaba. «Pero por ahora es la hipótesis más convincente que tengo. Al menos, hasta que se me presente otra aún más convincente, creo que debo actuar conforme a ella. De lo contrario, podría derrumbarme. Para ello debería llamar de forma adecuada a este nuevo estado en el que me encuentro. Requiere un apelativo singular para diferenciarlo del mundo de antaño, en el que los policías andaban con revólveres de los viejos. Hasta los gatos y los perros necesitan un nombre. Un nuevo mundo, transformado, no va a ser menos».

«1Q84[7]: así voy a denominar este nuevo mundo», decidió Aomame.

«Q de *question mark*. Algo que carga con una interrogación a sus espaldas».

Aomame asintió sola mientras caminaba.

«Me guste o no, ahora me encuentro en “1Q84”. El año 1984 que yo conocía ya no existe. Esto es 1Q84. El aire ha cambiado, el paisaje ha cambiado. Me tengo que adaptar rápidamente a la forma de ser de este mundo con signo de interrogación. Igual que un animal liberado en un nuevo bosque. Para protegerme y sobrevivir, tengo que comprender sin dilación las reglas del lugar y amoldarme a ellas».

Aomame fue a una tienda de discos próxima a la estación de Jiyūgaoka y buscó la *Sinfonietta* de Janáček. El moravo no era un compositor muy famoso. El rincón en el que se agrupaban los discos de Janáček era diminuto y sólo encontró un disco que incluyera la *Sinfonietta*. Estaba interpretada por la Orquesta de Cleveland, bajo la batuta de George Szell. En la cara A traía el *Concierto para orquesta* de Bartók. No sabía si la interpretación era buena, pero como no tenía elección, se compró el elepé. Regresó a casa, sacó un Chablis del frigorífico, lo descorchó, colocó el disco sobre el plato y dejó caer la aguja. Luego escuchó atentamente la música mientras bebía el vino bien frío. La fanfarria del inicio resonó de forma brillante. Era la misma música que había escuchado en el taxi. Sin duda. Cerró los ojos y concentró sus sentidos en la música. La interpretación no estaba mal. Pero no ocurrió nada. Simplemente sonaba música. Ni se le retorció el cuerpo, ni se le alteraron los sentidos.

Después de escuchar toda la obra hasta el final volvió a meter el disco en su funda, se sentó en el suelo y se bebió el vino apoyada contra la pared. Mientras reflexionaba estaba tan absorta que apenas notaba el sabor del vino. Fue al lavabo, allí se lavó la cara con jabón, se arregló las cejas con unas tijeritas y se limpió los oídos con bastoncillos de algodón.

«O me estoy volviendo loca o es el mundo el que enloquece. Una de dos. No sé cuál es. La botella y el tapón no encajan. Puede ser culpa de la botella o del tapón, pero de todos modos, la realidad de la diferencia de tamaños es inamovible».

Aomame abrió el frigorífico e inspeccionó su interior. Como hacía días que no iba a la compra, no había gran cosa. Sacó una papaya madura, la cortó con un cuchillo en dos mitades y se la comió con una cuchara. Luego cogió tres pepinos, los lavó y se los comió con mayonesa. Los masticó lentamente, tomándose su tiempo. Se bebió un vaso de leche de soja. Ésa fue toda la cena. Una comida frugal, pero perfecta para evitar el estreñimiento. El estreñimiento era una de las cosas que más repugnancia le hacían sentir en el mundo. Tanto como los hombres infames que practicaban la violencia doméstica o como los fundamentalistas religiosos de miras estrechas.

Al acabar de cenar, Aomame se desnudó y se dio una ducha caliente. Salió de la ducha, se secó con una toalla y miró su cuerpo desnudo reflejado en el espejo de la puerta. Un vientre plano y unos músculos firmes. El pecho un poco desproporcionado entre ambos lados y un pubis que recordaba a un campo de

fútbol mal cuidado. «Otra vez se acerca el maldito cumpleaños. ¡Joder, mira que llegar a los treinta precisamente en un mundo sin sentido como éste!», pensó Aomame, y frunció el ceño. 1Q84.

Ahí era donde estaba ella.

10
TENGO

Una revolución de verdad, con derramamiento de sangre real

«Cambiamos de tren», dijo Fukaeri, y volvió a sujetarlo de la mano. Fue justo antes de que el tren llegara a la estación de Tachikawa.

Mientras se apeaban del tren y subían y bajaban escaleras hasta llegar a otro andén, Fukaeri no le soltó la mano ni un instante. A los ojos de los demás debían de pasar por una pareja de enamorados. La diferencia de edad era considerable, pero Tengo aparentaba ser más joven de lo que era en realidad. La diferencia de tamaño entre los dos también debía de provocar sonrisas. Una feliz cita en una primaveral mañana de domingo.

Sin embargo, en la mano con que Fukaeri lo sujetaba no se percibía ningún indicio de afecto hacia el sexo opuesto. Ella le agarraba constantemente la mano con una fuerza regular. En sus dedos había algo semejante a la extrema precisión profesional del médico que mide el pulso a un paciente. Quizá midiera a través del tacto de sus dedos y de la palma de su mano el flujo alterno de información que no podía transmitirse mediante palabras. De repente, a Tengo se le pasó esa idea por la cabeza. Pero suponiendo que el intercambio de información tuviera lugar, más que alterno sería una realidad unilateral. Puede que Fukaeri captase mediante la palma de su mano lo que el corazón de Tengo escondía, pero Tengo era incapaz de leer el corazón de Fukaeri. No obstante, a Tengo no le preocupaba demasiado, ya que no albergaba ninguna información o sentimiento que pudiera molestarle que Fukaeri supiera.

«De todos modos, aunque no me contemple como a una persona del sexo opuesto, esta chica debe de sentir cierta simpatía por mí», supuso Tengo. Al menos no debía de haberle causado mala impresión. De no ser así, fuera cual fuera su *intención*, no lo agarraría de la mano durante tanto tiempo.

Los dos se dirigieron al andén de la línea Ōme y se subieron al primer tren, que estaba esperando. Para ser domingo, el vagón estaba más lleno de familias y ancianos vestidos para hacer escalada de lo que cabría esperar. Ambos se quedaron de pie, sin sentarse, cerca de la puerta.

—Parece que van de excursión —dijo Tengo mirando a su alrededor.

—No te importa que te coja de la mano —le preguntó Fukaeri. Desde que se habían subido al tren, Fukaeri no le había soltado la mano.

—Claro que no —dijo Tengo.

Fukaeri siguió agarrándole la mano, como tranquilizada. Sus dedos y la palma de la mano eran tersos, sin una gota de sudor. Todavía parecía que siguieran buscando y comprobando algo que había en el interior de él.

—Ya no tienes miedo —preguntó ella sin entonar.

—Creo que no —contestó Tengo. No era mentira. El pánico que lo invadía los domingos por la mañana había perdido su vigor, seguramente porque Fukaeri lo cogía de la mano. Ya no sudaba ni se oían sus intensas palpitaciones. Tampoco tenía ensoñaciones. Su respiración había vuelto a recobrar la calma de siempre.

—Bien —dijo Fukaeri con una voz monótona.

«Bien», pensó Tengo.

Hubo un corto y apresurado aviso de que el tren partía en breves instantes y, al cabo de poco tiempo, las puertas del vagón se cerraron con un ruido exagerado, como si un enorme animal primitivo se despertara y se estremeciera. El tren al fin se alejó lentamente del andén, con decisión.

Tengo contemplaba el paisaje sujetándole la mano a Fukaeri. Al principio había una zona residencial normal y corriente; pero, a medida que avanzaron, el paisaje llano de Musashino se transformó en una llamativa zona montañosa. A partir de la estación de Higashi-Ōme había una sola vía. Y después de hacer trasbordo a aquel tren de cuatro vagones, las montañas que los rodeaban fueron aumentando poco a poco su presencia. Ya no se encontraban en el área metropolitana de la ciudad. La superficie de las montañas aún conservaba el color marchito del invierno, pero, sin embargo, el verdor de los árboles perennes destacaba vivamente. Cuando llegaron a la siguiente estación y las puertas se abrieron, se percataron de que el aire había cambiado de olor. Se diría que la resonancia de los ruidos también era diferente. Los campos que se extendían a lo largo de la vía del tren llamaban la atención y las edificaciones de estilo campesino habían aumentado.

El número de camiones ligeros también se había incrementado con respecto

al de turismos. «Parece que hemos recorrido un buen trecho», pensó Tengo. ¿Adónde demonios irían?

—No te preocupes —le dijo Fukaeri, como si le hubiera leído el pensamiento.

Tengo asintió en silencio. Pensó que aquello era como si fueran a encontrarse con sus padres para pedirla en matrimonio.

En la estación de Futamatao se apearon. El nombre no le sonaba de nada. Era un nombre muy raro. Además de ellos dos, otros cinco pasajeros se bajaron en aquella pequeña y vieja estación de madera. Nadie se subió al tren. La gente iba a Futamatao para caminar por senderos montañosos y respirar aire puro. Nadie iba hasta allí con intención de ver una representación de *El hombre de la Mancha*, o ir a una discoteca famosa por su desmadre, un salón de Aston Martins o un restaurante francés apreciado por su gratín de langosta. Uno se daba cuenta al observar el aspecto de la gente que allí se apeaba.

Enfrente de la estación no había nada parecido a un local, y tampoco se veía un alma, pero, sin embargo, había un taxi parado. Seguramente había venido a la misma hora en que llegaba el tren. Fukaeri dio unos golpecitos en la ventana del vehículo. La puerta se abrió y ella entró. Luego le hizo un gesto a Tengo para que se subiera. La puerta se cerró. Fukaeri le indicó brevemente la dirección al conductor y éste asintió.

A pesar de que el trayecto en taxi no duró demasiado, el recorrido fue bastante tortuoso. Subieron por colinas empinadas, descendieron por pendientes vertiginosas y atravesaron estrechas carreteras, semejantes a veredas, en las que, cada vez que dos vehículos se cruzaban, se sudaba la gota gorda. Estaba lleno de curvas y recodos. Pero como, a pesar de ello, el conductor no aflojaba el acelerador, Tengo viajó todo el rato agarrado al asidero de la puerta y con el corazón en un puño. A continuación, subieron una pendiente sorprendentemente escarpada, como una pista de esquí, hasta que el taxi se detuvo por fin en lo que parecía la cima de una pequeña montaña. Más que un taxi aquello parecía una atracción de feria. Tengo sacó dos billetes de mil yenes de la cartera y recibió el cambio y la factura.

Enfrente de una vieja casa de estilo japonés había aparcados un Mitsubishi Montero negro, de chasis corto, y un gran Jaguar verde. El Montero brillaba de lo pulido que estaba, pero el Jaguar era un viejo modelo y lo cubría tal capa de

polvo blanco que el color original apenas se percibía. Tenía la luna frontal llena de suciedad y daba la impresión de que no lo habían conducido desde hacía bastante tiempo. Se respiraba un aire fresquísimo y en los alrededores reinaba el silencio. Era una quietud tan profunda, que los oídos tenían que adaptarse a ella. El cielo mostraba una claridad diáfana y se sentía la dulce tibieza de los rayos del sol directamente sobre la piel. A veces se oía el trino agudo, poco familiar, de un ave. Pero sin embargo no se veía ningún pájaro.

Era una mansión grande y elegante. Daba la impresión de que había sido construida hacía bastante tiempo, pero se veía bien cuidada. Los árboles del jardín estaban bellamente podados. Algunos habían sido recortados con tanto celo que parecían objetos artificiales de plástico. Un gran pino proyectaba su alargada sombra sobre la tierra. Había unas buenas vistas, pero, hasta donde alcanzaban los ojos, no se veía ni una sola casa. Tengo supuso que la persona que había edificado una vivienda en un sitio tan mal comunicado tenía que ser alguien a quien no le gustara el contacto con los demás.

Fukaeri abrió la puerta del vestíbulo, a la cual no habían echado el cerrojo, entró e hizo una señal a Tengo para que la siguiera. Nadie salió a recibirlos. En aquel amplio y silencioso vestíbulo se descalzaron, atravesaron un gélido pasillo recién pulido y entraron en la sala de visitas. Por la ventana se admiraba el paisaje de una cadena de montañas. La luz del sol reverberaba en los meandros de un río. Era un paisaje extraordinario, pero Tengo no se sentía con ganas de disfrutarlo. Tras hacer que se sentase en un gran sofá, Fukaeri abandonó la sala sin decir palabra. El sofá olía a viejo. Tengo no se hacía una idea de cuán viejo.

La sobriedad de aquella sala resultaba apabullante. Había una mesa baja, hecha con un grueso tablón, completamente vacía. Ni un cenicero, ni un tapete. No había ni un solo cuadro colgado de la pared. Ni siquiera un reloj o un calendario. Tampoco un jarrón con flores o algo parecido a un aparador. No había revistas ni libros. Tan sólo una vieja alfombra de época tan descolorida que el patrón no se distinguía y un conjunto, igual de antiguo, formado por aquel sofá enorme, semejante a una balsa, en el que se había sentado Tengo, y tres sillones individuales. Había una gran chimenea abierta, pero ningún indicio de que hubiera sido encendida últimamente. A pesar de ser mediados de abril, el cuarto estaba helado. Era como si el frío que había penetrado durante el invierno se hubiera aposentado. Daba la impresión de que había pasado un siglo desde que aquella habitación se había resignado a no volver a recibir jamás una visita.

Fukaeri regresó y se sentó al lado de Tengo sin decir nada, como era costumbre en ella.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. Fukaeri estaba inmersa en su propio y enigmático mundo, y Tengo se relajaba respirando hondo, con tranquilidad. Salvo el canto de algún pájaro, que ocasionalmente se oía a lo lejos, la sala permanecía en riguroso silencio. Cuando aguzaba el oído, a Tengo le daba la sensación de que aquella quietud entrañaba ciertas implicaciones. No se trataba sólo de que no hubiera ningún ruido. El propio silencio parecía estar diciendo algo sobre sí mismo. Tengo miró el reloj en vano. Irguió la cabeza, observó el paisaje por la ventana y luego volvió a mirar el reloj. El tiempo apenas había transcurrido. Los domingos por la mañana siempre pasaba despacio.

Tras unos diez minutos, la puerta se abrió sin previo aviso y un hombre delgado entró de forma apresurada en la sala. Tendría unos sesenta y cinco años de edad. Medía, aproximadamente, un metro sesenta, pero, gracias a su buen porte, no daba sensación de escuálido. Tenía la espalda recta, como si dentro llevara una columna de hierro, y el mentón bien erguido. Sus cejas eran espesas y llevaba unas gruesas gafas de montura negra que parecían haber sido fabricadas para amedrentar a la gente. Había algo en sus movimientos que hacía pensar en una máquina precisa de diseño compacto en la que todas las piezas habían sido comprimidas. No existía ningún elemento sobrante; todos los componentes engranaban de manera eficaz. Tengo se dispuso a levantarse para saludarlo, pero el hombre le indicó rápidamente con la mano que se quedara sentado. Siguiendo aquella indicación, Tengo, que estaba medio levantado, se dejó caer en el sofá, y el hombre se sentó deprisa en el sillón de enfrente, como emulándolo. Durante un buen rato, el hombre se quedó mirando a Tengo a la cara, en silencio. Aunque no tenía una mirada penetrante, lo examino de arriba abajo, de manera escrupulosa. A veces entornaba los ojos para luego abrirlos de nuevo. Como un fotógrafo que regula el diafragma de una lente.

El hombre vestía un suéter verde oscuro por encima de una camisa blanca, y unos pantalones de lana de color gris oscuro. Daba la impresión de haber llevado a diario la misma ropa durante diez años. Le sentaba bien, pero estaba un tanto raída. Seguramente no prestaba demasiada atención al vestuario. Y seguramente tampoco había nadie a su alrededor que se ocupara por él de su forma de vestir.

El cabello le raleaba, lo cual acentuaba la forma alargada de su cabeza por delante y por detrás. Tenía los pómulos salientes y la mandíbula cuadrangular. Unos labios rollizos, diminutos como los de un niño, eran la única parte que no se ajustaba a la impresión que producía el resto del cuerpo. En ciertas partes de la cara tenía la barba a medio afeitar. Sin embargo, quizá sólo fuera una impresión causada por un efecto de la luz. Los rayos del sol que entraban por la ventana procedentes de aquellas tierras montañosas parecían tener un origen un tanto diferente al de la luz a la que Tengo estaba acostumbrado.

—Siento haberlo hecho venir desde tan lejos. —La forma de hablar de aquel hombre tenía un deje particular. Era la forma de hablar de alguien habituado a expresarse delante de un número indeterminado de personas. También, posiblemente, a hacerlo de manera lógica—. Por ciertas circunstancias, no quería alejarme de aquí y no me ha quedado más remedio que hacerlo venir.

Tengo le respondió que no tenía importancia. Luego le dio su nombre. Se disculpó por no llevar ninguna tarjeta de visita consigo.

—Yo me llamo Ebisuno —dijo el hombre—. Tampoco tengo tarjeta de visita.

—Ebisuno —repitió Tengo.

—Todos me llaman profesor. Incluso mi hija, no sé por qué, me llama así.

—¿Cómo se escribe?

—Es un nombre raro. No se suele ver con frecuencia. Eri, ¿podrías hacer el favor de escribirlo?

Fukaeri asintió, tomó una especie de cuaderno y con un bolígrafo escribió en una hoja en blanco los dos caracteres que componían el nombre, lentamente, tomándose su tiempo. Los ideogramas parecían como esculpidos con un clavo en un ladrillo. No se podía decir que no tuvieran su encanto.

—En inglés se diría *field of savages*. Hace tiempo me dedicaba a la antropología y la verdad es que es un nombre apropiado para esa disciplina —dijo el profesor, y su boca esbozó algo similar a una sonrisa. No obstante, la escrupulosidad de su mirada no cambió ni un ápice—. De todos modos, ya hace mucho tiempo que rompí mis vínculos con la investigación. Ahora hago algo que no tiene nada que ver. Vivo en un *field of savages* de otra clase.

Era, ciertamente, un nombre inusual, pero a Tengo le parecía haberlo escuchado ya. En la segunda mitad de los años sesenta había un famoso científico llamado Ebisuno. Había escrito varios libros que por aquella época habían gozado de un éxito considerable. No sabía en concreto de qué trataban

aquellos libros, pero aquel nombre permanecía en un rincón de su memoria. Sin embargo, aquel nombre, de repente, dejó de oírse.

—Creo que no es la primera vez que oigo su nombre —dijo Tengo tanteando.

—Es posible —admitió el profesor mirando a lo lejos, como si hablara de alguien no presente—. De todas formas, fue hace mucho tiempo.

Tengo podía percibir la respiración pausada de Fukaeri, que estaba sentada a su lado. Respiraba profunda y lentamente.

—Tengo Kanawa —dijo el profesor, como si leyera una tarjeta de visita.

—En efecto —dijo Tengo.

—Te especializaste en matemáticas en la universidad y ahora impartes clases de matemáticas en una academia en Yoyogi —dijo el profesor—. Pero, además, también escribes novelas. Fue Eri quien me lo contó. ¿Es correcto?

—Sí, así es —respondió Tengo.

—No pareces ni profesor de matemáticas ni novelista.

Tengo esbozó una sonrisa forzada.

—Últimamente no hacen más que decírmelo. Supongo que será por mi estatura —le contestó.

—No te lo decía con malicia —aclaró el profesor. Luego se llevó un dedo al puente de las gafas negras—. No parecer algo no tiene que ser malo a la fuerza. Eso significa que a uno todavía no lo han encasillado.

—Es un honor lo que me dice, pero yo aún no soy novelista. Simplemente intento escribir novelas.

—Lo intentas.

—Lo que quiero decir es que progreso a fuerza de ensayos y errores.

—Te comprendo —dijo el profesor. Luego se frotó ligeramente una mano contra la otra, como si acabara de advertir el frío que invadía la sala—. Y por lo que he oído, estás corrigiendo la novela que Eri ha escrito para convertirla en una obra mejor e intentar ganar el premio de la revista literaria. Intentáis darla a conocer como escritora. ¿Estoy en lo cierto?

Tengo midió sus palabras con cuidado.

—Básicamente, sí. Komatsu, el editor, es el dueño de la idea. La verdad es que no sé si el plan va a salir bien o mal. Ni siquiera sé si es admisible desde un punto de vista moral. Mi único papel en este asunto es corregir estilísticamente la obra, *La crisálida de aire*. Se puede decir que sólo soy un técnico. Del resto, el responsable es el señor Komatsu.

El profesor se concentró durante un instante pensando en algo. Casi podía oírse el ruido de su cabeza dando vueltas en medio de la sala enmudecida. Luego habló.

—Ese editor, Komatsu, ideó el plan y tú colaboras en él como técnico.

—Exacto.

—En el pasado yo fui científico y, francamente, las novelas no eran algo que leyera con demasiado entusiasmo, así que desconozco las convenciones de ese mundo, pero lo que os proponéis me suena a una especie de fraude. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Yo pienso lo mismo que usted —dijo Tengo.

El profesor frunció ligeramente el ceño.

—Y sin embargo, a pesar de que el proyecto resulta dudoso a nivel ético, estás participando en él de buena gana.

—Lo de buena gana no es así, pero lo de que estoy participando es cierto.

—¿Cómo es posible?

—Ésa es la pregunta que me he estado haciendo una y otra vez durante la última semana —se sinceró Tengo.

El profesor y Fukaeri permanecieron callados, a la espera de que Tengo siguiera hablando.

—Mi raciocinio, mi sentido común y mi instinto me aconsejan alejarme de este asunto cuanto antes. Yo siempre he sido una persona prudente y razonable. No me gustan las apuestas ni los riesgos. Supongo que puede decirse que soy más bien cobarde. Pero esta vez, y sólo esta vez, de algún modo fui incapaz de decir que no a este asunto arriesgado con el que me vino el señor Komatsu. El único motivo es que *La crisálida de aire* tiene para mí un atractivo irresistible. Si fuera cualquier otra obra, lo rechazaría sin pensármelo dos veces.

El profesor se quedó mirándolo a la cara, extrañado, durante un rato.

—Es decir, la parte fraudulenta del proyecto no te interesa, pero tienes un gran interés por corregir la obra, ¿no?

—Exacto. Se trata de algo más que *un gran interés*. Si hay que corregir *La crisálida de aire*, no me gustaría dejar esa tarea en manos de otro que no sea yo.

—Entiendo —dijo el profesor. Y puso cara de haberse metido por equivocación algo ácido en la boca—. Entiendo. Creo que comprendo más o menos lo que sientes. Entonces, ¿cuál es el objetivo de Komatsu? ¿Dinero o fama?

—Para serle franco, yo tampoco sé qué piensa el señor Komatsu —dijo

Tengo—. Sin embargo, tengo la sensación de que lo que lo motiva es algo más grande que el dinero o la fama.

—¿Como qué?

—Aunque seguro que él mismo no lo reconocería, el señor Komatsu es una persona cautiva de la literatura. El sólo busca una cosa: encontrar por lo menos una vez en la vida algo que sea auténtico a todas luces, y servírselo en bandeja a la sociedad.

El profesor observó fijamente su cara durante un rato.

—Por lo tanto, cada uno tiene su motivación. Y no se trata de fama ni de dinero.

—Eso creo yo.

—De todas formas, sea cual sea la naturaleza de la motivación, como has dicho, el proyecto es sumamente arriesgado. Si en alguna de las fases se desvelara la verdad, se convertiría, sin duda, en un escándalo y todos los reproches de la gente recaerían sobre vosotros dos. La vida de Eri podría sufrir una herida mortal. Eso es lo que más me inquieta de todo este asunto.

—Es normal que esté preocupado —admitió Tengo, asintiendo—. Tiene usted razón en lo que dice.

El espacio que separaba aquel par de espesas cejas negras se encogió un centímetro.

—No obstante, deseas corregir la obra de tu propio puño y letra, aunque, como consecuencia, estés poniendo a Eri en peligro.

—Como le he dicho hace un momento, esa determinación está fuera del alcance del raciocinio o el sentido común. Desde luego, yo quiero proteger a Eri en todo lo posible, pero tampoco puedo garantizar que no vaya a correr ningún riesgo. Si lo hiciera, estaría mintiendo.

—Ya veo —dijo el profesor. Entonces carraspeó, como para cambiar de tema —. De todos modos, me pareces una persona sincera.

—Por lo menos, intento serlo en la medida de lo posible.

El profesor contempló durante un instante sus propias manos, que tenía apoyadas sobre las rodillas, como si las viera por primera vez. Las observó, les dio la vuelta y observó las palmas. Luego irguió la cara y le habló a Tengo.

—Y el editor, Komatsu, ¿cree realmente que el proyecto va a salir bien?

—Él opina que «las cosas tienen dos caras» —dijo Tengo—. Una cara buena y otra que no es tan mala.

El profesor sonrió.

—Es un punto de vista bastante peculiar. ¿Ese Komatsu es un optimista o tiene mucha confianza en sí mismo?

—Ninguna de las dos cosas. Tan sólo es cínico.

El profesor negó con un ligero movimiento de cabeza.

—El ser cínico lo hace optimista. O hace que confíe plenamente en sí mismo. ¿Es eso?

—Tal vez tenga esa tendencia.

—Parece una persona complicada.

—Bastante complicada, sí —dijo Tengo—. Pero no es tonto.

El profesor suspiró despacio. Luego se dirigió a Fukaeri.

—Eri, ¿qué? ¿Qué te parece el proyecto?

Fukaeri miró durante un rato hacia un punto inconcreto. Luego respondió:

—Está bien.

El profesor añadió las palabras precisas a la sencilla respuesta de Fukaeri.

—¿Quieres decir que no te importa que este señor corrija tu obra?

—Sí —dijo Fukaeri.

—Puede que te metas en un lío por culpa de eso.

Fukaeri no contestó. Tan sólo se arropó más con el cuello de la chaqueta. Pero aquel gesto indicaba sin rodeos su inquebrantable determinación.

—Seguramente la niña tenga razón —dijo el profesor, resignado.

Tengo observó las pequeñas manos de Fukaeri, que se habían cerrado en dos puños.

—Pero hay otro problema —le expuso el profesor a Tengo—. Tú y ese Komatsu pretendéis dar a conocer *La crisálida de aire* y hacer de Fukaeri una novelista. Sin embargo, esta niña padece un trastorno de lectura. Dislexia. Lo sabes, ¿no?

—Más o menos, me he enterado hace un rato, cuando íbamos en el tren.

—Probablemente sea algo congénito. Por eso en el colegio pensaron durante mucho tiempo que se trataba de un retraso en su capacidad de comprensión, pero en realidad es una chica muy inteligente. Posee una profunda sabiduría. Sin embargo, sinceramente, no creo que el hecho de que sea disléxica vaya a ser de gran ayuda para vuestro plan.

—¿Cuántas personas lo saben en total?

—Además de ella, tres —dijo el profesor—. Yo, mi hija Azami y tú. Nadie más lo sabe.

—¿Sus profesores del colegio no lo saben?

—No. Es una pequeña escuela rural. Ni siquiera deben de haber oído hablar nunca de la dislexia. Además, ha ido muy poco a la escuela.

—Entonces quizá logremos ocultarlo.

El profesor se quedó mirando a Tengo a la cara durante un rato como si lo evaluara.

—Sea como sea, Eri parece confiar en ti —le dijo a Tengo al cabo de un rato —. Aunque no sé por qué. Pero…

Tengo se quedó callado, esperando a que continuara.

—Pero yo confío en Eri. Por lo tanto, si ella deja la obra en tus manos, a mí no me queda más remedio que aceptarlo. Sin embargo, si realmente estás dispuesto a continuar con el proyecto, hay un par de cosas relacionadas con ella que deberías saber. —El profesor se sacudió ligeramente la rodilla derecha del pantalón con la mano, como si tuviera pelusilla o algo por el estilo—. Dónde y cómo pasó su infancia, y bajo qué circunstancias recogí y crié a Eri. Pero una vez que empiece a contártelo, la historia va a ir para largo.

—Soy todo oídos —dijo Tengo.

Fukaeri, sentada al lado de Tengo, cambió de postura. Todavía agarraba el cuello de la chaqueta con ambas manos y se abrigaba con fuerza.

—Bien —dijo el profesor—. La historia se remontaba a la década de los sesenta. El padre de Eri y yo fuimos amigos íntimos durante mucho tiempo. Yo era unos diez años mayor que él, pero enseñábamos en el mismo departamento de la misma universidad. Nuestras personalidades y visiones del mundo eran muy diferentes, pero de algún modo congeniábamos. Los dos nos habíamos casado tarde, y poco tiempo después de habernos casado nacieron nuestras hijas. Como vivíamos en la misma residencia de funcionarios nuestras respectivas familias tenían mucho trato. El trabajo también nos iba bien. Por aquel entonces se nos presentaba como «jóvenes y prometedores estudiosos». Salíamos a menudo en los medios de comunicación. Fue una época interesantísima en todos los sentidos.

»Sin embargo, a medida que la década de los sesenta se aproximaba a su fin, el mundo empezó a oler progresivamente a chamusquina. En los setenta se produjo un auge de los movimientos estudiantiles contra el Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón, hubo gente que se encerró en las universidades, hubo enfrentamientos con las unidades antidisturbios, sangrientas pugnas internas e incluso muertos. Las cosas se agravaron y decidí dejar la universidad. El academicismo nunca había sido de mi agrado, pero en esa época me harté por

completo. Me importaban un pimiento el sistema y el antisistema. Al fin y al cabo, no era más que un enfrentamiento entre dos entramados, y yo no confiaba en ningún entramado, por grande o pequeño que fuera. Por tu apariencia, supongo que en aquella época aún serías estudiante.

—Cuando yo entré en la universidad, los disturbios ya estaban completamente bajo control.

—Llegaste al final de la fiesta, entonces.

—Efectivamente.

El profesor alzó durante un rato ambas manos en el aire y luego las bajó y las apoyó en las rodillas.

—Yo dejé la universidad, y el padre de Eri hizo lo mismo dos años después. Por aquella época él comulgaba con la ideología revolucionaria de Mao Zedong y apoyaba la Gran Revolución Cultural china, ya que hasta hace relativamente poco no llegó a nuestros oídos la información de que la Gran Revolución Cultural tuvo un lado terriblemente cruel e inhumano. Para una parte de los intelectuales andar con *El libro rojo* de Mao se había convertido en una especie de moda. Él organizó a una facción del estudiantado, formó un comando radical dentro de la universidad, comparable a los Guardias Rojos, y participó en la huelga universitaria. Hubo gente de otras universidades que se adhirieron a su causa y entraron en su organización. Entonces, durante algún tiempo, esa facción que él dirigía alcanzó una envergadura considerable. La unidad antidisturbios asaltó la universidad, a petición de la institución; él y los estudiantes que se habían encerrado fueron arrestados y se les impuso una pena criminal. Además, a él lo destituyeron de la universidad. Eri aún era un bebé, así que seguramente no se acuerda de nada.

Fukaeri se quedó callada.

—Su padre se llama Tamotsu Fukada. Cuando se alejó de la universidad, entró en la Academia Takashima, acompañado por unos diez estudiantes que habían formado el núcleo del comando de los Guardias Rojos. La mayoría de los estudiantes habían sido expulsados de la universidad. En aquel momento necesitaban un sitio adonde ir. Takashima era una alternativa que no estaba nada mal. Por aquel entonces, todo esto se comentó en los medios de comunicación. ¿Te suena?

Tengo negó con la cabeza.

—No me suena, no.

—La familia de Fukada se fue con él. Me refiero a su esposa y a Eri. Toda la

familia entró en Takashima. ¿Sabes algo de la Academia Takashima?

—Más o menos —dijo Tengo—. Es una organización parecida a una comuna, en la que llevan una vida totalmente en común y subsisten gracias a la agricultura. También se dedican a la industria láctea y operan a nivel nacional. No reconocen la propiedad privada; todas las posesiones son compartidas.

—Exacto. En el sistema de Takashima, Fukada buscaba una utopía —dijo el profesor todo serio—. Pero huelga decir que las utopías no existen en este mundo. Igual que no existen la alquimia o el movimiento permanente. Si quieres mi opinión, Takashima lo que hace es producir robots incapaces de pensar. Extrae de las cabezas de la gente el circuito que les permite pensar por sí mismos. Es el mismo mundo que el que George Orwell describió en su novela. Pero, como ya sabrás, no son pocos los que buscan por propia voluntad ese estado de muerte cerebral, ya que no hay duda de que así es más cómodo. No necesitan devanarse los sesos con complicaciones; sólo tienen que obedecer lo que les dicen los de arriba. Nunca se quedarán sin un medio de subsistencia. Para quien busca ese tipo de ambiente, la Academia Takashima seguramente sea una utopía.

»Pero Fukada no era así. Era alguien que siempre pensaba por sí mismo. Un hombre que vivía haciendo de ello su carrera profesional.

Por lo tanto, era imposible que se sintiera satisfecho en un lugar como Takashima. Por supuesto, él lo sabía desde el principio. Lo habían expulsado de la universidad, lo acompañaban unos cuantos estudiantes cabezones, no tenía adonde ir y simplemente eligió aquel sitio como refugio provisional. Es más, lo que él quería era aprender la manera de trabajar que habían adoptado en Takashima. Ante todo, necesitaban aprender técnicas agrícolas. Fukada y los estudiantes se habían criado en la ciudad y no tenían ni idea de agricultura, del mismo modo que yo no sé nada sobre ingeniería de cohetes, así que necesitaban adquirir conocimientos y técnicas prácticos. Había mucho que aprender sobre dispositivos de irrigación, posibilidades y límites de la autarquía o determinados principios de la vida comunal. En los dos años que vivieron en Takashima aprendieron todo lo que pudieron. Eran unos tipos que, si les interesaba, podían aprender rápido. Analizaron con precisión las virtudes y los puntos débiles de Takashima. Luego, Fukada se fue de allí y se independizó con su propia facción.

—Era divertida, Takashima —intervino Fukaeri.

El profesor sonrió.

—Para los niños pequeños, está claro que era divertida. Pero al madurar y

desarrollar una conciencia de sí mismos, para muchos de los chavales la vida en Takashima se parecía más a un infierno, puesto que el deseo natural de pensar por sí mismos era aplastado por los de arriba. Se podría decir que era como si les metieran los sesos en un zapatito diminuto. Como el *tensoku*.

—*Tensoku* —preguntó Fukaeri.

—Antiguamente, en China, a las niñas pequeñas les metían los pies a la fuerza en unos zapatos diminutos para que no les crecieran —le explicó Tengo.

Fukaeri se imaginó la situación, sin decir nada. El profesor continuó.

—El núcleo de la facción escindida, liderada por Fukada, lo seguían formando, por supuesto, los exalumnos que habían seguido sus pasos y que imitaban a los Guardias Rojos, pero además surgieron otras personas que también deseaban incorporarse al grupo; la facción creció vertiginosamente y se hizo más numerosa de lo que podían haberse imaginado. También eran bastantes los que, abrazando la ideología, habían probado a entrar en Takashima, pero, descontentos por su funcionamiento, acabaron por sentirse desengañados. Por otra parte, había gente que aspiraba a llevar una vida comunal de tipo *hippy*, izquierdistas frustrados por la contienda universitaria y también gente harta de la vida mundana y que había entrado en Takashima buscando un nuevo universo espiritual. Había solteros y había quien iba acompañado de su familia, como Fukada. Aquello parecía un crisol, compuesto por miembros muy diversos. Fukada desempeñaba el papel de líder. Él era un líder nato. Como Moisés, que había liderado a los israelitas. Era inteligente, tenía labia y se le daba bien tomar decisiones. También estaba dotado de carisma. Además era corpulento. Sí, de la misma estatura que tú. Era natural que se convirtiera en la cabeza del grupo y que se siguieran sus decisiones.

El profesor extendió las manos para indicar la corpulencia de aquel hombre. Fukaeri observó el espacio entre las dos manos y luego miró el cuerpo de Tengo, pero no dijo nada.

—Fukada y yo teníamos personalidades y apariencias completamente diferentes. Él era un dirigente innato; yo, un lobo solitario nato. Él era un hombre de política; y yo, totalmente apolítico. Él era un hombre grande; y yo, un canijo. Él era guapo y apuesto; yo, un triste estudioso con una cabeza rara. Pero, a pesar de todo, éramos muy buenos amigos y compañeros. Nos respetábamos y confiábamos el uno en el otro. No exagero si digo que fue el mejor amigo que tuve en mi vida.

El grupo liderado por Tamotsu Fukada encontró una aldea prácticamente despoblada que se ajustaba a lo que buscaban, en medio de las montañas de la prefectura de Yamanashi. No había quien sucediera en las faenas del campo a los ancianos que quedaban, que no podían ocuparse de la labranza, así que la aldea empezaba a despoblarse. Adquirieron las tierras de cultivo y las casas que allí había por un precio irrisorio. También incluían invernaderos. El ayuntamiento les concedió un subsidio con la condición de que retomaran los terrenos agrícolas preexistentes y siguieran labrándolos. Al menos durante los primeros años, se beneficiaron de ventajas fiscales. Además, Fukada disponía de una especie de fuente de recursos personal. El profesor Ebisuno desconocía de dónde procedía y qué tipo de dinero era.

—Fukada no abría la boca en lo referente a esa fuente de ingresos, no le reveló el secreto a nadie. Con todo, consiguió reunir el dinero necesario para levantar una comuna, que no era una cantidad despreciable. Con el dinero adquirieron aperos de labranza, compraron materiales de construcción y guardaron una parte de reserva. Arreglaron por sí mismos las casas ya existentes y construyeron un complejo que podía dar cobijo a los treinta miembros del grupo. Eso fue en 1974. La nueva comuna pasó a llamarse «Vanguardia».

«¿Vanguardia?», pensó Tengo. Este nombre le sonaba, pero no se acordaba de dónde lo había oído. La memoria le fallaba, y eso lo irritaba un poco. El profesor siguió hablando.

—Fukada se había hecho a la idea de que durante los primeros años, hasta que consiguieran amoldarse a las nuevas tierras, la administración de la comuna sería dura, pero las cosas salieron mejor de lo que cabría esperar. Fueron bendecidos con buen tiempo, y los paisanos de los alrededores les echaron una mano. La gente sentía simpatía por el carácter honesto del líder, Fukada, y se admiraban al ver cómo los jóvenes miembros de Vanguardia se entregaban sudorosos y con entusiasmo a las faenas del campo. Los vecinos se dejaban ver a menudo y les ofrecían valiosos consejos. Así fue como obtuvieron conocimientos prácticos sobre agricultura y aprendieron el método para vivir de la tierra.

»Hasta entonces, básicamente, habían procedido de igual manera que en Takashima, tal y como habían aprendido, pero también utilizaban sus propios recursos. Por ejemplo, se pasaron a un tipo de agricultura totalmente orgánica. Decidieron no usar ningún producto químico como insecticida y cultivar

hortalizas sólo con abonos orgánicos. Además, iniciaron un servicio de venta de productos alimenticios por correspondencia, dirigido a las clases pudientes de la ciudad. De esa manera podían subir el precio de la unidad. Eran los albores de la llamada agricultura ecológica. Tenían una buena visión de mercado. Como muchos de los miembros se habían criado en la ciudad, sabían bien lo que los urbanitas buscaban. Siempre que las hortalizas fueran sabrosas, frescas y sin contaminantes, estarían dispuestos a pagar precios altos. Firmaron un contrato con los distribuidores, simplificaron la distribución y crearon su propio sistema para enviar los alimentos a la ciudad lo más rápido posible. Fueron pioneros en convertir “hortalizas naturales recién cogidas de la tierra” en artículos de moda.

—Visité varias veces la hacienda de Fukada y hablé con él —siguió hablando el profesor—. Se veía muy entusiasmado en aquel entorno nuevo, probando posibilidades nuevas. Aquella debió de ser la época más tranquila y esperanzadora para Fukada. Su familia también parecía haberse acostumbrado a esa nueva vida.

»El número de personas que habían oído hablar bien de Vanguardia y que deseaban participar aumentó. El nombre de la hacienda se hizo conocido poco a poco a través del servicio de venta por correspondencia y apareció en los medios de comunicación como modelo exitoso de comuna. En la sociedad, no eran pocos los que querían huir del mundo real, invadido por el dinero y la información, y ganarse el pan con el sudor de su frente en medio de la Naturaleza, y Vanguardia estaba atrayendo a ese estrato. Cuando llegaba un aspirante, le hacían una entrevista, lo examinaban y, si podía valer, lo incorporaban. No podían aceptar a todo el mundo. Tenían que mantener a un alto nivel la calidad y la moral de los miembros. Buscaban gente que conociera técnicas agrícolas y gente sana que pudiera aguantar un régimen severo de trabajo físico. Como querían que la proporción de hombres y mujeres estuviera más o menos igualada, a éstas también se les daba la bienvenida. Si el número de personas crecía, la hacienda aumentaría de envergadura, pero como aún había unas cuantas casas y tierras de cultivo alrededor, no resultaría difícil ampliar las instalaciones. En un principio, los miembros de la finca eran, en su mayoría, jóvenes solteros, pero el número de personas que traía a sus familias fue aumentando de forma paulatina. Entre los que entraron a formar parte del proyecto se contaba gente que había recibido educación superior y que tenía una

profesión. Por ejemplo, médicos, ingenieros, profesores y contables. Todas esas personas eran bien recibidas en la comuna, porque necesitaban conocimientos técnicos especializados.

—¿Se adoptó en esa comuna el comunismo primitivo de Takashima? —preguntó Tengo.

El profesor negó con la cabeza.

—No. Fukada rechazaba el uso común de bienes. Él era radical en términos políticos, pero también era un materialista moderado. Aspiraba a una comuna más flexible. No pretendía construir una sociedad que se asemejara a un hormiguero. Su fórmula consistía en dividir el conjunto en unidades, dentro de cada cual se llevaba una apacible vida comunitaria. Se reconocía la propiedad privada y también había una remuneración que se distribuía entre todos. Si uno no se sentía a gusto en su unidad, podía pasarse a otra e incluso era libre de irse de Vanguardia. Existía también libertad de comunicación con el exterior y apenas había formación ideológica ni lavado de cerebro. De su experiencia en Takashima, había aprendido que un sistema natural y aireado aumenta el rendimiento laboral.

Bajo el mandato de Fukada, la dirección de la hacienda Vanguardia quedó bien encarrilada. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, la comuna se dividió en dos facciones claramente diferenciadas. Aquella división era inevitable mientras el sistema moderado de unidades que Fukada había implementado siguiera en marcha. Una de las facciones la formaba un grupo prorevolucionario partidario de la lucha armada, compuesto por la unidad de Guardias Rojos creada tiempo atrás por Fukada. Ellos consideraban la vida en la comuna agrícola como una mera fase preparatoria para la revolución. Su postura incondicional consistía en mantenerse ocultos, al mismo tiempo que se dedicaban a la agricultura, para, llegada la hora, tomar las armas y alzarse.

La otra facción era la moderada, que, a pesar de compartir el ideario anticapitalista con la otra facción, se había distanciado de la política y aspiraba a una vida comunitaria autosuficiente en medio de la Naturaleza. La facción moderada representaba a la mayoría dentro de la hacienda. Los dos grupos eran como el aceite y el agua. En cuanto a las faenas del campo, como había un solo objetivo, no surgía ningún problema, pero cuando se trataba de tomar alguna decisión respecto a la dirección de toda la comuna, siempre había dos opiniones

dispares. Muchas veces eran incapaces de llegar a un término medio. En esas ocasiones, solían producirse violentas discusiones. En semejante situación, la escisión de la comuna era cuestión de tiempo.

A medida que el tiempo pasaba, la posibilidad de aceptar una tercera vía se iba reduciendo. Poco después, Fukada se vio obligado a tener que elegir de qué lado se posicionaba. Por aquella época, él también se daba cuenta de que en el Japón de los años setenta no había margen ni entusiasmo suficientes como para llevar a cabo una revolución. Además, lo que él siempre había tenido en mente era una revolución como posibilidad; incluso podría decirse una revolución como metáfora o hipótesis. Estaba convencido de que el ejercicio de ese pensamiento antisistema trasgresor era indispensable para una sociedad sana. Era, como si dijéramos, una pizca de salubridad. Sin embargo, los estudiantes a los que había liderado deseaban una revolución de verdad, con derramamiento de sangre real. Sin duda Fukada también era responsable. Dejándose arrastrar por la situación de la época, les había contado historias enardecedoras y les había metido pájaros en la cabeza. Eso no quería decir que les hubiera dicho: «¡La revolución es fantástica!». Era un hombre sincero e inteligente. Además de un excelente estudioso. Sin embargo, por desgracia, tenía demasiada labia y tendía a embriagarse con sus propias palabras, aparte de que carecía de una profunda capacidad de análisis y de experiencia.

De ese modo fue como la comuna Vanguardia se dividió en dos. La facción moderada se quedó en la aldea, bajo el nombre de Vanguardia, y la facción a favor de la lucha armada se trasladó a otra aldea despoblada a unos cinco kilómetros de allí, en donde estableció su base para el movimiento revolucionario. La familia Fukada permaneció en Vanguardia, igual que todas las otras familias. Fue una separación más o menos amistosa. Al parecer, Fukada les consiguió el capital necesario para levantar otra comuna. Después de la separación, las dos haciendas mantuvieron una relación de cooperación abierta. Se intercambiaban el material que necesitaban y compartían las mismas vías de distribución de sus productos, por motivos económicos. Si las dos pequeñas comunas querían seguir subsistiendo, necesitaban ayudarse mutuamente.

Sin embargo, la relación entre los miembros de la vieja Vanguardia y la nueva comuna acabó rompiéndose poco tiempo después, puesto que sus ambiciones eran demasiado diferentes. Con todo, el trato entre Fukada y los estudiantes radicales que había liderado en otro tiempo continuó después de la escisión. Fukada sentía una gran responsabilidad hacia ellos. Eran los miembros

a los que él había organizado y conducido hasta las montañas de Yamanashi. No podía deshacerse de ellos así como así, a su antojo. Además, la comuna escindida dependía de la fuente de recursos secreta que Fukada tenía en su poder.

—Se podría decir que Fukada se encontraba entre dos aguas —dijo el profesor—. En el fondo ya no creía en la romántica idea de una revolución, pero, a pesar de ello, tampoco podía negarla tajantemente. Negar la revolución sería negar todo lo que había vivido hasta entonces y reconocer su error ante todos. Era incapaz. Tenía demasiado orgullo para hacerlo y, además, le preocupaba qué pasaría entre los estudiantes si él se retirara de todo aquello, ya que por entonces Fukada todavía ejercía cierto control sobre aquellos estudiantes.

»Y así empezó a vivir yendo y viniendo entre Vanguardia y la comuna escindida. Por un lado, Fukada era el líder de Vanguardia, y por el otro, asumía el papel de asesor de la comuna a favor de la lucha armada. Alguien que había dejado de creer en la revolución seguía explicando la teoría revolucionaria a otras personas. Además de dedicarse a las labores agrícolas, los miembros de la comuna escindida recibían una severa instrucción militar y formación ideológica. Su pensamiento fue radicalizándose más y más, en comparación con el de Fukada. La comuna adoptó un secretismo absoluto y prohibió la entrada de cualquier persona foránea. Las fuerzas de seguridad pública los tenían bajo vigilancia moderada, como organización potencialmente peligrosa que pregonaba la insurrección armada.

El profesor se miró otra vez el pantalón a la altura de las rodillas. Luego irguió la cabeza.

—Vanguardia se dividió en 1976. Al año siguiente, Eri se escapó de Vanguardia y vino a nuestra casa. A partir de entonces, la comuna escindida pasó a llamarse «Amanecer».

Tengo alzó la cabeza y achicó los ojos.

—Espere un minuto —le dijo. Amanecer. Había oído hablar de ese nombre, sin duda; pero, de alguna manera, sus recuerdos eran terriblemente imprecisos y deshilvanados. Lo único que sacaba en limpio eran unos cuantos fragmentos inciertos de *algo parecido* a un hecho—. ¿No será esa tal Amanecer la que causó un gran incidente hace algún tiempo?

—En efecto —contestó el profesor Ebisuno. Entonces dirigió una mirada seria hacia Tengo, que hasta aquel momento no había mostrado—. Es la famosa

Amanecer que protagonizó el tiroteo con las fuerzas policiales en unas montañas cercanas al lago Motosu. Por supuesto.

«Un tiroteo», pensó Tengo. Recordaba haber oído hablar de ese tema. Había sido un incidente grave. Sin embargo, por algún motivo, parecía incapaz de recordar los detalles. Los acontecimientos se entremezclaban en su cabeza. Al forzar la memoria, se sintió como si le retorcieran todo el cuerpo. Era como si tomaran sus dos mitades y se las doblaran en direcciones opuestas. Sintió un dolor sordo en el cerebro y el aire que lo rodeaba fue enrareciéndose rápidamente. Los sonidos se apagaron, como cuando estaba dentro del agua. Parecía que iba a sufrir otro «ataque».

—¿Qué ocurre? —le preguntó, inquieto, el profesor. Su voz le llegó desde muy lejos.

Tengo movió la cabeza hacia los lados. Luego consiguió sacar un hilo de voz.

—Tranquilo. Enseguida se me pasa.

11
AOMAME

El cuerpo es el templo del ser humano

Personas que dominen la técnica de patear testículos, como Aomame, seguro que se pueden contar con los dedos de una mano. Cada día estudiaba diferentes modelos de patadas, y no faltaba el entrenamiento práctico. Lo más importante al dar una patada en los testículos es eliminar todo sentimiento de duda. Hay que atacar de súbito la parte más frágil del oponente, despiadadamente y con ferocidad. Como cuando Hitler, haciendo caso omiso de la declaración de neutralidad de Holanda y Bélgica e invadiendo estos países, desveló los puntos débiles de la Línea Maginot y no le resultó difícil conseguir que Francia capitulara. No se puede vacilar. Un titubeo momentáneo puede resultar fatal.

De manera general podríamos decir que, excepto ése, apenas hay métodos para que una mujer venza a un hombre de mayor estatura y con más fuerza en un combate de uno contra uno. Aomame estaba plenamente convencida. Esa porción de cuerpo es el punto más débil que posee —o que lleva colgando— ese ser vivo llamado hombre. Y en la mayoría de los casos no estaba protegida de manera eficaz. Sería una pena desaprovechar tal ventaja.

Era obvio que Aomame, siendo mujer, no podía entender qué tipo de dolor, en concreto, era el que se sentía cuando a uno le pateaban los testículos a conciencia. Ni siquiera podía suponerlo. Pero que debía de ser un dolor considerable se lo imaginaba, más o menos, por la reacción y el semblante de aquellos a los que había dado patadas. Por mucha fuerza que tuvieran los hombres, por muy tipos duros que fueran, parecían incapaces de soportar aquel dolor. Como si fuera acompañado de una gran pérdida de amor propio.

—Es un dolor como si el mundo fuera a acabarse de un momento a otro. No se puede comparar con nada más. Es diferente de un simple dolor —le dijo cierto hombre tras reflexionar, al pedirle Aomame una explicación. Ella le dio vueltas a aquel símil durante un buen rato. ¿El fin del mundo?

—Entonces, en otras palabras, ¿que el mundo se vaya a acabar de un momento a otro es como si te dieran una buena patada en los testículos? —preguntó Aomame.

—Como no he vivido el fin del mundo, no puedo afirmarlo, pero tal vez sea así —dijo el hombre, y clavó una mirada vaga en el aire—. No se siente más que una profunda impotencia. Es oscuro y angustioso y no hay salvación.

Después de aquello, Aomame vio por casualidad, en una emisión nocturna de la televisión, la película *La hora final*. Era un filme estadounidense realizado en la segunda mitad de los años sesenta. Estallaba una guerra total entre Estados Unidos y la Unión Soviética, numerosos misiles nucleares volaban con pomposidad entre los continentes, como un banco de peces voladores, el planeta era asolado con decepcionante facilidad y la humanidad se extinguía en casi todas las partes del mundo. Sin embargo, debido a la dirección del viento, las letales cenizas radiactivas todavía no habían alcanzado Australia, en el hemisferio sur, aunque era cuestión de tiempo. La aniquilación del ser humano no se podía evitar por ningún medio. En aquellas tierras, los supervivientes esperaban irremediablemente el final que había de llegar. Cada uno vivía los últimos días a su manera. Ese era el argumento. Se trataba de una película oscura, sin salvación (no obstante, mientras veía la película, Aomame volvió a confirmar que, en el fondo, todos esperamos la llegada del fin del mundo).

De cualquier modo, mientras veía la película a solas, a medianoche, Aomame conjeturó que «en efecto, al recibir una buena patada en los testículos se debe de sentir lo mismo», lo cual, a su manera, la convenció.

Después de salir de la Facultad de Ciencias del Deporte, Aomame trabajó durante apenas cuatro años en una empresa que fabricaba bebidas para deportistas y alimentos saludables, y formó parte del club de sóftbol femenino de la empresa como jugadora principal (además de lanzadora as, cuarta bateadora) **[8]**. El equipo fue ascendiendo y entró varias veces en el campeonato nacional Best Eight. Pero al mes siguiente de morirse Tamaki Ōtsuka, Aomame solicitó el cese y puso punto final a su carrera como deportista de sóftbol, ya que a partir de entonces nunca más volvió a sentir ganas de jugar. Estaba decidida a cambiar completamente de vida. Entonces, por mediación de un compañero mayor que

ella de su época universitaria, consiguió un empleo como instructora en un club de deportes en Hiroo.

En el club se encargaba, principalmente, de las clases de tonificación muscular y artes marciales. Era un conocido club de categoría, con cuotas de entrada y de socio caras, en el que había muchos miembros famosos. Aomame impartía varios cursos de defensa personal para mujeres. Ése era el campo que mejor se le daba. Fabricó un muñeco de lona con forma de hombre corpulento y le cosió un guante negro de trabajo en la entrepierna a modo de testículos, y hacía que las socias practicaran pateándolo a conciencia. Para darle realismo, había rellenado el guante con dos pelotas de *squash*. Lo golpeaban rápidamente, sin compasión, una y otra vez. Para muchas de las mujeres ésa era la parte del entrenamiento más divertida, y mejoraban la técnica a ojos vistas, pero también había quien fruncía el ceño ante aquella escena (la mayoría eran hombres, por supuesto). «¿No te estarás pasando un poquito?», se quejaban sus superiores en el club. Como resultado, el director la llamó y le indicó que se abstuviera de patear testículos.

—Pero sin patear testículos es prácticamente imposible que las mujeres se defiendan del ataque de un hombre —insistió Aomame frente al director del club —. Por lo general los hombres son más grandes y más fuertes. Un ataque ágil en los testículos es la única arma que tiene una mujer para ganar. Ya lo decía Mao Zedong. Hay que buscar el punto débil del contrincante, tomar la delantera y derrotarlo concentrándose en ese punto. Es la única posibilidad que tiene una guerrilla para ganar a unas tropas regulares.

—Como sabrás, éste es uno de los clubes de deporte más prestigiosos de la ciudad —argumentó el director con cara de perplejidad—. Muchos de los miembros son gente famosa. Tenemos que guardar el decoro en todos los aspectos. La imagen es importante. Sea cual sea la lógica, que un grupo de jovencitas dé patadas a la entrepierna de un muñeco soltando gritos extraños es una falta de decoro. Ha habido gente que deseaba entrar en el club y, al asistir a las jornadas de puertas abiertas y ver por casualidad tus clases, ha abandonado la idea. Mao Zedong y Gengis Kan pueden decir misa, pero esta situación está provocando desazón, irritación y malestar en muchos hombres.

A Aomame no le remordía ni un pelo la conciencia que a los miembros masculinos les produjera desazón, irritación y malestar. ¿Acaso no resultaba insignificante ese malestar, comparado con el dolor provocado por una violación? Pero no podía contravenir la orden de sus superiores. La clase de

defensa personal impartida por Aomame tuvo que bajar de forma considerable el nivel de agresividad. Además se le prohibió que utilizara el muñeco. Debido a ello, el contenido de los ejercicios se ablandó y se convirtió en algo puramente formal. A Aomame, por supuesto, no le hacía gracia, y hubo voces de insatisfacción por parte de las mujeres, pero como empleada que era, no había nada que ella pudiera hacer.

Aomame opinaba que, en caso de que un hombre las abordara por la fuerza, si no podían patearle con eficacia los testículos, no había prácticamente nada más que pudieran hacer. La técnica avanzada de darle la vuelta al brazo del contrincante y retorcérselo en la espalda, en un combate real, no decidía nada. La realidad no es como en las películas. Si fuera posible, lo mejor sería no hacer nada y simplemente huir corriendo.

En cualquier caso, conocía unas diez técnicas para atacar testículos. Incluso las había practicado con compañeros suyos equipados con un aparato protector. «Su patada en los huevos duele bastante, aunque utilice aparato protector. Permítame que me vaya, por favor», gritaban ellos. En caso necesario, no dudaría ni un instante en llevar a la práctica esa técnica que había depurado. «Si algún incauto me atacara, le enseñaría vivamente cómo es el fin del mundo», había resuelto. «Les haría mirar de frente el advenimiento del Reino de los Cielos. Los enviaría derechos al hemisferio sur, con los canguros y los walabíes, y los empolvaría de ceniza radiactiva».

Mientras reflexionaba sobre el advenimiento del Reino de los Cielos, Aomame se bebía a pequeños tragos un Tom Collins en la barra de un bar. Fingía esperar a alguien y a veces miraba el reloj de pulsera, pero en realidad no iba a venir nadie. Ella sólo buscaba al hombre apropiado entre los clientes que allí se encontraban. El reloj marcaba las ocho y media. Aomame vestía una blusa azul claro debajo de una chaqueta de color pardo de Calvin Klein y una minifalda azul marino. Aquel día tampoco llevaba consigo el picahielos especial. Descansaba en paz dentro de un cajón del ropero, envuelto en una toalla.

Aquel bar estaba en Roppongi y era conocido como un bar para *singles*. Era famoso porque muchos hombres solteros iban en busca de mujeres solteras —y viceversa. También había numerosos extranjeros. Lo habían decorado por dentro a imagen de las cantinas que Hemingway frecuentaba en las Bahamas. Un pez espada decoraba la pared y una red para pescar colgaba del techo. Además había

unas cuantas fotografías de recuerdo de gente que había pescado peces enormes. También un retrato de Hemingway. Un jovial Papá Hemingway. La gente que acudía a aquel bar no parecía ser consciente de que ese escritor se había suicidado con un rifle de caza, atormentado por la adicción al alcohol en sus últimos años de vida.

Aquella noche varios hombres intentaron ligar con Aomame, pero a Aomame no le gustó ninguno. Un par de estudiantes con pinta de juerguistas también la llamaron, pero le dio pereza y ni siquiera respondió. Rechazó adusta a un oficinista de mirada torva de unos treinta y pocos años diciéndole: «Es que estoy esperando a alguien». Por lo general, los hombres jóvenes no le gustaban. Eran altivos y con demasiada confianza en sí mismos, aunque no tenían temas de conversación y resultaban aburridos. Además, en la cama eran desaforados y no sabían disfrutar realmente del sexo. Prefería a los hombres de mediana edad, una pizca gastados y, a ser posible, con el pelo un poco ralo. Ésos no resultaban soeces y eran limpios. Además tenían que tener la cabeza de una forma bonita. Pero ese tipo de hombre no resultaba fácil de encontrar. Por eso requería cierto espacio de transacción.

Aomame soltó un sordo suspiro mientras miraba a su alrededor dentro del local. ¿Por qué no encontraba en este mundo al «hombre adecuado»? Pensó en Sean Connery. Sólo con imaginarse la forma de su cabeza, ya sentía un dolor sordo en lo más profundo de su cuerpo. «Si Sean Connery apareciera de improviso por aquí, lo haría mío a toda costa. Sin embargo, ni que decir tiene que Sean Connery no se va a asomar por un bar de *singles* de estilo bahameño en Roppongi».

En una televisión de gran tamaño instalada en la pared del local se emitían imágenes de Queen. A Aomame no le gustaba demasiado la música de Queen. Por eso procuraba no dirigir la vista hacia allí. También se esforzaba en no escuchar la música que salía de los altavoces. Cuando por fin se terminó Queen, le tocó el turno a unas imágenes de Abba. «¡Vaya!», pensó Aomame. Tenía la impresión de que iba a ser una mala noche.

Aomame conoció a la anciana de la Villa de los Sauces en el club de deportes en el que estaba empleada. La señora había participado en las clases de defensa personal que ella impartía. Las clases radicales centradas en el ataque al muñeco que habían durado tan poco. Era menuda y la más anciana de toda la

clase, pero se movía con agilidad y daba unas patadas secas. Aomame pensaba que, a la hora de la verdad, aquella mujer seguramente podría patearle los testículos a cualquier hombre sin titubear. Sin hablar más de la cuenta y sin rodeos. Era algo de la señora que a Aomame le agradaba.

—Cuando se llega a mi edad, ya no hace mucha falta defenderse —le dijo a Aomame al acabar unas clases, y esbozó una elegante sonrisa.

—No es una cuestión de edad —respondió Aomame, resuelta—. Se trata de una manera de vivir. Estar siempre en disposición de protegerse es importante. Una no puede resignarse a ser atacada. La debilidad crónica corroe a las personas.

La anciana miró a Aomame a los ojos durante un buen rato sin decir nada. Lo que dijo Aomame o tal vez el tono de su voz parecía haberle causado una fuerte impresión. A continuación asintió con calma.

—Lo que dices es correcto. Tienes razón. Tu forma de pensar es muy sólida.

Varios días después, Aomame recibió un sobre. Fue en la recepción del club donde se lo entregaron. Dentro había una carta breve, escrita bellamente a mano, con el nombre de la anciana y su número de teléfono. Le decía que lo más probable es que estuviera ocupada, pero que si tenía un momento libre, le agradecería que se pusiera en contacto con ella.

Un hombre que parecía el secretario se puso al teléfono. Cuando Aomame le comunicó su nombre, él cortó la extensión sin decir nada. La anciana se puso al teléfono y le agradeció que la hubiera llamado. «Si no le supone ninguna molestia, estaba pensando si podríamos ir a comer a algún sitio las dos juntas. Me gustaría que habláramos con calma, a solas», le dijo. «Con mucho gusto», respondió Aomame. «Entonces, ¿qué le parece mañana por la noche?», preguntó la anciana. Aomame no tenía ningún inconveniente. Tan sólo se preguntó extrañada de qué querría hablarle a ella.

Las dos cenaron juntas en un restaurante francés situado en una zona tranquila de Azabu. La señora debía de ser una vieja clienta del local. Las hicieron pasar a una mesa excelente en el fondo y un camarero entrado en años, que debía de ser conocido de ella, les sirvió con esmero. La señora llevaba un bonito vestido liso de color verde claro de corte y confección (parecía un Givenchy de los sesenta), con un collar de jade. A media cena, el gerente se acercó y la saludó respetuosamente. En la carta había numerosos platos de verduras de gusto sencillo y delicado. La sopa especial del día era, casualmente, una sopa de guisantes. La anciana se bebió una sola copa de Chablis, y Aomame

la acompañó. Era un vino de un sabor tan suave y delicado como el de la comida. Aomame pidió de primero un pescado blanco a la brasa. La señora, un plato sólo de verduras. La manera que tenía de comer verduras era bella, como una obra de arte. «Cuando se tiene mi edad, con comer un poquito ya es suficiente para vivir», le dijo. A continuación, añadió medio en broma: «Si es posible, sólo productos de primera calidad».

La anciana quería que Aomame la entrenara personalmente. Le preguntó si podría enseñarle artes marciales en su casa dos o tres días por semana. Si era posible, también deseaba hacer estiramiento de músculos.

—Claro que es posible —respondió Aomame—. Aunque para entrenamientos personales a domicilio, tiene que pasar por la recepción del gimnasio.

—Perfecto —dijo la señora—. Pero acordemos el horario directamente entre las dos. Prefiero evitar que alguien se interponga y las cosas se compliquen. ¿Le importa?

—No.

—Entonces empezaremos a partir de la semana que viene —dijo la señora.

Los negocios se terminaron ahí.

—El otro día hubo algo que usted dijo en el gimnasio que me admiró. Habló sobre la debilidad. Que la debilidad daña a la gente o algo así. ¿Se acuerda?

Aomame asintió.

—Sí que me acuerdo.

—¿Le importa que le haga una pregunta? —dijo la señora—. Será una pregunta directa, para ahorrar tiempo.

—Pregúnteme lo que desee —dijo Aomame.

—¿Es usted feminista o lesbiana?

Aomame se puso un poco colorada y a continuación negó con la cabeza.

—No. Tengo una forma de pensar muy particular. No soy ni feminista ni lesbiana.

—Está bien —dijo la anciana. Luego, como aliviada, se llevó brócoli a la boca con suma elegancia, lo masticó con suma elegancia y bebió un trago de vino. A continuación, volvió a hablar—. A mí no me importaría ni lo más mínimo que usted fuera feminista o lesbiana. Eso no repercutiría en nada. Pero me atrevo a decir que el hecho de que no lo sea aclara las cosas. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Creo que sí —contestó Aomame.

Dos veces por semana, Aomame visitaba la mansión de la anciana y la instruía en artes marciales. Tenía una amplia sala de entrenamiento llena de espejos que había construido para las lecciones de ballet de su hija, cuando era pequeña. Allí era donde las dos movían el cuerpo, minuciosa y metódicamente. Para la edad que tenía, la señora era muy flexible y hacía progresos rápido. Era menuda, pero tenía un cuerpo que había mantenido y cuidado con esmero a lo largo de los años. Además, Aomame le enseñó lo básico de los estiramientos y le dio un masaje para desentumecer los músculos.

Aomame era muy buena dando masajes. En la universidad sacaba las mejores notas en ese campo. Tenía grabados en la cabeza los nombres de todos los huesos y todos los músculos del cuerpo humano. Había aprendido cómo fortalecer y mantener la función y la calidad de cada músculo. Aomame tenía la firme convicción de que el cuerpo era el templo del ser humano, con independencia de a qué se consagrara, y que al menos debía mantenerse en forma; bello y limpio.

No contenta con la medicina deportiva en general, había aprendido también técnicas de acupuntura por interés personal. Estudió seriamente durante unos años con un profesor chino. El profesor estaba sorprendido por la rapidez con la que progresaba. Le dijo que había aprendido lo suficiente como para profesionalizarse. Aomame tenía buena memoria y no se cansaba de investigar los pormenores de las funciones corporales. Además, ante todo, las yemas de sus dedos estaban dotadas de una intuición fascinante. Igual que ciertas personas poseían un oído absoluto o la capacidad de encontrar venas de agua bajo tierra, las yemas de los dedos de Aomame podían discernir al instante los sutiles puntos que controlan todas las funciones corporales. No se trataba de algo que alguien le hubiera enseñado. Lo sabía simplemente de forma innata.

Al terminar el entrenamiento y el masaje, Aomame y la señora se tomaban un té mientras dejaban pasar el tiempo y charlaban de diferentes cosas. Tamaru siempre les traía la bandeja de plata con el juego de utensilios para el té. Como durante el primer mes, Tamaru nunca abrió la boca delante de Aomame, ella le preguntó a la señora si era sordomudo.

En cierta ocasión, la señora le preguntó a Aomame si alguna vez había puesto en práctica la técnica de la patada en los testículos para protegerse a sí misma.

—Sólo una vez —respondió Aomame.

—¿Funcionó? —preguntó la señora.

—Fue eficaz —le contestó Aomame cautelosamente, con pocas palabras.

—¿Cree que la patada en los testículos funcionaría con Tamaru?

Aomame negó con la cabeza.

—Probablemente no. Tamaru ya la conoce. Si alguien con conocimientos le lee a uno los movimientos que va a realizar, no hay recurso que valga. La patada en los testículos sólo funciona frente a aficionados no acostumbrados al combate real.

—¿Quiere decir que sabe que Tamaru no es un «aficionado»?

Aomame midió sus palabras.

—Así es. Tiene un aire diferente al de la gente normal.

La señora le echó nata al té negro y lo removió despacio con la cucharilla.

—En aquella ocasión, su contrincante era un aficionado, ¿verdad? ¿Era un hombre grande?

Aomame asintió, pero no dijo nada. El hombre era de complexión robusta y también parecía fuerte. Sin embargo, había bajado la guardia, con soberbia, porque ella era mujer. Hasta entonces, nunca una mujer le había pateado los testículos, ni se le había pasado por la cabeza que pudiera ocurrirle.

—¿Lo hirió? —preguntó la señora.

—No, no lo herí. Sólo sintió un dolor agudo durante un buen rato.

La anciana se quedó callada durante un instante. Luego le hizo una pregunta.

—¿Ha atacado a algún hombre alguna vez? Me refiero a infligirle una herida a propósito, no a provocarle dolor, simplemente.

—Sí —respondió Aomame. Contar mentiras no era su especialidad.

—¿Me puede contar cómo fue?

Aomame negó con un pequeño movimiento de cabeza.

—Lo siento mucho, pero me cuesta hablar de ello.

—Está bien. Es normal que le cueste hablar de ello. No hace falta que me lo cuente si no quiere —dijo la señora.

Las dos bebían té en silencio, mientras pensaban cada una en cosas diferentes. Poco después la señora habló.

—Pero si alguna vez sintiera que no le importa hablar de ello, ¿me contaría lo que ocurrió?

—Tal vez algún día pueda contárselo. O quizá nunca pueda. Para serle sincera, ni yo misma lo sé.

La anciana miró a Aomame a la cara durante un rato. Luego le aclaró:

—No se lo preguntaba por morbosidad.

Aomame se quedó callada.

—Me da la impresión de que usted vive guardando algo en su interior. Algo sumamente pesado. Lo he sentido desde que la conocí. Tiene una mirada fuerte y resuelta. En realidad, a mí me pasa lo mismo. Cargo con algo muy pesado. Por eso lo sé. No hay prisa, pero algún día debería sacarlo de su interior. Yo soy como una tumba y además dispongo de unas cuantas medidas realistas. Si todo va bien, igual podría serle de ayuda.

Cuando el tiempo transcurrió y Aomame le confió, sin reparos, aquella historia a la señora, se abrió otra puerta en su vida.

—Oye, ¿qué estás bebiendo? —le preguntó alguien al oído a Aomame. Era una voz femenina.

Aomame volvió en sí, irguió la cabeza y miró a quien le había hablado. Una chica joven con el pelo recogido en una cola de caballo al estilo de los años cincuenta estaba sentada de espaldas en el taburete contiguo. Llevaba un vestido de florecillas y un pequeño bolso bandolera de Gucci colgado del hombro. Tenía las uñas bonitas, pintadas con esmalte de color rosa claro. No estaba gorda, pero tenía la cara redonda y era más bien rellenita. Su cara era realmente afable. Y el pecho grande.

Aomame se sentía un poco confusa, porque no se esperaba que una voz femenina le hablara. Aquél era un lugar al que los hombres acudían a ligar con mujeres.

—Un Tom Collins —dijo Aomame.

—¿Está bueno?

—Más o menos, pero no es muy fuerte y se puede beber a sorbos.

—¿Por qué lo llamarán Tom Collins?

—Pues no sé, ni idea —dijo Aomame—. Será el nombre del que lo hizo por primera vez. Aunque no me parece un descubrimiento asombroso.

La chica llamó al barman agitando la mano.

—Otro Tom Collins para mí —le dijo. Poco después, se lo trajeron—. ¿Te importa que me siente a tu lado? —le preguntó.

—No. Está libre. —«Ya hace rato que estás sentada», pensó Aomame, pero no llegó a decírselo.

—¿No tendrás una cita aquí con alguien? —le preguntó la chica.

Aomame inspeccionó su cara en silencio, sin responderle. Tal vez fuera tres o cuatro años más joven que ella.

—Mira, a mí no me interesan las de esta acera, así que no te preocupes —le confesó en voz baja—. Lo digo por si acaso… Yo también prefiero a los hombres. Como tú.

—¿Como yo?

—Es que si has venido aquí sola, será para buscar a algún hombre que esté bien, ¿no?

—¿Eso te parece?

La chica entrecerró levemente los ojos.

—Hasta ahí llego. Este lugar es para eso. Además, no pareces una del gremio.

—Por supuesto que no —dijo Aomame.

—Oye, si quieres, ¿por qué no formamos un equipo las dos? A los hombres debe de resultarles más fácil abordar a dos mujeres juntas que a una sola. Y nosotras nos lo pasaremos mejor si somos dos en vez de una sola, aparte de que así estaremos más tranquilas. Yo tengo un aspecto más bien femenino y tú tienes claramente un aire de chico, así que creo que, si nos uniéramos, no nos iría mal.

«Un aire de chico», pensó Aomame. Era la primera vez que alguien le decía una cosa así.

—Pero si formamos un equipo, cada una tendrá sus preferencias en cuanto a hombres. ¿Saldrá bien?

La chica torció un poco los labios.

—Ahora que lo dices, es verdad. Preferencias… A ver, ¿a ti qué clase de hombre te gusta?

—Si puede ser, maduros —dijo Aomame—. Los jóvenes no me gustan. Prefiero que estén un poco calvos.

—¡Mmm! —dijo la chica, sorprendida—. Así que maduros, ¿eh? Yo prefiero un chico joven y vigoroso; los hombres maduros no me interesan demasiado, pero si a ti te parece bien, podemos juntarnos y probar un poco. Pase lo que pase, es una experiencia más. ¿Seguro que te valen los maduros? Porque yo, en resumidas cuentas, estoy hablando de sexo.

—Depende de la persona —aclaró Aomame.

—Claro —dijo la chica, y entrecerró los ojos como si verificara alguna teoría —. Obviamente no se puede generalizar en cuanto a sexo, pero ¿cómo son,

metiéndolos a todos en el mismo saco?

—No están mal. Varias veces es imposible, pero aguantan mucho. No tienen prisas. Si marcha bien, hacen que te corras unas cuantas veces.

La chica pensó un poco en ello.

—Pues ahora que lo dices, me pica la curiosidad. Podría probar una vez.

—Como quieras —dijo Aomame.

—Eh, ¿has probado el sexo a cuatro alguna vez? Lo de cambiar de pareja a la mitad.

—No.

—Yo tampoco. ¿Te apetece?

—Quizá —dijo Aomame—. De acuerdo, no me importa formar un equipo contigo, pero ya que vamos a actuar juntas, aunque sea temporalmente, me gustaría saber algo más de ti. Si no, podría ser que más adelante no nos entendiéramos bien.

—Está bien. Me parece correcto. ¿Y qué te gustaría saber de mí, por ejemplo?

—Pues, por ejemplo… ¿A qué te dedicas?

La chica bebió un trago de Tom Collins y dejó el vaso sobre el posavasos. Luego se limpió con una servilleta de papel, dándose golpecitos en la boca. Examinó el color del carmín que quedó en la servilleta.

—Esto está bastante bueno —dijo—. Lleva ginebra de base, ¿verdad?

—Ginebra, zumo de limón y soda.

—La verdad es que no es un gran descubrimiento, pero no está mal de sabor.

—Me alegro de que te guste.

—Esto…, ¿que a qué me dedico? Es un asunto un poco complicado. A decir verdad, no creo que vayas a creerme.

—Entonces te cuento lo mío —dijo Aomame—. Yo soy instructora en un club de deporte. Principalmente de artes marciales. También de estiramiento muscular.

—Artes marciales —dijo la chica con admiración—. ¿Estilo Bruce Lee?

—*Estilo*, sí.

—¿Eres buena?

—Aceptable.

La chica sonrió alegremente y levantó el vaso para brindar.

—Pues, a la hora de la verdad, podríamos ser una pareja invencible, porque aquí donde me ves, hace mucho tiempo que practico aikido. La verdad es que

soy policía.

—Policía —repitió Aomame. Se quedó con la boca entreabierta y no dijo nada más.

—Trabajo en la Jefatura Superior de la Policía Metropolitana. ¿No me pega? —preguntó la chica.

—Claro que no —contestó Aomame.

—Pues es verdad. En serio. Me llamo Ayumi.

—Yo, Aomame.

—Aomame. ¿Es tu nombre verdadero?

Aomame asintió seria.

—Con policía, ¿te refieres a que vistes uniforme, tienes pistola, vas en coche patrulla, patrullas las calles y esas cosas?

—Yo me hice policía para llevar a cabo todas esas cosas, sin embargo, no me las dejan hacer —dijo Ayumi, y mordisqueó uno de los crujientes *pretzels* salados que les habían servido en un bol—. Ahora mismo, mi trabajo principal consiste en llevar un uniforme cómico, montar en un coche patrulla diminuto y ocuparme de las multas y cosas por el estilo. Por supuesto, no me permiten llevar pistola, porque para dirigirse a un ciudadano normal que ha aparcado el Toyota Corolla delante de una boca de incendios, no hacen falta disparos intimidatorios. Nadie tiene en cuenta que saqué muy buenas notas en tiro. Sólo por ser mujer me hacen dar vueltas, día sí y día también, escribiendo horas y números de matrícula en el asfalto con una tiza colocada en el extremo de un palo.

—¿Como pistola, se utiliza una Beretta semiautomática?

—Sí, ahora todos la llevan. Para mí, la Beretta es demasiado pesada. Totalmente cargada, debe de pesar casi un kilo.

—Pesa ochocientos gramos —dijo Aomame.

Ayumi miró a Aomame igual que el dueño de una casa de empeños al evaluar un reloj de pulsera.

—Eh, Aomame, ¿cómo estás tan enterada?

—Me interesan todas las armas de fuego desde hace mucho tiempo —respondió Aomame—. Aunque en realidad nunca he disparado una, claro.

—¡Ah! —exclamó Ayumi convencida—. A mí, la verdad es que me gusta disparar. Aunque la Beretta pesa bastante, como no tiene tanto retroceso como las viejas pistolas, entrenando, hasta una mujer de pequeña estatura puede manejarla sin problema. Pero los capullos de arriba no piensan así. Se creen que una mujer no puede manejar una pistola. Porque los altos mandos de la policía

son todos unos fascistas machistas. Yo tenía muy buenas notas utilizando la porra. La mayoría de los hombres no me ganaba. Sin embargo, no lo valoran nada. Lo único que me dicen son guarradas. Que si agarro la porra con maestría, que si necesito practicar no me corte y los avise… Lo que es la mentalidad de esos tipos lleva siglo y medio de retraso.

Ayumi sacó unos Virginia Slim de la bandolera, se llevó hábilmente uno a la boca y lo encendió con un pequeño mechero metálico. Luego expulsó despacio el humo hacia el techo.

—¿Por qué querías ser policía en un principio? —preguntó Aomame.

—Al principio, no tenía ninguna intención de hacerme policía. Pero no quería tener un trabajo de oficina normal y corriente. Sin embargo, tampoco poseía ninguna habilidad concreta, así que las especialidades profesionales que podía elegir eran limitadas. Por eso, en cuarto año de carrera realicé el examen de admisión para la Jefatura Superior. Además, entre mis familiares hay muchos policías, no sé por qué. La verdad es que mi padre y mi hermano mayor también son agentes. Y uno de mis tíos también. Como el mundo de la policía es, básicamente, muy cerrado, al tener allegados policías gocé de preferencia en la admisión.

—Una familia de policías.

—Así es. Pero hasta que entré, nunca había pensado realmente que en la policía hubiera tanta discriminación entre mujeres y hombres. Una agente en el mundo de la policía es como decir una ciudadana de segunda categoría. Nos ocupamos de las infracciones de tráfico, nos sentamos delante de un escritorio y gestionamos documentos, vamos por las escuelas primarias dando clases de seguridad vial a los niños, cacheamos a mujeres que presuntamente han cometido un delito… Sólo ese tipo de trabajo aburridísimo. Mientras que a hombres con unas capacidades claramente inferiores a las mías los mandan siempre a lugares interesantes. De cara a la galería, los jefes hablan sin tapujos de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres, pero en realidad no es tan fácil. Me ha hecho perder el entusiasmo por trabajar. ¿Lo entiendes?

Aomame se mostró de acuerdo.

—Me pone de mala leche, en serio.

—¿No tienes novio?

Ayumi frunció el ceño y clavó la vista un rato en el fino cigarro que tenía entre los dedos.

—Cuando una chica se hace policía, conseguir novio resulta dificilísimo.

Como el horario es irregular, no coincide con el de un trabajador normal y, además, aunque al principio todo vaya bien, en cuanto se enteran de que soy agente de policía, la mayoría de los hombres se echa atrás. Igual que cangrejos huyendo a la orilla del mar. ¿No te parece terrible?

Aomame asintió con la cabeza.

—Por eso, la única vía que me queda es enamorarme de alguien del trabajo, pero no hay ningún hombre brillante ni serio. Sólo son una panda de inútiles que no hacen más que contar chistes verdes. Una de dos: o son cabezas huecas de nacimiento o sólo piensan en ascender. Ésos son los que velan por la seguridad de la sociedad. No le veo mucho porvenir a Japón.

—Pero si eres muy mona y pareces tener éxito con los hombres… —dijo Aomame.

—Bueno…, no es que no tenga éxito. Siempre que no descubra a qué me dedico. Por eso he decidido que en lugares como éstos voy a estar empleada en una agencia de seguros.

—¿Vienes a menudo por aquí?

—A menudo, no; a veces —contestó Ayumi. Tras pensárselo un poco, se sinceró—. De vez en cuando me apetece algo de sexo. Dicho sin rodeos, necesito un hombre. Mira, es algo periódico. Cuando me ocurre, me pongo toda elegante, con una ropa interior preciosa, y vengo aquí. Busco a la pareja adecuada y me paso la noche follando. Eso me calma el ansia durante un tiempo. Tengo un apetito sexual saludable; no se trata de ninfomanía, adicción al sexo, ni nada parecido, así que no me viene mal liberarme de vez en cuando. Pero no me quedo enganchada. Al día siguiente, ya vuelvo a salir a la calle a ocuparme de las infracciones de aparcamiento. ¿Y tú?

Aomame alcanzó la copa de Tom Collins y bebió silenciosamente a sorbos.

—Pues, más o menos igual que tú.

—¿Tienes novio?

—He decidido no tenerlo, porque no dan más que problemas.

—Determinados hombres dan problemas.

—¿A que sí?

—Pero a veces me entran unas ganas irreprimibles de follar —dijo Ayumi.

—Prefiero decir que «me entran ganas de liberarme».

—¿Y «me entran ganas de pasar una noche plena»?

—Esa tampoco está mal.

—En fin, un rollo de una noche, sin compromiso.

Aomame asintió.

Ayumi reflexionaba sobre aquello con la mejilla apoyada en la mano.

—Creo que tenemos muchos puntos en común.

—Seguramente —reconoció Aomame. «Sin embargo, ella es policía y yo mato a personas. Estamos en lados distintos de la Ley. Es una diferencia enorme».

—Te propongo una cosa —dijo Ayumi—. Las dos trabajamos para la misma agencia de seguros no vida. El nombre de la empresa es secreto. Tú eres la veterana y yo una principiante. Como hoy en el trabajo ha pasado algo un poco desagradable, nos hemos venido a tomar una copa y a distraernos. Y tenemos bastantes ganas de fiesta. ¿Qué te parece ese rol?

—Bien, pero apenas sé nada de seguros no vida.

—Déjalo en mis manos. La labia es mi punto fuerte.

—De acuerdo —dijo Aomame.

—Por cierto, en la mesa que tenemos detrás hay un par de hombres tirando a maduros y ya hace un rato que nos miran con lujuria —dijo Ayumi—. Date la vuelta como si nada y observa.

Tal y como le dijo, Aomame se dio la vuelta con toda naturalidad. Dos hombres maduros se sentaban dos mesas más allá de la suya. Vestían traje y corbata, con aspecto de ser oficinistas tomándose un respiro. Llevaban los trajes impolutos y no tenían mal gusto para las corbatas. Al menos, no daban impresión de desaseados. Uno de ellos tendría cuarenta y muchos, y el otro, cuarenta y pocos años. El mayor era delgado y carilargo, con el nacimiento del pelo bien entrado en la frente. El más joven tenía pinta de haber pertenecido al club de rugby en su época universitaria, pero últimamente había empezado a echar carnes por falta de ejercicio. Todavía tenía cara de muchacho y la zona del mentón comenzaba a engrosársele. Los dos charlaban amigablemente mientras bebían *whisky* rebajado con agua, pero no cabía duda de que, indirectamente, sus miradas rebuscaban en el local.

Ayumi analizó a aquella pareja.

—En apariencia, no parecen demasiado habituados a este lugar. Se han venido de juerga, pero no han conseguido ligar con ninguna chica. Además es posible que estén casados. Tienen pinta de que les remuerde la conciencia.

A Aomame le admiró el ojo clínico de su compañera. Seguramente había captado todo aquello sin que ella se hubiera dado cuenta, mientras charlaban. Quizá le venía de familia.

—Aomame, a ti te gusta el del pelo ralo, ¿verdad? Porque así me cojo yo al macizo. ¿Te importa?

Aomame se volvió una vez más. La cabeza del hombre de pelo ralo no estaba nada mal. Aunque se encontrara a años luz de Sean Connery, podía dársele el aprobado. Aquella noche le habían hecho oír música de Queen y Abba sin interrupción. No podía ser demasiado exigente.

—De acuerdo. Pero ¿cómo demonios vas a conseguir que se nos acerquen?

—No podemos quedarnos tan anchas esperando hasta el amanecer. Vamos a presentarnos nosotras. Risueñas, amistosas y activas —propuso Ayumi.

—¿De veras?

—¡Claro! Yo voy y les hablo un poco, así que déjamelo a mí. Tú quédate aquí esperando —dijo Ayumi. Se bebió un buen trago de Tom Collins y se frotó las palmas de las manos. Luego se colgó el bolso bandolera del hombro con ímpetu y esbozó una sonrisa encantadora.

—¡Hala! ¡Hora de técnica con porra!

12
TENGO

Venga a nosotros tu reino

El profesor se volvió hacia Fukaeri:

—Eri, ¿podrías hacernos el favor de traernos un poco de té?

La chica se levantó y salió de la sala de visitas. La puerta se cerró quietamente a sus espaldas. El profesor esperó callado a que Tengo tomara aliento y se recompusiera. Se quitó las gafas de montura negra, limpió las lentes con un pañuelo que no parecía demasiado limpio y volvió a ponérselas. Una cosa pequeña de color negro pasó raudo al lado de la ventana. Sería un pájaro. O tal vez el espíritu arrebatado de alguien, vía al confín del universo.

—Lo siento —se disculpó Tengo—. Ya estoy bien. No ha sido nada. Continúe, por favor.

El profesor asintió y comenzó de nuevo.

—Como resultado de aquel violento tiroteo, la comuna escindida, Amanecer, desapareció en 1981. De eso hace tres años. El incidente ocurrió cuatro años después de la llegada de Fukaeri a esta casa. Pero, por ahora, el asunto de Amanecer no viene a cuento.

»Eri tenía diez años cuando se vino a vivir con nosotros. La Eri que apareció sin previo aviso en la puerta de la casa no era la Eri que yo había conocido. Siempre había sido una niña callada, que no hablaba con extraños. Sin embargo, desde pequeña, se había encariñado conmigo y me hablaba mucho. Pero en aquel momento se encontraba en tal estado que era incapaz de mantener una conversación. Parecía haber perdido la facultad de hablar. Cuando uno se dirigía a ella, sólo era capaz de asentir o negar con la cabeza.

La manera de hablar del profesor se había acelerado un poco y su voz era ahora más clara. Desde que Fukaeri se había levantado del asiento, la charla daba señales de haber avanzado en cierto grado.

—Llegar hasta la cima de la montaña debió de ser muy penoso. Tenía un poco de dinero y un papel en el que llevaba escrita nuestra dirección, pero hay que tener en cuenta que había sido criada en un entorno aislado y que, por encima de todo, era incapaz de decir una palabra. Aun así, utilizando los medios de transporte, con la nota en la mano, consiguió llegar hasta la puerta de nuestra casa.

»Supe a primera vista que le había pasado algo malo. Entre la empleada del hogar y Azami se ocuparon de ella. Varios días después, cuando Eri dio muestras de haberse calmado, llamé por teléfono a Vanguardia y les dije que quería hablar con Fukada, pero me respondieron que en ese momento no podía ponerse. Cuando les pregunté por qué, no me quisieron contestar. Entonces les pedí que me pusieran con su esposa. Me respondieron que ella tampoco podía ponerse. Al final no pude hablar con nadie.

—¿Le dijo a la persona que estaba al otro lado de la línea que estaba acogiendo a Eri en su casa?

El profesor sacudió la cabeza.

—No. Supuse que si no podía decírselo directamente a Fukada, sería mejor callarlo. Por supuesto, más tarde intenté ponerme en contacto con Fukada varias veces. Usé todos los medios, pero nada dio resultado.

Tengo frunció el ceño.

—¿Quiere decir que en estos siete años no ha logrado ponerse en contacto con ellos ni una sola vez?

El profesor asintió.

—Ni una noticia de ellos durante siete años.

—¿Y los padres de Eri no la han buscado durante todo este tiempo?

—Pues la verdad es que es incomprensible, porque, para el matrimonio Fukada, Eri era lo más valioso, lo que más querían en este mundo. Y si Eri estaba en algún lugar, tenía que ser necesariamente en mi casa. Ambos habían roto la relación con sus familias, y Eri no ha llegado a conocer a sus abuelos. Nosotros éramos los únicos en quienes podía confiar. Es más, ellos mismos me habían dicho que, si pasara algo, Eri acudiría a nosotros. Sin embargo, no se han puesto en contacto conmigo. Parece mentira.

—Hace un momento ha dicho que Vanguardia es una comuna transparente, ¿no? —preguntó Tengo.

—En efecto. Desde su creación, Vanguardia siempre funcionó como una comuna transparente. Pero poco antes de que Eri hubiera huido, Vanguardia

empezó a romper progresivamente sus relaciones con el exterior. Me di cuenta de ello por primera vez cuando la comunicación con Fukada empezó a estancarse. A Fukada le gustaba mucho escribir cartas y siempre me enviaba largas misivas en las que me hablaba de lo que ocurría dentro de la comuna y de sus sentimientos íntimos. Pero a partir de cierto momento, eso se interrumpió. Si le enviaba yo una carta a él, no recibía respuesta. Lo llamaba por teléfono y casi nunca respondía. Cuando lo hacía, la conversación se terminaba enseguida. Además, Fukada hablaba con frialdad, como si supiera que alguien nos estaba escuchando a escondidas.

El profesor juntó las manos sobre las rodillas.

—Visité Vanguardia en varias ocasiones. Necesitaba hablar con Fukada sobre Eri, y como el teléfono y las cartas habían fallado, no me quedó más remedio que plantarme allí sin más. Sin embargo, no me dejaron entrar en el terreno. Al llegar a la entrada, me echaban literalmente de allí. No me permitieron verlo bajo ninguna circunstancia. De repente, cercaron el terreno de Vanguardia con una reja alta y daban con la puerta en las narices a toda persona ajena.

»Fuera de allí, nadie tenía ni idea de qué ocurría en el interior de la comuna. Entendía que Amanecer, la facción a favor de la lucha armada, hubiera adoptado una postura secretista. Aspiraban a una revolución mediante la fuerza de las armas y, por lo tanto, tenían que esconderse. Pero en Vanguardia eran pacíficos; simplemente se dedicaban a la agricultura orgánica y siempre habían adoptado una postura amistosa frente al mundo exterior. Justo por eso los paisanos lo veían con buenos ojos. Sin embargo, por aquel entonces, la comuna era como una fortaleza. La actitud y el semblante de la gente que allí se encontraba también parecían haber cambiado. Las gentes de los alrededores estaban igual de perplejas que yo por la transformación de Vanguardia. Cuando pienso que podría haberle ocurrido algo al matrimonio Fukada, no puedo evitar preocuparme. Así han pasado estos siete años, sin una sola noticia.

—¿Ni siquiera sabe si están vivos? —preguntó Tengo.

—No, ni siquiera eso. No tengo ninguna pista. Intento no ponerme en el peor de los casos, pero no es normal que Fukada no se haya puesto en contacto conmigo ni una sola vez durante estos siete años. No puedo evitar pensar que les ha sucedido algo. —En ese punto, el profesor bajó el volumen de su voz—. Quizá los retengan a la fuerza en el interior. O quizá les haya ocurrido algo peor.

—¿Algo peor?

—Me refiero a que no podemos descartar la peor de las posibilidades. Vanguardia ya no es la pacífica comuna agrícola de antes.

—¿Quiere decir que esa organización ha empezado a tomar un rumbo peligroso?

—Eso es lo que yo creo. Según la gente de la zona, parece ser que el número de personas que entra y sale de Vanguardia ha aumentado mucho. Incluso hay coches que entran y salen a menudo. Muchos de ellos con matrícula de Tokio. De vez en cuando se ven grandes coches de lujo, lo cual resulta extraño en una zona rural. Al parecer, el número de miembros de la comuna también ha aumentado de forma vertiginosa. Han construido más edificios e instalaciones y los han equipado. También están comprando activamente los terrenos colindantes a bajo coste y están metiendo tractores, excavadoras y hormigoneras. Continúan con las labores agrícolas, igual que antes, y eso debe de ser una valiosa fuente de ingresos. Las hortalizas de la marca Vanguardia son cada vez más conocidas y las envían directamente a los restaurantes y otros locales en donde se ofrecen productos frescos. También tienen contratos con supermercados de lujo. Supongo que los beneficios también deben de haber aumentado. Pero, al mismo tiempo, parece que *algo* más se está llevando a cabo allí dentro, aparte de la actividad agrícola. Por muchos productos del campo que vendan, es imposible obtener los fondos necesarios para cubrir los gastos derivados de tal ampliación. Y la gente de la zona sospecha que, si están llevando algo a cabo dentro de Vanguardia y lo mantienen con tanto secretismo, será porque se trata de algo que no quieren que la sociedad sepa.

—¿Se refiere a que se están involucrando de nuevo en política? —preguntó Tengo.

—No creo que se trate de política —contestó el profesor de inmediato—. Vanguardia funciona a otro nivel, distinto del de la política. Por eso mismo, en un momento dado, tuvieron que cortar las relaciones con Amanecer.

—Y después sucedió algo en Vanguardia y Fukaeri tuvo que huir.

—Sucedió algo —dijo el profesor—. Tuvo una experiencia traumática. Tanto como para abandonar a sus padres y escaparse ella sola. Pero Eri no nos ha contado nada.

—¿No será que tuvo un *shock*, que le han causado una herida en el corazón o que es incapaz de explicarlo con palabras?

—No. No tiene pinta de haber recibido un *shock*, de que le tenga miedo a algo o de que esté preocupada por haber dejado a sus padres y haberse quedado

sola. Se trata de mera impasibilidad. Sin embargo, Eri se ha adaptado a la vida en nuestra casa sin ningún problema. Incluso se podría decir que con demasiada facilidad. —El profesor miró hacia la puerta de la sala de visitas. Luego volvió a mirar a Tengo a la cara—. Aunque a Eri le haya ocurrido algo, no ha querido forzar su corazón. Creo que lo que necesita es tiempo. Por eso he evitado hacerle preguntas y aparento despreocupación, aunque no hable. Eri siempre está con Azami. Cuando Azami vuelve del colegio, en cuanto comen, se encierran las dos en su habitación. No sé qué harán. Quizá charlen las dos sobre sus cosas. De todas formas, yo nunca he husmeado y siempre las he dejado a su aire. Aparte del hecho de que no hable, nunca hemos tenido ningún problema en el día a día. Es una chica inteligente que sabe escuchar lo que se le dice. Azami era su amiga del alma. Pero en aquella época Eri no iba a la escuela, porque una niña que no hablaba ni una palabra no podía ir al colegio.

—¿Hasta entonces, usted y Azami habían vivido los dos solos?

—Mi mujer falleció hace diez años —dijo el profesor. Luego hizo una breve pausa—. Tuvo un accidente de coche y se murió en el acto. Nos quedamos los dos solos. Una pariente lejana vive en este barrio y nos ayuda con las faenas de la casa. También se ocupa de las niñas. La muerte de mi esposa fue muy dura para mí y para Azami, porque ocurrió de golpe y no estábamos preparados. Por eso, la llegada de Eri y nuestra convivencia con ella supusieron un motivo de alegría para nosotros. Aunque no hablara, sólo el hecho de tenerla junto a nosotros ya hacía que nos sintiéramos, extrañamente, más tranquilos. Durante estos siete años, Eri ha ido recuperando el habla, aunque haya sido de forma paulatina. Su capacidad para hablar ha mejorado visiblemente respecto a cuando llegó a nuestra casa. Supongo que a los demás esa manera de hablar les parecerá anormal y extraña. Pero para nosotros ha hecho grandes progresos.

—¿Ahora no va al colegio?

—No, no va. En estos momentos sólo está matriculada. Realmente es imposible que continúe con la vida escolar; así que algunos alumnos que vienen a casa y yo somos los que le damos clases particulares cuando tenemos tiempo libre. Sin embargo, como al fin y al cabo no es más que un revoltijo, no se puede decir que se trate de una educación sistematizada. Como le costaba leer por sí sola, decidimos leerle en voz alta cuando se nos presentaba la ocasión. También le hemos comprado y puesto a su disposición casetes con historias leídas. Ésa es toda la educación que recibe. Pero sorprende lo inteligente que es esta chica. Todo lo que se propone aprender, lo aprende de manera eficiente en muy poco

tiempo. Tiene una capacidad pasmosa. Sin embargo, lo que no le interesa, lo ignora por completo. La diferencia es muy grande.

La puerta de la sala de visitas todavía estaba cerrada. Hervir el agua y servir el té debía de llevar su tiempo.

—Entonces, ¿Eri le contó la historia de *La crisálida de aire* a Azami? —preguntó Tengo.

—Como te he dicho antes, Eri y Azami se encerraban juntas en su habitación hasta el anochecer. No sé qué hacían. Era su secreto. Pero parece que, a partir de cierto momento, el principal tema de conversación entre las dos era la historia que Eri narraba. Azami anotaba o grababa lo que Eri contaba y luego lo escribía en el ordenador que tengo en mi estudio. A partir de entonces, fue como si Eri recuperara paulatinamente los sentimientos. La indiferencia que la cubría entera, como una membrana, se rompió, su rostro volvió a tener cierta expresividad y empezó a parecerse más a la Eri de antes.

—¿Desde entonces empezó a recuperarse?

—No del todo. Sólo de manera parcial. Pero ha sucedido así. Seguramente empezara a recuperarse gracias al hecho de narrar esa historia.

Tengo reflexionó sobre ello. A continuación, cambió de tema.

—¿Ha hablado con la policía sobre la ausencia de noticias de los Fukada?

—Bueno, fui a la policía local. No les hablé de Eri, pero les dije que hacía tiempo que me era imposible ponerme en contacto con unos amigos que estaban dentro de la comuna y que me preguntaba si no los tendrían retenidos. Sin embargo, en aquel momento, la policía no podía hacer nada. El terreno de Vanguardia era propiedad privada y, sin pruebas de que estuviera cometiéndose un acto delictivo, no podían poner un pie en el interior. Por más que hablara con ellos, no iban a intervenir. Y en 1979 conseguir una orden de investigación era prácticamente imposible.

De repente, el profesor negó varias veces con la cabeza, como si se hubiera acordado de algo.

—¿Ocurrió algo en 1979? —preguntó Tengo.

—Ese año, Vanguardia obtuvo la autorización de comunidad religiosa con personalidad jurídica.

Tengo perdió el habla durante un instante.

—¿Comunidad religiosa con personalidad jurídica?

—La verdad es que resulta sorprendente —dijo el profesor—. De la noche a la mañana, Vanguardia se convirtió en «Vanguardia, comunidad religiosa con

personalidad jurídica». El gobernador de la prefectura de Yamanashi les concedió una autorización oficial. Una vez que se tiene el título de comunidad religiosa con personalidad jurídica es muy difícil que la policía pueda entrar para investigar, porque amenazaría la libertad de credo garantizada por la Constitución. Además, parecía que Vanguardia había dejado a una persona encargada de los asuntos legales y estaba adoptando una posición defensiva bastante firme. La policía local no podía competir con ellos.

»Yo también me quedé pasmado cuando la policía me contó lo de la comunidad religiosa con personalidad jurídica. Al principio no me lo creí, fue como si me hubieran dado una bofetada, y aun después de que me hubieran enseñado los correspondientes documentos y de haber comprobado la realidad con mis propios ojos, me costó asumirlo. Mi amistad con Fukada venía de lejos. Conocía su personalidad y su forma de ser. Como me había dedicado a la antropología cultural, mi relación con la religión no era superficial. Pero él, a diferencia de mí, era un hombre político hasta la médula, un hombre que se regía por la lógica. Más bien sentía una aversión fisiológica hacia todas las corrientes religiosas. No admitiría una autorización de comunidad religiosa con personalidad jurídica, ni siquiera por motivos estratégicos.

—Además, supongo que conseguirla no resultaría nada fácil.

—No necesariamente —dijo el profesor—. Se realizan numerosas pruebas de calificación y, por supuesto, es necesario pasar por complicados trámites burocráticos, pero realizando maniobras políticas por detrás, superar ese tipo de obstáculos es bastante fácil. La línea que separa lo que es una religión propiamente dicha de una secta siempre ha sido ambigua. No hay una definición precisa y sólo queda la interpretación. Y cuando hay margen para la interpretación, siempre hay margen para la intervención de la política y el poder. Una vez obtenida la autorización de comunidad religiosa con personalidad jurídica se reciben ventajas fiscales y un cálido amparo legal.

—En fin, que Vanguardia dejó de ser una simple comuna agrícola para convertirse en una organización religiosa. Y una organización religiosa sumamente hermética.

—Un nuevo movimiento religioso. En otras palabras, una secta.

—Me cuesta entenderlo. Debía de haber un motivo importante para realizar semejante cambio.

El profesor se miró las manos. En el dorso le nacían numerosos pelos retorcidos de color gris.

—Desde luego. Está claro que hubo algo que propició esa transformación. Llevo mucho tiempo dándole vueltas. Se me han ocurrido diversas posibilidades, pero no tengo ni idea. ¿Cuál podría ser el motivo? Han adoptado un secretismo total y es imposible saber qué situación se vive ahí dentro. Además, el nombre de Fukada, que era el dirigente de Vanguardia, ha dejado de mencionarse públicamente.

—Y después del tiroteo que ocurrió hace tres años, Amanecer desapareció —dijo Tengo.

El profesor asintió.

—Vanguardia, que realmente se deshizo de Amanecer, ha sobrevivido y ha logrado desarrollarse como organización religiosa.

—Quiere decir, en definitiva, que el incidente del tiroteo no supuso ningún perjuicio para Vanguardia, ¿verdad?

—Eso es —dijo el profesor—. Al revés, incluso les sirvió de propaganda. Son unos tipos listos. Supieron sacar provecho de la situación. Pero, sin embargo, eso ocurrió después de que Eri hubiera abandonado Vanguardia. Como te dije antes, no creo que tenga una relación directa con ella.

Parecía necesario cambiar de tema.

—¿Ha leído *La crisálida de aire*? —le preguntó Tengo.

—Por supuesto.

—¿Qué le ha parecido?

—Es una historia interesantísima —contestó el profesor—. Absolutamente sugestiva. Pero, para serte franco, no entiendo qué sugiere. ¿Qué significa la cabra ciega? ¿Qué quieren decir la Little People y la crisálida de aire?

—¿No cree que la historia puede aludir a algo concreto que Eri haya vivido o de lo que Eri haya sido testigo en Vanguardia?

—Tal vez, pero me resulta difícil discernir hasta dónde es realidad y hasta dónde ficción. Se puede leer como una especie de relato mitológico o como una ingeniosa alegoría.

—Eri me dijo que la Little People existía en la realidad.

Al escuchar aquello, el profesor se quedó un buen rato con cara de circunstancia.

—Es decir, ¿que crees que la historia narrada en *La crisálida de aire* ocurrió *en la realidad*?

Tengo sacudió la cabeza.

—Lo que quiero decir es que la historia está narrada con minuciosidad y con

un nivel de detalle extremadamente realista y que, para una novela, eso es un punto fuerte.

—Y al reescribir la historia con tu propio estilo, siguiendo la línea del argumento, pretendes dar una forma más clara a ese algo sugerido. ¿Me equivoco?

—No, siempre que salga bien, claro.

—Mi especialidad es la antropología —dijo el profesor—. Ya no soy un estudioso, pero el espíritu de la disciplina siempre me acompaña. Uno de los objetivos de la antropología es relativizar las imágenes particulares que poseen los individuos, encontrar en ellas elementos comunes universales a todos los seres humanos y luego devolvérselos como *feedback* al individuo. De esta manera es posible que la persona obtenga una posición dentro de algo a lo que pertenece sin dejar de ser autónomo. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Creo que sí.

—Probablemente sea la misma operación que se te pide a ti.

Tengo extendió las manos sobre las rodillas.

—Parece difícil.

—Pero vale la pena intentarlo.

—Yo ni siquiera sé si estoy capacitado para hacerlo.

El profesor lo miró a la cara. En sus ojos brillaba una luz especial.

—Lo que quiero saber es qué le ocurrió a Eri en Vanguardia. Y qué le ha deparado el destino al matrimonio Fukada. Durante los últimos siete años he hecho todo lo posible por esclarecerlo, pero al final no he encontrado ni una sola pista. El muro que me bloqueaba el camino era inexpugnable. Quizá la clave para resolver el misterio se esconda dentro de la historia de *La crisálida de aire*. Si existe esa posibilidad, por ínfima que sea, quiero jugármela por ella. No sé si estás capacitado o no, pero sientes una gran estima por la obra y estás metido hasta el fondo en ella. Puede que eso te capacite.

—Hay algo que quiero que, sin dudarlo, me confirme. Sí o no —dijo Tengo —. Para eso he venido hoy aquí. ¿Me da su permiso para que corrija *La crisálida de aire*?

El profesor asintió.

—A mí también me gustaría leer tu versión de *La crisálida de aire*. Eri parece confiar plenamente en ti. No tiene a nadie más como tú a excepción, por supuesto, de Azami y yo; así que puedes intentarlo. Dejo la obra en tus manos. Es decir, que la respuesta es sí.

Cuando cesó la conversación, un silencio plomizo invadió la sala, como si el destino lo hubiera querido así. Justo en ese instante, Fukaeri entró con el té, como si hubiera calculado el momento en que la charla se iba a acabar.

El camino de regreso lo hizo solo. Fukaeri salió a pasear al perro. Llamaron a un taxi para que llegara justo a la hora del tren, y él fue hasta Futamatao. Luego se cambió a la línea Chūō en Tachikawa.

En la estación de Mitaka, una madre y su hija se sentaron frente a él. Iban muy bien arregladas. La ropa que se habían puesto no era cara o recién comprada, en absoluto, pero estaba limpia y se veía cuidada con esmero. Las partes blancas eran de un blanco impoluto, y estaba bien planchada. La hija iría a segundo o tercero de primaria. Era una niña guapa de ojos grandes. La madre, delgada, llevaba el pelo recogido atrás, tenía unas gafas de montura negra y llevaba una bolsa descolorida de tela gruesa. La bolsa parecía repleta de algo. Ella también era bastante guapa, pero a ambos lados de los ojos afloraba un cansancio psicológico que la hacía parecer más vieja de lo que probablemente era. A pesar de ser tan sólo mediados de abril, llevaban un parasol. Estaba bien enrollado, como una vara reseca.

Ambas permanecieron calladas durante todo el trayecto, sin moverse del sitio. La madre parecía estar haciendo planes mentalmente. La hija, sentada a su lado, sin nada que hacer, miraba sus zapatos, miraba al suelo, miraba la publicidad colgada del techo o miraba de reojo a Tengo, que estaba sentado enfrente. Parecía sentir curiosidad por su corpulencia y sus orejas arrugadas. Los niños pequeños solían examinarlo con esa mirada. Como si observaran a un animal extraño pero inofensivo. La niña inspeccionaba distintas cosas a su alrededor, sin apenas girar el cuerpo o la cabeza, tan sólo moviendo animadamente los ojos.

Madre e hija se apearon en la estación de Ogikubo. Cuando el tren disminuyó la velocidad, la madre agarró el parasol y se levantó del asiento sin decir nada. El parasol en la mano izquierda y la bolsa de tela en la derecha. La hija la siguió al instante. Se levantó deprisa y se bajó del tren detrás de la madre. Al erguirse, volvió a mirar a Tengo de reojo. Sus ojos albergaban una luz misteriosa que parecía pedir algo o denunciar algo. Aunque la luz era tenue, Tengo podía captarla. Sintió que la niña estaba emitiendo una señal. Pero,

evidentemente, Tengo no podía hacer nada. Desconocía la situación, no tenía derecho a inmiscuirse. La niña se bajó del tren en la estación de Ogikubo con su madre, la puerta se cerró y Tengo siguió su camino hacia la siguiente estación sin levantarse del asiento. Tres estudiantes de secundaria que debían de volver de un examen ocuparon el lugar en que la niña había estado sentada y se pusieron a hablar bulliciosamente en voz alta. Sin embargo, la serena y accidental imagen de la niña permaneció durante un buen rato.

Los ojos de aquella niña le recordaron a otra. Una que había ido a su misma clase durante tercero y cuarto de primaria. Tenía la misma mirada que la niña de hace un momento. Observaba fijamente a Tengo con aquellos ojos. Entonces…

Los padres de aquella niña eran devotos de una comunidad religiosa conocida como «Asociación de los Testigos». Era una secta del cristianismo que hablaba sobre el fin del mundo, predicaba fervorosamente el Evangelio y obedecía al pie de la letra lo que decía la Biblia. Por ejemplo, no admitían las transfusiones de sangre; por tanto, si uno de los devotos sufría una herida grave en un accidente de tráfico, sus posibilidades de sobrevivir se reducían de forma drástica. Tampoco podían realizárseles grandes operaciones quirúrgicas. A cambio, cuando llegara el fin del mundo, sobrevivirían como el pueblo elegido por Dios y vivirían durante mil años en un mundo de beatitud.

Aquella niña, igual que la de hace un rato, tenía unos ojos grandes y hermosos. Eran impresionantes. También tenía las facciones bonitas. Pero su rostro siempre estaba cubierto con una especie de película opaca, para eliminar cualquier atisbo de emoción. No hablaba con nadie, a no ser que fuera estrictamente necesario. Tampoco dejaba que los sentimientos aflorasen a su rostro. Sus finos labios siempre permanecían cerrados.

Lo primero que le interesó a Tengo de ella era que los fines de semana acompañaba a su madre en la predicación del Evangelio. En las familias de la Asociación de los Testigos, tan pronto como un niño podía andar se le pedía que acompañara a sus padres en la evangelización. Desde los tres años de edad había caminado con su madre de casa en casa, distribuyendo un folleto llamado *Ante el diluvio* y explicando la doctrina de la Asociación de los Testigos. A Dios le llamaban «Señor». Naturalmente, en la mayoría de las casas las echaban. Les daban con la puerta en las narices. Su doctrina era demasiado intolerante y, por otro lado, se alejaba de la realidad —por lo menos, de la realidad que concebía la

mayoría de la sociedad. No obstante, muy de vez en cuando había alguien que las escuchaba. En el mundo hay gente que busca a alguien con quien hablar, sea de lo que sea. Y, entre aquellas personas, aunque fuera en muy contadas ocasiones, también había quien pasaba a formar parte de la congregación. Ellas iban de casa en casa, tocando al timbre, en busca de esa posibilidad de cada mil. Les habían encomendado la misión sagrada de esforzarse sin cesar para conseguir el despertar del mundo, aunque fuera débilmente. Y cuanto más dura fuera su misión, cuanto más alto estuviera el umbral, mayor sería la dicha que obtendrían.

La niña daba vueltas con su madre, predicando. La madre llevaba en una mano una bolsa de tela llena de ejemplares de *Ante el diluvio*, y en la otra solía llevar un parasol. A unos cuantos pasos la seguía la hija. Ella siempre tenía los labios sellados, totalmente inexpresiva. Tengo se la había cruzado varias veces cuando había acompañado a su padre en las rutas de cobro de la tarifa de recepción de la NHK. Él la observaba y ella también lo observaba a él. Cada vez tenía la impresión de que algo brillaba furtivamente en su mirada. Pero nunca hablaron, claro. Ni siquiera se saludaban. El padre de Tengo estaba ocupado intentando mejorar el rendimiento de sus cobros, y la madre de ella estaba ocupada hablando sobre el fin del mundo que había de sobrevenir. Los dos chavales sólo se cruzaban de forma apresurada por las calles los domingos, arrastrados por sus padres, e intercambiaban miradas durante un instante.

Todos los alumnos de la clase sabían que ella era devota de la Asociación de los Testigos. Debido a «motivos de fe» no participaba en las celebraciones navideñas, ni en las excursiones o viajes de estudios a templos sintoístas o budistas. Tampoco participaba en las competiciones deportivas ni cantaba el himno de la escuela, ni el himno nacional. Ese comportamiento, incomprensible y poco común, la aislaba cada vez más del resto de la clase. Al mediodía, antes del almuerzo en el colegio, tenía que rezar, sin falta, una oración especial. Debía hacerlo en voz alta, para que todos la oyeran bien. Por supuesto, al resto de los niños aquella oración les parecía espeluznante. Ella seguramente no quería hacerlo delante de todos, pero le habían inculcado que tenía que rezar la oración antes de comer y, aunque los demás devotos no la vieran, no podía descuidar su obligación, porque el «Señor» prestaba atención a todo desde los cielos.

«Padre nuestro, que estás en el cielo. Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Perdona nuestras ofensas y bendice nuestro humilde caminar. Amén».

La memoria es algo extraño. Se acordaba perfectamente, a pesar de haber ocurrido veinte años atrás. *Venga a nosotros tu reino*. Cada vez que escuchaba esa oración, el Tengo estudiante de primaria se preguntaba: «¿Qué clase de reino será ése?». ¿Tendría NHK? Seguro que no. Y si no había NHK, lógicamente tampoco había cobro. Por lo tanto, sería mejor que ese reino llegara cuanto antes.

Tengo nunca se había dirigido a ella, ya que, aunque iban a la misma clase, no había tenido ninguna ocasión de hablarle directamente. Ella siempre estaba sola, apartada de los demás, y no hablaba con nadie a no ser que fuera necesario. No era el ambiente más propicio para acercarse a ella y dirigirle la palabra. Pero, en su corazón, Tengo la compadecía. Además, tenían en común que los días de fiesta debían ir con sus padres de puerta en puerta, llamando a los timbres. Pese a las diferencias entre la actividad evangelizadora y el negocio de cobrar, Tengo sabía cuánto podía herir a un niño que lo obligaran a realizar ese papel. Los domingos, los niños debían jugar cuanto quisieran con sus compañeros, y no amenazar a la gente para cobrar dinero o andar anunciando un final terrible para el mundo. Eso podían hacerlo los adultos —si lo consideraban necesario.

Solamente en una ocasión, debido a ciertas circunstancias, Tengo le echó una mano a la niña. Fue en el otoño de cuarto curso. Durante un experimento en la clase de ciencias, la compañera de mesa le lanzó palabras muy duras, porque se había confundido en los pasos de la prueba. Tengo no se acordaba exactamente de cuál fue el error. En ese momento, un niño se burló de ella porque predicaba el Evangelio para la Asociación de los Testigos. Porque iba de casa en casa repartiendo estúpidos panfletos. Entonces el niño la llamo «Señor». Aquello era algo inusual, puesto que normalmente, en vez de meterse con ella o burlarse, lo que hacían era tratarla como si no existiera o ignorarla por completo. Pero en actividades en grupo, como los experimentos de ciencias, no podían excluirla. Las palabras que le lanzaron en aquella ocasión eran igual que dardos cargados de veneno. Tengo, que estaba en el grupo de la mesa de al lado, fue incapaz de hacer oídos sordos. No sabía por qué, pero no podía quedarse así, sin hacer nada.

Fue hasta allí y le dijo que se pasara a su grupo. Lo hizo de manera casi impulsiva, sin reflexionar, sin titubear. Entonces le explicó amablemente el truco del experimento. Ella escuchó con atención lo que Tengo le decía, lo asimiló y no volvió a cometer el mismo error. Aquélla fue la primera (y la última) vez, después de dos años en la misma clase, que habló con ella. Tengo sacaba buenas

notas y era grande y fuerte. Todos le respetaban. Por eso nadie se burló de que la hubiera protegido —al menos delante de él. Pero como había ayudado a «Señor», su valoración entre la clase pareció descender, calladamente, un punto en la escala. Debían de creer que, al haberse mezclado con aquella muchacha, le había contagiado un poco de su tiña.

Pero a Tengo le daba igual, porque sabía que ella era una niña normal y corriente. Si sus padres no hubieran pertenecido a la Asociación de los Testigos, habría crecido como cualquier otra niña normal y todos la habrían aceptado. Seguro que tendría buenos amigos. Pero por el simple hecho de que sus padres fueran miembros de esa comunidad, en la escuela la trataban como si fuera invisible. Nadie le dirigía la palabra. Ni siquiera la miraban. A Tengo le parecía sumamente injusto.

Después de aquello, Tengo y la niña no volvieron a hablarse. No les fue necesario hacerlo, ni tuvieron la ocasión. Sin embargo, cuando por un azar sus miradas se cruzaban, en la cara de la niña afloraba el color de cierto nerviosismo. Tengo se daba cuenta. Quizá le había molestado que se hubiera dirigido a ella durante aquel experimento de ciencias. Tal vez la había irritado y ella hubiera preferido que la dejara en paz. Tengo era incapaz de hacerse una idea al respecto. Todavía era un niño y no sabía leer la sutil actividad de la mente en el semblante de los demás.

Entonces, un buen día, ella lo agarró de la mano. Fue en una tarde despejada de principios de diciembre. Al otro lado de la ventana se veía el cielo claro y una nube blanca y recta. Casualmente, después de la limpieza del aula, al acabar las clases, ella y Tengo se habían quedado solos. No había nadie más. La niña atravesó el aula con paso ligero, como decidida a hacer algo, fue junto a Tengo y se quedó de pie a su lado. Luego le agarró la mano, sin titubear, y levantó la cabeza para mirarlo fijamente a la cara (Tengo era diez centímetros más alto que ella). Él también la miró a ella, sorprendido. Sus miradas se encontraron. Tengo sintió en los ojos de ella una profundidad diáfana que nunca antes había visto. Ella lo tuvo agarrado de la mano, en silencio, durante un buen rato. Con fuerza, sin aflojar ni un solo instante. A continuación, lo soltó de golpe, agitó el bajo de la falda y salió corriendo a toda prisa del aula.

Tengo se quedó allí plantado durante un rato, desconcertado y sin habla. Lo primero que pensó fue que esperaba que nadie los hubiera visto. Si los hubieran visto, ni se imaginaba la que podría montarse. Miró a su alrededor y respiró aliviado. Luego sintió una profunda turbación.

La madre y la hija que habían viajado sentadas frente a él desde la estación de Mitaka hasta la de Ogikubo quizá fueran devotas de la Asociación de los Testigos. A lo mejor iban a predicar el Evangelio, como cada domingo. La bolsa de tela hinchada parecía estar llena de panfletos de *Ante el diluvio*. El parasol que llevaba la madre y la luz que chispeaba en los ojos de la niña le recordaban a la niña taciturna de su clase.

No, puede que no fueran fieles de la Asociación de los Testigos, sino, simplemente, una madre y una hija normales y corrientes, de camino a alguna clase. En la bolsa de tela llevarían partituras de piano, un set de caligrafía o algo por el estilo. «Soy yo, que ando demasiado sensible», pensó Tengo. Luego cerró los ojos y tomó aliento, poco a poco. Los domingos el tiempo transcurría de una manera extraña y todo a su alrededor se deformaba de una manera extraña.

De vuelta en casa se preparó una cena sencilla. Ahora que se acordaba, no había almorzado. Después de la cena pensó en llamar por teléfono a Komatsu. Seguro que estaba deseando oír cómo había ido el encuentro. Pero era domingo y no se hallaría en la empresa. Además, no sabía el número de teléfono de la casa de Komatsu. Bueno, si quería enterarse, ya llamaría él.

Cuando las agujas del reloj marcaron las diez, y Tengo ya pensaba irse a la cama, sonó el teléfono. Supuso que se trataría de Komatsu pero al coger el aparato, se escuchó la voz de su novia mayor.

—Oye, te prometo que no voy a quitarte mucho tiempo, pero ¿puedo ir a tu casa pasado mañana por la tarde, aunque sea un rato? —le dijo ella.

De fondo, sonaba flojito una música de piano. Su marido no debía de estar en casa. «Vale», le contestó Tengo. Si venía, tendría que interrumpir durante un rato la corrección de *La crisálida de aire*. Sin embargo, al escuchar su voz, Tengo se dio cuenta de que deseaba intensamente el cuerpo de ella. Colgó el teléfono, fue a la cocina, se sirvió un vaso de Wild Turkey y se lo bebió a pelo, de pie, delante del fregadero. A continuación, se metió en la cama, leyó unas cuantas páginas de un libro y se durmió.

El largo y extraño domingo de Tengo anunciaba así su fin.

13
AOMAME

Víctima de nacimiento

Cuando se despertó, sintió que tenía una resaca bastante seria. Aomame nunca sufría resacas. Por mucho que bebiera, al día siguiente tenía la mente despejada y podía ocuparse al instante de otros asuntos. Era algo de lo que se sentía orgullosa. Pero aquel día padecía un dolor sordo en las sienes y una ligera neblina le afectaba a los sentidos. Sentía como si le apretaran paulatinamente un aro de hierro en torno a la cabeza. Las manecillas del reloj ya pasaban de las diez. La luz matinal próxima al mediodía la irritaba en el fondo de los ojos, como si le clavara agujas. El ruido del motor de una motocicleta que pasaba por la calle de enfrente se transformaba en la habitación en el estruendo de una máquina de tortura.

Dormía en su propia cama completamente desnuda, pero no se acordaba en absoluto de cómo había logrado volver a casa. La ropa que se había puesto la noche anterior había sido arrojada con violencia al suelo. Parecía que se había desvestido quitándosela de un tirón. El bolso bandolera estaba sobre el escritorio. Pasó por encima de las prendas desparramadas en el suelo, fue a la cocina y se bebió varios vasos de agua del grifo, uno tras otro. Luego fue al baño, se lavó la cara con agua fría y miró su cuerpo desnudo en un gran espejo. Inspeccionó cada recoveco detenidamente, pero no había rastro de nada. Soltó un suspiro de alivio. Menos mal. Sin embargo, en la mitad inferior de su cuerpo aún permanecía, débilmente, la sensación que siempre tenía al día siguiente cuando practicaba sexo salvaje: una dulce languidez, igual que si le revolvieran el cuerpo hasta el fondo. A continuación se dio cuenta de que también sentía un ligero malestar en el ano. «¡Joder!», pensó Aomame. Entonces se presionó las sienes con la yema de los dedos. «Esos capullos también me lo han hecho por ahí». Pero no recordaba que le hubiera disgustado.

Con los sentidos todavía enturbiados, apoyó las manos en la pared y se tomó una ducha caliente. Se refregó todo el cuerpo con jabón y eliminó de él los recuerdos —algo que no se parecía ni por asomo a un recuerdo— de la noche anterior. Limpió con especial esmero el sexo y el ano. También se lavó el pelo. Para quitarse el mal sabor de boca, se cepilló los dientes a conciencia a pesar de que no le gustaba la fragancia a menta de la pasta dentífrica. Luego recogió la ropa interior y las medias del suelo del dormitorio y las lanzó a la cesta de la ropa sucia para apartarlas de su vista.

Inspeccionó el contenido del bolso bandolera que estaba encima de la mesa. El monedero se encontraba en su sitio. También llevaba la tarjeta de crédito y la tarjeta del banco. El dinero en el interior del monedero apenas había disminuido. Parecía que lo único que había pagado la noche anterior fue el taxi de vuelta. De la bandolera sólo faltaban los preservativos que había preparado. Al contarlos, faltaban cuatro. ¿Cuatro? Dentro del monedero también llevaba doblado el cuaderno de notas, en donde había escrito un número de teléfono de Tokio. Pero no tenía ni idea de a quién pertenecía.

Se volvió a acostar en la cama e intentó recordar todo lo posible sobre la noche anterior. Ayumi se había acercado a la mesa de aquellos hombres, habían charlado amistosamente, se bebieron unas copas los cuatro juntos y todos se pusieron de buen humor. Luego vino lo rutinario. Reservaron dos habitaciones en un hotel próximo. Aomame hizo el amor con el del pelo ralo, tal y como habían pactado. Ayumi se llevó al joven y corpulento. El polvo no había estado nada mal. Los dos se habían metido juntos en la bañera y habían practicado sexo oral concienzudamente. Antes de la penetración, había prestado atención a que se hubiera puesto el preservativo.

Apenas una hora después, llamaron a la habitación. Ayumi les preguntó si podían ir allí. «Bebamos todos juntos». «De acuerdo», dijo Aomame. Al cabo de un rato llegaron Ayumi y su acompañante. Luego pidieron una botella de *whisky* y hielo al servicio de habitaciones y se lo bebieron entre los cuatro.

De lo que ocurrió posteriormente no se acordaba bien. Era como si una vez que los cuatro se habían reunido de nuevo, se hubiera emborrachado de repente. ¿Sería por culpa del *whisky* (Aomame no estaba acostumbrada a beberlo), o tal vez porque había bajado la guardia al no estar a solas con un hombre, como solía, sino que tenía a otra pareja al lado? Se acordaba vagamente de que después habían intercambiado las parejas y habían vuelto a hacer el amor. «Yo me lo monté con el joven en la cama y Ayumi folló con el del pelo ralo sobre el

sofá. Luego… Lo que ocurrió luego está rodeado de una densa niebla. No recuerdo nada. Bueno, casi mejor. Olvidémoslo todo así. Me desmadré e hice el amor a más no poder. Sólo eso. Además, en el futuro no volveré a encontrarme con esos tipos».

Pero «¿se habría puesto el condón, como es debido, la segunda vez?». Aomame se sintió preocupada. No le apetecía quedarse embarazada o padecer una enfermedad venérea por tal estupidez. Quizá no hubiera problema. Por muy borracha que estuviera, o por muy ofuscados que tuviera los sentidos, respecto a eso siempre estaba atenta.

¿Tenía algún trabajo pendiente en la agenda de hoy? No. Era domingo, así que no trabajaba. Mentira, se equivocó. No es cierto. A las tres de la tarde tenía que ir a la Villa de los Sauces, en Azabu, y ayudar a la señora a realizar estiramientos musculares. Hacía unos días, Tamaru se había puesto en contacto con ella para preguntarle si podrían pasar el plan del viernes al domingo, ya que la señora tenía que ir al hospital a hacerse unos análisis. Se había olvidado por completo. Pero todavía le quedaban cuatro horas y media hasta las tres de la tarde. Para entonces, la jaqueca le habría desaparecido y tendría los sentidos más despiertos.

Preparó café y envió varias tazas al fondo del estómago. Luego se puso boca arriba sobre la cama, desnuda, con tan sólo la toalla de baño sobre los hombros, y se pasó la mañana contemplando el techo. No le apetecía hacer nada. Sólo contemplar el techo, que no tenía nada de divertido, pero tampoco se podía quejar. El techo no estaba allí para divertir a la gente. El reloj señalaba el mediodía, pero no tenía ningún apetito. El ruido del motor de las motos y los coches volvía a resonarle en la cabeza. Era la primera vez que sufría una resaca tan seria.

Sin embargo, pese a ello, parecía que el sexo le había sentado bien. Al haber sido abrazada por un hombre, y su cuerpo desnudo haber sido observado, acariciado de arriba abajo, lamido, mordido, penetrado por un pene y haber experimentado varias veces el orgasmo, la amargura que le embargaba se había desanudado por completo. La resaca era penosa, por supuesto, pero la sensación total de liberación hacía que valiera la pena.

«Pero ¿hasta cuándo voy a seguir así?», pensó Aomame. «¿Hasta cuándo podré seguir así? Voy a cumplir treinta dentro de poco. Los cuarenta surgirán en breve en el horizonte.

»Pero ahora no quiero seguir pensando en ese problema. Ya me ocuparé de él

con calma en otro momento. Por ahora no existe ningún plazo urgente que me acucie. Para pensar seriamente en ello, ya…».

En ese instante llamaron al teléfono. A oídos de Aomame, sonó con un ruido ensordecedor. Como si fuera en un tren rápido que estuviera atravesando un túnel. Se levantó despacio de la cama y agarró el aparato. El gran reloj de pared marcaba las doce y media.

—¿Aomame? —dijo el interlocutor. Era una voz de mujer un poco ronca. Se trataba de Ayumi.

—¿Sí? —respondió Aomame.

—¿Te encuentras bien? Me has sonado como si acabara de atropellarte un autobús.

—Por poco, seguramente.

—¿Tienes resaca?

—Sí, y bastante fuerte —dijo Aomame—. ¿Cómo sabes el número de teléfono de mi casa?

—¿No te acuerdas? Me lo escribiste ayer. Me propusiste que quedáramos otra vez cerca de tu casa. Yo también debo de haber metido el mío en tu monedero.

—¿De veras? No me acuerdo.

—Sí. Como tenía la impresión de que quizá no te acordarías, estaba preocupada y he decidido llamarte —dijo Ayumi—. Me preguntaba si habrías llegado sana y salva a casa. Es que te subí en un taxi en el cruce de Roppongi y le dije tu dirección al conductor…

Aomame suspiró.

—No me acuerdo de nada, pero creo que llegué bien a casa, porque cuando me he despertado, estaba en la cama.

—Me alegro.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Trabajando, como es debido —contestó Ayumi—. Llevo desde las diez montada en el coche patrulla, ocupándome de las infracciones de estacionamiento. Ahora hago un descanso.

—¡Qué mérito! —exclamó Aomame, admirada.

—Tengo el sueño un poco atrasado, evidentemente, pero bueno, anoche me lo pasé muy bien. En mi vida había estado tan exultante. Gracias a ti, ¿eh?

Aomame se presionó las sienes con los dedos.

—A decir verdad, no me acuerdo muy bien de lo que sucedió en la segunda

parte. O sea, después de que vinierais a nuestra habitación.

—¡Jo! Es una pena —se lamentó Ayumi con voz seria—. A partir de ahí fue fantástico. Hicimos varias cosas los cuatro. No te lo vas a creer. Era como una peli porno. Hasta nos pusimos en plan lésbico, tú y yo, desnudas. Luego…

Aomame la interrumpió de forma precipitada.

—De acuerdo, pero ¿llevaban el condón bien puesto? Es que no me acuerdo y estoy preocupada.

—Claro. De eso ya me aseguré yo todas las veces, así que no te preocupes. Al fin y al cabo, además de ocuparme de infracciones de estacionamiento, también voy por los institutos de los diferentes barrios, reúno a las chicas en los salones de actos y les enseño con todo detalle cómo deben colocar el preservativo.

—¿Cómo colocar el preservativo? —preguntó Aomame sorprendida—. ¿Por qué se tiene que encargar un agente de policía de enseñarles eso a los estudiantes de instituto?

—Al principio el objetivo era ir por los colegios e informar sobre el peligro de las violaciones por conocidos, medidas frente a los pervertidos o métodos de prevención de delitos sexuales, pero de paso también les hablaba de ese tipo de cosas, como mensaje personal. En cierta medida, como era inevitable que tuvieran prácticas sexuales, los animaba a que se precavieran de embarazos no deseados y enfermedades venéreas. Aunque eso, obviamente, no se lo decía así delante de los profesores. Por lo tanto, se trata de algo parecido a una deformación profesional. Por mucho que beba, siempre soy precavida al respecto. No tienes por qué preocuparte, para nada. Estás limpia y brillante. «Sin condón, no hay penetración». Ese es mi lema.

—Gracias. Me alivia escuchar eso.

—¿Qué? ¿Quieres que te cuente con detalle lo que hicimos anoche?

—La próxima vez, ¿vale? —dijo Aomame. Luego expulsó todo el aire que había retenido en los pulmones—. Otro día me lo cuentas con detalle. Pero hoy no. Ya sólo con lo que me has contado tengo la cabeza como si me fuera a estallar.

—De acuerdo. La próxima vez —dijo Ayumi con voz alegre—. Pero, Aomame, lo he estado pensando desde que me he despertado esta mañana, y creo que formamos un buen equipo. ¿Te importa que vuelva a llamarte alguna vez? Es decir, si te apetece algo como lo de ayer.

—Claro que no —respondió Aomame.

—¡Bien!

—Gracias por haberme llamado.

—Cuídate —dijo Ayumi antes de colgar el teléfono.

A las dos de la tarde, gracias a un café solo y a una siestecilla, estaba mucho más despejada. Por fortuna, el dolor de cabeza le había pasado. Sólo le quedaba una ligera languidez en el cuerpo. Aomame cogió la bolsa del gimnasio y salió de casa. Obviamente, no llevaba el picahielos de fabricación especial. Tan sólo una muda y una toalla. Tamaru la recibió en la entrada, como de costumbre.

Aomame fue conducida a un solárium largo y estrecho. Una gran ventana de cristal se abría a un jardín, pero tenía cortinas de encaje que impedían que se viera el exterior. Al lado de la ventana había plantas ornamentales alineadas. De un pequeño altavoz en el techo sonaba apacible música barroca. Era una sonata para flauta dulce acompañada de un clavicémbalo. En el centro de la sala habían colocado una camilla para masajes, y la señora ya estaba encima de ella, boca abajo. Llevaba un albornoz blanco.

Cuando Tamaru dejó la sala, Aomame se puso la ropa de hacer ejercicio. La señora contemplaba desde la camilla, girando el cuello, cómo Aomame se iba desvistiendo. A Aomame no le preocupaba que alguien del mismo sexo mirase su cuerpo desnudo. Como deportista que era, eso era el pan nuestro de cada día y, además, la señora también se ponía casi en cueros cuando le daba masajes, ya que así resultaba más fácil comprobar la condición de los músculos. Aomame se quitó los pantalones cortos de algodón y la blusa, y se puso un chándal. Luego dobló la ropa que se había quitado y la dejó amontonada en un rincón de la sala.

—Tiene usted un cuerpo atlético —dijo la anciana. Entonces se incorporó, se quitó el albornoz y se quedó solamente con un fino conjunto de seda.

—Muchas gracias —dijo Aomame.

—Hace tiempo yo también tenía un cuerpo así.

—Lo sé —dijo Aomame. Pensó que debía de ser verdad. Incluso ahora que se aproximaba a los setenta, en su cuerpo permanecían las huellas de su juventud. Conservaba el tipo y tenía un pecho bastante firme. Una dieta moderada y ejercicio diario preservaban su belleza natural. Aomame supuso que a eso habría que añadir alguna operación de cirugía estética. Eliminaciones periódicas de arrugas y liftings en ojos y boca—. Ahora también tiene un cuerpo espléndido.

La señora torció ligeramente los labios.

—Gracias, pero no se puede comparar con el de antes.

Aomame no respondió a eso.

—He disfrutado mucho de este cuerpo y he hecho disfrutar mucho con él a otros. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí.

—Y usted, ¿también disfruta?

—De vez en cuando —contestó Aomame.

—Quizá no sea suficiente con de vez en cuando —le dijo la anciana echada boca abajo—. Deberías disfrutar ahora que eres joven. Todo cuanto desees. Cuando envejezcas y ya no puedas hacerlo, los recuerdos de los viejos tiempos te caldearán el cuerpo.

Aomame se acordó de lo de la noche anterior. Todavía percibía en el ano, ligeramente, la sensación de haber sido penetrada. ¿Sería ése el tipo de recuerdo que le caldearía el cuerpo durante la vejez?

Aomame colocó las manos sobre el cuerpo de la señora y empezó a estirarle los músculos con cuidado. La languidez que hasta hacía poco había sentido en el cuerpo ya le había desaparecido. Desde que se vistió el chándal y tocó el cuerpo de la señora con los dedos, los sentidos se le despertaron y recobraron la lucidez.

Aomame comprobaba cada músculo de la anciana con la yema de los dedos, como si siguiera un itinerario en un mapa. Recordaba con detalle la tensión, la dureza y la capacidad de estiramiento de cada uno. Era igual que una pianista tocando de memoria una larga pieza. Aomame estaba dotada con una memoria así de precisa, sobre todo en lo que respecta al cuerpo. En caso de que ella se olvidara, las yemas de sus dedos recordaban. Si alguno de los músculos presentaba un tacto un poco diferente al habitual, lo estimulaba con distintas intensidades, desde distintos ángulos, y comprobaba cómo reaccionaba: si le causaba dolor, placer o no obtenía respuesta alguna. No sólo desentumecía las partes rígidas y compactas, sino que también ayudaba a la señora para que consiguiera mover los músculos por sus propios medios. También había partes, por supuesto, que resultaban difíciles de distender sólo con la fuerza de uno. Esas zonas las estiraba con esmero. Pero lo que los músculos apreciaban más y recibían mejor era el esfuerzo que cada cual realizaba por sí mismo.

—¿Le duele aquí? —preguntó Aomame. Tenía los músculos de la ingle mucho más rígidos de lo normal. Presentaban un agarrotamiento pernicioso. Le metió una mano en el hueco de la pelvis y le torció un poco el muslo en un ángulo especial.

—Mucho —respondió la anciana frunciendo el ceño.

—Estupendo. Es bueno que sienta dolor. Si no lo sintiera, tendría un problema. ¿Podrá soportar un poco más de dolor?

—Claro —le dijo la anciana. No era necesario preguntar. Tenía un carácter resistente. Por lo general aguantaba en silencio. Aunque frunciera el ceño, nunca gritaba. Aomame había visto a unos cuantos hombres grandes y fuertes gritar, sin querer, cuando les daba masajes. Por eso no dejaba de admirarle la fuerza de voluntad de la señora.

Aomame sujetó el codo derecho, como si fuera el fulcro de una palanca, y torció aún más el muslo de la señora. Crujió con un ruido sordo y la articulación se movió. La anciana tragó saliva, pero no se quejó.

—Con esto debería desaparecer —dijo Aomame—. Se le pasará pronto.

La anciana soltó un gran suspiro. El sudor le brillaba en la frente. «Gracias», le dijo en voz baja.

Durante una buena hora, Aomame desentumeció el cuerpo entero de la señora, le estimuló los músculos, se los estiró y le distendió las articulaciones. Todo acompañado de un dolor considerable. Pero sin dolor no había arreglo. Tanto Aomame como la señora lo sabían; por lo tanto, se pasaron la hora casi en silencio. La sonata para flauta dulce se había terminado sin que ellas se dieran cuenta y el reproductor de discos compactos había enmudecido. No se escuchaba nada más que el canto de los pájaros procedente del jardín.

—Tengo la sensación de que se me ha aligerado el cuerpo —dijo la señora después de una pausa. Estaba tumbada boca abajo, rendida. La gran toalla de baño que cubría la camilla para masajes se había teñido de sudor.

—Me alegro —dijo Aomame.

—El que esté a mi lado me ayuda muchísimo. No sé qué haría sin usted.

—Tranquila. Por ahora no tengo intención de dejar de venir.

La señora le hizo una pregunta tras intercalar un breve silencio, como si estuviera confusa.

—No quiero meterme en donde no me llaman, pero ¿tiene usted alguien a quien ame?

—Sí, sí que tengo —respondió Aomame.

—Me alegra que me lo diga.

—Pero, desgraciadamente, yo no le gusto a esa persona.

—Tal vez sea una pregunta un tanto ridícula —dijo la anciana—, pero ¿por qué no le gusta? Mirándola objetivamente, creo que es usted una mujer joven con mucho encanto.

—Porque esa persona ni siquiera sabe que existo.

La anciana reflexionó durante un buen rato en lo que le dijo Aomame.

—¿No hay, por su parte, el deseo de querer transmitirle que existe?

—Por el momento no —dijo Aomame.

—¿Se debe a alguna circunstancia? Por ejemplo, ¿no puede ser usted la que se aproxime?

—Hay varias circunstancias. Pero, principalmente, es una cuestión de sentimientos personales.

La anciana miró a Aomame a la cara, con admiración.

—En mi vida he conocido a personas extrañas, pero entre ellas quizá sea usted única.

Aomame relajó un poco los labios.

—No tengo nada de rara. Tan sólo soy franca con mis sentimientos.

—Protege con tenacidad las reglas que una vez estableció.

—Así es.

—Y además es un poco terca e irascible.

—Sí, quizá también influya eso.

—Pero anoche se desmadró un poco, ¿no?

Aomame se puso colorada.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé mirándole la piel. Lo sé por el olor. Aún lleva en el cuerpo el rastro de un hombre. Cuando uno envejece, se da cuenta de muchas cosas.

Aomame frunció un poco el ceño.

—Es necesario de cuando en cuando. Ya sé que no es algo digno de elogio, pero…

La anciana alargó la mano y la puso suavemente sobre la mano de Aomame.

—Por supuesto. A veces también es necesario. No se preocupe, que no se lo estoy reprochando. Pero tengo la impresión de que lo que usted necesita es una felicidad más normal. Unirse a la persona que le gusta y comer perdices.

—Yo también creo que estaría bien. Pero es difícil.

—¿Por qué?

Aomame no respondió. Explicárselo no resultaría sencillo.

—Si en un asunto personal quisiera pedirle consejo a alguien, pídamelo a mí —dijo la anciana; retiró la mano que había puesto sobre la de Aomame y se enjugó el sudor de la cara con una toalla—. Sea lo que sea, porque quizás haya algo que yo pueda hacer por usted.

—Gracias —dijo Aomame.

—A veces las cosas no se solucionan con sólo desmadrarse.

—Tiene toda la razón.

—Usted no está haciendo nada que la perjudique —dijo la señora—. Nada. ¿Lo entiende?

—Sí —respondió Aomame. «En efecto», pensó. «No estoy haciendo nada que me perjudique». Sin embargo, había algo que permanecía en su interior. Como el poso en el fondo de una botella de vino.

Aomame recordaba a menudo, aún hoy, lo que había sucedido en torno a la muerte de Tamaki Ōtsuka. Al pensar que ya nunca podría volver a verla y hablar con ella, sentía como si el cuerpo se le desgarrara. Tamaki había sido la primera amiga íntima que Aomame había hecho en su vida. Se podían confiar cualquier cosa la una a la otra, sin reservas. Antes de Tamaki, Aomame nunca había tenido una amiga así, ni nunca la tuvo después. Era irreemplazable. Si no la hubiera conocido, la vida de Aomame hubiera sido, con certeza, aún más penosa que ahora, aún más sombría.

Las dos tenían la misma edad y eran compañeras de equipo del club de sóftbol de un instituto público de Tokio. Aomame se había entregado a ese deporte desde la secundaria hasta el instituto. Al principio la habían invitado al club porque faltaban jugadores, y hacía lo que mejor le parecía, sin demasiado entusiasmo, pero pronto aquello se convirtió para ella en un placer. Vivía aferrada a ese deporte, como alguien que, arrastrado por un vendaval, se abraza a una columna. Necesitaba algo así. Y aunque ella misma no se había dado cuenta, Aomame siempre había poseído unas excelentes cualidades para el deporte. Tanto en la secundaria como en el instituto, fue una de las jugadoras principales del equipo y, gracias a ella, consiguieron buenas clasificaciones en los torneos. Eso le proporcionaba a Aomame una especie de confianza en sí misma (no era exactamente confianza en sí misma, sino algo que se le parecía). Dentro del equipo ocupaba un lugar destacado y, aunque se tratara de un mundo pequeño, Aomame se sentía feliz de que le hubieran concedido una posición decisiva en él. «Alguien me necesita».

Aomame jugaba de lanzadora y de cuarta bateadora y era, literalmente, la pieza clave del equipo en lo que a lanzamientos y batear se refería. Tamaki Ōtsuka era segunda base y capitaneaba el equipo. Pese a su pequeña estatura,

poseía unos excelentes reflejos y tenía coco. Además podía captar la situación rápidamente y desde múltiples ángulos. Cada vez que hacía un lanzamiento, sabía hacia dónde debía ladear el centro de gravedad y, al batear la bola, calculaba de inmediato la dirección de la pelota y corría a defender la posición exacta. Pocos *infielders* eran capaces de hacerlo. Gracias a su capacidad para tomar decisiones, había salvado al equipo de numerosos aprietos. No era una lanzadora de larga distancia, como Aomame, pero tenía un batear impetuoso e infalible y también era rápida. Además destacaba como líder. Integraba al equipo, establecía tácticas, ofrecía valiosos consejos a todas y las animaba. A pesar de ser estricta en el mando, contaba con la confianza de todas las jugadoras. Gracias a ella, el equipo se fortalecía día a día y habían llegado hasta la final del Gran Campeonato de Tokio. En el Interhigh**[9]** también llegaron a la final. Además, Aomame y Tamaki habían sido elegidas como miembros del equipo combinado de la región de Kantō.

Ambas reconocían las excelencias de la otra, trabaron una amistad espontánea y, al cabo de poco tiempo, se hicieron amigas del alma. Durante las giras deportivas del equipo, pasaban mucho tiempo juntas. Las dos se contaban sus vidas, sin tapujos. En quinto de primaria, Aomame decidió separarse de sus padres e irse a casa de su tío por parte de madre. La familia de su tío comprendió la situación y la acogió cálidamente, como a un miembro más de la familia. A pesar de ello, aquella casa no era la suya. Se sentía sola y ávida de cariño. Los días transcurrían de manera absurda, sin saber dónde buscar un objetivo o un sentido para seguir viviendo. Tamaki procedía de un hogar pudiente con un estatus social elevado, pero como la relación entre sus padres era pésima, la familia estaba desestructurada. El padre apenas pasaba por casa y la madre sufría trastornos con frecuencia. Había veces que se quedaba días enteros en la cama, sin levantarse, aquejada de unas migrañas terribles. Tamaki y su hermano pequeño casi se encontraban en un estado de desidia. Muchas de las comidas de los dos hijos se resolvían yendo al comedor vecinal o a un local de comida basura, o con un prefabricado**[10]**. Ambas chicas vivían situaciones que les hacían entregarse al sóftbol.

Entre chicas solitarias, con problemas a rastras, existía un montón de cosas que contarse. Durante las vacaciones de verano viajaban solas y cuando no tuvieron nada más de lo que hablar, se tocaron sus cuerpos desnudos en la cama del hotel. Fue algo que sobrevino de improviso, solamente una vez, que no

volvió a repetirse y que no contaron a nadie. Sin embargo hizo que su relación se estrechara y creó una especie de connivencia entre las dos.

Cuando dejó el instituto y pasó a la Facultad de Ciencias del Deporte, Aomame continuó con el sóftbol. Puesto que había ganado prestigio a nivel nacional como jugadora de sóftbol femenino, una universidad privada de Ciencias del Deporte la invitó y le concedieron una beca especial. Entonces se convirtió en la jugadora principal del equipo universitario. Además de jugar al sóftbol, se interesó por la medicina deportiva y comenzó a estudiarla en serio. Las artes marciales también despertaban su interés. Mientras estuviera matriculada en la universidad, quería adquirir todos los conocimientos y técnicas especializadas posibles. No tenía tiempo para relajarse y divertirse.

Tamaki entró en la Facultad de Derecho de una prestigiosa universidad privada. Cuando se graduó en el instituto, rompió el vínculo con el sóftbol. Para Tamaki, que poseía un expediente extraordinario, el sóftbol no había sido más que algo pasajero. Ella quería aprobar unas oposiciones para el cuerpo de Justicia y convertirse en jurista. Sin embargo, aunque hubieran elegido caminos distintos, las dos seguían siendo amigas del alma. Aomame vivía en una residencia universitaria, exenta de pagar el alquiler, y Tamaki iba a clases desde el mismo hogar desestructurado de siempre —aunque con holgura económica. Ambas comían juntas una vez por semana y hablaban de todo lo que les había ocurrido. Por mucho que hablasen, los temas nunca se les agotaban.

Tamaki perdió la virginidad en el otoño del primer año de carrera. Fue con un alumno un año mayor del club de tenis. Tras una reunión, la invitó a su dormitorio y allí la violó. No era que a ella no le gustara él. Por eso mismo había aceptado ir sola a su habitación, pero el hecho de que la coaccionara violentamente para mantener relaciones sexuales con él, y la actitud brutal y caprichosa que le mostró, le causaron un impacto tremendo. A raíz de eso, dejó el club y cayó en una depresión durante un tiempo. Parecía que aquel hecho le había dejado un profundo sentimiento de impotencia en el corazón. No tenía apetito y adelgazó seis kilos en un mes. Lo que Tamaki buscaba en un hombre era comprensión y consideración. Si se lo mostraba y preparaba con tiempo el terreno, ella no tendría ningún problema en entregarle su cuerpo. Tamaki era incapaz de entenderlo. ¿Por qué había tenido que ser tan violento? Y eso que no había ninguna necesidad…

Aomame la consoló y le aconsejó que lo castigara de algún modo. Pero Tamaki no estaba de acuerdo. Le dijo que ella misma no había tenido cuidado y que era demasiado tarde para denunciarlo. Ella también era responsable por haber ido a solas a su habitación cuando la invitó. «Quizá sea mejor olvidarlo», le dijo. Pero a Aomame le dolía la profunda herida que aquel hecho había causado a su mejor amiga. No se trataba de un problema superficial, como la pérdida de la virginidad. Era un asunto que atentaba contra la dignidad de un alma. Nadie tenía derecho a invadirla. Y la impotencia era algo que corroía a las personas hasta el final.

Por eso Aomame decidió castigarlo personalmente. Le sonsacó a Tamaki la dirección del apartamento donde vivía el chico y fue allí con un bate de sóftbol metido en un cilindro grande de plástico para planos de dibujo técnico. Aquel día, Tamaki había ido a Kanagawa a la celebración de un rito por un familiar fallecido o algo por el estilo, con lo cual ya tenía coartada. Aomame se había asegurado de antemano de que el chico no estuviera en su habitación. Con un destornillador y un martillo rompió la cerradura y entró en el dormitorio. Luego envolvió una toalla alrededor del bate varias veces y, con cuidado de no hacer ruido, hizo añicos todo lo que había dentro de la habitación. La televisión, la lámpara, el reloj, los discos, la tostadora, el jarrón… No quedó nada en pie. Cortó el cable del teléfono con unas tijeras. Rasgó en pedazos las portadas de los libros, esparció la pasta de dientes y la espuma de afeitar por toda la alfombra. Echó salsa en la cama. Hizo trizas los cuadernos que había dentro de los cajones. Partió bolígrafos y lápices. Rompió todas las bombillas. Rajó con un cuchillo las cortinas y los cojines. También cortó todas las camisas que había en el armario. Llenó de kétchup los cajones de la ropa interior y de los calcetines. Arrancó los fusibles de la nevera y los tiró por la ventana. Soltó y rompió la goma de cierre de la cisterna. Destrozó la alcachofa de la ducha. La destrucción fue exhaustiva y minuciosa, de una punta a otra. La habitación quedó igual que el centro de Beirut después de un bombardeo, tal y como había visto en una fotografía de un periódico hacía unos días.

Tamaki era una chica inteligente (en las notas del colegio, Aomame no le llegaba ni a la suela de los zapatos) y una jugadora prudente e irreprochable en los partidos de sóftbol. Cuando Aomame estaba en un apuro durante un partido, Tamaki enseguida se acercaba al montículo, le ofrecía un breve y valioso

consejo, sonreía con dulzura, le daba un golpecito en el culo con el guante y volvía a la posición de defensa. Era muy abierta, cariñosa y estaba dotada de sentido del humor. En lo que respecta a lo académico, era una trabajadora nata, además de elocuente. Si hubiera seguido estudiando, habría sido una excelente jurista.

Sin embargo, delante de los hombres, su capacidad de tomar decisiones se desintegraba hasta límites insospechados. A Tamaki le gustaban los hombres guapos. Por así decirlo, sólo se fijaba en si eran guapos. Y a ojos de Aomame, esa propensión casi alcanzaba los límites de lo insano. Por muy maravillosa que fuera la personalidad de un chico, por muy talentoso que fuera, y aunque la invitara a salir, si no le gustaba su físico, Tamaki no se sentía atraída en absoluto. Los hombres insustanciales de facciones dulces eran los que siempre le llamaban la atención. Y en cuestión de hombres, Tamaki se volvía muy terca y nunca prestaba atención a lo que Aomame le decía. En general, escuchaba abiertamente y consideraba la opinión de Aomame, pero no aceptaba de ningún modo que criticara a sus novios. Aomame ya se había dado por vencida y había dejado de aconsejarla. No quería discutir por ello y perjudicar su amistad. Al fin y al cabo, era la vida de Tamaki. No había más remedio que dejarle hacer lo que le viniera en gana. De cualquier forma, durante la universidad Tamaki había salido con muchos chicos, que siempre la metían en líos, la traicionaban o la herían y luego la abandonaban. Cada vez estaba al borde de la locura. Había abortado dos veces. En lo que concernía a las relaciones entre mujeres y hombres, Tamaki era, ciertamente, una víctima de nacimiento.

Aomame no tenía novios fijos. Si la invitaban, a veces iba a alguna cita, y en ocasiones había algún chico que no estaba mal, pero nunca acababa en una relación profunda.

—¿Hasta cuándo piensas estar sin novio y quedarte virgen? —le preguntaba Tamaki a Aomame.

—Es que estoy ocupada —respondía Aomame—. Apenas puedo vivir el día a día, así que no tengo tiempo para andar de juerga con novios.

Al licenciarse, Tamaki fue admitida en un posgrado y preparó las oposiciones para el cuerpo de Justicia. Aomame trabajaba para una empresa de bebidas deportivas y alimentos saludables, en la que seguía practicando el sóftbol. Tamaki todavía vivía con sus padres y Aomame lo hacía en un edificio de viviendas para los empleados de la empresa, que se encontraba en Yoyogi-

Hachiman. Igual que en su época de estudiantes, los fines de semana se juntaban para comer y charlar infatigablemente sobre diversos temas.

A los veinticuatro años, Tamaki se casó con un hombre dos años mayor que ella. Cuando se prometieron, ella dejó de asistir al posgrado y abandonó los estudios de derecho, porque su futuro marido no se lo permitía. Aomame sólo vio a la pareja de Tamaki una vez. Era el hijo de un millonario y, como se había imaginado, tenía unos rasgos bellos y proporcionados, aunque ciertamente superficiales. Su afición eran los yates. Era lisonjero y tampoco parecía falto de inteligencia, pero tenía una personalidad vacua y sus palabras carecían de peso. El tipo de hombre que siempre le había gustado a Tamaki. Pero además, pudo sentir una especie de mal augurio en él. A Aomame no le cayó bien aquel hombre desde el principio. Quizás a él tampoco le cayera demasiado bien ella.

—Este matrimonio no va a funcionar —le dijo Aomame a Tamaki. No quería meterse en donde no la llamaban, pero aquello se trataba de una boda, no de un simple juego de enamorados. Como amiga inestimable que era desde hacía muchísimo tiempo, no podía quedarse callada y hacer la vista gorda. En aquella época tuvieron su primera discusión acalorada. Tamaki se puso histérica por el hecho de que se opusiera a la boda y le soltó unas cuantas frases duras. Entre ellas, palabras que Aomame no quería oír por nada del mundo. Aomame ni siquiera fue a la ceremonia.

Pero al cabo de poco tiempo hicieron las paces. Inmediatamente después de su regreso del viaje de novios, Tamaki fue a ver a Aomame sin avisarla y se disculpó por haberle faltado al respeto. Le dijo que querría que se olvidara de todo lo que le había dicho aquella vez. «No sé qué me pasó. Durante el viaje de novios estuve pensando mucho en lo que me dijiste». «No te preocupes, que ya lo he olvidado todo», le dijo Aomame. Luego, se abrazaron con fuerza las dos bromearon y se rieron.

A pesar de ello, tras la boda, los encuentros entre ambas se redujeron rápidamente. Se comunicaban a menudo con cartas y también hablaban por teléfono, pero Tamaki no parecía estar dispuesta a hacer un hueco en su agenda para quedar con su amiga. Siempre se excusaba diciendo que estaba muy ocupada. «Ser ama de casa a tiempo completo también da trabajo». Pero por su manera de hablar se presentía que probablemente el marido no deseaba que saliera de casa para verse con nadie. Además, Tamaki vivía en el mismo edificio que sus suegros y debía de resultarle complicado salir a su antojo. Ni siquiera invitó a Aomame a su nuevo hogar.

«Mi vida de casada va de maravilla», le decía Tamaki a Aomame cada dos por tres. Su marido era amable, sus suegros también eran gente afable. No había ninguna privación en su vida. A veces, los fines de semana, viajaban hasta la isla de Enoshima en yate. Haber dejado los estudios de derecho tampoco la apenaba, porque la presión de los exámenes para el cuerpo de Justicia era enorme. «Al fin y al cabo, puede que esta vida ordinaria sea la mejor para mí. Dentro de poco también tendré hijos y entonces sólo seré una de esas madres aburridas. Quizá ya ni pueda charlar contigo». La voz de Tamaki era siempre alegre y Aomame no tenía motivos para dudar de lo que le estaba diciendo. «Me alegro», le decía. Se alegraba de verdad. Haber errado en aquel presentimiento funesto era mejor, sin duda, que haber acertado. Aomame suponía que Tamaki tal vez había encontrado la calma en su interior. O más bien, se esforzaba en pensar así.

Puesto que no tenía a nadie más a quien pudiera llamar amiga, cuando el contacto con Tamaki fue espaciándose cada vez más, los días dejaron de tener sentido para Aomame. Era incapaz de concentrarse en el sóftbol como antes. El hecho de que Tamaki se hubiera alejado de su vida parecía haber reducido su interés por ese deporte. Aomame había cumplido veinticinco años, pero todavía era virgen. A veces, cuando no podía controlar sus emociones, se masturbaba. Tampoco consideraba que su vida fuera especialmente triste. A Aomame le resultaba angustiante mantener una relación personal estrecha con alguien, de modo que prefería estar sola.

Tamaki se suicidó un día ventoso a finales de otoño, tres días después de su vigésimo sexto cumpleaños. Murió ahorcada en su casa. El marido la descubrió la noche del día siguiente, cuando regresó a casa de un viaje de negocios.

—En el hogar no teníamos ningún problema y nunca la oí quejarse. No tengo ni idea de por qué se ha suicidado —declaró el marido a la policía. Los suegros dijeron algo similar.

Pero era mentira. La incesante violencia sádica del marido había lacerado a Tamaki, tanto física como psíquicamente. El comportamiento de su esposo se aproximaba al territorio de la paranoia. Sus suegros también estaban más o menos enterados. Cuando la policía realizó la autopsia, vio el estado del cuerpo y se percató de la situación, pero no acudió a los tribunales. Aunque llamaron al marido y lo interrogaron, la causa del fallecimiento era claramente un suicidio y,

además, cuando ella se murió, él estaba de viaje de negocios por Hokkaidō. No se le aplicó una pena criminal. El hermano pequeño de Tamaki le confesó en secreto a Aomame lo que había ocurrido: había habido violencia desde un principio y, a medida que el tiempo pasaba, se había vuelto más persistente y cruel. Pero Tamaki no podía huir de aquella especie de pesadilla. A Aomame no le dijo ni una palabra, porque sabía desde un principio cuál hubiera sido la respuesta si le hubiera pedido consejo. Era obvio que le hubiera dicho que se fuera de inmediato de aquella casa. Pero no podía hacerlo.

Justo antes de suicidarse, en el último momento, Tamaki había enviado una larga carta a Aomame. «Me he equivocado desde el principio; tú tenías razón», decía al inicio de la carta. Así había concluido su vida.

«Mi vida diaria es un infierno. Pero, haga lo que haga, no puedo escapar de él, porque no sé adónde podría ir si huyera. Estoy encerrada en la terrible prisión de la impotencia. Me he metido en ella voluntariamente, yo misma he echado el cerrojo y he lanzado la llave muy lejos. La boda fue un error, sin duda, como tú me advertiste. Pero el problema más serio no reside en mi marido, no reside en la vida de casada, reside en mi interior. Todo el dolor que siento me lo merezco. No puedo reprochar nada a nadie. Tú eres mi única amiga, la única persona en quien puedo confiar en este mundo. Sin embargo, ya no tengo salvación. Si es posible, acuérdate de mí para siempre, por favor. Ojalá hubiéramos jugado al sóftbol juntas para siempre».

Mientras leía la carta, Aomame se sintió fatal. El cuerpo no dejaba de temblarle. Aunque llamó por teléfono varias veces a casa de Tamaki, nadie contestaba al aparato. Sólo saltaba un mensaje grabado. Aomame tomó un tren y luego fue a pie hasta la casa de su amiga, en Okusawa, en el distrito de Setagaya. Era una gran mansión cercada por un alto muro. Llamó al telefonillo de la entrada, pero tampoco obtuvo respuesta. En el interior sólo ladraba un perro. No le quedó más remedio que resignarse y dar media vuelta. Obviamente, no había forma de que Aomame lo supiera, pero en ese momento Tamaki aún respiraba. Había atado una cuerda al pasamano de las escaleras, y pendía de ella, completamente sola. Dentro de la casa, en donde reinaba un silencio absoluto, sólo se oía el sonido vacuo del teléfono y del timbre.

Cuando le comunicaron la muerte de Tamaki, Aomame apenas se sorprendió. Seguro que en alguna parte de su mente ya se lo esperaba. Tampoco la invadió la tristeza. Tan sólo dio una respuesta práctica, colgó el teléfono, se sentó en una

silla y, después de que transcurriera bastante tiempo, se sintió como si todo el líquido que llevaba dentro se fuera derramando. Fue incapaz de levantarse de aquella silla durante un buen rato. Llamó a la empresa, pidió unos días de reposo por encontrarse indispuesta y se limitó a permanecer confinada dentro de casa. Ni comía, ni dormía y apenas bebía agua. Tampoco asistió al funeral. Sentía que algo había cambiado en su interior, acompañado de un tintineo. «Después de esto, yo ya no soy la misma de antes», Aomame fue intensamente consciente de ello.

En ese momento, Aomame estaba resuelta a castigar a aquel hombre. Pasara lo que pasara, tenía que poner fin a su existencia de inmediato. Si no, no cabía duda de que aquel tipo repetiría lo mismo con otras personas.

Aomame se tomó mucho tiempo para la elaboración de un plan minucioso. Sabía que podía darle muerte en cuestión de segundos clavándole una aguja afilada en cierto punto de la nuca bajo cierto ángulo. Por supuesto, no había nadie más que lo pudiera hacer. Pero ella sí. Sólo necesitaba afinar los sentidos para tantear en un periodo breve de tiempo aquel punto extremadamente delicado y conseguir el instrumento adecuado para tal cometido. Reunió herramientas y, con el tiempo, fabricó un instrumento especial que parecía un pequeño picahielos fino y alargado. La aguja que llevaba en el extremo era fría y aguda como una idea despiadada. Aomame entrenó distintos métodos con esmero. Una vez que se convenció de que estaba preparada, pasó a la acción. Sin titubear, con sangre fría y precisión, hizo que el Reino de los Cielos le cayera sobre la cabeza. Luego rezó una oración. Los versos de la oración salieron de su boca casi de forma refleja.

«Señor nuestro que estás en los cielos. Purificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Perdona nuestras ofensas y da tu bendición a nuestro humilde caminar. Amén».

Tras aquello, Aomame comenzó a sentir la necesidad cíclica de un cuerpo masculino.

14
TENGO

Algo que ningún lector ha visto en su vida

Komatsu y Tengo quedaron en el mismo sitio de siempre: una cafetería cerca de la estación de Shinjuku. El precio del café no era barato, pero entre unos asientos y otros había distancia suficiente para poder hablar sin tener que preocuparse de que los oyeran. El ambiente era bastante agradable y una música inocua sonaba a bajo volumen. Como de costumbre, Komatsu llegó veinte minutos tarde. El nunca llegaba en punto y Tengo nunca llegaba tarde. Era como una regla establecida. Komatsu llevaba un maletín de piel con documentos y vestía un polo azul marino y la chaqueta de *tweed* de siempre.

—Siento llegar tarde —se disculpó Komatsu, pero no daba impresión de que lo sintiera demasiado. Parecía de mejor humor que de costumbre y lucía una sonrisa de oreja a oreja, como una luna creciente al alba.

Tengo sólo asintió, sin decir nada.

—Siento haberte metido prisa. Supongo que habrás estado muy ocupado —le dijo Komatsu tras sentarse frente a él.

—Sin querer exagerar, han sido diez días en los que ni sabía si estaba muerto o vivo —replicó Tengo.

—Pero lo has hecho bien. Has conseguido la autorización del tutor de Fukaeri sin ningún problema y has reescrito la novela. ¡Buen trabajo! Para alguien como tú, alejado del mundanal ruido, lo has hecho muy bien. Te había subestimado.

A Tengo aquellos elogios le entraron por un oído y le salieron por el otro.

—¿Leyó esa especie de informe que escribí sobre la historia de Fukaeri? Era largo.

—Sí, lo he leído. Por supuesto. Lo leí con calma. Es una situación bastante complicada. Parece un fragmento de un novelón de trasfondo histórico. Y a

propósito, nunca me hubiera imaginado que el profesor Ebisuno fuera el tutor de Fukaeri. El mundo es un pañuelo. ¿Qué te comentó el profesor de mí?

—¿De usted?

—Sí, de mí.

—No dijo nada en particular.

—¡Qué tipo más raro! —exclamó Komatsu, muy sorprendido—. El profesor y yo trabajamos juntos hace mucho tiempo. Alguna vez acudí al laboratorio de la universidad a buscar sus manuscritos. Fue hace mucho tiempo, cuando yo era un joven editor.

—Si fue hace tanto tiempo, quizá se haya olvidado, porque incluso me preguntó cómo era usted.

—¡Sí, hombre! —dijo Komatsu, sacudiendo la cabeza, todo serio—. No puede ser. Imposible. El profesor es de los que no se olvidan de nada. Tiene una memoria portentosa y en aquella época charlamos de muchísimas cosas… Pero, bueno, no pasa nada. Es un tipo con un carácter difícil. Y según tu informe, la situación que rodea a Fukaeri parece bastante complicada.

—No sólo bastante complicada. Es como si tuviéramos una bomba de relojería en las manos, literalmente. Fukaeri no es una chica normal y corriente, en ningún sentido. No se trata sólo de una chica guapa de diecisiete años. Tiene dislexia y ni siquiera es capaz de leer bien un libro. Todavía menos de escribir. Parece que sufre una especie de trauma y es como si, a causa de ello, hubiera perdido una parte de sus recuerdos. Se crió en una especie de comuna y apenas ha ido a la escuela. Su padre fue el líder de una organización revolucionaria de izquierdas y parece que está indirectamente vinculado con el tiroteo en el que participó Amanecer. El hogar que se ha ocupado de ella es el de un exinsigne antropólogo cultural. Si la novela alcanzara la fama, los medios de comunicación se apiñarían y desvelarían todos esos jugosos hechos. La situación es delicada.

—Sí, probablemente se armaría un jaleo infernal —añadió Komatsu. Sin embargo, la sonrisa no se había borrado de su cara.

—Entonces, ¿va a suspender el proyecto?

—¿Suspender el proyecto?

—El asunto se está complicando mucho. Es demasiado peligroso. ¿Por qué no devolvemos la obra a su lugar?

—Pero no es tan sencillo. Tu versión de *La crisálida de aire* ya ha sido entregada para componer y ya hay pruebas. Una vez que se hagan las copias, les llegará de inmediato a los editores, al presidente de la editorial y a los cuatro

miembros del jurado. Será demasiado tarde para decirles: «Lo siento. Ha habido un error. Hagan el favor de no leerlo y devolverlo». —Tengo lanzó un suspiro—. Es irremediable. No podemos volver atrás en el tiempo —continuó diciendo Komatsu. Luego se llevó un Marlboro a la boca, entornó los ojos y lo encendió con una cerilla del local—. En el resto ya pienso yo. Tú no hace falta que pienses. Si la obra gana el premio, procuraré que Fukaeri no dé la cara. Podríamos sintetizarlo en una línea del estilo: «Escritora enigmática a la que no le gusta salir en público». Yo haré de portavoz, como editor responsable de la obra. Sé cómo manejar estas cosas, así que no te preocupes.

—No pongo en duda su capacidad, señor Komatsu, pero Fukaeri no es como cualquier chica normal y corriente. No es de las que obedecen sin rechistar lo que le dicen. Si está decidida a hacer algo, lo hará como ella quiera, por mucho que le digan. Ignora todo lo que no le place. No va a resultar tan fácil.

Komatsu, callado, daba vueltas en la mano a la caja de cerillas.

—Pero, Tengo, de todos modos, una vez llegados a este punto no nos queda más remedio que poner toda la carne en el asador. Para empezar, tu versión de *La crisálida de aire* es fabulosa. Supera con creces mis previsiones. Roza la perfección. Siendo así, no hay duda de que va a ganar el premio y va a hacerse famosa. Es demasiado tarde para correr un velo sobre ella. Si quieres mi opinión, sería un delito. Y como te dije hace un rato, el asunto ya está en marcha.

—¿Un delito? —le preguntó Tengo, mirándolo a la cara.

—Hay una frase que reza así —dijo Komatsu—: «Se considera que todo arte, todo anhelo, así como cualquier acto y búsqueda aspiran a alguna forma de bien. Por consiguiente, se puede determinar correctamente que el bien es aquello a lo que todas las cosas aspiran».

—¿Qué es eso?

—Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. ¿Has leído algo de Aristóteles?

—Casi nada.

—Deberías hacerlo. Seguro que te gustaría. Yo, cuando no tengo nada que leer, leo filosofía griega. Nunca me canso. Siempre aprendes algo de ella.

—¿Y a cuento de qué viene esa cita?

—El resultado de todas las cosas es, dicho de otra manera, el bien. El bien es, a saber, el resultado de todo. Dejemos las dudas para mañana —contestó Komatsu—. Viene a cuento de eso.

—¿Qué diría Aristóteles sobre el Holocausto?

Komatsu agrandó aún más su sonrisa de luna creciente.

—Aristóteles se refiere principalmente al arte, las ciencias y la artesanía.

Su trato con Komatsu había sido frecuente. Durante todo ese tiempo, Tengo había visto el anverso y el reverso de su cara. Komatsu era un lobo solitario dentro de aquel sector y parecía vivir haciendo lo que le venía en gana. Mucha gente se dejaba engañar por su apariencia, pero si se consideraban las circunstancias que lo rodeaban y se observaba con atención, uno se daba cuenta de que sus actos habían sido calculados con frialdad. En una partida de shōgi, el ajedrez japonés, sería como adelantarse varios movimientos al adversario. Estaba claro que le gustaban las estrategias ingeniosas, pero siempre trazaba una línea en el lugar adecuado e intentaba no salirse de ella. Se podría decir que tenía un carácter más bien sensible. La mayoría de sus irreverencias no eran más que puro teatro.

Komatsu era precavido y se cubría las espaldas. Por ejemplo, una vez por semana escribía una columna literaria en la edición vespertina de cierto periódico. En ella loaba o denigraba a distintos autores. Los textos que escribía cuando denigraba eran bastante duros. Ese tipo de textos era su punto fuerte. Aunque era una columna anónima, la gente del sector sabía quién la escribía. Huelga decir que no a todo el mundo le gusta que hablen mal de uno en los periódicos, así que los autores procuraban, en la medida de lo posible, no quedar mal con Komatsu. Cuando les pedía un texto para una revista, intentaban no negarse. Al menos aceptaban una vez de varias. Si no, quién sabe lo que podría escribir de ellos en la columna.

A Tengo no le gustaba demasiado esa vertiente calculadora de Komatsu. Por un lado, se burlaba del mundo literario; y por el otro, se aprovechaba del sistema. Komatsu estaba dotado de un excelente olfato como editor y había ayudado a Tengo en repetidas ocasiones. Sus consejos sobre escribir novelas también habían resultado bastante valiosos. Pero Tengo trataba de mantener las distancias en su relación con Komatsu. Si se acercara demasiado a él y, por cometer la torpeza de implicarse demasiado, todo lo que había conseguido hasta entonces se desmoronara, no podría soportarlo. En ese sentido, Tengo también era una persona precavida.

—Como acabo de decirte, tu corrección de *La crisálida de aire* roza la perfección. Es un gran trabajo —prosiguió Komatsu—. Pero hay una parte, sólo

una parte, que me gustaría que volvieras a corregir, si es posible. No tiene por qué ser ahora mismo. Tiene nivel suficiente para ganar el premio. Se podría corregir otra vez después de llevarse el premio, durante la fase de preparación para la publicación en la revista.

—¿Qué parte?

—Cuando la Little People crea la crisálida de aire, hay dos lunas. La chica mira al cielo y ve dos lunas, una al lado de la otra. ¿Te acuerdas de esa parte?

—Claro que me acuerdo.

—A mí me parece que no se habla lo suficiente sobre las dos lunas. No basta. Quiero que las describas con mayor detalle. Es lo único que te pido que corrijas.

—La verdad es que sí, quizá la descripción sea un poco somera. Pero ya le he explicado que no quiero deformar el curso que sigue la obra original de Fukaeri.

Komatsu sujetó el cigarro entre los dedos y alzó la mano.

—Tengo, míralo de esta manera: si en el cielo hubiera una sola luna, al lector no le sorprendería. ¿No te parece? Pero no creo que haya visto nunca dos lunas flotando en el cielo. Cuando en una novela se incluye algo que ningún lector ha visto en su vida, es necesario describirlo con todo detalle y precisión. Lo que se puede obviar, o lo que se tiene que obviar, es la descripción de cosas que el lector está harto de ver.

—De acuerdo —admitió Tengo. Ciertamente, la observación de Komatsu tenía su lógica—. Voy a describir con mayor detalle esa parte en la que aparecen las dos lunas.

—Muy bien. Entonces será perfecta —dijo Komatsu. Y apagó el cigarrillo contra el cenicero—. No tengo nada más que decirte.

—Es una alegría que usted elogie lo que escribo, pero en esta ocasión, sinceramente, no me alegro —confesó Tengo.

—Estás madurando rápido —dijo Komatsu poco a poco, como si separara una palabra de la otra—. Como escritor y como autor. Deberías alegrarte. Supongo que habrás aprendido muchas cosas sobre la escritura al corregir La crisálida de aire. Seguramente te serán muy útiles la próxima vez que escribas tu propia obra.

—Ojalá haya una próxima vez.

Komatsu sonrió con sarcasmo.

—No te preocupes. Has hecho lo que debías hacer. Ahora es mi turno. Tú siéntate en el banquillo, relájate y observa el partido.

La camarera se acercó a ellos y les sirvió agua fría. Tengo se bebió medio vaso. Después de beber, se dio cuenta de que lo había hecho sin ganas.

—¿No fue Aristóteles quien dijo que el alma del ser humano está compuesta por raciocinio, voluntad y pasiones? —preguntó Tengo.

—Ése fue Platón. Aristóteles y Platón son, en comparación, como Mel Tormé y Bing Crosby. De todos modos, en el pasado las cosas eran más simples —dijo Komatsu—. ¿No te parece divertido imaginar el raciocinio, la voluntad y las pasiones discutiendo acaloradamente en una asamblea, alrededor de una mesa?

—Creo que me imagino cuál llevaría todas las de perder.

—Lo que más me gusta de ti —dijo Komatsu levantando el dedo índice en el aire— es ese sentido del humor.

«No es humor», pensó Tengo. Pero no dijo nada.

Tras despedirse de Komatsu, Tengo entró en una librería Kinokuniya, se compró varios libros y comenzó a leerlos en un bar cercano, mientras se tomaba una cerveza. No había nada más relajante que aquello: comprar varias novedades en una librería, entrar en algún bar de la zona y pasar las páginas con una bebida en la mano.

Sin embargo, aquella noche era incapaz de concentrarse en la lectura. La imagen de su madre que siempre le aparecía en las visiones surgió vagamente ante sus ojos y no desaparecía. Ella se desanudaba el lazo de la combinación blanca, se sacaba aquel bello pecho y hacía que un hombre le chupara los pezones. Aquel hombre no era su padre. Era más grande y joven, con un semblante bien proporcionado. En la cuna, Tengo dormía profundamente, con los ojos cerrados. Mientras el hombre le chupaba los pezones, el rostro de la madre tenía una expresión de éxtasis. Se parecía mucho a la expresión que su novia mayor tenía cuando se acercaba al orgasmo.

Tengo se lo había pedido varias veces por curiosidad:

—Eh, ¿podrías ponerte una combinación blanca un día de estos?

—Claro —le había dicho ella, entre risas—. La próxima vez la traigo. Si a ti te gusta… ¿Quieres pedirme algo más? Que no te dé reparo, sea lo que sea, yo te escucho.

—Si es posible, ponte también una blusa blanca. Cuanto más sencilla, mejor.

A la semana siguiente, ella vino vestida con una blusa y una combinación

blancas. Él le quitó la blusa, le desanudó el lazo de la combinación y le chupó los pezones que se escondían debajo. Lo hizo de la misma manera y en la misma posición que el hombre que salía en sus visiones. En ese momento sintió un ligero mareo. Una neblina de confusión turbó su cabeza y las cosas se volvieron imprecisas. Tuvo una sensación de languidez en la mitad inferior del cuerpo y el miembro se le hinchó con rapidez. Cuando se dio cuenta, estaba estremeciéndose y eyaculando fuertemente.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado? ¿Ya te has corrido? —preguntó ella sorprendida.

Tengo no sabía qué le había pasado, pero estaba eyaculando sobre la cintura de ella, por encima de la combinación.

—Lo siento —se disculpó Tengo—. No era mi intención, pero…

—No tienes que disculparte —lo animó la novia—. Esto lo limpio en un tris debajo del grifo. Es lo de siempre. Si echaras salsa de soja o vino tinto, ya sería más fastidioso de quitar.

Se quitó la combinación, fue al lavabo y lavó la parte manchada de semen frotándola. Luego la puso a secar sobre la vara de la cortina de la ducha.

—Debías de estar muy excitado —le dijo ella, y sonrió cariñosamente. Luego le acarició el abdomen despacio con la palma de la mano—. Te gustan las combinaciones blancas, ¿eh, Tengo?

—No, no es eso —respondió Tengo. Sin embargo, no pudo explicarle la razón verdadera por la cual se lo había pedido.

—Si alguna vez tienes una fantasía de este tipo, cuéntasela a tu chica, que ella va a colaborar. A mí también me gustan las fantasías. ¿Quién no ha tenido una fantasía alguna vez? ¿No crees? ¿Quieres que traiga la combinación blanca la próxima vez, entonces?

Tengo sacudió la cabeza.

—No es necesario. Con una vez basta. Gracias.

Tengo se preguntaba a menudo si el hombre joven que le chupaba los pezones a su madre en las visiones no sería su padre biológico. Porque la verdad era que su supuesto padre —el excelente cobrador de la NHK— no se parecía en nada a él. Tengo era alto, robusto, de frente ancha, nariz fina y orejas de forma redonda y arrugadas. Su padre era rechoncho, bajo y de apariencia humilde. Tenía la frente estrecha, la nariz chata y las orejas puntiagudas como las de un caballo. Podría decirse que la hechura de la cara del padre y la de la cara de

Tengo eran opuestas. Comparadas con las facciones tranquilas y generosas de Tengo, el padre tenía un semblante crispado y ciertamente mezquino. Mucha gente, cuando los comparaba, decía que no parecían padre e hijo.

No obstante, más que sus facciones, lo que le desagradaba a Tengo de su padre eran sus cualidades e inclinaciones psicológicas. No se podía considerar a su padre como alguien intelectualmente curioso. Era verdad que no había recibido una educación satisfactoria. Había nacido en una casa pobre y no había tenido la oportunidad de aprender a pensar de forma independiente. En cierta medida, Tengo sentía lástima por esas circunstancias que le habían tocado vivir. Sin embargo, el deseo primario de obtener unos conocimientos a nivel general —Tengo consideraba que todas las personas, en mayor o menor medida, lo desean de manera natural— apenas existía en aquel hombre. Más o menos poseía el saber práctico que había adquirido con la experiencia, pero no daba ninguna muestra de querer superarse a sí mismo mediante el esfuerzo, de profundizar y tener una visión del mundo más amplia y abierta.

Su padre vivía oprimido en un mundo angosto, siguiendo unas normas intolerantes, pero esa estrechez y la pobre calidad del aire no parecían provocarle ningún sufrimiento. En casa, no lo había visto coger un libro ni una sola vez. Tampoco leía el periódico (decía que le bastaba con ver las noticias de la NHK). No le interesaban el cine ni la música. Ni siquiera había ido de viaje a ninguna parte. Lo único que parecía interesarle un poco eran las rutas de cobro de las que se encargaba. Hacía mapas de las zonas, los marcaba con bolígrafos de distintos colores y, cuando tenía tiempo libre, los estudiaba. Como un biólogo dividiendo cromosomas.

En cambio, a Tengo lo habían considerado un genio de las matemáticas desde pequeño. Sus notas en aritmética eran sobresalientes. En tercero de primaria ya resolvía problemas de bachillerato. En el resto de las asignaturas sacaba muy buenas notas sin esforzarse demasiado. Y cuando tenía tiempo libre, devoraba libros. Era muy curioso y absorbía con gran eficiencia todos los conocimientos de diversos ámbitos que estaban a su alcance, como una excavadora que recoge tierra. Por eso mismo, cada vez que veía a su padre le resultaba imposible creer que los genes de un hombre tan estrecho de miras e inculto pudieran acaparar biológicamente la mitad, como mínimo, de su ser.

De joven había llegado a la conclusión de que su verdadero padre debía de estar en alguna parte. Debido a ciertas circunstancias, ese señor al que llamaba

padre, pero con el que en realidad no tenía ningún vínculo sanguíneo, lo había criado. Igual que los niños desventurados que salen en las novelas de Dickens.

Para el joven Tengo, esa posibilidad suponía una pesadilla y, al mismo tiempo, una gran esperanza. Él leía a Dickens con avidez. Desde la primera vez, cuando leyó Oliver Twist, se quedó prendado de Dickens. Había devorado casi todas las obras de él que había en la biblioteca. Cuando recorría los mundos de sus historias, se abandonaba a la imaginación. Esa imaginación (o fantasía) crecía rápidamente en su mente y se hacía más compleja. De un solo patrón nacían infinitas variaciones. «Éste no es mi lugar», se decía Tengo a sí mismo. «Me han encerrado por error en la jaula equivocada. Un día el azar me conducirá hasta mis verdaderos padres. Me escaparé de esta fea y sofocante jaula y regresaré al lugar que me pertenece. Entonces pasaré unos bellos y tranquilos domingos en libertad».

El padre se alegraba de las excelentes notas que Tengo sacaba en el colegio. Incluso presumía de ello. Se pavoneaba delante de los vecinos. Pero al mismo tiempo se veía que, en algún lugar en su fuero interno, no le hacía gracia la inteligencia y el potencial del hijo. A veces, cuando Tengo estudiaba frente al escritorio, lo molestaba, seguramente a propósito. Le ordenaba que llevara a cabo tareas domésticas o buscaba cualquier minucia para regañarlo. Los motivos de la regañina siempre eran los mismos: que si él tenía que recorrer largas distancias todos los días y dejarse el pellejo trabajando, aguantando a veces el chaparrón de insultos que le caía; que si tú, en cambio, llevas una vida afortunada y placentera; que si cuando él tenía la edad de Tengo, en casa lo hacían trabajar muchísimo y su padre y su hermano lo molían a palos por cualquier cosa, no le daban suficiente comida y lo trataban igual que al ganado; que por sacar unas notas más o menos decentes, no se le debía subir a la cabeza. El padre le repetía aquello incansablemente.

A veces, Tengo pensaba que aquel hombre lo envidiaba. «Debe de sentir envidia por mi forma de ser o por la situación en la que me encuentro». Pero ¿era posible que un padre sintiera envidia de su hijo?

Obviamente, Tengo, todavía un niño, era incapaz de responder a tal pregunta; pero, en cambio, sí que sentía esa especie de mezquindad que rezumaba de los actos y palabras del padre, y le resultaba insoportable desde el punto de vista físico. No, no era sólo envidia. A veces Tengo sentía que aquel hombre odiaba algo que el hijo albergaba. No odiaba a Tengo en sí mismo. Odiaba algo que

llevaba en su interior. Le daba la impresión de que al padre aquello le resultaba intolerable.

Para Tengo, las matemáticas eran un eficaz medio de evasión. Cuando huía al mundo de las fórmulas matemáticas, podía escapar de esa fastidiosa jaula que era la realidad. Desde pequeño se había dado cuenta de que, accionando un interruptor en su mente, podía trasladarse con facilidad a aquel mundo. Y cuando daba vueltas investigando aquel terreno de coherencia infinita, era totalmente libre. Avanzaba por los sinuosos pasillos de un edificio gigantesco, abriendo, una tras otra, puertas numeradas. Cada vez que un nuevo panorama se abría ante sus ojos, el abominable rastro que le había quedado del mundo real se debilitaba hasta extinguirse por completo. El mundo regido por las fórmulas matemáticas era para él un refugio legítimo y del todo seguro. Conocía mejor que nadie la geografía de ese planeta y podía elegir acertadamente las rutas correctas. Nadie podía darle alcance. Cuando se encontraba allí, era capaz de olvidar e ignorar las normas y las cargas que le imponían en el mundo real.

Frente al magnífico edificio imaginario de las matemáticas, el mundo ficticio representado por Dickens era para Tengo como un denso bosque mágico. Las matemáticas se expandían hacia el cielo sin cesar y, en cambio, el bosque se extendía en silencio bajo sus ojos. Sus recias y oscuras raíces penetraban en las profundidades de la tierra. Allí no había mapas ni puertas numeradas.

Desde la primaria hasta la secundaria se sumergió en el mundo de las matemáticas, ya que su nitidez y libertad absoluta lo fascinaban y las necesitaba para seguir viviendo. Sin embargo, al entrar en la adolescencia, el sentimiento de que aquello no era suficiente creció poco a poco. Cuando visitaba el mundo matemático, no tenía ningún problema. Todo salía como estaba previsto. Nada le cortaba el paso. Pero, una vez que volvía a la realidad (no tenía más remedio que volver), seguía en la misma patética jaula de antes. La situación no había cambiado ni un ápice. Es más, los grilletes le resultaban todavía más pesados. Siendo así, ¿de qué demonios le servían las matemáticas? ¿Acaso no eran más que una evasión temporal? ¿Acaso no empeoraban aún más su situación real?

A medida que las dudas crecían, Tengo empezó a distanciarse de forma consciente del mundo de las matemáticas. Al mismo tiempo, empezó a sentirse cada vez más atraído por el bosque de la ficción. Leer novelas era, por supuesto, otro tipo de evasión. Cuando cerraba las páginas de un libro, tenía que regresar

al mundo real. Sin embargo, un día se dio cuenta de que, cuando volvía a la realidad tras haber visitado el mundo de las novelas, no experimentaba esa dura frustración que sentía al volver del universo matemático. ¿A qué se debería? Reflexionó sobre ello y, en poco tiempo, llegó a una conclusión. En el bosque de la ficción, aunque las relaciones entre todas las cosas eran evidentes, nunca obtenía respuestas lógicas, a diferencia de lo que sucedía con las matemáticas. El papel de las historias de ficción era, *grosso modo*, presentar una cuestión bajo una forma distinta. Y dependiendo de las características y de la transformación que sufría aquella cuestión, la solución quedaba sugerida en la historia. Tengo atrapaba esa sugerencia y regresaba al mundo real. Era como un pedazo de papel en el que había escrito un conjuro incomprensible. Algunas veces resultaba incoherente y no tenía ninguna utilidad práctica inmediata. Pero albergaba una posibilidad. Quizás algún día pudiera descifrar el conjuro. Esa probabilidad lo iba reconfortando poco a poco, hasta lo más hondo del corazón.

Con el paso del tiempo, todo aquello que sugería la ficción había empezado a atraer más y más su interés. Las matemáticas seguían siendo para él un gran placer, incluso ahora que era un adulto. Cuando enseñaba matemáticas a los alumnos de la academia sentía, de manera natural, el mismo entusiasmo que había sentido de pequeño. Quería compartir con todos la alegría de esa libertad platónica. Era algo estupendo. Sin embargo, ahora a Tengo le resultaba imposible sumergirse en ese mundo regido por las fórmulas matemáticas sin ningún tipo de reserva, porque sabía que, por muy lejos que lo investigara, no encontraría las respuestas que en verdad buscaba.

Cuando Tengo estaba en quinto de primaria, después de pensárselo concienzudamente, le anunció algo a su padre: «No quiero volver contigo los domingos, como he estado haciendo hasta ahora, a cobrar la tarifa de la NHK. Quiero aprovechar ese tiempo para estudiar, leer o ir a jugar a algún sitio. Tú tienes tu trabajo y yo tengo mis cosas. Quiero llevar una vida normal, como el resto de mis compañeros».

Sólo le dijo eso. Fue breve pero razonable.

Su padre, por supuesto, se puso como una fiera. «En la casa de los demás, que hagan lo que les dé la gana. En la nuestra, hay una manera de hacer las cosas», dijo el padre. «¿Qué es eso de una vida normal? ¡No digas estupideces! ¡Qué sabrás tú de lo que es una vida normal y corriente!». Tengo no le replicó.

Tan sólo se quedó callado. Sabía desde un principio que, por mucho que le dijera, no lo haría entrar en razón. «Si así lo quieres, muy bien», le dijo el padre. «Alguien que no escucha a su padre, no merece que le den más de comer. ¡Vete de casa ahora mismo!».

Tengo hizo la maleta y se fue de casa, tal como le había ordenado. Ya había tomado la decisión y no se iba a acobardar aunque su padre se enfadara, le montara un escándalo o le levantara la mano (en realidad, no se la levantó). Es más, se sentía aliviado de que le hubiera dado permiso para irse de aquella jaula.

Sin embargo, un niño de diez años no podía sobrevivir solo. No tuvo más remedio que confesarle su situación a la tutora de la clase a la salida del colegio. «No tengo donde pasar la noche». Entonces le contó la carga que suponía para él tener que hacer todos los domingos la ruta de cobro con su padre. La tutora era una chica soltera que andaba por los treinta y cinco años. No era demasiado guapa y llevaba unas gafas gruesas y horribles, pero tenía un carácter justo y cariñoso. Era de pequeña estatura y, aunque normalmente se mostraba dulce y callada, también tenía, a pesar de las apariencias, su lado temperamental, y cuando la sacaban de sus casillas, se transformaba y nadie podía pararla. Aquel carácter desigual dejaba estupefactos a todos. Sin embargo, a Tengo le caía bien aquella profesora. Aunque se enfadara, Tengo no le tenía miedo.

La tutora escuchó a Tengo, comprendió sus sentimientos y se solidarizó con él. Aquella noche le permitió quedarse en su casa. Lo cubrió con una manta en el sofá del salón y lo dejó dormir. También le preparó el desayuno. Y al día siguiente por la noche fue a casa del padre, acompañada por Tengo, y discutieron largo y tendido.

Como le dijeron que los dejara solos, Tengo no supo qué tipo de conversación mantuvieron, pero, al fin y al cabo, a su padre no le quedaba más remedio que enterrar el hacha de guerra. Por muy enfadado que estuviera, no podía dejar a un niño de diez años solo en la calle. La Ley lo obligaba a mantenerlo.

Como resultado de la charla, se acordó que Tengo podría pasar los domingos de la manera que quisiera. Por la mañana tendría que hacerse cargo de las tareas domésticas, pero el resto del tiempo podría hacer lo que quisiera. Era el primer derecho formal que obtenía de su padre desde que había nacido. Su padre seguía enfadado y se pasó una temporada sin hablarle, pero a Tengo le traía sin cuidado. Ya había conseguido lo más importante. Aquél era el primer paso hacia la libertad y la independencia.

Al terminar la escuela primaria, Tengo pasó mucho tiempo sin volver a ver a aquella tutora. Podría haberla visto de vez en cuando si hubiera asistido a las reuniones de antiguos alumnos a las que lo invitaban, pero Tengo no tenía intención de acudir a ese tipo de actos. No guardaba ningún buen recuerdo de aquella escuela primaria. Sin embargo, a veces se acordaba de la profesora. Después de todo, lo había dejado pasar una noche en su casa y había convencido al cabezón supremo de su padre. No podía olvidarla así como así.

Fue en el segundo año de instituto cuando volvió a verla. Por aquel entonces, Tengo pertenecía al club de judo, pero se había hecho daño en la pantorrilla y durante dos meses no pudo participar en ninguna competición. En lugar de eso, lo metieron como percusionista provisional en la banda del instituto. Se aproximaba la fecha de un concurso, pero uno de los dos percusionistas se había cambiado de colegio de repente y el otro había cogido una gripe perniciosa. Como estaban tan desesperados que les valía cualquiera que pudiera sujetar dos baquetas, lo metieron en la banda. El profesor de música se había fijado en Tengo, que casualmente tenía la pierna mal y estaba ocioso, y lo metió en los ensayos de la banda con la condición de que le daría de comer en abundancia y le pasaría por alto el trabajo final.

Hasta entonces, Tengo nunca había probado a tocar un instrumento ni había sentido interés. Cuando lo intentó, vio que aquello se amoldaba sorprendentemente bien a la naturaleza de su intelecto. Sintió un placer espontáneo al dividir el tiempo en pequeños fragmentos, volver a ensamblarlos e ir transformándolos en eficaces series tonales. Todos los sonidos fluctuaban visualmente en su cabeza en forma de diagramas. Entonces comprendió el sistema de diversos instrumentos de percusión, como una esponja que absorbe agua. Fue a ver a un percusionista que el profesor de música le había presentado, y que trabajaba en una orquesta sinfónica, y se inició en la ejecución del timbal. Al cabo de unas horas de clase había aprendido, más o menos, el mecanismo y la manera de tocar el instrumento. Como las partituras se parecían a fórmulas matemáticas, no le resultó difícil aprender a leerlas.

El profesor de música se quedó impresionado al descubrir las excelentes dotes musicales de Tengo. «Parece que estás dotado de un sentido innato para los ritmos complejos. Tienes un oído fabuloso, además. Si estudiaras para especializarte, podrías llegar a ser un profesional», le dijo el profesor.

El timbal era un instrumento difícil pero tenía una profundidad y un encanto peculiares y escondía infinitas posibilidades en lo que a combinación de sonidos se refiere. En aquel instante estaban aprendiendo varios movimientos extraídos de la *Sinfonietta* de Janáček, arreglados para banda. Iban a interpretarla en el concurso de bandas de instituto como «pieza de libre elección». La *Sinfonietta* de Janáček era una obra complicada para una banda de instituto. Y en la parte de la fanfarria inicial, el timbal campaba a sus anchas. El profesor de música, que era el director de la banda, había elegido aquella pieza a sabiendas de que contaba con excelentes percusionistas; pero como, por el motivo anteriormente mencionado, se había quedado sin ellos, estaba inquieto. Por supuesto, el papel de sustituto de Tengo era fundamental. Sin embargo, Tengo no sentía ninguna presión y disfrutaba enormemente tocando.

Una vez que la interpretación para el concurso terminó sin ningún incidente (no ganaron, pero quedaron entre los mejores puestos), la exprofesora del colegio se le acercó y le dijo que había sido un concierto maravilloso.

—Supe que eras tú en cuanto te vi —le dijo aquella mujer menuda (Tengo no se acordaba de su nombre)—. Me dije que el timbalero tocaba muy bien y, al mirarte a la cara… ¡Pero si eras tú! Has crecido desde la última vez que nos vimos, pero te he reconocido enseguida. ¿Desde cuándo tocas?

Tengo se lo explicó brevemente. Ella se quedó admirada.

—Tienes muchos talentos.

—Aunque me sentía más cómodo con el judo —confesó Tengo, sonriendo.

—Por cierto, ¿qué tal está tu padre? —preguntó ella.

—Está bien —contestó Tengo. En realidad era por decir algo. El que su padre estuviera bien o mal era una cuestión que no le concernía y en la que no le apetecía demasiado pensar. Por aquel entonces, Tengo se había ido de casa para vivir en una residencia de estudiantes, y hacía bastante tiempo que su padre no había vuelto a hablar con él.

—¿Qué hace usted por aquí? —le preguntó Tengo.

—Mi sobrina toca el clarinete en una banda de otro instituto y, como interpreta un solo, me dijo que viniera a escucharla —respondió ella—. ¿Vas a seguir tocando de aquí en adelante?

—En cuanto se me cure la pierna volveré al judo. Es que practicando judo no paso hambre. En nuestro instituto se fomenta el judo. Puedo vivir en la residencia y con los bonos del comedor me dan tres comidas al día. En la banda, las cosas no funcionan así.

—No quieres ser una carga para tu padre, ¿eh?

—Porque él es como es —dijo Tengo.

La profesora sonrió.

—Pues es una lástima. Rebosas talento.

Tengo volvió a mirar a la pequeña profesora. Luego se acordó de que le había dejado quedarse en su piso. Recordó la práctica y acogedora habitacioncilla en la que vivía. Las cortinas de encaje y unas cuantas macetas. Una tabla de planchar y libros empezados. Un pequeño vestido de color rosa colgado de la pared. El olor del sofá en el que había dormido. Entonces, Tengo se dio cuenta de que, en ese momento, ella estaba de pie, frente a él, nerviosa como una chica joven. Se dio cuenta de que ya no era un niño indefenso de diez años, sino un joven corpulento de diecisiete. El pecho se le había robustecido, le había salido barba y tenía un enorme apetito sexual, que era superior a sus fuerzas. Y al estar con una chica mayor que él, se sentía extrañamente sosegado.

—Me alegra haberte visto de nuevo —dijo la profesora.

—A mí también —dijo Tengo. Aquel sentimiento era real. Pero, aun así, no logró acordarse de su nombre.

15
AOMAME

Con firmeza, como si echara el ancla a un globo aerostático

Aomame prestaba atención a lo que comía cada día. La base de su alimentación diaria eran platos cocinados de verdura a los cuales añadía marisco y, sobre todo, pescado blanco. En cuanto a carne, de vez en cuando comía pollo. Sólo elegía ingredientes frescos y utilizaba condimentos en cantidades muy reducidas. Evitaba alimentos con mucha grasa y limitaba los hidratos de carbono a la dosis adecuada. Comía las ensaladas casi sin aderezarlas, tan sólo con aceite de oliva, sal y limón. No sólo comía muchas verduras crudas, sino que además se informaba detalladamente sobre sus nutrientes e intentaba alimentarse de manera equilibrada, combinando diversos tipos de hortalizas. Diseñaba sus propios menús y en el gimnasio ofrecía orientación a quien lo solicitaba. Su muletilla era «Olvídese de andar contando calorías». Si uno adquiría la sensibilidad para elegir los productos adecuados y comer en su justa medida, no hacía falta preocuparse por las cifras.

Pero tampoco se podía vivir aferrada únicamente a esos menús ascéticos. A veces, cuando le apetecía comer de verdad, se lanzaba a cualquier restaurante y pedía un buen bistec o unas chuletillas de cordero. En esas ocasiones, cuando le entraban esas ganas irreprimibles de comer, el cuerpo, por algún motivo, le pedía ese tipo de comida y ella lo consideraba como una señal. Entonces obedecía la llamada de la naturaleza.

Le gustaba el vino y el sake, pero para proteger el hígado y controlar los niveles de azúcar se abstenía de beber en exceso y marcaba tres días a la semana durante los cuales no bebía alcohol. El templo sagrado de Aomame era precisamente el cuerpo y siempre lo mantenía limpio. Impoluto e inmaculado. A qué lo consagraba era otro asunto. En eso ya pensaría luego.

De momento no tenía ni un solo michelín. Era todo músculo.

Cada día se ponía desnuda frente al espejo y confirmaba con cuidado que así era. Sin embargo, no se quedaba embelesada con su cuerpo. Más bien al contrario. El tamaño de su pecho era insuficiente y, peor aún, había una asimetría entre ambos lados. El vello púbico le crecía como un matorral pisoteado por una legión de infantería desfilando. Cada vez que contemplaba su cuerpo, no podía reprimir las ganas de fruncir el ceño. Pero, a pesar de todo, no tenía michelines. La carne que le sobraba no se podía pellizcar con los dedos.

Aomame llevaba una vida austera. Lo que más le preocupaba y en lo que más dinero gastaba era la alimentación. No escatimaba en alimentos y sólo bebía vinos de alta calidad. Las raras veces que iba a comer fuera elegía un local en el que cocinasen con esmero y prudencia. Pero por el resto de las cosas, apenas se preocupaba.

La ropa, los productos cosméticos y los complementos no le interesaban demasiado. Cuando iba al club de deportes, le bastaba con una vestimenta informal, como unos pantalones vaqueros y un jersey. Una vez dentro del club, se pasaba el día en chándal. Por supuesto, allí no podía llevar joyas ni complementos. Además, apenas tenía oportunidades de ponerse elegante para salir de casa. No tenía novio, ni nadie con quien citarse. Tras la boda de Tamaki Ōtsuka, se había quedado sin amigas con las que ir a comer. Para buscar a alguien con quien disfrutar de sexo esporádico, se maquillaba y se ponía elegante a su modo, pero era, a lo sumo, una vez al mes. No necesitaba demasiada ropa.

Si le hacía falta, se daba una vuelta por las boutiques de Aoyama y, comprándose un vestido nuevo «hecho para matar», uno o dos complementos a juego y un par de zapatos de tacón, se quedaba satisfecha. Normalmente calzaba zapatos planos y llevaba el cabello recogido en una coleta. Si se lavaba bien la cara con jabón y se aplicaba una crema de base, conseguía tener siempre un rostro encantador. Mientras su cuerpo estuviera limpio y sano, se daba por contenta.

Desde que era niña se había acostumbrado a una vida sencilla, sin atavíos. Le habían inculcado el estoicismo y la templanza desde que tenía uso de razón. En su hogar no había habido nada en exceso. La palabra más utilizada en su casa era «desperdicio». No tenían televisor, ni compraban el periódico. En su hogar la información era innecesaria. La carne y el pescado no abundaban en la mesa a la hora de comer y Aomame obtenía los nutrientes necesarios para su crecimiento básicamente a través del comedor escolar. A todos les parecía «asqueroso» y

dejaban la comida en el plato, pero Aomame hasta quería que le dieran la ración de los demás.

La ropa que vestía siempre la heredaba de los demás. En su comunidad religiosa intercambiaban ropa usada. Por eso nunca le compraban ropa nueva, a excepción de las prendas para hacer gimnasia que el colegio indicaba, y no recordaba haber llevado nunca ropa o zapatos que fueran de su talla. Eran prendas desconjuntadas, de color y forma. Si se hubiera tratado de una familia pobre y se hubiera visto obligada a llevar tal vida, no habría nada que objetar. Pero la familia de Aomame no era pobre en absoluto. El padre trabajaba como ingeniero y poseía ingresos y ahorros decentes. Eran ellos los que habían elegido llevar una vida tan austera, conforme a sus principios.

Su vida, en cualquier caso, era muy diferente a la de la mayoría de los niños a su alrededor, y por ese motivo no había sido capaz de hacer ni un solo amigo durante mucho tiempo. No tenía ropa para ir a dar una vuelta con los amigos, ni, en general, ocasión de hacerlo. No le daban paga y, si alguien la hubiera invitado a su fiesta de cumpleaños (por suerte o por desgracia, nunca le había sucedido), no habría podido comprar ni un pequeño regalo.

Por eso odiaba a sus padres y odiaba profundamente el mundo al que sus padres pertenecían. Ella quería una vida normal como la de todo el mundo. No deseaba lujos. Le bastaba con una vida humilde normal y corriente. «Si tan sólo tuviera eso, no necesitaría nada más», pensaba Aomame. Tan pronto como se hiciera adulta, quería separarse de sus padres y vivir sola como a ella le apeteciera. Quería comer sólo lo que se le antojara y utilizar con libertad el dinero que llevaba en la cartera. Vestir ropa nueva a su gusto, calzar zapatos de su talla e ir a donde quisiera. También hacer muchos amigos e intercambiar regalos con bellos envoltorios.

Pero la Aomame adulta descubrió que lo que más la satisfacía era llevar aquella vida de templanza y estoicismo. Lo que más necesitaba no era vestirse elegante e ir a dar una vuelta con alguien, sino ponerse el chándal y matar el tiempo a solas en su habitación.

Tras la muerte de Tamaki, Aomame abandonó la empresa de bebidas deportivas, se fue del edificio en el que había vivido y se mudó a un apartamento de alquiler situado en Jiyūgaoka, con habitación, sala de estar, comedor y cocina

americana en un mismo ambiente. No era una vivienda demasiado grande, pero sin embargo resultaba amplia en apariencia. Aunque Aomame tenía sus propios utensilios de cocina sólo disponía de las cosas indispensables. Tenía pocas pertenencias. Le gustaba leer, pero una vez que leía un libro, lo vendía a una librería de segunda mano. También le gustaba escuchar música, aunque eso no significaba que coleccionara discos. Le resultaba un incordio ir acumulando delante de sus narices todas sus posesiones. Cada vez que compraba algo en una tienda le remordía la conciencia. Pensaba que, en realidad, no lo necesitaba. Al mirar la ropa y los zapatos impolutos y bien cuidados que tenía en el armario sentía punzadas en el pecho y se sofocaba. Aquella escena de libertad y abundancia, paradójicamente, le recordaba su niñez de pobreza y privaciones, durante la cual jamás le habían regalado nada.

Aomame se preguntaba a menudo qué significaba ser libre. ¿Significaría que, aunque uno escape de una jaula, se encontrará inevitablemente en otra diferente y mayor?

Cuando Aomame enviaba al más allá al hombre que le habían indicado, la señora de Azabu la remuneraba. Depositaban un fajo de billetes bien empaquetado con papel, sin nombre ni dirección del destinatario ni del remitente, en un apartado de correos. Tamaru le entregaba la llave del apartado de correos y ella sacaba el contenido y luego le devolvía la llave. El paquete todavía cerrado lo metía en una caja fuerte de alquiler en el banco, sin tocar su contenido. Tenía dos, como duros ladrillos.

Aomame era incapaz de gastarse todo el sueldo de cada mes. Además tenía sus ahorros, así que no necesitaba aquel dinero para nada. La primera vez que recibió la remuneración, la señora le habló:

—Esto sólo es una formalidad —dijo con voz serena, como para persuadirla —. Tómeselo como una rutina. Por eso tiene que cobrar. Si no le hace falta, guárdeselo y no lo use. O si eso también le molestara, puede donarlo anónimamente a una fundación. Es libre de hacer lo que usted desee. Pero si quiere mi consejo, le recomiendo que lo custodie en algún sitio y que no lo toque durante algún tiempo.

—Pero yo no quiero recibir dinero por hacer esto —dijo Aomame.

—Entiendo sus sentimientos. Pero gracias a que se ha desembarazado de esos cabrones, ha evitado complicadas demandas de divorcio, y disputas por la patria potestad. Ya no necesitan vivir preocupadas por que el marido se presente y les dé una paliza hasta deformarles la cara. Además cobrarán el seguro de vida

y la pensión de viudedad. Considere este dinero que le entrego una forma de agradecimiento por parte de ellas. Usted hizo sin duda lo correcto. Pero no puede ser una acción desinteresada. ¿Entiende el motivo?

—No muy bien —le respondió Aomame, honesta.

—Pues porque usted no es ni un ángel, ni Dios. Sé perfectamente que sus actos proceden de sentimientos puros y por eso también comprendo que no quiera recibir dinero. Pero, en este caso, los sentimientos nobles son peligrosos. Para una persona de carne y hueso no es fácil vivir cargando con ellos. Por eso necesita amarrar esos sentimientos al suelo, con firmeza, como si echara el ancla a un globo aerostático. Ese es el motivo. Porque si bien esos sentimientos son correctos y puros, eso no significa que pueda hacer lo que quiera. ¿Lo entiende?

Aomame asintió después de pensárselo un rato.

—No acabo de entenderlo, pero, de todas formas, le doy la razón.

La señora sonrió. Luego se tomó un trago de infusión.

—No lo meta en una cuenta bancaria. Si la administración tributaria lo encontrara, levantaría sospechas. Déjelo guardado en efectivo en una caja fuerte del banco. Algún día le hará falta.

«Eso haré», dijo Aomame.

Cuando regresó del club de deportes y estaba preparando la cena, sonó el teléfono.

—Aomame —dijo una voz femenina. Una voz un tanto áspera. Era Ayumi.

Aomame le respondió con el auricular pegado a la oreja, mientras extendía la mano para bajar el gas.

—¿Qué? ¿Cómo va el trabajo de policía?

—Pongo multas a trochemoche y la gente me da la lata. Sin rastro de hombres y trabajando con ahínco.

—Mejor eso que nada.

—Oye, Aomame, ¿qué estás haciendo?

—Preparo la cena.

—¿Estás libre pasado mañana? Me refiero a por la noche.

—Sí, estoy libre, pero no me apetece hacer lo del otro día. Lo de ahí abajo quiere descansar un rato.

—Bien. El mío también dice que quiere descansar un poco. Pero si fuera posible, me gustaría que quedáramos y charláramos un rato.

Aomame se lo pensó un poco. Pero era incapaz de decidirse.

—Escucha, ahora estoy friendo comida —dijo Aomame—. Debo echarle un ojo. ¿Podrías llamarme otra vez dentro de media hora?

—Sí, te llamo en media hora.

Aomame colgó el teléfono y terminó de freír. Luego preparó una sopa de miso con brotes de soja y se comió todo acompañado de arroz integral. Sólo se bebió media lata de cerveza y, el resto, lo echó por el fregadero. Lavó la vajilla, se sentó en el sofá y, mientras se tomaba un respiro, Ayumi volvió a telefonear.

—Me gustaría comer contigo, si es posible —dijo Ayumi—. Es que ya estoy harta de comer siempre sola.

—¿Siempre comes sola?

—Como estoy viviendo en una residencia con pensión completa, todo el mundo come siempre mientras está de cháchara. Pero de vez en cuando me apetece comer algo suculento con calma y tranquilidad. A ser posible, en un sitio elegante. Pero no quiero ir sola. Me entiendes, ¿no?

—Claro.

—Sin embargo, en esas ocasiones nunca tengo a nadie alrededor con quien ir a comer. Ni hombre, ni mujer. Es que todos son más de ir a un *izakaya*. Pero había pensado que contigo sí que podría ir. ¿Te supone una molestia?

—No es ninguna molestia —respondió Aomame—. Está bien. Vayamos a comer a un sitio elegante. La verdad es que ya hace tiempo que yo tampoco lo hago.

—¿De veras? —dijo Ayumi—. ¡Qué alegría me das!

—¿Qué te parece pasado mañana?

—Sí, al día siguiente libro. ¿Conoces algún buen restaurante?

Aomame le mencionó un restaurante francés en Nogizaka. Al oír el nombre, Ayumi se quedó sin aliento.

—Aomame, ¿ése no es el famosísimo restaurante? He leído en una revista que los precios son desorbitados y que hay que reservar con dos meses de antelación. Con mi sueldo, ni de broma.

—Tranquila. El chef y dueño del restaurante es cliente del gimnasio en el que trabajo y yo soy su entrenadora personal. También medio lo asesoro sobre el valor nutritivo de los menús; así que, si yo reservo, nos dará una mesa y nos hará un buen descuento. Eso sí, puede que la mesa no sea demasiado buena.

—Por mí, como si es dentro de un armario empotrado.

—Ponte lo más elegante que puedas —dijo Aomame.

Después de colgar, Aomame se sorprendió un poco al darse cuenta de que sentía una simpatía espontánea hacia aquella joven agente de policía. Era la primera vez, desde la muerte de Tamaki Ōtsuka, que sentía algo así por alguien. Aunque, por supuesto, no era en absoluto el mismo sentimiento que una vez había albergado hacia Tamaki. A pesar de ello, hacía mucho tiempo que no iba a comer, o que no le importaba ir a comer a solas con alguien. Y, para colmo, era precisamente con una agente de policía en servicio. Soltó un suspiro. El mundo era extraño.

Aomame se puso un vestido gris azulado de manga corta con una pequeña rebeca blanca sobre los hombros y se calzó unos zapatos de tacón de Ferragamo. Llevaba pendientes y una fina pulsera metálica. El bolso bandolera de siempre lo dejó en casa (el picahielos también, por supuesto) y se llevó un pequeño monedero de La Bagagerie. Ayumi vestía una sencilla chaqueta negra de Comme des Garçons, una gran camiseta marrón escotada, una falda acampanada de flores, el bolso de Gucci de la última vez, un pequeño *piercing* con una perla y unos zapatos marrones de tacón bajo. Estaba mucho más mona y parecía mucho más elegante que la vez anterior. No tenía aspecto de agente.

Se encontraron en el bar, tomaron rápido un cóctel mimosa y luego las condujeron a la mesa, que no estaba nada mal. El chef se pasó por allí y habló con Aomame. Después les dijo que al vino invitaba la casa.

—Lo siento, pero el corcho ya ha sido abierto y falta la cantidad de una cata. Ayer se quejaron del sabor y tuvimos que sacar otra botella, pero la verdad es que al sabor no le pasa nada. El cliente era cierto político insigne que va por el mundo dándoselas de entendido del vino, aunque, en realidad, no tiene ni puñetera idea. Sólo se queja para guardar las apariencias delante de otros. «¿No le parece que este Borgoña tiene un sabor un poco agrio?». Como el cliente era quien era, le dije lo que me pareció mejor: «Pues sí. Parece que tiene un sabor un tanto agrio. El control en la bodega del importador no debe de haber sido bueno. Le traeré otra botella de inmediato. Es usted un verdadero experto. Sabe muchísimo». Y le saqué otra botella. De ese modo, me evité problemas con el cliente. Bueno, no se puede decir en voz alta, pero además también puedo inflarle un poco la cuenta como a mí me parezca. Después de todo, a él se lo abonan luego con las dietas. De todas formas, en nuestro local no les sacamos a los clientes productos que han sido devueltos por quejas, desde luego.

—Pero si a nosotras no nos importa, en absoluto.

El chef cerró un ojo.

—¿De verdad que no os importa?

—Claro que no —dijo Aomame.

—Para nada —añadió Ayumi.

—¿Esta señorita tan guapa es tu hermana? —le preguntó el chef a Aomame.

—¿Te lo parece? —inquirió Aomame.

—En la cara no os parecéis, pero tenéis un aire —respondió el chef.

—Es una amiga —dijo Aomame—. Es agente de policía.

—¿En serio? —El chef volvió a mirar a Ayumi con cara de incredulidad—. ¿De las que llevan pistola y hacen patrullas?

—Aún no he disparado a nadie, pero… —dijo Ayumi.

—¿No habré metido la pata? —preguntó el chef. Ayumi negó con la cabeza.

—No, en absoluto.

El chef sonrió y juntó las manos delante del pecho.

—Es un reputado vino de Borgoña que puedo recomendar con toda confianza a quienquiera que sea el cliente. Procede de una bodega ilustre, es de una buena cosecha y normalmente cuesta un ojo de la cara.

El camarero se acercó y les sirvió dos copas de vino. Aomame y Ayumi hicieron un brindis. Al juntar ligeramente las copas sonó a lo lejos como una campanilla celestial.

—¡Ahí! Es la primera vez en mi vida que bebo un vino tan delicioso —dijo Ayumi, entornando los ojos, tras tomar un trago—. ¿Pero qué clase de capullo se puede atrever a quejarse de este vino?

—Hay quien se queja por todo —repuso Aomame.

Luego observaron con atención el menú. Ayumi se leyó dos veces lo que había escrito, de pe a pa, con una mirada penetrante, como cuando un abogado diestro lee un contrato importante. ¿No está pasando por alto nada significativo? ¿No hay ningún ingenioso resquicio oculto? Examinó mentalmente las diversas condiciones y cláusulas allí escritas y deliberó sobre su repercusión. Sopesó de forma minuciosa los beneficios y las pérdidas. Aomame miraba con atención sus ademanes, desde el asiento de enfrente.

—¿Te has decidido? —preguntó Aomame.

—Más o menos —dijo Ayumi.

—Entonces, ¿qué pides?

—Sopa de mejillones, una ensalada de tres clases de puerro y luego un

estofado de sesos de ternera de Iwate al Burdeos. ¿Y tú?

—Yo sopa de lentejas, ensalada templada de primavera y rape a la papillote, acompañado de polenta. No pega demasiado con vino tinto, pero como invita la casa, no me puedo quejar.

—¿Te parece bien si intercambiamos un poco de cada?

—Por supuesto —dijo Aomame—. Y si quieres, pedimos unos langostinos rebozados de entrante para compartir.

—¡Estupendo! —exclamó Ayumi.

—Si ya has decidido lo que vas a pedir, es mejor que cierres la carta —dijo Aomame—. Si no, el camarero se va a eternizar.

—Tienes razón —dijo Ayumi.

Cerró el menú con pena y lo puso de nuevo sobre la mesa. El camarero vino de inmediato y les tomó el pedido.

—Cada vez que acabo de pedir en un restaurante, tengo la impresión de que me he equivocado en la elección —dijo Ayumi cuando el camarero se fue—. ¿Y tú?

—Aunque me haya equivocado, sólo es comida. Comparado con un error vital, tampoco es para tanto.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Ayumi—. Pero para mí es muy importante. Ha sido así desde que era pequeña. Después de pedir algo, siempre me arrepentía. «¡Oh! Debí haber pedido croquetas de gamba y no filete ruso». ¿Tú siempre has sido tan pasota?

—En la casa en que me crié, debido a diversas circunstancias, no solíamos comer fuera. Nunca. Desde que tengo uso de razón, nunca me llevaron a un sitio similar a un restaurante, y hasta muy grandecita nunca viví la experiencia de ver un menú y pedir la comida que me apeteciera. Día tras día, sólo comía lo que me ponían, sin rechistar. No podía quejarme por asqueroso o escaso que fuera, o aunque lo detestara. Aún hoy, a decir verdad, no me importa demasiado como esté la comida.

—¡Hmm! Vaya sorpresa. No sé por qué, pero no lo parece. Me daba la impresión de que estabas habituada a estos sitios desde niña.

Tamaki Ōtsuka había sido la que la había iniciado en todo aquello: cómo debía comportarse cuando iba a un restaurante distinguido; que, eligiera el plato que eligiera, no tenían por qué mirarla mal, cómo pedir el vino, cómo llamar para que traigan el postre, cómo dirigirse al camarero, la manera formal de utilizar la cubertería… Tamaki conocía todo aquello y le enseñó cada cosa hasta

el último detalle a Aomame. De ella había aprendido qué ropa y accesorios debía llevar y cómo debía maquillarse. Aomame descubría un mundo nuevo. Tamaki se había criado en una familia acaudalada de los barrios altos y su madre era una persona sociable, sumamente meticulosa en los modales y la vestimenta. Por eso, Tamaki había aprendido desde que estaba en el instituto cómo comportarse en sociedad. Podía entrar sin cohibirse en lugares frecuentados por adultos. Aomame había absorbido con avidez ese saber hacer. Si no hubiera conocido a una buena profesora como Tamaki, ahora Aomame sería una persona de diferente ralea. A veces tenía la impresión de que Tamaki todavía vivía y se escondía con sigilo a su lado.

Al principio, Ayumi estaba un poco nerviosa, pero a medida que bebía vino parecía ir calmándose.

—Oye, quería preguntarte una cosa —dijo Ayumi—. Si no quieres responder, no tienes por qué hacerlo. Pero me gustaría hacerte una pequeña pregunta. ¿No te enfadarás?

—No me enfado.

—Aunque sea una pregunta extraña, no va con mala intención. Que te quede claro, ¿eh? Sólo me pica la curiosidad. Pero es que a veces hay gente que se cabrea un montón por eso.

—¡Tranquila, mujer! Que no me cabreo.

—¿De veras? Mira que todos dicen lo mismo y luego se cabrean.

—Yo soy especial, así que no te preocupes.

—¿Alguna vez abusó de ti un hombre cuando eras niña?

Aomame negó con la cabeza.

—Creo que no. ¿Por qué?

—Era sólo por preguntar. No pasa nada —respondió Ayumi. Luego cambió de tema—. Oye, ¿has tenido novio alguna vez? O sea, alguien con quien mantuvieras una relación seria.

—Nunca.

—¿Ni uno?

—No, ni uno —respondió Aomame. Después habló un poco confusa—. Para serte sincera, fui virgen hasta los veintiséis.

Ayumi perdió el habla durante un rato. Posó el cuchillo y el tenedor, se limpió los labios con la servilleta y luego se quedó mirándola fijamente a la cara, con los ojos entornados.

—¿Una chica estupenda como tú? No me lo puedo creer.

—Es que no tenía ningún interés.

—¿Me estás diciendo que no te interesaban los hombres?

—Sólo me he enamorado de una persona —dijo Aomame—. Me enamoré de él cuando tenía diez años y lo cogí de la mano.

—Te enamoraste de un niño a los diez años. ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Ayumi cogió cuchillo y tenedor y, mientras reflexionaba, hizo un pequeño corte en un langostino.

—¿Y qué hace ahora ese niño?

Aomame agitó la cabeza.

—No sé. Fue en mi clase durante tercero y cuarto de primaria en el colegio de Ichikawa, en la prefectura de Chiba, pero en quinto curso me trasladé a otro colegio en la capital y desde entonces no lo he vuelto a ver. Tampoco he oído hablar de él. Sólo sé que, si sigue con vida, ahora tendrá veintinueve años. Seguramente cumpla los treinta en otoño.

—¿Y no has pensado en investigar qué hace ahora ese chico? No creo que sea tan difícil enterarse.

Aomame volvió a negar tajantemente con la cabeza.

—Nunca tuve ganas de investigar.

—¡Qué raro! Si hubiera sido yo, seguro que habría movido todos los hilos para encontrar su paradero. Si tanto te gusta, deberías buscarlo y declararle cara a cara que estás enamorada de él.

—No quiero hacer eso —dijo Aomame—. Lo que deseo es encontrarlo un buen día, por casualidad. Cruzarnos en la calle, por ejemplo, o coincidir en el mismo autobús.

—Un encuentro del destino.

—Bueno, algo así —dijo Aomame y bebió un trago de vino—. En ese momento, le abriría mi corazón. «Eres el único al que he amado en toda mi vida».

—¡Me parece tan romántico! —exclamó Ayumi atónita—. Pero me da la impresión de que las probabilidades de que os encontréis son muy pocas. Además, lleváis veinte años sin haberos visto, así que tal vez su rostro haya cambiado. Si os cruzarais por la calle, quizá no os reconoceríais.

Aomame negó con la cabeza.

—Por mucho que le haya cambiado la cara, lo reconocería a primera vista. Sin lugar a dudas.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces, tú crees que ese encuentro fortuito va a ocurrir y únicamente esperas a que suceda.

—Por eso siempre estoy atenta cuando ando por la calle.

—¡Hmm! —dijo Ayumi—. Pero a pesar de que te gusta tanto, no tienes inconveniente en acostarte con otros hombres. Desde los veintiséis años, quiero decir.

Aomame pensó un poco y luego le respondió.

—Es que eso sólo es pasajero. Después no queda nada.

Se hizo un silencio durante el cual ambas se entregaron a la comida. Luego Ayumi volvió a hablar:

—No me quiero meter donde no me llaman, pero ¿te pasó algo a los veintiséis años?

Aomame asintió.

—Por aquel entonces me ocurrió algo que me cambió por completo. Pero ahora mismo no me apetece hablar de ello. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Ayumi—. Igual da la impresión de que estoy curioseando, y te estoy incordiando.

—Para nada —dijo Aomame.

Cuando les trajeron la sopa, interrumpieron la conversación y se la tomaron con calma. Al acabar, posaron las cucharas y, después de que el camarero les retirara el plato, reanudaron la conversación.

—¿Pero no tienes miedo?

—¿De qué?

—Pues de que quizá no vuelvas a encontrarte con él jamás. Por supuesto que os podríais reencontrar por casualidad. ¡Ojalá! Espero que así sea. Pero, siendo realistas, las probabilidades de que eso no ocurra son grandes, ¿o no? Además, si os volvierais a encontrar, podría haberse casado con otra persona. Incluso podría tener hijos. ¿No es verdad? Si eso ocurriera, seguramente vivirías el resto de tu vida sola. ¿No te asusta pensar que nunca llegues a unirte con la única persona que amas en este mundo?

Aomame observó el vino tinto de la copa.

—Tal vez tenga miedo. Pero al menos amo a alguien.

—¿Y si a él no le gustaras?

—Aunque esté sola, mientras ame a alguien con el alma, habrá una

salvación. Incluso si no puedo estar con esa persona.

Ayumi reflexionó un momento sobre lo que acababa de oír. El camarero se acercó y llenó las copas de vino. Aomame bebió un trago y luego pensó que Ayumi tenía razón: ¿qué clase de persona podía quejarse de un vino tan excelente?

—Eres increíble. ¡Te tomas las cosas con tal filosofía!

—No es que me tome las cosas con filosofía. Sólo es lo que pienso, francamente.

—Yo también estuve enamorada de alguien —le confesó Ayumi—. La persona con quien me acosté por primera vez, justo después de dejar el instituto. Era tres años mayor que yo. Pero al cabo de poco tiempo se juntó con otra chica. Me afectó bastante y me hizo mucho daño. Aunque ese hombre ya no significa nada para mí, aún no me he recuperado totalmente. Era un cabrón que jugaba a dos bandas. Caía bien a todos, eso sí. Pero, por hache o por be, acabé enamorándome de él.

Aomame asintió. Ayumi también cogió la copa de vino y bebió.

—Todavía hoy me llama por teléfono de vez en cuando. Me pregunta si quiero quedar. Por supuesto, lo único que le interesa es mi cuerpo. Me doy cuenta. Por eso no lo veo. Si quedara con él, volvería a sufrir. Pero aunque la cabeza lo sepa, el cuerpo responde a su modo. Arde en deseos por acostarse con él. Cuando el deseo acumulado es muy intenso, de cuando en cuando me entran ganas de desahogarme. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, lo comprendo —dijo Aomame.

—Es un verdadero cabrón. Tiene un carácter despreciable y no era tan bueno en la cama, pero al menos no me temía y me mimaba mucho cuando salíamos juntos.

—Esos sentimientos no se eligen —dijo Aomame—. Es el otro quien nos los impone a su capricho. No es como escoger platos de un menú.

—Pero tiene un parecido con arrepentirse después de haber elegido.

Las dos se rieron.

—Pero aunque nos preocupemos por elegir menú, hombre o lo que sea, quizá no estemos eligiendo en realidad. Tal vez todo esté determinado desde un principio y sólo aparentemos estar eligiendo. A veces pienso que el libre albedrío es sólo una impresión subjetiva —dijo Aomame.

—En ese caso, la vida sería bastante triste.

—Supongo.

—Pero si pudiéramos amar a alguien con toda el alma, por horrible que fuera ese alguien, aunque no estuviera enamorado de nosotras, por lo menos la vida no sería un infierno. Incluso aunque resultara un tanto triste.

—Es cierto.

—Sin embargo, Aomame —dijo Ayumi—, creo que este mundo es absurdo y que le falta buena voluntad.

—Quizás —admitió Aomame—. Pero a estas alturas ya no se puede cambiar.

—El plazo válido de devolución ha caducado —dijo Ayumi.

—Y además han tirado la factura.

—¡Y que lo digas!

—Pero ¡qué bien! El mundo se va a acabar en cuanto menos lo pensemos —dijo Aomame.

—Lo estoy deseando.

—Entonces vendrá el Reino de los Cielos.

—Me muero de impaciencia —dijo Ayumi.

Las dos tomaron postre, se bebieron un *espresso* y pagaron la cuenta a medias (fue increíblemente barato). Luego se fueron a un bar de la zona y cada una pidió un cóctel.

—Oye, ese hombre de ahí ¿no es de los que te gustan?

Aomame dirigió la vista hacia donde estaba el tipo. Un hombre alto de mediana edad bebía un Martini, solo, en un extremo de la barra. El típico estudiante de instituto con buenas notas y aventajado para los deportes ya entrado en años. El cabello le empezaba a ralear, pero tenía un rostro jovial.

—Quizá, pero hoy no estoy para hombres —dijo Aomame, rotunda—. Además, éste es un bar elegante.

—Lo sé. Sólo era por decir.

—La próxima vez, ¿vale?

Ayumi miró a Aomame a la cara.

—¿Eso quiere decir que saldrás conmigo más veces? Me refiero a buscar hombres.

—Claro —dijo Aomame—. Hagámoslo juntas.

—Me alegro. Contigo tengo la impresión de que nada es imposible.

Aomame bebía un Daikiri. Ayumi, un Tom Collins.

—Por cierto, cuando hablamos por teléfono me contaste que nos habíamos

puesto en plan lésbico delante de aquellos dos —dijo Aomame—. ¿Y qué demonios hicimos?

—Ah, eso —dijo Ayumi—. Tampoco fue para tanto. Sólo fingimos que éramos lesbianas un poco para caldear el ambiente. ¿Pero no te acuerdas de nada? ¡Y eso que en aquel momento te excitaste un montón!

—No me acuerdo de nada. Absolutamente de nada —dijo Aomame.

—Pues nos desnudamos, nos tocamos un poco las tetas, nos besamos ahí abajo…

—¿Nos besamos ahí abajo? —preguntó Aomame, y después miró a su alrededor, aturdida, ya que su voz resonó en aquel silencioso bar más alto de lo debido. Afortunadamente, parecía que sus palabras no habían llegado a oídos de nadie.

—Pero si era todo teatro. No llegamos a usar la lengua.

—¡Buf! —Aomame se masajeó las sienes con los dedos y soltó un suspiro —. ¡Joder, vaya cosas que hemos hecho!

—Perdón —dijo Ayumi.

—No pasa nada. No tienes por qué preocuparte. No debí emborracharme hasta ese punto.

—Pero la verdad es que lo tenías muy lindo y limpio. Daba la sensación de que estaba como nuevo.

—Es que, ahora que lo dices, está realmente como nuevo —dijo Aomame.

—¿Sólo lo usas a veces?

Aomame asintió.

—Pues sí. Oye, ¿no tendrás cierta tendencia lésbica?

Ayumi negó con la cabeza.

—Era la primera vez que lo hacía. De verdad. Pero yo también estaba bastante borracha y, además, pensé que si lo hacía contigo tal vez no estuviera tan mal, y que, mientras fuera fingido, sería como un juego. Y tú, ¿qué?

—A mí tampoco me va. Pero una vez, cuando estaba en el instituto, lo hice con una buena amiga. Aunque no teníamos intención, nos dejamos arrastrar por las circunstancias.

—Eso pasa a veces. Y esa vez, ¿te corriste?

—Sí, creo que me corrí. —Se sinceró Aomame—. Pero fue la única vez. Pensé que aquello no funcionaba y no volví a hacerlo.

—¿Quieres decir que no funcionaba el lesbianismo?

—No. No me refiero a que el lesbianismo no funcionara o que me repugnara.

Quiero decir que pensé que no podía mantener ese tipo de relación con aquella persona. No quería que una valiosa amistad se transformara en algo tan físico.

—Ya veo —dijo Ayumi—. Aomame, ¿podría quedarme en tu casa esta noche? No me apetece volver ahora a la residencia. Si regreso allí, este ambiente tan distinguido que se ha creado se iría al garete al instante.

Aomame tomó el último sorbo de Daikiri y dejó la copa sobre la barra.

—Te puedes quedar, pero sin cosas extrañas.

—Sí, de acuerdo, no es por eso. Sólo quiero estar un poco más contigo. Dormiré donde sea, que yo soy capaz de dormir en el suelo o en donde haga falta. Además, mañana no tengo trabajo, así que puedo descansar por la mañana.

Regresaron al apartamento de Jiyūgaoka en metro. El reloj marcaba las once menos algo. Ambas habían estado emborrachándose placenteramente, y tenían sueño. Aomame preparó el sofá y le prestó un pijama a Ayumi.

—¿Podemos dormir juntas un poco en la cama? Sólo quiero pegarme un poco a ti. No voy a hacer nada raro. Te lo prometo —dijo Ayumi.

—De acuerdo —dijo Aomame. Le sorprendió que una chica que hasta entonces había matado a tres hombres fuera a dormir en la misma cama con una agente de policía en activo. El mundo era extraño.

Ayumi se metió en la cama y rodeó con los brazos el cuerpo de Aomame. Sus recios pechos presionaban el brazo de Aomame. El aliento le olía a una mezcla de alcohol y pasta de dientes.

—Aomame, ¿crees que tengo las tetas demasiado grandes?

—Ni hablar. Tienen un aspecto genial.

—Pero, al tener las tetas grandes, da la impresión de que soy una cabeza hueca. Además, cuando corro se me bambolean, y me da vergüenza poner a secar en el tendedero los sujetadores, que parecen un par de cuencos de ensalada.

—Por lo visto a los hombres les gustan así.

—Y es que hasta los pezones los tengo demasiado grandes.

Ayumi se desabrochó los botones del pijama, se sacó un pecho y le enseñó el pezón a Aomame.

—¡Mira qué grande es! ¿No te parece extraño?

Aomame miró el pezón. Ciertamente, no era pequeño, pero no podía considerarse de un tamaño preocupante. Sólo eran un poco más grandes que los

de Tamaki.

—Es lindo. ¿Quién te dijo que son demasiado grandes?

—Un hombre. Me dijo que en su vida había visto unos pezones tan enormes.

—Había visto pocos. Me parecen normales. Los míos sí que son demasiado pequeños.

—Pues a mí me gustan tus tetas. Dan una sensación de elegancia e inteligencia.

—¿Qué me dices? Son demasiado pequeñas y diferentes la una de la otra, lo cual es un incordio a la hora de escoger sujetador, porque la talla de la de la derecha es diferente a la de la izquierda.

—¿Ah, sí? Cada uno vive con sus preocupaciones.

—Efectivamente —dijo Aomame—. Así que ahora duérmete.

Ayumi alargó una mano bajo las sábanas e intentó meter los dedos dentro del pijama de Aomame. Ésta le agarró la mano y se la apretó.

—Ni se te ocurra. Hace un rato me prometiste que no harías nada extraño.

—Lo siento —dijo Ayumi, y retiró la mano—. Sí, es verdad que te lo he prometido hace un rato. Estoy borrachísima. Pero es que te admiro, igual que una estudiante de instituto sin gracia.

Aomame se quedó callada.

—Oye, seguro que estás atesorando lo que más aprecias para ese chico, ¿no? —murmuró Ayumi en voz baja—. ¡Qué envidia! Tener alguien para quien poder guardarse.

«Quizá», pensó Aomame. «Pero ¿qué es lo que yo más aprecio?».

—¿Quieres dormirte de una vez? —dijo Aomame—. Te dejo que me abraces hasta quedarte dormida.

—Gracias —le respondió Ayumi—. Perdona que sea una pesada.

—No tienes por qué disculparte —dijo Aomame—. No estás siendo pesada.

Aomame sentía el cálido aliento de Ayumi en la axila. A lo lejos ladraba un perro y alguien cerró una ventana de golpe. Durante un buen rato estuvo acariciando el pelo de Ayumi.

Aomame dejó a Ayumi allí dormida y salió de la cama. Parecía que aquella noche tendría que dormir en el sofá. Sacó agua mineral de la nevera y se bebió dos vasos. Luego salió al angosto balcón, se sentó en una silla de aluminio y contempló las calles. Era una tranquila noche de primavera. La brisa traía un

ruido, como un rumor artificial de oleaje, procedente de una carretera lejana. Pasó la medianoche y el fulgor de las luces de neón disminuyó un tanto.

«Ciertamente, siento algo semejante a afecto por esta chica llamada Ayumi. Si es posible, me gustaría cuidarla. Tras tu muerte he vivido durante mucho tiempo decidida a no mantener ninguna relación profunda con nadie. No he pensado en que quería nuevos amigos. Pero a Ayumi, no sé por qué, puedo abrirle mi corazón. Hasta cierto punto, puedo revelarle sentimientos, con sinceridad. Aunque ella es completamente diferente a ti, por supuesto», comenzó a contarle Aomame en su interior a Tamaki. «Tú eres alguien especial. He crecido contigo. No puedo compararte con nadie más».

Aomame miró hacia arriba echando el cuello hacia atrás. Mientras sus ojos contemplaban el cielo, sus sentidos deambulaban por recuerdos remotos. El tiempo que había pasado con Tamaki, las cosas de las que habían hablado. Y cuando se habían tocado mutuamente… Pero, entre tanto, se dio cuenta de que el cielo nocturno que estaba viendo se diferenciaba en algo del cielo nocturno habitual. Tenía algo distinto al cielo de siempre. Había algo extraño, tenue pero difícil de negar.

Transcurrió un buen rato hasta que encontró dónde residía la diferencia. Y, además, una vez encontrada, le costó bastante aceptar la realidad. Sus sentidos eran incapaces de ratificar lo que su visión captaba.

Dos lunas flotaban en el cielo. Una luna pequeña y otra grande. Ambas se alineaban en el cielo. La grande era a la que estaba acostumbrada. Próxima al plenilunio, amarilla. Pero a su lado había otra luna diferente. Una luna de forma desconocida. Un tanto deforme y ligeramente verdosa, como si estuviera cubierta de musgo. Eso era lo que su visión captaba.

Aomame entornó los ojos y contempló fijamente las dos lunas. Luego cerró los ojos, dejó pasar un tiempo, respiró hondo y volvió a abrirlos. Esperaba que todo volviera a la normalidad y sólo hubiera una luna. Pero la situación era completamente diferente. No era un efecto óptico, ni se le había nublado la vista. Dos lunas flotaban en el cielo, bien alineadas, sin lugar a dudas o a errores de visión. Una luna amarilla y otra verde.

Aomame pensó en despertar a Ayumi para preguntarle si en verdad había dos lunas. Pero se lo pensó mejor y desistió. «Naturalmente. Desde el año pasado hay dos lunas», le diría, quizás, Ayumi. O tal vez: «¿Pero qué estás diciendo, Aomame? Sólo veo una luna. ¿Te ha pasado algo en los ojos?». «En cualquier caso, no me solucionaría el problema. Sólo lo empeoraría».

Aomame se cubrió la mitad inferior de la cara con ambas manos. Luego se quedó contemplando fijamente las dos lunas. «No hay duda de que algo está sucediendo», pensó. Los latidos del corazón se le aceleraron. «O al mundo le pasa algo, o me lo pasa a mí; una de dos. ¿El problema reside en la botella o en el tapón?».

Volvió a su habitación, cerró la puerta de cristal con llave y echó la cortina. Tomó una botella de coñac de la alacena y se sirvió una copa. Ayumi dormía plácidamente sobre la cama. Mientras la observaba, Aomame se bebió a sorbos el coñac. Se acodó en la mesa de la cocina, haciendo un esfuerzo para no pensar en lo que había visto tras la cortina.

«¿Y si el mundo estuviera realmente a punto de acabarse?».

—Entonces vendrá el Reino de los Cielos —dijo Aomame en voz baja.

—Me muero de impaciencia —dijo alguien en algún lugar.

16
TENGO

Me alegro de que te haya gustado

Tras los diez días durante los cuales estuvo corrigiendo *La crisálida de aire*, Tengo dio por acabada la versión de la nueva obra y se la entregó a Komatsu, luego disfrutó de una temporada apacible como una bonanza. Dos veces por semana daba clases en la academia y quedaba con su novia. El resto del tiempo lo dedicaba a realizar las tareas domésticas, dando paseos o escribiendo su propia novela. Así pasó abril. Los cerezos se deshojaron, asomaron nuevos brotes, los magnolios florecieron y la estación dio paso a una nueva etapa. Los días transcurrían en orden, con normalidad, como si nada. Aquélla era, precisamente, la vida que Tengo deseaba: en la que una semana enlazaba con la siguiente de manera automática, sin interrupciones.

No obstante, se podía observar un cambio. *Un cambio para mejor*. Mientras escribía, Tengo se dio cuenta de que una nueva fuente había nacido en su interior. El agua no manaba precisamente a borbotones; era más bien un modesto manantial entre rocas. Pero aunque la cantidad fuese pequeña, el agua parecía brotar sin cesar. No había prisa. No había que precipitarse. Bastaba con esperar pacientemente a que el agua se acumulara en las cavidades de la roca. Una vez acumulada, se podría coger con las manos. El resto sólo era sentarse frente al escritorio y verter lo tomado en forma de texto. Así era como había progresado la historia, de manera espontánea.

Al concentrarse tantísimo en la corrección de la obra, probablemente había logrado apartar la roca que hasta entonces había obstruido la fuente. Tengo desconocía cómo había sido posible, pero, sin lugar a dudas, había sentido que «al final, aquella pesada tapa había cedido». Tenía la impresión de que su cuerpo se había aligerado, de que había salido de un lugar angosto y podía estirar las extremidades libremente. Tal vez la obra *La crisálida de aire* hubiera despertado algo latente en su interior.

Se dio cuenta de que dentro de él había surgido una especie de entusiasmo. Era algo que no recordaba haber experimentado muchas veces a lo largo de su vida. Ya se lo decían sus entrenadores y sus compañeros de judo en el instituto y la universidad: «Tienes cualidades, tienes fuerza y entrenas bien. Sin embargo, te falta entusiasmo». Quizá tuvieran razón. Era raro que a Tengo le pasara por la cabeza: «Quiero ganar tal cosa». Por eso muchas veces se había clasificado para las semifinales o la final, pero en el momento decisivo siempre había perdido. Era una tendencia que lo afectaba en todos los ámbitos de la vida, no sólo en el judo. Podría decirse que gastaba flema, que no lo daba todo. Lo mismo le ocurría con las novelas. Sus textos no estaban nada mal y podía crear historias bastante interesantes, pero carecía de la fuerza necesaria para, arriesgándose, apelar al corazón del lector. Al terminar de leer, uno se quedaba insatisfecho, como si faltara algo. Por eso siempre había llegado a la final, pero nunca se había llevado el premio. Era exactamente como Komatsu le había dicho.

Sin embargo, después de reescribir *La crisálida de aire*, Tengo sintió una especie de rabia que no había sentido en su vida. En el momento de corregir, se había entregado por completo a la tarea. Tan sólo movía las manos, sin pensar en nada. Sin embargo, cuando la terminó y se la entregó a Komatsu, lo asaltó una profunda impotencia. Una vez pasado ese sentimiento, una especie de ira lo invadió, procedente del fondo del estómago. Era ira hacia sí mismo. «Me he valido de la historia de otra persona para reescribirla, y eso equivale a un embaucamiento. Además lo he hecho con mayor entusiasmo que cuando escribo mi propia obra». Tengo sintió vergüenza de sí mismo. «¿Acaso no saca el escritor una historia que late en su interior para expresarla con las palabras adecuadas? ¿Es que no te parece vergonzoso? Si realmente quisieras, tú también podrías escribir algo así. ¿O no?».

Pero tenía que demostrárselo.

Tengo decidió abandonar todas las obras que había escrito hasta entonces y escribir una nueva historia a partir de una hoja en blanco. Cerró los ojos y durante un buen rato prestó oído al reguero que manaba de la pequeña fuente en su interior. Al cabo de un tiempo, las palabras le vinieron de forma espontánea a la cabeza. Poco a poco, con el tiempo, fue componiendo un texto.

En mayo, después de mucho tiempo, recibió una llamada de Komatsu. Fue antes de las nueve de la noche.

—¡Se lo han dado! —exclamó Komatsu. En su voz se percibía un eco de entusiasmo; algo raro en él.

Al principio, Tengo no comprendió qué estaba diciendo.

—¿El qué?

—¿Cómo que «el qué»? ¡Por fin le han dado el premio a *La crisálida de aire*! La decisión ha sido unánime. No ha sido necesaria ninguna deliberación. Aunque claro, es normal. La obra vale eso y mucho más. En fin, que el asunto va para adelante. Ahora, vamos en el mismo barco. Tenemos que darlo todo.

Miró al calendario de pared. Ahora que lo decía, era el día en el que se elegía al ganador. Como había estado concentrado en su obra, había perdido la noción del tiempo.

—Entonces, ¿qué va a pasar a partir de ahora? Es decir, ¿qué ha programado? —preguntó Tengo.

—Mañana se presenta la obra en la prensa. Todos los periódicos del país van a sacar un artículo. Quizá también publiquen alguna foto. Una guapa escritora de diecisiete años va a ser un bombazo. El valor informativo no es el mismo, por ejemplo, que si el ganador del premio fuese un profesor de matemáticas de treinta años que trabaja en una academia preparatoria y que tiene pinta de oso recién despertado de la hibernación.

—La diferencia es como el día y la noche —admitió Tengo.

—La ceremonia de entrega se va a celebrar el dieciséis de mayo en un hotel de Shinbashi. Habrá una rueda de prensa.

—¿Fukaeri va a asistir?

—Claro que sí. Sólo esta vez. Sería inaudito que el ganador del premio no asistiera a la ceremonia de entrega. Si sale bien, luego mantendremos un secretismo absoluto. Lo sentimos mucho, pero a la autora no le gusta mostrarse en público. En esa línea, tendremos todo bajo control. Así evitaremos que salgan *trapos sucios*.

Tengo se imaginó a Fukaeri dando una rueda de prensa en un salón del hotel. Una hilera de micrófonos y los destellos de los flashes. Le costaba imaginárselo.

—Señor Komatsu, ¿de veras tiene usted intención de dar la rueda de prensa?

—Debemos dar al menos una para guardar las apariencias.

—Va a ser un desastre, está claro.

—Pues entonces, tú te vas a encargar de que no lo sea.

Tengo se quedó mudo delante del aparato. Un mal presentimiento se asomó en el horizonte, como una nube oscura.

—¡Eh! ¿Estás ahí? —preguntó Komatsu.

—Sí —respondió Tengo—. ¿Qué demonios quiere decir eso? ¿Lo de que me

voy a encargar?

—Pues que vamos a preparar a Fukaeri para la rueda de prensa. Algo parecido, más o menos, a plantearle las cuestiones que suelen caer en ese tipo de actos. Prepararemos de antemano las respuestas para una serie de preguntas previsibles y se las aprenderá de memoria. Tú enseñas en una academia. Supongo que sabrás de eso.

—¿Soy yo el que lo va a hacer?

—Claro. Fukaeri parece confiar en ti. A ti te va a escuchar. Yo no puedo hacerlo. Ni siquiera se ha dignado a verme.

Tengo soltó un suspiro. Si fuera posible, le gustaría romper por completo con todo el asunto de *La crisálida de aire*. Había hecho lo que le habían mandado y ahora quería centrarse en su trabajo. Pero presentía que no sería tan fácil. Y los malos presentimientos suelen hacerse realidad más veces que los buenos.

—¿Estás libre pasado mañana por la tarde? —le preguntó Komatsu.

—Sí.

—A las seis, en la cafetería de siempre en Shinjuku. Fukaeri estará allí.

—Oiga, señor Komatsu, no puedo hacerlo. No sé cómo son las ruedas de prensa. Nunca he visto una.

—¿No quieres ser novelista? Pues usa la imaginación. El cometido del escritor consiste en imaginarse lo que no ha visto, ¿no?

—Pero usted me dijo que sólo tenía que corregir la obra y que ya estaba, que del resto ya se encargaba usted, que me sentara, me relajara y viera el partido…

—Tengo. Si por mí fuera, lo haría yo mismo, de buena gana. No me gusta depender de los demás. Pero, como no puedo, debo agachar la cabeza y pedírtelo. Comparándolo con un bote que desciende por unos rápidos, yo ahora mismo estoy ocupado manejando el timón y no puedo soltar las manos. Por eso te paso los remos a ti. Si tú no puedes, el bote volcará y nos iremos todos a pique. Fukaeri incluida. Supongo que no querrás que eso pase.

Tengo volvió a lanzar un suspiro. ¿Por qué lo tenía que meter siempre en aquellos embrollos?

—De acuerdo. Haré lo que pueda. Pero no le garantizo que vaya a salir bien.

—Hazlo. Te debo una. Parece que Fukaeri no quiere hablar con nadie que no seas tú —dijo Komatsu—. Hay otra cosa. Vamos a fundar una nueva empresa.

—¿Una empresa?

—Oficina, agencia, promotora…, el nombre es lo de menos. Se trata de una empresa para gestionar la actividad literaria de Fukaeri. Una empresa fantasma,

claro. Oficialmente, pagaría un salario a Fukaeri. La representación se la concederíamos al profesor Ebisuno. Tú serías un empleado de la empresa. Ya te asignaremos un puesto; lo que importa es que ganarás un sueldo. Yo también participaré, sin que mi nombre trascienda. Si se supiera que estoy detrás de todo esto, sería un problema. Haremos lo que te he dicho y nos repartiremos los beneficios. Tú sólo tendrás que ponerle el cuño a algunos documentos. Del resto ya me encargo yo. Conozco a varios abogados muy competentes.

Tengo reflexionó sobre ello.

—Mire, señor Komatsu, ¿no podría dejarme al margen? No necesito un sueldo. Lo pasé muy bien corrigiendo *La crisálida de aire* y aprendí muchas cosas de ello. Me alegro de que Fukaeri haya ganado el concurso. Haré todo lo posible para que la rueda de prensa le salga bien. Pero no quiero tener nada que ver con ese rollo de la empresa. Es un fraude organizado en toda regla.

—Tengo, ya no hay vuelta atrás —le dijo Komatsu—. ¿Un fraude organizado? Pues ahora que lo dices, quizá. Se podría llamarle así. Pero supongo que lo sabías desde un principio. ¿Acaso no era nuestro objetivo inventarnos a una escritora medio imaginaria llamada Fukaeri y engañar a la gente? Sí, ¿no? Naturalmente, el dinero forma parte del juego y ahora necesitamos idear un sistema para gestionarlo. No es un juego de niños. Ahora ya no vale decir: «Tengo miedo, no quiero involucrarme. No necesito dinero». Si querías bajarte del bote, debiste haberlo hecho antes, cuando el agua todavía estaba mansa. Ahora es demasiado tarde. Necesitamos unos cuantos nombres para fundar la empresa y no voy a contratar a desconocidos. Tienes que hacerme el favor y participar en la empresa. Contigo dentro, las cosas saldrán adelante.

Tengo le dio unas cuantas vueltas al asunto, pero de allí no salía nada bueno.

—Quiero hacerle una pregunta —le dijo Tengo—. Por como me lo ha dicho, me ha parecido entender que el profesor Ebisuno tiene intención de participar totalmente en el plan. Es como si ya le hubiera dado su aprobación para crear la empresa fantasma y ser delegado.

—Como tutor de Fukaeri, el profesor ha reconocido la situación, está convencido y ya ha dado luz verde. Justo antes de hablar contigo, lo he llamado a él por teléfono. Por supuesto, se acordaba de mí. Simplemente debió de querer escuchar una opinión sobre mí de tu boca. Estaba asombrado de tu capacidad para conocer a las personas. ¿Qué narices le dijiste de mí al profesor?

—¿Qué gana el profesor Ebisuno participando en el proyecto? No creo que lo haga por dinero…

—Por supuesto. No es alguien que se mueva por dinero.

—Entonces, ¿por qué va a colaborar en un plan tan peligroso? ¿Tiene algo que ganar?

—No lo sé. La verdad es que es un tipo difícil de calar.

—Si usted es incapaz de calarlo, sí que debe de resultar difícil de calar.

—Bueno —dijo Komatsu—, parece un vejete inocente, pero en realidad es una persona enigmática.

—¿Cuánto sabe Fukaeri de este asunto?

—No sabe nada de lo que hay detrás, ni falta que le hace. Fukaeri confía en el profesor Ebisuno, y tú le caes bien; así que tienes que arrimar el hombro y echarnos una mano.

Tengo cambió el auricular de mano. Necesitaba asimilar la situación.

—Por cierto, el profesor Ebisuno ya no se dedica a la investigación. Ha dejado la universidad y tampoco escribe libros.

—Sí, ha cortado toda su relación con el ámbito académico. Era un estudioso formidable, pero parecía que no tenía demasiado apego por el mundo del academicismo. Nunca congenió con la autoridad ni con el sistema; es, más bien, una persona herética.

—¿A qué se dedica ahora?

—Parece ser que es bolsista —contestó Komatsu—. Si la palabra bolsista te resulta trasnochada, asesor financiero. Recauda grandes cantidades de capital de otros y obtiene beneficios poniéndolo en circulación. Se recluye en lo alto de la montaña y da instrucciones de compraventa. Tiene un olfato extraordinario. Es un hacha para el análisis de datos y ha creado su propio sistema. Al principio lo hacía como *hobby*, pero pronto se convirtió en su profesión. Eso dicen. Parece que tiene bastante fama en el mundillo. Lo que sí es verdad es que no debe de pasar muchos apuros económicos.

—No entiendo qué relación puede existir entre la antropología cultural y las acciones.

—En general, ninguna, pero para él existe.

—Y es difícil de calar.

—Exacto.

Tengo se masajeó las sienes con la punta de los dedos durante un rato. Luego habló, resignado.

—Pasado mañana a las seis me encontraré con Fukaeri en la cafetería de siempre de Shinjuku y haremos los preparativos para la próxima rueda de

prensa. Supongo que con eso basta.

—Ya está todo dispuesto —dijo Komatsu—. Mira, Tengo, no te compliques la vida. Tú déjate llevar por la corriente. Oportunidades como ésta no se presentan muchas en la vida. Es el magnífico mundo de la novela picaresca. Echémosle valor y disfrutemos del empalagoso olor del mal. Disfrutemos del descenso por los rápidos. Y cuando caigamos por la cascada, hagámoslo juntos y a lo grande.

Dos días después, Tengo se encontró con Fukaeri en la cafetería de Shinjuku. Ella llevaba un fino jersey de verano que le marcaba el pecho y unos pantalones vaqueros ajustados. Tenía el cabello largo y liso, y la piel suave. Los hombres a su alrededor la miraban de reojo. Tengo sentía aquellas miradas, pero Fukaeri parecía no darse cuenta. Era evidente que cuando le entregaran el premio iba a montarse cierto revuelo.

Fukaeri ya se había enterado de que *La crisálida de aire* había ganado el premio. Sin embargo, no parecía especialmente contenta o ilusionada. Era como si le importara un pimiento ganarlo o no. Estaban en verano, pero ella pidió chocolate caliente. Entonces levantó la taza con las dos manos y bebió con cuidado. No le habían dicho que iba a celebrarse una rueda de prensa, pero cuando lo supo, no mostró ninguna reacción.

—¿Sabes qué es una rueda de prensa?

—*Rueda-de-prensa* —repitió Fukaeri.

—Consiste en que los periodistas de los periódicos y las revistas se reúnen y te hacen preguntas a ti, que estás sentada en un estrado. También te sacarán fotos. Incluso puede que salgas en la televisión. Tus respuestas se publicarán en todo el país. Que una chica de diecisiete años gane un premio literario no pasa todos los días, así que será una noticia sensacional. También se hablará de que los miembros del jurado te nombraron ganadora por unanimidad, porque es algo raro.

—Me van a hacer preguntas —inquirió Fukaeri.

—Te van a hacer preguntas y tú tienes que contestar.

—Qué preguntas.

—De todo tipo. Sobre la obra, sobre ti misma, tu vida personal, aficiones y planes para el futuro. Quizá sería mejor que preparáramos ahora las respuestas a esas preguntas.

—Por qué.

—Porque es más seguro. Para que no te enredes al contestar o digas algo que dé pie a malas interpretaciones. No pierdes nada por dejarlas preparadas. Será como un ensayo general.

Fukaeri bebió chocolate en silencio. Luego miró a Tengo con ojos de «no me interesa en absoluto, pero si tú crees que es necesario…». A veces, su mirada era más elocuente que sus palabras. Al menos transmitían frases más largas. Sin embargo, en la rueda de prensa no iba a poder comunicarse con la mirada.

Tengo sacó un papel de su maletín y lo abrió. En él había escrito supuestas preguntas que podrían salir en la rueda de prensa. La noche anterior se había pasado una hora estrujándose los sesos para prepararlas.

—Yo pregunto. Tú imagínate que soy un periodista, e intenta contestarme, ¿vale?

Fukaeri asintió.

—¿Ha escrito usted muchas novelas antes de ésta?

—Muchas —respondió Fukaeri.

—¿Cuándo empezó a escribir?

—Hace mucho tiempo.

—Está bien —dijo Tengo—. Vale con respuestas cortas. No tienes por qué hablar demasiado. Está bien. Azami era la que escribía por ti, ¿verdad?

Fukaeri asintió.

—Eso es mejor que no lo digas. Es un secreto entre tú y yo.

—No lo voy a decir —repuso Fukaeri.

—Cuando se presentó al concurso, ¿pensaba que iba a ganar?

Ella sonrió, pero no dijo nada. Permaneció callada.

—¿No quieres contestar? —preguntó Tengo.

—No.

—Está bien. Si no quieres contestar, puedes sonreír y quedarte callada. Era una pregunta un poco tonta.

Fukaeri volvió a asentir.

—¿De dónde le vino el argumento de *La crisálida de aire*?

—De una cabra ciega.

—No digas «ciega» —comentó Tengo—. Mejor di «una cabra invidente».

—Por qué.

—Ciega es un término discriminatorio. Si escucharan esa palabra, seguramente habría entre los periodistas alguno al que le daría un infarto.

—*Término-discriminatorio*.

—Sería largo de explicar. De todos modos, es mejor que cambies lo de cabra ciega por cabra *invidente*.

Fukaeri hizo una breve pausa y después habló.

—Me vino de una cabra invidente.

—Así está bien —dijo Tengo.

—*Ciega* no —confirmó Fukaeri.

—Eso es. Pero la respuesta no está nada mal.

Tengo siguió preguntándole.

—¿Qué le dijeron sus amigos del instituto cuando se enteraron de lo del premio?

—No voy al instituto.

—¿Por qué no va al instituto?

No hubo respuesta.

—¿Va a seguir escribiendo en el futuro?

Otra vez silencio.

Tengo se bebió todo el café y dejó la taza sobre el platillo. Por los altavoces integrados en el techo del local sonaba a bajo volumen el tema inicial de *Sonrisas y lágrimas,* interpretado con instrumentos de cuerda. Gotas de lluvia, rosas, bigotes de minino…

—Mis respuestas son malas —preguntó Fukaeri.

—No son malas —dijo Tengo—. Para nada. Están bien.

—Mejor —dijo Fukaeri.

Tengo había sido sincero. Aunque no había proferido una sola oración y su entonación era monótona, las respuestas eran perfectas, en cierto sentido. Lo mejor era que contestaba al instante. Y lo hacía mirando a la otra persona directamente a los ojos, sin pestañear. Era la prueba de que contestaba con sinceridad. Si se burlara de la gente, no respondería con frases cortas. Es más, no creía que nadie pudiera comprender exactamente lo que la chica quería decir. Eso era justo lo que Tengo buscaba: dar una imagen de honestidad y al mismo tiempo desconcertarlos a todos.

—¿Qué libros le gustan?

—El *heike-monogatari*.

A Tengo le pareció una respuesta fantástica.

—¿Qué le gusta del *Heike monogatari*?

—Todo.

—¿Aparte de ése?

—El *konjaku-monogatari*.

—¿No lee literatura reciente?

Fukaeri se quedó pensando un rato.

—El *intendente-sansho*.

Espléndido. Ōgai Mori había escrito *El intendente Sansho* a principios de la era Taishō. Eso era lo que ella consideraba literatura reciente.

—¿Cuáles son sus aficiones?

—Escuchar música.

—¿Qué música?

—Me gusta Bach.

—¿Alguna obra en particular?

—De la BWV846 a la BWV893.

Tras reflexionar durante un instante, Tengo le dijo:

—*El clave bien temperado*. Volúmenes primero y segundo.

—Sí.

—¿Por qué respondes con números?

—Me resulta más fácil de recordar.

Para un matemático, *El clave bien temperado* es, realmente, una música celestial. Está compuesta de preludios y fugas en tonos mayores y menores, respectivamente, y en ella se hace uso por igual de doce escalas. Son veinticuatro en total. Cuarenta y ocho piezas repartidas en dos volúmenes. Forman un círculo perfecto.

—¿Qué más?

—La BWV244.

A Tengo le costó recordar cuál era la BWV244. El número le sonaba, pero no se acordaba del título de la pieza.

Fukaeri empezó a cantar.

Buß’ und Reu’
Buß’ und Reu’
Knirscht das Sündenherz entzwei
Buß’ und Reu’ Buß’undReu’
Knirscht das Sündenherz entzwei
Knirscht das Sündenherz entzwei

Buß’ und Reu’ Buß’ und Reu’
Knirscht das Sündenherz entzwei
Buß’ und Reu’
Knirscht das Sündenherz entzwei
Dafi die Tropfen miner Zahren
Angenehme Spezerei
Treuer Jesu, dir gebaren.

Tengo se quedó sin habla durante un rato. La entonación no era exacta del todo, pero su pronunciación del alemán era clara y asombrosamente precisa.

—*La pasión según San Mateo* —reconoció Tengo—. Te has aprendido la letra.

—No la he aprendido —dijo la chica.

Tengo quería añadir algo, pero no le venían las palabras. No le quedó más remedio que mirar lo que había anotado y pasar a la siguiente pregunta.

—¿Tienes novio?

Fukaeri negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque no me quiero quedar embarazada.

—Que tengas novio no quiere decir que te tengas que quedar embarazada.

Fukaeri no dijo nada. Sólo pestañeó unas cuantas veces en silencio.

—¿Por qué no te quieres quedar embarazada?

Como era de esperar, la chica permaneció inmóvil y callada. Tengo se dio cuenta de que le había hecho una pregunta muy estúpida.

—Dejémoslo aquí —dijo Tengo, y metió la lista de preguntas en el maletín —. La verdad es que no sé qué tipo de preguntas te van a hacer, así que contesta como mejor te parezca. Sé que puedes hacerlo.

—Muy bien —respondió Fukaeri, aliviada.

—Pensarás que preparar las respuestas de la entrevista no va a servir de nada.

Fukaeri encogió ligeramente los hombros.

—Yo soy de la misma opinión. No hago esto por placer, sino simplemente porque me lo pidió el señor Komatsu.

Fukaeri asintió.

—Sin embargo —dijo Tengo—, no quiero que le digas a nadie que yo he corregido *La crisálida de aire*. ¿Entendido?

Fukaeri asintió dos veces.

—La escribí yo sola.

—Pase lo que pase, *La crisálida de aire* es sólo tuya, y de nadie más. Eso estuvo claro desde el principio.

—La escribí yo sola —repitió Fukaeri.

—¿Has leído mi versión?

—Me la leyó Azami.

—¿Qué te ha parecido?

—Escribes muy bien.

—Entonces, ¿te ha gustado?

—Es como si la hubiera escrito yo —dijo Fukaeri.

Tengo la miró a la cara. Bebía chocolate, levantando la taza con las manos. Él tenía que esforzarse para no mirar la bella turgencia de su pecho.

—Me alegra oírlo —dijo Tengo—. He disfrutado muchísimo corrigiendo *La crisálida de aire*. Por eso es tan importante para mí que la obra final te haya gustado.

Fukaeri asintió en silencio. Luego se llevó la mano al pequeño y bien proporcionado lóbulo de una de sus orejas, como para comprobar algo.

La camarera se acercó y les llenó los vasos de agua fría. Tengo bebió un trago para saciar la sed. Luego reunió coraje y le transmitió una idea que llevaba en la cabeza desde hacía un rato.

—Tengo que pedirte un favor. Si a ti te parece bien, por supuesto.

—El qué.

—¿Podrías ir a la rueda de prensa vestida igual que hoy?

Fukaeri lo miró con cara de no entender nada. Luego observó todas las piezas de ropa que llevaba, una por una. Era como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento de qué llevaba puesto.

—Que lleve esta ropa —preguntó ella.

—Sí. Ir vestida así a la rueda de prensa.

—Por qué.

—Porque te sienta bien. O sea, te hace un pecho bonito y, quizá no sea más que un presentimiento mío, pero si, inadvertidamente, atrajeras la atención de los periodistas, quizá las preguntas no serían demasiado duras. Si no quieres, no pasa nada. No te pido que lo hagas a la fuerza.

—Es Azami quien elige toda la ropa —aclaró Fukaeri.

—¿No la eliges tú?

—A mí me da igual lo que visto.

—¿Lo que llevas hoy también lo ha elegido Azami?

—Sí.

—Pues te sienta muy bien.

—Me hace un pecho bonito —preguntó Fukaeri sin entonar.

—Sí. ¿Cómo podría decirlo…? Llama la atención.

—El jersey y el sujetador hacen juego.

Fukaeri lo miró fijamente a los ojos y Tengo sintió cómo las mejillas se le ruborizaban.

—No sé si hacen juego, pero…, de todas formas, creo que causan un buen efecto —dijo él.

Fukaeri volvió a clavarle la mirada en los ojos. Luego le hizo una pregunta, toda seria.

—Atrae tu atención.

—Sí, tengo que reconocerlo —contestó Tengo, eligiendo las palabras adecuadas.

Fukaeri estiró el cuello del jersey, metió la nariz y escudriñó en el interior. Seguramente para comprobar qué ropa interior se había puesto. A continuación, observó durante un instante la cara abochornada de Tengo, como si mirara algo inusual.

—Lo haré —dijo al cabo de un rato.

—Gracias —contestó Tengo. Y así acabaron los preparativos.

Tengo acompañó a Fukaeri hasta la estación de Shinjuku. Mucha gente caminaba sin chaqueta por la calle. Se podía ver a varias mujeres en manga corta. El murmullo de voces humanas y el ruido del tráfico formaban el característico sonido de la ciudad. Una brisa fresca de principios de verano soplaba por las calles. «¿De dónde procederá este viento que trae a Shinjuku un olor tan maravilloso?», se preguntó Tengo, perplejo.

—¿Ahora vuelves a casa? —le preguntó a Fukaeri. El tren estaba lleno y llegar a casa le llevaría muchísimo tiempo.

Fukaeri sacudió la cabeza.

—Tenemos una habitación en Shinanomachi.

—¿Es ahí donde te quedas cuando se hace tarde?

—Es que Futamatao está demasiado lejos.

Mientras caminaban hasta la estación, Fukaeri tomó a Tengo de la mano izquierda, igual que la última vez. Era como una niña pequeña cogiendo la mano de un adulto. Sin embargo, cuando una chica guapa como ella lo agarraba de la mano, a Tengo se le aceleraba el corazón de manera natural.

Al llegar a la estación, Fukaeri le soltó la mano. Entonces, compró un billete para Shinanomachi en las máquinas de venta automática.

—No te preocupes por la *rueda-de-prensa* —le dijo Fukaeri.

—No me preocupo.

—Va a salir bien.

—Lo sé —dijo Tengo—. No me preocupo por nada. Claro que va a salir bien.

Sin decir nada más, Fukaeri desapareció entre la multitud que se agolpaba en la zona de los torniquetes.

Tras separarse de Fukaeri, Tengo pidió un *gin-tonic* en un pequeño bar cercano a la librería Kinokuniya. Le agradaba su aspecto anticuado y que no tenía música de fondo. Se estuvo contemplando la mano izquierda durante un rato, sin pensar, sentado solo junto a la barra. Era la mano que Fukaeri le había agarrado hacía un momento. Aún podía sentir el tacto de sus dedos. Luego le vino a la mente su pecho. Tenía el pecho bonito. Era tan hermoso y bien proporcionado que había perdido prácticamente toda su carga sexual.

Mientras pensaba en ello, sintió ganas de hablar por teléfono con su novia mayor. De qué, no importaba. De la lata de criar a los niños, del índice de popularidad del Gobierno de Yasuhiro Nakasone o de lo que fuera. Simplemente se moría de ganas de sentir su voz. Si fuera posible, le gustaría encontrarse con ella cuanto antes en cualquier parte y hacerle el amor. No obstante, no podía llamarla a casa. Podría contestar su marido o uno de sus hijos. No podía ser él el que llamara. Era una norma que regía la relación entre los dos.

Tengo pidió otro *gin-tonic* y, mientras esperaba a que se lo trajeran, se imaginó a sí mismo montado en un bote, descendiendo por un rápido. «Cuando caigamos por la cascada, hagámoslo juntos y a lo grande», le había dicho Komatsu por teléfono. Pero ¿podía confiar en sus argumentos? ¿Cómo sabía que al llegar al borde de la cascada, Komatsu no saltaría a una roca cercana y lo

dejaría solo, diciéndole algo así como «Lo siento, Tengo. Recordé que tenía algo pendiente que hacer. Quedas al mando»? Entonces sería él solo, seguramente, el que caería a lo grande por la cascada, sin escapatoria posible. No era descabellado. No, podría suceder perfectamente.

Regresó a casa, se durmió y tuvo un sueño. Un sueño nítido como ya hacía tiempo que no tenía. En el sueño, él era una pieza minúscula en medio de un puzle gigantesco. Pero no una pieza fija, sino una que cambiaba de forma a cada instante, de modo que no encajaba en ningún sitio, naturalmente. Encima, además de la tarea de encontrar su sitio, tenía que recoger unas partituras para timbal en un tiempo determinado. Una fuerte ráfaga de viento se las había llevado y las había esparcido por todas partes. Él iba recogiéndolas una a una. También debía comprobar los números de las páginas y ponerlas en orden. Mientras lo hacía, seguía transformándose, como si fuera una ameba. La situación estaba fuera de control. Al poco tiempo, Fukaeri apareció y lo agarró de la mano izquierda. Entonces, Tengo dejó de cambiar de forma. El viento cesó de repente y las partituras también dejaron de esparcirse. «Bien», pensó Tengo. Pero, mientras tanto, el tiempo dado se acercaba a su fin. «Se acabó», le comunicó Fukaeri en voz baja. Una sola oración, como de costumbre. El tiempo se detuvo y el mundo llegó a su fin. La Tierra dejó poco a poco de rotar y todos los sonidos y las luces se extinguieron.

Cuando se despertó al día siguiente, el mundo seguía intacto y las cosas ya habían empezado a moverse; como la rueda gigante de la mitología hindú, que va atropellando a todos los seres que antes existían.

17
AOMAME

Seamos felices o desdichadas

A la noche siguiente, aún había dos lunas. La grande era la Luna de siempre. Un misterioso albor la ceñía por completo, como si hubiera acabado de atravesar una montaña de ceniza, pero dejando eso de lado, era la vieja y conocida Luna. La Luna que, en el caluroso verano de 1969, Neil Armstrong había marcado con un modesto pero colosal primer paso. Luego, a su lado, estaba la pequeña y deforme luna verde. Ésta flotaba arrimada con cierto recato a la grande, como una niña traviesa.

«Tengo que haberme vuelto loca», pensó Aomame. «Siempre ha habido una sola Luna y ahora también debería haber una sola. Si apareciese otra, tendrían que producirse diversos cambios reales en la vida de la Tierra. Por ejemplo, la relación entre la pleamar y la bajamar cambiaría radicalmente y eso daría mucho de qué hablar. No puede ser, de ninguna manera, que no me haya dado cuenta. No es lo mismo que haberme despistado y haber pasado por alto un artículo del periódico.

»Pero ¿será real? ¿Puedo afirmarlo convencida al cien por cien?». Aomame frunció el ceño durante un rato. «A mi alrededor no dejan de ocurrir cosas extrañas. El mundo avanza a su capricho, a mis espaldas. Es como si estuviera jugando a que, en cuanto yo cierro los ojos, todo se mueve. En ese caso, tal vez no sea tan extraño que en el cielo se alineen dos lunas. A lo mejor, un día, mientras mis sentidos dormían, esa otra luna surgió de improviso, procedente de algún lugar del espacio, con pinta de ser prima lejana de la Luna, y decidió quedarse en el campo de gravitación de la Tierra».

El uniforme y el arma reglamentaria de la policía habían sido renovados. Una unidad policial y un grupo radical habían protagonizado un violento tiroteo en medio de las montañas de Yamanashi. Todo había sucedido sin que ella se diera cuenta. Otra noticia había sido que los Estados Unidos y la Unión Soviética

estaban colaborando en la construcción de una base lunar. ¿Habría alguna relación entre todo eso y el hecho de que hubiera aumentado el número de lunas? Escarbó en su memoria para recordar si había encontrado algún artículo relacionado con esa nueva luna en las ediciones reducidas de los periódicos que había leído en la biblioteca, pero no se acordaba de ninguno.

Se lo podría preguntar a alguien, aunque no tenía ni idea de cómo podría plantearlo. ¿Y si dijera «Oye, me parece que hay dos lunas en el cielo. ¿Podrías mirar un segundo?», o algo por el estilo? Pero ésa era una pregunta estúpida, bajo cualquier óptica. Si fuera verdad que había dos lunas, el hecho de no saberlo resultaría extraño, y si sólo hubiera una, como siempre, pensarían que estaba desquiciada.

Aomame se hundió en una silla hecha de tubos, colocó ambas manos sobre los apoyabrazos y se puso a pensar en diez maneras distintas de preguntar algo así. Incluso probó a enunciar las preguntas en voz alta. Pero todas sonaban igual de idiotas. No había remedio. La situación en sí se salía de lo común. Plantear una pregunta lógica era imposible. Estaba claro como el agua.

De momento, decidió dejar aparcado el tema de las dos lunas. Ya reflexionaría más tarde, puesto que, por lo pronto, no le causaba ningún problema real. Además, tal vez desapareciese de repente sin que se diera cuenta.

Al día siguiente, pasado el mediodía, fue al club de deportes en Hiroo e impartió dos clases de artes marciales y una clase privada. Cuando pasó por la recepción del club, le hicieron llegar, cosa extraña, un mensaje de la anciana de Azabu. Le había escrito que hiciera el favor de contactar con ella cuando estuviera libre.

Tamaru se puso al teléfono, como de costumbre:

—Si te parece bien, ¿podrías pasarte por aquí mañana? Es el programa de siempre. Luego me ha dicho si podríais tomar una cena ligera las dos juntas.

—Iré pasadas las cuatro. Cenaré con ella con mucho gusto —contestó Aomame.

—Perfecto —dijo él—. Entonces, mañana a las cuatro y pico.

—Oye, Tamaru, ¿te has fijado en la Luna últimamente? —preguntó Aomame.

—¿En la Luna? —dijo Tamaru—. ¿La Luna que está en el cielo?

—Sí.

—No recuerdo haberme parado a mirarla. ¿Qué le pasa a la Luna?

—No importa —dijo Aomame—. Bueno, hasta mañana a las cuatro y pico.

Tamaru esperó un poco y colgó.

Aquella noche había dos lunas. A ambas les faltaban dos días para el plenilunio. Aomame, con una copa de coñac en la mano, contempló durante un buen rato la pareja de lunas, la grande y la pequeña, como si contemplara un enigma irresoluble. Cuanto más miraba, más incomprensible le parecía aquella combinación. Si fuera posible, le gustaría inquirir directamente a la Luna. «¿A qué se debe que de repente te haya salido esa pequeña acompañante de color verde?». Pero la Luna no le contestaría, por supuesto.

La Luna había contemplado la Tierra de cerca durante más tiempo que nadie. Tal vez hubiera sido testigo de todos los fenómenos acaecidos en la Tierra, de todos los actos cometidos en ella. Sin embargo, permanecía en silencio, no los contaba. Cargaba con un voluminoso pasado, fría y certeramente. En ella no había aire ni viento. Su vacío era idóneo para conservar intactos los recuerdos. Nadie podía abrir el corazón de la Luna. Aomame alzó la copa hacia ella.

—¿Has dormido abrazada a alguien últimamente? —le preguntó Aomame.

La Luna no respondió.

—¿Tienes amigos? —preguntó Aomame.

La Luna no respondió.

—¿No te cansa vivir siempre así de impasible?

La Luna no respondió.

Como de costumbre, Tamaru la recibió a la entrada de la casa.

—Anoche miré la Luna —fue lo primero que le dijo Tamaru.

—¿Sí? —preguntó Aomame.

—Como me hablaste de ella, me inquietó. Al mirarla de nuevo, después de mucho tiempo, me pareció hermosa. Me produjo una sensación de calma.

—¿La miraste con tu novio?

—Así es —respondió Tamaru. Luego se rascó un lado de la nariz con los dedos—. Entonces, ¿qué le pasa a la Luna?

—No le pasa nada —dijo Aomame. Luego midió las palabras—. Sólo que últimamente, no sé por qué, me preocupa la Luna.

—¿Sin ningún motivo?

—Sin ningún motivo en particular —contestó Aomame.

Tamaru asintió en silencio. Parecía estar suponiendo algo. No se creía que careciera de motivo. Sin embargo, la guió hasta el solárium, como las otras veces, sin pedir más explicaciones. La señora, ataviada con el chándal de entrenamiento, estaba sentada en una butaca de lectura, leyendo un libro mientras escuchaba *Lachrimae*, una obra instrumental de John Dowland. Era una pieza que adoraba. Aomame, a quien se la había hecho escuchar varias veces, reconoció la melodía.

—Siento haberte avisado de un día para otro —dijo la anciana—. Debería haber concertado la cita antes, pero como tenía justo este hueco libre…

—Por mí no se preocupe —dijo Aomame.

Tamaru trajo una tetera cargada de infusión en una bandeja. La sirvió en dos elegantes tazas y después salió de la habitación y cerró la puerta. La señora y Aomame bebieron tranquilamente la tisana mientras escuchaban la música de Dowland y contemplaban las azaleas del jardín, que habían florecido con una explosión de color. Siempre que iba a aquel lugar, Aomame tenía la impresión de encontrarse en un mundo aparte. El ambiente era majestuoso y el tiempo fluía de forma especial.

—Al escuchar esta música, de vez en cuando me invade una extraña emoción relativa al tiempo —dijo la anciana, como leyendo la psique de Aomame—. Se dice que hace cuatrocientos años la gente escuchaba la misma música que estamos escuchando ahora. Cuando lo piensa, ¿no tiene una sensación rara?

—Pues sí —contestó Aomame—. Pero, ahora que lo dice, la gente de hace cuatrocientos años también veía la misma Luna que nosotras.

La anciana miró a Aomame un tanto sorprendida. Luego asintió.

—Es cierto. Tienes razón. Viéndolo de esa forma, el hecho de que en un intervalo de cuatrocientos años se escuche la misma música quizá no sea tan extraño.

—Casi la misma Luna, debería decir.

Después de decir eso, Aomame miró a la anciana a la cara. Pero su enunciado no pareció despertar ningún interés en ella.

—La interpretación de este cedé está ejecutada con instrumentos antiguos —dijo la anciana—. Utilizaron los mismos instrumentos y la interpretaron

siguiendo las partituras de aquel entonces. Es decir, parece que la acústica de la música es, más o menos, la misma que la de aquella época. Igual que la Luna.

—Aunque la *cosa* sea la misma, supongo que la manera de entenderla ha cambiado mucho con respecto a ahora. La oscuridad nocturna de aquel entonces era más profunda y sombría, y la Luna brillaría con más fulgor, más grande. Y ni que decir tiene que esa gente no disponía ni de discos, ni de casetes ni de cedés. No podían permitirse escuchar a diario, cuando les viniera en gana, música tan bien ejecutada. Era algo muy especial.

—Efectivamente —reconoció la anciana—. Como vivimos en un mundo tan cómodo, nuestra sensibilidad ha languidecido. Aunque la Luna en el cielo sea la misma, nosotras tal vez veamos algo diferente. Hace cuatro siglos, seguro que hubiéramos poseído un espíritu más rico y próximo a la Naturaleza.

—Pero aquél era un mundo cruel. Más de la mitad de los niños perdían la vida antes de llegar a la edad adulta, a causa de infecciones crónicas y deficiencias nutritivas. La gente iba muriéndose como si nada por la polio, la tuberculosis, la viruela o el sarampión. Entre la plebe, no debía de haber muchos que pasaran de los cuarenta años. Las mujeres daban a luz a numerosos niños, a los treinta ya se les caían los dientes y se convertían en abuelas. A menudo, para sobrevivir, la gente tenía que recurrir a la violencia. A los niños se les imponían trabajos penosos que les causaban deformaciones en los huesos, y la prostitución de niñas era algo habitual. Quizá también de niños. Mucha gente vivía al límite, en un mundo ajeno a la sensibilidad y a la riqueza espiritual. Las calles de las ciudades estaban infestadas de discapacitados, mendigos y delincuentes. Los que podían sentir emociones profundas, contemplar la Luna, admirar obras de Shakespeare y escuchar la bella música de Dowland seguramente eran una pequeña porción de gente.

La anciana sonrió.

—Eres una mujer realmente interesante.

—Soy una persona del montón. Sólo que me gusta leer. Sobre todo, libros de historia —dijo Aomame.

—A mí también me gustan los libros de historia. Me enseñan que, tanto antes como ahora, seguimos siendo básicamente los mismos.

Aunque la forma de vestir o de vivir se diferencie un poco, aquello en lo que pensamos y que realizamos apenas ha cambiado. El ser humano, en resumidas cuentas, sólo es un portador de genes, no es más que una vía. Esos genes van pasando de época en época a través de nosotros, como si corrieran en caballos

hasta reventarlos. Y no se pueden juzgar en términos de bueno o malo. Podemos tener suerte con ellos o no, pero de eso ellos no saben nada. Nosotros tan sólo somos un medio. Ellos únicamente tienen en cuenta lo que les resulta más eficaz para sí mismos.

—Sin embargo, nosotros sí que nos tenemos que juzgar en términos de bondad o maldad. ¿No le parece?

La anciana asintió.

—En efecto. Tenemos que juzgarnos. Pero los que rigen los fundamentos de nuestra vida son los genes. Naturalmente, ahí se produce una contradicción —dijo la anciana, y sonrió.

La conversación sobre la historia se terminó en ese punto. Ambas bebieron lo que les quedaba de infusión y pasaron al entrenamiento de artes marciales.

Ese día, comieron un ligero almuerzo dentro de la mansión.

—La verdad es que sólo hemos podido preparar cosas sencillas. ¿Le importa? —preguntó la anciana.

—Por supuesto que no —dijo Aomame.

Tamaru trajo la comida en un carrito. El que había preparado la comida debía de ser un cocinero profesional, pero Tamaru se encargaba de llevarla y servirla. Descorchó una botella de vino blanco que había en una cubitera y lo sirvió con manos expertas en dos copas. La anciana y Aomame bebieron de ellas. Tenía un buen aroma y estaba frío, en su punto. La comida consistía únicamente en espárragos blancos cocidos, ensalada *nigoise* y tortilla de cangrejo. Además, un bollo de pan y mantequilla. Todos los ingredientes eran frescos y deliciosos. La cantidad era la suficiente. De cualquier modo, la anciana siempre comía muy poco. Utilizaba tenedor y cuchillo con elegancia y se llevaba a la boca pequeñas cantidades, como un pajarillo. Mientras, Tamaru esperaba con paciencia, apartado en el rincón más alejado de la habitación. A Aomame siempre la sorprendía que un hombre con un físico voluminoso como el suyo fuera capaz de hacer desaparecer por completo cualquier indicio de su existencia durante tan largo tiempo.

En cuanto empezaban a comer, sólo charlaban entrecortadamente. Se concentraban en comer. La música sonaba a bajo volumen. Los conciertos para violoncelo de Haydn eran otras de las piezas que le gustaban a la anciana.

Les retiraron la comida y les trajeron una cafetera. Cuando Tamaru les sirvió

el café, la anciana alzó un dedo hacia él.

—Eso es todo. Muchas gracias —le dijo.

Tamaru hizo una pequeña reverencia. Luego se fue de la sala sin hacer ruido al caminar, como siempre. La puerta se cerró en silencio. Mientras ellas bebían el café de sobremesa, el disco se terminó y un nuevo silencio reinó en la habitación.

—Usted y yo confiamos la una en la otra. ¿Verdad? —dijo la anciana mirando a Aomame directamente a la cara. Aomame asintió modestamente, pero sin reservas—. Ambas compartimos un valioso secreto. Como si dijéramos, nos entregamos la una a la otra.

Aomame asintió en silencio.

La primera vez que le reveló su secreto a la anciana fue en aquella misma habitación. Aomame se acordaba perfectamente. Tenía que confesarle a alguien aquel peso que llevaba en el corazón. La carga de seguir viviendo con aquello oprimiéndole el pecho comenzaba a resultar demasiado pesada. Por eso, cuando la anciana la incitó, Aomame abrió de par en par las puertas de su secreto, que habían permanecido cerradas durante largo tiempo. Su amiga del alma había sufrido la violencia de su marido durante años, su equilibrio psíquico se había desmoronado, y, después de tanto sufrimiento, había acabado suicidándose, al no encontrar una escapatoria. Aproximadamente un año más tarde, Aomame se inventó una excusa para hacer una visita a la casa del hombre. Luego se las apañó, de forma artera, para asesinarlo clavándole una aguja afilada en la nuca. Le dio un único pinchazo, sin dejarle marca de herida ni hemorragia. Se consideró que había muerto por enfermedad. Nadie sospechó nada. Aomame no pensó que hubiera hecho algo incorrecto y, aún ahora, no lo pensaba. Tampoco sentía remordimientos de conciencia. Sin embargo, no por eso se aligeraba la carga de haberle robado a propósito la vida a una persona.

La anciana prestó atención a la larga confesión de Aomame. La escuchó en silencio, hasta que terminó de contar los detalles, entre titubeos. Una vez que Aomame acabó, le hizo algunas preguntas sobre pormenores que no le habían quedado claros. Luego extendió el brazo y agarró con fuerza la mano de Aomame durante un largo rato.

—Hizo lo que debía —le dijo lentamente, para que le entrara en la cabeza—. Si ese hombre siguiera con vida, tarde o temprano acabaría haciéndoles pasar

por lo mismo a otras mujeres. Ellos siempre encuentran víctimas. Pueden repetir lo mismo una y otra vez. Usted eliminó el mal de raíz. No se trata de una simple venganza personal. Esté tranquila.

Aomame hundió la cara entre las manos y se echó a llorar durante un rato. Lloraba por Tamaki. La anciana sacó un pañuelo y le enjugó las lágrimas.

—Extraña coincidencia —dijo la anciana con calma, sin vacilar—. Yo también *hice desaparecer* a alguien prácticamente por la misma razón.

Aomame alzó el rostro y miró a la señora. Se había quedado sin palabras. ¿De qué demonios le estaba hablando?

La anciana continuó:

—Por supuesto, no lo hice yo, con mis propias manos. No tengo fuerza suficiente, ni he aprendido ninguna técnica especial como la suya. Utilicé todos los medios a mi alcance para *hacerlos desaparecer*. Pero no dejé ninguna evidencia concreta. Aunque ahora me llamaran a declarar, no podrían demostrar nada. Igual que en su caso. Si es que existe un juicio después de la muerte, Dios me juzgará. Pero no me da ningún miedo. Yo no he hecho nada incorrecto. Me permitirá exponer abiertamente mi opinión. —La anciana soltó un suspiro, como de desahogo. Luego prosiguió—. Bueno, ahora compartimos secretos trascendentes la una de la otra. ¿No le parece?

Aun así, Aomame era incapaz de comprender de qué estaba hablando. ¿Hacer desaparecer? La cabeza de Aomame empezó a perder su forma natural, entre dudas profundas e impactos agresivos. Para tranquilizarla, la señora le dio más explicaciones en un tono apacible.

Su hija se había quitado la vida bajo unas circunstancias similares a las de Tamaki. Ella se había casado con el hombre equivocado. La anciana sabía desde un principio que la vida matrimonial de su hija no marcharía bien. Desde su punto de vista, el marido tenía, inequívocamente, un espíritu retorcido. Ya había causado problemas en el pasado y el origen del conflicto parecía profundo. No obstante, nadie podía detener aquella boda. Como cabía esperar, la intensa violencia doméstica empezó a repetirse una y otra vez. La hija fue perdiendo poco a poco su autoestima y la confianza en sí misma, se vio acorralada y cayó en una depresión. Le habían arrebatado su capacidad de autonomía y no podía escapar de allí, como una hormiga que ha caído en el agujero de una hormiga león. Entonces, un buen día, se atiborró de somníferos, acompañados de *whisky*.

Durante la autopsia encontraron en su cuerpo indicios de violencia. Había marcas de contusiones y palizas, fracturas y numerosas quemaduras infligidas con cigarros. En ambas muñecas se veía que la habían atado con demasiada fuerza. Parecía que al marido le gustaba utilizar cuerdas. Tenía los pezones deformados. La policía llamó al marido y le tomó declaración. Hasta cierto punto, reconoció que había empleado la violencia, pero alegó que había sucedido con consentimiento mutuo, siempre como una parte de sus relaciones sexuales, y que a su mujer le gustaba.

Finalmente, al igual que en el caso de Tamaki, la policía no pudo imputar al marido. La mujer no lo había denunciado y ahora ya estaba muerta. El marido gozaba de un elevado estatus social y disponía de un abogado criminal muy competente. La causa del fallecimiento también fue suicidio, sin lugar a dudas.

—¿Mató usted a ese hombre? —preguntó Aomame con decisión.

—No, yo *no lo maté* —dijo la anciana.

Aomame la observaba en silencio, sin acabar de comprender.

—El que fue una vez marido de mi hija, ese hombre despreciable, aún sigue con vida. Se levanta de la cama todas las mañanas y camina por la calle con sus propias piernas. No tengo ninguna intención de matarlo. —La anciana hizo una breve pausa. Esperó a que Aomame asimilara sus palabras—. Lo que le hice al que un día fue mi yerno fue eliminarlo de la sociedad. Lo he eliminado en todos los aspectos. Por azar, dispongo de *esa capacidad*. Ese hombre era una persona débil. No era tonto del todo, tenía elocuencia y poseía cierto reconocimiento social, pero en el fondo era un hombre débil y ruin. Los hombres que emplean la violencia en el hogar, con sus mujeres e hijos, son todos hombres de carácter débil. Es justo esa debilidad la que los obliga a encontrar a personas más débiles y victimizarlas. Eliminarlo fue sencillo y, una vez eliminado, ya no podrá levantarse nunca jamás. Hace ya tiempo de la muerte de mi hija, y sin embargo al hombre no le quito el ojo de encima. Aunque decidiera levantarse, yo no se lo permitiría.

Sigue con vida, pero es como un cadáver. No se ha suicidado porque no dispone del valor necesario. Ese es mi método. No mato así por las buenas. Inflijo dolor continuo y despiadado, sin llegar a matarlo. Es como si lo despellejara. A quienes *hice desaparecer* fueron otros. Tenía un motivo real para enviarlos al otro barrio.

La anciana le dio más explicaciones. Al año siguiente del suicidio de su hija, preparó una casa de acogida privada para mujeres que también padecían la violencia doméstica. En un solar colindante con la mansión de Azabu había un pequeño edificio de dos plantas deshabitado, porque estaba a punto de ser demolido. Ella lo adquirió fácilmente y decidió rehabilitarlo como casa de acogida de mujeres sin un lugar adonde ir. Fundó un «consultorio para mujeres víctimas de la violencia», integrado por abogados del área metropolitana, en el que unos voluntarios realizaban entrevistas y recibían consultas telefónicas por turno. A continuación, las ponían en contacto con la señora. A las mujeres que necesitaban un lugar de amparo urgente las enviaban al centro de acogida. No eran pocos los casos en los que acudían acompañadas de sus hijos. Entre ellos incluso había niñas adolescentes que habían sufrido abusos sexuales por parte de sus padres. Se quedaban allí hasta que encontraban un lugar donde instalarse. Se les proporcionaba lo que necesitaban para un día a día provisional. Recibían alimentos y ropa y llevaban una especie de vida en común, ayudándose las unas a las otras. La anciana se encargaba personalmente de los costes que acarreaba.

Los abogados y asesores visitaban regularmente la casa de acogida, cuidaban de ellas y charlaban sobre medidas posteriores. La anciana también se pasaba por allí cuando estaba libre, escuchaba las historias de cada una de las mujeres que allí se albergaban y les ofrecía consejos apropiados. Además, les buscaba trabajo y vivienda. Si se producía algún problema que requería una intervención física, Tamaru se presentaba y lo despachaba de forma adecuada. Por ejemplo, habían tenido casos en los que el marido conocía el paradero de su mujer y se presentaba allí para llevársela por la fuerza a casa. Y Tamaru era el único que podía encargarse con eficacia y rapidez de ese tipo de problemas.

—Pero también se nos presentan casos que ni Tamaru ni yo podemos resolver, para los que no podemos encontrar una medida de auxilio real por mucho que recurramos a las leyes —dijo la anciana.

Aomame observó que, a medida que hablaba, el rostro de la señora iba tiñéndose de un brillante y peculiar bronceado. Al mismo tiempo, la impresión de afabilidad y elegancia de siempre disminuía e iba desapareciendo. Se atisbaba en ella algo que trascendía la simple ira o aversión. Quizá se tratara de algo semejante a un núcleo sin nombre, duro y pequeño, situado en lo más hondo de sus sentidos. No obstante, la frialdad de su voz nunca cambiaba.

—Obviamente, no vamos a jugar con la vida de alguien sólo porque, si desapareciera, se evitaría la faena de una demanda de divorcio y se entraría de

inmediato en el cobro de un seguro. Reunimos todos los factores, realizamos una investigación rigurosa e imparcial y, sólo cuando llegamos a la conclusión de que el hombre no merece piedad, nos vemos obligados a actuar. Es el caso de hombres parásitos, que sólo son capaces de vivir chupándole la sangre a seres débiles. Cabrones de espíritu retorcido, sin posibilidad de cura, en los que no encontramos un motivo para que sigan viviendo en este mundo.

La anciana cerró la boca y se quedó mirando a Aomame como si penetrara en una pared de roca. Luego habló en tono sereno.

—No nos queda otro remedio que hacerlos desaparecer, *sea como sea*. Siempre de modo que no llame la atención de la gente.

—¿Eso es posible?

—Existen diversas formas para que alguien desaparezca —dijo la anciana, tras medir sus palabras. Luego hizo una pausa—. Yo he establecido una forma de hacer desaparecer. A mí me funciona.

Aomame reflexionó sobre ello. Pero la expresión de la anciana era demasiado ambigua.

—Todas perdemos a personas queridas de manera absurda y nos dejan heridas profundas. Probablemente esas heridas del corazón no puedan curarse. Sin embargo, no podemos quedarnos sentados admirando las cicatrices para siempre. Debemos levantarnos y pasar a la acción. No por venganza personal, sino por amplia justicia. ¿Qué le parece? ¿Le gustaría participar en mi causa? Necesito una colaboradora competente en quien depositar mi confianza. Alguien que pueda compartir secretos y, al mismo tiempo, llevar a cabo misiones.

Aomame tardó un rato en ordenar y comprender lo que le había dicho la señora. Se trataba de una confesión y de una propuesta difíciles de creer. Y para tomar una resolución, necesitaba más tiempo. Entretanto, la anciana guardaba silencio, sin cambiar de postura, y miraba a Aomame. No tenía prisa. Parecía estar dispuesta a esperar todo lo que hiciera falta.

«No me cabe duda de que esta señora debe de padecer algún tipo de demencia», pensó Aomame. Pero no estaba loca. No sufría ninguna enfermedad mental. No, su mente era toda serenidad y permanecía estable, sin perturbaciones. Se podía corroborar con pruebas. Más que demencia, era algo semejante a la demencia. Tal vez llamarlo «obsesión por la justicia» se aproximaría a la idea. Ahora buscaba compartir con ella esa demencia, esa obsesión. Con la misma serenidad. Aomame estaba convencida de que era capaz.

¿Cuánto rato había estado pensando? Inmersa en aquellos profundos

pensamientos debía de haber perdido el sentido del tiempo. Sólo el corazón marcaba su paso a un ritmo fijo y firme. Aomame visitó unas cuantas salitas situadas en su interior y remontó el tiempo, como un pez que remonta el río. En ellas había escenas familiares y olores que habían permanecido en el olvido durante largo tiempo. Había nostalgia dulce y dolor amargo. Un fino rayo de luz que había entrado por algún sitio le atravesó el cuerpo de repente. Tuvo la extraña sensación de haberse hecho invisible. Al introducir las manos en la luz, el otro lado se veía transparente. El cuerpo pareció aligerársele de pronto. Entonces, Aomame pensó: «Aunque me entregue a la demencia y la obsesión, aquí y ahora, y destruya así mi cuerpo, aunque este mundo desaparezca para siempre, ¿qué demonios tengo que perder?».

—De acuerdo —dijo Aomame. Tras morderse los labios durante un instante, volvió a hablar—. Si puedo hacer algo, me gustaría ayudar.

La anciana extendió ambas manos y agarró las de Aomame. A partir de entonces, Aomame compartiría sus secretos con la anciana y colaboraría en sus misiones y en esa especie de demencia. Pero quizá no fuera demencia del todo, aunque ella no era capaz de discernir dónde se encontraba la línea divisoria. Además, ella y la anciana iban a enviar a un mundo lejano a hombres por los cuales, desde cualquier punto de vista, era imposible sentir piedad.

—No ha pasado demasiado tiempo desde que trasladó al otro barrio a aquel hombre, en el City Hotel de Shibuya —dijo la señora con tranquilidad. Cuando utilizó la expresión «trasladó al otro barrio», sonó como si hablase de trasladar muebles.

—Dentro de cuatro días hará dos meses —dijo Aomame.

—Apenas dos meses —prosiguió la anciana—. Por eso no me agrada en absoluto tener que encargarle un nuevo trabajo. Me gustaría dejar, al menos, medio año de por medio. Si el intervalo fuera demasiado corto, la carga mental que representa para usted sería demasiado grande, ya que, cómo podría decirlo, no es normal. Además, seguro que comenzaría a aparecer gente que sospecharía de la frecuencia con que los hombres relacionados con la casa de acogida que regento fallecen de un infarto de miocardio.

Aomame sonrió ligeramente y luego habló.

—Es que en el mundo hay gente muy desconfiada.

La anciana sonrió también.

—Como sabrá, soy una persona sumamente cautelosa. No me fío ni de las casualidades, ni de las expectativas, ni de la suerte. Busco como puedo una salida pacífica hasta el último momento y, sólo si juzgo que esta posibilidad no existe, elijo esa opción. Y cuando llevo a cabo *eso* que me veo obligada a realizar, elimino todos los riesgos que se me ocurren. Inspecciono de forma esmerada y meticulosa todos los factores, dejo todo bien preparado y, después de confirmar que todo está en orden, le toca a usted. Por eso, hasta ahora, no ha tenido ningún problema, ¿verdad?

—En efecto —confirmó Aomame.

Era, en efecto, tal y como decía. Preparaba los útiles y se presentaba en el lugar indicado. La situación había sido preparada con todo detalle de antemano. Clavaba una sola vez una aguja afilada en un punto determinado de la nuca del hombre y luego, después de confirmar que «lo había enviado al otro barrio», se marchaba. Hasta entonces, todo había transcurrido de forma armoniosa y organizada.

—Pero, en lo que respecta a este trabajo, aunque me duela, tengo que abusar, en cierto modo, de su confianza. El programa aún no está lo bastante maduro, hay diversos factores indeterminados y existe la posibilidad de que no se pueda facilitar la situación que hasta ahora siempre habíamos preparado. Las circunstancias cambian ligeramente con respecto a las de siempre.

—¿De qué manera cambian?

—El hombre no es una persona con un estatus normal y corriente —dijo la anciana, midiendo con cuidado sus palabras—. Para empezar, lleva una escolta muy estricta.

—¿Se trata de un político?

La anciana negó con la cabeza.

—No, no es un político. Ya hablaremos de ese asunto más tarde. También he estudiado detenidamente la posibilidad de no tener que enviarla a usted. Pero, por ese lado, cualquier opción no parecía que fuera a salir bien. La manera convencional de hacerlo no vale en este caso. Lo siento mucho, pero no se me ocurre otro remedio que pedírselo a usted.

—¿Es un trabajo urgente? —preguntó Aomame.

—No, no es urgente. Tampoco hay un plazo determinado para realizarlo. Sin embargo, si tardáramos, el número de personas afectadas podría aumentar. Y la oportunidad que nos han concedido tiene un límite. No se puede prever cuándo se nos presentará la siguiente.

Al otro lado de la ventana había oscurecido por completo y el solárium estaba envuelto en silencio. «¿Habrá salido la Luna?», pensó Aomame. Pero desde el lugar en el que estaba sentada no se veía el exterior.

—Voy a explicarle la situación con el máximo detalle posible. Pero antes me gustaría que conociera a alguien. Ahora iremos a su encuentro —dijo la anciana.

—¿Vive esa persona en la casa de acogida? —preguntó Aomame.

La señora aspiró despacio y desde el fondo de la garganta se oyó un pequeño ruido. En sus ojos había aflorado una luz especial que normalmente no se podía captar.

—La enviaron hace seis semanas de la consultoría. Ha estado cuatro semanas sin abrir la boca; ha perdido totalmente el habla, como en un estado de abstracción. Sólo sabemos su nombre y edad. La ampararon cuando la encontraron alojada en una estación, con un aspecto horrible; y, después de un tira y afloja, nos la enviaron aquí. Con el tiempo, he conseguido poco a poco hablar con ella. Me ha llevado tiempo hacerle entender que éste es un lugar seguro y que no tiene nada que temer. Ahora ha empezado a hablar algo. Tiene una forma de expresarse confusa y entrecortada, pero juntando pedazos pude comprender más o menos que algo le había ocurrido. Algo horrible que es incapaz de contar. Algo trágico.

—¿También la maltrata su marido?

—No —dijo la anciana con voz seca—. Sólo tiene diez años.

Aomame y la anciana cruzaron el jardín, abrieron el cerrojo de un portillo por el cual pasaron y se dirigieron hacia la casa de acogida colindante. Era un edificio de madera apartado que, en otro tiempo, se había utilizado principalmente como vivienda para los empleados que trabajaban en la casa, en una época en la que éstos eran mucho más numerosos. Tenía dos pisos y, aunque en sí el edificio era elegante, había envejecido demasiado como para alquilarlo. Sin embargo, valía como refugio para mujeres sin un techo bajo el que vivir. Un viejo roble extendía ampliamente sus ramas, como protegiendo el edificio, y en la puerta de la entrada había un bello vidrio translúcido. Constaba de diez habitaciones en total. En ciertas épocas estaban repletas y en otras vacías; pero, por lo general, en ellas solían vivir en retiro cinco o seis mujeres. En aquel momento, la mitad de las ventanas estaban iluminadas. Aparte de las voces de niños pequeños que de cuando en cuando podían escucharse, un extraño silencio

imperaba siempre en la casa. Era como si el edificio en sí mismo contuviera la respiración. Faltaban los diversos sonidos que acompañan el día a día. Cerca del portalón de la entrada había atado un pastor alemán hembra, y, cuando se le aproximaron, gruñó por lo bajo y luego dio unos cuantos ladridos. Aomame no sabía cómo la habían adiestrado, pero la habían educado para que ladrara agresivamente si un hombre se le acercaba. No obstante, era con Tamaru con quien más encariñada estaba.

Cuando la anciana se le acercó, la perra dejó de ladrar de inmediato, meneó la cola y dio un resoplido con aire de felicidad. La anciana se inclinó y le dio varias palmaditas en la cabeza. Aomame también le rascó detrás de las orejas. La perra se acordaba de la cara de Aomame. Era una perra inteligente. Y por algún motivo le gustaba comer espinacas crudas. A continuación, la anciana abrió la puerta de la entrada con una llave.

—Las mujeres que están aquí se ocupan de la niña —le dijo la señora—. Viven en la misma habitación que ella y tratan de no quitarle el ojo, porque aún me preocupa dejarla sola.

En la casa de acogida, las mujeres se cuidaban las unas a las otras cada día, y se fomentaba tácitamente que se contaran las experiencias por las que habían pasado y que compartieran su dolor. Muchas de ellas se habían ido curando, poco a poco, de forma natural, gracias a ello. Las que ya llevaban tiempo residiendo allí enseñaban lo fundamental para adaptarse a aquella vida y les proporcionaban los artículos necesarios a las que llegaban nuevas. La limpieza y la cocina estaban organizadas por un sistema de turnos. También había, claro, quien prefería estar sola o quien no quería compartir su experiencia con los demás. La soledad y el silencio de esas mujeres eran respetados. Sin embargo, la mayoría de las mujeres deseaba contar su historia con sinceridad a otras mujeres que habían corrido la misma suerte, y relacionarse con ellas. Dentro de la casa estaba prohibido beber alcohol y fumar, además de salir sin permiso, pero no existía ninguna otra restricción.

En el edificio había un teléfono, un televisor y una sala común al lado del vestíbulo. Esa sala disponía de un viejo juego de sofás y una mesa de comedor. Parecía que muchas de las mujeres se pasaban la mayor parte del día en sus habitaciones. El televisor, sin embargo, apenas lo encendían, y si lo hacían lo ponían a un volumen prácticamente imperceptible. Las mujeres preferían leer a solas, abrir el periódico, hacer punto o pegarse a alguien y cuchichear. Alguna también pintaba a diario. Era un espacio extraño. Como en un limbo transitorio

entre el mundo real y el mundo de ultratumba, la luz se apagaba y se estancaba. Siempre dominaba el mismo tipo de luz, estuviera el día despejado o nublado, fuera de día o de noche. Cada vez que visitaba aquellas habitaciones, Aomame sentía que se encontraba fuera de lugar, que era una intrusa desconsiderada. Aquello era como un club que requería un carácter especial. El origen de la soledad que embargaba a las mujeres era diferente al de la soledad que Aomame sentía.

Cuando la anciana se asomó, las tres mujeres que había en la sala de estar se levantaron. Se veía a primera vista que sentían un profundo respeto por ella. La anciana les dijo que se sentasen.

—No se molesten. Sólo quiero hablar con Tsubasa.

—Tsubasa está en su habitación —dijo una chica que debía de ser de la misma quinta que Aomame. Tenía el cabello largo y liso.

—Está con Saeko. Parece que aún no va a bajar —dijo una mujer un poco mayor.

—Todavía tardará algún tiempo —dijo sonriendo la anciana.

Las tres mujeres asintieron en silencio. Sabían lo que quería decir con «tardar algún tiempo».

Al subir al segundo piso y entrar en la habitación, la anciana le pidió a la chica de baja estatura que allí estaba, de algún modo desanimada, si se podía ir un rato. La chica, llamada Saeko, sonrió ligeramente, salió de la habitación, cerró la puerta y se marchó bajando las escaleras. Sólo quedaba la niña de diez años, Tsubasa. En la habitación había una mesita para comer. La niña, la anciana y Aomame se sentaron a la mesa. La ventana tenía una gruesa cortina echada.

—Esta chica se llama Aomame —dijo la anciana a la niña—. Hace el mismo trabajo que yo, así que no tienes por qué preocuparte.

La niña miró de reojo a Aomame y luego asintió ligeramente, con un pequeño movimiento, casi imperceptible.

—Esta niña es Tsubasa. —La anciana se la presentó. Luego preguntó a la niña—. ¿Hace cuánto tiempo que estás aquí, Tsubasa?

La niña movió la cabeza un poco hacia los lados, como diciendo «no sé». Apenas debió de desplazarla un centímetro.

—Seis semanas y tres días —dijo la anciana—. Quizá tú no lleves la cuenta, pero yo sí. ¿Sabes por qué?

La niña volvió a negar ligeramente con la cabeza.

—Porque, en ciertos casos, el tiempo es muy valioso —dijo la anciana—. El mero hecho de llevar la cuenta tiene un significado muy importante.

A ojos de Aomame, Tsubasa tenía el aspecto de una niña de diez años como cualquier otra. Era bastante alta para su edad, pero estaba delgada y aún no tenía pecho. Parecía sufrir una malnutrición crónica. Aunque no era fea, no causaba ninguna impresión. Sus pupilas recordaban a los cristales empañados de una ventana. Si se escudriñaban, no se veía el interior. Unos labios secos y finos se movían inquietos de vez en cuando y parecían querer dar forma a algunas palabras, pero éstas nunca llegaban a materializarse.

La anciana sacó una caja de bombones de una bolsa de papel que había llevado. En la caja aparecía dibujado un paisaje de las montañas suizas. Sólo contenía una docena de bellos bombones de diferentes formas. La anciana ofreció uno a Tsubasa, otro a Aomame, y se llevó otro a la boca. Aomame hizo lo mismo con el suyo. Después de ver lo que habían hecho, Tsubasa también se comió su bombón. Las tres permanecieron un rato en silencio, comiendo bombones.

—¿Se acuerda de cuando usted tenía diez años? —le preguntó la anciana a Aomame.

—Sí que me acuerdo —respondió Aomame. Aquel año había agarrado la mano de un niño y había jurado seguir amándolo de por vida. Varios meses después le vino la primera menstruación. Por aquel entonces, había sufrido numerosos cambios en su interior. Aomame se alejó de la religión y cortó la relación con sus padres.

—Yo también me acuerdo —dijo la anciana—. A los diez años fui a París con mi padre y residimos allí durante un año. Mi padre trabajaba de diplomático por aquel entonces. Vivíamos en un viejo apartamento cerca de los Jardines de Luxemburgo. Transcurría la última etapa de la primera guerra mundial y las estaciones de tren rebosaban de soldados heridos. Había niños soldado y también ancianos. París era una ciudad de una belleza apabullante en cualquier estación del año, pero a mí no me ha quedado más que una impresión ensangrentada. En el frente de batalla se desarrollaba una encarnizada guerra de trincheras y por las calles deambulaban, como almas en pena, personas que habían perdido brazos, piernas y ojos. Sólo se veía el blanco de sus vendajes y el negro de los brazaletes de luto que llevaban las mujeres. Se transportaban muchos ataúdes nuevos en

coches de caballos hasta los cementerios. Cuando pasaba un ataúd, los viandantes apartaban la vista y guardaban silencio.

La anciana extendió la mano a través de la mesa. La niña, después de pensárselo un poco, levantó la mano que tenía sobre la rodilla y la puso encima de la mano de la señora. La anciana se la agarró. Seguramente, a ella también se la había agarrado su padre o su madre así, con firmeza, cuando durante su niñez se habían cruzado en algún rincón de París con algún coche de caballos en el que iban apilados ataúdes. Y la habrían animado, diciéndole que no había por qué preocuparse: «Tranquila. Estás en un lugar seguro, no tienes nada que temer».

—Los hombres producen millones de espermatozoides al día —le dijo la anciana a Aomame—. ¿Lo sabía?

—No sé el número exacto —dijo Aomame.

—Por supuesto, yo sólo sé la cantidad aproximada. En cualquier caso, son innumerables. Y los hombres los envían de una sola vez. Sin embargo, el número de óvulos maduros que las mujeres envían es limitado. ¿Sabe cuántos?

—Exactamente no lo sé.

—En toda su vida, no son más de, aproximadamente, cuatrocientos —dijo la anciana—. Los óvulos no se renuevan cada mes, sino que el cuerpo femenino los alberga tal cual desde su nacimiento. Tras la primera menstruación, cada mes, la mujer los madura uno a uno y los expulsa. Esta niña atesora esos óvulos en su interior. Como aún no le ha venido la primera regla, deben de estar prácticamente intactos. Deben de estar bien guardados en su cajón. Huelga decir que la función de esos óvulos consiste en ir al encuentro de los espermatozoides y ser fecundados.

Aomame asintió.

—Las numerosas diferencias en la mentalidad del hombre y de la mujer parecen tener su origen en esa disparidad de los sistemas reproductores. Desde un punto de vista puramente fisiológico, nosotras, las mujeres, vivimos protegiendo un número limitado de óvulos. Usted, yo y esta niña. —Entonces sus labios esbozaron una tenue sonrisa—. Aunque en mi caso, por supuesto, debería decir «viví», en pasado.

Aomame hizo unos rápidos cálculos mentales: «Hasta ahora debo de haber expulsado unos doscientos óvulos aproximadamente; por lo tanto, me queda la mitad. Y seguro que llevan el cartel de RESERVADO».

—Sin embargo, sus óvulos no podrán ser fecundados —dijo la anciana—. La semana pasada, un médico conocido mío la examinó. le han destruido el útero.

Aomame frunció le ceño y miro a la anciana. Luego giró el cuello un poco y dirigió la mirada hacia la niña. Las palabras apenas le salían de la boca.

—¿Destruido?

—Sí. Se lo han destruido —dijo la señora—. No se puede devolver a su estado original ni con cirugía.

—¿Quién demonios ha hecho eso? —Pregunto Aomame.

—Todavía no lo sé exactamente —respondió la anciana.

—La lítel pípol —dijo la niña.

18
TENGO

El Gran Hermano ya no pinta nada

Tras la rueda de prensa, Komatsu lo llamó por teléfono para decirle que todo había salido como la seda.

—¡Excelente! —anunció Komatsu en un tono más entusiasmado de lo normal—. No me imaginaba que fuera a hacerlo tan bien. Contestó con inteligencia y causó buena impresión entre todos los presentes.

A Tengo no le sorprendió en absoluto. Aunque tampoco tenía motivos para lo contrario, la rueda de prensa no le había preocupado tanto. Suponía que podría apañárselas por sí sola. Sin embargo, en la expresión «buena impresión» había algo que no pegaba demasiado con Fukaeri.

—¿No salió ningún trapo sucio? —preguntó Tengo, por si acaso.

—Bueno, hicimos que durara lo menos posible y ella supo esquivar muy bien las preguntas inoportunas. Además, apenas hubo preguntas *duras*. La entrevistada era una cándida muchacha de diecisiete años y los periodistas tampoco quisieron hacer de malos. Claro que a esto debo hacer la observación de: «por ahora», claro. No sé qué va a ocurrir en el futuro. En este mundo, el viento puede cambiar de rumbo de un momento a otro.

Tengo se imaginó a Komatsu, con cara de circunstancias, en lo alto de un acantilado, chupando un dedo y calculando la dirección del viento.

—En fin, todo gracias a ti, que la preparaste bien. Te estoy agradecido. La información sobre el premio y el desarrollo de la rueda de prensa deberían de publicarse en la edición vespertina de mañana.

—¿Cómo iba vestida Fukaeri?

—¿Vestida? Como siempre. Un jersey fino y unos vaqueros que le sentaban muy bien.

—¿El que le resalta el pecho?

—Sí, ahora que lo dices, ése. Le hacía un pecho bonito. Como recién salido del horno —dijo Komatsu—. Mira, Tengo, esta chica va a hacerse famosísima como literata prodigio. Tiene un buen *look* y, aunque habla de manera un poco rara, es bastante inteligente. Sobre todo, posee un aire excepcional. Hasta el día de hoy he asistido al debut de muchos escritores, pero esta chica es especial. Y cuando digo especial me refiero a especial de verdad. Dentro de una semana, la revista en la que se va a publicar *La crisálida de aire* estará en los escaparates de las librerías. Te hago una apuesta. Me juego la mano izquierda y la pierna derecha a que la revista se agotará en tres días.

Tengo le dio las gracias por haberse tomado la molestia de informarlo y colgó el teléfono. Entonces se sintió un tanto aliviado. Después de todo, al menos había superado la primera barrera. Aunque no tenía ni idea de cuántas vendrían a continuación.

La crónica de la rueda de prensa se publicó en la edición vespertina del día siguiente. Al volver de su trabajo en la academia, Tengo se paró a comprar cuatro periódicos en el quiosco de la estación, regresó a casa y los leyó comparándolos. En todos el contenido era más o menos el mismo. No eran artículos demasiado largos, pero, para tratarse de una noticia sobre un premio de una revista literaria, la presentación era excepcional (en la mayoría de los casos lo despachaban en cinco líneas). Como Komatsu había predicho, los medios de comunicación se precipitaron en cuanto se enteraron de que una chica de diecisiete años había ganado el premio. En los artículos decía que un jurado compuesto por cuatro miembros había elegido ganadora por unanimidad su obra, *La crisálida de aire*. El jurado terminó en quince minutos, sin ningún tipo de discusión previa. Era algo inusitado. Que cuatro obstinados escritores se reunieran y la opinión de los cuatro coincidiera era algo que no pasaba todos los días. La obra ya había ganado cierta fama en el mundillo. En la sala del hotel donde se había celebrado la ceremonia de entrega del premio se realizó una pequeña rueda de prensa y ella contestó «lúcida y risueña» a las preguntas de los periodistas.

A la pregunta de si iba a seguir escribiendo en el futuro, respondió: «La escritura no es más que una forma de expresar mis ideas. Esta vez he elegido, por casualidad, la novela, pero no sé qué forma podría adoptar la próxima vez». Le resultaba increíble que Fukaeri pudiera haber pronunciado todas esas largas

oraciones de una sola vez. Quizá los periodistas habían unido sus breves frases, habían completado las lagunas como mejor les había parecido y lo habían juntado todo. Aunque quizás había hablado así en realidad. No había nada que pudiera afirmarse a ciencia cierta sobre Fukaeri.

Ante la pregunta de «¿Qué obras le gustan?», mencionó, desde luego, el *Heike monogatari*. Hubo un periodista que le preguntó cuál era la parte que más le gustaba. Ella les recitó en voz alta su fragmento preferido durante unos cinco minutos. Todos los presentes se quedaron asombrados y, una vez que acabó de recitar, se produjo un silencio. Por fortuna (reconozcámoslo), ningún periodista le preguntó qué música le gustaba.

Tras la pregunta de «¿Quién es la persona que más se ha alegrado de que haya ganado el premio?», primero hizo una larga pausa (Tengo se podía imaginar la escena) y después contestó: «Es un secreto».

Por lo que había leído en los periódicos, Fukaeri no había mentido en ningún momento durante la sesión de preguntas y respuestas. Todo lo que había dicho era verdad. Los periódicos también traían una fotografía de la chica. En la foto salía más bella de lo que Tengo recordaba. En realidad, cuando había hablado con ella, cara a cara, había estado más pendiente de los movimientos del resto del cuerpo, de los cambios en el gesto y de sus palabras, que de su rostro, pero al verla inmovilizada en la fotografía se daba cuenta de nuevo de la belleza de sus facciones. Era una pequeña fotografía que debían de haber tomado durante la rueda de prensa (efectivamente, vestía el jersey de verano de la última vez), y sin embargo, en ella se observaba cierto brillo. Quizá fuera lo que Komatsu había llamado «aire excepcional».

Tengo dobló los periódicos, los recogió y luego se puso a preparar una cena sencilla mientras bebía una cerveza de pie en la cocina. La obra que había reescrito había ganado un premio literario por decisión unánime del jurado, se había hecho famosa y ahora seguramente se convertiría en un *best seller*. Le parecía extraño sólo de pensarlo. Se alegraba, como debía ser, y al mismo tiempo sentía desazón e intranquilidad. Aunque todo había sido planeado, ¿saldría siempre así de bien?

Mientras cocinaba la cena, sintió que había perdido el apetito. Aunque hasta hacía un rato había estado hambriento, ahora ya no tenía ganas de comer. Envolvió en film transparente la comida que había preparado, la metió en la nevera, se sentó en una silla de la cocina y se limitó a beber cerveza en silencio, mirando el calendario de pared. Era un calendario que le habían regalado en el

banco, con una fotografía que mostraba el monte Fuji durante las cuatro estaciones del año. Tengo nunca había subido al monte Fuji. Tampoco a la Torre de Tokio. Ni siquiera a la azotea de un rascacielos. Nunca le habían atraído las alturas. Tengo se preguntó a qué se debería. Tal vez a que siempre había vivido mirando al suelo.

Los vaticinios de Komatsu dieron en el clavo. La revista en la que se publicó *La crisálida de aire* de Fukaeri se agotó casi el mismo día en que salió a la venta, y desapareció de las librerías. Era la primera vez que aquella revista literaria se agotaba. La editorial la seguía publicando cada mes, pese a ser deficitaria. El objetivo de publicar una revista de ese tipo era crear volúmenes que compilasen las obras allí publicadas y dar una oportunidad a los nuevos escritores jóvenes de obtener un premio literario. No se esperaba mucho de las ventas ni de los beneficios reportados por la revista, de modo que el hecho de que se hubiera agotado en un solo día fue una noticia que sorprendió tanto como si en Okinawa hubiera caído nieve en polvo. Aunque se hubiera agotado, eso no iba a cambiar el hecho de que fuera deficitaria.

Komatsu lo llamó y lo informó.

—¡Perfecto! —le dijo—. Si la revista se agota, la gente se va a interesar por la obra y la van a leer, trate de lo que trate. Y en la imprenta ya están imprimiendo volúmenes de *La crisálida de aire* como locos. Es una tirada urgente de alta prioridad. Tal como van las cosas, ya da igual si gana el premio Akutagawa o no. Es más importante que el libro se venda como churros, mientras esté calentito. Está claro que va a ser un *best seller*. Te lo garantizo. Así que, Tengo, ya puedes ir pensando en qué te vas a gastar el dinero.

En la columna literaria de la edición vespertina del sábado apareció un artículo sobre *La crisálida de aire*. El titular rezaba que la revista en la que se había publicado la obra se había agotado en un abrir y cerrar de ojos. Varios críticos literarios daban sus impresiones sobre la obra. En general eran opiniones favorables. Hablaban de una pluma sólida, una sensibilidad aguda y una imaginación desbordante para una chica de tan sólo diecisiete años. Incluso decían que la obra *podría* sugerir la posibilidad de un nuevo estilo literario. Un crítico comentaba que «da rienda suelta a su imaginación en demasía e incluso tiende a desconectar de la realidad». Era la única opinión negativa que Tengo había leído. Pero el mismo crítico terminaba en un tono calmado: «Estoy expectante por ver qué va a escribir esta chica en el futuro». De momento, el viento parecía soplar a su favor.

Fukaeri lo llamó cuatro días antes de la fecha marcada para el lanzamiento del libro.

—Te he despertado —preguntó ella. Hablaba sin entonar, como siempre. Sin poner los signos de interrogación.

—Ya estaba despierto —dijo Tengo.

—Estás libre hoy por la tarde.

—A partir de las cuatro, sí.

—Puedes quedar.

—Sí —dijo Tengo.

—Qué te parece en el sitio de la otra vez —le preguntó Fukaeri.

—Vale —dijo Tengo—. A las cuatro estaré en la misma cafetería de Shinjuku del otro día. Por cierto, saliste muy bien en la foto del periódico. Por lo de la rueda de prensa.

—Llevé el mismo jersey —comentó ella.

—Te sentaba muy bien —dijo Tengo.

—Es que les gustó mi pecho.

—Quizá. Pero en este caso lo importante es que les has causado una buena impresión.

Fukaeri se quedó callada un rato. Como si se hubiera quedado mirando fijamente algo colocado encima de una repisa cercana. Quizá reflexionaba sobre la relación que podía haber entre la buena impresión y su pecho. Al pensar en ello, Tengo se dio cuenta, poco a poco, de que él tampoco lo sabía.

—A las *cuatro* —dijo Fukaeri. Y colgó.

Cuando entró en la cafetería de siempre, un poco antes de las cuatro, Fukaeri ya lo estaba esperando. A su lado se había sentado el profesor Ebisuno. Iba vestido con una camisa gris claro de manga larga y unos pantalones gris oscuro. Como de costumbre, estaba muy erguido; parecía una estatua. A Tengo le sorprendió un poco la presencia del profesor. Según Komatsu, era sumamente raro que «bajara de la montaña».

Tengo se sentó frente a ellos y pidió un café. Aunque la estación de las lluvias todavía no había comenzado, hacía tanto calor que daba la impresión de que estaban en la canícula. Aun así, Fukaeri bebía chocolate caliente a sorbitos,

como la vez anterior. El profesor Ebisuno había pedido un café con hielo, pero no lo había probado. El hielo se derretía y formaba una capa transparente de agua en la superficie.

—Gracias por venir —le dijo el profesor.

Trajeron el café y Tengo dio un trago.

—Por ahora todo está saliendo bien —dijo Ebisuno despacio, como si probara el tono de su voz—. Tu contribución ha sido importante. Realmente importante. Ante todo, te quiero dar las gracias.

—Se lo agradezco, pero, como sabrá, oficialmente yo no existo en todo este asunto —repuso Tengo—. Alguien que no existe oficialmente no puede contribuir a nada.

El profesor Ebisuno se frotó las manos por encima de la mesa, como para calentarse.

—No hace falta que seas tan modesto. Dejando lo oficial aparte, en la realidad existes. Si no existieras, las cosas no habrían salido tan bien como hasta ahora. Gracias a ti, *La crisálida de aire* se ha convertido en una obra excelente; en algo profundo y sustancioso que ha superado mis expectativas. Desde luego, Komatsu tiene un ojo clínico para las personas.

A su lado, Fukaeri seguía bebiendo el chocolate en silencio, como una gatita lamiendo leche. Vestía una sencilla blusa blanca de manga corta y una falda azul marino más bien corta. Como de costumbre, no llevaba ningún complemento. Al inclinarse hacia delante, el cabello largo y liso le ocultaba la cara.

—Necesitaba decírtelo personalmente, y por eso te he hecho venir —dijo el profesor Ebisuno.

—No tenía por qué preocuparse. Para mí, corregir *La crisálida de aire* ha significado mucho.

—Creo que debo agradecértelo de nuevo.

—No tiene importancia —dijo Tengo—. ¿Puedo preguntarle algo personal sobre Eri?

—Claro. Mientras pueda contestarte…

—¿Se ha convertido usted en el tutor legal de Eri?

El profesor sacudió la cabeza.

—No, no soy su tutor legal. Aunque si fuera posible, me gustaría serlo. Sin embargo, como ya te dije en otra ocasión, no he podido ponerme en contacto con sus padres. Legalmente no tengo ningún derecho sobre ella. La he acogido sin más y la he criado durante siete años después de que ella viniera a nuestra casa.

—Entonces, ¿lo normal no sería que quisiera mantener la existencia de Fukaeri en silencio? El hecho de que sea un foco de atención, como está sucediendo, podría ponerla en peligro. Y todavía es menor de edad.

—¿Te refieres a que si, por ejemplo, sus padres lo denunciaran y quisieran recuperar la tutela de Eri, habría un problema? ¿A si no la obligarían a regresar al lugar de donde se escapó?

—Sí. La verdad es que no me lo explico.

—Me parece una pregunta natural. Pero debes tener en cuenta que ellos no actúan dando la cara. Cuanto más expuesta esté Eri a la atención pública, menos intentarán ellos hacerle algo, pues eso llamaría la atención de la gente. Eso es lo último que ellos desean.

—*Ellos* —dijo Tengo—. ¿Se refiere a Vanguardia?

—Efectivamente —contestó el profesor—. Vanguardia, la comunidad religiosa con personalidad jurídica. Además yo he criado a Eri durante estos últimos siete años. Está claro que la propia Eri quiere quedarse en nuestra casa. Y con independencia de lo que les haya ocurrido, sus padres se han desentendido durante todo este tiempo de ella. No se la voy a entregar por las buenas, como si aquí no hubiera ocurrido nada.

Tengo ordenó sus pensamientos antes de hablar.

—*La crisálida de aire* va a ser un *best seller* tal como se había planeado Eri va a atraer el interés de la opinión pública, de modo que a Vanguardia va a costarles actuar. Hasta ahí lo he entendido. Entonces, según usted, ¿qué va a pasar a continuación?

—Eso yo no lo sé —contestó el profesor Ebisuno en un tono calmo—. Lo que pase a partir de ahora es territorio ignoto para todos. No hay un mapa. Lo que nos espera a la vuelta de la próxima esquina no lo sabremos a menos que vayamos hasta ahí. No tengo la menor idea.

—¿No tiene ni idea? —dijo Tengo.

—No. Quizá suene irresponsable, pero el *quid* de la cuestión es, precisamente, que *no tengo ni idea*. Arrojamos una piedra a un estanque profundo. ¡Chof! El ruido resuena alrededor. Luego contenemos el aliento y observamos qué es lo que va a salir del estanque.

Los tres se quedaron callados durante un rato. Cada uno se imaginaba los círculos concéntricos de las ondas expandiéndose por la superficie del agua. Tengo calculó dónde desaparecerían las ondas imaginarias y se dispuso, lentamente, a hablar.

—Ya le dije al principio que lo que estamos haciendo es un tipo de fraude. Podría llamarse comportamiento antisocial. Supongo que dentro de poco habrá una cantidad considerable de dinero sobre la mesa y que la mentira crecerá como una bola de nieve. La mentira llama a más mentira y las relaciones entre unas mentiras y otras acabarán complicándose cada vez más hasta que, al final, quizá nadie sea capaz de sostenerlas. Y en cuanto todo se descubra, los implicados, Eri incluida, sufrirán algún daño y, en el peor de los casos, acabarán arruinados. Quizá nos aparten de la sociedad. ¿No está de acuerdo?

El profesor Ebisuno se llevó la mano a la montura de las gafas.

—No me queda más remedio que estar de acuerdo.

—Sin embargo, según el señor Komatsu, usted ha aceptado ser el representante de la empresa que va a levantar en torno a *La crisálida de aire*. Es decir, está colaborando abiertamente en el plan del señor Komatsu. En otras palabras, parece que tiene intención de meterse en el fango *motu proprio*.

—A fin de cuentas, puede que sea así.

—Por lo que creo entender, usted posee una gran inteligencia, una amplia cultura general y una particular visión del mundo. Y sin embargo no sabe cómo va a evolucionar el plan. No tiene idea de lo que se va a encontrar cuando gire en la próxima esquina. Lo que no comprendo es cómo, alguien como usted, puede meterse en una situación tan insegura e ilógica.

—Te agradezco que me tengas en tan alta estima, pero, de todas maneras… —dijo el profesor y luego hizo una pausa—. Entiendo lo que dices.

Se hizo un silencio.

—Nadie sabe qué va a pasar —soltó de repente Fukaeri. Entonces volvió a quedarse callada. La taza de chocolate ya estaba vacía.

—Eso es —dijo el profesor—. Nadie sabe qué va a pasar. Eri tiene razón.

—Pero, en cierta medida, debe de haber algo planeado —dijo Tengo.

—Sí, en cierta medida —dijo el profesor.

—¿Me permite que intente adivinarlo?

—Claro que sí.

—Quizás, al sacar *La crisálida de aire* a la luz pública, quiera descubrir qué les ha pasado a los padres de Eri. ¿No es eso lo que quería decir con «arrojar la piedra al estanque»?

—Tus suposiciones son más o menos acertadas —admitió el profesor Ebisuno—. Si *La crisálida de aire* se convierte en un *best seller*, los medios de comunicación se juntarán, como carpas en un estanque. A decir verdad, ahora ya

deben de andar bastante revolucionados. Tras la rueda de prensa he recibido una infinidad de peticiones de entrevistas para revistas y para la televisión. He rechazado todas, claro, pero, a medida que se acerque la publicación del libro, la situación va a caldearse aún más. Como yo no voy a colaborar en la cobertura de la información, ellos van a investigar la historia de Eri por todos los medios. Y, tarde o temprano, su identidad se va a descubrir. Quiénes son sus padres, dónde y cómo se crió. Y quién se ocupa de ella ahora. Seguro que va a ser una noticia sumamente interesante.

»Yo no hago esto por gusto. Ahora mismo llevo una vida apacible en las montañas. A estas alturas preferiría no tener que verme metido en asuntos que llamen la atención de la gente. No saco ningún provecho haciéndolo. Pero creo que con un buen anzuelo puedo dirigir el interés de los medios de comunicación hacia los padres de Eri. Me refiero a *dónde están y qué hacen*. Es decir, los medios de comunicación se encargarían de lo que la policía no puede o no quiere hacer. Si sale bien, creo que, aprovechando el tirón, podríamos salvarlos. Después de todo, el matrimonio Fukada son gente muy importante para mí y, sobre todo, para Eri, por supuesto. No podemos quedarnos de brazos cruzados, sin noticias de ellos.

—Pero si los Fukada estuvieran ahí, ¿por qué habrían de retenerlos durante estos siete años? Es un periodo demasiado largo.

—No lo sé. Sólo puedo hacer conjeturas —dijo el profesor Ebisuno—. Como te dije hace un rato, Vanguardia, que empezó siendo una comuna agrícola revolucionaria, se escindió en un momento dado de Amanecer, un grupo a favor de la lucha armada, más tarde amplió sus dimensiones y luego se convirtió en una comunidad religiosa. La policía realizó una inspección en el interior de la organización a causa del incidente de Amanecer, pero lo único que se sabe es que no tuvieron nada que ver. Posteriormente, paso a paso, fueron afianzándose. Bueno, paso a paso no; la verdad es que ocurrió de golpe. Sin embargo, nadie sabe en qué consisten sus actividades. Tampoco tú.

—Yo no sé absolutamente nada —dijo Tengo—. No veo la televisión y casi no leo los periódicos, así que me alejo de los estándares sociales.

—No, no eres tú solo el que no sabe. Ellos actúan a escondidas, para que nadie sepa nada. Otras comunidades religiosas nuevas intentan llamar la atención y aumentar el número de adeptos, pero Vanguardia no, porque su objetivo no es conseguir más fieles. Las organizaciones religiosas en general intentan captar fieles como una forma de asegurarse unos ingresos, pero

Vanguardia no lo necesita. Ellos buscan a personas capacitadas en vez de dinero. Jóvenes sanos muy motivados y especializados en distintas áreas. Por eso no reclutan gente a cualquier precio. Tampoco aceptan a cualquiera. Entre los que quieren entrar, hacen entrevistas y una selección. Es posible que recluten a los más capacitados. Así es como han podido crear una organización religiosa de una gran moralidad y combativa. Públicamente se dedican a la agricultura y, al mismo tiempo, realizan un duro entrenamiento ascético.

—¿En qué tipo de doctrina se basan?

—Seguramente no tienen un libro sagrado fijo. Aunque lo tuvieran, sería algo ecléctico. A grandes rasgos, pertenecen al Budismo esotérico y, más que en torno a una doctrina detallada, su vida gira en torno al trabajo y al entrenamiento ascético. Y resulta bastante severo. No es un juego de niños. Son jóvenes en busca de ese tipo de vida espiritual, que llegan procedentes de todo el país atraídos por la fama del lugar. Están muy unidos y mantienen una postura hermética frente al exterior.

—¿Existe un fundador?

—Oficialmente, no. Rechazan el culto a la persona y tienen una dirección colectiva. Sin embargo, no está claro qué sucede en realidad. Me he informado de todo cuanto he podido, pero la cantidad de información que se filtra del interior es muy reducida. Lo único que puedo decir es que la comunidad se ha consolidado y que parece tener capital en abundancia. También han ampliado sus terrenos y cada vez construyen más instalaciones. La verja que rodea el conjunto también es más sólida que antes.

—Entonces, el nombre Fukada, que era el antiguo líder de Vanguardia, ha desaparecido de repente del mapa.

—En efecto. Todo es muy forzado. No resulta convincente —dijo el profesor Ebisuno. Miró a Fukaeri a la cara y, luego, otra vez a Tengo—. Vanguardia esconde un gran secreto. Está claro que, en un momento dado, dentro de Vanguardia se produjo algo semejante a un diastrofismo. No sé exactamente el qué. Pero, a raíz de ello, Vanguardia pasó de ser una comuna agrícola a una organización religiosa. Y al mismo tiempo dejó de ser un grupo abierto a la sociedad y moderado para convertirse de la noche a la mañana en una organización estricta, con una postura sumamente hermética.

»Me pregunto si en ese momento dado no se produciría una especie de golpe de Estado dentro de Vanguardia, y si Fukada no estaría envuelto. Como te he dicho antes, Fukada no era, en absoluto, una persona de tendencias religiosas,

sino un materialista de los pies a la cabeza. No se quedaría de brazos cruzados viendo cómo la comuna que fundó en su día tomaba los derroteros de una organización religiosa. Seguro que intentaría detenerlo por todos los medios. Es posible que por aquel entonces hubiera resultado vencido en una lucha interna por la hegemonía de Vanguardia.

Tengo reflexionó sobre esa posibilidad.

—Entiendo lo que me dice, pero en ese caso, ¿no acabarían echando a Fukada de Vanguardia? Como habían hecho cuando se separaron pacíficamente de Amanecer. No creo que fuera necesario confinarlo.

—Tienes razón. En un caso normal, no haría falta tomarse la molestia de confinarlo. Pero Fukada debía de conocer esa especie de secreto de Vanguardia. Algo que sería nefasto si se revelara a la sociedad. Por eso no pudieron librarse de él simplemente echándolo.

»Como fundador de la comuna, Fukada desempeñó durante un largo periodo de tiempo el papel real de dirigente. Debe de haber sido testigo de todo lo que ha ocurrido hasta el día de hoy. Tal vez incluso sepa demasiado. Además, Fukada goza de bastante fama a nivel social. El nombre de Tamotsu Fukada estuvo ligado en la práctica a aquella época, y su carisma todavía está activo hoy en ciertos lugares. Si saliese de Vanguardia, sus palabras y actos, lo quiera o no, llamarían la atención de la gente. Por eso, aunque el matrimonio Fukada quisiera apartarse de la organización, ésta no les dejaría irse tan fácilmente.

—Entonces, logrando el sensacional debut como escritora de Eri, la hija de Tamotsu Fukada, y consiguiendo que *La crisálida de aire* se convierta en un *best seller* pretende despertar el interés de la gente y sacudir de forma indirecta esa situación de estancamiento.

—Siete años es demasiado tiempo. Y todo lo que he hecho hasta ahora no ha funcionado. Si no tomo medidas drásticas, puede que el misterio acabe por no resolverse.

—Pretende sacar al gran tigre de la espesura utilizando a Eri como cebo.

—Nadie sabe qué va a salir. No tiene por qué ser necesariamente un tigre.

—Pero a juzgar por cómo se ha ido desarrollando el asunto, parece que lo que usted tiene en mente es algo violento.

—Es posible —admitió el profesor, en un tono reflexivo—. Supongo que tú también lo sabrás. Dentro de un grupo homogéneo y hermético, puede ocurrir de todo.

Se hizo un silencio plúmbeo. Fukaeri abrió la boca en medio de aquel

silencio.

—Porque la *lítel pípol* ha venido —dijo en voz baja.

Tengo miró a la cara a Fukaeri, que estaba sentada junto al profesor. Su rostro carecía de expresividad, como siempre.

—¿La Little People ha venido y ha cambiado algo dentro de Vanguardia? —le preguntó Tengo.

Fukaeri no contestó a esa pregunta. Se toqueteaba el botón del cuello de la blusa con los dedos.

El profesor Ebisuno le tomó la palabra a Fukaeri.

—No sé qué significa la Little People que Eri describe. Ella tampoco es capaz de explicar con palabras qué es. O parece que no tiene intención de explicarlo. De todas formas, parece seguro que la Little People ha desempeñado algún papel en la repentina transformación de Vanguardia en una organización religiosa.

—O *algo similar a la Little People* —añadió Tengo.

—En efecto —dijo el profesor—. No sé si se trata de la Little People o de algo similar; pero, al menos, la aparición de la Little People en *La crisálida de aire* parece querer decir algo importante. —El profesor estuvo mirándose las manos durante un rato, pero pronto alzó la cara y habló—. Como sabrás, en *1984*, George Orwell presentaba a un dictador llamado *Big Brother*, el Gran Hermano. Era, evidentemente, una parábola del estalinismo. Y a partir de entonces el término Gran Hermano se convirtió en un icono social. Fue un mérito de Orwell. Sin embargo, en el 1984 de hoy en día, el Gran Hermano es demasiado famoso, se ha convertido en algo muy visto. Si apareciera un Gran Hermano, lo señalaríamos y diríamos: «¡Fijaos! ¡Es el Gran Hermano!». En otras palabras, en el mundo actual el Gran Hermano ya no pinta nada. En su lugar ha aparecido la Little People. ¿No te parece una comparación bastante interesante?

El profesor se quedó mirando a Tengo fijamente a la cara, con una especie de sonrisa.

—La Little People es invisible. Ni siquiera sé si es benigna o maligna, si tiene un cuerpo o no, pero parece que van socavando el suelo bajo nuestros pies. —En ese momento el profesor hizo una breve pausa—. Para saber si al matrimonio Fukada, y también a Eri, les pasó algo, probablemente tengamos que descubrir primero qué significa la Little People.

—¿Quiere decir, en definitiva, que pretende atraer a la Little People? —

preguntó Tengo.

—¿Podemos atraer realmente algo de lo que no sabemos si tiene cuerpo o no? —dijo el profesor. La sonrisa todavía no se le había borrado de los labios—. El «gran tigre» del que hablas por lo menos es bastante real.

—En fin, que el hecho de que Eri haga de cebo no va a cambiar.

—La palabra cebo no es la más apropiada. La imagen de construir un vórtice sería más apropiada. Dentro de poco, todas las cosas alrededor empezarán a girar con el vórtice. Es lo que estoy esperando. —El profesor hizo círculos en el aire lentamente con la punta del dedo. Luego siguió hablando—. Eri se halla en medio del vórtice. Lo que está en el centro del vórtice no necesita moverse. Son las cosas a su alrededor las que se mueven.

Tengo lo escuchaba en silencio.

—Utilizando tu inquietante metáfora, el cebo seríamos todos nosotros, no sólo Eri. —El profesor entornó los ojos y miró a Tengo a la cara—. Incluido tú.

—Yo sólo tenía que reescribir *La crisálida de aire*. Era, como si dijéramos, un auxiliar técnico. Eso fue con lo que me vino el señor Komatsu desde un principio.

—Ya veo.

—Pero por el medio, las cosas se han truncado un poco —dijo Tengo—. ¿No se deberá, en definitiva, a que usted ha modificado el plan original que el señor Komatsu había ideado?

—No, yo nunca pretendí modificar su plan. Komatsu tiene su objetivo y yo el mío. Por ahora, ambos han tomado el mismo rumbo.

—Sus *objetivos* van de la mano y así es como el plan avanza.

—Se puede plantear de esa manera.

—Dos personas con destinos distintos avanzan montadas en el mismo caballo. Hasta cierto punto, sólo hay un camino, pero no se sabe qué ocurrirá en el futuro.

—No sólo eres bueno escribiendo, también te expresas bastante bien.

Tengo lanzó un suspiro.

—No creo que el futuro sea demasiado prometedor. Pero, de todos modos, parece que ya no hay vuelta atrás.

—Aunque la hubiera, sería difícil regresar al principio —dijo el profesor.

La conversación se terminó ahí. A Tengo no se le ocurría qué más decir.

El profesor Ebisuno fue el primero en levantarse del asiento. Dijo que se había citado con alguien cerca de allí. Fukaeri se quedó. Durante un buen rato, Tengo y Fukaeri permanecieron en silencio los dos solos, uno frente al otro.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Tengo.

—No demasiada —contestó Fukaeri.

Como la cafetería se había llenado de gente, los dos salieron del local sin decir nada. Entonces se pusieron a caminar sin rumbo fijo por las calles de Shinjuku. Eran casi las seis y mucha gente se dirigía a paso ligero hacia la estación, pero el cielo aún no había oscurecido. El sol de principios de verano envolvía la ciudad. Al salir de la cafetería, que estaba en un bajo, la claridad les pareció extrañamente artificial.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Tengo.

—A ningún sitio en particular —contestó ella.

—¿Te acompaño a casa? —dijo Tengo—. O sea, al apartamento en Shinanomachi. Porque hoy te quedas ahí, ¿no?

—No voy ahí —dijo Fukaeri.

—¿Por qué?

Ella no respondió.

—¿Te da la impresión de que es mejor no ir? —probó a preguntarle Tengo.

Fukaeri asintió en silencio.

Quería preguntarle por qué creía que era mejor no ir allí, pero se imaginó que no obtendría ninguna respuesta a cambio.

—Entonces, ¿vuelves a casa del profesor?

—Futamatao está demasiado lejos.

—¿Tienes algún otro sitio adonde ir?

—Me dejas quedarme en tu casa —dijo Fukaeri.

—Creo que no es posible —contestó Tengo, midiendo las palabras—. Es un piso pequeño, vivo solo y seguro que el profesor Ebisuno no te dejaría.

—Al profesor no le importa —dijo Fukaeri. Entonces hizo ademán de encoger lo hombros—. Y a mí tampoco.

—Puede que a mí sí me importe —dijo Tengo.

—Por qué.

—Pues… —empezó a decir, pero no supo cómo continuar. No se acordaba de qué iba a decir. A veces, cuando hablaba con Fukaeri, le pasaba eso: en un instante se olvidaba de qué estaba hablando, en cualquier contexto. Era como si,

de repente, soplara una fuerte ráfaga de viento y se llevara las partituras en medio de un concierto.

Fukaeri estiró la mano derecha y agarró dulcemente la mano izquierda de Tengo, como para consolarlo.

—Tú no lo entiendes —dijo ella.

—¿El qué?

—Estamos unidos.

—¿Estamos unidos? —dijo Tengo sorprendido.

—Hemos escrito el libro juntos.

Tengo sintió la presión de los dedos de Fukaeri en la palma de la mano. No hacía fuerza, pero era una presión sólida y uniforme.

—Es verdad. Hemos escrito *La crisálida de aire* juntos. Cuando el tigre nos devore, también estaremos juntos.

—No va a haber ningún tigre —dijo Fukaeri en un tono serio, poco habitual en ella.

—Mejor —dijo Tengo. No obstante, eso no lo hacía sentirse más feliz. Quizá no fuera a aparecer ningún tigre, pero no sabía qué era lo que iba a surgir en su lugar.

Los dos se quedaron de pie, delante de la taquilla de la estación de Shinjuku. Fukaeri lo miraba a la cara mientras lo agarraba de la mano. La gente pasaba apresurada alrededor de ambos, como la corriente de un río.

—Vale. Si quieres quedarte en mi casa, te puedes quedar —dijo Tengo, rindiéndose—. Yo dormiré en el sofá.

—Gracias —le contestó Fukaeri.

Tengo pensó que era la primera vez que escuchaba palabras de agradecimiento de su boca. Bueno, quizá no fuera la primera vez, pero era incapaz de recordar cuándo había sido la última.

19
AOMAME

Mujeres que comparten un secreto

—¿Little People? —le preguntó Aomame a la niña en un tono dulce, mirándola a la cara—. Oye, ¿quién es la Little People?

Pero después de decir eso, Tsubasa volvió a cerrar la boca completamente y las pupilas perdieron su profundidad, igual que antes. Como si, a causa de esas pocas palabras, la mayor parte de su energía se hubiera agotado.

—¿Se trata de algún conocido tuyo? —preguntó Aomame.

Otra vez, no hubo respuesta.

—La niña ha repetido varias veces esas palabras en otras ocasiones —dijo la señora—. Little People. No sé qué significa.

Las palabras «Little People» albergaban un eco aciago. A través de sus oídos, Aomame percibía aquel tenue eco como si oyera un trueno a lo lejos.

—¿Le ha infligido algún daño esa Little People a la niña? —preguntó Aomame a la señora. Ésta agitó la cabeza hacia los lados.

—No lo sé. Pero, sea lo que sea, no cabe duda de que esa tal Little People significa mucho para la niña.

La niña colocó sus dos manitas sobre la mesa y, sin cambiar de postura, se quedó mirando con ojos opacos a un punto fijo en el aire.

—¿Qué diablos ocurrió? —le preguntó Aomame a la señora.

La señora se lo contó en un tono más bien calmado.

—Se han encontrado indicios de violación. De que ocurrió en repetidas ocasiones. Le han provocado varios desgarros graves en la vulva y en la vagina, además de heridas en el interior del útero. Se deben a que un adulto introdujo su sexo erecto en el pequeño útero todavía sin desarrollar. Por lo tanto, el lugar de implantación para el embrión ha quedado destruido en su mayor parte. Los médicos creen que de ahora en adelante, aun cuando sea adulta, ya nunca podrá quedarse embarazada.

La señora parecía sacar a colación medio intencionadamente delante de la niña aquel tema tan crudo. Tsubasa escuchaba sin decir nada más. No se percibía ningún cambio en su semblante. A veces su cara dejaba entrever algún pequeño movimiento, pero no emitía ningún sonido. Parecía que prestaba atención, medio por cortesía, a una conversación sobre alguien desconocido que estaba en un lugar lejano.

—Eso no es todo —prosiguió la señora tranquilamente—. Aunque, de forma milagrosa, gracias a algún tratamiento recuperara la función del útero, esta niña es probable que nunca tenga ganas de mantener relaciones sexuales con nadie. Como ha recibido un daño tan intenso, la penetración debió de ir acompañada de un dolor considerable y, además, se repitió varias veces. No podrá desembarazarse fácilmente del recuerdo de ese dolor. ¿Entiende lo que le digo?

Aomame asintió. Sus dedos se enlazaron con fuerza sobre las rodillas.

—Es decir, los ovarios dispuestos en su interior ya no tienen ningún lugar adonde ir. Se han… —la señora miró de reojo a Tsubasa y luego siguió— quedado estériles.

Aomame no sabía hasta qué punto había comprendido Tsubasa aquella conversación. Pero, pese a lo que hubiera comprendido, su conciencia parecía encontrarse en otra parte. Al menos no estaba allí. Daba la impresión de que habían encerrado su corazón en un cuarto pequeño y oscuro, al que habían echado el cerrojo, en algún *otro lugar*.

La señora prosiguió:

—Es verdad que quedarse embarazada y concebir hijos no es la única alegría en la vida de una mujer. Constituye una libertad más, con independencia de la vida que elija. Pero que a una mujer le usurpen a la fuerza y de antemano el derecho innato que, como mujer, le corresponde por naturaleza es imperdonable, se mire como se mire.

Aomame asintió en silencio.

—Claro que es imperdonable —repitió la señora. Aomame se dio cuenta de que su voz temblaba ligeramente. La emoción la había embargado poco a poco —. Esta niña huyó por sí sola de *cierto lugar*. No sé cómo lo hizo. Pero no tiene ningún otro sitio al que ir, porque, salvo éste, ningún lugar es seguro para ella.

—¿Dónde están sus padres?

La señora se puso seria y dio golpecitos con las uñas en la superficie de la mesa.

—Sé dónde están sus padres. Pero los que consintieron ese acto horrible

fueron ellos. Es decir, la niña huyó de sus padres.

—O sea, ellos consintieron que alguien la violara. ¿Es eso lo que me quiere decir?

—No sólo lo consintieron; lo fomentaron.

—¿Por qué iban a…? —dijo Aomame. Pero fue incapaz de continuar.

La señora agitó la cabeza.

—Es una historia espantosa. Imperdonable, en cualquier caso. Pero hay algo que no encaja. No se trata de simple violencia doméstica o algo parecido. El médico me dijo que era necesario informar a la policía. Pero yo le rogué que no lo hiciera. Como somos muy buenos amigos, pude convencerlo.

—¿Por qué? —preguntó Aomame—. ¿Por qué no informó a la policía?

—Esta niña sufrió un claro atentado contra la moralidad y la sociedad no puede cerrar los ojos ante ello. Es un crimen vil que merece un castigo severo —dijo la señora, midiendo cuidadosamente las palabras—. Sin embargo, a pesar de ello, si ahora informara a la policía, ¿qué clase de remedio podrían ofrecer? Como has visto, esta niña apenas puede hablar. Sería incapaz de dar una explicación decente de qué ocurrió, de qué le pasó. Aunque pudiera explicarlo, no tenemos medios para probar que sea verdad. Si la policía se hiciera cargo, quizás enviarían a la niña otra vez junto a sus padres. No tiene ningún otro lugar adonde ir y, nos pongamos como nos pongamos, los padres gozan de la patria potestad. Si regresara junto a ellos, lo que le han hecho seguramente seguiría repitiéndose. No puedo permitir que eso ocurra.

Aomame asintió.

—La estoy criando por mi cuenta —afirmó de forma categórica la señora—. No la voy a enviar a ninguna parte. Vengan los padres o venga quien venga, no se la pienso entregar. La ocultaré en algún sitio y me encargaré de criarla.

Aomame miró durante un rato, alternativamente, a la señora y a la niña.

—¿Y ha podido identificar al hombre que abusó de la niña? ¿Ha sido uno solo? —preguntó Aomame.

—Sí que he podido. Es uno solo.

—Pero no puede denunciarlo, ¿verdad?

—Es un hombre influyente —dijo la señora—. Posee una influencia *enorme* y directa. Los padres de la niña estaban bajo esa influencia. Y todavía hoy lo están. Actúan conforme a lo que el hombre les ordena. Carecen de personalidad o capacidad de raciocinio. Para ellos, lo que él dice va a misa. Por lo tanto, si él les dice que es necesario que le entreguen a su hija, no pueden negarse; se creen

a pies juntillas los motivos del hombre y le entregan a la hija tan felices y contentos, a sabiendas de que le va a suceder algo.

Tardó en digerir lo que la señora le había contado. Aomame estuvo dándole vueltas y ordenando mentalmente la situación durante un tiempo.

—¿Se trata de algún grupo especial?

—Así es. Un grupo especial de gente que tiene en común un espíritu cerrado y enfermo.

—¿Una especie de secta? —preguntó Aomame.

La señora asintió.

—Sí. Una secta extremadamente vil y peligrosa.

Claro. No podía ser más que una secta. Gente que actúa conforme a lo que le ordenan. Carentes de personalidad y capacidad de juicio. «Es extraño que a mí no me haya pasado lo mismo», pensó Aomame, mordiéndose los labios.

Por supuesto, dentro de la Asociación de los Testigos no se realizaban violaciones ni nada parecido. Al menos ella no había sufrido ninguna clase de abuso sexual. Los «hermanos y hermanas» eran personas pacíficas y honestas. Era gente que se tomaba en serio su fe y que vivía respetando la doctrina —en ciertos casos entregando su vida a ella—. Pero los buenos motivos no siempre traen buenas consecuencias. Además, en la violación, lo carnal no es el único objetivo. La violencia no siempre adopta formas visibles y las heridas no siempre manan sangre.

A Aomame, Tsubasa le recordaba a sí misma cuando tenía la misma edad. «Yo pude escapar de allí por mi propia voluntad. Pero a esta niña le han hecho mucho daño y quizá no tenga vuelta atrás. Tal vez ya nunca recupere su espíritu natural». Al pensar en ello, sintió una aguda punzada en el pecho. Lo que Aomame había encontrado en Tsubasa era la imagen de cómo podía haber sido ella misma.

—Aomame —dijo la señora, como si tratara de sincerarse con ella—, quiero aprovechar esta ocasión para decirle, consciente de que está mal hecho, que he investigado su pasado.

Al escuchar aquello, Aomame volvió en sí y miró a la señora a la cara.

—Fue al principio, inmediatamente después de conocerla aquí. Espero que no se lo tome a mal.

—No, en absoluto —dijo Aomame—. En esta situación, me parece razonable que lo haya hecho, ya que lo que estamos realizando no es algo normal y corriente.

—En efecto. Caminamos por una delgada y delicada línea. Por eso mismo tenemos que confiar la una en la otra. En cambio, no podemos confiar en la gente, ni podemos permitir que nadie, sea quien sea, sepa nada de lo que haya que saber sobre nosotras. Por eso hice que investigasen todo sobre usted. Desde la actualidad hasta su pasado más lejano. Obviamente, *casi todo*. Nadie puede saberlo todo de otra persona. Tal vez ni siquiera Dios.

—Ni el Diablo —dijo Aomame.

—Ni el Diablo —repitió la señora. Entonces esbozó una débil sonrisa—. Sé que durante su infancia usted también sufrió un trauma relacionado con una secta. Sus padres eran devotos fervientes de la Asociación de los Testigos, y todavía hoy lo son. Además, nunca le han perdonado que abandonara su fe. Y eso es algo que a usted aún hoy la aflige.

Aomame asintió en silencio. La señora prosiguió.

—Si quiere que le dé mi más sincera opinión, no se puede decir que la Asociación de los Testigos sea una religión honesta. Si cuando usted era pequeña hubiera sufrido una herida grave o hubiera enfermado y la hubieran tenido que operar, podría haberse quedado ahí y perder la vida. Una religión que llega a prohibir una operación necesaria para conservar una vida sólo por el hecho de que infringe literalmente la Biblia no es más que una secta. Se trata de un abuso absoluto del dogma.

Aomame asintió. Una de las primeras cosas que les metían en la cabeza a los niños de la Asociación de los Testigos era la idea del rechazo a las transfusiones de sangre. Les enseñaban que se era mucho más dichoso al morirse e ir al Cielo conservando el cuerpo y el alma puros, que permitiendo realizar una transfusión de sangre, en contra de los preceptos del Señor, e ir al Infierno. No había lugar para transigencias. Los caminos a seguir eran descender al Infierno o ascender al Cielo. Los niños aún carecen de capacidad de raciocinio. No tienen ni idea de si esa forma de pensar está generalizada o si es correcta desde un punto de vista científico. No les queda más remedio que creerse lo que aprenden de sus padres. «Si yo, cuando era una niña, me hubiera visto en la situación de necesitar una transfusión de sangre, si mis padres me lo hubieran ordenado, me habría negado a recibirla y habría elegido morirme. Así me llevarían al Cielo o a cualquier otro lugar irracional».

—¿Es famosa esa secta? —preguntó Aomame.

—Se llama Vanguardia. Supongo que usted también habrá oído hablar de ella. Hubo una época en la que salía todos los días en los periódicos.

Aomame no recordaba haber escuchado ese nombre. Pero asintió, ambiguamente, sin decir nada, porque le dio la impresión de que era mejor así. Era consciente de que, en ese momento, ella no estaba en 1984, sino que parecía vivir en un mundo llamado 1Q84 que había sufrido algunas alteraciones. Aún no dejaba de ser más que una hipótesis, pero, paso a paso, cada día adquiría más verosimilitud. Y parecía que aún había mucha información en aquel nuevo mundo que le era desconocida. Tenía que andar con cautela en todo momento.

La señora siguió hablando.

—Vanguardia dio sus primeros pasos como una pequeña comunidad agrícola dirigida por un núcleo formado por un grupo de la nueva izquierda que había huido de la ciudad. Sin embargo, a partir de cierto momento, de repente viró de rumbo y se convirtió en una entidad religiosa. Desconozco bajo qué circunstancias se produjo ese viraje. La verdad es que es una historia extraña a más no poder. Pero, de cualquier forma, parece que la mayoría de los miembros se quedaron allí. Ahora también ha recibido el reconocimiento de comunidad religiosa con personalidad jurídica, pero la organización en sí apenas es conocida. Se dice que, básicamente, pertenece a la rama del budismo esotérico, pero su doctrina seguro que es papel mojado. Sin embargo, la comunidad está ganando adeptos rápidamente y se está fortaleciendo. Con independencia de que hayan tomado parte en *ese grave incidente*, su imagen ha salido indemne, porque han hecho frente a la situación de un modo extraordinariamente inteligente. Incluso podría decirse que les ha servido de propaganda. —Después de tomar aliento, la señora continuó—: Aunque casi nadie lo sabe, esta organización tiene un fundador al que llaman «líder». Se considera que posee poderes especiales. Mediante esos poderes, a veces puede sanar enfermedades incurables, predecir el futuro y realizar distintos fenómenos paranormales. Aunque no cabe ninguna duda de que se trata de un fraude muy bien pensado, parece que va atrayendo a mucha gente a su alrededor.

—¿Fenómenos paranormales?

La señora frunció su bello ceño.

—No sé, en concreto, qué significa. A decir verdad, no me interesa demasiado esa clase de ocultismo. Desde tiempos ignotos se han repetido fraudes similares en todo el mundo. El *modus operandi* siempre ha sido el mismo. A pesar de ello, no hay noticia de que esos engaños tan deplorables vayan a menos. Se debe a que la gran mayoría de la gente en este mundo no cree en la verdad, sino que cree, de buena gana, en aquello que desearían que fuera

verdad. Esa gente no ve nada por mucho que abra los ojos. Embaucarlos es pan comido.

—Vanguardia —pronunció Aomame. Le parecía el nombre de un tren rápido. No le hacía pensar en una organización religiosa.

Al oír «Vanguardia», Tsubasa bajó la mirada durante un rato, como si reaccionara ante un eco especial oculto en ese nombre. Pero al rato alzó la mirada y adoptó la misma cara inexpresiva de antes. Parecía que en su interior se había producido una especie de pequeña turbulencia, que enseguida se calmó.

—El fundador de esa organización, Vanguardia, violó a Tsubasa —dijo la señora—. La forzó con el pretexto de concederle un despertar espiritual. Los padres habían sido informados de que, antes de su primera menstruación, tendría que llevar a cabo ese ritual. Aquel despertar espiritual puro sólo se lo podía conceder a niñas todavía inmaculadas. Les dijo que el intenso dolor era una barrera ineludible para subir un peldaño más. Los padres se lo creyeron. Resulta sorprendente hasta dónde puede llegar la estupidez del ser humano. El caso de Tsubasa no es único. Según informaciones que hemos obtenido, también se ha realizado la misma práctica con otras niñas dentro de la secta. El fundador es un degenerado con unos gustos sexuales retorcidos. No hay lugar a duda. La secta y su doctrina no son más que una tapadera de conveniencia para ocultar sus deseos íntimos.

—¿Cómo se llama el fundador?

—Desgraciadamente no sé cuál es su nombre. Tan sólo lo llaman «líder». Se desconoce qué tipo de personaje es, qué pasado tiene o cómo es su cara. Por mucho que se escarbe, no se obtiene ninguna información. Está completamente bloqueado. Se ha recluido en la sede del grupo, sita en medio de las montañas de la prefectura de Yamanashi, y apenas realiza apariciones en público. Dentro de la secta, también son muy pocos los que lo han conocido. Al parecer, siempre se halla en sitios oscuros, meditando.

—Entonces, no podemos permitir que ande por ahí suelto.

La señora miro a Tsubasa y luego asintió lentamente.

—No puede haber más víctimas. ¿No le parece?

—Es decir, que tenemos que tomar alguna medida.

La señora extendió una mano y la puso sobre la de Tsubasa. Durante un rato, se sumió en el silencio. Luego habló.

—En efecto.

—¿Está segura de que fue él quien cometió reiteradamente esas

perversiones? —preguntó Aomame. La señora asintió.

—Se ha comprobado que se viola a niñas de forma sistemática.

—Si de verdad es así, resulta imperdonable —afirmó Aomame en un tono pausado—. Como ha dicho, no puede haber más víctimas.

Ciertos pensamientos parecían enzarzarse y confrontarse en la mente de la señora, que habló a continuación.

—Es necesario que nos informemos con más detalle y rigor sobre ése al que llaman «líder». No puede quedar ningún punto oscuro. Después de todo, de ello dependen vidas humanas.

—Casi nunca se muestra en público, ¿no?

—Sí. Y seguro que está bien escoltado.

Aomame entrecerró los ojos y le vino a la mente el picahielos de fabricación especial, metido en el fondo del cajón del armario, y el extremo afilado de la aguja.

—Parece un trabajo complicado —dijo.

—Particularmente complicado —añadió la señora. Entonces apartó la mano que había colocado sobre la de Tsubasa y se tocó con los dedos suavemente las cejas. Era una señal de que la señora no había acabado de decidirse, lo cual no ocurría muy a menudo.

—Ir a las montañas de Yamanashi, infiltrarme dentro de la organización, dotada de una estricta vigilancia, *despachar* al líder y luego salir de allí tranquilamente parece bastante complicado, en realidad. Eso sólo pasa en las películas de ninjas.

—No pienso pedirle tanto, por supuesto —dijo la señora en tono serio. Luego esbozó una sonrisa superficial, como si hubiera recordado un chiste—. Eso está fuera de cuestión.

—Hay algo más que me inquieta —le dijo Aomame a la señora, mirándola a los ojos—. Se trata de la Little People. ¿Qué diantre es eso? ¿Qué le han hecho a Tsubasa? También puede que necesitemos información sobre la Little People.

La señora le habló sin apartar los dedos de sus cejas.

—A mí también me inquieta. Esta niña apenas puede hablar, pero, como le dije antes, ha pronunciado unas cuantas veces las palabras «Little People». Quizá tenga importancia. Sin embargo, no me quiere explicar lo que es. Cuando sale ese tema, se cierra en banda. Espere un poco más, por favor. También lo investigaremos.

—¿Tiene alguna idea de cómo obtener más información sobre Vanguardia?

La señora esbozó una sonrisa serena.

—No existe nada en este mundo que no se pueda comprar con dinero. Y yo me he proveído de dinero. Sobre todo con relación a este caso. Tal vez lleve algo de tiempo, pero obtendré la información necesaria, sin falta.

«Hay cosas que no pueden comprarse por mucho dinero que se tenga», pensó Aomame. «*Por ejemplo, la Luna*».

Aomame cambió de tema.

—¿De verdad piensa ocuparse de Tsubasa y criarla?

—Por supuesto. Tengo intención de adoptarla oficialmente.

—Supongo que ya lo sabe, pero los trámites legales no son tan sencillos, porque las circunstancias son las que son.

—Me he mentalizado, claro —dijo la señora—. Utilizaré todos los medios. Estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda. No voy a dejar a esta niña en manos de nadie.

En la voz de la señora se mezclaba un eco grave. Era la primera vez que se sinceraba de tal forma delante de ella, lo cual preocupó un poco a Aomame. La señora pareció leer en el rostro de Aomame esa especie de recelo.

Luego le habló en voz baja, como si se confesara.

—Hay algo de lo que nunca he hablado con nadie. Lo he guardado en mi pecho hasta ahora, ya que me resultaba muy duro contarlo. A decir verdad, cuando se suicidó, mi hija estaba embarazada. Estaba en el sexto mes de embarazo. A lo mejor, ella no quería dar a luz a ese niño y por eso se quitó la vida junto al feto. Si hubiera nacido sano y salvo, ahora tendría la misma edad que esta niña. Aquel día perdí al mismo tiempo dos inestimables vidas.

—Lo siento mucho —dijo Aomame.

—Pero puede estar tranquila. Estas cuestiones personales no han enturbiado mi juicio. No voy a exponerla en vano al peligro. Usted también es una hija inestimable para mí. Nosotras ya somos una familia.

Aomame asintió en silencio.

—Tenemos que liquidar a ese hombre pase lo que pase —dijo la señora, como para convencerse a sí misma. Luego miró a Aomame a la cara—. A la mínima oportunidad, debemos enviarlo al otro barrio, antes de que hiera a otra gente.

Aomame observó la cara de Tsubasa, que se encontraba sentada al otro lado de la mesa. El foco de sus pupilas no estaba ligado a nada. Sólo contemplaba un punto imaginario. A ojos de Aomame, aquella niña era como una concha vacía.

—Sin embargo, al mismo tiempo, tampoco debemos apresurarnos —dijo la señora—. Tenemos que ser cautelosas y pacientes.

Aomame dejó en la habitación a la señora y a la niña y salió del edificio sola. La señora le había dicho que esperaría junto a Tsubasa hasta que ésta se quedara dormida. En el vestíbulo, cuatro mujeres se habían sentado alrededor de una mesa redonda y charlaban en voz baja, con cuchicheos. A ojos de Aomame, aquélla no parecía una escena real. Parecía que formaban parte de la composición de un cuadro fantástico. El título podría ser algo así como *Mujeres compartiendo un secreto*. Aunque Aomame pasó delante de ellas, la composición que las mujeres habían creado no mostró alteraciones.

Aomame se puso en cuclillas fuera del zaguán y estuvo acariciando al pastor alemán un buen rato. La perra agitaba el rabo con fuerza, como si estuviera alegre. Cada vez que se encontraba con ella se preguntaba, extrañada, por qué los perros podían sentir tal dicha incondicional. Aomame nunca había tenido perros, gatos ni pájaros. Tampoco había sentido en su vida ganas de comprar una planta. Luego se acordó de repente y miró al cielo. Pero estaba encapotado con nubes grises y uniformes, como insinuando la llegada de la estación de las lluvias, y no se veía la Luna. Era una noche apacible sin viento. Aunque a través de las nubes se atisbaba un indicio de luz lunar, no sabía cuántas lunas había.

Mientras caminaba hacia la estación de metro, Aomame reflexionó sobre la extravagancia del mundo. Si no somos más que simples portadores genéticos, como dijo la señora, ¿por qué muchos de nosotros tienen que llevar una vida tan extraña? Si viviéramos de forma simple una vida simple, sin pensar demasiado, y nos afanáramos sólo por mantenernos con vida y reproducirnos, ¿no se habría logrado con creces nuestro objetivo de transmitir el ADN? ¿Qué ganan los genes con el hecho de que existan personas que lleven una vida complicada y retorcida, a veces sumamente extraña?

Un hombre que encuentra placer en violar a niñas antes de su primera regla, un robusto guardaespaldas gay, creyentes que rechazan la transfusión de sangre y se mueren por voluntad propia, una embarazada de seis meses que se suicida con una ingestión de somníferos, una mujer que asesina a hombres problemáticos mediante una punzada en la nuca con una aguja afilada, hombres que odian a las

mujeres, mujeres que odian a los hombres. ¿Qué beneficios obtienen los genes de que esa gente exista? ¿Acaso disfrutan los genes de esos retorcidos episodios, como un estímulo de colores vivos, o los aprovechan con un determinado fin?

Aomame no lo sabía. Lo único que sabía era que, a esas alturas, ya no podía elegir otra vida. «Pase lo que pase, no me queda más remedio que vivir esta vida. No puedo devolverla y obtener otra nueva a cambio. Por muy extraña, por muy retorcida que sea, es la forma de ser de este portador que soy yo».

«Ojalá la señora y Tsubasa fueran felices», pensó Aomame mientras caminaba. «Si con ello consiguiera que ellas dos fueran realmente felices, no me importaría sacrificarme, porque no tengo un porvenir que merezca la pena». Pero, francamente, Aomame no creía que ellas pudieran llevar una vida tranquila en el futuro —o al menos una vida normal—. «Somos semejantes, en mayor o menor medida», pensó. «Durante el curso de nuestras vidas hemos soportado cargas demasiado pesadas. Tal y como dijo la señora, somos igual que una familia. Una amplia familia con profundos traumas en común, que alberga ciertas carencias y continúa una batalla sin fin».

Estaba pensando en ello cuando se dio cuenta de que necesitaba intensamente un cuerpo masculino. «¡Qué raro! ¿Por qué siento ganas de un hombre en semejante momento?». Mientras caminaba, agitó la cabeza hacia ambos lados. Aomame no podía juzgar si aquel subidón sexual era fruto de la tensión psíquica, si era un grito natural de los óvulos que atesoraba en su interior o si se trataba de algún complot retorcido de sus genes. No obstante, aquella ansia parecía bastante arraigada. Si fuera Ayumi, seguro que diría algo así como «quiero follar hasta decir basta». Aomame consideró qué podía hacer. Podría ir al bar de siempre y buscar al hombre adecuado. Sólo había una estación hasta Roppongi. Pero estaba demasiado cansada. Además, no iba vestida como para ligar. Había salido sin maquillaje, con unas zapatillas de deporte y una bolsa de plástico de gimnasio. «Regresaré a casa, abriré una botella de vino tinto, me masturbaré y dormiré», pensó. «Será lo mejor. Y voy a dejar de pensar en la Luna de una vez por todas».

El hombre en el asiento de enfrente del tren, desde Hiroo hasta Jiyūgaoka, era a todas luces del tipo de Aomame. Andaría, probablemente, por los cuarenta y cinco años, tenía la cabeza ovalada y el nacimiento del pelo un tanto retirado al

final de la frente. Su cabeza no estaba nada mal. El color de sus pómulos era saludable y llevaba unas finas y elegantes gafas de montura negra. También tenía buen gusto para la ropa. Vestía una chaqueta de verano de algodón fino y un polo blanco, y en el regazo tenía un maletín de piel. De calzado, llevaba unos mocasines marrones. A simple vista parecía un asalariado, pero no debía de trabajar para una empresa demasiado estricta. Quizá fuera editor de alguna editorial, un arquitecto empleado en un pequeño estudio o quizá trabajara en algo relacionado con la moda. Estaba completamente inmerso en la lectura de un libro que llevaba una sobrecubierta.

Si fuera posible, a Aomame le gustaría ir a algún sitio con el hombre y hacer el amor de forma intensa. Se imaginó a sí misma agarrando con firmeza el pene erecto del hombre con una mano, mientras le masajeaba suavemente los testículos con la otra. Ambas manos, colocadas sobre sus rodillas, sentían desazón. Sin darse cuenta, cerraba y abría los dedos. Cada vez que respiraba, alzaba y bajaba los hombros. Se humedeció lentamente los labios con la punta de la lengua.

Pero ella tenía que apearse en Jiyūgaoka. El hombre, cuyo destino Aomame desconocía, seguía leyendo el libro, sentado tal cual, sin saber que era objeto de una fantasía sexual por parte de ella. Tampoco parecía tener ni idea de qué clase de mujer había sentada frente a él. Cuando se estaba bajando del tren, a Aomame se le ocurrió quitarle aquel maldito libro y hacerle el amor, pero por supuesto abandonó la idea.

A la una de la madrugada, Aomame estaba en su cama, profundamente dormida. Tuvo un sueño de carácter sexual. En el sueño tenía un par de bellos pechos, del tamaño y la forma de unos pomelos. Eran duros y grandes. Con ellos apretaba el bajo vientre de un hombre. Había dejado la ropa tirada en el suelo y dormía desnuda, con las piernas abiertas. Como estaba durmiendo no había forma de que lo supiera, pero en aquel momento en el cielo se alineaban dos lunas. Una era la Luna grande y antigua; y la otra, una luna nueva de pequeño tamaño.

Tsubasa y la señora también dormían en una misma habitación. Tsubasa vestía un pijama nuevo a cuadros y dormía sobre la cama con el cuerpo un poco encogido. La señora seguía con la ropa puesta y dormía recostada sobre una butaca para leer. Tenía una manta en el regazo. Aunque su intención había sido levantarse cuando Tsubasa se durmiera, le entró el sueño y se quedó ahí. Alrededor del edificio, situado al fondo de un terreno elevado, todo se había vuelto silencioso. Lo único que podía oírse de vez en cuando era el estridente ruido de los tubos de escape de las motos que pasaban acelerando por una carretera lejana y sirenas de ambulancias. El pastor alemán también dormía acurrucado delante de la puerta de entrada. La ventana tenía las cortinas corridas, pero estaba teñida de blanco por la luz de unas lámparas de mercurio. Las nubes empezaban a abrirse y las dos lunas asomaban la cara por los claros de vez en cuando. Los mares del mundo regulaban sus mareas.

Tsubasa dormía con la mejilla pegada a la almohada y la boca entreabierta. Su respiración era tremendamente serena y su cuerpo apenas mostraba movimiento alguno. Sólo, a veces, los hombros le temblaban como si se crisparan. El flequillo le colgaba delante de los ojos.

Al cabo de un rato, su boca se abrió despacio y de allí fueron saliendo, uno a uno, la Little People. Inspeccionando lo que había a su alrededor, iban apareciendo, cautelosos, primero uno y luego otro. Si la señora se despertara, podría verlos, pero dormía profundamente. Por el momento, no iba a despertarse. La Little People lo sabía. Había cinco Little People en total. Cuando salieron de la boca de Tsubasa, tenían, más o menos, el tamaño del dedo meñique de la niña, pero, una vez fuera, retorcieron sus cuerpos, como cuando se abre una herramienta plegable, y crecieron hasta unos treinta centímetros. Todos vestían la misma ropa insulsa. Sus rostros también eran insulsos y resultaba imposible distinguir unos de otros.

De la cama bajaron al suelo, y de debajo de la cama sacaron un objeto del tamaño de una empanadilla. Entonces formaron un círculo a su alrededor y comenzaron a hurgar en él con diligencia. Era blanco y muy elástico. La Little People extendía la mano hacia el aire, sacaba de él un hilo blanco semitransparente con manos expertas y, utilizándolo, agrandaba poco a poco ese objeto mullido. El hilo parecía tener cierta adherencia. De improviso, su estatura

se acercó a los sesenta centímetros. La Little People podía crecer a su antojo, en función de sus necesidades.

La tarea se prolongó durante unas horas y los cinco Little People se afanaban en completo silencio. El equipo trabajaba sin desavenencias. Mientras, Tsubasa y la señora dormían como troncos, totalmente quietas. Las otras mujeres de la casa de acogida también dormían profundamente en sus lechos. El pastor alemán, que parecía estar soñando algo, de bruces sobre el césped, dejaba escapar un gemido del fondo de su inconsciencia.

Sobre el tejado, las dos lunas, como si se hubieran puesto de acuerdo, iluminaban el mundo con una extraña luz.

20
TENGO

¡Pobres *guiliacos*!

Tengo no podía dormir. Fukaeri estaba metida en su cama, con su pijama, profundamente dormida. Él había preparado el sofá para dormir (como a menudo se echaba la siesta en él, no le resultaba incómodo), pero al tumbarse no había podido pegar ojo y se fue a la mesa de la cocina y se puso a escribir la continuación de la novela. El ordenador estaba en el dormitorio, de modo que escribía en un cuaderno de notas con un bolígrafo. Eso tampoco lo incomodaba demasiado. El ordenador era, ciertamente, más cómodo en lo que a velocidad y almacenamiento de datos se refiere, pero él adoraba la clásica acción de escribir a mano en un papel.

Que Tengo escribiera de noche resultaba más bien raro. Él prefería escribir durante el día, cuando la gente caminaba por la calle. Si escribía cuando la oscuridad lo envolvía todo y reinaba un profundo silencio, a veces el texto resultaba demasiado denso. Muchas veces tenía que reescribir durante el día las partes que había redactado por la noche. Para evitar tener que repetir el trabajo, era mejor escribirlo todo de día.

Sin embargo, cuando aquella noche se puso a escribir a mano, tenía la mente ágil. Su imaginación se desperezó y la historia fluyó libremente. Una idea se unía de forma natural a otra. El flujo apenas se interrumpía. El extremo del bolígrafo no dejaba de hacer ruido, obstinadamente, sobre el papel blanco. Cuando la mano derecha se le cansó, dejó el bolígrafo sobre la mesa y movió los dedos en el aire, como un pianista practicando escalas imaginarias. Las agujas del reloj se acercaban a la una y media. Resultaba chocante que no se oyera ningún ruido del exterior. Quizá las gruesas nubes, como de algodón, que cubrían el cielo de la ciudad habían absorbido todos los ruidos excesivos.

A continuación volvió a tomar el bolígrafo y formó una hilera de palabras sobre el cuaderno. Mientras escribía se acordó de algo. A la mañana siguiente

venía su novia. Ella siempre iba los viernes por la mañana, sobre las once. Antes tendría que llevar a Fukaeri a algún sitio. Menos mal que Fukaeri no usaba perfume, ni colonia. Si quedara el olor de alguien en la cama, su novia lo captaría al instante. Tengo sabía bien que a ella no se le pasaba un detalle y que además era celosa. De vez en cuando no le importaba hacer el amor con su marido, pero si Tengo salía con otras mujeres, se ponía de muy mal humor.

—No es lo mismo que hacer el amor con mi marido —le explicó—. Es como si te hicieran dos facturas diferentes.

—¿Dos facturas diferentes?

—Quiero decir que los artículos de cada una son diferentes.

—¿Te refieres a que utilizas diferentes partidas de sentimientos?

—Eso es. Las partes del cuerpo son las mismas, pero los sentimientos los separo. Por eso no hay nada de malo. Como mujer madura que soy, puedo hacerlo. Pero a ti no te consiento que te acuestes con otras chicas.

—No lo hago —le dijo Tengo.

—Aunque no hagas el amor con ellas —dijo la novia—. Me siento ofendida sólo de pensar que existe esa posibilidad.

—¿Sólo de pensar en esa posibilidad? —preguntó Tengo, sorprendido.

—Creo que no entiendes los sentimientos de las mujeres. ¡Y eso que escribes novelas!

—Lo que acabas de decir me parece injusto.

—Quizá. Pero te voy a compensar por ello —le dijo ella. Y no fue mentira.

Tengo estaba satisfecho de la relación que mantenía con su novia mayor que él. En sentido general, no era una belleza. Tenía unas facciones más bien únicas. Quizá se incluyera dentro del grupo de personas que se sienten feas. Pero, por alguna razón, a Tengo siempre le habían gustado sus facciones. Además, como pareja sexual, no había nada que reprocharle. Y no exigía mucho de Tengo: pasar tres o cuatro horas con él, una vez por semana, y hacer el amor con esmero. A ser posible, dos veces. Y no acercarse a otras mujeres. Eso era, básicamente, lo que le pedía. Ella estimaba a su familia y no tenía intención de destruirla por Tengo. Sólo que el sexo con su marido no la satisfacía lo suficiente. Los intereses de ambos coincidían, más o menos.

Tengo no sentía especial apetito por otras mujeres. Lo que él deseaba, ante todo, era unas horas de libertad y tranquilidad. Habiendo asegurado una ocasión

regular para practicar el sexo, no buscaba nada más en las mujeres. Conocer a una mujer de su misma edad, enamorarse, mantener relaciones sexuales y todas las responsabilidades que ello acarreaba no le entusiasmaba. Las etapas psicológicas por las que había que pasar, las alusiones a posibilidades, los encontronazos de opiniones difíciles de evitar…; a poder ser, prefería no tener que cargar con todos esos incordios.

El concepto del deber siempre lo había hecho temblar, echarse atrás. Toda su vida la había pasado evitando, ingeniosamente, tener que verse en posiciones que le exigieran deberes. Vivir una vida tranquila, libre, él solo, sin enredarse en las complejidades de las relaciones humanas, evitando en la medida de lo posible que las normas lo ataran y sin andar prestando o pidiendo prestado: eso era lo que había buscado de forma constante. Por ello había estado dispuesto a tolerar las desventajas más comunes.

Para poder huir del deber, Tengo había aprendido, de las efímeras fases de la vida, la manera de no hacerse destacar. Se había esforzado por dosificar sus habilidades delante de los demás, no expresar su opinión personal, evitar salir al frente y reducir al mínimo su presencia. Desde pequeño se había puesto en situación de tener que sobrevivir por sus medios, sin depender de nadie. Pero un niño no tiene ningún medio real. Por eso, en cuanto el viento empezaba a soplar, se escondía tras una cosa, se aferraba a algo e intentaba no salir volando. Necesitaba estar siempre preparado. Como los huérfanos de las novelas de Dickens.

Se podía decir que hasta entonces todo le había salido más o menos bien. Se había escabullido de todos los deberes. No se había quedado en la universidad, no tenía un empleo formal, no se había casado, tenía un trabajo que le daba relativa libertad, había encontrado una pareja sexual que lo satisfacía (y que pedía poco de él) y aprovechaba todo su tiempo libre para escribir novelas. Tenía un mentor literario llamado Komatsu, gracias al cual obtenía trabajos literarios con cierta regularidad. Sus novelas aún no habían visto la luz del día, pero, por ahora, no había nada en su vida que lo incomodara. No tenía amigos íntimos, ni una pareja con la que estuviera comprometido. Hasta entonces había salido y mantenido relaciones sexuales con unas diez chicas, pero ninguna le había durado demasiado. Sin embargo al menos era libre.

No obstante, desde que había corregido *La crisálida de aire* de Fukaeri se habían producido algunos estragos en esa vida de paz. En primer lugar, se había visto inmerso prácticamente a la fuerza en el arriesgado plan que Komatsu había

ideado. Aquella bella chica había sacudido su corazón desde un extraño ángulo. Y al corregir *La crisálida de aire* parecía que se había producido algún cambio en su interior, gracias al cual se había apoderado de él un fuerte entusiasmo por escribir su propia novela. Ésos eran cambios para mejor, por supuesto. Sin embargo, era verdad que, al mismo tiempo, el círculo vital de autosatisfacción que hasta entonces había logrado mantener prácticamente intacto se veía amenazado por ciertas alteraciones.

De todos modos, al día siguiente era viernes. Su novia iría a visitarlo. Y antes tenía que preocuparse de llevar a Fukaeri a algún sitio.

Fukaeri se despertó pasadas las dos de la madrugada. Abrió la puerta, en pijama, y fue a la cocina. Entonces se bebió un gran vaso de agua del grifo. Luego, mientras se frotaba los ojos, se sentó a la mesa frente a Tengo.

—Te molesto —le preguntó Fukaeri con una interrogativa sin signos de interrogación, como de costumbre.

—No te preocupes. No me molestas.

—¿Qué escribes?

Tengo cerró el cuaderno y posó el bolígrafo.

—Nada importante —respondió Tengo—. Además, ya lo iba a dejar…

—Me puedo quedar un rato contigo —le preguntó ella.

—Claro. Yo iba a beber un poco de vino. ¿Te apetece beber alguna cosa?

La chica sacudió la cabeza. Quería decir que no quería nada.

—Sólo quiero quedarme un rato aquí.

—Está bien. A mí aún no me ha entrado el sueño.

Como el pijama de Tengo le quedaba demasiado grande a Fukaeri, lo llevaba con las mangas y los bajos de los pantalones muy remangados. Al inclinarse, por el cuello se entreveía la turgencia de sus pechos. Al ver a Fukaeri vestida con su pijama, a Tengo se le cortó la respiración. Abrió la nevera y sirvió en una copa el vino que todavía quedaba en la botella.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Tengo. De camino al piso se habían parado en un pequeño restaurante en las inmediaciones de la estación de Kōenji y habían comido unos espaguetis. La cantidad había sido pequeña y, desde entonces, ya había pasado bastante tiempo—. Te puedo preparar un sándwich o algo sencillo.

—No tengo hambre. Quiero que me leas lo que has escrito.

—¿Lo que estaba escribiendo?

—Sí.

Tengo cogió el bolígrafo y le dio vueltas entre los dedos. En medio de aquellas manazas, resultaba minúsculo.

—Hasta que no están completamente terminados y bien corregidos, nunca enseño los manuscritos a los demás. Es una superstición.

—Una superstición.

—Es como una decisión personal.

Fukaeri se quedó mirándolo a la cara un rato. Luego se colocó el cuello del pijama.

—Entonces, léeme algún libro.

—¿Si te leen un libro, te duermes?

—Sí.

—Entonces el profesor Ebisuno te lee libros a menudo, ¿no?

—Es que el profesor siempre se queda despierto hasta el amanecer.

—¿Fue el profesor quien te leyó el *Heike monogatari*?

Fukaeri negó con la cabeza.

—Eso lo escuché en cinta.

—Y lo memorizaste. Pero debía de ser una cinta muy larga.

Fukaeri indicó con las manos la cantidad de casetes acumulados.

—Muy larga.

—¿Qué parte les recitaste en la rueda de prensa?

—La huida de la capital.

—Tras la caída del clan de los Taira, Minamoto no Yoshitsune huye de Kioto perseguido por Yoritomo. Comienza una batalla familiar dentro del clan que se hizo con la victoria.

—Eso.

—¿Qué otras partes puedes recitar?

—Prueba a preguntarme una.

Tengo hizo memoria de los episodios que había en el *Heike monogatari*. Después de todo, era una obra extensa, con numerosos capítulos.

—La batalla de Dan-no-ura —dijo Tengo al azar.

Fukaeri se concentró, en silencio, durante unos veinte segundos. Luego empezó a recitar.

«Los soldados Genji habían saltado al abordaje de las naves de los Heike y

habían matado a flechazos y tajos de espada a los timoneles y marineros, de suerte que, con todos estos muertos sobre cubierta, los barcos iban a la deriva.

»Cuando Tomomori, el consejero medio de los Heike, comprendió la situación, se subió a un bote y remó hasta la nave imperial.

»—El fin de los Heike ya está aquí —dijo—. Arrojad al mar todo lo que sea ofensivo para la vista.

»Y él mismo corrió de popa a proa barriendo, limpiando y quitando el polvo con sus propias manos para recibir dignamente el fin.

»—Señor consejero medio —le preguntaron todas las damas de la Corte—, ¿cómo va la batalla? ¿Qué está sucediendo?

»—Pronto vais a conocer a unos soldados muy apuestos llegados de las provincias del Este —contestó Tomomori, que se echó a reír con sarcasmo.

»—¿Cómo os atrevéis, señor, a bromear en tales momentos? —le reprocharon las damas, que se pusieron a gimotear ruidosamente».

«Ni-dono, la viuda de Kiyomori, al ver cómo se desarrollaba el combate, demostró estar preparada para la ocasión. Se puso por la cabeza dos kimonos de luctuoso color gris, se remangó la amplia falda de seda, aseguró la sagrada esfera de jade bajo el brazo y se ciñó a la cintura la espada sagrada. Luego tomó en sus brazos al Emperador-niño y le habló con estas palabras:

»—Aunque sea una mujer, no pienso caer en manos enemigas. Voy a acompañar a Su Majestad. Los que mantengan lealtad a Su Majestad, que me sigan.

»Y se dirigió a la borda».

«El Emperador tenía ocho años, aunque aparentaba mayor edad. Era tan bello que su figura parecía resplandeciente. Su negra cabellera le caía por la espalda. Con expresión de extrañeza, preguntó:

»—Abuela, ¿adónde me llevas?

»Ni-dono volvió su cabeza al niño y, aguantando las lágrimas, le contestó:

»—¡Ah, Su Majestad todavía no lo sabe! Por el esfuerzo que realizó en su vida pasada, ha cumplido los Diez Santos Preceptos del budismo y por eso ha nacido Emperador. Pero, arrastrada por un karma fatal, la buena fortuna ha llegado a su fin. Majestad, despedíos del santuario de Ise mirando al levante; luego, rezad con la vista dirigida al poniente para ser recibido por Buda en el Paraíso. ¡Ay, Majestad, estamos en un mundo de sufrimiento! ¡Os quiero llevar a un bonito lugar llamado el Paraíso de la Tierra Pura!

»Así le habló Ni-dono, que ya no pudo contener más las lágrimas. El

pequeño soberano, vestido con un kimono color verde oliva y peinado con dos largas coletas, juntó sus tiernas manitas. Tenía también lágrimas en los ojos. Primero, hizo una reverencia mirando a Oriente para decir adiós al santuario de Ise. Después, invocó el nombre de Amida con la vista dirigida a Occidente. A continuación, la abuela lo sostuvo en sus brazos y, para consolarlo, le dijo:

»—Ya verá, Su Majestad, como también en este mar hay una capital.

»Al momento, abrazada al niño, se arrojó a las profundidades marinas[11]».

Al cerrar los ojos y escuchar la historia que ella le contaba, tuvo la impresión de estar escuchando mismamente a un bonzo ciego tañedor de *biwa*. Le hizo darse cuenta de nuevo de que el *Heike monogatari* era una epopeya de la tradición oral. En general, la forma de hablar de Fukaeri era monótona, y el acento y la entonación resultaban prácticamente imperceptibles, pero cuando empezó a contar la historia, su voz se volvió sorprendentemente enérgica y llena de color. Era como si algo la poseyera. La sublime batalla marítima que había tenido lugar en el año 1185 en el estrecho de Kanmon cobraba vida en su relato. La derrota de los Taira ya se había decidido y la esposa de Kiyomori, Tokiko, se arrojó al mar con el emperador-niño Antoku en brazos. Las damas de la Corte prefieren seguirla que caer en manos de los soldados de la provincia del Este. Tomomori oculta su aflicción y, a modo de broma, urge a las damas a que se suiciden. «Si no, sabréis lo que es un infierno en vida. Más os vale sacrificaros».

—Sigo —preguntó Fukaeri.

—No, está bien. Gracias —dijo Tengo anonadado.

Entendía por qué los periodistas habían perdido el habla.

—¿Pero cómo eres capaz de memorizar un texto tan largo?

—Lo escuché varias veces en cinta.

—Aún escuchándolo varias veces en cinta, una persona normal sería incapaz de recordarlo —dijo Tengo.

Luego, de repente, le vino un pensamiento a la cabeza. Como no podía leer, quizá tenía más desarrollada que la mayoría de la gente la capacidad de memorizar al vuelo lo que escuchaba. Igual que los niños con síndrome del sabio, que pueden almacenar en la memoria al instante una cantidad enorme de información visual.

—Quiero que me leas un libro —le dijo Fukaeri.

—¿Qué libro te gustaría?

—Tienes el libro del que hablaba el profesor —preguntó Fukaeri—. En el que aparece el Gran Hermano.

—*¿1984?* No, no lo tengo.

—¿De qué trata?

Tengo recordó el argumento de la novela.

—Lo leí hace muchísimo tiempo, en la biblioteca del colegio, y no me acuerdo bien de los detalles, pero se trata de un libro que fue publicado en 1949. Por aquel entonces, 1984 era un futuro lejano.

—Este año.

—Sí, este año es justo 1984. Un día el futuro también se hace presente. Y pronto será pasado. En la novela, George Orwell describe el futuro como una sociedad oscura controlada por un sistema totalitario. Un dictador a quien llaman el Gran Hermano gobierna de forma estricta a la gente. Se restringe la información y se reescribe la Historia incesantemente. El protagonista trabaja para la Administración y se ocupa de corregir palabras. Al construir una nueva Historia, la vieja se suprime por completo. Para ello se van sustituyendo también las palabras o se cambian sus significados. Como la Historia se reescribe con tanta frecuencia, llega un punto en el que ya nadie sabe qué es verdad. Nadie sabe quién es aliado y quién enemigo. De eso trata.

—Reescribir la Historia.

—Arrebatar la Historia legítima es igual que arrebatar una parte de una personalidad. Es un crimen.

Fukaeri estuvo un rato reflexionando sobre ello.

—Nuestra memoria está compuesta por la memoria individual y la memoria colectiva —dijo Tengo—. Ambas están estrechamente ligadas. Y la Historia es la memoria colectiva. Si se arrebata o se reescribe, no podremos preservar nuestra personalidad legítima.

—Tú también reescribes.

Tengo sonrió y bebió un trago de vino.

—Yo corregí tu novela por conveniencia. Es muy diferente de reescribir la Historia.

—Pero no tienes aquí el libro del Gran Hermano —le preguntó ella.

—Lo siento, pero no, así que no te lo puedo leer.

—Me vale otro libro.

Tengo fue a la estantería y observó los lomos de los libros. Había leído

muchos, pero conservaba pocos. No le gustaba tener muchas cosas en su casa. Por eso, los libros que acababa de leer, salvo los especiales, los llevaba a las librerías de ocasión. Intentaba comprar sólo los que pudiera leer de un tirón, y los libros importantes los leía detenidamente y se los metía en la cabeza. El resto de libros que necesitaba los tomaba prestados de la biblioteca del barrio.

Elegir un libro le llevó su tiempo. Como no estaba acostumbrado a leer en voz alta, no tenía ni idea de cuál sería el más apropiado. Después de vacilar durante un buen rato, se decantó por *La isla de Sajalín*, de Antón Chéjov, que había acabado de leer la semana pasada. En los pasajes interesantes había pegado notas, así que podría saltar a las partes que a él le pareciera.

Antes de leer en voz alta, Tengo le dio una breve explicación sobre la obra. Cuando Chéjov viajó a Sajalín, en 1890, tenía treinta años. Nadie sabía cuál era el motivo exacto que había empujado a Chéjov —el urbanita que gozaba de una gran fama como joven y prometedor escritor, perteneciente a una generación posterior a la Tolstoi y Dostoievski, y que llevaba una vida apacible en Moscú— a irse solo a la isla de Sajalín, en los confines del mundo. Sajalín era, principalmente, un lugar que había sido explotado como colonia penal, y a la mayoría de la gente le causaba una impresión de mal augurio y miseria. Y como por aquel entonces todavía no existía el Transiberiano, la mortificación de tener que recorrer más de cuatro mil kilómetros por tierras heladas atormentó sin clemencia su cuerpo, que nunca había gozado de muy buena salud. La obra *La isla de Sajalín*, que terminó de escribir al finalizar su viaje de ocho meses por Extremo Oriente, dejó apabullados a muchos lectores, ya que se trataba de algo más cercano a un informe sobre una investigación o a un libro topográfico de índole práctica, que a una obra literaria propiamente dicha. «¿Por qué habrá hecho un escritor como Chéjov, en su mejor momento, algo tan absurdo y disparatado?», cuchicheaba todo el mundo a su alrededor.

Entre los críticos también había quien opinaba que sólo era «autopropaganda focalizada hacia los problemas sociales». «No tendría qué escribir y se habrá ido en busca de material», opinaban otros. Tengo le mostró a Fukaeri el mapa que traía el libro y le enseñó dónde estaba situada Sajalín.

—Por qué fue Chéjov a Sajalín —preguntó Fukaeri.

—¿Quieres saber qué es lo que yo pienso?

—Sí. Tú has leído el libro.

—Sí.

—Qué opinas.

—Quizá ni el propio Chéjov supiera el motivo exacto —dijo Tengo—. Es decir, tal vez simplemente quería ir allí para ver cómo era. Vería la forma de la isla de Sajalín en el mapa y le entrarían unas ganas locas de ir. A mí me pasa lo mismo: estar mirando un mapa y encontrar un lugar que hace que te digas: «Me gustaría ir ahí, sea como sea». Y muchos de ellos son sitios lejanos e inhóspitos. Te mueres de ganas por saber cómo es el paisaje, qué ocurre en ese lugar. Es como el *sarampión*, que viene y se va. Por lo tanto, no puedes explicar a los demás el origen de ese arrebato. Se trata de curiosidad en estado puro. Inspiración sin más explicaciones. Y viajar a Sajalín desde Moscú en aquella época era un suplicio inimaginable, de modo que supongo que, en el caso de Chéjov, ése no era el único motivo.

—Qué quieres decir.

—Chéjov era escritor y, al mismo tiempo, médico. Como científico que era, debía de querer examinar con sus propios ojos esa especie de área enferma del gigantesco Estado ruso. El hecho de ser un escritor de la capital, perteneciente a la flor y nata de la sociedad, incomodaba a Chéjov. Estaba hastiado del ambiente de los círculos literarios moscovitas; no congeniaba con sus colegas, literatos pedantes que se hacían la zancadilla los unos a los otros. Sus sentimientos hacia los críticos maliciosos sólo eran de aversión. El viaje a la isla de Sajalín debió de ser una especie de peregrinaje para librarse de toda la mugre literaria. Y la isla lo abrumó en numerosos sentidos. Tal vez sea por eso por lo que no escribió una obra literaria aprovechando el material recopilado durante su viaje. No era tan sencillo escribir una novela, así como así, inspirándose en ello. Y podría decirse que aquella área enferma formaba parte de su propio cuerpo. Quizá fuera precisamente eso lo que él estaba buscando.

—Es interesante, ese libro —preguntó Fukaeri.

—A mí me lo pareció. Incluye muchísimas cifras y estadísticas, de orden práctico y, como te he dicho antes, carece casi por completo de color literario. Chéjov muestra su lado más científico. Pero permitió captar esa especie de resolución inquebrantable suya. Y las descripciones paisajísticas y observaciones sobre personas que a veces surgen en medio de esas descripciones prácticas son realmente impresionantes. La verdad es que, para ser un texto práctico que sólo habla de hechos reales, no está nada mal. Algunas partes resultan extraordinarias. Por ejemplo, el pasaje que habla sobre los guiliakos.

—*Guiliacos* —dijo Fukaeri.

—Los guiliakos son los indígenas que vivían en Sajalín mucho antes de

haber sido colonizada por los rusos. Al principio vivían en el sur, pero fueron desplazados por los ainos, procedentes de Hokkaidō, y se asentaron en el centro de la isla. A su vez, los ainos habían sido desplazados de Hokkaidō por los japoneses. Chéjov observó de cerca el estilo de vida de los guiliakos, inmersos en un vertiginoso proceso de desaparición debido a la rusificación de Sajalín, e intentó dejar por escrito un fiel testimonio de ello.

Tengo le leyó el pasaje que hablaba sobre los guiliakos. Para que le resultara más fácil de entender, lo leyó omitiendo ciertas frases y transformando otras.

«El guiliako tiene una constitución robusta y rechoncha; es de talla media, incluso pequeña. Una altura elevada constituiría un estorbo en la taiga. Sus huesos son gruesos y se distinguen por el notable desarrollo de las apófisis, crestas y eminencias donde se insertan los músculos, lo que presupone una musculatura muy desarrollada y vigorosa, hecha para librar una lucha constante con la naturaleza. Su cuerpo es seco, fibroso, sin acumulación de grasa; no se ven guiliakos gordos u obesos. Por lo visto, quema todas las grasas para generar las grandes cantidades de calor que un cuerpo necesita en Sajalín para contrarrestar las pérdidas producidas por las bajas temperaturas y la humedad excesiva, circunstancia que explica por qué su alimentación es tan grasienta: carne de foca, salmón, esturión y ballena; también toma carne sanguinolenta, todo en grandes cantidades, en estado crudo, seco y a menudo congelado. Esa alimentación hace que los puntos de inserción de los músculos masticadores estén muy desarrollados y la dentadura seriamente dañada. Su alimentación es exclusivamente animal; sólo en contadas ocasiones, cuando come en su casa o participa en un festín, añade a la carne y el pescado ajo manchuriano o bayas. Según las observaciones de Nevelskói, el guiliako considera la agricultura un gran pecado: quien cultiva la tierra o planta un árbol no tarda en morir. No obstante, le gusta mucho el pan, que conoce a través de los rusos, y lo come como si se tratara de una golosina; en la actualidad no es infrecuente encontrar guiliakos en Aleksándrovsk o Ríkovskoie llevando una hogaza de pan bajo el brazo»[12].

Tengo paró de leer en ese punto y tomó aliento. Fue incapaz de captar las impresiones de Fukaeri, que lo escuchaba atentamente, a partir de su rostro.

—¿Qué? ¿Quieres que siga leyendo o prefieres otro libro? —le preguntó.

—Me gustaría saber más de los *guiliacos*.

—Entonces voy a seguir.

—Me puedo meter en la cama —preguntó Fukaeri.

—Claro —contestó Tengo.

Entonces los dos fueron al dormitorio. Fukaeri se metió en la cama y Tengo cogió una silla y se sentó a su lado. Luego retomó la lectura.

«Los guiliakos no se lavan jamás, de modo que hasta a los etnógrafos les resulta difícil determinar el verdadero color de su piel; tampoco lavan la ropa interior; en cuanto a sus prendas de piel y sus botas tienen el aspecto de haber sido arrancados cinco minutos antes de un perro muerto. Los guiliakos despiden un olor fuerte y penetrante, y la cercanía de sus viviendas se reconoce por el olor repugnante, a veces apenas soportable, del pescado curado y los desechos podridos. Por lo común, cerca de cada yurta hay un secadero, lleno hasta los topes de pescados abiertos y extendidos que, vistos de lejos, sobre todo cuando los ilumina el sol, parecen hilos de coral. Al lado de esos secaderos, Kruzenshtern vio una enorme cantidad de gusanos, que formaban una capa de una pulgada de espesor».

—*Crusenstern*.

—Creo que fue uno de los primeros exploradores. Chéjov era un estudioso y se leyó de cabo a rabo todos los libros que habían sido escritos sobre Sajalín.

—Continúa.

«En invierno la yurta está llena de un humo acre que proviene del hogar, pero también del tabaco que fuman los guiliakos, sus mujeres e incluso sus hijos. No se sabe nada de su morbilidad y su mortalidad, pero es de suponer que esas condiciones higiénicas tan poco saludables no dejarán de tener influencias nocivas en su salud. Tal vez a ello se deba su baja estatura, la hinchazón de su rostro y cierta indolencia y lentitud en sus movimientos».

—¡Pobres *guiliacos*! —exclamó Fukaeri.

«Sobre el carácter de los guiliakos los autores emiten opiniones diversas, pero todos están de acuerdo en que no es un pueblo belicoso, rechaza las disputas y las riñas y vive en paz con sus vecinos. Reciben la llegada de hombres nuevos con recelo, temiendo por su futuro, pero siempre se muestran amables, nunca se rebelan; a lo más que llegan es a mentir, describiendo Sajalín con tonos exageradamente sombríos, con la esperanza de alejar a los extranjeros de la isla. Recibieron a los compañeros de Kruzenshtern con los brazos abiertos, y cuando L. I. Shrenk enfermó, la noticia se extendió a gran velocidad y fue acogida con sincero pesar. Sólo mienten cuando comercian o hablan con una persona a la que consideran sospechosa o peligrosa, pero antes de formular la mentira

intercambian miradas como los niños. Les repugna todo tipo de falsedad o jactancia en la vida diaria, fuera de la esfera de los negocios».

—¡Bravo por los *guiliacos*! —dijo Fukaeri.

»Cuando un guiliako acepta una misión, la desempeña con todo cuidado; todavía no se ha dado el caso de un guiliako que abandone el correo en medio del camino o estropee un objeto ajeno. Son animosos, despiertos, alegres, desenfadados y no sienten ningún atoramiento en presencia de hombres importantes y ricos. No reconocen ningún tipo de autoridad y, por lo visto, desconocen lo que significa “superior” e “inferior”. Los guiliakos, como se ha dicho y se ha escrito, desconocen la noción de autoridad familiar. El padre no piensa que es superior a su hijo y el hijo no siente respeto por el padre y vive como se le antoja. Una madre de avanzada edad no tiene más poder en la yurta que su hija adolescente. Boshniak escribe que vio varias veces cómo un hijo golpeaba a su madre y la echaba de casa sin que nadie se atreviera a levantar la voz. Todos los miembros masculinos de una misma familia ostentan la misma autoridad. Si se convida a vodka, hay que ofrecer incluso a los más pequeños.

»En cuanto a las mujeres, carecen de derechos, ya se trate de una abuela, una madre o una niña de pecho. Se las trata como animales domésticos, como un objeto que puede tirarse o venderse, o como un perro al que se expulsa a patadas. No obstante, los perros reciben caricias alguna vez; las mujeres, nunca. Conceden menos importancia a una boda que a una borrachera, no la acompañan de ningún rito religioso o pagano. El guiliako troca una lanza, una barca o un perro por una muchacha, la lleva a su yurta, yace con ella sobre una piel de oso, y eso es todo. La poligamia está admitida pero no muy extendida, aunque aparentemente las mujeres son más numerosas que los hombres. El desprecio por la mujer, a la que se considera una criatura inferior o un objeto, llega en los guiliakos a tal extremo que ni siquiera consideran reprensible reducirlas a esclavitud. No cabe duda de que para el guiliako la mujer no es más que una mercancía, igual que el tabaco o el tejido. Strindberg, escritor sueco famoso por su misoginia, que desearía que la mujer estuviera totalmente sometida a los caprichos del hombre, comparte los mismos principios que los guiliakos. Si algún día visitara Sajalín Meridional, los abrazaría calurosamente».

En ese punto, Tengo hizo una pausa, pero Fukaeri permaneció callada, sin manifestar reacción alguna. Tengo prosiguió.

«Carecen de tribunal y desconocen el significado de la palabra “justicia”. Se puede juzgar cuán difícil les resulta comprendernos a partir del hecho de que

siguen sin entender la finalidad de las carreteras. Allí donde existen, siguen viajando a través de la taiga. No es raro verlos en fila india, seguidos de sus familias y sus perros, atravesando una marisma al lado mismo de una carretera».

Fukaeri tenía los ojos cerrados y respiraba con mucha calma. Tengo la miró a la cara durante un buen rato, pero no fue capaz de juzgar si estaba dormida o no. Por eso decidió pasar a otra página y seguir leyendo en voz alta. Por una parte, si estaba dormida, quería asegurar ese sueño, y, por otra, le apetecía leer el texto de Chéjov en voz alta.

«Junto a la desembocadura del Naibu se alzó en otro tiempo el puesto de Naibuchi, fundado en 1866. Mitsul encontró allí dieciocho construcciones, habitables o no, una capilla y una tienda de víveres. Un periodista que visitó Naibuchi en 1871 escribe que había veinte soldados a las órdenes de un cadete. En una de las isbas encontró a la esposa de un soldado, una mujer alta y hermosa, que le ofreció huevos frescos y pan negro. La mujer alababa la vida local y sólo se quejaba de que el azúcar era muy caro. En la actualidad, no queda ni rastro de esas isbas, y al mirar alrededor y ver el espacio desierto la bella y alta mujer se antoja un mito. Se está construyendo una nueva casa que será la vivienda de un inspector o una estación; eso es todo. El mar es frío y turbio, y sus altas olas grisáceas rompen en la arena y parecen exclamar: “Señor, ¿por qué nos creaste?”. Es ya el Gran Océano u océano Pacífico. En la orilla del Naibu se oyen los hachazos de los presos, que trabajan en alguna construcción; y lejos, al otro lado del mar, imaginamos América. A la izquierda, a través de la bruma, se ven los cabos de Sajalín; a la derecha, más cabos… Y alrededor ni un alma, ni un ave, ni una mosca. Al contemplar ese espectáculo no entiendo por qué rugen las olas, quién las escucha por la noche, qué pretenden, por qué seguirán rugiendo cuando me haya ido. Esa orilla no me inspira pensamientos, sino una larga meditación, y me siento sobrecogido de angustia, aunque al mismo tiempo me gustaría quedarme allí por siempre, contemplando el movimiento monótono de las olas y escuchando su bramido amenazante».

Fukaeri parecía estar dormida del todo. Si escuchaba con atención, sentía cómo respiraba tranquilamente. Tengo cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla que había al lado de la cama. Luego se levantó y apagó la luz del dormitorio. Miró la cara de Fukaeri una última vez. Dormía de forma apacible, con los labios sellados, mirando hacia el techo. Tengo cerró la puerta y volvió a la cocina.

Pero fue incapaz de ponerse a escribir otra vez su propio texto. La imagen de la costa desolada de Sajalín que Chéjov describía se había asentado en su mente.

Tengo podía oír el rumor de las olas. Al cerrar los ojos, estaba de pie, solo, en una playa desierta a orillas del mar de Ojotsk, preso de una honda meditación. Compartía los frustrados melancólicos pensamientos de Chéjov. En aquellos confines del mundo, debía de haber sentido una especie de impotencia abrumadora. Ser un escritor ruso a finales del siglo XIX debía de ser sinónimo de tener que cargar con un destino amargo e ineludible. Cuanto más intentaban ellos huir de Rusia, más iba engulléndolos ella.

Tengo enjuagó la copa de vino con agua y, tras lavarse los dientes en el cuarto de baño, apagó la luz de la cocina, se acostó en el sofá, se tapó con una manta y se dispuso a dormir. En el fondo de sus oídos volvió a resonar un fuerte rumor de oleaje. No obstante, al poco rato, sus sentidos se fueron apagando hasta que entró en un profundo sueño.

Se despertó a las ocho y media de la mañana. Fukaeri no estaba en la cama. Había enrollado el pijama que él le había prestado y lo había metido dentro de la lavadora del cuarto de baño. Por la parte de las muñecas y los tobillos seguía arremangado. En la mesa de la cocina había una nota. «¿Cómo les va a los *guiliacos* ahora? Vuelvo a casa», había escrito a bolígrafo en una hoja de un bloc de notas. Su letra era menuda, angulosa y no demasiado natural. Era como ver desde lo alto letras escritas con una concha en la arena de una playa. Dobló la nota y la metió en un cajón del escritorio. Si su novia, que llegaría a las once, la viera, le montaría un escándalo.

Tengo hizo la cama y devolvió la monumental obra de Chéjov a su estante. Luego preparó café e hizo tostadas. Mientras desayunaba, se dio cuenta de que algo pesado se había asentado en su pecho. Le llevó tiempo saber qué era. Se trataba del calmo rostro adormecido de Fukaeri.

«¿No será que la amo? No, no es eso», se dijo Tengo a sí mismo. «Tan sólo algo que reside dentro de ella ha hecho vibrar mi corazón físicamente. ¿Pero por qué no dejo de pensar en el pijama que llevaba puesto? ¿Por qué huelo (de forma inconsciente) el aroma que dejó en mis manos?».

Demasiadas preguntas. Fue ciertamente Chéjov quien dijo: «Un escritor no es quien resuelve problemas, sino quien los plantea». Unas palabras bastante célebres, pero, además de su obra, Chéjov contempló su vida con la misma actitud. En ella se planteaban problemas, pero no se resolvían. Consciente de

padecer una tuberculosis incurable (siendo médico es evidente que debía saberlo), se esforzó por negar la realidad y no creyó estar muriéndose hasta llegar al propio lecho de muerte. Falleció joven, entre hemoptisis.

Tengo sacudió la cabeza y se levantó de la mesa. Ése era el día que venía su novia. Tenía que hacer la colada y limpiar. Ya dejaría las reflexiones para más tarde.

21
AOMAME

Por muy lejos que intentemos ir

Aomame fue a la biblioteca municipal, llevó a cabo los mismos trámites que la vez anterior y abrió sobre la mesa una recopilación en formato reducido de un periódico. Quería volver a investigar sobre el tiroteo que se había producido en el otoño de hacía tres años, en la prefectura de Yamanashi, entre la facción radical y las fuerzas policiales. La sede de Vanguardia, la comunidad religiosa de la que había hablado la anciana, se encontraba en medio de las montañas de Yamanashi, y el tiroteo también había tenido lugar allí. Tal vez fuera una simple casualidad, pero a Aomame no le gustaban las casualidades. Podría haber una conexión entre los dos. La expresión de «ese grave incidente» en boca de la anciana parecía sugerir cierta relación.

El tiroteo se había producido hacía tres años, el diecinueve de octubre de 1981 (según la hipótesis de Aomame, tres años antes de 1Q84). La última vez que había ido a la biblioteca, había leído artículos y se había informado, *grosso modo*, de los pormenores del tiroteo, así que esta vez había decidido saltarse esa parte para centrarse en los artículos relacionados que se habían publicado posteriormente y en los artículos que analizaban el incidente desde diferentes perspectivas.

Al principio del tiroteo, tres agentes resultaron muertos por disparos de Kaláshnikovs automáticos de fabricación china y dos habían sufrido heridas de diferente gravedad. A continuación, el grupo de la facción radical había huido a las montañas, todavía armado, y las fuerzas policiales armadas habían llevado a cabo una cacería de envergadura. Al mismo tiempo, la brigada especial de paracaidistas de las Fuerzas de Autodefensa, armados hasta los dientes, se habían presentado en helicóptero. Al final, tres miembros de la facción radical se negaron a rendirse y fueron abatidos; dos sufrieron heridas graves (uno falleció a los tres días en el hospital. En los artículos del periódico no se informaba de qué

le había ocurrido al otro herido) y cuatro fueron arrestados, ilesos o con heridas leves. Gracias al uso de recios chalecos antibalas, no se habían contado víctimas entre las Fuerzas de Autodefensa y los agentes de policía. Únicamente, uno de los agentes se había roto una pierna al caerse por un terraplén durante la persecución. Sólo uno de los miembros de la facción radical estaba en paradero desconocido. Por lo visto el hombre había desaparecido a pesar del gran despliegue policial.

Tras el impacto del tiroteo, los periódicos empezaron a informar detalladamente sobre el proceso de constitución de la facción radical. Eran vástagos de los altercados universitarios que habían ocurrido alrededor de 1970. Más de la mitad de los miembros habían participado en la ocupación del auditorio Yasuda de la Universidad de Tokio y de la Universidad Nihon. Tras capitular y entregar sus «bastiones» ante el uso de la fuerza bruta de los antidisturbios, los alumnos y una parte del profesorado que habían sido expulsados de la universidad, o que sentían que la actividad política de la zona urbana centrada alrededor del campus universitario había alcanzado un punto muerto, superaron los sectarismos, se unieron, construyeron una granja en la prefectura de Yamanashi e iniciaron la actividad comunal. Parece ser que, en un principio, participaron en la «Academia Takashima», una agrupación comunal centrada en la agricultura; pero insatisfechos con aquella vida, llevaron a cabo una reestructuración del grupo, se independizaron, compraron un pueblo abandonado en el interior de las montañas por un precio excepcionalmente barato y allí vivieron de la agricultura. Aunque al principio no todo fue coser y cantar, al cabo de poco tiempo los alimentos producidos mediante agricultura orgánica experimentaron un silencioso auge en la ciudad y, al parecer, montaron un negocio de venta de hortalizas por correspondencia. Gracias a aquellos vientos propicios, la hacienda creció cada vez más. Ellos eran, de todos modos, gente seria y trabajadora, bien organizada bajo el mando de un dirigente. El nombre de aquella comuna era «Vanguardia».

Aomame frunció gravemente el ceño y tragó saliva haciendo mucho ruido en el fondo de su garganta. Luego dio unos golpecitos en la superficie de la mesa con el bolígrafo que tenía en la mano.

Siguió leyendo los artículos.

Pero aunque la gestión de la comuna se había estabilizado, en el interior de Vanguardia se había formado, de forma progresiva, una clara división. El grupo estaba escindido entre una «facción radical a favor de la lucha armada», que

todavía aspiraba a un movimiento revolucionario de guerrillas guiado por los dictados del marxismo, y una «facción comunal» relativamente pacífica que admitía el hecho de que una revolución violenta no era una opción realista en el Japón moderno, que además rechazaba el espíritu del capitalismo y que tenía como objetivo una vida natural, en armonía con la tierra. Y fue en 1976 cuando la facción comunal, que era superior en número, expulsó de Vanguardia a la facción a favor de la lucha armada.

Sin embargo, Vanguardia no echó a la facción radical por la fuerza. Según los periódicos, les proporcionaron nuevos terrenos y cierta financiación y parece ser que «les pidieron que se marcharan» amigablemente. La facción radical aceptó el trato y levantó su propia comuna, «Amanecer», en el nuevo terreno otorgado. Entonces, en cierto momento, adquirieron armamento de gran potencia. Se espera que investigaciones futuras esclarezcan las vías de adquisición y la provisión de fondos.

Por otra parte, parece que ni la policía ni la prensa pudieron entender bien cuál fue el motivo que había detrás de la reconversión, en un momento dado, de la comuna agrícola Vanguardia en una organización religiosa. No obstante, la comuna, que se había deshecho sin ningún problema de la facción a favor de la lucha armada, avanzó en aquel momento rápidamente hacia su vertiente religiosa, hasta que en 1979 obtuvo el permiso para convertirse en una comunidad religiosa con personalidad jurídica. Entonces, fueron comprando de manera progresiva terrenos de los alrededores y expandieron los cultivos e instalaciones. En torno de esas instalaciones de la comunidad construyeron una tapia alta, con lo cual la gente de fuera no podía entrar. La razón que dieron fue «porque estorba a la ascesis». Tampoco estaba claro por dónde entraba la financiación ni cómo habían podido obtener el permiso de comunidad religiosa con personalidad jurídica en tan poco tiempo.

El grupo radical que se mudó al nuevo terreno además de dedicarse a los trabajos agrícolas se volcó en un entrenamiento secreto para la lucha armada. Al poco tiempo surgieron algunas desavenencias con los agricultores vecinos. Una de ellas fue una riña en torno a la servidumbre de aguas del riachuelo que corría por dentro de la finca de Amanecer. El río había sido utilizado desde siempre como una fuente de agua para la agricultura cooperativa de la zona, pero Amanecer prohibió a los vecinos entrar en el solar. El litigio prosiguió durante algunos años y los vecinos presentaron una queja por la valla que cercaba el solar de Amanecer e impedía a los vecinos acceder al riachuelo; sin embargo,

todo acabó en un incidente en el que unos cuantos miembros de Amanecer los agredieron violentamente. La policía prefectural de Yamanashi recibió una orden de investigación por una denuncia de agresión y se dirigió a Amanecer para tomar declaraciones. Y ahí fue cuando, de forma inesperada, ocurrió el tiroteo.

Tras el violento tiroteo en las montañas, inmediatamente después de la desaparición de Amanecer, la comunidad religiosa Vanguardia hizo un comunicado oficial. El portavoz de la organización, un hombre guapo y joven vestido con traje de negocios, ofreció una rueda de prensa y leyó el comunicado. El punto esencial estaba claro: «No existe en la actualidad ninguna relación entre Amanecer y Vanguardia, a pesar de su pasado. Tras la escisión, excepto cierto contacto profesional, apenas ha habido trato entre ambas. Vanguardia se dedica a la agricultura, respeta la Ley y es una comuna que aspira a un mundo espiritual pacífico. Habiendo llegado a la conclusión de que no podía colaborar más con los miembros de Amanecer, vinculados a una ideología revolucionaria radical, rompió con ellos de manera amistosa. Luego, Vanguardia, en calidad de comunidad religiosa, recibió el permiso de comunidad religiosa con personalidad jurídica. El hecho de que haya ocurrido un incidente sangriento de tal magnitud es una verdadera desgracia y queremos ofrecer nuestras más profundas condolencias a todos los agentes de policía, mártires del deber y a sus familias. La comunidad religiosa Vanguardia no ha participado en el presente suceso de ninguna forma. No obstante, resulta innegable que Vanguardia ha sido la matriz de la que ha surgido Amanecer; y si a raíz de lo ocurrido fuera necesario algún tipo de investigación por parte de las autoridades, la comunidad religiosa Vanguardia está dispuesta a recibirla de buena voluntad con el fin de no causar malentendidos innecesarios. Esta comunidad es una agrupación legal abierta a la sociedad, sin nada que esconder. En caso de que sea necesario exponer alguna información, deseamos colaborar en la medida de lo posible».

Varios días después, como en respuesta al comunicado, la policía prefectural de Yamanashi entró en la comunidad con una orden de investigación en la mano, pasaron un día en su amplia propiedad e inspeccionaron a fondo el interior de las instalaciones, así como todo tipo de documentos. Algunos de los miembros de la dirección fueron interrogados. Las autoridades sospechaban que, aunque en apariencia se habían separado, el trato entre ambas partes había proseguido tras la escisión y Vanguardia podría haber participado subrepticiamente en las actividades de Amanecer. Sin embargo, no encontraron ni una sola prueba. Las instalaciones para la ascesis, hechas de madera, se esparcían por el terreno, como

si abrieran senderos en medio de una bella arboleda, y en ellas muchas personas, ataviadas con sencillas ropas de entrenamiento, se entregaban exclusivamente a la meditación y a una intensa práctica de la ascesis. Paralelamente, los fieles llevaban a cabo tareas agrícolas. Sólo disponían de herramientas y maquinaria pesada muy bien cuidadas, y no se descubrió ningún rastro de armas, ni nada que sugiriese violencia. Todo estaba limpio y en orden. Había un pequeño comedor, un albergue y unas instalaciones médicas sencillas (pero abastecidas con lo necesario). En la biblioteca, de dos pisos, se atesoraban numerosos cánones y libros del Budismo, y varios especialistas avanzaban en sus investigaciones y traducciones. Más que unas instalaciones religiosas parecía el campus de una acogedora universidad privada. Los agentes, decepcionados, se retiraron con las manos vacías.

Unos días más tarde, la comunidad invitó a varios reporteros de la prensa y la televisión, que se encontraron con el mismo panorama que la policía había visto. No se trataba de un *tour* organizado, sino que pudieron moverse como les viniera en gana dentro del terreno, sin acompañantes, hablar libremente con cualquier persona y escribir artículos sobre ello. No obstante, para proteger la privacidad de los fieles, los medios de comunicación se comprometieron a utilizar únicamente las imágenes y fotografías a las que la organización religiosa diera el visto bueno. Algunos de los dirigentes de la comunidad, vestidos con la ropa para el entrenamiento ascético, respondieron a las preguntas de los periodistas en una amplia sala para asambleas y ofrecieron información sobre el origen de la comunidad, su doctrina y su política de gestión. Su expresión era educada y franca. Eliminaron por completo el olor a proselitismo frecuente en las organizaciones religiosas. En vez de dirigentes de una organización religiosa parecían el personal especializado de una agencia de publicidad, ducho en presentaciones. Sólo cambiaba la ropa que vestían.

«No poseemos una doctrina definida», explicaron. «No necesitamos nada parecido a un manual codificado. Nosotros investigamos de forma racional el primer Budismo y aquí se practican diversas formas de ascesis. A través de esta práctica específica, nuestro objetivo es alcanzar un despertar religioso más fluido y no tan apegado a los textos. Considérenlo como si esos despertares espontáneos de cada individuo conformaran nuestra doctrina. No se trata de que haya una doctrina y un despertar, sino que primero hay despertares individuales y de ellos nace al fin, como un desarrollo natural, la doctrina que nos permite

establecer nuestras normas. Ese es nuestro principio básico. En ese sentido, nuestro origen se diferencia en gran medida del de las religiones ya existentes.

»En cuanto a la financiación, en este momento dependemos de las donaciones voluntarias de los creyentes, al igual que otras muchas comunidades religiosas. Sin embargo, nuestra meta es acabar estableciendo una vida austera y autosuficiente centrada en la agricultura, sin tener que depender así como así de donaciones. Aspiramos a alcanzar la paz espiritual dentro de esa vida de "saber contentarse con lo que uno tiene", mediante la purificación de la carne y la ejercitación del alma. La gente que se da cuenta de la futilidad del materialismo existente en esta sociedad competitiva va en busca de un eje de coordenadas diferente, más profundo, y cruza las puertas de la organización, una tras otra. No son pocos los que han recibido una educación superior, los que tienen una profesión o gozan de prestigio social. Nosotros marcamos unos límites con los popularmente llamados "nuevos movimientos religiosos". No somos una organización de "comida rápida", que se encarga, así como así, del dolor real de la gente y beneficia a todos, en masa; ni tampoco pretendemos tomar ese rumbo. Es verdad que la salvación de los débiles resulta importante, pero nuestro cometido quizá se aproxime a la idea de una institución que podría decirse que corresponde a una "escuela de posgrado" religiosa, que ofrece un lugar apropiado y la ayuda necesaria a personas altamente concienciadas que quieran salvarse a sí mismas.

»Entre los miembros de Amanecer y nosotros surgió, en un momento dado, una gran discrepancia de pareceres en lo que a la política de gestión se refiere y, durante un periodo, se produjeron hostilidades. Sin embargo, al cabo de varias charlas alcanzamos un consenso pacífico y decidimos andar por caminos diferentes. Ellos también buscaban, a su manera, un ideal de manera pura y estoica, pero sólo podemos decir que el desastre acaecido como resultado es una tragedia. La razón principal debió de ser que se volvieron demasiado dogmáticos y perdieron el punto de conexión con la sociedad real y viva. Con motivo de estas circunstancias recordamos que, sin dejar de ser estrictos con nosotros mismos, tenemos que seguir siendo una organización de ventanas abiertas al exterior. La violencia no resuelve los problemas. Sólo deseamos que entiendan que nosotros no somos una organización que imponga la religión. No captamos fieles, ni atacamos a otras religiones. Nosotros ofrecemos un ambiente comunitario adecuado y eficaz a aquellas personas que buscan tanto el despertar espiritual como objetivos espirituales».

Los miembros de la prensa adoptaron, en general, una visión positiva de la entidad religiosa y se marcharon. Todos los adeptos, hombres y mujeres, eran delgados y esbeltos, y tanto los ancianos como los relativamente jóvenes (a veces también podían verse personas de edad avanzada) tenían una mirada bella y límpida. Su forma de expresarse era fina y cortés. Por lo común, los devotos no querían hablar demasiado de su pasado, pero la mayoría parecía haber recibido una educación de calidad. Aunque el almuerzo que les ofrecieron (el mismo que los adeptos solían comer) fue frugal, los alimentos eran frescos, recién cogidos de los campos de la organización, y bastante sabrosos.

Por eso la mayoría de los medios de comunicación definieron al grupo revolucionario que se había trasladado a Amanecer como una especie de «hijo bastardo», necesariamente eliminado de Vanguardia, que había tomado rumbo hacia la búsqueda de unos valores espirituales. En el Japón de los años ochenta, el pensamiento revolucionario basado en el marxismo ya se había quedado algo desfasado. Los jóvenes que alrededor de 1970 querían modificar de forma radical la política trabajaban ahora en diversas empresas y luchaban encarnizadamente en el frente de batalla de la economía. O habían puesto tierra de por medio con el bullicio y la competencia del mundo real y se dedicaban a la búsqueda de unos valores personales en sus respectivos paraderos. En fin, la corriente del mundo había cambiado y la época concentrada en la política ya era cosa del pasado. A pesar de que el incidente de Amanecer había sido extremadamente desventurado y sangriento, a largo plazo no sería más que un episodio imprevisto e intempestivo en el cual un espectro del pasado se había manifestado por accidente. Se interpretaría como el cierre del telón de una época determinada. Ése fue el tono general de la prensa. Vanguardia era una prometedora opción del nuevo mundo. En cambio, no había futuro para Amanecer.

Aomame posó el bolígrafo y respiró hondo. Entonces le vinieron a la mente los ojos totalmente inexpresivos y carentes de profundidad de Tsubasa. «Aquellos ojos me estaban mirando. Pero, al mismo tiempo, no miraban nada. En ellos había ausente algo importante».

«No es tan sencillo», pensó Aomame. «La situación de Vanguardia no es tan

limpia como la pintan en la prensa. Hay una parte oscura oculta en su interior. Según la anciana, la persona a quien llaman “líder” viola a niñas de apenas unos diez años de edad y alega que es un acto religioso. Los medios de comunicación no lo saben. Ellos sólo pasaron media jornada allí. Los guiaron en orden por unas instalaciones para la ascesis, les ofrecieron un almuerzo a base de alimentos frescos, escucharon una bella explicación sobre el despertar del alma y regresaron satisfechos. No vieron lo que estaba ocurriendo realmente en el interior».

Al salir de la biblioteca, Aomame entró en una cafetería y pidió un café. Desde el teléfono del establecimiento llamó a Ayumi a su puesto de trabajo. Era el número al que le había dicho que podía llamar siempre. Le dijeron que estaba de servicio, pero que volvería a la comisaría en unas dos horas. Aomame no dejó su nombre. Sólo respondió que llamaría más tarde.

Se fue a su apartamento y, dos horas más tarde, volvió a marcar el número. Ayumi se puso al aparato.

—Buenos días, Aomame. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Yo también, aunque no tenga a ningún hombre a mi lado. ¿Y tú?

—Estoy en las mismas —respondió Aomame.

—Es que no puede ser —dijo Ayumi—. Que dos chicas jóvenes y atractivas como nosotras lo pasen mal para satisfacer su saludable apetito sexual y no hagan más que refunfuñar quiere decir que algo no anda bien en este mundo. Tenemos que hacer algo al respecto.

—Sí, pero…, oye, ¿no pasa nada porque hables en voz tan alta? Estás de servicio. ¿No hay nadie cerca?

—Tranquila. Puedes hablarme de lo que quieras —respondió Ayumi.

—Si fuera posible, me gustaría pedirte un favor. Es que no se me ocurre nadie más a quien pedírselo.

—Claro. No sé si podré ayudarte, pero dime de qué se trata.

—¿Conoces una organización religiosa que se llama Vanguardia? Tiene su sede en medio de las montañas de la prefectura de Yamanashi.

—Vanguardia, ¿verdad? —dijo Ayumi. Luego rebuscó en su memoria durante unos diez segundos—. Sí, creo que la conozco. Es una especie de comuna religiosa a la que perteneció el grupo radical Amanecer, que provocó el

incidente del tiroteo en Yamanashi, ¿no? Hubo un tiroteo en el que desgraciadamente tres agentes de la policía prefectural fallecieron. Pero Vanguardia no participó en los hechos. Tras el incidente se realizó una investigación en la comunidad, sin embargo salió limpia. ¿Y entonces?

—Quería saber si en Vanguardia se ha producido algún incidente más después del tiroteo. De tipo criminal o civil. Pero soy inexperta y no sé cómo investigar. Sólo puedo leer las versiones en formato reducido de la prensa. Sin embargo, he pensado que un policía podría investigarlo de alguna manera.

—No es tan fácil. Me gustaría poder decirte que, si lo busco en el ordenador, lo sabré enseguida, pero, desgraciadamente, la informatización de la policía japonesa aún no está tan avanzada. Creo que todavía van a tener que pasar varios años hasta que eso ocurra. Por lo tanto, ahora mismo para saberlo tendría que preguntar a la policía de Yamanashi y pedirles que me envíen por correo una copia del expediente. Para ello, primero debo rellenar un formulario de solicitud de documentos, que tiene que recibir la aprobación de mis superiores. Obviamente, también tengo que dejar por escrito la razón de la solicitud. En fin, como ésta es una oficina gubernamental, nos pagan por hacer que todo sea más complicado de lo necesario.

—¿Ah, sí? —dijo Aomame. Luego soltó un suspiro—. Entonces no es posible.

—Pero ¿por qué quieres saberlo? ¿Tienes a algún conocido implicado en un caso relacionado con Vanguardia?

Aomame titubeó y luego decidió hablarle con franqueza.

—Casi. Tiene que ver con violaciones. En esta fase aún no puedo darte detalles, pero se trata de violaciones de niñas. Me han informado de que, bajo esa fachada religiosa, se cometen violaciones de forma sistemática.

A través del auricular sintió que Ayumi estaba frunciendo ligeramente el ceño.

—¡Hmm! ¿Violaciones? Es intolerable.

—Por supuesto —dijo Aomame.

—¿Cuántos años tienen las niñas?

—Diez o menos. En todo caso, niñas a las que todavía no les ha venido la primera regla.

Ayumi se quedó callada un buen rato al auricular. A continuación habló con una voz monótona.

—De acuerdo. Si es así, pensaré en alguna solución. ¿Me das dos o tres días?

—Claro. Ponte en contacto conmigo, por favor.

Luego de charlar un rato sobre cosas triviales, Ayumi le dijo:

—Bueno, tengo que volver al trabajo.

Después de colgar el teléfono, Aomame, sentada en la butaca para leer, al lado de la ventana, observó su mano derecha durante un rato. Los dedos largos y finos y las uñas bien cortadas y arregladas pero sin esmalte. Al mirarlas, se avivó la idea de que su propia existencia no era más que una cosa frágil y efímera. Por ejemplo, ella no había elegido la forma de sus uñas. «Alguien la decidió a su antojo y yo sólo la recibí sin rechistar. Me gustara o no. ¿Quién demonios habrá decidido que mis uñas tengan esta forma?».

Hacía poco que se había enterado a través de la anciana de que: «Sus padres seguían siendo devotos fervientes de la Asociación de los Testigos». En tal caso, en ese preciso momento también se dedicarían a la predicación del Evangelio. Aomame tenía un hermano cuatro años mayor. Era un hermano responsable. Cuando Aomame tomó la decisión y se fue de casa, él acató las instrucciones de sus padres y vivió conforme a su fe. ¿Qué sería ahora de él? Pero Aomame no sentía demasiado interés por informarse sobre su familia. Para ella formaban parte de una vida pasada. Había roto todo vínculo con ellos.

Hacía tiempo que intentaba olvidarse, sin excepción, de todo lo que le había ocurrido hasta cumplir los diez años. «Mi vida empezó realmente a los diez años. Todo lo que ocurrió antes no fue más que un triste sueño. Voy a deshacerme de esos recuerdos». Pero, por mucho que se esforzara, su mente siempre volvía al mundo de aquel triste sueño. Podía decirse que todas las cosas que poseía estaban enraizadas en aquel suelo sombrío y se alimentaban de él. «Por muy lejos que huya, al final no puedo dejar de volver allí», pensó Aomame «Tengo que enviar al “líder” al otro barrio», decidió entonces «Por mí misma».

Tres días después, Ayumi la llamó por teléfono de noche.

—He recabado unos cuantos datos —le dijo.

—¿Sobre Vanguardia?

—Sí. Mientras le daba vueltas a la cabeza, de repente me acordé de que el tío de un tipo que entró en servicio durante la misma época que yo está en la policía de la prefectura de Yamanashi. Además parece que es algún jefazo. Así que se lo

pedí al tipo este. Me dijo que una chica joven de su familia acaba de entrar en la organización y les está causando problemas, así que está recabando información sobre Vanguardia. «Me sabe mal, pero te lo pido por favor», o algo por el estilo, le dije. Estas cosas se me dan bastante bien.

—Gracias. Te debo una —contestó Aomame.

—Entonces llamé por teléfono a su tío de Yamanashi, hablamos de la situación y él me dijo que, en tal caso, podía presentarme al responsable de la investigación de Vanguardia. De manera que pude hablar directamente con él por teléfono.

—Estupendo.

—Sí. La verdad es que hablamos largo y tendido y le pregunté diferentes cosas sobre Vanguardia. Como lo que salió en la prensa ya lo sabrás, ahora podemos hablar de la parte desconocida. ¿Te parece bien?

—De acuerdo.

—En primer lugar, Vanguardia ha tenido entretanto problemas legales en varias ocasiones. Le han interpuesto unas cuantas demandas civiles. Casi todos los litigios tienen que ver con la compraventa de terrenos. Parece ser que la organización posee capital en abundancia y anda a la compra de todos los terrenos colindantes. Es verdad que, como están en el campo, los terrenos son realmente baratos, pero aun así… Y en muchos casos sus métodos son un tanto coactivos. Han creado una empresa fantasma bajo la que se ocultan y se dedican a la compra de bienes inmuebles sin que nadie lo sepa. Eso acarrea problemas con los propietarios de las tierras y con los municipios. Es como el *modus operandi* de un especulador. Pero hasta la fecha, la policía no ha llegado a intervenir por ninguna demanda civil. Aunque están en una situación peliaguda, no los han llevado a los tribunales. Tal vez haya una intriga espinosa o política de trasfondo, porque cuando los políticos mueven los hilos, a veces la policía se muestra indulgente. El asunto se está inflando y, si se realizara una investigación, otro gallo cantaría.

—Vanguardia no está tan limpia como aparenta, sobre todo en lo que a actividad económica se refiere.

—Es algo que la mayoría de los devotos desconocen, pero, si se observa el registro de compraventa de bienes inmuebles, no se puede decir que la tropa que forma la directiva, encargada de la gestión de fondos, no tenga las manos sucias. Por mucha buena voluntad que se le eche, resulta difícil pensar que se pueda ir en busca de una espiritualidad pura y al mismo tiempo manejar dinero. Y es que

estos tipos no sólo operan en la prefectura de Yamanashi, sino que también poseen propiedades y edificios en el centro de Tokio y Osaka. Todos terrenos de primera categoría. En Shibuya, Minami-Aoyama, Shōtō… Parece que la organización prevé expandirse a escala nacional y quizá por ello haya decidido dar un cambio de rumbo hacia el negocio inmobiliario.

—¿Por qué habría de extenderse al centro de la ciudad una entidad religiosa cuyo último objetivo es vivir en plena naturaleza y realizar inocentes y estrictos ejercicios de ascesis?

—¿Y de dónde sale esa considerable cantidad de dinero? —planteó Ayumi —. Cultivando y vendiendo nabos y zanahorias es imposible recabar tales fondos.

—Les sacan el dinero a los adeptos en forma de donaciones.

—Puede ser, pero no creo que sea suficiente. Seguro que tienen alguna otra vía para conseguir fondos. Además, hace poco me encontré con una información alarmante. Algo que es posible que te interese. Dentro de la organización hay bastantes hijos de adeptos que, fundamentalmente, van a la escuela primaria local. Sin embargo, muchos de ellos dejan de ir a las clases al cabo de un tiempo. El colegio intenta por todos los medios que asistan, ya que se trata de educación obligatoria, pero la organización sólo aduce que «algunos de los niños se emperran en que no quieren ir» y hacen caso omiso. Alegan que, en cuanto a sus estudios, no tienen que preocuparse, porque ellos se encargan en persona de la educación de los niños.

Aomame recordó su época en la escuela primaria. Entendía por qué los niños de la organización no querían ir al colegio: allí sólo eran marginados, vejados e ignorados.

—Tal vez se sientan incómodos en la escuela local —dijo Aomame—. Además puede que no ir a la escuela no sea tan inusual.

—Pero según los maestros que se ocupaban de los niños, muchos de ellos parecían sufrir trastornos mentales, sin distinción de sexo. En un principio son niños alegres, normales y corrientes, pero a medida que los cursos avanzan, el número disminuye, se vuelven inexpresivos, luego extremadamente insensibles y, poco después, dejan de ir al colegio. Muchos de los niños procedentes de Vanguardia pasan por las mismas fases y muestran los mismos síntomas. Y eso es algo que extraña y preocupa a los profesores. ¿En qué situación se encuentran los niños recluidos en la organización una vez que no vuelven a asomarse por la

escuela? ¿Estarán bien? Pero no pueden verlos, ya que han prohibido la entrada en el complejo a cualquier persona ajena.

«Son los mismos síntomas que padece Tsubasa», pensó Aomame. «Insensibilidad extrema, inexpresividad, casi no abre la boca».

—Tú supones que dentro de Vanguardia están maltratando a los niños o algo por el estilo. De manera sistemática. Y que seguramente también se cometen violaciones.

—Sin embargo, como sólo es una suposición sin fundamento, la policía no va a actuar.

—No. La policía es una rama muy conservadora de la administración pública y los jefazos sólo tienen en mente hacer carrera. Es cierto que los hay que no son así, pero la gran mayoría aspira únicamente a medrar sin riesgos y, después de la jubilación, ser nombrados para un puesto importante en una organización subsidiaria del Gobierno o en una empresa privada. De modo que nunca se mojan en asuntos espinosos o arriesgados. ¿No será que esos tipejos se van a llevar un trozo del pastel una vez que éste se enfríe? Si los nombres de las víctimas salieran a la luz y pudieran testificar abiertamente ante un tribunal, mudarían las tornas, pero no parece que vaya a ser tan fácil.

—Sí. Quizá sea difícil —recalcó Aomame—. Pero gracias de todas formas. La información me ha servido de gran ayuda. Te lo tengo que agradecer de algún modo.

—Pues ya que estamos, salgamos las dos por Roppongi, que queda cerca, y olvidemos los problemas.

—De acuerdo —respondió Aomame.

—¡Así me gusta! —dijo Ayumi—. Por cierto, ¿estás interesada en los juegos con esposas?

—Me parece que no —respondió Aomame. «¿Juegos con esposas?».

—¡Ah! Pues qué lástima… —dijo Ayumi apenada.

22
TENGO

El tiempo transcurre de manera irregular

Tengo reflexionaba sobre su propio cerebro. En muchas ocasiones había sentido la necesidad de reflexionar sobre ello.

El cerebro humano ha cuadriplicado, aproximadamente, su tamaño en los últimos dos millones y medio de años. En cuanto a su peso, el cerebro representa tan sólo un dos por ciento del peso corporal humano, sin embargo, consume alrededor del cuarenta por ciento de todas las energías del cuerpo (decía un libro que había leído hacía poco tiempo). Gracias a ese desarrollo espectacular del órgano cerebral, el ser humano ha adquirido las nociones de tiempo, espacio y probabilidad.

Las nociones de tiempo, espacio y probabilidad.

Tengo sabía que el tiempo transcurre de manera irregular. En su origen es uniforme, pero, cuando se consume, se transforma en algo irregular. Ciertos periodos de tiempo son terriblemente largos y pesados; otros, breves y ligeros. Y, a veces, el orden de los acontecimientos se altera y, en los momentos críticos, incluso desaparece. También se le añade lo que no debería añadírsele. Al regular el tiempo a su capricho, la gente quizá regule su propia razón de ser. En otras palabras, al realizar esas operaciones, logran conservar a duras penas la cordura. Si tuvieran que aceptar el tiempo vivido de manera uniforme y secuencial, sus mentes no podrían soportarlo. Sus vidas serían igual que una tortura. Así pensaba Tengo.

Gracias al ensanchamiento del cerebro, las personas han adquirido la noción de temporalidad, pero, al mismo tiempo, han aprendido la manera de alterarla y regularla. Las personas consumen tiempo sin cesar y, paralelamente, reproducen el tiempo que su conciencia ha regulado. No es una tarea sencilla. Resulta natural que el cerebro consuma el cuarenta por ciento de la energía total del cuerpo.

«Lo que recuerdo de cuando tenía un año y medio de edad, dos años a lo sumo, ¿lo habré visto realmente?», se preguntaba Tengo a menudo. La escena de su madre, en ropa interior, y un hombre, que no era su padre, chupándole los pezones. Sus brazos rodeaban el cuerpo del hombre. ¿Podía un bebé de uno o dos años de edad reconocer las cosas de forma tan precisa? ¿Era posible recordar esa escena con tanta vivacidad? ¿Acaso no sería un falso recuerdo que Tengo había creado convenientemente, *a posteriori*, para protegerse?

Quizá fuera posible. En cierto momento, su cerebro había inventado ese recuerdo de un hombre diferente (tal vez su verdadero padre), aprovechando un instante de inconsciencia, para demostrar que no era hijo biológico de aquella persona a quien llamaba padre y para intentar excluir a «la persona a quien llamaba padre» de un íntimo círculo consanguíneo. Al generar en su interior la hipotética existencia de una madre que seguía viva en algún lugar y de un padre verdadero, intentaba abrir una nueva puerta en su limitada y asfixiante vida.

Sin embargo, el recuerdo iba acompañado de una viva sensación de realidad. Tenía, ciertamente, tacto, tenía gravedad, olor y profundidad. Se había adherido con una fuerza desmedida a las paredes de su conciencia, como una ostra pegada a un barco abandonado. Por más que intentara sacarlo o quitarlo lavándolo, era incapaz de despegarlo. A Tengo no le parecía, en absoluto, que aquel recuerdo fuera algo falso que su mente había inventado por necesidad. Era demasiado real y demasiado sólido para tratarse de una fantasía.

Supongamos que es un recuerdo verdadero, genuino.

No cabe duda de que Tengo, que era un bebé, se atemorizó al contemplar aquella escena. Otra persona chupaba los pechos que le pertenecían. Alguien mucho más fuerte que él. Y parecía que, por un instante, su madre se había olvidado de que él existía. Resultaba una situación fundamentalmente amenazante para la débil existencia de Tengo. Ese miedo primordial debió de quedarle grabado con fuerza en el papel fotosensible de su consciencia.

Y el recuerdo de ese temor resurgió de repente, cuando menos se lo esperaba, se transformó en una riada y lo atacó. Un estado similar al pánico invadió a Tengo. Empezó a hablarle y le hizo recordar: «Vayas a donde vayas, hagas lo que hagas, no podrás escapar de la presión de esta agua. Este recuerdo determina tu persona, modela tu vida, te arrastra a *cierto lugar específico*. Por mucho que luches, no podrás librarte de esta fuerza».

Luego, un pensamiento le vino de repente a la cabeza. Cuando sacó de la lavadora el pijama que Fukaeri se había puesto, se lo llevó a la nariz y lo olió,

quizá buscaba en él el olor de su madre. Ésa fue la impresión que tuvo. Sin embargo, ¿por qué motivo tenía que buscar la imagen de su madre fallecida en el olor corporal de una chica de diecisiete años? Debía de haber otros lugares donde buscarla. Por ejemplo, en el cuerpo de su novia mayor que él.

La novia de Tengo era diez años mayor que él y tenía unos pechos grandes y bien moldeados, parecidos a los que recordaba de su madre. La combinación blanca también le sentaba bien. Pero, por alguna razón, no había buscado en ella la imagen de su madre. Su olor corporal no despertaba el interés de Tengo. Ella exprimía el apetito sexual que Tengo acumulaba en su interior durante una semana y él también sabía (casi siempre) cómo satisfacerla sexualmente. Era, por supuesto, todo un logro. No obstante, la relación entre ambos carecía de mayor profundidad.

Ella llevaba las riendas durante la mayor parte del acto sexual. Tengo actuaba conforme a lo que ella le indicaba, prácticamente sin pensar. No era necesario elegir ni decidir. Sólo le pedía dos cosas: que el pene se le endureciera y que no eyaculara antes de tiempo. Si le decía «¡Todavía no! ¡Aguanta un poco!», él aguantaba con todas sus fuerzas. En el preciso momento que le murmuraba al oído «Ahora. Venga, córrete», eyaculaba con toda la intensidad que podía. Entonces, ella lo elogiaba. «¡Tengo, eres maravilloso!», le decía, acariciándole con suavidad la mejilla. La búsqueda de la precisión era un campo que a Tengo siempre se le había dado bien. Ello incluía puntuar correctamente y encontrar la fórmula para la distancia más corta.

Cuando se acostaba con mujeres más jóvenes, no funcionaba así. Siempre era él, de principio a fin, quien tenía que considerar las cosas, realizar distintas elecciones y decidir. Aquello le hacía sentirse incómodo. Eran diversas las responsabilidades que pesaban sobre sus hombros. Se sentía como el capitán de una pequeña embarcación en medio de un mar revuelto. Debía manejar el timón, inspeccionar el estado de las velas y tener en mente la presión atmosférica y la dirección del viento. Tenía que someterse a sí mismo a una disciplina y ganarse la confianza de la tripulación. El mínimo error o cualquier pequeño desacierto podían provocar una debacle. Más que sexo, parecía el cumplimiento de un deber. Consecuentemente, se ponía nervioso, no coordinaba en la eyaculación o no se le ponía dura cuando hacía falta, y eso hacía que se sintiera cada vez más escéptico respecto a sí mismo.

En cambio, con su novia mayor no había lugar para esa clase de errores. Ella tenía en gran estima la potencia sexual de Tengo. Siempre lo elogiaba y lo animaba. Tras la única vez que Tengo había eyaculado demasiado rápido, se cuidó de evitar ponerse la combinación blanca. No sólo la combinación, sino también ropa interior blanca.

Aquel mismo día, ella llevaba un conjunto de lencería negra. Primero le hizo una minuciosa felación. Disfrutaba realmente de la firmeza de su pene y la blandura de sus testículos. Tengo podía ver cómo los pechos de ella, rodeados por un sujetador de encaje negro, se movían de arriba abajo, acompañando los movimientos de la boca. Para evitar eyacular enseguida, cerró los ojos y pensó en los guiliakos.

«Carecen de tribunal y desconocen el significado de la palabra "justicia". Se puede juzgar cuán difícil les resulta comprendernos a partir del hecho de que siguen sin entender la finalidad de las carreteras. Allí donde existen, siguen viajando a través de la taiga. No es raro verlos en fila india, seguidos de sus familias y sus perros, atravesando una marisma al lado mismo de una carretera».

Se imaginó a los guiliakos, ataviados con sus toscas vestimentas, en fila india, junto a sus perros y sus mujeres, caminando, parcos en palabras, a través de la taiga que corre a lo largo de la carretera. Dentro de sus nociones de tiempo, espacio y probabilidad no existían las carreteras. El caminar en silencio por la taiga en vez de por la carretera, por incómodo que fuera, debía de permitirles comprender claramente su razón de ser.

«¡Pobres *guiliacos*!», había dicho Fukaeri.

El rostro adormecido de Fukaeri se perfiló en su mente. Dormía vestida con el pijama de Tengo, que le quedaba demasiado grande. Tenía las mangas y el pantalón arremangados. Él lo sacó de la lavadora, se lo llevó a la nariz y lo olió.

«No puedo pensar en eso», se dijo Tengo, al volver de repente en sí. Pero entonces ya era demasiado tarde.

Tengo eyaculó varias veces con fuerza dentro de la boca de su novia. Ella recibió hasta la última gota y luego salió de la cama y se fue al baño. Se oyó cómo abrió el grifo, cómo corrió el agua y se enjuagó la boca. A continuación volvió a la cama como si nada hubiera sucedido.

—Lo siento —se disculpó Tengo.

—No has podido aguantar más, ¿verdad? —dijo su novia. Entonces le acarició la nariz con la punta del dedo—. No pasa nada, hombre ¿Qué? ¿Te ha gustado?

—Mucho —respondió él—. Dentro de un rato creo que podré volver a hacerlo.

—Ya tengo ganas —dijo ella. Entonces pegó la mejilla contra el pecho desnudo de Tengo. Cerró los ojos y permaneció quieta. Tengo sentía en sus pezones la respiración pausada de la nariz de ella.

—¿Sabes en qué pienso siempre cuando veo y toco tu pecho? —le preguntó ella.

—Ni idea.

—En las puertas de los castillos que salen en las películas de Akira Kurosawa.

—Las puertas de los castillos —repitió Tengo, mientras le acariciaba la espalda a ella.

—Por ejemplo, en sus viejas películas en blanco y negro, como *Trono de sangre* y *La fortaleza escondida*, aparecen grandes y recias puertas. Esas que están llenas de una especie de tachuelas enormes. Siempre pienso en ellas. Macizas y gruesas.

—Pero mi pecho no tiene tachuelas clavadas —comentó Tengo.

—No me había dado cuenta —dijo ella.

Tras la publicación en un volumen de la obra de Fukaeri, a la segunda semana entró en la lista de *best sellers* y, a la tercera, saltó al primer puesto. Tengo seguía el proceso de conversión de la novela en un *best seller* a través de varios periódicos que había en la sala de profesores de la academia. También salió anunciada dos veces en los periódicos. En la publicidad se presentaba una fotografía de la cubierta del libro y una instantánea de Fukaeri en pequeño. Un fino jersey de verano hecho a su medida, que recordaba haber visto, y un bello pecho (seguramente había sido tomada durante la rueda de prensa). El cabello largo y liso, cayéndole sobre los hombros; un par de misteriosos ojos negros que miraban al frente. Aquellos ojos parecían atravesar la lente de la cámara y fijarse sinceramente en algo que se escondía en los corazones de la gente —algo que ellos mismos no eran conscientes de poseer. No era una mirada sentenciosa, sino dulce. La mirada resuelta de aquella chica de diecisiete años desataba un espíritu defensivo en la persona observada y, al mismo tiempo, provocaba cierta sensación de malestar. Era una pequeña fotografía en blanco y negro, pero no

debían de ser pocas las personas que sentían ganas de comprar el libro con sólo mirarla.

Unos días después de la salida a la venta del libro, Komatsu le envió por correo dos ejemplares de *La crisálida de aire*, pero Tengo ni los abrió. Efectivamente, el texto allí impreso lo había escrito él, y era la primera vez que uno de sus textos se convertía en un libro, sin embargo no tenía intención de cogerlo y leerlo. Ni siquiera le apetecía echarle un vistazo. No sentía ninguna alegría al ver el libro. Aunque fuera su texto, la historia pertenecía exclusivamente a Fukaeri. Había nacido de su mente. El humilde papel de Tengo como técnico en la sombra había terminado, y la suerte que a partir de entonces corriera la obra no lo atañía. No debería volver a involucrarse. Metió los dos ejemplares en una bolsa de plástico y los guardó en un lugar de la estantería, fuera de la vista.

Después de aquella noche en que Fukaeri se quedó en su piso, la vida de Tengo fue un remanso de paz durante algún tiempo. Aunque llovía a menudo, a Tengo apenas le preocupaba el tiempo. Era una cuestión relegada a una posición bastante baja en su lista de prioridades. Desde entonces no había vuelto a saber nada de Fukaeri. Que no se hubiera puesto en contacto con él querría decir que no había ningún problema en particular.

Los días se le pasaban redactando su novela y, al mismo tiempo, escribiendo unos cuantos artículos breves que le habían encargado para revistas. Se trataba de trabajo anónimo a destajo que cualquiera podría hacer, pero le servía para cambiar de aires y no estaba mal remunerado, teniendo en cuenta el tiempo que requería. Además, impartía clases de matemáticas tres veces por semana en la academia, como de costumbre. Para olvidar las diversas preocupaciones —sobre todo lo relacionado con *La crisálida de aire* y Fukaeri—, se sumergió con más asiduidad que antes, y más profundamente, en el mundo de las matemáticas. Cuando entraba en ese mundo, sus circuitos cerebrales se intercambiaban (con un pequeño ruido). Su boca pronunciaba palabras de otra índole, su cuerpo empezaba a utilizar otros músculos. El tono de voz cambiaba, sus facciones mudaban también un poco. A Tengo le agradaba esa impresión de reemplazo. Era la sensación de pasar de una habitación a otra o de cambiarse unos zapatos por otros.

Al entrar en el mundo de las matemáticas podía distenderse unos grados con

respecto a cuando estaba en la vida corriente o cuando escribía novelas, y se volvía más elocuente. Pero al mismo tiempo tenía la impresión de convertirse en una persona un tanto oportunista. Era incapaz de juzgar cuál era su verdadero yo. No obstante, podía realizar esa conmutación de forma natural, casi inconscientemente. También se daba cuenta de que, en mayor o menor medida, tenía necesidad de transformarse.

Como profesor de matemáticas, desde la tarima inculcaba a los alumnos con qué avidez las matemáticas buscaban la lógica. En el dominio de las matemáticas lo indemostrable era inútil, y si podía demostrarse, los misterios del mundo cabían en las manos de la gente, como ostras blandas. Sus clases se caracterizaban por un ardor poco habitual, y los alumnos lo escuchaban, involuntariamente, cautivados por su facundia. Al mismo tiempo que les enseñaba métodos prácticos y eficaces para resolver los problemas matemáticos, desvelaba con brillantez la magia que se escondía tras todo aquello. Tengo miraba hacia la clase y sabía que aquellas chicas de diecisiete y dieciocho años lo estaban observando fijamente, con un profundo respeto. Sabía que las estaba seduciendo mediante las matemáticas. Su elocuencia era un tipo de juego preliminar intelectual. Las funciones les acariciaban la espalda; los teoremas exhalaban su cálido aliento en sus orejas. Pero desde que había conocido a Fukaeri, Tengo no había vuelto a sentir ningún interés sexual por esas chicas. No pensaba en oler sus pijamas.

«Fukaeri es un ser único», pensó nuevamente Tengo. «No se puede comparar con las demás chicas. Para mí tiene un significado especial, sin duda. Ella es, cómo podría decirlo, un mensaje global dirigido a mí. Y sin embargo soy incapaz de leerlo».

«Con todo, más me vale dejar de mezclarme con Fukaeri». Ésa fue la lúcida conclusión a la que llegó su raciocinio. Más le valía alejarse todo lo posible de *La crisálida de aire*, que se apilaba en los escaparates de las librerías; del profesor Ebisuno, de quien no sabía qué pensaba, y de aquella inquietante y misteriosa organización religiosa. Más le valía guardar las distancias con Komatsu, por lo menos durante algún tiempo. Si no, lo arrastrarían hasta un punto cada vez más confuso. Lo arrinconarían en un lugar peligroso y totalmente desprovisto de lógica y acabarían metiéndolo en un atolladero.

Sin embargo, Tengo era consciente de que retirarse de aquel intrincado

complot en la fase en la que estaban no sería fácil. Él ya estaba involucrado. No lo habían metido en una conspiración sin él darse cuenta, como los protagonistas de las películas de Hitchcock. Se había metido él a sí mismo, consciente del riesgo que entrañaba. El mecanismo ya estaba en marcha. No podía detener algo que había cogido impulso; y, además, Tengo se había convertido, sin duda, en un engranaje más del mecanismo. Un engranaje *fundamental*. Podía oír por lo bajo el rumor del mecanismo y sentir en su interior el persistente ímpetu.

Unos días después de que *La crisálida de aire* ocupara por segunda vez consecutiva el primer puesto en la lista de *best sellers* literarios, Komatsu lo llamó. El teléfono sonó pasadas las once de la noche. Tengo ya se había puesto el pijama y se había metido en la cama. Había estado tumbado boca abajo leyendo un libro durante un rato, y ya se disponía a apagar la luz de la mesilla de noche y dormir. Por la manera de sonar del teléfono, se imaginó que se trataría de Komatsu. Resulta difícil de explicar, pero cuando Komatsu llamaba, siempre sabía que era él. El teléfono tenía un timbre especial. Sus llamadas sonaban de una manera peculiar, de igual modo que un texto tiene su estilo.

Tengo salió de la cama, se fue a la cocina y alcanzó el aparato. Realmente no quería hacerlo. Deseaba quedarse durmiendo tranquilamente. Quería soñar con un gato de Iriomote, con el canal de Panamá, con la capa de ozono, con Matsuo Bashō o con cualquier cosa que se encontrara bien lejos de allí. Pero si no cogía el teléfono, al cabo de quince o treinta minutos volvería a sonar. Komatsu carecía prácticamente de la noción de tiempo. No tenía ninguna consideración, en absoluto, para con quien llevaba una vida normal y corriente. Dada la situación, era mejor responder.

—¡Eh, Tengo! ¿Estabas durmiendo? —saltó Komatsu en el tono relajado de siempre.

—Empezaba a dormir —contestó Tengo.

—Lo siento —dijo Komatsu, sin parecer sentirlo demasiado—. Sólo era para decirte que las ventas de *La crisálida de aire* marchan muy bien.

—Mejor.

—Hacen ejemplares como rosquillas y se venden al instante. Como no se da abasto, en el taller de encuadernación trabajan toda la noche. ¿Qué? ¿No te había dicho yo que se iban a vender muchos ejemplares? Normal, tratándose de una

novela escrita por una chica guapa de diecisiete años. También está dando que hablar. Tiene todo lo que se necesita para vender.

—Nada que ver con una novela escrita por un profesor de academia treintañero con pinta de oso.

—Eso es. Aunque no se pueda decir que sea una novela demasiado entretenida. No tiene ni escenas de sexo, ni un solo pasaje lacrimógeno. En ese sentido, la verdad es que no me imaginaba que se fuera a vender tanto. —Komatsu hizo una pausa para observar la reacción de Tengo. Como éste no dijo nada, siguió hablando—. Además, no sólo vende muchísimo. Es que las críticas también son espléndidas. No se trata de una obra superficial simplemente polémica que una joven como ella haya escrito en un arrebato. La historia es excelente a todas luces. Aunque, por supuesto, tu firme y estupenda técnica estilística también lo ha hecho posible. La verdad es que es un trabajo perfecto.

Lo ha hecho posible. Tengo se masajeaba suavemente las sienes con las puntas de los dedos, dejando que Komatsu soltara sus elogios. Cuando Komatsu elogiaba sin reservas algo de Tengo, quería decir que a continuación lo esperaba una noticia poco agradable.

—Y entonces, señor Komatsu, ¿cuál es la mala noticia? —dijo Tengo.

—¿Cómo sabes que hay una mala noticia?

—Porque me ha llamado a estas horas. Tiene que haber una mala noticia.

—Es cierto —reconoció Komatsu sorprendido—. Efectivamente. Tienes buena intuición, Tengo.

«No es intuición, sino simple y modesta experiencia», pensó Tengo, pero se quedó callado y esperó a que el otro hablara.

—En efecto. Por desgracia, existe una noticia poco agradable —dijo Komatsu. Luego hizo una pausa significativa. A través del teléfono, uno podía imaginarse sus ojos brillando en medio de la oscuridad, como los de una mangosta.

—Tal vez tenga que ver con la autora de *La crisálida de aire* —aventuró Tengo.

—Efectivamente. Tiene que ver con Fukaeri. Ha surgido un pequeño problema. La verdad es que desde hace un tiempo no se sabe nada de su paradero.

Tengo siguió masajeándose las sienes con los dedos.

—¿Desde hace un tiempo, cuánto tiempo es?

—Hace tres días, el miércoles por la mañana, salió de su casa en Okutama y

se fue a Tokio. El profesor Ebisuno la acompañó hasta la puerta de la casa. No le dijo adónde iba. Lo llamó por teléfono y le dijo que no volvería a casa y que se quedaría en el apartamento de Shinanomachi. Ese día la hija del profesor Ebisuno también se iba a quedar en el piso. Pero Fukaeri nunca regresó. Desde entonces no se tienen noticias de ella.

Tengo repasó en su memoria lo que había sucedido durante esos tres días, pero no recordó nada.

—Se encuentra en paradero desconocido y pensé que quizá se había puesto en contacto contigo.

—No, no lo ha hecho —dijo Tengo. Ya hacía más de cuatro semanas de aquella noche que había pasado en su piso.

Tengo se sintió un poco confuso en cuanto a si debería avisar a Komatsu de que, aquel día, Fukaeri le dijo que creía que era mejor no regresar al apartamento en Shinanomachi. La chica debía de haber tenido un mal presagio en aquel lugar. Sin embargo, al final decidió callárselo. No quería decirle a Komatsu que Fukaeri se había quedado en su casa.

—Es una chica extraña —dijo Tengo—. Se habrá ido ella sola por ahí, a algún sitio, sin llamar.

—No, no puede ser. Aunque no lo parezca, Fukaeri es una chica muy responsable. Siempre deja claro dónde está. Llama siempre por teléfono y avisa de dónde está y adonde va. Eso ha dicho el profesor Ebisuno. Así que no es normal que no haya llamado en tres días. Quizá le ha ocurrido algo grave.

«Algo grave», masculló Tengo.

—El profesor y su hija están muy preocupados —dijo Komatsu.

—En todo caso, si sigue en paradero desconocido, usted se verá en una situación complicada.

—Bueno, si la policía se involucrara, las cosas podrían ponerse muy feas. Después de todo, ha desaparecido la guapa autora de un libro que se abre paso a toda velocidad entre los *best sellers*. Me imagino a los medios de comunicación alterados. Si eso ocurriera, como editor responsable que soy, me llevarían de un sitio para otro y me pedirían que hiciera declaraciones. Eso no me hace ninguna gracia, porque yo soy amigo de mantenerme en la sombra; no estoy acostumbrado a la luz del sol. Además, quién sabe si no podría descubrirse algún trapo sucio.

—¿Qué dice el profesor Ebisuno?

—Dice que mañana va a denunciar la desaparición a la policía —contestó

Komatsu—. Le insistí y logré que esperara unos días, pero no se puede retrasar mucho más.

—Cuando sepan que se ha denunciado la desaparición, los medios de comunicación van a saltar.

—No sé cómo va a proceder la policía, pero Fukaeri es alguien famoso. No se trata de una adolescente que se ha escapado de casa. Será difícil ocultárselo a la sociedad.

«Probablemente era eso mismo lo que el profesor Ebisuno deseaba», pensó Tengo. Utilizar a Fukaeri como cebo y causar un revuelo para dilucidar la relación entre Vanguardia y los padres de ella y encontrar su paradero. Siendo así, el plan del profesor se estaba desarrollando, por ahora, como había previsto. Pero ¿se daba cuenta el profesor del riesgo que entrañaba? Probablemente sí. El profesor Ebisuno no era una persona irreflexiva. Reflexionar siempre había sido su trabajo. Y parecía que aún había unos cuantos datos importantes sobre la situación en torno a Fukaeri de los que Tengo no sabía nada. Podría decirse que era como si Tengo estuviera armando un puzle con las piezas incompletas que le habían dado. Una persona inteligente ya no se metería en tales líos.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?

—Ahora mismo, no.

—Ah, bueno —dijo Komatsu. En su voz se percibían signos de fatiga. Komatsu nunca mostraba su vulnerabilidad en público—. Siento haberte despertado a estas horas.

No ocurría muy a menudo que Komatsu se disculpara.

—No importa. La situación lo requería —dijo Tengo.

—Si por mí fuera, me gustaría no tener que involucrarte en todo este jaleo. Tu papel se limitaba a escribir el texto y ya lo has realizado con creces. Pero en este mundo las cosas no siempre marchan como uno quiere. Y como te dije en otra ocasión, navegamos a gran velocidad subidos en el mismo bote.

—Vamos en el mismo barco —añadió Tengo automáticamente.

—Eso es.

—Pero, señor Komatsu, si se diera la noticia de la desaparición de Fukaeri, ¿no se vendería *La crisálida de aire* aún más?

—Ya se vende lo suficiente —dijo Komatsu con resignación—. No necesitamos más propaganda. Un escándalo no nos traería más que problemas. Antes deberíamos pensar en un sitio tranquilo para aterrizar.

—Un sitio para aterrizar —dijo Tengo.

Komatsu hizo un ruido a través del teléfono, como si tragara algo imaginario. Luego carraspeó por lo bajo.

—Ya hablaremos de eso con calma en otra ocasión, comiendo algo, una vez que se arregle este berenjenal. Buenas noches, Tengo. Que duermas bien.

Inmediatamente después, Komatsu colgó el teléfono, pero Tengo fue incapaz de dormir, como si le hubiera echado una maldición. Aunque tenía sueño, no podía dormir.

«¡Conque “que duermas bien”!», pensó Tengo. Se sentó a la mesa de la cocina y se dispuso a trabajar, pero era incapaz de concentrarse. Sacó una botella de *whisky* de la alacena, se sirvió un vaso y se lo bebió a pelo, a pequeños sorbos.

Tal vez Fukaeri había cumplido su función de cebo, tal como se había previsto, y Vanguardia la había secuestrado. A Tengo, esa opción no le parecía improbable. Que estuvieran vigilando el apartamento en Shinanomachi y, cuando Fukaeri apareció, la metieran entre varios a la fuerza en un coche y se la llevaran. Rápido y en el momento oportuno, era posible hacerlo. Cuando ella le dijo que era mejor no volver al apartamento de Shinanomachi, probablemente lo sospechaba.

Fukaeri le había dicho a Tengo que la Little People y la crisálida de aire existían realmente. Cuando por descuido dejó morir a la cabra ciega, dentro de la comuna Vanguardia, y la castigaron, conoció a la Little People. Cada noche creaba la crisálida de aire con ellos. A raíz de aquello, le ocurrió algo trascendental. Después dejó por escrito lo que había pasado, en forma de historia, y Tengo le dio forma de novela. En otras palabras, lo transformó en *un producto*. Y ese producto se elaboraba y se vendía como rosquillas (tomando prestada la expresión de Komatsu). Para Vanguardia, todo aquello debía de suponer una molestia. La historia de la Little People y la crisálida de aire debía de ser un gran secreto que no podía desvelarse al mundo exterior. Por lo tanto, habían secuestrado a Fukaeri y le habían tapado la boca para impedir que el secreto siguiera trascendiendo a la sociedad. Aunque la desaparición de la chica pudiera levantar sospechas lo cual suponía un riesgo considerable, no podían ahorrarse el recurrir a la violencia.

Pero todo eso no eran más que hipótesis de Tengo, por supuesto. No tenía un fundamento en el que basarse y era imposible demostrarlo. Si anunciara a voces

que la Little People y la crisálida de aire existían realmente, ¿quién iba a hacerle caso? Para empezar, ni siquiera sabía qué significaba en concreto «existir realmente».

Por otra parte, también era posible que Fukaeri se hubiera hartado, sin más, de todo el jaleo en torno al *best seller* de *La crisálida de aire* y se hubiera escondido sola en algún lugar. Tengo también había contemplado esa posibilidad, por supuesto. El comportamiento de ella era prácticamente imprevisible. Pero si ése fuera el caso, habría dejado algún mensaje para que el profesor Ebisuno y su hija, Azami, no se preocuparan, puesto que no había ningún motivo para no haberlo hecho.

Sin embargo, si realmente Fukaeri había sido secuestrada, Tengo se figuraba sin ninguna dificultad que debía de encontrarse en una situación bastante peligrosa. Quizá no volvieran a tener noticias de ella, igual que había ocurrido con sus padres. Aunque se revelara la relación entre Fukaeri y Vanguardia (no pasaría mucho tiempo hasta que se descubriera) y los medios de comunicación armaran un jaleo, si las autoridades policiales declararan que no había pruebas materiales de que hubiera sido secuestrada e hicieran caso omiso, todo acabaría en mucho ruido y pocas nueces. En ese caso tal vez se quede confinada en algún lugar en el interior de la organización religiosa, rodeada de altas tapias. O puede que le pase algo peor. ¿Habría tenido en cuenta el doctor Ebisuno el peor de los casos al diseñar su plan?

Tengo quería llamar por teléfono al profesor Ebisuno y hablar con él de todas esas cosas. Pero ya pasaba de la medianoche. Tendría que esperar hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, Tengo marcó el número que le había dado el profesor Ebisuno y llamó a su casa, pero el teléfono no daba línea. «En este momento, el número que ha marcado no se encuentra operativo. Por favor, llame más tarde». Un mensaje grabado por la compañía telefónica saltaba todo el tiempo. Por muchas veces que lo intentara, el resultado siempre era el mismo. Quizá se le había colapsado el teléfono de llamadas pidiendo información, a raíz del debut de Fukaeri, y había cambiado de número.

Una semana después ocurrió algo extraño. *La crisálida de aire* seguía vendiéndose bien. Todavía ocupaba el primer puesto en el *ranking* de *best sellers* de todo el país. Mientras tanto, nadie se había puesto en contacto con Tengo. Él

había llamado varias veces a la empresa de Komatsu, pero siempre se encontraba ausente (lo cual no era raro). Había dejado el recado en el departamento de edición de que quería que Komatsu lo telefoneara, sin embargo, no recibió ninguna llamada (lo cual tampoco era raro). Cada día examinaba sin falta los periódicos, pero no había ninguna noticia sobre que se hubiera denunciado la desaparición de Fukaeri. ¿Podría ser que al final el profesor Ebisuno no lo hubiera denunciado? O tal vez lo había hecho, pero quizá la policía no lo había anunciado públicamente para llevar la investigación en secreto. También podría ser que no se lo hubieran tomado en serio, pensando que se trataba de una adolescente que se había fugado de casa, igual que tantas otras.

Tengo daba sus clases de matemáticas en la academia tres días por semana, como de costumbre; los demás días trabajaba en su novela, frente al escritorio, y los viernes por la tarde temprano tocaba la tórrida sesión de sexo con su novia, que lo visitaba en su piso. No obstante, hiciera lo que hiciera, le costaba concentrarse. Los días transcurrían en medio de un sentimiento de languidez e inquietud, como alguien que, por error, se ha tragado un pedazo de nube espesa. Había perdido paulatinamente el apetito. Se despertaba a altas horas de la noche y luego era incapaz de dormirse. Cuando no estaba dormido, pensaba en Fukaeri. ¿Dónde estaría y qué estaría haciendo? ¿Con quién estaría? ¿Qué le ocurriría? Por su cabeza desfilaban diversas situaciones. Todas ellas mostraban, en mayor o menor medida, tintes trágicos. Y en su imaginación, ella siempre vestía el fino y ceñido jersey de verano que le hacía el pecho bonito. Aquella presencia hacía que le costara respirar y le provocaba una inquietud aún más intensa en su corazón.

Fukaeri se puso en contacto con él un jueves, cuando se cumplía la sexta semana consecutiva de *La crisálida de aire* en la lista de *best sellers*.

23
AOMAME

Esto no es más que el comienzo

Aomame y Ayumi formaban una pareja que podría considerarse ideal para montar una íntima, y al mismo tiempo suficientemente erótica, juerga nocturna. Ayumi era de baja estatura y risueña, desinhibida, buena conversadora y, cuando estaba decidida del todo, podía afrontar cualquier cosa con positivismo. También poseía un sano sentido del humor. En cambio, Aomame, musculada y esbelta, era más bien inexpresiva y le costaba abrirse. Durante el primer encuentro era incapaz de mostrarse afable delante de un hombre. Tenía una expresión pobre, pero en ella se percibía un eco de cinismo y agresividad. Sus ojos albergaban una tenue luz de intolerancia. Sin embargo, si se lo proponía, Aomame era capaz de despedir un aura fantástica que atraía a los hombres de forma natural. Se parecía a las fragancias que ciertos animales, como los insectos, desprenden cuando es necesario, y que producen un estímulo sexual. No era algo que pudiera adquirirse cuando uno quisiera o si te esforzabas. Probablemente se tratara de algo innato. O, a lo mejor, por algún motivo, había adquirido ese aroma *a posteriori*, en cierta etapa de su vida. De todos modos, el aura no sólo afectaba a sus acompañantes masculinos, sino que incluso estimulaba sutilmente a Ayumi y hacía de sus palabras y actos algo más brillante y positivo.

Cuando encontraban a un hombre decente, primero partía Ayumi sola a hacer un reconocimiento del terreno, después exhibía su afabilidad innata y levantaba los cimientos para construir una relación amistosa. Luego, calculando el tiempo justo, Aomame se unía a ellos y creaba una profunda armonía. Se generaba un ambiente particular, semejante a una combinación de opereta y *film noir*. Llegados a tal punto, el resto era pan comido; sólo había que ir a los locales adecuados y (utilizando las explícitas palabras de Ayumi) *follar como locas*. Lo más difícil era encontrar a la pareja apropiada. Preferían que fueran dos, debían ser aseados y, en la medida de lo posible, tener buena presencia. Como mínimo

tenían que ser un poco inteligentes, aunque, si lo eran demasiado, podía suponer un problema —una conversación tediosa podía hacer que una salida nocturna resultara improductiva—. El que parecieran tener holgura económica también era un punto a favor, puesto que, naturalmente, eran los hombres los que abonaban las cuentas en los bares y clubes, así como las facturas de hotel.

Sin embargo, cuando hacia finales de junio decidieron darse un modesto festín sexual (al final resultó ser su última juerga en pareja), fueron incapaces de encontrar hombres decentes. El tiempo pasaba, cambiaron varias veces de local, pero el resultado fue el mismo. Para ser un viernes por la noche de finales de mes, todos los locales, desde Roppongi hasta Akasaka, estaban sorprendentemente muertos; escaseaban los clientes y no había muchos hombres entre quienes elegir. Además, el cielo se había encapotado y por todo Tokio se respiraba un ambiente opresivo, como si se hubiera vestido de luto por alguien.

—Hoy me parece que no va a ser posible. Démonos por vencidas —dijo Aomame. El reloj marcaba ya las diez y media. Ayumi cedió a regañadientes.

—¡Mierda! Es la primera vez que veo un viernes por la noche tan depresivo. ¡Y eso que me he puesto una lencería púrpura muy sexy…!

—Pues vuelve a casa y embelésate sola delante del espejo.

—Ni yo me atrevería a hacer eso en el cuarto de baño de la residencia para policías.

—En fin, hoy es mejor que nos rindamos, que nos tomemos una copa tranquilamente y que nos vayamos a casa a dormir.

—Será lo mejor —respondió Ayumi. Luego, de repente, añadió algo—: ¡Es verdad! Aomame, ¿por qué no vamos a comer algo ligero antes de volver a casa? Tengo unos treinta mil yenes de sobra.

Aomame frunció el ceño.

—¿De sobra? ¿Pero qué demonios? ¿No eras tú la que andabas diciendo siempre que si tu sueldo era una miseria, que si no tenías ni un duro…?

Ayumi se rascó un lado de la nariz con el índice.

—La verdad es que el otro día un hombre me dio treinta mil yenes. Al despedirnos, me los entregó y me dijo que eran para pagar el taxi. Fue el día que lo hicimos con los dos que trabajaban en una inmobiliaria.

—¿Y fuiste capaz de aceptárselos? —dijo Aomame asombrada.

—Debió de pensar que éramos medio profesionales —respondió Ayumi

entre una risa sofocada—. Está claro que no tenía ni idea de que somos una agente de la Jefatura Superior de la Policía Metropolitana y una instructora de artes marciales. Pero ¿qué hay de malo? Él se forra con el negocio inmobiliario, le sobra el dinero. Pensé que así podría ir contigo a darnos un festín más tarde y simplemente los cogí. Porque es evidente que no voy a utilizar ese dinero para gastos cotidianos.

Aomame no expresó su opinión. Le parecía inverosímil mantener relaciones sexuales esporádicas con hombres desconocidos y recibir dinero a cambio. No concebía que algo así le pudiera suceder a ella. Era como verse reflejada y deformada en un espejo curvo. Pero, desde un punto de vista moral, ¿qué era más honrado: asesinar hombres y cobrar por ello o mantener relaciones sexuales con hombres y recibir dinero a cambio? Era todo un dilema.

—Oye, ¿te preocupa que haya recibido dinero de un hombre? —preguntó Ayumi inquieta.

Aomame negó con la cabeza.

—Más que preocuparme, me parece un poco extraño. De hecho, es como si sintiera reticencia ante la idea de que una agente de policía actúe como una prostituta.

—Para nada —dijo Ayumi con voz alegre—. A mí no me preocupa. Verás, Aomame, una puta primero fija el precio y después practica sexo. Se paga por adelantado. «Tú, págame antes de quitarte los calzoncillos, por favor». Ésa es la norma. Si después de follar le dijeran: «La verdad es que no tengo dinero», no sería lucrativo. Cuando no es así, cuando no hay una negociación preliminar del precio, el hecho de que luego te digan «Toma, para el taxi» y te den un poco de dinero no deja de ser sólo una muestra de gratitud. La prostitución profesional es otra cosa. Hay que distinguirlas.

La objeción de Ayumi tenía su lógica.

La otra vez, Aomame y Ayumi habían elegido a hombres cuya edad rondaba entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco. Ambos tenían abundante cabello, pero Aomame hizo de tripas corazón. Ellos dijeron que trabajaban en el sector inmobiliario. Sin embargo, por los trajes de Hugo Boss y las corbatas de Missoni Uomo que vestían, se podía adivinar que no trabajaban en grandes compañías como Mitsubishi o Mitsui sino en un tipo de empresa más agresiva y ágil.

Quizás una empresa joven con un nombre escrito en *katakana*[13]. No estaban sometidos a molestos estatutos, a un orgullo o sentido de la tradición, ni a pesadas asambleas. Sin talento individual no podías trabajar en ella, pero si lo conseguías, te pagaban bien. Uno de ellos tenía las llaves de un flamante Alfa Romeo. «Tokio anda corto de espacio para oficinas», dijo. «La economía se ha recuperado de la crisis del petróleo, da muestras de volver a estar fuerte, y cada vez circula más capital. La situación es tal que, por muchos rascacielos que construyamos, no damos abasto».

—Pues sí que parece lucrativo el sector inmobiliario —dijo Aomame.

—Sí, Aomame. De hecho, si te sobra dinero, deberías emplearlo en comprar bienes inmuebles —dijo Ayumi—. En una zona limitada como Tokio, el dinero fluye en grandes cantidades, así que el precio de los solares aumenta por sí solo. No tienes nada que perder si compras ahora. Es como apostar por un caballo que sabes que va a ganar. Por desgracia, una mísera funcionaría como yo no dispone de ese dinero. Por cierto, ¿eres de las que intentan amasar dinero?

Aomame negó con la cabeza.

—Yo sólo uso dinero en efectivo.

Ayumi se rió en voz alta.

—¡Oye, que ésa es la mentalidad del delincuente!

—Escondo el parné entre el somier y el colchón, y cuando la cosa se pone fea, cojo todo y huyo por la ventana.

—Sí; eso, eso —dijo Ayumi, y chascó los dedos—. Como en *La huida*. La peli de Steve McQueen. Un fajo de billetes y una escopeta. Me gusta.

—¿Prefieres a esa gente a la que está del lado de la Ley?

—Es algo personal —respondió Ayumi esbozando una sonrisa—. A nivel personal, me gustan los forajidos. Me fascina más que andar en un coche patrulla poniendo multas, por supuesto. Y quizá sea eso lo que me atrae de ti.

—¿Tengo pinta de forajida?

Ayumi asintió.

—Pues la verdad es que sí, en cierto modo. Sin llegar al extremo de Faye Dunaway con una ametralladora en las manos.

—No me hace falta utilizar una ametralladora.

—Por cierto, te quería preguntar sobre Vanguardia, la organización esa de la que me hablaste hace poco —dijo Ayumi.

Las dos habían entrado en un pequeño restaurante italiano de Iikura que abría hasta tarde y ahora comían algo ligero, regado con un vino Chianti. Aomame tomaba una ensalada de atún; y Ayumi, unos *gnocchi* con salsa de albahaca.

—Dime —respondió Aomame.

—Como me llamó la atención, después de aquello me puse a investigar por mi cuenta. Pero cuanto más investigaba, más me olía a chamusquina. Aunque recibe la denominación de entidad religiosa y ha obtenido permiso, no dispone de un cuerpo religioso ni nada que se le parezca. Se trata de un mero baturrillo de imágenes religiosas, una deconstrucción de dogmas o algo similar. Todo justamente aderezado con espiritualidad *new age*, academicismo sofisticado, la idea de regreso a la Naturaleza, anticapitalismo y una pizca de ocultismo. Sólo eso. No hay un cuerpo cohesionado por ninguna parte. O sea, podría decirse que la carencia de cuerpo es la esencia de esa religión. Utilizando las palabras de McLuhan, el medio es el mensaje. En ese sentido, podría decirse que es bastante guay.

—¿McLuhan?

—¡Que yo también leo libros! —exclamó Ayumi con un tono de insatisfacción—. McLuhan se adelantó a su tiempo. Como hubo una época en que se puso de moda, lo despreciaron, pero tenía razón en casi todo lo que decía.

—Es decir, el envoltorio incluye el contenido. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Eso es. Las características del envoltorio dan forma al contenido. No al revés.

Aomame se puso a pensar en ello. Luego habló.

—Independientemente de que no esté claro cuál es la esencia como entidad religiosa de Vanguardia, la gente se siente atraída por ella y confluye en ella. Es eso, ¿no?

Ayumi asintió.

—No voy a decir que sea una cantidad exagerada, pero tampoco es poca la gente que se ha acercado a ella. Y cuando la gente va allí, recaudan dinero, naturalmente. Si nos planteamos la pregunta de por qué mucha gente se siente atraída por esas organizaciones religiosas, yo creo que se debe, en primer lugar, a una razón que apenas tiene que ver con la religión. Parecen muy pulcros, inteligentes y sistemáticos. En resumidas cuentas, no son unos pobretones. Eso es lo que atrae a la gente joven que se gana la vida con sus profesiones o investigando. Hay una curiosidad intelectual que los estimula. Tiene que ver con un sentimiento de realización personal que no se puede obtener en el mundo real.

Un sentido de realización palpable. Y esos adeptos cultos conforman un poderoso cerebro en el interior de la organización, como un grupo de oficiales de élite en un ejército.

»Luego, parece ser que el dirigente al que llaman líder está dotado de bastante carisma. La gente lo adora profundamente. Por así decirlo, ese hombre funciona en sí mismo como el núcleo de la doctrina. En cuanto a su origen, se aproxima a lo que sería una religión prehistórica. En sus comienzos, el Cristianismo también era, en mayor o menor medida, así. Sin embargo, éstos nunca salen a la superficie. Ni siquiera se conocen sus caras, sus nombres o sus edades. La organización ha adoptado por principio regirse mediante un sistema colegiado en el que, cada vez, una persona diferente ocupa la posición de presidente, y esa persona se muestra a la organización en actos oficiales; sin embargo, en realidad no es más que una mera farsa. En fin, esa especie de líder no identificado constituye el centro del sistema.

—Es como si el tipo quisiera ocultar su identidad.

—No sé si es que tiene algo que ocultar o si es que pretende crear una sensación de misterio no revelando su identidad.

—O puede que sea extremadamente feo.

—Sí, también podría ser. Algo grotesco, ajeno a este mundo —dijo Ayumi, y gruñó por lo bajo, como un monstruo—. Bueno, de todos modos, aparte del fundador, hay muchas otras cosas ocultas en la organización. Por ejemplo, su participación dinámica en el sector inmobiliario, de la que hablamos el otro día por teléfono. Lo que muestran es pura apariencia. Bellas instalaciones, bonitos comunicados, inteligentes teorías, adeptos escogidos, estoicos ejercicios de ascesis, yoga y paz espiritual, rechazo al capitalismo, agricultura orgánica, aire puro y una deliciosa dieta vegetariana… Todo es como una imagen minuciosamente calculada. Igual que los anuncios de apartamentos turísticos de lujo que salen en la edición dominical del periódico El envoltorio es muy bello, pero da la sensación de que por detrás se está tramando algo sospechoso. Tal vez algo medio ilegal. Francamente, es la impresión que me ha dado después de recabar diversa información.

—Pero por ahora la policía no está actuando.

—Puede ser que exista alguna actuación a escondidas, pero hasta ahí no llego. Sin embargo, parece que la policía de Yamanashi está atenta a los movimientos de la organización. Lo noté también en la manera de hablar del responsable con el que hablé por teléfono. Al fin y al cabo, Vanguardia no deja

de ser la matriz en la que se originó Amanecer, que perpetró el tiroteo, y aun suponiendo que los Kaláshnikovs de fabricación china se hubieran conseguido a través de Corea del Norte, no todo queda claro. Seguramente también existan sospechas en cuanto a Vanguardia. Pero se trata de una entidad religiosa con personalidad jurídica y no le van a echar las manos así como así, puesto que ya se ha realizado una investigación *in situ* y se ha determinado que, en principio, no existe una conexión directa con el tiroteo. No sé cómo funciona la Agencia de Investigación de Seguridad Pública, porque esos tipos actúan con total secretismo, y las relaciones entre la policía y la agencia nunca han sido buenas.

—¿No sabes nada más de los niños que dejaron de ir a la escuela?

—No, tampoco. Al parecer, una vez que los niños dejaron la escuela, no volvieron a franquear los muros de la organización. No se ha investigado nada sobre ellos. Si surgieran hechos concretos de abuso infantil, otro gallo cantaría, pero por ahora no hay nada de eso.

—¿Ninguna de las personas que ha salido de Vanguardia ha ofrecido información al respecto? ¿No habrá al menos unos pocos a los que la organización haya defraudado o que se hayan retirado hartos de los severos ejercicios de ascesis?

—Por supuesto, así como hay gente que entra en la organización, también hay gente que se sale. Unos ingresan en ella y otros se van, defraudados. Fundamentalmente, existe libertad para retirarse de la organización. Aunque no devuelven ni un céntimo de la gran suma de dinero aportada en el momento del ingreso, como «donación para uso permanente de las instalaciones», de acuerdo con el contrato firmado, con sólo aceptar esa condición uno ya puede irse. También hay una asociación de personas que han abandonado la organización y alegan que Vanguardia es una secta peligrosa, en contra de la sociedad, y que está cometiendo actos fraudulentos. Incluso han interpuesto una demanda y publican una especie de pequeño boletín. Pero su voz es muy débil y apenas tiene repercusión en la sociedad. La organización dispone de excelentes abogados; en el plano legal se ha construido un sistema de defensa impenetrable y, aunque la denuncien, no la van a hacer temblar ni un ápice.

—¿Alguno de los que se han ido de la organización se ha pronunciado con respecto al líder o con respecto a los hijos de los adeptos que están dentro?

—Como no he leído lo que afirman en el boletín, no lo sé —respondió Ayumi—. Pero, por lo poco que he podido comprobar, todos los tipos insatisfechos que han dejado la organización son, en general, subalternos.

Figuras poco importantes. Para andar predicando de forma grandilocuente el rechazo a los valores terrenales, Vanguardia resulta, en cierto modo, una sociedad jerárquica más ostensiva que el mundo terrenal. Se distingue perfectamente quiénes son los dirigentes y quiénes los subalternos. Si no se posee un expediente académico brillante y talento profesional, ya no se puede formar parte de la dirección. Únicamente la directiva, constituida por adeptos de élite, se reúne con el líder, le pide consejo y puede participar en el centro del sistema de la organización. La mayoría que conforma el resto dona el dinero oportuno, practica incansablemente la ascesis en medio del aire puro, se dedica a las labores del campo, se entrega a la meditación en salas especiales y simplemente ve pasar esos días esterilizados. Son igual que un rebaño de ovejas. Llevan una vida tranquila, supervisada por el pastor y sus perros: por la mañana las conducen hasta los pastos y, de noche, las llevan de vuelta al establo. Viven esperando el día en que su posición en la organización mejore y puedan conocer al sublime Gran Hermano, pero ese día nunca llegará. Por eso la mayoría de los adeptos apenas sabe nada de lo que ocurre realmente en el sistema de la organización; y, aunque abandonen Vanguardia, carecen de información relevante que ofrecer a la sociedad. Ni siquiera han visto el rostro del líder.

—¿Ninguno de los miembros de élite ha abandonado la organización?

—No, que yo sepa por mis investigaciones.

—¿Será que a los que descubren el secreto del sistema no les permiten marcharse?

—Puede que la situación haya degenerado tanto como para llegar a tales límites —dijo Ayumi. Luego lanzó un breve suspiro—. Por cierto en cuanto a lo de las violaciones de niñas de las que me hablaste el otro día, ¿hasta qué punto es verdad?

—Estoy segura de que es verdad, pero por ahora no se puede demostrar.

—¿Ocurre de forma sistemática dentro de la organización?

—Eso tampoco lo sabemos todavía. Pero existe una víctima y yo he conocido a esa niña. Está pasando por un infierno.

—Con violación, ¿quieres decir que la han penetrado?

—Sin lugar a dudas.

Ayumi pensaba en algo, con los labios torcidos al soslayo.

—De acuerdo. Me voy a involucrar más e investigar.

—No hagas locuras.

—¡No voy a hacer locuras! —dijo Ayumi—. Aquí donde me ves, soy

bastante precavida.

Terminaron de comer y el camarero recogió los platos. Renunciaron al postre y se quedaron con las copas de vino en la mano.

—Oye, la otra vez me dijiste que, cuando eras niña, nunca abusó de ti ningún hombre, ¿verdad?

Aomame miró un instante la expresión de Ayumi y luego asintió.

—En mi casa éramos muy religiosos y nunca se hablaba de sexo. Todo el mundo a mi alrededor era así. El sexo era un tema que estaba prohibido tocar.

—Pero el nivel de religiosidad y el apetito sexual no tienen nada que ver. De todos es sabido que hay muchos casos de adicción al sexo entre el clero. En realidad, entre las prostitutas y los pervertidos que son arrestados por la policía, son numerosas las personas relacionadas con la religión y con la educación.

—Tal vez, pero, por lo menos a mi alrededor, no había ningún indicio de lo que me estás hablando. No había ningún pervertido.

—Pues mejor —dijo Ayumi—. Me alegro.

—¿A ti sí que te pasó?

Ayumi encogió ligeramente los hombros, confusa. Luego habló.

—La verdad es que abusaron de mí varias veces cuando era niña.

—¿Quién?

—Mi hermano mayor y mi tío.

Aomame frunció un poco el ceño.

—¿Tu hermano y tu tío?

—Sí. Ahora los dos son policías en activo. Mi tío incluso fue condecorado hace poco por ser un policía excelente. Dijeron que llevaba treinta años de servicio y que había contribuido enormemente a la seguridad de la comunidad, así como al mejoramiento del entorno. Una vez salió en los periódicos por salvar a un perra estúpida y a su cachorro, que estaban perdidos en medio de un paso a nivel.

—¿Qué te hicieron?

—Me tocaron los genitales, me hicieron chupársela…

La cara de Aomame se enrugó aún más.

—¿Tu hermano y tu tío?

—Por separado, claro. Yo debía de tener unos diez años y mi hermano, quince. Lo de mi tío ocurrió bastante antes. Pasó en dos o tres ocasiones; se

había quedado a dormir en casa.

—¿Se lo has contado a alguien?

Ayumi negó varias veces con la cabeza, despacio.

—No. Me dijeron que no se lo contara absolutamente a nadie y me amenazaron con que me ocurriría algo terrible si me chivaba. Además, aunque no me hubieran amenazado, tenía la impresión de que, si lo contaba, me regañarían y me lo harían pasar mal. Tenía miedo y fui incapaz de contárselo a nadie.

—¿Ni siquiera a tu madre?

—A mi madre, menos —respondió Ayumi—. Mi hermano mayor siempre fue su ojito derecho; en cambio, yo siempre la había decepcionado. Porque era maleducada, fea, gorda…, y mis notas del colegio no eran precisamente una maravilla. Ella quería una hija diferente: una niña esbelta y mona, como una muñeca, que fuera a clases de ballet. Era, obviamente, pedirle peras al olmo.

—Entonces, no querías decepcionar más a tu madre.

—Así es. Me daba la impresión de que, si le contaba lo que me había hecho mi hermano, me odiaría y me detestaría todavía más. Me dije a mí misma que algo habría hecho yo, por mi parte, para que eso me hubiera ocurrido, en vez de culpar a mi hermano.

Aomame se alisó las arrugas de la cara con ambas manos. «A los diez años, tras anunciarle que renunciaba a mi fe, mi madre no me volvió a dirigir la palabra. Si necesitaba algo, escribía una nota y me la daba. Pero nunca me volvió a hablar. Yo ya no era su hija. No era más que “alguien que había renunciado a su fe”. Luego, me fui de casa».

—Pero no te penetraron —le dijo Aomame a Ayumi.

—No —respondió Ayumi—. No habría podido resistir algo tan doloroso. Y tampoco era lo que ellos buscaban.

—¿Hoy sigues viendo a tu hermano y a tu tío?

—Cuando encontré empleo, me fui de casa y ahora apenas nos vemos, pero, de todas formas, son familiares y trabajamos en lo mismo así que a veces no puedo evitar toparme con ellos. En esas ocasiones me comporto como si no pasara nada. Prefiero evitar complicaciones. Seguro que ya ni se acuerdan de lo que pasó.

—¿Que no se acuerdan?

—*Ellos* son capaces de olvidar —dijo Ayumi—. Pero yo no.

—Claro —dijo Aomame.

—Es igual que los genocidios que han ocurrido durante la Historia.

—¿Los genocidios?

—Los perpetradores pueden racionalizar sus actos aduciendo cualquier motivo que les convenga y olvidarse después. Pueden apartar la vista de aquello que no quieren ver. Pero las víctimas no pueden olvidar. No pueden mirar hacia otro lado. La memoria se transmite de padres a hijos. El mundo, Aomame, es una lucha eterna entre *una memoria* y *otra memoria opuesta*.

—Es verdad —dijo Aomame. Luego frunció ligeramente el ceño. *¿Una lucha eterna entre una memoria y otra memoria opuesta?*

—Te lo he preguntado sólo porque por un momento se me ha ocurrido si tú no habrías vivido algo similar.

—¿Por qué se te ha ocurrido algo así?

—No sé bien cómo explicarlo… Pensé que quizás a ti también te había pasado y que por eso vivías *montándotelo* a lo grande con desconocidos durante sólo una noche. Y me parecía que, en tu caso, había odio encerrado. Odio o cabreo. Tengo la impresión de que eres incapaz de buscarte un novio decente, salir y comer con él y, por supuesto, mantener relaciones sexuales sólo con esa persona, como hace la gente normal… Supongo que también es mi caso.

—¿Quieres decir que te resulta imposible seguir la rutina de la mayoría de la gente porque abusaron de ti cuando eras pequeña?

—Sospecho que sí —contestó Ayumi, y se encogió de hombros—. A mí me dan miedo los hombres. Es decir, mantener una relación profunda con alguien determinado. Y también aceptar a esa persona por completo. Sólo de pensarlo me pongo nerviosa. Pero a veces es duro estar sola. Necesito que un hombre me tome y me penetre. Tengo tantísimas ganas que no puedo reprimirme. En esos momentos me siento más cómoda con alguien completamente desconocido. Mucho más.

—¿Miedo?

—Sí, y me parece que mucho.

—Yo creo que no siento miedo, ni nada que se le parezca, de los hombres —dijo Aomame.

—¿Tú le tienes miedo a algo?

—Claro que sí —respondió Aomame—. A lo que más miedo le tengo es a mí misma. A no saber qué es lo que voy a hacer. No saber qué estoy haciendo en un momento dado.

—¿Y qué es lo que *estás haciendo* ahora?

Aomame observó durante un rato la copa de vino que tenía en la mano.

—Ojalá lo supiera —dijo Aomame alzando la cara—, pero no lo sé. Ni siquiera estoy lo suficientemente segura de mí misma como para saber en qué mundo o en qué año estoy.

—Estamos en 1984 y esto es Tokio, Japón.

—Ojalá pudiera afirmarlo con tanta seguridad como tú.

—¡Qué raro! —exclamó Ayumi, riendo—. Ahora mismo, ¿no eres capaz de afirmar o de convencerte de un hecho tan obvio?

—No sé cómo explicarlo, pero para mí no es un hecho tan obvio.

—¿De veras? —dijo Ayumi, asombrada—. Aunque no entiendo nada de lo que sientes o el estado en el que te encuentras, sea cuando sea, o estés donde estés, siempre habrá alguien a quien amas profundamente. A mí me das una envidia terrible. Yo no tengo a nadie así.

Aomame posó la copa de vino sobre la mesa. Se limpió ligeramente la boca con la servilleta y habló.

—Quizá tengas razón. Independientemente del momento que sea, o de dónde me encuentre, siempre querré verlo. Me muero por verlo. Eso es lo único cierto. Es lo único de lo que puedo estar segura.

—Si te parece bien, podría consultar la documentación de la policía. Si encontrara información, tal vez podríamos saber dónde está y qué hace.

Aomame negó con la cabeza.

—No busques, por favor. Creo que ya te lo dije: un día me lo encontraré de forma inesperada en alguna parte. Por casualidad. Sólo espero, paciente, a que ese momento llegue.

—Es como una de esas sagas de amor —dijo Ayumi, emocionada—. A mí me encantan. Se te pone la carne de gallina…

—Pero en la realidad es duro.

—Ya sé que es duro —admitió Ayumi. Se presionó ligeramente las sienes con la yema de los dedos—. Sin embargo, a pesar de que existe alguien que te gusta, a veces tienes ganas de acostarte con desconocidos, ¿no?

Aomame dio golpecitos con las uñas en el borde de la fina copa de vino.

—Necesito hacerlo para mantener un equilibrio, como persona de carne y hueso que soy.

—Pero ¿no afecta al amor que llevas dentro?

—Es igual que la rueda de la vida que hay en el Tíbet. Al girar, los valores y sentimientos existentes en la parte exterior suben y bajan. Se iluminan y se

hunden en la oscuridad. Pero el amor verdadero no se mueve, permanece fijo en el eje de la rueda.

—Genial —dijo Ayumi—. La rueda de la vida del Tíbet.

Luego apuraron el vino que había quedado en las copas.

Dos días después, pasadas las ocho de la tarde, Aomame recibió una llamada de Tamaru. La conversación empezó sin saludos, como de costumbre, con un diálogo de negocios, sin ambages.

—¿Estás libre mañana por la tarde?

—Por la tarde no tengo nada que hacer, así pues, ¿a qué hora os conviene?

—¿Qué te parece a las cuatro y media?

Aomame le dijo que estaba bien.

—Perfecto —respondió Tamaru. Se oyó el ruido del bolígrafo al anotar la cita en un calendario. Hacía presión al escribir.

—Por cierto, ¿qué tal se encuentra Tsubasa? —preguntó Aomame.

—¡Ah! Creo que se encuentra bien. *Madame* se hace cargo de ella todos los días. Parece que la niña también está encariñada con *Madame*.

—Me alegro.

—Eso va bien. En cambio, ha ocurrido algo bastante desagradable.

—¿Algo desagradable? —preguntó Aomame. Cuando Tamaru dijo «*bastante* desagradable», Aomame supo que se refería a algo *muy* desagradable.

—La perra se ha muerto —dijo Tamaru.

—Con la perra, ¿te refieres a *Bun*?

—Sí. El extraño pastor alemán al que le gustaba comer espinacas. Se murió anoche.

Aomame se quedó sorprendida. La perra tenía tan sólo cinco o seis años. No era tan vieja como para morirse.

—Pues cuando la vi la última vez, no tenía mal aspecto…

—No se murió de enfermedad —aclaró Tamaru, con voz monótona—. Por la mañana, apareció hecha pedazos.

—*¿Hecha pedazos?*

—Tenía las entrañas desparramadas, como si hubiera explotado. Estaban extendidas por todas partes. Tuvimos que ir recogiendo pedazo a pedazo con papel de cocina. El cadáver se encontraba en un estado deplorable, como si le

hubieran dado la vuelta desde dentro. Parecía que alguien le hubiera colocado una pequeña y potente bomba en el interior del estómago.

—¡Pobre!

—La perra ya no tiene remedio —dijo Tamaru—. Una vez muerto, no se vuelve a la vida. Podemos encontrar un perro guardián que la sustituya. Lo que me preocupa es *¿qué ocurrió exactamente?* No se trata de algo que cualquiera pueda hacer. Me refiero a lo de meter una bomba en el estómago de un perro. En principio, si alguien desconocido se le hubiera acercado, se habría puesto a ladrar como una loca. No es algo que pueda hacerse así como así.

—Es verdad —admitió Aomame con voz seca.

—Las chicas del centro de acogida han sufrido una conmoción y tienen miedo. La que se encargaba de darle de comer fue la que se encontró con ese panorama por la mañana. Vomitó con todas sus fuerzas y, luego, me llamó por teléfono. Le pregunté si habían sentido algo extraño la noche anterior. Nada. Ni siquiera oyeron el ruido de la explosión. Si se hubiera producido tal estruendo, lo normal sería que todas se hubieran despertado, porque estamos hablando de mujeres que viven presas del miedo. O sea, fue una explosión sorda. Tampoco oyeron los ladridos de la perra. Fue una noche silenciosa, como cualquier otra. Pero, por la mañana, la perra yacía con las entrañas completamente hacia fuera. Las vísceras, aún frescas, estaban esparcidas alrededor, y los cuervos del vecindario se regocijaban ya de mañana. Pero a mí había demasiadas cosas que no me hacían ninguna gracia, por supuesto.

—Está sucediendo algo extraño.

—Sin lugar a dudas —añadió Tamaru—. Está sucediendo algo extraño. Y si mi intuición no se equivoca, esto no es más que el comienzo.

—¿Has avisado a la policía?

—Ni hablar. —Tamaru soltó un sutil ruido burlón por la nariz—. La policía no sirve para nada. Lo único que hacen es seguir pistas equivocadas en el lugar equivocado, y la historia se complicaría aún más.

—¿Qué opina *Madame* al respecto?

—No opina nada. Cuando le comuniqué la noticia, tan sólo asintió —dijo Tamaru—. Soy yo el que se encarga de todo lo relacionado con la seguridad. De principio a fin. Después de todo, ése es mi trabajo.

Se hizo un silencio. Era un silencio plomizo, derivado de la responsabilidad.

—Mañana a las cuatro y media —dijo Aomame.

—Mañana a las cuatro y media —repitió Tamaru. Y colgó el teléfono sin

hacer ruido.

24
TENGO

¿Qué sentido tiene que exista otro mundo?

El jueves estuvo lloviendo desde la mañana. No era una lluvia demasiado intensa, pero sí terriblemente pertinaz. Desde que había empezado a llover, el día anterior por la tarde, aún no había escampado ni un solo momento. Cuando parecía que iba a despejar, el chaparrón se intensificaba de repente. Pese a que ya se encontraban en la segunda mitad de julio, la estación de las lluvias no daba señales de terminar. El cielo estaba oscuro, como si lo hubieran cubierto con una tapa, y el mundo entero se teñía de una pesada humedad.

Antes del mediodía se puso un impermeable y un sombrero, y cuando se disponía a ir de compras por el barrio, vio un grueso sobre acolchado de color marrón metido en el buzón. No llevaba matasellos, ni lo habían sellado. Tampoco aparecía una dirección, ni el nombre del remitente. En el centro del anverso habían escrito «Tengo» con bolígrafo, con una letra pequeña y angulosa. La caligrafía era como si hubieran escarbado con un clavo sobre arcilla seca. Era la típica letra de Fukaeri. Abrió el sobre y en su interior encontró un casete TDK de sesenta minutos de apariencia sumamente impersonal. No se adjuntaba ningún tipo de carta o nota. No traía carcasa, ni una etiqueta pegada en la cinta.

Tengo dudo un instante, pero acabó desistiendo de salir a comprar, regresó a su piso y decidió escuchar la cinta. La examinó en el aire y luego la sacudió varias veces. A pesar de tener un aspecto un tanto enigmático, se trataba sin duda de un simple producto fabricado en serie. Era improbable que el radiocasete fuera a explotar al reproducir la cinta.

Se quitó el impermeable, colocó el radiocasete sobre la mesa de la cocina y metió la cinta en el aparato. También se proveyó del cuaderno y el bolígrafo que tenía para cuando necesitaba tomar notas. Al mirar a su alrededor y comprobar que no había nadie, pulsó el botón del *play*.

Al principio no se oía nada. La habitación se quedó en silencio durante un rato. Cuando empezaba a pensar si no sería sólo una cinta virgen, de repente se oyó un ruido de fondo, como de un objeto pesado. Parecía que arrastraban una silla. Se escuchó algo parecido a un ligero carraspeo. A continuación, Fukaeri se puso a hablar.

«Tengo», dijo, como si estuviera realizando una prueba de sonido. Aquélla debía de ser la primera vez, por lo que Tengo recordaba, que Fukaeri pronunciaba su nombre.

La chica volvió a carraspear. Parecía un poco nerviosa.

«Te podría haber escrito una carta, pero como no se me da bien, grabo esta cinta. Así me siento más a gusto que hablando por teléfono. Por teléfono nos podrían escuchar a escondidas. Un segundo, voy a beber».

Se oyó cómo Fukaeri tomaba un vaso, bebía un sorbo y volvía a colocarlo (quizá) sobre una mesa. Registrada en la cinta, su peculiar manera de hablar, carente de acento, signos de interrogación y puntuación, sonaba todavía menos normal que cuando se charlaba con ella. Incluso podría decirse que parecía irreal. Pero, a diferencia de cuando mantenía una conversación corriente, en el casete hablaba enlazando numerosas oraciones.

«Te has enterado de que he desaparecido. Quizás estés preocupado, pero tranquilo, en el sitio en el que me encuentro ahora no corro ningún peligro. Quería que lo supieras. Aunque he hecho algo malo, creí que era mejor avisarte».

(Pausa de diez segundos)

«Te pido que no le digas a nadie que estoy aquí. El profesor denunció mi desaparición a la policía. Pero la policía no va a actuar. Los niños que se fugan de casa no son algo raro, así que me voy a quedar aquí durante un tiempo».

(Pausa de diez segundos)

«Estoy en un lugar lejano y, mientras no salga afuera, nadie me va a encontrar. Muy lejano. Azami te ha llevado esta cinta a casa. El correo no es seguro. Tengo que ser precavida. Un minuto. Voy a ver si está grabando.

(Ruido de botón. Breve pausa. Vuelve el sonido)

»Está grabando bien».

A lo lejos se oían voces de niños gritando. También se escuchaba vagamente una música. Quizás entraba por alguna ventana abierta. A lo mejor había un jardín de infancia cerca.

«Muchas gracias por dejar que me quedara en tu piso el otro día. Lo

necesitaba. También necesitaba conocerte. Gracias por leerme el libro. Los *guiliacos* me han fascinado. Por qué andarán por las ciénagas del bosque en vez de caminar por carreteras amplias».

(Tengo le añadió los signos de interrogación)

«Aunque las carreteras son más cómodas, los *guiliacos* se apartan de ellas y se sienten más a gusto caminando por el bosque. Para caminar por la carretera tendrían que volver a aprender desde el principio a caminar. Al volver a aprender a caminar, tendrían que volver a aprender otras cosas. Yo no podría vivir como los *guiliacos*. Tampoco me gustaría que los hombres me estuvieran pegando siempre. Ni vivir en una casa sucia, llena de gusanos. Sin embargo, a mí tampoco me gusta demasiado andar por carreteras amplias. Voy a beber otra vez».

Fukaeri volvió a beber agua. Hubo un instante de silencio y luego se escuchó cómo devolvía el vaso a la mesa dando un golpe. A continuación se secó los labios con la punta de los dedos. ¿No sabría que la grabadora tenía un botón para interrumpir la grabación?

«Quizás haya hecho mal desapareciendo. Pero es que yo no quiero ser novelista, ni tengo intención de escribir nada más. Azami me buscó información sobre los *guiliacos*. Fue a la biblioteca a investigar. Los *guiliacos* viven en Sajalín y no tienen alfabeto, como los ainus o los indios de Norteamérica. No dejan nada por escrito. Igual que yo. Cuando se transforma en letras, deja de ser lo que yo digo. Tú lo has convertido en un texto muy bonito y creo que nadie podría haberlo hecho tan bien como tú. Sin embargo, ya no es lo que yo dije. Pero no te preocupes. No es tu culpa. Tan sólo es que camino alejándome de carreteras amplias».

En ese punto, Fukaeri volvió a hacer una pausa. Tengo se imaginó a la chica caminando en silencio, alejada de una amplia carretera.

«El profesor posee una gran fuerza y una gran sabiduría. Pero la *lítel pípol* no es menos. Ten cuidado dentro del bosque. En el bosque hay algo valioso y la *lítel pípol* se encuentra en el bosque. Tenemos que encontrar lo que la *lítel pípol* no tiene para que no nos haga daño. De ese modo, podremos atravesar el bosque sanos y salvos».

Tras soltar todo eso casi sin tomar aliento, Fukaeri respiró hondo. Como lo hizo sin alejarse del micrófono, quedó grabado un ruido semejante a una ráfaga de viento soplando entre dos edificios. Una vez que se restauró el silencio, se oyó el claxon de un vehículo a lo lejos. Era el profundo y característico sonido

de los camiones pesados, similar a una sirena de niebla. Dos veces, y breves. No debía de encontrarse muy lejos de una autopista.

(*Carraspeo*) «Se me ha puesto la voz ronca. Gracias por preocuparte por mí. Gracias por gustarte mi pecho, por dejarme dormir en tu piso y por prestarme tu pijama. Probablemente no podamos volver a vernos durante un tiempo. Como escribiste sobre ella, la *lítel pípol* debe de estar enfadada. Pero no te preocupes. Yo estoy acostumbrada al bosque. Adiós».

Entonces se oía un ruido y la grabación finalizaba.

Tengo pulsó el botón, detuvo la cinta y la rebobinó hasta el principio. Mientras escuchaba, gotas de lluvia caían de los aleros. Respiró hondo varias veces y dio vueltas al bolígrafo de plástico en la mano. Luego lo dejó sobre la mesa. Al final no tomó ninguna nota. Tan sólo prestó atención a la siempre peculiar voz de Fukaeri. Sin embargo, incluso sin haber tomado una sola nota, los puntos esenciales del mensaje de Fukaeri estaban claros.

(1) No había sido secuestrada, sino que simplemente se había escondido en algún lugar por algún tiempo.
(2) No tenía intención de escribir más libros. Sus historias estaban hechas para ser narradas oralmente; no se adaptaban bien a la escritura.
(3) La Little People no le va a la zaga en fuerza e inteligencia al profesor Ebisuno. Había que tener cuidado.

Esos eran los tres puntos que le había querido transmitir. El resto era la historia de los guiliakos. Un grupo de gente que tenía que caminar alejada de las amplias carreteras.

Tengo fue a la cocina y preparó café. Luego, mientras bebía el café, estuvo observando el casete, sin ningún propósito en particular. Entonces decidió volver a escucharlo una vez más desde el principio. En esta ocasión, por si acaso, detuvo la grabación a cada tanto y anotó concisamente los puntos esenciales. Luego repasó lo que había anotado, pero no descubrió nada nuevo.

¿Habría preparado Fukaeri unas sencillas notas para después hablar siguiendo lo que tenía escrito? A Tengo no le parecía que hubiera sido así. Ella no era de ésas. Seguro que había dicho frente al micrófono lo que se le había ocurrido, a tiempo real (sin detener siquiera la grabación).

¿Dónde podría estar? Los ruidos de fondo no le daban demasiadas pistas. Un portazo a lo lejos. El griterío de unos niños que parecía entrar por una ventana abierta. ¿Un jardín de infancia? El claxon de un camión pesado. No parecía que estuviera en medio de un denso bosque. Más bien debía de tratarse de algún rincón en una ciudad. En cuanto a la hora, podía ser bien entrada la mañana o temprano por la tarde. El ruido de la puerta al cerrarse sugería que quizá no estaba sola.

Lo que estaba claro era que Fukaeri se había escondido por su propia voluntad en algún sitio. No se trataba de una cinta que alguien le hubiera obligado a grabar. Uno se daba cuenta de ello al escuchar su voz y su manera de hablar. Aunque al principio se notaba un poco nerviosa, por lo demás parecía hablar libremente frente al micrófono y contar lo que ella pensaba.

«El profesor posee una gran fuerza y una gran sabiduría. Pero la lítel pípol *no es menos. Ten cuidado dentro del bosque. En el bosque hay algo valioso y la* lítel pípol *se encuentra en el bosque. Tenemos que encontrar lo que la* lítel pípol *no tiene para que no nos haga daño. De ese modo podremos atravesar el bosque sanos y salvos*».

Tengo volvió a escuchar esa parte. En ese instante, Fukaeri hablaba un tanto atropelladamente. Apenas hacía una pausa entre una frase y otra. La Little People representaba una amenaza para Tengo y para el profesor. Pero en el tono de Fukaeri nada indicaba que estuviera tachándola de maligna. Por su forma de hablar, parecía que eran más bien unos seres neutrales. Había otra parte que había llamado la atención de Tengo:

«Como escribiste sobre ella, la lítel pípol *debe de estar enfadada*».

Si realmente estaba enfadada, era natural que Tengo fuera uno de los objetivos de su cólera. Después de todo, era uno de los responsables de haber difundido su existencia entre la gente al hablar de ella en un texto. Si se disculpara diciendo que no lo había hecho con mala intención, seguro que no lo escucharían.

¿Qué tipo de daño podía infligir la Little People a las personas? Evidentemente, no había forma de que Tengo lo supiera. Rebobinó una vez más la cinta, la metió en el sobre y lo guardó en un cajón. Volvió a ponerse el impermeable y el sombrero y salió a hacer compras en medio de la incesante lluvia.

Pasadas las nueve de aquella noche, Komatsu lo telefoneó. Como las otras veces, supo que era él antes de descolgar el aparato. Tengo estaba en la cama, leyendo un libro. Después de dejarlo sonar tres veces, se levantó despacio y alcanzó el teléfono, que estaba frente a la mesa de la cocina.

—¡Eh, Tengo! —dijo Komatsu—. ¿Por casualidad estabas bebiendo alcohol ahora mismo?

—No, estoy sobrio.

—Pues después de lo que debo contarte, quizá te entren ganas —dijo Komatsu.

—Debe de ser algo divertido, entonces.

—No sé qué decirte. Me parece que no es tan divertido. Aunque, paradójicamente, quizá resulte un tanto gracioso.

—Como los relatos de Chéjov.

—En efecto —dijo Komatsu—. Como los relatos de Chéjov. Nunca mejor dicho. Tu forma de expresarte siempre es sencilla pero certera.

Tengo se quedó callado y Komatsu prosiguió:

—Ha surgido un pequeño problema. La policía ha tomado en consideración la denuncia del profesor Ebisuno y ha comenzado de forma oficial una investigación. Bueno, tratándose de la policía supongo que tampoco se pondrán en serio en la investigación. Y es que ni siquiera se ha exigido que se pague un rescate. Lo dejarán estar y, cuando algo ocurra y la situación se complique, simularán que de momento están investigando. Sin embargo, los medios de comunicación no se van a quedar quietos. Ya han venido de algunos periódicos a preguntarme. Yo me he mantenido firme en la postura de no saber nada, desde luego. Y es que, por ahora, no hay nada que contar. Esos tipos ya deben de estar removiendo cielo y tierra para averiguar la relación de Fukaeri y el profesor Ebisuno y el pasado revolucionario de los padres de la chica. Supongo que poco a poco la información irá saliendo a la luz. El problema son las revistas semanales. Los escritores *freelance* y los periodistas pululan como tiburones que han olfateado sangre. Son diestros y, una vez que muerden, no sueltan su presa. Después de todo, viven de ello. La privacidad y la mesura les importa un bledo. También viven de la escritura, pero no se trata de jóvenes escritores apacibles como tú.

—¿Lo que me quiere decir, entonces, es que debería andarme con ojo?

—Efectivamente. Deberías estar alerta y cubrirte las espaldas. Nunca se sabe dónde ni qué podrían estar hurgando.

Tengo se imaginó un pequeño bote, rodeado por una manada de tiburones. Pero no parecía más que una viñeta sin gracia de un tebeo. «Tenemos que encontrar lo que la *lítel pípol* no tiene», había dicho Fukaeri. ¿A qué demonios se referiría?

—Pero, señor Komatsu, ¿acaso no era justo esto lo que el profesor Ebisuno buscaba?

—Sí, puede ser —dijo Komatsu—. Quizá nos haya utilizado con mucho tacto. Pero, más o menos, sabíamos desde el principio cuál era su idea. Él no nos ocultó su intención. En ese sentido ha jugado limpio. En cierto momento, yo también pude decirle: «Profesor, me parece peligroso. Yo no voy a participar». Si fuera un editor honrado, eso sería lo que hubiera dicho, sin duda. Sin embargo, como bien sabes, no se puede decir precisamente que sea un editor honrado. En aquel momento el asunto ya estaba en marcha y a mí también me apetecía. Quizás hemos bajado un poco la guardia.

Se hizo un silencio al aparato. Era un silencio breve pero tenso.

—En definitiva, que el profesor Ebisuno se apoderó del plan que usted había ideado cuando éste ya estaba en marcha —señaló Tengo.

—Sí, podría decirse así. O sea, sus designios fueron más fuertes.

—¿Cree que el profesor Ebisuno será capaz de zafarse de todo este jaleo?

—Desde luego que sí. Es un hombre perspicaz, que confía en sí mismo. Posiblemente las cosas le salgan bien. Sin embargo, si el jaleo supera sus planes, puede que la situación se le escape de las manos.

Por muy excelente persona que se sea, todos tenemos nuestros límites. Así que te recomiendo que te abroches bien abrochado el cinturón de seguridad.

—Señor Komatsu, cuando se viaja en un avión que se va a estrellar el cinturón no sirve para nada.

—Pero consuela.

Tengo sonrió involuntariamente. Aunque fue una sonrisa floja.

—¿Ése es el *quid* de todo este asunto? ¿Del asunto no divertido pero, paradójicamente, un tanto gracioso?

—Siento haberte metido en todo esto. Sinceramente —dijo Komatsu en un tono inexpresivo.

—Yo doy igual. No tengo nada que perder. Ni familia, ni un estatus social, ni un futuro prometedor. La que me preocupa es Fukaeri. Es una chica de tan sólo diecisiete años.

—A mí también me preocupa, por supuesto. ¿Cómo podría no preocuparme?

Pero con darle vueltas al asunto no resolveremos nada, Tengo. De momento, pensemos en amarrarnos fuerte a alguna parte para que el vendaval no nos golpee y se nos lleve. Por ahora, deberías estar atento a los periódicos.

—Últimamente me preocupo de leer el periódico todos los días.

—Bien hecho —dijo Komatsu—. Por cierto, ¿se te ha ocurrido dónde podría estar Fukaeri? Cualquier dato puede servir.

—Nada —respondió Tengo. Contar mentiras no se le daba bien. Y Komatsu tenía un olfato muy fino. Pero Komatsu no pareció percibir el leve temblor en la voz de Tengo. Debía de tener la cabeza llena de asuntos propios.

—Si surge cualquier cosa, me avisas —dijo Komatsu, y colgó el teléfono.

Tras dejar el auricular, lo primero que hizo Tengo fue echar mano de un vaso y servirse unos dos centímetros de *bourbon*. Tal como había dicho Komatsu, necesitaba un trago después de aquella llamada.

El viernes, su novia lo visitó, como siempre. Aunque había escampado, el cielo estaba encapotado. Los dos tomaron un almuerzo ligero y se metieron en la cama. Mientras hacían el amor, Tengo no dejaba de pensar entrecortadamente en diferentes cosas, pero no afectó al alborozo carnal que le producían las relaciones sexuales. Como de costumbre, ella supo extraer hábilmente y despachar con desenvoltura el deseo que Tengo había acumulado durante una semana. Al mismo tiempo, ella también obtuvo su satisfacción. Igual que un competente asesor fiscal que se deleita realizando complejas operaciones numéricas en su libro de cuentas. Y, sin embargo, pareció darse cuenta de que Tengo estaba absorto en otra cosa.

—Parece que últimamente el *whisky* ha bajado bastante —dijo ella. Para gozar de las reverberaciones de su encuentro sexual, colocó las manos sobre el grueso pecho de Tengo. En el dedo anular llevaba una alianza con un pequeño pero refulgente diamante. Ella se refería a la botella de Wild Turkey que estaba en una repisa desde hacía mucho tiempo. Al igual que otras muchas mujeres de mediana edad que hacían el amor con hombres más jóvenes, se fijaba en el mínimo cambio.

—Últimamente me despierto muchas veces de noche —dijo Tengo.

—¿No será que estás enamorado?

Tengo sacudió la cabeza.

—No, no estoy enamorado.

—¿Te va todo bien en el trabajo?

—Por ahora, todo avanza en orden. Por lo menos avanza *hacia algún sitio*.

—Sin embargo, pareces preocupado por algo.

—No sé. Quizá simplemente me cueste dormir. Aunque no es algo que suela pasarme. Siempre he sido de los que, cuando duermen, duermen como un lirón.

—¡Pobre Tengo! —exclamó ella. Entonces le masajeó suavemente los testículos con la mano en la que no llevaba alianza—. ¿Y tienes pesadillas?

—Casi nunca sueño —dijo Tengo. Eso era verdad.

—Yo sueño a menudo. Y sueño varias veces con lo mismo. Dentro del sueño, yo misma soy consciente de que es algo que ya he visto otras veces. ¿No te parece raro?

—¿En qué consisten los sueños?

—Pues, por ejemplo, a veces sueño con una cabaña en un bosque.

—Una cabaña en un bosque —dijo Tengo. Pensó en las personas que estaban dentro del bosque: los guiliakos, la Little People y Fukaeri—. ¿Cómo es la cabaña?

—¿De veras quieres que te lo cuente? ¿No te aburre escuchar los sueños de los demás?

—No, para nada. Si tú quieres, me encantaría escucharte —dijo Tengo con franqueza.

—Camino sola por el bosque. No es un bosque oscuro y lúgubre como en el que se perdieran Hansel y Gretel, sino uno más bien luminoso, liviano. Es por la tarde, hace un tiempo cálido, agradable y camino plácidamente. Entonces me encuentro con una casita en el camino. Tiene una chimenea y un pequeño porche, y de las ventanas cuelgan cortinas de algodón a cuadros. En fin, una apariencia bastante acogedora. Llamo a la puerta y digo «¡Hola!», pero no contestan. Cuando vuelvo a golpear la puerta, un poco más fuerte, ésta se abre sola. No debía de estar bien cerrada. Entro en la casa, avisando: «¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Voy a entrar!».

Mientras le acariciaba suavemente los testículos, lo miraba a la cara.

—¿Sigues la historia hasta ese punto?

—Sí, la sigo.

—Es una cabaña de una sola pieza. Con una construcción muy simple. Tiene una pequeña cocina, una cama y un comedor. En el centro hay una estufa de leña, y en una mesa hay dispuesta comida para cuatro personas, bien presentada. Los platos despiden vapor blanco. Sin embargo, dentro no hay nadie. Es como si

en el momento en el que la comida estaba lista y todos iban a sentarse a la mesa, algo extraño hubiera ocurrido, por ejemplo, que había aparecido de repente algún tipo de bestia, y todos habían huido de allí juntos. Pero las sillas no estaban mal puestas. Es un ambiente tranquilo, de una cotidianidad inexplicable. Con la salvedad de que no hay nadie.

—¿Qué comida había sobre la mesa?

Ella hizo un gesto como de pensar.

—No me acuerdo. Ahora que lo dices, ¿qué comida había? Bueno, la comida no es lo importante. El asunto es que estaba caliente, *recién hecha*. En fin, me siento en una silla y espero a que la familia que allí vive regrese. Por algún motivo, necesito esperar a que vuelvan. Por qué, no lo sé. Después de todo, no es más que un sueño, y no todas las cosas deben tener una explicación precisa. Quizá quiero que me indiquen el camino de vuelta, tengo que conseguir alguna cosa, o algo por el estilo. Entonces me pongo a esperar a que vuelvan. Pero espero y espero, y ellos no vienen. La comida sigue desprendiendo vapor. Al verla, me entra un hambre canina. Pero por mucha hambre que tenga, como no hay nadie, no voy a coger así como así comida de la mesa. ¿No crees?

—Supongo que sí —dijo Tengo—. Pero siendo un sueño, tampoco estoy tan seguro.

—Pero, entretanto, se hace de noche. El interior de la cabaña se oscurece. El bosque se va ensombreciendo rápidamente. Quiero encender la luz de la cabaña, pero no sé cómo hacerlo. Poco a poco me invade la angustia. Y, de repente, me doy cuenta de algo: resulta extraño que la cantidad de vapor que desprende la comida no haya disminuido ni un ápice con respecto a hace un rato. Pese al tiempo que ha transcurrido, la comida sigue *humeante*. Entonces me empieza a parecer raro. Hay algo extraño. Y el sueño se termina.

—No sabes qué ocurre a continuación.

—Estoy segura de que ocurre algo —dijo ella—. Se hace de noche, no sé el camino de regreso y me encuentro sola dentro de esa absurda cabaña. Algo está ocurriendo. Me da la impresión de que no se trata de algo bueno. Pero el sueño siempre se acaba en ese punto. Y he tenido el mismo sueño montones de veces.

Ella dejó de acariciarle los testículos y apoyó la mejilla contra el pecho de Tengo.

—Puede que el sueño sugiera algo.

—¿El qué?

Ella no contestó. En cambio, le hizo otra pregunta.

—Tengo, ¿quieres saber cuál es la parte más terrorífica de todo el sueño?

—Sí.

Ella liberó un hondo suspiro que golpeó los pezones de Tengo, como una cálida ráfaga de viento que llega tras pasar por un angosto estrecho en el mar.

—Que esa bestia quizá sea yo misma. En un momento dado se me ocurrió esa posibilidad. A lo mejor aquellas personas habían interrumpido la cena y habían huido de la casa precisamente al ver cómo me aproximaba caminando hacia ellos. Y a lo mejor, mientras yo esté ahí, nunca podrán volver. Pero, a pesar de ello, tengo que quedarme dentro de la cabaña esperando a que regresen. Esa idea me produce un miedo terrible e incontrolable.

—O también puede ser que estés en tu casa y que esperes a tu otra tú, la tú que ha huido.

Una vez dicho eso, Tengo se dio cuenta de que no debió haberlo dicho. Pero ahora ya no podía retirar sus palabras. Ella se quedó callada durante un largo rato. Luego le agarró los testículos con determinación. Tan fuerte que no le dejaba respirar.

—¿Por qué me dices esa cosa tan horrible?

—No lo he dicho por nada. Simplemente se me ha pasado por la cabeza. —Tengo consiguió exprimir un hilo de voz.

Ella aflojó la mano que le agarraba los testículos y soltó un suspiro.

—Ahora háblame de tus sueños. De qué tratan tus sueños.

—Ya te he dicho antes que apenas sueño. Sobre todo últimamente —dijo Tengo, una vez que recuperó el aliento.

—Pero algo soñarás. No hay nadie que no sueñe. Con tus palabras ofendes al doctor Freud.

—Puede que sueñe, pero no me acuerdo de nada.

Ella colocó el pene flácido de Tengo sobre la palma de su mano y lo sopesó con cuidado. Como si su peso revelara una verdad primordial.

—Entonces, dejémoslo. En lugar de ello, háblame de la novela que estás escribiendo.

—Si es posible, preferiría no hablar de la novela que estoy escribiendo.

—Oye, no te estoy diciendo que me cuentes toda la historia. No te pido tanto. Sé de sobra que, a pesar de esa constitución tuya, eres un chico sensible. Me basta con un aperitivo, con un pequeño episodio secundario, o con que me hables un poquito de lo que sea. Quiero que me confieses a mí sola algo que

nadie más sabe todavía. Me has dicho algo terrible, así que quiero que lo repares. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —replicó Tengo, poco seguro de sí mismo.

—Pues, venga, habla.

Tengo se puso a hablar, con el pene sobre la palma de la mano de su novia.

—Es una historia sobre mí mismo. O más bien una historia sobre alguien basado en mí.

—Quizá sea eso —dijo su novia—. ¿Y yo aparezco en la historia?

—No, porque me encuentro en un mundo que no es éste.

—Yo no estoy en el mundo que no es éste.

—No sólo tú. La gente que se encuentra en este mundo no está en el otro.

—¿En qué se diferencia ese mundo de éste? ¿Te das cuenta de en cuál de los dos mundos estás?

—Sí que me doy cuenta, porque soy yo quien escribe.

—Me refiero *al resto de la gente*. Por ejemplo, si de repente, por algún motivo, yo me metiera en ese mundo.

—Supongo que sí —dijo Tengo—. Porque, por ejemplo, en el otro mundo hay dos lunas.

La idea de un mundo con dos lunas en el firmamento la había sacado de *La crisálida de aire*. Tengo intentaba escribir una historia más larga y compleja sobre aquel mundo —y que fuera su propia historia. Que el escenario fuera el mismo podría resultar un problema *a posteriori*. Pero, de momento, Tengo quería escribir una historia situada en un mundo con dos lunas. De lo que pudiera ocurrir ya se preocuparía más tarde.

—O sea, que al mirar al cielo de noche y ver dos lunas, te das cuenta: «¡Ah! Éste es el otro mundo».

—Sí, ése es un indicio.

—¿Y no se superponen las dos lunas? —preguntó ella.

Tengo negó con la cabeza.

—No me preguntes por qué, pero entre las dos lunas siempre se preserva una distancia fija.

La novia se quedó pensando un rato sobre ese mundo. Sus dedos trazaban una figura sobre el pecho desnudo de Tengo.

—¿Sabes cuál es la diferencia en inglés entre *lunatic* e *insane*? —le preguntó ella.

—Ambos son adjetivos que indican una anomalía psicológica. La diferencia

de matices no la conozco.

—*Insane* es un problema mental congénito, y se considera conveniente tratarlo con una terapia especializada. En cambio, *lunatic* se refiere a una pérdida temporal del juicio debido al efecto de la Luna. En la Inglaterra del siglo XIX, si una persona considerada lunática cometía un crimen, se le rebajaba la pena un grado, con el atenuante de que no había sido responsabilidad suya, sino que había actuado inducida por la luz de la Luna. Parece increíble, pero tal ley existió de verdad. Es decir, el hecho de que la Luna enloquecía a las personas se recogía en la ley.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Tengo sorprendido.

—No sé por qué te extrañas. He vivido diez años más que tú. Por lo tanto, será normal que sepa más cosas que tú.

Tengo reconoció que tenía razón.

—Para ser exacta, recibí clases de literatura inglesa en la Nihon Joshi Daigaku[14]. Lecturas de Dickens. Tenía un profesor un tanto extravagante que no hacía más que digresiones que no tenían nada que ver con el argumento de la obra. Lo que te quería decir es que si una luna basta para enloquecer a una persona, si hubiera dos, ¿la gente no acabaría aún más trastocada? Las mareas también cambiarían y aumentarían los trastornos de la regla en las mujeres. Supongo que irían surgiendo irregularidades, una tras otra.

Tengo se puso a pensar en ello.

—Pues la verdad es que quizá sí.

—¿En el otro mundo, la gente enloquece a menudo?

—No. No más que en éste. Quiero decir, la gente hace más o menos lo mismo que hacemos aquí.

Ella le agarró suavemente el pene.

—En el otro mundo, la gente hace lo mismo que hacemos aquí. Entonces, ¿qué sentido tiene que exista otro mundo?

—El sentido de que exista otro mundo es que se puede reescribir el pasado de este mundo —dijo Tengo.

—¿Lo puedes reescribir como te dé la gana?

—Sí.

—¿Tú quieres reescribir el pasado?

—¿Tú no?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ningún interés por reescribir el pasado o la Historia. Yo lo que quiero reescribir es el presente.

—Pero si reescribes el pasado, el presente también cambiaría de forma espontánea. Y es que el presente se forma por acumulación del pasado.

Ella volvió a suspirar. Entonces, movió repetidamente arriba y abajo la mano que agarraba el pene de Tengo. Como si estuviera haciéndole una prueba de funcionamiento a un ascensor.

—Sólo hay algo que puedo afirmar y es que una vez fuiste un niño prodigio de las matemáticas, tuviste algún dan en judo y escribes novelas, pero a pesar de ello *no tienes ni puñetera idea* de este mundo.

A Tengo no le sorprendió ser juzgado de forma tan categórica. Últimamente, el hecho de no saber nada se había convertido para él en una situación habitual. No era ninguna novedad.

—Pero no supone ningún problema que no sepas nada. —Su novia cambió de postura y arrimó el pecho contra el cuerpo de él—. Mira, Tengo, tú eres un profesor de matemáticas soñador, que da clases en una academia, y que día tras día escribe novelas. Sé tal como eres. A mí me encanta tu polla. Su forma, su tamaño y su tacto. Dura y flácida. Estando enfermo y estando sano. Y desde hace un tiempo es toda para mí sola. Es así, ¿no?

—Efectivamente —reconoció Tengo.

—¿Te he dicho alguna vez que soy muy celosa?

—Sí, me lo has dicho. De unos celos desmesurados.

—*Completamente* desmesurados. Siempre ha sido así. —En ese momento, empezó a mover poco a poco los dedos en todas las direcciones—. Te la voy a poner dura otra vez. ¿Alguna objeción al respecto?

Tengo le contestó que no había ninguna objeción.

—¿En qué piensas ahora?

—En que fuiste a la universidad y recibiste clases de literatura inglesa en la Nihon Joshi Daigaku.

—El libro que leíamos era *Martin Chuzzlewit*. Yo tenía dieciocho años, llevaba un vestido muy mono con volantes y el pelo recogido en una coleta. Era muy estudiosa y, por aquel entonces, aún era virgen. A lo mejor te parece que estoy hablando de otra vida, pero la cuestión es que lo primero que aprendí al llegar a la universidad fue la diferencia entre *lunatic* e *insane*. ¿Qué? ¿No te excita imaginártelo?

—Claro que sí. —Cerró los ojos y se imaginó el vestido de volantes y la

coleta. Una chica estudiosa aún virgen. Pero de unos celos completamente desmesurados. La Luna iluminando el Londres de Dickens. Gente insana y gente lunática deambulando por sus calles. Todos llevan sombreros y bigotes similares. ¿Cómo se distingue la diferencia? Al cerrar los ojos, Tengo dejó de estar seguro de a qué mundo pertenecía.

Segundo libro
Julio - Septiembre

1
AOMAME

Era el pueblo más aburrido del mundo

El final de la estación de las lluvias aún no se había anunciado de manera oficial, pero el cielo estaba totalmente despejado, de un azul radiante, y el sol estival quemaba la tierra sin contemplaciones. Los sauces, colmados de hojas verdes, volvían a proyectar su densa sombra sobre el pavimento.

Tamaru salió a recibir a Aomame a la entrada de la casa. Llevaba un traje de verano de tonos oscuros y una camisa blanca con una corbata lisa. Ni una gota de sudor. A Aomame siempre le había parecido un misterio que tipos corpulentos como él no sudaran por mucho calor que hiciera.

Al ver a Aomame, Tamaru asintió brevemente, pronunció un sucinto saludo apenas perceptible y no volvió a abrir la boca. No intercambiaron unas palabras, como solían hacer. Sin volverse hacia atrás, la condujo por un largo pasillo hasta el lugar en donde la anciana la esperaba. Aomame supuso que quizá no se sentía con ganas de hablar con nadie de cosas superficiales. Tal vez le había afectado la muerte de la perra. «Podemos encontrar un perro guardián que la sustituya», le había dicho él por teléfono, como si estuviera hablando del tiempo. Pero Aomame sabía que en el fondo no se sentía así. A aquel pastor alemán hembra lo había querido mucho y ambos se habían entendido de maravilla durante muchos años. La absurda y repentina muerte de la perra la sentía como una especie de insulto o desafío personal. Mientras miraba la taciturna y ancha espalda de Tamaru, semejante al encerado de un aula, Aomame podía imaginarse la callada rabia que debía de sentir.

Tamaru abrió la puerta de la sala de estar, hizo pasar a Aomame y, quedándose de pie en la entrada, esperó las indicaciones de la señora.

—Por ahora, estamos bien de bebida —le dijo la señora.

Tamaru asintió en silencio y cerró la puerta sin hacer ruido. La señora y Aomame se quedaron a solas en la sala. En la mesa situada al lado del sillón en

que se sentaba la señora había una pecera redonda de cristal, y en su interior nadaban cuatro pececillos rojos. Eran peces normales y corrientes, en una pecera normal y corriente como cualquier otra. Dentro del agua flotaban unas plantas acuáticas que parecían fijas. Pese a haber visitado aquella amplia y armoniosa sala en varias ocasiones, era la primera vez que Aomame veía los peces. De vez en cuando le llegaba una fresca y ligera brisa, como si hubieran puesto el aire acondicionado a poca intensidad. En la mesa, a sus espaldas, había un florero con tres azucenas. Eran flores grandes y flemáticas, como pequeños animales exóticos sumidos en un estado de meditación.

Con un gesto, la señora invitó a sentarse a Aomame en el sofá que tenía al lado. Los rayos de sol propios de la tarde estival eran demasiado intensos, a pesar de que las cortinas blancas de encaje de la ventana que daba al jardín estaban echadas. Bajo aquella luz, la señora parecía más extenuada que nunca. Abatida en medio de un gran sillón, la anciana apoyaba la mejilla sin energías en uno de sus delgados brazos. Tenía los ojos hundidos, y se le veían más arrugas en el cuello. Sus labios estaban pálidos, y los extremos de sus largas cejas le caían ligeramente, como si hubieran desistido de oponerse a la gravedad. Su piel había empalidecido por zonas, como si estuviera empolvada; tal vez por algún trastorno de la circulación. Había envejecido por lo menos cinco o seis años con respecto a la última vez que la había visto. Y, en ese momento, la señora no parecía darse cuenta de que el cansancio afloraba a su rostro. No era normal. Al menos las veces que Aomame la había visto, siempre iba bien arreglada, movilizaba todas sus energías, mantenía una postura erguida, contenía la expresión y se esforzaba para que ni un solo indicio de vejez se reflejara en su aspecto externo. Y aquel esfuerzo siempre había dado unos frutos dignos de admiración.

«Han cambiado varias cosas dentro de la casa», pensó Aomame. Hasta la luz de la sala presentaba un color diferente al habitual. Y luego estaban aquellos peces de colores y la pecera barata, que no encajaban demasiado bien con la sala de techo alto, repleta de mobiliario antiguo y refinado.

La señora permaneció un rato callada. Apoyaba la mejilla sobre el brazo, que a su vez descansaba en el reposabrazos del sillón, y miraba fijamente un punto en el aire próximo a Aomame. Pero Aomame sabía que aquel punto no tenía nada de especial. Simplemente necesitaba un lugar transitorio hacia el cual dirigir la vista.

—¿Tiene sed? —preguntó la señora en un tono tranquilo.

—No —respondió Aomame.

—Ahí hay té helado. Si le apetece, sírvase un vaso.

La anciana señaló una mesilla de servicio cercana a la entrada. En ella habían dejado agua y té helado con limón. Al lado, tres vasos de cristal tallado.

—Muchas gracias —dijo Aomame, pero no cambió de postura, esperando nuevas palabras.

La señora volvió a guardar silencio durante un rato. Tenía algo que decir, pero a lo mejor, al contarlo, la realidad a la que se iba a referir podría tornarse más auténtica que la propia realidad. Prefería posponer ese punto para un poco más adelante. Ése era el sentido de aquel silencio. Miró de reojo la pecera que estaba a su lado. Luego, resignada, por fin miró de frente a Aomame. Tenía los labios completamente cerrados, con las comisuras algo levantadas a propósito.

—¿Le ha comunicado Tamaru que la perra que vigilaba la casa de acogida ha muerto en circunstancias extrañas? —preguntó la anciana.

—Sí.

—Pues después de eso, Tsubasa ha desaparecido.

Aomame frunció un poco el ceño.

—¿Ha desaparecido?

—Se ha esfumado. Probablemente haya ocurrido de noche. Esta mañana ya no estaba.

Aomame frunció los labios y buscó las palabras adecuadas. Éstas tardaron en salir.

—Pero…, según tenía entendido, Tsubasa siempre dormía con alguien en la misma habitación, por si acaso.

—Así es. Sin embargo, por lo visto la chica que dormía con ella se quedó profundamente dormida y no se dio cuenta de que había desaparecido. Al amanecer, Tsubasa no estaba en el futón.

—El pastor alemán muere y, al día siguiente, Tsubasa desaparece —dijo Aomame para confirmar los hechos.

La señora asintió.

—Por ahora no sabemos con certeza si existe alguna relación entre una cosa y otra. Pero yo creo que probablemente hay alguna conexión.

Sin motivo aparente, Aomame miró hacia la pecera sobre la mesa. La señora hizo lo mismo, siguiendo los ojos de Aomame. Los cuatro peces de colores, impasibles, iban y venían dentro del estanque de cristal, moviendo ligeramente las aletas. La luz estival se refractaba de manera extraña en la pecera y producía

la ilusión de estar observando un misterioso fragmento de las profundidades marinas.

—Estos peces los compré para Tsubasa —le explicó la señora a Aomame, mirándola a la cara—. Había una pequeña feria en el mercado de Azabu y me llevé a Tsubasa a dar un paseo. No me parecía bueno que se pasara todo el tiempo encerrada en casa. Tamaru también vino, claro. En uno de los puestos de la feria compramos la pecera con los peces de colores. A la niña los peces de colores le llamaban mucho la atención. Los puso en su habitación y se pasaba todo el día mirándolos. Pero tras su desaparición los he traído aquí. Desde entonces, yo también los miro a menudo. Me quedo quieta, observándolos, sin más. Le parecerá raro, pero no me canso de mirarlos. Hasta ahora nunca había observado unos peces con tanto celo.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar Tsubasa? —preguntó Aomame.

—No —dijo la señora—. No cuenta con la casa de ningún familiar. Por lo que yo sé, no tiene ningún lugar adonde ir.

—¿Existe la posibilidad de que alguien se la haya podido llevar a la fuerza?

La señora hizo un pequeño y nervioso movimiento de cabeza, como para espantar una mosca invisible.

—No, *simplemente* se fue. Nadie ha podido entrar y llevársela. Si así fuera, la gente de la casa se habría despertado. Las mujeres que viven allí ya tienen el sueño bastante ligero de por sí. Creo que Tsubasa se ha marchado por voluntad propia. Se levantó sin hacer ruido, bajó las escaleras, abrió en silencio la puerta, con la llave, y salió. Me lo estoy imaginando. Al salir, la perra no ha ladrado, puesto que había muerto la noche anterior. No se ha cambiado de ropa. Aunque tenía una muda ya preparada y doblada en la habitación, se ha ido en pijama. No debía de tener ni un yen.

El rostro de Aomame se deformó todavía más.

—¿Se ha ido sola, en pijama?

La señora asintió.

—Sí. No sé adónde demonios podrá haber ido una niña de diez años, sola, en pijama, sin dinero, en plena noche. Resulta difícil hacerse una idea. Pero, de algún modo, tampoco me parece raro. Es más, incluso tengo la sensación de que ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. Por eso no la he buscado. Simplemente me he quedado quieta, mirando los peces de colores.

La señora echó otra ojeada a la pecera. Luego volvió a mirar a Aomame a la cara.

—Sé que buscarla sería en vano. La niña se ha marchado fuera de nuestro alcance.

Una vez dicho eso, dejó de apoyar la mejilla en el brazo y soltó lentamente un suspiro que llevaba acumulado en su cuerpo desde hacía mucho tiempo. Colocó ambas manos sobre las rodillas.

—¿Pero por qué se habrá ido? —dijo Aomame—. En la casa de acogida tiene protección, y no dispone de ningún otro sitio al que ir.

—Desconozco el motivo. Pero me da la impresión de que la muerte de la perra debe de haber sido el detonador. Desde que llegó aquí, mimó muchísimo a la perra y ésta también se encariñó una barbaridad con la niña. Su relación era como la de dos buenas amigas, así que cuando la perra falleció, y encima de una manera tan sangrienta e inexplicable, Tsubasa sufrió un impacto enorme, naturalmente. Nos afectó a todos en la casa. Pero, ahora que lo pienso, la espantosa muerte de la perra ha debido de ser una especie de mensaje dirigido a Tsubasa.

—¿Un mensaje?

—Un mensaje de que no podía quedarse aquí. «Sabemos que te escondes ahí. Tienes que irte o, si no, quizá le ocurran más desgracias a la gente que te rodea». Ese tipo de mensaje.

Los dedos de la señora marcaban sobre sus rodillas el paso de un tiempo imaginario. Aomame esperó a que siguiera hablando.

—Seguro que la niña comprendió el mensaje y se fue por sí misma. No creo que se marchara porque quisiera hacerlo. Tuvo que irse, a sabiendas de que no contaba con ningún otro sitio adonde ir. Cuando pienso en ello, se me cae el alma a los pies. ¡Que una niña de tan sólo diez años tenga que tomar semejante decisión!

Aomame pensó en estirar el brazo y agarrar la mano de la señora, pero desistió. La conversación aún no había terminado.

—Huelga decir que para mí ha sido un gran golpe. Es como si me hubieran arrancado un miembro del cuerpo, porque pensaba encargarme legalmente de ella como si de mi propia hija se tratara. Sabía, por supuesto, que las cosas no serían tan sencillas, pero pese a las dificultades que pudiera acarrear, era algo que deseaba hacer. Aunque no saliera bien, nadie podría decirme nada. Sin embargo, para serle franca, a esta edad el cuerpo se resiente.

—Pero Tsubasa podría regresar de repente cualquier día. No tiene dinero, ni un sitio adonde ir…

—Quiero pensar que así será, pero no va a suceder —dijo la señora con una voz desprovista de inflexiones—. La niña todavía tiene diez años, pero también piensa a su manera, y se ha marchado *motu proprio*. No creo que regrese de forma voluntaria.

Aomame le pidió permiso, se levantó, fue hasta la mesilla próxima a la puerta y se sirvió té helado en un vaso de cristal azul tallado. No tenía demasiada sed, pero quería levantarse del asiento y tomar un respiro. Volvió al sofá, bebió un trago del té helado y dejó el vaso sobre la mesa de cristal.

—Por ahora, el asunto de Tsubasa termina ahí —dijo la señora, esperando a que Aomame se acomodara en el sofá. Luego, como para pasar página, se enderezó y juntó los dedos de ambas manos—. Ahora hablemos de Vanguardia y de su líder. Quiero contarle lo que he descubierto sobre él. Es el asunto principal por el que la he hecho venir hoy, aunque al fin y al cabo está relacionado con el caso de Tsubasa, por supuesto.

Aomame asintió. Eso ya se lo había imaginado.

—Como le dije anteriormente, pase lo que pase, tenemos que *despachar* al tipo ese al que llaman líder. Me refiero a *enviarlo al otro barrio*. Como ya sabrá, ese hombre tiene por costumbre violar a niñas de diez años. Todas, niñas a las que aún no les ha venido la primera menstruación. Para justificar tal acto, se ha sacado una doctrina de la manga y se aprovecha del sistema de la comunidad religiosa. He averiguado todo lo que he podido. Encargué que se investigaran las fuentes apropiadas e invertí algo de dinero. No fue fácil. Requirió una cantidad mayor que la que había previsto, pero, al final, he podido identificar a cuatro de las niñas que se cree que el hombre ha violado. La cuarta es Tsubasa.

Aomame cogió el vaso de té helado y tomó un sorbo. No le supo a nada, como si tuviera un algodón dentro de la boca que absorbiera todo el sabor.

—Aunque todavía no se han precisado los detalles, al menos dos de las cuatro niñas viven actualmente dentro de la comunidad religiosa —dijo la anciana—. Al parecer, desempeñan el papel de sacerdotisas allegadas al líder. Nunca se muestran delante de los fieles. No sé si permanecen en la comunidad por voluntad propia o si han tenido que quedarse porque les impidieron huir. Tampoco está claro si todavía mantienen relaciones sexuales con el líder. De todas maneras, parece ser que el líder y las niñas viven en el mismo sitio, como una familia. El acceso al área residencial del líder está prohibido, y los fieles comunes no pueden acercarse a ella. Hay muchas cosas envueltas en misterio.

El vaso de cristal tallado empezó a exudar sobre la mesa. Tras hacer una

pausa y tomar aliento, la señora prosiguió.

—Una cosa es cierta: se dice que la primera víctima de las cuatro fue la propia hija del líder.

Aomame frunció el ceño. Los músculos de su cara se movieron solos y le deformaron el rostro. Quiso decir algo, pero las palabras no acudieron a su boca.

—Sí. Se cree que el hombre violó a su propia hija en primer lugar. Fue hace siete años, cuando ella tenía diez —dijo la señora.

A través del interfono, la señora le pidió a Tamaru que les llevara una botella de jerez y dos copas. Entretanto, ambas permanecieron calladas, sumida cada una en sus pensamientos. Tamaru trajo una bandeja con una botella de jerez sin abrir y dos refinadas copas de cristal. Dejó todo sobre la mesa y seguidamente abrió la botella con un movimiento resuelto y preciso, como si le retorciera el cuello a un ave. El jerez borboteó al caer en las copas. Al asentir la señora con la cabeza, Tamaru hizo una reverencia y se marchó. Igual que antes, no dijo una sola palabra. Ni siquiera se oían sus pisadas.

«No se trata sólo de lo de la perra», pensó Aomame. Tamaru estaba profundamente herido por el hecho de que la niña (a quien la señora estimaba más que a nadie) hubiera desaparecido delante de sus narices. En sentido estricto, no podía decirse que fuera responsabilidad suya. No vivía en la casa de la patrona y, a no ser por algún asunto especial, de noche siempre regresaba a su casa, que estaba a unos diez minutos a pie, y dormía allí. La muerte de la perra y la desaparición de la niña habían ocurrido de noche, en su ausencia. No había podido evitar ninguna de las dos cosas. Su trabajo consistía en proteger a la señora y la Villa de los Sauces y no podía apañárselas para garantizar también la seguridad de la casa de acogida, que se encontraba fuera del terreno. Y sin embargo, aquellos acontecimientos suponían para él un fracaso personal y una humillación imperdonable hacia su persona.

—¿Está preparada para encargarse de esa persona? —le preguntó la señora a Aomame.

—Sí, lo estoy —respondió Aomame con claridad.

—No va a ser una tarea sencilla —dijo la señora—. Es cierto que los trabajos que le encargo nunca son fáciles, pero esta vez *todavía menos*. Por mi parte, haré todo lo posible, pero aún no estoy convencida de hasta qué punto puedo

garantizar su seguridad. Posiblemente entrañe un riesgo mayor al que ha estado expuesta hasta ahora.

—Soy consciente de ello.

—Como ya le he dicho antes, no quiero ponerla en una situación de peligro, pero, francamente, en este caso las opciones son limitadas.

—No importa —dijo Aomame—. Ese hombre no puede seguir viviendo.

La señora alcanzó la copa y tomó un sorbo de jerez para probarlo. Luego volvió a contemplar los peces de colores durante un buen rato.

—Siempre me ha gustado beber jerez a temperatura ambiente en las tardes de verano. No me gusta beber cosas frías cuando hace calor. Después de beber jerez, me tumbo un poco y duermo. Me quedo dormida sin darme cuenta. Al despertarme, hace un poquito menos de calor. Ojalá pudiera morirme así algún día. Beber jerez en una tarde de verano, recostarme en el sofá, quedarme dormida sin darme cuenta y no volver a despertar.

Aomame tomó su copa y bebió a su vez un poco de jerez. El sabor de aquel vino no le gustaba demasiado, pero le apetecía beber algo. A diferencia de lo que le había sucedido con el té helado, esta vez sí que podía sentir el sabor. El gusto punzante del alcohol le aguijoneó la lengua.

—Quiero que me responda con sinceridad —dijo la señora—: ¿Tiene usted miedo a morir?

La respuesta se demoró. Aomame negó con la cabeza.

—Comparado con el miedo que tengo a vivir siendo yo misma, no.

Una fugaz sonrisa afloró a los labios de la señora. Parecía que había rejuvenecido un tanto con respecto a hacía un rato. La vitalidad volvió a sus labios. Quizá la conversación con Aomame la había estimulado. O quizá se tratara de la pequeña cantidad de jerez, que había hecho su efecto.

—Pero seguro que hay algún hombre al que ama.

—Sí, pero las posibilidades de unirme a él son prácticamente nulas, así que, aunque me muriera, lo que perdería sería también prácticamente nulo.

La señora entornó los ojos.

—¿Existe algún motivo en particular por el que cree que nunca podrá unirse a ese hombre?

—No, no hay ningún motivo —dijo Aomame—. Salvo que yo soy yo.

—¿No tiene intención de acercarse a él?

Aomame negó con la cabeza.

—Para mí, el hecho de que lo deseo con todo mi corazón es lo más

importante.

La señora se quedó un rato mirándola a la cara, admirada.

—Es usted una persona con las ideas muy claras.

—Necesito que sea así —dijo Aomame. Entonces se llevó la copa de jerez a los labios, por pura formalidad—. No es por gusto.

En la sala se hizo el silencio durante un rato. Las azucenas seguían con la cabeza gacha y los peces de colores nadaban en medio de la luz estival refractada.

—Es posible que consiga crear las circunstancias necesarias para que el líder y usted se queden a solas —dijo la señora—. No va a ser fácil y llevará bastante tiempo, pero puedo conseguirlo. Entonces, usted tendrá que hacer *lo de siempre*. No obstante, una vez realizado el trabajo deberá esfumarse. Le pagaré una operación de cirugía estética facial. Dejará su empleo y se marchará lejos. También se cambiará de nombre. Tendrá que abandonar todo lo que ha poseído hasta ahora y convertirse en otra persona. Por supuesto, recibirá un salario generoso. De todo lo demás me encargaré yo. ¿Está dispuesta a ello?

—Como le he dicho antes, no tengo nada que perder. Mi empleo, mi nombre, mi vida en Tokio carecen de importancia para mí. No tengo nada que objetar.

—También le van a cambiar la cara.

—¿Va a ser mejor que la que tengo ahora?

—Si eso es lo que desea, se puede hacer, por supuesto —contestó la señora toda seria—. Naturalmente, hay unos límites, pero podemos hacerle una cara conforme a sus deseos.

—De paso, quizá podrían hacerme un aumento de pecho, ¿no?

La señora asintió.

—Puede ser una buena idea. Me refiero a que puede ser una buena idea para engañar a la gente, claro.

—Estoy bromeando —dijo Aomame. A continuación dulcificó el gesto—. Aunque no me siento orgullosa de él, no me importa quedarme con este pecho. Es ligero y fácil de llevar y, además, cambiar de talla de ropa interior a estas alturas sería un lío.

—Si es por eso, le compro lo que usted quiera.

—También estaba bromeando —dijo Aomame.

La señora sonrió.

—Perdone. No estoy acostumbrada a oírla bromear.

—No me opongo a que me hagan una operación estética —dijo Aomame—.

Hasta ahora nunca había pensado en operarme, pero no tengo ningún motivo para negarme. Nunca me ha gustado mi cara, y tampoco ha habido nadie a quien le gustara demasiado.

—También perderá a sus amigos.

—No tengo a nadie a quien pueda llamar amigo —dijo Aomame. Luego se acordó de súbito de Ayumi. «Si desapareciera repentinamente, sin dar una sola explicación, Ayumi quizá me añoraría. O tal vez se sentiría como si la hubiera traicionado». Pero llamar amiga a Ayumi había sido imposible desde un principio. Su vida había tomado unos derroteros demasiado peligrosos para hacerse amiga de una agente.

—Yo tenía dos hijos —dijo la señora—. Un niño y una niña tres años menor. Mi hija se murió. Se suicidó, como le comenté en otra ocasión. Ella no tenía hijos. Con mi hijo hace ya mucho tiempo que, por circunstancias de la vida, las cosas no van bien. Actualmente casi no nos dirigimos la palabra. Tengo tres nietos a los que hace una eternidad que no veo. Se supone que si me muriera, mi único hijo y mis nietos heredarían toda la fortuna que poseo. Casi de manera automática. Últimamente, el testamento no tiene tanta validez como antaño. Sin embargo, ahora mismo dispongo de dinero suficiente. Si lleva a cabo bien este trabajo, quiero legarle la mayor parte. No me malinterprete: no pretendo comprarla con dinero. Lo que quiero decir es que la considero como si fuera mi propia hija. Ojalá fuera usted mi hija.

Aomame miró a la señora a la cara en silencio. De pronto, la señora dejó sobre la mesa la copa de jerez. Luego se volvió hacia atrás y miró los resplandecientes pétalos de las azucenas. Olió aquella exuberante fragancia y a continuación miró de nuevo a Aomame a la cara.

—Como le he dicho antes, estaba pensando en encargarme de Tsubasa y adoptarla, pero al final ha desaparecido. No he podido ayudarla. Me he quedado de brazos cruzados, mirando cómo desaparecía sola en la oscuridad de la noche. Y ahora pretendo enviarla a usted a un lugar peligrosísimo. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero, sintiéndolo mucho, ahora mismo no encuentro otra manera de cumplir el objetivo. Todo lo que puedo hacer es compensarla de esta forma tan vulgar.

Aomame escuchaba atentamente y en silencio. Cuando la señora dejó de hablar, se oyó con claridad el canto de un pájaro al otro lado de la puerta de cristal. Después de gorjear un rato se marchó.

—Lo importante, pase lo que pase, es *encargarse* de ese hombre —dijo

Aomame—. Le estoy profundamente agradecida por tenerme en tanta estima. Me imagino que ya sabe que, por cierto motivo, yo abandoné a mis padres. Ellos me dejaron de lado cuando era pequeña. Me vi obligada a llevar una vida carente de todo sentimiento de consanguinidad. Para sobrevivir sola tuve que adaptarme a ese estado anímico. No fue sencillo. A veces me sentía como un desperdicio. Un desperdicio inútil e inmundo. Por eso le agradezco enormemente que me diga estas palabras. Ya es un poco tarde para cambiar mi forma de pensar y de vivir, pero no para Tsubasa. Ella todavía puede salvarse. No se rinda así como así, por favor. No pierda la esperanza y recupere a la niña.

La señora asintió.

—Creo que me he expresado mal. Por supuesto que no voy a rendirme con respecto a Tsubasa. Pase lo que pase, pienso emplear todas mis fuerzas en traerla de vuelta. Pero como puede ver, ahora mismo me siento agotada. Me embarga un profundo sentimiento de impotencia por no haber podido proteger a la niña. Necesito algo de tiempo antes de volver a la acción. También puede ser que ya esté demasiado vieja. Tal vez nunca recupere el vigor de antes, por mucho que espere.

Aomame se levantó del sofá y se acercó a la señora. Se sentó en el reposabrazos del sillón, estiró los brazos y agarró aquellas pequeñas manos, esbeltas y refinadas.

—Es usted una mujer de armas tomar. Tiene más energía que nadie. Ahora mismo, simplemente está desanimada y cansada. Debería acostarse y descansar un poco. Cuando se despierte, lo verá todo de otra manera —dijo Aomame.

—Gracias. —La señora sujetó a Aomame de las manos—. Es cierto; me convendría dormir un poco.

—Yo ya me tengo que ir —dijo Aomame—. Espero noticias suyas. Dejaré todos mis asuntos en orden. Aunque no habrá demasiado equipaje.

—Esté preparada para poder trasladarse en cualquier momento. En caso de que necesitara algo, yo se lo proporcionaría de inmediato.

Aomame soltó las manos de la señora y se levantó.

—Buenas noches. Todo va a salir bien.

La señora hizo un gesto afirmativo con la cabeza y, sentada en el sillón, cerró los ojos. Aomame volvió a mirar la pecera que estaba sobre la mesa, aspiró la fragancia de las azucenas y abandonó aquella sala de techo alto.

Tamaru la esperaba a la entrada. Eran las cinco, pero el sol aún estaba alto y no había perdido ni un ápice de vigor. Llevaba los zapatos negros de cordobán bien pulidos, como de costumbre, y la luz se reflejaba en ellos de manera radiante. Dispersas en el cielo había algunas nubes blancas, pero se hallaban recluidas en un rincón para no molestar al sol. Aunque todavía era temprano para el final de la estación de las lluvias, los últimos días se habían sucedido como si fuera pleno verano. Desde el centro de la arboleda del jardín, podían oírse las cigarras. Su canto todavía no sonaba muy fuerte, sino más bien discreto, pero resultaba un presagio certero. Los mecanismos del universo se conservaban igual que siempre. Las cigarras cantaban, las nubes estivales fluían y los zapatos de piel de Tamaru estaban impolutos. Sin embargo, por algún motivo, a Aomame le resultaba reconfortante el hecho de que el mundo se preservara tal y como era, sin ninguna alteración.

—Tamaru —dijo Aomame—, me gustaría charlar un poco contigo. ¿Tienes tiempo?

—Claro —respondió Tamaru con semblante impertérrito—. Tengo tiempo y matarlo forma parte de mi trabajo. —Se sentó en la silla de jardín que había al salir del recibidor. Aomame se sentó en la silla contigua. Como el alero que sobresalía del tejado obstruía la luz, ambos se hallaban a la sombra. Olía a hierba fresca.

—Ya es verano —dijo Tamaru.

—Las cigarras han comenzado a cantar —añadió Aomame.

—Parece que este año han empezado un poco antes que de costumbre. A partir de ahora armarán tanto ruido que será hasta molesto para los oídos. Será el mismo ruido que cuando me alojé en un pueblo cercano a las cataratas del Niágara. Se las oía sin cesar, de la mañana a la noche. Igual que un millón de cigarras, grandes y pequeñas, cantando a la vez.

—¿Has estado en las cataratas del Niágara?

Tamaru asintió.

—Era el pueblo más aburrido del mundo. Pasé allí tres días solo, y, aparte de escuchar el ruido de las cataratas, no había nada más que hacer. Era tan molesto que ni siquiera podías leer.

—¿Qué pintabas tú allí solo durante tres días?

Tamaru no contestó. Se limitó a hacer un pequeño movimiento negativo con la cabeza.

Durante un buen rato, Tamaru y Aomame se quedaron en silencio, prestando

atención al sutil canto de las cigarras.

—Quería pedirte un favor —dijo Aomame.

Tamaru pareció mostrarse interesado. Aomame no era de las que solían pedir favores.

—Se trata de un favor un poco inusual. Espero que no sea una molestia.

—No sé si podré hacerlo o no, pero te escucho. Eso sí, tengo la cortesía de no considerar una molestia los favores cuando me los pide una dama.

—Necesito una pistola —dijo Aomame con voz seria—. Una que quepa en un bolso. Que tenga poco retroceso, pero que sea bastante potente y que me garantice el éxito. No quiero réplicas de juguete, ni copias de fabricación filipina. Sólo voy a utilizarla una vez. Con una bala debería ser suficiente.

Se hizo un silencio durante el cual Tamaru no apartó la mirada ni un momento de la cara de Aomame. No movió los ojos ni un milímetro.

Tamaru habló lentamente, para enfatizar lo que decía.

—En este país, la ley prohíbe que los ciudadanos porten armas de fuego. Lo sabías, ¿no?

—Claro.

—Te lo digo por si acaso: a mí nunca me han inculpado por ningún delito —dijo Tamaru—. En otras palabras, no tengo antecedentes penales. Es cierto que quizás he cometido alguna infracción en lo que respecta a la justicia. No lo puedo negar. Pero en cuanto a los archivos policiales, soy un ciudadano completamente limpio. Recto e íntegro, sin una sola tacha. Soy homosexual, pero eso no va en contra de la Ley. Pago los impuestos, como se me pide, y voto en las elecciones, a pesar de que los candidatos que he votado nunca han salido electos. También he pagado todas las multas de tráfico dentro del plazo. En los últimos diez años nunca me han detenido por exceso de velocidad. Además, estoy dado de alta en el sistema sanitario japonés, pago la cuota de recepción de la NHK mediante transferencia bancaria y tengo una American Express y una MasterCard. Si quisiera, podría pedir un préstamo hipotecario a treinta años, aunque ahora mismo no tengo intención de hacerlo. Y siempre es una alegría saber que me encuentro en esta situación. ¿Te das cuenta de que estás pidiendo que te consiga un arma a alguien a quien no sería exagerado considerar un pilar de la sociedad?

—Por eso te dije que esperaba que no fuera una molestia.

—Bueno, eso es verdad.

—Siento tener que pedírtelo, pero es que no se me ocurre nadie más a quien

acudir.

De la garganta de Tamaru salió un débil ruido sordo. Sonaba un poco como un suspiro ahogado.

—Suponiendo que estuviera en situación de poder conseguírtela, lo lógico sería, probablemente, que te preguntara a quién tienes intención de disparar con el arma.

Aomame señaló su propia sien con el índice.

—Aquí, tal vez.

Tamaru se quedó mirando el dedo, totalmente inexpresivo, durante un rato.

—Entonces te preguntaría el motivo.

—Porque no quiero que me arresten. Morir no me da miedo. Aunque ir a la cárcel sea en extremo desagradable, creo que no hay más remedio que aguantarlo. Pero no quiero que una pandilla de indeseables me detenga y me torture, y tampoco quiero dar nombres de nadie. ¿Entiendes lo que digo?

—Creo que sí.

—No tengo intención de disparar a nadie, ni de atracar un banco. Por eso tampoco te estoy pidiendo una semiautomática de veinte tiros. Me basta con algo compacto y de poco retroceso.

—También puedes recurrir a una droga. Es más práctico que conseguir un arma de fuego.

—Sacar una droga y tomársela lleva su tiempo. Antes de haber mordido una cápsula me la podrían sacar de la boca e inmovilizarme. Sin embargo, con una pistola podría contener al enemigo y acabar con todo.

Tamaru reflexionó un rato. Tenía la ceja derecha un tanto erguida.

—Si por mí fuera, no querría perderte —dijo—. Me gustas bastante. Me refiero a nivel personal.

Aomame sonrió un poco.

—¿Para ser una mujer, quieres decir?

—Hombre, mujer o perro, no hay demasiados seres que me gusten —respondió Tamaru, sin cambiar de expresión.

—Desde luego —dijo Aomame.

—Pero, al mismo tiempo, mi prioridad en este momento es garantizar la tranquilidad y la salud de *Madame*. Y en cierto modo soy un profesional.

—Cae por su propio peso.

—Mirándolo desde ese punto de vista, veré qué puedo hacer. No te garantizo nada, pero a lo mejor encuentro a algún conocido que pueda atender a lo que me

pides. Sin embargo, es un asunto extremadamente delicado. No es como comprar una manta eléctrica por correspondencia. Podría pasar una semana antes de que obtenga una respuesta.

—Está bien —dijo Aomame.

Tamaru achicó los ojos y alzó la vista hacia la arboleda en donde cantaban las cigarras.

—Espero que todo salga bien. Colaboraré en todo lo que pueda.

—Gracias. Éste, probablemente, sea mi último trabajo. Quizá no vuelva a verte nunca más.

Tamaru estiró las manos, con las palmas mirando hacia arriba, como quien espera a que llueva en pleno desierto. Pero no dijo nada. Sus palmas eran grandes y gruesas, salpicadas de cortes. En vez de partes del cuerpo parecían enormes piezas de maquinaria pesada.

—No me gustan demasiado las despedidas —dijo Tamaru—. Yo ni siquiera tuve la oportunidad de decirles adiós a mis padres.

—¿Fallecieron?

—No sé si están vivos o muertos. Nací en Sajalín un año antes de que terminara la guerra. El sur de Sajalín era una colonia japonesa llamada, por aquel entonces, Karafuto, pero en el verano de 1945 fue ocupada por el Ejército soviético, y mis padres fueron capturados como prisioneros de guerra. Por lo visto, mi padre trabajaba en unas instalaciones portuarias. La mayoría de los prisioneros civiles japoneses fueron repatriados, pero como mis padres eran coreanos que habían sido enviados a Sajalín como mano de obra, no les permitieron regresar a Japón. El Gobierno japonés se negó a reclamarlos. El motivo era que, al terminar la guerra, las personas oriundas de la península de Corea dejaron de ser súbditas del Imperio del Japón. Algo espantoso. No había ni un ápice de humanidad. Los que lo desearan podían ir a Corea del Norte, pero no les dejaban regresar al sur, porque por aquel entonces la Unión Soviética no reconocía la existencia de Corea del Sur. Mis padres habían nacido en un pueblo pesquero a las afueras de Busan y no querían ir al norte, donde no tenían familiares ni conocidos. A mí, que todavía era un bebé, me dejaron en manos de unos repatriados japoneses que me llevaron a Hokkaidō. La situación del suministro de víveres en Sajalín por aquella época, así como el trato que recibían los prisioneros del Ejército soviético, eran terribles. Aparte de mí, mis padres tenían unos cuantos hijos más, todos niños pequeños, y criarme allí debía de ser

complicado. Supongo que querían enviarme a Hokkaidō a mí primero para luego poder volver a juntarnos todos. O tal vez simplemente querían librarse con tacto de una molestia. Ignoro qué fue lo que ocurrió con exactitud. De todos modos, nunca volvimos a vernos. Quizás aún permanezcan en Sajalín. Quiero decir que quizá no hayan muerto todavía.

—¿No recuerdas nada de tus padres?

—Absolutamente nada, porque cuando me separé de ellos sólo tenía un año de edad. Tras haber sido criado durante un tiempo por aquel matrimonio, me metieron en un orfanato en medio de las montañas, en las afueras de Hakodate. Supongo que ellos tampoco se podían permitir ocuparse de mí para siempre. Se trataba de un centro dirigido por una comunidad católica, pero era un lugar terrible. Había una cantidad enorme de niños que se habían quedado huérfanos tras la guerra, y la comida y la calefacción eran insuficientes. Teníamos que hacer muchas cosas para poder sobrevivir. —Tamaru miró de reojo el dorso de su mano derecha—. Luego me adoptaron por pura formalidad, obtuve la nacionalidad japonesa y recibí un nombre japonés: Ken'ichi Tamaru. Sólo recuerdo que mi nombre verdadero era Pak. Y coreanos que se llamen Pak los hay a patadas.

Aomame y Tamaru estaban sentados, el uno junto al otro, escuchando el canto de las cigarras.

—Deberías comprar otro perro —dijo Aomame.

—Eso dice *Madame*. Que necesitan otro perro guardián en el centro de acogida. Sin embargo, todavía soy incapaz de hacerme a la idea.

—Te entiendo, pero es mejor que busques otro perro. Aunque, bueno, tampoco soy la más apropiada para ir dando consejos a los demás.

—Lo haré —dijo Tamaru—. Es cierto que necesitamos un perro adiestrado. En cuanto pueda, llamaré a la tienda de perros.

Aomame miró el reloj de pulsera y se levantó. Aún faltaba un buen rato hasta la puesta del sol, pero en el cielo se atisbaba un tenue indicio crepuscular. En medio del verdor se empezaba a mezclar un verde de un matiz diferente. Notaba todavía una ligera ebriedad provocada por el jerez. ¿Seguiría durmiendo la señora?

—Chéjov dijo una vez —comentó Tamaru levantándose lentamente—: «Cuando en una historia aparece un arma de fuego, ésta deberá ser disparada».

—¿Qué quiere decir?

Tamaru se levantó para colocarse frente a Aomame y le habló. Él era unos centímetros más alto.

—Que no debe utilizarse un accesorio innecesario en medio de una historia. Si aparece una pistola, en algún momento de la historia es necesario dispararla. Chéjov prefería escribir obras desprovistas de florituras inútiles.

Aomame estiró de las mangas de su vestido y se echó el bolso bandolera al hombro.

—Entonces, eso es lo que te preocupa: que si surge una pistola quiere decir que, sin lugar a dudas, en un momento dado va a ser disparada.

—Visto desde la perspectiva de Chéjov.

—Y por eso preferirías no tener que conseguirme un arma.

—Es peligroso e ilegal. Y además Chéjov es un autor en el que se puede confiar.

—Pero esto no es una historia, sino el mundo real.

Tamaru entornó los ojos y miró fijamente a la cara a Aomame. Luego abrió poco a poco la boca.

—¡Quién sabe!

2
TENGO

No tengo nada, aparte de alma

Colocó el disco de la *Sinfonietta* de Janáček en el plato del tocadiscos y pulsó el botón de reproducción automática. Era la Orquesta Sinfónica de Chicago dirigida por Seiji Ozawa. El plato empezó a girar a una velocidad de treinta y tres revoluciones por minuto, el brazo se movió hacia el interior y la aguja siguió los surcos del disco. Tras la introducción de metales, el espléndido sonido de los timbales salió por los altavoces. Era la parte favorita de Tengo.

Mientras escuchaba la música, tecleaba frente a la pantalla del ordenador. Escuchar la *Sinfonietta* de Janáček temprano por la mañana se había convertido en una costumbre diaria. Desde que la interpretó siendo percusionista sustituto en su época de bachiller, se había tornado para Tengo en una obra muy especial. Siempre le había dado ánimos y lo había protegido. Al menos, eso era lo que a él le parecía.

También la había escuchado con su novia mayor que él. «No está nada mal», le había dicho ella. Pero su novia prefería los viejos discos de jazz a la música clásica. Y daba la impresión de que cuanto más viejos, mejor. Era una afición un tanto extraña para una mujer de su edad. Sobre todo le gustaba un disco en el que un joven Louis Armstrong cantaba una recopilación de blues de W. C. Handy. Barney Bigard tocaba el clarinete y Trummy Young, el trombón. Ella le había regalado el disco a Tengo, pero más que para que lo escuchara él, era para escucharlo ella.

Después de hacer el amor, escuchaban el disco metidos en la cama. Ella nunca se cansaba de oírlo. «La trompeta y la voz de Louis son intachables, formidables, pero si quieres que te dé mi opinión, sobre todo deberías prestar atención al clarinete de Barney Bigard», le había dicho ella. Sin embargo, en aquel álbum, apenas había solos de Barney Bigard. Además, todos sus solos se limitaban a un *chorus*, ya que se trataba de un disco en el que el protagonista era

Louis Armstrong. Sin embargo, ella había memorizado con mimo cada uno de los escasos solos de Bigard y siempre los tatareaba al unísono en voz baja.

«Tal vez haya mejores clarinetistas de jazz que Barney Bigard, pero por mucho que busque no encuentro a ninguno que tocara con tanta calidez y delicadeza», le había dicho ella. Sus ejecuciones —en sus mejores momentos, por supuesto— siempre se convertían en un paisaje sensorial. Sin embargo, Tengo desconocía cómo eran otros clarinetistas de jazz. En cualquier caso, a fuerza de escucharlo se fue dando cuenta, poco a poco, de que en ese álbum el clarinete poseía una bella presencia, nada forzada, sustanciosa e imaginativa. Pero para comprenderlo tuvo que escucharlo con mucha atención. También necesitó una guía competente. Si se hubiera limitado a escuchar, lo habría pasado por alto.

«Barney Bigard tiene una forma de tocar preciosa, como un jugador, con mucho talento, de la segunda base», le había dicho ella una vez. «Sus solos son fantásticos, pero cuando mejor se aprecia su arte es en los momentos en que acompaña a otros. Hace que cosas realmente difíciles parezcan un juego de niños. Sólo un oyente atento se da cuenta del valor que tiene».

Cada vez que empezaba la sexta pieza de la cara B del LP *Atlanta Blues*, ella se agarraba a alguna parte del cuerpo de Tengo y ponía por las nubes el modesto y preciso solo de Bigard, que se intercalaba entre el canto y el solo de Louis Armstrong. «¡Mira, presta atención! Al principio, de pronto suena un largo chillido, como de un niño pequeño. Quizás una efusión de sorpresa o alegría, o una muestra de dicha. Se convierte en un placentero suspiro, que avanza serpenteando por un bello cauce y se va desvaneciendo de manera natural en algún lugar armonioso y secreto. ¡Escucha! Nadie más puede tocar un solo tan conmovedor. Jimmie Noone, Sidney Bechet, Pee Wee o Benny Goodman son todos grandes clarinetistas, pero ninguno puede conseguir esa especie de delicadas obras de artesanía».

—¿Por qué sabes tanto de jazz viejo? —le había preguntado Tengo en una ocasión.

—Hay muchas cosas de mi pasado que desconoces. Un pasado que nadie puede reescribir. —Y le había acariciado los testículos suavemente con la palma de la mano.

Después de terminar con su trabajo matinal, Tengo dio un paseo hasta la estación y compró el periódico en el quiosco. Luego entró en una cafetería, pidió un desayuno a base de tostadas con mantequilla y huevo cocido y, mientras

esperaba a que se lo prepararan, abrió el periódico y se tomó un café. Tal como Komatsu había predicho, en la página de sucesos venía un artículo sobre Fukaeri. No era muy grande. Aparecía al final de la página, por encima de un anuncio de un automóvil Mitsubishi. El titular rezaba DESAPARICIÓN DE LA POPULAR ESCRITORA ESTUDIANTE DE INSTITUTO.

«En la tarde del ** se confirmó que Fukaeri, de nombre real Eriko Fukada (17 años), autora del actual *best seller La crisálida de aire*, se encuentra en paradero desconocido. Según el señor Takayuki Ebisuno (63 años), antropólogo cultural y tutor de la menor, que solicitó una orden de búsqueda en la comisaría de Aoume, Eriko no ha regresado a su casa en la ciudad de Aoume ni al apartamento que tienen en Tokio, y no se ha puesto en contacto con él desde la noche del 27 de junio. El señor Ebisuno declaró en una entrevista telefónica que, la última vez que estuvo con ella, Eriko tenía el mismo carácter jovial de siempre, que no recordaba ningún motivo por el que pudiera haber desaparecido, aparte de que era la primera vez que no regresaba a casa sin haber pedido antes permiso, y mostró su preocupación por la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo. El señor Yūji Komatsu, editor responsable de la editorial **, que ha publicado *La crisálida de aire*, declaró lo siguiente: “El libro ha estado en las primeras posiciones del *ranking* de *best sellers* durante seis semanas consecutivas y ha sido foco de mucha atención, pero a Fukada no le gusta mostrarse delante de los medios de comunicación. En la editorial aún no sabemos si el actual revuelo a causa de su desaparición responde a una decisión propia. Fukada es una escritora joven, rebosante de talento y con un futuro prometedor y esperamos que aparezca sana y salva cuanto antes”. La policía avanza en la investigación, con varias posibilidades en perspectiva».

Tengo se imaginó que, en la fase en la que se encontraban actualmente, aquello debía de ser todo lo que podía escribirse en el periódico. Si le dieran una amplia cobertura de tipo sensacionalista y al cabo de un par de días Fukaeri regresara a casa como si nada, el articulista quedaría en evidencia y la reputación del periódico también se resentiría. Lo mismo podía decirse de la policía. Ambos realizaban declaraciones sencillas y neutras, como un globo sonda, y esperaban a ver cómo se desarrollaba la situación. Observaban las tendencias del público. El interés en el tema crecería después de que los semanales le dieran cobertura y los telediarios empezaran a montar escándalo. Hasta entonces había una prórroga de unos cuantos días.

No cabía duda, sin embargo, de que tarde o temprano la situación se pondría al rojo vivo. *La crisálida de aire* se había convertido en un *best seller* y su autora, Fukaeri, era una guapa chica de diecisiete años que atraía la mirada de la gente. Se encontraba en paradero desconocido. Era imposible que no se armara un jaleo. Sólo cuatro personas en todo el mundo debían de saber que no la habían raptado, sino que se había escondido en algún lugar ella sola. Lo sabía ella, por supuesto. Lo sabía Tengo y lo sabían el profesor Ebisuno y su hija Azami. Pero nadie más sabía que la desaparición era una farsa para desviar la atención de la gente.

Tengo era incapaz de juzgar si debía alegrarse por saberlo, o si bien tendría que inquietarse. Quizá debiera alegrarse, ya que no era necesario preocuparse por Fukaeri. Estaba en un lugar seguro. Sin embargo, al mismo tiempo, se confirmaba su propia participación en aquella embarazosa intriga. El profesor Ebisuno había levantado una gran roca funesta valiéndose de una palanca y expuesto a la luz del sol lo que había debajo, y ahora estaba al acecho, para ver qué salía arrastrándose de debajo de la roca. Tengo se encontraba a su lado, a regañadientes. No tenía ningún interés en saber qué iba a salir de allí. Si fuera posible, preferiría no verlo. De todos modos estaba claro que iba a ser alguna maldita fuente de problemas. Sin embargo, tenía la impresión de que no podía evitar no verlo.

Una vez terminado el café, las tostadas y el huevo, dejó el periódico que había acabado de leer y se fue de la cafetería. Entonces regresó a casa, se lavó los dientes, se dio una ducha y se preparó para ir a la academia.

Durante la pausa del mediodía, Tengo recibió la visita de un desconocido. Había terminado las clases de la mañana y estaba descansando en la sala de profesores, abriendo la edición matutina de un periódico que todavía no había ojeado. La secretaria del director se le acercó y le dijo que una persona quería verlo. La secretaria era un año mayor que Tengo, una mujer competente. Tenía el título de secretaria, pero se encargaba de casi todas las tareas relacionadas con la gestión de la academia. Sus facciones eran un tanto caóticas para ser considerada guapa, pero tenía estilo y un excelente gusto a la hora de vestir.

—Es un señor que se llama Ushikawa —dijo ella.

El nombre no le sonaba de nada.

No sabía por qué, pero ella frunció un poco el ceño.

—Dijo que se trataba de un asunto importante y que, si podía ser, querría hablar contigo a solas.

—¿Un asunto importante? —repitió Tengo sorprendido. Nunca antes le habían venido con un asunto importante a la academia.

—Como la sala de visitas estaba vacía, lo he llevado allí. Aunque la verdad es que no sé si un subalterno como tú puede utilizarla así como así.

—Muchas gracias —le dijo Tengo, esbozando su mejor sonrisa.

Pero ella se arremangó el dobladillo de su nueva chaqueta de verano de Agnès B. y se marchó de allí a paso ligero, sin prestarle atención.

Ushikawa era un hombre de baja estatura, que aparentaba unos cuarenta y cinco años. Su torso había perdido todo estrechamiento en la cintura, era gordo, y la grasa se le acumulaba alrededor del cuello. Pero, en cuanto a la edad, Tengo no estaba completamente seguro, puesto que la singularidad de sus rasgos (o la rareza) dificultaba captar los elementos que permitían deducir su edad. Parecía mayor y parecía más joven. Aunque se nos dijera que tenía entre treinta y dos y cincuenta y seis años, no nos quedaría más remedio que aceptarlo. Tenía la dentadura en mal estado y la columna un tanto combada. Su gran coronilla, chata de un modo poco natural, estaba calva, y, alrededor, la cabeza parecía deforme. La forma achatada le recordaba a Tengo un helipuerto militar construido en lo alto de una pequeña colina estratégica. Lo había visto en un documental sobre la guerra de Vietnam. Los gruesos pelos rizados de color negro que le quedaban, aferrados alrededor de la cabeza chata y deforme, se extendían más de lo necesario cubriéndole las orejas sin ton ni son. La forma de aquel cabello probablemente haría pensar, a noventa y ocho de cada cien personas, en un pubis. Qué les evocaría a las otras dos personas no le incumbía a Tengo.

Por la fisonomía y las facciones de aquel personaje, se diría que era completamente asimétrico. Fue lo primero que Tengo advirtió cuando lo vio. Es cierto que todas las personas son asimétricas en mayor o menor medida, así que no contravenía las leyes de la Naturaleza. Sus propios párpados, el izquierdo y el derecho, tenían una forma un tanto diferente el uno del otro. El testículo izquierdo le colgaba un poco más abajo que el derecho. Nuestros cuerpos no son productos elaborados en masa en una fábrica, siguiendo un mismo patrón. Pero la asimetría en el caso de aquel hombre sobrepasaba los límites de lo razonable. El desbarajuste de proporciones que cualquiera podía captar con claridad irritaba forzosamente y provocaba malestar a quien se ponía frente a él. Era como

colocarse delante de un espejo totalmente torcido (y, a pesar de ello, de una nitidez repugnante).

El traje gris que llevaba estaba lleno de pequeñas arrugas. Traía a la mente la imagen de una planicie erosionada por un glaciar. Una parte del cuello de la camisa se le salía del traje y el nudo de la corbata estaba torcido, como si se contorsionara por el desagrado de tener que estar allí. Tanto el traje como la corbata y la camisa eran, cada uno, de una talla diferente. El diseño de la corbata podría ser una descripción sensorial de unos fideos *sōmen*[15] estirados y embrollados realizada por un estudiante de arte desmañado. Todos parecían artículos comprados en tiendas baratas para salir del paso. Sin embargo, al observarlo durante un buen rato la ropa que vestía producía progresivamente una sensación de lástima. Tengo era de los que casi no prestaba atención a la ropa que él mismo llevaba, pero se fijaba en cómo iban vestidos los demás. Si tuviera que elegir a las personas peor vestidas de entre toda la gente que había conocido durante los últimos diez años, aquel hombre formaría parte de la considerablemente breve lista. No se trataba sólo de que fuera mal vestido, sino que además daba la impresión de que estaba profanando a propósito la idea de la moda en sí misma.

Cuando Tengo entró en la sala de visitas, el hombre se levantó, sacó una tarjeta de presentación de un estuche y se la entregó a Tengo con una pequeña reverencia. En la tarjeta ponía «Toshiharu Ushikawa», escrito en ideogramas. Debajo aparecía en alfabeto latino. El título era «Presidente titular de la fundación Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón». El domicilio social estaba en Kōjima, en el distrito de Chiyoda, y también incluía un número de teléfono. Tengo no tenía ni idea de qué tipo de organización podía ser la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón, ni en qué podría consistir el puesto de presidente titular. Sin embargo, la tarjeta de presentación era estupenda, con el anagrama en relieve; no parecía una cosa hecha para salir del paso. Tras quedarse observando un rato la tarjeta, Tengo volvió a mirar al hombre a la cara. Pensó que no debía de haber nadie que diera una impresión tan poco acorde con el título de presidente titular de la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón.

Se sentaron en sendos sofás que había separados por una mesa, mirándose de frente. Después de frotarse la frente varias veces con un pañuelo para limpiarse el sudor, el hombre volvió a guardar el pobre pañuelo en el bolsillo de la

chaqueta. La señora de la recepción les trajo té. Tengo le dio las gracias. Ushikawa no dijo nada.

—Siento muchísimo molestarlo en su rato de descanso y sin haber pedido cita previa. —Se disculpó Ushikawa. Aunque tenía una forma de hablar cortés, el tono albergaba un eco de familiaridad que a Tengo no le agradaba nada—. ¡Ah! ¿Ya ha almorzado? Si usted quiere, podríamos salir afuera y charlar mientras comemos algo.

—No almuerzo cuando estoy en el trabajo —dijo Tengo—. Después de las clases de la tarde, como algo ligero, de modo que no hace falta que se preocupe por la comida.

—De acuerdo. Charlemos aquí entonces. Así podremos hablar con más calma y tranquilidad. —El hombre echó una mirada a su alrededor, como si estuviera tasando la sala de visitas. No era demasiado grande. En la pared había colgado un gran óleo de una montaña. No tenía ningún interés en particular, a no ser por el considerable peso de los colores empleados. Había un jarrón con unas flores que parecían dalias. Eran unas flores con un aspecto ciertamente tosco, que hacían pensar en una mujer de mediana edad falta de tacto. Tengo no tenía ni la menor idea de para qué hacía falta en la academia una sala de visitas tan deprimente como aquélla.

—Disculpe que no le haya dicho aún mi nombre. Como pone en la tarjeta, me llamo Ushikawa. Ushi, todos mis amigos me llaman Ushi. Nadie me llama por mi apellido completo. Sólo Ushi —dijo Ushikawa, y esbozó una sonrisa.

«¿Amigos? ¿Quién narices querría ser amigo de alguien así?», se preguntó de pronto Tengo. Era una pregunta fruto de la pura curiosidad.

La primera impresión que le evocó Ushikawa a Tengo fue la de *algo* desagradable saliendo a rastras de un sombrío agujero en la tierra. Algo inidentificable y viscoso, algo que en realidad nunca debería haber salido a la luz. Tal vez aquel hombre fuera una de las cosas que el profesor Ebisuno había atraído al exterior al levantar la roca. Tengo frunció de forma inconsciente el ceño y dejó sobre la mesa la tarjeta de presentación que aún tenía en la mano. Toshiharu Ushikawa, así se llamaba aquel hombre.

—Supongo que estará usted ocupado, así que en esta ocasión me ahorraré los prolegómenos. Iré directo al grano —dijo Ushikawa.

Tengo asintió brevemente.

Ushikawa tomó un sorbo de té y luego entró en materia.

—Es posible que nunca haya oído hablar de la Nueva Asociación para el

Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón. —Tengo asintió—. Es una fundación que ha sido creada hace relativamente poco tiempo y cuya actividad se centra en la selección de jóvenes que contribuyen con su trabajo al desarrollo de áreas científicas y artísticas, sobre todo gente poco conocida todavía, para ofrecerles ayuda. En resumidas cuentas, se puede decir que formamos a los jóvenes que constituirán las próximas generaciones en distintos ámbitos de la cultura contemporánea japonesa. Contratamos a investigadores especializados en cada área y realizamos una selección de candidatos. Cada año elegimos a cinco artistas o investigadores y les ofrecemos una subvención. Durante un año pueden hacer lo que quieran. No existe ningún tipo de condición. Lo único que exigimos es que, pasado ese año, entreguen un trabajo puramente formal, en el que expliquen de forma concisa qué han realizado durante ese periodo y qué resultados han obtenido. Éstos se publicarán en la revista editada por la fundación. No supone ningún tipo de engorro. Como acabamos de empezar, la tarea más importante es que dejen algún tipo de testimonio formal. En resumen, todavía estamos en la fase de siembra. Hablando en plata, ofrecemos una subvención anual de tres millones de yenes por persona.

—Es una cantidad muy generosa —dijo Tengo.

—Para conseguir algo de envergadura, o encontrar algo de envergadura, se necesita tiempo y dinero. Claro que eso tampoco significa que con tiempo y dinero se tenga que conseguir algo estupendo. De todas maneras, disponer de ambas cosas no hace ningún daño. Sobre todo, la cantidad de tiempo es limitada. El reloj no para de marcar la hora. Tictac. El tiempo pasa enseguida. La oportunidad se va perdiendo. Y si usted tiene dinero, puede comprar el tiempo. Puestos a comprar, hasta puede comprarse la libertad. El tiempo y la libertad son lo más importante que el dinero puede comprar para el ser humano.

Tras escuchar aquello, Tengo miró casi de forma automática su reloj de pulsera. Ciertamente, el tiempo pasaba sin cesar. Tictac.

—Siento robarle el tiempo —se disculpó Ushikawa de inmediato. Parecía que había entendido ese gesto como una protesta—. Iré directo al grano. Es cierto que, hoy en día, con tres millones anuales de yenes no se puede llevar una vida de lujo, pero para alguien joven que se las va apañando debería ser una ayuda considerable. Nuestro propósito, desde un principio, ha sido permitir que no tengan que dejarse la piel trabajando para ganarse la vida y que puedan concentrarse plenamente en la investigación o la creación durante un año. Si en la evaluación realizada al final de año, la junta directiva estima que durante ese

periodo se han conseguido resultados interesantes, también queda abierta la posibilidad de seguir recibiendo la beca durante más tiempo.

Tengo se quedó callado, esperando a que prosiguiera.

—El otro día estuve escuchando sus clases en la academia durante una buena hora —dijo Ushikawa—. La verdad es que fue muy interesante. Yo soy completamente lego en esto de las matemáticas; podría decirse que siempre les he tenido tirria y, ya en mi época escolar, odiaba las clases de matemáticas. Bastaba con oír hablar de ellas para volverme y huir. Sin embargo… ¡Ah!…, disfruté de sus clases como un enano. Por supuesto, no entiendo nada de la lógica del cálculo infinitesimal, pero fue escucharlo y sentir que, si eran así de interesantes, debería probar a estudiar un poco de matemáticas desde ya mismo. Fue increíble. Tiene usted un talento fuera de lo común. Quizás incluso podría decirse que posee el talento de arrastrar a la gente hacia alguna parte. He oído que se ha ganado usted en la academia fama como profesor, lo cual me parece natural.

Tengo no sabía cuándo ni dónde había escuchado Ushikawa sus clases. Mientras las impartía, siempre inspeccionaba con atención quién estaba en el aula. No se acordaba de las caras de todos los alumnos, pero si alguien con un aspecto tan singular como el de Ushikawa hubiera asistido, no podría haberle pasado inadvertido. Hubiera llamado la atención como un ciempiés en un tarro de azúcar. Sin embargo, decidió no preguntárselo. Sólo conseguiría que la charla se eternizara.

—Como sabrá, sólo soy un profesor contratado por la academia —intervino Tengo para ahorrar algo de tiempo—. No me dedico a investigar sobre las matemáticas, ni nada parecido. Simplemente explico a mis alumnos, de manera entretenida y fácil de entender, conocimientos bastante extendidos ya. Les enseño métodos eficientes para resolver los problemas que les van a caer en la prueba de acceso a la universidad. Quizás haya nacido para ello. Pero hace mucho tiempo que abandoné la idea de ser un investigador especializado. Aparte de que no tenía los medios económicos necesarios, creía que no poseía el talento ni la capacidad para hacerme un hueco en el ámbito científico. Por eso no voy a servirle de ayuda, señor Ushikawa.

Ushikawa levantó enseguida una mano y dirigió la palma hacia Tengo.

—No, no se trata de eso. Tal vez no he sabido explicarme bien. Le pido que me disculpe. Sus clases de matemáticas son entretenidas, sin duda. Le soy sincero cuando le digo que son únicas y que desbordan imaginación. Pero hoy no

he venido para hablarle de eso. Lo que a nosotros nos interesa es su actividad como escritor.

Aquello pilló a Tengo tan desprevenido, que se quedó sin palabras durante unos segundos.

—¿Mi actividad como escritor? —dijo.

—Efectivamente.

—No entiendo de qué me está hablando. Es cierto que estos años he escrito novelas, pero ninguna ha sido publicada todavía. No creo que se me pueda llamar escritor. ¿Por qué les interesa?

Al observar la reacción de Tengo, Ushikawa se rió entre dientes, con aire de contento. Al reírse, mostró aquella horrible dentadura. Tenía los dientes torcidos en distintos ángulos, buscando distintas direcciones, manchados con distintos tipos de suciedad, como estacas en una playa bañadas hacía unos días por grandes olas. Ya era demasiado tarde para corregirlos, pero, al menos, alguien debería enseñarle cómo cepillárselos correctamente.

—He ahí, precisamente, una característica exclusiva de nuestra fundación —dijo Ushikawa, como orgulloso—. Los investigadores que contratamos se fijan en aquello que el resto de la sociedad todavía no se ha fijado. Ése es uno de nuestros objetivos. Como usted bien dice, aún no se ha publicado ninguna de sus obras de forma organizada. Somos conscientes. Hasta el día de hoy, usted se ha presentado cada año, bajo un pseudónimo, al premio literario para autores noveles de una revista literaria. Desgraciadamente aún no ha ganado el premio, pero en varias ocasiones ha llegado hasta la final. Y, por supuesto, un número considerable de gente se ha fijado en ello. A unos cuantos de ellos les interesa su talento. Nuestros investigadores consideran que, sin lugar a dudas, en un futuro próximo usted ganará el premio y realizará su debut como autor. Llamarlo compra de futuros quizá resulte un tanto negativo, pero, como le he dicho hace un rato, nuestro propósito siempre ha sido «formar a los jóvenes que constituirán las próximas generaciones».

Tengo cogió la taza y bebió un poco de té frío.

—Soy un candidato para esa subvención como escritor novato. ¿Es eso lo que me quiere decir?

—Eso es. Aunque diga candidato, la verdad es que ya prácticamente está decidido. Si usted acepta, yo pondría el punto y final a esta conversación. Si hiciera el favor de firmar un documento, le enviaríamos de inmediato al banco los tres millones de yenes. Podrá cesar en la academia durante seis meses o un

año y entregarse a la escritura. He oído que está usted escribiendo en la actualidad una novela larga. ¡Qué mejor ocasión!

Tengo frunció el ceño.

—¿Cómo sabe usted que estoy escribiendo una novela?

Ushikawa volvió a reírse mostrando los dientes. Sin embargo, bien mirado, sus ojos no sonreían en absoluto. La luz que había en el fondo de sus pupilas era totalmente fría.

—Nuestros investigadores son aplicados y competentes. Eligen a unos cuantos candidatos y los investigan a fondo. Posiblemente varios de sus allegados sepan que está usted escribiendo esa novela. Sin duda, la información se ha filtrado.

Komatsu sabía que Tengo estaba escribiendo una novela larga. Su novia mayor también lo sabía. ¿Quién más? Probablemente nadie más.

—¿Podría hacerle una pregunta con respecto a su fundación? —dijo Tengo.

—Adelante. Pregunte lo que desee.

—¿De dónde proceden los fondos que emplean?

—Cierto individuo proporciona el capital. O quizá debería decir: la corporación que posee ese individuo. En la práctica, y esto que quede entre usted y yo, también influye la desgravación de impuestos. Aparte de eso, naturalmente, a esta persona le interesan mucho el arte y las ciencias, y quiere ofrecer su apoyo a las nuevas generaciones. No puedo darle más información. Esa persona desea permanecer en el anonimato, lo que incluye a la organización que posee. La gestión del capital está en manos del comité de la Fundación. Y un servidor es, actualmente, miembro de ese comité.

Tengo intentó considerar todo aquello, pero no había nada que considerar. Puso en orden los datos que Ushikawa le había dado y simplemente los alineó.

—No le importa que fume, ¿verdad? —preguntó Ushikawa.

—Adelante —contestó Tengo, y empujó hacia él el pesado cenicero de cristal.

Ushikawa sacó una cajetilla de Seven Stars del bolsillo de su chaqueta, se llevó un cigarro a la boca y lo encendió con un mechero fino y de aspecto caro.

—Así pues, ¿qué le parece, señor Kawana? —dijo Ushikawa—. ¿Acepta nuestra subvención? Para serle franco, personalmente, después de haber asistido a una clase tan divertida, siento un gran interés por saber en qué universos literarios se embarcará en el futuro.

—Le agradezco que me haga esta proposición —dijo Tengo—. Es un honor

que no me merezco. Sin embargo, no puedo aceptar la subvención.

Ushikawa lo miró a la cara, con los ojos entrecerrados y el pitillo humeante entre los dedos.

—¿Qué quiere decir?

—En primer lugar, no quiero recibir dinero de alguien a quien no conozco bien. En segundo lugar, ahora mismo no tengo ninguna necesidad de dinero. Dando clases en la academia tres días por semana y escribiendo el resto de los días me las arreglo bastante bien. A poder ser, preferiría no cambiar mi vida. Por esos dos motivos.

«En tercer lugar, señor Ushikawa, no tengo ninguna gana de relacionarme personalmente con usted. En cuarto lugar, el tema de la subvención me huele a cuerno quemado. Parece demasiado bonito. Debe de haber gato encerrado. No tengo precisamente el mejor olfato del mundo, pero algo así puedo olerlo», pensó Tengo sin llegar a decírselo.

—Ya veo —dijo Ushikawa. Entonces llenó los pulmones de humo y lo expulsó con aspecto de estar disfrutando—. Ya veo. Comprendo su forma de pensar. Lo que dice tiene sentido. No obstante, señor Kawana, está bien, no tiene por qué responderme ahora, de inmediato. ¿Por qué no vuelve a casa y se lo piensa con calma dos o tres días? Luego ya tomará una decisión tranquilamente. Nosotros no tenemos prisa. Tómese su tiempo y piénselo, porque no es un mal negocio.

Tengo hizo un breve movimiento con la cabeza para decir que no.

—Se lo agradezco, pero tomar ahora mismo la decisión me ahorra tiempo y trabajo. Es un honor para mí que me hayan elegido como candidato para la subvención y aprecio que haya venido hasta aquí para comunicármelo. Sin embargo, lo siento mucho, pero la decisión es definitiva y no tengo tiempo para pensármelo dos veces.

Ushikawa asintió varias veces y, apenado, apagó en el cenicero el cigarro, al que sólo había dado dos caladas.

—Está bien. Lo comprendo y respeto su voluntad. Siento haberle robado tiempo. Muy a mi pesar, esta vez tendré que darme por vencido y marcharme. —Pero Ushikawa no dio señales de levantarse. Simplemente se rascó la nuca, con los ojos entrecerrados—. Pero, señor Kawana, quizá no se haya dado cuenta de que posee un brillante futuro como escritor. Tiene madera. Tal vez las matemáticas y la literatura no están relacionadas de forma directa, pero cuando uno va a sus clases de matemáticas, da la impresión de que está escuchando una

historia. Eso no lo logra cualquiera tan fácilmente. Usted tiene algo especial que contar. Si alguien como yo lo ve, es porque resulta evidente, así que más le vale cuidar de sí mismo. Igual me meto en donde no me llaman, pero debería hacer su propio camino, con decisión, sin meterse en embrollos.

—¿Embrollos? —repitió Tengo.

—Por ejemplo, parece que tiene usted algún tipo de relación con Eriko Fukada, la escritora de *La crisálida de aire*. Bueno, me refiero a que, al menos, la ha visto en varias ocasiones. ¿No es así? Y según un artículo en el periódico de hoy, que casualmente he leído hace un momento, parece ser que la chica se encuentra en paradero desconocido. Los medios de comunicación deben de haber empezado a montar jaleo, supongo, porque se trata de un auténtico bombazo.

—¿Y qué quiere decir con que me haya visto con Eriko Fukada?

Ushikawa volvió a dirigir la palma de la mano hacia Tengo. Tenía las manos pequeñas, pero los dedos rollizos.

—¡Por favor! No hace falta que se ponga así. No lo digo con mala intención. No, a lo que me refiero es a que vender su tiempo y su talento para ganarse la vida no da buenos resultados. Si me permite que le sea sincero, no me gustaría ver un talento extraordinario como el de usted, una auténtica joya si se puliera bien, perturbado y echado a perder por culpa de una tontería. Si la relación entre usted y la señorita Fukada trascendiera a la opinión pública, no cabe duda de que acudirían a usted. Entonces lo importunarían y lo perseguirían, ¿no? Investigarían todo lo habido y por haber, porque son unos pesados.

Tengo se quedó callado, mirándolo a la cara. Ushikawa entrecerró los ojos y se rascó sus enormes lóbulos. Tenía las orejas pequeñas, pero unos lóbulos desproporcionadamente grandes. Por mucho que mirase la fisonomía de aquel hombre, nunca se cansaría.

—No, no, no voy a ser yo quien lo difunda —comentó Ushikawa. Entonces hizo ademán de cerrar una cremallera sobre los labios—. Se lo juro. Aquí donde me ve, sé mantener la boca cerrada. A veces me dicen si no habré sido una almeja en otra vida. Eso me lo voy a guardar para mis adentros. Como símbolo de aprecio personal hacia usted.

Una vez dicho eso, Ushikawa se levantó por fin del sofá y estiró varias veces las finas *arrugas* del traje, pero no pudo alisarlas. Sólo consiguió que llamaran más la atención.

—Si cambiara de parecer en cuanto a lo de la subvención, contacte en

cualquier momento con el número que aparece en la tarjeta. Todavía hay tiempo. Si este año no puede ser, bueno, le queda el año que viene. —En ese instante, valiéndose de ambos dedos índices, representó la Tierra girando alrededor del sol —. Nosotros no tenemos prisa. Por lo menos se me ha brindado la ocasión de verlo, charlar con usted y transmitirle nuestro mensaje.

Luego, tras volver a reírse entre dientes y mostrar durante un instante, como si alardeara, aquella ruina de dentadura, Ushikawa se dio la vuelta y salió de la sala de recepciones.

Hasta que empezó la siguiente clase, Tengo estuvo pensando en lo que Ushikawa le había dicho e intentó reproducirlo en su cabeza. Aquel hombre parecía saber que Tengo había participado en la producción de *La crisálida de aire*. Su manera de hablar se lo había dado a entender. «Lo que quiero decir es que vender su tiempo y su talento para ganarse la vida no da buenos resultados», le había dicho Ushikawa para hacerlo pensar.

«Lo sabemos»: ése debía de ser el mensaje que le habían enviado.

«Se me ha brindado la ocasión de verlo, charlar con usted y transmitirle nuestro mensaje».

¿Le habían enviado a Ushikawa y le habían ofrecido una «subvención» de tres millones de yenes para llevarle ese mensaje, y *sólo para eso*? No era demasiado razonable. No era necesario idear un plan tan elaborado. Conocían su punto débil. Si hubieran querido amenazar a Tengo, habría bastado con mencionar ese hecho desde el principio. O puede que estuvieran intentando comprarle con esa «subvención». De una manera o de la otra, todo resultaba demasiado exagerado. ¿Quiénes demonios eran *ellos*? ¿Tenía algo que ver la fundación Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón con Vanguardia? ¿Existía realmente esa organización?

Tengo tomó la tarjeta de Ushikawa y se acercó a la secretaria.

—Oye, te quería pedir otro favor —le dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, sentada en la silla, tras alzar la cara.

—Me gustaría que llamaras a este número y preguntaras si es la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón. También si el director Ushikawa se encuentra allí en este momento. Te deberían decir que no está, así que pregunta sobre qué hora volverá. Si te preguntaran tu nombre, diles

lo primero que se te ocurra. Lo haría yo mismo, pero es que podrían reconocer mi voz.

Ella marcó los números en el teléfono. Alguien se puso al aparato y contestó debidamente. Tuvo lugar una breve y condensada conversación entre dos profesionales.

—La Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón existe de verdad. Se ha puesto la secretaria. Tendría unos veintipocos años. El trato ha sido bastante correcto. Ushikawa trabaja allí de verdad. Volverá a la oficina hacia las tres y media. No me ha preguntado quién era. Aunque si hubiera sido yo, lo habría preguntado.

—Claro —dijo Tengo—. Gracias por todo.

—De nada —dijo ella mientras le entregaba la tarjeta de Ushikawa—. Por cierto, ¿es Ushikawa la persona que ha venido hace un instante?

—Sí.

—Sólo lo he visto de reojo, pero era un tanto siniestro.

Tengo se metió la tarjeta de presentación en la cartera.

—Creo que aunque te pararas a mirarlo bien, la impresión no cambiaría.

—Normalmente, no me gusta juzgar a la gente por la apariencia, porque no es la primera vez que me equivoco y luego me arrepiento. Pero, sólo con echarle una mirada, me ha dado la impresión de que esa persona no es de fiar. Y lo sigo pensando.

—No eres la única que lo piensa —dijo Tengo.

—No soy la única que lo piensa —repitió ella, como si comprobara la precisión de esa construcción gramatical.

—Esa chaqueta es preciosa —le dijo Tengo. No era un piropo para ganarse su simpatía, sino una impresión pura y dura. Después de haber visto el traje cutre lleno de arrugas de Ushikawa, aquella elegante chaqueta de confección de lino le parecía un hermoso tejido caído del cielo en un mediodía sin viento.

—Gracias —respondió ella.

—Pero haber llamado y que alguien haya contestado, no significa que la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón tenga que existir —dijo Tengo.

—Eso es cierto. Por supuesto, podría ser una farsa muy elaborada. Porque bastaría con instalar un teléfono y contratar un número. Como en la película de *El golpe*. Pero ¿por qué iban a hacer algo así? Tengo, no te lo tomes a mal, pero por tu aspecto nadie diría que tienes tanto dinero como para que te extorsionen.

—No tengo nada —dijo Tengo—, aparte de alma.

—Es como esa historia en la que aparece Mefistófeles —dijo ella.

—Quizá debería ir a esta dirección y cerciorarme de si la oficina existe o no.

—Avísame cuando sepas algo, ¿vale? —le dijo ella mientras se inspeccionaba la manicura de las uñas con los ojos entrecerrados.

La Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón existía realmente. Al terminar las clases, Tengo fue en tren hasta Yotsuya y luego caminó hasta Kōjimachi. Cuando se presentó en la dirección que venía en la tarjeta, se encontró con un edificio de cuatro plantas en cuya entrada había una placa metálica que rezaba NUEVA ASOCIACIÓN PARA EL FOMENTO DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES DE JAPÓN. Las oficinas se encontraban en la tercera planta. En el mismo piso estaban la editorial musical Mikimoto y la contaduría Kōda. Por la envergadura del edificio, no debían de ser unas oficinas muy amplias. En apariencia, ninguno de los negocios se diría que marchaba muy bien. Pero, por supuesto, sólo era pura apariencia y desconocía qué ocurría dentro. Tengo pensó en subir en ascensor hasta el tercer piso. Quería saber cómo eran las oficinas, aunque sólo fuera la puerta, pero si se encontrara con Ushikawa en el pasillo, se vería en una situación embarazosa.

Tengo volvió a casa en tren y llamó por teléfono a la empresa de Komatsu. Para su sorpresa, Komatsu estaba allí y contestó enseguida.

—Me pillas en un mal momento —dijo Komatsu. Habló más rápido de lo habitual, en un tono un tanto agudo—. Lo siento, pero ahora mismo no puedo hablar.

—Es un asunto muy importante, señor Komatsu —dijo Tengo—. Hoy ha venido un tipo raro a la academia. Parece que sabe algo sobre mi relación con *La crisálida de aire*.

Komatsu se quedó callado durante unos segundos.

—Creo que podré llamarte dentro de veinte minutos. ¿Estás en casa?

Tengo le contestó que sí. Komatsu colgó el teléfono. Mientras esperaba la llamada, Tengo aguzó dos cuchillos con una piedra de afilar, puso agua a hervir y preparó té. Justo veinte minutos después, sonó el teléfono. No era normal, tratándose de Komatsu.

Su tono de voz era mucho más relajado que hacía un momento. Parecía que se había ido a un sitio más tranquilo para llamarlo. Tengo le contó de manera resumida lo que Ushikawa le había dicho en la sala de visitas.

—¿Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón? Nunca lo he oído. Lo de que te quieran dar una subvención de tres millones de yenes me parece absurdo. Por supuesto, yo también reconozco que tienes un futuro prometedor como escritor. Pero ninguna de tus obras ha sido publicada todavía. Me parece poco creíble. Ahí hay gato encerrado.

—Eso es justo lo que yo pensé.

—Dame un poco de tiempo. Voy a investigar por mi cuenta esa supuesta asociación. Si me entero de algo, te llamo. Pero ese tal Ushikawa conoce tu relación con Fukaeri, ¿no?

—Eso parece.

—Pues tenemos un problema.

—Está ocurriendo algo —dijo Tengo—. Hemos levantado la roca con la palanca, muy bien; pero parece que una cosa absurda ha salido a rastras de debajo.

Komatsu suspiró por el auricular.

—Yo también ando bastante agobiado. Las revistas semanales andan revolucionadas. Incluso han venido de la televisión. Hoy por la mañana se ha presentado la policía en la empresa y ha tomado declaraciones. Saben que existe una relación entre Fukaeri y Vanguardia. También, por supuesto, que sus padres se encuentran en paradero desconocido. Seguro que los medios de comunicación ya le está dando algún tipo de cobertura sensacionalista.

—¿Qué hace el profesor Ebisuno?

—Hace algún tiempo que no puedo ponerme en contacto con él. No responde al teléfono ni se comunica conmigo. Puede que le haya ocurrido algo grave. O que esté tramando algo de nuevo.

—Por cierto, señor Komatsu, cambiando de tema, ¿le ha dicho a alguien que estoy escribiendo una novela larga?

—No, no se lo he dicho a nadie —contestó Komatsu de inmediato—. ¿Qué necesidad podía tener de decirle eso a alguien?

—Está bien. Sólo preguntaba.

Komatsu se quedó un rato en silencio.

—Tengo, no está bien que yo lo diga a estas alturas, pero no sé si no nos habremos metido en un follón.

—No importa en dónde nos hayamos metido. Lo único seguro es que ahora ya no podemos volvernos atrás.

—Si no podemos volvernos atrás, no queda más remedio que tirar para adelante. Aunque esa *cosa absurda* que mencionaste haya aparecido.

—Más nos vale abrocharnos el cinturón de seguridad —dijo Tengo.

—Eso es —dijo Komatsu, y colgó.

Fue una larga jornada. Tengo se sentó a la mesa y pensó en Fukaeri mientras se bebía el té negro frío. ¿Qué haría durante todo el día, encerrada a solas en aquel escondrijo? Pero, naturalmente, nadie podía saber qué hacía Fukaeri.

«La sabiduría y la fuerza de la *lítel pípol* podrían haceros daño a ti y al profesor», le había dicho Fukaeri en la cinta. *Ten cuidado dentro del bosque*. Sin darse cuenta, Tengo miró a su alrededor. Sí, el interior del bosque era *el mundo de ellos*.

3
AOMAME

La manera de nacer no se puede elegir, pero sí la de morir

Aquella noche en la que el mes de julio se aproximaba a su término, cuando por fin se desvanecieron las gruesas nubes que habían encapotado el cielo durante tanto tiempo, las dos lunas se perfilaban nítidamente. Aomame contemplaba la escena desde el pequeño balcón de la habitación. Sintió ganas de llamar a alguien y decirle: «Asómate un rato por la ventana y haz el favor de mirar al cielo. ¿Qué? ¿Cuántas lunas hay? Aquí, yo veo dos, claramente. ¿Y tú?».

Pero no tenía a nadie a quien pudiera llamar. Tal vez a Ayumi, pero Aomame no quería estrechar aún más su relación con ella. Era una agente de policía en activo. Posiblemente dentro de muy poco tiempo, Aomame tendría que matar a otro hombre, cambiar de cara, cambiar de nombre, marcharse a un lugar distinto y borrar su identidad. Por supuesto, no podría volver a ver a Ayumi. Ni siquiera podría ponerse en contacto con ella. Era un trago amargo tener que cortar los vínculos una vez que se había trabado amistad con alguien.

Aomame volvió a su habitación, cerró la puerta de cristal y conectó el aire acondicionado. Corrió las cortinas de tal forma que se interpusieron entre las lunas y ella. Esas dos lunas la perturbaban. Era como si trastornaran sutilmente el equilibrio gravitacional de la Tierra y ejercieran algún efecto sobre su cuerpo. Aunque todavía faltaba para que le viniera la regla, se sentía pesada y con una extraña languidez. Tenía la piel reseca y las pulsaciones alteradas. Aomame intentó no pensar más en las lunas, aunque se tratara de *algo en lo que debía pensar*.

Para librarse de la languidez, hizo estiramientos sobre la alfombra. Se concentró en cada uno de los músculos que apenas tenía la oportunidad de utilizar en su vida diaria y los exprimió a fondo de manera sistemática. Los músculos chillaron en silencio y el sudor se derramó por el suelo. Ella misma

había ideado aquel programa de estiramientos, que cada día se iba renovando y haciendo más extremo y eficaz.

Era un programa hecho exclusivamente para sí misma. No lo utilizaba en las clases del gimnasio. Una persona normal no podía soportar tanto dolor. La mayoría de sus compañeros instructores daría alaridos al probarlo.

Mientras despachaba los ejercicios, escuchaba un disco de la *Sinfonietta* de Janáček dirigida por George Szell. Aunque la *Sinfonietta* se terminó al cabo de unos veinticinco minutos, le dio tiempo de torturar sus músculos de manera bastante eficaz. No había sido ni demasiado corto ni demasiado largo. El tiempo justo. Cuando la pieza se terminó y el brazo de la aguja regresó automáticamente a su posición original tras detenerse el plato, Aomame tenía la cabeza y el cuerpo como un trapo estrujado.

Aomame ya se sabía de memoria la *Sinfonietta*, de principio a fin. Al escuchar aquella música mientras estiraba hasta el límite su cuerpo, sentía una misteriosa calma. En ese instante, ella torturaba y al mismo tiempo era torturada. Forzaba y al mismo tiempo era forzada. Era justo esa autosuficiencia interna lo que buscaba y lo que la apaciguaba. La *Sinfonietta* de Janáček se había convertido en una buena banda sonora para ello.

Antes de las diez de la noche sonó el teléfono. Al coger el auricular, se oyó la voz de Tamaru.

—¿Qué planes tienes para mañana? —preguntó.

—Acabo el trabajo a las seis y media.

—¿Podrías pasarte por aquí luego?

—Sí —respondió Aomame.

—Perfecto —dijo Tamaru. Se oyó el ruido de un bolígrafo escribiendo en una agenda.

—Por cierto, ¿habéis comprado otro perro? —preguntó Aomame.

—¿Perro? ¡Ah! Sí, otro pastor alemán hembra. Aún no sé bien qué carácter tiene, pero ha recibido un adiestramiento básico y parece que escucha lo que se le dice. Llegó hace unos diez días y es bastante dócil. Las chicas también se sienten más tranquilas con el perro.

—Me alegro.

—Ésta se contenta con comida para perro normal y corriente. No da la lata.

—Normalmente, los pastores alemanes no comen espinacas.

—Aquélla era, sin duda, una perra rara. Y dependiendo de la estación del año, las espinacas no eran nada baratas… —se quejó Tamaru con un aire de

añoranza. A continuación, hizo una pausa de unos segundos y cambió de tema —. Hoy la Luna está preciosa.

Aomame frunció un poco el ceño al aparato.

—¿Por qué me hablas de repente de la Luna?

—¿Es que no puedo hablar de vez en cuando de la Luna?

—Claro —repuso Aomame. «Pero tú no eres de los que habla por teléfono de las beldades de la Naturaleza, a menos que sea necesario».

Tamaru se quedó callado durante un rato y luego retomó la palabra.

—El otro día me hablaste de la Luna por teléfono. ¿No te acuerdas? Desde entonces no me la saco de la cabeza. *Además*, al mirar el cielo hace un rato estaba todo despejado, sin una nube, y la Luna estaba preciosa.

«¿Y cuántas lunas había?», estuvo a punto de preguntarle Aomame. Pero renunció a la idea. Era demasiado peligroso. El otro día, Tamaru le había hablado de su pasado; de que se había criado huérfano, sin conocer siquiera el rostro de sus padres; de su nacionalidad. Fue la primera vez que conversaba tanto con Tamaru. Era un hombre que no solía contar muchas cosas sobre sí mismo. A él, Aomame le caía bien. Se fiaba de ella, a su modo. Pero era un profesional y había sido entrenado para cumplir su objetivo tomando la distancia más corta. Era mejor no abrir demasiado la boca.

—Una vez terminado el trabajo, creo que puedo estar ahí sobre las siete — anunció ella.

—Perfecto —dijo Tamaru—. Tendrás hambre. Como mañana el cocinero no trabaja, no te podremos ofrecer una cena decente, pero al menos te prepararé un sándwich, si te parece bien.

—Gracias —dijo Aomame.

—Vamos a necesitar tu carnet de conducir, el pasaporte y la tarjeta sanitaria. Quiero que los traigas mañana. Además, quiero que me des un duplicado de las llaves de tu piso. ¿Es posible?

—Creo que sí.

—Una cosa más: con respecto al asunto del otro día, me gustaría hablar a solas contigo. Una vez que acabes con *Madame*, quiero que me reserves un rato.

—¿Qué asunto?

Tamaru se quedó callado un instante. Fue un silencio pesado como un saco de arena.

—Había algo que querías conseguir. ¿No te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! —contestó Aomame precipitadamente. Un rincón

de su cabeza todavía estaba en la Luna.

—Mañana a las siete —dijo Tamaru, y colgó el teléfono.

Al día siguiente, el número de lunas no había cambiado. Una vez terminado el trabajo, después de tomarse una ducha rápido y corriendo y salir del gimnasio, pudo ver las dos lunas de tonos pálidos al este, en el cielo todavía claro. Aomame se detuvo sobre el puente peatonal que franqueaba la calle Gaien Nishi y, apoyada en la barandilla, estuvo contemplando las dos lunas durante un buen rato. Excepto ella, nadie más se había parado a admirar la Luna. La gente que pasaba por la calle sólo lanzaba miradas, extrañada, a Aomame, que estaba allí quieta, observando el cielo. Se dirigían a paso rápido hacia la estación de metro, como si no tuvieran el más mínimo interés ni por el cielo ni por la Luna. Mientras contemplaba las lunas, Aomame empezó a sentir la misma languidez que había sentido el día anterior. Pensó que debería dejar de mirarlas de esa manera. «El efecto que ejercen en mí no es bueno. Pero por mucho que me esfuerzo en no mirar, no puedo evitar sentir la mirada de las lunas en mi piel. Aunque yo no las mire, ellas me miran a mí. Ellas saben lo que voy a hacer».

La señora y Aomame tomaban café, caliente y cargado, de unas tazas antiguas decoradas. La señora vertió un poco de leche por el borde de su taza y bebió sin removerlo. No llevaba azúcar. Aomame bebió café solo, como de costumbre. Tamaru le trajo el sándwich que le había preparado, tal y como le había prometido. Venía cortado en trozos pequeños, para poder comerlos de un bocado. Aomame tomó varios trozos. Sólo era pan de centeno con pepino y queso, pero sabía a gloria. Tamaru preparaba platos sencillos de una manera refinada y precisa. Era diestro utilizando el cuchillo y sabía cortar todos los ingredientes del tamaño y del grosor apropiados. Sabía en qué orden debía realizar las operaciones. Eso bastaba para que el sabor de la comida cambiase de manera sorprendente.

—¿Ha terminado de preparar las maletas? —preguntó la señora.

—Doné la ropa y los libros que no me hacían falta. Lo que necesito para empezar una nueva vida lo he metido en una bolsa, para poder transportarlo rápidamente. En el apartamento sólo he dejado lo que voy a necesitar estos días:

electrodomésticos, utensilios de cocina, la cama y el futón, y la vajilla y la cubertería.

—De lo que deje, ya nos desharemos nosotros. En cuanto al contrato del piso y demás formalidades, no hace falta que se preocupe por nada. Puede coger sólo la maleta de mano que vaya a necesitar e irse.

—¿No será mejor que diga algo en el trabajo? Seguramente sospecharán cuando un día desaparezca de repente.

La señora puso tranquilamente la taza de café sobre la mesa.

—Por eso tampoco hace falta que se preocupe.

Aomame asintió en silencio. Cogió otro trozo de sándwich y bebió café.

—A propósito, ¿tiene ahorros en el banco? —preguntó la señora.

—En la cuenta de ahorros normal tengo seiscientos mil yenes y, además, doscientos mil en un depósito fijo.

La señora evaluó la cantidad.

—De la cuenta de ahorros puede sacar hasta cuatrocientos mil yenes en varias tandas. El depósito fijo no lo toque. Cancelarlo así de repente no sería bueno. Ellos podrían estar controlando su vida privada. Seamos precavidas. El resto se lo proporcionaré yo más tarde. ¿Algún otro bien?

—Todo lo que me ha dado hasta ahora lo he metido en una caja fuerte en el banco.

—Saque el dinero en efectivo de la caja fuerte. Pero no lo deje en el piso. Piense por sí misma en algún lugar donde lo pueda dejar a buen recaudo.

—De acuerdo.

—Eso es todo lo que quiero que haga por ahora. Luego, compórtese como siempre. No cambie de estilo de vida, ni haga nada que pueda llamar la atención. A ser posible, no mencione nada importante por teléfono.

Al terminar de decirle eso, la señora se hundió en el asiento, como si hubiera consumido toda la energía que había retenido.

—¿Ya se ha fijado una fecha? —preguntó Aomame.

—Por desgracia, todavía no lo sabemos —dijo la señora—. Esperamos a que nuestros contactos nos avisen. Las condiciones ya se han decidido, pero el horario de la otra persona no se va a decidir hasta el último momento. Podría ser dentro de una semana. Quizá dentro de un mes. El lugar tampoco está claro. Sé que es agobiante, pero tendrá que esperar, siempre alerta.

—No me importa esperar —dijo Aomame—, pero ¿no podría decirme, más o menos, qué condiciones han dispuesto?

—Va a realizar estiramientos musculares a ese hombre —dijo la señora—. Lo que está usted acostumbrada a hacer. Sufre *algún tipo* de problema corporal. No es nada que ponga en peligro su vida, pero por lo visto le causa bastantes molestias. Hasta el día de hoy ha probado distintos tratamientos para intentar librarse de ese «problema». Aparte de tratamientos médicos convencionales, y todo tipo de cosas, como *shiatsu*, acupuntura y masajes. Pero por ahora parece que no ha conseguido ningún resultado visible. Ese «problema» corporal es el único punto débil del líder y ha sido nuestra vía para poder actuar.

La ventana que estaba detrás de la señora tenía las cortinas echadas. No se veían las lunas. Sin embargo, Aomame sentía en la piel sus frías miradas. Su connivente silencio parecía haberse deslizado en la habitación.

—Ahora mismo tenemos un confidente en la organización. A través de él conseguí pasar la información de que usted es una destacada experta en estiramiento de músculos. No resultó tan difícil, porque parece ser que usted lo es realmente. El hombre está muy interesado por usted. Al principio, decidió llamarla para que acudiera al complejo de la organización en Yamanashi. Pero a usted le es imposible alejarse de Tokio por motivos de trabajo. Eso es lo que hemos dicho. De todas formas, el hombre se traslada a Tokio una vez al mes por algún asunto y se aloja en un hotel de la ciudad para pasar inadvertido. En una habitación de ese hotel será donde usted le realizará los estiramientos. En ese momento, sólo tendrá que hacer *lo de siempre*.

Aomame se imaginó la escena en su cabeza. Una habitación de hotel. El hombre estaba acostado sobre una esterilla de yoga y Aomame le estiraba los músculos. No le veía la cara. La nuca del hombre, tendido boca abajo, estaba desprotegida, mirando hacia ella. Aomame estiraba el brazo y cogía de la bolsa el picahielos de siempre.

—Nos vamos a quedar a solas en la habitación, ¿verdad? —preguntó Aomame.

La señora asintió.

—El líder intenta que nadie en la organización descubra ese problema corporal. Por eso no puede haber nadie allí presente. Estarán ustedes dos a solas.

—¿Ellos ya saben cómo me llamo y dónde trabajo?

—Son personas cautas. La han estado investigando a fondo, con antelación. Pero no debería haber ningún problema. Ayer nos avisaron de que quieren que vaya usted hasta el hotel en la ciudad. Dijeron que nos informarían en cuanto supieran el lugar y la hora.

—¿No sospecharán que puedo tener alguna relación con usted, al andar entrando y saliendo de aquí?

—Yo soy miembro del gimnasio en el que usted trabaja y simplemente estoy recibiendo un tratamiento particular en casa. No existe ningún motivo para pensar que podría haber más relación entre usted y yo.

Aomame asintió.

—Siempre que el líder sale de la organización y se desplaza, lo acompañan dos guardaespaldas. Ambos son adeptos y tienen cinturón negro en karate. No sabemos si llevan armas, pero parecen muy diestros. Entrenan cada día. Sin embargo, según Tamaru, parece que, a pesar de todo, son unos aficionados —dijo la señora.

—No como Tamaru.

—No como Tamaru. Tamaru perteneció a los Rangers de las Fuerzas de Autodefensa. Lo han formado para ejecutar al instante, sin titubear, aquello que haga falta para conseguir el objetivo. No duda, sea quien sea el oponente. Los aficionados dudan. Sobre todo cuando el oponente es una chica joven.

La señora echó la cabeza hacia atrás, la apoyó contra el respaldo y exhaló un hondo suspiro. Luego volvió a corregir la postura y miró a Aomame a la cara.

—Esos dos guardaespaldas deberían esperar en una habitación diferente de la suite mientras usted se ocupa de los cuidados del líder. Entonces se quedará a solas con él durante una hora. De momento, ésas son las condiciones establecidas. Sin embargo, nadie sabe qué va a suceder llegada la hora. La situación es sumamente inestable. El líder evita revelar sus planes hasta el último momento.

—¿Qué edad tiene?

—Al parecer, es un hombre corpulento de unos cincuenta y cinco años. Desgraciadamente, eso es lo único que sé por el momento.

Tamaru la esperaba a la entrada. Aomame le entregó las copias de las llaves, el carnet de conducir, el pasaporte y la tarjeta sanitaria. Él pasó al interior e hizo copias de los documentos. Una vez comprobado que todas las copias estaban hechas, le devolvió los originales a Aomame. A continuación, Tamaru la llevó a su propio despacho, al lado del vestíbulo. Era una habitación cuadrada sin ningún adorno. Había una ventana diminuta abierta que daba al jardín. El aparato de aire acondicionado instalado en la pared emitía un ligero rumor. Tamaru hizo que Aomame se sentara en una pequeña silla de madera y él tomó asiento en otra silla enfrente de un escritorio. En la pared se alineaban cuatro pantallas. El

ángulo de las cámaras podía cambiarse en caso necesario. El mismo número de vídeos estaba grabando las imágenes proyectadas. En una pantalla se veía el otro lado de la tapia. En la que estaba más a la derecha se veía la entrada de la casa de acogida donde vivían las chicas. También salía la nueva perra guardiana. El animal descansaba tumbado sobre el suelo. Era algo más pequeña que la anterior.

—La muerte de la perra no quedó grabada en la cinta —dijo Tamaru anticipándose a la pregunta de Aomame—. Ese día no estaba atada. No pudo soltarse sola de la correa, así que alguien debió de hacerlo.

—Alguien a quien no ladrara al acercársele.

—Eso es.

—¡Qué raro!

Tamaru asintió, pero no dijo nada. Ya se había cansado de pensar en todas las posibilidades. A esas alturas no había nada que pudiera contar a los demás.

A continuación, Tamaru estiró el brazo, abrió un cajón del armario contiguo y sacó una bolsa de plástico negra. Dentro de la bosa había una toalla azul descolorida y, al desdoblarla, quedó a la vista un objeto metálico de color negro reluciente. Era una pistola automática de tamaño pequeño. Sin mediar palabra le entregó la pistola a Aomame. Ella recibió el arma sin decir una sola palabra y calculó cuánto pesaba. Era mucho más ligera de lo que parecía. Aquella cosa tan liviana podía matar a una persona.

—Ahora mismo has cometido dos graves errores. ¿Sabes cuáles son? —dijo Tamaru.

Aomame reflexionó sobre lo que había hecho, pero no supo en qué se había equivocado. Simplemente había cogido la pistola que le había entregado.

—No sé —respondió.

—Primero, cuando has cogido la pistola, no has comprobado si estaba cargada o no; y, si lo hubiera estado, no te has cerciorado de que tuviera el seguro puesto. Y segundo, después de cogerla, me has encañonado durante un instante. No debes hacer ninguna de estas dos cosas. Aparte de eso, cuando no tengas intención de disparar, es mejor que mantengas el dedo apartado del gatillo.

—Entendido. A partir de ahora tendré cuidado.

—A no ser que se trate de un caso de emergencia, cuando cojas, entregues o transportes un arma de fuego, es fundamental que la lleves descargada. Y cuando veas una, es fundamental que te comportes como si estuviera cargada. Hasta que sepas que no lo está, claro. Las armas de fuego se fabrican para matar y herir a la

gente. Por mucho cuidado que pongas, nunca será suficiente. También hay quien se ríe de lo que digo porque piensa que es ser demasiado cauteloso, pero los que mueren o sufren una gran herida por algún accidente tonto siempre son tipos que se ríen de la gente precavida.

Tamaru se sacó una bolsita de plástico del bolsillo de la chaqueta. Dentro había siete balas nuevas. Las colocó sobre la mesa.

—Como puedes ver, ahora está descargada. Tiene el cargador puesto, pero está vacío. En la recámara tampoco hay munición.

Aomame asintió.

—Es un regalo personal de mi parte. Pero, si no la vas a usar, quiero que me la devuelvas.

—Claro —dijo Aomame con sequedad—. Pero supongo que conseguirla te habrá costado dinero.

—No te preocupes por eso —dijo Tamaru—. Hay otros asuntos que deberían preocuparte más. Pasemos a ello. ¿Tienes alguna experiencia disparando armas?

Aomame negó con la cabeza.

—Ninguna.

—Básicamente, los revólveres son más fáciles de manejar que las semiautomáticas. Sobre todo tratándose de un amateur. El mecanismo es sencillo, uno recuerda las operaciones con facilidad y las posibilidades de cometer errores son escasas. Sin embargo, un revólver de cierta calidad abulta y resulta incómodo para llevar. Por eso creo que la semiautomática es mejor. Una HK 4 de Heckler & Koch. De fabricación alemana; sin munición pesa cuatrocientos ochenta gramos. Es pequeña y ligera, pero los cartuchos de nueve milímetros son potentes. Y tiene poco retroceso. No se puede esperar mucho en cuanto a la precisión del tiro en distancias largas, pero se ajusta al uso que tú pretendes darle. Heckler & Koch es una empresa de armas fundada en la posguerra, y esta HK 4 se basa en un reputado modelo llamado Mauser HSc que se empleaba antes de la guerra. Se lleva fabricando desde 1968, y aún hoy es un clásico muy utilizado. Por lo tanto, es de fiar. Aunque no es nueva, parece ser que pertenecía a alguien cabal y está bien cuidada. Las pistolas son igual que los coches: se puede confiar más en un producto de segunda mano decente que en uno completamente nuevo.

Tamaru tomó la pistola de manos de Aomame y le enseñó cómo manejarla. Cómo poner y quitar el seguro. Empujar el pestillo de retenida, sacar el cargador y volver a meterlo.

—Cuando quites el cargador, deja el seguro puesto. Una vez extraído el cargador, echa la corredera hacia atrás y saldrá la bala que hay en la recámara. Como ahora no estaba cargada, no ha salido nada. Luego, como la corredera está abierta, aprieta el gatillo así y la corredera se cerrará. En ese instante, el percutor queda amartillado. Al volver a apretar el gatillo, el martillo percutor baja y entonces se mete otro cargador.

Tamaru realizó aquella serie de movimientos de una manera ágil, fruto de la costumbre. A continuación volvió a repetirlos despacio, uno por uno, para asegurarse. Aomame lo miraba con curiosidad.

—Prueba.

Aomame sacó el cargador con cuidado, echó la corredera hacia atrás, vació la recámara, bajó el martillo y volvió a meter el cargador.

—Está bien —dijo Tamaru. Entonces tomó la pistola, sacó el cargador, introdujo con cuidado las siete balas y cargó el arma con un ruido. ¡Chak! Tiró de la corredera hacia atrás y una bala entró en la recámara. Luego bajó la palanca que había en el lado izquierdo del arma para poner el seguro.

—Prueba a hacer lo mismo de hace un rato. Esta vez la munición está toda cargada. Dentro de la recámara también hay una bala. Aunque el seguro esté puesto, no encañones a nadie —dijo Tamaru.

Aomame cogió la pistola cargada y sintió cómo pesaba más. No era tan ligera como hacía un momento. Había una señal inequívoca de muerte. Era una herramienta creada con precisión para matar personas. El sudor le corría por las axilas.

Aomame volvió a comprobar que el seguro estaba puesto, liberó el pestillo de retenida, sacó el cargador y lo dejó sobre la mesa. Luego echó la corredera hacia atrás y expulsó la bala que había en la recámara. La bala cayó al suelo de madera con un ruido seco. Apretó el gatillo, la corredera se cerró, volvió a apretarlo y el percutor amartillado volvió a su posición. A continuación recogió con manos temblorosas la bala de nueve milímetros que había caído a sus pies. Tenía la garganta seca y al respirar sentía un escozor.

—No está mal para ser la primera vez —dijo Tamaru mientras volvía a meter la bala de nueve milímetros en el cargador—. Pero todavía necesitas práctica. Las manos te tiemblan. Repite todos los días la operación de extracción del cargador y acostumbra el cuerpo al tacto de la pistola. Tienes que ser capaz de hacerlo automáticamente y tan rápido como lo he hecho yo antes. Deberías poder hacerlo sin ningún problema incluso a oscuras. Aunque tú no vas a

necesitar reemplazar el cargador en plena faena, ese movimiento es lo más básico para cualquiera que maneje una pistola. Tienes que aprendértelo.

—¿No necesito practicar el disparo?

—No vas a disparar a nadie. Es para dispararte a ti misma, ¿no?

Aomame asintió.

—Entonces no necesitas practicar el disparo. Basta con que aprendas a cargar las balas y quitar el seguro, así como que te familiarices con la dureza del gatillo. Además, ¿dónde pensabas practicar?

Aomame negó con la cabeza. No había pensado en ello.

—Por cierto, aunque te vayas a disparar a ti misma, hay que tener en cuenta cómo hacerlo. Vamos a escenificarlo.

Tamaru introdujo el cargador en la pistola y, tras asegurarse de que el seguro estaba puesto, se la pasó a Aomame.

—El seguro está puesto —dijo Tamaru.

Aomame apretó el cañón contra la sien. Sintió el frío acero. Al verla, Tamaru movió la cabeza lentamente hacia los lados varias veces.

—Te voy a dar un consejo: es mejor que no apuntes a la sien. Que la bala atraviese los sesos desde la sien es mucho más difícil de lo que piensas. Normalmente, en estos casos, las manos tiemblan. Al temblar, la pistola retrocede y la trayectoria de la bala se desvía. Son muchos los casos de balas que sólo rozan el cráneo y no llegan a matar. Supongo que no quieres que te pase. —Aomame asintió en silencio—. Cuando el general Hideki Tōjō fue capturado por el Ejército estadounidense en la posguerra, se encañonó a sí mismo con una pistola para dispararse al corazón y apretó el gatillo, pero la bala se desvió, le dio en el abdomen y no se murió. ¡Que alguien que estaba en la cima de la carrera militar no hubiera podido suicidarse correctamente con una pistola! A Tōjō lo llevaron de inmediato al hospital, donde recibió los atentos cuidados de un grupo de médicos estadounidenses, se recuperó, volvió a ser juzgado y lo condenaron a la horca. Una manera espantosa de morir. El momento de la muerte es algo importante para el ser humano. La manera de nacer no se puede elegir, pero sí la de morir.

Aomame se mordió el labio.

—Lo más seguro es meter el cañón en la boca y volarse los sesos desde abajo. Así…

Tamaru le quitó la pistola a Aomame y lo escenificó. Aunque sabía que el seguro estaba puesto, aquello puso nerviosa a Aomame. Respiró con dificultad, como si algo le tapara la garganta.

—Sin embargo, este método tampoco es cien por cien efectivo. Yo mismo conozco a un hombre que no logró matarse y le pasó algo espantoso. Estábamos juntos en las Fuerzas de Autodefensa. Se metió el cañón del rifle en la boca, ató una cuchara al gatillo y se la colocó entre los pulgares de ambos pies. Pero el cañón debía de estar un poco movido. No logró matarse y se quedó en estado vegetativo. Vivió así durante diez años. Quitarse la vida uno mismo no es tan sencillo. No es como en las películas, donde todo el mundo se suicida como si nada. Mueren súbitamente, sin sentir dolor. Pero en la realidad no pasa así. No logras morirte, te quedas en una cama y pierdes orina y lo que sea durante diez años.

Aomame asintió en silencio.

Tamaru sacó las balas del cargador y de la pistola y las guardó en la bolsita de plástico. Luego le entregó a Aomame por separado el arma y la munición.

—No está cargada.

Aomame asintió y tomó ambas cosas en sus manos.

—Te voy a dar otro consejo: pensar en sobrevivir es lo más sensato. Y lo más realista. Ése es mi consejo.

—Entendido —dijo Aomame secamente. Luego envolvió en un fular aquella HK 4 de Heckler & Koch, que parecía una tosca herramienta, y la metió en el fondo del bolso bandolera. La bolsita con las balas la guardó en un compartimento. Aunque el bolso bandolera pesaba medio kilo más, no se deformó. La pistola era pequeña.

—Un amateur no debería manejar algo así —dijo Tamaru—. Desde un punto de vista empírico, no puede salir nada bien. Pero, tratándose de ti, la utilizarás bien. En algo te pareces a mí, y es que en el momento crítico puedes anteponer las reglas a ti misma.

—Quizá sea porque yo misma no existo.

Tamaru no dijo nada al respecto.

—Entonces, ¿estuviste en las Fuerzas de Autodefensa? —preguntó Aomame.

—Sí. En la unidad más dura. Nos hacían comer ratas, serpientes y langostas. Tenías que tragártelo, pero no estaba nada bueno.

—¿Luego qué hiciste?

—Diferentes cosas. Seguridad, sobre todo guardaespaldas. O, mejor dicho,

«gorila». Como no estoy hecho para el trabajo en equipo, me centré en el negocio independiente. Aunque fue durante poco tiempo, también estuve metido por necesidad en los bajos fondos de la sociedad. Allí vi muchas cosas. Cosas que una persona normal nunca ve en su vida. Pero jamás caí en ningún barrizal. Siempre tuve cuidado de no dar pasos en falso, porque tengo un carácter extremadamente precavido y no me gusta la *yakuza*[16]. Así que, como te dije una vez, mi historial está limpio. Luego me vine aquí. —Tamaru señaló recto hacia el suelo que pisaba—. Desde entonces mi vida ha sido así de tranquila. Tampoco es que desee una vida estable, pero pudiendo llevar este estilo de vida, prefiero no perderlo, porque no es fácil encontrar un trabajo que a uno le plazca.

—Desde luego —dijo Aomame—. Pero ¿seguro que no quieres que te pague?

Tamaru negó con la cabeza.

—No necesito dinero. El mundo se mueve más a base de trueques que de dinero. Como a mí no me gusta tomar prestado, presto todo lo que puedo.

—Gracias —dijo Aomame.

—En caso de que la policía te preguntara de dónde has sacado el arma, no quiero que les des mi nombre. Si la policía viniera a verme, yo lo negaría rotundamente, por supuesto, y no diría nada aunque me pegaran. Pero si *Madame* se viera mezclada en esto, yo perdería mi puesto.

—Claro que no daré tu nombre.

Tamaru le entregó a Aomame un papel doblado que se había sacado del bolsillo. En la nota estaba escrito el nombre de un hombre.

—El cuatro de julio recibiste la pistola y las siete balas de manos de un hombre en la cafetería Renoir, cerca de la estación de Sendagaya, y le pagaste quinientos mil yenes en efectivo. Querías conseguir un arma, el tío se enteró y se puso en contacto contigo. Si la policía interrogara a ese hombre por lo ocurrido, debería admitir los cargos. Entonces pasaría unos años en prisión. No hace falta que hables más de la cuenta. Con que se demuestre la vía por la que circuló la pistola, la policía ya habrá salvado su honor. Y es posible que tú también pases una breve temporada en la cárcel por violación de la ley de control de espadas y armas de fuego.

Aomame memorizó el nombre allí escrito y le devolvió el trozo de papel a Tamaru. Él lo rompió en pedazos y lo tiró a la basura.

—Como te decía, soy una persona precavida. En raras ocasiones confío en alguien y, aun así, no me fío. Nunca dejo las cosas en manos del destino. Pero lo que deseo, más que nada, es que esta pistola vuelva a mis manos sin ser usada. De ese modo, nadie saldrá perjudicado. Nadie morirá, nadie saldrá herido, ni nadie irá a la cárcel.

Aomame asintió.

—Te refieres a que burle la norma de Chéjov para escribir una novela, ¿no?

—Eso es. Chéjov era un escritor excelente, pero, por supuesto, su forma de hacer las cosas no es la única. No todas las armas que salen en una historia tienen que ser disparadas —dijo Tamaru. Luego frunció el ceño de repente—. ¡Ah! Me olvidaba de algo importante. Tengo que darte un busca.

Sacó un pequeño aparato de un cajón y lo colocó sobre el escritorio. Tenía un enganche metálico para ajustarlo a la ropa o al cinturón. Tamaru alcanzó el auricular del teléfono y marcó un número abreviado de tres dígitos. Al tercer toque, el busca comenzó a producir un sonido electrónico de forma intermitente. Tras subirle el volumen al máximo, Tamaru pulsó un botón y detuvo el sonido. Aguzó la vista para comprobar que el número de teléfono aparecía indicado en la pantalla y luego se lo entregó a Aomame.

—A ser posible, llévalo siempre contigo —le dijo Tamaru—. O como mínimo no te alejes demasiado de él. Si sonara, querría decir que te he enviado un mensaje. Un mensaje importante. No voy a hacerlo sonar para saludarte de vez en cuando. Quiero que llames de inmediato al número que aparezca en pantalla. Tiene que ser desde una cabina pública. Otra cosa más: si tienes algo de equipaje, puedes dejarlo en la consigna automática de la estación de Shinjuku.

—En la estación de Shinjuku —repitió Aomame.

—No hace falta que te lo diga, pero es mejor que no llames la atención.

—Por supuesto —respondió Aomame.

Al volver a su apartamento, Aomame cerró todas las cortinas y sacó la HK 4 Heckler & Koch y las balas del bolso bandolera. Luego se sentó delante de la mesa de la cocina y repitió unas cuantas veces el ejercicio de extraer el cargador. Cada vez que lo hacía, la velocidad aumentaba. Los movimientos ganaban ritmo y las manos dejaban de temblar. A continuación envolvió la semiautomática con una camiseta usada y la escondió en una caja de zapatos. A su vez, guardó la caja en el fondo de un armario. La bolsita con las balas la metió en el bolsillo de un

chubasquero colgado en una percha. Como tenía la garganta muy seca, sacó de la nevera té frío de cebada tostada y se bebió tres vasos. Tenía los músculos de los hombros agarrotados por la tensión y las axilas desprendían un olor a sudor diferente al habitual. Sólo con ser consciente de que tenía una pistola, la forma de ver el mundo cambiaba un poco. Al paisaje que la rodeaba se le añadía un matiz desconocido, extraño.

Aomame se desvistió y se dio una ducha para eliminar el olor a sudor.

«*No todas las armas tienen que ser disparadas*», se repitió a sí misma mientras se duchaba. «Una pistola no es más que una herramienta. Y yo no vivo en un mundo de ficción. Éste es un mundo real, lleno de descosidos, inconsistencias y anticlímax».

Después de aquello, transcurrieron dos semanas como si nada. Aomame iba al gimnasio igual que siempre e impartía clases de artes marciales y estiramientos. No podía cambiar su patrón de vida. Cumplía lo más estrictamente posible lo que le había dicho la señora. Al volver a casa y terminar de cenar sola, cerraba las cortinas y entrenaba con la HK 4 sentada a la mesa de la cocina. El peso del arma, su dureza, el olor a aceite lubricante, su violencia y quietud se fueron convirtiendo progresivamente en una parte más de su cuerpo.

Alguna vez también practicó vendándose los ojos con un pañuelo. Aunque no veía nada, logró meter el cargador a toda prisa, quitar el seguro y tirar de la corredera hacia atrás. El sonido sencillo y rítmico de cada uno de los movimientos le sonaba agradable al oído. La diferencia entre el ruido real que producía el arma en su mano y aquello que su sentido auditivo reconocía fue desvaneciéndose poco a poco. Los límites entre su ser y los movimientos que realizaba fueron disipándose hasta desaparecer por completo al cabo de poco tiempo.

Una vez al día se colocaba frente al espejo del baño y se introducía el cañón de la pistola cargada en la boca. Mientras sentía la dureza metálica en la punta de los dientes, sus dedos pensaban en apretar el gatillo. Con ese simple gesto, pondría fin a su vida. «Al instante desapareceré de la faz de la Tierra», se decía a sí misma frente al espejo. Pero había algunos puntos a los que tenía que prestar atención: hacer que las manos no le temblaran. Aguantar el retroceso. No tener miedo. Sobre todo no dudar.

«Si estás dispuesta, también puedes hacerlo ahora», pensó Aomame. Bastaba

con tirar del dedo un escaso centímetro hacia dentro. Era sencillo. Estuvo a punto de hacerlo, pero se echó atrás, se sacó la pistola de la boca, bajó el martillo percutor, le puso el seguro y la dejó sobre el lavabo. Entre el tubo de pasta de dientes y el cepillo para el pelo. «No, es demasiado pronto. Antes debo hacer algo».

Tal y como Tamaru le había dicho, siempre llevaba el busca consigo. A la hora de dormir, lo dejaba al lado del despertador. Se preparó para poder actuar de inmediato cuando sonara. Sin embargo, el busca no sonaba. Pasó una semana más.

La pistola en la caja de zapatos, las siete balas en el bolsillo del chubasquero, el busca siempre guardando silencio, el picahielos especial y la punta mortalmente afilada, sus enseres embutidos en una bolsa de viaje. La nueva cara y la nueva vida que estaban aguardándola. Un fajo de billetes en una consigna automática de la estación de Shinjuku. Aomame se pasaba los días del verano en medio de la atmósfera creada por todas esas cosas. La gente estaba de vacaciones, muchos locales habían cerrado las persianas y por las calles no había ni un alma. El número de vehículos había disminuido y en la ciudad reinaba el silencio más absoluto. De vez en cuando tenía la impresión de estar desubicada. «*¿Será esto real?*», se repetía a sí misma. Si no era la realidad, no tenía ni idea de dónde podía buscarla, así que, por el momento, no le quedaba más remedio que admitir que aquélla era la única realidad, y adaptarse a ella lo mejor que pudiera.

«Morir no me da miedo», volvió a comprobar Aomame. «Lo que me da miedo es que la realidad me engañe. Que la realidad me abandone».

Estaba preparada. También había ordenado sus sentimientos. En cuanto Tamaru se pusiera en contacto con ella, dejaría el piso de inmediato. Pero la llamada no llegaba. La fecha del calendario se acercaba al final de agosto. El verano estaba a punto de terminar y, fuera, las cigarras esgarraban su último canto. Aunque cada día le parecía interminable, había pasado un mes sin darse apenas cuenta.

Al regresar de su trabajo en el gimnasio, Aomame se quitó la ropa empapada de sudor, la echó en el cesto de la ropa sucia y se dejó puestos una camiseta sin mangas y unos *shorts*. Pasado el mediodía, cayó un fuerte aguacero. El cielo estaba oscuro, las gotas de lluvia, grandes como guijarros, golpeaban el

pavimento y tronó durante un rato. Una vez pasado el aguacero, las calles quedaron anegadas. El sol regresó y evaporó el agua con todas sus fuerzas y la ciudad se cubrió de vapor, como una calina. De noche, las nubes volvieron a surgir y taparon el cielo con un tupido velo. No se veía la Luna.

Antes de ponerse a preparar la cena necesitaba un descanso. Mientras bebía un vaso de té frío de cebada tostada y comía las *edamame* que había cocido con antelación, abrió el periódico sobre la mesa de la cocina. Leyó deprisa los artículos de la primera plana y fue pasando las páginas por orden. No encontró nada que le interesara. Era la edición vespertina de siempre. Sin embargo, cuando abrió las páginas de sucesos, un retrato de Ayumi le saltó a los ojos. Aomame tragó saliva y frunció la cara.

Lo primero que pensó fue que aquello no podía ser. Había confundido a Ayumi con la foto de alguien que se le parecía mucho, puesto que si Ayumi apareciera en una foto en el periódico, no le darían tanta cobertura. Sin embargo, cuanto más miraba, más le parecía la cara de la joven agente bien conocida por ella. Era la compañera de sus esporádicas y modestas juergas sexuales. En la foto, Ayumi sonreía ligeramente. Era una sonrisa más bien desmañada y artificial. La Ayumi real sonreía de una manera más natural y abierta. Parecía una foto tomada para un álbum oficial. Era como si aquella torpeza entrañara cierto elemento inquietante.

Si fuera posible, Aomame preferiría no leer aquel artículo, puesto que el gran titular al lado de la foto permitía adivinar que algo había ocurrido. Pero no podía evitarlo. Aquélla era la realidad. Pasara lo que pasara, no podía evadir la realidad. Tras soltar un hondo suspiro, Aomame leyó el texto.

«Ayumi Nakano (26 años). Soltera. Residente en Shinjuku (Tokio).»

Había sido asesinada, estrangulada con la cinta de un albornoz, en una habitación de un hotel en Shibuya. Estaba completamente desnuda. Le habían esposado ambas manos a la cabecera de la cama. También le habían metido una prenda de ropa en la boca para que no gritara. Cuando los empleados del hotel fueron a inspeccionar la habitación antes del mediodía, encontraron el cadáver. Ella y el hombre habían entrado en la habitación sobre las once de la noche anterior y el hombre se había ido solo al amanecer. La habitación la había pagado por adelantado. No era un suceso extraño en una gran ciudad como Tokio. Gentes muy distintas se aglomeran en la ciudad, y eso provoca una efervescencia. De vez en cuando evolucionan de forma violenta. Los periódicos están llenos de ese tipo de sucesos. Sin embargo, aquel caso tenía un lado poco

ordinario. La víctima era una agente de policía en activo que trabajaba para la Jefatura Superior Metropolitana y las esposas que se suponía que habían utilizado en algún juego sexual eran las reglamentarias provistas por el Gobierno. No era un juguete cutre de los que venden en los sex shops. Obviamente, fue una noticia que atrajo la atención de la sociedad.

4
TENGO

Quizá sea mejor no desearlo

«¿Dónde estará ella ahora y qué hará? ¿Seguirá siendo devota de la Asociación de los Testigos?

»Ojalá no», pensó Tengo. Desde luego, era libre de creer o no. No era algo en lo que Tengo pudiera inmiscuirse. Sin embargo, por lo que recordaba, de niña ella no parecía disfrutar en absoluto del hecho de ser devota de la Asociación de los Testigos.

En su época de estudiante, Tengo había trabajado a tiempo parcial en el almacén de una licorería. No le pagaban mal, pero era un trabajo duro, en el que tenía que transportar cargas pesadas. Incluso a Tengo, de constitución robusta, le dolían todos los músculos tras una jornada laboral. Casualmente, allí trabajaban dos chicos que habían sido criados para constituir la «segunda generación de la Asociación de los Testigos». Eran unos tipos educados y simpáticos. Tenían la misma edad que Tengo y se tomaban el trabajo en serio. Bregaban sin aflojar el ritmo ni quejarse. Una vez, después del trabajo, los tres fueron a un bar a tomarse unas cañas. Ellos eran amigos de la infancia, pero hacía unos años, por ciertas circunstancias, habían renunciado a su fe. Entonces se fueron juntos de la comunidad y se adentraron en el mundo real. Sin embargo, por lo que Tengo pudo comprobar, parecía que todavía no se habían adaptado al nuevo mundo. Por el hecho de haber sido criados en una comunidad cerrada desde pequeños, les costaba entender y aceptar las normas de un mundo más abierto. Muchas veces carecían de la suficiente confianza en sí mismos para tomar una decisión y se sentían perdidos. Al mismo tiempo que saboreaban la sensación de libertad por haber renunciado a su fe, acarreaban con la duda de si no habrían tomado una decisión errada.

Tengo no podía evitar sentir empatía hacia ellos. Si hubieran abandonado ese mundo siendo aún niños, antes de que sus egos estuvieran claramente formados,

habrían tenido la oportunidad de adaptarse a la sociedad; pero al haber dejado pasar esa oportunidad, no les quedaba otro remedio que vivir dentro de la Asociación de Testigos, siguiendo su sistema de valores, o bien esforzarse para cambiar por sí mismos su estilo de vida y su mentalidad a toda costa. Cuando Tengo charlaba con ellos, se acordaba de la niña. «Ojalá no tenga que pasar por lo mismo», pensaba.

Después de que la niña le soltara por fin la mano y saliera corriendo de la clase sin mirar hacia atrás, Tengo se quedó allí plantado durante un rato, sin saber qué hacer. Ella le había sujetado la mano con tanta fuerza que todavía notaba el tacto de sus dedos en la mano izquierda. Esa sensación le duró unos cuantos días. Incluso después de que el tiempo hubiera pasado y la sensación inmediata hubiera disminuido, la impronta que le había dejado en el corazón se mantenía intacta.

Poco tiempo después, tuvo su primera eyaculación. De la punta de su pene erecto manó un poco de líquido. Era algo más viscoso que la orina. Y había sentido una punzada acompañada de un ligero dolor. Tengo aún no sabía que aquello era un presagio de la eyaculación. Como hasta entonces nunca le había pasado, aquello le preocupó. A lo mejor a su cuerpo le pasaba algo extraño. Pero no podía pedirle consejo a su padre ni preguntar a sus compañeros de clase. Cuando de noche soñaba y se despertaba (no recordaba qué clase de sueños era), tenía la ropa interior un poco húmeda. Tengo creía que algo había salido de su interior porque la niña lo había cogido de la mano.

Desde entonces, no volvió a tener ningún contacto con la niña. Aomame seguía sola en medio de la clase, como siempre; no hablaba con nadie y antes de comer siempre rezaba una extraña oración con voz clara. Aunque se cruzara con Tengo en algún sitio, no cambiaba de semblante, como si nada ocurriera. Parecía que le pasaba completamente inadvertido.

Sin embargo, siempre que tenía ocasión, Tengo observaba a Aomame con cautela, a escondidas, para que a su alrededor no se dieran cuenta. Bien vista, era una niña guapa. Al menos tenía unas facciones que resultaban agradables. Era de complexión alta y delgada y siempre vestía ropa descolorida de tallas diferentes. Cuando se ponía el equipo de gimnasia, se veía que aún no se le había desarrollado el pecho. Era inexpresiva, casi no abría la boca y parecía que siempre estaba mirando hacia algún sitio a lo lejos. Sus ojos carecían de

vitalidad. A Tengo le resultaba raro, porque aquel día, cuando lo miró directamente a los ojos, su mirada era límpida y rebosaba luz.

Tras haberle cogido la mano, Tengo se dio cuenta de que dentro de aquella niña delgaducha latía una fuerza inquebrantable y fuera de lo común. No se trataba sólo de que tuviera mucha fuerza en las manos. Era como si su espíritu estuviera dotado de un poder aún mayor. Normalmente, ella ocultaba esa energía para que no la vieran los demás alumnos. Durante las clases, cuando el profesor la llamaba, sólo decía lo justo (a veces, incluso en esas ocasiones se quedaba callada), pero sus notas en los exámenes, que se hacían públicas, no eran nada malas. Tengo sospechaba que, si se lo propusiera, podría sacar mejores notas. Pero quizá contestaba a las preguntas sin esforzarse aposta, para no llamar la atención de los demás. Tal vez fuera un recurso al que recurrían los niños en una posición como la suya para sobrevivir y reducir al mínimo las heridas que pudieran infligirles. Encoger el cuerpo todo lo posible. Volverse transparente.

Tengo pensaba en lo estupendo que sería que pudiera ser una niña normal y corriente y hablar sin tapujos. De ese modo, quizá podrían hacerse buenos amigos. Que una chica y un chico de diez años se hagan buenos amigos nunca es fácil. De hecho, probablemente sea una de las tareas más difíciles del mundo. Pero por lo menos podrían encontrar de vez en cuando alguna ocasión para mantener una charla amistosa. Sin embargo, la ocasión nunca llegó. Ella no era una chica en una situación normal, estaba aislada en medio de la clase, nadie le hacía caso y seguía guardando un silencio obstinado. Por otra parte, Tengo, en vez de intentar relacionarse con la Aomame de carne y hueso, eligió relacionarse con ella a hurtadillas, en su imaginación y sus recuerdos.

Tengo, a los diez años, carecía de una imagen concreta relativa al sexo. Su deseo por la niña se limitaba a querer que le agarrara otra vez la mano. Quería quedarse a solas con ella, sin nadie más alrededor, y que le sujetara la mano con fuerza. Y que le contara cualquier cosa sobre ella. Quería que le confesara en voz baja los secretos de cómo era, los secretos de cómo era una niña de diez años. Él intentaría comprenderla. Entonces, seguramente empezaría algo. Tengo aún no tenía ni idea de qué era ese *algo*.

Al llegar abril, al inicio del quinto curso, Tengo y ella fueron a clases distintas. A veces se cruzaban en los pasillos del colegio o coincidían en la parada del autobús. Pero ella nunca le prestaba atención, como de costumbre. Al menos eso era lo que Tengo creía. Aunque él estuviera a su lado, ella no movía ni una ceja. Ni siquiera apartaba la vista. Su mirada aún no había recuperado la

profundidad y el brillo. Tengo se preguntaba qué debió de pasar en el aula aquel día. De vez en cuando tenía la sensación de que aquello había ocurrido en sueños. Que no había sucedido en realidad. Pero, por otro lado, todavía sentía vivamente en sus manos la extraordinaria fuerza de Aomame. Para Tengo el mundo estaba repleto de enigmas.

Y, en el momento menos pensado, aquella niña llamada Aomame desapareció del colegio. Al parecer, se había cambiado de centro, pero desconocía los detalles. Nadie sabía si se debía a que se había mudado. Tengo debió de ser la única persona en el colegio a la que afectó mínimamente la desaparición de Aomame.

Desde entonces, y durante mucho tiempo, Tengo se arrepintió de su comportamiento. Mejor dicho, se arrepintió de *su ausencia de comportamiento*. En ese momento se le ocurrían unas cuantas palabras que debería haberle dicho cuando estuvo frente a ella. En su interior sentía que quería hablar con ella, que tenía que hablarle. *A posteriori*, se dio cuenta de que haber hablado con ella en algún momento no habría sido tan difícil. Ojalá hubiera encontrado una buena excusa y hubiera cobrado un poco de ánimo. Pero Tengo era incapaz de hacerlo. Y la oportunidad se había perdido para siempre.

Incluso después de haber terminado la primaria y entrar en un colegio público de secundaria, Tengo siguió pensando en ella a menudo. Empezó a experimentar erecciones con más frecuencia y de vez en cuando se masturbaba pensando en ella. Él siempre utilizaba la mano izquierda, en la cual aún permanecía la sensación que le había dejado al agarrarlo. En su memoria, Aomame era una niña delgaducha todavía sin pecho. Pero al imaginársela vestida con la ropa de gimnasia llegaba a eyacular.

Luego pasó al instituto y empezó a salir con chicas de su edad. Ellas hacían resaltar la forma de sus nuevos pechos bajo la ropa. Al verlas, a Tengo le costaba respirar. Aun así, antes de dormir, Tengo sacudía la mano izquierda entre las sábanas, pensando en el pecho plano de Aomame, sin la sombra siquiera de una futura redondez. Y cada vez que lo hacía, le remordía la conciencia. Tengo creía que estaba haciendo algo incorrecto y retorcido.

Al entrar en la universidad, no obstante, dejó de acordarse de ella con tanta frecuencia. El principal motivo era que salía con chicas de carne y hueso y había empezado a mantener relaciones sexuales de verdad. Físicamente, era un hombre

desarrollado y, como era natural, la imagen de una niña de diez años delgaducha, ataviada con ropa de gimnasia, se encontraba a mucha distancia de sus objetos de deseo.

Sin embargo, Tengo no volvió a sentir un estremecimiento tan intenso como el que había experimentado cuando Aomame le cogió de la mano en aquella aula del colegio. Ninguna de las mujeres que lo habían rondado en su época universitaria, o a las que había conocido tras dejar la universidad o en la actualidad había dejado una impronta tan viva en su corazón como la de aquella niña. Tengo tampoco había encontrado en ellas lo que realmente buscaba. Había conocido a mujeres bellas y a mujeres cariñosas. Mujeres que lo habían apreciado. Pero al final, tan pronto venían como se marchaban, igual que aves de colorido y vistoso plumaje que se posan en las ramas y luego se van volando a otra parte. Ellas no habían podido satisfacerlo y Tengo no había podido satisfacerlas a ellas.

A Tengo le sorprendía que incluso ahora, cuando estaba a punto de cumplir los treinta, la imagen de aquella niña de diez años le viniera inconscientemente a la cabeza en momentos de mera abstracción, sin hacer nada. La niña le agarraba de la mano con fuerza en un aula, al terminar las clases, y escudriñaba sus ojos con aquella nítida mirada. O vestía su cuerpo enjuto con la ropa de gimnasia. O caminaba por el centro comercial de Ichikawa detrás de su madre en una mañana de domingo. Tenía los labios sellados y sus ojos no miraban a ninguna parte.

«Parece que mi corazón es incapaz de alejarse de esa niña», pensaba Tengo en tales ocasiones. Entonces se volvía a arrepentir de no haberse dirigido a ella por los pasillos del colegio. «Si la hubiera abordado, mi vida quizás habría sido diferente».

Una vez se acordó de ella mientras compraba *edamame* en el supermercado. Estaba eligiendo las vainas y se acordó de Aomame de forma espontánea. Y cuando tuvo un puñado de vainas en la mano, sin darse cuenta, se quedó allí paralizado, abstraído, como inmerso en una ensoñación. No sabía durante cuánto tiempo había estado así. «¡Perdone!», una voz de mujer lo devolvió a la realidad. Él era corpulento y se había plantado delante de la sección de *edamame*.

Tengo salió de su abstracción, se disculpó, metió en la cesta las *edamame* que había cogido y fue hasta la caja con el resto de los productos. Había comprado gambas, leche, tofu, lechuga y *crackers*. Se mezcló con las señoras del

barrio y esperó su turno para pagar. Era justo la hora punta de la tarde y, además, la persona que atendía la caja era novata y torpe, y se había formado una larga cola, pero a Tengo le daba igual.

Si Aomame hubiera estado en medio de aquella cola, ¿la habría reconocido a primera vista? ¿Qué hubiera ocurrido? Después de todo, hacía veinte años que no se veían. La probabilidad de que se reconocieran el uno al otro era mínima. Y si se cruzaran por la calle y él se preguntara «¿no será ella?», ¿se atrevería a abordarla de inmediato? No confiaba demasiado en ello. Quizá se cohibiría y acabaría yéndose sin hacer nada. Entonces seguramente volvería a arrepentirse: «¿Por qué no le dirigí la palabra?».

Komatsu decía a menudo que lo que a Tengo le faltaba eran ganas y disposición. Seguramente era cierto. Cuando se sentía confuso, pensaba «¡Olvídalo!», y se daba por vencido. Así era su personalidad.

«Pero suponiendo que nos encontráramos en algún lugar y que, por suerte, ambos nos reconociéramos, quizá le confesaría todo con el corazón en la mano». Irían a alguna cafetería cercana (por supuesto, siempre que ella tuviera tiempo y aceptara su invitación) y se sentarían cara a cara, a tomar algo.

Había muchas cosas que le quería contar. «Todavía me acuerdo bien de que me cogiste la mano en un aula del colegio. Después de aquello, quise ser tu amigo. Quería conocerte mejor. Pero fui incapaz. Había varios motivos, pero el principal problema era mi cobardía. Me he arrepentido de ello durante toda mi vida. Aún hoy me arrepiento, y pienso a menudo en ti». Por supuesto, no le contaría que se había masturbado pensando en ella. Eso era algo que pertenecía a una dimensión diferente a la sinceridad.

«Pero quizá sea mejor no desearlo. Quizá sea mejor que no volvamos a vernos. Quizá si nos encontráramos nos llevaríamos un chasco», pensó Tengo. «A lo mejor se ha convertido en una simple oficinista aburrida de rostro cansado. A lo mejor es una madre frustrada que riñe a sus hijos pequeños con voz chillona. A lo mejor es incapaz de encontrar un solo tema interesante del que hablar». Desde luego, existía esa posibilidad. Si así fuera, la cosa más valiosa para Tengo, y que había llevado todo el tiempo en su corazón, se perdería para siempre. Pero Tengo estaba casi convencido de que no iba a ser así. En los ojos decididos y el tenaz perfil del rostro de aquella niña se percibía su resolución a no consentir así como así que el tiempo la cambiara.

Y en cambio, ¿qué había ocurrido con él?

Sólo de pensar en ello, Tengo sintió desazón.

¿No sería más bien Aomame la que se quedaría decepcionada si volvieran a verse? En primaria, Tengo era un niño prodigio de las matemáticas, reconocido por todos, sacaba las mejores notas en casi todas las asignaturas, era corpulento y poseía unas excelentes cualidades deportivas. Los profesores lo estimaban y ponían sus esperanzas en el futuro del chico. Para Aomame, debía de ser una especie de héroe. Sin embargo, ahora era un profesor contratado en una academia, y no se podía decir que fuera un empleo fijo. Como trabajo era fácil y podía vivir sin privaciones, pero estaba bastante lejos de lo que podría considerarse «los pilares de la sociedad». Al mismo tiempo que impartía clases escribía novelas, pero ninguna había llegado a ser publicada. Como trabajo a tiempo parcial, escribía horóscopos al tuntún para una revista femenina. Aunque se habían hecho famosos, aquello no eran más que patrañas, hablando en plata. No tenía ningún amigo digno de mención, ni pareja. El encuentro furtivo una vez a la semana con una mujer casada diez años mayor que él era prácticamente la única relación personal que mantenía. De lo único que podía sentirse orgulloso era que *La crisálida de aire*, que había reescrito como negro, se había convertido en un *best seller*, y sin embargo se trataba de algo que no podría mencionar en público ni loco.

Justo cuando sus reflexiones lo habían llevado a ese punto, el cajero tomó su cesta.

Volvió a su piso cargando con la bolsa de papel de la compra. Se puso unos pantalones cortos, sacó una lata de cerveza de la nevera y, mientras se la bebía, puso agua a hervir en una gran olla. Entretanto, peló las vainas de las *edamame* y las saló por igual encima de una tabla de cortar. Luego las metió en el agua hirviendo.

«¿Por qué no desaparece de mi corazón esa niña delgaducha de diez años?», pensó Tengo. «Vino al acabar las clases y me agarró de la mano. Mientras tanto, no dijo ni una palabra. Simplemente eso». Pero parecía que Aomame se había apoderado de una parte de él. De su corazón o de un pedazo de su cuerpo. Y a modo de compensación, ella le había dejado su corazón o un pedazo de su cuerpo. Ese intercambio tan importante había ocurrido en un breve instante.

Tengo picó abundante jengibre con un cuchillo de cocina. Luego cortó apio y champiñones de forma desigual. También picó cilantro. Peló las gambas y las lavó bajo el grifo. Extendió papel de cocina y las colocó bien ordenadas, como si

formara una fila de soldados. Una vez cocidas, echó las *edamame* en el escurridor y las dejó secar tal cual. Luego puso una sartén grande al fuego, le echó aceite de sésamo blanco y lo extendió por toda la sartén. Salteó a fuego lento el jengibre picado.

«Ojalá pudiera volver a verla ahora mismo», pensó Tengo de nuevo. Aunque él la decepcionara o aunque él mismo se quedara un poco decepcionado, le daba igual. En todo caso, quería verla. Por lo menos quería saber qué vida había llevado desde la última vez que se vieron, qué hacía en la actualidad, qué cosas la hacían feliz y cuáles la entristecían. Porque, por mucho que hubieran cambiado o aunque la posibilidad de emparejarse hubiera desaparecido para siempre, el hecho de que hacía mucho tiempo se hubieran intercambiado algo valioso en un aula de la escuela primaria, después de las clases, era inmutable.

Echó el apio y los champiñones picados en la sartén. Subió el gas al máximo y, mientras sacudía la sartén con suavidad, removía los ingredientes a conciencia con la espátula de bambú. Salpimentó ligeramente las verduras. Cuando éstas empezaron a estar hechas, añadió las gambas que había escurrido. Volvió a salpimentar todo y se sirvió un vaso de sake. Añadió salsa de soja por encima y, para finalizar, espolvoreó con cilantro. Todas esas operaciones las realizó de manera automática. Apenas se había concentrado en lo que estaba haciendo, como si hubiera cambiado el pilotaje del avión a modo automático. Las manos se movían con precisión, pero su cabeza había estado pensando constantemente en Aomame.

Una vez listo el salteado de verduras y gambas, lo pasó de la sartén a un gran plato. Sacó otra cerveza de la nevera, se sentó a la mesa e, inmerso en sus reflexiones, comió el salteado aún humeante.

«Es como si durante estos últimos meses hubiera estado sufriendo un cambio perceptible. Quizá podría decirse que he madurado psicológicamente. Justo antes de cumplir los treinta… ¡Genial!». Tengo sacudió la cabeza, como burlándose de sí mismo, con la cerveza empezada en la mano. ¡Fantástico! A aquel ritmo, ¿cuánto tiempo necesitaría para alcanzar un nivel decente de madurez?

A pesar de todo, aquel cambio físico parecía provocado por influjo de *La crisálida de aire*. Al reescribir con su propio estilo la historia de Fukaeri, el deseo de transformar sus propias historias en obras literarias se había intensificado. Había surgido algo que podría llamarse entusiasmo. Y ese nuevo

entusiasmo parecía incluir el deseo de encontrar a Aomame. Últimamente pensaba a menudo en ella. Cualquier cosa lo retrotraía a aquella tarde, en aquella aula, veinte años atrás. Como quien se para a la orilla del mar y una fuerte resaca lo arrastra.

Al final, Tengo dejó a medias la segunda cerveza y el salteado de verduras y gambas. La cerveza sobrante la tiró por el fregadero y la comida la pasó a un plato pequeño, la envolvió en film transparente y la metió en la nevera.

Tras la cena, se sentó ante su escritorio, encendió el ordenador y abrió el programa para escribir.

Tengo se dio cuenta de que, en realidad, reescribir el pasado no servía de nada, como su novia mayor le había señalado. Tenía razón. Por mucho empeño y dedicación que pusiera al reescribirlo, lo más importante de su situación actual no iba a cambiar. El tiempo posee el poder de ir cancelando absolutamente todas las alteraciones artificiales. Sobre las correcciones añadidas escribe más correcciones y va devolviendo el flujo al punto de partida. Aunque se alteraran numerosos hechos nimios, al final Tengo nunca dejaría de ser Tengo.

Lo que Tengo debía hacer era erguirse en la encrucijada del presente, encontrar honradamente el pasado e ir escribiendo el futuro para así reescribir el pasado. No había otro camino.

Penitencia y arrepentimiento torturan mi corazón pecador. Que las lágrimas que derramo en agradables perfumes para ti se tornen, Oh, fiel Jesús.

Así rezaba la letra del aria de *La pasión según San Mateo* que Fukaeri había cantado la otra vez. Como a Tengo le había gustado, al día siguiente volvió a escucharla en un disco y leyó la traducción de la letra. Era el aria extraída de «Ungido en Betania», al comienzo de la Pasión. Cuando Jesús visitó la casa del leproso en el pueblo de Betania, una mujer derramó un caro perfume sobre la cabeza del Mesías. Los discípulos que lo rodeaban le reprocharon aquel derroche absurdo. Le dijeron que si lo vendía podría donar el dinero a los pobres. Pero Jesús contuvo a los indignados discípulos diciéndoles: «¡Basta! Esta mujer ha realizado una buena obra. Me ha preparado para mi sepultura».

La mujer lo sabía. Sabía que Jesús había de morir al cabo de poco tiempo. Por eso no pudo evitar derramar por su cuerpo aquel preciado bálsamo, como si lo ungiera con sus propias lágrimas. Jesús también lo sabía. Sabía que pronto debía recorrer el camino de la muerte. Él dijo: «En verdad os digo que en

cualquier lugar del mundo donde sea predicado este Evangelio se alabará lo que ella acaba de hacer».

Ellos no pudieron cambiar el futuro, naturalmente.

Tengo volvió a cerrar los ojos, respiró hondo y ordenó las palabras en su mente. Cambió el orden para que la imagen fuera más clara. Precisó el ritmo.

Ondeó silenciosamente los diez dedos en el aire, como Vladimir Horowitz delante de las ochenta y ocho teclas de un piano novísimo. Luego comenzó a teclear con resolución los caracteres del ordenador.

Describió el paisaje de un mundo en cuyo cielo se perfilaban al atardecer, por Oriente, dos lunas. Las gentes que allí vivían. El tiempo que transcurría.

«En verdad os digo que en cualquier lugar del mundo donde sea predicado este Evangelio, se alabará lo que ella acaba de hacer».

5
AOMAME

Un ratón se encuentra a un gato vegetariano

Tras aceptar la muerte de Ayumi como un hecho real, Aomame tuvo que pasar durante cierto tiempo por un proceso de adaptación. Entonces se echó a llorar, se cubrió el rostro con ambas manos y lloró en silencio, de tal forma que los hombros sólo le temblaban ligeramente. No quería que nadie en el mundo se diera cuenta de que lloraba.

Aunque las cortinas estaban completamente corridas, nunca se sabía si alguien podría estar viéndola desde algún sitio. Aquella noche, Aomame abrió la edición vespertina del periódico sobre la mesa de la cocina y lloró sin cesar delante de ella. De vez en cuando emitía un sollozo sin poder contenerse y luego volvía a llorar en silencio. Las lágrimas corrían por sus manos y se derramaban sobre el periódico.

Aomame no lloraba fácilmente. Cuando tenía ganas de llorar, se enfadaba. Con los demás o consigo misma. Así que era rarísimo que llorara. Sin embargo, una vez que empezaba a lagrimear, no podía reprimirse. Era la primera vez que lloraba tanto desde la muerte de Tamaki Ōtsuka. ¿Cuántos años hacía de aquello? No logró acordarse. Mucho tiempo, de todos modos. En esa ocasión, Aomame había llorado sin cesar. Lloró durante días. Sin hablar con nadie ni salir a la calle. De vez en cuando devolvía al cuerpo la cantidad de líquido que había derramado en forma de lágrimas, o se tumbaba y echaba una breve siesta; eso era todo. El resto del tiempo lo había pasado llorando sin descanso. Esa había sido la última vez.

Ayumi ya no estaba en este mundo. Se había convertido en un frío cadáver y a esas alturas ya la habrían enviado a que le realizaran la autopsia. Una vez terminada la autopsia, volverían a coserla y probablemente habría un funeral sencillo; luego la llevarían al crematorio y la incinerarían. Se transformaría en humo, subiría al cielo y se mezclaría con las nubes. Luego se convertiría en

lluvia, caería al suelo y daría lugar a alguna hierba. Unas briznas de hierba sin nada que contar, sin nombre. Sin embargo, Aomame no volvería a ver a Ayumi con vida. Le parecía que iba en contra del dictado de la Naturaleza, que era terriblemente injusto y que se trataba de una idea retorcida y absurda.

Después de que Tamaki Ōtsuka hubiera dejado este mundo, Aomame no había vuelto a sentir ni una pizca de amistad por nadie, excepto por Ayumi. Pero, desgraciadamente, esa amistad tenía un límite. Ayumi era agente de policía y Aomame, una asesina en serie. Una asesina honrada y de postura firme, pero una asesina al fin y al cabo; desde un punto de vista legal, Aomame era incuestionablemente una criminal. Ella se hallaba en el lado de los que eran detenidos; y Ayumi, en el de los que detenían.

Por lo tanto, aunque Ayumi hubiera querido una relación más profunda, Aomame tenía que hacerse de piedra y esforzarse para no ceder. Si hubieran mantenido una relación estrecha, en la que ambas se necesitaran a diario, hubieran surgido de forma inevitable contradicciones y descosidos que hubieran podido costarle la vida a Aomame. Ella era, básicamente, una persona franca y honesta. Era incapaz de entablar una relación personal sincera con alguien y al mismo tiempo tener secretos y contar mentiras sobre algo importante. Aquella situación la hacía sentirse confusa, y algo así no podía permitírselo.

En cierto modo, Ayumi también debía de saber que Aomame guardaba algún secreto personal que no quería desvelar, y que por eso siempre mantenía a propósito cierta distancia con ella. Ayumi tenía un sexto sentido. Tras esa apariencia extrovertida, medio fingida, se ocultaba en el fondo un carácter frágil y fácilmente vulnerable. Aomame lo sabía perfectamente. Por culpa de su actitud a la defensiva, quizás Ayumi se había sentido sola. Quizá se había sentido rechazada. Al pensar en ello, Aomame sintió un dolor en el pecho, como si le hubieran clavado una aguja.

El asesinato se produjo así: quizá se encontró con un desconocido en la ciudad, fueron a tomar una copa juntos y entraron en el hotel. Luego iniciaron los elaborados juegos sexuales en aquella habitación cerrada y oscura. Esposas, mordazas, vendas. La situación se perfiló en su mente. El hombre estrangulaba el cuello de las mujeres con la cinta del albornoz y, viendo cómo se retorcían de dolor, se excitaba y se corría. Pero en esta ocasión apretó la cinta con demasiada fuerza, y no la soltó a tiempo.

Ayumi misma debía de temer que algún día ocurriera aquello. Periódicamente necesitaba relaciones sexuales extremas. Su cuerpo —y es probable que también su mente— se las pedía. Sin embargo, no quería un novio formal. Las relaciones fijas la ahogaban y le provocaban inseguridad. Por eso de vez en cuando hacía el amor con desconocidos. Las circunstancias eran bastante similares a las de Aomame. Sólo que Ayumi tendía a ir más allá que Aomame. Ayumi prefería el sexo libre y con riesgos, y seguro que inconscientemente deseaba que la hirieran. Al contrario que Aomame. Aomame era cautelosa y no se dejaba herir por nadie. Si alguien lo intentara, se opondría violentamente. Pero Ayumi se prestaba a todo lo que la otra persona le pedía, fuera lo que fuera. Esperaba que a cambio le ofrecieran algo. Era una tendencia peligrosa. Después de todo, se trataba de desconocidos. Hasta que una no se encontraba en aquella situación, no se sabía qué deseos albergaban, qué tendencias ocultaban. Ayumi, por supuesto, era consciente del riesgo. Por eso mismo necesitaba a una compañera estable como Aomame. Alguien que le pusiera freno y velara por ella.

Aomame también necesitaba a Ayumi. Ella estaba dotada de unas cuantas habilidades de las que Aomame carecía. Poseía una personalidad abierta y alegre que tranquilizaba a la gente. Era adorable, tenía una curiosidad espontánea, era positiva como un niño e interesante a la hora de conversar. Sus grandes pechos atraían las miradas. A su lado, Aomame sólo tenía que esbozar una sonrisa misteriosa. Los hombres querían saber qué demonios había en el fondo de todo aquello. En ese sentido, Aomame y Ayumi formaban la pareja ideal. Una máquina sexual sin parangón.

«Independientemente de las circunstancias, debería haber sido más afectuosa con ella», pensó Aomame. «Debería haberme tomado en serio sus sentimientos, abrazarla con fuerza. Eso era lo que ella buscaba. Ser aceptada y abrazada sin condiciones. Debería haberle hecho sentirse segura aunque sólo fuera una vez. Pero yo no pude responder a sus necesidades. El instinto de protegerme era mayor y, además, no quería mancillar el recuerdo de Tamaki Ōtsuka».

Entonces, Ayumi salió de noche por la ciudad a solas, sin Aomame, y murió estrangulada. Con unas frías esposas de verdad en las muñecas, los ojos vendados y una media o una prenda de ropa interior en la boca. Al final, los temores de Ayumi se habían hecho realidad. Si Aomame la hubiera tratado con más amabilidad, probablemente aquel día Ayumi no habría salido sola. La habría llamado para invitarla. Entonces habrían ido juntas a un lugar seguro y se

habrían acostado con algún hombre, siempre la una pendiente de la otra. Pero quizás Ayumi no había querido molestar a Aomame. Además, Aomame no la había llamado para invitarla ni una sola vez.

No eran las cuatro de la madrugada aún, pero no pudiendo soportar más estar sola en el apartamento, Aomame se calzó las sandalias y salió a la calle. Entonces dio una vuelta sin rumbo fijo por la ciudad de madrugada, vestida con unos *shorts* y una camiseta sin mangas. Alguien la llamó, pero ella no se volvió. Como le entró sed mientras caminaba, se acercó a un pequeño supermercado abierto las veinticuatro horas, compró un tetrabrik grande de zumo de naranja y se lo bebió en el sitio. Luego regresó al apartamento y estuvo llorando durante un buen rato. «Ayumi me gustaba», pensó. «Esa chica me gustaba más de lo que yo creía. Si quería tocar mi cuerpo, ojalá la hubiera dejado tocarme donde quisiera y como quisiera».

En el periódico del día siguiente apareció una noticia cuyo titular rezaba: AGENTE DE POLICÍA ESTRANGULADA EN UN HOTEL DE SHIBUYA. La policía se había movilizado para dar con el paradero del hombre que había huido. Según la noticia, sus compañeros estaban consternados. Ayumi tenía un carácter alegre, era querida por todos, se caracterizaba por su sentido del deber y su energía y como agente había obtenido unas calificaciones excelentes. Muchos de sus familiares, incluidos su padre y su hermano, trabajaban o habían trabajado en la policía y los vínculos familiares eran sólidos. Todos estaban profundamente abatidos, no se explicaban cómo había podido suceder algo semejante.

«Nadie lo sabe», pensó Aomame. «Pero yo sí». Ayumi se sentía seca por dentro, como un desierto en los confines de la Tierra. Por mucha agua que se vertiese en él, el suelo la absorbía al instante. No quedaba ni una gota. Ninguna vida podía echar raíces allí. Ni siquiera había pájaros volando en el cielo. Sólo Ayumi sabía qué era lo que había producido aquella desolación en su interior. O puede que ni siquiera Ayumi lo supiera realmente. Pero no cabía duda de que la retorcida lujuria que los hombres que la rodeaban le habían impuesto a la fuerza era una de las principales causas. Había tenido que curtirse a sí misma para tapiar los bordes de esa carencia fatal. Si se la despojara del decorativo ego que había creado, sólo quedaría un vacío abismal y la intensa sequedad que éste producía. Por mucho que intentara olvidarlo, ese vacío la visitaba regularmente.

Ya fuera en una tarde lluviosa en la que se encontraba sola o al amanecer, al despertar después de haber tenido una pesadilla. Y en esas ocasiones necesitaba que *cualquiera, fuera quien fuera*, le hiciera el amor.

Aomame sacó la HK 4 Heckler & Koch de la caja de zapatos, introdujo hábilmente el cargador, le quitó el seguro, tiró de la corredera, envió una bala a la recámara, amartilló la pistola, asió firme la empuñadura con ambas manos y apuntó hacia un punto determinado de la pared. La pistola no se movió ni un ápice. No le temblaba la mano. Aomame aguantó el aliento, se concentró y luego liberó un hondo suspiro. Bajó el arma y volvió a ponerle el seguro. Evaluó el peso de la pistola y contempló la luz opaca que en ella se reflejaba. Aquella arma se había convertido en una parte más de su cuerpo.

«Tengo que controlar mis sentimientos», se dijo Aomame a sí misma. «Si castigara al tío y al hermano de Ayumi, ellos probablemente ni siquiera entenderían el porqué. Además, haga lo que haga ahora, Ayumi ya nunca volverá. Por triste que sea, tarde o temprano iba a ocurrir. Ayumi se dirigía hacia el centro de una espiral mortal, a la cual iba aproximándose de forma lenta pero inexorable. Aunque hubiera tomado la determinación de tratarla con más calidez, también habría habido un límite. ¡Deja ya de llorar! Debes guardar la compostura. Es importante dar prioridad a las normas antes que a uno mismo, como dijo Tamaru».

El busca sonó la mañana del quinto día tras el fallecimiento de Ayumi. Aomame estaba en la cocina, escuchando las noticias de la radio, y había puesto agua a hervir para preparar café. El busca estaba encima de la mesa. Miró el número de teléfono que aparecía en la pequeña pantalla. No lo reconoció, pero no cabía duda de que era un mensaje de Tamaru. Fue a una cabina telefónica cercana y marcó el número. Al tercer tono, se puso Tamaru.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Claro —respondió Aomame.

—*Madame* te envía el siguiente recado: a las siete de esta tarde en el hall del edificio principal del Hotel Okura. Prepárate para el trabajo de siempre. Siento avisarte con tan poca antelación, pero es que se acaba de acordar el encuentro.

—Esta noche a las siete en el hall del edificio principal del Hotel Okura —repitió automáticamente Aomame.

—Me gustaría decirte que voy a rezar para que tengas buena suerte, pero por

mucho que yo rece, no creo que te sirva de nada.

—Porque tú no confías en la suerte.

—Aunque no quiera confiar en ella, aún no sé bien qué es —dijo Tamaru—, porque todavía no la he visto.

—No hace falta que reces. En cambio, quiero que me hagas un favor: ocúpate de la cauchera que tengo en una maceta en mi habitación. Es que no he podido deshacerme de ella.

—Ya me encargo yo.

—Gracias.

—Cuidar de una cauchera es mucho más relajado que cuidar de un gato o de unos peces de colores. ¿Algo más?

—Nada más. El resto lo he tirado todo.

—Cuando acabes el *trabajo,* ve a la estación de Shinjuku y, desde allí, vuelve a llamarme a este número. Entonces te daré las siguientes instrucciones.

—Cuando acabe el trabajo, llamo a este número desde la estación de Shinjuku —repitió Aomame.

—Supongo que ya lo sabes, pero no anotes el número de teléfono. Cuando salgas de casa, rompe el busca y tíralo en algún sitio.

—De acuerdo. Eso haré.

—Todo está preparado hasta el mínimo detalle. No hace falta que te preocupes. El resto lo dejo en tus manos.

—No me preocupo —dijo Aomame.

Tamaru se quedó un rato en silencio.

—¿Quieres que te dé mi más sincera opinión?

—Adelante.

—No pretendo decir que lo que estáis haciendo sea en vano. Eso es asunto vuestro y no mío. Pero es una temeridad, por no decir algo peor. Y además *nunca* se termina.

—Tal vez —dijo Aomame—. Pero no se puede cambiar.

—Igual que las avalanchas cuando llega la primavera.

—Quizás.

—Sin embargo, alguien cabal, con sentido común, no se aproximaría a un lugar en el que se podría producir una avalancha en la estación de las avalanchas.

—Alguien cabal, con sentido común, no hablaría contigo de esto.

—Puede ser —reconoció Tamaru—. Por cierto, ¿tienes algún familiar al que

llamar en caso de que hubiera una avalancha?

—No tengo familia.

—¿Nunca la tuviste o *la tienes pero no la tienes*?

—La tengo pero no la tengo —respondió Aomame.

—Perfecto —dijo Tamaru—. Es mejor no tener ataduras. Como allegada, la cauchera es ideal.

—Cuando vi que *Madame* tenía peces de colores, de repente a mí también se me antojaron. Pensé que podría estar bien tenerlos en casa. Son pequeños, silenciosos y no piden demasiado. Entonces al día siguiente fui a una tienda que hay enfrente de la estación para comprarlos y vi unos dentro de una pecera, pero de pronto se me fueron las ganas de tenerlos. Y en vez de los peces compré una triste cauchera que había quedado sin vender.

—Creo que fue una elección acertada.

—A lo mejor ya nunca podré comprar peces de colores.

—Es posible —dijo Tamaru—. Espero que vuelvas a comprar otra cauchera.

Se hizo un breve silencio.

—Esta noche a las siete en el hall del edificio principal del Hotel Okura —volvió a confirmar Aomame.

—Tú sólo has de sentarte y esperar. Ellos te encontrarán.

—Ellos me van a encontrar.

Tamaru carraspeó ligeramente.

—Por cierto, ¿conoces la historia del gato vegetariano y el ratón?

—No.

—¿Quieres que te la cuente?

—Por supuesto.

—Un ratón se encontró con un gran gato en un desván, que lo acorraló en una esquina sin dejarle escapatoria. El ratón le dijo, temblando: «Por favor, señor Gato, no me coma. Tengo que volver a mi hogar. Mis hijos me esperan hambrientos. Déjeme huir». El gato le respondió: «No te preocupes. No te voy a comer. No se lo digas a nadie, pero yo soy vegetariano. No puedo comer carne, así que has tenido suerte al encontrarte conmigo». El ratón le dijo: «¡Ah! ¡Qué día más maravilloso! ¡Qué ratón tan afortunado soy! ¡Mira que topar con un gato vegetariano!». Pero al instante, el gato se abalanzó sobre el ratón, lo inmovilizó con las zarpas y le clavó sus afilados dientes en el cuello. El ratón agonizante preguntó al gato con su último aliento: «¿Pero no habías dicho que eres vegetariano y no puedes comer carne? ¿Era una mentira?». El gato dijo

relamiéndose: «No, no puedo comer carne. No te he mentido. Por eso, voy a llevarte en la boca y te voy a cambiar por lechuga».

Aomame estuvo pensando un poco en aquello.

—¿Qué me quieres decir con esta historia?

—Nada en particular. Como hace un rato hemos hablado de la fortuna, de pronto me he acordado de la historia. Sólo eso. Aunque, por supuesto, eres libre de buscarle un significado.

—Una historia reconfortante.

—Otra cosa: creo que te van a cachear e inspeccionar lo que lleves. Son unos tipos precavidos. Recuérdalo.

—No lo olvidaré.

—Pues nada —dijo Tamaru—. Hasta que volvamos a vernos en alguna parte.

—Hasta que volvamos a vernos —repitió Aomame de forma automática.

La conversación telefónica se acabó en ese punto. Ella estuvo mirando el auricular durante un rato, frunció la cara ligeramente y lo colocó en su sitio. Una vez memorizado el número de teléfono que aparecía en la pantalla del busca, lo borró. El «hasta que volvamos a vernos» se repitió una vez más en la cabeza de Aomame. Sin embargo, ella sabía que seguramente nunca volvería a ver a Tamaru.

Leyó el periódico de la edición matinal de cabo a rabo, pero no encontró ni una sola noticia sobre el asesinato de Ayumi. Parecía que de momento la investigación no había avanzado. Era posible que al poco se publicara como suceso truculento en las revistas semanales. Una joven agente de policía realizaba juegos eróticos con unas esposas en un *love hotel*[17] de Shibuya y acabó estrangulada, completamente desnuda. Pero Aomame no tenía ganas en absoluto de leer esa clase de artículos morbosos. Tras el incidente, había procurado no encender la televisión. No quería que un presentador de telediario de voz artificial y chillona le comunicara que Ayumi se había muerto.

Desde luego, deseaba que capturasen al asesino. Tenía que ser castigado a cualquier precio. Sin embargo, si detenían al criminal y lo juzgaban y se aclaraban todos los detalles del homicidio, ¿qué conseguiría? Se hiciera lo que se hiciera, Ayumi no iba a volver a la vida. Eso estaba claro. Incluso era posible que la condena fuera leve. Quizá lo tratarían como un caso de homicidio por

imprudencia, en vez de un asesinato. Claro que aunque se dictara sentencia de pena de muerte, no habría forma de repararlo. Aomame cerró el periódico, apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara durante un rato con ambas manos. Luego pensó en Ayumi. Pero no volvió a llorar. Sólo sentía rabia.

Hasta las siete de la tarde, aún había tiempo de sobra. Aomame no tenía nada que hacer. No había ido al trabajo. Ya había dejado la bolsa de viaje y el bolso bandolera en la taquilla de la estación de Shinjuku, como le había indicado Tamaru. Dentro de la bolsa había metido un fajo de billetes y mudas para unos cuantos días. Cada tres días, Aomame había ido hasta la estación de Shinjuku, había introducido más monedas en la taquilla y había comprobado todo lo que había dejado. No hacía falta que limpiara el piso, y tampoco podía cocinar porque la nevera ya estaba prácticamente vacía. Aparte de la cauchera, dentro del piso casi no quedaba nada que oliera a vida. Se había deshecho de todo aquello que revelara alguna información personal. Todos los cajones estaban vacíos. «Mañana ya no estaré aquí. No quedará ni rastro de mi presencia».

Había doblado la ropa que llevaría esa noche y la había amontonado sobre la cama. Al lado había una bolsa de deporte azul. En la bolsa llevaba todo lo necesario para los estiramientos. Aomame volvió a inspeccionarla por si acaso. Un chándal, una esterilla para yoga, una toalla pequeña y el estuche rígido que contenía el fino picahielos. Estaba todo. Sacó el picahielos del estuche, le quitó el corcho y comprobó que la punta estaba bien afilada tocándola con la yema del dedo. Con todo, por si las moscas, la aguzó ligeramente con la piedra de afilar más fina que tenía. Se imaginó la aguja penetrando en un punto preciso de la nuca del hombre, sin hacer ningún ruido, como si fuera absorbida. Todo terminaría en cuestión de segundos, como siempre. No habría gritos ni derramamiento de sangre. Sólo ese espasmo momentáneo. Aomame volvió a clavar el corcho en el extremo de la aguja y la guardó con cuidado en el estuche.

A continuación, sacó de la caja de zapatos la Heckler & Koch envuelta en la camiseta e introdujo con maña en el cargador las siete balas de nueve milímetros. Envió una bala a la recámara con un ruido seco. Quitó el seguro y volvió a ponerlo. Luego la envolvió en un pañuelo blanco y la metió en un neceser de plástico. Colocó por encima la ropa interior de repuesto, para que la pistola no se viera.

¿Le quedaba algo por hacer?

No se le ocurrió nada. Aomame fue a la cocina y se preparó café con el agua hirviendo. Se sentó a la mesa, bebió café y se comió un cruasán.

«Posiblemente, éste sea mi último trabajo», pensó Aomame. «Y además el más importante y más complicado. Una vez cumplida esta misión, no tendré que volver a matar a nadie».

No se resistía a perder su propia identidad. En cierto sentido, incluso lo hacía de buena gana. No sentía apego ni por su nombre ni por su rostro, y no recordaba nada del pasado que le diera pena perder. «Un reajuste vital: quizás era eso lo que estaba esperando con ansia».

Aunque suene extraño, lo único que no quería perder, a ser posible, era aquel par de pechos más bien escasos. Durante veinte años había vivido sintiéndose insatisfecha con el tamaño y la forma de sus pechos. A menudo se preguntaba si no habría llevado una vida un poco más sosegada en caso de que hubieran sido un poco más grandes. Sin embargo, cuando le habían ofrecido la oportunidad de cambiarlos de tamaño (era una opción necesaria), se dio cuenta de que no lo deseaba. No le importaba que se quedaran tal cual. Así estaban bien.

Se tocó ambos pechos por encima de la camiseta sin mangas. Eran los pechos de siempre. Tenían forma de masa de pan deshinchada en la que se habían equivocado al medir los ingredientes. Además, eran de diferente tamaño. Aomame agitó la cabeza hacia los lados. «Pero no importa. *Yo soy así*.

»¿Qué me quedará, además del pecho?

»Los recuerdos de Tengo, por supuesto. El tacto de su mano. Ese intenso estremecimiento del corazón. El ansia de hacer el amor con él. Aunque me convirtiera en otra persona, no podrán hacer que deje de pensar en él. Ésa es la principal diferencia entre Ayumi y yo», pensó Aomame. «En el centro de mi ser no hay un vacío. No es un lugar desierto e insulso. *En lo más hondo de mi ser hay amor*. Seguiré pensando en aquel niño de diez años llamado Tengo. En su fuerza, su inteligencia, su amabilidad. Él no existe *aquí*, pero un cuerpo inexistente nunca decae y las promesas no realizadas no se pueden romper».

El Tengo de treinta años que Aomame llevaba en su interior no era el Tengo real. No era más que una hipótesis. Probablemente todo había surgido de su imaginación. Tengo seguía conservando su fuerza, su inteligencia y amabilidad. Además, ahora tenía unos brazos gruesos de adulto, un pecho robusto y unos genitales recios. Él siempre estaba a su lado cuando lo deseaba. La abrazaba con

fuerza, le acariciaba el pelo y la besaba. La habitación en donde se encontraban siempre estaba a oscuras y Aomame no podía verlo. Sólo veía sus ojos. Podía ver sus cálidos ojos en medio de la oscuridad. Echaba un vistazo dentro de ellos y, en lo más hondo, veía la imagen del mundo que él contemplaba.

Si de vez en cuando Aomame se moría de ganas por acostarse con hombres, era porque quería mantener lo más puro posible al Tengo que criaba en su interior. Al entregarse a la lujuria con desconocidos quería liberar su cuerpo del deseo que se apoderaba de ella. Quería pasar un rato de intimidad a solas con Tengo, sin ninguna molestia, en el mundo calmo y silencioso que la acogía tras aquella liberación. Seguramente eso era lo que Aomame deseaba.

Aomame se pasó unas cuantas horas de la tarde pensando en Tengo. Se sentó en la silla de aluminio que había colocado en su pequeño balcón, miró hacia el cielo y pensó en Tengo mientras prestaba atención al ruido de los vehículos y agarraba con los dedos de vez en cuando una hoja de la pobre cauchera. Todavía no se veía la Luna. Saldría dentro de unas horas. «¿Dónde estaré mañana a estas horas?», pensó Aomame. No tenía ni idea, pero aquello era trivial, comparado con el hecho de que Tengo existía en aquel mundo.

Aomame regó por última vez la cauchera y luego puso la *Sinfonietta* de Janáček en el tocadiscos. Se había deshecho de todos los discos que poseía y sólo había dejado ése. Cerró los ojos y se concentró en la música. Entonces se imaginó el viento atravesando las praderas de Bohemia. Pensó en lo maravilloso que sería poder caminar por aquel lugar con Tengo. Los dos iban agarrados de la mano. El viento soplaba y la hierba verde y blanda se mecía en silencio al compás. Aomame sentía la tibieza de la mano de Tengo en su propia mano. La imagen se fue fundiendo serenamente, como en los finales felices de las películas.

Luego, Aomame se tumbó en la cama y durmió media hora acurrucada. No soñó. Era una siesta que no requería sueños. Al despertarse, las agujas del reloj marcaban las cuatro y media. Con la mantequilla y los restos que le habían quedado en la nevera se preparó unos huevos con jamón. Bebió zumo de naranja directamente del tetrabrik. El silencio posterior a la siesta era curiosamente pesado. Al encender la radio, sonó un concierto para instrumentos de viento-madera de Vivaldi. El flautín realizaba un trino alegre como el gorjeo de un

pajarillo. A Aomame le pareció que aquella música había sido compuesta para enfatizar lo irreal de la realidad.

Tras recoger el plato y los cubiertos, se dio una ducha y se puso la ropa que había dejado preparada desde hacía semanas para aquel día. Era ropa sencilla y que permitía libertad de movimiento. Unos pantalones de algodón azul claro y una blusa de manga corta blanca sin adornos. El pelo lo llevaba recogido y sujeto con una pinza. No llevaba ningún tipo de accesorio. La ropa que había vestido hasta ese momento, en vez de tirarla a la cesta de la colada la metió en una bolsa negra de basura. Luego Tamaru se encargaría de deshacerse de ella. Se cortó las uñas bien cortadas y se lavó los dientes con calma. También se limpió los oídos. Se depiló las cejas, se embadurnó la cara con un poco de crema y se echó un poco de colonia en el cuello. A continuación examinó su cara delante del espejo desde diferentes ángulos y comprobó que no había ningún problema. Luego cogió la bolsa de deporte con el logo de Nike y salió del piso.

Delante de la puerta se dio la vuelta por última vez y pensó que ya nunca volvería allí. Entonces el apartamento le pareció más deplorable que nunca. Era como una cárcel que sólo se podía cerrar desde dentro. No tenía ni un cuadro, ni un florero. Lo único que quedaba era la cauchera que había comprado rebajada, en vez de los peces de colores, y que había dejado en el balcón. No podía creer que hubiera vivido en aquel lugar durante años sin sentir ningún tipo de descontento o albergar dudas.

«Adiós», dijo en voz baja. No se despedía del piso, sino de sí misma.

6
TENGO

Tenemos brazos muy largos

Después de aquello, durante un tiempo la situación no dio muestras de avanzar. Nadie se puso en contacto con Tengo. No recibió ningún tipo de mensaje de parte de Komatsu, del profesor Ebisuno o de Fukaeri. Quizá todos se habían olvidado de él y se habían ido a la Luna. «Para ser sinceros, eso sería demasiado bonito», pensó Tengo. Pero escabullirse de aquello no iba a ser tan sencillo. Ellos no se habían ido a la Luna. Simplemente tenían muchas cosas que hacer, estaban ocupados y no les quedaba tiempo ni amabilidad como para tomarse la molestia de informarlo sobre lo que fuera.

Tengo procuraba leer la prensa todos los días, como le había indicado Komatsu, pero, al menos en los periódicos que él leía, no venía ninguna noticia relacionada con Fukaeri. La prensa, aunque cubría de forma dinámica lo que «sucedía», trataba lo que «venía después» de una manera relativamente pasiva. Por lo tanto, aquello debía de ser un mensaje callado de que «por ahora no ha sucedido nada importante». Como Tengo no tenía televisor, no sabía si en los telediarios se hablaba sobre el caso.

En cuanto a las revistas semanales, casi todas cubrían aquella noticia. Sin embargo, Tengo no había leído los artículos. Le bastaba con echarles un vistazo a los titulares sensacionalistas que aparecían en el periódico anunciando las revistas, como TODA LA VERDAD SOBRE LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE LA JOVEN Y GUAPA AUTORA DEL *BEST SELLER*, O ¿DÓNDE SE ENCUENTRA FUKAERI (17 AÑOS), LA AUTORA DE *LA CRISÁLIDA DE AIRE*? O EL PASADO «OCULTO» DE LA BELLA ESCRITORA DESAPARECIDA. Algunos de los anuncios traían fotos de Fukaeri. Todas habían sido sacadas durante la rueda de prensa. Aunque el hecho de no leerlos no quería decir, por supuesto, que no sintiera curiosidad por saber lo que decían, no le apetecía gastarse el dinero comprando aquellas revistas. Si hubiera algo escrito por lo que tuviera que preocuparse, Komatsu seguramente lo avisaría de

inmediato. Si no lo llamaba era porque de momento no había nada nuevo. En definitiva, la gente todavía no se había dado cuenta de que (quizás) había un negro detrás de *La crisálida de aire*.

Por el contenido de los titulares parecía que, de momento, los medios de comunicación se centraban en el hecho de que el padre de Fukaeri había sido un famoso militante de un antiguo grupo radical, que Fukaeri se había criado en una comuna en las montañas de Yamanashi, apartada de la sociedad, y que su actual tutor era el profesor Ebisuno (conocido estudioso en el pasado). Y mientras el paradero de la bella y misteriosa escritora seguía sin conocerse, *La crisálida de aire* se mantenía en la lista de *best sellers*. Por ahora, aquello era suficiente para llamar la atención de la sociedad.

Sin embargo, si la desaparición de Fukaeri se prolongara, sólo sería cuestión de tiempo que los periodistas ampliaran sus investigaciones. En ese caso, la situación se complicaría. Por ejemplo, si alguien indagara a qué colegio había ido Fukaeri, probablemente saldría a la luz que apenas había sido escolarizada debido a la dislexia que padecía. Se conocerían sus notas en lengua japonesa y las redacciones que había escrito —suponiendo que hubiera escrito alguna. Lógicamente, se cuestionaría que una chica con dislexia pudiera escribir un texto como aquél. Llegados a tal punto, no hacía falta ser un genio para suponer que una tercera persona podría haberle echado una mano.

El primero al que se lo preguntarían sería, evidentemente, Komatsu, puesto que era el editor encargado de la obra y se había ocupado de todo lo relacionado con su publicación. Entonces Komatsu fingiría no saber nada. Alegaría impertérrito que él sólo había entregado al jurado la obra candidata que ella había enviado y que no había tenido nada que ver en el proceso de creación. Aunque se trataba de una habilidad que, en mayor o menor medida, todos los editores con experiencia poseían, a Komatsu se le daba bien afirmar, sin cambiar de expresión, cosas que no pensaba. Luego llamaría de inmediato a Tengo y le diría algo así como: «Tengo, están empezando a apretarnos las tuercas», en un tono teatral, como si disfrutara de los problemas.

A Tengo le daba la impresión de que quizá disfrutaba realmente con los problemas. A veces le parecía reconocer en Komatsu una especie de deseo de destrucción. Puede que en el fondo deseara que todo el plan se descubriera, que estallara un jugoso escándalo a gran escala y que todos los miembros implicados salieran volando por los aires. Pero, al mismo tiempo, Komatsu también era

realista y calculador. Deseos aparte, en realidad no cruzaría los límites de la destrucción así como así.

Puede que, pasara lo que pasara, Komatsu tuviera posibilidades de salir ileso. Tengo desconocía los planes del editor para escabullirse. En cualquier caso —tanto si aquello derivaba en un amenazador escándalo o en la ruina—, el editor sabría sacar provecho de ello. Era un viejo zorro. No estaba en situación de criticar al profesor Ebisuno. Sin embargo, cuando la nube de la incertidumbre en lo relativo al proceso de creación de *La crisálida de aire* empezara a vislumbrarse en el horizonte, Komatsu se pondría en contacto con Tengo sin falta. De eso estaba seguro Tengo. Hasta ahora, para Komatsu, él había funcionado como una especie de conveniente y eficaz herramienta, pero al mismo tiempo se había convertido en su talón de Aquiles. Si Tengo desembuchara toda la verdad, sin duda se vería en un aprieto. Tengo se había convertido en un elemento que no podía ignorar. Por eso sólo tenía que esperar a que Komatsu lo llamara. Mientras no recibiera ninguna llamada, querría decir que no les estaban «apretando las tuercas».

En cambio, le picaba la curiosidad por saber qué estaba haciendo el profesor Ebisuno. No le cabía duda de que estaba urdiendo algo con la policía. Debía de estar insinuándoles continuamente la posibilidad de que Vanguardia tuviera algo que ver con la desaparición de Fukaeri. Intentaba forzar la dura concha de aquella comunidad valiéndose de su desaparición como palanca. ¿Estaría actuando la policía en esa línea? Tal vez. Los medios de comunicación ya estaban armando jaleo por la relación entre Fukaeri y Vanguardia. Si la policía se quedara sin hacer nada y luego se descubriera algún hecho importante en aquella línea, se criticaría su negligencia en la investigación. En cualquier caso, debían de estar indagando subrepticiamente. En definitiva, aunque leyera los semanales o viera los telediarios, no iba a obtener ninguna información nueva de provecho.

Un buen día, cuando regresó a casa después de su jornada en la academia, encontró un grueso sobre metido en el buzón de la entrada. El sobre, que había sido remitido por Komatsu y que llevaba el logo de la editorial, tenía el sello de correo urgente en seis lugares. Tras entrar en el piso y abrir el sobre, vio que contenía fotocopias de reseñas sobre *La crisálida de aire*. También incluía una carta de Komatsu, que le llevó tiempo descifrar porque estaba escrita con la misma letra garabateada de siempre.

«Tengo:

»Por ahora no ha habido grandes acontecimientos. Fukaeri sigue en paradero desconocido. Los semanales y la televisión se ocupan principalmente de su pasado. Por suerte, a nosotros no nos afecta. El libro se vende cada vez más. Resulta difícil decir si llegados a este punto deberíamos congratularnos o no, pero en la editorial están muy contentos y he recibido un certificado de mérito y una prima de parte del director. Hace más de veinte años que trabajo en esta empresa y es la primera vez que el director me elogia. Estoy deseando ver la cara que van a poner cuando sepan la verdad.

»He adjuntado copias de las reseñas y artículos que se han publicado hasta ahora sobre *La crisálida de aire*. Échales un vistazo cuando tengas un rato libre por si nos sirve en el futuro. Seguro que hay algo que te interesa. Si tienes ganas de reírte, incluso hay unas cuantas con las que te vas a tronchar.

»Un conocido mío ha indagado sobre la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón de la que hablamos el otro día. Se fundó hace unos años, tiene licencia y realmente está en activo. Tienen oficinas y realizan los informes financieros anuales. Cada año seleccionan a unos cuantos investigadores y creadores y les conceden una subvención. Al menos eso es lo que afirman desde la asociación. No se sabe de dónde sale el dinero. Mi conocido cree sinceramente que *huele a chamusquina*. Es posible que se trate de una asociación fantasma creada para ahorrarse impuestos. Si investigara más a fondo, podría obtener alguna información, pero no dispongo de tiempo. En cualquier caso, como te dije el otro día por teléfono, me escama que te hayan ofrecido esa suma de tres millones a ti, que eres un completo desconocido. Debe de haber gato encerrado. No se puede descartar la posibilidad de que Vanguardia tenga algo que ver. En ese caso, significaría que se huelen que has colaborado en *La crisálida de aire*. De todos modos, lo más prudente es no mezclarse con esa organización».

Tengo guardó la carta de Komatsu en el sobre. ¿Por qué se habría tomado la molestia de escribirle aquella carta? Quizá lo hubiera hecho aprovechando que le enviaba las reseñas, pero aquello no era propio de él. Si tuviera algo que comentarle, podría haberlo llamado por teléfono, como siempre. Al escribirle

aquella carta estaba dejando una evidencia. Era imposible que alguien precavido como él no se hubiera dado cuenta. Quizá la posibilidad de ser escuchado a través del teléfono le pareciera más peligrosa que dejar una prueba.

Tengo dirigió la mirada hacia el teléfono. ¿Escuchas telefónicas? No se le había ocurrido que podrían haberle pinchado el teléfono. Pero ahora que lo pensaba, hacía una semana que nadie lo llamaba. Quizá la gente supiera que se lo habían pinchado. Era extraño que incluso su novia, a la que le encantaba llamarlo, no lo hubiera telefoneado ni una sola vez.

Y eso no era todo. El viernes de la semana anterior, ella no fue a visitarlo. Nunca antes había ocurrido. Si por la circunstancia que fuera no hubiera podido ir, lo habría avisado de antemano. Normalmente se debía a que sus hijas se habían acatarrado o estaban de vacaciones, o a que de repente le había bajado la regla. Pero el viernes pasado simplemente no apareció, ni lo llamó. Tengo había preparado un almuerzo sencillo y la había esperado, pero al final se quedó plantado. Aunque quizás había surgido algún imprevisto, no era normal que no lo avisara antes o después. Con todo, él no podía llamarla.

Tengo dejó de pensar en su novia y en el teléfono, se sentó a la mesa de la cocina y leyó una por una las fotocopias de las reseñas. Estaban ordenadas cronológicamente y en la parte superior izquierda tenían anotadas a bolígrafo el nombre del periódico o revista y la fecha de publicación. Seguro que se lo había encargado a la chica empleada a tiempo parcial. Komatsu no se tomaría tantas molestias. Casi todas las reseñas eran favorables. La mayoría de los críticos valoraban la profundidad y la audacia de la historia y reconocían la precisión de su estilo. Unos cuantos habían escrito: «Parece increíble que esta obra haya sido escrita por una chica de diecisiete años».

«No andan desencaminados», pensó Tengo.

Otro artículo la consideraba «una Françoise Sagan impregnada de realismo mágico». En todas había reservas, condiciones colaterales y algunos puntos vagos, pero parecía que en general tenía buena acogida.

Sin embargo, en lo referente al significado de la crisálida de aire y la Little People, bastantes de los críticos estaban desconcertados o eran incapaces de tomar una decisión. Uno de ellos afirmaba: «La historia es apasionante y arrastra al lector hasta el final, pero el significado de la crisálida de aire y de la Little People permanece en un misterioso mar de preguntas hasta el final. Quizá sea

ésa la intención de la autora, pero no creo que sean pocos los lectores que lo consideren una “negligencia por su parte”. Aunque por ahora doy el *aprobado* a esta ópera prima, si la autora tiene intención de seguir escribiendo en el futuro, tal vez debería plantearse reconsiderar seriamente esa actitud sugestiva».

Al leer aquello, Tengo torció el cuello en un gesto de extrañamiento. Si la escritora había tenido éxito al conseguir que «la historia fuera apasionante y arrastrara al lector hasta el final», nadie podría decir de ella que fuera negligente.

Pero a decir verdad, él no las tenía todas consigo. Tal vez estuviera equivocado en su forma de pensar y la objeción del crítico fuera acertada. Tengo había estado literalmente sumergido en la corrección de *La crisálida de aire* y le resultaba prácticamente imposible observarla de manera objetiva, como alguien ajeno a la obra. En aquel momento veía la crisálida de aire y a la Little People como si fueran partes de sí mismo. Francamente, no sabía qué significaban, pero eso no le importaba. Lo más importante era si podía aceptarlos o no como algo real. Y, de hecho, Tengo era capaz de aceptar esa realidad. Justo por eso había podido entregarse en cuerpo y alma a la tarea de reescribir la obra. Si no pudiera considerar aquella historia como algo evidente, por mucho dinero que le hubieran ofrecido o aunque lo hubieran amenazado, nunca habría colaborado en aquel fraude.

Sin embargo, aquello no dejaba de ser su opinión personal. No podía imponérsela a los demás. Pero Tengo no podía dejar de sentir empatía hacia aquellos que creían que, tras leer *La crisálida de aire*, ésta «permanecía en un misterioso mar de preguntas». En su mente afloró la imagen de personas equipadas con flotadores yendo a la deriva en un vasto mar lleno de preguntas. Un sol irreal brillaba en el cielo. Como persona implicada en la divulgación de aquello entre la sociedad, Tengo sentía cierta responsabilidad.

«Pero ¿quién demonios puede salvar a toda la humanidad?», pensó Tengo. ¿Acaso eran capaces de reunirse en un lugar todas las divinidades mundiales y eliminar todas las armas nucleares y erradicar el terrorismo? Ni mucho menos, ¿pues no habían roto su amistad esas divinidades y habían iniciado una violenta disputa, incapaces de terminar con la sequía en África o de resucitar a John Lennon? Es más, el mundo se había convertido posiblemente en un lugar más caótico. Teniendo en cuenta la impotencia por haber provocado tal situación, ¿acaso no era un pecado menor el hecho de hacer flotar a la gente durante un rato en un misterioso mar de preguntas?

Tengo leyó la mitad de las críticas de *La crisálida de aire* que Komatsu le

había enviado, dejó las demás y las guardó en el sobre. Leyendo la mitad podía hacerse una idea aproximada de lo que habían escrito en las demás. *La crisálida de aire* había cautivado a mucha gente. Había cautivado a Tengo, a Komatsu, al profesor Ebisuno y a un sorprendente número de lectores. ¿Qué más necesitaba saber?

Pasadas las nueve de la noche del martes, sonó el teléfono. Tengo estaba leyendo y escuchando música. Era su momento preferido del día. Leía cuanto le apetecía y, cuando se cansaba, se ponía a dormir.

Aunque hacía tiempo que no oía el timbre del teléfono, le pareció que no auguraba nada bueno. No era Komatsu quien llamaba. Las llamadas de Komatsu sonaban diferente. Durante un instante, Tengo no supo si contestar o no. Lo dejó sonar cinco veces. Luego levantó la aguja del disco que estaba sonando y cogió el teléfono. Quizá fuera su novia.

—¿Es ésta la casa del señor Kawana? —preguntó un hombre. Era una voz suave y profunda de un hombre de mediana edad. No le sonaba.

—Sí —respondió Tengo con cautela.

—Siento llamarlo a estas horas. Me llamo Yasuda —dijo el hombre en un tono neutral; ni amistoso ni hostil. No era un tono de tipo administrativo, ni tampoco familiar.

¿Yasuda? No le sonaba ese apellido.

—Lo llamo para comunicarle algo —dijo. Entonces hizo una breve pausa, como si introdujera un punto de libro entre las páginas de una novela—. Me temo que mi esposa ya no podrá ir a visitarlo a su casa. Esto es todo lo que quería decirle.

De repente, Tengo se dio cuenta. Yasuda era el apellido de su novia. Kyōko Yasuda, ése era su nombre completo. Como ella había mencionado su apellido delante de Tengo muy pocas veces, le llevó tiempo recordarlo. Aquel hombre era su marido. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Lo ha comprendido? —preguntó el hombre. Su voz no encerraba ningún sentimiento. Al menos Tengo no percibía nada que se le pareciera. Sólo quedaba la entonación y cierto deje. Quizá fuera oriundo de Hiroshima o de Kyūshū. No lo distinguía.

—No puede venir —repitió Tengo.

—Eso es. *No puede* visitarlo.

Tengo se armó de valor y le hizo una pregunta.

—¿Le ha pasado algo?

Hubo un silencio. La pregunta de Tengo se quedó en el aire, sin obtener respuesta. A continuación el hombre volvió a hablar.

—Así que me temo que usted no volverá a verla nunca jamás. Tan sólo quería informarlo de eso.

Aquel hombre sabía que su esposa y Tengo se habían acostado juntos. Y que habían mantenido relaciones durante un año, una vez por semana. Tengo se dio cuenta. Sin embargo, era extraño que en su voz no se percibiera ningún odio o rencor. Destilaba algo de una naturaleza diferente. Más que un sentimiento personal era algo parecido a una imagen objetiva. Por ejemplo, la imagen de un jardín abandonado y en ruinas, o el lecho de un río después de un gran aluvión.

—Creo que no lo he entendido…

—En ese caso, es mejor que lo olvide —lo interrumpió el hombre. En su voz se percibió una sombra de fatiga—. Sólo voy a dejarle claro una cosa: mi esposa ya se ha perdido y no podrá volver a visitarlo bajo ningún concepto.

—Se ha perdido —repitió Tengo confuso.

—Señor Kawana, yo no quería llamarlo. Pero si no le hubiera dicho nada habría tenido remordimientos. ¿Cree usted que me satisface hablar de esto?

Cuando se callaba, no se oía ningún ruido a través del auricular. Parecía que estaba llamando desde un lugar sumamente silencioso. O que quizá los sentimientos del hombre funcionaran como un vacío que absorbía las ondas sonoras de todo lo que lo rodeaba.

«Hay algo que debo preguntarle», pensó Tengo. Si no, todo se terminaría con aquel absurdo mar de preguntas. No podía permitir que la conversación se interrumpiera. Pero aquel hombre no tenía intención de darle ningún detalle sobre la situación. ¿Qué demonios podía preguntarle a alguien que no estaba dispuesto a informarlo de la realidad? ¿Qué palabras debería utilizar frente al vacío? Mientras Tengo buscaba desesperadamente las palabras adecuadas, la línea se cortó sin previo aviso. El hombre había colgado sin decir nada y se había esfumado. Quizá para siempre.

Tengo estuvo un rato con la oreja pegada al auricular muerto. Si alguien lo estuviera escuchando a hurtadillas, quizá lo notaría. Aguantó la respiración y aguzó el oído, pero no percibió ningún sonido sospechoso. Sólo oía sus propios latidos. Mientras escuchaba, se sintió como si él mismo se hubiera convertido en

un vil ladrón y hubiera entrado en casa ajena durante la noche. Estaba escondido a la sombra de algo, conteniendo el aliento, esperando a que los inquilinos se quedaran dormidos.

Tengo hirvió agua en una tetera y preparó té verde para relajarse. Luego cogió la taza, se sentó a la mesa e intentó reproducir en su cabeza de forma ordenada toda la conversación telefónica.

«Mi esposa ya se ha perdido y no podrá volver a visitarlo bajo ningún concepto», le había dicho el hombre. Sobre todo, la expresión «*bajo ningún concepto*» había dejado perplejo a Tengo. Le había hecho sentir algo semejante a un húmedo y oscuro pantano.

Parecía que lo que aquel hombre llamado Yasuda le había querido transmitir era que, aunque su esposa deseara volver a visitar a Tengo una vez más, le sería imposible. Pero ¿por qué habría de ser imposible? ¿Qué había querido decir con que se había perdido? Tengo se imaginó a Kyōko Yasuda gravemente herida en un accidente, presa de una enfermedad incurable o con el rostro desfigurado por una paliza. Iba en una silla de ruedas, había perdido algún miembro de su cuerpo o estaba vendada de la cabeza a los pies, de manera que no se podía mover. También se la imaginó atada con gruesas cadenas en un sótano, como una perra. Pero cualquiera de esas opciones era demasiado disparatada como para ser verdad.

Kyōko Yasuda (Tengo empezó a pensar en ella por su nombre y apellidos) apenas le había contado nada de su marido. No tenía ni idea de a qué se dedicaba, cuántos años tenía, cómo era su rostro, qué carácter tenía, dónde se habían conocido o cuándo se habían casado. No sabía si era gordo o delgado, alto o bajo, guapo o feo; si mantenían una buena relación conyugal o no. Lo único que sabía era que ella no se privaba de nada en su vida (más bien, parecía que vivía de forma holgada) y que no debía de estar demasiado satisfecha con el número de veces (o con la calidad) de las relaciones sexuales con su marido. Sin embargo, todo aquello no dejaba de ser una impresión suya. Ella y él habían pasado muchas tardes charlando en la cama, pero el tema de su marido nunca había salido a colación. Y a Tengo tampoco le interesaba hablar de ello. A ser posible, prefería no saber cómo era el hombre al que le estaba hurtando la mujer. Lo consideraba una especie de cortesía. Pero dadas las circunstancias, se arrepintió de no haberle preguntado nunca nada sobre su marido (si se lo hubiera

preguntado, ella habría respondido sinceramente). ¿Sería un hombre celoso, posesivo o violento?

«Piensa por ti mismo», reflexionó Tengo. «Si te hallaras en su lugar, ¿cómo te sentirías? Es decir, supongamos que tienes una mujer, dos niñas y llevas una vida familiar normal y tranquila. Sin embargo, descubres que tu mujer se acuesta con otro hombre una vez por semana. Él es diez años menor. La relación se prolonga durante un año. Si estuviera en su situación, ¿cómo pensaría? ¿Qué sentimientos me dominarían? ¿Odio intenso, profunda desesperación, tristeza inconmensurable, risa sardónica de apatía, pérdida del sentido de la realidad o una mezcla de emociones imposibles de discernir?».

Por muchas vueltas que le daba, Tengo no lograba hacerse a la idea de qué sentiría él en esas circunstancias. Mientras especulaba sobre aquello, le vino a la mente la imagen de su madre, vestida con la combinación blanca, ofreciéndole los pezones al hombre joven desconocido. Tenía unos pechos exuberantes y los pezones, grandes y duros. Su rostro esbozaba una voluptuosa sonrisa de embelesamiento. Tenía la boca entreabierta y los ojos cerrados. Sus labios, ligeramente temblorosos, evocaban un sexo húmedo. A su lado, el propio Tengo dormía. «Es como si estuviera pagando el karma», pensó Tengo. Aquel misterioso hombre joven era él mismo y la mujer que Tengo tomaba era Kyōko Yasuda. Se trataba de la misma escenificación; sólo cambiaban los personajes. «¿Y si mi vida no fuera más que una materialización, un calco de esa imagen latente en mi interior?». Entonces, ¿qué responsabilidad tenía él en el hecho de que ella se hubiera *perdido*?

Tengo fue incapaz de dormir. La voz del marido resonaba continuamente en sus oídos. La insinuación tenía un gran peso y sus palabras estaban dotadas de un extraño realismo. Tengo pensó en Kyōko Yasuda. Se imaginó con detalle su rostro y su cuerpo. La última vez que la vio fue el viernes de hacía dos semanas. Hicieron el amor pausadamente, como de costumbre. Sin embargo, tras la llamada del marido, aquello le parecía que había ocurrido en un pasado remoto. Como un episodio histórico.

En el estante de los discos tenía varios elepés que ella había traído de su casa para escucharlos juntos en la cama. Sólo eran discos de jazz antiguos: Louis Armstrong, Billie Holiday (en ese disco también colaboraba Barney Bigard), el

Duke Ellington de los años cuarenta… Todos los había escuchado repetidas veces y se encontraban en buen estado. Aunque las fundas estaban descoloridas por el paso del tiempo, los discos parecían recién comprados. Mientras cogía las fundas y las observaba, la sensación de que seguramente no volvería a verla nunca más fue tomando forma poco a poco en su interior.

Obviamente, en un sentido estricto, Tengo no amaba a Kyōko Yasuda. Nunca había querido compartir su vida con ella, ni le había costado despedirse de ella. Con ella tampoco había sentido ese intenso estremecimiento del corazón. No obstante, estaba acostumbrado a su presencia y sentía un afecto espontáneo hacia ella. Habían fijado un día por semana para encontrarse en su piso y acostarse, y él siempre había esperado con ansia ese momento. Para Tengo era un caso más bien peculiar. No había sentido aquella intimidad con muchas mujeres. Es decir, mantuviera relaciones sexuales o no con ellas, la mayoría de las mujeres lo hacían sentirse incómodo. Y para controlar esa incomodidad tenía que encerrarse en una especie de territorio interior. Dicho con otras palabras, tenía que dejar cerradas por completo algunas de las habitaciones de su corazón. Pero cuando estaba con Kyōko Yasuda, no necesitaba realizar esa operación tan compleja. Era como si ella comprendiera lo que él quería y lo que no quería. Por eso Tengo se consideraba afortunado por poder verse con ella.

Sin embargo, había ocurrido algo y ella se había perdido. Por algún motivo no volvería a visitarlo *bajo ningún concepto*. Y según su marido, más le valía no saber nada sobre ese motivo y las consecuencias que había provocado.

Cuando, incapaz de dormir, Tengo se sentó en el suelo y se puso a escuchar un disco de Duke Ellington a bajo volumen, el teléfono volvió a sonar. El reloj de pared marcaba las diez y doce minutos. No se le ocurrió nadie más, aparte de Komatsu, que pudiera llamar a aquellas horas. Sin embargo, por la forma de sonar no parecía él. Las llamadas de Komatsu sonaban de una manera más apresurada y precipitada. Quizá Yasuda hubiera recordado algo que se había olvidado de comunicarle a Tengo. Si fuera posible, preferiría no responder al aparato. La experiencia le decía que una llamada a aquellas horas nunca podía ser buena. Sin embargo, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba, no había más opción que coger el teléfono.

—Señor Kawana —dijo un hombre. No era Komatsu, ni Yasuda. Aquella voz pertenecía, sin lugar a dudas, a Ushikawa. Hablaba como si tuviera la boca llena de agua (o de un líquido misterioso). Automáticamente, su extraño rostro y su cabeza chata y ovalada le vinieron a la mente—. Esto…, siento llamarlo a estas horas. Soy Ushikawa. El otro día me presenté de repente y le robé su tiempo. Hoy ha surgido un asunto urgente del que quería hablarle y, cuando me he dado cuenta, ya era muy tarde; sin embargo, espero ser más breve que la vez anterior. Sé perfectamente que usted se acuesta y se levanta temprano. Me parece estupendo. Acostarse tarde y levantarse a las tantas no es nada bueno. Lo mejor es meterse en la cama en cuanto oscurece y despertarse con los primeros rayos de sol. Sin embargo, esto…, llámele corazonada o como quiera, esta noche he tenido la sensación, señor Kawana, de que todavía estaría en pie. A sabiendas de que es una falta de educación, me he permitido llamarlo. ¿Qué me dice? ¿Lo molesto?

A Tengo no le gustó lo que Ushikawa acababa de decir. Tampoco le gustaba que supiera el número de teléfono de su casa. Aquello no era una corazonada. Sabía que Tengo era incapaz de dormir y por eso lo había llamado. Probablemente supiera que la luz de su piso estaba encendida. ¿Habría alguien vigilando el piso? Tengo se imaginó al aplicado y competente investigador con unos potentes prismáticos en la mano, acechando el piso de Tengo.

—Efectivamente, esta noche aún estoy en pie —dijo Tengo—. Ha acertado con su corazonada. Quizá se deba a que hace un rato he bebido demasiado té verde.

—¿Ah, sí? Eso no es bueno. A veces, las noches en que uno no puede dormir le hacen pensar cosas disparatadas. ¿Qué me dice? ¿Puedo charlar un rato con usted?

—Mientras no sea sobre algo que me quite aún más el sueño…

Ushikawa soltó una extraña y sonora carcajada. Su cabeza ovalada se agitó elípticamente al otro lado de la línea —en algún lugar de este mundo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso es usted, señor Kawana! Quizá no sea tan agradable como una nana, pero el tema en sí no es tan serio como para quitarle el sueño. Esté tranquilo. Se trata de una simple cuestión de sí o no. Me refiero, esto…, a la subvención de la que le hablé. Los tres millones anuales de yenes. No es un mal negocio. ¿Qué me dice? ¿Lo ha considerado? Porque nosotros necesitamos que nos dé una respuesta definitiva.

—Creía que la otra vez ya había rechazado claramente la subvención. Le

agradezco muchísimo la oferta, pero ahora mismo no me falta nada. No paso por ninguna estrechez económica y, a ser posible, prefiero seguir con este ritmo de vida.

—No quiere depender de nadie.

—No, en resumidas cuentas.

—¡Vaya! Debo decir que me parece una postura admirable —dijo Ushikawa, y emitió una especie de pequeño carraspeo—. Quiere vivir por sí mismo y a ser posible no mezclarse con el sistema. Comprendo cómo se siente. Sin embargo, señor Kawana, permítame que me meta en donde no me llaman, pero este mundo es como es. Nunca se sabe lo que le va a pasar, así que necesita algún tipo de protección. No es conveniente carecer de algo en lo que apoyarse, de algo que proteja contra el viento. Aunque me duela decírselo, señor Kawana, ahora mismo, esto…, usted no tiene nada en lo que apoyarse. Nadie a su alrededor le ofrece protección. Parece que a su lado sólo hay gente que, llegada la hora, si corrieran malos vientos, lo dejaría en la estacada y huiría. ¿Me equivoco? Se suele decir que hombre precavido vale por dos. ¿Acaso no es importante asegurarse contra cualquier imprevisto? No se trata sólo de dinero. El dinero no es más que una especie de *muestra*.

—No entiendo de qué me habla —dijo Tengo. El desagrado que había sentido de forma intuitiva la primera vez que lo vio resucitaba paulatinamente.

—Esto…, ¡claro! Supongo que como usted todavía es joven no entiende estas cosas. Me refiero a que a medida que pasan los años, la vida no es más que un constante proceso de pérdida. Todo aquello que le importa en la vida va cayendo de sus manos como los pétalos de una flor. Y lo único que obtiene a cambio son imitaciones sin valor. Sus capacidades físicas, sus esperanzas, sus sueños e ideales, certezas y personas amadas: todas esas cosas van desapareciendo una por una de su lado. Se despiden y se marchan o cierto día desaparecen de repente, sin previo aviso. Una vez desaparecidas, nunca más podrá volver a tenerlas. Tampoco encontrará nada que las sustituya. Es bastante penoso. A veces resulta de una angustia martirizadora. Señor Kawana, pronto va a cumplir treinta años. A partir de entonces, su vida va a ir entrando poco a poco en el dominio del crepúsculo. Esto…, me refiero a que va a ir envejeciendo. Supongo que ya habrá empezado a conocer esa penosa sensación de *perder algo*. ¿No es cierto?

«Espero que este tipo no esté sugiriéndome algo sobre Kyōko Yasuda», pensó Tengo. Quizá supiera que se veían en secreto una vez por semana y que, por alguna razón, ella lo había abandonado.

—Parece estar bastante informado sobre mi vida personal —dijo Tengo.

—No, en absoluto —contestó Ushikawa—. Simplemente estoy generalizando sobre la vida. De verdad. No sé nada sobre su vida privada. —Tengo se quedó callado—. Por favor, acepte la subvención de buena gana, señor Kawana —dijo con voz entrecortada Ushikawa—. Sinceramente, ahora mismo se encuentra usted en una situación delicada. Si algo ocurriera, nosotros estaríamos ahí para protegerlo. Puede soltar el flotador. Si sigue así, podría verse en un callejón sin salida.

—Un callejón sin salida —dijo Tengo.

—Efectivamente.

—¿A qué se refiere, en concreto?

Ushikawa hizo una breve pausa. Luego le respondió.

—Da igual, señor Kawana. Es mejor que no lo sepa. Ciertas informaciones le quitan a uno el sueño. Y no le hablo de té verde. Quizá le impediría volver a dormir apaciblemente para siempre. Esto…, en resumen, mírelo de este modo: sin darse usted cuenta, ha abierto un grifo especial del que parece que ha salido algo especial, lo cual está teniendo efecto sobre la gente que lo rodea. Un efecto nada agradable, cabe decir.

—¿La Little People tiene algo que ver?

Aunque se trataba de una conjetura a medias, Ushikawa se quedó callado durante un rato. Se hizo un silencio plomizo, como una piedra negra en el fondo de un profundo pozo.

—Señor Ushikawa, quiero que me conteste a algo sin rodeos. Déjese de acertijos y hábleme en plata. ¿Qué le ha ocurrido a ella?

—¿Ella? No sé de qué me habla.

Tengo soltó un suspiro. Era un tema demasiado delicado como para hablarlo por teléfono.

—Lo siento, señor Kawana, pero yo no soy más que un mandado. Un mensajero enviado de parte de nuestro cliente. El papel que se me ha encomendado es hablar de la forma más indirecta posible sobre unos principios —dijo Ushikawa en tono serio—. Siento impacientarlo, pero de este tema sólo puedo hablar de manera ambigua. Y, francamente, mis propios conocimientos

son bastante limitados. De todas maneras, no sé a quién se refiere con *ella*. ¿No podría hablarme de manera más concreta?

—Entonces, ¿quién narices es la Little People?

—Mire, señor Kawana, de esa Little People o como se llame yo no tengo ni idea. Sólo sé, desde luego, que aparece en *La crisálida de aire*. Sin embargo, por como se está desenvolviendo este asunto, diría que usted ha soltado algo en el mundo sin saber de qué se trata. Ese algo podría resultar muy peligroso. Mi cliente sabe lo peligroso que es y de qué manera lo es. Además, posee ciertos conocimientos para hacer frente a la amenaza. Por eso le extendemos el brazo y le ofrecemos nuestra ayuda. Es más, para serle franco, nosotros tenemos brazos muy largos. Largos y fuertes.

—¿Quién es ese cliente del que me habla? ¿Tiene algo que ver con Vanguardia?

—Desgraciadamente, esto…, no estoy autorizado para revelar su nombre —afirmó Ushikawa con lástima—. Pero, sea quien sea, nuestro cliente es bastante poderoso. Tiene un poder considerable. Podemos protegerlo. Mire, ésta es nuestra última oferta, señor Kawana. Es usted libre de aceptarla o no. Eso sí: una vez decidido, no podrá volverse atrás así como así. Por eso le pido que reflexione bien. Además, mire, si usted no se pone de su lado, lamentándolo mucho es posible que esos brazos tan largos le deparen cosas poco agradables.

—¿Qué tipo de cosas poco agradables podrían depararme sus largos brazos?

Ushikawa permaneció un rato sin contestarle. Del otro lado de la línea llegó un delicado ruido, como si se sorbiera una baba de la comisura de los labios.

—Yo no conozco los detalles —respondió Ushikawa—. No puedo decirle lo que le podría ocurrir, así que sólo generalizo.

—¿Y qué es lo que he soltado? —preguntó Tengo.

—Eso tampoco lo sé —respondió Ushikawa—. Le repito que yo no soy más que un representante. Desconozco el trasfondo. Sólo me han dado información limitada. La copiosa fuente de información está cerrada de manera que a mí sólo me llegan unas cuantas gotas. El cliente me ha dado una autoridad limitada y yo simplemente le comunico lo que me han ordenado que le diga. Supongo que se pregunta por qué el cliente no se ha puesto en contacto directo con usted, lo cual haría avanzar las cosas más rápidamente, y por qué ha tenido que valerse de alguien tan inepto como yo de mediador. ¿Por qué será? Yo tampoco lo sé.

Ushikawa emitió un carraspeo y esperó la respuesta de Tengo. Pero no hubo respuesta, así que prosiguió:

—Me preguntaba usted qué ha soltado, ¿no?

Tengo asintió.

—Me da la impresión, señor Kawana, de que no se trata de algo para lo que la gente pueda ofrecer fácilmente una respuesta. «Sí, es esto». Supongo que usted tiene que salir ahí afuera y descubrirlo con el sudor de su frente. Pero, cuando al fin sepa lo que es, quizá sea demasiado tarde. Por lo que he podido ver, tiene usted un talento especial. Un talento bastante hermoso y extraordinario que la mayoría de la gente no posee. No me cabe la menor duda. Precisamente por eso tiene usted una influencia en todo este asunto que no se puede pasar por alto. Y, al parecer, mi cliente estima ese talento que usted tiene. Por eso le ofrecemos la subvención. Sin embargo, desgraciadamente no basta con tener talento. Y pensándolo bien, poseer un talento extraordinario pero insuficiente puede ser más peligroso que no tener ningún talento. Esa es mi vaga impresión con respecto a todo este asunto.

—En cambio, su cliente posee conocimientos y talento suficientes. ¿Tengo razón?

—Bueno, resulta difícil de decir. Nadie puede afirmar que sea suficiente o no. ¡Eso es!: quizá se pueda considerar como una especie de nueva epidemia. Ellos tienen los conocimientos y, en definitiva, la vacuna. Actualmente incluso se ha demostrado que revela cierta eficacia. Pero los gérmenes patógenos están vivos, a cada instante se fortalecen y evolucionan. Son unos tipos inteligentes y duros de pelar. Se esfuerzan por superar la fuerza de los anticuerpos. No se sabe hasta cuándo va a resultar eficaz la vacuna y si la cantidad almacenada de vacunas va a ser suficiente. Por eso mismo, el cliente está enviando una señal de alarma.

—¿Por qué me necesitan?

—Volviendo a usar la analogía de la epidemia, si me lo permite, ustedes probablemente desempeñen la función de portador principal del germen.

—*¿Ustedes?* —dijo Tengo—. Se refiere a Eriko Fukada y a mí.

Ushikawa no respondió a la pregunta.

—Esto…, utilizando una expresión clásica, ustedes han abierto la caja de Pandora. De ella han salido varias cosas. Al menos eso es, según la impresión que yo tengo, lo que parece pensar mi cliente. A pesar de que se han encontrado por casualidad, ustedes dos forman una combinación más poderosa de lo que usted cree. Complementan eficazmente las partes que a cada uno le faltan.

—Pero eso no es ningún delito en el sentido legal.

—Efectivamente, en el sentido legal, en el sentido terrenal, no es ningún crimen. Pero haciendo referencia al magnífico clásico de George Orwell (magnífica fuente de citas), se parece a la idea de «crimental». Curiosamente estamos en 1984. ¡Caprichos del destino! Sin embargo, señor Kawana, me da la impresión de que esta noche he hablado demasiado y la mayoría de las cosas que he dicho no dejan de ser conjeturas aventuradas. Meras conjeturas personales sin una base cierta. Usted me ha preguntado y yo le he ofrecido mi impresión, *grosso modo*.

Ushikawa se quedó callado, mientras tanto Tengo reflexionaba. ¿Meras conjeturas personales? ¿Hasta qué punto era verdadero lo que aquel hombre decía?

—Voy a tener que colgar ahora —dijo Ushikawa—. Se trata de un asunto importante, así que le daremos un poco más de tiempo. Pero no podemos eternizarnos. El tiempo corre, tictac, sin descanso. Por favor, reconsidere con calma nuestra propuesta. Volveré a ponerme en contacto con usted dentro de poco. ¡Buenas noches! Me alegro de haber podido hablar con usted. Esto…, señor Kawana, que duerma usted bien.

Tras aquel monólogo, Ushikawa colgó con decisión. Tengo se quedó observando en silencio el auricular muerto en su mano durante un rato. Igual que un campesino recogiendo y observando las hortalizas echadas a perder por una sequía. Últimamente mucha gente ponía fin sin consensuarlo a las conversaciones que mantenían con él.

Como había previsto, fue incapaz de conciliar el sueño. Hasta que la tenue luz de la mañana no tiñó las cortinas y los afanosos pájaros de la ciudad no se despertaron y dieron comienzo a una nueva jornada, Tengo estuvo sentado en el suelo, apoyando la espalda contra la pared, mientras reflexionaba sobre lo de su novia y sobre los largos y fuertes brazos que se habían extendido desde algún sitio. Sin embargo, aquellos pensamientos no lo llevaron a ninguna parte. Su mente giraba sin rumbo fijo en torno al mismo punto.

Tras mirar a su alrededor, soltó un suspiro. Entonces se dio cuenta de que volvía a estar solo. Quizás Ushikawa tuviera razón: a su alrededor no había nada en lo que apoyarse.

7
AOMAME

El sitio en el que está usted a punto de entrar

El hall del edificio principal del Hotel Okura, amplio, sombrío y de techo alto, hacía pensar en una sofisticada y colosal caverna. Las voces de la gente charlando sentada en los sofás resonaban como suspiros de criaturas sin entrañas. La alfombra, gruesa y mullida, evocaba el musgo vetusto de las islas del lejano norte. Había ido absorbiendo el ruido de los pasos de la gente a lo largo del tiempo. Los hombres y mujeres que iban y venían por el hall parecían un tropel de espíritus, confinados desde tiempos remotos en aquel lugar a causa de alguna maldición, repitiendo sin cesar el papel que les habían asignado. Hombres ataviados con impolutos trajes de negocios, semejantes a armaduras, y chicas jóvenes y esbeltas engalanadas con elegantes vestidos negros para asistir a una ceremonia que se celebraba en algún salón. Los pequeños pero caros accesorios que las chicas llevaban ansiaban la tenue luz para emitir destellos, cual pájaros vampiro ávidos de sangre. Un matrimonio de ancianos extranjeros de gran estatura reposaba sus cuerpos fatigados en los tronos imperiales situados en un rincón, como un viejo rey y su consorte venidos a menos.

Ciertamente, los pantalones de algodón azul claro, la sencilla blusa blanca, las zapatillas de deporte blancas y la bolsa de deporte Nike de color azul que Aomame llevaba no encajaban en aquel lugar lleno de leyendas e insinuaciones. «Debo de parecer una canguro requerida por alguno de los clientes del hotel», pensó Aomame, mientras mataba el tiempo sentada en una gran butaca. «¡Pero qué se le va a hacer! No he venido aquí para una visita de cortesía». Mientras estaba sentada, tuvo la ligera sensación de que alguien *la observaba*. Sin embargo, miró varias veces a su alrededor y no vio a nadie que pareciera espiarla. «¡Bueno!», pensó. «¡Si quieren mirar, que miren cuanto les dé la gana!».

Cuando las agujas de su reloj de pulsera marcaron las seis y cincuenta minutos, Aomame se levantó y se dirigió al lavabo con la bolsa de deporte colgada al hombro. Se lavó las manos con jabón y comprobó una vez más que iba bien arreglada. Luego se colocó frente a un espejo grande y lustroso y respiró hondo varias veces. Los aseos eran enormes y estaban desiertos. Quizá fueran más grandes que el piso en el que vivía. «Éste es el último trabajo», dijo en voz baja frente al espejo. «Voy a desaparecer. De repente, como un fantasma. Ahora estoy aquí. Mañana ya no lo estaré. Dentro de unos días tendré otro nombre y otro rostro».

Regresó al hall y volvió a sentarse. Dejó la bolsa de deporte sobre la mesa contigua. Dentro estaba la semiautomática de siete tiros y la aguja afilada para punzar la nuca de los hombres. «Tienes que tranquilizarte», pensó. «Es tu último trabajo y el más importante. Tienes que ser la Aomame fría y fuerte de siempre».

Pero Aomame no podía dejar de pensar en que aquélla no era una situación ordinaria. Le costaba un poco respirar y le preocupaba la velocidad de sus latidos. Las axilas le sudaban un poco. Sentía una picazón en la piel. «No es sólo que esté nerviosa. Tengo *un* presentimiento. Ese presentimiento me advierte. Llama sin cesar a la puerta de mi conciencia. *Aún no es demasiado tarde, vete y olvídalo todo,* apela».

Si hubiera sido posible, Aomame habría querido seguir aquella advertencia. Abandonar todo e irse en ese mismo momento del hall del hotel. Allí había algo que le daba mala espina. En el ambiente flotaba un indicio implícito de muerte. Una muerte silenciosa y pausada, pero ineludible. Sin embargo, no pensaba huir con el rabo entre las piernas. Eso iba en contra de su modo de vida.

Fueron unos diez minutos interminables. El tiempo apenas avanzaba. Ella tomaba aliento, sentada en el sofá. Los espíritus que rondaban el hall seguían vomitando ecos banales sin cesar. La gente se desplazaba en silencio sobre la gruesa alfombra, como almas buscando a tientas un lugar adonde ir. De vez en cuando, el ruido que hacía alguna camarera al transportar un servicio de café en una bandeja llegaba a sus oídos como el único sonido cierto. Pero ese sonido también entrañaba una sospechosa equivocidad. Aquél no era un buen clima. Si ya se ponía así de nerviosa, llegado el momento no podría hacer nada. Aomame cerró los ojos y, casi de forma automática, rezó una oración. Desde que tenía uso de razón, siempre la había rezado antes de las tres comidas. A pesar de haber pasado tanto tiempo desde la última vez, se la sabía al dedillo.

«Padre nuestro, que estás en el cielo. Santificado sea tu nombre, venga a

nosotros tu reino. Perdona nuestras ofensas y bendice nuestro humilde caminar. Amén».

A regañadientes, Aomame tuvo que reconocer que aquella oración que una vez la había martirizado ahora la estaba ayudando. La resonancia de aquellas palabras consolaba su espíritu, mantenía el miedo en el umbral, hacía que su respiración se relajara. Se cubrió ambos párpados con los dedos y repitió mentalmente aquellas frases varias veces.

—Es usted Aomame, ¿verdad? —dijo un hombre próximo a ella. Era la voz de un hombre joven.

Al escuchar aquellas palabras, ella abrió los ojos y, levantando la cara poco a poco, miró al dueño de aquella voz. Dos hombres jóvenes se encontraban de pie frente a ella. Ambos vestían el mismo traje oscuro. Por el tejido y la hechura se sabía que no eran caros. Quizá fueran trajes de confección comprados en un hipermercado. No les sentaba bien del todo, pero asombrosamente no tenían ni una sola arruga. Debían de plancharlos cada vez que se los ponían. Ninguno llevaba corbata. Uno tenía los botones de la camisa blanca abrochados hasta arriba del todo y el otro llevaba bajo la chaqueta del traje una especie de camiseta gris de cuello redondo. Calzaban unos recios zapatos de cuero completamente negros.

El hombre de la camisa blanca debía de medir un metro ochenta y cinco y llevaba el pelo recogido en una coleta. Tenía las cejas largas y hacia arriba formando un bello ángulo, como una gráfica lineal, y unas facciones frescas y proporcionadas. No resultaría extraño que fuera actor. El otro mediría un metro sesenta y llevaba el pelo rapado. Tenía la nariz ancha, y en el mentón acumulaba un poco de perilla, que parecía una sombra colocada por error. Al lado del ojo derecho tenía una pequeña incisión. Ambos eran delgados, de rostro afilado, y estaban morenos. No les sobraba ni un solo gramo de grasa. Por cómo se extendía el traje sobre sus hombros, se podía adivinar la recia musculatura que había debajo. Andarían entre los veinticinco y los treinta años. Ambos tenían una mirada honda y penetrante. No hacían ningún movimiento en vano, como los ojos de una fiera al acecho.

Aomame se levantó de forma automática del asiento y miró el reloj de pulsera. Las agujas marcaban las siete en punto. Habían sido escrupulosamente puntuales.

—Sí, soy yo —dijo Aomame.

En el rostro de ambos hombres no había ni un asomo de expresión. Con ojos prestos examinaron su vestimenta y miraron la bolsa de deporte azul colocada a su lado.

—¿Sólo lleva ese equipaje? —preguntó el rapado.

—Sólo, sí —respondió Aomame.

—Perfecto. Vayamos, entonces. ¿Está lista? —dijo el rapado. El de la coleta sólo observaba a Aomame en silencio.

—Claro —dijo Aomame. Supuso que, de los dos, el más bajo debía de ser un poco mayor y debía de ser el que daba las órdenes.

El rapado tomó la delantera y atravesó a paso lento el hall. Se dirigió hacia los ascensores para los clientes. Aomame lo siguió con la bolsa colgada al hombro. El de la coleta los seguía a unos dos metros de distancia. La habían situado en el medio. «Tienen experiencia», pensó Aomame. Ambos caminaban erguidos, con paso firme y seguro. La señora le había dicho que hacían karate. Enfrentándose a los dos cara a cara al mismo tiempo seguramente no tendría ninguna posibilidad de vencer. Lo sabía porque practicaba artes marciales desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, no producían esa acongojante sensación de amenaza que desprendía Tamaru. Tampoco eran *invencibles*. En una pelea a corta distancia, primero tendría que neutralizar al bajito rapado. Él era la pieza clave del juego. Quedándose a solas con el de la coleta, probablemente se las podría apañar de alguna manera para escabullirse.

Los tres entraron en el ascensor. El de la coleta pulsó el botón del séptimo piso. El rapado estaba al lado de Aomame y el de la coleta se había colocado, de cara a los dos, en la esquina en diagonal a ellos. Todo sucedía en silencio. De manera totalmente sistemática. Como una pareja formada por un segunda base y un parador en corto haciendo de los *double plays* su alegría de vivir.

Mientras pensaba en aquello, Aomame fue consciente de repente de que el ritmo de su respiración y los latidos del corazón se habían normalizado. «No tengo por qué preocuparme», pensó. «Soy la misma de siempre. *La Aomame fría y fuerte*. Todo va a salir bien. El presentimiento funesto se ha ido».

La puerta del ascensor se abrió silenciosamente. Mientras el de la coleta pulsaba el botón para mantener la puerta abierta, el rapado salió primero. Luego lo siguió Aomame y, en último lugar, el de la coleta, que salió tras soltar el botón. Entonces el rapado se puso a la cabeza y echó a andar por el pasillo. Aomame lo siguió. El de la coleta, como siempre, se mantuvo en la retaguardia.

En el amplio pasillo no había ni un alma. Reinaba una tranquilidad absoluta y estaba todo limpísimo. En cualquier rincón se podía percibir que era un hotel de primera categoría. No había platos y cubiertos del servicio de habitaciones abandonados desde hacía rato frente a las puertas. Ni una sola colilla en el cenicero que estaba delante del ascensor. Las flores que adornaban los jarrones desprendían un fresco aroma, como si las hubieran acabado de cortar hacía un instante. Los tres doblaron unas cuantas esquinas y se detuvieron delante de una puerta. El de la coleta llamó dos veces con los nudillos. A continuación, sin esperar a que respondieran, abrió la puerta con una tarjeta magnética. Entró, miró a su alrededor y, después de cerciorarse de que no había ninguna anomalía, se volvió hacia el rapado y asintió con un pequeño movimiento de cabeza.

—Pase, por favor —dijo secamente el rapado.

Aomame entró. El rapado la siguió y cerró la puerta tras de sí. Luego, desde dentro, puso una cadena. La habitación era grande. Diferente de un cuarto de hotel normal. Había un gran tresillo con una mesa delante y un escritorio para trabajar. La televisión y la nevera también eran de envergadura. Debía de ser el recibidor de una suite especial. Desde la ventana se podía admirar el paisaje nocturno de Tokio. Seguramente les habían pedido una fortuna. Tras comprobar la hora en el reloj de pulsera, el rapado la invitó a sentarse en el sofá. Ella lo obedeció. La bolsa de deporte la colocó a su lado.

—¿Desea cambiarse de ropa? —preguntó el rapado.

—Si es posible… —dijo Aomame—. Me resulta más cómodo trabajar con el chándal puesto.

El rapado asintió.

—Antes, sin nos lo permite, la inspeccionaremos. Lo sentimos mucho, pero forma parte de nuestro trabajo.

—De acuerdo. Pueden inspeccionar lo que deseen —dijo Aomame. En su voz no había ni un ápice de nerviosismo. Incluso sonaba como si la desazón de los dos hombres le pareciera graciosa.

El de la coleta se acercó a ella, la cacheó con ambas manos y se cercioró de que no llevaba nada sospechoso encima. Sólo unos finos pantalones de algodón y una blusa. No era necesario cachearla para darse cuenta de que no podía ocultar nada debajo. Ellos sólo seguían unos procedimientos establecidos. Las manos del hombre de la coleta parecían tiesas de nerviosismo. Cuando menos, le

faltaba maña. Seguramente apenas había cacheado a mujeres. Apoyado contra el escritorio, el rapado observaba cómo trabajaba el de la coleta.

Cuando terminó, Aomame abrió por sí misma la bolsa de deporte. Dentro había una fina rebeca de verano, el chándal para el trabajo y una pequeña toalla. Un set sencillo de maquillaje y un libro de bolsillo. También contenía un pequeño bolso hecho con abalorios, dentro del cual había una cartera, un portamonedas y un llavero. Aomame sacó todas las cosas, una por una, y se las entregó al de la coleta. En último lugar, sacó un neceser de plástico negro y abrió la cremallera. Dentro llevaba ropa interior de muda, tampones y compresas.

—Voy a sudar, así que necesitaré cambiarme —dijo Aomame. Entonces sacó una de las prendas de ropa interior con encaje blanco, la extendió y se la mostró. El de la coleta, un poco ruborizado, asintió varias veces con un gesto breve. «Ya nos hemos dado cuenta», quería decir. Aomame se preguntó si aquel hombre no sería mudo.

A continuación guardó despacio la ropa interior y los objetos de higiene personal femenina en el neceser y cerró la cremallera. Lo metió en la bolsa, como si nada ocurriera. «Estos tipos son unos aficionados», pensó Aomame. Alguien que se ruborizaba con sólo ver lencería bonita y productos de higiene femenina no estaba capacitado para ser guardaespaldas. Si Tamaru realizara ese trabajo, ya podría ponérsele delante Blancanieves que la cachearía escrupulosamente de arriba abajo. Aunque tuviera que hurgar y remover un almacén entero de sujetadores, camisolas y *shorts*, rebuscaría hasta el fondo del neceser. Para él —por supuesto, el hecho de que fuera gay de los pies a la cabeza también influía—, eso no eran más que harapos. O tal vez, sin llegar a tanto, cogería el neceser en la mano y comprobaría su peso. Entonces hallaría sin duda la Heckler & Koch envuelta en el pañuelo (debía de pesar unos quinientos gramos) y el pequeño picahielos de fabricación casera guardado en el estuche rígido.

Aquellos dos eran unos aficionados. Puede que se les diera bien el karate y puede que hubieran jurado lealtad absoluta a su líder. Sin embargo, no dejaban de ser unos aficionados. Como había predicho la señora. Aomame suponía que no llegarían a tocar con sus propias manos el contenido del neceser en el que había embutido los artículos de higiene femenina, y su pronóstico se estaba cumpliendo. Era una especie de apuesta que se había hecho consigo misma, claro, pero no había pensado en lo que ocurriría si su suposición fallara. Lo único que podía hacer era rezar. Pero ella sabía que los rezos *funcionaban*.

Aomame entró en un amplio tocador y se puso el chándal. Dobló la blusa y los pantalones y los guardó en la bolsa. Comprobó que tenía el cabello bien sujeto. Se echó en la boca un espray para el mal aliento. Sacó la Heckler & Koch del neceser y, después de abrir el grifo del lavabo para que no la oyeran, tiró de la corredera hacia atrás y envió una bala a la recámara. Luego puso el seguro. También colocó el estuche del picahielos en la parte superior de la bolsa para poder sacarlo rápidamente. Una vez todo dispuesto, se miró en el espejo y distendió la expresión de crispación en su rostro. «Tranquila, por ahora lo tienes todo bajo control».

Al salir del tocador, el rapado estaba de pie, de espaldas a ella, hablando en voz baja por teléfono. Cuando vio a Aomame vestida con el chándal de Adidas, interrumpió la conversación y colgó el auricular con calma. Entonces la miró como si estuviera examinándola.

—¿Está lista? —le preguntó.

—Sí —respondió ella.

—Antes me gustaría pedirle un favor —dijo el rapado.

Aomame sonrió ligeramente como muestra de afirmación.

—Le pido que guarde en secreto lo que pase esta noche —le dijo. Luego hizo una breve pausa y esperó a que el mensaje se asentara en la mente de Aomame. Como si esperara a que el agua vertida calara en la tierra seca y desapareciera. Entretanto, Aomame lo miró a la cara sin decir nada. El rapado siguió hablando—: Permítame que le diga que la remuneraremos con creces. Incluso puede que volvamos a solicitar su servicio en el futuro. Así que le pedimos que olvide por completo lo que ocurra aquí. Todo lo que vea y lo que oiga.

—Mi trabajo consiste en ocuparme de los cuerpos de la gente —contestó Aomame en un tono un tanto frío—. Por lo tanto, soy perfectamente consciente de mi deber con respecto a la confidencialidad. Ninguna información relativa al cuerpo del cliente, sea del tipo que sea, saldrá de esta habitación. Si eso les preocupa, pueden estar completamente tranquilos.

—Perfecto. Eso es lo que queríamos oír —dijo el rapado—. Sin embargo, quiero que tenga en cuenta que se trata de algo más que un deber de confidencialidad en su sentido más general. Se podría decir que el sitio en el que está usted a punto de entrar es un santuario.

—¿Un santuario?

—Quizá le suene exagerado, pero no se trata de ninguna hipérbole. Lo que va usted a ver y a tocar con sus manos es *algo sagrado*. No existe otra expresión más adecuada.

Aomame asintió en silencio. Más le valía no irse de la lengua.

—Sentimos haber tenido que registrarla, pero resultaba necesario. Existen motivos por los que debemos ser prudentes.

Mientras lo escuchaba, Aomame miró hacia el de la coleta. Estaba sentado en una silla al lado de la puerta. Tenía la espalda recta, ambas manos colocadas sobre las rodillas y la barbilla erguida. No cambiaba de postura ni un ápice, como si estuviera posando para una fotografía conmemorativa. No apartaba la vista de Aomame.

El rapado miró durante un rato hacia abajo para examinar lo gastados que estaban sus zapatos de cuero negros y, seguidamente, levantó la cabeza y volvió a mirar a Aomame.

—Por último debo decir que no hemos encontrado nada que pudiera suponer un problema, así que le rogamos que actúe como le hemos indicado. Se dice que es usted una instructora muy competente y la verdad es que tiene una reputación excelente.

—Muchas gracias —dijo Aomame.

—Por lo visto, en su día fue usted devota de la Asociación de los Testigos. ¿No es así?

—Exacto. Mis padres eran devotos y, por supuesto, me educaron en esa fe desde mi más tierna infancia —dijo Aomame—. No fue algo que eligiera voluntariamente y ya hace mucho tiempo que dejé de serlo.

«¿Habrán descubierto en sus pesquisas que Ayumi y yo recorríamos a veces Roppongi en busca de hombres? Bueno, ¡qué más da! Aunque lo sepan, no parece que lo consideren un inconveniente. Si no, no estaría aquí».

—Lo sabemos. Pero hubo una época en la que vivió en la fe. Además, durante la infancia eso cala mucho. Así que entenderá a qué nos referimos cuando decimos que es *sagrado*. Lo sagrado constituye la raíz de cualquier credo. En este mundo existen territorios que no podemos o no debemos traspasar. El primer paso de toda religión consiste en reconocer esa presencia, en aceptarla y tributarle el más absoluto respeto. Entiende de lo que le hablo, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo Aomame—. Dejando de lado el hecho de que lo

comparta o no.

—Por supuesto —añadió el rapado—. Desde luego, no es necesario que usted lo comparta. Se trata de nuestro credo, no del suyo. Pero hoy seguramente presencie algo especial, que va más allá de la fe. *Un ser extraordinario*.

Aomame se quedó callada. *Un ser extraordinario*.

El rapado entornó los ojos y tanteó el silencio de Aomame durante un rato. Luego volvió a hablar pausadamente.

—Sea lo que fuere lo que va a ver, no hable de ello en ninguna parte. Si alguna información se filtrase al exterior, su sacralidad sería profanada de manera irreparable. Como un estanque limpio y cristalino amancillado por un cuerpo extraño. Ésta es nuestra manera de sentir las cosas, con independencia de la forma de pensar de la sociedad o de las leyes que rigen el mundo. Quiero que nos comprenda. Si lo entiende y cumple su promesa, como le dije hace un instante, se lo agradeceremos debidamente.

—De acuerdo —respondió Aomame.

—Formamos parte de una pequeña comunidad religiosa, pero tenemos espíritus fuertes y los brazos largos —dijo el rapado.

«Tenéis los brazos largos», pensó Aomame. «Dentro de poco comprobaré lo largos que son».

El rapado cruzó los brazos y, apoyado contra el escritorio, observó atentamente a Aomame, de la misma manera que se aseguraría de que un marco colgado de la pared no estaba torcido. El de la coleta mantenía la misma postura que hacía un rato, con la vista clavada en Aomame. De manera muy homogénea y sin resquicios.

A continuación, el rapado miró su reloj de pulsera y comprobó la hora.

—Vayamos pues —dijo. Carraspeó secamente, atravesó despacio la sala con paso grave, como un asceta caminando por la superficie de un lago, y llamó con los nudillos suavemente dos veces a la puerta que conectaba con la habitación contigua. Sin esperar ninguna respuesta, la abrió. Entonces hizo una pequeña reverencia y entró. Aomame cogió la bolsa de deporte y lo siguió. Mientras pisaba la alfombra, se cercioró de que respiraba con normalidad. Los dedos de su mano sujetaban el gatillo de una pistola imaginaria. No había por qué preocuparse. Era como de costumbre. Pero aun así, Aomame sentía miedo. Una especie de témpano se extendía a lo largo de su espalda. Era de un hielo que no se iba a derretir fácilmente. «Estoy serena y relajada, y *siento un miedo cerval*».

«En este mundo existen territorios que no podemos o no debemos traspasar»,

había dicho el hombre rapado. Aomame entendía qué había querido decir con eso. Una vez, ella misma había vivido en un mundo asentado en un territorio de ese tipo; aunque la *verdad* era que quizá todavía vivía en él. A lo mejor, simplemente no se había dado cuenta.

Aomame volvió a rezar para sí misma, sin pronunciar las palabras en voz alta. Luego tomó aliento y, echándole coraje, se adentró en la sala contigua.

8
TENGO

Va siendo hora de que los gatos aparezcan

Después de que un individuo apellidado Yasuda lo hubiera llamado por teléfono aquella noche y le hubiera comunicado que su esposa se había perdido y que no volvería a visitar a Tengo nunca más, y de que, una hora más tarde, Ushikawa lo llamara para decirle que él y Fukaeri desempeñaban la función de portadores principales de los gérmenes patógenos del «crimental», Tengo pasó el resto de la semana rodeado de una calma inusitada. Los dos le habían transmitido un mensaje de profunda relevancia (o eso quería pensar él). Como romanos vestidos con toga, erguidos sobre un estrado en medio del foro, haciendo una proclama frente a los ciudadanos interesados. Y tras haberle comunicado aquello que habían deseado decirle, ambos le habían colgado el teléfono.

Finalizadas las dos llamadas nocturnas, nadie más volvió a ponerse en contacto con Tengo. El teléfono no volvió a sonar y no recibió ninguna carta. Ni llamaron a la puerta, ni apareció ninguna avispada paloma mensajera zureando. Parecía que nadie, ni Komatsu, ni el profesor Ebisuno, ni Fukaeri o Kyōko Yasuda, tenía nada que comentarle.

Por su parte, era como si Tengo hubiera perdido todo interés hacia esas personas. O más que hacia esas personas, hacia todas las cosas. Nada le interesaba en absoluto: ni las ventas de *La crisálida de aire*; ni qué estaba haciendo la autora, Fukaeri, en ese momento; ni el desarrollo de la estratagema urdida por el ingenioso editor Komatsu; o si los serenos designios del profesor Ebisuno seguían en marcha; hasta qué punto conocían los medios de comunicación la verdad; o cómo estaba actuando la misteriosa organización Vanguardia… Una vez que el bote al que se había subido caía en picado hacia el fondo de la cascada, no había más remedio que seguir cayendo. Por mucho que luchara ya no iba a cambiar la corriente del río.

Evidentemente, el asunto de Kyōko Yasuda le preocupaba. Desconocía los detalles de la situación, pero si pudiera hacer algo, no escatimaría esfuerzos. Sin embargo, fueran cuales fueren los problemas a los que ella se estaba enfrentando, era un asunto que se encontraba fuera de su alcance. En realidad no podía hacer nada.

También había dejado de leer la prensa. El mundo avanzaba a pesar de él. La apatía había envuelto su cuerpo como una neblina individual. Se mantenía alejado de las librerías para no tener que ver los volúmenes de *La crisálida de aire* apilados en los escaparates. Se limitaba a ir y regresar de su casa a la academia. Aunque habían comenzado las vacaciones, como en la academia se ofrecían cursos especiales de verano era un periodo más ajetreado que de costumbre. No obstante, Tengo agradecía todo aquello. Al menos, mientras estaba subido en la tarima del profesor, no tenía que pensar en nada más que no fueran problemas matemáticos.

Tampoco escribía. Aun cuando se sentaba frente al escritorio, conectaba el ordenador y la pantalla se iluminaba, no se sentía con ganas de escribir. Cada vez que intentaba pensar en algo, le venían a la mente fragmentos de las conversaciones que había mantenido con el marido de Kyōko Yasuda y con Ushikawa. Era incapaz de concentrarse en la novela.

Mi esposa ya se ha perdido y no podrá volver a visitarlo bajo ningún concepto.

Esto se lo había dicho el marido de Kyōko Yasuda.

Utilizando una expresión clásica, ustedes han abierto la caja de Pandora. A pesar de que se han encontrado por casualidad, ustedes dos forman una combinación más poderosa de lo que usted cree. Complementan eficazmente las partes que a cada uno le faltan.

Esto lo dijo Ushikawa.

Ambos enunciados eran sumamente ambiguos. Se difuminaba y se eludía el *quid* de la cuestión. Pero lo que intentaban decirle tenía algo en común. Ambos parecían haber querido transmitirle que Tengo había revelado cierto poder, sin ser consciente siquiera de ello, y que éste estaba ejerciendo una influencia real en el mundo que lo rodeaba (probablemente un tipo de influencia poco agradable).

Tengo apagó el procesador de textos, se sentó sobre la cama y contempló el teléfono durante un rato. Necesitaba más pistas. Requería más piezas del puzle.

Pero nadie se las iba a facilitar. La amabilidad era una de las cosas que escaseaban en el mundo últimamente (o quizá siempre).

Pensó en llamar por teléfono a alguien. A Komatsu o al profesor Ebisuno o a Ushikawa. Pero no se sentía con ganas de llamar. Estaba harto de sus absurdas y sugerentes insinuaciones. Cuando lo que les pedía era una pista para un enigma, lo que le daban era otro enigma más. Aquel juego interminable no podía durar siempre. *Tengo y Fukaeri formaban una poderosa combinación*. Si ellos lo decían, sería verdad. Tengo y Fukaeri eran como Sonny & Cher. El dúo más fuerte. *The Beat Goes On*.

Los días se sucedían. Al cabo de poco tiempo Tengo se hartó de estar esperando en su piso, sin hacer nada, a que ocurriera algo. Se metió la cartera y un libro en los bolsillos, se puso una gorra de béisbol y las gafas de sol y salió del apartamento. Caminó hacia la estación con paso firme, enseñó el abono y se subió en el expreso de la línea Chūo con dirección a Tokio. No tenía ni idea de adónde iba. Simplemente se subió en el primer tren que había llegado. Había pocos pasajeros. No tenía ningún plan en todo el día. Adonde ir, qué hacer (o qué no hacer) dependían exclusivamente de él. Eran las diez, una calurosa mañana de verano sin viento.

Pensó si no le estaría siguiendo el rastro alguno de los «investigadores» de Ushikawa y prestó atención. Durante el trayecto hasta la estación, se detuvo de improviso y se volvió hacia atrás rápidamente, pero no vio a nadie sospechoso. En la estación se dirigió a propósito hacia el andén que no era, para luego fingir que había cambiado repentinamente de parecer, variar de rumbo y bajar corriendo las escaleras. Aun así, no vio a nadie que imitara sus movimientos. El típico caso de manía persecutoria. Nadie le seguía los pasos. Ni Tengo era una persona de tanta relevancia, ni a ellos les sobraba el tiempo. Además, ni él mismo sabía adónde se dirigía y qué iba a hacer. Sin embargo, le gustaría observarse a sí mismo con curiosidad, y desde una posición alejada, para saber cómo iba a actuar a continuación.

El tren al que se subió pasó por Shinjuku, por Yotsuya, por Ochanomizu, hasta llegar a la terminal, la estación de Tokio. Todos los pasajeros se apearon del tren. Él también se bajó allí. Entonces se sentó en un banco y se puso a pensar qué podría hacer. «¿Adónde puedo ir? Ahora estoy en la estación de

Tokio», pensó Tengo. «No dispongo de ningún plan en todo el día. Puedo ir a donde me plazca. Parece que va a ser un día caluroso. Podría ir al mar». Alzó la cabeza y observó el panel que indicaba las diferentes conexiones entre los trenes.

Después, Tengo se preguntó qué era lo que estaba haciendo.

Sacudió varias veces la cabeza, pero por más que la sacudiera, aquel pensamiento no parecía que fuera a desaparecer. Quizás había tomado la resolución sin darse cuenta en el momento en el que había cogido el tren de la línea Chūo con dirección a Tokio en la estación de Kōenji. Soltó un suspiro, se levantó del banco, bajó las escaleras del andén y se dirigió hacia la parada de la línea Sōbu. Cuando le preguntó a un empleado cómo podía llegar hasta Chikura lo antes posible, éste consultó un folleto con los horarios. Había un expreso provisional hacia Tateyama a las once y media y, cogiendo luego un tren normal, llegaría a la estación de Chikura pasadas las dos. Tengo compró un billete de ida y vuelta y reservó asiento para el expreso. A continuación entró en el restaurante de la estación y pidió arroz con curry y una ensalada. Tras el almuerzo, mató el tiempo bebiendo un café poco cargado.

Ir a ver a su padre lo deprimía. Nunca le había caído simpático y tampoco creía que su padre sintiera un gran afecto por él. Ni siquiera sabía si querría ver a Tengo o no. Desde que, estando en primaria, Tengo se había negado rotundamente a acompañarlo a cobrar la cuota de la NHK, la relación entre los dos se había vuelto gélida. Y a partir de cierta época, Tengo apenas se había aproximado a su padre. Tampoco le había dirigido la palabra, a menos que hubiera sido necesario. Su padre se había jubilado hacía cuatro años y poco después había ingresado en una clínica de Chikura especializada en cuidar a pacientes con demencia. Desde entonces sólo lo había visitado en dos ocasiones. Inmediatamente después de su ingreso en la clínica, Tengo tuvo que presentarse, por ser su única familia, debido a un problema de orden burocrático. Luego tuvo que volver otra vez por un asunto práctico. Eso había sido todo.

La clínica se erguía en un amplio solar separado de la costa por una carretera. Originariamente había sido la villa de alguien relacionado con los grandes consorcios financieros nipones, pero luego la había comprado una agencia de seguros de vida como instalaciones de recreo para sus empleados y, finalmente, en los últimos años se había reconvertido en una clínica que trataba a pacientes con demencia. Por eso mezclaba un edificio de madera de apariencia anticuada con un edificio nuevo de hormigón armado de tres pisos, y al mirar daba cierta

impresión de discordancia. No obstante, el aire era puro y, exceptuando el ruido de las olas, siempre reinaba la calma. Cuando no hacía demasiado viento, se podía pasear por la playa. En el jardín había un espléndido pinar que servía de protección contra el viento. También disponía de instalaciones médicas.

Gracias al seguro médico, al subsidio de jubilación, a los ahorros y la pensión, el padre de Tengo podría vivir el resto de su vida sin pasar ninguna privación. Y todo gracias a que, por un golpe de suerte, había sido contratado como empleado fijo de la NHK. Aunque no fuera a dejar ninguna fortuna, por lo menos podía cuidar de sí mismo. Para Tengo aquello era sobre todo digno de agradecer. Fuera su verdadero padre biológico o no, Tengo no tenía intención de recibir nada de ese hombre y ese hombre no tenía ninguna intención de legarle nada. Eran seres humanos con distintas procedencias que marchaban hacia lugares distintos. Por casualidad habían pasado varios años de sus vidas juntos. Eso era todo. Le daba lástima que hubiera sido así, pero no había nada que Tengo pudiera hacer al respecto.

Sin embargo, había llegado la hora de volver a visitar a su padre. Tengo lo sabía. No le apetecía y habría preferido dar media vuelta y regresar a casa. Pero ya llevaba en el bolsillo el billete de ida y vuelta y el billete para el expreso. La suerte estaba echada.

Se levantó, pagó la cuenta del restaurante, salió al andén y esperó a que llegara el tren rápido para Tateyama. Volvió a mirar atentamente a su alrededor, pero no vio a nadie con aspecto de investigador. Apenas había familias con cara de entusiasmo que salían de viaje para pasar unos días en la playa. Tengo se guardó las gafas de sol en el bolsillo y se ajustó la gorra de béisbol. «¡Qué más da!», pensó. «¡Si quieren vigilarme, que me vigilen cuanto quieran! Yo ahora voy a ir a un pueblo costero en la prefectura de Chikura a visitar a mi padre, que padece demencia. Quizá se acuerde de su hijo o quizá no. La última vez que lo vi, su memoria era bastante precaria. Ahora seguramente haya empeorado. La demencia progresa, pero no se recupera. Eso dicen. Igual que una rueda dentada que sólo avanza hacia delante». Era uno de los escasos conocimientos que tenía Tengo respecto a la demencia.

Cuando el tren partió de la estación de Tokio, él sacó del bolsillo el libro que se había llevado y se puso a leer. Era una antología de relatos cortos cuya temática giraba en torno a los viajes. Entre ellos había una historia sobre un

joven que viajaba a un pueblo dominado por gatos. Se titulaba «El pueblo de los gatos». Se trataba de una historia fantástica escrita por un autor alemán de quien nunca había oído hablar. En el libro se explicaba que había sido escrita en algún momento entre la primera y la segunda guerra mundial.

El joven viajaba solo, a su gusto, con una única maleta como equipaje. No tenía un destino. Se subía al tren, viajaba y, cuando encontraba un lugar que le atraía, se apeaba. Buscaba alojamiento, visitaba el pueblo y permanecía allí cuanto quería. Si se hartaba, volvía a subirse al tren. Así era como pasaba siempre sus vacaciones.

Desde la ventana del tren se veía un hermoso río serpenteante, a lo largo del cual se extendían elegantes colinas verdes. En la falda de aquellas colinas había un pueblecillo en el que se respiraba un ambiente de calma. Tenía un viejo puente de piedra. Aquel paisaje lo cautivó. Allí quizá podría probar deliciosos platos a base de trucha de arroyo. Cuando el tren se detuvo en la estación, el joven se apeó con su maleta. Ningún otro pasajero se bajó allí. El tren partió inmediatamente después de que se hubiera bajado.

En la estación no había empleados. Debía de ser una estación poco transitada. El joven atravesó el puente de piedra y caminó hasta el pueblo. Estaba completamente en silencio. No se veía a nadie. Todos los comercios tenían las persianas bajadas y en el ayuntamiento no había ni un alma. En la recepción del único hotel del pueblo tampoco había nadie. Llamó al timbre, pero nadie acudió. Parecía un pueblo deshabitado. A lo mejor todos estaban echando la siesta. Pero todavía eran las diez y media de la mañana. Demasiado temprano para echar una siesta. O quizá, por algún motivo, la gente había abandonado el pueblo y se había marchado. En cualquier caso, hasta la mañana del día siguiente no llegaría el próximo tren, así que no le quedaba más remedio que pasar allí la noche. Para matar el tiempo, se paseó por el pueblo sin rumbo fijo.

Pero en realidad aquél era el pueblo de los gatos. Cuando el sol se ponía, numerosos gatos atravesaban el puente de piedra y acudían a la ciudad. Gatos de diferentes tamaños y diferentes especies. Aunque más grandes que un gato normal, seguían siendo gatos. Sorprendido al ver aquello, el joven subió deprisa al campanario que había en medio del pueblo y se escondió. Como si fuera algo rutinario, los gatos abrieron las persianas de las tiendas, o se sentaron delante de los escritorios del ayuntamiento, y cada uno empezó su trabajo. Al cabo de un rato, un grupo aún más numeroso de gatos atravesó el puente y fue a la ciudad. Unos entraban en los comercios y hacían la compra, iban al ayuntamiento y

despachaban papeleo burocrático o comían en el restaurante del hotel. Otros bebían cerveza en las tabernas y cantaban alegres canciones gatunas. Unos tocaban el acordeón y otros bailaban al compás. Al poseer visión nocturna, apenas necesitaban luz, pero gracias a que aquella noche la luna llena iluminaba hasta el último rincón del pueblo, el joven pudo observarlo todo desde lo alto del campanario. Cerca del amanecer, los gatos cerraron las tiendas, ultimaron sus respectivos trabajos y ocupaciones y fueron regresando a su lugar de origen atravesando el puente.

Al amanecer los gatos ya se habían ido y el pueblo se había quedado desierto de nuevo, entonces el joven bajó, se metió en una cama del hotel y durmió todo cuanto quiso. Cuando le entró hambre, se comió el pan y el pescado que habían sobrado en la cocina del hotel. Luego, cuando a su alrededor todo empezó a oscurecer, volvió a esconderse en lo alto del campanario y observó hasta el albor el comportamiento de los gatos. El tren paraba en la estación antes del mediodía y antes del atardecer. Si se subía en el de la mañana, podría continuar su viaje, y si se subía en el de la tarde, podría regresar al lugar del que procedía. Ningún pasajero se apeaba ni nadie cogía el tren en aquella estación. Y sin embargo el ferrocarril siempre se detenía cumplidamente y partía un minuto después. Por lo tanto, si así lo deseara, podría subirse al tren y abandonar el pueblo de los gatos en cualquier momento. Pero no quiso. Era joven, sentía una profunda curiosidad y estaba lleno de ambición y de ganas de vivir aventuras. Deseaba seguir observando aquel enigmático pueblo de los gatos. Quería saber, si era posible, desde cuándo habían ocupado los gatos aquel pueblo, cómo funcionaba el pueblo y qué demonios hacían allí aquellos animales. Nadie más, aparte de él, debía de haber sido testigo de aquel misterioso espectáculo.

A la tercera noche, se armó cierto revuelo en la plaza que había bajo el campanario. «¿Qué es eso? ¿No os huele a humano?», soltó uno de los gatos. «Pues ahora que lo dices, últimamente tengo la impresión de que huele raro», asintió olfateando uno de ellos. «La verdad es que yo también lo he notado», añadió otro. «¡Qué raro! Porque no creo que haya venido ningún ser humano», comentó otro de los gatos. «Sí, tienes razón. No es posible que un ser humano haya entrado en el pueblo de los gatos». «Pero no cabe duda de que huele a uno de ellos».

Los gatos formaron varios grupos e inspeccionaron hasta el último rincón del pueblo, como una patrulla vecinal. Cuando se lo toman en serio, los gatos tienen un olfato excelente. No tardaron mucho en darse cuenta de que el olor procedía

de lo alto del campanario. El joven oía cómo sus blandas patas subían ágilmente por las escaleras del campanario. «¡Esto es el fin!», pensó. Los gatos parecían muy excitados y enfadados por el olor a humano. Tenían las uñas grandes y aguzadas y los dientes blancos y afilados. Además, aquél era un pueblo en el que los seres humanos no debían adentrarse. No sabía qué suerte le esperaría cuando lo encontraran, pero no creía que fueran a permitirle irse de allí habiendo descubierto el secreto.

Tres de los gatos subieron hasta el campanario y se pusieron a olfatear. «¡Qué extraño!», dijo uno sacudiendo sus largos bigotes. «Aunque huele a humano, no hay nadie». «¡Sí que es raro!», comentó otro. «En todo caso, aquí no hay nadie. Busquemos en otra parte». «¡Esto es de locos!». Movieron extrañados la cabeza y se fueron. Los gatos bajaron las escaleras sin hacer ruido y se esfumaron en medio de la oscuridad nocturna. El joven soltó un suspiro de alivio; a él también le parecía de locos. Los gatos y él habían estado literalmente a un palmo de distancia en un lugar angosto. No habría podido escapársele. Y sin embargo, parecían no haberlo visto. El joven examinó sus manos. «Las estoy viendo. No me he vuelto invisible. ¡Qué raro! En cualquier caso, por la mañana iré hasta la estación y me marcharé de este pueblo en el primer tren. Quedarme aquí es demasiado peligroso. La suerte no puede durar siempre».

Pero al día siguiente, el tren de la mañana no se detuvo en la estación. Pasó delante de sus ojos sin disminuir siquiera la velocidad. Lo mismo ocurrió con el tren de la tarde. Se veía al conductor en su asiento y los rostros de los pasajeros al lado de las ventanillas. Pero el tren no dio señales de que fuera a pararse. Era como si la silueta del joven que esperaba el tren no se reflejara en los ojos de la gente. O como si fuera la estación la que no se reflejara. Cuando el tren de la tarde desapareció a lo lejos, a su alrededor se hizo un silencio absoluto, como nunca antes había sentido. Entonces, el sol empezó a ponerse. «Va siendo hora de que los gatos aparezcan». El joven supo que se había perdido. «Éste no es el pueblo de los gatos», se dio cuenta al fin. Aquél era el lugar en el que debía perderse. Un lugar ajeno a este mundo que habían dispuesto para él. Y el tren jamás volvería a detenerse en aquella estación para llevarlo a su mundo de origen.

Tengo volvió a leer el relato. La frase *Aquél era el lugar en el que debía perderse* despertó su interés. Luego cerró el libro y observó sin ningún propósito en particular el insulso paisaje de la zona industrial litoral que iba pasando al otro lado de la ventana. Las llamas de una refinería, inmensos depósitos de gas e

inmensas y rechonchas chimeneas que semejaban cañones de largo alcance. Una fila de trailers y camiones cisterna circulando por la carretera. Una escena que distaba mucho del pueblo de los gatos. No obstante, en aquel paisaje existía cierto componente fantástico. Era como un Hades que, bajo tierra, sustentaba la vida de la urbe.

Al cabo de un rato, Tengo cerró los ojos y se imaginó a Kyōko Yasuda encerrada en el *lugar en el que debía perderse*. Allí no se detenían los trenes. No había teléfono, ni buzón de correos. Al mediodía estaba completamente sola y cuando anochecía los gatos iniciaban una búsqueda pertinaz. Aquella situación se repetía sin cesar. Cuando se dio cuenta, le pareció que se había quedado dormido. Había sido un sueño corto, pero profundo. Al despertarse, su cuerpo sudaba. El tren avanzaba a lo largo del litoral veraniego de Minamibōsō.

En Tateyama se bajó del expreso y se subió a un tren normal que lo llevó hasta Chikura. Al apearse en la estación, sintió el viejo olor del mar, y observó que toda la gente que caminaba por la calle estaba bronceada. Desde la estación fue hasta la clínica en taxi. En la recepción dio su nombre y el nombre de su padre.

—¿Ha avisado usted de que iba a venir hoy de visita? —preguntó en tono serio la enfermera de mediana edad que estaba sentada frente al mostrador. Era menuda, con gafas de montura metálica y algunas canas mezcladas en su corto cabello. En el dedo anular, también corto, llevaba un anillo que parecía comprado a juego con las gafas. La tarjeta de identificación decía «Tamura».

—No. Es que esta mañana se me ha ocurrido venir y he cogido el tren, así sin más —se sinceró Tengo.

La enfermera lo miró a la cara con cierta resignación.

—Cuando venga de visita, haga el favor de avisarnos con antelación, porque existen diferentes programas para cada día y también hay que tener en cuenta la situación del paciente.

—Lo siento. No lo sabía.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—Hace dos años.

—Dos años —dijo la enfermera Tamura comprobando una lista de visitantes con el bolígrafo en mano—. Es decir, que en dos años no ha venido ni una sola

vez, ¿no?

—Eso es —respondió Tengo.

—Según este registro, usted es la única familia del señor Kawana.

—Efectivamente.

La enfermera dejó la lista sobre el mostrador y miró a Tengo a la cara, pero no dijo nada. Aquellos ojos no le hacían ningún reproche. Simplemente comprobaban algo. Parecía que Tengo no debía de ser un caso especial.

—Ahora mismo su padre está en una sesión de rehabilitación en grupo. Terminará dentro de media hora. Luego podrá verlo.

—¿Cómo se encuentra?

—Físicamente, está sano. No tiene ningún problema. En cuanto a *lo demás*, tiene sus altibajos —dijo la enfermera, y se presionó ligeramente la sien con el dedo índice—. Cómo de altos y cómo de bajos, podrá comprobarlo usted por sí mismo.

Tengo le dio las gracias y mató el tiempo en la sala de espera que había al lado del recibidor. Se sentó en un sofá que olía a épocas pasadas, se sacó el libro del bolsillo y siguió leyendo. De vez en cuando soplaba una ráfaga de aire que olía a mar y las ramas de los pinos murmuraban a su paso refrescando el ambiente. Numerosas cigarras se aferraban a esas ramas y se desgañitaban cantando. El verano estaba en su cénit y las cigarras eran conscientes de que no duraría mucho más. Hacían resonar sus voces a su alrededor como mimando la corta vida que les quedaba.

Poco después vino la enfermera Tamura, con las gafas puestas, y le comunicó que la terapia de rehabilitación había terminado y que ya podía ver a su padre.

—Lo llevaré hasta su habitación —dijo.

Tengo se levantó del sofá, pasó por delante del gran espejo colgado en la pared y reparó en su aspecto descuidado: una camisa vaquera descolorida, a la que le faltaban varios botones, por encima de una camiseta de la gira oficial por Japón de Jeff Beck, unos chinos con una pequeña mancha de salsa para pizza en la rodilla, unas zapatillas de deporte de color caqui que no había lavado desde hacía bastante tiempo y una gorra de béisbol. Sin duda, no era la vestimenta de un hijo de treinta años que iba a visitar a su padre después de dos años sin verlo. Ni siquiera le había traído un regalo. Sólo tenía el libro que llevaba metido en el bolsillo. No era de extrañar que la enfermera lo hubiera mirado con aquella cara de resignación.

Cruzaron el jardín y, mientras se dirigían hacia el ala donde se encontraba la habitación del padre, la enfermera le dio unas breves explicaciones: la clínica estaba formada por tres alas, divididas según el estadio en la evolución de la enfermedad. En aquel momento, el padre de Tengo se encontraba en el ala de «estadio intermedio». Normalmente, los pacientes ingresaban en el ala de «estadio leve», luego eran transferidos al ala de «estadio intermedio» y después, a la de «estadio grave». Igual que una puerta que sólo se abre en una dirección, no existía la transferencia del estadio grave al leve. Más allá del estadio grave no había a donde ir. Naturalmente, la enfermera no llegó a mencionar el crematorio. Pero estaba claro lo que pretendía insinuar.

Aunque la habitación del padre era doble, su compañero se encontraba ausente porque había ido a alguna clase. En la clínica ofrecían diversas clases de rehabilitación: clases de cerámica, jardinería y ejercicio físico. Aunque se les llamara de rehabilitación, no eran para recuperarse. El objetivo consistía en ralentizar lo máximo posible el desarrollo de la enfermedad. O simplemente matar el tiempo. El padre estaba sentado en una silla al lado de la ventana abierta, contemplando el paisaje. Tenía las manos colocadas sobre las rodillas. En una mesa, cerca de él, había una maceta. Las flores tenían unos cuantos pétalos diminutos de color amarillo. El suelo estaba hecho de un material blando, para que no se lastimaran los pacientes en caso de caerse. Había dos camas sencillas de madera, dos escritorios y un armario para guardar ropa y enseres varios. Al lado de los escritorios, cada uno tenía su pequeña estantería, y las cortinas de la ventana estaban amarillentas por la prolongada exposición a los rayos del sol.

Tengo no reconoció de inmediato como su padre a aquel anciano sentado en una silla al lado de la ventana. Se había encogido. No, la expresión más correcta quizá sería que *había menguado*. Llevaba el pelo corto y se le había encanecido, como un césped cubierto de escarcha. Tenía las mejillas demacradas, y tal vez por eso las cuencas de los ojos parecían mucho más grandes que antaño. En la frente se le marcaban tres arrugas profundas. Aunque parecía que la cabeza se le había deformado, quizá se debiera a que llevaba el pelo más corto, lo cual acentuaba esa deformidad. Tenía las cejas largas y tupidas. Y de las orejas le salían pelos blancos. Sus grandes y afiladas orejas se veían ahora todavía más grandes, como alas de murciélago. Sólo la nariz tenía la misma forma de siempre. Redonda e hinchada, en contraste con las orejas. Y teñida de un color rojo oscuro. Las comisuras de los labios pendían hacia abajo, y daba la

impresión de que en cualquier momento iba a escapársele baba. Tenía la boca entreabierta, mostrando una dentadura incompleta. La figura de su padre sentado, quieto junto a la ventana, le recordó un autorretrato de Van Gogh en sus últimos años de vida.

Cuando Tengo entró en la habitación, aquel hombre sólo lo miró de reojo para luego seguir observando el paisaje por la ventana. A distancia, más que un ser humano parecía una criatura similar a una rata o a una ardilla. Una criatura no demasiado limpia, pero dotada de una inteligencia considerable. Sin embargo, aquél era, *sin lugar a dudas*, el padre de Tengo. O quizá sería más correcto decir los despojos de su padre. Aquellos dos años se habían llevado muchas cosas de su cuerpo. Como un cobrador de impuestos que despoja sin piedad a un hogar pobre de todos sus enseres. El padre que Tengo recordaba era un hombre fuerte que siempre trabajaba con afán. La introspección y la imaginación eran ajenas a él, pero estaba dotado de cierta moral y tenía ideas sencillas pero firmes. Era sufrido, y Tengo nunca había escuchado de su boca excusas o lamentos. Sin embargo, aquel que estaba ahora delante de él no era más que una cáscara. Una casa deshabitada a la que habían arrebatado todo calor.

—Señor Kawana. —La enfermera se dirigió al padre de Tengo con voz penetrante, bien articulada. Había sido formada para dirigirse así a los pacientes —. Señor Kawana. ¡Venga! ¡Que está aquí su hijo de visita!

El padre se limitó a mirar hacia ellos. Sus ojos, carentes de expresión, evocaron a Tengo dos nidos de golondrinas vacíos abandonados bajo un alero.

—¡Hola! —saludó Tengo.

—Señor Kawana, su hijo ha venido desde Tokio para verlo —dijo la enfermera.

El padre sólo miraba a Tengo a la cara, sin decir nada. Como si leyera un edicto incomprensible escrito en una lengua extranjera.

—A las seis y media es la hora de la cena —le dijo a Tengo la enfermera—. Hasta entonces, haga usted lo que le parezca.

Cuando la enfermera se marchó, Tengo, después de titubear un poco, se acercó a su padre y se sentó en la silla que había enfrente.

Una silla tapizada y descolorida. La parte de madera estaba llena de arañazos, como si la hubieran usado durante mucho tiempo. El padre siguió con la mirada sus movimientos al sentarse.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Tengo.

—Bien, gracias a Dios —contestó el padre en un tono formal.

Tengo no supo cómo continuar. Mientras toqueteaba con los dedos los tres botones de su camisa vaquera, dirigió la mirada hacia el pinar al otro lado de la ventana y luego miró a su padre a la cara.

—¿Ha venido desde Tokio? —dijo el padre. No parecía acordarse de Tengo.

—Sí, desde Tokio.

—¿Ha cogido el expreso para venir aquí?

—Eso es —respondió Tengo—. He ido en expreso hasta Tateyama y luego me he subido a un tren normal que me ha traído hasta Chikura.

—¿Ha venido para darse un baño en el mar? —preguntó el padre.

—Soy Tengo. Tengo Kawana. Su hijo.

—¿De qué parte de Tokio viene? —preguntó el padre.

—De Kōjien, del barrio de Suginami.

Las tres arrugas en la frente de su padre se hicieron más profundas.

—Mucha gente cuenta mentiras para no pagar la cuota de recepción de la NHK.

—Papá —lo llamó Tengo. Hacía mucho tiempo que no pronunciaba aquella palabra—. Soy Tengo. Su hijo.

—Yo no tengo hijos —afirmó categóricamente el padre.

—No tiene hijos —repitió de manera automática Tengo.

El padre asintió.

—Entonces, ¿quién demonios soy yo? —preguntó Tengo.

—Tú no eres nadie —dijo el padre. Y sacudió la cabeza dos veces con un simple movimiento.

Tengo tragó saliva y se quedó sin habla durante un instante. El padre tampoco volvió a hablar. En medio de aquel silencio, ambos sondeaban la maraña de sus respectivos pensamientos. Las cigarras seguían cantando hasta la extenuación, sin inmutarse.

«Seguro que este hombre está diciendo la verdad», sintió Tengo. Puede que se le hubiera arruinado la memoria y que no tuviera la mente clara, pero lo que decía probablemente fuera la verdad. Tengo lo comprendió de manera intuitiva.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Tengo.

—Tú no eres nadie. —El padre repitió aquellas misma palabras en un tono desprovisto de sentimiento—. Nunca fuiste nada, no eres nada y nunca lo serás.

«Eso es suficiente», pensó Tengo.

Quería levantarse de la silla, caminar hasta la estación y regresar a Tokio. Ya había oído todo lo que tenía que oír. Pero no pudo levantarse. Igual que el joven que había llegado al pueblo de los gatos. Sentía curiosidad. Quería conocer las profundas circunstancias que había detrás. Quería oír una respuesta más precisa. Naturalmente, entrañaba un peligro. Pero si dejaba pasar aquella oportunidad, seguramente nunca conocería el secreto de su vida. Este probablemente se hundiría en medio de la confusión.

Tengo ordenó las palabras en su mente una y otra vez. Luego habló con resolución. Se trataba de una pregunta que le había querido hacer en numerosas ocasiones desde pequeño, pero que nunca fue capaz de formular.

—¿Me está diciendo, entonces, que usted no es mi padre en el sentido biológico? ¿Que entre nosotros no existe ningún lazo de sangre?

El padre lo miraba a la cara, en silencio. Por su expresión no se sabía si había comprendido o no el meollo de la pregunta.

—Robar ondas electromagnéticas es un acto delictivo —dijo el padre mirándolo a los ojos—. Exactamente lo mismo que robar dinero. ¿No cree?

—Sí, es verdad —reconoció Tengo.

Satisfecho, el padre asintió varias veces con la cabeza.

—Las ondas electromagnéticas no caen del cielo, gratis, como la lluvia o la nieve —dijo el padre.

Tengo miraba las manos de su padre con la boca cerrada. Estaban bien colocadas sobre sus rodillas. La mano derecha sobre la rodilla derecha; la mano izquierda sobre la rodilla izquierda. No se movían ni un ápice. Eran unas manos pequeñas y oscuras. Parecía que el bronceado había calado hasta el cerne en su cuerpo. Eran unas manos que habían trabajado a la intemperie durante muchos años.

—Mamá no se murió cuando yo era pequeño, ¿verdad? —preguntó Tengo despacio, dividiendo las palabras.

El padre no respondió. Su expresión no cambió, sus manos no se movieron. Aquellos ojos miraban a Tengo como si observaran algo nunca visto.

—Mamá se marchó de su lado. Lo dejó a usted y me abandonó a mí. Probablemente se fue con otro hombre. ¿Me equivoco?

El padre asintió.

—Robar ondas electromagnéticas no está bien. Uno no puede hacer lo que le

viene en gana y escaparse tan pancho.

Aquel hombre había entendido a la perfección el meollo de la pregunta. A Tengo le pareció que simplemente no quería hablar de ello.

—Papá —lo llamó Tengo—. Tal vez no sea mi padre realmente, pero le voy a llamar así, ya que no sé hacerlo de otra manera. Si le soy sincero, nunca me ha caído bien. Hasta puede que le odiara muchas veces. Lo entiende, ¿no? Suponiendo que usted no sea mi verdadero padre, que no existe ningún vínculo de sangre entre nosotros, dejaría de tener motivos para odiarlo. No sé si podría llegar a sentir simpatía hacia usted. Pero, por lo menos, creo que podría comprenderlo mejor que ahora. Porque lo que siempre he buscado es la *verdad*. Quién soy, de dónde vengo. Eso es lo único que quiero saber. Pero *nadie* me lo ha revelado. Si usted me contara la verdad ahora, aquí mismo, yo ya no lo odiaría, no lo detestaría. Y para mí, no tener que odiarlo, que detestarlo más, sería una bendición.

El padre se quedó callado, observando a Tengo con los mismos ojos inexpresivos. Pero en el fondo de aquellos nidos de golondrina vacíos parecía resplandecer algo minúsculo.

—Yo *no soy nada* —dijo Tengo—. Tiene usted razón. No soy más que algo flotante, solo, que arrojaron de noche al mar. Estiro el brazo y no hay nadie. Grito y nadie me responde. No estoy vinculado a nada. La única familia que tengo a mi alrededor es usted. Pero usted lleva consigo el secreto y no quiere contármelo. Y su memoria, con sus continuos altibajos, se va desvaneciendo con el paso del tiempo en este pueblo a orillas del mar. Mi verdad va desapareciendo de igual modo. Sin la verdad, no soy nada ni nunca lo seré. En ese sentido, también tiene razón.

—El saber es un valioso patrimonio social —dijo el padre como si leyera en un tono monótono. No obstante, su voz había disminuido un poco de intensidad con respecto a antes. Como si alguien a su espalda hubiera estirado el brazo y le hubiera bajado el volumen—. Ese patrimonio debe ser acumulado en abundancia y usado con prudencia. Tenemos que transmitirlo a las generaciones futuras de manera fecunda. Por eso la NHK necesita la cuota de recepción de todos…

«Lo que este hombre dice es como una especie de mantra», pensó Tengo. Recitando esas frases había conseguido protegerse hasta la actualidad. Tengo debía quebrar esa especie de amuleto obstinado. Tenía que hacer salir a la persona de carne y hueso del fondo de esa fortaleza.

Tengo interrumpió a su padre.

—¿Cómo era mi madre? ¿Adónde fue? ¿Y qué ocurrió?

El padre se calló súbitamente. Ya no recitaba el conjuro.

—Estoy cansado de vivir detestando, odiando, guardando rencor. Estoy cansado de vivir sin amar a nadie. No tengo ni un solo amigo. *Ni uno solo*. Y, sobre todo, ni siquiera soy capaz de amarme a mí mismo. ¿Por qué no puedo amarme? Pues porque no puedo amar a otros. Cuando uno ama y es amado, la gente aprende la manera de amarse a sí mismo. ¿Entiende lo que le digo? Quien es incapaz de amar a alguien, no puede amarse debidamente a sí mismo. No, no estoy diciendo que sea culpa de usted. Ahora que lo pienso, usted quizá sea una víctima. Seguro que usted tampoco sabe cómo amarse a sí mismo. ¿Me equivoco?

El padre guardaba silencio. Sus labios permanecían sellados. Por la expresión de su cara, no se sabía si había entendido lo que Tengo le había dicho. Tengo se hundió callado en la silla. Una ráfaga de viento entró por la ventana abierta. Hizo ondear las cortinas descoloridas por el efecto del sol, y agitó los pequeños pétalos de las flores que había en la maceta. Luego se fue por la puerta que había quedado abierta y atravesó el pasillo. El olor a mar se intensificó. Se oyó el tierno ruido producido por el roce de la pinocha, mezclado con el canto de las cigarras.

Tengo prosiguió en un tono calmo.

—A menudo tengo una visión. Se repite constantemente desde hace mucho tiempo. Creo que a lo mejor no se trata de una visión, sino de una escena real que recuerdo. A mi lado, yo tengo un año y medio de edad, está mi madre. Un hombre joven la abraza. Y ese hombre no es *usted*. No sé quién es. Pero lo único cierto es que usted *no* aparece. No sé por qué, pero esa escena está grabada en mi mente y no se desprende.

El padre no dijo nada. Pero sus ojos veían claramente algo diferente. Algo que no estaba allí. Entonces, los dos guardaron silencio. Tengo prestó atención al ruido del viento, que de repente se había intensificado. Desconocía qué escuchaban los oídos de su padre.

—¿Me podría leer algo? —dijo el padre en un tono formal tras un largo silencio—. Como me duelen los ojos, no puedo leer. Soy incapaz de seguir las letras durante mucho rato. En esa estantería tiene libros. Elija uno que a usted le guste.

Tengo se levantó de la silla y echó un vistazo al lomo de los libros colocados en la estantería. La mayoría eran novelas históricas. Estaba la colección

completa de *Daibosatsu-toge*[18]. Pero Tengo no se sentía con ganas de leer en voz alta delante de su padre una novela antigua en la que se utilizaban palabras anticuadas.

—Si le parece bien, me gustaría leerle la historia del pueblo de los gatos —dijo Tengo—. Viene en un libro que me he traído para leer.

—La historia del pueblo de los gatos —dijo el padre, e inspeccionó mentalmente aquellas palabras durante un rato—. Si no le es molestia, querría que me la leyera.

Tengo miró el reloj de pulsera.

—No es ninguna molestia. Todavía tengo tiempo hasta que venga el tren. Se trata de una historia rara, así que no sé si va a gustarle…

Tengo sacó el libro del bolsillo y empezó a leer «El pueblo de los gatos» en voz alta. El padre prestaba atención a la historia, sentado sin cambiar de postura, en la silla al lado de la ventana. Tengo leía despacio, con voz clara. En medio hizo dos o tres pausas para tomar un respiro. En cada ocasión miró al padre a la cara, pero nunca percibió ningún tipo de reacción. No sabía si estaba disfrutando o no de la historia. Cuando terminó de leerla, el padre se quedó quieto, con los ojos cerrados, sin hacer un solo movimiento. Parecía dormido, pero no lo estaba. Simplemente se había metido en el mundo del relato. Tardó un buen rato en salir de allí. Tengo esperó con paciencia. La luz de la tarde se debilitó un poco y alrededor empezaron a percibirse indicios del atardecer. El viento procedente del mar seguía meciendo las ramas de los pinos.

—¿Habrá televisión en ese pueblo de los gatos? —preguntó su padre desde una perspectiva profesional.

—La historia se escribió en la Alemania de los años treinta y, en aquella época, aún no había televisión, pero sí radio.

—Yo estuve en Manchuria, y allí ni siquiera había radios. Ni emisoras. Apenas llegaba la prensa y leíamos periódicos de hacía medio mes. No teníamos nada que llevarnos a la boca y tampoco había mujeres. De vez en cuando aparecían lobos. Aquello estaba en el fin del mundo.

Permaneció un tiempo callado, reflexionando sobre algo. Quizá recordara la ardua vida que había llevado como colono en Manchuria, siendo joven. Pero los recuerdos enseguida se enturbiaron y fueron tragados por el vacío. Gracias a los cambios en la expresión del padre era posible entrever esa actividad mental.

—¿Construyeron los gatos el pueblo? ¿O fueron los antiguos humanos los que lo construyeron y luego los gatos se asentaron allí? —preguntó el padre frente al cristal de la ventana, como si hablara consigo mismo. No obstante, aquella pregunta parecía dirigida a Tengo.

—No lo sé —contestó Tengo—. Pero supongo que lo construyeron los seres humanos hace mucho tiempo. Por algún motivo, éstos desaparecieron y los gatos se asentaron allí. Quizá se murieron todos por alguna epidemia.

El padre asintió.

—Cuando surge un vacío, algo tiene que llenarlo. Todos lo hacemos.

—¿Todos lo hacemos?

—Eso es —afirmó el padre.

—¿Qué vacío llena usted?

El padre se puso serio. Sus tupidas cejas descendieron y le cubrieron los ojos. Luego habló con cierto tono de burla.

—Tú no lo entiendes.

—No lo entiendo —dijo Tengo.

El padre hinchó las narinas. Tenía una ceja ligeramente levantada. Aquélla era la expresión que siempre adoptaba cuando no estaba contento con algo.

—Si no lo entiendes sin que te lo explique, quiere decir que no lo entenderás por más que te lo explique.

Tengo entrecerró los ojos y leyó la expresión en el rostro del anciano. Era la primera vez que su padre hablaba de una manera tan extraña y sugerente. Él siempre se había expresado de manera concreta y práctica. Decir sólo lo necesario cuando fuera necesario: ésa era la inmutable definición de una conversación para su padre. Sin embargo, en su rostro no había ninguna expresión legible.

—De acuerdo. En todo caso, usted llena *algún* vacío —dijo Tengo—. Entonces, ¿quién va a llenar el vacío *que usted ha dejado*?

—Tú —respondió lacónico el padre, y señaló enérgicamente a Tengo con el dedo índice—. ¿Acaso no es obvio? Yo he llenado el vacío que alguien creó y, a la vez, tú vas llenando el vacío que yo he creado. Como si fuéramos turnándonos.

—De igual modo que los gatos llenaron el pueblo deshabitado.

—Eso, está perdida como el pueblo —dijo el padre, y se quedó observando abstraído el dedo índice con el que había señalado a Tengo, como si mirara algo extraño y fuera de lugar.

—Está perdida como el pueblo —repitió Tengo.

—La mujer que te dio a luz ya no está en ninguna parte.

—*No está en ninguna parte*. Está perdida como el pueblo. ¿Quiere decir que ha fallecido?

El padre no contestó. Tengo soltó un suspiro.

—¿Y quién es mi padre?

—Un simple vacío. Tu madre se juntó con un vacío y te dio a luz. Yo llené ese vacío.

Tras decir aquellas palabras, el padre cerró los ojos y se calló.

—¿Se juntó con un vacío?

—Sí.

—Y usted me crió. ¿Me equivoco?

—Ya te lo he dicho —dijo el padre con aire grave tras haber carraspeado. Como si enseñara un razonamiento sencillo a un niño corto de entendederas—. Si no lo entiendes sin que te lo explique, quiere decir que no lo entenderás por más que te lo explique.

—¿He salido de un vacío? —preguntó Tengo.

No obtuvo respuesta.

Tengo juntó los dedos de las manos sobre las rodillas y volvió a mirar de frente a su padre. Entonces pensó: «Este hombre no es un despojo vacío. No es una simple casa deshabitada. Es un hombre de carne y hueso que sobrevive mal que bien en un lugar en la costa, cargando con un espíritu estrecho y obstinado y unos recuerdos sombríos. Se ve obligado a convivir con ese vacío que se va expandiendo de forma paulatina en su interior. En este momento, el vacío y la memoria todavía luchan entre sí, pero, lo quiera o no, pronto el vacío engullirá los recuerdos restantes. Es cuestión de tiempo. ¿Será ese vacío al que está haciendo frente el mismo vacío que me engendró a mí?».

Mientras se acercaba el crepúsculo, a Tengo le pareció oír el lejano fragor del mar mezclado con el viento que soplaba entre las copas de los pinos. Pero quizá sólo fuera una ilusión.

9
AOMAME

El precio a pagar por la gracia divina

Cuando Aomame entró, el rapado se giró a sus espaldas y cerró rápidamente la puerta. La habitación estaba a oscuras. Habían corrido las gruesas cortinas de las ventanas y apagado toda luz interior. Un rayo de luz se filtraba tenuemente por un intersticio en las cortinas, y sin embargo lo único que hacía era realzar la oscuridad. Sus ojos tardaron en adaptarse a la oscuridad, como si hubiera entrado en una sala de cine en medio de una proyección o en un planetario. Lo primero que vio fue la pantalla de un reloj electrónico colocado sobre una mesa baja. Las cifras verdes indicaban que eran las siete y veinte de la tarde. Poco después se fijó en que había una cama de gran tamaño arrimada a la pared, al otro lado de la habitación. El reloj estaba junto a la cabecera de la cama. Era una estancia un tanto pequeña comparada con la amplia sala contigua, pero a pesar de todo mucho más espaciosa que una habitación de un hotel normal y corriente.

Encima de la cama había un cuerpo negro, como un montículo. Tardó también un rato en darse cuenta de que aquella silueta amorfa correspondía a un ser humano acostado. En el ínterin el dibujo de la silueta no se descompuso ni un ápice. No se percibía ningún indicio de vida. Tampoco se oía respirar. Lo único que se oía era el tenue ruido del aire acondicionado que salía por la boca de ventilación situada cerca del techo. Pero no estaba muerto. El rapado había procedido bajo la premisa de que *aquello* era un ser humano con vida.

Se trataba de una persona bastante corpulenta. Probablemente un hombre. Aunque no se veía con claridad, parecía que yacía de cara a ella. Y no estaba metido dentro de la cama. Se había tendido boca abajo por encima de una colcha bien dispuesta. Parecía una bestia de grandes dimensiones curándose de una herida en lo hondo de una caverna, al mismo tiempo que se protegía del desgaste corporal.

—Ya es la hora. —El rapado se dirigió hacia aquella sombra. En su voz se percibió un eco de tensión que no había notado hasta entonces.

No se sabía si el hombre lo había oído. El montículo oscuro sobre la cama permaneció quieto. El rapado se quedó de pie delante de la puerta, a la espera, sin alterar su postura. En la habitación reinaba un silencio tan profundo que incluso se pudo oír con nitidez el ruido que alguien hizo al tragar saliva. A continuación, Aomame se dio cuenta de que había sido ella misma quien había tragado saliva. Con la bolsa de deporte en la mano derecha esperó, igual que el rapado, a que algo sucediera. Las cifras en el reloj electrónico pasaron a 7:21; luego a 7:22 y a 7:23.

Poco después, la silueta sobre la cama se agitó un poco y empezó a dar muestras de actividad. Un ligero estremecimiento dio paso al poco rato a un claro movimiento. Parecía que aquella persona había estado profundamente dormida. O que había estado inmersa en algo semejante a un sueño. Los músculos se desperezaron, la mitad superior del cuerpo se levantó y, un momento después, su mente pareció reconstituirse. La sombra en la cama se había incorporado, estaba sentada con las piernas cruzadas. «Es un hombre, sin lugar a dudas», pensó Aomame.

—Ya es la hora —repitió el rapado.

Se oyó cómo el hombre exhalaba un hondo suspiro. Un suspiro lento y resonante que surgió del fondo de un profundo pozo. Luego se oyó una gran aspiración, impetuosa y amenazadora como un vendaval soplando entre la arboleda de un bosque. Esos dos ruidos de diferente naturaleza se repitieron alternativamente. Entre ellos se intercalaba un largo silencio. Aquellas repeticiones rítmicas, preñadas de significado, intranquilizaron a Aomame. Se sintió como si se hubiera adentrado en un territorio nuevo para ella. Por ejemplo, en el fondo de una profunda fosa oceánica o en la superficie de un asteroide ignoto. Un lugar al que había podido llegar, pero del que le sería imposible regresar.

A sus ojos les costaba adaptarse a la oscuridad. Podía ver hasta cierto punto, pero a partir de ahí su vista no avanzaba. De momento, los ojos de Aomame sólo alcanzaban a distinguir la sombría silueta de aquel hombre. No sabía si su cara la observaba o si miraba algo en concreto. Lo único que sabía era que el hombre era bastante corpulento y que sus hombros parecían ascender y descender de forma pausada, pero con grandes movimientos, al ritmo de su respiración. Esta no era una respiración ordinaria. Se trataba de una forma de respirar con una

función y un objetivo especiales para la cual empleaba todo su cuerpo. Le vinieron a la mente unos omóplatos y un diafragma moviéndose ampliamente, expandiéndose y contrayéndose. Una persona normal no podría respirar de manera tan intensa. Era un particular método de respirar que sólo se podía adquirir con un largo y riguroso entrenamiento.

El rapado permanecía de pie al lado de Aomame, manteniendo una postura erguida. Tenía la espalda recta y la barbilla ligeramente hundida. Su forma de respirar, al contrario que la del hombre sobre la cama, era superficial y rápida. Ocultando su presencia, el rapado permanecía a la espera de que aquella serie de fuertes y hondas respiraciones terminara. Debía de ser un acto realizado a diario para poner su cuerpo en orden. Ellos dos no tenían más remedio que aguardar a que finalizase. Quizá se tratara de un proceso necesario para despertarse.

Al cabo de un instante, aquella forma de respirar cesó poco a poco, como cuando una gran máquina deja de funcionar. El intervalo entre respiración y respiración se fue agrandando de forma progresiva, y al final expulsó aire durante un buen rato, como si lo exprimiera. Un profundo silencio se hizo de nuevo en la habitación.

—Ya es la hora —dijo por tercera vez el rapado.

La cabeza del hombre se movió despacio. Parecía que miraba de frente al rapado.

—Puedes irte —dijo. Tenía voz de barítono, clara y resonante. Resuelta y sin ambigüedades. Parecía que el cuerpo ya estaba completamente despierto.

El rapado hizo una ligera reverencia en medio de la oscuridad y salió de la habitación igual que había entrado, sin hacer ningún movimiento en balde. La puerta se cerró y sólo quedaron Aomame y el hombre.

—Siento que tengamos que estar a oscuras —dijo el hombre. Probablemente se dirigía a Aomame.

—No importa —dijo Aomame.

—Es necesario que sea así —comentó en un tono suave—. Pero no te preocupes. No te voy a hacer ningún daño.

Aomame asintió en silencio. Luego recordó que estaban a oscuras y dijo un «Vale». Su voz parecía un tanto más rígida y aguda que de costumbre.

A continuación, el hombre observó a Aomame en la oscuridad durante un rato. Ella sentía cómo estaba siendo observada intensamente. Era una mirada precisa y certera. Más que mirarla, quizá sería más apropiado decir que la «escudriñaba». Parecía que aquel hombre podía obtener una visión general de

todo su cuerpo, de arriba abajo. En un instante se había sentido como si la hubiera despojado de todo lo que llevaba puesto y la hubiera dejado completamente desnuda. Su mirada no sólo se había extendido por su piel, sino que también había alcanzado sus músculos, sus vísceras y su útero. «Este hombre puede *escudriñar* en la oscuridad», pensó ella. «*Escudriña* más allá de lo que sus ojos ven».

—En la oscuridad las cosas se ven aún mejor —dijo el hombre, como si le leyera el pensamiento a Aomame—. Pero si uno pasa demasiado tiempo a oscuras, se hace difícil regresar al mundo de la luz terrestre. En cierto momento hay que ponerle fin.

Entonces volvió a inspeccionar a Aomame durante otro rato. No se percibía en él ningún indicio de deseo sexual. El hombre simplemente la *escudriñaba* como a un objeto. Era como si un tripulante de un barco contemplara desde la cubierta la forma de la isla junto a la que está pasando. Pero este tripulante no era uno normal y corriente. Él intentaba adivinarlo *todo* sobre la isla. La prolongada exposición a aquella cortante y despiadada mirada hizo que Aomame sintiera lo imperfecto e inseguro que era su cuerpo. Normalmente nunca se sentía así. Aparte del tamaño de su pecho, estaba más bien orgullosa de su cuerpo. Lo conservaba muy bien trabajándolo a diario. Tenía unos músculos flexibles y prietos, sin un ápice de grasa. Pero al ser observada por aquel hombre, su cuerpo le parecía un mísero saco de carne envejecida.

El hombre dejó de mirarla fijamente, como si hubiera leído los pensamientos de Aomame. Ella sintió cómo su mirada fue perdiendo fuerza con rapidez. Era como si en el momento de regar con una manguera, alguien hubiera cerrado el grifo del agua.

—Si me haces el favor, ¿serías tan amable de abrir un poco las cortinas? —dijo el hombre con calma—. Supongo que te resultará complicado trabajar a oscuras.

Aomame dejó la bolsa de deporte en el suelo, se acercó a la ventana y, tirando de los cordones, abrió primero las gruesas cortinas y luego las cortinas blancas de encaje que había después. El paisaje nocturno de Tokio derramó su luz en la habitación. La luz característica de la noche metropolitana, compuesta por la Torre de Tokio iluminada, el alumbrado de la autopista, los faros de los vehículos en movimiento, la luz procedente de las ventanas de los rascacielos y los coloridos paneles de neón en las azoteas de los edificios, iluminaba el interior de la habitación del hotel. No era una luz intensa, sino más bien una luz modesta

que permitía reconocer a duras penas el mobiliario de la habitación. A Aomame le resultaba una luz nostálgica. Una luz enviada desde el mundo al que ella pertenecía. Aomame volvió a darse cuenta de lo mucho que necesitaba ella aquella luz. Sin embargo, aquella módica cantidad de luz parecía un estímulo demasiado intenso para los ojos del hombre. Todavía sentado sobre la cama con las piernas cruzadas, se cubrió la cara con sus grandes manos para evitar aquella claridad.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Aomame.

—No te preocupes —dijo el hombre.

—Correré un poco más las cortinas.

—Así está bien. Tengo un problema en la retina. Acostumbrarme a la luz me lleva tiempo. Enseguida estaré bien. ¿Te importa esperar ahí sentada?

«*Tengo un problema en la retina*», repitió mentalmente Aomame. En general, la gente con problemas de retina corre el riesgo de perder la vista. Pero ése era un asunto que a ella no le incumbía. Lo que ella tenía que tratar no era su vista.

Mientras el hombre adaptaba sus ojos a la luz que entraba por la ventana, cubriéndose la cara con las manos, Aomame se sentó en el sofá y observó de frente al hombre. Esta vez le tocaba a ella inspeccionarlo detenidamente.

Era un hombre grande. No estaba gordo. Sólo era grande. También era alto y ancho. Parecía fuerte. Que era un hombre corpulento ya lo había oído previamente de boca de la señora, pero no se había imaginado que sería tan grande. Por supuesto, no había ningún motivo para que el fundador de una comunidad religiosa no pudiera ser corpulento. A Aomame le vinieron a la mente las chicas de diez años que aquel hombre grande había violado e, involuntariamente, torció la cara. Se lo imaginó desnudo, echado encima del cuerpo de una niña pequeña. Ellas ni siquiera podrían ofrecerle resistencia. Puede que incluso a una mujer adulta le resultara difícil.

El hombre vestía una especie de pantalones de chándal finos con elástico en los bajos y una camisa de manga larga. La camisa era lisa, con un ligero lustre, como si fuera de seda. Era de talla grande y el hombre llevaba desabrochados los dos botones superiores. Tanto la camisa como los pantalones parecían blancos o de un color crema muy claro. Aunque no era un pijama, se trataba de ropa holgada, cómoda para andar por casa. Seguramente era la indumentaria ideal para estar bajo la sombra de un árbol en un país del sur. Sus pies desnudos eran

manifiestamente grandes. Los hombros, anchos como un muro de piedra, hacían pensar en un curtido luchador de artes marciales.

—Me alegro de que hayas venido —dijo el hombre, esperando a que Aomame terminara de inspeccionarlo.

—Es mi trabajo. Yo voy allí donde me necesitan —dijo Aomame en un tono carente de emoción. Sin embargo, mientras lo decía, se sintió como una puta que había acudido allí porque la habían llamado. Quizá se debiera a que, hacía un momento, la había desnudado en la oscuridad con aquella aguda mirada.

—¿Hasta qué punto me conoces? —le preguntó el hombre, todavía cubriéndose la cara con las manos.

—¿Quiere decir cuánto sé de usted?

—Eso es.

—Apenas sé algo —contestó Aomame, midiendo sus palabras—. Ni siquiera sé cómo se llama. Sólo que dirige una comunidad religiosa en Nagano o Yamanashi… Me han dicho que padece usted algún problema físico y que quizás yo podría ayudarlo.

El hombre sacudió brevemente la cabeza varias veces y apartó las manos de su cara. Entonces miró hacia Aomame.

El hombre tenía el pelo largo. El cabello, liso y abundante, le colgaba casi hasta los hombros. En medio se mezclaban bastantes canas. Tendría probablemente entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. La nariz, grande, ocupaba una gran parte de su rostro. Era una nariz perfilada y magníficamente recta. Le recordó las montañas de los Alpes que aparecen en las fotografías de los calendarios, de pie amplio y cargadas de dignidad. Cuando se le miraba a la cara, lo primero en lo que se fijaba uno era en la nariz. En cambio, tenía los ojos hundidos. Resultaba difícil comprobar qué demonios miraban aquellas pupilas desde aquel fondo. Todo su rostro era ancho y grueso, en conjunto con el resto de su fisonomía. Iba bien afeitado y no se le veía ninguna cicatriz o lunar. Tenía unas facciones armoniosas. Además destilaba un aire de tranquilidad e inteligencia. Pero también había algo peculiar, algo inusitado, algo en lo que costaba confiar. Era un tipo de rostro que haría echarse atrás a cualquiera que lo viera por primera vez. Tal vez tuviera la nariz demasiado grande. Como consecuencia, todo su rostro perdía el equilibrio razonable, y quizás eso provocaba inseguridad a quien lo miraba. O a lo mejor era por culpa de ese par de ojos que aguardaban con calma en aquel lugar profundo y emitían una luz semejante a un glaciar de antaño. O quizá fueran sus finos labios los que le

daban un aspecto inhumano, como si en cualquier momento fuera a vomitar palabras impredecibles.

—¿Algo más? —preguntó el hombre.

—No sé nada más. Simplemente me dijeron que me preparara para hacer estiramientos musculares y que viniera aquí. Mi especialidad son los músculos y las articulaciones. No necesito saber gran cosa sobre el estatus o la personalidad del cliente.

«Igual que una puta», pensó Aomame.

—Entiendo a qué se refiere —dijo el hombre con voz resonante—, pero para mi caso necesitará algunas explicaciones.

—Le escucho.

—La gente me llama líder, pero apenas me muestro delante de otros. Incluso dentro de la comunidad, viviendo dentro del mismo espacio, la mayoría de los adeptos no sabe cómo es mi cara.

Aomame asintió con la cabeza.

—Sin embargo, a ti te la estoy mostrando, porque sería imposible que me trataras a oscuras o con los ojos vendados, ¿no? También es una cuestión de modales.

—Esto no es un tratamiento —indicó Aomame con sangre fría—. Son simples estiramientos musculares. No estoy autorizada para realizar cuidados médicos. Lo que yo hago es estirar a la fuerza músculos que apenas se utilizan a diario o que a la mayoría de la gente les resulta arduo utilizar, y prevenir así una disminución de las funciones corporales.

El hombre pareció esbozar una ligera sonrisa. Pero quizá sólo fuera una ilusión óptica, o puede que hubiera hecho temblar levemente sus músculos faciales.

—Lo sé perfectamente. Sólo he utilizado la palabra «tratar» por conveniencia. No te preocupes. A lo que me refería es a que ahora estás viendo algo que la mayoría de la gente nunca ve. Quería que fueras consciente.

—Ya me han avisado ellos de que no hable con nadie de esto —dijo Aomame señalando la puerta que daba a la habitación contigua—. Pero no tiene por qué preocuparse. Nada de lo que vea o escuche trascenderá al exterior. Por mi trabajo, estoy habituada a tocar el cuerpo de mucha gente. Aunque su situación sea excepcional, para mí sólo será uno más entre tantos otros clientes con problemas musculares. A mí sólo me preocupan los músculos.

—He oído que durante tu infancia fuiste devota de la Asociación de los

Testigos.

—No me hice devota por voluntad propia. Simplemente me criaron así. Hay una diferencia considerable.

—Es cierto que no es lo mismo —dijo el hombre—. Pero las personas somos incapaces de distanciarnos de las imágenes que nos han inculcado durante la infancia.

—Para bien o para mal —añadió Aomame.

—La doctrina de la Asociación de los Testigos no tiene nada que ver con la de la comunidad a la que yo pertenezco. A mi parecer, las religiones que giran en torno a la escatología son todas un timo, en mayor o menor grado. Yo creo que al final es, en cualquier caso, algo que depende de cada individuo. Así y todo, la Asociación de los Testigos es una comunidad religiosa asombrosamente fuerte. A pesar de no tener una historia demasiado larga, ha soportado numerosas pruebas. Y el número de devotos no ha dejado de crecer de forma constante. Hay mucho que aprender de ello.

—Recuerdo que era bastante estrecha de miras. Siendo una comunidad pequeña y cerrada, se vuelve más sólida contra el influjo exterior.

—Posiblemente tengas razón —dijo el hombre. Luego hizo una breve pausa —. Pero bueno, no estamos aquí para charlar sobre religión.

Aomame no dijo nada.

—Quiero que sepas que mi cuerpo tiene diversas *particularidades* —comentó el hombre. Sentada en la silla, Aomame aguardó en silencio a que prosiguiera—. Como te he dicho hace un momento, mis ojos no toleran la luz fuerte. Esta afección surgió hace unos años. Hasta entonces, nunca había tenido ningún problema, pero a partir de cierto momento comencé a padecerla. Es la razón principal por la que dejé de presentarme delante de la gente. Me paso prácticamente todo el día en una habitación a oscuras.

—La vista es un campo que está fuera de mi alcance —dijo Aomame—. Como le he dicho hace un rato, mi especialidad son los músculos.

—Lo sé. Por supuesto, consulté a especialistas. Acudí a varios oftalmólogos de renombre. Me hicieron diversos exámenes, pero parece que por ahora no hay ningún remedio. Mis retinas han sufrido algún daño. Desconozco la causa. El deterioro avanza despacio. Si sigo así, quizá pierda la vista en poco tiempo. En efecto, tienes razón: esto no tiene nada que ver con los músculos. Pero de todas formas empezaré enumerando todos mis problemas físicos de arriba abajo. Después ya pensaremos qué es lo que puedes o no puedes hacer.

Aomame asintió.

—Luego, los músculos se me agarrotan a menudo —dijo el hombre—. No me puedo mover. Me vuelvo literalmente de piedra y puedo estar así durante horas. Cuando se me pasa, no me queda más remedio que tumbarme. No siento dolor. Simplemente, todos los músculos del cuerpo se paralizan. No soy capaz de mover ni un dedo. Lo único que puedo mover a voluntad es, a lo sumo, los globos oculares. Me ocurre una o dos veces al mes.

—¿Hay algún indicio previo que le anuncie que va a suceder?

—Primero sufro calambres. Los músculos empiezan a sufrir convulsiones en varias partes del cuerpo. Así durante diez o veinte minutos. Luego los músculos se mueren por completo, como si alguien apagara un interruptor en algún sitio. Por eso, durante los diez o veinte minutos de aviso, siempre me tumbo en alguna parte. Me escondo y espero a que la parálisis pase, igual que un barco resguardándose de una tempestad en una ensenada. A pesar de la parálisis, tengo los sentidos despiertos. Bueno, más despiertos que de costumbre.

—¿No padece dolores musculares?

—Pierdo toda sensibilidad. Si me pincharan con una aguja, no sentiría nada.

—¿Lo ha consultado con algún médico?

—He recorrido hospitales de prestigio. Me han examinado diversos médicos. Pero al final de lo único que me he enterado es de que padezco una enfermedad singular sin precedentes, que la medicina actual no puede curar. He probado todo lo habido y por haber: medicina china, osteópatas, quiroprácticos, acupuntura y moxibustión, masajes, curas termales…, pero no ha surtido ningún efecto relevante.

Aomame frunció ligeramente el ceño.

—Lo que yo hago es activar las funciones corporales que pertenecen al ámbito de lo cotidiano. Creo que un problema tan grave como ése se halla fuera de mis capacidades.

—Lo sé perfectamente. Sólo estoy probando todas las posibilidades. Que tu método no cause ningún efecto no es responsabilidad tuya. Basta con que me hagas lo que haces por norma general. Quiero ver cómo responde mi cuerpo.

Aomame se imaginó el enorme cuerpo de aquel hombre tumbado en un lugar oscuro, sin moverse, como un animal en plena hibernación.

—¿Cuándo fue la última vez que sufrió los síntomas de parálisis?

—Hace unos diez días —respondió el hombre—. Por otro lado, aunque no sé cómo decírtelo, hay algo de lo que creo que debería informarte.

—No tenga ningún reparo.

—Mientras permanezco en ese estado de aparente muerte muscular, tengo una erección continua.

Aomame frunció aún más el ceño.

—En definitiva, ¿me quiere decir que su sexo permanece erecto durante horas?

—Eso mismo.

—Pero no siente nada.

—No —dijo el hombre—. Ni deseo sexual. Simplemente me empalmo. Me pongo yerto como una piedra. Igual que el resto de los músculos.

Aomame sacudió ligeramente la cabeza e intentó devolverle a su cara la expresión que solía tener.

—Respecto a eso, tampoco creo que pueda hacer nada. Se trata de algo bastante alejado de mi área de especialidad.

—Aunque es algo de lo que me cuesta hablar y que quizá no quieras oír, ¿puedo seguir contándote un poco más?

—Claro, adelante. Guardaré el secreto.

—En esos instantes me uno a mujeres.

—*¿Mujeres?*

—A mi alrededor hay algunas mujeres. Cuando entro en ese estado de parálisis, ellas se montan sobre mí, una tras otra, y copulan conmigo. Yo no siento nada. Ni siquiera placer sexual. Y sin embargo eyaculo. Llego a eyacular varias veces.

Aomame guardó silencio.

—Son tres mujeres en total. Todas adolescentes. Seguramente te preguntarás por qué hay chicas tan jóvenes a mi alrededor y por qué tienen que copular conmigo…

—¿No formará… parte de algún acto religioso?

El hombre respiró hondo una vez, todavía sentado sobre la cama con las piernas cruzadas.

—Se considera que ese estado de parálisis es una gracia venida del Cielo, una especie de situación sagrada. Por eso, cuando ocurre, ellas vienen y se unen a mí. E intentan concebir un hijo. Mi sucesor.

Aomame se quedó mirando al hombre a la cara sin decir nada. Él también se calló.

—Es decir, ¿que el objetivo de ellas es quedarse embarazadas? Concebir a su

hijo aprovechando esa circunstancia —dijo Aomame.

—Efectivamente.

Sería imposible que Aomame no se hubiera percatado de que se encontraba en una situación terriblemente complicada. Dentro de poco iba a liquidar a aquel hombre. *Enviarlo al otro barrio*. Y sin embargo él le estaba confesando el extraño secreto que entrañaba su cuerpo.

—No sé qué decirle, pero ¿cuál es el problema en particular? Una o dos veces al mes sus músculos se paralizan. Entonces sus tres jóvenes novias acuden y copulan con usted. No se trata de nada *fuera de lo normal*, atendiendo al sentido común, pero…

—No son mis novias. —El hombre la interrumpió—. Ellas están a mi alrededor y desempeñan la función de sacerdotisas. Uno de sus deberes es unirse a mí.

—¿Deberes?

—Es una misión establecida. Tratar de concebir al sucesor.

—¿Quién lo ha establecido? —preguntó Aomame.

—Es una historia muy larga —dijo el hombre—. El problema es que, a raíz de ello, mi cuerpo avanza de forma irremediable hacia su destrucción.

—¿Y ellas han logrado quedarse encinta?

—No, ninguna se ha quedado encinta. Tal vez sea imposible, ya que no tienen la regla. Con todo, ellas buscan el milagro mediante la gracia divina.

—Ninguna se ha quedado embarazada todavía. No tienen la regla —dijo Aomame—. Y su cuerpo avanza hacia su destrucción.

—La duración de la parálisis se alarga poco a poco. También aumenta la frecuencia. La parálisis empezó hace unos siete años, pero al principio sólo ocurría una vez cada dos o tres meses. Ahora me pasa una o dos veces por mes. Cuando la parálisis se termina, un dolor intenso atormenta mi cuerpo y me siento exhausto. Tengo que soportarlo durante aproximadamente una semana. Son unos dolores como si me clavaran gruesas agujas por todo el cuerpo, padezco fuertes jaquecas, y me embarga un sentimiento de lasitud. Me cuesta dormir. Ningún medicamento logra aliviar esos dolores. —El hombre soltó un suspiro y prosiguió—. A la segunda semana me encuentro mucho mejor en comparación con la primera, pero así y todo el dolor no desaparece. Durante el día me azotan unos fuertes dolores, como si fueran olas. Me cuesta respirar. Los órganos internos no funcionan correctamente. Todas las articulaciones chirrían, como una máquina que ha perdido lubrificante. Me devoran la carne y me chupan la

sangre. Lo siento vivamente. Pero lo que me devora no es un cáncer ni un parásito. He pasado por toda clase de análisis minuciosos y no me han encontrado ningún problema. Me han dicho que mi cuerpo está sano. Lo que me atormenta de este modo es algo que la medicina no puede explicar. Es el precio a pagar por la gracia divina.

«En efecto, este hombre parece estar derrumbándose», pensó Aomame. No se detectaba en él ni un ápice de demacración. Parecía que había fortalecido todo su cuerpo y que lo había ejercitado para soportar dolores intensos. Sin embargo, Aomame sentía que aquel cuerpo caminaba hacia su destrucción. «Este hombre está enfermo. No sé de qué enfermedad se puede tratar, pero aunque yo no lo liquidara ahora mismo, su cuerpo se destruiría lentamente, entre intensos dolores lacerantes, para poco después encontrar una muerte segura».

—No puedo detener su avance —dijo el hombre, como si le leyera el pensamiento—. Me devorarán entero, ahuecarán mi cuerpo y sufriré una muerte dolorosa. Ellos abandonan el vehículo sin más cuando éste se ha vuelto inservible.

—*¿Ellos?* —dijo Aomame—. ¿A quiénes se refiere?

—A los que devoran mi cuerpo de este modo —respondió el hombre—. Pero da igual; ahora mismo lo que quiero es que me ayuden a mitigar en lo posible el dolor real que siento. Lo necesito, aunque no se trate de una solución drástica. Este dolor es insoportable. A veces… En ciertas circunstancias el dolor se intensifica de una manera espantosa. Como si estuviera directamente unido al centro de la Tierra. Es una clase de dolor que sólo yo conozco. Me ha arrebatado muchas cosas, pero al mismo tiempo me ha proporcionado otras muchas a cambio. Lo que ese dolor profundo y singular me proporciona es una gracia profunda y singular. Pero eso no mitiga el dolor, por supuesto. Ni evita la destrucción.

A continuación se hizo un profundo silencio durante un buen rato.

Aomame se dirigió al hombre:

—Le repito que no creo que pueda hacer nada, técnicamente hablando, respecto a su problema. Sobre todo tratándose del precio que tiene usted que pagar por una gracia divina.

El líder corrigió su postura y miró a Aomame con aquellos ojillos semejantes a glaciares situados en el fondo de las cuencas. Luego abrió sus largos y finos labios.

—Sí, hay algo que puedes hacer. Algo que *nadie más* que tú puede hacer.

—Me alegro de que así sea, pero…

—Lo sé —dijo el hombre—. Yo sé muchas cosas. Si te parece bien, empecemos. Tú haz lo que siempre haces.

—De acuerdo —dijo Aomame. Su voz sonó tensa y hueca. «Lo que siempre hago», pensó.

10
TENGO

La propuesta ha sido rechazada

Antes de las seis, Tengo se despidió de su padre. Mientras esperaban a que llegara el taxi, los dos permanecieron callados, sentados frente a la ventana. Tengo estaba absorto en sus lenes pensamientos; el padre miraba fijamente el paisaje por la ventana, con cara seria. El sol ya había empezado a declinar y el azul claro del cielo iba dando paso poco a poco a un azul más profundo.

Tenía muchas otras preguntas, pero por mucho que las formulara no obtendría respuesta. Lo sabía con sólo mirar los labios sellados de su padre. Parecía determinado a no volver a abrir la boca. Por eso ya no le preguntó nada más. «Si no lo entiendes sin que te lo explique, quiere decir que no lo entenderás por más que te lo explique», había dicho su padre.

La hora de irse había llegado y Tengo se dirigió a su padre:

—Hoy me ha contado muchas cosas. Aunque haya utilizado expresiones enrevesadas y difíciles de entender, creo que se ha sincerado a su manera —dijo y miró a su padre a la cara. Pero su expresión no había cambiado en absoluto—. Aún tenía unas cuantas preguntas para hacerle, pero sé que le harían sufrir, así que no me queda más remedio que adivinar el resto a partir de lo que me ha contado. Probablemente usted y yo no compartamos la misma sangre. Eso supongo. Desconozco los detalles, pero en general no puedo evitar pensarlo. Si estuviera equivocado, ¿me lo diría?

El padre no contestó.

—Si fuese verdad, me sentiría aliviado. Pero no porque lo odie a usted, ya que, como le he dicho antes, no tendría la necesidad de odiarlo. Usted me habría criado como a un hijo a pesar de no tener ningún vínculo sanguíneo conmigo. Debería estarle agradecido por ello. Desgraciadamente, nuestra relación como padre e hijo no ha sido muy buena, pero ése es un asunto diferente.

El padre seguía admirando el paisaje sin decir nada. Como un centinela tratando de no perder de vista las señales de humo de los bárbaros en una colina a lo lejos. Tengo probó a mirar hacia donde desembocaba la vista de su padre, pero no vio señales de humo, ni nada que se le semejara. Allí sólo estaba el pinar, teñido por el presentimiento del crepúsculo.

—Sintiéndolo mucho, no hay prácticamente nada que pueda hacer por usted. Tan sólo desear que el proceso que va a ir creando ese vacío en su interior no sea demasiado doloroso. Usted ya ha sufrido bastante en esta vida. Seguro que usted amó profundamente a mi madre. Tengo esa impresión. Pero ella se marchó. No sé si su compañero era mi padre biológico u otro hombre distinto. Parece que usted no tiene intención de darme ninguna información al respecto. En cualquier caso, ella se alejó de usted. Y me abandonó a mí, siendo niño. Criándome quizás abrigaba la esperanza de que, al estar conmigo, algún día ella regresaría junto a usted. Pero al final no regresó. Ni junto a usted, ni junto a mí. Está claro que para usted fue doloroso. Debió de ser como seguir viviendo en una ciudad vacía. Con todo, usted me crió en esa ciudad. Para llenar el vacío.

La expresión del padre no varió. Tengo ignoraba si comprendía lo que decía o si estaba escuchando siquiera.

—Tal vez me equivoque en mis conjeturas. Y quizá sea mejor que esté equivocado. Para los dos. Sin embargo, pensar de esa manera hace que muchas cosas encajen en mi cabeza. Disuelve unas cuantas preguntas.

Una bandada de cuervos atravesó el cielo graznando. Tengo miró su reloj de pulsera. Ya era hora de irse. Se levantó de la silla, fue junto al padre y puso la mano sobre su hombro.

—Adiós, papá. Volveré pronto.

Agarró el picaporte de la puerta y, cuando se volvió por última vez, a Tengo le sorprendió ver que una lágrima se había derramado de los ojos del padre. La luz de la lámpara halógena del techo incidía sobre ella, que brillaba con un color plateado opaco. Seguramente había exprimido los pocos sentimientos que le quedaban para derramar aquella lágrima. Resbaló despacio a lo largo de la mejilla y al final cayó sobre su rodilla. Tengo abrió la puerta y salió sin más de la habitación. Se subió al taxi, fue hasta la estación y cogió el primer tren.

El tren rápido que partía de Tateyama hacia Tokio iba más lleno y había más bullicio que en el de ida. La mayoría de los pasajeros eran familias que volvían de la playa. Al verlos, Tengo se acordó de su infancia. Él nunca había hecho

excursiones o viajes en familia. Durante las vacaciones del O-bon[19] y de Año Nuevo su padre nunca hacía nada; simplemente se acostaba en casa y dormía. En aquellas ocasiones, su padre parecía un aparato que había sido desenchufado.

Cuando se sentó y se dispuso a seguir leyendo el libro, se dio cuenta de que se lo había dejado en la habitación del padre. Primero soltó un suspiro, pero luego lo reconsideró y pensó que quizá fuera mejor así. No tenía la cabeza para andar leyendo. Además, «El pueblo de los gatos» era un relato que debía estar en la habitación de su padre, en vez de en sus manos.

El paisaje al otro lado de la ventana se iba desplazando en sentido inverso al viaje de ida. El oscuro y solitario litoral, completamente arrimado a las montañas, enseguida dio paso a una zona industrial costera abierta. Muchas fábricas seguían operativas, pese a que ya era de noche. Una arboleda de chimeneas se erigía en medio de las sombras nocturnas y vomitaba fuego rojo como serpientes sacando sus largas lenguas. Los tráileres iluminaban el asfalto con sus potentes faros. Al otro lado, el mar estaba completamente negro, como el lodo.

Llegó a casa poco antes de las diez. El buzón de correos estaba vacío. Al abrir la puerta, la habitación parecía más vacía que nunca. Era el vacío que él había dejado por la mañana, tal cual. La camisa tirada en el suelo, el ordenador apagado, la silla giratoria con la concavidad dejada por el peso de su cuerpo, restos de goma de borrar esparcidos sobre el escritorio. Bebió dos vasos de agua, se desnudó y se metió en la cama. El sueño lo invadió enseguida, y fue un sueño profundo como hacía tiempo que no tenía.

A la mañana siguiente, cuando se despertó pasadas las ocho, Tengo se dio cuenta de que se había convertido en una nueva persona. Tuvo un despertar agradable; los músculos de sus piernas y de sus brazos estaban ágiles, a la espera de un estímulo total. El cansancio corporal había desaparecido. Era el mismo estado de ánimo que había sentido en su infancia cuando abría un nuevo libro de texto al inicio del curso. Aunque todavía no comprendía la materia, con ello obtenía un adelanto de los nuevos conocimientos. Fue al lavabo y se afeitó. Se secó la cara con una toalla, aplicó loción *aftershave* y volvió a mirarse en el espejo. Reconoció que era una persona nueva.

Lo que había pasado el día anterior parecía un sueño de principio a fin. No daba la impresión de ser real. Aunque seguía viéndolo con nitidez, iban apareciendo por los extremos zonas de irrealidad. Había cogido el tren, había ido al pueblo de los gatos y regresado. Afortunadamente, a diferencia del protagonista del relato, había podido subirse al tren de vuelta sin incidencias. Y parecía que los acontecimientos vividos en ese pueblo habían provocado un gran cambio en su persona.

Desde luego, las circunstancias reales en las que se encontraba no habían cambiado ni un ápice. Caminaba a disgusto por unas tierras peligrosas, llenas de problemas y enigmas. La situación estaba tomando un derrotero imprevisto. No se imaginaba qué le iba a ocurrir a continuación. Pero, de todas formas, Tengo sabía con certeza que, de un modo u otro, podría superar los contratiempos.

«Por fin, heme aquí en un punto de partida», pensó Tengo. La verdad definitiva no se había aclarado, pero había logrado vislumbrar algo parecido a la verdad sobre su nacimiento a partir de lo que su padre le había dicho y de su actitud. La «imagen» que lo había atormentado y confundido durante tanto tiempo no era una mera ilusión desprovista de sentido. No sabía con precisión hasta qué punto reflejaba la realidad, pero probablemente fuera la única información que su madre le había dejado y, para bien o para mal, se había transformado en la base de su vida. Habiéndolo esclarecido, Tengo se sentía como si se hubiera quitado un peso de encima. Una vez eliminado, se daba cuenta de todo el peso que había tenido que soportar hasta entonces.

Aquella inusitada calma y tranquilidad se prolongó durante las dos semanas siguientes. Fueron como una larga bonanza. Durante las vacaciones de verano, Tengo daba clases cuatro días a la semana en la academia y el resto del tiempo lo dedicaba a la escritura. Nadie se puso en contacto con él. Tengo carecía de información sobre cómo evolucionaba el caso de la desaparición de Fukaeri o sobre si *La crisálida de aire* seguía vendiéndose todavía. Por otra parte, tampoco quería saber nada de ello. El mundo podía avanzar a su ritmo. Si hubiera algún asunto, ya se encargarían ellos de avisarlo.

Terminó agosto y llegó septiembre. «Estos días de tranquilidad no durarán para siempre», pensó Tengo una mañana para sus adentros mientras se preparaba un café. Si lo expresara en voz alta, quizás algún demonio de oído agudo lo escucharía, así que rezó calladamente para que aquella quietud continuara. Pero,

como siempre, las cosas nunca salen como uno desea. Es más, el mundo parecía conocer a la perfección qué era lo que él *no deseaba*.

Pasadas las diez de la mañana de aquel día, el teléfono se puso a sonar. Tras dejarlo sonar siete veces, Tengo estiró el brazo con resignación y cogió el aparato.

—Puedo ir ahí ahora —dijo alguien en voz baja. Que Tengo supiera, sólo había una persona en el mundo que pudiera formular una pregunta sin entonación interrogativa. De fondo oyó un anuncio por megafonía y el ruido de tubos de escape.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Tengo.

—En la entrada de una tienda que se llama Marusho.

Desde el edificio donde vivía hasta ese supermercado no había ni doscientos metros de distancia. Llamaba desde la cabina pública que había allí.

Tengo miró de forma involuntaria a su alrededor.

—No sé si será buena idea que vengas… Alguien podría estar vigilando mi piso. Y para el resto de la gente, tú estás desaparecida.

—Puede que alguien esté vigilando el piso. —Fukaeri repitió las palabras de Tengo.

—Sí —dijo Tengo—. Últimamente me están ocurriendo cosas extrañas. Supongo que tendrá que ver con el asunto de *La crisálida de aire*.

—Gente enfadada.

—Quizás. A lo mejor están enfadados contigo y, de paso, conmigo, porque he reescrito la obra.

—A mí no me importa —dijo Fukaeri.

—*A ti no te importa*. —Tengo repitió a su vez aquellas palabras. Debía de ser una costumbre contagiosa—. ¿El qué?

—Aunque estén vigilando el piso.

Durante un instante no le salieron las palabras.

—Pero a mí quizá sí me importe —replicó por fin Tengo.

—Es mejor que estemos juntos —dijo Fukaeri—. Que unamos nuestras fuerzas.

—Sonny y Cher —dijo Tengo—. El dúo más fuerte.

—El qué más fuerte.

—Nada. Cosas mías… —dijo Tengo.

—Voy para allá.

Cuando Tengo se disponía a decir algo, la línea se cortó. Todo el mundo le

colgaba el teléfono cuando le venía en gana, en medio de la conversación. Como si derribaran un puente colgante blandiendo un hacha.

Diez minutos después llegó Fukaeri. Traía en ambas manos bolsas de plástico del supermercado. Vestía una camisa azul de manga larga a rayas y unos vaqueros ajustados. La camisa, que era de hombre, se había arrugado al secarse y no estaba planchada. Además, llevaba un bolso bandolera de lona colgado al hombro. También llevaba unas gafas de sol muy grandes para cubrirse la cara, aunque no podía decirse que desempeñaran su función de máscara. Muy al contrario, sólo llamaban la atención.

—Me ha parecido mejor tener comida de sobra —dijo Fukaeri, y metió el contenido de las bolsas en la nevera. Casi todo lo que había comprado eran productos precocinados para calentar en el microondas y comer de inmediato. Aparte de *crackers* y queso. Manzanas y tomates. El resto eran conservas.

—Dónde está el microondas —preguntó mirando por toda la diminuta cocina.

—No hay microondas —contestó Tengo.

Fukaeri frunció el ceño y reflexionó un rato, pero no manifestó su opinión. Parecía incapaz de concebir un mundo sin microondas.

—Me voy a quedar aquí —dijo Fukaeri como si anunciara un hecho objetivo.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Tengo.

Fukaeri sacudió la cabeza. Quería decir que no lo sabía.

—¿Qué le ha pasado a tu escondrijo?

—No quiero estar sola cuando ocurra algo.

—¿Crees que va a ocurrir algo?

Fukaeri no respondió.

—Ya te he dicho que éste no es un lugar seguro —dijo Tengo—. Me da la impresión de que cierta gente me vigila. Aunque todavía no sé de quién se trata.

—No existe ningún lugar seguro —repuso Fukaeri. Entonces entrecerró los ojos de manera significativa y se pellizcó ligeramente los lóbulos de las orejas. Tengo no tenía ni idea de qué quería decir aquel lenguaje corporal. Era probable que no significara nada.

—Entonces da igual dónde estés —afirmó Tengo.

—No existe ningún lugar seguro —repitió Fukaeri.

—Quizá tengas razón —dijo Tengo resignado—. Superado cierto nivel, no existe mucha diferencia entre los distintos grados de riesgo. Pero, de todas formas, voy a tener que ir al trabajo dentro de un rato.

—En la academia.

—Sí.

—Yo me quedo aquí —dijo Fukaeri.

—Te quedas aquí —repitió Tengo—. Mejor. No salgas y no respondas aunque llamen a la puerta. Si suena el teléfono, no lo cojas.

Fukaeri asintió en silencio.

—Por cierto, ¿qué está haciendo el profesor Ebisuno?

—Ayer registraron Vanguardia.

—¿Quieres decir que la policía registró la sede de Vanguardia con relación a tu caso? —preguntó asombrado Tengo.

—No lees la prensa.

—No leo la prensa —repitió Tengo—. Últimamente no me apetece leerla y por eso desconozco la situación. Pero si es así, la organización debe de andar fastidiada.

Fukaeri asintió.

Tengo soltó un hondo suspiro.

—Y seguro que están más enfadados todavía que antes. Como avispas, tras haber golpeado la colmena.

Fukaeri entornó los ojos y se quedó callada un buen rato. Debía de estar imaginándose un enjambre de avispas enfurecidas saliendo de la colmena.

—A lo mejor —dijo Fukaeri en voz baja.

—¿Y se sabe algo de tus padres?

Fukaeri negó con la cabeza. Aún no sabía nada.

—En cualquier caso, los de la comunidad estarán cabreados —dijo Tengo—. Si la policía se entera de que la desaparición es un montaje, seguro que ellos también se van a enfadar contigo. Y, de paso, se enfadarán conmigo, por haberte acogido a sabiendas de lo que ocurre.

—Precisamente por eso tenemos que unir nuestras fuerzas —dijo Fukaeri.

—¿Acabas de decir *precisamente por eso*?

Fukaeri asintió.

—He utilizado mal la expresión —preguntó ella.

Tengo negó con la cabeza.

—No, no es eso… Es que me ha sonado fresco…

—Si te molesto, me voy a otro sitio —dijo Fukaeri.

—Puedes quedarte —cedió Tengo—. Me imagino que no tienes otro sitio adonde ir, ¿no?

Fukaeri asintió con un breve y preciso movimiento de cabeza.

Tengo sacó de la nevera té frío de cebada tostada y echó un trago.

—A un enjambre de avispas cabreadas no le daría la bienvenida, pero creo que me las arreglaré para ocuparme de ti.

Fukaeri se quedó mirándolo a la cara durante un rato. Luego habló.

—Hoy pareces diferente.

—¿En qué sentido?

Fukaeri hizo una mueca. Era incapaz de explicarlo.

—No hace falta que me lo expliques —dijo Tengo. «Si no lo entiendes sin que te lo explique, quiere decir que no lo entenderás por más que te lo explique».

Antes de marcharse, Tengo dio instrucciones a Fukaeri:

—Cuando yo te llame por teléfono, dejaré sonar tres veces y colgaré. Luego volveré a llamarte y entonces tú coge el teléfono. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Fukaeri, y repitió—: dejas sonar tres veces y luego cuelgas. Entonces vuelves a llamar. Cojo el teléfono. —Sonó como si estuviera traduciendo de forma improvisada un epitafio de una antigua lápida.

—Es importante, así que no lo olvides —dijo Tengo.

Fukaeri asintió dos veces.

Tengo dio sus dos clases, volvió a la sala de profesores y se preparó para marcharse. La chica de recepción llegó y le informó de que Ushikawa se había presentado para verlo. Se lo dijo con pena, como una mensajera de buen corazón comunicando una noticia desafortunada. Tengo le dio las gracias con una luminosa sonrisa. No podía culpar a la mensajera.

Ushikawa lo esperaba en la cafetería que había junto al vestíbulo, tomándose un café con leche. El café con leche era una bebida que no le pegaba en absoluto. Además, mezclado entre aquellos estudiantes jóvenes y animados, la singularidad de su apariencia destacaba aún más. Daba la impresión de que la fuerza de la gravedad, los grados de concentración atmosférica y de refracción de la luz fueran diferentes en la zona en la que se encontraba. Desde lejos parecía realmente una noticia desafortunada. La cafetería se llenaba durante el recreo, pero en la mesa para seis personas en la que estaba sentado Ushikawa no

había nadie más. Siguiendo su instinto natural, los estudiantes evitaban a Ushikawa, igual que ciervos huyendo de un lobo.

Tengo pidió un café en la barra y se sentó frente a Ushikawa, que parecía acabar de tomarse en ese instante un bollo de crema. Sobre la mesa había una bolsa de papel enrollada y en la comisura de los labios tenía restos de bollo. El bollo de crema también era un alimento que no le pegaba.

—¡Cuánto tiempo, señor Kawana! —Al ver a Tengo, Ushikawa se levantó ligeramente y lo saludó—. Siento presentarme así de pronto, como siempre.

Tengo obvió los saludos y fue al grano.

—Supongo que vendrá buscando mi respuesta, ¿no? Quiero decir, la respuesta a la proposición del otro día…

—Pues sí —dijo Ushikawa—, en resumidas cuentas sí.

—Señor Ushikawa, ¿podría hablar hoy de forma un poco más abierta y concreta? ¿Qué es lo que quieren ustedes de mí a cambio de esa «subvención»?

Ushikawa miró con cautela a su alrededor, pero no había nadie cerca, y como los estudiantes armaban mucho barullo en la cafetería, no había peligro de que alguien los escuchara a escondidas.

—Bien. Le haré un gran favor y le hablaré francamente —dijo Ushikawa reclinando medio cuerpo sobre la mesa y haciendo un punto de inflexión—. El dinero no es más que un pretexto. Tampoco es una cantidad excesiva, ¿no le parece? Lo más importante que mi cliente le ofrece es su propia seguridad. En resumen, que no vaya a sufrir ningún daño. Eso se lo garantiza.

—¿Y a cambio? —dijo Tengo.

—A cambio le pide silencio y olvido. Usted ha tomado parte en todo este asunto, pero lo ha hecho sin saber cuál es el propósito y las circunstancias. Es usted un simple soldado que cumplió órdenes. En ese sentido no se le puede reprochar nada. Por lo tanto, si olvida todo lo que ha ocurrido, no habrá ningún problema. Haremos borrón y cuenta nueva. La sociedad no sabrá que fue usted quien escribió *La crisálida de aire*. Usted no tiene nada que ver con esa obra y nunca lo tendrá en el futuro. Queremos dejar las cosas así. Y supongo que para usted también es un buen negocio, ¿no le parece?

—Resumiendo: yo no sufriré ningún daño —dijo Tengo—. ¿Pero sufrirán algún daño los otros implicados?

—Eso, bueno, probablemente dependerá de cada caso —dijo Ushikawa, como si le costara hablar de ello—. Al no ser decisión mía, no puedo decirle

nada en concreto, pero supongo que, en mayor o menor grado, se tomará alguna medida.

—Y ustedes tienen unos brazos largos y poderosos.

—Eso es. Como le dije en otra ocasión. Nuestros brazos son *muy* largos y *muy* fuertes. Entonces, ¿cuál es su respuesta?

—Definitivamente, no puedo aceptar su dinero.

Ushikawa se llevó las manos a las gafas, sin decir nada; entonces se las quitó, limpió los cristales cuidadosamente con un pañuelo que se había sacado del bolsillo y luego volvió a ponérselas. Como si entre lo que había escuchado y su agudeza visual existiera algún tipo de relación.

—En definitiva, que rechaza la propuesta, ¿no?

—Exacto.

Ushikawa observó a Tengo desde el fondo de las gafas como si mirara una nube o algo con forma rara.

—¿Y por qué? Desde mi humilde punto de vista opino que no es, para nada, un mal negocio.

—Pase lo que pase, nosotros vamos montados en el mismo barco. No puedo escaparme solo así como así —dijo Tengo.

—¡Qué extraño! —exclamó Ushikawa, ciertamente extrañado—. No lo entiendo. Porque permítame que le diga que al resto de la gente usted le importa un pimiento. En serio. Simplemente se aprovechan de usted a su conveniencia a cambio de una cantidad de dinero ínfima. Y encima se tiene que comer el marrón. «¿Estáis riéndoos de mí? ¿Me tomáis el pelo?». ¿No sería natural enfadarse? Si yo fuera usted, estaría furioso. Sin embargo, usted los defiende. Que no puede escaparse solo o algo por el estilo, dice. No sé qué de un barco… No me lo explico. ¿Por qué?

—Uno de los motivos es una mujer llamada Kyōko Yasuda.

Ushikawa cogió el café frío y tomó un sorbo con cara de asco.

—¿*Kyōko* Yasuda?

—Ustedes saben algo sobre Kyōko Yasuda —dijo Tengo.

Ushikawa permaneció un rato con la boca entreabierta, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—No, francamente, no sé nada de esa mujer. Le juro que es verdad. ¿Quién demonios es?

Tengo se quedó mirándolo a la cara en silencio durante un rato, pero no captó nada.

—Una conocida mía.

—¿No será alguien con quien usted tenía una relación profunda?

Tengo no respondió.

—Lo que quiero saber es qué le han hecho ustedes a ella.

—¿Que qué le hemos hecho? ¿De qué habla? No le hemos hecho nada —respondió Ushikawa—. No le miento. Como acabo de decirle, no sé nada de esa persona. No puedo hacerle nada a alguien que no conozco.

—Pero usted me dijo que habían contratado a un competente investigador para que hiciera pesquisas sobre mí de forma meticulosa. Han averiguado que he corregido la obra escrita por Eriko Fukada. Saben muchas cosas de mi vida privada, por lo tanto me parecería natural que el investigador conociera mi relación con Kyōko Yasuda.

—Sí, es cierto que hemos contratado a un investigador competente. Ha investigado minuciosamente varios aspectos relacionados con usted, de manera que quizás esté al tanto de su relación con esa tal Yasuda, tal y como usted dice. Pero suponiendo que esa información exista, a mí no me ha llegado.

—Yo salía con ella, Kyōko Yasuda —dijo Tengo—. Nos veíamos una vez a la semana. A escondidas, ya que ella tenía familia. Sin embargo, un buen día desapareció repentinamente, sin haberme dicho nada.

Ushikawa utilizó el pañuelo con el que se había limpiado las gafas para enjugarse levemente el sudor en la punta de la nariz.

—Y usted, señor Kawana, ha pensado que nosotros teníamos algo que ver con la desaparición de esa mujer casada. ¿Me equivoco?

—Tal vez le comunicaron a su marido que ella se veía conmigo.

Ushikawa frunció los labios, formando un círculo, con expresión de perplejidad.

—¿Para qué íbamos nosotros a hacer algo así?

Tengo, que tenía ambas manos sobre las rodillas, hizo fuerza con ellas.

—Me preocupa lo que me dijo el otro día por teléfono.

—¿Qué demonios le dije?

—Que al pasar cierta edad, la vida no es más que un proceso de pérdida continuada. Las cosas importantes caen de nuestras manos como los pétalos de

una flor. Las personas que amamos van desapareciendo de nuestro alrededor, una a una. A eso me refiero. ¿No se acuerda?

—Sí, me acuerdo. Es verdad que dije eso el otro día. Pero, señor Kawana, yo simplemente estaba generalizando. Sólo expresé mi humilde opinión sobre lo penoso y amargo que es envejecer. No me refería en concreto a esa tal Yasuda, o como se llame.

—Pues a mí me sonó como una advertencia.

Ushikawa sacudió la cabeza con vigor varias veces.

—¡Qué va! No era una advertencia. Era una mera opinión personal. Le juro que no sé nada de nada sobre la señora Yasuda. ¿Ha desaparecido?

—No he terminado: también me advirtió que si hacía caso omiso de lo que ustedes me decían, podría acarrearle consecuencias poco agradables a la gente que me rodea.

—Sí, es verdad que lo dije.

—¿Y acaso eso no es una advertencia?

Ushikawa se guardó el pañuelo en el bolsillo de la americana y suspiró.

—Ciertamente, suena como una advertencia, pero sólo estaba generalizando. Mire, señor Kawana, yo no sé nada de la señora Yasuda. Ni siquiera me suena ese nombre. Se lo juro por lo más sagrado.

Tengo examinó una vez más su rostro. Quizá fuera cierto que no sabía nada de ella. La expresión de turbación en su cara parecía real. Pero que aquel hombre no supiera nada no quería decir que *ellos* no le hubieran hecho nada. A lo mejor, simplemente no le habían informado.

—Señor Kawana, quizá me meta en donde no me llaman, pero tener una relación con una mujer casada es peligroso. Es usted un hombre soltero, joven y sano. Seguro que tiene a su disposición a cuantas chicas jóvenes quiera sin necesidad de correr ese tipo de riesgos. —Dicho lo cual, Ushikawa lamió habilidosamente las migas de bollo que tenía en los labios.

Tengo se quedó callado, mirando a Ushikawa.

—Desde luego, las relaciones entre hombres y mujeres no se pueden explicar mediante la lógica. La monogamia adolece de numerosas contradicciones. Pero, si me permite que le dé un consejo, si esa mujer se ha ido de su lado, creo que es mejor que lo deje estar. Lo que quiero decirle es que en este mundo hay cosas que es mejor no saberlas. Por ejemplo, lo mismo ocurre con respecto a su madre. Conocer la verdad puede herirlo a uno. Además, una vez que se conoce la verdad, no pueden evitarse las responsabilidades que ello acarrea.

Tengo frunció el ceño y contuvo el aliento durante un rato.

—¿Sabe usted algo de mi madre?

Ushikawa se relamió ligeramente los labios.

—Sí, sé ciertas cosas. El investigador se informó con detalle al respecto, así que si desea saber más, podríamos facilitarle información sobre su madre. Por lo que he podido entender, usted se ha criado sin saber nada de ella. Pero quizás incluya algún dato que no le haga mucha gracia.

—Señor Ushikawa —dijo Tengo. Entonces echó la silla hacia atrás y se levantó—. Haga el favor de marcharse de inmediato. No quiero seguir hablando con usted. Y no vuelva a presentarse delante de mí. Prefiero que me inflijan algún daño antes que negociar con usted. No necesito sus subvenciones, ni sus garantías de seguridad. Lo único que deseo es no volver a verlo nunca más.

Ushikawa no mostró reacción alguna. Quizá le habían dicho cosas mucho peores en otras ocasiones. En el fondo de sus ojos se percibía una tenue luz semejante a una sonrisa.

—Perfecto —dijo Ushikawa—. De todos modos, me alegro de haber oído una respuesta. Ha respondido «no». *La propuesta ha sido rechazada*. Simple y llanamente. Se lo comunicaré a mis superiores, porque yo no soy más que un mandado. Que haya respondido no, no quiere decir que vaya a sufrir algún daño de inmediato. Sólo estoy diciendo que *puede que lo sufra*. A lo mejor todo acaba en nada. ¡Ojalá sea así! No, no miento, se lo digo de corazón. Porque a mí usted me cae bien. Yo a usted no debo de caerle nada bien, pero ¡qué se le va a hacer! Soy un hombre disparatado que le he venido con una historia disparatada. En efecto, incluso mi apariencia es penosa a más no poder. Nunca me ha importado gustarle a los demás. Aunque le desagrade, siento cierta simpatía por usted, señor Kawana. ¡Ojalá no le ocurra nada y triunfe usted en la vida! —Dicho eso, Ushikawa observó los dedos de sus manos. Unos dedos cortos y rechonchos. Los movió varias veces. A continuación se levantó—. Siento haberlo molestado. Por cierto, ésta debería ser la última vez que me vea. Sí, tratare de cumplir su deseo, señor Kawana. Le deseo toda la suerte del mundo. ¡Adiós!

Ushikawa cogió la cartera de piel gastada que había dejado en la silla de al lado y desapareció entre la muchedumbre que se agolpaba en la cafetería. A medida que caminaba, los estudiantes se apartaban de forma espontánea hacia los lados y le abrían paso. Como niños pequeños en una aldea retrocediendo ante un terrible traficante de seres humanos.

Tengo llamó a su piso desde el teléfono público que había en el vestíbulo de la academia. Se disponía a dejarlo sonar tres veces y colgar, pero al segundo tono Fukaeri cogió el aparato.

—Habíamos quedado en que lo dejaría sonar tres veces y después volvería a llamar —dijo Tengo con voz débil.

—Me he olvidado —contestó Fukaeri como si no hubiera pasado nada.

—Te dije que no lo olvidaras.

—Lo volvemos a hacer —preguntó ella.

—No, no hace falta. Ahora ya has descolgado. ¿Ha habido alguna novedad mientras estaba fuera?

—No han llamado, ni ha venido nadie.

—Bien. Ya he terminado el trabajo, así que ahora vuelvo.

—Hace un rato vino un cuervo y se puso a chillar al lado de la ventana —dijo Fukaeri.

—Ese cuervo siempre viene al atardecer. No te preocupes. Es como una especie de visita para socializar. Estaré ahí hacia las siete.

—Es mejor que te apresures.

—¿Por qué? —preguntó Tengo.

—La *lítel pípol* anda agitada.

—La Little People anda agitada. —Tengo repitió sus palabras—. ¿Quieres decir que anda agitada en mi piso?

—No. En otra parte.

—Otra parte.

—Muy lejos.

—Pero puedes oírlos.

—Sí.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Tengo.

—Va a producirse una *anomalía*.

—*Anomalía* —repitió Tengo. Tardó un poco en darse cuenta de lo que significaban esas palabras—. ¿Qué clase de anomalía?

—Eso no lo sé.

—¿Es la Little People la que va a provocar esa anomalía?

Fukaeri negó con la cabeza. Una señal de que estaba negando con la cabeza se transmitió a través del teléfono. Quería decir que no lo sabía.

—Es mejor que vuelvas antes de que se ponga a tronar.

—¿Tronar?

—Si el tren se detiene, estaremos separados.

Tengo se dio la vuelta y miró por la ventana. Era un apacible atardecer de finales de verano sin una nube.

—No tiene pinta de que vaya a tronar.

—Por la apariencia no se sabe.

—Me daré prisa —dijo Tengo.

—Mejor que te des prisa —dio Fukaeri. Luego colgó el aparato.

Tengo salió de la academia, volvió a mirar el cielo despejado del crepúsculo y a continuación se dirigió a paso ligero hacia la estación de Yoyogi. Entretanto, las palabras de Ushikawa se reproducían en su mente como una cinta de casete puesta en modo de repetición automática.

Lo que quiero decirle es que en este mundo hay cosas que es mejor no saberlas. Por ejemplo, lo mismo ocurre con respecto a su madre. Conocer la verdad puede herirlo a uno. Además, una vez que se conoce la verdad, no pueden evitarse las responsabilidades que ello acarrea.

Y en alguna parte la Little People andaba agitada. Parecía que tenían algo que ver con la anomalía que estaba a punto de producirse. De momento, el cielo estaba despejado, pero uno no podía fiarse de las apariencias. Quizás iba a tronar y llover, y el tren se detendría. Tenía que regresar a casa deprisa. La voz de Fukaeri poseía un enigmático poder persuasivo.

«Tenemos que unir nuestras fuerzas», había dicho ella.

«Un largo brazo se está extendiendo. Tenemos que unir nuestras fuerzas. Porque somos el dúo más fuerte sobre la Tierra».

The Beat Goes On.

11
AOMAME

El equilibrio en sí mismo es el bien

Sobre la alfombra que cubría el suelo del dormitorio, Aomame extendió la alfombrilla de esponja azul para yoga que se había traído. Luego le dijo al hombre que se desvistiera de cintura para arriba. Él se levantó de la cama y se quitó la camisa. Sin ella, parecía de constitución más robusta que cuando la llevaba puesta. Tenía el pecho grueso, pero no le colgaba nada de grasa y era musculoso. A primera vista parecía un cuerpo sano.

Tal y como Aomame le ordenó, se acostó boca abajo sobre la alfombrilla. Entonces, Aomame colocó los dedos sobre su muñeca y le tomó el pulso. Sus latidos eran profundos y resonantes.

—¿Practica usted algún tipo de actividad física a diario? —preguntó Aomame.

—Ninguna. Sólo respiro.

—¿Sólo respira?

—Un tipo de respiración un poco diferente a la normal —dijo el hombre.

—Como la que realizaba hace un momento a oscuras, ¿no? Una respiración honda reiterada, valiéndose de todos los músculos del cuerpo.

El hombre, tumbado boca abajo, asintió con un pequeño movimiento de cabeza.

A Aomame no le convenció. Era cierto que se trataba de una respiración intensa que requería bastante fuerza física. Pero, con todo, era imposible mantener un cuerpo tan musculoso y vigoroso con sólo respirar.

—Lo que le voy a hacer ahora le va a doler bastante —dijo Aomame con una voz monótona—. Porque si no le doliera, sería ineficaz. De todas formas, puedo controlar la cantidad de dolor, así que cuando le duela no se reprima y dígalo.

El hombre hizo una breve pausa y luego habló.

—Si existe un dolor que aún no haya sentido, quiero saber cómo es. —Había cierta ironía en sus palabras.

—A nadie le gusta el dolor.

—Pero su método es más eficaz si va acompañado de dolor, ¿no es así? Tratándose de un dolor con sentido, puedo soportarlo.

Aomame puso cara de estar más o menos de acuerdo, en medio de la penumbra.

—Entendido. Por ahora, vamos a probar.

Aomame empezó por los estiramientos de omóplatos, como siempre. Lo primero en lo que reparó al tocar su cuerpo fue la flexibilidad de sus músculos. Músculos sanos, de calidad. Muy diferentes a los músculos cansados y agarrotados de los clientes con los que solía trabajar en el gimnasio. Pero al mismo tiempo sintió intensamente que había algo que obstaculizaba un flujo natural que debería estar allí presente. Como si el curso de un río se hubiera atorado durante un tiempo por culpa de troncos flotantes y basura acumulados.

Aomame le estrujó los hombros apoyándose sobre los codos. Al principio despacio, y luego con fuerza. Sabía que al hombre le estaba doliendo. Y bastante. Cualquier otra persona se habría quejado. Pero él no dijo ni una sola palabra. Su respiración no se alteró. Ni siquiera frunció el ceño. «Es sufrido», pensó Aomame. Decidió probar hasta dónde podía aguantar. Al hacer más fuerza, sin vacilar, las articulaciones de los omóplatos empezaron a crujir con un ruido sordo. Sonaba como un cambio de agujas de las vías del tren. El hombre aguantó la respiración durante un instante, pero enseguida volvió a respirar tranquilamente.

—Sus omóplatos tenían un agarrotamiento espantoso —le explicó Aomame —. Pero ya se ha deshecho. El flujo se ha restablecido.

Introdujo un dedo hasta la segunda articulación en el reverso de los omóplatos. Era un músculo flexible por naturaleza y, una vez eliminado el agarrotamiento, enseguida volvía a adquirir un estado saludable.

—Me siento aliviado —dijo el hombre en voz baja.

—Supongo que le habrá dolido bastante…

—Nada que no haya podido aguantar.

—La verdad es que yo también soy bastante sufrida, pero si me hicieran lo mismo seguro que gemiría.

—En muchos casos, el dolor se puede mitigar y suprimir mediante otro dolor diferente. La sensibilidad es algo completamente relativo.

Aomame agarró el omóplato izquierdo, palpó el músculo con la yema de los dedos y se dio cuenta de que se encontraba en el mismo estado que el omóplato derecho. «Veamos hasta qué punto es relativo».

—Ahora voy a trabajar el izquierdo. Quizá sienta el mismo dolor que con el derecho.

—Lo dejo en tus manos. Por mí no te preocupes.

—Quiere decir que no tengo por qué andarme con miramientos, ¿no?

—Sí, no hace falta.

Aomame reajustó los músculos y las articulaciones en torno al omóplato izquierdo siguiendo los mismos procedimientos. Tal y como le había dicho, no se anduvo con contemplaciones. Cuando Aomame decidía no ser considerada, tomaba la vía más corta sin vacilar. Pero el hombre reaccionó todavía con mayor frialdad que con el omóplato derecho. Sólo dejó escapar un ruido sordo desde el fondo de su garganta y recibió el dolor con toda naturalidad. «Bien, veamos cuánto puede aguantar», pensó Aomame.

Siguiendo el mismo orden a la hora de proceder, distendió todos los músculos del hombre. Llevaba todos los puntos anotados en una lista en su mente. Bastó con seguir por orden el programa de manera automática. Como un vigilante de seguridad competente y sin miedo patrullando un edificio de noche con una linterna en la mano.

Todos los músculos estaban *agarrotados*, en mayor o menor grado. Igual que un paisaje sacudido por una catástrofe natural. Muchos canales de agua se habían estancado y los diques se habían derrumbado. Si a una persona normal y corriente le hubieran hecho lo mismo, seguramente no habría podido tenerse en pie. Quizá ni habría sido capaz de respirar. Un físico recio y una gran fuerza de voluntad sostenían a aquel hombre. Con independencia de los actos mezquinos que aquel hombre hubiera realizado, Aomame no pudo dejar de sentir respeto profesional frente a la capacidad de soportar en silencio un dolor tan intenso.

Uno por uno, estrujó aquellos músculos, los movió a la fuerza, los torció y estiró hasta el límite. Cada vez, las articulaciones producían un ruido sordo. Era consciente de que aquella tarea se parecía a la tortura. En el pasado se había encargado de realizar estiramientos musculares a muchos atletas. Eran gente fuerte acostumbrada a vivir con el dolor físico. Pero por muy resistentes que fueran aquellos hombres, en manos de Aomame todos acababan chillando en un momento u otro. O por lo menos no podían evitar soltar algo parecido a un chillido. Incluso había alguno que se meaba. Sin embargo, a aquel hombre no se

le escapaba ni un solo gemido. ¡Era impresionante! A pesar de ello, podía medirse el dolor que sentía a través del sudor que rezumaba de su nuca. Ella misma empezaba a sudar ligeramente.

Distender los músculos del dorso del cuerpo le llevó una media hora. Al terminar, Aomame suspiró y se enjugó con una toalla el sudor de la frente.

«¡Qué raro!», pensó Aomame. «He venido para cargarme a este hombre. En la bolsa llevo un picahielos extrafino de fabricación casera. Atinando con la punta de la aguja en cierto lugar de su nuca y punzándolo con un golpe, todo se terminará. Él perderá la vida de inmediato, sin saber qué ha ocurrido, y se irá al otro mundo. Y como resultado, su cuerpo quedará liberado de todo dolor. Sin embargo, me estoy empleando a fondo para mitigar al menos un poco el dolor que siente en el mundo real.

»Quizá sea porque es el *trabajo que me han encomendado*», pensó. «Cuando tengo trabajo por hacer, no puedo evitar emplearme a fondo hasta completarlo. Yo soy así. Si me encargan devolver a su estado normal unos músculos con problemas, me esfuerzo y lo hago. Si tengo que asesinar a una persona, y si hay un buen motivo para ello, me esfuerzo y lo hago.

»Pero, por supuesto, no puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo. Los objetivos de ambos trabajos son incompatibles y ambos requieren métodos inconciliables. Por lo tanto, sólo puedo hacer *uno de ellos* a un tiempo. Ahora trato de devolver sus músculos a un estado más decente. Me concentro en la tarea y para ello movilizo mis fuerzas. Lo otro lo dejaré para cuando termine con esto».

Al mismo tiempo, Aomame no podía reprimir su curiosidad. El *insólito* achaque que aquel hombre padecía; los músculos sanos, de calidad superior, violentamente inhibidos como consecuencia de la enfermedad; su cuerpo robusto, de voluntad férrea, que podía soportar el tremendo dolor al que llamaba «gracia»… Todas esas cosas habían despertado su curiosidad. Quería ver con sus propios ojos qué podía hacer por aquel hombre y cómo reaccionaría su cuerpo. Se trataba de curiosidad profesional y, al mismo tiempo, curiosidad personal. «Además, si lo asesino ahora mismo, tendré que retirarme enseguida. Un trabajo terminado demasiado pronto podría levantar sospechas entre esos dos que están en la sala contigua. Antes los avisé de que tardaría una hora como mínimo en acabar».

—He terminado la mitad. Ahora voy a trabajar el resto. ¿Podría colocarse boca arriba? —dijo Aomame.

El hombre se dio la vuelta lentamente, como un enorme animal acuático varado en la costa.

—El dolor se está mitigando de verdad —dijo el hombre tras soltar un hondo suspiro—. Hasta ahora, ningún otro tratamiento había surtido efecto.

—Sus músculos *están dañados* —dijo Aomame—. Desconozco el motivo, pero se trata de un daño bastante grave. Intento devolver las partes dañadas a algo que se parezca lo máximo posible a su estado original. No es fácil y duele. Pero por lo menos algo se puede conseguir. Tiene unos músculos excelentes y usted soporta bien el dolor. Aun así, esto no es más que un tratamiento sintomático. No va a solucionar nada de raíz. Mientras no se identifique la causa, seguirá pasándole lo mismo.

—Lo sé. No va a resolver nada. Va a seguir pasando lo mismo y cada vez la situación irá empeorando. Pero aunque sea un tratamiento sintomático temporal, es de agradecer que alivie un poco el dolor. No te puedes imaginar cuánto lo agradezco. Hasta pensé en utilizar morfina. Pero, a ser posible, prefiero no tomar medicamentos. Su ingesta destruye facultades mentales a largo plazo.

—Voy a continuar —dijo Aomame—. ¿No le importa que siga haciéndolo sin miramientos?

—No hace falta ni que me lo preguntes —contestó el hombre.

Aomame vació su mente y se concentró en cuerpo y alma en los músculos del hombre. En su memoria profesional tenía grabada la estructura de todos los músculos del cuerpo humano. Las funciones que desempeñaba cada músculo y a qué huesos estaban unidos. Qué cualidades poseían y de qué sensibilidad estaban dotados. Aomame examinó por orden los músculos y articulaciones, los agitó y los estrujó de manera eficaz. Como un diligente inquisidor poniendo a prueba todos los focos de dolor en un cuerpo humano.

Media hora después, ambos sudaban y jadeaban. Como dos amantes tras llevar a cabo un acto sexual de una intensidad portentosa. El hombre permaneció callado durante un buen rato y Aomame tampoco tenía nada que decir.

—No quiero exagerar —dijo por fin el hombre—, pero me siento como si me hubieran cambiado todas las piezas del cuerpo.

—Puede que esta noche tenga una especie de réplica de los dolores. A lo mejor, de noche, los músculos se le crispan violentamente y grita. Pero no se preocupe. Mañana por la mañana volverá a la normalidad.

«Si es que hay mañana por la mañana…», pensó Aomame.

El hombre se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombrilla y respiró hondo varias veces para probar el estado de su cuerpo.

—Parece que tienes un talento especial —dijo.

Aomame le respondió, secándose el sudor de la cara con la toalla:

—Lo que hago sólo son cosas prácticas. En la universidad aprendí la constitución de los músculos y sus funciones y, con la práctica, he alimentado esos conocimientos. He depurado mi técnica y he conseguido crear mi propio sistema. Simplemente hago cosas lógicas y visibles. La verdad es, por lo general, algo visible, algo demostrable. Aunque, desde luego, conlleva bastante dolor.

El hombre abrió los ojos y la miró interesado.

—Eso es lo que tú piensas.

—¿El qué? —dijo Aomame.

—Que la verdad es algo visible y demostrable.

Aomame frunció levemente los labios.

—No estoy diciendo que toda verdad sea así. Me refiero a que *en el ámbito al que yo me dedico profesionalmente* es así. Claro que si en todos los ámbitos fuese igual, las cosas serían mucho más sencillas…

—No es así —dijo el hombre.

—¿Por qué?

—La mayoría de la gente no busca una verdad demostrable. Como bien dices, la verdad, en la mayor parte de los casos, conlleva un fuerte dolor. Y la mayoría de los seres humanos no desea una verdad dolorosa. Lo que la gente necesita es una historia hermosa y amena que les haga sentir que su existencia es, al menos, un poco relevante. Precisamente por eso existe la religión. —El hombre siguió hablando, mientras giraba el cuello una y otra vez—. Si una teoría A les muestra que su existencia tiene un significado, para ellos va a ser verdadera; si la teoría B les muestra que su existencia es débil e insignificante, será falsa. Está muy claro. En caso de que alguien opinara que la teoría B es la verdadera, la gente detestaría a esa persona, no le haría caso e incluso podrían llegar a agredirla. Para ellos, que sea lógica y demostrable no significa nada. La mayoría de la gente logra conservar la cordura gracias a que niega y rechaza la idea de una existencia débil y raquítica.

—Sin embargo, los cuerpos humanos, todos los cuerpos, son, con pequeñas diferencias, débiles e insignificantes. ¿Acaso no es evidente? —dijo Aomame.

—Efectivamente —dijo el hombre—. Todos los cuerpos son en mayor o

menor medida débiles e insignificantes y, tarde o temprano, se desintegran y desaparecen. Ésa es una verdad inconfundible. Pero ¿y qué ocurre con el alma?

—Procuro pensar lo menos posible en el alma.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ninguna necesidad de hacerlo.

—¿Por qué no necesitas pensar en ella? Dejando de lado la cuestión de si tiene alguna eficacia o no, ¿acaso pensar en tu propia alma no es una tarea indispensable en la vida diaria?

—Yo amo —afirmó Aomame categóricamente.

«¡Vaya! ¿Pero qué narices estoy haciendo?», pensó Aomame. «¡Estoy hablándole de amor al hombre que voy a asesinar en unos instantes!».

Una especie de sonrisa se expandió en el rostro del hombre, como el viento dibujando ondas concéntricas en la calma superficie del agua. Mostraba un sentimiento natural semejante a la simpatía.

—¿Quieres decir que basta con amar? —preguntó el hombre.

—Eso es.

—Ese amor del que hablas ¿va dirigido a alguien, un individuo en particular?

—Sí —contestó Aomame—. Va dirigido a un hombre determinado.

—Un cuerpo débil e insignificante y un amor incondicional e inmaculado… —dijo él con voz serena. Entonces hizo una breve pausa—. Parece que no necesitas religión.

—Quizá no.

—Pues eso se debe a que esa forma tuya de ser es, como si dijéramos, tu religión.

—Hace un rato usted me ha dicho que la religión es algo que nos ofrece una hipótesis más hermosa que la realidad. ¿Qué pasa con la comunidad religiosa que usted lidera?

—A decir verdad, lo que yo hago no lo considero un acto religioso —dijo el hombre—. Lo que yo hago consiste simplemente en escuchar unas voces y transmitírselas a la gente. Sólo yo puedo oírlas. Que las puedo oír es una verdad indiscutible. Pero no puedo probar que el mensaje sea *verdadero*. Lo único que puedo hacer es demostrar que poseo algunas gracias divinas.

Aomame se mordió ligeramente el labio y retiró la toalla. Quería preguntarle qué clase de gracias divinas eran ésas, pero abandonó la idea. Sería una historia muy larga. Le quedaba pendiente un trabajo fundamental.

—¿Podría ponerse otra vez boca abajo? Para terminar voy a distender los

músculos del cuello —dijo Aomame.

El hombre estiró de nuevo su enorme cuerpo sobre la alfombrilla de yoga. Su gruesa nuca miraba hacia Aomame.

—En cualquier caso, tienes un toque mágico —dijo él.

—¿Un toque mágico?

—Unos dedos que emanan una energía fuera de lo común. Una gran sensibilidad que te permite encontrar los puntos especiales del cuerpo humano. Eso sólo se le concede a un número muy limitado de personas, con cualidades especiales. No se trata de algo que se adquiera mediante aprendizaje y entrenamiento. Yo también poseo algo, de una clase diferente, pero cuyo origen es el mismo. Sin embargo, como con todas las gracias divinas, para que así sea la persona tiene que pagar en algún momento el precio del don que ha recibido.

—Nunca lo había visto de ese modo —dijo Aomame—. Yo sólo he estudiado, me he formado a mí misma y he adquirido la técnica. No es algo que haya recibido de nadie.

—No voy a entrar en discusiones, pero deberías recordar esto: Dios otorga y Dios despoja. Aunque desconozcas lo que se te ha otorgado, Dios se acuerda perfectamente de lo que ha concedido. Ellos no olvidan nada. Hay que utilizar el talento otorgado de la mejor manera posible.

Aomame contempló los diez dedos de sus manos. A continuación los colocó sobre la nuca del hombre. Se concentró en las yemas. *Dios otorga y Dios despoja*.

—Ya falta poco. Éste es el último toque de hoy —comunicó con voz seca hacia la espalda del hombre.

Le dio la impresión de que a lo lejos se había oído un trueno. Alzó la cabeza y miró por la ventana. No vio nada. El cielo estaba despejado. Pero al poco rato volvió a oír el mismo ruido. Que resonó dentro de la habitación silenciosa.

—Pronto va a empezar a llover —anunció el hombre con voz desapasionada.

Aomame colocó las manos sobre la gruesa nuca del hombre y buscó el punto especial. Requería una capacidad de concentración particular. Cerró los ojos, contuvo el aliento y prestó atención al flujo sanguíneo allí presente. Sus yemas intentaban captar información detallada a través de los datos transmitidos sobre la elasticidad y la temperatura de la piel. Sólo había un punto, y muy pequeño. A algunas personas resultaba fácil encontrárselo y a otras difícil. Este último era el caso evidente de aquel hombre a quien llamaban líder. Por poner un ejemplo, aquella operación era como buscar a tientas una moneda en una habitación a

oscuras sin hacer ruido. Con todo, Aomame encontró el punto al cabo de poco tiempo. Colocó la yema del dedo sobre él y grabó en su mente el tacto que tenía y su posición exacta. Como si marcase un mapa. Estaba dotada de esa habilidad excepcional.

—Por favor, quédese así, sin moverse. —Aomame se dirigió al hombre boca abajo. Luego alcanzó la bolsa de deporte que tenía al lado y sacó el estuche rígido que contenía el pequeño picahielos—. Sólo queda una zona en la nuca donde el flujo está obstruido —dijo Aomame con voz serena—. Es un punto que no puedo recomponer sólo con la fuerza de los dedos. Si consigo eliminar el agarrotamiento en esa zona, aliviaré considerablemente el dolor. Quiero aplicarle una simple aguja de acupuntura. Es una zona delicada, pero lo he hecho muchas veces y todo saldrá bien. ¿Me permite?

El hombre exhaló un hondo suspiro.

—Lo dejo completamente en tus manos. Si va a eliminar los dolores que siento, puedo aguantar lo que haga falta.

Aomame sacó el picahielos del estuche y quitó el pequeño corcho clavado en el extremo. Como de costumbre, la punta estaba mortalmente afilada. Lo agarró con la mano izquierda y con el índice de la mano derecha buscó el punto que había encontrado hacía un rato. «No cabe duda. Es este punto». Dirigió el extremo de la aguja hacia el punto y aspiró una bocanada de aire. «Sólo tengo que bajar la mano derecha, asiendo la empuñadura, como si fuera un martillo, y hacer que la punta extremadamente fina penetre en ese punto. Entonces todo habrá terminado».

Sin embargo, algo la detuvo. Por alguna extraña razón, Aomame era incapaz de bajar el puño derecho, que mantenía suspendido en el aire. «Entonces todo habrá terminado», pensó. «De un golpe enviaré a este hombre al otro barrio. Luego saldré de la habitación tan fresca, me cambiaré de nombre y de rostro y obtendré una identidad diferente. Puedo conseguirlo. No tengo miedo y no me remuerde la conciencia. Este hombre ha cometido actos espantosos reiteradamente y merece morir, sin lugar a dudas». Pero por algún motivo era incapaz de llevar a cabo su cometido. Lo que hacía vacilar su mano derecha era un inconexo pero al mismo tiempo persistente sentimiento de duda.

«*Las cosas están saliendo bien con demasiada facilidad*», le comunicó su instinto.

Era absurdo. Eso era lo único que sabía. Había algo extraño, algo anormal. Aomame sentía dentro de sí varias fuerzas distintas que entrechocaban y se

enfrentaban. El rostro se le deformaba violentamente en medio de la oscuridad.

—¿Qué pasa? —inquirió el hombre—. Estoy esperando ese último toque.

Al escuchar aquello, Aomame por fin se dio de cuenta del motivo por el que dudaba. *«Este hombre lo sabe*; sabe lo que estoy a punto de hacerle».

—No tienes por qué dudar —dijo el hombre con voz serena—. Está bien. Lo que deseas es justo lo que yo deseo.

Seguía tronando, pero no se veían relámpagos. Tan sólo se oía un lejano estruendo similar a un cañonazo. El frente todavía se encontraba lejos. El hombre prosiguió:

—Ése es, precisamente, el *tratamiento* perfecto. Me has estirado los músculos con mucho esmero. Siento un profundo respeto por tus manos. Pero, como tú misma has dicho, no es más que un tratamiento sintomático. El dolor que siento ya se ha convertido en algo que sólo se puede eliminar cortando mi vida de raíz. No queda otro remedio que bajar al sótano y apagar el interruptor general. Tú lo vas a hacer por mí.

Aomame agarró la aguja con la mano izquierda, dirigió el extremo hacia el punto especial en la nuca y mantuvo la posición de la mano derecha suspendida en el aire. No podía avanzar ni retroceder.

—Si quisiera detenerte, me resultaría fácil hacerlo. Es sencillo —dijo el hombre—. Prueba a bajar la mano derecha.

Aomame hizo tal y como le había dicho e intentó bajar la mano derecha, pero ésta no se movió ni un ápice. Se había congelado en el aire, como la mano de una estatua de piedra.

—No es algo que yo deseara, pero estoy dotado de ese poder. ¡Ah!, ya puedes mover la mano. Vuelves a tener mi vida a tu merced.

Aomame se dio cuenta de que la mano derecha podía moverse libremente otra vez. Cerró la mano y volvió a abrirla. «No siento ningún malestar. Será una especie de hipnotismo, pero muy potente».

—Se me ha concedido ese poder único, pero a cambio ellos me exigen diversas cosas. Sus caprichos se han convertido, en otras palabras, en mis caprichos. Caprichos extremadamente severos a los que no puedo oponerme.

—*Ellos* —dijo Aomame—. ¿Se refiere a la Little People?

—Así que *lo* sabes. Bien. Así ganaremos tiempo.

—Sólo sé cómo se llaman. No sé qué es la Little People.

—Probablemente no haya nadie que sepa a ciencia cierta qué es la Little People —dijo el hombre—. Lo único que podemos saber es que existen. ¿Has

leído *La rama dorada* de Frazer?

—No.

—Es un libro muy interesante que nos enseña unas cuantas verdades. En cierto periodo histórico de la Antigüedad, en varios territorios del mundo se había establecido que, cuando un monarca terminaba su mandato, debía ser asesinado. Los mandatos duraban entre diez y doce años. Finalizado el mandato, la gente iba y le infligía una muerte cruel. Era necesario para la comunidad, y el monarca lo aceptaba de buen grado. La manera de matarlo tenía que ser despiadada y sangrienta. Además, ser asesinado de tal modo era un gran honor sólo digno de un rey. ¿Por qué se debía asesinar al monarca? Pues porque, por aquel entonces, el monarca era «el que escuchaba la voz» en nombre del pueblo. Por propia voluntad se convertía en el circuito que los unía a *ellos* con *nosotros*. Y pasado un periodo de tiempo determinado, el acto de matar de manera violenta a «el que escucha la voz» se revelaba como algo indispensable para la comunidad. Era necesario para preservar el equilibrio entre la conciencia de la gente que vivía en el mundo y el poder ejercido por la Little People. En la Antigüedad, gobernar era sinónimo de escuchar la voz de Dios. Pero, claro, poco después ese sistema fue abolido, se dejó de asesinar al monarca y el trono se convirtió en algo mundano y hereditario. Así fue como las personas dejaron de escuchar la voz.

Aomame prestaba atención a las palabras del hombre, mientras abría y cerraba de forma inconsciente la mano derecha, que tenía alzada en el aire. El hombre prosiguió.

—A *ellos* se les ha llamado por diversos nombres y, en la mayoría de los casos, no se les ha llamado nada. *Ellos simplemente están ahí*. La denominación Litte People sólo se les ha puesto por conveniencia. Cuando todavía era pequeña, mi hija les llamaba «la gente pequeñita». Fue ella quien los trajo. Yo les cambié ese nombre por el de «Little People», porque resulta más fácil de decir.

—Y se convirtió en el monarca.

El hombre aspiró fuerte por la nariz y contuvo el aire en los pulmones durante un rato. Luego lo expulsó lentamente.

—El monarca, no. Me convertí en «el que escucha la voz».

—Y ahora desea que le asesinen de forma cruel.

—No, no hace falta una muerte cruel. Estamos en 1984, en plena metrópolis. No tiene por qué ser sangrienta. Basta con que se me arrebate la vida.

Aomame sacudió el cuello y relajó los músculos. El extremo de la aguja

todavía apuntaba hacia el cuello, pero carecía de la voluntad de matar a aquel hombre.

—Ha violado a muchas niñas pequeñas. Niñas de tan sólo diez años… —dijo Aomame.

—En efecto —reconoció el hombre—. En sentido lato, es comprensible que lo veas de ese modo. Visto a través de la óptica de la Ley terrenal, soy un criminal. Me he unido carnalmente a mujeres todavía no maduras. Aunque eso no quiere decir que yo lo haya deseado…

Aomame se limitaba a respirar con fuerza. No sabía cómo contener el intenso caos emocional que la embargaba. Su rostro se retorció, y ambas manos parecían pedirle cosas diferentes.

—Quiero que me arrebates la vida —afirmó el hombre—. Es mejor que no siga existiendo en este mundo, en todos los sentidos. Soy una persona que debe ser liquidada para que el equilibrio del mundo se mantenga.

—Si le mato, ¿qué ocurrirá luego?

—La Little People perderá a quien escucha la voz. Todavía no tengo sucesor.

—¿Por qué debería creérmelo? —le espetó Aomame—. Podría ser un simple pervertido sexual que legitima sus actos obscenos mediante una lógica completamente oportunista. A lo mejor, la Little People nunca ha existido, así como no existen la voz de Dios ni la gracia divina. Quizás usted sólo sea un vil embaucador que, como otros tantos en este mundo, se hace llamar profeta y religioso.

—Hay un reloj de mesa —dijo el hombre sin levantar la cara—. Está sobre la cómoda a tu derecha.

Aomame miró a la derecha. Allí había una cómoda de líneas curvas que le llegaba por la cintura y, encima, un reloj de mesa hecho de mármol. A simple vista parecía pesado.

—Míralo. No apartes la vista de él.

Aomame giró la cabeza y lo observó atentamente, tal y como le había ordenado. Bajo sus dedos sintió tensarse los músculos del hombre, duros como una roca. Encerraban una energía de una intensidad increíble. Y como respondiendo a esa energía, el reloj de mesa empezó a separarse de la superficie de la cómoda y levitó en el aire. Se elevó unos cinco centímetros y, temblando levemente como si titubeara, fijó su posición en el aire y flotó durante diez segundos. Luego los músculos perdieron esa energía y el reloj cayó sobre la

cómoda con un ruido sordo. Como si de pronto hubiera recordado que en la Tierra había gravedad.

El hombre exhaló un largo y hondo suspiro de cansancio.

—Para algo tan nimio se necesita una gran cantidad de energía —dijo después de expulsar todo el aire del cuerpo—. Tanta que puede acortar la vida. Pero supongo que al menos habrás comprendido que no soy un *vil embaucador*…

Aomame no contestó. El hombre recobraba su vigor físico respirando intensamente. El reloj de mesa seguía marcando la hora en silencio sobre la cómoda, como si no hubiera pasado nada. Tan sólo estaba un poco torcido. Aomame se quedó mirándolo mientras el segundero daba una vuelta completa.

—Tiene usted un don especial —reconoció Aomame con voz seca.

—Lo acabas de comprobar.

—En *Los hermanos Karamázov* sale una historia sobre Cristo y el Diablo —dijo Aomame—. Estando Jesús en un páramo, realizando duras prácticas ascéticas, el Diablo le pidió que obrara un milagro. «Convierte estas piedras en pan», le dijo. Pero Cristo hizo caso omiso, porque el milagro era una tentación del Diablo.

—La conozco. Yo también he leído *Los hermanos Karamázov*. Desde luego, tienes razón. Este tipo de ostentosos alardes no solucionan nada. Pero necesitaba convencerte y no dispongo de tiempo, así que me he visto obligado a mostrártelo.

Aomame permaneció callada.

—En este mundo no existe ni la bondad absoluta ni la maldad absoluta —dijo el hombre—. El bien y el mal no son algo estático e inamovible, sino algo que siempre está cambiando de lugar y situación. La bondad puede convertirse al instante en maldad y viceversa. Lo mismo ocurre en el mundo que Dostoievski describe en *Los hermanos Karamázov*. Lo importante es preservar el equilibrio entre ese bien y ese mal en constante movimiento. Inclinándose demasiado por uno de los dos, resulta difícil mantener la moral de la vida real. Sí, *el equilibrio en sí mismo es el bien*. Es en ese sentido cuando digo que debo morir para mantener el equilibrio.

—Ahora mismo no siento la necesidad de matarlo —afirmó Aomame—. Como posiblemente ya debe saber, había venido para matarlo. No puedo permitir que alguien como usted exista. Tenía intención de eliminarlo por todos los medios de este mundo. Sin embargo, ahora mismo esa *voluntad* ya no existe.

Usted sufre muchísimo y yo soy consciente de ese sufrimiento. Debería morir lacerado y destrozado por esos dolores. No tengo ninguna gana de concederle una muerte serena.

Boca abajo, el hombre asintió brevemente.

—Si me matas, mi gente te perseguirá allí adonde vayas. Son unos fanáticos, fuertes y tenaces. Si yo desaparezco, la comunidad irá perdiendo su poder unificador. Pero una vez constituido el sistema, éste empieza a adquirir vida propia.

Aomame escuchaba lo que el hombre, tendido boca abajo, le contaba.

—Siento lo de tu amiga —dijo el hombre.

—¿Mi amiga?

—La que tenía unas esposas. ¿Cómo se llamaba…?

De golpe, la calma se restableció dentro de Aomame. Ya no había conflicto. Tan sólo la cubría un silencio plomizo.

—Ayumi Nakano —dijo Aomame.

—Ha sido una desgracia.

—¿Fue usted quien hizo *eso*? —preguntó Aomame en un tono frío—. ¿Fue usted quien mató a Ayumi?

—No, no. Yo no la maté.

—Pero sabía, de algún modo, que alguien iba a asesinarla.

—El investigador lo averiguó —dijo el hombre—. No sé quién lo hizo. Lo único que sé es que tu amiga, la agente de policía, fue estrangulada en un hotel.

La mano derecha de Aomame volvió a cerrarse con fuerza.

—Pero usted ha dicho: «Siento lo de tu amiga».

—Me refería a que no pude impedirlo. Aunque la mataron a ella, siempre se ataca en primer lugar el punto débil del objetivo. Igual que cuando los lobos eligen al carnero más débil del rebaño y se lo llevan.

—En otras palabras, ¿quiere decir que Ayumi era mi punto débil?

El hombre no contestó. Aomame cerró los ojos.

—Pero ¿por qué tuvieron que asesinarla a ella? Era una buena chica. No había hecho ningún daño a nadie. ¿Por qué? ¿Porque estoy implicada en *este asunto*? Si es eso, ¿no habría bastado con eliminarme a mí sola?

—Ellos no pueden eliminarte.

—¿Por qué? —preguntó Aomame—. ¿Por qué no pueden eliminarme?

—Porque te has convertido en un ser especial.

—Un ser especial —dijo Aomame—. ¿Especial en qué sentido?

—Eso lo descubrirás dentro de poco.

—¿Dentro de poco?

—Cuando llegue la hora.

Aomame volvió a torcer el gesto.

—No entiendo nada de lo que me dice.

—Lo entenderás.

Aomame sacudió la cabeza.

—En cualquier caso, ahora mismo a mí no pueden atacarme, así que se dirigirán a los *puntos débiles* que hay a mi alrededor. Como advertencia. Para que no le arrebate la vida.

El hombre se quedó callado. Era un silencio afirmativo.

—Es espantoso —dijo Aomame, y agitó la cabeza—. A pesar del asesinato de esa chica, la realidad no ha cambiado nada…

—No, ellos no son asesinos. No aniquilan a alguien con sus propias manos. Lo que mató a tu amiga fue probablemente algo que ella misma albergaba en su interior. Tarde o temprano la tragedia iba a tener lugar. Su vida entrañaba peligro. Ellos sólo dieron el empujón para alterar la configuración del temporizador.

«¿La configuración del temporizador?».

—Ayumi no era un horno eléctrico. Era una persona de carne y hueso. Entrañaría peligro, pero para mí era una amiga inestimable. Vosotros me la habéis arrebatado como si nada. De manera absurda y despiadada.

—La rabia que sientes es razonable —dijo el hombre—. Puedes dirigirla contra mí.

Aomame sacudió de nuevo la cabeza.

—Quitarle la vida no me devolvería a Ayumi.

—Pero te permitirá devolverle el golpe a la Little People. Vengarte, como si dijéramos. Ellos todavía no desean tu muerte. Si yo muero ahora, se creará un vacío. Un vacío temporal, al menos mientras no surja un heredero, claro. Para ellos va a ser un palo. Al mismo tiempo, a ti te resultará beneficioso.

—Alguien dijo una vez que no hay nada más costoso y estéril que la venganza.

—Winston Churchill. Pero, si mal no recuerdo, profirió esa frase para justificar el déficit presupuestario del Imperio Británico. No tiene ninguna implicación moral.

—Me importa una mierda la moral. En vez de rematarle, voy a dejar que su

cuerpo sea devorado por esa cosa absurda hasta que se muera retorciéndose de dolor. No tengo ningún motivo para apiadarme de usted. No es culpa mía si el mundo pierde sus principios morales y se hace añicos…

El hombre volvió a respirar hondo.

—Ya veo. Entiendo lo que dices. Hagamos, pues, lo siguiente. Es una especie de trato: si me quitas la vida ahora mismo, a cambio yo haré que Tengo Kawana se salve. Todavía poseo el poder para hacerlo.

—Tengo —dijo Aomame. Su cuerpo flaqueó—. También sabe *eso*.

—Yo lo sé todo de ti. Te lo dije, ¿no? Bueno, *prácticamente* todo.

—Pero es imposible que haya podido captar tanto, porque el nombre de Tengo nunca ha salido de mis adentros.

—Aomame —dijo el hombre, y soltó un suspiro fugaz—. En este mundo no existe nada que no salga de los adentros de uno. Y actualmente, *por casualidad* debería decir, Tengo Kawana se ha convertido en alguien no poco relevante para nosotros.

Aomame se había quedado sin habla.

—Pero la verdad es que no se trata de una simple casualidad. Vuestros destinos no se han cruzado aquí por el mero devenir de las cosas. Os habéis adentrado en este mundo porque necesariamente tenía que ser así. Y ya que habéis entrado, se os han asignado vuestros respectivos papeles, os guste o no.

—¿Nos hemos adentrado en este mundo?

—Sí, en el año de 1Q84.

—¿1Q84? —repitió Aomame. Su semblante se deformó todavía más. «*¿No es ésta la palabra que yo he creado?*».

—Efectivamente. Es la palabra que tú has creado —dijo el hombre leyendo sus pensamientos—. Sólo la estoy tomando prestada.

«1Q84». La palabra tomó forma en la boca de Aomame.

—En este mundo no existe nada que no salga de los adentros de uno —repitió el líder con voz serena.

12
TENGO

No se pueden contar con los dedos de la mano

Tengo consiguió regresar al piso antes de que se echara a llover. Caminó deprisa desde la estación hasta su casa. En el cielo vespertino aún no se veía ni una sola nube. No tenía pinta de que fuera a llover o a tronar. A su alrededor nadie llevaba paraguas. Era un agradable atardecer de finales de verano en el que apetecía ir al estadio de béisbol y tomarse una caña. Pero hacía un momento había tomado la determinación de creer en lo que Fukaeri le había dicho. «Será mejor creer que no creer», pensó Tengo. De una manera más experimental que lógica.

Al mirar el buzón, vio que había un sobre de oficina sin remitente. Lo abrió allí mismo y comprobó el contenido. Era una notificación en la cual se le informaba de que habían transferido 1 627 534 yenes a su cuenta corriente. La transferencia provenía de «OFFICE ERI». Seguramente era la empresa fantasma creada por Komatsu. O quizá fuera el profesor Ebisuno quien había hecho la transferencia. En cierta ocasión, Komatsu le había comunicado a Tengo que le pagaría una parte de los derechos de autor de *La crisálida de aire* como agradecimiento. Tal vez aquélla fuera esa «parte». Sin duda, ese pago sería en concepto de «gastos de colaboración», «gastos de investigación» o algo por el estilo. Tras comprobar la cantidad una vez más, devolvió la notificación al sobre y se lo guardó en el bolsillo.

Un millón seiscientos mil yenes era una suma considerable para Tengo (a decir verdad, era la primera vez que tenía en su poder tal cantidad), pero ni le regocijaba ni le sorprendía. El dinero no era un asunto demasiado importante para él. Tenía unos ingresos fijos que le permitían salir del paso y llevar una vida sin privaciones. En cuanto al futuro, al menos en aquel momento no tenía ninguna preocupación. Sin embargo, todos querían ofrecerle dinero. El mundo era raro.

No obstante, con relación al trabajo de reescritura de *La crisálida de aire*, tuvo la impresión de que haberse metido en semejante embrollo para ser remunerado con un millón seiscientos mil yenes no había sido un buen negocio. Aunque, si le hubieran preguntado: «Entonces, ¿qué cantidad te parece justa?», a Tengo le habría costado responder. Para empezar, no sabía si los embustes tenían un precio justo o no. En el mundo debía de haber numerosos embustes de valor incalculable y otros que no tendrían quien los pagase. Como parecía que *La crisálida de aire* todavía seguía vendiéndose, en el futuro habría más transferencias adicionales, y cuanto más aumentara la cantidad transferida a su cuenta bancaria, mayor sería el problema. Porque si aceptaba más remuneraciones, su grado de participación en *La crisálida de aire* crecería como hecho consumado.

Pensó en devolverle el millón seiscientos mil yenes a Komatsu al día siguiente por la mañana temprano. Así evitaría cierta responsabilidad. Seguramente se sentiría aliviado. En cualquier caso, iba a formalizar el rechazo de esa retribución. Pero con ello no conseguiría eliminar su responsabilidad moral. Lo que había hecho era injustificable. Lo único que le proporcionaría devolver el dinero sería un «margen atenuante». O, por el contrario, puede que acabara haciendo que sus actos parecieran todavía más sospechosos. Como si dijera «devuelvo el dinero porque me remuerde la conciencia».

Mientras le daba vueltas al asunto, empezó a dolerle la cabeza, por lo que dejó de cavilar sobre el millón seiscientos mil yenes. Ya pensaría con calma más tarde. El dinero no es un ser vivo y aunque lo dejara tal y como estaba no iba a huir. Quizás.

«Ahora lo que importa es cómo enderezar mi vida», pensó Tengo mientras subía las escaleras del edificio hasta el tercer piso. Había ido a ver a su padre al extremo sur de la península de Boso y, más o menos, había corroborado que no era su verdadero padre. Había surgido un nuevo punto de partida en su vida. Probablemente fuese la ocasión idónea para cortar con los problemas que había a su alrededor y encauzar de nuevo su vida. Un nuevo trabajo, un nuevo lugar de residencia y nuevas relaciones personales. Aunque todavía no podía decirse que estuviera completamente seguro, presentía que sería capaz de llevar una vida algo más razonable que hasta entonces.

Antes, sin embargo, tenía que ordenar algunas cosas. No iba a dejar tirados a

Fukaeri, a Komatsu y al profesor Ebisuno y desaparecer de repente. Ciertamente, no tenía ninguna obligación para con ellos. Como le había dicho Ushikawa, habían incordiado a Tengo hasta la saciedad con todo aquel asunto. Pero aunque lo hubieran metido medio a la fuerza, sin que él fuera consciente de lo que realmente tramaban, la verdad es que él se había implicado en el asunto. Ahora no podía decirles: «No sé qué va a pasar de ahora en adelante. Arreglaos como podáis». Fuera a donde fuese a partir de aquel momento, quería zanjar las cosas y cubrirse las espaldas. Si no, su novísima vida tal vez se vería contaminada desde el comienzo.

La palabra «contaminada» le recordó a Ushikawa. «¡Ushikawa!», pensó Tengo lanzando un suspiro. Poseía información sobre su madre y le había dicho que se la podría proporcionar.

Si desea saber, podríamos facilitarle información sobre su madre. Pero quizás incluya algún dato que no le haga mucha gracia.

Tengo ni siquiera le había contestado, ya que no le apetecía en absoluto escuchar información sobre su madre de boca de Ushikawa. Desde el mismo momento en que saliera de su boca, cualquier información, fuera cual fuera, estaría contaminada. No, realmente no deseaba escuchar esa información de boca de *nadie*. Si le proporcionaban noticias de su madre no podía ser como información parcial, sino en forma de «revelación» general. Tendría que ser como un amplio y nítido paisaje cósmico, que pudiera dominarse en su totalidad durante un instante.

Naturalmente, Tengo desconocía si algún día obtendría esa revelación dramática. Quizá nunca surgiese, pero necesitaba que ocurriera algo abrumador que contrarrestara y superara la viva imagen de esa «ensoñación» que durante tantos años lo había confundido, lo había sacudido irracionalmente y lo había atormentado. Con ello tendría que expurgarse por completo. Una información al por menor no le valdría de nada.

Eso fue lo que acudió a su mente mientras subía los tres pisos.

Tengo se detuvo frente a la puerta de su piso, sacó la llave del bolsillo, la metió en la cerradura y la giró. Entonces, antes de abrir la puerta, dio tres golpecitos, esperó un rato y volvió a dar dos golpes. Luego abrió la puerta en silencio.

Fukaeri estaba sentada delante de la mesa y bebía zumo de tomate que se

había servido en un vaso alto. Llevaba la misma ropa que cuando llegó al piso. La camisa a rayas de hombre y unos vaqueros ajustados. Sin embargo, la impresión que daba era muy distinta a la de la mañana. Se debía —Tengo tardó un poco en darse cuenta— a que se había recogido el pelo, lo cual dejaba expuestas a la vista las orejas y la cerviz. Tenía unas orejas pequeñas y rosadas que parecían recién hechas, y a las que acabaran de quitarles el polvo con un cepillo blando. Más que para oír sonidos reales, habían sido creadas desde un punto de vista puramente estético. Al menos, así las veía Tengo. Y la armoniosa y esbelta nuca que se extendía por debajo resplandecía como una hortaliza cultivada bajo muchísima luz. Tenía un cuello inmaculado al que le sentarían bien el rocío y las mariquitas. Era la primera vez que la veía con el cabello recogido; un espectáculo de una intimidad y una hermosura pasmosas.

Tengo se quedó de pie junto a la puerta aún después de haberla cerrado. Las orejas y la nuca de la chica agitaban su corazón y lo subyugaban igual que si estuviera delante del cuerpo desnudo de otra mujer. Durante un rato perdió el habla y se quedó observando a Fukaeri con los ojos entornados, como el explorador que descubrió el manantial secreto que da origen al Nilo. Su mano todavía agarraba el pomo de la puerta.

—Me he duchado hace un rato —le dijo a Tengo, que seguía allí quieto. Lo dijo con voz seria, como si se hubiera acordado de un acontecimiento importante —. Te he cogido prestados el champú y el acondicionador.

Tengo asintió. Luego suspiró, por fin soltó el pomo de la puerta y cerró con llave. «¿El champú y el acondicionador?». Dio unos pasos y se alejó de la puerta.

—¿Han llamado? —preguntó Tengo.

—No, ni una vez —repuso Fukaeri, e hizo un breve movimiento negativo con la cabeza.

Tengo se acercó a la ventana, descorrió un poco la cortina y miró hacia fuera. En la escena que se contemplaba desde la ventana del tercer piso no había ningún cambio. No se veía a nadie sospechoso, ni había ningún coche sospechoso aparcado. Sólo se extendía el mismo paisaje insulso de la misma zona residencial insulsa de siempre. Los árboles de ramas deformes que había en la calle estaban cubiertos de polvo gris; los quitamiedos, llenos de abolladuras, y había unas cuantas bicicletas oxidadas abandonadas al borde de la carretera. De una tapia colgaba un eslogan de la policía: CONDUCCIÓN BAJO LOS EFECTOS DEL

ALCOHOL: VÍA ÚNICA HACIA LA DESTRUCCIÓN DE LA VIDA (¿existiría un puesto en la policía encargado de inventar eslóganes?). Un anciano de aspecto insidioso paseaba un perro mestizo lerdo. Una mujer lerda conducía un coche utilitario feo. Un poste eléctrico feo extendía insidiosamente los cables eléctricos en el aire. Aquel paisaje al otro lado de la ventana sugería que el mundo se situaba entre «lo trágico» y «la ausencia de júbilo» y que se componía de la acumulación infinita de pequeños mundos que adquieren su propia forma.

Pero, por otra parte, en el mundo también existían paisajes hermosos, sin discusión alguna, como las orejas y la nuca de Fukaeri. No era sencillo decidir en qué realidad debería creer. Tras emitir un pequeño gruñido desde el fondo de la garganta, como un perro grande azorado, Tengo corrió la cortina y regresó a su humilde mundo propio.

—¿Sabe el profesor Ebisuno que estás aquí? —preguntó.

Fukaeri negó con la cabeza. El profesor no lo sabía.

—¿No se lo piensas decir?

Fukaeri sacudió la cabeza.

—No puedo ponerme en contacto con él.

—¿Porque sería peligroso?

—Podrían escucharnos por teléfono o quizás el correo no le llegue.

—Soy el único que sabe que estás aquí.

Fukaeri asintió.

—¿Has traído ropa de repuesto y esas cosas?

—Un poco —contestó Fukaeri. Entonces miró hacia el bolso bandolera de lona que se había traído. Efectivamente, no parecía contener muchas cosas.

—Pero a mí no me importa —declaró ella.

—Si a ti no te importa, a mí desde luego tampoco —dijo él.

Tengo fue a la cocina y puso agua a hervir en un cazo. Luego metió unas hojas de té negro en la tetera.

—Viene aquí esa mujer con la que te llevas bien —preguntó Fukaeri.

—Ya no viene —respondió lacónicamente Tengo.

Fukaeri se quedó mirándolo en silencio.

—De momento —añadió él.

—Es por mi culpa —preguntó Fukaeri. Tengo sacudió la cabeza.

—No sé de quién es la culpa, pero no creo que sea tuya. Quizá mía. Aunque ella también tendrá una parte de culpa.

—Pero de momento esa mujer no va a volver.

—Eso es. No va a volver. Probablemente. Así que puedes quedarte cuanto quieras.

Fukaeri estuvo reflexionando sola sobre ello durante un rato.

—Estaba casada —preguntó.

—Sí, está casada y tiene dos hijas.

—No son hijas tuyas.

—Claro que no. Ya las tenía antes de conocerme.

—A ti te gustaba ella.

—Tal vez —dijo Tengo. «*Con determinadas condiciones*», añadió Tengo para sí mismo.

—Tú le gustabas a ella.

—Quizás. En cierto sentido.

—Manteníais *relaciones-sexuales*.

Tengo tardó un poco en darse cuenta de lo que quería decir la palabra *relaciones-sexuales*. Nunca se habría imaginado que esas palabras pudieran salir de la boca de Fukaeri.

—¡Claro! No iba a venir aquí todas las semanas para jugar al Monopoly…

—*¿Monopoli?* —preguntó ella.

—Olvídalo —dijo Tengo.

—Pero ahora ya no va a venir.

—Al menos, eso me han dicho. Que no va a volver…

—Te lo ha dicho ella —preguntó Fukaeri.

—No, no me lo ha dicho ella directamente. Ha sido su marido. Me dijo que ella *se ha perdido* y que no volverá a mi lado.

—Se ha perdido.

—Yo tampoco sé qué quiso decir exactamente con eso. Aunque se lo hubiera preguntado, no me habría contestado. Tengo muchas preguntas y pocas respuestas. Como en el comercio deficitario. ¿Quieres té?

Fukaeri asintió con la cabeza.

Tengo echó el agua hirviendo en la tetera. La tapó y esperó a que pasara el tiempo necesario.

—Qué se le va a hacer —dijo Fukaeri.

—¿A que tenga pocas respuestas o a que se haya perdido?

Fukaeri no le contestó.

Tengo se dio por vencido y sirvió el té en dos tazas.

—¿Quieres azúcar?

—Una cucharadita —dijo ella.

—¿Limón o leche?

Fukaeri negó con la cabeza. Tengo echó una cucharada de azúcar en la taza, removió despacio y la colocó delante de ella. Luego alcanzó su taza de té, sin añadirle nada, y se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa.

—Te gustaba tener *relaciones-sexuales* —preguntó Fukaeri.

—¿Que si me gustaba tener relaciones sexuales con mi novia? —Tengo reformuló correctamente aquella pregunta.

Fukaeri asintió.

—Sí, me gustaba. Tener relaciones sexuales con alguien del sexo contrario que te atrae es algo que le gusta a casi todo el mundo.

«Además…», pensó para sus adentros. «A ella se le daba muy bien. Era buena haciendo el amor, de la misma manera que a un granjero de cualquier aldea se le da bien regar. Le gustaba probar distintas maneras de hacerlo».

—Te da pena que no vaya a volver —preguntó Fukaeri.

—Puede ser —contestó Tengo. Luego bebió té.

—Porque no puedes mantener *relaciones-sexuales*.

—Eso también influye.

Fukaeri se quedó observando su rostro fijamente durante un rato. Daba la impresión de que estaba reflexionando sobre las relaciones sexuales. Pero huelga decir que nadie sabía en qué pensaba en realidad.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Tengo. Ella asintió.

—Apenas he comido nada desde la mañana.

—Te voy a preparar algo de comer —dijo Tengo. Él tampoco había comido prácticamente nada desde la mañana y tenía el estómago vacío. Además, no se le ocurría nada más que hacer, aparte de cocinar.

Tengo lavó arroz, encendió la olla eléctrica para hacer el arroz y, mientras se cocía, preparó una sopa de *miso* con alga *wakame* y puerro, frió unos jureles secos, sacó *tofu* de la nevera y lo condimentó con jengibre. Ralló rábano *daikon*. Recalentó un caldo de verduras que le había sobrado en una olla. Acompañó todo con nabo en salmuera y unas ciruelas *ume* encurtidas. Debido a su corpulencia, cuando Tengo se movía, la pequeña y angosta cocina parecía más angosta y pequeña todavía. Pero Tengo no se sentía incómodo. Se había

acostumbrado a aquella vida hacía mucho tiempo, apañándoselas con lo que allí tenía.

—Lástima que sólo pueda prepararte algo sencillo —dijo Tengo.

Fukaeri observó los ágiles movimientos de Tengo en la cocina sin perder detalle y, tras admirar con interés lo que iba disponiendo encima de la mesa, le dijo:

—Estás acostumbrado a cocinar.

—Porque llevo bastante tiempo viviendo solo. Siempre me preparo solo algo rápido y me lo como solo enseguida. Se ha convertido en una rutina.

—Siempre comes solo.

—Sí. Me resulta extraño comer así, cara a cara con alguien. Una vez por semana *esa mujer* venía y almorzábamos juntos. Pero, ahora que lo pienso, hacía una eternidad que no cenaba con alguien…

—Estás nervioso —preguntó Fukaeri.

Tengo sacudió la cabeza.

—No, para nada. Sólo es una cena. Aunque me resulta un poco raro…

—Yo siempre he comido rodeada de gente, porque desde pequeña siempre he vivido con otras personas. También en casa del profesor comemos siempre con otra gente, porque en casa del profesor siempre hay invitados.

Era la primera vez que Fukaeri pronunciaba tantas oraciones seguidas.

—Pero en el escondrijo comerías sola, ¿no? —preguntó Tengo.

Fukaeri asintió.

—¿Dónde está ese escondrijo en el que te refugiaste? —inquirió él.

—Lejos. Lo preparó el profesor.

—¿Qué comías allí sola?

—Cosas precocinadas. Cosas envasadas —dijo Fukaeri—. Hacía mucho tiempo que no comía algo así.

Fukaeri se tomaba su tiempo extrayendo las espinas de un jurel con el extremo de los palillos. Luego se lo llevó a la boca y lo masticó con calma. Como si estuviera comiendo algo muy raro. A continuación, bebió un sorbo de sopa de *miso*, examinó el sabor, determinó algo y luego dejó los palillos sobre la mesa y se puso a meditar.

Cerca de las nueve les dio la impresión de que habían oído casi imperceptiblemente un trueno a lo lejos. Al abrir un poco las cortinas y mirar

afuera, vieron que unas nubes de aspecto funesto iban cubriendo el cielo, que se había oscurecido por completo.

—Tenías razón. El cielo tiene un aspecto amenazador —dijo Tengo cerrando las cortinas.

—Porque la *lítel pípol* anda agitada —dijo Fukaeri con semblante serio.

—¿Cuando la Little People anda agitada se producen trastornos en el tiempo?

—Según cómo. Porque el tiempo depende totalmente de cómo se perciba.

—¿Depende de cómo se perciba?

Fukaeri sacudió la cabeza.

—No sé…

Tengo tampoco sabía. Para él el tiempo era una circunstancia autónoma y objetiva. Pero si seguía tratando ese tema seguro que no iba a llegar a ninguna parte, así que decidió hacerle una pregunta diferente.

—¿La Little People está enfadada por algo?

—Intenta que se produzca algo —contestó.

—¿El qué?

Ella negó con la cabeza.

—Lo vamos a saber ahora.

Tras lavar los platos en el fregadero, secarlos y guardarlos en el aparador, se sentaron con la mesa de por medio y bebieron té. A Tengo le apetecía tomarse una cerveza, pero pensó que sería más prudente abstenerse de beber alcohol aquel día. En el ambiente se respiraba cierta sensación de peligro. Mejor preservar todos sus sentidos para cuando sucediera algo.

—Quizá sea mejor acostarse pronto —dijo Fukaeri. Y se presionó las mejillas con ambas manos, como la persona que grita sobre el puente en el cuadro de Munch. Pero ella no gritaba. Sólo parecía somnolienta.

—Vale. Puedes utilizar mi cama. Yo dormiré en el sofá, como la última vez —dijo Tengo—. No te preocupes; yo duermo donde sea.

Eso era cierto. Tengo era capaz de dormirse de inmediato en cualquier parte. Hasta podría considerarse un don.

Fukaeri sólo asintió con la cabeza. Se quedó mirándolo a la cara durante un rato sin expresar su opinión. Luego se llevó las manos momentáneamente a aquellas hermosas orejas recién hechas. Como para comprobar que todavía seguían allí.

—Me prestas un pijama. No me he traído el mío.

Tengo sacó un pijama de un cajón de la cómoda de su dormitorio y se lo entregó. Era el mismo pijama que le había dejado la vez anterior, cuando Fukaeri pernoctó allí. Un pijama liso de algodón. Estaba lavado y doblado, tal y como lo había dejado. Por si acaso, Tengo acercó la nariz y lo olió, pero no olía a nada. Fukaeri tomó el pijama, se cambió en el cuarto de baño y regresó a la mesa. Ahora llevaba el pelo suelto. Se había arremangado las mangas y los bajos del pantalón del pijama, igual que la otra vez.

—Aún no son las nueve —dijo Tengo mirando el reloj de pared—. ¿Siempre te acuestas tan temprano?

Fukaeri sacudió la cabeza.

—Hoy es diferente.

—¿Porque la Little People anda agitada ahí afuera?

—No lo sé. Ahora mismo simplemente tengo sueño.

—Es cierto que se te ven los ojos cansados —corroboró Tengo.

—Cuando me meta en la cama, me leerás un libro o me contarás algo —preguntó Fukaeri.

—Vale —dijo Tengo—. No tengo nada más que hacer, así que…

A pesar de ser una noche de bochorno, al meterse en la cama, Fukaeri se cubrió con el edredón hasta el cuello, separando rigurosamente el mundo exterior de su propio mundo. Dentro de la cama, de algún modo, parecía una niña pequeña. Daba la impresión de que no tenía más de doce años. Cada vez se oían más truenos procedentes del exterior. Parecía que la tormenta había empezado a caer cerca de allí. Cada vez que había un trueno, los cristales de la ventana temblaban haciendo ruido. Sin embargo, misteriosamente no se veían los relámpagos. En el cielo sombrío sólo retumbaban los truenos. Ni siquiera tenía aspecto de que fuera a llover. Sin duda alguna, se estaba produciendo algún desequilibrio.

—Ellos nos están viendo —dijo Fukaeri.

—¿La Little People? —preguntó Tengo.

Fukaeri no contestó.

—Saben que estamos aquí —dijo él.

—Claro que lo saben —afirmó Fukaeri.

—¿Querrán hacernos algo?

—No pueden hacernos nada.

—Me alegro —dijo Tengo.

—Por ahora.

—Por ahora no pueden tocarnos —repitió Tengo en un tono apagado—. Pero no sabemos hasta cuándo va a ser así.

—Nadie lo sabe —aseguró Fukaeri.

—No pueden hacernos nada, pero en cambio pueden hacerle algo a la gente que nos rodea —preguntó Tengo.

—Es posible.

—Puede que a esa gente le pasen cosas espantosas.

Fukaeri entornó los ojos con aspecto serio durante un rato, como un marinero escuchando los cantos de un barco fantasma.

—Depende.

—A lo mejor la Little People ha utilizado su poder contra mi novia para advertirme.

Fukaeri sacó con sigilo una mano del edredón y se rascó sus orejas recién hechas. Luego volvió a meterla sin hacer ruido.

—Lo que la *lítel pípol* puede hacer tiene unos límites.

Tengo se mordió el labio. Luego habló:

—Por ejemplo, ¿qué pueden hacer en concreto?

Fukaeri estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea y desistió. Las palabras que iba a decir se replegaron silenciosamente al lugar del que procedían, sin ser pronunciadas. Cuál era ese lugar, no se sabía, pero era un sitio profundo y oscuro.

—Has dicho que la Little People es fuerte e inteligente.

Fukaeri asintió.

—Pero tienen límites.

Fukaeri asintió.

—Porque viven en el interior del bosque y al alejarse de ese bosque les cuesta desplegar sus habilidades. Además, en este mundo existe algo semejante a unos valores que pueden competir con su fuerza y con su inteligencia. Es así, ¿verdad?

Fukaeri no respondió. Seguramente la pregunta era demasiado larga.

—Tú has conocido a la Little People —preguntó Tengo.

Fukaeri se quedó observando confusa el rostro de Tengo. Como si no hubiera comprendido el meollo de la pregunta.

—Los has visto realmente —preguntó Tengo de nuevo.

—Sí —dijo ella.

—¿Con cuántos te encontraste?

—No lo sé. Es que no se pueden contar con los dedos de la mano…

—Pero nunca a uno solo.

—A veces aumentan de número y a veces disminuyen. Pero nunca hay uno solo.

—Como tú describiste en *La crisálida de aire*.

Fukaeri afirmó con la cabeza.

Tengo se atrevió a preguntarle lo que desde hacía un rato le rondaba por la cabeza:

—Oye, ¿hasta qué punto es verdad lo que se cuenta en *La crisálida de aire*?

—Qué quiere decir verdad —preguntó Fukaeri sin entonación interrogativa.

Naturalmente, Tengo no tenía una respuesta.

Los truenos retumbaban en el cielo. Los cristales de la ventana temblaban ligeramente. Pero seguía sin haber relámpagos, ni se oía llover. Tengo se acordó de una película de submarinos que había visto hacía tiempo. Las cargas de profundidad estallaban una tras otra y sacudían con violencia el submarino. Sin embargo, la gente estaba encerrada dentro de aquella oscura caja de acero y desde dentro no veían nada. Sólo sentían el ruido y los incesantes temblores.

—Me lees un libro o me cuentas una historia —dijo Fukaeri.

—De acuerdo —contestó Tengo—. Pero no se me ocurre nada adecuado para leer en voz alta. Aunque no tengo el libro a mano, si quieres te cuento la historia de «El pueblo de los gatos».

—El pueblo de los gatos.

—Una historia sobre un pueblo gobernado por gatos.

—Me gustaría escucharla.

—Pero, antes de dormir, quizá te dé algo de miedo…

—No importa. Sea como sea, no voy a tener problemas para dormirme.

Tengo cogió la silla que había al lado de la cama, se sentó, juntó los dedos de ambas manos sobre las rodillas y empezó a relatarle «El pueblo de los gatos», con el ruido de la tormenta de fondo. Había leído aquel relato dos veces en el tren rápido y se la había leído a su padre en la habitación de la clínica. Más o menos conocía el argumento de memoria. No era una historia demasiado intrincada ni escrita con una bella prosa, fluida y elegante, así que no sintió ningún reparo en modificarla a su antojo. Y omitiendo partes redundantes y añadiendo anécdotas a su gusto, Tengo le narró aquella historia a Fukaeri.

Aunque originariamente no era demasiado larga, a Tengo le llevó más tiempo del que había calculado contarla, pues Fukaeri no paraba de preguntar cada vez que tenía una duda. Entonces, Tengo interrumpía la historia y contestaba de forma minuciosa a cada pregunta. Le daba explicaciones sobre detalles del pueblo, el comportamiento de los gatos y la personalidad del protagonista. Cuando se trataba de cuestiones que no aparecían en el libro —cosa que ocurría la mayoría de las veces—, se las inventaba. Igual que cuando había reescrito *La crisálida de aire*. Fukaeri parecía completamente absorta en el cuento. Sus ojos ya no se veían somnolientos. De vez en cuando los cerraba y se imaginaba el pueblo de los gatos. Luego los abría y apremiaba a Tengo para que siguiera contándole la historia.

Una vez terminada, Fukaeri abrió los ojos como platos y se quedó mirando a Tengo durante un rato. Como cuando los gatos dilatan las pupilas y observan algo en la oscuridad.

—Tú fuiste al pueblo de los gatos —le recriminó a Tengo.

—¿Yo?

—Fuiste a *tu* pueblo de los gatos. Y regresaste en tren.

—¿Eso crees?

Fukaeri, con el edredón de verano subido hasta el mentón, asintió con una cabezada.

—Tienes razón —dijo Tengo—. Fui al pueblo de los gatos y regresé en tren.

—Te has *purificado* —preguntó ella.

—*¿Purificar?* —dijo Tengo. «¿Purificarme?»—. No, creo que todavía no.

—Tienes que hacerlo.

—¿Qué clase de purificación?

Fukaeri no contestó a esa pregunta.

—No es bueno ir al pueblo de los gatos y quedarte tal cual.

Los truenos resonaban violentamente, como si fueran a rajar el cielo en dos. El ruido era cada vez más intenso. Fukaeri se acurrucó en la cama.

—Ven aquí y abrázame —dijo Fukaeri—. Tenemos que ir juntos al pueblo de los gatos.

—¿Por qué?

—La *lítel pípol* podría encontrar la entrada.

—¿Porque no me he purificado?

—Porque juntos somos uno —dijo la chica.

13
AOMAME

Sin tu amor

—1Q84 —dijo Aomame—. Ahora estoy viviendo en un año llamado 1Q84, que no es el 1984 *real*. ¿Te refieres a eso?

—Qué se considera un mundo real es una cuestión sumamente difícil —dijo boca abajo aquel hombre al que llamaban líder—. Al final se convierte en un problema metafísico. Pero éste es un mundo real. De eso no cabe duda. El dolor que se siente en este mundo es dolor real. La muerte producida en este mundo es muerte real. La sangre derramada es real. No es un mundo falso. No es un mundo virtual. No es un mundo metafísico. Puedo asegurártelo. Con todo, éste no es el 1984 que conoces.

—¿Como una especie de mundo paralelo?

El hombre se rió agitando ligeramente los hombros.

—Me parece a mí que lees demasiada ciencia ficción. ¡No! Esto no es un mundo paralelo. No se trata de que allí esté 1984 y aquí su ramificación 1Q84, y que ambos se desarrollen de forma paralela. El año 1984 ya *no* existe. En lo que concierne al tiempo, para ti y para mí ahora mismo sólo existe 1Q84.

—Nos hemos *adentrado* en esta temporalidad.

—Exacto. Nos hemos adentrado aquí. O bien la temporalidad ha entrado en nuestro interior. Y, hasta donde yo sé, la puerta sólo se abre en una dirección. No hay camino de regreso.

—Sucedió cuando bajaba las escaleras de emergencia de la autopista metropolitana, ¿no? —dijo Aomame.

—¿La autopista metropolitana?

—En las inmediaciones de Sangenjaya —aclaró ella.

—El lugar da igual —dijo el hombre—. Para ti fue Sangenjaya, pero el problema no reside en un sitio determinado. Se trata de una cuestión puramente

temporal. Podría decirse que las agujas de la vía cambiaron allí y el mundo pasó a ser 1Q84.

Aomame se imaginó a unos cuantos Little People aunando fuerzas para mover el dispositivo que cambiaba las agujas de una vía. De noche, bajo la pálida luz de la Luna.

—Y en este año 1Q84 dos lunas penden del cielo, ¿verdad? —preguntó ella.

—Efectivamente. Hay dos lunas. Es un *símbolo* de que las agujas de la vía han cambiado. Permite distinguir los dos mundos. Pero no todas las personas que se encuentran aquí ven las dos lunas. No, muy al contrario, la mayoría no se da cuenta. En otras palabras, el número de personas conscientes de que estamos en el año 1Q84 es muy limitado.

—¿La mayoría de la gente no se ha dado cuenta de que la temporalidad se ha alterado?

—Eso es. Para la mayoría no hay nada de particular. Es el mismo mundo de siempre. Cuando digo que «éste es un mundo real», lo digo en ese sentido.

—Las agujas de la vía se han cambiado —dijo Aomame—. Eso quiere decir que si no se hubieran cambiado, tú y yo no nos habríamos encontrado aquí y ahora, ¿verdad?

—Eso nadie lo sabe. Es una cuestión de probabilidad. Pero es posible que no.

—¿Lo que estás diciendo es rigurosamente verdad o una mera hipótesis?

—Buena pregunta, pero discernir una cosa así resulta muy difícil. Mira, hay un verso de una vieja canción que dice así: *Without your love, it's a honkey-tonk parade*. —El hombre tatareó la melodía en voz baja—. Sin tu amor, esto no es más que una burda comedia. ¿Conoces la canción?

—*It's Only a Paper Moon*.

—Sí. Tanto 1984 como 1Q84 funcionan bajo los mismos principios. Si no crees en el mundo o si careces de amor, todo será una mera falsificación. En ambos mundos, o estés en el mundo que estés, la línea que divide las hipótesis de los hechos es, en la mayoría de los casos, imperceptible. Esa línea sólo se puede observar con los ojos del corazón.

—¿Quién cambió las agujas de la vía?

—¿Que quién las cambió? Ésa también es una pregunta difícil. Aquí, el razonamiento de la causa y el efecto vale bien poco.

—En cualquier caso, he sido arrastrada al mundo de 1Q84 *por algún designio* —dijo Aomame—. No porque yo lo haya querido así.

—En efecto. Has sido arrastrada a este mundo porque cambiaron las agujas

de la vía del tren en el que ibas subida.

—¿Tiene la Little People algo que ver?

—En este mundo existe la Little People. Por lo menos, así es como se la llama en este mundo. Pero no siempre ha de tener una forma y un nombre.

Aomame se mordió el labio y reflexionó sobre ello. Luego habló:

—Me da la impresión de que te contradices. Supongamos que la Little People cambió la vía y me arrastró a 1Q84. Si la Little People no desea que haga lo que estoy a punto de hacerte, ¿por qué han tenido que tomarse la molestia de traerme hasta aquí? Quitarme de en medio habría sido más beneficioso para ellos…

—No resulta fácil de explicar —dijo el hombre con voz monocorde—. Pero tú eres bastante espabilada. Aunque vagamente, quizá puedas comprender lo que estoy diciendo. Como te comenté antes, lo más importante para el mundo en el que vivimos es mantener el equilibrio entre la proporción de bien y de mal. En realidad, la Little People, o el *designio* que hay detrás de ella, es muy poderosa. Sin embargo, cuanto más usa su poder, el poder que lo contrarresta va elevándose de forma automática. Así, el mundo preserva ese frágil equilibrio. Ése es un principio inmutable, independientemente del mundo en el que nos encontremos. Lo mismo ocurre en el mundo de 1Q84. Cuando la Little People empezó a ejercer ese inmenso poder, un poder anti Little People surgió de manera automática. Y ese impulso de oposición debió de arrastrarte a 1Q84. —Todavía tendido sobre la alfombrilla azul, como un tiburón varado en la costa, aquella mole humana respiró hondo—. Siguiendo con la analogía del ferrocarril de antes, ellos pueden cambiar las agujas de la vía. A raíz de ello, el tren ha entrado en esta línea. La línea de 1Q84. Sin embargo, no pueden identificar ni seleccionar uno por uno a los viajeros del tren. Es decir, probablemente haya gente *no deseada* a bordo.

—Pasajeros que no han sido invitados.

—Exacto.

Un trueno retumbó. «¡Qué extraño!», pensó Aomame. «A pesar de que está tronando tan cerca, no relampaguea. Ni rompe a llover».

—¿Has entendido hasta ahora?

—Te escucho. —Ya había apartado el extremo de la aguja de la nuca del hombre y la dirigía hacia el aire con precaución. «Ahora tengo que poner toda mi atención en lo que me está contando».

—Donde hay luz tiene que haber sombra y donde hay sombra tiene que

haber luz. No existe la sombra sin luz, ni la luz sin sombra. Eso cuenta Carl Jung en una de sus obras.

»“La Sombra es malvada del mismo modo que los seres humanos somos positivos. Cuanto más nos esforzamos por convertirnos en seres perfectos y bondadosos, más aclara la Sombra su propósito de ser oscura, malvada y destructiva. Cuando las personas intentan superarse para ser perfectos, la Sombra desciende al infierno y se convierte en el Diablo. Ello se debe a que, en el mundo natural, el hecho de que las personas se conviertan en algo superior o algo inferior a ellas es igual de pecaminoso”.

»No sé si eso a lo que llaman Little People es bondadoso o malvado. En cierto sentido, trasciende nuestro entendimiento y capacidad de definirlo. Hemos vivido con ellos desde tiempos inmemoriales. Cuando el bien y el mal todavía no existían. Desde los albores de la conciencia humana. Pero, sean buenos o malos, sean luz o sombra, lo importante es que cuando despliegan su poder surge de forma inevitable una acción de resarcimiento. En este caso, prácticamente al mismo tiempo que yo me he convertido en apoderado de la Little People, mi hija se ha convertido en el ser que encarna la acción anti Little People. Es así como se mantiene el equilibrio.

—¿Tu hija?

—Sí. Fue mi hija quien guió hasta aquí a la Little People al principio. Entonces ella tenía diez años. Ahora tiene diecisiete. Ellos surgieron de la oscuridad en cierto momento y a través de ella vinieron hasta aquí, y yo me convertí en su apoderado. Mi hija es *perceiver*, o sea, quien percibe, y yo, *receiver*, quien recibe. Casualmente estamos dotados de esas capacidades. En todo caso, ellos nos encontraron a nosotros; no los encontramos nosotros a ellos.

—Entonces violaste a tu propia hija.

—*Nos unimos* —dijo él—. Esta palabra se aproxima más a la realidad. Y con la que me uní era sólo una hija conceptual. Unirse es una palabra ambigua. Lo fundamental era convertirnos en un solo ser, como *perceiver y receiver*.

Aomame sacudió la cabeza.

—No comprendo lo que me estás diciendo. ¿Has copulado con tu hija, sí o no?

—La respuesta es, en todo caso, sí y no.

—¿Lo mismo pasó con Tsubasa?

—Lo mismo, en principio.

—Pero el útero de Tsubasa quedó *literalmente* destrozado.

El hombre negó con la cabeza.

—Lo que tú has visto sólo es algo conceptual. No físico.

Aomame era incapaz de seguir el veloz flujo de la conversación. Hizo una pausa para tomar aliento. Luego prosiguió:

—¿Quieres decir que un concepto puede tomar forma humana, caminar y huir?

—Simplificando, sí.

—¿La Tsubasa que yo he visto no era su verdadero cuerpo?

—Por eso fue recuperada.

—Recuperada —dijo Aomame.

—Recuperada, sanada. Recibió el tratamiento que necesitaba.

—No me creo lo que dices —le soltó Aomame.

—No te lo puedo reprochar —dijo el hombre en un tono carente de emoción.

Aomame se quedó sin habla durante un rato. A continuación formuló otra pregunta:

—Te convertiste en apoderado de la Little People violando de manera equívoca y conceptual a tu hija. Pero al mismo tiempo que te convertiste en su apoderado, para compensar, ella se alejó de ti y se convirtió, por así decirlo, en un oponente. ¿Es eso, en definitiva, lo que afirmas?

—Exacto. Para ello, mi hija abandonó a su propia hija, a su *daughter*, como decimos nosotros —dijo el hombre—. Pero con eso tampoco creo que entiendas a qué me refiero.

—*¿Daughter?* —preguntó Aomame.

—Una especie de sombra viviente. Y ahí es donde entra en escena otra persona. Un viejo amigo mío. Un hombre de confianza. Yo dejé a mi hija en sus manos. Además, desde no hace mucho, Tengo Kawana, a quien tú bien conoces, también se ha implicado. Tengo y mi hija se han encontrado por casualidad y han formado un equipo.

El tiempo pareció detenerse de repente. Aomame era incapaz de encontrar las palabras justas. Con el cuerpo yerto, esperó quieta a que el tiempo volviera a moverse. El hombre prosiguió:

—Ambos poseen cualidades que se complementan. Eriko tiene lo que a Tengo le falta y Tengo tiene lo que a Eriko le falta. Compenetrándose y uniendo sus fuerzas han llevado a cabo una misión determinada, y ello ha ejercido un gran impacto en lo que a la creación de un impulso anti Little People se refiere.

—¿Han formado un equipo?

—No quiere decir que mantengan una relación amorosa o carnal. Por eso no tienes que preocuparte. Si es eso en lo que estás pensando, claro. Eriko no se va a enamorar de nadie. Ella… está por encima de eso.

—¿Cuál es, en concreto, el fruto de esa colaboración?

—Para explicártelo necesito utilizar otra analogía diferente. Por así decirlo, ambos han erigido una especie de anticuerpo frente al virus. Si llamamos virus a los actos de la Little People, ellos han creado un anticuerpo y lo han difundido. Desde luego, ésta es una analogía sesgada, ya que desde la perspectiva de la Little People, ellos dos serían los portadores del virus. Todo tiene su reverso.

—¿Ésa es la compensación de la que hablas?

—Sí, eso es. La persona a la que amas y mi hija han unido fuerzas para llevar a cabo esa misión. Es decir, en este mundo tú y Tengo os pisáis, literalmente, los talones.

—Pero tú has dicho que *no es una casualidad*; o sea, que he venido a este mundo guiada por algún designio. ¿No es así?

—Exacto. Has venido al mundo de 1Q84 con un objetivo, guiada por cierto designio. El que tú y Tengo os hayáis visto implicados en todo esto, de la forma que sea, no es en absoluto un capricho del destino.

—¿Y cuál es ese designio, ese objetivo?

—No estoy capacitado para explicártelo —dijo el hombre—. Lo siento.

—¿Por qué no puedes explicármelo?

—No es que no pueda explicártelo, pero desde el momento mismo en que lo hiciera con palabras, se perdería cierto sentido.

—Pues entonces te haré otra pregunta —dijo Aomame—. ¿Por qué he tenido que ser yo?

—¿Todavía no te has dado cuenta de por qué?

Aomame sacudió repetidamente la cabeza.

—No sé por qué. *Ni idea*.

—Es muy sencillo: porque Tengo y tú os atraíais mutuamente con mucha fuerza.

Aomame guardó silencio durante un buen rato. Sentía un ligero sudor en la frente. Todo su cuerpo parecía recubierto de una fina membrana invisible.

—Nos atraemos mutuamente —dijo ella.

—Mutuamente y con mucha fuerza.

Un sentimiento parecido a la rabia se apoderó de ella sin razón. También presintió una ligera náusea.

—No me lo creo. Se supone que no debería acordarse de mí.

—Mentira; Tengo se acuerda perfectamente de que existes y te está buscando. Además, nunca ha amado a nadie más que a ti.

Aomame perdió el habla durante un rato. Entretanto, la fuerte tormenta había hecho una breve pausa para continuar más tarde.

Al final también se echó a llover. Grandes gotas empezaron a golpear fuertemente las ventanas de la habitación del hotel. No obstante, Aomame apenas las percibía.

—Eres libre de creer o no creer. Pero más vale que me creas, porque es la pura verdad —dijo el hombre.

—¿Se acuerda todavía de mí, después de veinte años sin vernos? ¿A pesar de que apenas hablamos…?

—Tú le cogiste de la mano con fuerza en un aula vacía del colegio. A los diez años. Para hacerlo debiste de sacar todo tu valor…

Aomame frunció violentamente el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre no respondió.

—Tengo no ha olvidado nada de eso y ha estado pensando todo el tiempo en ti. Incluso ahora sigue pensando en ti. Créeme. Sé muchas cosas. Por ejemplo, aún hoy, cuando te masturbas piensas en él. Te acuerdas de él. ¿No es cierto?

Aomame abrió un poco la boca pero se quedó sin palabras. Sólo respiró superficialmente.

—No tienes por qué avergonzarte. Forma parte de la naturaleza humana. El hace lo mismo y también piensa en ti. Incluso ahora.

—¿*Cómo* narices puedes…?

—¿Que cómo lo sé? Abriendo los oídos. Porque mi trabajo consiste en escuchar la voz.

Aomame no supo si echarse a reír a carcajadas o echarse a llorar. Pero ambas cosas le resultaban imposibles. Se había quedado petrificada, incapaz de decidirse por una u otra; simplemente sin habla.

—No hay nada que temer —dijo el hombre.

—¿Temer?

—Tienes miedo. Del mismo modo que la gente del Vaticano temió en su día aceptar la teoría heliocéntrica. No era que creyeran en la infalibilidad de la teoría

ptolemaica, sino que, simplemente, temían la nueva situación que se produciría al aceptar la teoría heliocéntrica. A decir verdad, la Iglesia católica todavía no ha aceptado de forma oficial esa teoría. Igual que tú. Aún temes tener que abandonar la recia armadura defensiva que has llevado puesta durante tanto tiempo.

Aomame sollozó varias veces, cubriéndose el rostro con las manos. No quería hacerlo, pero fue incapaz de contenerse. Ella quería reírse de todo aquello, pero le resultaba imposible.

—De algún modo, vosotros dos habéis sido arrastrados a este mundo en el mismo tren —dijo el hombre con voz serena—. Tengo actúa junto con mi hija contra la Little People y tú, por un motivo diferente, estás a punto de liquidarme. En otras palabras, cada uno de vosotros realiza algo muy peligroso en lugares muy peligrosos.

—¿Quieres decir que *ese designio* requería que yo hiciera esto?

—Quizás.

—¿Y para qué? —Tras soltar aquello, Aomame se dio cuenta de que era en vano. Era una pregunta sin expectativas de obtener respuesta.

—La manera más satisfactoria de solucionar esto sería que os encontrarais en alguna parte y, cogidos de la mano, os fuerais de este mundo —dijo el hombre, sin contestar a la pregunta—. Pero eso no es sencillo.

—No es sencillo —repitió Aomame de forma inconsciente.

—Por desgracia, y utilizando una expresión muy contenida, no es sencillo. Francamente, es casi imposible. Os enfrentáis, llamémoslo como lo llamemos, a un poder brutal.

—Ahí… —dijo Aomame en un tono seco. Entonces carraspeó. Contenía su desconcierto. «Aún no es hora de llorar», pensó—. Ahí es donde entra en juego tu propuesta. A cambio de una muerte sin dolor, me vas a ofrecer algo. Una especie de alternativa.

—¡Qué aguda eres! —dijo el hombre tendido boca abajo—. Exacto. Te propongo una alternativa que os concierne a ti y a Tengo. Quizá no sea agradable, pero al menos puedes elegir.

—La Little People tiene miedo de perderme —dijo el hombre—, porque todavía me necesitan. Les soy muy útil como apoderado. No va a resultarles fácil encontrar un sustituto. Y, por el momento, mi sucesor todavía no está preparado.

Para ser su apoderado es preciso satisfacer diversas y complicadas condiciones y yo soy una de esas excepciones que las satisface todas. Tienen miedo de perderme. Si me perdieran, se produciría un vacío provisional. Por eso intentan impedir que me quites la vida. Quieren que viva más tiempo. Esos truenos ahí fuera son una señal de su ira. Pero ellos no pueden hacerte nada de forma directa. Se limitan a advertirte. Probablemente por el mismo motivo han conducido con gran habilidad a tu amiga a su muerte. Y supongo que también intentarán infligir algún daño a Tengo.

—¿Infligirle daño?

—Tengo ha escrito una historia sobre lo que han hecho. Eriko se la ha facilitado y él la ha transformado en un texto eficaz. Ha sido un trabajo en equipo. Ese relato desempeña el papel de anticuerpo que se opone al impulso ejercido por la Little People. Ha sido publicado en forma de libro y se ha convertido en un *best seller*. Por esa razón, y aunque temporalmente, ciertas capacidades de la Little People se han anulado y algunos de sus actos están restringidos. Supongo que habrás oído hablar del título de la obra, *La crisálida de aire*.

Aomame asintió.

—He visto artículos sobre el libro en la prensa. También anuncios de la editorial. Pero no lo he leído.

—Básicamente ha sido Tengo quien ha escrito *La crisálida de aire*. Y ahora está escribiendo una historia propia. En él, quiero decir, en el mundo de las dos lunas, ha descubierto su propio relato. Eriko es una excelente *perceiver* y ha hecho que dentro de Tengo surgiera esa historia que actúa como anticuerpo. Tengo también parece dotado de unas excelentes facultades como *receiver*. Tal vez hayan sido esas facultades las que te han traído hasta aquí o, dicho de otra manera, las que te montaron en ese vagón de tren.

Aomame torció el gesto en medio de aquella penumbra. Tenía que seguir el hilo de la conversación como fuera.

—Es decir, ¿que he sido arrastrada a este mundo diferente de 1Q84 por la capacidad de narrar historias de Tengo o, tomando prestadas tus palabras, por el poder del *receiver*?

—Eso es lo que yo supongo —dijo el hombre.

Aomame miró sus manos. Las lágrimas le habían humedecido los dedos.

—A este paso, es muy probable que Tengo vaya a ser liquidado —continuó el hombre—. Ahora mismo representa la mayor amenaza para la Little People. Y

éste es un mundo real, en el que se derrama sangre de verdad y la gente se muere de verdad. Naturalmente, esa muerte es eterna.

Aomame se mordió el labio.

—Considéralo de la siguiente forma —dijo el hombre—: supongamos que me matas y desaparezco de este mundo; entonces, la Little People ya no tendría motivo para hacerle daño a Tengo, ya que una vez extinguido el canal que yo represento, por muchos impedimentos que pusieran Tengo y mi hija, para ellos dejarían de ser una amenaza. Los dejarían en paz, se irían a otra parte y buscarían otro canal. Un canal de origen distinto. Eso sería lo prioritario para ellos. ¿Lo entiendes?

—Resulta lógico —dijo Aomame.

—Pero, por otra parte, matándome, la organización que he creado no te dejará tranquila. Quizá tarden tiempo en encontrarte, puesto que te cambiarás el nombre, te mudarás de vivienda y es probable que también te cambies el rostro. Así y todo, un día te acorralarán y te castigarán severamente. *Nosotros* hemos creado ese estricto y violento sistema al que no se le puede dar marcha atrás. Esa es una de las opciones.

Aomame ordenó mentalmente lo que le había dicho. El hombre esperó a que aquella lógica permeara la cabeza de Aomame y luego siguió hablando:

—En cambio, supongamos que no me matas; que te marchas ahora mismo dócilmente. Yo sobrevivo. En ese caso, la Little People intentaría desembarazarse de Tengo por todos los medios, para protegerme a mí, el apoderado. El talismán que él lleva todavía no es demasiado fuerte. Ellos encontrarían su punto débil e intentarían destruir a Tengo de algún modo, ya que no pueden permitir que el anticuerpo siga propagándose. Tu amenaza, en cambio, desaparecería y ya no habría motivo para castigarte. Esa es la otra opción.

—En ese caso, Tengo muere y yo sobrevivo. En este mundo de 1Q84, —dijo Aomame condenando las palabras del hombre.

—Es posible —dijo él.

—Pero vivir en un mundo en el que Tengo no existe no tiene sentido, porque la probabilidad de encontrarnos se perderá para siempre.

—Desde tu punto de vista, puede que así sea.

Aomame se mordió el labio con fuerza y se imaginó la situación.

—A lo mejor eso es sólo *lo que tú dices* —aventuró ella—. ¿Existe algún fundamento o prueba por el que tenga que creerte?

El hombre sacudió la cabeza.

—En efecto, no existe ningún fundamento o prueba. Es lo que yo digo, simplemente. Sin embargo, supongo que hace un rato te habrás fijado en el poder único que poseo. Ese reloj de mesa no está atado a ningún hilo. Y es muy pesado. Puedes ir y comprobarlo por ti misma. Tienes dos posibilidades: creerme o no creerme. Y la verdad es que no nos queda demasiado tiempo.

Aomame dirigió la mirada hacia el reloj de mesa sobre la cómoda. Las agujas marcaban un poco antes de las nueve. La posición del reloj estaba un poco *desviada*. Ligeramente torcido. Se debía a que hacía un rato había levitado en el aire y luego se había caído.

—Ahora mismo, en este mundo de 1Q84, es poco probable que os vayáis a salvar los dos al mismo tiempo. Hay dos opciones. La primera consiste en que tú seguramente mueres y Tengo se salva. En la segunda, es probable que él muera y tú sobrevivas. Esas dos. Ya te advertí al principio que no eran opciones agradables.

—Pero no existe ninguna más.

El hombre negó con la cabeza.

—En este momento sólo puedes elegir una de las dos.

Aomame se llenó los pulmones de aire y lo expulsó poco a poco.

—¡Es una pena! —dijo el hombre—. Si te hubieras quedado en 1984, no te habrías visto obligada a tener que elegir. Pero, por otra parte, no te habrías enterado de que Tengo ha estado pensando en ti todo este tiempo. Gracias a que has entrado en 1Q84, sea como sea, conoces esa verdad. La verdad de que, en cierto sentido, vuestros corazones están unidos.

Aomame cerró los ojos. «¡No voy a llorar!», pensó. «Aún no es hora de llorar».

—¿Es cierto que Tengo me está buscando? ¿No estará afirmando algo que es mentira? —preguntó Aomame.

—Hasta el día de hoy, Tengo no ha amado profundamente a ninguna otra mujer más que a ti. De eso no cabe duda.

—No obstante, no me ha buscado.

—Tú tampoco lo has buscado a él. ¿No es cierto?

Aomame cerró los ojos y durante un instante se retrotrajo a un pasado lejano. Como si hubiera ascendido una alta colina y observara un estrecho desde un abrupto acantilado. Podía sentir el olor del mar y percibir el profundo sonido del viento.

—Debimos armarnos de valor y buscarnos el uno al otro hace mucho tiempo. Así habríamos podido unirnos en el mundo original.

—Hipotéticamente, sí —dijo el hombre—; pero en el mundo de 1984 no lo habrías visto de esa manera. La causa y el resultado están vinculados de una forma retorcida. Ese retorcimiento nunca se anulará por muchos mundos que se superpongan.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Aomame. Lloró por todo lo que había perdido hasta entonces. Lloró por lo que iba a perder. Al cabo de un rato —¿cuánto tiempo habría estado llorando?— llegó un punto en que fue incapaz de llorar más. Las lágrimas se habían agotado como si sus emociones hubieran chocado contra un muro invisible.

—¡Genial! —dijo Aomame—. No existe fundamento alguno ni puede demostrarse nada. No lo entiendo en detalle y, a pesar de todo, tengo que aceptar tu propuesta… Te haré desaparecer de este mundo, como deseas. Te concederé una muerte instantánea e indolora para que Tengo sobreviva.

—Eso quiere decir que haces el trato conmigo, ¿no?

—Sí, hago el trato.

—Es probable que vayas a morir —dijo el hombre—. Te perseguirán y te castigarán. El castigo seguramente será atroz. Son unos fanáticos.

—No importa.

—Porque amas.

Aomame asintió.

—*Sin tu amor, esto no es más que una burda comedia* —dijo el hombre—. Igual que el verso de la canción.

—Si te mato, ¿Tengo va a sobrevivir de verdad?

El hombre permaneció callado durante un rato y luego le respondió:

—Tengo va a sobrevivir. Te doy mi palabra. Es lo que puedo concederte a cambio de mi vida.

—Junto con la mía —añadió Aomame.

—Hay cosas que sólo se pueden cambiar por una vida —dijo el hombre.

Aomame apretó ambos puños.

—Pero, sinceramente, lo que yo querría es vivir y estar junto a él —dijo ella.

El silencio reinó en la habitación durante un rato. Entretanto, dejó de tronar. Todo quedó en silencio.

—Si fuera posible, te ayudaría —dijo el hombre en un tono sereno—. Si por mí fuera, claro. Pero, lamentándolo mucho, esa opción no existe. Ni en 1984, ni

en 1Q84. En cada año, por razones diferentes.

—¿Te refieres a que en 1984 mi camino y el de Tengo nunca se cruzarían?

—Exacto. Seguramente acabaríais envejeciendo solos, pensando el uno en el otro, sin llegar a encontraros.

—Pero en 1Q84 al menos sé que voy a morir por él.

El hombre respiró profundamente, sin decir nada.

—Quiero que me digas una cosa —dijo Aomame.

—Siempre que me sea posible… —dijo el hombre tendido boca abajo.

—¿Sabrá Tengo de algún modo que he muerto por él o acabará sin saberlo nunca?

El hombre meditó la respuesta con calma.

—Eso probablemente dependa de ti.

—Depende de mí —dijo Aomame. Entonces se le torció ligeramente el semblante—. ¿Qué quiere decir?

El hombre sacudió la cabeza sin alterarse.

—Tienes que pasar una dura prueba. Cuando la pases, verás las cosas de cierta forma. No puedo decirte nada más. Nadie sabe exactamente cómo es morirse hasta que uno se muere.

Tras secarse con cuidado las lágrimas de la cara utilizando la toalla, Aomame recogió el picahielos que había dejado en el suelo y comprobó una vez más que su fino extremo no se había roto. Luego buscó el punto fatal en la nuca del hombre, que había tanteado hacía un rato con la yema de los dedos de la mano derecha. Como llevaba grabada la posición en su mente, pudo encontrarlo enseguida. Aomame presionó con suavidad en ese punto con el extremo del dedo, midió la reacción táctil y volvió a asegurarse de que su intuición no estaba errada. A continuación, respiró hondo varias veces con calma, controló sus latidos y se tranquilizó. «Debo despejarme la cabeza». Disipó temporalmente los pensamientos acerca de Tengo. Selló en otro lugar diferente el rencor, la ira, la confusión y la piedad. No podía permitirse fallar. Tenía que concentrar todos sus sentidos en *la muerte en sí misma*. Como si uniera varios focos de luz en uno solo.

—Voy a despachar el trabajo —dijo Aomame sosegada—. Tengo que eliminarte de este mundo.

—Así podré librarme de todos los dolores que me han sido conferidos.

—Todos los dolores, la Little People, el mundo que cambió de aspecto, las diferentes hipótesis… y el amor.

—*Y el amor*. En efecto —dijo el hombre como si hablara consigo mismo—. A mí también me amaron. Bueno, terminemos nuestros respectivos trabajos pendientes. Eres una persona de un talento extraordinario. Soy consciente de ello.

—Tú también —dijo Aomame. Su voz ya estaba teñida por la misteriosa diafanidad de quien va a matar—. Tú también debes de ser una persona brillante y capaz. Seguro que existe un mundo en el que no tendría que matarte…

—Ese mundo ya no existe —dijo él. Ésas fueron sus últimas palabras.

Ese mundo ya no existe.

Aomame apuntó la afilada aguja hacia aquel sutil punto en la nuca. Se concentró y corrigió el ángulo. Entonces alzó el puño derecho en el aire. Contuvo el aliento y, quieta, esperó una señal. «No medites más», pensó Aomame. «Vamos a terminar nuestros respectivos trabajos, sólo eso. No necesitas pensar en nada. No necesitas dar explicaciones. Sólo esperar la señal». Aquel puño estaba duro como una roca, carente de espíritu.

Fuera, un trueno sin relámpago retumbó violentamente. La lluvia golpeaba la ventana. En ese momento, ellos se encontraban en una caverna prehistórica. Una caverna sombría y húmeda, de techo bajo. Bestias oscuras y un espectro rodeaban la entrada. Por un instante, la luz y la sombra se volvieron una alrededor de Aomame. Una ráfaga de viento atravesó soplando el lejano estrecho. Ésa era la señal. Respondiendo a ella, Aomame descendió el puño rápidamente y con precisión.

Todo terminó en silencio. Las bestias y el espíritu exhalaron un profundo suspiro, levantaron el asedio y fueron regresando al bosque, que había perdido su corazón.

14
TENGO

El paquete entregado

—Ven aquí y abrázame —dijo Fukaeri—. Tenemos que ir juntos al pueblo de los gatos.

—¿Que te abrace? —dijo Tengo.

—No quieres abrazarme —preguntó Fukaeri sin entonación interrogativa.

—No, no es eso. Es que… no entendía a qué te referías…

—Vas a purificarte —anunció ella con voz monótona—. Ven y abrázame. Ponte el pijama tú también y apaga la luz.

Tengo apagó la luz del techo de la habitación, tal y como le había dicho. Se desvistió, cogió un pijama y se lo puso. Mientras se cambiaba, Tengo se preguntó cuándo había sido la última vez que había lavado aquel pijama. No se acordaba, así que debía de haber sido hacía bastante tiempo. Pero, afortunadamente, no olía. Tengo nunca había sudado demasiado. Su olor corporal tampoco era fuerte. No obstante, llegó a la conclusión de que debía lavar los pijamas con más frecuencia. «Nunca se sabe lo que puede ocurrir en esta vida incierta. Más vale ser previsor y tener pijamas limpios».

Se metió en la cama y, tímidamente, rodeó con sus brazos el cuerpo de Fukaeri. Ella apoyó su cabeza contra el brazo derecho de él. Entonces se quedaron los dos en silencio, como animales iniciando la hibernación. El cuerpo de ella era cálido y tan blando que parecía indefenso. Pero no sudaba.

Los truenos fueron intensificándose. Ahora se había puesto a llover. Como en un arrebato de ira, la lluvia golpeaba de lado los cristales de la ventana sin cesar. El ambiente era sofocante y daba la sensación de que el mundo se aproximaba paso a paso a un final oscuro. Quizá fuera la misma sensación que cuando ocurrió el diluvio de Noé. Siendo así, no cabía duda de que subirse a una pequeña arca con una pareja de rinocerontes, otra de leones y otra de serpientes pitón en medio de aquella tormenta debió de ser bastante deprimente. Sus

hábitos de vida serían completamente diferentes; los recursos para comunicarse, limitados; y los olores corporales, considerables.

La palabra «pareja» le evocó a Sonny y Cher. Sin embargo, no podía decirse que subir a Sonny y Cher al arca como pareja representante de la especie humana fuera la elección más acertada. Sin llegar a decir que fuese inapropiada, debía de haber especímenes mejores.

Tengo se sintió un tanto extraño al abrazar de aquel modo, metido en la cama, a Fukaeri, que llevaba puesto su pijama. Era como si se abrazara a una parte de sí mismo. Como si abrazara a alguien con quien compartía carne y sangre, que tenía el mismo olor corporal y que estaba conectado a sus sentidos.

Tengo se imaginó que, en vez de Sonny y Cher, ellos dos eran elegidos como *pareja* y que subían al arca de Noé. Sin embargo, ellos tampoco eran los especímenes humanos más apropiados. «Para empezar, el hecho de estar así abrazados metidos en la cama no es muy apropiado que digamos». Pensar en ello no lo tranquilizó. Para olvidarlo se imaginó a Sonny y Cher en el arca, trabando amistad con la pareja de pitones. Aunque era una fantasía absurda, le permitió distenderse ligeramente.

Fukaeri permanecía callada, mientras Tengo la abrazaba. Ni se movía, ni abría la boca. Tengo tampoco dijo nada. Aun estando abrazado a Fukaeri en la cama, no sentía ningún deseo sexual. Para Tengo, el deseo sexual era básicamente una extensión de una forma de comunicación; por lo tanto, desear satisfacerse cuando la comunicación era imposible le resultaba un comportamiento poco apropiado. Además sabía que lo que Fukaeri buscaba no era sexo. En él buscaba *algo diferente*, aunque desconocía de qué se trataba.

Con todo, fuera cual fuese el objetivo, el hecho de abrazar el cuerpo de una hermosa chica de diecisiete años no tenía nada de malo en sí. De vez en cuando, la oreja de ella rozaba la mejilla de Tengo. El cálido aliento de la chica envolvía la nuca de él. El pecho de Fukaeri era firme y de un tamaño sorprendente, en comparación con el resto de su esbelto físico. Tengo podía sentir su presión justo encima del estómago. También olía el fantástico aroma que la piel de la chica desprendía. Era el aroma especial a vida que sólo emanan los cuerpos en pleno desarrollo. Un olor semejante al de una flor cubierta de rocío en pleno verano. Siendo estudiante de primaria, lo había olido a menudo, temprano por la mañana, de camino a las sesiones de ejercicio físico siguiendo una emisión radiofónica, que se realizaban para los niños del barrio todos los veranos.

«Espero no tener una erección», pensó Tengo. «Como tenga una, por la

posición en la que estamos ella se dará cuenta enseguida. Si eso ocurriera, se produciría una situación bastante embarazosa. ¿Con qué palabras y en qué contexto podría explicar a una chica de diecisiete años que a veces se pueden tener erecciones sin que el deseo lo invada a uno? Pero, por suerte, de momento no me he empalmado. Ni hay indicios de que me vaya a pasar. Dejaré de pensar en su olor. A ser posible, debo concentrarme en fenómenos que no tengan ninguna relación con el sexo», pensó Tengo.

Volvió a reflexionar un rato en la interacción entre Sonny y Cher y la pareja de pitones. ¿Tendrían temas de conversación en común? Si los tuvieran, ¿qué tipo de temas serían? ¿Podrían cantar alguna canción? Poco después, cuando la fuente de imaginación relativa al arca en medio de la tempestad se agotó, realizó multiplicaciones mentales de números de tres cifras. Era algo a lo que recurría a menudo cuando hacía el amor con su novia mayor que él. Eso le permitía retrasar el momento de la eyaculación (ella era extremadamente exigente al respecto). Tengo no sabía si tendría algún efecto en el control de la erección, pero era mejor que nada. Debía hacer algo.

—No pasa nada si se pone dura —dijo Fukaeri, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿No pasa nada?

—No es nada malo.

—No es nada malo. —Tengo repitió sus palabras. «Parezco un estudiante de primaria recibiendo una clase de educación sexual», pensó Tengo. «Uno no debe avergonzarse por tener una erección; no es nada malo. Pero, naturalmente, hay que saber elegir el lugar y el momento».

—Entonces, ¿qué? ¿Ya ha empezado la purificación? —preguntó Tengo para cambiar de tema.

Fukaeri no contestó. Sus pequeñas y hermosas orejas parecían estar intentando captar algo en medio del estruendo de los truenos. Tengo se dio cuenta y por eso decidió no hablar más. Dejó de multiplicar números de tres cifras. «Si a Fukaeri no le importa que me empalme, no pasa nada si me empalmo», pensó. A pesar de todo, su pene no daba muestras de sufrir una erección. De momento permanecía tendido tranquilamente en medio de un cieno de paz.

—Me gusta tu polla —le había dicho su novia—. La forma, el color y el tamaño.

—Pues a mí no me gusta nada —dijo Tengo.

—¿Por qué? —preguntó ella cogiendo y sopesando el pene flácido de Tengo en la palma de su mano, como si se tratara de una mascota dormida.

—No lo sé —contestó él—. Quizá porque no es algo que yo haya elegido…

—¡Eres un tipo raro! —dijo ella—. Tienes una manera rara de pensar.

Aquella conversación había tenido lugar en tiempos inmemoriales. Antes del diluvio universal. Quizás.

Fukaeri comenzó a exhalar su cálido y sereno aliento a un ritmo fijo contra el cuello de Tengo. Tengo divisaba sus orejas, iluminadas por la tenue luz verde del reloj electrónico, o por los ocasionales rayos que por fin habían empezado a caer. Aquellas orejas parecían unas cavernas blandas y secretas. «Si fuera mi amante, no me cansaría de besárselas», pensó Tengo. «Mientras hiciéramos el amor y estuviera dentro de ella, les daría besos, las mordería suavemente, las lamería, se las calentaría con mi aliento y las olería. No quiere decir que ahora *desee hacerlo*. Era una suposición circunstancial basada en la pura hipótesis de que *Si ella fuera mi amante, seguro que haría eso*. No tengo ningún motivo moral para avergonzarme… Quizás».

Independientemente de que representara o no un problema moral, no debía pensar en ello. Sin embargo, parecía que un dedo había dado unos golpecitos en el pene de Tengo y éste se había despertado de su apacible sueño en medio del cieno. Bostezó, y luego fue levantando la cabeza y endureciéndose de forma paulatina. Al cabo de poco tiempo, tenía una erección completa y sin reservas, como las velas de lona de un velero henchidas por un viento favorable soplando del noroeste. Como consecuencia, el pene erecto se clavó forzosamente en la cintura de Fukaeri. Tengo soltó un hondo suspiro desde el fondo de su corazón. Llevaba más de un mes sin hacer el amor, desde que desapareció su novia. Tal vez ése era el motivo. Debería haber seguido haciendo multiplicaciones de números de tres cifras.

—No te preocupes —le dijo Fukaeri—. Es natural que se ponga dura.

—Gracias —dijo Tengo—. Pero quizá nos esté viendo la Little People.

—Mirando no pueden hacernos nada.

—Mejor —dijo Tengo con voz más tranquila—. De todas formas, me inquieta que nos estén viendo.

Otro rayo volvió a partir el cielo en dos, como si hubiera rasgado también la vieja cortina, y el trueno hizo temblar con violencia los cristales de la ventana. Parecía realmente que estuvieran intentando hacer la ventana añicos. Tal vez se fuera a romper en cualquier momento. Aunque era una ventana de carpintería de aluminio bastante recia, si aquellas feroces sacudidas continuaban, no aguantaría mucho más. Gruesas y duras gotas de lluvia seguían golpeando los cristales, como perdigones disparados contra un venado.

—Parece que desde hace un rato los rayos apenas se desplazan —dijo Tengo —. No es normal que una tormenta dure tanto…

Fukaeri miró al techo.

—Va a permanecer aquí durante un rato.

—¿Cuánto es «un rato»?

Fukaeri no contestó. Tengo seguía abrazando tímidamente su cuerpo, con una pregunta sin respuesta y una erección sin sentido.

—Vamos a ir otra vez al pueblo de los gatos —dijo Fukaeri—. Así que tenemos que dormir.

—No sé si seré capaz de dormir, con esta tormenta y siendo todavía las nueve pasadas… —dijo Tengo, poco convencido.

Probó a pensar en problemas matemáticos. Eran problemas en los que intervenían fórmulas largas y complejas, pero ya conocía las soluciones. El ejercicio que se había propuesto era encontrar la solución por la vía más corta. Su mente operaba a toda velocidad. Era puro abuso de sus capacidades cerebrales. Así y todo, la erección no se mitigaba. Al contrario, tenía la impresión de que cada vez se ponía más y más dura.

—Puedes dormir —dijo Fukaeri.

Tenía razón. A pesar del fuerte chaparrón que estaba cayendo, de estar cercados por truenos que sacudían el edificio, y de su intranquilidad y la firme erección, sin darse cuenta Tengo se quedó dormido. Nunca habría imaginado que fuera posible…

«Todo es un caos», pensó antes de quedarse dormido. Tenía que encontrar de algún modo la distancia más corta hasta la respuesta. El tiempo era limitado. Y el espacio dado en la hoja de respuestas, muy reducido. Tic, tac, tic, tac… El reloj marcaba íntegramente la hora.

Cuando volvió en sí, estaba desnudo. Fukaeri, igual. Ambos completamente desnudos. No llevaban nada encima. Los pechos de ella trazaban de forma maravillosa dos semiesferas perfectas. Dos semiesferas intachables. Los pezones

no eran demasiado grandes. Aún eran blandos y buscaban silenciosamente y a ciegas la forma perfecta que estaba por venir. Sus pechos no sólo eran grandes, sino que también habían alcanzado ya la madurez. Además, parecía que apenas recibían el impacto de la fuerza de gravedad. Ambos pechos apuntaban bellamente hacia arriba. Como un nuevo brote de una enredadera buscando la luz del sol. Lo siguiente en lo que se fijó Tengo fue que no tenía vello púbico. En el lugar en donde debería encontrarse el vello sólo había piel blanca tersa y desnuda. La blancura de esa piel acentuaba en demasía su indefensión. Como tenía las piernas abiertas, al fondo se podía ver su sexo. Igual que sus orejas, parecía recién hecho. *En realidad*, quizás acababa de ser hecho. «Las orejas recién hechas y los sexos recién hechos se parecen mucho», pensó Tengo. Ambos apuntaban hacia el aire, como si pusieran toda su atención en captar algo. Por ejemplo, el tenue ruido de una campana sonando a lo lejos.

Él estaba tendido boca arriba sobre la cama, mirando hacia el techo. Fukaeri se había montado encima de él. La erección de Tengo todavía duraba. También seguía tronando. ¿Hasta cuándo iba a durar? Tal y como tronaba, ¿acaso no debería estar el cielo hecho añicos a esas alturas, de manera que nadie pudiera repararlo ya?

«Estaba durmiendo», se acordó Tengo. «Me he dormido empalmado y aún sigo empalmado. ¿Se habrá mantenido la erección mientras dormía o, tras calmarse, ha surgido otra nueva? Como si fuera “el segundo gabinete del Gobierno de tal político”. ¿Cuánto tiempo habré estado durmiendo? Bueno, eso no importa», pensó Tengo. «En cualquier caso (se haya interrumpido o no), sigo teniendo una erección y no da muestras de que vaya a desaparecer. Ni Sonny y Cher, ni las multiplicaciones de números de tres cifras, ni las fórmulas matemáticas complejas sirven de nada a la hora de controlar una erección».

—No importa —dijo Fukaeri. Tenía las piernas abiertas y apretaba su sexo recién hecho contra el abdomen de Tengo. No parecía darle vergüenza—. No es malo que se ponga dura —le dijo.

—Soy incapaz de moverme —dijo Tengo. Era cierto. Intentó incorporarse, pero no pudo levantar ni un dedo. Tenía sensibilidad. Percibía el peso del cuerpo de Fukaeri. También sentía aquella sólida erección. Sin embargo, notaba el cuerpo pesado y yerto, como si algo lo inmovilizara.

—No necesitas moverte —dijo Fukaeri.

—Sí que necesito moverme, porque es mi cuerpo.

Fukaeri no dijo nada al respecto.

Tengo ni siquiera estaba seguro de que lo que decía hiciera vibrar el aire en forma de voz propiamente dicha. No tenía la sensación de que los músculos que rodeaban la boca se movieran a su albedrío ni que las palabras tomaran forma. En todo caso, parecía que lo que quería decirle le llegaba a Fukaeri. Sin embargo, la comunicación entre los dos resultaba incierta, como en una conferencia telefónica con una mala conexión. Al menos Fukaeri se ahorraba tener que escuchar aquello que fuera innecesario escuchar. Tengo, no.

—No te preocupes —dijo Fukaeri. Entonces fue moviendo su cuerpo lentamente hacia abajo. El significado de aquella acción era evidente. En los ojos de la chica anidaba una luz irisada que jamás había visto.

Parecía imposible que el pene adulto de Tengo fuera a caber en aquel pequeño sexo recién hecho. Era demasiado grande, demasiado duro. El dolor sería enorme. Sin embargo, sin darse cuenta, ya se encontraba dentro de Fukaeri. No había ofrecido ninguna resistencia. Cuando Fukaeri introdujo el pene, no le cambió el color de la cara. Sólo su respiración se alteró un poco, y el ritmo de su pecho, subiendo y bajando, se alteró ligeramente durante cinco o seis segundos. Salvo eso, todo ocurrió de forma natural y lógica, como algo cotidiano.

Ambos permanecieron quietos, Fukaeri recibiendo a Tengo profundamente y Tengo siendo recibido profundamente por Fukaeri. Él seguía sin poder moverse, y ella cerró los ojos y se quedó quieta, con el cuerpo erguido sobre Tengo como un pararrayos. Tenía la boca entreabierta y sus labios parecían moverse poco a poco, como un escarceo. Tanteaban el aire para dar forma a alguna palabra. Pero no se produjo ningún otro movimiento. Parecía estar esperando en esa postura a que algo ocurriera.

Un profundo sentimiento de impotencia invadió a Tengo. Aunque algo iba a suceder a continuación, no sabía de qué se trataba y no podía controlarlo a voluntad. Su cuerpo no sentía nada. No podía moverse. Pero en el pene tenía sensibilidad. O más que sensibilidad, tal vez algo próximo a ese concepto. En cualquier caso, *eso* le comunicaba que estaba dentro de Fukaeri. Le comunicaba que tenía una erección perfecta. «¿Pasará algo por no utilizar preservativo?». Tengo se inquietó. Dejarla embarazada sería una faena. Su novia mayor era muy estricta en cuanto a la contracepción. Tengo también estaba acostumbrado a tomar muchas precauciones.

Probó a pensar en algo diferente con todas sus fuerzas, pero en realidad no fue capaz de pensar en nada. Se hallaba en medio de un caos. En ese caos, el tiempo parecía haberse detenido, pero el tiempo no podía detenerse. En teoría

era imposible. Probablemente sólo se había vuelto irregular. Observando un periodo largo, el tiempo avanzaba a una velocidad fija. De eso no había duda. Pero si se tomaba una parte específica, era posible que fuera irregular. Dentro de esa relajación parcial del tiempo, el orden y la probabilidad de las cosas apenas tenía valor.

—¡Tengo! —dijo Fukaeri. Era la primera vez que se dirigía a él de aquella manera—. ¡Tengo! —repitió. Como si practicara la pronunciación de un vocablo de una lengua extranjera.

«¿Por qué se ha puesto a llamarme de repente?», pensó extrañado. Seguidamente, Fukaeri se inclinó despacio hacia delante, aproximó su cara a la de él y lo besó en los labios. Su boca entreabierta se abrió del todo y su blanda lengua entró en la boca de Tengo. Aquella lengua sabía bien. Rebuscó tenazmente las palabras que no se tornaban palabras, el código secreto allí inscrito. De forma inconsciente, la lengua de Tengo también correspondía a aquellos movimientos. Como dos serpientes jóvenes recién despertadas del letargo invernal que, confiando en sus olores, se enredan y se devoran la una a la otra en un herbazal por primavera.

Después, Fukaeri estiró el brazo derecho y agarró la mano izquierda de Tengo. La agarró con fuerza y firmeza, envolviéndola. Sus pequeñas uñas se clavaron en la palma de Tengo. Entonces terminó el apasionado beso y se levantó.

—Cierra los ojos.

Tengo cerró los ojos, como le había dicho. Al hacerlo, se encontró en un espacio profundo y sombrío. El fondo se encontraba muy lejos. Parecía que se extendía hasta el núcleo de la Tierra. En ese espacio penetró una sugerente luz que le hizo pensar en el crepúsculo. Un crepúsculo tierno y nostálgico al final de un día muy largo. Una especie de diminutos fragmentos parecían flotar en gran número dentro de esa luz. Quizá fuera polvo. Quizá polen o alguna otra cosa. Luego, al cabo de poco tiempo, el fondo fue acortándose poco a poco. La luz se hizo más clara y progresivamente le permitió ver todo lo que había a su alrededor.

Al volver en sí, tenía diez años y estaba en un aula de la escuela primaria. Podía aspirar el aire que allí había y sentir el olor de la madera barnizada y de la tiza adherida al borrador. En el aula sólo estaban él y aquella niña. No había ningún otro niño presente. Ella había aprovechado rápida y resueltamente aquella oportunidad. O quizás había estado esperándola durante mucho tiempo.

En cualquier caso, la niña se plantó allí, estiró el brazo derecho y agarró la mano izquierda de Tengo. Sus ojos escrutaban fijamente los de Tengo.

La boca se le resecó. Toda humedad allí contenida desapareció. Fue algo tan repentino, que no supo qué hacer, qué decir. Se quedó simplemente de pie, mientras ella le agarraba la mano. Poco después sintió un tenue pero profundo y sordo dolor en el fondo de los riñones. Era la primera vez que experimentaba algo así. Un dolor sordo semejante al fragor del mar oído de lejos. Al mismo tiempo, escuchó sonidos reales: un griterío de niños que entró bruscamente por la ventana abierta, el ruido de un balón de fútbol siendo chutado, el ruido de un bate de béisbol golpeando una pelota de sóftbol, los chillidos de unas niñas de un curso inferior quejándose por algo. Una flauta dulce ensayaba torpemente *The Last Rose of Summer*. Era al terminar las clases.

Pensó en agarrar a su vez la mano de la niña con el mismo vigor, pero sus manos se habían quedado sin energía. La niña tenía demasiada fuerza. Al mismo tiempo, el cuerpo de Tengo era incapaz de moverse como él quería. Por algún motivo no podía mover ni un dedo. Como si sufriera una parálisis del sueño.

«Parece que el tiempo se ha detenido», pensó Tengo. Respiró con calma y prestó atención a su propia respiración. El fragor del mar proseguía. Cuando se dio cuenta, todo sonido real había desaparecido. El dolor sordo en el fondo de los riñones había adoptado una forma diferente más restringida, y se le añadió un entumecimiento particular. Ese entumecimiento se transformó en un fino polvo que se mezcló con su sangre, roja y caliente, y, debido al impulso ejercido por la fuerza del fuelle que le proporcionaba un corazón de trabajador nato, fue enviado honestamente a todo el cuerpo a través de los vasos sanguíneos. En su pecho se formó una pequeña nube compacta que alteró el ritmo de su respiración e imprimió mayor solidez a los latidos de su corazón.

«Algún día, más adelante, comprenderé el significado y el objetivo de este acontecimiento», pensó Tengo. Para ello necesitaba guardar aquel instante en su conciencia con la mayor precisión y claridad posibles. En ese momento no era más que un chiquillo de diez años al que sólo se le daban bien las matemáticas. Ante él se alzaba una nueva puerta, pero no sabía qué era lo que le esperaba detrás. Era impotente e ignorante, estaba emocionalmente confuso, y no era poco el miedo que sentía. Él mismo lo sabía. Además, ella tampoco esperaba que lo entendiera en ese preciso instante. Lo que ella deseaba era únicamente hacerle llegar sus sentimientos. Éstos estaban dentro de una sólida cajita, envueltos con

un pulcro papel de regalo atado bien fuerte con un lazo. Ella le había entregado su paquete a Tengo.

Sin decir nada, la niña le había comunicado: «No hace falta que lo abras ahora. Ábrelo llegado el momento. Ahora basta con recibirlo».

«*Ella ya sabe muchas cosas*», pensó Tengo. Él aún no las sabía. En aquel ámbito nuevo ella tenía el control. Había nuevas reglas, nuevas metas y nuevas dinámicas. Tengo no sabía nada. *Ella sí*.

A continuación, la niña soltó la mano derecha que agarraba la mano izquierda de Tengo y, sin decir nada, sin volverse hacia atrás, salió del aula a paso ligero. Tengo se quedó solo en aquella aula inmensa. Por la ventana abierta se escuchaban voces de niños.

Al instante, Tengo supo que estaba eyaculando. Aquella violenta eyaculación se prolongó durante un rato. Liberó mucho esperma con fuerza. «¿En dónde demonios estoy eyaculando?», pensó Tengo, confuso. «No es apropiado eyacular de esta manera en un aula de la escuela primaria. Si alguien estuviera viéndome, me metería en un lío». Pero aquello no era el aula de la escuela. Cuando volvió en sí, Tengo había penetrado a Fukaeri y había eyaculado dentro de ella. No lo había hecho queriendo. Pero no había podido detenerlo. Todo había ocurrido sin que pudiera remediarlo.

—No te preocupes —dijo Fukaeri poco después, con la misma voz monótona de siempre—. *Yo* no me voy a quedar embarazada, porque no tengo la regla.

Tengo abrió los ojos y vio a Fukaeri. Subida encima de él, ella miraba a Tengo. Sus pechos, de forma perfecta, estaban delante de él. Respiraban serena y ordenadamente.

«¿Era eso ir al pueblo de los gatos?», quiso preguntarle Tengo. «¿Qué clase de lugar es el pueblo de los gatos?». Intentó pronunciar esas palabras, pero los músculos de la boca no se movieron ni un ápice.

—Era necesario —dijo Fukaeri leyendo sus pensamientos. Fue una respuesta concisa. Además, no respondía a nada, como de costumbre.

Tengo volvió a cerrar los ojos. Había ido *allí*, había eyaculado y había regresado de nuevo *aquí*. La eyaculación había sido real, igual que el esperma que había expulsado. Si Fukaeri decía que había sido necesario, es que quizá lo había sido. El cuerpo de Tengo aún estaba entumecido y sin sensibilidad. Además, la languidez posterior a la eyaculación envolvía su cuerpo como una fina membrana.

Durante un buen rato, Fukaeri permaneció en la misma postura y exprimió

con eficiencia hasta la última gota de esperma de Tengo, como un insecto libando miel. Literalmente, no dejó ni una gota. Luego extrajo tranquila el pene de Tengo y, sin decir nada, salió de la cama y fue al cuarto de baño. Cuando se dieron cuenta, había dejado de tronar. El aguacero también había escampado de repente. Las tormentosas nubes que habían permanecido con tenacidad sobre el edificio habían desaparecido sin dejar rastro. En los alrededores reinaba un silencio tan absoluto que parecía irreal. Sólo se oía tenuemente el ruido que Fukaeri hacía al ducharse en el cuarto de baño. Mirando al techo, Tengo esperó a que la sensibilidad regresara a su cuerpo. La erección todavía persistía tras la eyaculación, pero su dureza parecía haber disminuido.

Una parte de su espíritu todavía se encontraba en el aula de la escuela. En su mano izquierda permanecía vivo el tacto de los dedos de la niña. Aunque al levantar la mano no las podía ver, en la palma de la mano izquierda probablemente llevaba la marca roja que habían dejado aquellas uñas. Los latidos de su corazón todavía conservaban indicios de la excitación vivida. Pese a que la nube compacta había desaparecido de su pecho, una parte imaginaria próxima al corazón manifestaba un dulce dolor sordo.

«*Aomame*», pensó Tengo.

«Tengo que ver a Aomame. Tengo que buscarla. ¿Cómo no se me había ocurrido algo tan evidente hasta este momento? Ella me entregó ese valioso paquete. ¿Por qué lo he abandonado sin abrirlo siquiera?». Quiso sacudir la cabeza, pero todavía no pudo moverla. Su cuerpo aún no se había repuesto del entumecimiento.

Poco después, Fukaeri volvió al dormitorio. Envuelta en una toalla, se sentó un rato en el extremo de la cama.

—La *lítel pípol* ya no anda alterada —dijo, como un soldado explorador competente y frío informando sobre el frente de batalla. Entonces trazó un pequeño círculo en el aire con la punta de un dedo. Un bello círculo perfecto, como los que dibujaban los pintores italianos del Renacimiento en los muros de las iglesias. Un círculo sin principio ni fin. El círculo permaneció un rato suspendido en el aire—. Se ha terminado.

Dicho eso, se quitó la toalla que envolvía su cuerpo y permaneció de pie un rato desnuda, sin nada encima. Como si estuviera secando de manera serena y natural su cuerpo todavía húmedo dentro de aquel aire estancado. Era un espectáculo verdaderamente hermoso. Sus pechos tersos y el bajo vientre sin vello púbico.

A continuación, se agachó para recoger el pijama que había caído al suelo y se lo puso directamente, sin ropa interior. Se lo abrochó y ató el cordón de la cintura. Tengo la observaba abstraído en medio de la penumbra. Era igual que contemplar el proceso de metamorfosis de un insecto. El pijama de Tengo le quedaba demasiado grande, pero ella se había adaptado a ese tamaño. Luego Fukaeri se coló dentro de la cama, fijó su posición en aquel espacio reducido y apoyó la cabeza contra el hombro de Tengo. Él podía sentir la forma de sus orejas chicas sobre el hombro desnudo. Podía sentir su cálido aliento en el cuello. Simultáneamente, el entumecimiento se fue retirando paso a paso, como la marea al bajar.

En el ambiente quedaba humedad, pero ya no era esa humedad pegajosa y desagradable. Fuera, los insectos habían empezado a cantar. La erección había remitido por completo y su pene intentaba hundirse de nuevo en el cieno de paz. Todo discurría siguiendo las correspondientes fases y un ciclo parecía haberse terminado. Se había trazado un círculo perfecto en el aire. Los animales descendieron del arca y se fueron diseminando sobre la añorada superficie de la Tierra. Cada *pareja* regresó al lugar que le correspondía.

—Es mejor que nos durmamos —dijo ella—. Profundamente.

«Dormirse profundamente», pensó Tengo. «Dormirse y despertar. Cuando llegue el nuevo día, ¿qué mundo será éste?».

—Eso nadie lo sabe —dijo Fukaeri leyéndole el pensamiento.

15
AOMAME

Por fin ha comenzado la hora de los fantasmas

Aomame sacó una manta del armario y cubrió el enorme cuerpo del hombre. Luego volvió a colocar los dedos sobre su cuello y comprobó que los latidos de la arteria habían cesado por completo. Aquella persona a quien llamaban «líder» ya estaba en el otro mundo. No sabía qué clase de mundo era, pero ciertamente no 1Q84. Y en este mundo él se había convertido en lo que se llama un «muerto». Con un fugaz estremecimiento corporal semejante a un escalofrío, el hombre había franqueado la frontera que separa la vida de la muerte. No se había derramado ni una sola gota de sangre. Ya estaba liberado de todo dolor, muerto silenciosamente boca arriba sobre la alfombrilla azul. El trabajo había sido rápido y preciso, como siempre.

Aomame clavó el corcho en el extremo de la aguja y la guardó en el estuche, que a su vez metió en la bolsa de deporte. Sacó la Heckler & Koch del neceser y se la metió en la cintura de los pantalones del chándal. Le había quitado el seguro y llevaba una bala en la recámara. El tacto de aquel sólido objeto metálico en la zona de la columna vertebral la alivió. Fue hasta la ventana, cerró la gruesa cortina y la habitación volvió a quedarse a oscuras.

A continuación, recogió la bolsa de deporte y se dirigió hacia la puerta. Agarrando el picaporte se volvió hacia atrás y miró de nuevo la figura del hombre enorme, tendido boca abajo en la oscuridad. Tan sólo parecía profundamente dormido. Como la primera vez que lo había visto. Aomame era la única persona en el mundo que sabía que había fallecido. Bueno, probablemente la Little People también lo sabía. Por eso había dejado de tronar: sabían que era inútil seguir advirtiéndola. Su apoderado ya había fenecido.

Aomame abrió la puerta y, mirando hacia los lados, se adentró en la sala iluminada. Cerró la puerta suavemente para no hacer ruido. El rapado estaba sentado en un sofá, bebiendo café. Sobre la mesa había una gran bandeja con una

cafetera y sándwiches que debían de haber pedido al servicio de habitaciones. De los sándwiches sólo quedaba la mitad. A un lado había dos tazas de café sin usar. El de la coleta estaba sentado en una silla de estilo rococó junto a la puerta en la misma posición erguida de antes. Parecía que habían permanecido mucho tiempo callados y en la misma postura. En la habitación se respiraba ese ambiente contenido.

Cuando Aomame entró en la sala, el rapado dejó la taza de café que tenía en la mano sobre el platillo y se levantó pausadamente.

—He terminado —dijo Aomame—. Ahora está dormido. Me ha llevado bastante tiempo. La carga que tenía en los músculos era enorme. Déjenlo dormir.

—Está dormido.

—Como un tronco —dijo Aomame.

El rapado miró a Aomame a la cara. La observó minuciosamente. A continuación, bajó la vista despacio hasta la punta de los pies, para comprobar que no había ningún cambio, y luego volvió a alzarla y la miró a la cara.

—¿Es normal?

—Hay mucha gente que se queda profundamente dormida después de que les liberen del intenso estrés acumulado en los músculos. No se trata de nada especial.

El rapado caminó hasta la puerta que separaba aquella sala de estar del dormitorio, giró el picaporte sin hacer ruido, abrió un poco la puerta y escudriñó dentro. Aomame se llevó la mano a la cintura del pantalón para sacar de inmediato la pistola si algo ocurriera. Tras observar la situación durante unos diez segundos, el hombre echó la cara hacia atrás y cerró la puerta.

—¿Cuánto tiempo estará dormido? —le preguntó a Aomame—. No podemos dejarlo indefinidamente durmiendo así sobre el suelo…

—Debería despertarse dentro de un par de horas. Si es posible, déjenlo en la misma posición hasta entonces.

El rapado miró el reloj de pulsera y comprobó la hora. Luego asintió brevemente.

—De acuerdo. Lo dejaremos así un rato —dijo el rapado—. ¿Desea utilizar la ducha?

—No, no hace falta. Pero permítanme que me cambie otra vez.

—Claro. Puede utilizar el tocador.

Aomame habría querido largarse de aquella habitación *ipso facto*, sin cambiarse de ropa siquiera, pero era mejor no levantar sospechas. Cuando llegó,

se había cambiado la ropa. Era necesario que se cambiara igualmente antes de marcharse. Fue al cuarto de baño y se desvistió. Se quitó la ropa interior sudada y, tras secarse el sudor con una toalla, se puso prendas limpias. Luego se puso los pantalones de algodón y la blusa blanca que había traído al principio. La pistola la había introducido debajo del cinturón de los pantalones, para que no se viera desde fuera. Movió el cuerpo en diferentes sentidos y comprobó que esos movimientos no parecían poco naturales. Se lavó la cara con jabón y se cepilló el pelo. Más tarde torció el gesto a conciencia en diferentes ángulos delante del gran espejo del lavabo, para distender los músculos rígidos por el nerviosismo. Después de un rato haciendo eso, devolvió la expresión de siempre a su rostro. Cuando fruncía el ceño durante bastante tiempo, luego tardaba un poco en acordarse de cómo era su cara habitualmente. Sin embargo, tras varios intentos, consiguió asentarla. Aomame miró al espejo y examinó con calma su rostro. «Ningún problema», pensó. «Es la misma cara de siempre. Incluso puedo sonreír. Las manos no me tiemblan, tengo la mirada firme. Soy la impasible Aomame de siempre».

Sin embargo, hacía un momento, cuando había salido del dormitorio, el rapado la había estado mirando fijamente a la cara. Quizás había advertido los restos de lágrimas. Había estado llorando mucho durante un largo rato, así que alguna huella debía de haber quedado. Pensar en eso la intranquilizó. «¿Por qué habría de llorar mientras le hacía los estiramientos musculares?», se preguntaría extrañado el rapado. «¿No habrá ocurrido algo raro?», sospecharía. Entonces abriría la puerta del dormitorio, volvería a observar el aspecto del líder y descubriría que su corazón se había parado…

Aomame se llevó las manos a la zona de la cintura que quedaba en la espalda y confirmó que allí estaba la culata de la pistola. «Tienes que tranquilizarte», pensó. «No tengas miedo. El miedo va a aflorar en la cara y te va a delatar».

Mentalizándose para la peor de las situaciones, Aomame levantó la bolsa del gimnasio con la mano izquierda y salió con cautela del cuarto de baño. Colocó la mano derecha de tal forma que pudiera alcanzar enseguida la pistola. Sin embargo, todo seguía igual en la habitación. El rapado estaba de brazos cruzados en medio de la sala, meditando sobre algo con los ojos entornados. El de la coleta, sentado todavía en la silla de la entrada, observaba con calma la sala. Sus ojos daban la impresión de serenidad, como los del encargado de la ametralladora en un bombardero. Estaba acostumbrado a estar solo y a mirar continuamente hacia el cielo azul. Y sus ojos se habían teñido del color del cielo.

—Supongo que estará cansada —dijo el rapado—. ¿Le apetece un café? También hay sándwiches.

—Gracias, pero estoy bien. Después de terminar el trabajo, nunca tengo hambre. Al cabo de una hora se me va abriendo el apetito poco a poco.

El rapado asintió. Luego se sacó un abultado sobre del bolsillo interior de la americana y, tras comprobar su peso en la mano, se lo entregó a Aomame.

—Contiene un poco más de la cantidad acordada. Como le dije antes, le pido encarecidamente que mantenga todo esto en secreto.

—¿Significa que están comprando mi silencio? —dijo Aomame bromeando.

—Significa que le estamos pidiendo algo más, aparte de su trabajo —replicó el hombre, sin sonreír siquiera.

—Iba a guardar el secreto, independientemente del dinero. Forma parte de mi trabajo. Nunca he revelado información privada fuera del trabajo —dijo Aomame. Luego guardó el sobre en la bolsa de deporte—. ¿Necesitan un recibo?

El rapado sacudió la cabeza.

—No. Esto queda entre nosotros. No es necesario que lo declare como ingresos.

Aomame asintió en silencio.

—Debió de requerirle mucha fuerza —comentó el rapado, sondeándola.

—Más que de costumbre —dijo ella.

—Es que no es una persona normal y corriente.

—Eso parece.

—Es alguien irreemplazable —dijo él—. Además ha soportado esos fuertes dolores durante mucho tiempo. Por así decirlo, ha asumido todo nuestro dolor y sufrimiento. Esperamos que al menos haya podido aliviar un poco ese dolor.

—Como desconozco cuál es el causante principal, no puedo afirmar nada con seguridad —dijo Aomame midiendo sus palabras—. Creo que un poco sí que lo he aliviado.

El rapado asintió.

—Me da la impresión de que usted también está bastante agotada.

—Puede ser —dijo ella.

En cuanto Aomame y el rapado hablaban, el de la coleta observaba la sala en silencio desde la silla al lado de la puerta. Su cara permanecía inmóvil; sólo sus ojos se movían. Su semblante no mostraba ningún cambio. No se sabía si la conversación entre los otros dos llegaba a sus oídos. Era solitario, taciturno y

sumamente precavido. Buscaba la pequeña sombra de un caza enemigo entre las nubes. Al principio eran tan diminutos como un grano de mostaza.

Después de vacilar un instante, Aomame le hizo una pregunta al rapado:

—Quizá me meta en donde no me llaman, pero ¿beber café y comer sándwiches de jamón no infringe los preceptos de la organización?

El rapado se dio la vuelta y miró la bandeja con la cafetera y los sándwiches sobre la mesa. Algo parecido a una sonrisa afloró a sus labios.

—Los preceptos de nuestra organización no son tan estrictos. El alcohol y el tabaco sí que están prohibidos. También existen ciertas restricciones en el terreno sexual. Pero en lo que respecta a la comida tenemos relativa libertad. Normalmente sólo comemos cosas frugales, pero no existe nada en particular que nos prohíba tomar café o sándwiches de jamón. —Aomame sólo asintió, sin manifestar su opinión—. Somos una gran congregación, de modo que necesitamos cierta disciplina, evidentemente. Sin embargo, una excesiva exposición a formas rígidas podría desviar la atención del objetivo esencial. Los preceptos y doctrinas se adoptan exclusivamente por conveniencia. Lo importante no es el marco, sino el contenido.

—Y el líder es quien ofrece el contenido, ¿no?

—Sí. Él puede escuchar la voz que nuestros oídos no alcanzan a oír. Es alguien especial. —El rapado volvió a mirar a Aomame a la cara—. ¡Gracias por su trabajo! Parece que acaba de escampar.

—¡Vaya tormenta! —exclamó Aomame.

—Y que lo diga —dijo el rapado. Sin embargo, parecía que la lluvia y la tormenta no le interesaban demasiado.

Aomame se despidió inclinando ligeramente la cabeza hacia delante, recogió la bolsa y se encaminó hacia la entrada.

—Espere un minuto. —El rapado la detuvo a sus espaldas. Tenía una voz penetrante.

Aomame se paró en medio de la habitación y se dio la vuelta. Su corazón latía con un ruido seco y estridente. Su mano derecha se colocó de forma natural en la cintura.

—La alfombrilla —dijo aquel hombre joven—. Se olvida la alfombrilla. Está extendida en el suelo del dormitorio.

Aomame sonrió.

—Ahora está profundamente dormido sobre ella y no vamos a apartarlo para cogerla. Si les parece bien, quédense con ella. No es un objeto de valor y está

bastante usada. Si no la necesitan, desháganse de ella.

El rapado meditó un instante pero enseguida asintió.

—Muchas gracias por haber venido —dijo.

Cuando Aomame se acercó a la salida, el de la coleta se levantó de la silla y le abrió la puerta. Luego hizo una pequeña inclinación de cabeza. «Al final no ha dicho ni una palabra», pensó Aomame. Ella le devolvió la reverencia y se dispuso a escabullirse.

Pero en ese preciso instante la idea de que podría suceder algo violento le atravesó la piel como una intensa corriente eléctrica. El de la coleta había extendido la mano rápidamente y le agarraba el brazo derecho. Debía de haber sido un movimiento veloz y preciso. Como cuando se quiere atrapar una mosca en el aire. Aomame se imaginó ese instante con tanta viveza, que se le quedaron tiesos todos los músculos del cuerpo. Se le puso la carne de gallina y su corazón se saltó un latido. La respiración se le atragantó y un bicho de hielo recorrió su espalda. Sus sentidos se vieron expuestos a una intensa luz candente. «Con este tipo agarrándome el brazo derecho no puedo alcanzar la pistola. Si algo ocurre, estoy perdida. Él percibe que he hecho *algo*. Intuitivamente es consciente de que dentro de la habitación ha pasado *algo*. No sabe qué, pero algo terrible e inconveniente. Su instinto le comunica: “Tienes que detener a esta mujer”. Le ordena que me derribe al suelo, que me aplaste con fuerza y que, de momento, me disloque el hombro. Pero no es más que intuición. No tiene pruebas fehacientes. Si fuera una simple equivocación, se vería en una situación muy comprometida». Titubeó muchísimo y al final desistió. «El que toma decisiones y da instrucciones es exclusivamente el rapado; él no está capacitado». Controló a la desesperada el impulso de la mano derecha y aflojó los hombros. Aomame pudo intuir con claridad la serie de fases por la que pasó la mente del hombre de la coleta durante uno o dos segundos.

Aomame salió al pasillo cubierto por una alfombra. Sin volverse hacia atrás, caminó con calma por el pasillo hacia el ascensor. Parecía que el de la coleta había asomado la cabeza por la puerta y estaba siguiendo sus movimientos con la mirada. Aomame sentía en su espalda aquella mirada afilada como una cuchilla. Sentía una comezón terrible en todos los músculos, pero no se dio la vuelta. No podía volverse. Al doblar la esquina del pasillo, la energía que la oprimía por fin se desvaneció. Sin embargo, aún no estaba tranquila. No sabía qué iba a suceder a continuación. Pulsó el botón para llamar el ascensor y, mientras llegaba (tardó casi una eternidad), se llevó la mano a la espalda y

agarró la culata de la pistola. Para sacarla en cualquier momento en caso de que el de la coleta hubiera cambiado de parecer y siguiera sus pasos. Antes de que aquellas robustas manos la atraparan, tendría que pegarle un tiro sin vacilar. O pegarse un tiro a sí misma sin vacilar. Aomame no decidió por cuál de las dos opciones decantarse. Probablemente no lo haría hasta el último momento.

Pero nadie la seguía. Los pasillos del hotel permanecían muertos, en silencio. El ascensor se abrió con un ruido metálico y Aomame se metió en él. Pulsó el botón para bajar al hall y esperó a que la puerta se cerrara. Mordiéndose el labio inferior, miraba fijamente la indicación del número de los pisos. Salió del ascensor, atravesó el amplio hall y se subió en uno de los taxis que esperaban a los clientes a la salida. Aunque había escampado del todo, el coche goteaba por todas partes, como si hubiera pasado por debajo del agua. «A la salida oeste de la estación de Shinjuku», le dijo Aomame al conductor. Cuando el taxi arrancó y se alejó del hotel, ella expulsó todo el aire que había acumulado en su cuerpo. Luego cerró los ojos y vació su mente. No quería pensar en nada durante un rato.

Sintió una fuerte náusea. Sintió que algo en el estómago le subía hasta la garganta. Pero se las arregló para enviarlo de nuevo al fondo. Pulsó el botón para entreabrir la ventanilla y se llenó los pulmones del aire húmedo nocturno. Se apoyó contra el asiento y respiró hondo varias veces. Notaba en la boca un olor funesto. Olía como si algo en su cuerpo hubiera comenzado a pudrirse.

De repente se acordó de algo, rebuscó en el bolsillo de los pantalones y encontró dos chicles. Con manos ligeramente temblorosas les quitó el envoltorio, se los metió en la boca y los mascó despacio. Hierbabuena. Un sabor nostálgico. De algún modo apaciguó sus nervios.

Mientras movía las mandíbulas, aquel desagradable olor en su boca fue disminuyendo poco a poco. «No es que algo se esté pudriendo dentro de mí. Se trata simplemente del miedo, que me altera.

»De todas formas, todo ha terminado», pensó Aomame. «No hará falta que vuelva a matar a nadie. Además, yo he hecho lo correcto», se decía a sí misma. «Era necesario asesinar a ese hombre. Sólo recibió su merecido. Y, aunque fuera una coincidencia, él mismo ansiaba que lo mataran. Yo le he dado una muerte apacible, tal y como él deseaba. No he cometido ningún error. Sólo he infringido la Ley».

Pero por más que intentara convencerse a sí misma, en el fondo era incapaz de aceptarlo. «Hace tan sólo un momento he asesinado con estas manos a una persona *que no era normal y corriente*». Todavía recordaba con claridad la

sensación de la aguja puntiaguda penetrando la nuca del hombre sin hacer ruido. *No había sido normal y corriente*. Eso había perturbado de forma considerable a Aomame. Extendió la palma de las manos y las contempló. Algo había cambiado. Eran totalmente distintas a antes. Pero no podía discernir qué era lo que había cambiado ni de qué manera.

De creer a aquel hombre, ella había asesinado a un profeta. Alguien que custodiaba la voz de Dios. Pero el dueño de esa voz no era Dios. Era probablemente la Little People. El profeta es al mismo tiempo el rey, y el rey está predestinado a ser asesinado. Es decir, ella era la asesina que le había expedido su destino. Y al eliminar de modo violento a aquel ser, rey y profeta, había mantenido el equilibrio entre el bien y el mal en el mundo. Como consecuencia, ella debía morir. Pero antes había hecho un trato: matando a aquel hombre y renunciando a su propia vida, Tengo se salvaría. Ese era el trato. *De creer a aquel hombre*.

Sin embargo, no era que no creyese nada de lo que él le había dicho. Él no era un fanático, y quien va a morir no miente. Pero, sobre todo, sus palabras habían sido convincentes. Tenía un poder de convicción igual de pesado que una enorme ancla. Todos los barcos tienen un ancla de peso proporcional a su tamaño. Por muy deplorables que hubieran sido sus actos, aquel hombre era una persona que hacía pensar en un gran barco. Aomame no podía dejar de reconocerlo.

Extrajo la Heckler & Koch del cinturón para que el conductor no la viera, le puso el seguro y la guardó en el neceser. Su cuerpo se desembarazó de aquel sólido y fatal lastre de quinientos gramos.

—¡Vaya truenos han caído hace un rato! Además ha llovido una barbaridad, ¿verdad? —dijo el conductor.

—¿Truenos? —preguntó Aomame. Le parecía que había ocurrido hacía un siglo, a pesar de que sólo había pasado hacía media hora. Ahora que lo decía, era cierto que había estado tronando—. Sí, es verdad. ¡Menuda tormenta!

—Y eso que en el parte meteorológico no dijeron nada… Dijeron que iba a hacer buen tiempo todo el día.

Aomame le daba vueltas a la cabeza. Tenía que decir algo. Pero las palabras no le venían a la mente. Era como si tuviera la cabeza muy torpe.

—Es que los del tiempo nunca aciertan —dijo ella.

El conductor la miró de reojo por el retrovisor. Su manera de hablar debía de haber sido poco natural.

—Parece ser que el agua en la carretera se ha desbordado, se ha colado en la estación de metro de Akasaka-mitsuke y las vías se han inundado. Todo porque ha llovido a cántaros en un área muy pequeña. En las líneas Ginza y Marunouchi se ha interrumpido la circulación de forma temporal. Lo han dicho hace un momento en las noticias de la radio.

«Han parado el metro a causa de las lluvias torrenciales. ¿Tendrá algún tipo de repercusión en lo que haga? Tengo que pensar rápido. Voy a ir hasta la estación de Shinjuku y sacar la bolsa de viaje y el bolso bandolera de la consigna automática. Luego llamaré a Tamaru por teléfono y recibiré sus instrucciones. Si no puedo utilizar la línea Marunouchi en Shinjuku, el asunto se va a complicar un poco. Sólo dispongo de dos horas para huir lejos. Pasadas esas dos horas, les va a extrañar que el líder no se haya despertado, seguramente irán a la habitación contigua para ver cómo está y descubrirán que ha dejado de respirar. Entonces empezarán a moverse de inmediato».

—¿Todavía no está operativa la línea Marunouchi? —preguntó Aomame al conductor.

—Pues la verdad es que no lo sé. ¿Pongo las noticias de la radio?

—Sí, por favor.

Según el líder, la Little People había provocado la tronada y el aguacero. La lluvia se había concentrado en la pequeña área en torno a Akasaka y, a raíz de ello, el servicio de metro había sido interrumpido. Aomame sacudió la cabeza. Debía de haber algún objetivo de por medio. Las cosas no estaban saliendo tal y como las había planeado.

El conductor sintonizó la NHK en la radio. Emitían un programa de música dedicado a canciones folk de cantantes japoneses que habían estado de moda en la segunda mitad de los años sesenta. Aomame las había escuchado en la radio cuando era pequeña y se acordaba vagamente de ellas, pero no le traían ningún recuerdo grato. Más bien le provocaron un malestar en el pecho. Aquellas canciones le hacían recordar la clase de cosas que no le apetecía recordar. Tuvo paciencia y escuchó el programa durante un buen rato, pero por más que esperaba no emitían ninguna noticia sobre el estado de la circulación del metro.

—Perdone, ¿podría apagar la radio? —dijo Aomame—. He decidido ir a Shinjuku de todos modos y ver cómo está la situación.

El conductor la apagó.

—La estación de Shinjuku seguro que está a rebosar —dijo él.

Tal y como le había dicho el conductor, en la estación de Shinjuku no cabía un alma. Como habían interrumpido la línea Marunouchi, que conectaba con los trenes de cercanías en Shinjuku, se había armado un caos por la afluencia de gente, que iba de un lado para otro. Aunque ya pasaba de la hora punta para regresar a casa, era complicado abrirse paso entre la muchedumbre.

Aomame por fin alcanzó la consigna y recuperó el bolso bandolera y la bolsa de viaje de cuero artificial negro. En la bolsa estaba el efectivo que había sacado de la caja fuerte de alquiler. Sacó algunos objetos de la bolsa de deporte y los repartió entre el bolso bandolera y la bolsa de viaje: el sobre con el dinero que había recibido del rapado, el neceser de plástico con la pistola, el estuche rígido que contenía el picahielos. La bolsa de deporte Nike, que ya no le hacía falta, la metió en la consigna de al lado; introdujo una moneda de cien yenes y cerró con llave. No tenía intención de recuperarla. No contenía nada que permitiera identificarla.

Dio vueltas a la estación con el bolso bandolera colgado del hombro en busca de una cabina telefónica. Todas estaban ocupadas. Como el metro estaba inoperante, la gente que quería llamar a casa para decir que iba a llegar tarde esperaba ordenadamente formando una larga cola. Aomame torció el gesto un poco. Parecía que la Little People no iba a permitirle escaparse así por las buenas. Como había dicho el líder, ellos no podían hacerle nada directamente, pero podían entorpecer sus movimientos desde la retaguardia con otro tipo de recursos.

Aomame desistió de esperar su turno para llamar por teléfono, salió de la estación, caminó un poco, entró en una cafetería que había llamado su atención y pidió un café con hielo. El teléfono rosa del local también estaba ocupado, pero no había nadie haciendo cola. Esperó a que una mujer de mediana edad acabara una conversación interminable. La mujer miraba de reojo, incómoda, a Aomame, pero sólo colgó después de unos cinco minutos.

Aomame introdujo en el teléfono toda la calderilla que llevaba encima y marcó el número que había memorizado. Sonaron tres tonos y luego una voz inorgánica grabada le comunicó que «Ahora mismo no estoy disponible. Por favor, deje un mensaje después de oír la señal».

Oyó la señal y habló al auricular:

—Oye, Tamaru, si estás ahí haz el favor de contestar.

Descolgaron el aparato.

—Estoy aquí —contestó Tamaru.

—Menos mal —dijo Aomame.

A diferencia de otras veces, en la voz de Tamaru se percibía un eco acuciante.

—¿Estás bien? —preguntó.

—De momento, sí.

—¿Ha salido bien el trabajo?

—Está profundamente dormido. Tan dormido que nunca volverá a despertarse.

—Ya veo —dijo Tamaru. Su voz traslucía una sensación de alivio. Algo raro en Tamaru, que nunca manifestaba sus sentimientos—. Se lo voy a decir. Seguro que la tranquilizará.

—Aunque no ha sido sencillo.

—Lo sé. Pero el trabajo está finalizado.

—Sí, en cierta medida —dijo ella—. ¿Es seguro hablar por teléfono?

—Estoy utilizando una línea especial. No te preocupes.

—He sacado el equipaje de la consigna de Shinjuku. ¿Y ahora?

—¿Tienes tiempo?

—Una hora y media —dijo Aomame. Le explicó brevemente la situación. Pasada hora y media, los dos guardaespaldas inspeccionarían la habitación contigua y descubrirían que el líder no respiraba.

—Con hora y media es suficiente —dijo Tamaru.

—Cuando lo descubran quizás avisen de inmediato a la policía.

—No estoy tan seguro, porque ayer hubo una investigación policial en la sede de la organización. En lo que a toma de declaraciones se refiere, de momento aún no ha sido una investigación a fondo, pero ahora que el fundador ha sido asesinado podría armarse un buen jaleo.

—O sea, ¿que quizá se encarguen ellos mismos en vez de denunciarlo?

—No tendrían ningún escrúpulo en hacerlo. Cuando leamos los periódicos de mañana, sabremos qué ha pasado: si han denunciado la muerte del fundador a la policía o no. A mí no me gusta hacer apuestas, pero si tuviera que jugármela, me la jugaría a que no van a denunciarlo.

—Quizá crean que ha sido una muerte natural.

—A simple vista, no se puede juzgar. Mientras no le hagan una autopsia legal completa, no sabrán si ha sido muerte natural o un asesinato. Pero de todos modos primero van a querer interrogarte, porque has sido la última persona que

lo ha visto con vida. Y naturalmente, una vez que sepan que has abandonado tu vivienda y que te estás escondiendo, llegarán a la conclusión de que no ha sido una muerte natural.

—Entonces empezarán a seguirme el rastro. Por todos los medios.

—De eso no cabe duda —dijo Tamaru.

—¿Podréis hacerme desaparecer por completo?

—Tenemos un plan. Un plan minucioso. Si actúas con cautela y paciencia conforme al plan, nadie te va a encontrar. Lo peor es tener miedo.

—Hago todo lo posible —dijo Aomame.

—Sigue haciendo todo lo posible. Has actuado rápido y tienes el tiempo de tu lado. Eres una persona cautelosa y paciente. Basta con que hagas lo de siempre.

—Ha habido lluvias torrenciales en la zona de Akasaka y se ha interrumpido el servicio de metro.

—Lo sé —dijo Tamaru—. Pero no te preocupes. No está previsto que utilices el metro. Ahora mismo vas a tomar un taxi y vas a venir a la casa de acogida en el centro de la ciudad.

—¿En el centro de la ciudad? ¿No me habías dicho que me fuera lejos?

—Por supuesto, vas a irte lejos. —Tamaru intentó convencerla pausadamente —. Pero antes necesitas ciertos preparativos. Tienes que cambiarte de nombre y de rostro. Además, éste ha sido un trabajo duro. Seguro que estás con los nervios a flor de piel. Actuar deprisa y corriendo en estos casos no da buen resultado. Vas a esconderte durante un tiempo en la casa de acogida. Tranquila; nosotros vamos a apoyarte.

—¿Dónde está?

—En Kōenji —dijo Tamaru.

«Kōenji», pensó Aomame. Entonces se dio un golpecito en los incisivos con la punta de las uñas. Kōenji era territorio desconocido para ella.

Tamaru le dio la dirección y el nombre del edificio. Como de costumbre, Aomame grabó todo en su cabeza, sin tomar nota.

—En la entrada sur de Kōenji. Cerca de la circunvalación número siete. El número del apartamento es el trescientos tres. El cierre automático de la entrada se abre pulsando el dos mil ochocientos treinta y uno.

Tamaru hizo una pausa. Aomame repitió mentalmente los números 303 y 2831.

—La llave está pegada con cinta adhesiva al felpudo de la entrada por la parte de abajo. En la habitación tienes todo lo necesario para vivir allí de forma temporal, sin necesidad de salir al exterior. Seré yo quien me ponga en contacto contigo. Dejaré sonar tres veces, colgaré y luego volveré a llamar después de veinte segundos. Tú, a ser posible, intenta no llamarme.

—Entendido —dijo Aomame.

—¿Eran duros de pelar los tipos esos? —preguntó Tamaru.

—Los dos que llevaba consigo parecían competentes. También estaban un poco tensos. Pero no eran profesionales. No estaban a tu altura.

—No hay muchos que estén a mi altura.

—Si los hubiera, podría ser un problema.

—Tal vez —dijo Tamaru.

Aomame tomó el equipaje y se dirigió a la parada de taxis en el recinto de la estación. Allí también se había formado una larga cola. Parecía que la circulación del metro todavía no se había restablecido. En cualquier caso, no le quedó más remedio que hacer cola y esperar pacientemente su turno. No tenía muchas más opciones.

Mientras esperaba entre numerosas personas con cara de cabreo, que de forma habitual utilizaban el metro para desplazarse del trabajo a casa y viceversa, Aomame repetía mentalmente la dirección y el nombre de la casa de acogida, el número del apartamento, el código para anular el cierre automático y el número de teléfono de Tamaru. Igual que un asceta sentado sobre una roca en la cima de una montaña recitando importantes mantras. Aomame siempre había confiado en su memoria. Podía memorizar esa información sin ningún esfuerzo. Pero además, en ese momento, aquellas cifras eran su salvavidas. Si se olvidara o se equivocara en una sola, sobrevivir se complicaría. Tenía que grabarlas en lo más profundo de su cabeza.

Cuando por fin consiguió subirse a un taxi, había pasado una hora, más o menos, desde que se había marchado de la habitación en la que yacía el cadáver del líder. Le había llevado casi el doble del tiempo que había previsto en llegar a aquel punto. La Little People seguramente había ganado tiempo. Habían provocado lluvias torrenciales en Akasaka, habían conseguido congestionar la estación de Shinjuku, ya que el metro se había detenido y la gente no podía regresar a casa; habían hecho que hubiera pocos taxis disponibles y habían

entorpecido las acciones de Aomame. A raíz de todo ello, se estaba poniendo nerviosísima poco a poco. Estaba perdiendo la sangre fría. Pero tal vez fuera una mera coincidencia. Sólo una casualidad. «Quizá sólo temo la sombra de una Little People que en realidad no existe».

Tras comunicarle el lugar de destino al conductor, Aomame se hundió en el asiento y cerró los ojos. En ese momento los dos hombres de traje oscuro estarían comprobando la hora en sus relojes de pulsera mientras esperaban a que el fundador se despertase. Aomame se los imaginó. El rapado reflexionaba sobre diferentes cosas mientras bebía café. Reflexionar era su función. Pensar y tomar decisiones. «La siesta del líder está siendo demasiado silenciosa», sospecharía tal vez. «El líder siempre duerme como un tronco, sin hacer ruido. Ni ronca ni respira fuerte. Sin embargo, siempre se nota su presencia. La chica ha dicho que dormiría profundamente durante dos horas. Que teníamos que dejarlo en paz durante ese tiempo para que sus músculos se recuperasen. De momento sólo ha pasado una hora». Pero algo lo inquietaba. Quizá fuera mejor comprobar cómo estaba. No sabía qué hacer.

Pero el peligroso de verdad era el de la coleta. Aomame todavía recordaba vivamente la violencia que el de la coleta había manifestado de forma fugaz cuando ella salía de la habitación. Era un hombre taciturno pero con una fina intuición. Quizá también fuera bueno en artes marciales. Parecía más competente de lo que se había imaginado. Con sus conocimientos de artes marciales, Aomame no tendría nada que hacer. Quizá ni le daría tiempo de mover la mano para coger la pistola. Pero afortunadamente no era profesional. Antes de pasar de la intuición a la acción, había usado el raciocinio. Estaba acostumbrado a recibir órdenes de alguien. No como Tamaru. Si hubiera sido Tamaru, primero la habría detenido e inmovilizado y después habría reflexionado. Primero actuaba. Confiaba en su intuición y dejaba las consideraciones lógicas para más tarde. Él sabía que con un instante de duda todo es demasiado tarde.

Al acordarse de lo ocurrido, sus axilas transpiraron ligeramente. Sacudió la cabeza en silencio. «He tenido suerte. Por lo menos me he salvado de que me capturaran al instante. A partir de ahora deberé andarme con mucho cuidado. Tamaru tiene razón. Lo más importante es actuar con cautela y paciencia. El peligro puede surgir en un instante de descuido».

El conductor del taxi era un hombre de mediana edad que hablaba de manera

muy educada. Cogió un mapa, detuvo el coche y el taxímetro, averiguó amablemente el número del edificio y lo encontró. Aomame le dio las gracias y se apeó del taxi. Era un elegante edificio nuevo de seis plantas. Estaba en el centro de una zona residencial. En la entrada no había nadie. Aomame presionó el 2831 para anular el cierre, abrió la puerta automática de la entrada y subió hasta el tercer piso en un ascensor limpio, pero angosto. Cuando el ascensor llegó arriba, primero comprobó la situación de las escaleras de emergencia. Luego quitó del felpudo la llave sujeta con cinta adhesiva, la utilizó y entró en el piso. Al abrir la puerta del recibidor, se accionó un dispositivo que iluminaba automáticamente la entrada. El piso olía a nuevo. El mobiliario y los aparatos eléctricos también parecían sin estrenar; nada indicaba que hubieran sido utilizados. Seguro que acababan de sacarlos de las cajas y les habían quitado el precinto de plástico. Esos muebles y aparatos parecían haber sido comprados en conjunto por un diseñador para arreglar un piso piloto. Tenían un diseño simple, eran funcionales y no olían a vida.

A la izquierda de la entrada vio una salita comedor. Había un pasillo, un aseo y un cuarto de baño con bañera y dos habitaciones al fondo. En uno de los dormitorios habían dispuesto una cama de 1,50 X 2 metros. La cama estaba hecha. Las persianas de las ventanas, cerradas. Al abrir la ventana que daba a la calle, se oyó el ruido del tráfico en la circunvalación número siete, como el fragor lejano del mar. Al cerrarla apenas se oía nada. En la salita había un pequeño balcón desde el cual se dominaba el parque que se interponía entre el edificio y la calle. Había un columpio, un tobogán, un cajón de arena y unos aseos públicos. Una alta farola de mercurio iluminaba todo alrededor de manera casi artificial. Un enorme olmo de agua desplegaba sus ramas. El piso estaba en la tercera planta, pero como en el vecindario no había edificios altos, no tenía que preocuparse por que alguien la observara.

Aomame se acordó del piso que acababa de abandonar en Jiyūgaoka. Era un edificio viejo, no demasiado limpio, en el que de vez en cuando aparecían cucarachas, y de paredes finas. Aunque no tenía excesivo apego por aquella vivienda, en ese momento la echó de menos. Al estar en aquel piso nuevo e impoluto le daba la sensación de que se había convertido en una persona anónima a la que habían arrebatado los recuerdos y la personalidad.

Dentro de la nevera, cuatro Heineken en lata se estaban enfriando en el estante de la puerta. Aomame abrió una y le dio un sorbo. Encendió el televisor

de veintiuna pulgadas, se sentó frente a él y vio las noticias. Informaban sobre la tronada y las lluvias torrenciales. La noticia principal era la inundación de la estación Akasaka-mitsuke y la interrupción de las líneas Marunouchi y Ginza. El agua desbordada había corrido por las escaleras de la estación como una cascada. Los empleados de la estación, vestidos con impermeables, habían apilado sacos de arena en la entrada, pero ya era demasiado tarde. El servicio de metro seguía suspendido y todavía no estaba previsto restituirlo. Blandiendo un micrófono, el reportero de la televisión preguntaba su opinión a la gente que se había quedado sin medio para volver a casa. «En el parte meteorológico de la mañana dijeron que hoy iba a hacer un tiempo espléndido todo el día», se quejó una persona.

Vio las noticias hasta el final, pero, como cabía esperar, no emitieron ninguna noticia sobre el fallecimiento del líder de Vanguardia. Aquellos dos debían de estar esperando en la sala contigua a que transcurrieran las dos horas. Después se enterarían de la realidad. Aomame sacó el neceser de la bolsa de viaje, cogió la Heckler & Koch y la puso sobre la mesa del comedor. Una semiautomática de fabricación alemana sobre una nueva mesa de comedor resultaba terriblemente tosca y taciturna. Y negra como el carbón. Con todo, daba a la habitación despersonalizada un toque de intensidad. «Paisaje con pistola automática», susurró Aomame. Parecía el título de un cuadro. A partir de entonces tendría que llevarla siempre consigo. Tendría que estar preparada para hacerse con ella de inmediato en cualquier momento. Para disparar a otro o para dispararse a sí misma.

Dentro de la enorme nevera había alimentos como para atrincherarse allí durante un mes si hiciera falta. Verduras, fruta y unos cuantos platos precocinados para consumir al instante. En el congelador había diversos tipos de carne, pescado y pan. Incluso había helado. En las alacenas, había colocados diversos productos ya preparados, latas de conserva y condimentos. También arroz y fideos. Había agua mineral en abundancia, así como dos botellas de vino tinto y dos de blanco. No sabía quién lo había dispuesto todo, pero lo había hecho con esmero. No se le ocurría nada que pudiera faltar.

Como tenía algo de hambre, sacó el camembert, lo cortó y se lo comió con un *cracker*. Tras haberse comido medio queso, lavó un apio bien lavado y lo mordisqueó entero con mayonesa.

Luego abrió uno por uno los cajones de la cómoda que había en su dormitorio. El superior contenía un pijama y un albornoz fino. Eran artículos sin estrenar, que venían en bolsas de plástico. Estaban muy bien dispuestos. En el siguiente había tres juegos de camisetas y calcetines, medias y ropa interior de repuesto. Todas eran simples y blancas, a juego con el diseño de los muebles, y todas venían en bolsas de plástico. Debían de ser iguales que las que se les proporcionaba a las mujeres de la casa de acogida. Aunque estaban hechas de buen material, tenían cierto aspecto de «productos de suministro». En el aseo había champú, acondicionador, crema hidratante y colonia. Lo habían equipado con todo lo que necesitaba. Como normalmente Aomame apenas se maquillaba, los productos que necesitaba eran muy limitados. Había, además, un cepillo de dientes, un cepillo interdental y un tubo de pasta dentífrica. También habían preparado de forma meticulosa un cepillo para el pelo, bastoncillos, una cuchilla de afeitar, unas pequeñas tijeras y artículos de higiene femenina. Las existencias de papel higiénico y pañuelos de papel también eran suficientes. Habían doblado toallas de baño y toallas para la cara y las habían apilado en un armario. Todo había sido dispuesto con sumo cuidado.

Abrió el armario ropero. A lo mejor se encontraba con vestidos y zapatos de su talla bien ordenados. Si fueran de Armani y Ferragamo, podría darse con un canto en los dientes. Pero, contra todo pronóstico, el armario estaba vacío. No habían llegado a tanto. Eran conscientes de hasta qué punto eran meticulosos y a partir de qué punto se excedían. Igual que la biblioteca de Jay Gatsby: disponía de libros reales, pero las páginas no llegaban a estar cortadas. Además, mientras permaneciera allí, no tendría necesidad de ropa para salir a la calle. Ellos no le habían preparado cosas que no iba a necesitar. Sin embargo, sí que habían dispuesto un montón de perchas.

Aomame sacó la ropa que había traído de la bolsa de viaje y, tras comprobar, prenda por prenda, que no estaba arrugada, la colgó en las perchas. Sabía que no hacerlo y dejar la ropa metida en la bolsa sería más conveniente si tuviera que huir a toda prisa, pero no había nada que odiara más en este mundo que ponerse ropa toda arrugada.

«Nunca seré una delincuente fría y profesional», pensó Aomame. «¡Joder! ¡Mira que preocuparme por si la ropa se arruga en este preciso momento!». Entonces se acordó de una conversación que había mantenido con Ayumi:

—Escondo el parné entre el somier y el colchón, y, cuando la cosa se pone fea, cojo todo y huyo por la ventana.

—Sí; eso, eso —dijo Ayumi, y chascó los dedos—. Como en La huida. *La peli de Steve McQueen. Un fajo de billetes y una escopeta. Me gusta*.

«No es una vida tan divertida», dijo Aomame a la pared.

Después Aomame fue al cuarto de baño, se desnudó y se dio una ducha. El agua caliente arrastró el desagradable sudor que quedaba en su cuerpo. Salió del cuarto de baño, se sentó frente a la mesa de la cocina y, mientras se secaba el pelo húmedo con una toalla, volvió a tomar un trago de la cerveza que había dejado.

«Hoy las cosas se han sucedido como cabía esperar», pensó Aomame. «Clac. El engranaje se ha movido hacia delante. Una vez que avanza hacia delante, nunca vuelve atrás. Ésa es una regla mundial».

Aomame cogió la pistola, la puso del revés y se metió el cañón en la boca, mirando hacia arriba. En el extremo de los dientes sintió su tacto metálico, muy duro y frío. Olía ligeramente a grasa. «Podría volarme los sesos. Levantar el percutor y apretar el gatillo. Todo se terminaría para siempre. No haría falta pensar en nada. No haría falta huir».

Aomame no tenía ningún miedo de morir. «Yo muero y Tengo sobrevive. Él va a vivir en este mundo de dos lunas, en el año de 1Q84.

Pero en él yo *no estoy incluida*. No podré verlo en este mundo. Nunca podré verlo por muchos mundos que se superpongan. Al menos eso es lo que dijo el líder».

Aomame observó lentamente todo el piso. «Es como un piso piloto», pensó. «Está limpio, da sensación de uniformidad y dispone de todo lo que necesito. Pero sólo es un piso de cartón piedra, frío e impersonal. Morirme aquí no sería una muerte demasiado agradable. Pero aunque lo cambiara por un escenario que me agradase, en este mundo no existen las muertes agradables. Además, al fin y al cabo, el mundo en que vivo se parece a un enorme piso piloto. Entro, tomo asiento, bebo té, contemplo el paisaje por la ventana y, llegado el momento, doy las gracias y me voy. Todos los muebles no son más que objetos falsos dispuestos para la ocasión. Tal vez incluso la Luna que se ve por la ventana también sea de cartón piedra.

»Pero yo amo a Tengo», pensó Aomame. Lo pronunció en voz baja. *«Yo amo a Tengo*. Eso no es una burda comedia. 1Q84 es un mundo real en el que, si te cortas, sangras. El dolor es dolor de verdad, el miedo es miedo de verdad. La

Luna suspendida del cielo no es de papel maché. Es una Luna real. Un *par* de lunas reales. Y en este mundo voy a morirme voluntariamente por Tengo. Nadie podría decir que eso sea falso».

Aomame miró el reloj circular colgado de la pared. Un diseño simple de la marca Braun. Hacía juego con la Heckler & Koch. Aparte de aquel reloj, no había nada más colgado de la pared. Las manecillas marcaban las diez. Era hora de que los dos hombres descubrieran el cadáver del líder.

En un dormitorio de una elegante suite del Hotel Okura, un hombre había dejado de respirar. Un hombre corpulento, que *no era normal y corriente*. Había pasado al otro mundo. Ya no podría regresar a este mundo por medio de nadie ni de nada.

Por fin ha comenzado la hora de los fantasmas.

16
TENGO

Igual que un barco fantasma

«Cuando llegue el nuevo día, ¿qué mundo será éste?».

—Eso nadie lo sabe —dijo Fukaeri.

Pero en el mundo en que Tengo se despertó no parecía haber ningún cambio con respecto al mundo en que se había quedado dormido la noche anterior. El reloj de la cabecera marcaba las seis y pico. Fuera, ya era de día. El aire era claro y por los intersticios de las cortinas entraba la luz como una cuña. Parecía que el verano se acercaba a su fin. El canto de los pájaros sonaba vivo y penetrante. El fuerte temporal del día anterior parecía una ilusión. O algo que había ocurrido en un lugar ignoto en un pasado distante.

Al despertarse, lo primero que se le pasó a Tengo por la cabeza fue si Fukaeri no habría desaparecido durante la noche. Pero seguía a su lado profundamente dormida, como una pequeña criatura en plena hibernación. Su rostro cuando dormía era hermoso; el delicado cabello negro cubría sus blancas mejillas trazando complejos patrones. Las orejas no se le veían, ocultas bajo el cabello. Se oía tenuemente cómo respiraba. Tengo se quedó un rato observando el techo de la habitación y escuchando ese respirar, semejante a un pequeño fuelle.

Recordaba con claridad la sensación que había tenido la noche anterior al eyacular. Sólo de pensar que había expulsado semen dentro de la chica se sentía desconcertado. Además había sido *mucho* semen. Ahora, por la mañana, al igual que el temporal, parecía que no había ocurrido en realidad. Como una experiencia vivida en un sueño. Durante la adolescencia, había experimentado varias poluciones nocturnas. Tenía un sueño de contenido sexual realista, dentro del sueño eyaculaba y se despertaba. Lo ocurrido había sido un sueño, pero el esperma era real. La sensación se parecía mucho.

Sin embargo, aquello no había sido una polución nocturna. Había eyaculado sin duda dentro de Fukaeri. Ella se había introducido el pene de Tengo y había

exprimido de manera eficaz su esperma. El sólo se había sometido. En ese momento, su cuerpo estaba completamente entumecido; no era capaz de mover ni un dedo. Además, Tengo creía haber eyaculado en el aula de la escuela. De todas formas, Fukaeri le había dicho que no tenía la regla, así que no había posibilidad de que se quedara embarazada. Le costaba creer que tal cosa pudiera haber sucedido. Pero había ocurrido de verdad. Algo real en un mundo real. Tal vez.

Tengo se levantó de la cama, se cambió de ropa, fue a la cocina, puso agua a hervir y preparó café. Mientras lo preparaba, intentó poner su mente en orden. Como si colocara las cosas de un cajón del escritorio. Pero no las colocó correctamente. Sólo cambió algunas de posición. En el lugar de la goma de borrar puso los clips, en el lugar de los clips colocó el sacapuntas y en el lugar del sacapuntas metió la goma de borrar. El desorden sólo pasó de una forma a otra diferente.

Tras beberse el café recién hecho, fue al baño y, escuchando un programa de música barroca en la radio FM, se afeitó la barba. Sonaba una partita para diversos instrumentos compuesta por Telemann. Era el mismo proceder de siempre: preparaba café en la cocina, se lo bebía y se afeitaba mientras escuchaba el programa «Barroco para ti» en la radio. Lo único que cambiaba cada día eran las obras musicales. El otro día había sido música para teclado de Rameau.

El comentarista estaba hablando:

«En la primera mitad del siglo XVIII Telemann había adquirido gran prestigio como compositor en diferentes zonas de Europa, pero en el siglo XIX sus obras se ganaron el desprecio de la gente debido a una excesiva productividad. Sin embargo, no era culpa de Telemann. El gran cambio de intenciones a la hora de componer que había acompañado la transformación de la estructura de la sociedad europea provocó esa inversión de la apreciación».

«¿Es éste un mundo nuevo?», pensó Tengo.

Volvió a mirar lo que lo rodeaba. Como cabía esperar, no descubrió ningún cambio. Todavía no se veía a nadie que lo despreciara. En cualquier caso,

necesitaba afeitarse. Hubiera cambiado el mundo o no, nadie lo iba a afeitar por él. No le quedaba más remedio que afeitarse con sus propias manos.

Una vez afeitado, hizo tostadas, que se comió con mantequilla, y se tomó otro café. Fue al dormitorio a ver qué hacía Fukaeri, pero parecía profundamente dormida y no se movía ni un ápice. Desde hacía un rato no cambiaba de posición. El cabello trazaba el mismo dibujo sobre sus mejillas. Respiraba con el mismo sosiego de antes.

De momento no tenía ningún plan. No tenía clases en la academia. Nadie lo iba a visitar, ni él había pensado ir a visitar a nadie. Era libre para hacer lo que le viniera en gana durante todo el día. Tengo se sentó frente a la mesa de la cocina y siguió escribiendo su novela. Con una pluma iba llenando los folios de caracteres. Se concentró de inmediato en la tarea, como de costumbre. El canal de sus sentidos cambió y todo lo demás desapareció de vista.

Fukaeri se despertó antes de las nueve. Se quitó el pijama y se puso una camiseta de Tengo. Era la camiseta de la gira japonesa de Jeff Beck que había llevado cuando Tengo había ido a visitar a su padre a Chikura. Los pezones se le marcaban con nitidez. A Tengo le evocó forzosamente la sensación que había tenido la noche anterior al eyacular. Igual que cuando una fecha evoca un acontecimiento histórico.

En la radio sonaba una pieza para órgano de Marcel Dupré. Tengo dejó de escribir y le preparó el desayuno. Fukaeri bebió un Earl Grey y comió tostadas con mermelada de fresa. Untaba las tostadas con mermelada con sumo cuidado y tomándose su tiempo, como Rembrandt cuando pintaba los pliegues de la ropa.

—¿Cuántos ejemplares se han vendido de tu libro? —preguntó Tengo.

—De *La crisálida de aire* —preguntó a su vez Fukaeri.

—Sí.

—No lo sé —dijo Fukaeri. Entonces frunció ligeramente el ceño—— Muchísimos.

«Para ella, el número no es un factor importante», pensó Tengo. La expresión «muchísimos» le recordó tréboles brotando hasta los confines de un enorme campo. Los tréboles indicaban el concepto de «mucho» y nadie podía contarlos.

—Mucha gente está leyendo *La crisálida de aire* —comentó Tengo.

Sin decir nada, Fukaeri inspeccionaba cómo había untado la mermelada.

—Tengo que ver al señor Komatsu en cuanto pueda —dijo Tengo mirando a

la cara a Fukaeri, que estaba al otro lado de la mesa. Su rostro no mostraba ninguna expresión, como siempre—. Supongo que tú también has visto al señor Komatsu, ¿no?

—Cuando fue lo de la *rueda-de-prensa*.

—¿Hablasteis?

Fukaeri hizo un breve movimiento negativo con la cabeza. Quería decir que apenas habían hablado.

Pudo imaginarse vivamente la situación. Komatsu le habría contado a la misma portentosa velocidad de siempre lo que pensaba —o lo que no pensaba— y ella habría permanecido callada todo el tiempo. Ni siquiera habría escuchado sus palabras. A Komatsu tampoco le habría importado. Si alguien le pidiera que diese un ejemplo concreto de «combinación de personas sin ninguna probabilidad de compatibilizar», podría mencionar a Fukaeri y Komatsu.

—Hace mucho tiempo que no veo al señor Komatsu, y él tampoco se ha puesto en contacto conmigo. Debe de andar bastante ocupado. Como *La crisálida de aire* se ha convertido en un *best seller*, se habrá metido en un jaleo. Pero ya va siendo hora de que nos veamos y hablemos seriamente sobre distintos asuntos. Ahora que tú estás aquí sería una buena ocasión. ¿Por qué no quedamos todos?

—Los tres.

—Sí. Eso agilizaría todo el asunto.

Fukaeri reflexionó un instante. Quizás estuviera imaginándose algo. Luego respondió:

—Está bien. Si es posible…

«Si es posible…», repitió Tengo para sí. Sonaba como un vaticinio.

—¿Crees que a lo mejor no es posible? —preguntó tímidamente Tengo.

Fukaeri no contestó.

—Si es posible, quedaremos con él. No debería haber ningún problema.

—Quedar para qué.

—¿Quedar para qué? —repitió Tengo—. Primero para devolverle el dinero. Ha transferido dinero a mi cuenta bancaria como remuneración por la corrección de *La crisálida de aire*. Pero yo no pienso aceptarlo. No me arrepiento de haber reescrito el libro. Es un trabajo que me ha motivado y me ha guiado por el buen rumbo. No está bien que yo lo diga, pero creo que ha sido un buen trabajo. Y la verdad es que ha tenido buena acogida y se está vendiendo. No creo que me haya equivocado aceptando el trabajo. Aunque tampoco pensaba que el asunto fuera a

tomar tales proporciones. Obviamente, fui yo el que acepté y, por lo tanto, debo asumir la responsabilidad. Pero ahora mismo no tengo intención de aceptar esa paga.

Fukaeri hizo ademán de encoger ligeramente los hombros.

—Tienes razón —admitió Tengo—. Quedar con él quizá no cambie nada, pero quiero dejar clara mi posición.

—A quién.

—Principalmente a mí mismo —dijo bajando un poco la voz.

Fukaeri cogió la tapa del tarro de la mermelada y lo observó como si fuera algo extraño.

—Pero quizá ya sea demasiado tarde —añadió Tengo.

Fukaeri no dijo nada al respecto.

Cuando, pasada la una, llamó por teléfono a la empresa de Komatsu (por la mañana Komatsu nunca estaba en el trabajo), la mujer que se puso al aparato le dijo que Komatsu llevaba varios días sin pasarse por allí, pero no tenía más información. O aunque la tuviera no parecía dispuesta a dársela. A petición de Tengo, le pasó con otro editor que conocía. Tengo había escrito una especie de breve columna usando un pseudónimo para la revista mensual que aquel hombre editaba. Era un editor dos o tres años mayor que él, habían ido a la misma universidad y le guardaba simpatía a Tengo.

—Komatsu ya lleva una semana sin venir al trabajo —dijo el editor—. Al tercer día llamó para decirnos que no se encontraba bien y que iba a tomarse unas vacaciones durante un tiempo. Desde entonces no ha vuelto al trabajo. El equipo del departamento de edición está que se tira de los pelos. El señor Komatsu era el editor encargado de *La crisálida de aire* y se había encargado él solo de todo lo relativo al libro. Aunque era el responsable de la revista desatendió sus funciones y se centró en el libro, sin dejar que nadie se inmiscuyera. Por eso, ahora que no está, los demás tienen las manos atadas. Pero, bueno, si él se encuentra indispuesto, no hay nada que podamos hacer…

—¿Qué le pasa?

—No lo sé. Sólo me dijo que se encontraba mal. Dijo eso y colgó. Desde entonces no ha vuelto a llamar. Quería preguntarle una cosa, pero cuando lo llamo a casa no coge el teléfono. Tiene el contestador activado. No sé qué hacer.

—¿No tiene familia?

—Vive solo. Tenía mujer e hijo, pero ya hace mucho tiempo que se divorció. Como él nunca cuenta nada, desconozco los detalles, pero ése es el rumor que corre.

—De todas formas es raro que falte una semana y que no llame ni una sola vez.

—Bueno, pero ya sabes que él no es alguien que aplique el sentido común.

Tengo reflexionó sobre ello con el auricular en la mano. Luego habló:

—Es cierto que es una persona imprevisible. No acepta las convenciones sociales y es un tanto egoísta. Pero, que yo sepa, no es una persona irresponsable en lo relativo al trabajo. Aunque se encuentre mal, no es normal que deje el trabajo a medias y no se ponga en contacto ni una sola vez con la empresa justo cuando *La crisálida de aire* se está vendiendo tan bien. Por muy mal que se encuentre, él no es así.

—Tienes razón —admitió el editor—. Quizá sea mejor que me acerque a su casa y compruebe cómo está. En cuanto a lo de la desaparición de Fukaeri, se ha armado un berenjenal con Vanguardia y aún no se conoce el paradero de la chica. Incluso se cree que ha podido pasarle algo. Me pregunto si el señor Komatsu no estará fingiendo encontrarse enfermo para ausentarse y refugiar a Fukaeri en alguna parte.

Tengo se quedó callado. No podía decirle que Fukaeri estaba en persona delante de él, limpiándose los oídos con un bastoncillo.

—Dejando ese tema aparte, hay algo en cuanto al libro que me escama. Me parece perfecto que se venda, pero no me convence. Y no soy el único: dentro de la empresa muchos tienen la misma impresión… Por cierto, Tengo, ¿había algo de lo que querías hablar con el señor Komatsu?

—No, nada en particular. Como hacía tiempo que no hablaba con él, sólo quería saber cómo estaba.

—Él también ha estado muy ocupado últimamente. Quizás anduviera estresado por eso. En cualquier caso, *La crisálida de aire* es el primer *best seller* de nuestra editorial. Estoy deseando que llegue la paga extraordinaria de este año. ¿Tú ya has leído el libro?

—Claro, lo leí cuando era una de las obras candidatas al premio.

—Es cierto. Tú hojeabas los originales.

—Es una novela interesante y bien escrita.

—Sí. Es cierto que la historia es buena. Merece la pena leerla.

Tengo percibió un eco fatídico en su manera de hablar.

—Pero ¿hay algo que te preocupe?

—Se trata de intuición de editor. Está muy bien escrita, eso es cierto; pero quizás un poco *demasiado bien escrita*. Para tratarse de una chica principiante de diecisiete años, claro. Y la autora es una menor en paradero desconocido. Tampoco me es posible ponerme en contacto con el editor. Además, el libro va viento en popa a toda vela por el canal de los *best sellers*, igual que un antiguo barco fantasma sin tripulación a bordo. —Tengo emitió un sonido opaco. El editor prosiguió—: Es inquietante, misterioso y el asunto marcha demasiado bien. Esto que quede entre nosotros, pero en la empresa se comenta si no habrá tocado la obra el señor Komatsu. Sé que supera los límites de lo razonable. Me parece imposible, pero si fuera así, tendríamos una bomba de relojería en las manos.

—O puede que simplemente tengamos suerte y todo salga bien.

—Aun así, la suerte no nos va a acompañar para siempre —dijo el editor.

Tengo le dio las gracias y colgó el teléfono.

Tras dejar el auricular en su sitio, Tengo se dirigió a Fukaeri:

—Hace una semana que el señor Komatsu falta al trabajo. Ni siquiera llama.

Fukaeri no dijo nada.

—Parece que están desapareciendo algunas personas a mi alrededor —dijo Tengo.

Como cabía esperar, Fukaeri se quedó callada.

De pronto, Tengo se acordó de que la epidermis humana pierde cuarenta millones de células cada día. «Se pierden, se desprenden y se desvanecen en el aire convertidas en un polvillo invisible. Puede que nosotros seamos algo así como las células epidérmicas del mundo. En ese caso, no sería raro que un buen día alguien desapareciera de repente».

—Quizá yo sea el siguiente.

Fukaeri sacudió decidida la cabeza.

—Tú no te perderás.

—¿Por qué no?

—Porque te has purificado.

Tengo meditó unos segundos al respecto, pero no llegó a ninguna conclusión. Desde el principio sabía que por mucho que pensara no le valdría de nada. Sin embargo, no podía evitar hacer el esfuerzo de pensar.

—En todo caso, ahora mismo no vamos a poder quedar con el señor Komatsu —dijo Tengo—. Ni voy a poder devolverle el dinero.

—El dinero no es el problema —dijo Fukaeri.

—Entonces, ¿cuál demonios es el problema? —preguntó Tengo.

Naturalmente, no obtuvo respuesta.

Tal y como había determinado la noche anterior, Tengo decidió ir en busca de Aomame. Dedicándose a ello un día entero, algo conseguiría. Pero cuando se puso a ello, resultó no ser tan sencillo como había previsto. Dejó a Fukaeri en el piso (tras haberle repetido «no abras la puerta aunque llamen») y fue a la central de la compañía telefónica. Allí tenían todas las guías telefónicas de Japón y era posible consultarlas. Tras hacerse con todas las guías de los veintitrés barrios especiales de Tokio, buscó el apellido de Aomame. Aunque no fuera ella, quizás habría algún familiar viviendo en alguna parte. Podría preguntarle por ella.

Pero en ninguna de las guías encontró a alguien con ese apellido. Tengo amplió la búsqueda a todo Tokio. Aun así, no encontró a nadie. Luego extendió el área de búsqueda a toda la región de Kantō. Las prefecturas de Chiba, Kanagawa, Saitama… Consumió energía y tiempo. Al estar fijándose en la letra pequeña de la guía, acabaron doliéndole los ojos.

Pensó en las siguientes posibilidades:

1) Vivía en las afueras de Utashinai, en la isla de Hokkaido.

2) Se había casado y se había cambiado el apellido por «Itō».

3) Su nombre no aparecía en la guía telefónica para proteger su intimidad.

4) Había fallecido en primavera hacía dos años por una gripe maligna.

Debía de haber unas cuantas posibilidades más a la hora de buscarla, aparte de ésas. Contando sólo con las guías telefónicas era imposible localizarla. No iba a investigar todas las guías japonesas. A lo mejor llegaba a Hokkaido al mes siguiente. Tenía que encontrar otro método.

Tengo compró una tarjeta telefónica, entró en una de las cabinas de la compañía y llamó a la escuela primaria de Ichikawa adonde habían ido juntos.

Diciendo que quería ponerse en contacto con ella para algo de una asociación de antiguos alumnos, le averiguaron la dirección que había registrada de Aomame. La amable y ociosa secretaria utilizó el registro de alumnos graduados. En quinto curso, Aomame se cambió de colegio, así que no se había graduado allí; por consiguiente, su nombre no aparecía en el registro y desconocían su dirección actual. «Pero podría averiguar su nueva dirección en aquella época. ¿Le interesa?».

«Sí», dijo Tengo.

Anotó la dirección y el número de teléfono. Estaba en el barrio de Adachi, en Tokio, y allí vivía el señor Takashi Tasaki. Al parecer, por aquel entonces, ella se había marchado de casa de sus padres. Seguro que había sucedido algo. Aun creyendo que no serviría de nada, Tengo probó a marcar el número. Tal y como se había imaginado, aquel teléfono no estaba operativo. Y es que habían pasado veinte años. Llamó al servicio de información telefónica y dio la dirección y el nombre del Takashi Tasaki, pero le dijeron que no había ningún número registrado con ese nombre.

A continuación, Tengo intentó averiguar el número de la sede de la Asociación de los Testigos. Sin embargo, por mucho que indagó, los datos de la asociación no estaban publicados en el listín telefónico. No venían ni por Asociación de los Testigos, ni por *Antes del diluvio*, ni ningún nombre parecido. Tampoco encontró nada en el apartado «comunidades religiosas» de la guía telefónica de profesiones. Tras buscar desesperado durante un buen rato, llegó a la conclusión de que quizá no querían que nadie contactara con ellos.

Bien pensado, resultaba extraño. Ellos acudían a la gente cuando les daba la gana. Ya estuvieras preparando un suflé, estuvieras soldando, lavándote el pelo, amaestrando un ratón o pensando en las funciones de segundo grado, a ellos les daba igual; tocaban al timbre o llamaban a la puerta y, con cara risueña, te decían: «¿Por qué no leemos juntos la Biblia?». Ellos podían visitarte tranquilamente, pero tú (mientras no quisieras hacerte devoto) no podías acudir a ellos cuando querías. Ni siquiera podías hacerles una sencilla pregunta. Aquello era el colmo del incordio.

No obstante, aun averiguando su número y poniéndose en contacto con ellos, visto lo reservados que eran, dudaba mucho que fueran a ser tan amables de proporcionarle información sobre una devota en particular. Desde su punto de vista, seguro que tendrían algún motivo para mantenerse a la defensiva. La mayoría de la gente los odiaba y no los soportaba por su doctrina radical y

excéntrica, y por la obstinación de su fe. También habían causado algunos problemas sociales y, como consecuencia, casi habían sido perseguidos. Proteger a su comunidad de ese mundo externo inhóspito probablemente se había convertido en uno de sus hábitos.

En todo caso, el camino de la búsqueda de Aomame se bloqueaba en aquel punto. Así de pronto, a Tengo no se le ocurría ninguna otra manera de averiguar su paradero. Aomame era un apellido bastante singular. Una vez oído, no se olvidaba. Pero al seguir los pasos de alguien con ese apellido, uno topaba, en menos de lo que canta un gallo, con un sólido muro.

Quizá fuera más sencillo preguntarle directamente a un devoto de la Asociación de los Testigos. Preguntando en la sede seguro que sospecharían y no le darían información, pero tenía la sensación de que si le preguntaba en persona a un devoto, éste le ayudaría. Sin embargo, Tengo no conocía a ningún fiel de la Asociación de los Testigos. Y, bien pensado, en los últimos diez años no había recibido la visita de ninguno de ellos. ¿Por qué no venían cuando uno quería y sí lo hacían cuando uno no quería que viniesen?

Otra opción era publicar un anuncio por palabras en el periódico. Un texto como «Aomame, ponte en contacto conmigo de inmediato. Kawana» sería ridículo. Además, aun suponiendo que lo viera, Tengo no creía que Aomame fuera a tomarse la molestia de llamar. Sólo conseguiría alarmarla. Kawana tampoco era un apellido demasiado frecuente, pero Tengo no creía que Aomame se acordara de él todavía. «Kawana…, ¿quién será?», se preguntaría, y no llamaría. Además, ¿qué clase de gente lee los anuncios por palabras de los periódicos?

Otro recurso era solicitar una investigación a una gran agencia de detectives privados. Ellos estarían acostumbrados a buscar a gente. Para ello, disponen de diversos medios y conexiones. Con los pocos indicios que tenía, quizá podrían encontrarla enseguida. A lo mejor no le pedían demasiado dinero a cambio. «Pero quizá sea mejor dejarlo como último recurso», pensó Tengo. «Primero intentaré encontrarla por mis propios medios. Creo que será mejor si me devano los sesos un poco más para ver qué puedo hacer».

Cuando volvió a casa, ya había empezado a oscurecer y Fukaeri estaba sentada en el suelo escuchando un disco a solas. Era un viejo disco de jazz que había dejado su novia. Las fundas de los discos de Duke Ellington, Benny

Goodman y Billie Holiday estaban esparcidas por el suelo de la habitación. En ese momento, el tocadiscos reproducía *Chantez-les Bas*, cantada por Louis Armstrong. Era una canción impresionante. Al escucharla, Tengo se acordó de su novia. Entre polvo y polvo, ambos escuchaban aquel disco a menudo. En la parte final de aquella canción, el trombón de Trummy Young se encendía y se olvidaba de terminar el solo como habían acordado para interpretar un último *chorus* de ocho compases más. «¡Fíjate en esta parte!», le había explicado ella. Ir a la habitación contigua a darle la vuelta al LP cuando se terminaba una cara le correspondía a Tengo, naturalmente. Se acordó de aquello con añoranza. Por supuesto, no pensaba que la relación fuera a durar para siempre, pero tampoco se imaginaba que iba a terminar de manera tan brusca.

Al ver a Fukaeri escuchando atentamente el disco que Kyōko Yasuda había dejado, tuvo una sensación extraña. La chica estaba toda concentrada, con el ceño fruncido, y parecía que intentaba captar algo más allá de aquella música de tiempos pasados o que aguzaba la vista para descubrir alguna sombra en aquel eco.

—¿Te gusta este disco?

—Lo he escuchado varias veces —dijo Fukaeri—. No te importa.

—Claro que no. Pero ¿no te has aburrido sola?

Fukaeri sacudió ligeramente la cabeza.

—He estado pensando.

Tengo quería preguntarle por lo que había ocurrido entre los dos la noche anterior, en medio de aquel temporal. «*¿Por qué hiciste eso?*». Él no creía que Fukaeri sintiera ninguna atracción por él, de modo que debía de haber sido un acto sin ninguna relación con el deseo sexual. En tal caso, ¿qué demonios significaba?

Sin embargo, no creía que fuera a darle una respuesta aceptable si se lo preguntase cara a cara. Además, no le apetecía sacar ese tema al comienzo de aquella apacible y tranquila noche de septiembre. Aquel acto se había producido de manera subrepticia a una hora sombría en un lugar sombrío, cercados por fuertes truenos. Mencionado durante el día quizá perdería matices.

—¿No tienes la regla? —le preguntó Tengo desde otro ángulo. Empezaría por algo que pudiese responder con un sí o un no.

—No —contestó lacónica Fukaeri.

—¿No la has tenido nunca?

—Ni una sola vez.

—No pretendo meterme en donde no me llaman, pero no me parece normal que con diecisiete años nunca hayas tenido la regla.

Fukaeri encogió ligeramente los hombros.

—¿Lo has consultado con algún médico?

Fukaeri sacudió la cabeza.

—Consultarlo no serviría de nada.

—¿Por qué no?

Fukaeri no contestó. Ni siquiera parecía haber oído la pregunta. Tal vez tuviera una válvula especial en los oídos que captaba la pertinencia o impertinencia de una pregunta y se abría o cerraba conforme a sus necesidades, igual que las branquias de un hombre pez.

—¿Tiene algo que ver la Little People? —preguntó Tengo.

Como cabía esperar, no obtuvo respuesta.

Tengo exhaló un suspiro. No se le ocurrían más preguntas que le permitieran acercarse a la explicación de lo ocurrido la noche anterior. El estrecho e incierto camino se cortaba en aquel punto para convertirse en un denso bosque. Tengo pisó firme, miró a su alrededor y hacia el cielo. Ese era el problema de hablar con Fukaeri: todos los caminos se interrumpían en alguna parte. Si hubiera sido un guiliako, habría seguido avanzando pese a no haber camino. Pero a Tengo le resultaba imposible.

—Estoy buscando a una persona. —Tengo abordó de golpe el tema—. Una mujer.

Mencionándole aquello a Fukaeri no conseguiría nada; lo sabía perfectamente. Pero quería contárselo a alguien. No importaba a quién; necesitaba contar a viva voz que había estado pensando en Aomame. Tenía la impresión de que si no lo hacía, Aomame se volvería a alejar un poco de él.

—Hace veinte años que no la veo. La última vez que nos vimos yo tenía diez años. Ella también, íbamos a la misma clase en la escuela. He intentado encontrada por distintos medios, pero no soy capaz de seguir su pista.

El disco se terminó. Fukaeri sacó el LP del tocadiscos y, entornando los ojos, olió varias veces el vinilo. Luego lo guardó en la cubierta de papel, con cuidado de no dejar huellas en el disco, y a su vez metió la cubierta en la funda. Suavemente, con mimo, como si llevara un gatito dormido a su lecho.

—Quieres verla —preguntó sin entonación interrogativa Fukaeri.

—Para mí ella significa mucho.

—Has estado buscándola durante los últimos veinte años —inquirió Fukaeri.

—No, no ha sido así —dijo Tengo. Mientras buscaba las palabras adecuadas para continuar, enlazó los dedos de ambas manos sobre la mesa—. La verdad es que he empezado a buscarla hoy mismo.

Fukaeri puso cara de no entender nada.

—Hoy —dijo ella.

—¿Que por qué no me he puesto a buscar a alguien tan importante para mí hasta el día de hoy? —dijo Tengo por Fukaeri—. Buena pregunta…

Fukaeri se quedó callada, mirándolo a la cara.

Tengo estuvo poniendo sus pensamientos más o menos en orden y luego habló:

—Quizás he dado un gran rodeo. Esa chica llamada Aomame, ¿cómo podría decirlo…?, ha estado en el centro de mis pensamientos durante mucho tiempo. Ha sido como un valioso pisapapeles en mi vida. Con todo, llevaba tanto tiempo en mi interior que era como si no percibiera su significado.

Fukaeri se quedó contemplando fijamente su cara. Por su semblante no se sabía si comprendía o no algo de lo que él le estaba diciendo. Pero daba igual. En parte, Tengo se dirigía a sí mismo.

—Pero al final me he dado cuenta. Ella no es un concepto, no es una imagen, no es una metáfora. Es un ser real con un cuerpo cálido y un espíritu activo. Y ese calor, esa actividad son algo que no puedo perder. He tardado veinte años en comprender algo tan obvio. Siempre me ha costado pensar las cosas, pero esto ha sido el colmo. Quizás ya sea demasiado tarde, pero en cualquier caso quiero buscarla. Aun suponiendo que sea tarde.

Arrodillada en el suelo, Fukaeri se irguió. La camiseta de la gira de Jeff Beck resaltaba la forma de sus pezones.

—Aomame —dijo Fukaeri.

—Sí. Se escribe con los ideogramas de «verde» y «legumbre». Un apellido peculiar.

—Quieres verla —preguntó Fukaeri sin entonación interrogativa.

—Claro que sí —contestó él.

Fukaeri estuvo pensando durante un rato en algo, mientras se mordía el labio inferior. Luego alzó la cabeza y afirmó circunspecta:

—Puede que esa persona se encuentre muy cerca de aquí.

17
AOMAME

Extraer el ratón

En el telediario de las siete de la mañana dieron amplia cobertura a la inundación de la estación de metro de Akasaka-mitsuke, pero no mencionaron nada sobre la muerte del líder de Vanguardia en una suite del Hotel Okura. Terminadas las noticias de la NHK, Aomame cambió de canal y vio varios noticiarios más, pero en ninguno de ellos se comunicó el fallecimiento sin dolor de aquel hombre corpulento.

«Han ocultado el cadáver», pensó Aomame frunciendo el ceño. Tamaru ya había previsto esa posibilidad, pero a Aomame le costaba creer que hubiera ocurrido *realmente*. De alguna forma, habrían conseguido sacar el cadáver del líder del Hotel Okura, lo habrían metido en el coche y se habrían marchado con él. Era un hombre bastante corpulento. El cadáver debía de ser muy pesado. Y en el hotel había muchos clientes y empleados. Numerosas cámaras de vigilancia acechaban en cada rincón. De algún modo habían logrado transportar el cadáver hasta el aparcamiento en el subsuelo del hotel sin llamar la atención de la gente.

En cualquier caso, seguro que habían llevado de noche sus restos mortales hasta la sede de la comunidad, en las montañas de Yamanashi. Allí habrían deliberado cómo encargarse del cadáver del líder. Al menos, no informarían a la policía de manera oficial sobre su muerte. Cuando algo se esconde debe permanecer escondido para siempre.

A lo mejor, aquella intensa tronada y el aguacero localizados y la confusión que habían provocado les habían facilitado las cosas. En todo caso, habían evitado sacarlo a la luz. Afortunadamente, el líder apenas se mostraba en público. Su persona y sus actos estaban envueltos en misterio, de manera que, aunque hubiera desaparecido de repente, su ausencia no llamaría la atención durante algún tiempo. Su fallecimiento —o su asesinato— permanecería guardado en secreto entre un puñado de personas.

Por supuesto, Aomame desconocía si ellos tenían intención de llenar de alguna forma el vacío que la muerte del líder había dejado. Pero para ello tendrían que mover cielo y tierra. Para seguir manteniendo la organización. Como había dicho aquel hombre, aunque el dirigente desapareciera, el sistema seguiría existiendo, seguiría actuando. ¿Quién sucedería al líder? Ese era un asunto que no incumbía a Aomame. Su cometido había sido eliminar al líder, no destruir una comunidad religiosa.

Pensó en los dos guardaespaldas trajeados de negro. El rapado y el de la coleta. Una vez de vuelta en la comunidad, ¿asumirían fácilmente la responsabilidad de que el líder había sido asesinado? Aomame se imaginó que les asignaban la misión de perseguirla y liquidarla —o atraparla. «Pase lo que pase, encontrad a esa mujer. Hasta entonces, no volváis», les ordenarían. Era posible. Ellos habían visto su cara de cerca. Eran competentes y estaban ansiosos de venganza. Eran los cazadores idóneos. Además, la directiva de la comunidad tenía que averiguar quién estaba detrás de Aomame.

Para desayunar se comió una manzana; apenas tenía apetito. En sus manos todavía permanecía la sensación que había experimentado cuando clavó la aguja en la nuca del hombre. Mientras pelaba la manzana con la mano derecha utilizando un pequeño cuchillo, sintió un tenue estremecimiento. Un estremecimiento que nunca antes había experimentado. Cuando se asesinaba a alguien, ese recuerdo no desaparecía de la noche a la mañana. Naturalmente, arrebatarle la vida a una persona no era nada agradable, pero todas sus víctimas habían sido hombres que no merecían vivir. La repulsión podía más que la compasión. Sin embargo, en esta ocasión era diferente. Observado lo ocurrido de manera objetiva, los actos que aquel hombre había cometido atentaban contra la moralidad. No obstante, él *no era* una persona *normal y corriente* en diversos sentidos. Esa falta de normalidad podía considerarse algo que trascendía los criterios del bien y el mal, al menos parcialmente. Y quitarle la vida tampoco era normal. Le había dejado una sensación extraña en el cuerpo. Una sensación que *no era normal*.

Lo que él le había dejado era «una promesa». Aomame llegó a esa conclusión tras cavilar durante un rato. El peso de la promesa permanecía en sus manos, como un *símbolo*. Aomame se dio cuenta. Ese símbolo tal vez jamás desaparecería de sus manos.

Pasadas las nueve de la mañana, el teléfono sonó. Era Tamaru. Dejó sonar tres veces, colgó y pasados veinte segundos volvió a llamar.

—En efecto, los tipos aquellos no han llamado a la policía —dijo Tamaru—. No ha salido en las noticias ni en los periódicos.

—Pues, de que está muerto no hay duda.

—Eso lo saben, por supuesto. El líder está muerto, de eso no cabe duda. Han realizado algunos movimientos. Ya se han marchado del hotel. Anoche varias personas fueron convocadas en la sede local de la ciudad. Quizá para ponerse de acuerdo en cómo conseguir que el cadáver pasara inadvertido. Esos tipos son unos expertos en operaciones de semejante calibre. Y a la una de la madrugada un Mercedes Benz de clase S con cristales ahumados y una Toyota Hiace con las ventanillas tintadas salieron del aparcamiento del hotel. Ambos tenían matrícula de Yamanashi. Probablemente no hayan llegado a la sede de Vanguardia hasta el amanecer. El día anterior realizaron una investigación policial, pero no fue seria; la policía hizo su trabajo y se retiró enseguida. En la comunidad hay un incinerador enorme. Arrojando allí el cadáver, no quedará ni un hueso. Se convertirá en puro humo.

—¡Qué macabro!

—Sí, son unos tipos siniestros. Aunque el líder está muerto, la organización sigue funcionando por el momento. Igual que una serpiente cuando se sigue moviendo después de que le hayan cortado la cabeza. Le falta la cabeza y no sabe bien hacia dónde ir. Es difícil de predecir qué ocurrirá a continuación. Quizá se muera al cabo de poco tiempo o quizá le nazca una nueva cabeza.

—Aquel hombre no era normal.

Tamaru no manifestó su parecer al respecto.

—Esta vez ha sido muy diferente —dijo Aomame.

Tamaru sopesó el eco en las palabras de Aomame y luego habló:

—Que esta vez ha sido muy diferente también me lo imagino yo. Pero deberíamos pensar en lo que va a ocurrir *a partir de ahora*. Y en serio. Si no, no sobreviviremos.

Aomame quiso decir algo, pero las palabras no le salieron. El estremecimiento todavía permanecía en su cuerpo.

—*Madame* quiere hablar contigo —dijo Tamaru—. ¿Es posible?

—Claro —contestó Aomame.

La señora se puso al teléfono. En su voz se percibía el color del alivio.

—Se lo agradezco. Tanto que no puedo expresarlo con palabras. Ha vuelto a realizar un trabajo impecable.

—Muchas gracias. Pero creo que no podré volver a hacer algo así nunca más

—dijo Aomame.

—Lo sé. Le pedí lo imposible. Estoy feliz de que haya vuelto usted sana y salva. No pienso volver a pedirle algo así. Se ha terminado. Le he preparado un lugar en el que podrá estar tranquila. Usted no se preocupe. Haga el favor de permanecer a la espera en esa casa de acogida. Entretanto dispondré todo para que comience una nueva vida.

Aomame le dio las gracias.

—¿Hay algo que de momento le haga falta? Si hay algo, dígamelo y se lo conseguiré de inmediato a través de Tamaru.

—No, por ahora creo que tengo todo lo que necesito.

La señora carraspeó ligeramente.

—Bien. Sólo le pido que recuerde lo siguiente: lo que hemos hecho es del todo correcto. Hemos castigado a ese hombre por sus crímenes y hemos tomado precauciones para que no vuelvan a ocurrir en el futuro. Hemos evitado que haya más víctimas. No hay nada de lo que arrepentirse.

—Él dijo lo mismo.

—¿Él?

—El líder de Vanguardia. El hombre que *liquidé* anoche.

La señora permaneció en silencio durante cinco segundos y preguntó:

—¿Lo sabía?

—Sí, sabía que yo había acudido para eliminarlo. Me recibió a sabiendas de que lo quería asesinar. Es más, estaba deseando morir. Su cuerpo sufría una grave lesión y se dirigía hacia una muerte lenta pero ineludible. Yo adelanté un poco ese momento y di descanso a un cuerpo lacerado por fuertes dolores.

La señora pareció seriamente sorprendida al escuchar aquello. Volvió a quedarse sin habla, lo cual era raro en ella.

—Ese hombre… —dijo la señora. Buscó las palabras adecuadas—, ¿deseaba que lo castigaran por sus actos?

—Lo que deseaba era que lo libraran cuanto antes de una vida llena de sufrimiento.

—Y cuando lo asesinó él estaba mentalizado.

—Eso es.

Aomame no mencionó el pacto al que habían llegado el líder y ella. Ella tenía que morir a cambio de que Tengo sobreviviera en aquel mundo: ésa era la promesa secreta acordada entre el hombre y Aomame. No podía revelársela a nadie.

—Los actos de ese hombre eran anormales, desviaciones, y tenía que ser asesinado. Pero no era una persona normal. Por lo menos, tenía *algo especial*. De eso no cabe duda.

—Algo especial —dijo la señora.

—No sé cómo explicarlo —dijo Aomame—. Es una habilidad o un don especial y, al mismo tiempo, una carga terrible que parecía corroer su cuerpo desde dentro.

—¿Quiere decir que ese *algo* especial lo llevó a actuar de manera anormal?

—Tal vez.

—En cualquier caso, usted le puso fin.

—Exacto —dijo Aomame en un tono seco.

Aomame cogió el auricular con la mano izquierda, abrió la mano derecha, en la que todavía sentía el tacto de la muerte, y observó su palma. Aomame no comprendía qué era *unirse de manera ambigua* a unas niñas. Obviamente, no podía explicárselo a la señora.

—En apariencia, ha fallecido de muerte natural, como siempre, pero quizás ellos no lo consideren una muerte natural. Dadas las circunstancias, creerán que yo, de algún modo, he tenido algo que ver con su muerte. Y ya sabrá usted que todavía no se ha informado a la policía de su muerte.

—Independientemente de cómo actúen ellos a partir de ahora, nosotros vamos a protegerla con todo nuestro empeño —dijo la señora—. Ellos tienen su organización. Pero nosotros tenemos fuertes conexiones y capital en abundancia. Y usted es una persona inteligente y cautelosa. No vamos a dejar que se salgan con la suya.

—¿Todavía no han encontrado a Tsubasa? —preguntó Aomame.

—Aún no sabemos dónde se encuentra. Yo creo que debe de estar dentro de la comunidad, porque no tiene ningún otro sitio adonde ir. Por ahora no hemos encontrado ninguna forma de recuperarla. Con la muerte del líder la organización probablemente ande revuelta. Aprovechando la confusión, quizá podamos salvar a la niña. Tenemos que protegerla como sea.

El líder había dicho que la Tsubasa que había estado en la casa de acogida no era un cuerpo real; que no era más que la forma de un concepto y que había sido *recuperada*. Pero eso no podía comunicárselo a la señora en aquel momento. Realmente, Aomame no sabía qué era lo que quería decir, pero se acordó del reloj de mesa de granito levitando en el aire. Había ocurrido de verdad delante de sus ojos.

—¿Cuántos días voy a estar escondida en esta casa de acogida? —preguntó Aomame.

—Cuente entre cuatro días y una semana. Luego le proporcionaremos un nuevo nombre y un nuevo entorno y la llevaremos muy lejos de aquí. Una vez que esté bien instalada, por seguridad, dejaremos de contactar con usted. No volveré a verla durante algún tiempo. Por mi edad, quizá no vuelva a verla jamás. Ojalá no hubiera tenido que meterla en todo este jaleo. Pienso en ello continuamente. Así, quizá no tendría que perderla, como va a pasar. Pero… —La señora se quedó sin voz durante un rato. Aomame esperó en silencio a que continuara—. Pero no me arrepiento. Parecía cosa del destino. No pude evitar implicarla a usted. No tenía otra opción. Una especie de poderosa fuerza fue la que me empujó. No sé cómo pedirle perdón por todo esto…

—Bueno, a cambio hemos compartido algo. Algo valioso que no podríamos compartir con nadie más. Algo que nadie más puede conseguir.

—Tiene razón —dijo la señora.

—Para mí, compartirlo ha sido necesario.

—Gracias. Me alivia que me diga eso.

A Aomame también le resultaba penoso no volver a ver a la señora. Ella era uno de los pocos lazos que Aomame poseía. Un lazo que la unía a duras penas con el mundo exterior.

—Cuídese —dijo Aomame.

—Usted también —dijo la señora—. Y procure ser todo lo feliz que pueda.

—Si es posible —dijo Aomame. La felicidad era una de las cosas que más lejos se encontraba de Aomame.

Tamaru se puso al teléfono.

—Por ahora todavía no has usado *eso,* ¿verdad? —preguntó.

—Todavía no.

—A ser posible, no lo utilices.

—Procuraré no defraudarte —dijo Aomame.

Se produjo un breve silencio y Tamaru volvió a hablar:

—Creo que el otro día te hablé de que me crié en un orfanato en el corazón de las montañas de Hokkaido.

—Te separaron de tus padres, fuiste repatriado de Sajalín y entraste ahí.

—En aquella institución había un niño dos años más joven que yo. Tenía sangre negra. Debía de ser hijo de un soldado de la base militar en la zona de Misawa. No sabía quién era su madre, pero seguramente era una prostituta o la

camarera de un bar. Nada más nacer había sido abandonado por su madre y lo habían llevado a aquel lugar. Era de constitución más grande que yo, pero un tipo bastante lerdo. Por supuesto, toda la gente a su alrededor lo maltrataba. El color de su piel era diferente y esas cosas. Sabes a lo que me refiero.

—Pues sí.

—Yo tampoco era japonés, así que, dadas las circunstancias, me encargaba de protegerlo. Al fin y al cabo, procedíamos de un medio parecido. Un coreano expatriado de Sajalín y un mestizo hijo de un negro y una puta de las que se iban con los soldados extranjeros durante la ocupación de Japón en la posguerra. La casta más baja. Pero, por suerte, me curtí. Me hice fuerte. En cambio, él no. Si lo dejaba, iba a acabar muriendo, porque estábamos en un entorno en el cual si no eras espabilado ni fuerte en las peleas, no podías sobrevivir. —Aomame permanecía callada, escuchándolo—. Era imposible dejarle hacer algo. Era incapaz de hacer bien una sola cosa. Ni siquiera podía abrocharse los botones él solo o limpiarse bien el culo. Sin embargo, se le daba muy bien la escultura. Con algunos escoplos y madera enseguida hacía una magnífica talla. Tenía una imagen en la cabeza y le daba cuerpo de forma precisa, tal cual, sin necesidad de boceto. De manera minuciosa y realista. Como una especie de genio. ¡Era increíble!

—Un *savant* —dijo Aomame.

—Sí, en efecto. Yo lo supe más tarde. Es lo que se llama un *savant*, una persona con el síndrome del sabio. Alguien dotado de un talento fuera de lo común. Pero por aquel entonces nadie sabía que eso existía. Se pensaba que tenía retraso mental. Aunque era tardo, era un niño hábil con las manos al que se le daba bien tallar madera. Al principio, por alguna razón, sólo tallaba ratones. Los ratones los hacía de maravilla. Parecía que estuvieran vivos. Pero no hacía otra cosa que no fueran ratones. Todos le decían que tallara algún otro animal. Un caballo, o un oso… Para ello, lo llevaron ex profeso al zoológico. Sin embargo, él no mostraba ningún interés por los otros animales, así que al final todos se dieron por vencidos y dejaron que tallara ratones. Que hiciera lo que le diera la gana. Tallaba ratones de diferentes formas, tamaños y aspectos. Era raro a más no poder, porque en el orfanato no había ningún ratón. Hacía demasiado frío y no había nada que comer. Aquel orfanato era demasiado pobre incluso para un ratón. Nadie comprendía por qué se emperraba en tallar ratones… En todo caso, sus ratones se hicieron famosos, salieron en los periódicos locales y aparecieron algunas personas que querían comprárselos. Entonces el director del

orfanato, un cura católico, se llevó los ratones de madera a una tienda de artesanía y allí los vendieron a los turistas. Aunque debieron de sacar algo de dinero, él, por supuesto, no vio ni un solo yen a cambio. No sé qué ocurriría, pero supongo que los superiores del orfanato lo emplearon en algo. Le proporcionaban herramientas y madera, y él no hacía más que tallar ratones en un taller. Bueno, como lo eximían de trabajar en el campo y, entretanto, podía dedicarse a tallar ratones a solas, debía de ser bastante feliz.

—¿Y qué fue de su vida?

—Eso no lo sé. Yo huí del orfanato cuando tenía catorce años y desde entonces he vivido solo. Me subí en cuanto pude en un transbordador, atravesé el mar hasta la isla principal y jamás he vuelto a poner un pie en Hokkaido. La última vez que lo vi, tallaba ratones sin descanso, inclinado sobre el banco de trabajo. Cuando trabajaba, no escuchaba nada de lo que le decías, así que no me despedí. Si ha sobrevivido, supongo que seguirá tallando ratones en alguna parte, porque era prácticamente lo único que sabía hacer. —Aomame esperó en silencio a que prosiguiera—. Aún hoy me acuerdo a menudo de él. La vida en el orfanato era terrible. La comida era escasa, siempre andábamos famélicos y en invierno hacía frío. Las faenas que teníamos que hacer eran muy duras, y las vejaciones que soportábamos de los niños mayores, espantosas. Pero daba la impresión de que a él no le resultaba demasiado penoso vivir allí. Tenía sus escoplos y parecía feliz tallando ratones él solo. Cuando cogía el escoplo, a veces parecía que enloquecía, pero aparte de eso era un chaval bastante obediente. No incordiaba a nadie. El sólo tallaba ratones en silencio. Cogía un trozo de madera, lo miraba fijamente durante un buen rato y veía qué ratón se ocultaba allí y qué aspecto tenía. Tardaba bastante tiempo en verlo, pero una vez que lo veía, luego sólo tenía que blandir el escoplo y extraer al ratón de dentro del pedazo de madera. ¡Nunca mejor dicho! «Extraer al ratón». Y el ratón *extraído* parecía que se iba a echar a andar en cualquier instante. En definitiva, lo que hacía era liberar ratones imaginarios atrapados dentro de aquellos pedazos de madera.

—Y tú protegías a ese chico.

—Bueno, no puede decirse que yo quisiera hacerlo, pero al fin y al cabo me vi abocado a esa posición. Era mi posición. Una vez dada la posición, no había más remedio que defenderla. Eran las reglas del lugar, así que las obedecí. Si, por ejemplo, alguien le cogía el escoplo para gastarle una broma, yo iba y le partía la cara. Ya fuesen mayores que yo, más corpulentos o incluso varios a la

vez, yo les partía la cara. Por supuesto, a veces también me la partían a mí. Unas cuantas veces. Pero el asunto no era ganar o perder. Tanto si partía yo caras como si me la partían ellos a mí, siempre recuperaba el escoplo y se lo devolvía. Eso era lo importante. ¿Entiendes?

—Creo que sí —dijo Aomame—. Pero al final abandonaste a ese niño.

—Tenía que irme a vivir solo y no podía estar ocupándome de él para siempre. No podía permitírmelo. Era inevitable.

Aomame volvió a abrir la mano derecha y la observó.

—He visto varias veces que tienes una pequeña talla de un ratón. ¿La hizo él?

—¡Ah!, sí. Me regaló uno. Cuando huí de la institución, me lo llevé conmigo. Todavía lo tengo.

—Oye, Tamaru, ¿por qué me cuentas esto ahora? No me pareces el tipo de persona que habla de sí misma sin ninguna intención en particular.

—Lo que te quiero decir es que aún hoy me acuerdo de ese chaval —dijo Tamaru—. No estoy diciendo que quiera volver a verlo de nuevo. No tengo ningún interés especial por verlo. Si lo viera, no tendría nada de qué hablar con él. Simplemente, la imagen de ese chico entregado a «extraer» el ratón de dentro del trozo de madera ha quedado grabada vivamente en mi cabeza y se ha convertido en una imagen importante para mí. Me ha enseñado algo. O ha intentado enseñarme algo. La gente necesita esas cosas para seguir viviendo. Imágenes que no pueden explicarse con palabras, pero que son relevantes. En cierto sentido, vivimos para explicar ese *algo*. Eso es lo que yo creo.

—¿Quieres decir que es algo así como nuestro fundamento para vivir?

—Posiblemente.

—Yo también tengo imágenes como ésa.

—Más vale que las conserves.

—Ya lo hago —dijo Aomame.

—Y otra cosa que te quería decir es que te voy a proteger todo cuanto pueda. Si le tengo que partir la cara a alguien, sea quien sea, iré y se la partiré. No me importa ganar o perder; no te abandonaré.

—Gracias.

Hubo un apacible silencio durante unos segundos.

—No salgas del piso durante algún tiempo. Piensa que si das un solo paso fuera estás en la jungla. ¿Vale?

—De acuerdo —dijo Aomame.

Entonces la comunicación se cortó. Tras devolver el auricular a su sitio, Aomame se dio cuenta de que lo había estado agarrando con todas sus fuerzas.

«Tamaru me ha querido comunicar que ahora soy un miembro imprescindible de la familia a la que ellos pertenecen y que una vez establecidos esos vínculos no podrán cortarse jamás. Nos une una pseudosangre, por así decirlo». Aomame le estaba agradecida por haberle transmitido ese mensaje. Él sabía que ella estaba pasando por un momento difícil. Precisamente porque la consideraba un miembro de la familia, le había contado un poco de su secreto.

Pero a Aomame la apesadumbraba pensar que esa estrecha relación sólo estaba ligada por una forma de violencia. «Hemos trabado este hondo sentimiento en medio de unas circunstancias peculiares por las que he infringido la Ley, he asesinado a unas cuantas personas y por ello ahora podría ser perseguida y asesinada. Pero me pregunto si habría sido posible establecer esta relación si el asesinato no se hubiera interpuesto. ¿Habríamos podido crear esos vínculos de confianza si no caminara al margen de la Ley? Probablemente sería difícil».

Mientras se tomaba un té, vio el telediario. Ya no informaban sobre la inundación en la estación de Akasaka-mitsuke. Al amanecer el agua se retiró y los metros volvieron a circular con normalidad, de modo que ya formaba parte del pasado. Y el fallecimiento del líder de Vanguardia todavía no se había dado a conocer. Sólo un puñado de gente lo sabía. Aomame se imaginó el cadáver de aquel hombre corpulento ardiendo en el incinerador a altas temperaturas. «No quedará ni un hueso», había dicho Tamaru. Todo se convertiría en humo y se disolvería en el aire de principios de otoño, independientemente de gracias divinas y sufrimientos. Aomame era capaz de imaginarse el humo y el aire.

Informaron de que la autora del *best seller La crisálida de aire*, una chica de diecisiete años, seguía en paradero desconocido. «Hace ya más de dos meses que no se sabe nada de Eriko Fukada, conocida como “Fukaeri”. La policía ha recibido de su tutor una solicitud de búsqueda y está indagando su paradero cautelosamente, pero por ahora no se ha esclarecido nada». Eso fue lo que dijo el locutor. Mostraron imágenes de ejemplares de *La crisálida de aire* apilados en los escaparates de una librería. En las paredes del comercio habían pegado pósteres con el retrato de aquella chica guapa. Una joven dependienta hablaba frente al micrófono de la cadena de televisión: «El libro se sigue vendiendo de

maravilla. Yo misma lo he comprado y me lo he leído. Es una novela muy entretenida que rebosa imaginación. Ojalá encuentren cuanto antes a Fukaeri».

En la noticia no se mencionaba la relación entre Eriko Fukada y la comunidad religiosa con personalidad jurídica Vanguardia. Los medios de comunicación eran precavidos en todo lo que atañía a organizaciones religiosas.

«De momento, Eriko Fukada se encuentra en paradero desconocido. A los diez años fue violada por su padre. Si damos por buenas las palabras que él mismo dijo, ambos se unieron *ambiguamente*, y a través de ese acto condujeron a la Little People hacia su interior. ¿Qué era lo que había dicho…? Ah, sí, *perceiver* y *receiver*. Eriko Fukada era "la que percibía" y su padre, "el que recibía". Entonces, el hombre empezó a escuchar una voz especial. Se convirtió en el apoderado de la Little People y en el fundador de la comunidad religiosa Vanguardia. Posteriormente, ella se marchó de la organización, y ahora lleva consigo el impulso "anti Little People" y, en colaboración con Tengo, ha escrito una novela llamada *La crisálida de aire*, que se ha convertido en un *best seller*. En el presente, por algún motivo, se encuentra en paradero desconocido. La policía la está buscando».

«Por otra parte, anoche asesiné al padre de Eriko Fukada, líder de la comunidad Vanguardia, valiéndome de un picahielos especial. Los miembros de la comunidad han sacado el cadáver del hotel y se han "desembarazado" de él confidencialmente». Aomame no tenía ni idea de si Eriko Fukada estaba al corriente de la muerte de su padre y de cómo se lo iba a tomar. «Aunque él mismo deseaba morir y fue una muerte caritativa e indolora, he arrancado la vida de una persona con mis propias manos. La vida humana implica soledad en su origen, pero no es solitaria. En cada momento nos vinculamos a otras vidas. En ese sentido, probablemente cargo con alguna forma de responsabilidad.

»Tengo también está implicadísimo en esta cadena de acontecimientos. Eriko Fukada es el elemento que nos une. *Perceiver* y *receiver*. ¿Dónde se encontrará y que estará haciendo ahora Tengo? ¿Tendrá algo que ver con la desaparición de Eriko? ¿Estarán actuando juntos en este momento? En el telediario no van a decirme nada sobre la suerte de Tengo. Ahora mismo nadie sabe que él ha sido el principal escritor de *La crisálida de aire*. Pero yo sí lo sé.

»Parece que estamos acortando distancias poco a poco. Tengo y yo hemos sido arrastrados a este mundo debido a ciertas circunstancias y nos aproximamos el uno al otro, como atraídos por un gran vórtice. Quizá sea un vórtice fatal. Sin embargo, por lo que el líder sugirió, en un lugar que no fuera fatal nunca nos

habríamos topado. Del mismo modo que la violencia ha engendrado una especie de vínculo puro».

Aomame respiró hondo. A continuación alcanzó con la mano la Heckler & Koch que estaba posada sobre la mesa y verificó su solidez al tacto. Se imaginó que se introducía el cañón en la boca y sus dedos apretaban el gatillo.

Un gran cuervo apareció inesperadamente en el balcón, se posó sobre la barandilla y grajeó unas cuantas veces con voz penetrante. Aomame y el cuervo se observaron uno al otro durante un rato a través de la ventana. El cuervo espiaba la actividad de Aomame en el piso, moviendo aquellos grandes y brillantes ojos a ambos lados de la cabeza. Parecía estar infiriendo el significado de la pistola que ella tenía en la mano. Los cuervos son animales inteligentes. Entienden que ese pedazo de metal posee un significado relevante. Desconocen el porqué, pero lo saben.

Luego, de igual modo que había aparecido, el cuervo desplegó repentinamente las alas y se marchó volando. Parecía que había visto lo que tenía que ver. Cuando el cuervo se marchó, Aomame se levantó del asiento, apagó el televisor y lanzó un suspiro. Esperaba que ese cuervo no fuera un espía de la Little People.

Aomame realizó los mismos estiramientos de siempre sobre la alfombra de la sala de estar. Durante una hora atormentó sus músculos. El tiempo transcurrió con el dolor oportuno. Emplazó, uno por uno, cada músculo del cuerpo y lo inquirió estricta y minuciosamente. Aomame llevaba grabados en la cabeza el nombre, la función y la naturaleza de cada músculo. Ninguno se le pasaba por alto. Derramó mucho sudor, los órganos respiratorios y el corazón trabajaron a toda marcha y sus sentidos cambiaron de canal. Aomame prestaba atención al flujo de su sangre y recibía los callados mensajes que sus vísceras emitían. Mientras movía ampliamente los músculos de la cara, como si estuviera haciendo muecas, digirió esos mensajes.

A continuación, se duchó y eliminó todo el sudor. Se subió en la balanza para comprobar que no se había producido ningún cambio importante. Frente al espejo, confirmó que el tamaño de sus pechos y la figura de su vello púbico no habían cambiado y torció el gesto con fuerza. Era el ritual de cada mañana.

Al salir del cuarto de baño, Aomame se puso un chándal que le permitía moverse con facilidad. Luego, para matar el tiempo, decidió inspeccionar una

vez más todo lo que había en el piso. Empezó por la cocina. Miró de qué alimentos, qué vajilla y qué utensilios de cocina disponía. Mentalmente, fue haciendo inventario de cada cosa. Programó más o menos en qué orden cocinar y consumir las existencias de alimentos. Conforme a sus cálculos, podría vivir al menos diez días sin pasar hambre y sin salir de aquel piso para nada. Intentando ahorrar, quizá dos semanas. Le habían proporcionado suficiente comida para ello.

Después, examinó con cuidado las existencias de diversos productos. Papel higiénico, pañuelos de papel, detergentes, bolsas de la basura… No faltaba nada. Se habían preocupado de comprar de todo. De los preparativos seguramente se había encargado una mujer. Se podía observar la atención propia de una experta ama de casa. Habían calculado de forma minuciosa, hasta el último detalle, qué necesitaba una soltera sana de treinta años para vivir sola allí durante un corto periodo de tiempo. No podía haber sido un hombre. Aunque era posible que lo hubiera hecho un gay cuidadoso y perspicaz.

El armario para la ropa de cama del dormitorio estaba provisto de sábanas, mantas, edredones y almohadas de repuesto. Todo olía a artículo recién comprado y, por supuesto, todo era blanco y liso. Habían prescindido de cualquier ornamentación. El gusto y la personalidad no eran necesarios en aquel caso.

En la sala de estar había un televisor, un vídeo y una minicadena. También habían instalado un tocadiscos y un casete. En la pared opuesta a la ventana había un aparador de madera que le llegaba por la cintura; al agacharse y abrirlo, vio unos veinte libros bien colocados. No sabía quién había sido, pero alguien se había preocupado por que no se aburriera mientras permaneciera allí oculta. Habían sido escrupulosos. Todos los libros eran de tapa dura y estaban nuevos; ni rastro de haber sido hojeados. Echó un vistazo a los títulos, y observó que en general se trataba de novedades editoriales de las que se había hablado hacía poco. A pesar de que seguramente los habían elegido entre una pila de libros de una librería grande, se percibían ciertos criterios en la selección. Aunque no llegaba a ser gusto, había criterio. Las obras de ficción y de no ficción se repartían más o menos a partes iguales. La selección incluía *La crisálida de aire*.

Aomame asintió brevemente, sacó aquel libro y se sentó en el sofá de la sala de estar. Los suaves rayos de sol incidían sobre el sofá. No era un libro grueso. Era ligero, y las letras grandes. Observó la portada y el nombre de la autora impreso en ella, Fukaeri; tanteó su peso colocándolo sobre la palma de la mano y

leyó el reclamo escrito en la faja del libro. Luego lo olió. Tenía el olor característico de los libros nuevos. Aunque su nombre no estaba impreso en la obra, contenía la presencia de Tengo. El texto impreso había pasado por el cuerpo de Tengo. Después de relajarse, Aomame abrió el libro por la primera página.

La taza de té y la Heckler & Koch estaban al alcance de su mano.

18
TENGO

Un satélite taciturno y solitario

—Puede que esa persona se encuentre muy cerca —dijo Fukaeri tras reflexionar seriamente durante un rato, mientras se mordía el labio inferior.

Tengo volvió a juntar los dedos sobre la mesa y miró a Fukaeri a los ojos.

—¿Cerca? ¿Te refieres a que se encuentra en Kōenji?

—En un lugar al que se puede ir a pie desde aquí.

Tengo quiso preguntarle cómo lo sabía, pero era consciente de que no obtendría respuesta a una pregunta de ese tipo. Podía preverlo. Requería preguntas prácticas que pudiera responder con un sí o con un no.

—Entonces si la busco por esta zona, ¿podré ver a Aomame? —preguntó Tengo.

Fukaeri sacudió la cabeza.

—Dando vueltas simplemente no la vas a encontrar.

—Está en un lugar al que puedo ir a pie, pero dando vueltas para ver si la veo no la voy a encontrar. Es eso lo que quieres decir, ¿no?

—Es que está escondida.

—¿Escondida?

—Como una gata herida.

La imagen de Aomame encogida y oculta en algún lugar mohoso bajo el suelo acudió a la mente de Tengo.

—¿Por qué se esconde y de quién? —inquirió.

Naturalmente, no obtuvo respuesta.

—Pero al decir que está escondida te refieres a que está en una situación crítica, ¿verdad? —preguntó.

—Una situación crítica. —Fukaeri repitió las palabras de Tengo. Puso la misma cara que pondría un niño pequeño ante una medicina amarga. No debía de gustarle cómo sonaban aquellas palabras.

—Por ejemplo, que alguien la persigue —dijo Tengo.

Fukaeri inclinó ligeramente el cuello. Quería decir que no lo sabía.

—Pero no va a estar por aquí para siempre.

—El tiempo es limitado.

—Es limitado.

—Pero está escondida en algún sitio como una gata herida, así que no andará de paseo por ahí.

—No —respondió categórica la bella muchacha.

—En definitiva, debo buscarla en algún lugar especial.

Fukaeri asintió.

—¿Qué clase de lugar especial podría ser? —preguntó Tengo.

Ni que decir tiene que no obtuvo ninguna respuesta.

—Hay varias cosas que recuerdas de esa persona —dijo Fukaeri al cabo de un rato—. Quizás haya alguna que pueda serte útil.

—Útil —dijo Tengo—. ¿Quieres decir que si recuerdo algo de ella, obtendré una pista sobre el lugar en el que se esconde?

La chica se limitó a encoger un poco los hombros, sin responder. Ese gesto encerraba probablemente un matiz afirmativo.

—Gracias —le dijo Tengo.

Fukaeri asintió brevemente, como una gata satisfecha.

Tengo preparó la cena en la cocina. Fukaeri se afanaba en elegir un disco de la repisa. Aunque no había demasiados discos, le llevó bastante tiempo decidirse. Tras deliberar, cogió un viejo álbum de los Rolling Stones, lo colocó en el tocadiscos y bajó la aguja. Era un disco que le había prestado alguien en su época del instituto y nunca lo había devuelto. Hacía una eternidad que no lo escuchaba.

Tengo preparó un *pilaf* con jamón, setas y arroz integral y una sopa de miso con tofu y algas *wakame*, mientras escuchaba *Mother's Little Helper* y *Lady Jean*. Coció coliflor y le echó una salsa de curry que había dejado preparada. Hizo una ensalada de verduras, con judías y cebolla. A Tengo no le disgustaba cocinar y tenía por costumbre reflexionar mientras lo hacía. Sobre asuntos cotidianos, problemas matemáticos, novelas o proposiciones metafísicas. Cuando se hallaba en la cocina, moviendo las manos, podía pensar las cosas mejor y de manera más ordenada que cuando no hacía nada. Pero por mucho que

pensó, no se le ocurrió dónde podía estar ese «lugar especial» del que había hablado Fukaeri. Intentar ordenar algo que en sí carecía de orden no era más que un intento en vano. Apenas sacó algo en claro.

Se pusieron a comer sentados uno frente al otro, con la mesa de por medio. Casi no intercambiaron palabras. Cada uno pensaba en sus cosas mientras se llevaba la comida a la boca en silencio, como un matrimonio en un periodo de hastío. O no pensaban en nada. Resultaba difícil de discernir, sobre todo en el caso de Fukaeri. Una vez terminada la cena, Tengo se tomó un café y Fukaeri sacó un flan de la nevera y se lo comió. Independientemente de lo que estuviera comiendo, su expresión nunca se alteraba. Parecía que no tenía en mente nada más que masticar.

Tengo se sentó frente al escritorio en el que trabajaba y, siguiendo la sugerencia de Fukaeri, intentó recordar algo de Aomame.

«Hay varias cosas que recuerdas de esa persona. Quizás haya alguna que pueda serte útil».

Pero Tengo era incapaz de concentrarse. Fukaeri había puesto otro álbum de los Rolling Stones. Little Red Rooster: un disco de la época en la que a Mick Jagger le apasionaba el Chicago blues. No estaba mal, pero no era una música creada pensando en alguien que intentaba meditar profundamente y escarbar en la memoria. Los Rolling Stones eran una banda que apenas tenía esa clase de deferencia. «Necesito ir a un sitio tranquilo y estar solo», pensó Tengo.

—Voy a salir un momento —dijo él.

Observando la funda del álbum de los Rolling Stones que tenía entre las manos, Fukaeri asintió con aire de indiferencia.

—Si alguien viniera no abras la puerta —le advirtió él.

Tengo caminó hacia la estación durante un rato vestido con una camiseta de manga larga azul marino, unos chinos de color caqui sin una sola arruga y unas zapatillas de deporte. Entró en un local llamado Cabeza de Cereal, un poco antes de la estación, y pidió una cerveza a presión. En el local se ofrecían bebidas alcohólicas y menús ligeros. Era pequeño y con unos veinte clientes ya estaría a rebosar. Había entrado en aquel bar unas cuantas veces. A partir de altas horas de la noche se llenaba de gente joven, pero de siete a ocho los clientes eran relativamente escasos, estaba silencioso y había un ambiente agradable. Era

idóneo para sentarse solo en un rincón y leer un libro tomándose una cerveza. Los asientos también eran cómodos.

No estaba claro de dónde venía ni qué significaba el nombre del bar. Podría habérselo preguntado al barman, pero no se le daba bien charlar con desconocidos. Además, no saber el origen del nombre tampoco le causaba ninguna molestia. En cualquier caso, el Cabeza de Cereal era un local bastante agradable.

Por suerte, no habían puesto música. Tengo se sentó a una mesa junto a la ventana, bebía su Carlsberg y, mientras mordisqueaba los frutos secos que le habían servido en un pequeño bol, comenzó a pensar en Aomame. Recordar a Aomame era regresar una vez más a cuando tenía diez años. Era revivir un punto de inflexión en su vida. A los diez años, después de que Aomame le hubiera cogido de la mano, Tengo se negó a seguir acompañando a su padre para cobrar la cuota de la NHK. Poco después experimentó una erección manifiesta y su primera eyaculación. Fue un momento decisivo en su vida. Por supuesto, ese momento habría de llegar aunque Aomame no le hubiera agarrado la mano. Tarde o temprano. Pero Aomame lo estimuló y fomentó ese cambio. Como si le hubiera dado un suave empujón.

Durante mucho rato estuvo observando la palma abierta de su mano izquierda. «Aquella niña de diez años me agarró la mano y cambió por completo algo que había en mi interior. No sé explicar de manera lógica cómo pudo suceder algo así. Pero en ese momento nos comprendimos uno al otro y nos aceptamos de manera natural. Por completo, casi de forma milagrosa. Esas cosas no ocurren muchas veces en la vida. No, probablemente sólo ocurran una vez». Pero en ese preciso momento, Tengo no era consciente de la determinante relevancia de aquel acto. Y no sólo en ese momento. Hasta hacía muy poco, no había sido realmente consciente de sus implicaciones. Simplemente había albergado la imagen de la niña en su corazón de manera difusa.

Ahora que tendría treinta años, seguro que había cambiado de aspecto. Sería alta, tendría el pecho más desarrollado y llevaría un peinado diferente, por supuesto. En caso de que hubiera abandonado la Asociación de los Testigos también llevaría algo de maquillaje. Quizá vistiera ropa cara y de buen gusto. A Tengo le costaba imaginársela caminando con energía por la calle, ataviada con un traje de Calvin Klein y zapatos de tacón. Sin embargo, era posible. La gente crece, y crecer conlleva cambios. Tal vez se encontraba en el local en aquel mismo momento y él no se había percatado.

Volvió a mirar a su alrededor, empinando el vaso de cerveza. «Está cerca de aquí. En un lugar al que se puede ir a pie». Eso había dicho Fukaeri. Y Tengo se creía aquellas palabras. Si ella lo decía, seguramente fuera así.

Pero aparte de Tengo, en aquel local sólo había una joven pareja sentada a la barra con aspecto de universitarios que, arrimados el uno al otro, charlaba íntimamente y con entusiasmo. Al verlos, Tengo sintió una profunda tristeza como hacía tiempo que no sentía. «Estoy solo en este mundo», pensó. «No tengo a nadie».

Entonces cerró ligeramente los ojos, se concentró y rememoró de nuevo la escena del aula en la escuela primaria. La noche anterior, cuando se había unido a Fukaeri en medio de aquella violenta tormenta, también había cerrado los ojos y había visitado aquel lugar. De manera realista y sumamente figurativa. Parecía que a raíz de aquello su memoria había adquirido más nitidez que de costumbre. Como si el aguacero nocturno hubiera lavado el polvo que la cubría.

La inseguridad, la esperanza y el miedo se habían esparcido por toda el aula vacía y se ocultaban dentro de diferentes objetos, como pequeñas criaturas medrosas. La pizarra con fórmulas matemáticas a medio borrar, los pequeños fragmentos de tiza, las cortinas cutres quemadas por el sol, las flores en el jarrón de la tarima del profesor (no recordaba qué flores eran), los dibujos que habían pintado los niños, clavados en la pared con chinchetas; el mapamundi colgado detrás de la tarima, el olor del suelo encerado, las cortinas meciéndose, los gritos de alegría que entraban por la ventana… Tengo era capaz de reproducir aquella escena detalladamente en su cabeza. Era capaz de recorrer con la mirada cada augurio, cada intriga y cada enigma allí presentes.

Durante las decenas de segundos en los que Aomame le agarró la mano, Tengo había mirado un montón de cosas y había grabado sus imágenes en la retina con la precisión de una cámara fotográfica. Era una escena básica que le había permitido sobrevivir a una adolescencia llena de sufrimiento. Esa escena siempre iba acompañada del fuerte roce de los dedos de la niña. La mano derecha de ella siempre había alentado a Tengo, que se había hecho adulto a base de sufrimiento. «Tranquilo, estoy en ti». Eso es lo que le transmitía aquella mano.

No estás solo.

«Está escondida», había dicho Fukaeri. «Como una gata herida».

Bien pensado, era una extraña coincidencia. Fukaeri también se escondía allí. No salía para nada del piso de Tengo. Las dos se ocultaban igualmente en aquel

rincón de Tokio. Huían de algo. Ambas mantenían una relación profunda con Tengo. ¿Habría algún factor en común o sería una simple coincidencia?

Por supuesto, no obtenía respuestas. Sólo surgían preguntas sin destino alguno. Demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. Lo mismo de siempre.

Cuando se terminó la cerveza, un joven dependiente se acercó a él y le preguntó si deseaba otra cosa. Tras titubear un instante, Tengo pidió un *bourbon on the rocks* y otro bol de frutos secos. «Sólo tenemos Four Roses, ¿le importa?». Tengo dijo que no. Le valía cualquier *whisky*. Entonces volvió a pensar en Aomame. Un apetitoso olor a pizza horneada venía de la cocina que había al fondo del local.

«¿De quién demonios se esconderá Aomame? Puede que huya de las autoridades judiciales», pensó Tengo. Pero Tengo no podía creer que se hubiera convertido en una delincuente. ¿Qué clase de crimen podía haber cometido? No, no se trataba de la policía. Los que le seguían el rastro, fueran quienes fuesen, no tenían ninguna relación con la Ley.

«¿Y si fueran los mismos que persiguen a Fukaeri?», se le ocurrió de pronto a Tengo. «¿La Little People? Pero ¿por qué motivo iba a perseguir la Little People a Aomame?

»Sin embargo, suponiendo que sean realmente ellos quienes la persiguen, seguro que yo soy quien desempeña el papel fundamental de vínculo». Tengo no comprendía por qué tenía que ser él tan importante en el devenir de aquel asunto. Si existía un factor que vinculaba a Fukaeri y Aomame, éste tenía que ser el propio Tengo. «Sin comerlo ni beberlo, quizás he ejercido cierto poder que ha atraído a Aomame cerca de mí».

¿Cierto poder?

Tengo observó sus manos. «No sé… ¿Dónde tengo el poder?».

Le trajeron el Four Roses y otro bol de frutos secos. Tomó un trago de *bourbon*, cogió varios frutos secos en la palma de la mano y los sacudió ligeramente, como si fueran dados.

«Aomame se halla en algún lugar de este barrio al que se puede ir a pie. Esto es lo que ha dicho Fukaeri. Y yo la creo. No sé por qué, pero de todos modos la creo. Pero ¿cómo y dónde podría buscar a Aomame? Buscar a alguien que lleva una vida social normal y corriente ya no es sencillo. Si se esconde a propósito, el asunto se vuelve más complicado todavía. ¿Y si diera una vuelta por ahí gritando su nombre por un altavoz? No, de ese modo no saldría como si nada de su escondrijo. Simplemente llamaría la atención y la expondría a un mayor riesgo.

»Debe de haber algo que no soy capaz de recordar», pensó Tengo.

«Hay varias cosas que recuerdas de esa persona. Quizás haya alguna que pueda serte útil», había dicho Fukaeri. Pero ya antes de que se lo dijera a Tengo le había dado la sensación de que se había olvidado de uno o dos hechos importantes relativos a Aomame. De vez en cuando hacía que se sintiera intranquilo, como si tuviera un guijarro en los zapatos. De una manera vaga, pero seria.

Tengo puso la mente en blanco, como si borrara un encerado, y volvió a escarbar en su memoria. Dragó el fondo del blando cieno como un pescador tirando de las redes en busca de todo lo relativo a Aomame, a sí mismo y a lo que giraba en torno a los dos. Volvió a considerar cada cosa por orden y con cuidado. Pero aquello había ocurrido hacía veinte años. Por muy nítida que fuera aquella escena, las cosas que podía recordar de manera concreta eran limitadas.

Así y todo, Tengo debía recordar algo allí presente, algo que le había pasado inadvertido. Y debía hacerlo de inmediato. Si no, quizá nunca encontraría a Aomame, que debía de andar por aquel barrio. De creer las palabras de Fukaeri, el tiempo era limitado. Y algo la estaba persiguiendo.

Tengo decidió pensar en la mirada. ¿Qué había mirado Aomame en ese momento? ¿Y qué había mirado el propio Tengo? Volvería a reflexionar siguiendo el flujo del tiempo y los movimientos de sus miradas.

Mientras le agarraba la mano a Tengo, la niña lo había mirado a la cara. No había apartado la vista de él ni un segundo. Al principio, como no comprendía el significado de aquel comportamiento, Tengo la miró a los ojos en busca de una explicación. «Tiene que haber algún malentendido o algún error», pensó él. Pero no había ni malentendido ni error. Se dio cuenta de que los ojos de la niña eran de una claridad pasmosa. Nunca había visto un par de ojos tan puros y claros. Eran como un profundo manantial cuyo fondo no se ve a pesar de ser transparente. Mientras aquellos ojos lo observaban durante tanto rato, le dio la impresión de que se lo tragaban hacia su interior. Por eso apartó la vista, para huir de ellos. No pudo evitarlo.

Primero contempló el suelo de madera a sus pies, contempló la entrada desierta del aula y luego giró el cuello y dirigió la vista hacia la ventana. Entretanto, la mirada de Aomame no se movió ni un ápice. Tenía la mirada clavada en los ojos de Tengo, que miraban por la ventana. Él sentía esa mirada quemándole la piel. Y aquellos dedos agarraban la mano izquierda de Tengo sin dejar de apretarle. La presión no varió ni lo más mínimo, no titubeó. La niña no

tenía miedo. No tenía nada que temer. Y a través de la yema de los dedos transmitía esa sensación a Tengo.

Como había sido después de que limpiaran el aula, las ventanas estaban abiertas de par en par para renovar el aire y las cortinas se mecían serenamente con el viento. Al otro lado se extendía el cielo. Ya estaban en diciembre, pero todavía no hacía demasiado frío. En lo alto del cielo flotaban unas nubes. Nubes blancas y rectas que conservaban el ambiente otoñal. Parecía que acababan de trazarlas con una brocha. Luego…, allí había algo. Algo flotaba bajo las nubes. ¿El sol? No, no era el sol.

Tengo aguantó la respiración y, apoyando los dedos sobre las sienes, intento penetrar más hondo en sus recuerdos. Parecía que el fino hilo de la conciencia se iba a romper de un momento a otro.

Eso es, allí estaba la Luna.

Todavía era temprano para el anochecer, pero la Luna pendía del cielo. Una luna en sus tres cuartos. A Tengo le había sorprendido que, aún de día, se pudiera ver la Luna así de grande y de clara. Se acordaba perfectamente. Aquel fragmento impasible de roca gris pendía ocioso en una zona baja del cielo, como si estuviera suspendida de un hilo invisible. Desprendía cierto aire de artificialidad. A primera vista parecía una luna falsa construida como atrezo para un teatro. Pero aquélla era sin duda una luna real. Por supuesto. Nadie se iba a tomar la molestia de colgar una luna falsa en el cielo real.

De pronto, Aomame dejó de mirar a Tengo. Dirigió la vista hacia lo mismo que él miraba. Aomame también contemplaba aquella luna en pleno día, igual que él. Sin dejar de agarrarle la mano a Tengo y con gesto muy serio. Tengo volvió a mirarla a los ojos. Sus pupilas ya no eran límpidas como hacía un rato. Había sido un tipo de transparencia especial momentáneo. En lugar de aquello, ahora se percibía algo duro y cristalizado. Era brillante y, al mismo tiempo, albergaba una dureza que recordaba en la escarcha. Tengo no comprendía qué demonios significaba aquello.

Un momento después, la niña pareció tomar una determinación.

Le soltó de repente la mano a Tengo, le dio la espalda y, sin decir palabra, salió a paso ligero del aula. Abandonó a Tengo en medio de un hondo vacío, sin volverse siquiera una sola vez hacia atrás.

Tengo abrió los ojos, se relajó, exhaló un hondo suspiro y, a continuación, bebió un trago de *bourbon*. Sintió cómo el líquido atravesaba su garganta y descendía por el esófago. Entonces volvió a inspirar y expeler el aire. Aomame ya no estaba allí. Se había dado la vuelta y se había marchado. Y había desaparecido de su vida.

De aquello habían pasado veinte años.

«Era la Luna», pensó Tengo.

«En aquel momento estaba mirando la Luna. Y Aomame también la miraba. Un pedazo de roca del color de la ceniza, suspendido en el cielo iluminado de las tres y media de la tarde. Un satélite taciturno y solitario. Los dos la mirábamos, uno al lado del otro. Pero ¿qué significa eso? ¿Acaso me va a guiar la Luna hasta el lugar en el que se encuentra Aomame?

»En ese momento, Aomame quizá le entregó su corazón a la Luna a escondidas», se le ocurrió de pronto a Tengo. Quizás ella y la Luna habían hecho un trato secreto. La mirada de la niña hacia la Luna encerraba una especie de sinceridad absoluta que lo llevaba a asumir esa suposición.

Por supuesto, desconocía qué le había ofrecido Aomame a la Luna en aquel entonces, pero Tengo se imaginaba más o menos qué le había concedido la Luna a ella. Seguramente pura soledad y calma. Era lo mejor que podía ofrecerle la Luna a alguien.

Tengo pagó la cuenta y salió del Cabeza de Cereal. Entonces miró al cielo. No se veía la Luna. El cielo estaba despejado y la Luna debía de andar en alguna parte. Pero desde la calle rodeada de edificios era imposible verla. Con las manos en los bolsillos, caminó de calle en calle en busca de la Luna. Aunque quisiera ir a un claro entre los edificios, en Kōenji no era sencillo encontrar uno. Era una zona tan llana, que costaba encontrar la mínima cuestecilla. No había lugares altos. Podría subir a la azotea de un edificio desde el que se avistaran las cuatro direcciones, pero no encontró a su alrededor ningún edificio adecuado.

Sin embargo, mientras deambulaba, Tengo se acordó de un parque infantil cercano. Había pasado por él en otras ocasiones yendo de paseo. No era grande, pero seguro que tenía tobogán. Si se subía, aunque no fuese desde una gran

altura, el panorama sería algo mejor que desde el suelo. Se encaminó hacia el parque. Las agujas del reloj de pulsera marcaban casi las ocho.

El parque estaba desierto. Una farola de mercurio se erigía en medio y con su luz lo iluminaba completamente de punta a punta. Había un enorme olmo de agua todavía frondoso, así como arbustos bajos, una fuente, bancos, un columpio y un tobogán. También había unos aseos públicos, pero al anochecer un empleado municipal los cerraba. Tal vez para evitar que algún vagabundo entrara. De día, madres jóvenes cuyos hijos todavía no iban al parvulario charlaban animadamente mientras los niños jugaban. Tengo había visto aquella escena en repetidas ocasiones. Pero al anochecer, casi nadie visitaba aquel lugar.

Tengo se subió a lo alto del tobogán y, de pie, miró al cielo. Al norte de aquel parque, un edificio nuevo de seis plantas tapaba el cielo como un muro, pero en las otras direcciones sólo había edificios bajos. Tengo miró a su alrededor y encontró la Luna en dirección sudoeste. Flotaba sobre el tejado de una vieja casa de dos plantas. Había alcanzado tres cuartos de su tamaño. «Igual que la Luna de hace veinte años», pensó Tengo. Exactamente el mismo tamaño, la misma forma. Casualidades del destino. Quizás.

Sin embargo, aquella Luna suspendida en el cielo nocturno de principios de otoño era luminosa e irradiaba un calor singular propio de la estación. La impresión que producía era muy diferente a la de la Luna de las tres y media de la tarde de aquel mes de diciembre. Aquella luz, natural y apacible, aliviaba el corazón de la gente. Del mismo modo que lo aliviaban las corrientes de agua cristalina y el suave murmullo de las hojas de los árboles.

Tengo estuvo mirando al cielo subido a la cima del tobogán durante largo rato. Se oía una especie de fragor marino entremezclado con ruido de neumáticos de diferentes tamaños procedente de la circunvalación número siete. Aquel ruido hizo que se acordase repentinamente de la clínica en la costa de Chiba, en la cual estaba internado su padre.

Como de costumbre, la luz mundana de la metrópolis desvanecía la silueta de las estrellas. Aunque el cielo estaba despejado del todo, sólo se vislumbraban aquí y allá alguna estrella especialmente luminosa. A pesar de ello, la Luna se veía a la perfección. Pendía de manera íntegra, sin manifestar su disgusto por aquel cielo contaminado lumínica y acústicamente. Aguzando los ojos se podía reconocer la enigmática sombra que formaban aquellos gigantescos cráteres y valles. Mientras contemplaba abstraído la luz de la Luna, una especie de recuerdo heredado de tiempos remotos vino a su memoria. Desde antes de que el

ser humano hubiera adquirido el fuego, las herramientas y el lenguaje, la Luna siempre había sido su aliada. A veces había iluminado un mundo en tinieblas, como una lámpara caída del cielo, y había mitigado el miedo de la gente. Sus fases habían proporcionado al ser humano la noción del tiempo. Parecía que el sentimiento de agradecimiento hacia la compasión desinteresada de la Luna estaba fuertemente arraigado en los genes de la especie humana, incluso ahora que las tinieblas habían sido expulsadas de casi todos lados. Como una cálida memoria colectiva.

«La verdad es que hacía una eternidad que no me paraba a contemplar la Luna de este modo», pensó Tengo. ¿Cuándo había sido la última vez que había mirado la Luna? Al transcurrir los días en medio del trasiego de la ciudad, uno vivía mirando sólo a los pies e incluso se olvidaba de mirar hacia el cielo nocturno.

A continuación, Tengo se dio cuenta de que había otra luna flotando en un rincón del cielo, a poca distancia de la Luna. Al principio, pensó que se trataba de un espejismo. O una ilusión óptica producida por los rayos de luz. Pero lo comprobó una y otra vez y allí había dos lunas de perfil definido. Durante un momento se quedó sin palabras, con la boca entreabierta, contemplándolas anonadado. Era incapaz de asumir lo que estaba viendo. El perfil y la sustancia no se superponían correctamente. Como cuando los conceptos y el lenguaje no casan.

«¿Otra luna?».

Cerró los ojos y con la palma de las manos se frotó con fuerza los músculos de las mejillas. «¿Qué demonios me pasa?», pensó Tengo. «No he bebido tanto». Serenamente llenó de aire los pulmones y lo expulsó con tranquilidad. Comprobó que sus sentidos no estaban alterados. En la oscuridad de sus ojos cerrados volvió a verificar quién era, dónde estaba y qué hacía. «Septiembre de 1984, Tengo Kawana, barrio de Suginami, en Kōenji, parque infantil, es de noche y miro la Luna. No hay duda».

Luego abrió los ojos tranquilamente y volvió a mirar al cielo. Con cuidado y sangre fría. Pero, en efecto, allí había dos lunas.

«No es un espejismo. Hay dos lunas». Tengo se agarró el puño de la mano derecha con fuerza durante un buen rato. La Luna seguía siendo taciturna, pero ya no era solitaria.

19
AOMAME

Cuando la *daughter* se despierte

Aunque *La crisálida de aire* adoptaba la forma de una historia fantástica, básicamente era una novela fácil de leer. Se había escrito con un estilo que imitaba la manera de hablar de una niña de diez años. No había vocabulario complicado, lógicas forzadas, explicaciones prolijas, ni expresiones sofisticadas. El relato era narrado de principio a fin por una niña. Sus palabras eran fáciles de comprender, sencillas y, en muchas ocasiones, agradables al oído; sin embargo apenas daba explicaciones. Simplemente narraba lo que veía, dejándose llevar. No se detenía y reflexionaba: «¿Qué está ocurriendo en este momento?», «¿Qué significa esto?». Avanzaba a un paso lento pero suficiente. El lector acompañaba a la niña tomando prestada su mirada. De manera sumamente natural. Y cuando menos se daba cuenta, había entrado en otro mundo. Un mundo *que no es éste*. El mundo en el que la Little People creaba la crisálida de aire.

Con sólo haber leído las diez primeras páginas, lo primero que causó una fuerte impresión en Aomame fue el estilo. Si era Tengo quien lo había redactado, no cabía duda de que tenía un don para la escritura. El Tengo que Aomame había conocido era considerado un genio de las matemáticas. Le llamaban niño prodigio. Había resuelto sin dificultad complicados problemas matemáticos que incluso a un adulto le habría costado resolver. Sacaba unas notas excelentes no sólo en matemáticas, sino también en las otras asignaturas e, hiciera lo que hiciera, dejaba a los demás niños muy atrás. Era corpulento y hábil para los deportes. Pero no recordaba que se le diera bien escribir. Quizá por aquel entonces esa faceta suya estaba oculta tras la sombra de las matemáticas y no había sobresalido demasiado.

O puede que Tengo simplemente hubiera transformado en texto el relato oral de la chica, dejándolo tal cual. A lo mejor su propia originalidad no formaba parte de aquel estilo. Pero tenía la impresión de que no era así. A primera vista,

el texto era simple y llano, sin embargo, leyéndolo con atención, uno se daba cuenta de que había sido elaborado y arreglado de forma escrupulosa. No sobraba nada y, al mismo tiempo, habían escrito todo lo necesario. Aunque las expresiones calificativas eran reducidas, las descripciones eran precisas y ricas en matices. Y en el texto se percibía, sobre todo, una especie de musicalidad extraordinaria. El lector podía captar ese eco profundo aunque no leyera en voz alta. No se trataba de un texto que una chica de diecisiete años pudiera escribir de forma espontánea con facilidad.

Tras confirmar todo eso, Aomame siguió leyendo con atención.

La protagonista es una niña de diez años. Pertenece a una pequeña «agrupación» que se encuentra en las montañas. Tanto su padre como su madre viven también en esa agrupación. No tiene hermanos ni hermanas. Como la llevaron a aquel lugar poco después de nacer, apenas sabe nada del mundo exterior. Ocupados en sus respectivas tareas diarias, los tres miembros de la familia tienen pocas ocasiones para verse y charlar con tranquilidad, pero aun así se llevan bien. De día, las niñas van a la escuela local y los padres se dedican principalmente a las labores del campo. Siempre que tienen tiempo disponible, los niños también ayudan en el trabajo.

Los adultos que viven en la agrupación odian el mundo exterior. Cada dos por tres dicen que el mundo en el que viven es una bella isla solitaria, que es una fortaleza en medio de un océano de capitalismo. La niña desconoce qué es el capitalismo (a veces también utilizan la palabra «materialismo»). Por el desprecio que se percibe cuando la pronuncian, debe de ser algo retorcido, opuesto a la Naturaleza y a la rectitud. A la niña le enseñan que para mantener su cuerpo y sus ideas limpias tiene que evitar el mundo exterior a toda costa. Si no, su corazón se contaminará.

La agrupación estaba formada por cincuenta personas relativamente jóvenes, pero éstas se habían dividido en dos grupos. Uno aspiraba a la revolución; el otro aspiraba a la paz. Los padres de ella pertenecían más bien al segundo grupo. Su padre era el más viejo y había desempeñado el papel principal desde la fundación de la agrupación.

Naturalmente, la niña de diez años no sabe explicar de manera lógica las estructuras opuestas de los dos grupos. Tampoco conoce la diferencia entre revolución y paz. La impresión que tiene es que la revolución es una manera de

pensar un tanto puntiaguda; mientras que la paz es una manera de pensar un tanto redondeada. Todas las maneras de pensar tienen una forma y un colorido concretos. E, igual que la Luna, crecen y menguan. Eso es todo lo que ella sabe.

La niña desconoce cómo se originó la agrupación. Sólo ha oído que unos diez años atrás, poco después de nacer ella se había producido un gran movimiento social y la gente había abandonado la vida en la ciudad para mudarse a un pueblo aislado en las montañas. De la ciudad tampoco sabe gran cosa. Nunca ha ido en tren ni se ha subido a un ascensor. Nunca ha visto un edificio de más de tres plantas. Hay demasiadas cosas que desconoce. Lo único que puede comprender son las cosas que la rodean y que puede ver con sus ojos y tocar con sus manos.

Sin embargo, desde una perspectiva sencilla y con una sobria manera de hablar iba describiendo vivamente y de forma natural la estructura y el paisaje de aquella pequeña comunidad y la manera de ser y de pensar de las gentes que allí vivían.

Pese a sus diferentes formas de pensar, las gentes que allí vivían conservaban un fuerte sentimiento de solidaridad. Todos compartían la idea de que vivir alejados del capitalismo era una dicha y sabían que, aunque la forma y el colorido de sus maneras de pensar difiriese, si no arrimaban el hombro no sobrevivirían por sí solos. Vivían con lo justo. Trabajaban cada día sin cesar, cultivaban hortalizas, hacían trueques con los vecinos, vendían los excedentes, evitaban utilizar productos fabricados en serie siempre que fuera posible y vivían en comunión con la Naturaleza. Los aparatos eléctricos que se veían obligados a utilizar eran objetos que recogían de algún depósito de chatarra y que luego arreglaban, y la mayoría de la ropa que vestían eran prendas de segunda mano que les enviaban.

Había gente que, incapaz de adaptarse a esa vida pura pero rigurosa, abandonaba la agrupación, y había otra gente que iba a informarse y se unía. El número de personas que se asociaba era mucho mayor que el de los que abandonaban. Por eso la población de la agrupación creció paulatinamente. Era una corriente favorable. En el pueblo abandonado en el que residían quedaban todavía muchas casas vacías en las que, adecentándolas un poco, se podía vivir, y había muchos campos sin labrar, así que aceptaban de buena gana que el número de trabajadores aumentara.

Allí había entre ocho y diez niños. La mayoría había nacido dentro de la agrupación, y la mayor era la niña protagonista. Los niños acudían a la escuela

local. Iban y volvían a pie todos juntos. Los niños tenían que asistir a la escuela local porque lo establecía la Ley. Además, los fundadores de la agrupación pensaban que mantener una buena relación con las gentes de la zona era imprescindible para la supervivencia de la comunidad. Pero, como por otra parte, los niños locales tenían miedo de los niños de la agrupación y los evitaban o se metían con ellos, en general los niños de la agrupación siempre andaban juntos. Uniéndose se protegían a sí mismos. Del daño físico y de la *contaminación* espiritual.

Así que dentro de la agrupación construyeron una escuela propia donde la gente se turnaba para enseñar a los niños. Como la mayoría había recibido educación superior y no pocos estaban cualificados para impartir clases, no resultó complicado. Redactaron sus propios libros de texto y enseñaban a leer y escribir, así como aritmética. También enseñaban rudimentos de física, química, fisiología y biología. Enseñaban la historia mundial. En el mundo había dos sistemas llamados capitalismo y comunismo, y ambos se odiaban mutuamente. Pero los dos adolecían de graves problemas y, en general, el mundo estaba yendo en la mala dirección. El comunismo era en su origen una excelente ideología con altos ideales, pero ciertos políticos egoístas lo deformaron a medio camino. A la niña le habían enseñado una fotografía de uno de esos «políticos egoístas». Era un hombre de nariz grande con un gran bigote negro que le evocaba a Satanás.

En la agrupación no había televisión, y la radio no estaba permitida salvo en ocasiones excepcionales. Los periódicos y revistas estaban restringidos. Las noticias que se consideraban necesarias eran comunicadas oralmente durante la cena en la «sala de reuniones». La gente allí reunida reaccionaba con voces de júbilo o gruñidos de desacuerdo según la noticia. Los gruñidos de desacuerdo eran mucho más numerosos que los gritos de júbilo. Esa era la única relación de la niña con los medios de comunicación. En su vida jamás había visto una película o leído un tebeo. Sólo le estaba permitido escuchar música clásica. En la sala de reuniones había un equipo estéreo y un gran número de discos que alguien había llevado. En sus horas libres la niña escuchaba las sinfonías de Brahms, obras para piano de Schumann, música para clave de Bach y música religiosa. Se convirtió en su más valiosa, y prácticamente única, diversión.

Un buen día, a la niña le impusieron un castigo. Esa semana le habían ordenado que cuidara unas cuantas cabras por la mañana y por la noche, pero agobiada con los deberes de la escuela y las tareas diarias se despistó y lo olvidó. A la mañana siguiente se descubrió que una cabra ciega, la más anciana del

rebaño, se había muerto de frío. Como castigo aislaron a la niña durante diez días de la agrupación.

La gente consideraba que aquella cabra tenía un valor especial para ellos, pero estaba muy vieja, y la enfermedad —no se sabía qué enfermedad era— había descarnado su flaco cuerpo. Independientemente de que alguien la cuidara o no, no había probabilidades de que fuera a recuperarse. El que se muriera era cuestión de tiempo. Pero no por eso iban a aligerar la falta cometida por la niña. Aparte de la muerte de la cabra, el problema era que la niña había desatendido el trabajo asignado. El aislamiento era una de las penas más graves dentro de la agrupación.

A la niña la encerraron dentro de un pequeño y viejo almacén de paredes de barro junto a la cabra ciega muerta. A ese almacén lo llamaban «el cuarto de reflexión». A quien infringía las normas de la agrupación se le daba la oportunidad de reflexionar en aquel lugar sobre el delito que había cometido. Mientras duró el castigo de aislamiento, nadie le dirigió la palabra. Tuvo que soportar diez días en silencio absoluto. Le llevaban el mínimo necesario de agua y comida, pero el almacén era frío, oscuro y húmedo. Además, olía a la cabra muerta. Habían echado el cerrojo a la puerta por fuera y en un rincón del habitáculo habían dejado un balde para que hiciera sus necesidades. En lo alto de la pared había un ventanuco por el cual entraba la luz del sol y de la Luna. Si no estaba nublado, también podía ver algunas estrellas. Ésa era la única iluminación que tenía. La noche la pasaba tiritando, tumbada en un duro colchón extendido sobre el suelo de madera y envuelta en dos viejas mantas. Aunque estaban en abril, la noche en las montañas era fría. Cuando oscurecía, los ojos de la cabra muerta relucían y reflejaban la luz de las estrellas. La niña tenía miedo y era incapaz de conciliar el sueño.

A la tercera noche, la cabra abrió completamente la boca. La habían abierto a la fuerza desde dentro. De ella salieron una tras otra varias personas de baja estatura. Eran seis en total. Al salir sólo medían diez centímetros, pero una vez en tierra crecieron rápidamente, igual que las setas después de la lluvia. Con todo, a lo sumo medían sesenta centímetros. Le dijeron que eran la «Little People».

«Como en *Blancanieves y los siete enanitos*», pensó la niña. Cuando era pequeña su padre le había leído aquel cuento. «Pero falta uno».

—Si quieres siete, podemos hacer que haya siete —dijo un Little People con voz grave. Parecía que podían leerle el pensamiento. Entonces, al volver a

contarlos, vio que ya no eran seis, sino siete. Sin embargo a la niña no le pareció extraño. Cuando la Little People salió de la boca de la cabra, las reglas del mundo ya se habían alterado. Pasara lo que pasara a continuación, no se sorprendería.

—Por qué habéis salido de la boca de la cabra muerta —preguntó la niña. Se dio cuenta de que su voz sonaba rara. No hablaba de la misma manera que siempre. Quizá se debiera a que llevaba tres días sin hablar con nadie.

—Porque la boca de la cabra se ha convertido en un pasaje —respondió un Little People de voz ronca—. Nosotros tampoco nos hemos dado cuenta de que era una cabra muerta hasta que hemos salido por ella.

Un Little People de voz atiplada tomó la palabra:

—A nosotros nos da igual que sea una cabra, una ballena o un guisante. Mientras haya un pasaje…

—Tú has creado el pasaje. Y nosotros lo hemos probado. Nos estábamos preguntando adonde conduciría —dijo el Little People de voz de bajo.

—Yo he creado el pasaje —dijo la niña. Efectivamente, aquello no sonaba como su voz.

—Nos has hecho un favor —dijo un Little People que hablaba en voz baja.

Algunos de ellos manifestaron su acuerdo.

—¿Por qué no jugamos a crear una crisálida de aire? —dijo el Little People tenor.

—¡Ya que estamos aquí! —dijo el barítono.

—Una crisálida de aire —preguntó ella.

—Se extrae un hilo del aire y con él se va creando una morada. Poco a poco va creciendo —dijo el de voz de bajo.

—Una morada para quién —pregunta la niña.

—Lo sabrás dentro de poco —dijo el barítono.

—Lo sabrás cuando salga —dijo el de voz de bajo.

—¡Jo, jo! —se burló otro Little People.

—Os puedo ayudar yo también —preguntó la niña.

—¡Por supuesto! —contestó el de voz ronca.

—Nos has hecho un favor. ¡Venga, ayúdanos! —dijo el Little People tenor.

Extraer hilo del aire no era tan complicado en cuanto te acostumbrabas. La niña tenía dedos hábiles, de modo que enseguida se desenvolvió en aquella tarea. Fijándose bien, se podían distinguir varios hilos flotando en el aire. Quien quisiera verlos, los veía.

—Así, como lo estás haciendo. ¡Muy bien! —dijo el que hablaba en voz baja.

—Eres una niña muy lista. Aprendes rápido —dijo el de voz atiplada. Los siete vestían la misma ropa y tenían el mismo rostro; sólo sus voces eran claramente diferentes.

La ropa que vestía la Little People era ropa de lo más normal y corriente. Esta expresión podrá resultar extraña, pero no hay otra manera de describirla. Al apartar la vista de ellos, uno se olvidaba por completo de cómo era la ropa que llevaban. Lo mismo se podía decir de sus facciones. No eran unas facciones bellas ni feas. Tenían un semblante de lo más normal y corriente. Y al apartar la vista, uno se olvidaba por completo de cómo eran sus facciones. Su pelo, igual. No era largo ni corto. Era pelo sin más. Además, no olían a nada.

Llegado el amanecer, cuando el gallo cantó y el cielo se iluminó al este, la Little People dejó de trabajar y se desperezó. Luego escondieron en un rincón del almacén lo que habían hecho hasta entonces de la blanca crisálida de aire —de momento todavía tenía el tamaño de un conejito—, para que no lo descubriera la persona que le llevaba la comida a la niña.

—Ha amanecido —dijo el Little People que hablaba en voz baja.

—La noche se ha terminado —dijo el que tenía voz de bajo.

«Con tanta gente con voces diferentes podríamos hacer una coral», pensó la niña.

—Nosotros no cantamos —dijo el Little People tenor.

—¡Jo, jo! —dijo el Little People burlón.

La Little People menguó hasta alcanzar los diez centímetros, la misma estatura que cuando apareció, hizo una fila y fue metiéndose en la boca de la cabra.

—¡Esta noche vendremos otra vez! —dijo en voz baja el Little People que hablaba en voz baja antes de cerrar desde dentro la boca de la cabra—. ¡No le hables a nadie de nosotros!

—Si le hablas a alguien de nosotros, ocurrirá algo horrible —añadió por si acaso el de voz ronca.

—¡Jo, jo! —rió el burlón.

—No se lo diré a nadie —prometió la niña.

Además, si se lo dijera a alguien, seguro que nadie la creería. A menudo los mayores la reprendían por expresar las ideas que le venían a la mente. Le decían que no distinguía entre la realidad y la imaginación. Ella no entendía qué era lo

que hacía mal. En cualquier caso, sería mejor que no le hablara a nadie de la Little People.

En cuanto la Little People desapareció y la boca de la cabra volvió a cerrarse, la niña intentó encontrar el sitio donde ellos habían escondido la crisálida de aire, pero fue incapaz de dar con él. La habían escondido muy bien. Ya podía buscar y buscar en aquel espacio tan reducido, que no la encontraría. ¿Dónde demonios la habrían escondido?

A continuación, se arropó con la manta y se durmió. Fue un sueño apacible, como hacía tiempo que no tenía. No soñó ni se despertó bruscamente. Disfrutó de aquel sueño profundo.

De día, la cabra permaneció muerta. Su cuerpo estaba duro y yerto; los ojos turbios parecían bolas de vidrio. Pero cuando se puso el sol y las tinieblas invadieron el almacén, sus ojos relucieron con la luz de las estrellas. Entonces, como guiada por esa luz, la boca de la cabra se abrió por completo y de ella salió la Little People. Esta vez fueron siete desde el principio.

—Prosigamos con lo que estábamos haciendo anoche —dijo el Little People de voz ronca.

Los otros seis manifestaron su aprobación.

Los siete Little People y la niña se sentaron en círculo alrededor de la crisálida y continuaron con el trabajo. Extraían hilo blanco del aire y con él fabricaban la crisálida. Apenas hablaban; sólo se entregaban al trabajo en silencio. Al mover las manos con entusiasmo, no sentían el frío nocturno. Sin darse cuenta, el tiempo iba transcurriendo. No se hartaban ni tenían sueño. Poco a poco, pero de forma visible, la crisálida iba creciendo.

—Cómo de grande la vamos a hacer —preguntó la niña cuando estaba a punto de despuntar el día. No sabía si les daría tiempo de acabarla durante los diez días que iba a estar encerrada en el almacén.

—¡Todo lo grande que podamos! —respondió el Little People de voz atiplada.

—En un momento determinado, se abrirá de forma natural —dijo alegre el tenor.

—Y saldrá algo de ella —comentó el barítono con voz enérgica.

—El qué —preguntó la niña.

—¿Qué saldrá? —dijo el que hablaba en voz baja.

—Estoy deseando que salga —dijo el Little People con voz de bajo.

—¡Jo, jo! —se burló el Little People burlón.

—¡Jo, jo! —dijeron los otros seis a coro.

El estilo de la novela destilaba una extraña y particular lobreguez. Al fijarse en ello, Aomame torció ligeramente el gesto. El relato parecía un cuento infantil fantástico. Pero en el fondo fluía invisible una oscura y latente corriente. En el uso llano y simple de la lengua Aomame percibía cierto eco funesto. Había una penumbra que parecía insinuar la venida de un tipo de enfermedad. Una enfermedad mortal que corroía en silencio el espíritu humano desde su núcleo. Y los que portaban la enfermedad eran esos siete Little People que parecían una coral. «No cabe duda de que hay algo presente insano», pensó Aomame. A pesar de ello, Aomame podía captar en sus voces algo que le resultaba fatídicamente familiar.

Aomame levantó la cara del libro y recordó lo que el líder le había dicho de la Little People antes de morir: «Hemos vivido con *ellos* desde tiempos inmemoriales. Cuando el bien y el mal todavía no existían. Desde los albores de la conciencia humana».

Aomame siguió leyendo.

La Little People y la niña siguieron trabajando y, al cabo de varios días, la crisálida de aire adquirió más o menos el tamaño de un perro grande.

—Mañana se termina el castigo y voy a salir de aquí —le dijo la niña a la Little People cuando empezó a clarear.

Los siete Little People prestaron atención en silencio a sus palabras.

—Así que ya no podremos terminar la crisálida de aire juntos.

—Es una pena —dijo el Little People tenor como si lo lamentara de verdad.

—Estando tú aquí nos has sido de gran ayuda —dijo el Little People barítono.

El Little People de voz atiplada también hizo un comentario:

—Pero la crisálida ya está prácticamente terminada. Con un poco más será suficiente.

Los Little People se colocaron unos al lado de otros y observaron lo que llevaban hecho de la crisálida de aire como si estuvieran midiendo su tamaño.

—Sólo falta un poquito —dijo el Little People de voz ronca, como tomando las riendas en una monótona canción de barquero.

—¡Jo, jo! —se burló el burlón.

—¡Jo, jo! —dijeron los otros seis a coro.

La pena de diez días de aislamiento llegó a su fin y la niña regresó a la agrupación. La vida en grupo con todas sus normas comenzó de nuevo, y no tuvo tiempo para estar sola. Obviamente, tampoco podía fabricar la crisálida de aire con la Little People. Cada noche, antes de dormir, se imaginaba a los siete Little People sentados en torno a la crisálida de aire trabajando para hacerla más grande. No pensaba en nada más. Era como si la crisálida de aire se hubiera infiltrado por completo en su cabeza.

La niña se moría de ganas por saber qué había en el interior de la crisálida de aire; qué surgiría cuando, llegada la hora, la crisálida se rompiera. Sentía inmensamente no poder verlo con sus propios ojos. «Les he echado una mano en la fabricación de la crisálida, así que yo también debería tener derecho a presenciarlo». Tenía tantas ganas de verlo que incluso pensó seriamente en volver a cometer una falta para que la aislasen y poder regresar al almacén. Pero aunque se molestara en hacerlo, quizá la Little People no volvería a aparecer en el almacén. Habían retirado la cabra muerta y la habían enterrado. Sus ojos nunca volverían a resplandecer bajo la luz de las estrellas.

Se describe la vida diaria de la niña en la comunidad. Las tareas disciplinarias, el trabajo asignado. Por ser la mayor, dirige a los más pequeños y se ocupa de ellos. Las comidas frugales. Los cuentos que sus padres le leen antes de dormir. La música clásica que escucha cuando encuentra algo de tiempo libre. La vida impoluta.

La Little People la visita en sueños. Ellos pueden entrar cuando les apetece en los sueños de la gente. «*La crisálida de aire* está a punto de eclosionar; ¿por qué no vienes a verla?», la incitan. «Ven al almacén con una vela al anochecer, para que nadie te vea».

La niña no puede reprimir la curiosidad. Se levanta de la cama, coge la vela que ha preparado y va hasta el almacén amortiguando sus pasos. Allí no hay nadie. Sólo está la crisálida de aire, que yace solitaria sobre el suelo. Ha crecido, en comparación con la última vez que la vio. En total mide alrededor de un metro y treinta o cuarenta centímetros de largo. Una tenue luz emana de dentro.

De perfil traza una bella curva y en la zona del medio hay un hermoso estrechamiento que no tenía cuando era más pequeña. Parece que desde entonces la Little People ha estado trabajando con afán. Y la crisálida ya ha empezado a romperse. Tiene una fisura vertical limpia. La niña se agacha y observa el interior por la abertura.

Descubre que lo que hay dentro de la crisálida es ella misma. Se contempla a sí misma desnuda y acostada en el interior. Su otro yo está boca arriba con los ojos cerrados. Parece inconsciente. Ni siquiera respira. Igual que una muñeca.

—Ésa es tu *daughter* —dijo el Little People de voz ronca. Tras lo cual carraspeó.

Al darse la vuelta ve, de pronto, que los siete Little People están allí de pie, formando un abanico.

—*Dóter* —repite automáticamente la niña.

—Y tú eres lo que llamamos *mother* —dijo el de la voz de bajo.

—*Móder* y *dóter* —repite la niña.

—La *daughter* sustituye a la *mother* —dice el Little People de voz atiplada.

—Me he dividido en dos —pregunta la niña.

—No —responde el Little People tenor—. No te has dividido ni en dos ni en nada. Tú sigues siendo tú de pies a cabeza. No te preocupes. La *daughter* sólo es la sombra del corazón de la *mother*, que ha tomado forma.

—Cuándo se va a despertar esa persona.

—Dentro de poco. Cuando llegue la hora —dice el Little People barítono.

—Esta *dóter*, que es la sombra de mi corazón, qué hace —pregunta, la niña.

—Realiza la función de *perceiver* —dijo sigilosamente el que hablaba en voz baja.

—*Persiver* —dice la niña.

—Quien percibe —dice el de voz ronca.

—Transmite lo que percibe al *receiver* —dice el de voz atiplada.

—Es decir, ¡la *daughter* será nuestro pasaje! —dice el Little People tenor.

—En lugar de la cabra —pregunta la niña.

—La cabra muerta sólo era un pasaje provisional —dice el Little People con voz de bajo—. Necesitamos una *daughter* viviente que enlace con el lugar en el que habitamos. Como *perceiver*.

—Qué hace la *móder* —pregunta la niña.

—La *mother* está al lado de la *daughter* —dice el de voz atiplada.

—Cuándo se va a despertar la *dóter*.

—Dentro de dos días, quizá tres —responde el tenor.

—Un día u otro —dice el que habla en voz baja.

—Cuida bien de la *daughter* —dice el barítono—. Porque es tu *daughter*.

—Sin los cuidados de la *mother*, la *daughter* no estará completa y le costará sobrevivir —dice el de voz atiplada.

—Si la *daughter* desapareciese, la *mother* perdería la sombra de su corazón —dice el tenor.

—Qué le ocurre a la *móder* que pierde la sombra del corazón —pregunta la niña.

Ellos se miraron entre sí. Nadie respondió a la pregunta.

—Cuando la *daughter* se despierte, en el cielo habrá dos lunas —dice el de la voz ronca.

—Las dos lunas reflejan la sombra del corazón —dice el barítono.

—Habrá dos lunas —repite de forma automática la niña.

—¡Es un símbolo! ¡Mira al cielo atentamente! —dice con sigilo el que habla en voz baja—. Mira al cielo atentamente —insiste—. Cuenta las lunas.

—¡Jo, jo! —se burla el burlón.

—¡Jo, jo! —dicen los otros seis a coro.

La niña huye.

Allí hay algo erróneo, algo que está mal. Algo muy deformado. Algo que va en contra de la Naturaleza. La niña es consciente. No sabe qué quiere la Little People, pero la horroriza su otro yo dentro de la crisálida de aire. Le resulta imposible vivir con otro yo que vive y se mueve. «Tengo que escapar de aquí. Y cuanto antes. Antes de que la *daughter* se despierte. Antes de que en el cielo haya dos lunas».

En la agrupación está prohibido tener dinero a título personal, pero su padre le había dado a escondidas un billete de diez mil yenes y alguna moneda suelta. «Escóndelo bien para que no lo vean», le había dicho a la niña. También le había entregado un papel con una dirección, un nombre y un número de teléfono apuntados. «Si tuvieras que huir de aquí, compra un billete de tren con el dinero y ve a esta dirección».

Su padre debía de tener presente la posibilidad de que algún día ocurriera algo malo en la agrupación. La niña no titubeó y actuó *ipso facto*. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de sus padres.

Saca el billete de diez mil yenes, las monedas y el trozo de papel de una botella que ha enterrado en el suelo. En la escuela, en plena clase, dice que quiere ir a la enfermería porque se siente mal, sale del aula y, sin más, se marcha de la escuela. Sube al primer autobús y va hasta la estación. En la taquilla saca los diez mil yenes y compra un billete para ir hasta la estación de Takao. Le devuelven el cambio. Es la primera vez en su vida que compra un billete, que le devuelven el cambio y que coge un tren. Pero su padre la había aleccionado detalladamente de cómo debía actuar y ella lo lleva bien grabado en la cabeza.

Siguiendo las instrucciones anotadas en el papel, se apeó del tren en la estación de Takao, en la línea Chūō, y llamó desde una cabina telefónica al número indicado. La persona a quien telefoneó era un pintor de estilo tradicional japonés, viejo amigo de su padre. Era unos diez años mayor que él y vivía con su hija en medio de unas montañas próximas al monte Takao. Su esposa había fallecido hacía algún tiempo, y su hija, que se llamaba Kurumi, era un año menor que la niña. Inmediatamente después de contactar con él, el señor se presentó en la estación y dio una calurosa bienvenida a la niña huida de la agrupación.

Al día siguiente de ser acogida en la casa del pintor, la niña mira al cielo desde la ventana de su habitación y descubre que ha pasado a haber dos lunas. Al lado de la Luna de siempre hay otra más pequeña semejante a un haba medio reseca. «La *dóter* se ha despertado», piensa la niña. Las dos lunas empiezan a reflejar la sombra del corazón. El corazón de la niña se estremece. El mundo ha cambiado y algo está a punto de ocurrir.

Sus padres no se ponen en contacto con ella. Tal vez nadie en la agrupación se ha dado cuenta de que la niña ha huido, ya que la *daughter*, el otro yo de la niña, permanece allí. A simple vista son idénticas, de modo que una persona cualquiera no las distinguiría. Pero, obviamente, sus padres deberían saber que la *daughter* no era la verdadera niña, sino una simple réplica. Que se había quedado allí sustituyéndola mientras la verdadera se había escapado de la comunidad. Sólo existía un lugar adonde podía haber ido. Aun así, los padres no se pusieron en contacto con ella ni una sola vez. Quizá fuera un mensaje sin palabras de parte de sus padres para que permaneciera huida.

La niña se ausenta de la escuela a menudo. El nuevo mundo donde vive ahora es muy diferente del mundo de la agrupación en el que se ha criado. Las normas son diferentes, los objetivos son diferentes y las palabras empleadas son diferentes, así que le resulta imposible hacer amigos. Es incapaz de adaptarse a la vida escolar.

Pero en la escuela primaria se lleva muy bien con un niño. Su nombre es Tōru. Tōru es bajo y delgado. En el rostro se le forman varias arrugas profundas, como un mono. Al parecer, cuando era pequeño padeció una grave enfermedad y no puede participar en actividades físicas intensas. Tiene la espalda un poco encorvada. Durante el recreo se aparta de los demás y siempre lee libros a solas. No tiene amigos. Es demasiado pequeño, demasiado feo. Durante el recreo del mediodía, la niña se sienta a su lado y le habla. Le pregunta qué libro está leyendo. Él le lee el libro en voz alta. A la niña le gusta su voz. Aunque habla en voz baja y tiene una voz un poco ronca, la niña la entiende claramente. Las historias que su voz narra la cautivan. Tōru lee prosa de una manera muy bella, como si leyera poesía. La niña siempre pasa con él el recreo de mediodía. Escucha con suma atención las historias que le lee.

Pero al cabo de poco tiempo Tōru se pierde. La Little People se lo arrebata a la niña.

Una noche, la crisálida de aire aparece en la habitación de Tōru. Mientras el niño duerme, cada noche la Little People va dando mayor volumen a la crisálida. A través de los sueños de la niña, la Little People le muestra todas las noches lo que está haciendo. Sin embargo, ella no puede detenerlos. La crisálida adquiere pronto el tamaño suficiente y se rompe de arriba abajo. Igual que en el caso de la niña. Pero dentro de esa crisálida hay tres grandes serpientes negras. Las tres están fuertemente enredadas entre sí, de modo que da la impresión de que nadie —ni siquiera ellas mismas— podría soltarlas. Parecen un viscoso enmarañamiento de tres cabezas. Las serpientes están encolerizadas por no poder liberarse y bullen desesperadas para soltarse de sí mismas, pero cuanto más se agitan, más empeora la situación. La Little People le enseña aquellas criaturas a la niña. Tōru sigue durmiendo a su lado sin enterarse de nada. Sólo la niña puede verlas.

Varios días después, el niño enferma de repente y se lo llevan lejos, a una clínica. No se hace público de qué enfermedad se trata. En cualquier caso, Tōru no volverá a la escuela. Se ha perdido.

La niña comprende que es un mensaje de parte de la Little People. Parece que no pueden tocar directamente a la niña, ya que es la *mother*. En vez de eso pueden hacer daño y destruir a la gente que la rodea; lo cual no quiere decir que puedan hacérselo a cualquiera. Prueba de ello es que no han podido tocar al pintor que se ocupa de la niña ni a Kurumi, su hija. Como presa eligen a los más débiles. Ellos habían sacado las tres serpientes negras del fondo de la conciencia del chico y las habían despertado de su sueño. Destruyendo al chico estaban enviándole una advertencia e intentaban llevarla de vuelta junto a la *daughter*. «Esto ha ocurrido por tu culpa», le dicen a la niña.

La niña se vuelve a quedar sola. Deja de ir al colegio de nuevo. Hacer amistades significa poner en riesgo a la otra persona. Eso es lo que significa vivir bajo las dos lunas. Ella es consciente.

Poco tiempo después, la niña decide empezar a crear su propia crisálida de aire. Puede hacerlo. La Little People le había dicho que ellos habían venido del lugar que procedían atravesando un pasaje. En ese caso, ella podría hacer el camino inverso e ir al lugar de que procedían. Yendo allí quizá descubriría el secreto de qué papel le tocaba desempeñar y qué significaba la historia de la *móder* y la *dóter*. Tal vez podría rescatar a Tōru, que se había perdido. La niña empieza a construir el pasaje. Basta con extraer hilo del aire y tejer crisálida. Requiere tiempo, pero tomándolo con calma se puede conseguir.

A pesar de todo, a veces no entiende nada. La confusión se apodera de ella. «¿Seré la *móder* de verdad? ¿No me habrán reemplazado por la *dóter* en algún momento?». Cuanto más piensa, menos segura está. «¿Cómo podría demostrar que yo soy mi propio cuerpo?».

La historia termina simbólicamente con la niña intentando abrir la puerta del pasaje. No se llega a contar qué ocurre al otro lado de la puerta. Quizá todavía no había sucedido.

«*Daughter*», pensó Aomame. El líder había mencionado esa palabra antes de morir. Había dicho que su hija había huido dejando atrás a su propia *daughter* para llevar a cabo una acción contra la Little People. Eso probablemente había ocurrido en la realidad. Y ella no había sido la única en ver las dos lunas.

En cualquier caso, Aomame tenía la sensación de que entendía el motivo por el cual la novela había sido bien recibida y ampliamente leída. Por supuesto, el

hecho de que la autora fuese una bella chica de diecisiete años también había influido en cierta medida. No obstante, no se había convertido en un *best seller* únicamente por eso. Las descripciones tan exactas y llenas de vida eran, sin lugar a duda, el atractivo de aquella novela. El lector podía captar con gran frescura el mundo que rodeaba a la niña a través de su mirada. La historia narraba la experiencia fantástica vivida por una niña en un entorno particular, pero provocaba que la gente sintiera de forma natural empatía por ella. Quizá despertara algo en el subconsciente. Por eso los lectores pasaban las páginas atrapados por el relato.

A esa virtud literaria seguramente había contribuido en buena medida Tengo, pero Aomame no podía detenerse a admirar aquello. Tenía que leer la historia centrándose en las partes protagonizadas por la Little People. Para Aomame, aquélla era una historia totalmente real que había puesto en juego la vida de una persona. Algo parecido a un manual. De él tenía que extraer los conocimientos y el saber hacer necesarios. Tenía que leer y comprender de la manera más concreta y detallada posible el significado del mundo en el que la habían metido.

La crisálida de aire no era una fantasía desbordante fruto de la mente de una chica de diecisiete años, como la gente creía. Aunque cambiaba los nombres de ciertas personas, gran parte de lo que describía era la inconfundible realidad por la que ella misma había pasado, Aomame estaba segura de ello. Fukaeri había querido dejar por escrito, y con la máxima precisión posible, los acontecimientos que había vivido, para revelar al mundo ese secreto oculto. Para advertir al máximo número de gente posible de la existencia de la Little People y de lo que estaban haciendo.

La *daughter* que la niña había dejado atrás seguramente se había convertido en el pasaje de la Little People y los había guiado hasta el líder, el propio padre de la niña, el cual se había convertido en el *receiver*. Entonces había conducido a Amanecer hacia su sangrienta autodestrucción, ya que se había convertido en un estorbo, y había ido transformando Vanguardia en una exclusiva y refinada comunidad religiosa extremista. Que debía de ser el ambiente más agradable y oportuno para la Little People.

¿Habría conseguido sobrevivir la *daughter* de Fukaeri sin su *mother*? La Little People había dicho que le costaría sobrevivir largo tiempo sin ella. ¿Y cómo sería la vida para la *mother* si perdiera la sombra de su corazón?

Tras la fuga de la niña, la Little People debía de haber creado unas cuantas *daughters* nuevas dentro de Vanguardia mediante el mismo procedimiento. El

objetivo debía de ser estabilizar el pasaje por el que podían entrar y salir; algo parecido a aumentar el número de carriles de una carretera. Las numerosas *daughters* se convertían así en *perceivers* para la Little People y desempeñaban la función de sacerdotisas. Tsubasa era una de ellas. Si se consideraba que el líder no había mantenido relaciones sexuales con las *mother*, sino con las *daughters*, la expresión de «unión ambigua» que el líder había utilizado cobraba sentido. Eso también explicaba que los ojos de Tsubasa fueran inexpresivos y carecieran de profundidad, así como que apenas hablara. Lo que no sabía era por qué la *daughter* Tsubasa se había escapado de la comunidad, y cómo lo había hecho. En todo caso, seguramente la habían metido en una crisálida de aire y la habían *recuperado* y llevado junto a su *mother*. La sangrienta muerte del perro había sido una advertencia de parte de la Little People. Igual que en el caso de Tōru.

Las *daughters* deseaban concebir un hijo del líder, pero al no ser cuerpos reales no tenían la regla. No obstante, según el líder deseaban encarecidamente quedarse encinta. ¿Por qué sería?

Aomame sacudió la cabeza. Todavía había demasiadas cosas que no comprendía.

Aomame quería comunicarle cuanto antes a la señora que quizás el hombre no se había limitado a violar a las sombras de las niñas. «*A lo mejor no teníamos por qué haber asesinado a ese hombre*».

¿Pero la creería así como así si se lo explicara? Aomame era consciente de ello. La señora, o cualquiera con un poco de cabeza, nunca se creería lo de la Little People, las *mothers*, las *daughters* y *las crisálidas de aire*, por mucho que se lo presentara como algo real. Porque para alguien con un poco de cabeza no serían más que invenciones sacadas de una novela. Igual que no se creerían la existencia de la Reina de corazones o el Conejo con el reloj de *Alicia en el país de las maravillas*.

No obstante, la Luna vieja y la luna nueva que Aomame había visto en el cielo eran *reales*. Había estado viviendo bajo su luz. Había sentido sobre su piel el cambio que se había generado en la gravitación. Y había matado con sus propias manos en la habitación oscura del hotel a la persona a quien llamaban líder. El mal agüero que había sentido al clavarle la afilada aguja en aquel punto

de la nuca permanecía vivo en la palma de su mano. Aún ahora esa sensación le ponía la carne de gallina. Además, poco antes de asesinarlo, había visto cómo el líder hacía levitar en el aire unos cinco centímetros un pesado reloj de mesa. Aquello no había sido una ilusión óptica, ni un truco de magia. Era un hecho innegable que había que aceptar tal cual.

De ese modo la Little People había tomado bajo control la comunidad de Vanguardia. Aomame desconocía cuál era el fin último que pretendían conseguir mediante ese control. Quizá se tratara de algo que trascendía el bien y el mal. Pero la niña que protagonizaba La *crisálida de aire* se había dado cuenta intuitivamente de que *era algo que estaba mal* e intentaba contraatacarlo a su manera. Abandonaba a su *daughter*, huía de la comunidad y, tomando prestada la expresión del líder, intentaba crear un «impulso anti Little People» para preservar el equilibrio del mundo. Remontando el pasaje por el que la Little People transitaba intentaba adentrarse en el lugar del que provenían. La historia era su vehículo. Y Tengo era su compañero y la había ayudado a construir esa historia. Posiblemente el propio Tengo no comprendía el significado de lo que estaba haciendo en ese momento. Quizá seguía sin comprenderlo ahora.

En cualquier caso, *La crisálida de aire* era una gran clave.

«Todo comienza a partir de esta historia.

»Pero ¿en qué parte de la historia encajo yo?

»A partir del instante en el que me encontraba en un atasco y bajé las escaleras de emergencia de la autopista metropolitana, mientras escuchaba la *Sinfonietta* de Janáček, fui arrastrada a este mundo de cuyo cielo penden dos lunas, una grande y otra pequeña; a este año de 1Q84, repleto de enigmas. ¿Qué sentido tiene todo esto?».

Cerró los ojos y meditó.

«Quizá fui arrastrada a través del pasaje del “impulso anti Little People” que Fukaeri y Tengo habían creado. Ese impulso me trajo a esta parte», pensaba Aomame. ¿Qué otra cosa cabía imaginar? «Y el papel que desempeño en esta historia no es nada desdeñable. No, podría decirse que soy una de los protagonistas».

Aomame miró a su alrededor. «En definitiva, estoy dentro de la historia que Tengo ha creado», pensó Aomame. «En cierto sentido estoy dentro de su cuerpo». Se dio cuenta de ello. «Por así decirlo, estoy dentro de ese santuario».

Hacía mucho tiempo había visto una vieja película de ciencia ficción por televisión. No se acordaba del título. Trataba de unos científicos que reducían sus propios cuerpos hasta tal punto que sólo se podían ver con un microscopio y, subidos a un vehículo similar a un batiscafo (también lo habían reducido de tamaño), se introducían en los vasos sanguíneos de un paciente; entraban en su corazón a través de las arterias y le realizaban una complicada operación quirúrgica que en un caso normal habría sido imposible de realizar. La situación quizás era semejante. «Estoy dentro de los vasos sanguíneos de Tengo y circulo por su cuerpo. Mientras combato con vehemencia los leucocitos que atacan al objeto invasor (es decir, yo) para eliminarlo, me dirijo hacia mi objetivo: la causa de la enfermedad. Y matando al líder en la habitación del Hotel Okura debí de "suprimir" con éxito ese agente patógeno».

Mientras pensaba todo eso, Aomame sentía cierta calidez. «He cumplido la misión que se me ha encomendado. Una misión complicada, sin duda alguna. Pasé mucho miedo, pero conseguí realizar el trabajo con serenidad y sin ningún fallo en medio del estruendo de los truenos. Probablemente ante los ojos de Tengo». Eso hizo que se sintiera orgullosa.

«Retomando la analogía de los vasos sanguíneos, pronto me recogerán de las venas, como un desecho que ha cumplido su función, y me expulsarán en breve del cuerpo. Son las reglas por las que se rige el organismo. No puedo escapar a mi destino. Pero ¿qué importa?», pensó Aomame. «Ahora estoy dentro de Tengo. Envuelta por su calor corporal, orientada por sus latidos. Guiada por su lógica y sus normas. Y probablemente por su estilo. ¡Qué maravilla formar parte de él de este modo!».

Sentada en el suelo, Aomame cerró los ojos. Acercó la nariz a las páginas del libro y aspiró su aroma. El olor de las hojas, el olor de la tinta. Entregó su cuerpo tranquilamente a aquella corriente. Prestó atención a los latidos del corazón de Tengo.

«*Este es el reino*», pensó.

«Estoy lista para morir. Cuando sea».

20
TENGO

La Morsa y el Sombrerero Loco

No cabe duda. Hay dos lunas.

Una era la Luna de toda la vida; la otra, una luna mucho más pequeña de color verde. Era más deforme y no tan refulgente como la Luna original. Parecía una niña no deseada, una pariente lejana pobre y fea, a la que la vida había maltratado y que era repudiada por todos. Pero resultaba difícil negar que estaba allí. No era un espejismo, ni una ilusión óptica. Era, sin duda, un cuerpo celeste dotado de sustancia y perfil suspendido del cielo. Ni un avión, ni un dirigible, ni un satélite artificial. No era un objeto de cartón piedra que alguien había construido en broma. Era, sin lugar a dudas, un fragmento de roca. Había fijado su posición en un lugar del cielo, en silencio y firmemente, como un signo de puntuación bien meditado o un lunar asignado por el destino.

Tengo contempló la nueva luna durante un buen rato, como arrostrándola. No apartó la vista de ella. Apenas pestañeó. Pero por más que la observaba, ella no se inmutaba. Permanecía en aquel rincón del cielo, taciturna y con un obstinado corazón de piedra.

Abrió el puño de la mano derecha y sacudió la cabeza de manera casi imperceptible. «¿Acaso no es igual que en *La crisálida de aire*?», pensó. Un mundo en cuyo cielo se alinean dos lunas. «Cuando la *daughter* nazca, habrá dos lunas».

«¡Es un símbolo! Mira al cielo con atención», le había dicho la Little People a la niña.

Él mismo había escrito ese texto. Siguiendo el consejo de Komatsu, había descrito la nueva luna con todo el detalle y la precisión que había podido. Era la

parte en la que más se había esforzado. Y el aspecto de la luna lo había ideado prácticamente él solo.

Komatsu le había dicho:

«Tengo, míralo de esta manera: si en el cielo hubiera una sola luna, al lector no le sorprendería. ¿No te parece? Pero no creo que haya visto nunca dos lunas flotando en el cielo. Cuando en una novela se incluye algo que ningún lector ha visto en su vida, es necesario describirlo con todo detalle y precisión».

Era una opinión razonable.

Sin dejar de mirar al cielo, Tengo volvió a sacudir levemente la cabeza. La nueva luna tenía la forma y el tamaño exactos con que Tengo se la había imaginado y descrito. Incluso el contexto metafórico era prácticamente idéntico.

«No puede ser», pensó Tengo. ¿Qué clase de realidad imita una metáfora? «No puede ser», intentó decir en voz alta. La voz apenas le salió. Tenía la garganta reseca, como después de haber corrido una larga distancia. Aquello era a todas luces imposible. *«Es un mundo ficticio*. Un mundo que no existe en la realidad». Era el mundo de un relato fantástico que le contaba cada noche Fukaeri a Azami y al que Tengo había dado consistencia en forma de texto.

«¿Querrá decir», se preguntó Tengo a sí mismo, «que estoy en el mundo de la novela? ¿Y si me hubiera alejado por algún motivo del mundo real y me hubiera introducido en el mundo de *La crisálida de aire*? ¿Como Alicia cuando se cayó por la madriguera del Conejo? ¿O es que se ha modificado el mundo real a imagen y semejanza de lo que se cuenta en *La crisálida de aire*? ¿Querrá decir que el mundo original —el mundo de toda la vida con una sola luna— ha dejado de existir? ¿Tendrá la Little People algo que ver con todo esto?».

Miró a su alrededor en busca de respuestas, pero el paisaje que se desplegaba ante sus ojos era el de una urbanización metropolitana de lo más normal. No se detectaba ningún cambio, nada inusual. La Reina de Corazones, la Morsa y el Sombrerero Loco no estaban allí. Lo único que había a su alrededor era el cajón de arena y el columpio desiertos, la farola de mercurio que esparcía su luz inorgánica, el olmo de agua con las ramas desplegadas, los aseos públicos cerrados con llave, el edificio nuevo de seis plantas (sólo las ventanas de cuatro pisos estaban iluminadas), un tablón de anuncios del barrio, una máquina expendedora roja con la marca de Coca-Cola, un viejo modelo de Volkswagen Golf de color verde mal aparcado, postes y tendido eléctrico y un letrero de neón de colores primarios a lo lejos. El ruido de siempre, las luces de siempre. Tengo

llevaba siete años viviendo en Kōenji. No se había instalado allí porque le gustara especialmente. Había encontrado por casualidad un piso de alquiler barato, bastante cerca de la estación, y se había mudado. Le resultaba cómodo para ir al trabajo y simplemente se había quedado allí porque mudarse era un engorro. Sin embargo, estaba familiarizado con aquel paisaje y si hubiera algún cambio se habría dado cuenta de inmediato.

¿Desde cuándo existía esa otra Luna? Tengo no sabría decirlo. A lo mejor las dos lunas estaban allí desde hacía años y él no se había percatado. Había otras muchas cosas que le habían pasado inadvertidas. Nunca leía la prensa, ni veía la televisión. Eran innumerables las cosas que los demás sabían y él desconocía. También era posible que hubiera ocurrido algo hacía poco tiempo y hubieran surgido de repente dos lunas. Le hubiera gustado consultárselo a alguien. «Perdone, quizá le suene extraño, pero ¿podría decirme usted desde cuándo hay dos lunas?». No obstante, a su alrededor no había nadie. Literalmente, ni un gato.

No. No era verdad que no hubiera nadie. Muy cerca de allí había alguien clavando un clavo en un muro con un martillo. Clonc, clonc, clonc. Se oía sin cesar. Tanto el muro como el clavo debían de ser bastante duros. ¿Quién estará clavando un clavo a estas horas? Extrañado, Tengo miró a su alrededor, pero no vio ningún muro, ni nadie que clavara un clavo.

Poco después se dio cuenta de que aquel ruido procedía de su propio corazón. Había tenido una descarga de adrenalina y su corazón bombeaba grandes cantidades de sangre a todo su cuerpo a gran velocidad y con un ruido desagradable.

La silueta de las dos lunas le provocaron una ligera náusea, similar a un mareo. Se sentó en lo alto del tobogán, se agarró al pasamanos y aguantó con los ojos cerrados. Sentía como si la fuerza de la gravedad hubiera sufrido un ligero cambio. En algunos sitios la marea subía y en otros bajaba. La gente transitaba apática entre los estados de *insane* y *lunatic*.

En medio del mareo, Tengo se percató de que hacía mucho tiempo que la visión de su madre no lo invadía. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto la imagen de su madre vestida con una combinación blanca dándole el pecho a un hombre joven, mientras él, siendo un bebé, dormía al lado.

Tanto tiempo que se había olvidado por completo de que aquella visión lo había atormentado durante bastantes años. ¿Cuándo había sido la última vez que la había tenido? No lo recordaba, pero seguramente había sido al empezar a escribir la nueva novela. En cierto modo parecía que el fantasma de su madre había dejado de rondarlo en ese momento.

Sin embargo, en lugar de eso, ahora estaba sentado en lo alto de un tobogán en un parque infantil de Kōenji, contemplando las dos lunas que había en el cielo. Un nuevo mundo sin sentido lo envolvía silenciosamente, como agua oscura afluyendo a su alrededor. Quizás ese nuevo problema había desterrado al viejo. El viejo misterio con el que estaba familiarizado había sido reemplazado por un nuevo y fresco misterio. Eso era lo que él pensaba, y no con sarcasmo precisamente. Por otra parte, tampoco se sentía con ánimo para protestar por ello. Posiblemente no tenía más remedio que aceptar aquel nuevo mundo en silencio, con independencia de cómo hubiera surgido. No había margen para elegir. En el mundo que había existido hasta entonces tampoco había margen para elegir. Era lo mismo. «Para empezar», se dijo Tengo a sí mismo, «si tuviera algo que objetar, ¿a quién demonios podría quejarme?».

Su corazón seguía latiendo con un ruido duro y seco, pero la sensación de mareo había disminuido poco a poco. Con la cabeza apoyada contra el pasamanos del tobogán, Tengo miró hacia las dos lunas que pendían del cielo de Kōenji mientras escuchaba sus propios latidos. «Es un espectáculo extrañísimo. Ha aparecido una nueva luna, un nuevo mundo. Todo es incierto y completamente ambiguo. Sólo puedo afirmar una cosa», pensó Tengo, «y es que pase lo que pase a partir de este momento, probablemente nunca podré acostumbrarme a ver las dos lunas. Tal vez jamás.

»¿Qué pactaron Aomame y la Luna aquel día?», pensó Tengo. Entonces recordó la mirada tan seria de Aomame al observar la Luna en pleno día. ¿Qué le había ofrecido ella a la Luna?

«*¿Qué va a ser de mí a partir de ahora?*».

Eso era en lo que había estado reflexionando Tengo, a los diez años, mientras Aomame le agarraba la mano en el aula después de las clases. Un chaval temeroso delante de una enorme puerta. Y aún hoy seguía reflexionando sobre lo mismo. La misma inseguridad, el mismo temor, el mismo estremecimiento. Una

nueva puerta mucho más grande. Y frente a él, la luna. Sólo que habían pasado a ser dos.

«¿Dónde estará Aomame?».

Desde lo alto del tobogán volvió a mirar a su alrededor, pero no encontró lo que buscaba. Abrió la mano izquierda delante de sus ojos e intentó descubrir algo, pero en la palma sólo se veían marcadas las mismas arrugas profundas de siempre. Bajo la pálida luz de la farola de mercurio, parecían rastros de canales de agua en la superficie de Marte. Esos canales no le mostraron nada. Lo único que aquella manaza le indicaba era que había recorrido un largo camino desde que tenía diez años hasta ese momento. Hasta ese tobogán en un pequeño parque infantil de Kōenji. Y en el cielo flotaban dos lunas, una al lado de la otra.

«Puede que esa persona se encuentre muy cerca», había dicho Fukaeri. «En un lugar al que se puede ir a pie desde aquí».

¿Estaría viendo también Aomame esas dos lunas?

«Seguro que sí», pensó Tengo. Por supuesto, era una afirmación sin fundamento. Sin embargo, lo extraño es que estaba plenamente convencido. Ella estaba viendo, sin lugar a dudas, lo mismo que él veía en ese momento. Tengo cerró con fuerza la mano izquierda y golpeó el tobogán varias veces. Hasta que le dolió el dorso de la mano.

«Por eso mismo tenemos que reencontrarnos», pensó Tengo. «En alguna parte a la que se puede ir a pie, por aquí cerca». Seguramente perseguida por alguien, Aomame se había escondido como una gata herida. El tiempo del que disponía para encontrarla era limitado. Pero Tengo no tenía ni idea de dónde ponerse a buscar.

—¡Jo, jo! —se burló el burlón.

—¡Jo, jo! —dijeron los otros seis a coro.

21
AOMAME

¿Qué hago?

Esa noche Aomame salió al balcón, vestida con un chándal de deporte gris y unas zapatillas, para ver la Luna. En la mano llevaba una taza de chocolate caliente. Hacía mucho tiempo que no le apetecía beber chocolate. En la cocina había encontrado dentro de un armario un bote de cacao Van Houten y, nada más verlo, le entraron ganas de tomarse una taza. Al sudoeste, en el cielo despejado, sin una sola nube, pendían con nitidez las dos lunas. Una grande y otra pequeña. En vez de suspirar, Aomame emitió un pequeño gemido desde el fondo de su garganta. La *daughter* había nacido de la crisálida de aire y la Luna se había multiplicado por dos. 1984 había pasado a ser 1Q84. El viejo mundo había desaparecido y ya nunca volvería.

Se sentó en la silla de jardín que había en el balcón, tomó un sorbo de chocolate caliente y, mientras observaba las dos lunas con los ojos entornados, se esforzó por recordar el viejo mundo. Pero de lo único de lo que se acordaba era de la cauchera que tenía en el antiguo piso. «¿Dónde estará ahora? ¿Estará cuidando Tamaru la maceta como me prometió por teléfono? Tranquila. No te preocupes», se dijo Aomame a sí misma. «Tamaru es un hombre de palabra. Si fuera necesario, no dudaría ni un instante en matarte, pero aun así cuidaría de tu cauchera hasta el último momento.

»Pero ¿por qué me preocupa tanto esa cauchera?».

Aomame nunca le había dedicado un solo segundo de sus pensamientos a esa cauchera hasta que la había abandonado y se había marchado del piso. En realidad era una cauchera insulsa. Tenía un color pálido y se veía a primera vista que no estaba bien. La había comprado de rebajas por mil ochocientos yenes, pero al ir a pagar a la caja, sin ella decir nada, se la habían dejado en mil quinientos. Si hubiera regateado, probablemente se la habrían vendido aún más barata. Seguro que llevaba bastante tiempo ahí sin que nadie la comprara.

Mientras volvía a casa con la maceta en las manos, se había arrepentido de haberla comprado de manera impulsiva, porque era una cauchera insulsa a la vista y, sin embargo, aparatosa y difícil de llevar, y porque después de todo estaba viva.

Era la primera vez que tenía en su poder algo con vida. Nunca había comprado, ni le habían regalado, ni había recogido una mascota o una planta. Esa cauchera era el primer ser vivo con el que compartía su vida.

Al ver en la sala de estar de la señora los pececillos rojos que ésta le había comprado a Tsubasa en un puesto de feria, Aomame también había deseado tener unos. Lo deseó de manera muy intensa. Tanto que no podía apartar la vista de ellos. ¿Por qué había sentido tal cosa de repente? Quizá tenía envidia sana de Tsubasa. A ella nunca le habían comprado nada en los puestos ambulantes de las ferias. Ni siquiera la habían llevado nunca a una feria por la noche. Sus padres, fervientes devotos de la Asociación de los Testigos, siempre leales a los preceptos de la Biblia, despreciaban y evadían toda festividad mundana.

Por ese mismo motivo, Aomame decidió ir a unos almacenes baratos próximos a la estación de Jiyūgaoka y comprarse allí los peces de colores. Si nadie le regalaba peces y una pecera, tenía que ir ella misma y comprárselos. «¿Qué hay de malo?», pensó. «Ya soy una adulta de treinta años y vivo sola en mi propio piso. En la caja fuerte del banco tengo fajos de billetes apilados, igual que duros ladrillos. No tengo que pedirle permiso a nadie para comprarme unos peces».

Sin embargo, cuando fue a la sección de mascotas y tuvo delante a los pececillos, que nadaban dentro de la pecera haciendo ondular aquellas aletas que parecían puntillas, fue incapaz de comprarlos. Aunque los peces eran pequeños y parecían criaturas insensibles, desprovistas de personalidad y conciencia, al fin y al cabo eran seres vivos completos. A Aomame le pareció que comprar esa vida con dinero y adueñarse de ella no estaba bien. Se acordó de cuando era pequeña. Un ser impotente que no podía ir a ninguna parte, encerrado en una angosta pecera de vidrio. Daba la impresión de que a los peces no les importaba. Quizá no les importase realmente. A lo mejor no querían ir a ninguna parte. Pero, en cualquier caso, a Aomame sí que le importaba.

Cuando los vio en la sala de la casa de la señora, no sintió lo mismo. Los peces nadaban con elegancia y encanto en la pecera de vidrio.

La luz del verano oscilaba dentro del agua. Convivir con peces le pareció una idea fantástica. Daría cierta gracia a su vida. Pero en la sección de mascotas de los almacenes que había frente a la estación se sofocó al ver los peces. Tras contemplarlos en la pecera durante un rato, apretó los labios con fuerza y pensó: «Ni hablar. No puedo tener peces».

En ese instante, se fijó en la cauchera que había en un rincón de la tienda. La habían apartado hacia el sitio en el que menos llamaba la atención, y estaba allí tiesa, como una huérfana abandonada. Al menos, así la veía Aomame. Estaba descolorida y tenía una forma desproporcionada. Pero ella la compró sin pensárselo dos veces. No se la compró porque le hubiera gustado, sino simplemente porque nadie la había comprado. A decir verdad, tras llevársela y haberla colocado en el piso, apenas volvió a prestarle atención, excepto para regarla de vez en cuando.

Pero ahora que la había abandonado, y que sabía que no volvería a verla nunca más, por alguna razón desconocida no podía evitar preocuparse por la cauchera. Aomame frunció intensamente la cara, como cuando estaba confusa y no quería gritar. Los músculos faciales se le estiraron hasta tal punto que su rostro se transformó en el de otra persona. Después de arrugar la cara todo lo que pudo y de retorcerla en diferentes ángulos, por fin volvió a su estado normal.

«*¿Por qué me preocupo tanto por esa cauchera?*».

«En cualquier caso, seguro que Tamaru la está tratando bien. Se ocupará de ella con mucho más cuidado y mejor que yo. Él está acostumbrado a cuidar y mimar cosas vivas. No como yo. Él trata a la perra como a un igual. Siempre que tiene tiempo se da una vuelta por el jardín y también examina los árboles de la casa de la señora. Cuando estaba en el orfanato protegía con su cuerpo a aquel niño torpe menor que él. Yo no podría hacer esas cosas», pensó Aomame. «Yo no puedo permitirme hacerme cargo de la vida de otros. Ya tengo de sobra con soportar el peso de mi propia vida y mi soledad».

La palabra soledad hizo que se acordara de Ayumi.

Ayumi había muerto esposada a la cama de un *love hotel*, brutalmente violada y estrangulada con el cordón de un albornoz a manos de un hombre. Por lo que Aomame sabía, todavía no habían detenido al criminal. Ayumi tenía familia y colegas de trabajo, pero estaba sola.

Tan sola que tuvo que morir de esa manera tan espantosa. «Y yo fui incapaz

de darle lo que pedía. Ella me pedía algo, no cabe duda. Pero yo tenía que preservar mi secreto y mi soledad. Una clase de secreto y de soledad que no podía compartir de ninguna manera con Ayumi. Pero ¿por qué me eligió a mí precisamente para abrirme su corazón con toda la gente que existe en el mundo?».

Al cerrar los ojos, la imagen de la maceta con la cauchera que había dejado en el piso vacío acudió a su mente.

«¿Por qué me preocupo tanto por esa cauchera?».

Después, Aomame estuvo llorando un rato. «¿Qué me pasa?», pensó sacudiendo un poco el cuello. «Últimamente lloro demasiado». No tenía ninguna gana de llorar. «¿Por qué tengo que deshacerme en lágrimas por una maldita cauchera?». Pero no podía contener las lágrimas. Al llorar, le temblaban los hombros. «Ya no me queda nada. Ni una patética cauchera. Todo lo que tenía algo de valor ha ido desapareciendo; me ha abandonado. Excepto el calor de los recuerdos de Tengo».

«¡Deja de llorar!», se dijo a sí misma. «Ahora me encuentro dentro de Tengo. Como los científicos de *Viaje alucinante* —¡eso es! El título de la película era *Viaje alucinante*». Recordar el título le permitió calmarse un poco. Dejó de llorar. Derramar lágrimas no iba a solucionar nada. Tenía que volver a ser otra vez la Aomame fuerte e impertérrita de siempre.

«¿Quién lo desea?

»Yo lo deseo».

Entonces miró a su alrededor. En el cielo seguía habiendo dos lunas.

—¡Es un símbolo! Mira al cielo con atención —dijo un Little People. Era el que hablaba en voz baja.

—¡Jo, jo! —se burló el burlón.

En ese instante, Aomame se fijó de repente en que no era la única persona que estaba mirando las lunas. En el parque infantil de enfrente, al otro lado de la carretera, vio a un hombre joven. Se había sentado en lo alto de un tobogán y observaba en la misma dirección que ella. «Está viendo las dos lunas, igual que yo». A Aomame le decía su instinto que así era. «Está claro. Mira lo mismo que

yo. Puede verlas». «En el mundo hay dos lunas, pero no todos pueden verlas», había dicho el líder.

No cabía duda de que aquel hombre joven y corpulento miraba el par de lunas que pendía del cielo. «Me apuesto lo que sea. Lo sé». Estaba allí sentado, observando la Luna grande y la deforme y pequeña luna verde, de aspecto musgoso, y parecía reflexionar sobre el significado de la presencia de aquellas dos lunas. «Seguro que él también es uno de los que van a la deriva en este nuevo mundo de 1Q84. Y quizás esté desconcertado, sea incapaz de entender el significado de ese mundo. Seguro que es así. Por eso se ha subido de noche a un tobogán y, mientras observa las dos lunas, baraja todas las posibilidades, todas las hipótesis y las examina con detenimiento.

»No. Quizá no sea eso. A lo mejor es uno de los enviados de Vanguardia que ha venido siguiéndome el rastro».

En ese preciso instante, se le aceleró el corazón y le zumbaron los oídos. Inconscientemente, su mano derecha palpó la semiautomática que llevaba metida en la cintura. Agarró con fuerza la sólida culata.

Pero la verdad es que en el aspecto de aquel hombre no se percibía ninguna amenaza. Ningún indicio de violencia. Simplemente se había sentado en lo alto del tobogán a solas, con la cabeza apoyada en el pasamanos, y miraba las dos lunas sumido en una demorada reflexión. Aomame estaba en el balcón de una tercera planta, y él, allí abajo. Sentada en la silla de jardín, Aomame observaba al hombre a través de la rendija que había entre el antepecho de plástico opaco y el barandal metálico. Si él mirase hacia arriba, no podría ver a Aomame. Además, el hombre estaba absorto contemplando las lunas, y parecía que ni se le pasaba por la cabeza la idea de que alguien pudiera estar viéndolo.

Aomame se tranquilizó y exhaló con calma el aire que había contenido en el pecho. Entonces aflojó los dedos y soltó la culata de la pistola sin dejar de observar al hombre. Desde su posición, sólo lo veía de perfil. La farola del parque lo iluminaba desde lo alto. Era un hombre alto, ancho de hombros. El pelo, que parecía duro, lo tenía corto, y vestía una camiseta de manga larga que llevaba remangada hasta los codos. No llegaba a ser guapo, pero tenía unas facciones agradables. La forma de su cabeza tampoco estaba mal. Con algunos años más, y si el pelo le raleara, seguro que estaría estupendo.

En ese momento, Aomame se percató de algo.

«Ése es Tengo.

»No puede ser», pensó Aomame. Sacudió la cabeza varias veces con

resolución y movimientos cortos. Era absurdo; estaba claro que se había equivocado. Era imposible que un reencuentro tan afortunado pudiera ocurrir. A Aomame le costaba respirar con normalidad. Su organismo se encontraba turbado. Su voluntad y sus actos no se coordinaban. «Tienes que observarlo bien otra vez». Pero era incapaz de enfocar la vista. Parecía que de repente, por alguna reacción, había un gran desequilibrio entre la visión del ojo izquierdo y la del ojo derecho. Inconscientemente, frunció el semblante.

«¿Qué hago?».

Se levantó de la silla de jardín y miró absurdamente a su alrededor. Luego se acordó de los pequeños prismáticos Nikon que había en el aparador de la sala de estar y fue por ellos. Con los prismáticos en mano volvió deprisa al balcón y miró hacia el tobogán. El hombre joven seguía allí, en la misma postura. Estaba de perfil, mirando al cielo. Con dedos temblorosos, Aomame enfocó los prismáticos y observó de cerca aquel perfil. Contuvo el aliento y se concentró. «No hay duda. Es Tengo». A pesar de los veinte años que habían transcurrido. Aomame lo reconoció. No era otro sino Tengo.

Lo que más la sorprendió fue que su apariencia apenas había cambiado desde los diez años. Como si el niño de diez años hubiera cumplido treinta tal cual. No era que pareciese un niño. Desde luego, su cuerpo había crecido, su cuello se había hecho más robusto, y los rasgos de su rostro eran los de un adulto. Su semblante también era ahora más profundo. Las manos, apoyadas sobre las rodillas, se veían grandes y fuertes. Totalmente distintas de las que ella había tocado en el aula de la escuela hacía veinte años. Y sin embargo, el aura que su fisonomía emanaba era la misma que la del Tengo a los diez años. Su cuerpo, firme y recio, le hacía sentir un calor natural y un profundo sosiego. Deseaba apoyar la mejilla contra su pecho. Lo deseaba intensamente. Sintió una gran alegría. Él miraba al cielo sentado en lo alto del tobogán en el parque infantil que había enfrente de su casa y observaba con interés lo mismo que ella. Las dos lunas. «Sí, podemos ver lo mismo.

»¿Qué hago?».

Aomame no sabía qué hacer. Dejó los prismáticos sobre sus rodillas y apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en la carne y le dejaron marca. Los puños le temblaban sutilmente.

«¿Qué hago?».

Escuchaba su propia respiración alterada. Parecía que, sin haberse dado cuenta, su cuerpo se había partido por la mitad desde dentro. Una mitad

intentaba creer por todos los medios que era Tengo a quien veía ante sí. La otra se negaba a creerlo e intentaba empujarla a algún lugar donde no pudiera ver. «Eso no va a ocurrir», trataba de convencerla. Las dos fuerzas diametralmente opuestas luchaban de manera encarnizada en su interior. Cada una intentaba tirar de ella hacia su propio objetivo. Por todas partes parecía que los músculos se le desgarraban, las articulaciones se deshacían en añicos y los huesos se le partían.

Aomame quería echarse a correr hasta el parque, subir al tobogán y hablarle a Tengo. Pero ¿qué le iba a decir? No sabía cómo mover los músculos de la boca. Así y todo, intentaría exprimir alguna palabra. «Me llamo Aomame. Te cogí de la mano hace veinte años en un aula de la escuela primaria de Ichikawa. ¿Te acuerdas de mí?».

¿Qué tal si le decía eso?

Seguro que podía hacerlo un poco mejor.

La otra mitad le ordenaba que permaneciera escondida en el balcón. «¿No ves que ya no puedes hacer nada? Anoche cerraste un pacto con el líder: entregando tu vida salvas a Tengo. Consigues que sobreviva en este mundo. Este es el pacto y ya ha sido acordado. Accediste a enviar al líder al otro barrio y ofrecer tu vida. ¿Qué conseguirías viendo a Tengo y hablándole del pasado? Además, si no se acordara de ti o sólo se acordara de que eras esa “mocosa que rezaba oraciones espeluznantes”, ¿qué harías? En ese caso, ¿con qué sensación te morirías?».

Al considerar esa posibilidad, el cuerpo se le quedó yerto y se estremeció ligeramente. No podía controlar ese temblor. Era similar a un escalofrío cuando uno atrapa una gripe fuerte. Parecía que se le había helado hasta la médula. Con ambos brazos se abrazó a sí misma y estuvo tiritando de frío durante un rato. Pero, entretanto, apartó los ojos de Tengo, que estaba sentado en el tobogán mirando al cielo. Tenía la impresión de que, en el instante en que apartara la vista de él, desaparecería.

«Quiero que Tengo me abrace», pensó Aomame. «Quiero que acaricie mi cuerpo con esas manos enormes. Quiero sentir su calor en todo mi cuerpo. Quiero que me haga caricias de arriba abajo. Quiero que me dé calor. Quiero que elimine este escalofrío que siento en mis adentros. Luego quiero que entre en mí y que me remueva con fuerza. Como si removiera cacao con una cuchara. Lentamente y hasta el fondo. Si lo hiciera, podría morirme ahora mismo tan tranquila. De verdad».

«No, no es verdad», pensó. «Si eso sucediera, seguro que no querría morirme. Probablemente querría estar con él para siempre. La determinación de morir seguro que se evaporaría y desaparecería por completo, igual que el rocío con los primeros rayos de sol de la mañana. O a lo mejor querría matarlo. Primero descargaría la Heckler & Koch sobre él y a continuación quizá me volaría la tapa de los sesos. No tengo ni idea de qué pasaría, de qué tontería haría.

»¿Qué hago?».

Era incapaz de tomar una decisión. Empezó a respirar con más fuerza. Distintos pensamientos se le cruzaban por la cabeza. No podía juntarlos en uno solo. ¿Qué era correcto? ¿Qué era incorrecto? Sólo sabía una cosa: quería que los gruesos brazos de Tengo la abrazaran en aquel mismo instante. Lo demás, que fuera lo que quisiera. Eso ya lo decidiría Dios o el Diablo a su voluntad.

Aomame se decidió. Fue al cuarto de baño y se secó con una toalla los restos de lágrimas que le quedaban en la cara. Se arregló el pelo rápidamente frente al espejo. Tenía una cara absurda e inconexa. Los ojos inyectados en sangre. La ropa que llevaba puesta era espantosa. Un chándal descolorido, y la semiautomática de nueve milímetros metida en la cintura formando un extraño bulto en la espalda. No era el aspecto más apropiado para presentarse ante quien había ansiado ver durante veinte años. ¿Por qué no se ponía algo más decente? Pero era demasiado tarde. No tenía tiempo para cambiarse. Se calzó las zapatillas de deporte a toda prisa y, sin cerrar siquiera el piso con llave, bajó corriendo las tres plantas por las escaleras de emergencia del edificio. Entonces atravesó la carretera, entró en el parque infantil desierto y fue hasta el tobogán. Pero Tengo ya no estaba allí. En lo alto del tobogán, iluminado por la luz artificial de la farola, no había nadie. Estaba más oscuro, frío y vacío que la cara oculta de la Luna.

«¿Habrá sido una ilusión óptica?

»No, no era una ilusión», pensó Aomame, sin aliento. Hasta hacía un rato, Tengo había estado allí. No cabía duda. Aomame se subió al tobogán y desde allí miró a su alrededor. No se veía ni un alma. Sin embargo, aún no debía de andar demasiado lejos. Hasta hacía poco había estado ahí. Habían pasado cuatro o cinco minutos, no más. Si se echaba a correr lo alcanzaría.

Pero cambió de opinión. Contuvo el impulso de seguirlo. «No, ni hablar; no puede ser. Ni siquiera sé en qué dirección ha ido. No puedo hacer la idiota dando vueltas sin sentido por Kōenji de noche para buscar a Tengo. No debo actuar de esa manera». Mientras Aomame había estado vacilando sobre qué hacer sentada en la silla de jardín, Tengo se había bajado del tobogán y se había marchado. «Bien pensado, es mi destino. He dudado, no podía decidirme y entretanto Tengo se ha largado. Eso es lo que me ha pasado.

»Al final quizás haya sido mejor así», se dijo Aomame a sí misma. «Posiblemente sea lo más adecuado. Por lo menos me he vuelto a encontrar con él. Lo he visto, con una calle de por medio, y mi cuerpo se ha estremecido ante la posibilidad de que me rodeara con sus brazos. Aunque ha sido durante unos minutos, he podido sentir en mis carnes esa inmensa alegría e ilusión». Con los ojos cerrados, se agarró al pasamanos del tobogán y se mordió el labio inferior.

Aomame se sentó en lo alto del tobogán con la misma postura que había adoptado Tengo y miró al cielo, hacia el sudoeste. Allí se alineaban las dos lunas, la grande y la pequeña. Luego miró hacia el balcón en la tercera planta del edificio. La luz del piso estaba encendida. Hasta hacía un rato, había estado observando a Tengo desde aquel balcón. Parecía que su profunda incertidumbre todavía permanecía allí.

«El año 1Q84, éste es el nombre que le he dado a este mundo. Hace apenas medio año entré en este mundo y hoy voy a intentar salir de él. Entré sin quererlo y voy a salir de él queriendo. Cuando me haya ido, Tengo seguirá aquí. No sé, por supuesto, qué mundo le espera. Nunca lo veré. Pero no importa. Voy a morir por él. No he podido vivir para mí misma. Me arrebataron esa posibilidad antes de tiempo. Pero, en cambio, puedo morir para él. Eso está bien. Voy a poder morir con una sonrisa.

»No miento».

Aomame intentó captar, por pequeño que fuera, algún indicio de Tengo en lo alto del tobogán. Pero no quedaba ni la menor sensación de calor. Una brisa nocturna cargada con un presagio de otoño había soplado entre las hojas del olmo de agua y había borrado todo rastro de su presencia. A pesar de ello, Aomame siguió sentada, mirando las dos lunas. Aquella extraña e insensible luz la bañaba. El ruido de la metrópolis, formado por una mezcla de diversos tipos de sonido, se convertía en un bajo sostenido que la asediaba. Se acordó de

aquella minúscula araña tejiendo su tela en las escaleras de emergencia de la autopista metropolitana. ¿Seguiría viva, tejiendo la telaraña?

Aomame sonrió.

«*Estoy lista*», pensó.

Pero antes debía ir a un sitio.

22
TENGO

En cuanto haya dos lunas en el cielo

Tras bajarse del tobogán y salir del parque infantil, Tengo caminó sin rumbo fijo por el barrio. Deambulaba de una calle a otra. Apenas le preocupaba hacia dónde se dirigía. Entretanto se esforzaba por perfilar con un poco más de nitidez los deshilvanados pensamientos en su cabeza. Pero por mucho que lo intentaba, era incapaz de pensar de manera coherente. El motivo era que en lo alto del tobogán había pensado en demasiadas cosas diferentes al mismo tiempo. En la Luna que se había duplicado, en los lazos de sangre, en el nuevo punto de partida de su vida, en esa ensoñación realista que iba acompañada de un mareo, en Fukaeri y *La crisálida de aire* y en Aomame, que debía de estar oculta en algún lugar por allí cerca. De tanto pensar estaba desconcertado, y su capacidad de concentración había llegado al límite. Si fuera posible, querría meterse en la cama y dormir como un tronco. Ya seguiría pensando al día siguiente por la mañana, después de levantarse. Por mucho que pensara, ahora no iba a sacar nada en claro.

Cuando regresó al piso, Fukaeri, sentada delante de su escritorio, afilaba lápices solícitamente usando una pequeña navaja. Aunque Tengo siempre tenía diez lápices en el cubilete sobre la mesa, el número se había duplicado. Los había afilado tan bien que eran dignos de admiración. Nunca había visto unos lápices a los que les hubieran sacado punta de forma tan bonita. Las puntas estaban tan afiladas como agujas de coser.

—Han llamado —dijo ella comprobando con el dedo lo afilado que estaba el lápiz—. De Chikura.

—¿No te dije que no cogieras el teléfono?

—Es que era importante.

¿Habría sabido que la llamada era importante por el sonido del timbre?

—¿Qué querían? —preguntó Tengo.

—No me lo dijeron.

—Pero la llamada era de la clínica de Chikura, ¿no?

—Quieren que llames.

—¿Que quieren que los llame yo?

—Hoy. Aunque sea tarde.

Tengo lanzó un suspiro.

—No sé su número…

—Yo lo sé.

La chica había memorizado el número. Tengo lo anotó en un papel. Luego miró el reloj. Eran las ocho y media.

—¿A qué hora han llamado? —preguntó Tengo.

—Hace un rato.

Tengo fue a la cocina y bebió un vaso de agua. Se apoyó con ambas manos en el borde del fregadero y cerró los ojos, y después de comprobar que la cabeza le funcionaba con normalidad fue hasta el teléfono y marcó el número. A lo mejor su padre había fallecido. Por lo menos estaba claro que se trataba de una cuestión de vida o muerte. Si no fuera nada, no se habrían tomado la molestia de llamarlo a aquellas horas de la noche.

Una mujer respondió al teléfono. Tengo le dio su nombre y le dijo que llamaba porque ellos lo habían llamado hacía un rato.

—Es usted el hijo del señor Kawana, ¿no? —preguntó ella.

—Sí —dijo Tengo.

—Nos vimos el otro día aquí —comentó la mujer.

El rostro de la enfermera de mediana edad con gafas de montura metálica le vino a la mente. No se acordaba de su nombre.

Tengo la saludó brevemente.

—Parece ser que me han llamado ustedes hace un rato.

—Sí, eso es. Ahora mismo le pongo con el médico encargado para que hable con él directamente.

Tengo esperó la conexión con el auricular pegado a la oreja. El médico tardaba en ponerse. La monótona melodía de *Home on the Range* sonó durante una eternidad. Tengo cerró los ojos y recordó la clínica en el litoral de Boso. El enorme y frondoso pinar, como si los árboles se superpusieran, y la brisa marina que lo atravesaba. Las olas del océano Pacífico rompiendo incesantemente contra la costa. El recibidor poco animado, sin ningún visitante. El sonido de las ruedas de las camillas por los pasillos. Las cortinas descoloridas por el sol. Los

uniformes blancos bien planchados de las enfermeras. El asqueroso café aguado del comedor.

Al cabo de un rato, el médico se puso al aparato.

—Perdone que le haya hecho esperar, pero hace un momento me han llamado para que acudiera con urgencia a otra sala de la clínica.

—No se preocupe —dijo Tengo. Intentó recordar el rostro del médico encargado. Pero la verdad es que nunca lo había visto. La cabeza aún no le funcionaba con normalidad—. ¿Le ha pasado algo a mi padre?

Tras una pausa, el doctor habló:

—No es que le haya pasado nada en particular, pero desde hace un tiempo su estado crónico no es nada bueno. Me cuesta decirle esto, pero su padre ha entrado en coma.

—Coma —dijo Tengo.

—Permanece profundamente dormido.

—¿Quiere decir que está inconsciente?

—En efecto.

Tengo reflexionó. Tenía que conseguir pensar con normalidad.

—Entonces ha contraído una enfermedad y, a raíz de ello, ha entrado en estado de coma, ¿no?

—No exactamente —dijo el médico con apuro.

Tengo aguardó.

—Me resulta difícil explicárselo por teléfono, pero no es nada especialmente grave. No ha contraído un cáncer, una pulmonía o una enfermedad con un nombre preciso. Desde un punto de vista clínico, no se ha detectado ningún síntoma que permita identificarlo como tal enfermedad. Sin embargo, aunque desconocemos la causa, la energía natural que preserva la vida de su padre está descendiendo de nivel a ojos vistas. Pero al desconocer la causa, tampoco hemos encontrado un tratamiento. Seguimos aplicándole el gota a gota y lo alimentamos, pero no son más que medidas paliativas. No van a cortar el mal de raíz.

—¿Puedo preguntarle algo abiertamente? —dijo Tengo.

—Desde luego —contestó el médico.

—¿Quiere decir que a mi padre no le queda demasiado tiempo de vida?

—Si sigue en este estado, las esperanzas son pocas.

—¿Se trata de senilidad o algo parecido?

El médico habló en un tono evasivo:

—Su padre todavía es sexagenario. A esa edad no suele padecerse senilidad. Además, en general es una persona sana. Aparte de la demencia, no se le ha detectado ningún otro achaque. En los análisis que se le realizan periódicamente da resultados bastante buenos. No hemos encontrado ningún problema.

En ese momento, el médico guardó silencio y luego prosiguió.

—Pero… Mire, los últimos días he estado observando su estado y, como usted bien ha dicho, puede que padezca algo similar a la senilidad. Sus funciones corporales han declinado y parece que su voluntad de mantenerse con vida ha disminuido. Existen casos de gente que se cansa de vivir y abandona todo esfuerzo por mantenerse con vida, pero no entiendo cómo puede ocurrirle eso a su padre, que todavía anda por los sesenta.

Tengo se mordió el labio y meditó un rato.

—¿Desde cuándo está en coma? —preguntó.

—Desde hace tres días —dijo el médico.

—¿En tres días no se ha despertado?

—Ni una sola vez.

—Entonces las señales de vida se irán debilitando gradualmente…

—Aunque no va a ocurrir de forma rápida y brusca, como le acabo de decir, el nivel de su energía vital está disminuyendo, poco a poco, pero de forma manifiesta. Igual que un tren cuando va reduciendo velocidad progresivamente hasta detenerse.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—No le puedo decir exactamente cuánto. Si sigue así, en el peor de los casos puede quedarle una semana —respondió el médico.

Tengo cambió el auricular de mano y volvió a morderse el labio.

—Mañana iré para allá —dijo Tengo—. Antes de que me hubieran llamado, ya tenía en mente acercarme un día de estos. Pero me alegro de que se hayan puesto en contacto conmigo. Muchas gracias.

El médico pareció aliviado al escuchar eso.

—Venga, por favor. Creo que es mejor que lo vea cuanto antes. Quizá no pueda comunicarse con usted, pero estoy seguro de que se alegrará de verlo.

—Pero está inconsciente, ¿no?

—Sí.

—¿Tendrá dolores?

—De momento no. Es probable que no vaya a sufrir, lo cual, dentro de lo que cabe, es una suerte. Sólo está profundamente dormido.

—Muchísimas gracias —dijo Tengo.

—Señor Kawana —dijo el médico—. Su padre…, cómo podría decirlo…, ha sido una persona muy fácil de cuidar. No ha causado ningún problema.

—Siempre ha sido así —dijo Tengo. Después de volver a agradecérselo, colgó el teléfono.

Tengo calentó café y bebió una taza sentado a la mesa, frente a Fukaeri.

—Vas a salir mañana —le preguntó Fukaeri.

Tengo asintió.

—He de coger el tren por la mañana para volver al pueblo de los gatos.

—Vas al pueblo de los gatos —dijo Fukaeri de manera inexpresiva.

—Tú me esperas aquí —preguntó Tengo. Al vivir con Fukaeri se le había pegado el hacer preguntas sin entonación interrogativa.

—Sí, te espero aquí.

—Voy a ir solo al pueblo de los gatos —dijo Tengo, y bebió un tragó de café. Luego reparó de pronto en algo y le hizo una pregunta—. ¿Quieres tomar algo?

—Si tienes vino blanco…

Tengo abrió la nevera y miró si tenía vino blanco frío. En el fondo encontró un Chardonnay que había comprado de oferta hacía poco tiempo. En la etiqueta se veía el dibujo de un jabalí montaraz. La descorchó y le sirvió una copa a Fukaeri. Luego, después de titubear un momento, se sirvió una él también. La verdad era que le apetecía más vino que café. Estaba un poco demasiado frío y demasiado dulzón, pero el alcohol lo calmó algo.

—Mañana vas al pueblo de los gatos —repitió la chica.

—Voy a coger el tren temprano —dijo Tengo.

Mientras empinaba la copa de vino blanco, Tengo recordó que había eyaculado dentro del cuerpo de aquella bella chica de diecisiete años que estaba sentada frente a él, al otro lado de la mesa. Aunque había ocurrido la noche anterior, le parecía que pertenecía a un pasado remoto. Casi como un suceso histórico. Sin embargo, la sensación que había experimentado en ese momento todavía permanecía viva en él.

—Ha aparecido otra luna —le confesó, mientras le daba vueltas lentamente a la copa que tenía en la mano—. Hace un rato he mirado al cielo y había dos lunas. Una grande y amarilla y otra pequeña y verde.

A lo mejor es así desde hace algún tiempo, pero yo no me había fijado.

Acabo de darme cuenta hace un rato.

Fukaeri no manifestó impresión alguna sobre el hecho de que hubiera dos lunas. Tampoco dio muestras de sorpresa al escuchar aquella información. Su semblante permaneció impertérrito. Ni siquiera encogió ligeramente los hombros. Parecía que para ella no era una noticia novedosa digna de mención.

—No hace falta que te diga que es exactamente lo mismo que ocurre en el mundo de *La crisálida de aire* —dijo Tengo—. Además, la nueva luna que ha aparecido tiene el aspecto de la que yo describí. El mismo tamaño y color.

Fukaeri se quedó callada. Ella no respondía a preguntas que no necesitaban respuesta.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? ¿Cómo es posible?

No hubo respuesta, como era de esperar.

Tengo se decidió a hacerle una pregunta directa.

—¿No será que hemos entrado en el mundo descrito en *La crisálida de aire*?

Fukaeri se examinó con atención la forma de las uñas de ambas manos durante un rato. Luego habló:

—Porque hemos escrito el libro juntos.

Tengo dejó la copa sobre la mesa. Luego se dirigió a Fukaeri:

—Hemos escrito juntos *La crisálida de aire* y la han publicado. Ha sido una colaboración. El libro se ha convertido en un *best seller* y la información sobre la Little People, la *mother* y la *daughter* se ha difundido. Como resultado, hemos entrado juntos en este nuevo mundo modificado. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Tú desempeñas el papel de *resiver*.

—Desempeño el papel de *receiver* —repitió Tengo—. En efecto, en *La crisálida de aire* hablas sobre el *receiver*; pero no entiendo bien qué significa. ¿En qué consiste concretamente el papel del *receiver*?

Fukaeri sacudió ligeramente la cabeza. Quería decir que no podía explicarlo.

«*Si no lo entiendes sin que te lo explique, quiere decir que no lo entenderás por más que te lo explique*», le había dicho su padre.

—Es mejor que estemos juntos —dijo Fukaeri—. Hasta que encuentres a esa persona.

Tengo la miró a la cara en silencio durante un rato. Intentó captar la expresión de su rostro, pero no tenía ninguna. Como siempre. Luego torció de forma inconsciente la cabeza hacia un lado y miró por la ventana. No se veía la Luna. Sólo se veían los postes eléctricos y el espantoso tendido enredado.

—¿Hace falta alguna cualidad especial para asumir la función de *receiver*?

—preguntó Tengo.

Fukaeri movió el mentón sutilmente de arriba abajo. Quería decir que sí hacía falta.

—Pero *La crisálida de aire* es tu historia. Tú la creaste a partir de la nada. Ha salido de tu interior. A mí sólo me encargaron, por casualidad, que revisara la forma del texto. No soy más que un simple técnico.

—Porque hemos escrito el libro juntos. —Fukaeri repitió las mismas palabras de antes.

Involuntariamente, Tengo se llevó la yema de los dedos a las sienes.

—¿Quieres decir que desde entonces, sin yo saberlo, he desempeñado el papel de *receiver*?

—Desde antes —dijo Fukaeri. Entonces se señaló a sí misma con el índice de la mano derecha y luego señaló a Tengo—. Yo soy *persiver* y tú, *resiver*.

—*Perceiver* y *receiver*. —Tengo las pronunció de forma correcta—. Es decir, tú percibes y yo recibo. ¿No es así?

Fukaeri asintió brevemente.

Tengo torció un poco el gesto.

—Entonces tú sabías que yo era *receiver*, o que tenía las cualidades para ser *receiver*, y por eso mismo me confiaste la corrección de *La crisálida de aire*. A través de mí, lo que percibiste tomó forma de libro. ¿No es verdad?

No hubo respuesta.

Tengo dejó de torcer el gesto y, mirando a Fukaeri a la cara, dijo:

—Todavía no he podido determinar el instante concreto, pero seguramente entré en este mundo de dos lunas a partir de ese momento, más o menos. Hasta hoy me había pasado inadvertido. Como nunca miraba al cielo de noche, no me había fijado en que la Luna se había duplicado. Seguro que fue así, ¿no?

Fukaeri guardó silencio. Su silencio flotaba en el ambiente, como un polvillo. Un polvo que una nube de polillas salidas de un espacio atípico había acabado de diseminar. Tengo estuvo contemplando las formas que trazaba ese polvo en el aire. Se dio cuenta de que era como si él se hubiera convertido en la edición vespertina del periódico de hacía dos días. La información se actualizaba cada día, pero a él no lo informaban de nada.

—La causa y el efecto parecen haberse entremezclado —dijo Tengo, recobrando el ánimo—. No sé qué viene primero y qué después. Sólo sé que hemos entrado en este nuevo mundo.

Fukaeri alzó la cabeza y escudriñó los ojos de Tengo. Quizá fueran

imaginaciones suyas, pero a Tengo le pareció que en las pupilas de la chica se podía observar vagamente una especie de dulce luz.

—Este ya no es el mundo original —dijo Tengo.

Fukaeri encogió ligeramente los hombros.

—Vamos a vivir aquí.

—¿En el mundo de dos lunas?

Fukaeri no contestó. Con los labios sellados, la bella chica de diecisiete años miró a Tengo directamente a los ojos. Del mismo modo que había escudriñado Aomame en sus ojos cuando Tengo tenía diez años en aquella aula, después de las clases. Estaba profundamente concentrada. Cuando Fukaeri lo miraba de esa manera, Tengo se sentía como si fuera a convertirse en piedra. Convertirse en piedra y luego ser transformado en una nueva luna. Una luna pequeña y deforme. Poco después, Fukaeri distendió por fin la mirada. Entonces levantó la mano izquierda y se llevó las yemas de los dedos suavemente a las sienes. Como si intentara leer los pensamientos secretos que había en su interior.

—Has estado buscando a esa persona —preguntó la chica.

—Sí.

—Pero no la has encontrado.

—No —dijo Tengo.

No había encontrado a Aomame. Sin embargo, había descubierto que la Luna se había duplicado. Y ello gracias a que, siguiendo la sugerencia de Fukaeri, había escarbado en el fondo de su memoria y, a raíz de ello, había decidido mirar la Luna.

La chica relajó un tanto la mirada y cogió la copa de vino. Conservó el caldo durante un rato en la boca y luego lo tragó cuidadosamente, como un insecto sorbiendo rocío.

Tengo habló:

—Dices que se esconde en algún sitio. En ese caso no voy a encontrarla tan fácilmente.

—No tienes que preocuparte —dijo ella.

—No tengo que preocuparme —Tengo repitió sus palabras.

Fukaeri asintió con decisión.

—¿Quieres decir que puedo encontrarla?

—Ella te va a encontrar a ti —dijo con voz serena, similar a la brisa que

atraviesa una suave pradera.

—Aquí en Kōenji.

Fukaeri ladeó el cuello. Quería decir que no sabía.

—En alguna parte —dijo.

—En este mundo —añadió Tengo.

Fukaeri asintió brevemente.

—En cuanto haya dos lunas en el cielo.

—Supongo que tendré que creerme lo que dices. —Tengo se dio por vencido después de reflexionar un rato.

—Yo percibo y tú recibes —dijo Fukaeri con circunspección.

—Tú percibes y yo recibo. —Tengo reformuló la frase cambiando de persona.

Fukaeri asintió.

«¿Por eso nos hemos *unido*?», quería preguntarle Tengo a Fukaeri. «Anoche, en plena tormenta. ¿Qué significó eso?». Pero no se lo preguntó. Probablemente era una pregunta inapropiada. Además, no obtendría respuesta. Lo sabía perfectamente.

«*Si no lo entiendes sin que te lo explique, quiere decir que no lo entenderás por más que te lo explique*», había dicho su padre.

—Tú percibes y yo recibo —volvió a repetir Tengo—. Igual que cuando reescribí *La crisálida de aire*.

Fukaeri sacudió la cabeza hacia ambos lados y echó el cabello hacia atrás, dejando al descubierto aquellas menudas y hermosas orejas. Como si irguiera antenas transmisoras.

—No es igual —dijo Fukaeri—. Tú has cambiado.

—He cambiado —repitió Tengo.

Fukaeri asintió.

—¿En qué he cambiado?

Fukaeri observó durante un buen rato el interior de la copa de vino que tenía en la mano. Como si viera algo valioso.

—Lo sabrás cuando vayas al pueblo de los gatos —dijo aquella chica guapa. Y, con las orejas descubiertas, bebió un trago de vino blanco.

23
AOMAME

Ponga un tigre en su automóvil

Aomame se despertó pasadas las seis de la mañana. Era un día hermoso y despejado. Preparó café en la cafetera, hizo unas tostadas y se las comió. También preparó huevos cocidos. Vio las noticias en la televisión y comprobó que todavía no se había informado del fallecimiento del líder de Vanguardia. Se habrían deshecho del cadáver a hurtadillas, sin avisar a la policía y sin comunicárselo a nadie. En ese caso, no tenía nada que objetar. No era un asunto importante. Un muerto era un muerto, independientemente de cómo se deshicieran de él. El hecho de que estaba muerto no iba a cambiar.

A las ocho tomó una ducha, se cepilló con cuidado el cabello frente al espejo del lavabo y se pintó los labios de un rojo suave, que casi no se notaba. Se puso unas medias. Se puso la blusa de seda blanca y el estiloso traje de Junko Shimada que había colgado en el armario. Mientras se meneaba y se retorcía una y otra vez para acostumbrar el cuerpo al sujetador con aros y relleno, pensó que le habría gustado tener el pecho un poco más grande. Debía de haber pensado aquello delante del espejo unas setenta y dos mil veces. «¿Y qué importa? Piense lo que piense, y cuantas veces lo piense, no deja de ser mi voluntad. ¿Qué problema hay en que lo piense una vez más después de setenta y dos mil veces? Al menos mientras esté viva pensaré lo que quiera, como quiera y cuando quiera. Nadie va a protestar». A continuación se calzó los zapatos de tacón de Charles Jourdan.

Aomame se colocó frente al espejo de tamaño natural que había en la entrada y comprobó que su vestimenta era impecable. Levantó levemente los hombros delante del espejo y pensó que se parecía a Faye Dunaway en *El caso de Thomas Crown*. En esa película, interpretaba a una aguda investigadora de una agencia de seguros fría como un cuchillo. Era sexy, impasible, y los trajes de ejecutiva le sentaban de maravilla. Aunque, obviamente, Aomame no se parecía a Faye

Dunaway, tenía cierto aura. Por lo menos, tenía algo de ella. Un aura especial que sólo una profesional de primera categoría podría destilar. Además, en la bandolera llevaba una semiautomática dura y fría.

Se puso unas pequeñas gafas de sol Ray-Ban y salió del piso. Entonces entró en el parque infantil que había frente al inmueble, caminó hasta ponerse delante del tobogán en el que había estado sentado Tengo la noche anterior y rememoró aquella escena en su cabeza. «Hace unas doce horas, el Tengo real estaba ahí —separados sólo por una calle». Había estado allí sentado, solo y en silencio, mirando las lunas durante un rato. Las mismas dos lunas que ella miraba.

A Aomame le parecía casi un milagro haber encontrado a Tengo de aquella manera. Había sido como una especie de revelación. Algo había conducido a Tengo ante ella. Y ese acontecimiento parecía haber operado un gran cambio en la constitución del cuerpo de Aomame. Desde que se había despertado, Aomame no había parado de sentir en todo el cuerpo una especie de disensión. «Apareció como salido de la nada y se marchó. No pudimos hablar, ni tocarnos, pero durante ese breve periodo de tiempo él hizo que muchas cosas en mi interior se transformaran. Agitó mi cuerpo y mi espíritu; literalmente, como si hubiera removido chocolate caliente con una cuchara. Hasta las vísceras y el útero».

Aomame se quedó allí parada durante unos cinco minutos, apoyó una mano en un peldaño del tobogán y, frunciendo un poco el ceño, golpeó ligeramente el suelo con el fino tacón de los zapatos. Se dejó invadir por la agitación de su cuerpo y de su espíritu y saboreó aquella sensación. Luego abandonó con determinación el parque infantil, salió a una gran avenida y cogió un taxi.

—Primero diríjete a Yōga y luego continúa por la Ruta tres de la autopista metropolitana hasta la salida de Ikejiri —le dijo Aomame al taxista.

El taxista se sintió desconcertado, naturalmente.

—¿Y cuál es el destino final, señora? —dijo en un tono de voz más bien flemático.

—Por ahora, la salida de Ikejiri.

—Bueno, entonces se llega mucho antes si vamos directamente a Ikejiri. Si fuéramos hasta Yōga daríamos un rodeo enorme y, además, a estas horas de la

mañana la Ruta 3 en dirección a Tokio está muy congestionada. Apenas se avanza. Puedo asegurárselo como que hoy es miércoles.

—Me da igual si hay atasco. Me da igual, sea jueves, viernes o el día del cumpleaños del emperador. De momento, haz el favor de coger la metropolitana en Yōga. Porque si es por tiempo, tengo de sobra.

El taxista tendría entre treinta y treinta y cinco años. Era delgado, de tez blanca y rostro aguileño. Parecía un prudente animal herbívoro. El mentón se le proyectaba hacia delante, como las estatuas de piedra de la isla de Pascua. Por el espejo retrovisor miraba a Aomame a la cara. Intentaba captar en su semblante si a su clienta le faltaba un tornillo o si era una persona normal y corriente metida en algún lío. Pero eso no podía saberse así como así. Sobre todo observando el reflejo de una figura en un pequeño espejo.

Aomame cogió la cartera de la bandolera y sacó un novísimo billete de diez mil yenes, que parecía recién impreso, delante de las narices del conductor.

—Quédate con el cambio. No necesito recibo —dijo concisamente Aomame —. Quiero que hagas lo que te he dicho, sin meterte en donde no te llaman. Primero ve a Yōga y allí coge la autopista metropolitana hasta Ikejiri. Supongo que el dinero será suficiente aunque haya atasco.

—Ser suficiente claro que lo es —dijo el taxista, todavía con suspicacia—, pero ¿tiene usted algo que hacer en la metropolitana?

Aomame sacudió el billete como si fuera una banderola.

—Si no quieres ir, yo me bajo y cojo otro taxi, así que decídete de una vez si me llevas o no.

El taxista frunció el ceño unos diez segundos, observando los diez mil yenes. Luego se decidió y alcanzó el billete. Después de comprobar a la luz que era auténtico, lo metió en la bolsa de recaudación.

—De acuerdo. Vamos a la Ruta tres de la autopista metropolitana. Pero le aseguro que va a haber un atasco horroroso. Y entre Yōga e Ikejiri no hay más salidas. Tampoco hay aseos públicos, así que si quiere ir al baño, vaya ahora.

—No te preocupes. Llévame ahora mismo, por favor.

El taxista atravesó las intrincadas calles de la zona residencial y se metió en la circunvalación número ocho. Siguiendo la atestada carretera se dirigió hacia Yōga. Entretanto, no intercambiaron una sola palabra. El taxista escuchaba el noticiario de la radio. Aomame iba inmersa en sus pensamientos. Cuando

llegaron a la entrada de la metropolitana, Aomame le pidió que bajara el volumen.

—Perdone que me meta en donde no me llaman, señora, pero ¿tiene usted algún trabajo especial?

—Investigadora en una agencia de seguros —dijo Aomame sin titubear.

—Investigadora en una agencia de seguros. —El conductor repitió con cuidado aquellas palabras, como cuando se prueba una comida que nunca antes se ha comido.

—Demuestro casos de fraude con sumas aseguradas —le explicó Aomame.

—¡Vaya! —dijo el taxista sorprendido—. Esa estafa, o lo que sea, tiene algo que ver con la Ruta tres de la autopista metropolitana, ¿no?

—Eso es.

—Como en esa película…

—¿Qué película?

—Una película muy vieja. En la que sale Steve McQueen. ¿Cómo era…? Me he olvidado del título.

—*El caso de Thomas Crown* —dijo Aomame.

—Ésa, ésa. Faye Dunaway hace de investigadora de una agencia aseguradora. Es una especialista en seguros contra robos. Y McQueen es un millonario que delinque por afición. Una película entretenida. La vi cuando estaba en el instituto. Me gustaba la banda sonora. Tenía clase.

—Michel Legrand.

El taxista tatareó los cuatro primeros compases. Luego miró por el espejo retrovisor y volvió a inspeccionar detenidamente el rostro de Aomame.

—Ahora que lo pienso, tiene usted un aire a Faye Dunaway en aquella época.

—Muchas gracias —dijo Aomame, y tuvo que esforzarse para ocultar la sonrisa que afloró a sus labios.

Como había predicho el taxista, en la Ruta 3 de la autopista metropolitana en dirección a Tokio había un atasco increíble. La congestión empezaba ya apenas cien metros después de entrar. Era algo alucinante, digno de aparecer en un muestrario de atascos. Pero eso era precisamente lo que Aomame deseaba. La misma ropa, la misma carretera, el mismo atasco. Era una pena que por la radio no emitieran la *Sinfonietta* de Janáček y que la calidad del sonido no fuera tan

buena como la de aquel Toyota Crown Royal Saloon, pero eso sería demasiado pedir.

El vehículo avanzaba a paso de tortuga, encajonado entre dos camiones. Se detuvo en un punto durante bastante tiempo y luego, de pronto, avanzó otro poco. En el carril contiguo, el joven conductor de un camión de congelados estaba enfrascado en la lectura de un cómic mientras permanecía parado. En un Toyota Corona Mark II de color crema viajaba un matrimonio de mediana edad, ambos miraban hacia delante con cara seria, sin decir una sola palabra. Quizá no se habían hablado en todo el trayecto. O quizás estaban así porque habían hablado de algo. Aomame se recostó sobre el asiento y se sumergió en sus pensamientos, mientras el taxista escuchaba el programa de la radio.

Tras llegar a duras penas a una señal que decía KOMAZAWA, siguieron hacia Sangenjaya arrastrándose como un caracol. De vez en cuando, Aomame alzaba la cara y contemplaba el paisaje por la ventanilla. «Va a ser la última vez que vea esta ciudad. Me voy lejos de aquí». Pero que pensara eso no quería decir que sintiera cariño alguno por la ciudad de Tokio. Los edificios que bordeaban la autopista eran espantosos y estaban negros por el efecto de los gases de escape de los vehículos; además, por todas partes había llamativos paneles publicitarios. Aquel paisaje la deprimía. ¿Por qué tenía que construir la gente lugares tan opresivos? Tampoco se trataba de que hasta el último rincón del mundo fuera hermoso, pero ¿acaso no sería mejor que las cosas no tuvieran que llegar a ser tan feas?

De pronto, por fin tuvo a la vista aquel sitio familiar. Era el lugar en el que se había bajado del taxi la vez anterior. El enigmático taxista de mediana edad le había explicado que allí había unas escaleras de emergencia. Más adelante se veía un gran panel publicitario de la petrolera Esso. El tigre sonreía de oreja a oreja, con la manguera de un surtidor de gasolina en la mano. El mismo panel de aquel día.

PONGA UN TIGRE EN SU AUTOMÓVIL.

De repente, Aomame se dio cuenta de que tenía la garganta reseca. Tosió y metió la mano en el bolso bandolera para sacar unos caramelos para la tos con sabor a limón. Se llevó uno a la boca y volvió guardar la caja en el bolso. De paso, agarró con fuerza la empuñadura de la Heckler & Koch, que estaba dentro

del bolso. Confirmó su dureza, su peso. «Sí. Está bien», pensó Aomame. Luego el coche volvió a avanzar un poco.

—Pásate al carril de la izquierda —le dijo Aomame al taxista.

—Pero por el de la derecha el tráfico es más fluido —objetó el taxista pacíficamente—. Además, la salida para Ikejiri está a la derecha, así que pasarnos a la izquierda sería complicar las cosas.

Aomame no admitió las objeciones.

—Da igual, tú métete a la izquierda.

—Como usted diga. —El taxista se dio por vencido.

Sacó la mano por la ventanilla e hizo señales al camión de congelados que había detrás. Tras cerciorarse de que el camionero lo había visto, metió el morro del coche y se cambió al carril de la izquierda. A continuación avanzaron unos cincuenta metros y todos los vehículos se detuvieron.

—Voy a bajarme aquí. Abre la puerta.

—¿Bajarse? —preguntó el taxista estupefacto—. ¿Se va a bajar aquí?

—Claro, me bajo aquí. Es aquí donde tengo ese asunto pendiente.

—Pero, señora, estamos en medio de la autopista. Es peligroso y bajándose no tiene ningún sitio adonde ir.

—Ahí al lado hay unas escaleras de emergencia, así que no te preocupes.

—Unas escaleras de emergencia. —El taxista sacudió la cabeza—. No sé si las hay o no, pero si en la empresa se enteran de que he dejado bajar a un cliente en este sitio, se me van a echar encima. Hasta me llamarán la atención los de la empresa que gestiona la autopista metropolitana. Por favor, no me haga esto.

—Mira, tengo algo pendiente y debo bajarme aquí. —Aomame sacó otro billete de diez mil de la cartera y se lo ofreció al taxista sujetándolo con la punta de los dedos—. Siento tener que pedírtelo, pero aquí te doy esto por las molestias, así que no digas nada y déjame bajar. Por favor.

El conductor no aceptó el billete. Resignado, tiró de la palanca que tenía a mano y la puerta automática del asiento trasero izquierdo se abrió.[20]

—No necesito ese dinero. Basta con lo que me ha dado al principio. Pero haga el favor de andar con cuidado. En la metropolitana no hay arcenes, y caminar por este sitio en medio de un atasco es muy peligroso.

—Gracias —dijo Aomame. Después de apearse, dio unos golpecitos en la ventanilla del acompañante y la luna se bajó. Entonces, asomándose por la ventanilla, le puso el billete de diez mil en las manos.

—Cógelo, por favor. No te preocupes. Tengo dinero de sobra.

El taxista miró alternativamente al billete y a Aomame.

Ella le dijo:

—Si la policía o la empresa te amonestara por mi culpa, diles que te amenacé con una pistola y que no te quedó más remedio. Así seguro que no te dirán nada.

El taxista parecía no entenderla. ¿Que le sobraba el dinero? ¿Amenazarlo con una pistola? Con todo, aceptó el billete. Debía de tener miedo de que le hiciera alguna barbaridad si lo rechazaba.

Igual que la otra vez, se dirigió a Shibuya caminando entre el muro lateral y los vehículos del carril izquierdo. Habría unos cincuenta metros de distancia. La gente la observaba incrédula desde los coches. Pero ella caminaba majestuosamente sin importarle lo más mínimo, dando pasos grandes y con la espalda recta, como una modelo en una pasarela de París. El viento mecía su cabello. Un coche grande que pasó a toda velocidad por el carril contrario sacudió el pavimento de tal manera que parecía que lo hubiera inflamado. El panel de Esso fue aumentando de tamaño y, poco después, Aomame llegó al espacio de estacionamiento para emergencias.

El paisaje que la rodeaba no había cambiado desde la última vez. Allí estaba la verja metálica y, a su lado, la cabina amarilla con el teléfono de emergencia.

«Éste es el punto de partida de 1Q84», pensó Aomame.

«Desde que bajé a la ruta 246 por estas escaleras, mi mundo se ha transformado. Por eso voy a volver a bajarlas. La última vez fue a principios de abril y yo llevaba un abrigo beis. Ahora estamos a principios de septiembre y hace demasiado calor para llevar abrigo. Pero, excepto el abrigo, voy vestida de la misma manera que aquel día. La misma vestimenta que cuando maté a aquel hijo de puta que trabajaba en el negocio petrolero. Un traje de Junko Shimada y unos zapatos de tacón de Charles Jourdan. Una blusa blanca. Medias y un sujetador blanco de aros. Con la minifalda arregazada, salté la verja y luego bajé las escaleras de emergencia.

»Voy a hacerlo otra vez. Por pura curiosidad. Quiero saber qué ocurrirá si hago lo mismo en el mismo lugar y vestida de la misma forma. No lo hago con la idea de salvarme. No le tengo ningún miedo a la muerte. Llegada la hora, no vacilaré ni un instante. Puedo morir con una sonrisa en la cara». Pero Aomame no quería morir ignorante, sin llegar a comprender cómo se había originado todo.

«Quiero intentarlo todo. Si fracaso, me daré por vencida. Pero haré todo lo posible hasta el último momento. Es mi manera de vivir».

Aomame saltó la verja metálica y buscó las escaleras de emergencia. *Pero allí no había escalera alguna*.

Daba igual cuántas veces mirase. Las escaleras de emergencia habían desaparecido.

Aomame se mordió el labio y torció el gesto.

No se había equivocado de lugar. Aquél era, sin duda, el espacio de aparcamiento de emergencia. Era el mismo paisaje y tenía ante sí la publicidad de Esso. En el mundo de 1984, allí existían unas escaleras de emergencia. Aomame las había encontrado fácilmente, tal y como el extraño taxista le había indicado. Había saltado la verja y había podido descender las escaleras. Pero en el mundo de 1Q84 esas escaleras no existían.

La salida estaba bloqueada.

Después de relajar de nuevo las facciones de su rostro desfigurado, Aomame miró atentamente a su alrededor y luego volvió a alzar la vista hacia el panel publicitario de Esso. El tigre le devolvió la mirada, con la manguera en la mano y la cola enroscada hacia arriba, mientras sonreía contento. Como si tuviera una suerte inmensa y no pudiera ser más feliz.

«Natural», pensó Aomame.

Sí, lo sabía desde el principio. En la suite del Hotel Okura, el líder se lo había dicho claramente antes de morir a manos de ella: «La puerta para entrar en este mundo sólo se abre en una dirección».

Y sin embargo, Aomame había tenido que comprobarlo con sus propios ojos. Así era su naturaleza. Y lo comprobó. Fin. La demostración había terminado. Q. E. D.

Aomame se apoyó contra la verja y miró al cielo. Hacía un tiempo estupendo. Sobre un fondo azul, flotaban unas cuantas nubes largas y delgadas. «La visibilidad del cielo permite ver hasta muy lejos. No parece el cielo de la metrópoli. La Luna, sin embargo, no se ve por ninguna parte. ¿Dónde se habrá metido? ¡Bah! La Luna es la Luna. Yo soy yo. Tenemos nuestras respectivas vidas y planes».

Faye Dunaway probablemente habría sacado un cigarro fino y se lo habría encendido con un mechero. Entornando con elegancia los ojos. Pero Aomame no fumaba, ni tenía cigarros o mechero. Dentro de la bandolera sólo llevaba los caramelos de limón para la tos. Eso, más la semiautomática de nueve milímetros

hecha de acero y el picahielos de fabricación especial que había clavado en la nuca de unos cuantos hombres. Ambos más letales, seguramente, que el tabaco.

Miró la fila de vehículos que se extendía en pleno atasco. Desde el interior de los vehículos, la gente la observaba con curiosidad. Era natural. No todos los días se veía a una ciudadana caminando por la autopista metropolitana. Sobre todo, a una mujer joven. Y, encima, vestida con minifalda y zapatos de tacón fino, unas gafas de sol verdes y una sonrisa en los labios. A quien no mirase, tenía que pasarle algo.

La mayoría de los vehículos parados sobre el asfalto eran camiones de mercancías. Muchos de los productos eran transportados de distintos lugares a Tokio. Seguramente los camioneros habían conducido toda la noche y, en ese momento, estaban atrapados en medio del inevitable atasco matinal. Estaban asqueados, hartos y aburridos. Querían darse un baño, afeitarse y echarse a dormir. Era todo lo que deseaban. Simplemente miraban atónitos a Aomame, como si mirasen una criatura singular nunca antes vista. Estaban demasiado cansados como para relacionarse de manera dinámica con lo que fuera.

En medio de aquellos camiones de mercancías había un Mercedes Benz Coupé de color plateado, como un antílope perdido en medio de una manada de toscos rinocerontes. Parecía un coche nuevo, recién estrenado, y su preciosa carrocería brillaba con el sol de la mañana, que acababa de salir. El color de los tapacubos y de la carrocería hacían juego. La ventanilla del asiento del conductor estaba bajada, y una mujer bien vestida de mediana edad la miraba fijamente. Unas gafas de Givenchy. También se veían sus manos al volante. Un anillo resplandecía.

A primera vista, parecía amable. Y, de algún modo, parecía preocupada por Aomame. Se preguntaba qué hacía una mujer joven y arreglada sola en la autopista; qué pasaba. Llamó a Aomame. Si se lo pidiera, seguramente la llevaría a alguna parte.

Aomame se quitó las Ray-Ban y las guardó en el bolsillo de la pechera. Entornando los ojos bajo la intensa luz matinal, se rascó un rato con los dedos las marcas que las gafas habían dejado a ambos lados de la nariz. Se pasó la punta de la lengua por sus labios resecos. Le supo un poco a barra de labios. Miró al cielo despejado y luego, por si acaso, miró al suelo.

Abrió el bolso bandolera y sacó lentamente la Heckler & Koch. Dejando caer el bolso a sus pies, liberó las manos. Con la izquierda le quitó el seguro a la pistola, tiró de la corredera hacia atrás y envió una bala a la recámara con una

serie de movimientos ágiles y precisos. Un gratificante ruido resonó a su alrededor. Agitó ligeramente la mano y verificó el peso de la pistola. A los cuatrocientos ochenta gramos de pistola se le añadía el peso de las siete balas. «Tranquila, las balas están cargadas». Notaba la diferencia de peso.

Sus labios rectos todavía sonreían. La gente observaba los movimientos de Aomame. A nadie le sorprendió verla sacar una pistola de la bandolera. Por lo menos, la sorpresa no se reflejaba en sus rostros. Quizá no creyeran que fuera una pistola de verdad. «Pero lo es», pensó Aomame.

A continuación, Aomame levantó la empuñadura de la pistola y se introdujo el cañón en la boca. Apuntaba directo al cerebro. Al laberinto gris que alojaba a su mente.

La oración le salió de forma automática, sin pensar. La recitó rápidamente, con el cañón en la boca. Nadie entendería lo que decía. Pero no importaba. Bastaba con que la escuchara Dios. Cuando era pequeña apenas comprendía qué significaban, pero aquellas palabras calaban hondo en ella. Antes del almuerzo en el colegio, tenía que rezar. Sola, pero en voz alta. No le importaban las miradas curiosas y las burlas de la gente a su alrededor. «Lo que importa es que Dios te está viendo. Nadie puede librarse de su mirada».

«El Gran Hermano le está viendo».

»Padre nuestro, que estás en el cielo. Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Perdona nuestras ofensas y bendice nuestro humilde caminar. Amén».

La bella mujer de mediana edad que agarraba el volante de su Mercedes Benz nuevo todavía miraba fijamente a la cara a Aomame. Parecía no comprender qué sentido tenía la pistola que ésta sujetaba en la mano —al igual que el resto de la gente. «Si lo comprendiera, apartaría la mirada de mí», pensó Aomame. «Porque como vea cómo vuelan y se esparcen por el aire mis sesos, no creo que sea capaz de almorzar ni de cenar hoy. Así que hágame caso y aparte la vista», le dijo calladamente Aomame a la señora. «No me estoy cepillando los dientes. Tengo una semiautomática de fabricación alemana llamada Heckler & Koch metida en la boca. He terminado de rezar. Supongo que entenderá qué significa».

Un consejo de mi parte. Un valioso consejo. Aparte la vista, no mire, conduzca su Mercedes Benz nuevo plateado y vuelva a casa sin más. Siga

viviendo tranquilamente en esa bonita casa donde la esperan su marido y sus hijos. Esto no es algo que gente como usted deba ver. Es una fea pistola de verdad. Está cargada con siete feas balas de nueve milímetros. Y como decía Antón Chéjov, cuando en una historia aparece una pistola, ésta debe ser disparada. Ese es el sentido de la historia.

Pero la mujer no apartó la mirada de ella. Aomame se dio por vencida y sacudió ligeramente la cabeza. «Lo siento, pero no puedo seguir esperando. Fin del juego. Que comience el *show*».

«Ponga un tigre en su automóvil».

—¡Jo, jo! —dijo el Little People burlón.

—¡Jo, jo! —dijeron los otros seis a coro.

—Tengo —dijo Aomame. E imprimió fuerza al dedo colocado en el gatillo.

24
TENGO

Mientras quede calor

Por la mañana, Tengo cogió el expreso que partía de la estación de Tokio y se dirigió a Tateyama. Allí se subió a un tren ómnibus hasta llegar a Chikura. Era una bonita y despejada mañana. No hacía viento y en el mar apenas se veían olas. El verano ya se había quedado atrás, y la chaqueta fina de algodón y la camisa de manga corta que llevaba debajo eran las apropiadas para aquella época del año. El pueblo costero, cuyos bañistas habían desaparecido, estaba más tranquilo de lo que cabría esperar, sin un alma. «Parece que se ha convertido de verdad en el pueblo de los gatos», pensó Tengo.

Comió algo sencillo delante de la estación y luego cogió un taxi. Pasada la una llegó a la clínica. Lo recibió la misma enfermera de mediana edad de la otra vez. Era la mujer que lo había llamado la noche anterior. La enfermera Tamura. Ella se acordaba de la cara de Tengo y se mostró más afable que la primera vez. Incluso sonreía un poco. Tal vez el hecho de que Tengo se hubiera presentado pulcramente vestido ejerciera cierto efecto.

La mujer lo condujo primero hasta el comedor y le ofreció un café.

—Espere aquí un momento, que el doctor viene enseguida —le dijo.

Unos diez minutos después, el médico encargado apareció secándose las manos con una toalla. Tenía el cabello duro y canoso y rondaría los cincuenta. No vestía bata blanca, como si hubiera estado realizando alguna faena fuera de allí. Tal y como iba vestido, con una sudadera gris, unos pantalones a juego y unas zapatillas de deporte gastadas para correr, y con la complexión fuerte que tenía, más que un médico de una clínica parecía el entrenador de un club deportivo universitario que, por más que lo intentaba, era incapaz de pasar de segunda división.

El médico le habló, más o menos, de lo mismo que le había contado la noche anterior por teléfono.

—Desgraciadamente, ahora mismo ya apenas hay recursos médicos de los que nos podamos valer —le dijo el médico con pena. Por el semblante y la manera de hablar, parecía que sus sentimientos eran sinceros—: Lo único que se puede hacer es que su hijo le hable, lo anime y le infunda ganas de vivir.

—¿Puede oír mi padre lo que se le dice? —preguntó Tengo.

El médico, que bebía té japonés tibio, puso cara seria.

—Sinceramente, no lo sé. Su padre se encuentra en estado de coma. Si se le habla, no se obtiene ninguna reacción física. Pero hay casos de personas que, estando en coma profundo, oyen las voces de la gente a su alrededor y comprenden en cierta medida lo que se les dice.

—Pero a simple vista no se sabe si oye, ¿no?

—No.

—Me quedaré hasta las seis y media —anunció Tengo—. Entretanto estaré a su lado e intentaré hablarle todo lo posible.

—Avíseme si hay algún tipo de reacción —dijo el médico—. Yo andaré por aquí.

Una joven enfermera condujo a Tengo hasta la habitación en la que dormía el padre. Llevaba una placa identificativa con el apellido «Adachi». Su padre había sido transferido a un cuarto individual en una nueva ala de la clínica. Se trataba de un ala para pacientes en estado crítico. El engranaje había avanzado un paso. Después de aquella ala, ya no había ningún sitio adonde ir. En aquella reducida habitación, alargada e insulsa, la cama ocupaba casi la mitad de la superficie. Al otro lado de la ventana se extendía el pinar que cumplía la función de protección contra el viento. El frondoso pinar parecía un enorme tabique que separaba la clínica del animado mundo real. Cuando la enfermera se marchó, Tengo se quedó a solas con su padre, que dormía de cara al techo. Se sentó en el taburete que habían dejado al lado de la cama y miró a su padre a la cara.

En la cabecera de la cama había un soporte para la bolsa de infusión, y el líquido contenido era suministrado a los vasos sanguíneos a través de tubos. Había un tubo conectado a la uretra para evacuar, pero la cantidad de orina evacuada era sorprendentemente escasa. Su padre parecía haberse encogido con respecto al mes anterior. En sus mejillas y su mentón descarnados crecía una barba blanca de un par de días. Siempre había tenido los ojos hundidos, pero ahora esa tendencia se acusaba aún más. Tanto que hacía pensar si no sería

necesaria alguna herramienta especializada para sacarle los globos oculares de dentro de aquellos dos agujeros. Ambos párpados se cerraban con fuerza sobre los profundos huecos, como si fueran persianas, y tenía la boca ligeramente entreabierta. Aunque no se le oía respirar, al acercar el oído se percibía un tenue susurro de aire. El nivel mínimo de energía vital estaba funcionando subrepticiamente.

La expresión que el médico había utilizado por teléfono la noche anterior, «Igual que un tren cuando va reduciendo velocidad progresivamente hasta detenerse», le pareció a Tengo sumamente realista. Su padre era un tren que reducía poco a poco la velocidad y esperaba a que la inercia se agotara para detenerse de forma silenciosa en medio de una llanura desierta. Su único consuelo era que en los vagones no quedaba ningún pasajero. Nadie iba a quejarse por que el tren se detuviera.

«Debo hablarle de algo», pensó Tengo. Sin embargo, no sabía en qué tono dirigirse a él. Aunque quería hablarle, ninguna palabra relevante acudía a su mente.

—Padre —empezó diciendo con un pequeño murmullo. Pero no le salieron más palabras.

Se levantó del taburete, se acercó a la ventana y contempló el jardín de césped bien cuidado y el ancho cielo sobre el pinar. Un cuervo se había posado sobre una gran antena y, pensativo, escrutaba altivamente lo que lo rodeaba en cuanto recibía los rayos del sol. En la cabecera de la cama había una radio despertador, pero su padre no necesitaba ninguna de las dos cosas.

—Soy Tengo. Acabo de llegar de Tokio. ¿Me oye? —dijo desde la ventana, mirando a su padre allí abajo. No hubo respuesta. Después de haber hecho vibrar de una forma fugaz el aire, un vacío firmemente asentado en la habitación se tragó su voz sin dejar rastro.

«Este hombre se está muriendo», pensó Tengo. Lo sabía con sólo ver sus ojos hundidos. Había tomado la determinación de dejar de vivir. Había cerrado los ojos y se había dormido profundamente. Por mucho que le hablara, por mucho que lo animara, anular aquella decisión sería imposible. Desde un punto de vista médico, todavía estaba vivo, pero para aquel hombre la vida se había terminado. Ya no quedaba en él ningún motivo o voluntad para seguir esforzándose y prolongarla. Lo único que Tengo podía hacer era respetar el deseo de su padre y dejarlo morir en paz. Tenía el rostro muy sereno. Parecía que

de momento no sentía ningún dolor. Como le había dicho el médico por teléfono, ése era su único consuelo.

Con todo, Tengo debía hablarle a su padre de algo. En primer lugar, porque se lo había prometido al médico. Después de todo, había cuidado con solicitud de su padre. Y en segundo lugar —no se le ocurría una expresión más adecuada —, por una cuestión de cortesía. Durante mucho tiempo, Tengo no había tenido una conversación seria con su padre. Prácticamente no habían mantenido conversaciones cotidianas. La última vez que había hablado con él de verdad probablemente fue cuando estaba en secundaria. Después, Tengo apenas se pasaba por casa y, aunque volviera por algún asunto, hacía todo lo posible por evitar cruzarse con su padre.

Pero ahora aquel hombre estaba muriéndose en silencio delante de él, en un estado de coma profundo. Al confesarle que no era su verdadero padre, por fin había conseguido librarse de una carga, e incluso parecía aliviado. «Ambos nos quitamos un peso de encima. En el último momento».

Pese a que seguramente no existía ningún lazo de sangre entre ellos, aquel hombre lo había reconocido como hijo legítimo y se había encargado de él hasta que Tengo se había podido independizar. Tenía que estarle agradecido por ello. Tenía el deber de informarle sobre cómo había vivido hasta entonces y cómo se había sentido todo ese tiempo. Eso creía Tengo. «No. No es un deber. Es una simple *cuestión de cortesía*. No importa si lo que digo llega a sus oídos o si sirve de algo».

Tengo volvió a sentarse en el taburete al lado de la cama y comenzó a contarle la vida que había llevado hasta entonces. Empezó por el momento en que entró en el instituto, se fue de casa y comenzó a vivir en la residencia del club de judo. A partir de entonces, su vida y la vida de su padre habían perdido prácticamente todo punto de conexión y cada uno dejó de estar al tanto de lo que el otro hacía. Era mejor llenar ese enorme vacío todo lo que pudiera.

De la vida de Tengo en su época del instituto, sin embargo, no había nada digno de contar. Había entrado en un instituto privado de la prefectura de Chiba cuyo club de judo gozaba de gran prestigio. Podría haber ido fácilmente a un centro de mayor calidad, pero las condiciones que le dispensaba aquel instituto eran las mejores. Estaba exento de los gastos escolares y encima disponía de residencia con pensión completa. Tengo era la estrella del club de judo,

estudiaba entre los entrenamientos (aunque no se aplicaba demasiado en los estudios, en aquel centro podía conseguir sin demasiado esfuerzo ser uno de los mejores de la clase) y en su tiempo libre se ganaba algún dinero para sus gastos personales realizando a tiempo parcial trabajos que requerían gran esfuerzo físico con algunos colegas del equipo de judo. Tenía muchas cosas que hacer y los días transcurrían contrarreloj. No había mucho más que contar de aquellos tres años de vida en el instituto, aparte de que había estado ocupado. No fue una época especialmente divertida, ni había hecho ningún amigo íntimo. En el instituto había demasiadas normas, y no le gustaba. Aunque se llevaba bastante bien con sus compañeros del club de judo, sus intereses eran diferentes. A decir verdad, Tengo nunca se había entregado de lleno a la competición del judo. Simplemente se esforzaba en los entrenamientos para no defraudar las expectativas generadas a su alrededor y porque necesitaba obtener buenos resultados para poder llevar una vida independiente. Para él, más que un deporte era un medio práctico para ir sobreviviendo. Incluso podría llamársele trabajo. Había vivido esos tres años deseando terminar cuanto antes y llevar una vida un poco más decente.

Pero al ingresar en la universidad siguió practicando judo. Básicamente llevó la misma vida que en su época del instituto, puesto que al formar parte del club de judo había podido entrar en una residencia y no tenía que preocuparse por tener un lugar donde dormir y comer (aunque fueran de calidad ínfima). Recibía una beca, pero la beca sola no le permitía vivir. Por eso necesitaba seguir con el judo. Eligió, naturalmente, la rama de las matemáticas. Estudiando a su manera consiguió buenas notas, y su tutor le recomendó hacer el posgrado. Sin embargo, mientras cursaba tercero y cuarto, Tengo fue perdiendo rápidamente esa pasión que sentía por las matemáticas como ciencia. Las matemáticas en sí nunca dejaron de gustarle, pero no le apetecía dedicarse profesionalmente a la investigación. Lo mismo le pasaba con el judo. Como amateur no estaba mal, pero no tenía las cualidades y tampoco le apetecía consagrar su vida a ello. Él era perfectamente consciente.

Al disminuir su interés por las matemáticas, y habiendo desaparecido el motivo para seguir practicando judo, Tengo no sabía qué hacer, qué camino tomar tras graduarse en la universidad, cosa que iba a ocurrir de forma inminente. Su vida parecía haber perdido el rumbo. Aunque nunca se había fijado realmente un objetivo, hasta entonces la gente había creado ciertas expectativas a su alrededor. Respondiendo a esas expectativas, su vida había

transcurrido con bastante ajetreo. Una vez se habían terminado las exigencias y expectativas, no le quedaba nada más que contar. No tenía ningún objetivo en la vida. Ningún amigo íntimo. Abandonado en medio de un sosiego similar a una bonanza, era incapaz de concentrarse en nada.

En la universidad había tenido varias novias con las que había mantenido relaciones sexuales. En el sentido general de la palabra, Tengo no era guapo, ni sociable, ni buen hablador. Siempre pasaba aprietos económicos y no se preocupaba por su manera de vestir. Sin embargo, podía atraer a cierto tipo de mujer, del mismo modo que el olor de cierto tipo de plantas atrae a las polillas. Además, con bastante fuerza.

Lo había descubierto al cumplir los veinte años (en la misma época en que había empezado a perder el entusiasmo por las matemáticas como disciplina científica). Aunque él no hiciera nada, las mujeres se le acercaban con interés. Ellas querían ser abrazadas por sus fuertes brazos. O al menos no se negaban a que lo hiciera. Al principio, Tengo no entendía cómo funcionaba aquella especie de mecanismo y se sentía bastante confuso, pero pronto comprendió el truco y consiguió dominar esa habilidad suya. Desde entonces casi nunca le habían faltado mujeres. Sin embargo, él no sentía ningún impulso amoroso hacia esas mujeres. Sólo salía con ellas y mantenía relaciones carnales. Simplemente se llenaban uno al otro sus respectivos vacíos. Aunque parezca extraño, nunca había sentido una fuerte atracción por las mujeres que se sentían atraídas por él.

Tengo le contó esas circunstancias a su padre inconsciente. Al principio lo hacía despacio, eligiendo las palabras, luego de manera más fluida y, al final, con cierto entusiasmo. Le habló sin tapujos del tema sexual. Pensaba que a esas alturas no había nada de qué avergonzarse. El padre seguía profundamente dormido boca arriba, sin alterar su postura. Su respiración tampoco había cambiado.

Antes de las tres vino una enfermera, cambió la bolsa de plástico que contenía la infusión intravenosa, sustituyó el colector de orina y le tomó la temperatura. Era una enfermera de complexión robusta de unos treinta y cinco años. Tenía el pecho grande. Su placa identificativa decía «Ōmura». Llevaba el pelo recogido, con un bolígrafo metido en medio.

—¿Algún cambio? —le preguntó a Tengo mientras anotaba cifras en un portafolios.

—Nada. Ha estado dormido todo el tiempo —dijo Tengo.

—Si hubiera cualquier cosa, pulse este botón. —La enfermera señaló un interruptor, situado debajo de la cabecera, para llamar al personal. Luego volvió a meterse el bolígrafo entre el pelo.

—De acuerdo.

Poco después de que aquella enfermera se hubiera marchado, llamaron a la puerta y la enfermera Tamura, con las gafas puestas, asomó la cabeza.

—¿Le apetece comer? Si quiere puede tomar algo en el comedor.

—Gracias, pero aún no tengo hambre —dijo Tengo.

—¿Cómo se encuentra su padre?

Tengo se encogió de hombros.

—He estado hablándole todo el rato, pero no sé si puede oírme.

—Está bien que le hable —dijo ella, y sonrió para animarlo—. Tranquilo, seguro que su padre puede oírlo.

La enfermera cerró suavemente la puerta. Él se volvió a quedar a solas con su padre en aquella pequeña habitación.

Tengo siguió hablándole.

Al licenciarse, trabajó enseñando matemáticas en Tokio en una academia preparatoria para los exámenes de ingreso en la universidad. Ya no era el niño prodigio de las matemáticas con un excelente futuro por delante, ni el prometedor judoka. Era un simple profesor de academia. No obstante, se sentía feliz. Por fin podía respirar. Era la primera vez que podía vivir a su voluntad, sin tener que cumplir con nadie.

Al poco tiempo empezó a escribir novelas. Escribió varias obras y las presentó al premio de escritores noveles de una editorial. Por aquel entonces conoció a un editor *sui generis* llamado Komatsu y le encargaron la corrección de *La crisálida de aire*, escrita por una chica de diecisiete años llamada Fukaeri (Eriko Fukada). Fukaeri había creado una historia, pero como no tenía talento para escribir, Tengo había asumido esa tarea. Él bordó el trabajo, la obra ganó el premio de la revista, lo publicaron y se convirtió en un gran *best seller*. Dio tanto que hablar que los miembros del jurado del premio Akutagawa lo acogieron fríamente y no pudo ganar, pero, utilizando la franca expresión de Komatsu, se había vendido tanto que «¿para qué narices nos hace falta?».

Tengo no creía que lo que le estaba contando llegara a oídos de su padre.

Aunque así fuera, no sabía si lo entendía o no. No había reacción ni respuesta. Y aunque lo entendiera, no sabía si a su padre le interesaba siquiera lo que le estaba contando. A lo mejor quería que se callara. Tal vez pensase: «¡Me da igual la vida de los demás! ¡Déjame dormir en paz!». Sin embargo, no podía evitar seguir contándole lo que le pasaba por la cabeza. No se le ocurría nada más que hacer en aquella habitación angosta que no fuera conversar con él.

Su padre seguía sin hacer el más mínimo movimiento. Sus ojos estaban cerrados con fuerza en lo hondo de aquellos oscuros y profundos agujeros. Parecía estar esperando quieto a que la nieve cayera y cubriera de blanco esos agujeros.

—De momento todavía no puedo decir que la cosa vaya muy bien, pero a ser posible me gustaría vivir de la escritura. Escribir lo que me apetezca y como me apetezca, y no reescribir obras de otros. Es bueno tener algo que deseas hacer. Por fin siento algo así en mi interior. Aún no se ha publicado nada con mi nombre, pero quizás ocurra algún día, dentro de poco. No está bien que yo lo diga, pero creo que estoy bastante capacitado como escritor. También hay algún editor que me ha mostrado aprecio. En ese sentido, no estoy muy preocupado.

Quizá debería haber añadido que además parecía estar dotado con el don de *receiver*, de tal modo que había sido arrastrado al mundo de ficción que él mismo había escrito. Pero no iba a contarle aquel asunto tan complicado. Ésa era una cuestión aparte. Decidió cambiar de tema.

—El asunto más preocupante para mí es que nunca he amado de verdad a nadie. En toda mi vida nadie me ha gustado de forma incondicional. Nunca he sentido que podría entregar mi vida por alguien. Ni una sola vez.

Mientras decía eso, Tengo se preguntó si aquel desastrado anciano que tenía ante sí había amado a alguien alguna vez en el transcurso de su vida. Quizás hubiera amado de corazón a la madre de Tengo y por eso lo había criado, pese a saber que no existía ningún lazo de sangre entre ellos. En ese caso, él habría llevado una vida espiritualmente mucho más plena que Tengo.

—La única excepción es una niña de la que me acuerdo perfectamente, íbamos a la misma clase en la escuela primaria de Ichikawa, durante tercero y cuarto. Sí, de eso hace veinte años. Me sentía profundamente atraído por aquella niña. He pensado en ella todo este tiempo y todavía hoy lo hago a menudo. Pero en realidad apenas hablé con ella. Se cambió de colegio en pleno curso y no

volví a verla. Sin embargo, hace poco pasó algo y sentí que quería buscarla. Al final me he dado cuenta de que la necesito. Quiero verla y hablar con ella. Pero no la he localizado. Quizá debería haber empezado a buscarla mucho antes. A lo mejor todo habría sido más fácil.

Tengo se quedó callado durante un rato y esperó a que lo que había contado se asentara en la mente de su padre. O más bien, esperó a que se asentara en su propia mente. Luego prosiguió:

—Sí. En este aspecto he sido muy cobarde. Es el mismo motivo, por ejemplo, por el que no investigué el registro civil. Si hubiera querido, podría haber averiguado sin dificultad si mamá falleció realmente. Yendo al ayuntamiento y consultando el registro, me enteraría enseguida. La verdad es que he pensado varias veces en hacerlo. Incluso he ido hasta el ayuntamiento. Pero he sido incapaz de solicitar los documentos. Tenía miedo de que la verdad se me presentara delante. Por eso he estado esperando a que un buen día, por alguna circunstancia, se me revele de manera natural.

Tengo soltó un suspiro.

—En definitiva, debería haber buscado a esa niña mucho antes. He dado un enorme rodeo y al final he sido incapaz de actuar. La verdad es que en lo relativo al corazón, soy un gallina. Lo mío es grave.

Tengo se levantó del taburete, fue hasta la ventana y contempló el pinar. El viento había amainado. Tampoco se oía el fragor del mar. Una gata grande caminaba por el jardín. A juzgar por la manera de arrastrar la barriga, debía de estar preñada. La gata se acostó al pie de un árbol, estiró las patas y empezó a lamerse la barriga.

Apoyado contra la ventana, Tengo volvió a dirigirse al padre:

—Dejando ese tema aparte, últimamente parece que en mi vida por fin se están produciendo algunos cambios. Me da esa sensación. Si le soy sincero, durante mucho tiempo lo he odiado, padre. Desde pequeño pensaba que mi sitio no estaba en un lugar tan miserable y estrecho. Creía que me merecía un entorno mejor. El trato que recibía me parecía demasiado injusto. Todos mis compañeros del colegio parecían llevar vidas plenas y felices. Tenían menos talento y cualidades que yo, pero llevaban vidas más alegres, sin punto de comparación con la mía. En esa época deseaba que usted no fuera mi padre. Siempre me figuraba que se había producido alguna equivocación y que usted no era mi padre. Que no existía ningún vínculo sanguíneo entre nosotros.

Tengo volvió a mirar por la ventana y vio a la gata. Distraída, seguía

lamiéndose la barriga hinchada, sin ser consciente de que la observaban. Tengo siguió hablando sin dejar de mirar a la gata:

—Ahora no lo veo de ese modo. No pienso de la misma manera. Creo que estaba en el entorno que me correspondía y que tenía el padre que me correspondía. No miento. La verdad es que era un ser insignificante. Una persona sin valor. En cierto sentido, yo mismo me he echado a perder. Ahora me doy cuenta. De pequeño era un genio de las matemáticas, es cierto. Yo mismo creo que tenía un gran talento. Todos se fijaban en mí y me mimaban. Pero al fin y al cabo era un talento sin ninguna perspectiva de desarrollarse y llegar a un punto relevante. Simplemente *estaba ahí*. Desde pequeño he sido corpulento y se me daba bien el judo. Siempre obtenía buenas clasificaciones en los campeonatos de la prefectura. Pero a nivel superior había unos cuantos judokas más fuertes que yo. En la universidad no me eligieron como representante para participar en los campeonatos nacionales. Para mí eso supuso una conmoción y durante un tiempo no supe quién era. Pero es natural, porque en realidad no soy nadie.

Tengo abrió la botella de agua mineral que llevaba consigo y bebió un trago. Luego volvió a sentarse en el taburete.

—Como le dije antes, le estoy agradecido. Creo que no soy su verdadero hijo. Estoy prácticamente convencido. Y le agradezco haberme criado a pesar de no tener ningún vínculo sanguíneo conmigo. Criar solo a un niño pequeño no debe de haber sido fácil. Hoy, al recordar cuando me llevaba a cobrar la cuota de la NHK, me pongo enfermo y me siento dolido. Pero me imagino que a usted no se le ocurría otra manera de comunicarse conmigo. Al fin y al cabo, aquello era *lo que usted mejor sabía hacer*. Como el único punto de contacto entre usted y la sociedad. Supongo que quería mostrármelo. Ahora me doy cuenta. Obviamente, usted también era consciente de que ir acompañado de un niño facilitaba el cobro. Pero seguro que no se trataba sólo de eso.

Tengo volvió a hacer una pequeña pausa para dejar que sus palabras calaran en la cabeza del padre. Entretanto, ordenó sus ideas.

—Sin embargo, cuando era niño no me daba cuenta. Sólo me avergonzaba y sufría por tener que hacer el recorrido del cobro todos los domingos, mientras mis compañeros jugaban y se divertían. No podía evitar odiar los domingos. Ahora, en cierto modo, lo comprendo. No quiero decir que fuera correcto lo que usted hacía. A mí me dolía en el corazón. Es duro para un niño. Pero ya forma

parte del pasado. No se preocupe. Siento que, gracias a ello, me he curtido bastante. Vivir en este mundo no es sencillo. La experiencia me lo ha enseñado.

Tengo abrió las manos y observó durante un rato sus palmas.

—De ahora en adelante seguiré viviendo. Me pregunto si podré hacerlo mejor que hasta el día de hoy, sin dar rodeos absurdos. No sé qué es lo que quiere hacer usted. Tal vez desee seguir durmiendo tranquilamente para siempre, como ahora. No volver a despertarse. Si ése es el caso, me parece bien. Si es lo que desea, yo no puedo impedirlo. No me queda más remedio que dejarlo sumido en su profundo sueño. En todo caso, sólo quería decirle lo que le acabo de contar. Lo que he hecho hasta el día de hoy. Lo que he pensado. Quizá no quería oír hablar de ello. Si así fuera, le pido disculpas. De todas formas, ya he terminado. Ya le he dicho todo lo que le tenía que decir. No lo molesto más. Puede seguir durmiendo a gusto.

Pasadas las cinco, la enfermera Ōmura se presentó con el bolígrafo metido en el pelo y examinó la cantidad de infusión. Esta vez no le tomó la temperatura.

—¿Ha habido algún cambio?

—Ninguno en particular. Sigue durmiendo —informó Tengo.

La enfermera asintió con la cabeza.

—Enseguida viene el médico. Señor Kawana, ¿hasta qué hora se va a quedar hoy?

Tengo miró el reloj de pulsera.

—Voy a coger el tren de antes de las siete, así que estaré hasta las seis y media.

Cuando la enfermera terminó de hacer anotaciones en una tabla, volvió a meter el bolígrafo entre su cabello.

—Le he estado hablando casi desde el mediodía, pero no parece que haya oído nada —dijo Tengo.

—Cuando me preparaba para ser enfermera, aprendí una cosa: las palabras alegres provocan que los tímpanos de la gente se estremezcan con alegría. En las palabras alegres hay vibraciones alegres. Independientemente de que comprendan o no lo que se les está diciendo, los tímpanos vibran con alegría. Por eso a las enfermeras nos enseñan que tenemos que decir cosas alegres en un tono alegre. Sea cual sea la lógica que lo explica, le aseguro que funciona. Se lo digo por experiencia.

Tengo reflexionó un rato sobre eso.

—Gracias —le dijo. La enfermera Ōmura asintió y se marchó a paso ligero.

A continuación, Tengo y el padre permanecieron en silencio durante bastante tiempo. Tengo ya no tenía nada más que contarle. Sin embargo, aquel silencio no resultaba nada incómodo. La luz de la tarde fue debilitándose de forma progresiva, y alrededor empezó a sentirse la proximidad del crepúsculo. Los últimos rayos de sol se desplazaban sigilosamente dentro de la habitación.

A Tengo se le ocurrió de pronto contarle al padre que había dos lunas. Le daba la impresión de que todavía no se lo había dicho. Tengo vivía ahora en un mundo en cuyo cielo pendían dos lunas. «Por más que lo miro, me resulta un espectáculo extraño», quería decirle. Pero le pareció que sacar aquel tema no serviría de nada. A su padre le importaba un pepino cuántas lunas había en el cielo. Ese era un problema al que Tengo debía hacer frente solo.

Además, hubiera en este mundo (o *ese* mundo) una, dos o tres lunas, Tengo no había más que uno. ¿Qué cambiaba eso? Estuviera donde estuviese, Tengo era Tengo. Nada más que la misma persona, con sus problemas y sus cualidades particulares. Sí, el *quid* del asunto no residía en las lunas, sino en sí mismo.

Una media hora después regresó la enfermera Ōmura. Por alguna razón, ya no llevaba el bolígrafo metido en el pelo. ¿Adónde habría ido a parar el bolígrafo? Sin saber por qué, ese detalle le preocupó. Dos empleados habían venido con ella empujando una camilla. Ambos eran fornidos y de tez morena, y no dijeron ni una palabra. Parecían extranjeros.

—Señor Kawana, tenemos que llevar a su padre a la sala de análisis. Entretanto, ¿podría esperar aquí? —dijo la enfermera.

Tengo miró el reloj.

—¿Algo va mal?

La enfermera sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Como en esta habitación no tenemos las máquinas necesarias para hacer los análisis, simplemente nos lo llevamos para allá. No pasa nada. Más tarde, el médico hablará con usted.

—Vale. Espero aquí.

—Si va al comedor puede tomar un té caliente. Le vendría bien descansar un poco.

—Gracias —dijo Tengo.

Con cuidado, los dos hombres pasaron el escuálido cuerpo del padre a la camilla, sin quitarle los tubos de la infusión intravenosa. Sacaron al pasillo la cama y el soporte de la infusión. Eran muy hábiles. Y permanecieron callados en todo momento.

—No vamos a tardar mucho —dijo la enfermera.

No obstante, pasó un buen rato y el padre seguía sin volver. La claridad que entraba por la ventana se debilitó rápidamente, pero Tengo no encendió la luz de la habitación. Tenía la impresión de que, si la encendía, algo importante allí presente se echaría a perder.

La forma del padre permanecía hundida en la cama. Aunque no debía de pesar demasiado, el padre había dejado su forma nítidamente marcada. En cuanto contemplaba el hueco, Tengo se sentía como si hubiera sido abandonado en aquel mundo. Tuvo la impresión de que, una vez puesto el sol, nunca volvería a amanecer.

Tengo se sentó en el taburete y, teñido por el color que anunciaba el crepúsculo, se sumió durante un buen rato en sus pensamientos sin cambiar de postura. Luego, de pronto se dio cuenta de que no había estado pensando en nada. Simplemente había recalado en un vacío sin sentido. Se levantó despacio del taburete, fue al baño e hizo sus necesidades. Se lavó la cara con agua fría. Se la secó con un pañuelo y se miró al espejo. Después, recordando lo que le había dicho la enfermera, bajó al comedor y se tomó un té caliente.

Cuando regresó a la habitación, después de haber matado el tiempo durante unos veinte minutos, su padre todavía no había vuelto. En lugar de eso, sobre el hueco que su padre había dejado en la cama había un objeto blanco que no le resultaba familiar.

Medía un metro y cuarenta o cincuenta centímetros de largo y tenía unas bellas y lisas curvas. A primera vista, su forma era semejante a la cáscara de un cacahuete, y por encima estaba cubierto por una especie de plumaje corto y blando. El plumaje despedía un brillo tenue, pero suave y uniforme. Dentro de la habitación, que se había ido oscureciendo poco a poco, una luz de tonos azul claro envolvía ligeramente aquel cuerpo. Estaba tendido en silencio sobre la cama, como para llenar el fugaz espacio que su padre había dejado. Tengo se detuvo en la puerta y observó aquel objeto extraño sin soltar el pomo. Parecía que sus labios se movían, pero no pronunciaron ninguna palabra.

«¿Qué demonios es eso?», se preguntó Tengo a sí mismo allí parado, con los ojos entornados. ¿Por qué han puesto esa cosa en el sitio de mi padre? Supo de inmediato que ni el médico ni las enfermeras habían dejado allí aquella cosa. A su alrededor se respiraba un ambiente especial, alejado del plano de la realidad.

De pronto, Tengo se dio cuenta. «*Es la crisálida de aire*».

Era la primera vez que veía una. Aunque la había descrito detalladamente en el libro, nunca había visto una con sus propios ojos, ni se la había imaginado como algo real. Sin embargo, aquélla era una crisálida de aire tal y como la había concebido en su mente y como la había descrito. Tuvo una intensa sensación de *déjà vu*, como si un herraje le ciñera el estómago. Tengo entró en la habitación y cerró la puerta. Era mejor que nadie lo viese. Luego tragó la saliva que se le había acumulado dentro de la boca. Desde el fondo de su garganta salió un ruido poco natural.

Lentamente se aproximó a la cama y, dejando un metro de distancia, observó con atención la crisálida de aire. Entonces se fijó en que tenía la misma forma que la crisálida de aire que había dibujado cuando estaba escribiendo la novela. Antes de describir su aspecto en el texto, había hecho un bosquejo a lápiz. Visualizaba la imagen que él tenía en su interior. Luego fue transformándola en texto. Durante la corrección de la obra, ese dibujo había estado clavado con una chincheta en la pared, delante del escritorio. Por su forma, se parecía más a un capullo que a una crisálida, pero para Fukaeri (y también para Tengo) aquello era algo que sólo podía llamarse «crisálida de aire».

En aquel entonces, Tengo había ideado y añadido bastantes de las características que conformaban el aspecto exterior de la crisálida de aire. Por ejemplo, el elegante estrechamiento de la parte central y las redondas protuberancias ornamentales que tenía en cada extremo. Todo eso había salido de su mente. En el «relato» original de Fukaeri no se mencionaban. Para Fukaeri la crisálida de aire sólo era la crisálida de aire; por así decirlo, algo entre lo concreto y el concepto, y no parecía sentir la necesidad de describirla con palabras. Por ese motivo, Tengo tuvo que idear por sí mismo la forma concreta de la crisálida. Y la crisálida de aire que estaba viendo ante sí tenía un estrechamiento en la parte central y bellas protuberancias en los extremos.

«Es la crisálida de aire tal y como la dibujé en el bosquejo y como la describí después», pensó Tengo. Igual que en el caso de las dos lunas. De algún modo, la forma que había descrito se había vuelto realidad hasta en el último detalle. Causa y efecto se enmarañaban.

Se le había puesto la carne de gallina y tenía una sensación rara en las extremidades, como si le estuvieran retorciendo los nervios. Era incapaz de discernir hasta qué punto era real aquel mundo y hasta qué punto era ficticio. Hasta qué punto era de Fukaeri y hasta qué punto, de Tengo. «Y hasta qué punto es de "nosotros"».

Una raja vertical recorría de arriba abajo la crisálida. Estaba partiéndose por la mitad. A raíz de ello, se había abierto unos dos centímetros. Inclinándose, Tengo podría ver qué había dentro, pero no se atrevió. Se sentó en el taburete, junto a la cama, tomó aliento subiendo y bajando levemente los hombros y veló la crisálida de aire. Estaba allí quieta, emitiendo una tenue luz. Esperaba en silencio a que Tengo se le acercara, como una proposición matemática dada.

¿Qué rayos habría dentro de la crisálida?

¿Estaría intentando mostrarle algo?

En *La crisálida de aire*, la niña protagonista encontraba a su otro yo, la *daughter*. La niña abandonaba a la *daughter* y huía sola de la comunidad. Pero ¿qué habría dentro de la crisálida de aire de Tengo (él había determinado de manera intuitiva que aquélla era *su propia* crisálida de aire)? ¿Sería algo bueno o algo malo? ¿Lo guiaría hasta algún lugar o le pondría trabas? ¿Y quién había enviado hasta allí aquella crisálida de aire?

Tengo sabía perfectamente que debía actuar, pero se sentía incapaz de reunir el coraje suficiente para levantarse y escudriñar dentro de la crisálida. Tenía miedo. Lo que había dentro de la crisálida podría herirlo. Podría cambiar radicalmente su vida. Al pensar en ello, sentado en el pequeño taburete, Tengo se puso rígido, como alguien que ha perdido cualquier escapatoria. Sentía el mismo miedo por el cual no había investigado en el registro la identidad de su madre o no había buscado a Aomame. *No quería saber* qué había dentro de la crisálida de aire que habían dispuesto para él. Si pudiera abstenerse de saber, lo preferiría. A ser posible, le gustaría marcharse de inmediato de aquella habitación, coger el tren y regresar a Tokio. Cerraría los ojos, se taparía los oídos y huiría a su humilde mundo interior.

Pero Tengo era consciente de que no podía. Si se marchaba sin ver lo que había en el interior, se arrepentiría sin duda durante toda su vida. Si apartaba la vista de ese *algo*, quizá nunca se perdonaría a sí mismo.

Sin saber qué hacer, Tengo permaneció sentado en el taburete durante largo

rato. No podía avanzar ni volverse atrás. Con las manos juntas sobre el regazo, observaba la crisálida de aire en la cama y, de vez en cuando, como para huir, echaba un vistazo por la ventana. El sol ya se había puesto y la tenue oscuridad del crepúsculo envolvía poco a poco el pinar. Seguía sin hacer viento. Tampoco se oía el ruido de las olas. Reinaba un misterioso silencio. A medida que aumentaba la oscuridad en la habitación, la luz que desprendía aquel objeto blanco se hacía más intensa y más viva. A Tengo le dio la impresión de que aquello estaba vivo. Se percibía el fulgor sereno de la vida. Tenía un calor particular, un eco furtivo.

Tengo se decidió por fin: se levantó del taburete y se inclinó sobre la cama. No podía escapar de allí sin más. No podía seguir viviendo con los ojos cerrados a lo que tenía delante, como un niño medroso. Sólo el hecho de querer conocer la verdad proporcionaba al ser humano la fuerza que necesitaba. Independientemente de qué clase de verdad fuera.

La hendidura en la crisálida permanecía inalterada. La abertura no era ni más grande ni más pequeña que antes. Echó un vistazo por el intersticio con los ojos entornados, pero era incapaz de vislumbrar qué había dentro. El interior estaba oscuro y parecía cubierto por una fina membrana. Tengo tomó aliento y comprobó que los dedos no le temblaban. A continuación los introdujo por aquella abertura de unos dos centímetros e hizo fuerza hacia los lados, despacio, como si abriera una puerta de doble batiente. Cedió fácilmente, sin ofrecer resistencia, sin hacer ruido. Como si hubiera estado esperando a que sus manos la abrieran.

En ese instante, la luz que emitía la crisálida de aire iluminó suavemente sus entrañas, como un reflejo de la nieve. Aunque no podía decirse que fuera una cantidad de luz suficiente, le permitió reconocer lo que había dentro.

Tengo descubrió una bella niña de diez años.

Estaba profundamente dormida. Llevaba un sencillo vestido blanco sin adornos, que parecía un camisón, y tenía las manitas colocadas una encima de la otra sobre su pecho plano. Supo quién era a simple vista. Tenía la cara delgada y los labios dibujaban una línea recta, como si los hubieran trazado con regla. El flequillo, que llevaba cortado recto, cubría su tersa y bonita frente. La pequeña nariz apuntaba sigilosamente al aire, como buscando algo. Los pómulos, a ambos lados de la nariz, tiraban un tanto hacia los laterales. Tenía los párpados cerrados, pero él sabía cómo eran los ojos que surgirían cuando los abriera.

¡Cómo no lo iba a saber! Había vivido los últimos veinte años con la imagen de aquella niña en su corazón.

«Aomame», dijo Tengo.

Estaba profundamente dormida. Parecía un sueño muy profundo y natural. Su respirar era casi imperceptible. El corazón de la niña latía tan bajo que apenas se oía. No tenía energía suficiente para levantar los párpados. La hora aún no había llegado. Su mente no estaba allí; estaba en un lugar lejano. A pesar de ello, la palabra que Tengo había pronunciado había hecho vibrar levemente sus tímpanos. Aquél era el nombre de la niña.

Desde aquel lugar lejano, Aomame oyó la llamada. «Tengo», pensó. Lo pronunció con claridad, pero las palabras no movieron los labios de la niña en el interior de la crisálida de aire. Tampoco alcanzaron los oídos de Tengo.

Tengo, que respiraba entrecortadamente, no se cansaba de contemplar su rostro, igual que alguien a quien hubieran arrebatado el alma. El semblante de la niña parecía muy sosegado. No se percibía sombra alguna de tristeza, sufrimiento o intranquilidad. Sus labios, finos y pequeños, empezaron a moverse con suavidad, como si quisieran pronunciar alguna palabra relevante. Parecía que iba a abrir los ojos en cualquier momento. Tengo rezó con todo su corazón para que así ocurriera. Aunque no llegó a pronunciar exactamente un rezo, su corazón tejía una oración informe en el aire. Pero no había indicios de que la niña fuera a despertarse de su sueño.

«Aomame», volvió a llamarla Tengo.

Había unas cuantas cosas que le tenía que decir. Algunos sentimientos que quería transmitirle. Había convivido durante años con ellos. Sin embargo, en ese instante lo único que podía hacer era decir su nombre.

«Aomame», la llamó.

A continuación estiró el brazo con decisión y tocó las manos de la niña, que estaba acostada en el interior de la crisálida de aire. Colocó suavemente su manaza de adulto sobre la de ella. Una vez, aquella pequeña mano había agarrado con fuerza la mano de Tengo, cuando éste tenía diez años. Aquella mano lo había buscado y le había dado coraje. La mano de la niña que dormía dentro de aquella luz tenue poseía el calor inconfundible de la vida. «Aomame ha venido para transmitirme ese calor», pensó Tengo. Ese era el sentido del paquete que le había entregado en aquella aula hacía veinte años. Por fin había abierto el envoltorio y había podido ver su interior.

«Aomame», dijo Tengo. «*Te voy a encontrar como sea*».

Incluso después de que la crisálida de aire hubiera perdido paulatinamente su resplandor hasta disiparse, como tragada por la oscuridad, y de que la Aomame niña también se hubiera desvanecido; incluso después de ver que era incapaz de juzgar si aquello había ocurrido realmente, en los dedos de Tengo todavía permanecía el tacto y el íntimo calor de aquella pequeña mano.

En el tren de regreso a Tokio, Tengo pensó que esa sensación seguramente nunca desaparecería. Durante aquellos veinte años había vivido con el recuerdo de la sensación que la mano de aquella niña le había dejado. A partir de entonces podría seguir viviendo con ese nuevo calor.

Cuando el tren dibujó una gran curva a lo largo de la costa bordeada por las montañas, las dos lunas aparecieron en el cielo. Pendían sobre el mar sereno. Una gran luna amarilla y una pequeña luna verde. Aunque tenían un contorno muy nítido, era difícil calcular a qué distancia se encontraban. El escarceo en la superficie del mar reflejaba misteriosamente su luz, como añicos de cristal roto esparcidos. A continuación, las dos lunas se desplazaron despacio al otro lado de la ventanilla trazando la misma curva que el tren, dejaron tras de sí un pequeño fragmento como un silencioso recuerdo y, al cabo de un rato, desaparecieron de su vista.

Cuando dejaron de verse las lunas, el calor volvió a su pecho. Era un calor firme que, aunque vago, transmitía una promesa, como una pequeña luz en el camino del viajero.

«A partir de ahora viviré en este mundo», pensó Tengo con los ojos cerrados. Todavía desconocía cómo se había originado aquel mundo y bajo qué principios funcionaba. No tenía ni idea de qué iba a ocurrir a partir de entonces. Pero no importaba. No había que tener miedo. Independientemente de lo que lo aguardase, sobreviviría en aquel mundo de dos lunas y encontraría su camino. Siempre y cuando no olvidara aquel calor, no perdiera el ánimo.

Permaneció un buen rato con los ojos cerrados. Poco después los abrió y contempló por la ventanilla la oscuridad de la noche de principios de otoño. Ya no se veía el mar.

«Voy a encontrar a Aomame», se dijo Tengo con absoluta determinación. «Pase lo que pase, sea como sea este mundo, sea quien sea ella».

Tercer Libro
Octubre - Diciembre

1
USHIKAWA

Patadas en un rincón lejano de la conciencia

—¿Le importaría no fumar, señor Ushikawa? —dijo el hombre de baja estatura.

Durante unos instantes, Ushikawa observó el rostro de su interlocutor, sentado al otro lado del escritorio, y luego miró el cigarrillo Seven Stars que sus propios dedos sujetaban. No estaba encendido.

—Lo siento —añadió cortésmente el hombre.

Ushikawa adoptó un gesto de perplejidad y se preguntó qué hacía aquello en sus manos. Dijo:

—¡Ah! Disculpe, no debería haberlo sacado. No voy a encenderlo. Mis manos se han movido a su antojo, sin yo darme cuenta.

El hombre subió y bajó el mentón sólo un centímetro, sin que su mirada se desviara ni un ápice. Toda su atención estaba puesta en los ojos de Ushikawa. Éste devolvió el cigarrillo a la cajetilla y la guardó en un cajón del escritorio.

El hombre alto, con el pelo recogido en una coleta, estaba de pie, en la entrada, rozando apenas el marco de la puerta y mirando a Ushikawa como quien contempla una simple mancha en la pared. «¡Qué tipos tan siniestros!», pensó Ushikawa. Pese a que era la tercera vez que se reunía con ellos, siempre le producían la misma intranquilidad.

El hombre bajo y de cabeza rapada, sentado frente al escritorio del exiguo despacho de Ushikawa, era el que hablaba. El de la coleta guardaba un profundo silencio. Sólo miraba a Ushikawa a la cara, completamente inmóvil, como los *komainu*[21] colocados a la entrada de los santuarios sintoístas.

—Han pasado tres semanas —dijo el de la cabeza rapada.

Ushikawa cogió un calendario de mesa y comprobó algo que había anotado en él.

—En efecto. Han pasado exactamente tres semanas desde la última vez que nos vimos.

—Y desde entonces no hemos tenido noticias de usted. Como le dije la vez anterior, la situación es apremiante. No hay tiempo que perder, señor Ushikawa.

—Lo sé —contestó Ushikawa, que, a falta de cigarrillo, daba vueltas a un mechero plateado entre los dedos—. No podemos entretenernos. Soy consciente de ello.

El rapado esperó a que Ushikawa continuara.

—Pero no quiero soltarles información a trompicones. Un poco por allí, otro poco por allá… Prefiero obtener primero una imagen de conjunto, conectar entre sí las piezas y alcanzar un punto desde el que vea el trasfondo de las cosas. Una información a medio cocer ocasionaría problemas innecesarios. Quizá le parezca caprichoso, pero es mi método de trabajo, señor Onda.

Onda, el de la cabeza rapada, lo observaba con frialdad. Ushikawa sabía que no le caía bien a ese hombre, pero no le importaba. Que él recordara, nunca había caído bien a nadie. Para él era moneda corriente, por así decirlo. Nunca había agradado a sus padres, y tampoco a sus hermanos, a sus profesores ni a sus compañeros. Ni siquiera a su mujer y a sus hijas. Si le hubiera caído bien a alguien, seguramente se habría preocupado, porque lo normal era lo contrario.

—Señor Ushikawa, deseamos respetar su manera de trabajar en la medida de lo posible. Y así lo hemos hecho hasta ahora, ¿no es cierto? Pero esta vez, por desgracia, no podemos esperar a que consiga usted toda la información.

—Tiene razón, señor Onda, pero imagino que no habrán estado esperando sin más a que yo me pusiera en contacto con ustedes —replicó Ushikawa—. Mientras yo indagaba, ustedes habrán tomado alguna que otra medida. ¿Me equivoco?

Onda no contestó. Sus labios permanecieron unidos formando una perfecta línea horizontal. Su rostro no se inmutó. Sin embargo, Ushikawa percibió que no se equivocaba. Durante esas tres semanas, probablemente se habían organizado y habían buscado el paradero de la joven por otras vías. Pese a todo, no habían obtenido ningún resultado, y por eso aquel par de tipos siniestros se había presentado otra vez ante él.

—Se suele decir que «la culebra, por pequeña que sea, conoce bien el camino de la serpiente» —dijo Ushikawa mostrando las palmas de las manos, como si desvelara un secreto apasionante—. No tengo nada que ocultarles: soy una culebra. Como habrán comprobado, no tengo buena apariencia, pero sí un

olfato fino. Y soy un buen rastreador. Sin embargo, pese a ser una culebra, conozco bien mi trabajo, aunque lo hago a mi ritmo y a mi manera. Sé perfectamente que, en lo que nos ocupa, el tiempo es oro, pero les ruego que esperen un poco más. Si no tienen paciencia, quizás al final tengan que irse con las manos vacías.

Onda observó con calma cómo Ushikawa daba vueltas al mechero. Luego levantó un poco el rostro.

—¿No podría anticiparnos algo de lo que sabe? Yo le comprendo, pero nuestros superiores no admitirán que volvamos sin ningún resultado, por nimio que sea. Nos meteríamos en un aprieto. Además, señor Ushikawa, no creo que su situación sea precisamente muy tranquilizadora.

«Estos tipos también están entre la espada y la pared», se dijo Ushikawa. Los dos habían sido elegidos para trabajar como guardaespaldas del líder por su dominio de las artes marciales. Y el líder había sido asesinado delante de sus narices. No obstante, no había ninguna prueba fehaciente de ese asesinato. Un médico de la directiva de Vanguardia había inspeccionado el cadáver, sin encontrar ninguna herida externa. En las instalaciones médicas de la comunidad disponían de equipamiento muy poco sofisticado. Además, andaban escasos de tiempo. Para descubrir algo, habría sido necesaria una autopsia meticulosa practicada por forenses expertos. Sin embargo, era demasiado tarde: ya se habían deshecho del cadáver sin que la comunidad se enterara.

Aun así, al no haber podido proteger al líder, aquellos dos se hallaban en una posición delicada. Por el momento, les habían asignado la misión de encontrar a la joven desaparecida. Habían recibido la orden de no dejar piedra por mover para dar con ella, pero todavía no tenían ninguna pista. A pesar de ser buenos profesionales como guardaespaldas y vigilantes de seguridad, no estaban preparados para rastrear a alguien que se ha esfumado.

—Muy bien —dijo Ushikawa—, les contaré algo de lo que he averiguado hasta ahora. Algo, no todo.

Onda entornó los ojos.

—De acuerdo —asintió—. También nosotros nos hemos enterado de algunas cosas. Quizás usted ya las sepa, quizá no. Podemos compartir la información.

Ushikawa dejó el mechero y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Esa joven, Aomame, fue enviada a la suite del Hotel Okura y ayudó al líder a realizar estiramientos musculares. Era una noche de principios de septiembre y en el centro de la ciudad caía una fuerte tormenta con aguacero.

Trabajó a solas con él en una habitación durante una hora y, cuando se retiró, dejó al líder durmiendo. Les pidió a ustedes que lo dejaran dormir en la misma postura unas dos horas. Ustedes la obedecieron. Sin embargo, el líder no dormía. Por entonces ya estaba muerto. No mostraba herida externa alguna. Todo apuntaba a un paro cardiaco. Pero, inmediatamente después, la chica desapareció. Poco antes había abandonado el piso en que vivía. En el piso no quedaba nada, estaba completamente vacío. El día anterior había presentado su dimisión en el gimnasio. Todo estaba planeado hasta el último detalle, así que no se trató de un mero accidente. No cabe duda de que Aomame mató al líder.

Onda asintió. Hasta ahí no tenía nada que objetar.

—Ustedes desean averiguar la verdad —dijo Ushikawa— y para ello tienen que atrapar a Aomame.

—Necesitamos estar seguros de que ella lo mató y, si fue así, por qué motivo y en qué circunstancias.

Ushikawa dirigió la mirada hacia sus diez dedos unidos sobre el escritorio. Tuvo la impresión de que los veía por primera vez. Después alzó la vista y miró a su interlocutor a la cara.

—Supongo que ya habrán investigado todo lo relacionado con los familiares de Aomame, ¿no? Todos ellos son miembros devotos de la Asociación de los Testigos. Sus padres aún participan activamente en las tareas de proselitismo. Tiene un hermano de treinta y cuatro años que trabaja en la sede de Odawara; está casado con una creyente fervorosa y tienen dos hijos. Aomame es la única de la familia que se ha distanciado de la Asociación. Para utilizar la expresión que ellos emplean, «ha apostatado» y, por consiguiente, rompió con su familia. Al parecer, no ha habido contacto alguno entre la familia y Aomame desde hace unos veinte años. Dudo mucho que le estén dando cobijo. Durante un tiempo se hospedó en casa de su tío, pero al empezar el instituto se independizó. ¡Asombroso! Es una mujer fuerte, no hay duda.

El rapado no dijo nada. Ya debía de estar al corriente de todo eso.

—No creo que la Asociación de los Testigos esté implicada en este asunto. Son conocidos por su incondicional pacifismo y por su defensa del principio de no resistencia. En tanto que comunidad religiosa, es imposible que haya atentado contra la vida del líder. Supongo que estarán de acuerdo.

—La Asociación de los Testigos no tiene nada que ver con este asunto —confirmó Onda—. Eso está claro. Hablé con su hermano, por si acaso. *Sólo por si acaso*. Pero no sabía nada.

—¿Por si acaso, le arrancaron las uñas? —preguntó Ushikawa.

Onda ignoró la pregunta.

—Vamos, no se ponga tan serio, hombre. Era una broma —prosiguió Ushikawa—. Una broma sin gracia, lo sé. Estoy seguro de que su hermano no sabía nada de ella ni de su paradero. Yo soy un hombre pacífico, nunca actúo de forma violenta, pero en este caso lo entendería. Como le decía, hace tiempo que Aomame cortó todos los vínculos con su familia y con la Asociación de los Testigos. Sin embargo, dudo que llevara a cabo sola un plan tan complicado. Fue un plan ingenioso, y ella actuó con frialdad, siguiendo pasos estudiados. Su desaparición parece un milagro. Sin duda necesitó la ayuda de alguien y dinero en abundancia. Por una u otra razón, quienquiera que esté detrás de Aomame deseaba matar al líder. Lo dispuso todo para conseguirlo. Imagino que en este punto estamos de acuerdo.

—Más o menos —dijo Onda.

—Sin embargo, no tengo ni la más remota idea de qué organización puede hallarse detrás de eso —confesó Ushikawa—. Habrán investigado ustedes a sus amistades, ¿no?

Onda asintió en silencio.

—Pero ¡ojo!, no encontraron a ningún amigo digno de ese nombre, ¿verdad? —siguió Ushikawa—. No tiene amigos ni, al parecer, novio. Tampoco tenía trato con sus colegas del gimnasio fuera de las horas de trabajo. En resumen, no se relacionaba con nadie. ¿Cómo es posible, siendo una joven sana y bastante resultona?

Dicho esto, Ushikawa miró al hombre de la coleta, que seguía de pie junto a la puerta. Su postura y su gesto no habían cambiado. Sin duda su rostro era de por sí inexpresivo e inmutable. Ushikawa se preguntó si tendría nombre. No le hubiera sorprendido que no lo tuviera.

—Son ustedes los únicos que han visto a Aomame —dijo Ushikawa—. ¿Cómo era? ¿Les llamó la atención algún rasgo?

Onda negó con un movimiento de la cabeza y contestó:

—Como le dije, es joven y atractiva a su manera. Pero tampoco es una belleza que atraiga las miradas. Es tranquila y serena. Me dio la impresión de que sabía que era buena en su trabajo con los clientes del gimnasio. Por lo demás, no hubo nada que nos llamara especialmente la atención. La impresión que me dejó su apariencia es mínima. No consigo recordar los detalles de sus facciones. Hasta me resulta extraño…

Ushikawa volvió a dirigir la mirada hacia el de la coleta. Quizás éste quería decir algo, pero su boca no hizo amago de abrirse. Ushikawa miró entonces al rapado.

—Habrán examinado el registro de llamadas de Aomame de los últimos meses, ¿no?

—No, todavía no.

—Pues se lo recomiendo. Deberían hacerlo —dijo Ushikawa esbozando una sonrisa—. La gente suele hacer y recibir llamadas. El registro de llamadas revela cómo es y cómo vive una persona. Aomame no iba a ser una excepción. Acceder a un registro de llamadas no es fácil, pero tampoco imposible. Como ven, la culebra conoce el camino de la serpiente.

Onda aguardó en silencio a que prosiguiera.

—En su registro de llamadas descubrí algunos detalles interesantes. Aunque resulta sumamente extraño tratándose de una mujer, a Aomame no le gusta demasiado hablar por teléfono. El número de llamadas era escaso, y la duración, no demasiado larga; sólo en contadas ocasiones mantenía alguna conversación prolongada. Solía llamar al gimnasio, pero como también trabajaba por su cuenta, trataba directamente con sus clientes particulares. De esas llamadas también había muchas. Por lo que he visto, nada sospechoso. —Se tomó un respiro, observó desde varios ángulos el color que la nicotina había dejado en sus dedos y pensó en el cigarrillo. Mentalmente lo encendió y le dio una calada. Luego expulsó el humo—. Con todo, dos cosas me llamaron la atención. La primera es que telefoneó dos veces a la policía. Y no me refiero al 110[22], sino al departamento de tráfico de la comisaría de Shinjuku, perteneciente a la Jefatura Superior de la Policía Metropolitana. También recibió alguna llamada de esa comisaría. Ella no conduce, y no creo que los agentes reciban clases particulares en un gimnasio de lujo, así que quizá tuviera a algún conocido en esa sección. No sé de quién se trata. La segunda cosa que me escamó es que mantuvo varias conversaciones largas con un número no identificado. Siempre la telefoneaban a ella. Aomame nunca llamó. Intenté localizar el número. Por supuesto, con ingenio, es posible rastrear esos números de teléfono amañados para ocultar la identidad del usuario. Pero, por más que indagué, no conseguí identificarlo. Alguien ha echado bien el cerrojo, algo, por lo general, imposible.

—Por lo que veo, ese alguien es capaz de hacer cosas fuera de lo común.

—En efecto. No hay duda de que se trata de un profesional.

—Otra serpiente —dijo Onda.

Ushikawa se pasó la palma de la mano por su coronilla deforme y sonrió entre dientes.

—Eso es. Una serpiente. Y dura de pelar.

—Al menos ya sabemos que, al parecer, detrás de todo eso hay un profesional que mueve los hilos —dijo Onda.

—Sí. Aomame pertenece a alguna organización. Y no se trata de un atajo de aficionados que actúa por diversión.

Onda entrecerró los párpados y observó a Ushikawa. Luego volvió la cabeza y cruzó una mirada con el de la coleta, de pie junto a la puerta. Éste asintió brevemente para indicarle que seguía la conversación. Onda miró de nuevo hacia Ushikawa.

—¿Entonces…? —preguntó Onda.

—Entonces —dijo Ushikawa—, ahora me toca a mí preguntar. ¿Tienen ustedes alguna pista? ¿Hay alguna organización, algún grupo que pueda haber querido liquidar a su líder?

Onda frunció sus largas cejas. En el arranque de la nariz se le formaron tres arrugas.

—Señor Ushikawa, reflexione un poco. Sólo somos una comunidad religiosa. Perseguimos la paz del alma y los valores espirituales. Vivimos en medio de la naturaleza y nos dedicamos a la agricultura y a la práctica ascética. ¿Quién podría vernos como enemigos? ¿Y en qué les beneficiaría el asesinato de nuestro líder?

Una sonrisa ambigua afloró en la comisura de los labios de Ushikawa.

—En todas partes hay fanáticos. Y nunca se sabe lo que puede pasarle por la mente a un fanático, ¿verdad?

—No tenemos ninguna pista —contestó Onda inexpresivo, ignorando la ironía que encerraba el comentario de Ushikawa.

—¿Podría ser Amanecer? ¿Y si algunos supervivientes del grupo merodearan todavía por ahí?

Onda volvió a negar rotundamente con la cabeza. Era imposible. Sin duda, para evitarse problemas, pensó Ushikawa, se habían «ocupado» de todos los que estaban involucrados con Amanecer. No debía de quedar ni rastro del grupo.

—¡Vaya! Así que ustedes tampoco han averiguado nada. Pero lo cierto es que una organización ha atentado contra la vida de su líder y lo ha eliminado. De

manera hábil e ingeniosa. Y luego se han desvanecido en el aire, como humo. Eso es innegable.

—Tenemos que esclarecer la situación.

—Sin la ayuda de la policía.

Onda asintió antes de decir:

—El problema es nuestro, no de la justicia.

—Perfecto. El problema es suyo, no de la justicia. Está claro. Lo comprendo —dijo Ushikawa—. Hay algo más que me gustaría preguntarles.

—Adelante.

—¿Cuántas personas en la comunidad saben que el líder ha fallecido?

—Nosotros dos —contestó Onda—. Y dos subordinados míos, que nos ayudaron a trasladar el cadáver. Cinco miembros de la directiva también están enterados. En total, nueve personas. Todavía no se lo han dicho a las tres sacerdotisas, pero tarde o temprano se enterarán; ellas le servían y no podremos ocultárselo durante mucho tiempo. Por otra parte, claro, está usted, señor Ushikawa.

—Así pues, trece personas.

Onda no dijo nada.

Ushikawa soltó un hondo suspiro.

—¿Puedo serles franco?

—Por supuesto —dijo Onda.

—Ahora ya es demasiado tarde, pero, en mi opinión, tendrían que haber informado de todo en el instante en que supieron que el líder había muerto. Esa muerte debió hacerse pública. Es imposible ocultar algo así por mucho tiempo. Cuando más de diez personas conocen un secreto, éste deja de serlo. No me extrañaría que en breve eso les planteara muchos problemas.

El rapado no se alteró.

—Eso no es asunto mío. Yo no juzgo ni decido, sólo cumplo órdenes.

—Entonces, ¿a quién demonios le corresponde decidir y juzgar?

No hubo respuesta.

—¿A la persona que sustituye al líder?

Onda guardó silencio.

—Está bien —se resignó Ushikawa—. Siguiendo las instrucciones de sus superiores, se han desembarazado en secreto del cadáver del líder. En su organización, las órdenes de los superiores son irrevocables. Pero desde un punto

de vista jurídico, se trata claramente de una inhumación ilegal. Un delito bastante grave. Imagino que ya lo saben, ¿no?

Onda asintió.

Ushikawa volvió a suspirar.

—Como les he dicho antes, si tienen que vérselas con la justicia, recuerden que yo no sé nada del fallecimiento del líder. No me haría ninguna gracia que me condenaran a…

—Usted no sabe nada de la muerte del líder. Simplemente ha sido contratado como investigador para averiguar el paradero de Aomame. No está infringiendo la ley.

—Perfecto. Yo no sé nada —dijo Ushikawa.

—Si por nosotros hubiera sido, no habríamos revelado ese asesinato a alguien como usted, ajeno a la comunidad, pero fue usted, señor Ushikawa, quien investigó si Aomame era digna de confianza para trabajar para el líder; usted ha estado implicado en este asunto *desde el principio*. Necesitamos su ayuda para encontrarla. Y tendrá que ser discreto.

—Saber guardar secretos es uno de los principios más básicos de mi profesión. No se preocupen. Mi boca está sellada.

—Si el secreto trascendiera y nos enteráramos de que lo ha difundido usted, podría ocurrirle una desgracia.

Ushikawa dirigió la mirada hacia el escritorio, observó sus diez dedos rollizos y, de nuevo, se sorprendió al descubrir que aquéllos eran sus propios dedos. Después irguió la cabeza y repitió:

—Una desgracia.

Onda entornó levemente los ojos.

—Pase lo que pase, tenemos que ocultar la muerte del líder. Y para ello no dudaremos en tomar las medidas que sean necesarias.

—Guardaré el secreto, pueden estar tranquilos —dijo Ushikawa—. Hasta ahora nuestra colaboración ha dado buenos frutos. Me han encargado tareas que ustedes no hubieran podido realizar abiertamente. A veces ha sido duro, pero me han pagado bien. Seré una tumba, se lo aseguro. Aunque no soy creyente, le estoy muy agradecido a su difunto líder, así que no pararé hasta encontrar a Aomame. Pondré todo de mi parte para averiguar lo ocurrido. Además, he empezado ya a indagar, y con éxito, así que tengan paciencia y esperen. Dentro de poco les ofreceré buenas noticias.

Onda cambió ligeramente de posición. El de la coleta, junto a la puerta,

desplazó el punto de equilibrio de una pierna a la otra como en respuesta a su compañero.

—¿Eso es todo lo que ha podido averiguar hasta ahora? —preguntó Onda.

Ushikawa reflexionó.

—Como les he dicho —dijo—, Aomame telefoneó dos veces al departamento de tráfico de la comisaría de Shinjuku. También recibió alguna llamada desde ese departamento, todavía no sé de quién. Dado que era una comisaría, comprendí que si les preguntaba directamente no me dirían nada. Pero algo empezó a rondar por esta cabeza mía, tan poco agraciada ella: había algo que me sonaba, algo relacionado con ese departamento. Le di muchas vueltas. ¿Qué podía ser? Había algo prendido en un rincón de mi patética memoria. Me llevó bastante tiempo recordarlo. ¡Uno ya no es tan joven! Y con el paso de los años, los cajones de la memoria no abren tan bien. Y eso que antes me acordaba de todo al instante… El caso es que, hace una semana, por fin di con ello. —Ushikawa calló, esbozó una sonrisa teatral y se quedó mirando al rapado, que aguardó con paciencia a que continuara—. En el mes de agosto, una joven agente del departamento de tráfico de la comisaría de Shinjuku apareció estrangulada en un *love hotel* de la zona de Maruyama, en Shibuya. La encontraron desnuda y con unas esposas policiales puestas. Fue un escándalo, por supuesto. Además, las llamadas que Aomame mantuvo con alguien de ese departamento se realizaron unos meses antes de ese suceso. A partir de ese momento no hubo más llamadas. ¿Qué me dicen? ¿No les parecen demasiadas coincidencias?

Tras unos instantes de silencio, Onda habló:

—Es decir, que tal vez Aomame mantenía contacto con esa agente asesinada.

—La agente se llamaba Ayumi Nakano. Veintiséis años de edad. Una chica bastante guapa. Pertenecía a una familia de policías; su padre y su hermano también son agentes. Al parecer, ella pasó las pruebas de admisión en el cuerpo con muy buenas puntuaciones. Por supuesto, la policía está empleándose a fondo, pero aún no ha dado con el asesino. Espero que no les parezca mal lo que voy a preguntarles, pero ¿saben algo de este caso?

Onda clavó en Ushikawa una mirada dura y fría, como recién extraída de un glaciar.

—No entiendo lo que quiere decir —dijo—. ¿Acaso cree que hemos tenido algo que ver con eso, señor Ushikawa? ¿Que uno de los nuestros llevó a la agente a ese hotel de mala muerte, le puso unas esposas y la estranguló?

Ushikawa frunció los labios y negó con la cabeza.

—No, no. ¡De ningún modo! Ni se me había pasado por la cabeza. Sólo le pregunto si saben algo. Lo que sea. El más pequeño detalle podría serme de mucha utilidad. Por más que me devano los sesos, no consigo relacionar la muerte de la agente en el *love hotel* de Shibuya con el asesinato del líder.

Onda observó a Ushikawa durante unos instantes como si estuviera tomándole medidas. Luego liberó lentamente un suspiro contenido.

—Está bien. Hablaremos con nuestros superiores —dijo. Sacó un cuaderno e hizo en él algunas anotaciones—. Ayumi Nakano. Veintiséis años. Departamento de tráfico de la comisaría de Shinjuku. Posiblemente relacionada con Aomame.

—Eso es.

—¿Algo más?

—Me gustaría preguntarles otra cosa. Alguien de la comunidad debió de mencionar por primera vez el nombre de Aomame. Quizás alguien les dijo que en Tokio había una instructora deportiva experta en estiramientos musculares. Entonces, como usted mismo me ha recordado, yo me encargué de investigarla. No pretendo justificarme, pero lo hice con la minuciosidad y la entrega de siempre. Sin embargo, no encontré nada raro, nada fuera de lo común. Estaba limpia. Y ustedes la llamaron para que acudiera a la suite del Hotel Okura. El resto ya lo conocen. ¿Quién la recomendó?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —se sorprendió Ushikawa. Parecía un niño que no entendiera lo que acababan de decirle—. ¿Alguien propuso el nombre de Aomame en la comunidad pero ahora nadie recuerda quién fue? ¿Es eso lo que me quiere decir?

—Sí —respondió Onda sin inmutarse.

—¡Qué extraño! —dijo Ushikawa, perplejo.

Onda guardó silencio.

—No me lo explico. En un momento dado surge su nombre y el asunto avanza sin más. ¿Fue así?

—A decir verdad, fue el líder el que apoyó con más entusiasmo la idea de contratarla —dijo Onda midiendo cuidadosamente sus palabras—. Entre la directiva había quien opinaba que podría ser peligroso que una desconocida manipulara el cuerpo del líder. Nosotros, como escoltas, tampoco lo veíamos con buenos ojos. Pero a él no le importó. Al contrario, insistió en ello.

Ushikawa volvió a coger el mechero, abrió la tapa y lo encendió para

probarlo. Lo cerró al momento.

—Creía que el líder era un hombre extremadamente prudente… —comentó.

—En efecto. Muy cuidadoso y prudente.

Se hizo un profundo silencio.

—Otra pregunta —dijo Ushikawa—. Esta vez, sobre Tengo Kawana. Mantenía una relación con una mujer casada mayor que él, Kyōko Yasuda. Una vez por semana, ella iba al piso de él y pasaban unas horas juntos. Bueno, Tengo es joven y, ya saben, esas cosas ocurren… El caso es que, de repente, un buen día, el marido llamó a Tengo para comunicarle que ella ya nunca volvería a visitarlo. Y tras decir eso, colgó.

Onda frunció el ceño.

—No entiendo adónde quiere llegar. ¿Acaso Tengo Kawana está relacionado con el asunto que nos ha traído aquí?

—Bueno, yo no diría tanto. Simplemente, esa cuestión me preocupa desde hace algún tiempo. Sea como sea, lo lógico habría sido que ella lo hubiera llamado al menos una última vez; era una relación bastante seria. No obstante, de pronto, Kyōko Yasuda desapareció. Sin dejar rastro. La verdad es que a mí me escama, y tal vez ustedes sepan algo al respecto.

—Yo, al menos, no tenía ninguna noticia de esa mujer —dijo Onda con voz monótona—. Kyōko Yasuda. Mantenía una relación con Tengo Kawana.

—Es una mujer casada diez años mayor que él.

Onda anotó los datos en el cuaderno.

—También informaremos de esto a nuestros superiores.

—Bien —dijo Ushikawa—. Por cierto, ¿se sabe algo del paradero de Eriko Fukada?

Onda alzó la cabeza y observó a Ushikawa como quien mira un marco torcido.

—¿Por qué íbamos nosotros a saber algo de Eriko Fukada?

—¿No les interesa saber dónde está?

Onda sacudió la cabeza.

—Adonde vaya o dónde esté no es asunto nuestro. Puede hacer lo que le venga en gana.

—¿Tampoco Tengo Kawana les interesa?

—No tiene nada que ver con nosotros.

—Pues durante algún tiempo sí parecían interesarles esos dos… —dijo Ushikawa.

Onda entornó los ojos.

—Ahora mismo, *nuestro* interés se centra en Aomame.

—¿Su interés cambia siempre de manera tan repentina?

Onda modificó ligeramente el ángulo de sus labios.

No hubo respuesta.

—Señor Onda, ¿ha leído usted *La crisálida de aire*, la novela que escribió Eriko Fukada?

—No. En la comunidad está prohibido leer cualquier libro ajeno a la doctrina. Ni siquiera se permite poseerlos.

—¿Ha oído hablar de la Little People?

—No —contestó Onda de inmediato.

—De acuerdo —dijo Ushikawa.

La conversación terminó allí. Onda se levantó lentamente de la silla y se ajustó el cuello de la chaqueta. El de la coleta se alejó de la pared y dio un paso hacia delante.

—Señor Ushikawa, como ya le he dicho, en este asunto el tiempo es un factor crucial —dijo Onda mirando a Ushikawa, que seguía sentado—. Tenemos que localizar a Aomame cuanto antes. Nosotros haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero usted debe hacer lo mismo por su lado. Si no la encontramos, los tres podríamos vernos en un aprieto. Al fin y al cabo, es usted una de las pocas personas que conocen ese importante secreto.

—Los conocimientos importantes conllevan importantes responsabilidades.

—En efecto —dijo Onda en un tono desprovisto de la menor emoción.

Luego se dio la vuelta y salió sin mirar atrás. El de la coleta le imitó y cerró la puerta sin hacer ruido.

Una vez que los dos se retiraron, Ushikawa abrió un cajón del escritorio y apagó una grabadora. Levantó la tapa del aparato, extrajo la cinta y, con un bolígrafo, anotó la fecha y la hora en la etiqueta. En contraste con su desagradable apariencia, lo cierto era que tenía una bonita caligrafía. Después sacó la cajetilla de Seven Stars del cajón, se llevó un cigarrillo a la boca y lo encendió con el mechero. Le dio una honda calada y expulsó el humo hacia el techo. Y, con la cara alzada, permaneció un rato con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos, miró la hora en el reloj de pared. Las agujas marcaban las dos y media. «¡Qué tíos tan siniestros!», pensó de nuevo.

«*Si no la encontramos, los tres podríamos vernos en un aprieto*», había dicho el rapado.

Ushikawa había visitado la sede de Vanguardia en las montañas de Yamanashi en dos ocasiones y había visto el gigantesco incinerador instalado en medio del bosquecillo situado en la parte de atrás. Lo utilizaban para quemar basura y desperdicios, pero alcanzaba temperaturas tan elevadas que, si arrojaran en él un cadáver, no quedaría el menor rastro. De hecho, él sabía que se habían desembarazado de ese modo de varios cadáveres. A buen seguro, el del líder había sido uno de ellos. Ushikawa, claro está, no quería correr la misma suerte. Si tuviera que morir, preferiría una muerte un poco más tranquila.

Ushikawa, por supuesto, se había guardado algún dato para sí. Mostrar todas las cartas no era su estilo. Destapaba unas pocas, pero la mayoría las dejaba boca abajo. Además, siempre había que cubrirse las espaldas. Por ejemplo, grabando una conversación comprometida. Ushikawa conocía a la perfección las reglas del juego. Tenía más experiencia que unos jóvenes guardaespaldas.

Había averiguado la identidad de las personas a las que Aomame entrenaba personalmente. Sin escatimar esfuerzos y echando mano de ciertos conocimientos, se podía conseguir cualquier información. Sabía que daba clases a doce clientes particulares. Ocho mujeres y cuatro hombres, todos ellos de buena posición social y económica. Era poco verosímil que estuvieran dispuestos a echarle una mano a una asesina, pero curiosamente uno de ellos, una mujer de unos setenta años, poseía una casa de acogida para mujeres maltratadas. Recogía a esas mujeres que, tras verse obligadas a abandonar su hogar, se encontraban en una situación desfavorecida, y les daba alojamiento en un edificio de dos pisos colindante con la amplia mansión en la que ella vivía.

Una iniciativa respetable y en absoluto sospechosa. Pero, en un rincón lejano de la conciencia de Ushikawa, algo le daba patadas. Y cuando algo le daba patadas en un rincón lejano de la conciencia, Ushikawa intentaba averiguar qué era. Su olfato era casi tan agudo como el de un animal y había decidido confiar en su instinto; no en vano éste le había salvado la vida en varias ocasiones. Y su instinto le decía que, probablemente, «violencia» era la palabra clave. «La anciana está concienciada frente a *algo violento* y por eso protege a las víctimas».

Ushikawa había ido a ver la casa de acogida. El edificio, de madera, se erigía en un terreno en pendiente y de alto valor en el barrio de Azabu. Pese a ser un edificio viejo, era distinguido, elegante. Mirando entre las rejas de la cancela,

divisó unos bonitos arriates frente a la entrada y un jardín cubierto de césped sobre el que un gran roble proyectaba su sombra. La puerta de la entrada tenía un pequeño vidrio traslúcido. En los últimos tiempos apenas construían casas como ésa.

No obstante, en contraste con la placidez que emanaba del edificio, las medidas de seguridad eran demasiado estrictas. Los muros eran altos, coronados por alambre de espino. Una recia cancela de hierro cerraba el recinto, y un pastor alemán ladraba furioso en cuanto alguien se acercaba. Vio también varias cámaras de vigilancia. Como por la calle pasaban pocos transeúntes, no había podido quedarse mucho tiempo; habría llamado la atención. Era una zona residencial apacible, con unas cuantas embajadas en los aledaños. Si un hombre de aspecto tan sospechoso como el de Ushikawa merodease largo rato por la zona, alguien habría acabado por fijarse en él.

Las medidas de protección se le antojaron excesivas, por más que se tratara de un refugio para mujeres maltratadas. «Debo averiguar todo lo relacionado con esta casa de acogida», pensó Ushikawa. «Por mucha vigilancia que haya, tengo que forzar la puerta. Al contrario, cuanta más vigilancia haya, más necesario será entrar. Debo idear un buen plan, devanarme los sesos…».

Luego recordó su conversación con Onda sobre la Little People.

«¿Ha oído hablar de la Little People?».

«No».

Había contestado demasiado rápido. Si no hubiera oído hablar jamás de eso, habría tardado unos instantes en contestar. «¿La Little People?». Primero habría dejado que esas palabras resonaran en su mente y luego habría dado una respuesta. Así habría reaccionado cualquiera.

Aquel hombre había oído antes las palabras «Little People». Tal vez ignorara qué era, pero, definitivamente, no era la primera vez que lo oía.

Ushikawa apagó el cigarrillo, que se había consumido. Tras abandonarse de nuevo a sus pensamientos, sacó otro cigarrillo y lo encendió. Hacía tiempo que había decidido no atormentarse por la posibilidad de contraer cáncer de pulmón. Necesitaba la ayuda de la nicotina para concentrarse. Dado lo poco que le importaba lo que pudiera ocurrirle en los próximos días, ¿por qué iba a preocuparse de cómo estaría su salud dentro de quince años?

Mientras se fumaba el tercer Seven Stars, Ushikawa tuvo una idea. «Quizás eso funcione», pensó.

2
AOMAME

Vivo en completa soledad, pero no me siento sola

Cuando oscureció, se sentó en la silla del balcón y se puso a observar el pequeño parque infantil situado al otro lado de la calle. Aquello se había convertido en la tarea más importante de cada jornada y en el pilar de su vida. Todos los días, hiciera buen tiempo, estuviera nublado o lloviera, vigilaba sin descanso. Llegado el mes de octubre, el aire se fue volviendo más fresco. En las noches frías, se abrigaba con varias capas de ropa, se echaba encima una mantita y bebía chocolate caliente. Hasta las diez y media observaba el tobogán; después, entraba en calor con un largo baño, se metía en la cama y dormía.

Cabía la posibilidad, por supuesto, de que Tengo acudiera de día, a plena luz. Pero estaba segura de que no sería así. Si se dejase ver por allí, lo haría al anochecer, cuando la farola estuviera encendida y la Luna brillase nítida en el cielo. Aomame se tomaba una cena frugal, se vestía, para poder salir corriendo en caso de que fuera necesario, se peinaba y, sentada en la silla de jardín, clavaba la mirada en el tobogán del parque. Tenía siempre al alcance de la mano la pistola y los pequeños prismáticos Nikon. No bebía más que chocolate caliente, por miedo a que Tengo apareciese cuando estuviera en el baño.

Montaba guardia sin tregua. Miraba exclusivamente el parque, prestando atención a los ruidos de la calle, y no leía ni escuchaba música. Apenas cambiaba de postura. A veces, si la noche estaba despejada, erguía la cabeza, miraba al cielo y comprobaba que todavía pendían dos lunas. Luego volvía de nuevo la vista al parque. Aomame vigilaba el parque y las lunas la vigilaban a ella.

Pero Tengo no aparecía.

Pocas personas iban al parque a aquellas horas. De vez en cuando aparecía alguna pareja de jóvenes. Se sentaban en un banco, se tomaban de la mano y se daban besitos nerviosos, como parejas de avecillas. Sin embargo, el parque era pequeño y estaba demasiado iluminado. Al cabo de un rato, intranquilos, acababan marchándose a otra parte. También había quien se acercaba con intención de utilizar los aseos públicos, pero al ver que estaban cerrados con candado daba media vuelta decepcionado (o quizá cabreado). Otras veces se veían oficinistas que regresaban a casa, después de haber bebido con los compañeros, y que se sentaban en un banco y permanecían quietos con la cabeza gacha. Tal vez esperaban a que se les pasara la borrachera, o quizá no les apetecía volver a casa de inmediato. En ocasiones, ancianos solitarios paseaban a su perro. Perros y amos parecían igual de taciturnos y de desesperanzados.

No obstante, de noche, la mayor parte del tiempo el parque estaba vacío. Ni siquiera había gatos que lo cruzaran. La luz impersonal de la farola iluminaba el columpio, el tobogán, el cajón de arena y los aseos públicos cerrados. Al observar aquella imagen durante largo rato, Aomame a veces tenía la impresión de haberse quedado sola en un planeta inhabitado. Como aquella película sobre un mundo tras una devastadora guerra nuclear. ¿Cómo se titulaba? *La hora final*.

A pesar de todo, Aomame, muy concentrada, seguía vigilando. Como el marinero que desde lo alto del mástil acecha un banco de peces o la sombra funesta de un periscopio en el ancho mar. Sólo que las pupilas atentas de Aomame acechaban a Tengo Kawana.

Quizá, quién sabe, Tengo vivía en otro barrio y aquel anochecer había pasado por allí por pura casualidad. En ese caso, la probabilidad de que volviera a pisar el parque era prácticamente nula. Pero Aomame no lo creía así. Por cómo iba vestido, y por su actitud cuando se había sentado en lo alto del tobogán, Aomame intuía que había salido a dar un paseo sin alejarse demasiado de su casa. Entonces se había acercado al parque y había subido al tobogán. Tal vez para admirar la Luna. Por lo tanto, su casa no debía de encontrarse muy lejos de allí.

En el barrio de Kōenji no era sencillo encontrar un lugar desde el que se avistara la Luna. Casi todo el terreno era llano y apenas había edificios elevados a los que subir. El tobogán de un parque no era mal sitio para contemplarla. Era

tranquilo y nadie lo molestaría. Si le apetecía ver la Luna, volvería allí. Eso se decía esa noche Aomame.

Pero, al instante siguiente, se le ocurrió que quizá las cosas no saldrían como ella quería. Quizás había encontrado un lugar mejor desde el que contemplar la Luna, como la azotea de algún edificio.

Aomame sacudió la cabeza con firmeza. «No debo darle tantas vueltas. No tengo más opción que esperarlo y confiar en que regrese en algún momento. No puedo alejarme de aquí, porque este parque es, en estos momentos, el único vínculo que existe entre nosotros dos».

Aomame no había apretado el gatillo.

Era a principios de septiembre. Estaba en el espacio de estacionamiento de emergencia de la Ruta 3 de la autopista metropolitana de Tokio, en pleno atasco, bañada por el cegador sol matinal, con el cañón negro de la Heckler & Koch metido en la boca. Vestía un traje de Junko Shimada y calzaba unos zapatos de tacón de Charles Jourdan.

La gente que iba en los coches cercanos la miraba sin comprender en absoluto lo que ocurría. Una mujer de mediana edad en un Mercedes-Benz Coupé plateado. Bronceados conductores de camiones cargados de mercancías que la contemplaban desde lo alto de sus asientos. Delante de sus ojos, Aomame pretendía volarse la tapa de los sesos con una bala de nueve milímetros. La única manera de desaparecer de 1Q84 era quitándose la vida. A cambio, le salvaría la vida a Tengo. Al menos eso le había prometido el líder. Éste se lo había jurado y luego había exigido su propia muerte.

A Aomame no le apenaba tener que morir. «Todo debió de decidirse en el momento en que fui arrastrada a 1Q84. Yo sólo sigo el guión. ¿Qué sentido tiene seguir viviendo sola en un mundo carente de lógica, un mundo con dos lunas de diferente tamaño y donde esa Little People gobierna el destino de todos?».

Con todo, al final no apretó el gatillo. En el último segundo, aflojó el índice de la mano derecha y se sacó el cañón de la pistola de la boca. Entonces inspiró profundamente, se llenó de aire los pulmones y luego lo expulsó, como quien emerge de las profundidades marinas. Parecía querer renovar todo el aire contenido en su cuerpo.

Una voz lejana la había disuadido de matarse. Cuando ocurrió, Aomame estaba inmersa en el silencio. Desde el instante en que presionó el gatillo, todo el

ruido que la rodeaba se apagó. La envolvió una honda calma, como si se hallara en el fondo de una piscina. En medio de esa calma, la muerte no era algo oscuro ni temible. Era algo natural, evidente; igual que el líquido amniótico para un feto. «No es tan malo», pensó Aomame. Incluso casi sonrió. Entonces oyó la voz.

La voz parecía provenir de un lugar y un tiempo distantes. No lograba identificarla. Llegaba hasta ella después de doblar muchas esquinas, y había perdido su tono y su timbre originales. Sólo quedaba un eco vacío desprovisto de significado. Aun así, Aomame percibió en ese eco un calor añorado. Le pareció que la voz la llamaba por su nombre.

Aflojó el dedo en el gatillo, entrecerró los ojos y prestó atención, intentando entender lo que le decía. Pero lo que oyó a duras penas, o lo que creyó oír, fue únicamente su nombre. Después sólo se escuchó el silbido del viento al atravesar una cavidad. Al poco, la voz se alejó, perdió ya todo su significado y quedó absorbida por el silencio. El vacío que la rodeaba se desvaneció y, de golpe, como si hubieran quitado un tapón, volvieron los ruidos. Cuando se dio cuenta, la determinación de suicidarse había desaparecido de su interior.

«Tal vez vuelva a encontrarme con Tengo en el parquecillo. Después ya habrá tiempo para morir. Volveré a apostar por esa oportunidad. Vivir —y no morir— significa que quizá vuelva a verlo. *Quiero vivir*», decidió con todas sus fuerzas. Era un extraño impulso. ¿Había experimentado en alguna otra ocasión algo así?

Bajó el martillo percutor, puso el seguro y guardó la pistola en el bolso. Entonces se enderezó, se puso las gafas de sol, caminó en sentido contrario al del tráfico y se dirigió al taxi que la había llevado hasta allí. La gente observaba en silencio cómo, con los zapatos de tacón, caminaba a zancadas por la autopista. No tuvo que andar mucho. El taxi, que atrapado en el denso atasco avanzaba a paso de tortuga, se encontraba a poca distancia.

Aomame dio unos golpecitos en la ventanilla del conductor y el taxista la bajó.

—¿Podrías llevarme otra vez?

El conductor titubeó:

—Oiga, eso que se estaba metiendo en la boca parecía… una pistola…

—Eso es.

—¿Era de verdad?

—¡Qué va! —exclamó Aomame frunciendo los labios.

El taxista abrió la puerta y Aomame subió. Tras descolgarse el bolso del hombro y dejarlo a su lado en el asiento, se limpió la boca con un pañuelo. Aún notaba el sabor del metal y del lubrificante.

—¿Qué? ¿Había escaleras de emergencia? —preguntó el taxista.

Aomame negó con la cabeza.

—Ya decía yo. Nunca he oído hablar de que hubiera escaleras de emergencia por esta zona —dijo el taxista—. Entonces, ¿la dejo en la salida de Ikejiri, como me había dicho al principio?

—Sí, ahí está bien —contestó ella.

El conductor abrió la ventanilla, sacó el brazo y se pasó al carril de la derecha, delante de un gran autobús. El taxímetro marcaba la misma cantidad que mostraba cuando ella se había apeado.

Aomame apoyó la espalda en el asiento y, respirando con calma, observó el familiar cartel publicitario de Esso. El tigre la miraba de perfil, sonriente, con la manguera en la mano. «Ponga un tigre en su automóvil», rezaba.

—Ponga un tigre en su automóvil —murmuró Aomame.

—¿Qué dice? —preguntó el taxista mirándola por el espejo retrovisor.

—Nada. Hablaba conmigo misma.

«Voy a vivir un poco más aquí y ver qué sucede. La muerte siempre puede esperar. Quizás».

Al día siguiente de que abandonara la idea del suicidio, cuando Tamaru la llamó, ella le comunicó su cambio de planes.

—He decidido que no voy a moverme de aquí. No me cambiaré de nombre ni me haré la cirugía estética.

Al otro lado de la línea, Tamaru se quedó callado. Necesitaba reordenar en su mente algunas teorías.

—En otras palabras, que no quieres mudarte a otro lugar, ¿no?

—Eso es —respondió parcamente Aomame—. Quiero quedarme aquí por un tiempo.

—Ese piso no está pensado para que alguien se esconda durante un periodo largo.

—Mientras no salga del piso, no me encontrarán.

—No deberías subestimarlos. Investigarán a fondo y te seguirán los pasos. Además, quizá no seas la única que corra peligro. Tal vez yo también me vea en

apuros.

—Lo siento muchísimo, de verdad, pero quiero quedarme un poco más.

—*¿Un poco más?* ¿No podrías ser un poco más concreta? —pidió Tamaru.

—Disculpa, pero es lo único que puedo decir.

Tamaru reflexionó. Sin duda había percibido la determinación de Aomame en su voz.

—Yo antepongo mi seguridad y la de *Madame* a todo. O a *casi* todo. Ya lo sabes, ¿no?

—Lo sé.

Tamaru volvió a guardar silencio.

—Está bien —dijo al fin—. Sólo quería evitar malentendidos. Si tanto insistes, será porque hay algún motivo.

—Sí, lo hay —dijo Aomame.

Tamaru carraspeó al otro lado del hilo.

—Como ya sabes, elaboramos un plan y lo dispusimos todo. El plan consistía en llevarte a un lugar apartado y seguro, borrar tus huellas y darte una identidad nueva, utilizando incluso la cirugía estética. Íbamos a convertirte en alguien diferente. No por completo, pero casi. Eso habíamos acordado.

—Sí, lo sé. No tengo nada que objetar al plan. Simplemente, me ha ocurrido algo inesperado y necesito quedarme aquí un poco más.

—No estoy autorizado a darte un sí o un no —dijo Tamaru. A continuación emitió un ruidito que parecía brotar del fondo de la garganta—. Necesito algo de tiempo para darte una respuesta.

—No me moveré de aquí —dijo Aomame.

—De acuerdo —respondió Tamaru, y la llamada se cortó.

A la mañana siguiente, antes de las nueve, el teléfono sonó tres veces, se interrumpió y volvió a sonar. No podía ser otro que Tamaru. Fue al grano, sin saludar siquiera.

—A *Madame* también le inquieta que te quedes demasiado tiempo ahí. No hay suficientes medidas de seguridad. Sólo es un lugar de paso. Los dos creemos que deberías irte a un lugar lejano y seguro cuanto antes. ¿Me entiendes?

—Sí, claro.

—Pero eres una chica serena y prudente. No cometes errores tontos y tienes aplomo. Confiamos en ti.

—Gracias.

—Debe de haber algún motivo para que quieras quedarte ahí «un poco más». Sea cual sea el motivo, no puede ser un mero capricho, así que *Madame* ha decidido satisfacer tu deseo.

Aomame, que escuchaba con atención, no dijo nada.

—Puedes permanecer en el piso todo el tiempo que quieras hasta finales de año. Pero ése es el límite.

—Es decir, que por Año Nuevo tengo que marcharme, ¿no?

—Comprende que hacemos lo posible por respetar tu voluntad.

—De acuerdo —dijo Aomame—. Me quedo escondida este año y luego me marcho a otro sitio.

No estaba siendo sincera. Se quedaría escondida en el piso hasta que lograra encontrarse con Tengo. Pero explicárselo sólo complicaría las cosas. Le habían dado un plazo: hasta finales de año. Ya pensaría luego qué haría.

—Bien —dijo Tamaru—. A partir de ahora, una vez por semana te aprovisionaremos de alimentos y de todo lo que necesites. Los encargados del abastecimiento visitarán el piso cada martes a la una del mediodía. Tienen llave, así que abrirán ellos, pero no pasarán de la cocina; no entrarán en las demás habitaciones. Mientras, tú esperarás en tu dormitorio con la puerta cerrada con pestillo. No te asomes. No les hables. Cuando acaben, saldrán del piso y llamarán al timbre una vez. Entonces ya podrás salir del dormitorio. Si necesitas alguna cosa en especial, dímelo ahora mismo y te lo llevaremos en el próximo abastecimiento.

—Estaría bien que me trajerais algunos aparatos para trabajar la musculatura —pidió Aomame—. Sin ellos apenas puedo hacer ejercicios y estiramientos…

—No podemos conseguirte aparatos como los que hay en los gimnasios, pero sí de esos para el hogar, que no ocupen espacio.

—Me vale cualquier cosa sencilla.

—Una bicicleta estática y material para potenciar la musculatura. ¿Qué te parece?

—Estupendo. Si fuera posible, también querría un bate de sóftbol de metal.

Tamaru permaneció unos segundos en silencio.

—Los bates sirven para muchas cosas —siguió Aomame—. Tener uno a mano me relaja. Para mí es de lo más natural.

—De acuerdo, te lo mandaremos —dijo Tamaru—. Si se te ocurre algo más que puedas necesitar, apúntalo en un papel y déjalo sobre la encimera de la

cocina. Te lo llevaremos en el siguiente suministro.

—Gracias, pero por ahora creo que no necesito más.

—¿Libros, cintas de vídeo…?

—No se me ocurre ningún título, ninguna película en particular.

—¿Qué te parece *En busca del tiempo perdido* de Proust? —sugirió Tamaru —. Si aún no lo has leído, quizás ahora sea un buen momento.

—¿Tú la has leído?

—No. Nunca he estado en la cárcel, y tampoco he tenido que esconderme durante mucho tiempo. Dicen que, si uno no se ve en situaciones como ésa, difícilmente lee *En busca del tiempo perdido*.

—¿Conoces a alguien que lo haya leído entero?

—Bueno, hay personas cercanas a mí que han pasado largas temporadas entre rejas, pero no son la clase de gente a la que le interese Proust.

—Voy a intentarlo. Si tienes los libros, envíamelos con el próximo abastecimiento.

—En realidad, ya los tenía preparados —dijo Tamaru.

El martes, a la una en punto, llegaron los «encargados del abastecimiento». Aomame se metió en el dormitorio, como le habían indicado, cerró la puerta con pestillo y trató de no hacer ruido, ni siquiera al respirar. Se oyó cómo abrían la puerta del piso y entraban varias personas. Aomame desconocía quiénes podían ser los «encargados de abastecimiento». Por el ruido dedujo que eran dos, pero no se oía voz alguna. Introdujeron varios bultos y trajinaron en silencio. Oyó cómo lavaban algunos alimentos bajo el grifo y cómo los guardaban en la nevera. Debían de haber acordado de antemano de qué tareas se encargaría cada uno. Luego oyó cómo desembalaban algo y cómo doblaban las cajas y el papel. También debieron de recoger la basura de la cocina. Aomame no podía bajarla al contenedor, así que alguien tenía que hacerlo por ella.

Trabajaban con agilidad, sin un solo movimiento superfluo. No hacían más trajín del necesario, e incluso amortiguaban el ruido de sus pasos. La operación terminó en unos veinte minutos y luego abrieron la puerta y se marcharon. Oyó cómo cerraban con llave. Tocaron al timbre una vez, a modo de señal. Por si acaso, Aomame esperó quince minutos. Después salió del dormitorio, comprobó que no había nadie y le echó el pasador a la puerta.

La enorme nevera estaba repleta de alimentos; había más que de sobra para

una semana. Esta vez, la mayoría no eran platos precocinados, para calentar en el microondas y comer al instante, sino alimentos frescos: frutas y verduras variadas; carne y pescado; tofu, algas *wakame* y *natt*ō[23]; leche, queso y zumo de naranja; una docena de huevos. Le habían quitado los envoltorios a todo, para evitar producir demasiada basura, y lo habían envuelto con destreza en film transparente. Los encargados tenían una idea bastante precisa de los alimentos que ella necesitaba para cada día. ¿Cómo lo sabrían?

Junto a la ventana habían instalado una bicicleta estática. Era pequeña, pero de buena marca. La pantalla registraba la velocidad, la distancia recorrida y el consumo calórico; controlaba, asimismo, las revoluciones por minuto y el número de pulsaciones. Había también un aparato con forma de banco para trabajar abdominales, tríceps y deltoides. Era fácil de montar y de desmontar. Aomame sabía bien cómo utilizarlo. Era un modelo nuevo, y su mecanismo, aunque sencillo, era muy efectivo. Con esos dos aparatos no tendría problemas para mantenerse en forma.

También habían dejado un bate metálico guardado en una funda. Aomame lo sacó de la funda y lo blandió varias veces. El bate, completamente nuevo y de brillo plateado, cortaba el aire con un silbido. El familiar peso del bate la relajó. Al notarlo entre sus manos evocó su adolescencia, los momentos pasados con Tamaki Ōtsuka.

Sobre la mesa se apilaban los volúmenes de *En busca del tiempo perdido*. No eran nuevos, pero tampoco estaban ajados; nadie parecía haberlos leído. De los siete, cogió uno y lo hojeó. También le habían dejado revistas, algunas semanales y otras mensuales. Había cinco cintas de vídeo nuevas, todavía con su precinto. No sabía quién las había elegido, pero eran películas recientes que ella no había visto. No solía ir al cine, por lo que tenía siempre muchas películas por ver.

En una gran bolsa de papel de un centro comercial había tres jerséis nuevos, recién comprados, cada uno de distinto grosor. Dos camisas gruesas de franela y cuatro camisetas de manga larga. Todas eran lisas y de líneas simples. Eran de su talla. También había medias y calcetines gruesos. Si se quedaba allí hasta diciembre, los necesitaría. La habían equipado perfectamente.

Llevó la ropa al dormitorio y la guardó en los cajones o la colgó de las perchas del armario. Luego regresó a la cocina y, mientras se tomaba un café,

oyó sonar el teléfono. Primero tres veces, luego se cortó y de nuevo volvió a sonar.

—¿Te ha llegado todo? —preguntó Tamaru.

—Sí, muchas gracias. Creo que han traído todo lo que necesito. Los aparatos para hacer ejercicio me irán muy bien. Ahora sólo me falta sumergirme en Proust.

—Si ves que nos hemos olvidado de algo, dímelo sin miedo.

—De acuerdo —dijo Aomame—. Pero me costará encontrar algo que os hayáis olvidado…

Tamaru carraspeó.

—Aunque quizás esté de más, ¿te importa que te dé un consejo?

—Claro que no.

—No es fácil vivir sola y encerrada en un espacio reducido durante largo tiempo, sin ver a nadie. Cualquier persona, por fuerte que sea, acabaría rindiéndose. Sobre todo si alguien va tras sus pasos.

—Tampoco es que haya vivido en espacios muy amplios hasta ahora…

—Eso, seguramente, es una ventaja. Aun así, deberías tener cuidado. En una situación de tensión prolongada, los nervios, sin que uno se dé cuenta, acaban por convertirse en una especie de goma flácida. Y entonces es difícil devolverlos a su estado original.

—Tendré cuidado —dijo Aomame.

—Eres una chica muy prudente, y también práctica y sufrida. Y cautelosa. Pero cuando alguien pierde la concentración, por muy cautelosa que sea, comete algún error. La soledad se convierte en un ácido que te corroe.

—Yo no me siento sola —confesó Aomame. Se lo confesaba a Tamaru, pero también, en parte, a sí misma—. Vivo en completa soledad, pero no me siento sola.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio. Tamaru debía de estar considerando la diferencia entre vivir en soledad y sentirse solo.

—De todos modos, en adelante intentaré ser más precavida. Gracias por el consejo —añadió Aomame.

—Quiero que sepas que cuentas con todo nuestro apoyo. Pero si te vieras en alguna situación de emergencia, ahora no puedo imaginar exactamente cuál, quizá tengas que enfrentarte a ella tú sola. Por más que yo corriera, quizá no llegaría a tiempo. O a lo mejor ni siquiera podría ir a socorrerte. Por ejemplo, si juzgásemos que inmiscuirnos en tus asuntos fuera poco recomendable.

—Lo sé. Estoy aquí porque quiero, de modo que tendré que protegerme a mí misma. Con el bate y *eso que me has conseguido*.

—Este mundo es jodido.

—Porque allí donde hay una esperanza, siempre hay una prueba —dijo Aomame.

Tamaru volvió a quedarse callado. Luego dijo:

—¿Has oído hablar de la prueba final que debía pasar un interrogador de la policía secreta de Stalin?

—No.

—Lo metían en una sala cuadrada. En la sala sólo había una pequeña silla de madera, sencilla, normal y corriente. Entonces un superior le ordenaba: «Consigue que la silla confiese y redacte el acta de su confesión. Hasta que lo logres, no darás un paso fuera de esta sala».

—¡Qué historia más surrealista!

—No, no es en absoluto surrealista. Es una anécdota verídica, muy real. Stalin erigió un sistema paranoico, y ese sistema se cobró la vida de unos diez millones de personas, en su mayoría compatriotas suyos. *En realidad*, nosotros vivimos en ese mundo. Deberías grabártelo bien en la cabeza.

—Conoces muchas historias alentadoras.

—Tampoco tantas. Sólo he acumulado algunas; nunca sabes cuándo vas a necesitarlas. No he recibido una educación rigurosa, así que he ido aprendiendo sobre la marcha lo que podía valerme para cada ocasión. *Allí donde hay una esperanza*, *siempre hay una prueba*, como bien has dicho. Eso está claro. Sin embargo, albergamos pocas esperanzas y, en su mayoría, son abstractas, pero pruebas hay a montones, y son bien concretas. Ésa es otra de las cosas que la vida me ha enseñado.

—Y dime, ¿qué clase de confesión podían arrancarle a la silla de madera los aspirantes a interrogadores?

—Ésa es una pregunta sobre la que merece la pena reflexionar —dijo Tamaru—. Como un *kōan*[24] del budismo zen.

—El zen de Stalin —añadió Aomame.

Tras una breve pausa, Tamaru colgó.

Por la tarde, Aomame hizo ejercicio con la bicicleta estática y el aparato en forma de banco. Hacía tiempo que no disfrutaba de una sesión moderada de ejercicio como la que le proporcionaban esos aparatos. Luego, se dio una ducha. Escuchaba la radio mientras se preparaba algo sencillo para comer. Se sentó a ver la edición vespertina del telediario (aunque ninguna noticia atrajo su interés). Después, cuando se puso el sol, salió al balcón y vigiló el parque. Como siempre, cogió la mantita fina, los prismáticos y la pistola. Y ahora también el bate metálico, nuevo y de hermosos destellos.

«Si Tengo no aparece por el parque, tendré que seguir llevando esta vida monótona en el barrio de Kōenji hasta que este enigmático año de 1Q84 llegue a su fin. Cocinaré, haré ejercicio, veré las noticias y leeré la novela de Proust a la espera de que acuda al parque. Esperarlo será el eje de mi vida. Esa delgada línea es lo único que me permite seguir viviendo. Igual que la araña que vi cuando bajé por las escaleras de emergencia de la metropolitana. Aquella diminuta araña negra había extendido su mísera tela en una esquina de la sucia armazón de hierro y se agazapaba allí, al acecho de alguna presa. La telaraña, mecida por el viento que soplaba entre los pilares de la autopista, estaba deshilachada y sucia. Cuando la vi, me dio pena. Sin embargo, ahora me encuentro en una situación parecida a la de la araña.

»Tengo que conseguir un casete con la *Sinfonietta* de Janáček. La necesito para cuando haga ejercicio. Esa música me une con un lugar, un lugar *indeterminado*, no sé cuál. Es como si me condujera hacia algo. Lo añadiré a la lista de provisiones para Tamaru».

Es octubre y ya sólo quedan tres meses de prórroga. Las agujas del reloj avanzan imparables. Instalada en la silla de jardín, Aomame sigue vigilando el tobogán y el parque por el resquicio entre el antepecho de plástico y el barandal. La luz de la farola tiñe de un tono pálido el escenario del pequeño parque infantil. Ese escenario la lleva a pensar en los pasillos desiertos de un acuario cuando llega la noche. Los invisibles peces imaginarios nadan en silencio entre los árboles. No interrumpen sus movimientos mudos. En el cielo se alinean dos lunas que buscan el reconocimiento de Aomame.

—Tengo —susurra Aomame—, ¿dónde estás?

3
TENGO

Todas las bestias iban vestidas

Por las tardes, Tengo acudía a la habitación de su padre, en la clínica; se sentaba al lado de la cama, abría el libro que llevaba consigo y leía en voz alta. Una vez leídas apenas cinco páginas, hacía una pausa y leía otras cinco. Simplemente, le leía lo que él mismo estaba leyendo en ese momento, fueran novelas, biografías o libros sobre ciencias naturales. Lo importante era el hecho de leerle, no lo que le leyera.

Ignoraba si su padre le escuchaba. Mirándole a la cara, no percibía ningún tipo de reacción. El anciano, enjuto y desaliñado, dormía con los ojos cerrados. No se movía, y ni siquiera se le oía respirar. Respiraba, por supuesto, pero era imposible comprobarlo, a menos que uno pegara el oído a su boca o le acercara un espejo para ver si se empañaba. La infusión intravenosa entraba en su cuerpo y el catéter evacuaba su escasa orina. Ese flujo pausado y silencioso era el único indicio de que seguía con vida. De vez en cuando, una enfermera lo afeitaba con una maquinilla eléctrica y le cortaba los pelitos blancos que sobresalían de la nariz y las orejas con unas pequeñas tijeras de puntas romas. También le arreglaba las cejas. El pelo, a pesar de que él estaba en coma, seguía creciéndole. Contemplando a su padre, Tengo había dejado de saber cuál era la diferencia entre la vida y la muerte. ¿Existía realmente una diferencia? ¿No sería, simplemente, que creemos en ella por pura conveniencia?

A las tres, el médico se pasaba por la habitación y le comentaba el estado del enfermo. Sus explicaciones eran breves, y, más o menos, le decía siempre lo mismo: no se apreciaban progresos. Su padre seguía dormido. El tiempo que le quedaba de vida se acortaba paulatinamente. En otras palabras, se acercaba a la muerte con pasos lentos pero firmes. En ese momento no había ningún tratamiento al que aferrarse. Sólo podían dejarle dormir en paz. Eso era lo único que el médico le podía decir.

Al atardecer, acudían dos enfermeros para llevarse a su padre a la sala de análisis. No siempre eran los mismos, pero todos eran igual de callados. No decían ni una palabra, tal vez debido a las grandes mascarillas que llevaban puestas. Uno de ellos parecía extranjero. Era bajo y moreno, y siempre sonreía a Tengo a través de la mascarilla. Sabía que le estaba sonriendo por la expresión de sus ojos. Tengo le devolvía la sonrisa.

Al cabo de media hora, o, a veces, de una hora, el padre regresaba a su habitación. Tengo no sabía qué clase de análisis le realizaban. Cuando se lo llevaban, él bajaba al comedor, se tomaba un té verde templado para matar el tiempo y, a los quince minutos, regresaba a la habitación. Lo hacía con la esperanza de que en aquella cama vacía volviera a aparecer la crisálida de aire y, en su interior, se hallara acostada Aomame, Aomame a los diez años. Pero nunca ocurría. En la habitación en penumbra sólo quedaba el olor a enfermo y el hueco que el cuerpo de su padre había dejado en la cama.

Tengo observaba el paisaje de pie junto a la ventana. Al otro lado del césped se alzaba, envuelto en sombras, el pinar de protección contra el viento, por el que le llegaba el rumor de las olas. Era el oleaje agitado del Pacífico. Resonaba profundo y oscuro, como si numerosos espíritus se congregaran y cada uno de ellos contara en susurros su historia. Y parecían desear que se les unieran otros muchos espíritus. Deseaban muchas más historias que poder contar.

Antes de eso, en octubre, Tengo sólo había visitado dos veces la clínica de Chikura; lo había hecho en sus jornadas de descanso, y regresaba el mismo día. Cogía el expreso muy temprano por la mañana, iba a la clínica, se sentaba junto a la cama de su padre y a veces le hablaba. Sin embargo, no obtenía ninguna respuesta. Su padre dormía profundamente, mirando al techo. Tengo pasaba la mayor parte del tiempo observando el paisaje al otro lado de la ventana. Cuando comenzaba a anochecer, esperaba a que *algo* sucediera. Pero nada sucedía. Sólo se ponía el sol en silencio y la penumbra envolvía la habitación. Al cabo de un rato, resignado, se levantaba y regresaba a Tokio en el último expreso.

«Tal vez deba tener más paciencia y dedicarle más tiempo», pensó en un momento determinado. «Quizá no baste con visitas de un día. Quizá requiera un compromiso más profundo». Así lo sentía, aunque esa idea careciera de fundamento.

Mediado el mes de noviembre, decidió tomarse unas vacaciones. En la

academia explicó que su padre se encontraba en estado crítico y debía ocuparse de él. En sí, no era una mentira. Pidió a un antiguo compañero de la universidad que lo sustituyese. Era una de las pocas personas que de algún modo estaba unida a Tengo a través de un fino hilo de amistad. Desde que habían terminado la carrera, sólo se veían una o dos veces al año, pero se mantenían en contacto. Su amigo tenía una mente prodigiosa y, cuando estudiaban, se había ganado la fama de extravagante en el departamento de matemáticas, donde, por otro lado, abundaban los excéntricos. No obstante, al terminar la carrera no buscó empleo ni se dedicó a la investigación, sino que, cuando le apetecía, enseñaba matemáticas en una academia para estudiantes de secundaria que un conocido suyo dirigía, y el resto del tiempo lo dedicaba a leer un poco de todo, a pescar en las montañas y vivir a su aire. Tengo se había enterado de que su colega era muy competente como profesor. Pero, simplemente, se había hartado de ser competente. Provenía, además, de una familia rica y no necesitaba deslomarse trabajando. Ya en otra ocasión lo había sustituido y había causado buena impresión entre los alumnos de entonces. Cuando Tengo lo llamó y le puso al corriente de la situación, aceptó de inmediato.

También tenía que resolver el problema de qué hacer con respecto a Fukaeri, con la que convivía. Dudaba de si sería apropiado dejar a aquella chica que pertenecía a otro mundo en el piso durante mucho tiempo. Para colmo, ella estaba ocultándose, quería evitar que la vieran. Así que probó a preguntárselo directamente.

—Si me fuera, ¿preferirías quedarte aquí sola o irte a algún otro lugar durante un tiempo?

—Adónde vas —preguntó Fukaeri con mirada seria.

—Al pueblo de los gatos. Mi padre no ha recuperado la conciencia. Lleva un tiempo profundamente dormido. Me han dicho que quizá no le queden muchos días de vida.

Le ocultó que la crisálida de aire había aparecido un atardecer sobre la cama de la habitación en la clínica. Que dentro dormía una Aomame niña. Que esa crisálida de aire era igual, hasta en el menor detalle, a la que se describía en la novela. Y que, en lo más profundo de su ser, albergaba la esperanza de que la crisálida volviera a aparecer ante él.

Fukaeri entornó los ojos, selló sus labios y se quedó mirándolo a la cara, como si intentara leer allí un mensaje escrito en letra menuda.

Casi inconscientemente, Tengo se llevó las manos a la cara, pero no notó que

hubiera nada escrito.

—Vale —dijo Fukaeri al cabo de un rato, y asintió varias veces con la cabeza —. Ahora mismo no corro peligro.

—Ahora mismo no corres peligro —repitió Tengo.

—No te preocupes por mí —insistió ella.

—Te llamaré todos los días.

—No vayas a quedarte atrapado en el pueblo de los gatos.

—Tendré cuidado —dijo él.

Fue al supermercado y compró la suficiente comida para que Fukaeri no tuviera que salir de casa en su ausencia. Todo cosas fáciles de preparar. Tengo sabía perfectamente que a la chica no le gustaba cocinar, y que tampoco se le daba bien. Quería evitar que, un par de semanas más tarde, al regresar a casa, los alimentos frescos de la nevera se hubieran convertido en una masa putrefacta.

Metió ropa y artículos de aseo en un bolso bandolera de lona. Después, unos cuantos libros, folios y material para escribir. Como de costumbre, cogió el expreso en la estación de Tokio, hizo transbordo en Tateyama, donde subió a un tren ómnibus, y se bajó dos estaciones después, en Chikura. Se dirigió a la oficina de turismo, enfrente de la estación, y buscó un *ryokan*[25] en el que alojarse por un precio relativamente módico. Al estar en temporada baja, no le costó encontrar habitación. Era una fonda sencilla ocupada principalmente por gente que había venido a pescar. La habitación, aunque pequeña, estaba limpia y olía a tatamis nuevos. Desde las ventanas de la segunda planta se divisaba el puerto pesquero. El precio por el alojamiento con desayuno era más barato de lo que había previsto.

Le dijo a la dueña del *ryokan* que no sabía cuánto tiempo iba a quedarse, pero que le pagaría por adelantado lo correspondiente a tres días. A la dueña le pareció bien. Le explicó que las puertas se cerraban a las once y le dijo (con otras palabras y con circunloquios) que no podía llevar mujeres a la habitación. Tengo no puso objeción alguna. Tras instalarse en la habitación, llamó a la clínica. Preguntó a la enfermera que se puso al aparato (la misma mujer de mediana edad de siempre) si podía visitar a su padre a las tres de la tarde. Ella le contestó que sí.

—Su padre sigue en coma —añadió.

Así comenzó la estancia de Tengo en «el pueblo de los gatos». Se levantaba temprano, paseaba por la playa, se llegaba hasta el puerto, donde observaba el ir y venir de los pescadores, y luego regresaba al *ryokan* para desayunar. Le ponían todos los días lo mismo: jurel seco y *tamagoyaki*[26], un tomate cortado en cuatro, alga *nori* aderezada, sopa de miso con pequeñas almejas y arroz; sin embargo, todo estaba siempre delicioso. Después de desayunar, se sentaba frente a una mesita, en su habitación, y escribía. Disfrutó de volver a escribir utilizando la pluma estilográfica después de tanto tiempo sin hacerlo. El cambio de aires, trabajar en un lugar desconocido, lejos de su vida ordinaria, tampoco estaban tan mal. Oía el ruido monótono de los motores de los barcos que regresaban al puerto. Le gustaba ese sonido.

Escribía una historia que transcurría en el mundo de las dos lunas, el mundo de la Little People y la crisálida de aire. Lo había tomado prestado de *La crisálida de aire* de Fukaeri, pero ya lo había hecho suyo por completo. Mientras se enfrentaba a los folios en blanco, su mente se hallaba en ese otro mundo. Incluso después de dejar la pluma y apartarse de la mesita, su mente seguía allí. En esos momentos experimentaba una sensación peculiar, como si su cuerpo y su mente estuvieran a punto de separarse, y él se sentía incapaz de discernir dónde terminaba el mundo real y dónde empezaba el mundo imaginario. El protagonista del relato titulado «El pueblo de los gatos», que había leído hacía poco, experimentaba algo muy similar. Era como si, de repente, el centro de gravedad del mundo se hubiera desplazado. Y el protagonista de la historia (quizá) no podía subir nunca al tren que partía del pueblo.

A las once tenía que dejar la habitación libre para que la limpiaran. Llegada esa hora, abandonaba la escritura y caminaba lentamente hasta los alrededores de la estación, entraba en una cafetería y se tomaba un café. Muy de vez en cuando también comía un pequeño sándwich. Luego, cogía el periódico y buscaba con suma atención algún artículo que le concerniese. No obstante, nunca encontraba ninguno. Hacía ya tiempo que *La crisálida de aire* había dejado de aparecer en la lista de *best sellers*. El primer puesto en el ranking lo ocupaba ahora el libro de dietas *Cómo adelgazar comiendo todo lo que se quiera y cuanto se quiera*. Un título fascinante. Probablemente se vendería bien aunque en su interior estuviese en blanco.

Una vez acabado el café y terminado de leer el periódico, Tengo cogía el autobús e iba a la clínica. Solía llegar entre la una y media y las dos de la tarde. En recepción, charlaba un rato con las enfermeras. Como Tengo se había instalado en el pueblo para visitar a su padre todos los días, las enfermeras lo acogían con un poco más de amabilidad y simpatía que a otros. Como una familia que diera la bienvenida a un hijo pródigo.

Había una enfermera joven que, cuando lo veía, sonreía con cierta turbación. Parecía sentirse atraída por él. Era bajita, de ojos grandes y mejillas sonrosadas, y solía recogerse el cabello en una coleta. Tengo calculó que tendría poco más de veinte años. Sin embargo, desde que había visto a la niña durmiendo en el interior de la crisálida de aire, sólo pensaba en Aomame. Las demás chicas no eran más que sombras tenues que pasaban al azar por su lado. Aomame siempre estaba presente en un rincón de su mente. Algo le decía que ella vivía en algún lugar de aquel mundo. Además, estaba convencido de que también ella lo buscaba a él. «Por eso vino a mi encuentro aquel atardecer». Aomame tampoco se había olvidado de él.

Eso en el caso de que lo que había visto no hubiera sido una alucinación.

En ocasiones se acordaba de Kyōko Yasuda, la mujer mayor que él con la que se había visto durante un tiempo. ¿Qué estaría haciendo ahora? El marido le había dicho por teléfono que *ya se había perdido* y que, por lo tanto, no volvería a verse con Tengo. «Se ha perdido». Esas palabras todavía le causaban desasosiego. Sin lugar a dudas, albergaban un eco funesto.

Su presencia, sin embargo, también había ido diluyéndose poco a poco. Las tardes que habían pasado juntos eran sólo, en su memoria, acontecimientos que habían quedado atrás y que ya habían cumplido su función. Eso le remordía la conciencia, pero el centro de gravedad había cambiado de pronto y las agujas de las vías del tren, definitivamente, ya se habían desplazado. Las cosas ya no volverían a ser como antes.

Cuando entraba en la habitación de su padre, se sentaba en un taburete, junto a su cama, y lo saludaba con pocas palabras. Luego le contaba de manera ordenada todo lo que había hecho desde la noche del día anterior hasta ese momento. Naturalmente, no era gran cosa. Regresaba al pueblo en autobús, cenaba algo sencillo en un restaurante, se tomaba una cerveza, regresaba a la

fonda y leía. A las diez se acostaba. Por la mañana daba un paseo, desayunaba y escribía unas dos horas. Siempre hacía lo mismo. Y, sin embargo, cada día se lo describía con detalle a su padre inconsciente. Éste, por supuesto, no reaccionaba. Era como hablar con una pared. Se había convertido en una rutina. Pero tenía la sensación de que era importante repetir cada día lo mismo.

A continuación, Tengo le leía en voz alta el libro que llevaba consigo. No era una lectura que hubiera escogido; simplemente, le leía páginas de lo que él estaba leyendo en ese momento. Si por casualidad hubiera tenido en sus manos el manual de instrucciones de un cortacésped, se lo habría leído. Lo hacía despacio y con una voz lo más clara posible, para que a su padre le resultara fácil de entender. Era lo único que tenía en cuenta.

«Fuera, los relámpagos se intensificaron paulatinamente y, durante un rato, los rayos azules iluminaron la calle, aunque no se oían truenos. Quizá tronase, pero tenía la impresión de que no los oía porque estaba ensimismado. El agua de la lluvia corría por la calle formando arrugas. Parecía que, tras chapotear en el agua, más clientes iban a entrar uno tras otro en el local.

»Como el amigo con el que había acudido no hacía sino mirar a las caras de la gente, me pregunté qué le ocurría, pero siguió sin abrir la boca. El barullo que nos rodeaba y los apretones de los clientes que teníamos sentados al lado y más allá me asfixiaban.

»Oí un ruido extraño, como si alguien hubiera carraspeado o tosido al atragantarse con la comida, pero, bien pensado, el ruido parecía el gruñido de un perro.

»De pronto un rayo pavoroso inundó el edificio con su luz azul e iluminó a los clientes que estaban en la zona sin entarimar del local. Cuando, en el mismo instante, retumbó un trueno que parecía que iba a rasgar el tejado y me levanté asustado, los rostros de los clientes apiñados se volvieron a la vez hacia mí; y no sé si eran caras de perro o de zorro, pero todas las bestias iban vestidas y, entre ellas, había algunas que se relamían el hocico con sus largas lenguas.»[27]

Al llegar a ese punto, observó el rostro de su padre.

—Fin —dijo.

La obra se terminaba ahí. No hubo reacción.

—¿Alguna impresión?

Como cabía esperar, su padre no contestó.

A veces le leía lo que había escrito por la mañana. Tras leerlo, corregía con un bolígrafo las partes que no le convencían y releía los pasajes corregidos. Si aun así no se daba por satisfecho, los revisaba otra vez. Entonces volvía a leerlos.

—Corregidos mejoran mucho —comentó en dirección a su padre, buscando su aprobación.

Pero, naturalmente, éste no manifestó su parecer. No le dijo si, en efecto, mejoraban; si la versión anterior tampoco estaba tan mal o si los cambios realizados no eran muy relevantes. Sus párpados seguían cerrados sobre aquellos ojos hundidos. Como una casa infausta cuyas pesadas persianas estuvieran siempre bajadas.

De vez en cuando, Tengo se levantaba del taburete, se estiraba para desentumecerse y observaba el paisaje por la ventana. Tras unos cuantos días nublados, llovió. La lluvia cayó durante toda la tarde, empapando y oscureciendo el pinar de protección. Ese día no se oía el oleaje. No soplaba viento y la lluvia se precipitaba recta desde el cielo. Una bandada de pájaros negros volaba en medio de la cortina de agua. Los corazones de las aves también estaban húmedos y oscuros. De igual manera, la humedad había entrado en la habitación. Calaba la almohada, el libro, la mesa, todo. Sin embargo, su padre seguía en coma, ajeno al tiempo, a la humedad, al viento o al ruido del oleaje. La parálisis envolvía su cuerpo como una túnica piadosa. Después de tomarse un respiro, Tengo siguió leyendo en voz alta. Era lo único que podía hacer en aquel cuarto húmedo y angosto.

Cuando se hartaba de leer, se quedaba sentado en silencio y observaba cómo su padre dormía. Luego conjeturaba sobre lo que pasaría por su mente. ¿Qué clase de conciencia se ocultaba en aquel tozudo cráneo semejante a un viejo yunque? Quizá ya no quedara nada en su interior. Quizá, como en una casa abandonada, los antiguos inquilinos hubieran desaparecido sin dejar rastro, llevándose todos los enseres. Pese a todo, ciertos recuerdos e impresiones debían de haberse quedado grabados en las paredes y el techo. Lo que se ha cultivado durante largo tiempo no desaparece así como así, tragado por la nada. A lo mejor, mientras permanecía tumbado en aquella sencilla cama de la clínica, su padre, en esa oscura y silenciosa casa abandonada que albergaba en su interior, atesoraba escenas y recuerdos que los demás no veían.

Al cabo de un rato, volvía la enfermera joven de mejillas sonrosadas y, tras dirigirle una sonrisa a Tengo, le tomaba la temperatura al padre y comprobaba cuánto suero quedaba, así como la cantidad de orina recogida. Con un bolígrafo anotaba algunas cifras en una hoja. Sus gestos eran ágiles y mecánicos, como si aplicara las instrucciones de un manual. Mientras seguía sus movimientos con la mirada, Tengo pensaba cómo sería su vida, trabajando en una clínica de un pueblecito en la costa y cuidando a ancianos dementes sin posibilidad de curación. Era una chica joven y sana. Bajo el uniforme blanco almidonado, sus pechos y sus caderas, aunque prietos, eran generosos. En su terso cuello brillaba un fino vello de color dorado. La tarjeta de plástico que llevaba en el pecho ponía «Adachi».

Tengo sabía que era una enfermera muy trabajadora y eficiente. De haberlo querido, no le habría sido difícil encontrar trabajo en un centro médico de otra clase, más animado e interesante. ¿Por qué había ido a parar a un lugar tan aislado, en el que reinaban el olvido y el lento camino hacia la muerte? No acababa de entender cuáles podían ser las razones y las circunstancias que la habían llevado allí. Y tenía la impresión de que, si se lo preguntaba, ella le respondería abiertamente. No obstante, prefería no saberlo. Después de todo, Tengo estaba en el «pueblo de los gatos». Y, algún día, tendría que subir al tren que le llevaría al mundo del que procedía.

—No se ha producido ningún cambio. Todo sigue igual.

—O sea, que está estable —dijo Tengo en el tono de voz más alegre que pudo—, siendo positivos.

Ella sonrió, como si lo lamentara, y ladeó ligeramente la cabeza. Luego miró el libro cerrado sobre el regazo de Tengo.

—¿Se lo estás leyendo?

Tengo asintió.

—Sí, aunque no sé si me oye…

—Aun así, me parece muy bien —opinó la enfermera.

—Bien o mal, no sé qué más puedo hacer.

—No todo el mundo hace lo que puede.

—Porque, a diferencia de mí, la mayoría de la gente está demasiado ocupada con sus vidas —contestó Tengo.

La enfermera abrió la boca para decir algo, pero titubeó. Al final no dijo nada. Se volvió hacia el padre inconsciente y luego miró a Tengo.

—Espero que se recupere.

—Gracias —dijo Tengo.

Una vez que la enfermera Adachi se fue, tras una pausa, Tengo retomó la lectura.

Al atardecer, cuando se llevaron al padre a la sala de análisis en la camilla de ruedas, Tengo bajó al comedor, se tomó un té y llamó a Fukaeri desde el teléfono público que había allí.

—¿Alguna novedad? —le preguntó Tengo a la chica.

—Ninguna en particular —contestó ella—. Lo mismo de siempre.

—Tampoco yo tengo nada que contarte. Hago lo mismo cada día.

—Pero el tiempo pasa.

—Cierto —dijo Tengo. El tiempo avanzaba día a día. Y lo que pasa ya nunca puede volver atrás.

—Hace un rato apareció un cuervo —comentó Fukaeri—. Un cuervo grande.

—Ese cuervo viene todas las tardes a nuestra ventana.

—Hace lo mismo cada día.

—Eso es —dijo Tengo—. Igual que yo.

—Pero él no piensa en el tiempo.

—Los cuervos no tienen por qué pensar en el tiempo. Los únicos que poseemos la noción del tiempo debemos de ser los humanos.

—Por qué.

—El ser humano concibe el tiempo como una línea recta. Como si fuera un palo largo y recto en el que tallara muescas. En plan: aquí delante está el futuro, aquí atrás el pasado y ahora nos encontramos en este punto. ¿Lo entiendes?

—Quizás.

—Pero, en realidad, no es una línea recta. Carece de forma, en todos los sentidos. Pero como nosotros somos incapaces de concebir algo sin forma, por conveniencia lo imaginamos como una recta. Los seres humanos somos los únicos que podemos transponer de ese modo los conceptos.

—Pero quizá nos equivocamos.

Tengo reflexionó sobre lo que acababa de oír.

—¿Quieres decir que quizá nos equivocamos al concebir el tiempo como una línea recta?

Fukaeri no respondió.

—Claro, es posible. Puede que nosotros estemos equivocados, y el cuervo tenga razón. Quizás el tiempo no sea en absoluto una línea recta. A lo mejor tiene forma de donut retorcido —siguió Tengo—. Pero el ser humano seguramente lleva miles de años viviendo de esta manera. Es decir, siempre ha actuado bajo la premisa de que el tiempo es una línea recta que se extiende hasta el infinito. Y hasta ahora nunca se ha detectado algo que lo refute o lo contradiga, así que, en base a las leyes empíricas, debe de ser correcto.

—*Las-leyes-empíricas* —dijo Fukaeri.

—Después de someterla a numerosas pruebas, se puede determinar si una premisa es correcta, si funciona o no en la realidad.

Fukaeri permaneció callada. Tengo no sabía si lo había entendido.

—¿Estás ahí? —preguntó para asegurarse de que seguía al aparato.

—Hasta cuándo te vas a quedar —preguntó Fukaeri sin entonación interrogativa.

—¿Que hasta cuándo me voy a quedar en Chikura?

—Sí.

—No lo sé —se sinceró Tengo—. Lo único que puedo decirte es que voy a quedarme mientras sea necesario. Y ahora mismo lo es. Quiero ver cómo evolucionan las cosas durante un tiempo más.

Fukaeri volvió a quedarse callada. Cuando se callaba, todo indicio de su existencia desaparecía.

—¿Estás ahí? —volvió a preguntar Tengo.

—No pierdas el tren —le advirtió Fukaeri.

—Tendré cuidado —dijo Tengo—. No voy a perderlo. ¿Tú estás bien?

—Hace un momento vino alguien.

—¿Quién?

—Una persona de la *ene-hache-ca*.

—¿Un cobrador de la NHK?

—*Cobrador* —preguntó ella sin entonación interrogativa.

—¿Le dijiste algo? —inquirió Tengo.

—No entendí de qué hablaba.

Ni siquiera sabía lo que era la NHK. La chica carecía de ciertos conocimientos generales básicos.

—Como no quiero eternizarme, no te lo puedo explicar con detalle por teléfono, pero básicamente hay una organización muy grande para la que trabajan muchas personas. Van por todas las casas de Japón recaudando el dinero

que hay que pagar cada mes. Pero tú y yo no tenemos que pagar, porque no recibimos ningún servicio. De todas formas, no abriste la puerta, ¿verdad?

—No. Hice como me dijiste.

—Bien.

—Pero dijo: «Sois unos ladrones».

—No te preocupes —dijo Tengo.

—Nosotros no hemos robado nada.

—Claro que no. Tú y yo no hemos hecho nada malo.

Fukaeri se quedó callada al aparato.

—¿Estás ahí? —volvió a preguntar Tengo.

La chica no contestó. Tal vez ya había colgado. Pero no se oyó ningún ruido que lo indicase.

—¿Hola? —dijo Tengo, esta vez un poco más alto.

Fukaeri carraspeó débilmente.

—Esa persona dijo que te conocía.

—¿El recaudador?

—Sí. El de la *ene-hache-ca*.

—Y nos llamó ladrones, ¿no?

—No hablaba de mí.

—¿Hablaba de mí? —preguntó Tengo.

Fukaeri no respondió.

—Sea como sea, en casa no tengo televisión y yo no le he robado nada a la NHK.

—Pues se enfadó porque no le abrí.

—No importa. Si se enfada, allá él. Diga lo que diga, ni se te ocurra abrirle.

—No abriré.

Dicho eso, Fukaeri colgó de repente. Aunque quizá no fue de repente. A lo mejor, para ella colgar el auricular en ese momento era algo lógico y natural. Sin embargo, a oídos de Tengo sonó un tanto brusco. En todo caso, Tengo sabía perfectamente que era inútil conjeturar sobre lo que Fukaeri podía pensar o sentir. Se lo decían las leyes empíricas.

Tengo colgó y regresó a la habitación del padre.

Aún no lo habían devuelto al cuarto. Vio el hueco que su cuerpo había dejado marcado en las sábanas. Sin embargo, tampoco ese día había ninguna crisálida de aire. En la habitación que iba tiñéndose de una penumbra fría, sólo

quedaba un leve vestigio de que alguien había permanecido allí hasta hacía unos minutos.

Suspiró y se sentó en el taburete. Se colocó las manos sobre las rodillas y observó el hueco en las sábanas. Después se levantó, se acercó a la ventana y miró fuera. Una nube de finales de otoño se extendía recta sobre el pinar. Se intuía una hermosa puesta de sol, la primera en largo tiempo.

Tengo no comprendía que el recaudador de la NHK hubiera dicho que «lo conocía» a él. Ya hacía un año que no venía. La última vez, Tengo le había explicado amablemente que no veía la tele; ni siquiera tenía televisor. Aunque el recaudador no se quedó convencido, refunfuñó y se marchó sin añadir nada más.

¿Sería el mismo recaudador de la última vez? Recordó que, en efecto, también le había llamado «ladrón». Aun así, que el mismo recaudador se presentara al cabo de un año y dijera que «conocía» a Tengo no dejaba de ser extraño. Los dos habían hablado apenas cinco minutos en la puerta del piso.

«¡Bah!», pensó Tengo. Lo importante era que Fukaeri no había abierto la puerta. El recaudador no regresaría. Los cobradores tenían que cumplir una cuota de trabajo asignada y acababan hartos de discusiones desagradables con usuarios que se negaban a pagar, así que evitaban a éstos para ahorrar esfuerzo y tiempo y se dirigían a los usuarios que pagaban sin problemas.

Tengo volvió a mirar el hueco que su padre había dejado en las sábanas y pensó en todos los zapatos que su padre había gastado. A fuerza de recorrer las rutas de recaudación una y otra vez, había destrozado una barbaridad de zapatos. Todos estaban cortados por el mismo patrón: negros, de suela gruesa, muy prácticos y baratos. Acababan hechos andrajos, con los talones tan gastados que se deformaban. Cada vez que veía aquel calzado deforme, al joven Tengo le dolía en el alma. Más que pena por su padre, sentía pena por los zapatos. Le hacían pensar en unos desdichados animales de carga agonizantes tras haber sido explotados hasta la extenuación.

Con todo, bien pensado, ¿no era su padre en ese momento como un animal de carga moribundo? ¿Acaso no era igual que un zapato de cuero desgastado?

Volvió a mirar por la ventana y contempló cómo el arrebol oscurecía el color del cielo hacia el oeste. Pensó en la crisálida de aire, que despedía una tenue luz azulada, y en la Aomame niña que dormía en su interior.

¿Volvería a aparecer algún día esa crisálida de aire?

¿Tenía el tiempo, realmente, forma de línea recta?

—Mucho me temo que estoy en un callejón sin salida —dijo Tengo

dirigiéndose a la pared—. Se han producido demasiados cambios. Ni siquiera un niño prodigio podría obtener respuestas para tantos enigmas.

La pared, claro está, no contestó. Ni expresó su opinión. Sólo reflejaba el color del arrebol en silencio.

4
USHIKAWA

La navaja de Ockham

Ushikawa no acababa de ver de qué manera aquella anciana que vivía en la mansión de Azabu podía estar relacionada con el asesinato del líder de Vanguardia. Había recabado información sobre todo lo que la concernía. La mujer gozaba de un estatus social elevado, y era muy conocida, por lo que no le había costado investigar. Su marido, que había poseído un gran consorcio financiero durante la posguerra, había sido un magnate cuyas influencias se extendían a las esferas políticas. Había operado sobre todo en el sector de las inversiones y en el inmobiliario, pero también había participado en áreas cercanas a esos negocios, como los grandes centros comerciales y las empresas de transportes. Cuando su marido falleció, a mediados de la década de los cincuenta, ella se hizo cargo de los negocios familiares. Tenía talento para la gestión y, sobre todo, habilidad para prever riesgos. En la segunda mitad de los años sesenta, el emporio había crecido tanto que decidió vender acciones de algunos de los negocios mientras su valor estaba alto y redujo paulatinamente el tamaño de la empresa. A partir de entonces se volcó en consolidar los negocios que había conservado. Gracias a ello, cuando sobrevino la crisis del petróleo, minimizó su impacto y el capital fue aumentando progresivamente. Supo transformar lo que para los demás era una crisis en una coyuntura favorable para ella.

En el presente, ya rondando los setenta y cinco años, se había retirado de la gestión de los negocios. Poseía una fortuna y llevaba una vida tranquila en una gran mansión, sin que nadie la molestara. Había nacido en una familia adinerada, se había casado con un hombre acaudalado y, tras perder a su marido, se había enriquecido aún más. ¿Por qué una mujer como ella planearía un asesinato?

Con todo, Ushikawa decidió seguir indagando. Por una parte, porque no había encontrado ninguna otra pista y, por otra, porque había algo en esa «casa

de acogida» que la mujer regentaba que levantaba sus sospechas. En el hecho mismo de ofrecer cobijo de manera altruista a mujeres maltratadas no había nada extraño. Se trataba de un servicio de provecho para la sociedad. La anciana disponía de solvencia económica, y las mujeres debían de estarle profundamente agradecidas por la generosidad con que las trataba. Sin embargo, la vigilancia del edificio era demasiado estricta. Cancelas con recias cerraduras, un pastor alemán, cámaras de seguridad. A Ushikawa se le antojaba excesivo.

Primero comprobó a nombre de quién estaba el solar y la casa en la que vivía la anciana. Era información pública y bastaba con ir al ayuntamiento. Ambos estaban exclusivamente a nombre de la mujer. No había ninguna hipoteca. Simple y claro. Aunque los impuestos anuales sobre la propiedad ascendían a una suma considerable, con el capital del que disponía su pago no debía de representar ningún problema. El futuro impuesto de sucesiones también sería una cantidad muy elevada, pero tampoco parecía quitarle el sueño. Algo poco habitual, tratándose de una millonaria. Por lo que Ushikawa sabía, no había nadie en el mundo que aborreciese más pagar impuestos que los ricos.

Al parecer, desde la muerte de su marido, vivía sola en su mansión. Naturalmente, debían de residir en la casa unos cuantos empleados. Había tenido dos hijos: un hombre, con tres hijos a su vez, que había heredado el negocio familiar; y una mujer, casada, que había fallecido por enfermedad hacía quince años, sin dejar hijos.

Había reunido esos datos sin mayores problemas. Pero al intentar dar un paso más y ahondar en su vida privada, de pronto un sólido muro se había interpuesto en su camino. Todas las vías estaban tapiadas. El muro era alto y en la puerta habían echado varias veces la llave. Ushikawa comprendía que la mujer no tuviera la menor intención de exponer su intimidad al público. Y parecía que, para garantizarlo, se invertían todos los esfuerzos y todo el dinero necesarios. Ella jamás respondía a preguntas ni se pronunciaba con respecto a nada. A pesar de hurgar en montañas de documentos, no consiguió ninguna foto de la anciana.

Su nombre venía en la guía telefónica del área de Minato. Ushikawa probó a llamar a ese número. Su *modus operandi* consistía en tantear directamente todas las posibilidades. Antes del segundo timbrazo, un hombre se puso al teléfono. Ushikawa dio un nombre falso, citó el nombre de una agencia bursátil al azar y fue al grano: «Desearía hablar con la señora de la casa en relación con un fondo de inversiones». El hombre le contestó: «La señora no puede ponerse al teléfono. Si lo desea, puede hablar conmigo para cualquier asunto, y yo se lo transmitiré».

Hablaba con una voz neutra que parecía creada por una combinación de aparatos. Ushikawa replicó que, por normas de la agencia, no podía hablar más que con la interesada y que, por tanto, le enviaría la documentación por correo, aunque requiriera más tiempo. El hombre le respondió que lo hiciera de ese modo y colgó.

Ushikawa no se desanimó por no haber podido hablar con ella. Ya se lo imaginaba. Sólo quería saber hasta qué punto se preocupaba por proteger su privacidad. Y el nivel de preocupación era considerable. Cierto número de personas debían de ocuparse de su seguridad dentro de la casa. Lo había percibido en el tono de voz del hombre que se había puesto al aparato, tal vez un secretario. Aunque el nombre de la anciana apareciera en la guía telefónica, pocos podían hablar con ella y el resto era rechazado sin contemplaciones, igual que una hormiga que intentara colarse en un tarro de azúcar.

Ushikawa acudió a inmobiliarias del barrio fingiendo que buscaba un piso de alquiler y preguntó de forma sutil por el edificio que hacía las veces de casa de acogida. En la mayoría de las agencias ni siquiera sabían de la existencia del edificio. Era una de las áreas residenciales más lujosas de Tokio, y trabajaban principalmente con inmuebles caros; no tenían en cartera ni les interesaban antiguos edificios de dos pisos y de madera. Además, sólo con mirar a Ushikawa a la cara y ver cómo iba a vestido, lo trataban como si no existiera. Tanto era así que le daba la impresión de que, si un perro sarnoso con la cola desgarrada y empapado por la lluvia hubiera entrado por una rendija de la puerta, lo habrían tratado con algo más de calidez que a él.

Cuando ya estaba a punto de tirar la toalla, una pequeña inmobiliaria local que parecía llevar bastante tiempo en la zona atrajo su atención. Un viejo de cara amarillenta que atendía el negocio le dio información de buena gana: «¡Ah, sí! Ese edificio…». El hombre era enjuto, como una momia de segunda clase, pero conocía el barrio de punta a rabo y buscaba con quién hablar, fuera quien fuese.

—Sí, pertenece a la mujer del señor Ogata, ¿sabe usted? Antiguamente era un edificio de apartamentos de alquiler. No sé para qué querrían algo así, porque necesitar, no necesitaban alquilar nada. Supongo que lo usaría para alojar al servicio. Ahora no sé muy bien, pero se dice que lo han convertido en un lugar de acogida para mujeres maltratadas. De todos modos, no es negocio para un

agente inmobiliario. —El viejo se rió sin abrir la boca; hacía el mismo ruido que un pájaro carpintero.

—¡Vaya! ¿Una casa de acogida? —dijo Ushikawa, y le ofreció un Seven Stars al hombre.

El viejo lo aceptó y lo encendió con el mechero que le tendía Ushikawa. Le dio una placentera calada. A Ushikawa le pareció que el Seven Stars debía de sentirse feliz por que lo fumaran con tal placer.

—Acogen a mujeres a las que, bueno, sus maridos les daban palizas y huyeron con la cara toda hinchada. No les cobran nada, claro.

—Es, digamos, como un servicio a la sociedad, ¿no?

—Sí, algo así. El edificio no les sirve para nada, así que lo utilizan para ayudar a personas necesitadas. Como son ricos hasta decir basta ¿sabe usted?, pueden hacer lo que les dé la gana sin preocuparse por lo que les cuesta. No como nosotros, la plebe.

—Pero ¿por qué haría la señora Ogata algo así? Algún motivo tendrá, digo yo…

—¡Vaya usted a saber! Es millonaria y lo hará para distraerse.

—Pues aunque lo haga para pasar el tiempo, tiene mérito eso de ayudar a la gente necesitada —dijo Ushikawa con una sonrisa—. No toda la gente a la que le sobra el dinero hace eso.

—Pues tiene usted razón, la verdad es que tiene su mérito. Aunque yo antes también le zurraba a mi señora, así que mucho no puedo hablar… —dijo el viejo, y se rió abriendo una bocaza en la que faltaban algunos dientes. Daba la impresión de que pegarle a su mujer había sido una de las mayores alegrías que le había deparado la vida.

—¿Y sabe usted cuánta gente vive ahora allí? —se aventuró a preguntarle Ushikawa.

—Todas las mañanas me doy un paseo y paso por delante, pero desde fuera no se ve un pimiento. De todas formas, seguro que hay bastantes. Parece que en este mundo hay muchos hombres que zurran a sus mujeres.

—Hay muchas más personas que hacen cosas inútiles y malvadas que las que hacen algo por el mundo.

El viejo volvió a reírse, abriendo su bocaza.

—¡Tiene razón! Son muchísimos más los que hacen putadas que los que hacen cosas buenas.

Parecía que Ushikawa le había caído bien al viejo. Eso, en cierto modo, lo

intranquilizaba.

—Por cierto, ¿cómo es la señora Ogata? —le preguntó Ushikawa como quien no quiere la cosa.

—Pues, mire, la verdad es que no lo sé —respondió el viejo, y frunció el ceño de manera que éste parecía el espectro de un árbol seco—. Porque lleva una vida muy retirada. Estoy en este negocio desde hace mucho tiempo, pero sólo la he visto pasar alguna vez de lejos. Cuando sale, va en un coche con chófer, y las compras se las hace una criada. También tiene una especie de secretario, ¿sabe usted?, que se encarga prácticamente de todo. De todos modos, esa gente rica y de buena familia nunca trata con chusma como nosotros. —El hombre hizo de pronto una mueca y, desde aquella gran arruga en que se convirtió su cara, le guiñó un ojo.

Parecía decirle que ellos dos, el viejo de cara amarillenta y Ushikawa, eran los principales componentes de ese colectivo al que había llamado «chusma como nosotros».

Ushikawa siguió preguntándole:

—¿Cuánto tiempo hace que la señora Ogata abrió esa casa de acogida para mujeres?

—Pues… no lo sé seguro, porque todo este asunto de la acogida me lo contó alguien. ¿Desde cuándo será…? Hace cuatro años que entra y sale gente del edificio. Sí, hará cuatro o cinco años, por ahí. —El viejo cogió una taza de la que bebió té frío—. Entonces pusieron una cancela nueva y mucha vigilancia. Muy lógico, por otra parte. Si cualquiera pudiera entrar así como así, las mujeres que están dentro vivirían intranquilas, ¿no cree? —El viejo dirigió una mirada inquisitiva a Ushikawa, como si hubiera vuelto de pronto a la realidad—. Entonces, ¿me decía que está usted buscando un piso de alquiler asequible?

—Sí, eso es.

—Pues debería buscar en otra parte. Ésta es una selecta zona residencial, y lo único que hay por aquí de alquiler son edificios carísimos para los extranjeros empleados en las embajadas. Hace mucho tiempo, ¿sabe usted?, en esta zona vivía gente normal y corriente, y nosotros podíamos hacer negocio con esos inmuebles. Pero ahora es otra historia. Si hasta estoy pensando que ya va siendo hora de cerrar el local… El precio del terreno en el centro de Tokio está subiendo como la espuma y las pequeñas agencias no tenemos nada que hacer. Si a usted tampoco le sobra el dinero, le recomiendo que busque en otra zona.

—De acuerdo —dijo Ushikawa—. Por desgracia, el dinero no me sobra.

Miraré en otra parte.

Con un suspiro, el anciano expulsó el humo del cigarrillo.

—Además, cuando la señora Ogata muera, la mansión en la que vive, tarde o temprano, también desaparecerá. El hijo es un emprendedor y nunca dejaría ese terreno tan amplio y de primera calidad sin aprovechar. La demolerá de inmediato y construirá un edificio de apartamentos de lujo. No me extrañaría que ya estuviera haciendo los planos…

—Entonces la tranquilidad que se respira en esta zona va a cambiar, ¿no?

—Sí, todo será completamente diferente.

—¿A qué se dedica el hijo?

—Principalmente al negocio inmobiliario, ¿sabe usted? Resumiendo, a lo mismo que nosotros. Sólo que lo hace a gran escala; para entendernos, él es como un Rolls-Royce y nosotros como una bici. Ha ido moviendo capital y comprando inmuebles enormes rápidamente. Se está forrando, y todo se lo guisa y se lo come él sólito, sin dejarnos ni las migajas. Ya le digo, vivimos en un mundo asqueroso.

—Hace un momento, dando una vuelta, la vi de pasada y me quedé admirado. La verdad es que es una mansión formidable.

—Sí, la mejor de la zona. Sólo de pensar que van a talar esos preciosos sauces, se me parte el corazón —se lamentó el viejo, y sacudió la cabeza con tristeza—. Espero que la esposa del señor Ogata viva aún muchos años.

—Ojalá sea así —replicó Ushikawa.

Ushikawa trató de ponerse en contacto con el «Consultorio para Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica». Para su sorpresa, venía, con ese mismo nombre, en la guía telefónica. Era una organización sin ánimo de lucro que llevaban unos voluntarios y la dirigían algunos abogados. La casa de acogida de la anciana, en colaboración con el consultorio, recogía a mujeres que se habían visto obligadas a abandonar su casa. Ushikawa solicitó una entrevista en calidad de presidente de la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón. Les dio a entender que su asociación podía ofrecerles ayuda económica. Entonces fijaron el día y la hora de la entrevista.

Ushikawa tendió una tarjeta de presentación (la misma que le había entregado a Tengo) y explicó que, entre otras iniciativas, su fundación seleccionaba una vez al año a una organización sin ánimo de lucro que destacara

por su contribución a la sociedad para concederle una subvención. El Consultorio para Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica era uno de los candidatos de ese año. No podía revelarles quién era el patrocinador, pero el consultorio podría administrar la subvención con total libertad y el único requisito consistía en entregar un sencillo informe al finalizar el año.

El aspecto de Ushikawa no parecía haber causado una buena impresión en el joven abogado que lo atendió. Éste, nada más verle, lo había mirado con recelo. No era de extrañar: su apariencia siempre provocaba rechazo y desconfianza en un primer encuentro. Con todo, el consultorio padecía un déficit crónico de financiación y no podían hacerle ascos a una subvención, así que el abogado dejó a un lado el recelo y se dispuso a escuchar lo que Ushikawa tuviera que contarle.

Ushikawa le pidió que le describiera con más detalle la actividad que realizaban. El abogado le explicó cómo había empezado el consultorio y cómo se constituyó la organización. A Ushikawa aquello le aburría, pero escuchaba aparentando gran interés. Mostraba su acuerdo en el momento preciso, asentía con la cabeza con entusiasmo, adoptaba una expresión dócil y comprensiva. Mientras tanto, el abogado se fue acostumbrando a Ushikawa. Parecía que empezaba a pensar que quizá su recelo fuera infundado. Ushikawa sabía escuchar, y lo hacía con tal honestidad que tranquilizaba a la mayoría de sus interlocutores.

Cuando tuvo ocasión, Ushikawa condujo la conversación hacia la «casa de acogida». Le preguntó dónde se refugiaban esas pobres mujeres que habían huido y que no tenían adonde ir. En su rostro afloraba una expresión de honda preocupación por esas desgraciadas cuyo destino tanto se parecía al de las hojas de un árbol zarandeado por un injusto vendaval.

—Para esos casos contamos con varias casas de acogida —le contestó el joven abogado.

—¿En qué consisten?

—Son lugares de residencia temporal. No disponemos de demasiadas, pero nos las ceden personas caritativas. Una de ellas incluso nos ha ofrecido un edificio entero.

—¡Un edificio entero! —repitió Ushikawa admirado—. ¿Existen personas tan generosas en este mundo?

—Pues sí. Como nuestras actividades aparecen en periódicos y revistas, hay personas que, al enterarse, quieren colaborar y se ponen en contacto con

nosotros. Sin la cooperación de esa gente la organización nada podría hacer, porque dependemos exclusivamente de esas contribuciones.

—Realizan ustedes una actividad digna de encomio —afirmó Ushikawa.

El abogado esbozó una sonrisa que puso de manifiesto su vulnerabilidad. Una vez más, en su larga trayectoria profesional, Ushikawa vio confirmado que no había nadie más fácil de engañar que quien está convencido de que hace lo correcto.

—¿Cuántas mujeres viven ahora en el edificio?

—El número varía, pero suele haber unas cuatro o cinco —contestó el abogado.

—Imagino que quien les cedió el edificio tendrá algún motivo en particular para contribuir a su causa, para mostrarse tan generoso…

El abogado ladeó la cabeza, dubitativo.

—La verdad, no sabría decirle, pero si ya antes participaba en este tipo de iniciativas lo hacía a nivel particular. En todo caso, nosotros recibimos su ayuda con inmensa gratitud, y si el benefactor no nos cuenta qué lo mueve a ayudarnos, nosotros no preguntamos.

—Por supuesto —dijo Ushikawa asintiendo con la cabeza—. Y, por cierto, ¿todo lo relativo a la casa de acogida es confidencial?

—Sí. Por un lado, tenemos que proteger a las mujeres, y, por otro, muchos patrocinadores desean permanecer en el anonimato. Recuerde que se trata de casos de violencia de género.

La conversación todavía se prolongó un poco, pero Ushikawa no pudo sonsacarle información más concreta al abogado. Así pues, sólo se enteró de que el consultorio había iniciado su actividad hacía cuatro años y que, poco después, una «persona caritativa» se puso en contacto con ellos y les cedió un edificio entero, recién rehabilitado, para crear un hogar de acogida. El filántropo en cuestión se había enterado de la iniciativa por los periódicos. La condición para cooperar era mantenerlo en el anonimato. Sin embargo, en el curso de la conversación, Ushikawa vio cada vez con mayor claridad que la «patrocinadora» era la anciana de Azabu, y la «casa de acogida», el edificio de madera que poseía.

—Muchas gracias por concederme algo de su tiempo —le agradeció Ushikawa al joven e idealista abogado—. Su iniciativa es provechosa y muy fructífera. Expondré en el próximo consejo de la fundación todo lo que hemos

hablado y en breve volveré a ponerme en contacto con usted. Entretanto, les deseo toda la suerte del mundo en su proyecto.

A continuación, Ushikawa averiguó en qué circunstancias había fallecido la hija de la anciana. Cuando murió, con sólo treinta y seis años de edad, la hija estaba casada con un burócrata de élite del Ministerio de Transportes. Todavía no se había esclarecido la causa de la muerte. El marido dejó el ministerio poco después de quedarse viudo. Hasta ahí llegaba la información que había podido recabar. No sabía por qué el marido había dejado de pronto el ministerio, ni qué clase de vida llevaba desde entonces. Su retiro podría estar relacionado o no con la muerte de su mujer. El Ministerio de Transportes no era precisamente una institución gubernamental que ofreciera información interna al primer ciudadano que se presentara. Pero el fino olfato de Ushikawa le decía que ahí había algo extraño. No se creía que el hombre hubiera abandonado su carrera y se hubiera alejado de toda vida social por la aflicción que hubiera podido causarle la pérdida de su mujer.

Hasta donde se le alcanzaba, no había demasiadas mujeres que muriesen a los treinta y seis años por enfermedad. Obviamente, eso no quería decir que no las hubiera. Tengas la edad que tengas, y aunque vivas entre algodones, enfermas de repente y mueres. Hay cánceres, tumores cerebrales, peritonitis y pulmonías agudas. El cuerpo humano es frágil e inestable. Pero, en términos estadísticos, muchas veces, cuando una mujer de la clase alta pasa a mejor vida a los treinta y seis años, no es por muerte natural, sino por accidente o por suicidio.

«Vamos a especular un poco», pensó Ushikawa. «Siguiendo la célebre ley de la navaja de Ockham, formularé hipótesis lo más sencillas posible. Luego eliminaré los factores superfluos y analizaré los hechos a la luz de la lógica.

»Supongamos que la hija no falleció por enfermedad, sino que se suicidó», pensó Ushikawa mientras se frotaba las manos. «Hacer pasar un suicidio por una muerte por enfermedad no es tan difícil. Y menos aún para alguien con dinero e influencia. Dando un paso más, imaginemos que la hija sufría malos tratos y, desesperada, se quitó la vida. No es tan descabellado. De todos es sabido que una parte no pequeña de la llamada élite social tiene —como si acaparasen en este campo un mayor cupo del que les corresponde— un carácter perverso y tendencias insidiosas y retorcidas.

»En ese caso, ¿qué haría la anciana, su madre? ¿Se resignaría, pensando que

ante el destino nada podía hacer? No, imposible. Seguro que intentaría darle su merecido al causante de la muerte de su hija». Ushikawa ya se había forjado una idea de cómo era la anciana: una mujer sagaz y valiente, lúcida, que llevaba a cabo al instante cuanto se proponía. Y para ello no tenía reparos en valerse de su influencia y sus recursos. Nunca dejaría impune a quien hirió, vejó y, finalmente, robó la vida de su ser más querido.

A Ushikawa no le interesaba qué clase de venganza había infligido al marido. Éste se había desvanecido en el aire, literalmente. No creía que la anciana hubiera llegado al extremo de quitarle la vida. Era prudente, comedida. No haría algo tan desmedido. Pero sin duda había tomado medidas drásticas. Y, fueran cuales fuesen éstas, estaba claro que no habrían dejado ninguna huella.

Sin embargo, el odio y la desesperación de una madre a la que le han arrebatado una hija no se extingue con una mera venganza personal. Un buen día se enteró por la prensa de la existencia del Consultorio para Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica y les propuso colaborar con ellos. Disponía de un edificio y lo ofreció de manera altruista para esas mujeres que no tenían dónde refugiarse. Pero no quería que su nombre saliera a la luz. Los abogados que estaban al frente de la organización, naturalmente, agradecieron su gesto. Y ella, merced al vínculo con esa institución pública, pudo sublimar sus ansias de venganza y canalizarlas hacia un objetivo más amplio, provechoso y positivo. Había una finalidad, un motivo.

Las conjeturas parecían encajar. Sin embargo, carecían de una base concreta. Todo se fundaba en meras hipótesis. Pero si las aplicaba a los hechos, resolvían bastantes dudas. Ushikawa se frotó las manos mientras se relamía los labios. Sin embargo, a partir de ahí todo se tornaba equívoco.

La anciana había conocido a una joven instructora llamada Aomame en el gimnasio que frecuentaba y, por circunstancias que Ushikawa desconocía, habían sellado un pacto secreto. Luego lo había organizado todo de manera meticulosa para enviar a Aomame a una habitación del Hotel Okura y asesinar al líder. No se sabía qué método habían utilizado para matarlo. Tal vez Aomame dominara alguna técnica poco conocida. Como resultado, el líder había perdido la vida a pesar de contar con dos guardaespaldas leales y competentes.

Hasta ahí, aunque de manera precaria, las hipótesis se tenían en pie. Sin embargo, en lo referente a la conexión entre el líder de Vanguardia y el Consultorio para Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica, Ushikawa se

encontraba completamente perdido. Sus cábalas llegaban a un punto muerto y una navaja afilada cortaba el hilo que unía sus conjeturas.

La comunidad religiosa pedía a Ushikawa respuesta a dos interrogantes: quién había planeado el asesinato del líder y dónde estaba ahora Aomame.

De la investigación previa sobre Aomame se había ocupado el propio Ushikawa. Ya antes había llevado a cabo muchas otras investigaciones como ésa. Era, por llamarlo así, un experto en la materia. Y él había determinado que Aomame estaba limpia. Tras indagar en su vida desde diferentes ángulos, no había encontrado nada sospechoso. Así se lo había comunicado a Vanguardia. Entonces pidieron a Aomame que acudiera a la suite del Hotel Okura para que le realizara los estiramientos musculares. Cuando ella se marchó de allí, el líder estaba muerto. Aomame desapareció. Igual que humo disipado por una ráfaga de viento. En consecuencia, los miembros de la organización que lo sabían debían de estar muy poco contentos con Ushikawa, por decirlo de algún modo. Consideraban que el trabajo de Ushikawa no había sido lo bastante riguroso.

Pero, de hecho, su investigación había sido impecable, como siempre. Como le había dicho al de la cabeza rapada, en su trabajo él no hacía chapuzas. Es cierto que había cometido el error de no comprobar antes el registro de llamadas telefónicas, pero sólo lo hacía cuando se trataba de un caso muy sospechoso. Y en sus pesquisas sobre Aomame no había detectado nada que le hiciera dudar.

De todos modos, Ushikawa no iba a permitir que los de la organización siguieran descontentos con él. Pagaban bien, pero eran peligrosos. Sólo porque sabía que se habían deshecho del cadáver del líder en secreto, Ushikawa ya representaba una amenaza para ellos. Tenía que demostrarles que era útil y competente y que merecía la pena dejarlo vivir.

Ni una sola prueba demostraba la participación de la anciana de Azabu en el asesinato del líder. De momento, todo se limitaba al terreno de las hipótesis. Pero aquella espléndida mansión donde crecían frondosos sauces ocultaba algún secreto inconfesable. Se lo decía su olfato. Tenía que desvelar la verdad. Aunque no iba a ser pan comido. En la casa estaban en guardia y, sin duda, contaban con profesionales.

¿Miembros de la *yakuza*?

Quizás. En el mundo de los negocios, sobre todo en el de las inmobiliarias, muchas veces se trata bajo mano con la *yakuza*. Ellos se encargaban del trabajo

sucio. Tal vez la mujer los hubiera utilizado. Sin embargo, a Ushikawa no le convencía. Alguien de su clase no hacía tratos con gente de esa calaña. Además, no era probable que acudiera a la *yakuza* para, en última instancia, proteger a mujeres maltratadas. Tal vez dispusiera de su propio equipo de seguridad. Un sofisticado sistema. Costaría bastante dinero, pero a ella le sobraba. Quizás ese sistema adquiría tintes violentos cuando la ocasión lo requería.

Si las suposiciones de Ushikawa eran ciertas, Aomame, que contaba con el apoyo de la anciana, se habría refugiado en algún escondrijo lejos de Tokio. Habrían borrado su rastro con cuidado, le habrían proporcionado incluso una nueva identidad y un nuevo nombre. Puede que también tuviera un aspecto muy distinto. De ser así, a Ushikawa le resultaría imposible seguir sus huellas si seguía investigando personalmente, tal como había hecho hasta ahora.

En cualquier caso, parecía que no había más remedio que aferrarse a la teoría de que la mujer de Azabu estaba detrás de todo. Tenía que encontrar algún cabo suelto y tirar de él para averiguar el paradero de Aomame. Quizá funcionara, quizá no. Contaba con su desarrollado olfato y su tenacidad. «Además, ¿de qué otras cualidades dignas de mencionar dispongo?», se preguntó. ¿Tenía alguna otra habilidad de la que alardear?

«*Ni una sola*», se respondió Ushikawa, convencido de que tenía razón.

5
AOMAME

Por mucho que se esconda y contenga la respiración

A Aomame, encerrada todo el día en el piso, esa vida solitaria y monótona no le resultaba excesivamente penosa. Se levantaba a las seis y media y desayunaba algo sencillo de preparar. Durante una hora lavaba la ropa, o planchaba o barría el suelo. Antes de comer, en los aparatos que Tamaru le había proporcionado, hacía una hora y media de ejercicio intenso y eficaz. Como buena instructora que era, sabía qué músculos debía estimular cada día y durante cuánto tiempo. Discernía con claridad hasta qué punto el esfuerzo era beneficioso y a partir de qué punto era excesivo.

La comida consistía principalmente en verdura y fruta. Después de comer se sentaba en el sofá, donde leía y se echaba una pequeña siesta. Por la tarde cocinaba durante más o menos una hora, y antes de las seis ya había terminado de cenar. Cuando anochecía, salía al balcón, se sentaba en la silla de jardín y vigilaba el parque infantil. A las diez y media se metía en la cama. Así un día tras otro. Sin embargo, esa vida no la aburría en absoluto.

Nunca había sido demasiado sociable. Pasar mucho tiempo sin ver a nadie ni hablar con nadie no la incomodaba. Cuando era pequeña, en el colegio apenas hablaba con sus compañeros. A decir verdad, nadie le hablaba a menos que fuera necesario. En su clase, ella era el elemento discordante e «incomprensible» que debía ser excluido o ignorado. A Aomame no le parecía justo. Si hubiera hecho algo malo, quizá se merecería que la excluyeran. Pero no era así. Para sobrevivir, una niña debe obedecer en silencio lo que le ordenan sus padres. Por eso tenía que rezar en voz alta antes de comer, recorrer la ciudad todos los fines de semana con su madre para captar nuevos adeptos, negarse a ir a las excursiones a templos budistas y sintoístas y a las celebraciones de Navidad por motivos religiosos, y vestir ropa usada, todo ello sin rechistar. Los niños que la rodeaban, sin embargo, desconocían esas circunstancias y tampoco intentaban

comprenderla. Sólo sentían aversión hacia ella. Hasta los profesores la consideraban un estorbo.

Aomame podría haber mentido a sus padres, claro. Podría no haber rezado y haberles dicho que rezaba sus oraciones antes de cada almuerzo. Pero no quería hacerlo. Primero, porque no quería mentir a Dios —existiera o no realmente— y, segundo, porque, a su manera, estaba enfadada con sus compañeros. «Si quieren odiarme, que me odien cuanto quieran», pensaba. Rezar se había convertido en un desafío frente a ellos. «La justicia está de mi lado».

Despertarse cada mañana y vestirse para ir al colegio era una tortura. A menudo, con los nervios, se le descomponía el estómago y a veces vomitaba. Otras veces, tenía fiebre o dolor de cabeza y sentía los brazos y las piernas doloridos. A pesar de ello, nunca faltaba a clase. Si faltara un solo día, razonaba, querría seguir faltando más y, si eso ocurriera, probablemente nunca más volvería al colegio. Eso significaría que sus compañeros y los profesores habrían vencido. Sin duda, todos se habrían sentido aliviados si ella hubiera desaparecido de las aulas. Y ella, que no iba a permitir que se sintieran aliviados, acudía siempre al colegio, aunque tuviera que arrastrarse hasta allí. Y lo aguantaba todo en silencio, con los dientes apretados.

Comparado con aquella amarga época, estar encerrada en un piso pulcro sin hablar con nadie no era nada. Comparado con el *sufrimiento* de tener que callar mientras los demás charlaban alegremente, guardar silencio sola era mucho más fácil y natural. Tenía libros para leer. Empezó la novela de Proust que Tamaru le había recomendado, pero se dio cuenta de que en un día no podía leer más de veinte páginas. Leía las veinte páginas poniendo toda su atención, deteniéndose con calma en cada palabra. Al terminar, cogía otro libro. Antes de dormirse, siempre leía algunas páginas de *La crisálida de aire*. Tengo había colaborado en esa novela y, además, en cierto sentido, era su manual para sobrevivir en 1Q84.

También escuchaba música. La anciana le había hecho llegar una caja de cartón llena de casetes de música clásica. Incluía sinfonías de Mahler, música de cámara de Haydn y música para clave de Bach, entre otras piezas de diferentes estilos y géneros. También estaba la *Sinfonietta* de Janáček, que ella había pedido. Una vez al día, mientras hacía ejercicio, la escuchaba en silencio.

El otoño se fue instalando calladamente. Con el paso de los días, tenía la sensación de que, poco a poco, su cuerpo se iba volviendo transparente. Se esforzó en pensar lo mínimo. Pero no pensar en nada era imposible. Cuando se produce un vacío, siempre hay algo que lo llena. Por lo menos, se consolaba, en

ese momento no sentía la necesidad de odiar nada ni a nadie. No tenía que odiar a sus compañeros ni a sus profesores. Ya no era una niña vulnerable, y tampoco le imponían una fe. No tenía que aborrecer a los hombres que propinaban palizas a las mujeres. Esa ira que, de vez en cuando, invadía su cuerpo como una marea —esa violenta agitación que la llevaba a querer golpear irracionalmente las paredes— había desaparecido sin que ella se diera cuenta. No sabía por qué, pero no había vuelto a invadirla. Y Aomame lo agradecía. Si fuera posible, le gustaría no tener que volver a herir a nadie. Del mismo modo que no quería que la hiriesen a ella.

Las noches en que no podía dormir, pensaba en Tamaki Ōtsuka y Ayumi Nakano. Al cerrar los párpados, los recuerdos de cuando abrazaba sus cuerpos resurgían con nitidez. Ambas tenían una piel suave y brillante, y cuerpos cálidos. Cuerpos tiernos, profundos. Sangre fresca corría por ellos, y sus corazones palpitaban con un benigno latir acompasado. Pequeños suspiros y risas sofocadas. Dedos finos, pezones erizados, muslos tersos… Pero ellas ya no estaban en este mundo.

La tristeza inundaba el corazón de Aomame silenciosa, furtivamente, como un caudal de agua suave y oscura. En esos momentos, el circuito de su memoria cambiaba de dirección y pensaba con todas sus fuerzas en Tengo. Se concentraba y rememoraba el tacto de la mano de Tengo cuando, a los diez años, en aquella aula, acabadas las clases, sostuvo la mano de él unos minutos. Entonces, la imagen del Tengo treintañero en lo alto del tobogán que había visto hacía unos días se reavivaba en su mente. Imaginaba que aquellos brazos de adulto la abrazaban.

En esos momentos, casi lo alcanzaba con la mano.

«La próxima vez, quizá mi mano llegue a tocarlo de verdad». A oscuras, con los ojos cerrados, Aomame se zambullía en esa posibilidad; se entregaba a sus anhelos.

«Pero si no vuelvo a encontrarme con él, *¿qué demonios haré?*». El corazón de Aomame se estremecía. Cuando no había existido ningún punto de conexión real con Tengo, todo había resultado mucho más sencillo. Encontrarse con el Tengo adulto había sido un simple sueño para Aomame y, al mismo tiempo, no dejaba de ser una hipótesis abstracta. Sin embargo, ahora, tras haberlo visto *en la realidad*, su persona se había vuelto mucho más importante y poderosa que

antes. Ocurriera lo que ocurriese, Aomame quería volver a encontrarse con él. Quería que la abrazara y la acariciara de arriba abajo. Sólo de pensar que quizá su sueño nunca se cumpliría, su cuerpo y su alma parecían desgarrarse por la mitad.

«Tal vez debería haberme disparado aquella bala de nueve milímetros delante del anuncio del tigre de Esso. Así no tendría que seguir viviendo con esta angustia». Pero, por alguna razón, había sido incapaz de apretar el gatillo. Había oído una voz. Alguien, desde muy lejos, la llamaba por su nombre. «*Quizá vuelva a ver a Tengo*». Cuando ese pensamiento cruzó por su mente, dejó de tener motivos para quitarse la vida. Aunque, como le había dicho el líder, con ello pudiera perjudicar a Tengo, ya no podía elegir otro camino. Había sentido un impulso vital que superaba cualquier lógica. Como resultado, en su interior ardía un intenso deseo hacia Tengo. Una sed que nunca se saciaría y el presentimiento de una desesperación.

Aomame, de pronto, una tarde, cayó en la cuenta de por qué tenía sentido seguir viviendo. Uno vive con los ojos puestos en las esperanzas que se le dan, en las esperanzas que uno alberga; las esperanzas son como un combustible. No se puede vivir sin ellas. Pero eso era como lanzar una moneda al aire. Hasta que la moneda cae, no se sabe si saldrá cara o cruz, Al pensar en ello, se le encogió el corazón. Con tal fuerza que tuvo la impresión de que todos los huesos del cuerpo le crujían, y lanzó un alarido.

Se sentó a la mesa y cogió la pistola. Tiró de la corredera, envió una bala a la recámara, levantó el percutor con el pulgar y se metió el cañón en la boca. Presionando un poco con el índice derecho, acabaría al instante con toda esa angustia. Presionando sólo un poco. «Con mover el dedo apenas un centímetro…, no, sólo medio centímetro, me sumergiría en un mundo silencioso, sin sufrir». El dolor no duraría más que un instante. Luego llegaría una nada piadosa. Cerró los ojos. El tigre le sonreía desde el anuncio de Esso con la manguera en la mano. «Ponga un tigre en su automóvil».

Se sacó el duro metal de la boca y sacudió lentamente la cabeza hacia los lados.

«No puedo morir. Delante del balcón está el parque y, en el parque, el tobogán, y mientras exista la esperanza de que Tengo regrese a él, no puedo apretar este gatillo. Me contendré hasta que todas las posibilidades se agoten». Tenía la impresión de que, dentro de ella, se había cerrado una puerta y otra se había abierto en silencio. Aomame tiró de la corredera hacia atrás, sacó la bala

de la recámara, le puso el seguro al arma y volvió a dejarla sobre la mesa. Cerró los ojos y le pareció que algo minúsculo irradiaba una luz mortecina en medio de la oscuridad, una luz que poco a poco se iba apagando. Semejaba una especie de polvo de luz muy fino, pero Aomame no sabía qué era.

Sentada en el sofá, se concentró en la lectura de *Por el camino de Swann*. Trataba de recrear en su mente las escenas de la novela sin que ningún otro pensamiento la estorbase. Fuera comenzaba a caer una lluvia fría. En el parte meteorológico de la radio anunciaban que la lluvia se prolongaría hasta la mañana del día siguiente. El frente de lluvia otoñal se había asentado en la costa del océano Pacífico. Como quien, sumido en sus pensamientos, se olvida del paso del tiempo.

Se dijo que Tengo no acudiría esa noche. El cielo estaba encapotado y gruesas nubes ocultaban la Luna. Aún así, saldría al balcón y vigilaría el parque con una taza de chocolate caliente en la mano. Dejaría los prismáticos y la pistola a un lado y, vestida para poder salir corriendo en cualquier momento, observaría el tobogán azotado por la lluvia. Porque eso era lo único que tenía sentido para ella.

A las tres de la tarde sonó el interfono que había a la entrada del edificio. Aomame lo ignoró. No esperaba ninguna visita. Había puesto agua a hervir para preparar té, pero, por si acaso, apagó el gas y permaneció a la espera. Después de tres o cuatro timbrazos más, se hizo el silencio.

Cinco minutos más tarde, volvió a sonar. Esta vez era el timbre del piso. Fuera quien fuese, esa persona había entrado en el edificio. Estaba delante de la puerta de su apartamento. Quizá se había colado detrás de algún inquilino. O a lo mejor había llamado a otro piso y había dicho cualquier cosa para que le abrieran. Aomame guardó silencio. Tamaru le había dicho que no contestara, bajo ningún concepto; que cerrara con pestillo y contuviera la respiración.

El timbre sonó unas diez veces. Demasiado insistente para ser un vendedor a domicilio, que, como mucho, llamaría tres veces. Aomame seguía callada cuando empezaron a llamar a la puerta con los nudillos. No golpeaban con fuerza, pero sí con firmeza e indignación.

—¡Señora Takai! —dijo entonces la voz grave, un poco ronca, de un hombre de mediana edad—. ¡Señora Takai, buenas tardes! ¿No podría salir un momento?

Takai era el apellido falso que habían puesto en su buzón.

—Señora Takai, siento molestarla, pero ¿no podría abrir? Por favor, serán sólo unos segundos.

El hombre hizo una breve pausa. Cuando vio que nadie contestaba, volvió a golpear con los nudillos, esta vez un poco más fuerte.

—Señora Takai, sé que está usted en casa, así que no se haga la sorda y abra la puerta de una vez. Usted está ahí y me está escuchando.

Aomame cogió la semiautomática de encima de la mesa y le quitó el seguro. La envolvió en una toalla de manos y la empuñó.

No tenía ni idea de quién era ni qué quería ese hombre, pero por algún motivo se mostraba hostil hacia ella y estaba empeñado en que le abriera la puerta. Aquello no le gustó lo más mínimo.

Al cabo de un rato, los golpes cesaron y la voz del hombre volvió a resonar en el rellano.

—Señora Takai, he venido a cobrar la cuota de recepción de la NHK. Sí, la NHK que nos pertenece a todos. Sé que está usted ahí. Me doy cuenta, por más que contenga la respiración. Llevo muchos años en este negocio y sé cuándo no hay nadie en un piso y cuándo la gente finge que no está en casa. Por más que intente no hacer ruido, noto su presencia. La gente respira, los corazones laten y los estómagos hacen la digestión. Señora Takai, ahora mismo está usted en el piso, esperando a que me dé por vencido y me vaya. No tiene intención de abrirme la puerta o de contestarme, porque no quiere pagar la cuota.

El hombre hablaba más alto de lo necesario. Su voz resonaba en el rellano del edificio. Lo hacía adrede. Llamaba al inquilino en voz alta por su nombre, se burlaba de él y lo ridiculizaba para que sirviera de ejemplo al resto de los vecinos. Aomame guardó silencio. Lo ignoró. Luego devolvió el arma a la mesa, pero sin poner el seguro. Tal vez el hombre se hacía pasar por un cobrador de la NHK. Se quedó sentada en la silla del comedor mirando fijamente hacia la puerta.

Tenía ganas de acercarse a la puerta con mucho sigilo y espiar por la mirilla. Quería ver cómo era aquel hombre. Pero no se movió. Era mejor no arriesgarse. Seguro que al cabo de un rato se resignaría y se marcharía.

No obstante, el hombre parecía dispuesto a echar una perorata delante del piso de Aomame.

—Señora Takai, ¡deje de jugar al escondite! No hago esto porque me guste, ¿sabe? También yo tengo otras cosas que hacer. Pero ¿acaso no ve usted la televisión, señora Takai? Pues la gente que ve la televisión tiene que abonar la

cuota de la NHK, sin excepciones. Quizás a usted no le haga gracia, pero así lo dicta la ley. No pagar equivale a cometer un hurto. Señora Takai, supongo que no querrá que la traten como a una ladrona por una tontería así, ¿verdad? Vive usted en un edificio estupendo recién construido, así que supongo que podrá permitirse pagar la cuota, ¿me equivoco? Imagino que no le hará ninguna gracia que le hable de estas cosas en voz alta y que se entere todo el mundo, ¿no?

En otras circunstancias, a Aomame le habría importado muy poco que un cobrador de la NHK le reprochara cualquier cosa a voz en grito. Pero ahora se escondía y debía pasar inadvertida. No le interesaba llamar la atención. Y, sin embargo, nada podía hacer, salvo contener el aliento y esperar a que el hombre se largara.

—Señora Takai, se lo repito, sé que está ahí y que me está escuchando atentamente. Estará preguntándose por qué monto este jaleo justamente delante de su piso. ¿Por qué será, señora Takai? Quizá porque no me gusta que la gente finja no estar en casa. ¿No le parece de cobardes? ¿Por qué no abre la puerta y me dice a la cara que no quiere pagar la cuota de la NHK? Se quedaría a gusto. Y yo también me sentiría más a gusto, porque al menos podría hablar con usted. Pero eso de fingir no está bien. Se esconde en la oscuridad, como una rata, y sale a hurtadillas cuando no hay nadie. ¡Qué vida más patética!

«Ese hombre miente», pensó Aomame. «Lo de que nota mi presencia es mentira. No hago ningún ruido, ni siquiera al respirar. En realidad arma jaleo delante de cualquier piso para intimidar a los demás inquilinos. Quiere hacerles creer que les conviene pagar la cuota para evitar que un día aparezca delante de sus puertas y haga lo mismo. Supongo que actúa siempre así y que le da resultado».

—Señora Takai, me imagino que no le caigo simpático. Veo con claridad lo que piensa. Sí, no hay duda de que no soy una persona simpática. No crea que no lo sé. Pero es que, señora Takai, las personas simpáticas no valen para trabajar de cobradores, porque hay mucha gente que no está dispuesta a pagar la cuota de la NHK. Así pues, cuando uno va a reclamar dinero no siempre puede ser agradable. Si por mí fuera, le diría: «¿Ah, que no quiere pagar la cuota de la NHK? Pues muy bien, no se preocupe. No la molesto más», y me iría tan tranquilo. Pero no puede ser. Mi trabajo consiste en cobrar esa cuota y, personalmente, no me gusta nada la gente que me engaña y hace ver que no está. —En ese instante, el hombre calló e hizo una pausa. Después, el ruido de sus nudillos al golpear la puerta resonó diez veces—. Señora Takai, seguro que ya se

siente muy incómoda. ¿No empieza a sentirse como una ladrona de verdad? Piénselo bien: no estamos hablando de un dineral. Es lo que pagaría usted en un restaurante familiar barato por una cena sencilla. Con que abone usted esa cantidad, ya no volverán a tratarla de ladrona. No volveremos a montar escándalos delante de su piso ni a llamar a su puerta insistentemente. Señora Takai, sé que se esconde detrás de esa puerta. Usted cree que siempre va a poder esconderse y librarse de pagar. ¡Está bien! ¡Escóndase! Pero por mucho que se esconda y contenga la respiración, un día de estos otro la encontrará. No se va a ir usted de rositas. ¡Recapacite! Gente de todo Japón que lleva una vida mucho más modesta que la suya paga religiosamente cada mes. No es justo.

Golpeó la puerta quince veces. Aomame las contó una por una.

—Entendido, señora Takai. Ya veo que es usted bastante terca. Perfecto. Basta por hoy. Ya me marcho. No pienso perder más tiempo con usted. Pero volveré, señora Takai. Cuando me propongo algo, no me rindo así como así. No me gusta la gente que finge no estar en casa. Volveré y llamaré otra vez a su puerta. Seguiré llamando hasta que se entere todo el mundo. Se lo juro. Le doy mi palabra. ¿Lo ha oído? Entonces, hasta la próxima.

No se oyeron pasos. Quizá llevaba zapatos con suela de goma. Aomame esperó cinco minutos. Conteniendo la respiración, miraba hacia la puerta. Fuera reinaba un silencio sepulcral. Luego se acercó a la puerta, amortiguando el ruido de sus pasos, y se decidió a echar un vistazo por la mirilla. No había nadie.

Le puso el seguro a la pistola. Respiró hondo varias veces y esperó a que se calmaran sus latidos. Luego volvió a encender el fogón y preparó té verde. «Sólo es un cobrador de la NHK», se dijo. Sin embargo, en la voz de aquel hombre había percibido algo malvado, incluso enfermizo. Era incapaz de juzgar si ese algo se dirigía a ella o a esa persona imaginaria que se llamaba Takai, como podía haberse llamado de otra manera. Con todo, su voz ronca y la insistencia con que llamaba a la puerta le habían dejado una sensación incómoda. Como si algo viscoso le ciñera la piel en las zonas del cuerpo que llevaba descubiertas.

Aomame se desnudó y se metió en la ducha. Se lavó bien con jabón bajo el agua caliente. Al salir de la ducha y cambiarse de ropa, se sintió un poco mejor. Aquella sensación desagradable en la piel había desaparecido. Se sentó en el sofá y se tomó el té. Luego se dispuso a leer, pero era incapaz de concentrarse. Fragmentos de lo que el hombre le había gritado resonaban en sus oídos:

«Usted cree que siempre va a poder esconderse y librarse de pagar. ¡Está bien! ¡Escóndase! Pero por mucho que se esconda y contenga la respiración, un

día de estos otro la encontrará».

Aomame negó con la cabeza. «No. Ese hombre sólo decía lo primero que se le pasaba por la cabeza. Sólo vociferaba, como si supiera algo, para asustar. No sabía nada de mí. Ni qué he hecho, ni por qué estoy aquí». Aun así, sus latidos no se sosegaron.

«Pero por mucho que se esconda y contenga la respiración, un día de estos otro la encontrará».

Las palabras del cobrador parecían sugerir implicaciones más profundas. «Quizá sólo sea una coincidencia, pero daba la impresión de que el cobrador sabía perfectamente lo que debía decir para inquietarme». Sentada en el sofá, Aomame dejó el libro a un lado y cerró los ojos.

«¿Dónde estás, Tengo?», dijo para sus adentros. Probó a decirlo de viva voz:

—*¿Dónde estás, Tengo?* Encuéntrame enseguida. Antes de que otro me encuentre.

6
TENGO

Por el picor que noto en mis pulgares

Tengo llevaba una vida ordenada en aquel pueblecito de la costa. Una vez definida la pauta de su día a día, trataba de seguirla con las menores alteraciones posibles. Sin saber por qué, eso le parecía primordial. Por la mañana paseaba, escribía, iba a la clínica y le leía un libro a su padre en coma; luego regresaba al *ryokan* y dormía. Uno tras otro, los días se sucedían iguales, como el ritmo monótono de la música durante la ceremonia de la plantación del arroz.

Al principio, por la noche hacía una temperatura agradable, pero al cabo de unos días, al ponerse el sol refrescaba mucho. Ajeno al avance del otoño, Tengo vivía copiando lo que había hecho la víspera. Intentaba convertirse en un observador lo más discreto posible. Esperaba *el momento*, conteniendo la respiración, borrando cualquier indicio de su existencia. La diferencia entre un día y otro se volvía cada vez más sutil. Transcurrió una semana, transcurrieron diez días, pero la crisálida de aire no apareció. Al caer la tarde, cuando se llevaban a su padre a la sala de análisis, en la cama sólo quedaba el triste hueco que aquel cuerpo menudo dejaba.

«Quizá no vuelva a ocurrir», pensó Tengo mordiéndose el labio en la pequeña habitación inmersa en el crepúsculo. «¿Fue una revelación que no se volverá a repetir? ¿Una extraña visión?». Nada ni nadie le contestaba. Sólo se oía el fragor lejano del mar y, de vez en cuando, el rugido del viento entre los pinos.

Tengo no tenía la certeza de estar actuando correctamente. Tal vez sólo perdía el tiempo en aquella habitación de una clínica alejada de la vida real, en un pueblo costero a muchos kilómetros de Tokio. Aun así, no podía marcharse. En esa habitación había visto la crisálida de aire y, en su interior, a la pequeña Aomame durmiendo envuelta en una tenue luz. Incluso le había tocado la mano. Aunque sólo había ocurrido una vez, o aunque no hubiera sido más que una

visión efímera, se quedaría allí mientras pudiera permitírselo y trazaría una y otra vez con los dedos del corazón la escena que había contemplado aquella tarde.

Al enterarse de que Tengo no regresaría a Tokio y se quedaría en el pueblo durante un tiempo, las enfermeras se acercaron más a él. Cuando hacían una pausa en sus tareas, se paraban a charlar con el joven. A veces incluso iban a verle a la habitación. También le llevaban té o dulces. Ōmura, la enfermera de unos treinta y cinco años que solía ponerse el bolígrafo entre el pelo recogido, y Adachi, la de mejillas sonrosadas y coleta, se encargaban de su padre por turnos. Tamura, la enfermera de mediana edad con gafas de montura metálica, se hallaba a menudo en recepción, pero cuando no había más personal disponible, las sustituía y velaba por su padre. Las tres parecían interesadas por Tengo.

Como, excepto ese momento especial, al anochecer, el tiempo le sobraba, Tengo también charlaba con ellas. O, más bien, respondía lo más honestamente posible a las preguntas que le hacían. Les dijo que enseñaba matemáticas en una academia y, además, redactaba breves textos por encargo. Que su padre había trabajado de cobrador de la NHK durante muchos años. Que desde pequeño había practicado el judo y que en el instituto había llegado a la final del campeonato de la prefectura. Sin embargo, no les habló de la larga desavenencia que les había separado a su padre y a él. Ni de que, aunque supuestamente su madre había fallecido, quizá los había abandonado a su padre y a él y se había marchado con otro hombre. Sacar esos temas habría sido embarazoso. Obviamente, tampoco les dijo que había desempeñado un papel significativo en la escritura de *La crisálida de aire*. Ni que en el cielo había dos lunas.

Ellas, a su vez, le hablaron de sus respectivas vidas. Las tres eran del lugar; al acabar el instituto habían entrado en una escuela profesional, donde habían estudiado enfermería. Su trabajo en la clínica se les antojaba rutinario y aburrido, y el horario, largo e irregular, pero estaban contentas de poder trabajar en la región en la que habían crecido, y tenían menos agobios que si hubieran trabajado en un hospital general, donde se habrían enfrentado a menudo a casos de vida o muerte. En la clínica los ancianos perdían la memoria poco a poco y exhalaban su último aliento en paz, sin apenas darse cuenta. Ellas no veían mucha sangre y trataban siempre de paliar el sufrimiento. Ningún paciente tenía que ser trasladado en ambulancia en plena noche, ni a su alrededor había

familias desesperadas y con lágrimas en los ojos. La vida era barata y, aunque el sueldo no era gran cosa, se podía vivir sin privaciones. Tamura, la enfermera de gafas, había perdido a su marido hacía cinco años en un accidente y vivía con su madre en un pueblo cercano. La corpulenta Ōmura, siempre con su bolígrafo en el pelo, tenía dos hijos pequeños y su marido era taxista. Adachi, que todavía era joven, vivía con su hermana, que era peluquera y tres años mayor que ella, en un piso alquilado en las afueras.

—¡Qué bueno eres, Tengo! —le dijo Ōmura mientras cambiaba la bolsa de la infusión intravenosa—. No hay muchos familiares como tú que vengan todos los días y lean libros a pacientes en coma.

Al oírla, Tengo se sintió incómodo.

—Se ha dado la casualidad de que tenía unos días libres… Pero no podré quedarme mucho más.

—Por mucho tiempo libre que tenga, la gente no suele venir aquí por voluntad propia —replicó ella—. Es duro decirlo, pero nuestros pacientes no tienen cura. Y a medida que pasa el tiempo, todo el mundo se va desanimando.

—Él mismo, cuando aún no había perdido la conciencia, me pidió que le leyera. Además, no tengo nada mejor que hacer.

—¿Qué le lees?

—Páginas de distintos libros, pasajes de las obras que yo estoy leyendo.

—¿Y ahora qué lees?

—*Memorias de África*.

La enfermera meneó la cabeza.

—No me suena.

—Lo escribió Isak Dinesen, una autora danesa, en 1937. Se casó con un aristócrata sueco y, justo antes de estallar la primera guerra mundial, viajaron a África, donde explotaron una plantación de café. Años después se divorciaron y ella se quedó al frente de la plantación. En el libro cuenta sus vivencias.

Tras tomarle la temperatura al padre y anotar cifras en una tabla, volvió a meterse el bolígrafo en medio del cabello. Luego se echó el flequillo a un lado.

—¿Te importa que me quede un rato a escucharte?

—No sé si te gustará… —dijo Tengo.

Ōmura se sentó en un taburete y cruzó las piernas, bonitas y bien torneadas. La mujer empezaba a echar carnes.

—Tú no te preocupes y lee.

Tengo retomó la lectura. Esos párrafos debían leerse despacio. Tal como

fluye el tiempo en el continente africano.

«Cuando en África, en marzo, las grandes lluvias comienzan después de cuatro meses de tiempo cálido y seco, la riqueza de lo que florece y la frescura y la fragancia presentes en todas partes son abrumadoras.

»Pero el granjero refrena su corazón y no se atreve a creer en la generosidad de la naturaleza, temiendo escuchar un decrecimiento del ruido de la lluvia que cae. El agua que bebe la tierra debe nutrir a la granja y a toda la vida humana, animal y vegetal que hay en ella durante los cuatro meses sin lluvia que se avecinan.

»Es una maravillosa visión la de los caminos de la granja convertidos en corrientes de agua que ruge, y el granjero vadea el barro con un corazón alegre, hacia los cafetales florecidos y empapados. Pero sucede en medio de la estación de las lluvias que en la noche las estrellas aparecen entre las tenues nubes; entonces el granjero sale de la casa y mira a lo alto, como si fuera a colgarse del cielo y a ordeñarle más lluvia. Le grita al cielo: “Dame más, aún más. Mi corazón está desnudo ante ti ahora y no te dejaré marchar si no me das tu bendición. Ahógame si quieres, pero no me mates con tus caprichos. Nada de *coitus interruptus*, ¡cielo, cielo!”.»[28]

—*¿Coitus interruptus?* —dijo la enfermera frunciendo el ceño.

—Esta escritora no tiene pelos en la lengua.

—Aun así, me parece poco creíble que alguien diga eso hablando con Dios.

—Tienes razón —convino Tengo.

«A veces, un día frío e incoloro, en los meses posteriores a la temporada de las lluvias, me recordaba el tiempo de los *marka mbaya*, el año malo, el tiempo de la sequía. En esos días los kikuyus solían traer a pacer sus vacas en torno a mi casa y un chiquillo que tenía una flauta tocaba una corta tonada. Cuando he escuchado esa tonada otra vez me ha traído a la memoria, de golpe, toda nuestra angustia y desesperación del pasado. Tiene el sabor salado de las lágrimas. Pero al mismo tiempo encontré en la tonada, inesperada y sorprendentemente, un

vigor, una curiosa dulzura, una canción. ¿Había todo eso realmente en los malos tiempos? Entonces había en nosotros juventud, una salvaje esperanza. Durante aquellos largos días todos formábamos una unidad, así que en otro planeta nos hubiéramos reconocido unos a otros, y las cosas se hablaban entre sí, el reloj de cuco y mis libros con las flacas vacas en el prado y los doloridos ancianos kikuyu: "También vosotros estabais aquí. Vosotros también erais parte de la granja de Ngong". Que los malos tiempos nos bendigan y se vayan».

—Es muy vivido —comentó la enfermera—. Casi puedo ver el paisaje que describe. *Memorias de África*, de Isak Dinesen.

—Eso es.

—Me gusta tu voz. Tiene muchos matices, y sentimiento. Parece hecha para leer en voz alta.

—Gracias.

La enfermera se quedó un rato sentada con los ojos cerrados, respirando calmosamente, como saboreando el regusto que la lectura le había dejado. Sus pechos ascendían y descendían bajo el uniforme blanco. Al ver eso, Tengo se acordó de la mujer casada, mayor que él. Recordó un viernes por la tarde en que la desnudó y acarició sus pezones endurecidos. Recordó sus jadeos y su sexo húmedo. Al otro lado de la ventana, tras las cortinas echadas, llovía silenciosamente. Ella sopesó los testículos de Tengo en la palma de la mano. Pero recordarlo no lo excitó. Todas esas imágenes y sensaciones quedaban muy atrás, imprecisas, como si las cubriera una fina membrana.

Poco después, la enfermera abrió los ojos y miró a Tengo. Esa mirada parecía adivinar sus pensamientos. Pero no le reprochaba nada. Se levantó, esbozando una leve sonrisa, y observó a Tengo, todavía sentado.

—Tengo que irme. —Se llevó la mano al pelo y, tras comprobar que el bolígrafo seguía allí, se dio la vuelta y se marchó.

Al anochecer solía llamar a Fukaeri. Ésta siempre le decía que no había ocurrido nada en particular. El teléfono del piso sonaba varias veces, pero ella no lo cogía, como él le había recomendado. «Así me gusta», le decía Tengo. «Tú déjalo sonar».

Habían acordado que, cuando él la llamara, esperaría a que el teléfono diera

tres tonos, luego colgaría y volvería a llamar, pero, a partir de cierto momento, Fukaeri dejó de respetar la norma. A menudo cogía el auricular al primer tono.

—Tienes que hacerlo como hemos acordado —le advertía Tengo.

—Sé quién llama, así que no te preocupes —decía Fukaeri.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Eres el único que llama.

«Tiene razón», pensaba él. En cierto modo, también él sabía cuándo lo llamaba Komatsu. El teléfono sonaba apremiante y nervioso, como si alguien tamborileara con la yema de los dedos sobre el escritorio. Sin embargo, no dejaba de ser «en cierto modo». Nunca tenía la plena seguridad de que fuera Komatsu.

La vida de Fukaeri no era menos monótona que la de Tengo. No podía salir del piso. No tenía televisión ni leía libros. Apenas comía, de modo que por el momento no necesitaba hacer la compra.

—Como no me muevo, no necesito comer demasiado —dijo Fukaeri.

—¿Y qué haces todo el día ahí sola?

—Pensar.

—¿En qué?

La chica no respondió a la pregunta.

—El cuervo siempre viene.

—Viene una vez todos los días.

—Una vez, no. Varias —lo corrigió ella.

—¿Siempre es el mismo cuervo?

—Sí.

—¿No ha venido nadie más, aparte del cuervo?

—El hombre de la *ene-hache-ca* ha vuelto.

—¿El mismo de la otra vez?

—Grita que el señor Kawana es un ladrón.

—¿Quieres decir que grita eso delante de la puerta?

—Para que todos lo oigan.

Tengo se quedó pensativo.

—No te preocupes, no tiene nada que ver contigo. No te pasará nada.

—Dijo que sabía que me escondía aquí.

—No tienes de qué preocuparte —la tranquilizó Tengo—. Ese hombre no sabe nada. Sólo son amenazas. Los de la NHK utilizan a veces ese truco.

Tengo había visto cómo su padre se valía de esa artimaña. Los domingos, su

voz resonaba con insidia en los pasillos de los edificios de viviendas. Profería burlas y amenazas. Tengo se masajeó suavemente las sienes con la yema de los dedos. Los recuerdos brotaron, trayendo consigo su pesada carga añadida.

Fukaeri preguntó, como si hubiera percibido algo en su silencio:

—¿No pasa nada?

—No. No le hagas caso a ese hombre.

—Eso me dijo también el cuervo.

—Me alegro —contestó Tengo.

Desde que Tengo había visto las dos lunas en el cielo y la crisálida de aire en la habitación de su padre, ya nada le sorprendía. ¿Qué tenía de extraño que Fukaeri intercambiara pareceres con un cuervo junto al alféizar de la ventana?

—Voy a quedarme unos días más. Todavía no puedo regresar a Tokio. ¿No te importa?

—Deberías quedarte todo el tiempo que quieras.

Entonces, Fukaeri colgó. La conversación se extinguió al instante. Como si alguien hubiera cortado la línea telefónica con un hacha bien afilada.

A continuación, Tengo llamó a Komatsu a la editorial, pero no lo encontró. Se había pasado por allí a la una, pero ahora no sabían dónde estaba, ni si iba a volver. Nada fuera de lo corriente. Tengo les dio el teléfono de la clínica y les pidió que le dijeran a Komatsu que, cuando pudiera, lo telefoneara; en principio, durante el día, estaría localizable en ese número. Prefería no darle el teléfono de la fonda y exponerse a que lo llamara a medianoche.

Había hablado con Komatsu por última vez a finales de septiembre. Una breve conversación telefónica. Desde entonces no había tenido noticias suyas, ni Tengo se había puesto en contacto con él. A finales de agosto, Komatsu se había esfumado durante tres semanas, hasta pasados mediados de septiembre. Al parecer, había llamado a la editorial y, de manera vaga, los avisó de que no se encontraba bien y necesitaba tomarse un descanso. En esas tres semanas no había vuelto a ponerse en contacto con ellos. Prácticamente, podía decirse que se encontraba en paradero desconocido. Eso a Tengo lo inquietó, pero no hasta el punto de alarmarlo. Komatsu iba siempre a la suya. En cualquier momento reaparecería y se sentaría a trabajar como si nada hubiera ocurrido.

Ninguna empresa consiente ese comportamiento caprichoso en sus empleados, pero, en esas tres semanas, algún compañero hizo malabarismos y evitó que Komatsu se metiera en un buen lío. Eso no quería decir que sus compañeros lo respetaran, pero siempre había algún buenazo que le sacaba las castañas del fuego. El resto, cuando el asunto no era muy serio, hacía la vista gorda. Komatsu era un tipo egocéntrico y arrogante, y no sabía trabajar en equipo, de acuerdo, pero era un buen profesional y, después de todo, él solo, sin ayuda, había convertido *La crisálida de aire* en un éxito de ventas. No podían despedirlo así como así.

Tal y como Tengo había previsto, un buen día Komatsu volvió a la editorial sin previo aviso, sin dar explicaciones ni disculparse, y se puso otra vez manos a la obra. Se lo contó de pasada otro editor, conocido de Tengo, que lo había llamado por cierto asunto.

—Entonces, ¿se ha recuperado? —le preguntó Tengo al editor.

—Sí, ya está bien —le contestó—. Aunque se lo ve más callado que de costumbre.

—¿Más callado? —dijo Tengo un tanto sorprendido.

—Sí, bueno, *menos* sociable, quiero decir.

—¿De veras habrá estado enfermo?

—Eso no lo sé —respondió el editor con desgana—. Es lo que él dice, y no hay más remedio que creerlo. Pero, bueno, gracias a que ha vuelto, se están resolviendo muchos problemas pendientes. En su ausencia, se montó un buen follón con todo lo de *La crisálida de aire*.

—Hablando de *La crisálida de aire*, ¿se sabe algo de Fukaeri?

—Nada. Seguimos en las mismas. No hay ninguna novedad. Ya no sabemos qué hacer.

—Últimamente he estado leyendo la prensa y no he encontrado ningún artículo sobre ella.

—En general, los medios de comunicación ya no hablan del asunto o mantienen una distancia prudencial. La policía tampoco está tomando ninguna medida clara. Komatsu puede darte más detalles. Pero, como te he dicho, estos días apenas habla. Vamos, que no parece él. Ya no se le ve tan seguro de sí mismo, se ha vuelto más introspectivo y anda todo el día pensando en sus cosas. También le ha salido el mal genio. A veces parece que se olvide de que hay gente a su alrededor. No sé, como si estuviera solo dentro de un agujero.

—Introspectivo —repitió Tengo.

—Cuando hables con él lo entenderás.

Tengo le dio las gracias y colgó.

Unos días después, al anochecer, Tengo probó a llamar a Komatsu. Esta vez sí estaba en la editorial. Como le había dicho el otro editor, notó que Komatsu no hablaba como siempre. Solía expresarse con fluidez, sin apenas interrumpirse, pero en esa ocasión habló confusamente y como si tuviera la mente en otro lado. A Tengo le pareció que algo le preocupaba. En todo caso, no era el Komatsu impertérrito de siempre. Komatsu actuaba siempre a su peculiar modo y a su propio ritmo, pero, cuando se veía con Tengo, no dejaba que las preocupaciones o los problemas aflorasen.

—¿Ya se encuentra bien? —se interesó Tengo.

—¿Si me encuentro bien?

—¿No se tomó unas vacaciones porque se encontraba mal?

—Ah, sí —contestó Komatsu como si se hubiera acordado de eso de repente. Siguió un breve silencio—. Estoy bien. Ya hablaremos, pronto. Ahora no.

«*Ya hablaremos, pronto*», pensó Tengo. Decididamente, hablaba de un modo extraño. Le faltaba algo así como cierta distancia. De su boca salían palabras planas, sin profundidad.

Tengo, tras poner fin a la conversación, colgó. No había sacado a colación el tema de Fukaeri y *La crisálida de aire*, porque en el tono de Komatsu percibió que trataba de evitarlo. ¿Desde cuándo Komatsu *no podía explicar* algo?

Ésa fue, pues, la última vez que había hablado con él, a finales de septiembre. Desde entonces habían pasado más de dos meses. A Komatsu le gustaba mantener largas conversaciones telefónicas. Dependía de quién fuese su interlocutor, por supuesto, pero por lo general al hablar ponía en orden sus ideas, soltando todo lo que se le pasaba por la cabeza. Tengo era para él, por así decirlo, un frontis de tenis con el que entrenarse. Telefoneaba a Tengo cuando le apetecía, sin un motivo concreto. Y, por lo general, a horas intempestivas. Cuando no le apetecía, no lo telefoneaba, y en ocasiones dejaba pasar muchos días entre una llamada y otra. Sin embargo, no era normal que llevara más de dos meses sin ponerse en contacto con él.

«Quizá pase por una época en la que no le apetezca demasiado hablar con los

demás. A todo el mundo le ocurre. Komatsu no iba a ser una excepción». Tengo tampoco tenía ningún asunto urgente que tratar con él. La novela se vendía poco, apenas se hablaba de ella y nadie sabía dónde estaba Fukaeri. Si Komatsu quería hablar con él, ya lo llamaría. Si no lo llamaba, era porque no necesitaba hacerlo.

Con todo, Tengo no se arrepentía de haber hecho esa llamada. Y las palabras de «Ya hablaremos, pronto», se le quedaron prendidas en un rincón de su mente.

Llamó al amigo que lo sustituía en la academia y le preguntó cómo iban las cosas. El amigo le respondió que todo iba bien.

—¿Qué tal tu padre? —añadió éste.

—Sigue en coma. Respira y tiene la temperatura y la tensión bajas, aunque estables. Pero está inconsciente. Seguramente, no sufre. Es como si se hubiera ido al mundo de los sueños.

—Quizá sea una buena forma de morir —comentó el otro sin mostrar el menor sentimiento. Lo que había querido decir era: «Quizá mi manera de hablar resulte poco delicada, pero, pensándolo bien, tal vez, en cierto modo, sea una buena forma de morir». Había omitido el preámbulo. Tras pasar varios años en la Facultad de Matemáticas, se había acostumbrado a hablar con elipsis. En él no era algo artificial.

—¿Te has fijado en la Luna últimamente? —le preguntó de repente Tengo. Si había alguna persona en el mundo a la que no le hubiera extrañado que le preguntaran de pronto por la Luna, era su amigo.

Pensó un poco antes de responder:

—Pues ahora que lo dices, no, no recuerdo haberme fijado en la Luna estos días. ¿Qué le pasa?

—Cuando tengas un rato libre, échale un vistazo. Quiero ver qué te parece.

—¿Qué me parece? ¿En qué sentido?

—En cualquier sentido. Quiero saber qué piensas al verla.

Hubo una breve pausa.

—A lo mejor me resulta difícil explicarte lo que pienso.

—No te preocupes. Lo importante son sus características manifiestas.

—¿Quieres que mire la Luna y te diga lo que pienso sobre sus *características manifiestas*?

—Sí —dijo Tengo—. Tú mírala. No hace falta que pienses en nada.

—Hoy está nublado y no se verá, pero la próxima vez que esté despejado la

miraré. Si me acuerdo, claro.

Tengo se lo agradeció y colgó. Si se acordaba. Ese era el problema de los matemáticos. En todo lo que no les concernía directamente, su memoria tenía una vida muy corta.

Al anochecer, antes de dejar la clínica, Tengo se despidió de Tamura, que estaba tras el mostrador de recepción.

—Gracias por todo. Buenas noches —le dijo.

—¿Cuántos días más se va a quedar? —le preguntó ella subiéndose el puente de las gafas con el dedo. Debía de haber acabado ya su turno, porque en vez del uniforme llevaba una falda plisada de color burdeos, una blusa blanca y una rebeca gris.

—Todavía no lo he decidido. Según cómo marchen las cosas…

—¿Y va a seguir faltando al trabajo?

—Me sustituye un profesor, así que por ahora no hay problema.

—¿Dónde cena normalmente? —le preguntó la enfermera.

—En algún restaurante del pueblo —le contestó Tengo—. En la fonda sólo dan desayunos, así que voy a cualquier restaurante cercano y pido un menú o un *donburi*[29].

—¿Está bueno?

—Digamos que no es una delicia, pero tampoco me importa.

—¡No puede ser! —dijo la enfermera muy seria—. Tiene que alimentarse bien. Últimamente tiene una cara que parece un caballo dormido de pie.

—¿Un caballo dormido de pie? —dijo Tengo sorprendido.

—¿Nunca ha visto a uno?

Tengo sacudió la cabeza.

—No.

—Pues se les pone la misma cara que tiene usted ahora mismo. Puede ir al baño y mirarse en el espejo. Así, a simple vista, no se sabe si está durmiendo, pero, si uno se fija bien, sí que lo está. Aunque tiene los ojos abiertos, no ve nada.

—¿Un caballo dormido con los ojos abiertos?

La enfermera asintió.

—Igual que usted.

Tengo se planteó ir al lavabo a mirarse al espejo, pero enseguida desistió.

—De acuerdo. Intentaré alimentarme mejor.

—¿Por qué no viene a cenar *yakiniku*[30]?

—*¿Yakiniku?* —Tengo no comía demasiada carne. Le gustaba, pero, por lo general, no le apetecía. Sin embargo, al oír a la enfermera se dijo que no era mala idea; hacía tiempo que no comía carne. Y, ciertamente, el cuerpo le pedía algo nutritivo.

—Esta noche hemos quedado con las demás para ir a cenar *yakiniku*. ¿Por qué no se apunta?

—¿Las demás?

—Las tres acabamos hoy a las seis y media. ¿Qué le parece?

Las otras dos eran Ōmura y la joven y menuda Adachi. Por lo visto, se llevaban bien, incluso fuera del trabajo. Tengo dudó. Prefería no alterar su sencillo ritmo de vida, pero no se le ocurrió ninguna disculpa verosímil. Todo el mundo sabía que a él le sobraba el tiempo.

—Bueno, si no os importa… —dijo Tengo.

—Claro que no —afirmó ella—. Si me importara, no lo invitaría, así que no se preocupe y véngase con nosotras. De vez en cuando no viene mal que nos acompañe un hombre joven y sano.

—Bueno, sano sí que estoy… —dijo Tengo dubitativo.

—Pues eso es lo principal —sentenció la enfermera en un tono profesional.

No era frecuente que las tres terminaran su turno a la misma hora, pero hacían todo lo posible para salir juntas una vez al mes. Entonces iban a la ciudad, cenaban «algo nutritivo», bebían, cantaban en el karaoke, se desmelenaban un poco y liberaban lo que podría llamarse energía sobrante. Sin duda necesitaban ese tipo de distracción. La vida en el pueblo era monótona y, aparte de los médicos y de las demás compañeras, el resto sólo eran ancianos que habían perdido el vigor y la memoria.

Las tres enfermeras comían y bebían con fruición. Mientras ellas se divertían, Tengo, incapaz de seguirles el ritmo, picaba *yakiniku* y bebía cerveza tratando de no emborracharse. Al salir del restaurante fueron a un bar con karaoke, pidieron una botella de *whisky* y se pusieron a cantar. Las enfermeras entonaron una tras otra sus canciones favoritas y luego interpretaron juntas una

pieza de Candies[31] con coreografía y todo. Posiblemente la habían ensayado. Les salió muy bien. Tengo, pese a que se le daba mal cantar, se animó con una canción de Yosui Inoue cuya letra a duras penas recordaba.

La joven Adachi, por lo general poco habladora, se volvió vivaracha y resuelta bajo los efectos del alcohol. Sus mejillas sonrosadas adquirieron un color aún más saludable, como si estuvieran bronceadas. Entre risas sofocadas provocadas por bromas pueriles, se apoyó con toda naturalidad en el hombro de Tengo, que estaba a su lado. Ōmura se había puesto un vestido azul claro; llevaba el pelo suelto, lo que la hacía parecer tres o cuatro años más joven, y su tono de voz era más grave. Se había deshecho de su serio porte profesional y se movía con languidez, como si hubiera adoptado otra personalidad. Tamura, con sus gafas de montura metálica, era la única cuyo aspecto y manera de actuar no habían cambiado.

—Esta noche, una vecina se ha quedado con los niños —le contó Ōmura a Tengo—. Mi marido trabaja de noche. Debo aprovechar estos momentos para divertirme todo lo que pueda. Es importante pasarlo bien, ¿verdad, Tengo?

Hacía un tiempo que habían dejado de tratarlo de señor Kawana. Ahora era Tengo y todos lo tuteaban. Por algún motivo, todos a su alrededor habían pasado a llamarlo por su nombre de pila de manera espontánea. Incluso sus alumnos de la academia lo llamaban así a sus espaldas.

—Sí, claro —afirmó él.

—Nosotras lo necesitamos como el aire que respiramos —dijo Tamura mientras bebía del Suntory Old rebajado con agua—. También nosotras somos de carne y hueso.

—Debajo del uniforme hay simples mujeres —añadió Adachi.

Y se rió entre dientes de lo que acababa de decir.

—Dime, Tengo —dijo Ōmura—, ¿te importa que te haga una pregunta?

—¿De qué se trata?

—¿Sales con alguna chica?

—Sí, yo también quiero saberlo —añadió Adachi mientras mordisqueaba kikos con sus grandes dientes blancos.

—Es una historia larga y complicada —respondió Tengo.

—¡Estupendo! —comentó la experimentada Tamura—. Tenemos todo el tiempo del mundo, así que adelante.

—¡Sí, sí, cuéntanosla! —exclamó Adachi dando palmadas y riéndose.

—No tiene ningún interés —dijo Tengo—. Es una historia muy manida y sin sentido.

—Bueno, entonces basta con que nos cuentes el final —dijo Adachi—. ¿Sales con alguien, sí o no?

Tengo se dio por vencido:

—Resumiendo, se podría decir que no salgo con nadie.

—¡Vaya! —dijo Tamura. Entonces removió los hielos de la copa con el dedo y luego se lo chupó—. Eso no está bien. ¡Pero que nada bien! Es una pena que un joven atractivo como tú no tenga una pareja con la que salir.

—Tampoco es bueno para el cuerpo —terció la fornida Ōmura—. Cuando pasas demasiado tiempo a solas, te vuelves lelo.

La joven Adachi volvió a reírse entre dientes. «Te vuelves lelo», repitió. Luego se llevó un dedo a la sien y apretó.

—Hasta hace poco tenía a alguien —les explicó Tengo.

—Entonces, *¿hace poco* que has dejado de tenerla? —preguntó Tamura mientras se colocaba el puente de las gafas con el dedo.

Tengo asintió con la cabeza.

—¿Qué ocurrió? ¿Te dejó? —preguntó Ōmura.

—No sé cómo explicarlo —comentó Tengo—. Puede que sea eso. Seguramente me dejó, sí.

—Oye, ¿no sería una mujer bastante mayor que tú? —inquirió Tamura con los ojos entornados.

—Sí, efectivamente —respondió Tengo. ¿Cómo lo sabía?

—¿Veis? ¡Os lo dije! —se jactó Tamura frente a las otras dos enfermeras, que asintieron. Le explicó a Tengo—: Les dije: «Seguro que está saliendo con una mujer mayor que él». Las mujeres nos olemos esas cosas.

Adachi hizo ver que olfateaba.

—Y seguro que estaba casada —aventuró Ōmura con voz lánguida—. ¿Me equivoco?

Tras titubear un instante, Tengo negó con la cabeza. No tenía sentido mentir.

—¡Qué pillo! —exclamó Adachi pellizcándole en el muslo.

—¿Cuántos años te llevaba?

—Diez.

Tamura soltó una risa extraña, una especie de: «¡Jo, joo!».

—Una mujer madura da mucho cariño, ¿a que sí? —dijo Ōmura, madre de dos hijos—. Yo también me voy a esforzar para consolar al tierno y solitario

Tengo. Aquí donde me veis, todavía tengo buen tipo. —Tomó entonces la mano de Tengo e hizo amago de llevársela hacia su pecho, pero las otras dos la detuvieron.

Debían de pensar que, por mucho que se emborracharan y se desmelenaran, no debían traspasar la línea que separaba a las enfermeras de los familiares de los pacientes. O quizá tenían miedo de que alguien las viera. En aquel pequeño pueblo los rumores sin duda corrían como la pólvora. O quizás el marido de Ōmura era muy celoso. También Tengo prefería evitarse más complicaciones.

—¡Pero Tengo es una persona admirable! —dijo Tamura para cambiar de tema—. ¡Venir desde tan lejos y leerle todos los días a su padre durante unas horas! Eso no lo hace todo el mundo.

La joven Adachi ladeó ligeramente la cabeza y habló:

—Sí, es realmente digno de admiración.

—Nosotras siempre te estamos elogiando.

Tengo se sonrojó. No había ido a ese pueblo costero para cuidar de su padre, sino porque quería volver a ver la crisálida de aire emitiendo aquella luz mortecina y a Aomame durmiendo en su interior. Ésa era prácticamente la única razón por la que Tengo se había quedado allí. Cuidar a su padre en coma no era más que un pretexto. Pero eso no podía confesárselo. Y si lo hacía, tendría que empezar explicándoles qué era la crisálida de aire.

—La verdad es que hasta ahora nunca había hecho nada por él —dijo Tengo titubeando, mientras encogía su corpachón con torpeza sobre la sillita de madera en que estaba sentado. Sin embargo, las enfermeras sólo vieron en esa actitud una muestra de humildad.

Tengo quería decirles que le había entrado sueño para poder levantarse y regresar a la fonda, pero no encontraba el momento oportuno. No era de los que sabían imponerse.

—Oye —dijo Ōmura, y carraspeó—, volviendo al tema de antes, ¿por qué rompiste con esa mujer casada? ¿No os iba bien? ¿O acaso se enteró el marido?

—No sé por qué —contestó Tengo—. A partir de cierto momento rompió todo contacto conmigo.

—¡Vaya! —exclamó la joven Adachi—. A lo mejor acabó harta de ti…

La fornida Ōmura meneó la cabeza y señaló hacia Adachi con el índice:

—¿Y tú qué sabrás de eso? No tienes ninguna experiencia. No me creo que una mujer de cuarenta años casada seduzca a un chico tan joven, sano y

apetecible, se lo lleve al catre y luego diga: «¡Hala! Muchas gracias. Ha estado muy bien. ¡Adiós!». En todo caso, si hubiera sido al revés…

—Quizá tengas razón —dijo Adachi inclinando ligeramente la frente, dubitativa—. La verdad es que no sé…

—Pues es así —insistió Ōmura. Observó a Tengo como si comprobara a unos pasos de distancia las letras esculpidas con un cincel en una lápida, y luego asintió—. Ya te darás cuenta cuando envejezcas.

—Buff… Yo hace ya una eternidad que no lo hago —dijo Tamura recostada en el asiento.

Después las enfermeras cotillearon un buen rato sobre los escarceos amorosos de alguien a quien Tengo no conocía (tal vez otra enfermera colega). Con el vaso de *whisky* rebajado, y mientras miraba a las tres, se acordó de las tres brujas que salen en *Macbeth*. Las tres que, recitando el conjuro «Lo bello es feo y lo feo es bello», infundían en Macbeth aspiraciones perversas. Por supuesto, Tengo no consideraba a las tres enfermeras seres malignos. Al contrario, eran amables y honestas, desempeñaban su oficio con celo y cuidaban de su padre. Sencillamente, se veían obligadas a trabajar muchas horas, llevaban una vida muy poco apasionante en un pequeño pueblo cuya actividad giraba en torno a la pesca, y una vez al mes liberaban el estrés acumulado. Sin embargo, cuando la energía de aquellas tres mujeres de diferentes generaciones confluyó delante de él, los yermos de Escocia le vinieron a la mente. Un cielo encapotado y un frío viento que, mezclado con lluvia, soplaba entre los brezos.

En la universidad, en las clases de inglés, había leído *Macbeth*, de la que recordaba unos versos:

> *By the pricking of my thumbs,*
> *something wicked this way comes.*
> *Open, locks,*
> *whoever knocks!*

> Por el picor que noto en mis pulgares
> sé que algo infame se acerca.
> ¡Abridle los cerrojos
> a quienquiera que llame a la puerta!

¿Por qué se le habrían quedado grabados? Ni siquiera se acordaba de qué personaje los declamaba… Entonces recordó al cobrador de la NHK que había llamado con insistencia a la puerta de su piso en Kōenji. Tengo se observó los pulgares. No notaba ningún picor. Y, sin embargo, en las magistrales rimas de Shakespeare había algo funesto.

Something wicked this way comes…

«Espero que Fukaeri no abra los cerrojos».

7
USHIKAWA

Camino hacia ti

Ushikawa tuvo que aparcar durante un tiempo la búsqueda de información sobre la anciana de Azabu. La rodeaban demasiadas medidas de seguridad y Ushikawa comprendió que, la abordara por donde la abordase, acabaría dándose de bruces contra un alto muro. Quería averiguar algo más sobre la «casa de acogida», pero seguir rondando por allí era peligroso. Había cámaras de seguridad, y Ushikawa llamaba demasiado la atención. Si los pusiera en alerta, todo se complicaría. De momento, se alejaría de la Villa de los Sauces y probaría a seguir otra vía.

La única «otra vía» que se le ocurrió fue repasar lo que ya sabía de Aomame. Tiempo atrás, para Vanguardia, había encargado una pesquisa a una agencia de investigadores con la que tenía trato, y él mismo había indagado por su cuenta. Tras reunir un dossier detallado sobre la chica, había llegado a la conclusión de que Aomame no representaba ninguna amenaza. Era una chica competente como profesora en el gimnasio y gozaba de buena reputación. En su infancia había pertenecido a la Asociación de los Testigos, pero pronto rompió los vínculos con la comunidad. Tras licenciarse en la Facultad de Ciencias del Deporte con una de las notas más altas, había trabajado para una empresa alimentaria que comercializaba productos y bebidas para deportistas, y había sido la jugadora principal de su club de sófbol. Sus compañeros decían que era excelente, como deportista y en su trabajo. Emprendedora y despierta. Tenía buena fama. Sin embargo, era más bien callada y tenía pocas amistades.

De repente, unos años atrás, había abandonado el club de sóftbol y la empresa y había conseguido un empleo en un club deportivo, un gimnasio de lujo en el barrio de Hiroo. A partir de entonces había pasado a ganar el triple. Era soltera y vivía sola. Parecía que en ese momento no tenía pareja. En cualquier caso, Ushikawa no encontró en su pasado nada sospechoso ni turbio. El detective

frunció el ceño, soltó un hondo suspiro y tiró sobre el escritorio el dossier, al que había vuelto a echar un vistazo. «Algo se me escapa. Un punto fundamental que no debería pasarme inadvertido».

Ushikawa sacó una agenda de teléfonos de un cajón del escritorio y marcó un número. Cuando necesitaba recabar información de manera clandestina, siempre recurría a ese número. La persona a quien llamaba habitaba en un mundo aún más sombrío que el suyo. Pagándole, le conseguía cualquier información. Naturalmente, cuanto más protegida estuviera esa información, más caro le salía.

Buscaba datos relacionados con dos ámbitos: por una parte, información sobre los padres de Aomame, que en la actualidad seguían siendo adeptos de la Asociación de los Testigos. Sabía que la sede principal de la comunidad centralizaba la documentación sobre todos los miembros, muy numerosos, con que contaba en Japón; el trasiego entre la sede central y las locales era constante. Poseían un espléndido edificio erigido en un amplio terreno, con su propia imprenta para editar panfletos, salas de reuniones y alojamiento para los devotos que acudían de todos los rincones del país. Sin duda, toda la información se custodiaba allí.

Por otra parte, quería documentación del gimnasio en que Aomame había trabajado. Exactamente, ¿qué clase de servicios prestaba, y a quién y cuándo impartía clases? Quizás esos datos no estuvieran guardados con tanto celo como los de la Asociación de los Testigos. De todos modos, si les dijera: «¿Serían tan amables de dejarme ver el expediente de su empleada Aomame?», no se lo enseñarían de buen grado.

Ushikawa dejó su nombre y número de teléfono en el contestador. Media hora después lo llamaron.

—¿Señor Ushikawa? —dijo una voz que parecía resfriada.

Ushikawa le explicó con detalle lo que necesitaba.

Nunca se había visto con aquel hombre. Siempre negociaban por teléfono. El otro le enviaba los datos requeridos por correo urgente. Solía estar ronco y, de vez en cuando, carraspeaba ligeramente. Quizá padeciera algún problema en la garganta. Al otro lado de la línea siempre reinaba un silencio absoluto, como si el hombre telefoneara desde una sala insonorizada, de modo que sólo se oía su voz y su desagradable respiración. Y tanto la voz como la respiración se oían

como amplificadas. «¡Qué tipo más siniestro!», pensaba Ushikawa cada vez que hablaba con él. «Ciertamente, el mundo está repleto de personajes siniestros (aunque para los demás tal vez yo sea uno de ellos).» Para sus adentros, Ushikawa había bautizado a ese hombre como «el Murciélago».

—Así que se trata de conseguir información sobre una joven llamada Aomame, ¿no? —dijo el Murciélago con voz ronca. Carraspeó.

—Sí. Es un nombre poco común.

—La información tiene que ser exhaustiva, ¿no?

—Con tal de que tenga que ver con ella, me da igual el tipo de información. A ser posible, necesito también alguna foto en la que se le vea bien el rostro.

—La parte del gimnasio no será tan difícil. No creo que se imaginen que alguien va a robarles información. Pero lo de la Asociación de los Testigos es harina de otro costal. Se trata de una organización de gran envergadura, con mucho capital y bien protegida. Es muy difícil acercarse a las comunidades religiosas. No sólo por la confidencialidad que exigen algunos de sus miembros, sino también por el tema de los impuestos…

—¿Crees que podrás hacerlo?

—No es imposible. Tengo los medios para abrir una puerta. Lo difícil es volver a cerrarla. Y, si no se cierra, los misiles podrían rastrearme.

—Como en la guerra.

—Es la guerra misma. Y pueden surgir cosas espeluznantes —comentó el hombre con su voz ronca. Daba la impresión de que le divertía jugar a la guerra.

—Entonces, ¿lo harás?

El hombre carraspeó.

—Lo intentaré. Pero te costará caro.

—¿Cuánto, más o menos?

El hombre le dijo una suma aproximada. Después de tragar saliva, Ushikawa aceptó. Disponía de esa cantidad y, si obtenía resultados, siempre podría reclamársela a sus clientes.

—¿Va a llevarte mucho tiempo?

—¿Tienes prisa?

—Sí.

—Creo que necesitaré entre una semana y diez días.

—De acuerdo —contestó Ushikawa.

No le quedaba más remedio que adaptarse al ritmo del otro.

—Una vez que consiga la información, te llamaré. Me pondré en contacto

contigo sin falta dentro de diez días.

—Si los misiles no te rastrean —añadió Ushikawa.

—En efecto —dijo el Murciélago con indiferencia.

Tras colgar el teléfono, Ushikawa, caviloso, se retrepó en el asiento. Desconocía mediante qué tejemanejes conseguiría el Murciélago los datos que le había pedido. Si se lo preguntara, no obtendría respuesta. Pero, sin duda, se valdría de medios ilícitos. Primero tendría que sobornar a alguien dentro de la organización y, llegado cierto momento, introducirse en ella de forma ilegal. Si además se requería el uso de ordenadores, el asunto se complicaría aún más.

El número de empresas e instituciones gubernamentales que computarizaban la información era todavía muy escaso. Requería demasiados gastos y esfuerzos. Pero tratándose de una comunidad religiosa que operaba a escala nacional, seguro que podría permitírselo. Aunque Ushikawa apenas sabía nada de ordenadores, veía que se estaban convirtiendo en una herramienta imprescindible para almacenar y procesar información. La época en la que era necesario ir a la Biblioteca Nacional de la Dieta, apilar periódicos y anuarios sobre el escritorio y pasarse el día buscando datos pronto pasaría a la historia. Entonces el mundo quizá se convertiría en un campo de batalla entre administradores de ordenadores e intrusos que apestaría a sangre. Aunque tal vez la expresión fuera inexacta: como en toda guerra, correría la sangre, pero ésta no olería. Sería un mundo extraño. Y a Ushikawa le gustaban los mundos donde el olor y el sufrimiento eran de verdad; aunque, a veces, ese olor y ese sufrimiento se volvieran insoportables. Pero, sin duda, en ese mundo, las personas como Ushikawa se convertirían en reliquias rápida e irremediablemente.

Con todo, no sucumbió al pesimismo. Contaba con su intuición, y su aguzado olfato distinguía entre toda clase de olores. Percibía en su propia piel los menores cambios y el rumbo que iban a tomar las cosas. Nada de eso podía realizar un ordenador; ni esas capacidades ni lo que con ellas se conseguía averiguar podían sistematizarse o convertirse en valores numéricos. El invasor accedía mediante el ingenio a un ordenador bien protegido y extraía la información. Pero sólo una persona de carne y hueso podía juzgar qué información era valiosa y qué se deducía de ésta.

«Quizá sea un hombre patético y obsoleto», pensó Ushikawa de sí mismo. «No, no es que *quizá* lo sea. Es que soy un hombre patético y obsoleto. Pero

tengo cualidades de las que la gente suele carecer. Un olfato innato y una tenacidad que hace que, una vez aferro algo, no lo suelte. Y mientras disponga de esas capacidades, seguiré apañándomelas, como hasta ahora, por muy extraño que se torne este mundo.

»Daré contigo, Aomame. Eres inteligente, diestra, prudente. Pero te juro que te encontraré. Espera y verás. Ahora mismo camino hacia ti. ¿Oyes los pasos? No, no creo que los oigas, porque avanzo lento como una tortuga y sin hacer ruido. Y sin embargo, poco a poco, me acerco a ti».

No obstante, algo le pisaba los talones a Ushikawa: el tiempo. Para él, seguirle el rastro a Aomame también era luchar contra el tiempo, que lo perseguía. Tenía que dar con ella cuanto antes, esclarecer lo ocurrido y servírselo en bandeja de plata a los de la organización. «Aquí tienen». Disponía de poco tiempo. Si tardaba tres meses en esclarecerlo todo, quizá sería demasiado tarde. Por el momento, Ushikawa les era útil. Buen profesional, se amoldaba a las condiciones, conocía la ley y sabía guardar un secreto. Tenía recursos para moverse libremente al margen del sistema. Pero en el fondo no era más que un factótum que había sido contratado por dinero. No era uno de los suyos, un colega, ni profesaba su fe. En cuanto se convirtiera en una amenaza para la comunidad, seguramente se desharían de él.

Mientras aguardaba la llamada del Murciélago, Ushikawa fue a la biblioteca y se documentó sobre el pasado y el presente de la Asociación de los Testigos. Tomó notas y sacó copias de lo que le interesaba. Investigar en la biblioteca no le ponía de mal humor. Le gustaba esa sensación de ir acumulando conocimientos en el cerebro, un hábito que había adquirido de pequeño.

Cuando acabó sus pesquisas en la biblioteca, se desplazó hasta el piso en Jiygaoka, donde Aomame había vivido de alquiler, y volvió a comprobar que estaba vacío, aunque en el buzón todavía estaba la tarjeta con su nombre. También se presentó en la agencia inmobiliaria que se encargaba del alquiler del piso. Preguntó si podía alquilarlo, dado que estaba vacío.

—Está vacío, en efecto, pero hasta febrero del año próximo no podemos arrendarlo —le contestó el agente inmobiliario. El contrato que el inquilino había firmado terminaba en enero, y cada mes pagaban el alquiler estipulado—. Se han llevado todos los muebles y han dado de baja el agua, el gas y la electricidad, pero el contrato sigue vigente.

—O sea, que van a pagar el alquiler hasta finales de enero.

—Eso es —dijo el agente—. Hasta entonces, pagarán el alquiler, así que quieren que el piso se quede tal cual. Nosotros, mientras nos paguen, no podemos protestar.

—Qué extraño, ¿no le parece?, tirar así el dinero a pesar de que ya nadie viva ahí…

—A nosotros también nos preocupaba y decidimos entrar en presencia del propietario de la vivienda, no fuera a haber un cadáver embalsamado dentro de un armario… Pero no había nada. Estaba todo muy limpio y completamente vacío. No sabemos qué ocurrió…

Aomame, definitivamente, ya no vivía allí. Pero, por algún motivo, habían decidido que ella, o el titular, siguiera alquilando el piso. Para ello abonarían el alquiler de cuatro meses. Era gente precavida y con dinero.

Exactamente diez días después, por la tarde, el Murciélago llamó al despacho de Ushikawa, en el barrio de Kojimachi.

—¿Señor Ushikawa? —dijo con su voz ronca, que, como siempre, destacaba en el silencio de fondo.

—Dígame.

—¿Podemos hablar ahora?

Ushikawa le contestó que sí.

—Introducirme en la Asociación de los Testigos costó lo suyo, pero todo ha salido como había planeado. He conseguido la información sobre Aomame.

—¿Y los misiles rastreadores?

—Por ahora no han aparecido.

—Me alegro.

—Señor Ushikawa —dijo el hombre, y carraspeó varias veces—, ¿le importaría apagar el cigarrillo?

—¿El cigarrillo? —Ushikawa miró el Seven Stars que tenía entre los dedos. El humo ascendía silenciosamente hacia el techo—. ¡Ah, sí!, estaba fumando, pero estamos hablando por teléfono. ¿Cómo lo sabe?

—Por supuesto, no lo huelo, pero con sólo oír esos resuellos suyos por el aparato, ya me cuesta respirar. Soy muy alérgico.

—Comprendo. No me había dado cuenta. Lo siento.

El hombre carraspeó unas cuantas veces.

—No, no es culpa suya. Es natural que no se haya dado cuenta.

Ushikawa aplastó el cigarrillo contra el cenicero y echó encima un poco del té que estaba bebiendo. Luego se levantó y abrió la ventana de par en par.

—Ya lo he apagado y he abierto la ventana para airear la habitación. Aunque el aire de ahí fuera tampoco es que sea muy puro…

—Muchas gracias.

Se produjo un silencio de unos diez segundos. No se oía ni una mosca.

—Entonces, ¿ha conseguido algo de la Asociación de los Testigos? —preguntó Ushikawa.

—Sí. Y abundante. Como la familia de Aomame pertenece a la organización desde hace mucho, hay mucho material. Quizá deba ocuparse usted de separar lo que le interesa de lo que no.

Ushikawa se mostró de acuerdo. Era precisamente lo que deseaba.

—En cuanto al gimnasio, no hubo ningún problema. Bastó con abrir la puerta, entrar, realizar el trabajo, salir y volver a cerrar. Sin embargo, como no disponía de mucho tiempo, tuve que sacar toda la información de cuajo, y la cantidad también es considerable. Si le parece bien, le entregaré todo el material a cambio del dinero, como de costumbre.

Ushikawa apuntó la suma que el Murciélago le dijo. Era el doble de la cantidad estimada, pero no tenía elección.

—Esta vez prefiero no utilizar el correo, así que mañana, a esta hora, un recadero se presentará en su despacho. Tenga preparado el dinero en efectivo. Como siempre, no necesito recibo.

Ushikawa asintió.

—Quisiera también repetirle lo que le he dicho en otras ocasiones: si no le satisfacen o no le son útiles los datos que le he conseguido, no es responsabilidad mía. Técnicamente, he hecho todo lo que he podido. Me paga por el servicio, no por el resultado. Si dentro del material no estuviera la información que busca, no me pida que le devuelva el dinero. Sólo quiero que le quede claro.

Ushikawa le respondió que estaba claro.

—Por cierto, no he podido conseguir ninguna foto de Aomame —comentó el Murciélago—. Se han tomado la molestia de quitar las fotos que pudiera haber en sus archivos.

—Vale. Está bien —contestó Ushikawa.

—Además, puede que su rostro haya cambiado —añadió el Murciélago.

—Quizá —dijo Ushikawa.

El Murciélago volvió a carraspear. «Adiós», dijo, y colgó.

Ushikawa devolvió el auricular a su sitio, suspiró y se llevó otro cigarrillo a la boca. Lo encendió con el mechero y expulsó lentamente una bocanada en dirección al teléfono.

Al día siguiente, por la tarde, una muchacha se presentó en el despacho de Ushikawa. Todavía no debía de haber cumplido los veinte años. Llevaba un vestido blanco y corto que le dibujaba una bella silueta; calzaba zapatos de tacón, también blancos y vistosos, y llevaba unos pendientes de perlas. Para ser de constitución menuda, tenía los lóbulos de las orejas bastante grandes. Mediría algo más de un metro cincuenta. Tenía el pelo largo y liso, y unos ojos grandes y límpidos. Parecía una aprendiz de hada. La chica lo miró abiertamente y le dirigió una sonrisa jovial y entrañable, como si observara algo muy valioso y difícil de olvidar. Entre sus pequeños labios asomaban unos hermosos dientes blancos. Quizá sólo era una sonrisa forzada, que empleaba cuando trabajaba; aun así, era raro que alguien no se arredrase al ver a Ushikawa por primera vez.

—He traído los documentos —dijo la chica, y sacó dos voluminosos sobres del bolso de tela que llevaba al hombro. Entonces los levantó con ambas manos, como si fuera una sacerdotisa que portara una antigua piedra grabada, y los dejó sobre el escritorio de Ushikawa.

El detective sacó un sobre que había dejado preparado en un cajón del escritorio y se lo entregó. La chica lo abrió, cogió los fajos de billetes de diez mil yenes y los contó allí mismo, de pie. Sus hermosos y finos dedos se movían con destreza. Al terminar de contar, devolvió los fajos al sobre y lo guardó en el bolso. Luego se dirigió a Ushikawa y le dedicó una sonrisa aún más amplia y encantadora. Como si se hubiera alegrado muchísimo de verle.

Ushikawa intentó imaginar qué tipo de relación tendría esa chica con el Murciélago, pero, naturalmente, no era asunto suyo. Ella no era más que un contacto. Entregar los «documentos» y recibir el pago: ésa era la misión que tenía asignada.

Una vez que la chica dejó el despacho, Ushikawa se quedó un buen rato dubitativo, mirando fijamente la puerta que ella había cerrado tras de sí. En el despacho todavía se percibía intensamente la presencia de la chica. A lo mejor, a cambio de haber dejado el rastro de su paso por allí, la chica se había llevado un

pedazo del alma de Ushikawa. Éste podía sentir en lo más hondo de su pecho ese nuevo vacío. Se preguntó por qué habría ocurrido tal cosa. Y qué diantres significaba.

Transcurridos unos diez minutos, Ushikawa por fin volvió en sí y abrió los sobres, bien envueltos con cinta adhesiva. En su interior había numerosos folios impresos, fotocopias de documentos y originales. Se preguntó cómo el Murciélago había conseguido tanto material en tan poco tiempo. Impresionado, no pudo evitar admirarlo. Sin embargo, ante aquella montaña de papeles, una profunda sensación de impotencia embargó a Ushikawa. «¿Y si, después de tanto esfuerzo, esto no me conduce a ninguna parte? ¿No habré pagado una fortuna por un fajo de papeluchos sin valor?». Tan intenso era ese sentimiento de impotencia que, por más que observara y entornara los ojos, no lograba divisar el fondo. Además, todo lo que sus ojos percibían estaba velado por una sombra crepuscular, como un presagio de muerte. Pensó que quizá se debía a ese *algo* que la chica había dejado en el despacho. O, tal vez, a ese *algo* que se había llevado.

Al fin, Ushikawa recuperó el ánimo. Se pasó el resto de la tarde enfrascado en la lectura del material y anotando en un cuaderno los datos que le interesaban. Sólo así consiguió deshacerse de aquel enigmático sentimiento de impotencia. Al anochecer, cuando la oscuridad invadió el despacho y tuvo que encender la luz de mesa, ya estaba convencido de que había merecido la pena pagar aquella suma.

Comenzó leyendo los «documentos» relativos al gimnasio. En los cuatro años que Aomame trabajó en ese club, se encargaba principalmente de los programas de entrenamiento muscular y artes marciales para grupos. Había diseñado varias clases que ella misma dirigía. A la vista de la documentación, dedujo que era muy competente como profesora y que gozaba de buena fama entre los socios del gimnasio. Además, impartía clases particulares. Aunque eran caras, resultaban el sistema ideal para los que no podían asistir a las clases en el horario establecido o preferían un ambiente más privado. No eran pocos.

Por las fotocopias del programa de trabajo incluidas en el material, se sabía cuándo, cómo y dónde había instruido a los doce «clientes particulares». Con algunos trabajaba en el gimnasio y, con otros, iba a sus domicilios. Entre la

clientela se contaba algún artista famoso y algún político. Shizue Ogata, la dueña de la Villa de los Sauces, fue una de sus primeras clientas.

El vínculo con Shizue Ogata comenzó poco después de que Aomame empezara a trabajar en el gimnasio, y perduró hasta poco antes de su desaparición. Los inicios coincidían con la fecha en que el edificio de dos plantas de la Villa de los Sauces empezó a funcionar como casa de acogida del Consultorio para Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica. Quizá fuera una casualidad, o quizá no. En cualquier caso, según los documentos, parecía que con el tiempo la relación entre las dos se había ido estrechando.

Probablemente, entre Aomame y la anciana habían ido tejiéndose lazos más personales. Se lo decía su intuición. Lo que al principio debió de ser una relación entre instructora de gimnasio y clienta, cambió a partir de cierto momento. Mientras barría con la mirada las páginas, puestas en orden cronológico, en que se describía el programa de las clases, Ushikawa intentó determinar cuándo había sido ese «momento». Algo había ocurrido, y, a raíz de ello, la mera relación de instructora y clienta se convirtió en un estrecho vínculo, más allá de las diferencias de edad y de clase social. Incluso podrían estar unidas por una especie de acuerdo tácito espiritual. Al poco tiempo, ese acuerdo habría tomado determinado rumbo y, como resultado, habían acabado por asesinar al líder en el Hotel Okura. Podía olerlo.

¿Qué clase de rumbo? ¿Y qué clase de acuerdo tácito?

Las conjeturas de Ushikawa se detenían ahí.

Probablemente tenía que ver con el factor de la «violencia de género». Por lo visto, la anciana era especialmente sensible a ese tema. Según los documentos, Shizue Ogata conoció a Aomame en las clases de defensa personal que la chica impartía. Pocas mujeres de más de setenta años toman clases de defensa personal. Quizás algún factor relacionado con *alguna forma de violencia* las uniera.

O quizá la propia Aomame había sido víctima de la violencia doméstica. Cabía también la posibilidad de que el líder fuera un agresor. Ellas quizá lo habían descubierto y habían decidido castigarlo. Pero todo eso no eran más que conjeturas. Y esas conjeturas no casaban con la imagen del líder que Ushikawa conocía. Ciertamente, es difícil conocer a alguien en profundidad, al margen de cómo sea su personalidad, y el líder era un personaje sin duda enigmático; al fin y al cabo, dirigía una poderosa comunidad religiosa. Aparte de sagaz e inteligente, lo envolvía un halo de misterio. Con todo, suponiendo que hubiera

sido un agresor, ¿lo que había hecho era tan grave como para que las dos mujeres trazaran meticulosamente un plan para asesinarlo y lo llevaran a cabo, renunciando una de ellas a su identidad, y poniendo la otra en peligro su posición social?

Al líder no lo habían asesinado de manera impulsiva ni improvisada. De por medio había una voluntad de hierro, una motivación clara, sin el menor resquicio, y una planificación minuciosa que había costado tiempo, dinero y esfuerzos.

Sin embargo, ni una sola prueba sustentaba todas esas suposiciones. Ushikawa sólo tenía indicios basados en hipótesis. Algo que la navaja de Ockham sajaría sin mayor problema. En aquella fase aún no se lo podía comunicar a Vanguardia. Simplemente *lo sabía*. Se lo olía, lo percibía. Todos los elementos apuntaban en una dirección. Por algún motivo que tenía que ver con la violencia de género, la anciana había ordenado a Aomame matar al líder y, después, la había ocultado en un lugar seguro. La documentación aportada por el Murciélago conducía *indirectamente* a esa conclusión.

Le llevó tiempo poner en orden los documentos relacionados con la Asociación de los Testigos, que, además de tener un volumen considerable, no servían de mucho. Eran, en su mayoría, informes sobre la contribución de la familia de Aomame a la comunidad. Leyéndolos, saltaba a la vista que eran devotos fervientes y abnegados. Habían consagrado casi toda su vida a la evangelización y el proselitismo. En la actualidad los padres de Aomame residían en Ichikawa, en la prefectura de Chiba. En treinta y cinco años se habían mudado dos veces de piso, siempre en la ciudad de Ichikawa. El padre, Takayuki Aomame (de cincuenta y ocho años), trabajaba en una empresa de ingeniería; la madre, Keiko Aomame (de cincuenta y seis años), estaba desempleada. Su hermano mayor, Keiichi Aomame (de treinta y cuatro años), tras graduarse en el instituto prefectural de Ichikawa había trabajado en una pequeña imprenta de Tokio, pero tres años después dejó ese puesto para prestar servicio en la sede de la comunidad en Odawara. Allí se había encargado de la impresión de panfletos y en la actualidad ocupaba un cargo en la dirección. Cinco años atrás se había casado con otra adepta, habían tenido dos hijos y vivían en un piso de alquiler en Odawara.

Las referencias de Masami Aomame, la hija mayor, terminaban a los once

años, edad a la que apostató. Y, por lo visto, a la Asociación de los Testigos no le interesaba quien renegaba de su fe. Para ellos era como si Aomame se hubiera muerto a los once años. No dedicaban ni una sola línea a describir qué había sido de su vida; ni siquiera se comentaba si estaba viva o no.

«Así pues, no hay más remedio que visitar a sus padres o a su hermano y hablar con ellos», se dijo Ushikawa. Quizás obtuviera alguna pista. Con todo, por lo que había leído en los documentos, no creía que fueran a responder de buena gana a sus preguntas. La familia de Aomame, además de ser estrecha de miras y vivir en la intolerancia —en opinión de Ushikawa, por supuesto—, era gente plenamente convencida de que cuanto más intolerantes fueran, más cerca del Cielo estarían. Para ellos, quien apostataba, aunque se tratase de un familiar allegado, elegía un camino errado e impuro. Tal vez ni siquiera la considerasen ya de la familia.

¿La habrían maltratado en su infancia?

Puede que sí, puede que no. Incluso en el caso de haber sufrido ella maltrato, seguramente sus padres no lo considerarían como tal. Ushikawa estaba al corriente de que en la Asociación de los Testigos se educaba a los niños con mano de hierro. Eso, en muchos casos, implicaba castigos corporales.

La profunda herida que le habrían dejado las terribles experiencias vividas durante la infancia, ¿podían haberla conducido al asesinato? No era imposible, desde luego, pero a Ushikawa se le antojaba una hipótesis muy aventurada. Urdir semejante asesinato y perpetrarlo a solas era sumamente difícil. Comportaba muchos riesgos y una gran carga emocional. Si la atraparan, le esperaría un castigo terrible. Se necesitaba una motivación mucho más fuerte.

Ushikawa volvió a inclinarse sobre los documentos y releyó con atención el historial de Masami Aomame hasta los diez años. Tan pronto como aprendió a caminar, su madre empezó a llevarla consigo en sus actividades de evangelización. Llamaban a las puertas distribuyendo folletos de la comunidad, anunciando la imparable marcha del mundo hacia su fin e intentando ganar prosélitos. Si uno abrazaba su fe, sobreviviría al fin del mundo. Luego vendría el reino de la dicha. También a Ushikawa habían intentado captarlo. El devoto solía ser una mujer de mediana edad con sombrero y parasol. Muchas veces llevaban gafas y se quedaban mirando al inquilino con ojos de pez inteligente. A menudo iban acompañadas de niños. Ushikawa se imaginó a la pequeña Aomame siguiendo a su madre de casa en casa.

Había ido a un colegio municipal del barrio, sin haber pasado por la

guardería. En quinto curso abandonó la Asociación de los Testigos. Los motivos para apostatar eran inciertos. No dejaban constancia de las razones por las que los devotos renegaban de su fe. A quien caía en manos del Diablo lo dejaban a su merced. Ellos ya tenían bastante con hablar sobre el Paraíso y las vías para alcanzarlo. Las buenas personas tenían sus tareas, y el Diablo, las suyas. Era una especie de división del trabajo.

Dentro de la cabeza de Ushikawa, alguien golpeaba en un barato tabique de contrachapado. «¡Señor Ushikawa! ¡Señor Ushikawa!», lo llamaban. Ushikawa cerró los ojos y prestó atención. Lo llamaban en voz baja pero insistente. «Algo se me habrá pasado por alto. Un dato importante registrado en alguno de estos papeles. Pero soy incapaz de descubrirlo. Los golpes son un aviso».

Ushikawa volvió a repasar la abultada pila de documentos. Conforme leía, fue imaginándose vívidamente lo allí descrito. Con tres años, Aomame se iba a evangelizar con su madre. La mayoría de las veces, las echaban con cajas destempladas. Luego fue al colegio. Siguió participando en la difusión de la doctrina, a la que tenía que dedicar los fines de semana enteros. No tendría tiempo para jugar con sus amigas; probablemente, ni siquiera tenía. En el colegio se metían con los niños de la Asociación de los Testigos y los marginaban. Ushikawa, que se había documentado, sabía que era así. Entonces, con once años, renunció a su fe. Para ello le habría sido necesaria bastante determinación. Desde que nació le habían inculcado ese credo. Había crecido con él. Había calado hasta lo más profundo de su ser. Uno no podía deshacerse fácilmente de ello, como quien se cambia de ropa. Además, significaba aislarse dentro de su hogar. Una familia extremadamente religiosa no acepta así como así a una hija que ha abandonado su fe. Renunciar a la fe equivalía a renunciar a la familia.

¿Qué le había ocurrido a Aomame a los once años? ¿Qué la había conducido a tomar tal decisión?

«Colegio municipal *** de Ichikawa, prefectura de Chiba», leyó. Probó a pronunciar en voz alta el nombre de la escuela. «Algo sucedió allí. Está claro que…». Ushikawa contuvo el aliento. «El nombre de ese colegio…».

¿Dónde demonios lo había oído? Ushikawa no tenía ningún vínculo con la prefectura de Chiba. Había nacido en Urawa, en la prefectura de Saitama, y desde que había entrado en la universidad y se había ido a vivir a Tokio, no había salido de la metrópolis, aparte de la temporada que había vivido en Chōrinkan, en la prefectura de Kanagawa. Sólo una vez había pisado Chiba, cuando había

ido a bañarse en la playa de Futtsu. ¿Por qué entonces le sonaba el nombre de un colegio en Ichikawa?

Tardó en caer en la cuenta. Se concentró, al tiempo que se frotaba la cabeza deforme con las palmas. Sumergió las manos en el cieno de su memoria y rebuscó allí. No hacía mucho que había oído ese nombre. Era bastante reciente. Chiba…, Ichikawa…, un colegio de primaria. Al fin encontró el extremo del fino cabo.

«Tengo Kawana. Eso es, Tengo Kawana nació en Ichikawa. Seguro que fue al colegio público de la ciudad».

Ushikawa sacó de la estantería el archivo en el que guardaba todo lo relacionado con Tengo. Era el material que había recabado por encargo de Vanguardia. Repasó la información sobre Tengo. En efecto, sus gruesos dedos dieron con ese nombre. Masami Aomame había ido al mismo colegio municipal que Tengo Kawana. Por las fechas de nacimiento de ambos, seguro que habían coincidido, si no en la misma clase, sí en el mismo curso. Había muchas probabilidades de que se hubieran conocido.

Ushikawa se llevó un Seven Stars a los labios y lo prendió con el mechero. Las cosas, lo percibía, empezaban a encajar. Comenzaba a dibujarse una línea que conectaba los distintos puntos. Todavía no sabía qué forma cobraría el dibujo, pero poco a poco saldría a la luz.

«Aomame, ¿oyes mis pasos? Quizá no, porque camino tratando de no hacer ruido. Pero, paso a paso, me voy aproximando. Soy una tortuga lerda, pero avanzo a paso firme. En cualquier momento le veré la espalda a la liebre. Tú espérame».

Ushikawa se recostó en el asiento, miró al techo y expulsó lentamente una bocanada de humo.

8
AOMAME

Esta puerta no está nada mal

Desde el incidente con el cobrador, durante unas dos semanas nadie se acercó al apartamento de Aomame, excepto los encargados que cada martes por la tarde le llevaban las provisiones en silencio. El presunto cobrador de la NHK había amenazado con regresar. En su voz se percibía una determinación inquebrantable. Al menos así le había parecido a ella. Pero desde entonces no había vuelto. Quizás el hombre estuviera ocupado en otras rutas.

Fueron unos días de paz y calma aparentes. Nada sucedía, nadie la visitaba, el teléfono apenas sonaba. Por motivos de seguridad, Tamaru había reducido sus llamadas al mínimo. Aomame siempre tenía las cortinas echadas y vivía a hurtadillas, evitando dar la menor señal de vida para no llamar la atención. Cuando anochecía, encendía sólo las luces imprescindibles.

Hacía ejercicio intenso con cuidado de no hacer ruido, todos los días fregaba el suelo con una bayeta y se preparaba la comida con parsimonia. Aprendía frases en español, a fuerza de repeticiones, valiéndose de casetes (se las había pedido a Tamaru y éste se las había enviado con las provisiones). Si uno pasa mucho tiempo sin hablar, los músculos que mueven la boca se atrofian. Necesitaba realizar movimientos amplios con la boca y la mandíbula. El aprendizaje de idiomas extranjeros le venía de perlas. Por otro lado, Aomame se había forjado en su mente una idea un tanto romántica de Latinoamérica. Si pudiera elegir con entera libertad un destino, le gustaría vivir en algún pequeño y tranquilo país latinoamericano. Por ejemplo, Costa Rica. Alquilaría una pequeña villa en la costa y se pasaría el día nadando y leyendo. El dinero que había embutido en el bolso le permitiría vivir unos diez años, aunque sin grandes lujos. Además, sería difícil seguirle el rastro hasta Costa Rica.

Mientras aprendía frases en español, útiles para desenvolverse en el día a día, se imaginaba una vida apacible junto al mar en Costa Rica. ¿Formaría Tengo

parte de esa vida? Al cerrar los ojos, se veía a sí misma y a Tengo en una playa del Caribe bañada por el sol. Ella llevaba un pequeño biquini negro y gafas de sol; Tengo, a su lado, la tomaba de la mano. La imagen, sin embargo, no tenía tintes de realidad, algo que pudiera llegar a emocionarla. No era más que una foto ordinaria sacada de un anuncio turístico.

Cuando no sabía qué hacer, limpiaba la Heckler & Koch. Primero desmontaba algunas piezas, siguiendo las instrucciones del manual; las frotaba con un paño y un cepillo, las engrasaba y volvía a montarlas. Con la práctica, comprobó que podía realizar todas esas operaciones con soltura. Ya las dominaba. Era como si la pistola se hubiera convertido en un miembro más de su cuerpo.

Solía irse a la cama hacia las diez, leía un rato y luego dormía. Con aquella rutina, a Aomame nunca le había costado conciliar el sueño. Mientras seguía con la mirada las hileras de caracteres impresos en el papel, el sueño iba venciéndola. Apagaba la lámpara que había al lado de la cabecera, pegaba la cara a la almohada y cerraba los párpados. Si no ocurría ningún imprevisto, no volvía a abrir los ojos hasta el día siguiente por la mañana.

Por lo general, no soñaba mucho. Y, si lo hacía, al despertar apenas se acordaba de lo que había soñado. De vez en cuando algunos pedacitos de sueño se le quedaban prendidos a la pared de la consciencia. Pero era incapaz de seguir el argumento del sueño. Sólo quedaban pequeños fragmentos deshilvanados. Aomame dormía profundamente y lo que soñaba permanecía en las profundidades. Igual que los peces que habitan los abismos marinos, sus sueños no podían ascender hasta la superficie. Si lo hiciesen, la diferencia de presión en el agua los deformaría.

Sin embargo, desde que vivía en aquel escondrijo, soñaba todas las noches. Sueños, las más de las veces, nítidos y realistas. Soñaba y se despertaba todavía soñando. Durante un instante era incapaz de discernir si se encontraba en el mundo real o en el onírico. Aomame jamás había experimentado eso. Miraba el reloj digital que había junto a la cabecera. Las cifras indican la 1:15, las 2:37 o las 4:07. Cerraba los ojos e intentaba volver a conciliar el sueño. Pero no lo conseguía fácilmente. Aquellos dos mundos diferentes se disputaban su consciencia en silencio. Como se confrontan, en una gran desembocadura, el agua salada que penetra y el agua dulce que afluye.

«No hay remedio», pensaba Aomame. «El hecho de vivir en un mundo en cuyo cielo flotan dos lunas ya de por sí me hace dudar de si se trata o no de la

verdadera realidad. Así pues, ¿qué tiene de extraño dormirse en ese mundo, soñar y ser incapaz de distinguir si es un sueño o si es real? Encima, he asesinado a varios hombres con estas manos, unos fanáticos me siguen el rastro y me escondo en un refugio. Es normal que esté nerviosa y tenga miedo. Mis manos todavía recuerdan la sensación de haber matado. Tal vez nunca vuelva a dormir una noche en paz. Quizá sea la carga que debo soportar, el precio que debo pagar».

A grandes rasgos, podía decirse que Aomame tenía tres tipos de sueño. Al menos, todos los sueños que recordaba encajaban en esos tres patrones.

El primero era un sueño en el que retumbaban truenos. Una habitación envuelta por las tinieblas y una salva incesante de tronidos. Sin embargo, no había relámpagos. Igual que la noche en que asesinó al líder. En la habitación había algo. Aomame yacía desnuda en la cama y a su alrededor algo deambulaba con movimientos lentos y cautelosos. El pelo de la alfombra era largo, y el aire, viciado, era denso, pesado. Los cristales de la ventana temblaban ligeramente con el estruendo de los truenos. Ella estaba atemorizada. No sabía qué había allí. Podía ser una persona. Podía ser un animal. Podía ser otra cosa. Pero al cabo de un rato *eso* abandonaba la habitación. No salía por la puerta. Tampoco por la ventana. Aun así, ese algo iba alejándose poco a poco hasta desaparecer por completo. Aparte de ella, no había nadie más en la habitación.

A tientas encendía la lámpara. Salía de la cama desnuda e inspeccionaba el cuarto. En la pared que quedaba frente a la cama había un agujero. Un agujero demasiado estrecho para que pasara por allí una persona. El agujero, sin embargo, no permanecía quieto. Cambiaba de forma y se movía. Temblaba, se desplazaba, se expandía y se encogía. Parecía estar vivo. *Algo* había salido al exterior a través del agujero. Aomame examinó esa abertura. Daba la impresión de que conducía a alguna parte. Pero al fondo sólo se veía oscuridad. Una oscuridad tan densa que parecía que podía cogerse con la mano. Aomame sentía curiosidad. Y, al mismo tiempo, miedo. Su corazón latía produciendo un ruido seco, distante. Ahí terminaba el sueño.

Otro de los sueños sucedía en el arcén de una autopista. Allí, para variar, ella también estaba en cueros. Los que iban en los coches atrapados en un atasco

observaban sin reparos su cuerpo desnudo. Casi todos eran hombres, pero había alguna mujer. Contemplaban sus pobres pechos y la extraña pelambrera de su pubis y parecían escrutarla para evaluarla. Unos fruncían el ceño, o esbozaban una sonrisa despectiva o bostezaban. Otros sólo la miraban fijamente pero inexpresivos. Ella quería cubrirse con algo. Por lo menos quería ocultar sus pechos y sus partes pudendas. Un pedazo de tela o unas hojas de periódico le habrían bastado. Pero a su alrededor no encontraba nada que le sirviera. Además, por algún motivo (desconocía cuál), era incapaz de mover las manos a su antojo. De vez en cuando soplaba una ráfaga repentina de viento que le erizaba los pezones y agitaba su vello púbico.

Para colmo —y desafortunadamente—, estaba empezando a bajarle la regla. Se notaba las caderas flojas y pesadas, y en el bajo vientre, calor. «¿Qué voy a hacer si me pongo a sangrar delante de toda esta gente?».

En ese instante, se abría la puerta del conductor de un Mercedes Coupé plateado del que bajaba una elegante mujer de mediana edad. Llevaba unos zapatos de tacón de color claro, gafas de sol y pendientes plateados. Estaba delgada y era de constitución parecida a la de Aomame. Tras acercarse a ella sorteando los coches, se quitaba el abrigo que llevaba y cubría con él el cuerpo de Aomame. Era un abrigo de entretiempo de color huevo que llegaba hasta las rodillas. Era ligero como una pluma. A pesar de su corte sencillo, debía de ser caro. A Aomame le sentaba de maravilla, como hecho a medida. La mujer le abrochaba todos los botones de abajo arriba.

—No sé cuándo podré devolvértelo y, además, puede que te lo manche de sangre de la regla —decía Aomame.

La mujer hacía un breve gesto negativo con la cabeza, sin pronunciar palabra, y pasando de nuevo entre los coches regresaba al Mercedes-Benz Coupé plateado. Luego parecía que, desde el asiento del conductor, alzaba un poco la mano en dirección a Aomame. Pero quizá fuese una ilusión óptica. Arropada por el ligero y suave abrigo de entretiempo, Aomame se sentía protegida. Su cuerpo ya no estaba expuesto a las miradas ajenas. Entonces, como si fuera incapaz de aguantar más, un hilo de sangre empezaba a correrle muslos abajo. Sangre cálida, espesa y abundante. Sin embargo, si se observaba bien, no se trataba de sangre. Era incolora.

El tercer sueño se resistía a ser descrito con palabras. Era un sueño

incoherente, no ocurrían cosas en un escenario concreto. Consistía en meras sensaciones de transición, de movimiento. Aomame se desplazaba sin pausa en el tiempo y en el espacio. No importaba en qué lugar se hallaba ni en qué momento. Lo relevante era el hecho de transitar entre distintos puntos. Todo era mutable y lo significativo era esa mutabilidad. Pero, en medio de esa fluctuación, su cuerpo se iba volviendo progresivamente transparente. La palma de sus manos clareaba hasta que dejaban ver lo que había del otro lado. Ella podía examinarse sus huesos, su útero y sus vísceras. Tal vez estaba a punto de desaparecer. Aomame se preguntaba qué ocurriría cuando ya no pudiera verse a sí misma. No obtenía respuesta.

A las dos de la tarde sonó el teléfono y, tras dar un respingo, Aomame se levantó del sofá en el que dormitaba.

—¿Alguna novedad? —preguntó Tamaru.

—Ninguna en particular —dijo Aomame.

—¿Qué hay del cobrador de la NHK?

—Ni rastro de él. Tal vez, lo de que iba a volver sólo fuese una amenaza.

—Podría ser —dijo Tamaru—. El pago de la cuota de recepción está domiciliado a una cuenta bancaria, y así lo dice, bien claro, el adhesivo pegado junto a la puerta del piso. El cobrador tuvo que haberlo visto. Pregunté a los de la NHK y eso fue lo que me respondieron. Dijeron que quizá fuera una equivocación.

—Pues no querría tener que hablar con él.

—No, es mejor que no llames la atención de los vecinos. Siempre hay que evitar cometer el menor error.

—En el mundo se cometen muchos errores.

—El mundo es como es, pero yo hago las cosas a mi manera —replicó Tamaru—. Si algo te inquieta, por insignificante que sea, quiero que me avises.

—¿Se ha producido algún movimiento en Vanguardia?

—Todo está muy tranquilo. Como si nada hubiera ocurrido. Me imagino que algo tramarán, pero en apariencia no se observa nada fuera de lo habitual.

—¿No me habías dicho que teníais una fuente de información dentro de la organización?

—Nos llegan informes, pero aportan detalles de poca relevancia. De todos modos, parece que dentro están estrechando el control una barbaridad. Apenas

les dan información.

—Pero está claro que me siguen el rastro.

—La muerte del líder habrá dejado un gran vacío en la organización. Por ahora parece que todavía no se ha determinado quién va a sucederlo ni qué rumbo tomará la organización. Pero los dirigentes coinciden en que hay que localizarte. Es todo lo que hemos podido averiguar.

—No resulta muy alentador.

—Lo importante de cualquier información es su peso y su precisión. Lo del aliento viene después.

—Si me atrapasen y descubrieran la verdad, a vosotros tampoco os dejarían tranquilos.

—Por eso estamos considerando enviarte cuanto antes a un lugar al que ellos no puedan acceder.

—Lo sé. Pero esperad un poco más.

—*Ella* dice que esperaremos hasta finales de año. Así que, por supuesto, también yo voy a esperar.

—Gracias.

—A mí no me des las gracias.

—Está bien —dijo Aomame—. Me gustaría que incluyerais una cosa en la próxima lista de provisiones. Pero me da un poco de reparo decírselo a un hombre…

—Yo soy como una tumba —dijo Tamaru—. Además, ya sabes que soy gay, y de la primera división.

—Necesito un test de embarazo.

Se hizo un silencio. A continuación Tamaru habló:

—Crees que necesitas hacerte el test.

No era una pregunta, así que Aomame no respondió.

—¿Eso significa que sospechas que estás embarazada? —preguntó Tamaru.

—No, no es eso.

Tamaru le dio vueltas en su cabeza a la respuesta a toda velocidad. Si se prestaba atención, podía oírse el ruido que hacía.

—No crees estar embarazada, pero necesitas el test.

—Eso es.

—Pues me suena a adivinanza…

—Lo siento, pero por ahora no puedo contarte nada más. Me vale con cualquier dispositivo sencillo de los que venden en las farmacias. También te

agradecería que me consiguieras una guía sobre el cuerpo femenino y las funciones fisiológicas.

Tamaru volvió a quedarse callado. Fue un silencio denso, concentrado.

—Me parece que será mejor que te vuelva a llamar —le dijo—. ¿Te importa?

—Claro que no.

Tamaru emitió un leve ruido surgido del fondo de la garganta. Luego colgó.

Quince minutos después el teléfono volvió a sonar. Hacía tiempo que no escuchaba la voz de la anciana de Azabu. Se sintió como si hubiera regresado al invernadero de la mansión, aquel cálido recinto en el que revoloteaban raras mariposas y el tiempo transcurría con lentitud.

—¿Qué? ¿Cómo se encuentra?

Aomame le contestó que se había impuesto un ritmo y que pasaba los días tratando de mantenerlo. La mujer quiso saber más, de modo que le habló de sus horarios, su dieta y su ejercicio físico. La anciana tomó la palabra:

—Sé que es duro no poder salir, pero tiene usted una voluntad de hierro, así que no me inquieta. Estoy segura de que sabrá llevarlo bien. Me gustaría que se marchara de ahí cuanto antes y se mudara a un lugar más seguro. Pero si necesita quedarse más tiempo en el piso, a pesar de que desconozco el motivo, respetaré su voluntad mientras sea posible.

—Se lo agradezco.

—No. Soy yo la que tiene que darle las gracias. Su trabajo ha sido impecable. —Tras una breve pausa, prosiguió—: Por cierto, me han dicho que necesita usted un test de embarazo.

—Ya llevo un retraso de casi tres meses en la regla.

—¿Suele venirle con regularidad?

—Desde que empecé a tenerla, a los diez años, siempre me ha venido cada veintinueve días, sin apenas retrasos. Con tanta puntualidad como las fases de la Luna. No se ha alterado ni una sola vez.

—La situación en la que se encuentra usted ahora no es corriente. En tales momentos el equilibrio psicológico y físico puede sufrir desajustes. La interrupción de la regla entraría en esos trastornos probables.

—Nunca me ha ocurrido, pero entiendo que pueda pasar.

—Y, según Tamaru, no hay ningún indicio de que esté embarazada.

—La última vez que mantuve relaciones sexuales con un hombre fue a

mediados de junio. Desde entonces no he hecho nada que se le parezca.

—Aun así, usted cree que podría estar embarazada. Me imagino que habrá alguna evidencia. Aparte de que todavía no le haya venido la regla.

—Sólo *lo siento*.

—¿Lo siente?

—Lo siento en mi interior, sí.

—¿Quiere decir que siente que está encinta?

—En una ocasión, la noche en que visitamos a Tsubasa, me habló usted de los óvulos. Me contó que las mujeres nacemos con un número de óvulos determinado.

—Sí. Las mujeres poseemos alrededor de cuatrocientos óvulos y, cada mes, expulsamos uno. Recuerdo que hablamos de ello.

—Pues yo tengo la *certeza* de que uno de ellos ha sido fecundado. Aunque ni yo estoy segura de que la palabra «certeza» sea la adecuada.

La mujer reflexionó.

—Yo he dado a luz dos veces. Por lo tanto, comprendo más o menos eso que llama usted *certeza*. Pero lo que me está diciendo es que se ha quedado embarazada sin haber mantenido relaciones sexuales con ningún hombre. Eso, de buenas a primeras, me cuesta creerlo.

—A mí me pasa lo mismo.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿es posible que haya mantenido relaciones sexuales con alguien sin haber sido consciente de ello?

—No. Siempre he sido plenamente consciente.

La mujer eligió con cuidado sus palabras:

—Hace tiempo que la considero una persona con aplomo, sensata y que piensa con lógica.

—Al menos lo intento —dijo Aomame.

—Sin embargo, cree que se ha quedado encinta sin haber mantenido relaciones sexuales.

—Creo que *existe esa posibilidad*, para ser exactos —aclaró Aomame—. Por supuesto, quizás ya el hecho de considerar esa posibilidad sea irracional.

—Lo entiendo —dijo la señora—. De momento vamos a esperar los resultados. Mañana le llegará el kit de test de embarazo. Se lo llevarán a casa, a la misma hora de siempre. Por si acaso, le proporcionaremos varios modelos.

—Muchas gracias —contestó Aomame.

—Suponiendo que estuviera embarazada, ¿cuándo cree que ocurrió?

—Quizás aquella noche, la noche de tormenta en que fui al Hotel Okura.

La mujer soltó un breve suspiro.

—¿Así que incluso puede determinar el día?

—Sí. Podría ser ese día o cualquier otro, pero echando cuentas, ése debió de ser uno de mis días más fértiles y con más probabilidades de que me quedara embarazada.

—Entonces, estaría embarazada de unos dos meses.

—Eso es —dijo Aomame.

—¿Ha sentido náuseas? Esta suele ser la peor etapa…

—No he sentido absolutamente nada. Pero no sé por qué.

La mujer se tomó su tiempo para elegir sus palabras:

—Si el test diera positivo, ¿cómo cree que se sentiría?

—Primero supongo que pensaría en quién puede ser el padre biológico de la criatura. Como es lógico, para mí es una cuestión de suma importancia.

—Pero usted no tiene ni idea de quién es.

—Por ahora, no.

—Entiendo —dijo la señora en un tono sosegado—. En cualquier caso, recuerde que pase lo que pase, yo siempre estaré a su lado. Haré todo lo necesario para protegerla. Quiero que eso se le quede bien grabado.

—Siento venirle con más problemas en un momento como éste —dijo Aomame.

—No, no es ningún problema. Para una mujer no hay nada más importante que eso. Primero veamos el resultado del test y luego, juntas, ya decidiremos qué hacer —añadió la anciana.

Y la mujer colgó suavemente.

Alguien llamó a la puerta. Aomame, que hacía yoga en el suelo de su dormitorio, se detuvo y prestó atención. Golpeaban la puerta con fuerza e insistencia. Aquel ruido no le era desconocido.

Aomame sacó la semiautomática del cajón de la cómoda y le quitó el seguro. Tiró de la corredera y envió rápidamente una bala a la recámara. Luego se colocó el arma en la parte de atrás de los pantalones de chándal y caminó sigilosa hasta el comedor. Tras agarrar con ambas manos el bate metálico de sófbol, se plantó frente a la puerta y clavó la vista en ella.

—¡Señora Takai! —dijo una voz áspera y grave—. Señora Takai, ¿está en

casa? Soy de la NHK. He venido a cobrar la cuota de recepción.

La empuñadura del bate estaba cubierta de cinta de vinilo antideslizante.

—Oiga, señora Takai, insisto en que sé que está usted ahí dentro. Así que dejemos de jugar al escondite. Señora Takai, está usted ahí, escuchándome.

El hombre repetía prácticamente las mismas palabras que la vez anterior. Igual que un casete al que rebobinaran una y otra vez.

—Eso de que regresaría se creía usted que era una simple amenaza, ¿verdad? Pues no, yo soy un hombre de palabra. Y cuando hay que recaudar dinero, lo recaudo cueste lo que cueste. Señora Takai, está usted escuchándome y pensando: «Si me quedo quieta, el cobrador acabará dándose por vencido y se marchará».

Volvió a llamar con fuerza a la puerta. Veinte o veinticinco veces. Aomame se preguntó de qué tendría hecha la mano. Y por qué no llamaría al timbre.

—También estará pensando —dijo el cobrador como si le hubiera leído el pensamiento—: «¡Mira que tiene dura la mano este hombre! ¿No le dolerá de tanto golpear la puerta?». Y se preguntará: «¿Por qué tiene que aporrear la puerta? Hay un timbre, ¿no podría utilizarlo?».

Sin quererlo, Aomame torció el gesto.

El cobrador prosiguió:

—No, no quiero llamar al timbre. Si lo pulsase, sólo le llegaría el *ding dong*. El mismo sonido, llame quien llame; un sonido impersonal. Llamando a la puerta con la mano se gana carácter. Uno golpea utilizando su cuerpo y así transmite humanidad. La mano duele un poco, lo reconozco. No soy Iron Man 28[32]. Pero ¡qué se le va a hacer! Así es mi oficio, y es tan respetable como cualquier otro, ¿no cree, señora Takai?

Se oyó cómo sacudía la puerta de nuevo. En total, la aporreó veintisiete veces con fuerza, dejando un intervalo regular entre golpe y golpe. Las palmas de sus manos, en torno al bate metálico, chorreaban de sudor.

—Señora Takai, la ley estipula que quien recibe ondas hertzianas está obligado a pagar la cuota de la NHK. No hay vuelta de hoja. Es una norma que todo el mundo debe seguir. ¿Por qué no colabora y paga? Yo no estoy llamando a su puerta por gusto, y me imagino que a usted también le resultará desagradable. Seguro que hasta se pregunta por qué tiene que pasarle esto a usted, y sólo a usted. Así que muestre usted su buena voluntad y, por favor, pague. Si lo hace, podrá volver a su vida apacible de siempre.

La voz resonaba en el rellano. A Aomame le parecía que el hombre se regodeaba en sus propias palabras. Gozaba ridiculizando a la gente que no pagaba, burlándose de ellos e injuriándolos. Le procuraba cierto deleite perverso.

—Señora Takai, ¡pues sí que es usted testaruda, caramba! Estoy fascinado. Se emperra usted en guardar silencio, como una almeja en el fondo del mar. Pero yo sé que se encuentra ahí. Ahora mismo está mirando fijamente la puerta. Está tan nerviosa que le sudan las axilas. ¿Qué, acaso no tengo razón?

Volvió a golpear trece veces y se detuvo. Aomame advirtió que le sudaban las axilas.

—Bien. Dejémoslo por hoy. Pero volveré pronto. Creo que le estoy cogiendo gusto a esta puerta, ¿sabe usted? Sí, sí, esta puerta no está nada mal. Me gusta golpearla. Tengo la impresión de que me voy a poner nervioso si no vengo a llamar regularmente. La dejo entonces, señora Takai. ¡Hasta pronto!

A continuación se hizo el silencio. Parecía que el cobrador se había ido. Pero no se oyeron sus pasos alejándose. Tal vez fingía haberse marchado y seguía ante la puerta. Aomame agarró el bate aún con más fuerza, y esperó así unos dos minutos.

—Todavía estoy aquí —anunció el cobrador—. ¡Ja, ja, ja! ¿Pensaba que me había ido? Pues aquí sigo. La he engañado. Lo siento, señora Takai. Yo soy así.

Se oyó un carraspeo. Un carraspeo deliberadamente irritante.

—Llevo mucho tiempo en esta profesión. Con los años, me he vuelto capaz de ver al que está al otro lado de la puerta. En esto no la engaño. Mucha gente se esconde tras la puerta para no pagar su cuota de la NHK. Llevo mucho tiempo tratando con gente así. Oiga, señora Takai…

Llamó tres veces a la puerta con un vigor que hasta entonces no había mostrado.

—Oiga, señora Takai, se esconde usted con un arte que ni un lenguado bajo la arena del mar. A eso se le llama mimetismo. Pero no podrá pasarse toda la vida huyendo. Vendrá otro y abrirá esta puerta. No bromeo. Servidor, que ya es todo un veterano de la NHK, se lo garantiza. No importa lo bien que se esconda, porque el mimetismo, al fin y al cabo, no deja de ser un engaño. Y con engaños no se resuelve nada, se lo aseguro, señora Takai. Debo irme. Tranquila, que ahora no le miento. Me voy de verdad. Pero dentro de poco volveré. Cuando llamen a la puerta, sabrá que soy yo. Adiós, señora Takai, que le vaya bien.

Una vez más, no se oyeron pasos. Aomame esperó cinco minutos. Luego se acercó a la puerta y aguzó el oído. Echó un vistazo por la mirilla. No había

nadie. El cobrador parecía haberse marchado definitivamente.

Aomame apoyó el bate contra un armario de la cocina. Extrajo la bala de la recámara de la pistola, le puso el seguro y volvió a guardarla en el cajón de la cómoda, envuelta con una gruesa media. Luego se tumbó en el sofá y cerró los ojos. La voz del hombre todavía resonaba en sus oídos.

«Pero no podrá pasarse toda la vida huyendo. Vendrá otro y abrirá esta puerta. No bromeo».

Por lo menos sabía que no pertenecía a Vanguardia. Ellos siempre actuaban con mayor cautela y sin montar tanto jaleo. No vociferaban en el rellano de una vivienda, soltaban disparates y ponían a su presa sobre aviso. No era su estilo. A Aomame le vinieron a la mente el rapado y el de la coleta. Ellos se habrían acercado con sigilo, sin el menor ruido. Cuando se diera cuenta, ya los tendría a su espalda.

Aomame sacudió la cabeza y respiró con calma.

Quizá fuese realmente un cobrador de la NHK. Pero era extraño que no hubiera hecho caso del adhesivo que certificaba que pagaban la cuota por domiciliación bancaria. Ella misma, al enterarse, se había asegurado de que estaba pegado junto a la puerta. Tal vez el hombre sufriese algún trastorno mental. Con todo, sus palabras poseían un extraño realismo. «Es como si, en efecto, percibiera mi presencia a través de la puerta. Parece dotado de tal sensibilidad que es capaz de oler mi secreto o una parte de él. Pero no puede abrir la puerta y entrar. Sólo yo puedo abrirla. Y, ocurra lo que ocurra, yo no pienso hacerlo.

»No, eso no puedo asegurarlo. Tal vez en algún momento deba abrirla. Si Tengo se dejase ver una vez más en el parque, la abriría sin pensármelo dos veces y bajaría corriendo. Y me daría igual lo que me esté aguardando ahí afuera».

Aomame se recostó en la silla de jardín del balcón y, como de costumbre, se puso a observar el parque infantil a través de un resquicio. Una pareja de estudiantes de instituto vestidos de uniforme estaba sentada en el banco situado bajo el olmo de agua. Hablaban de algo con un rictus serio. Dos jóvenes madres vigilaban a sus hijos, demasiado pequeños para ir al parvulario, mientras éstos jugaban en el cajón de arena. Las dos charlaban de pie, animadamente, sin

apartar la vista de sus vástagos. La típica estampa de un parque por la tarde. Aomame clavó su mirada durante un buen rato en la cima despejada del tobogán.

Luego colocó las palmas de las manos sobre su bajo vientre. Entornó los ojos y, aguzando el oído, intentó escuchar la voz. Sin duda alguna, dentro de ella había algo, algo que tenía vida propia. Algo pequeño y que estaba vivo. Estaba segura.

«*Daughter*», probó a decir en voz baja.

«*Mother*», le respondió esa cosa.

9
TENGO

Antes de que se cierre la salida

Después de cenar *yakiniku*, los cuatro habían ido a cantar a un bar con karaoke donde vaciaron una botella de *whisky*. Eran casi las diez de la noche cuando dieron por terminada su fiesta, modesta pero animada. Cuando salieron del local, Tengo acompañó a Adachi hasta el edificio en que vivía. La parada del autobús que llevaba a la estación se encontraba cerca del edificio, y las otras dos enfermeras lo habían empujado discretamente a que acompañara a Adachi. Los dos caminaron por las calles desiertas, uno al lado del otro, durante unos quince minutos.

—¡Tengo, Tengo, Tengo! —canturreó Adachi—. Qué nombre más bonito… Tengo… Es tan fácil pronunciarlo…

Adachi había bebido bastante, pero como siempre tenía las mejillas sonrosadas, era difícil juzgar el grado de embriaguez sólo mirándole al rostro. Articulaba con claridad el final de las frases y no andaba con pasos vacilantes. No parecía borracha. Sin embargo, cada uno, cuando se emborracha, lo manifiesta a su modo.

—Pues a mí siempre me ha parecido un nombre raro —dijo Tengo.

—No tiene nada de raro. Tengo… Suena bien y es fácil de recordar. Sí señor, es un nombre estupendo.

—Por cierto, sé tu apellido, pero aún no me has dicho tu nombre. Aunque todas te llaman Kuu, ¿verdad?

—Kuu es un diminutivo. Me llamo Kumi Adachi. Un nombre bastante soso, ¿no crees?

—*Kumi Adachi* —probó a decir Tengo—. No está mal. Compacto y sin adornos superfluos.

—¡Vaya! —dijo Kumi Adachi—. Dicho así, parece que estés hablando de un Honda Civic.

—Era un piropo.

—Ya lo sé. Además, consumo poco… —bromeó, y le tomó de la mano—. ¿Te importa? Caminar juntos de la mano me relaja y, en cierto modo, me parece divertido.

—No me importa, claro que no —contestó Tengo.

Cuando Kumi Adachi lo cogió de la mano, se acordó de Aomame y del aula del colegio. El tacto era diferente. Pero, por alguna razón, tenían algo en común.

—Creo que estoy borracha —dijo Kumi Adachi.

—¿En serio?

—En serio.

Tengo se volvió para mirar el rostro de la enfermera y lo observó de perfil.

—Pues no pareces borracha.

—Porque no se me nota. Pero creo que estoy bastante borracha.

—Bueno, la verdad es que hemos pillado una buena cogorza.

—Es verdad. Hacía mucho que no bebía tanto.

—De vez en cuando no viene mal —dijo, repitiendo lo que le había dicho Tamura ese mismo día.

—Claro —dijo Kumi Adachi asintiendo con convicción—. Todo el mundo lo necesita de vez en cuando. Darse una buena comilona, tomarse unas copas, cantar a grito pelado y charlar de tonterías. A lo mejor tú también lo necesitabas. ¿A ti no te pasa que a veces, para escapar del engranaje, necesitas despejar la cabeza? Siempre se te ve tan tranquilo y serio…

Tengo reflexionó. ¿Había hecho algo para divertirse últimamente? No lo recordaba. Si no lo recordaba, seguramente querría decir que no. Tal vez lo que pasaba era que no solía sentir la necesidad de «escapar del engranaje».

—Quizá no demasiado —reconoció Tengo.

—Bueno, cada uno es como es.

—Cada uno tiene su forma de pensar y de sentir.

—Igual que de estar borracho —dijo la enfermera, y se rió entre dientes—. Pero todos lo necesitamos, y tú también.

—Puede ser —dijo Tengo.

Durante un rato, los dos caminaron de la mano sin decir nada. Tengo se había fijado en cómo había cambiado la manera de hablar de la chica. Cuando iba con el uniforme, le hablaba con más respeto. Sin embargo, al vestir ropa de a diario, quizá por culpa del alcohol, de pronto su tono se había vuelto más directo. Esa

manera de hablar campechana le recordaba a alguien. Alguien hablaba igual que ella. Alguien a quien había visto hacía relativamente poco.

—Oye, Tengo, ¿has probado el hachís?

—¿Hachís?

—Resina de cannabis.

Tengo aspiró el aire nocturno para luego exhalarlo.

—No, nunca.

—¿Te apetece probarlo? —sugirió Kumi Adachi—. Los dos juntos. Tengo en mi habitación.

—¿Tienes hachís?

—Sí, ¿a que no te lo esperabas?

—Pues no —contestó Tengo sin demasiado entusiasmo. Aquella enfermera joven de mejillas sonrosadas y aspecto saludable, que vivía en un pequeño pueblo en la costa de Boso, escondía hachís en su piso. Y ahora le proponía a Tengo fumarlo juntos—. ¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Una amiga de cuando iba al instituto me lo regaló el mes pasado por mi cumpleaños. Fue a la India y me lo trajo de recuerdo —dijo Kumi Adachi, balanceando con fuerza la mano de Tengo, como si fuera un columpio.

—El contrabando de cannabis está gravemente castigado por la ley. Y la policía japonesa no se anda con chiquitas: tienen perros adiestrados especializados en detectar hachís que recorren el aeropuerto sin descanso olfateándolo todo.

—Mi amiga no piensa en las consecuencias —dijo Kumi Adachi—. En fin, el caso es que consiguió pasar la aduana. ¡Venga, probémoslo juntos! Es muy puro y sube mucho. Me he informado un poco y, desde el punto de vista médico, no es muy peligroso. No se puede afirmar que no sea adictivo, pero nada que ver con la adicción que causa el tabaco, el alcohol o la cocaína. Las autoridades dicen que es peligroso porque crea mono, pero es un argumento un poco traído por los pelos. El *pachinko*[33] por ejemplo, es mucho más peligroso. Además, el hachís no da resaca y creo que te ayudará a desconectar.

—¿Tú lo has probado?

—Claro. Es muy divertido.

—Divertido —repitió Tengo.

—Cuando lo pruebes, entenderás lo que quiero decir —dijo Kumi Adachi con una risita—. ¿Sabes qué? La reina Victoria de Inglaterra fumaba marihuana

a modo de analgésico cuando tenía dolores menstruales muy fuertes. Se la recetaba su médico particular.

—¿De veras?

—No te miento. Está escrito en los libros.

Iba a preguntarle en qué libros, pero al final le dio pereza y desistió. No le apetecía nada oír hablar de los dolores menstruales de la reina Victoria.

—¿Cuántos años cumpliste el mes pasado? —le preguntó Tengo para cambiar de tema.

—Veintitrés. Ya soy una adulta.

—Claro —dijo Tengo. Él había cumplido treinta, pero nunca se había considerado un adulto. Para él, cumplir treinta años sólo quería decir que llevaba esos años viviendo en este mundo.

—Hoy mi hermana se ha ido a pasar la noche con su novio y no hay nadie en casa. Así que no molestamos a nadie. Vente a mi casa. Yo, como mañana libro, no tengo que madrugar.

Tengo no supo qué responder. La enfermera le resultaba simpática. Y, por lo visto, dado que lo había invitado a su casa, él también le caía bien a ella. Tengo miró hacia el cielo. Pero estaba cubierto por nubarrones grises y no se veía la Luna.

—El otro día, cuando fumé hachís por primera vez con mi amiga —dijo Kumi Adachi—, sentí como si mi cuerpo levitara. No muy alto; solamente a cinco o seis centímetros. Y me pareció genial estar flotando a esa altura. Era la justa.

—A esa altura, aunque cayeses, no te lastimarías.

—Sí, estaba tranquila porque no flotaba demasiado alto. Me sentía protegida. Como si me envolviera la crisálida de aire. Yo era la *daughter*, cubierta por la crisálida de aire, y fuera se entreveía a la *mother*.

—¿La *daughter*? —dijo Tengo, y añadió, serio y en voz baja—: *¿Mother?*

Mientras tarareaba una melodía, la joven enfermera caminaba por la calle desierta agitando con brío la mano con la que sujetaba la mano de Tengo. La diferencia de estatura entre los dos era notoria, pero Kumi Adachi parecía no haberse dado cuenta. De vez en cuando un coche pasaba a su lado.

—La *mother* y la *daughter*. Salen en la novela *La crisálida de aire*. ¿Has oído hablar de ella? —preguntó.

—Sí.

—¿La has leído?

Tengo asintió en silencio.

—Estupendo, así me ahorro explicaciones. Yo *adoro* ese libro. Me lo compré en verano y ya lo he leído tres veces. No suelo leer un libro tres veces. Y mientras fumaba hachís por primera vez en mi vida me pareció que era como si estuviera metida en la crisálida de aire. Estaba allí, cubierta por algo, esperando mi propio nacimiento. Y la *mother* velaba por mí.

—¿Podías ver a la *mother*? —preguntó Tengo.

—Sí. Desde el interior de la crisálida de aire se veía más o menos el exterior. Pero desde fuera no se ve lo que hay dentro. Parece que está construida de ese modo. Sin embargo, no llegué a distinguir bien las facciones de la *mother*. Los rasgos eran confusos. Pero sabía que era ella. Lo sentía claramente. Aquella persona era la *mother*.

—La crisálida de aire es, en resumidas cuentas, como un útero.

—Podría decirse así. Pero como tampoco recuerdo el momento en que estaba en el útero de mi madre, no puedo compararlos —dijo Kumi Adachi con otra risita.

Era un edificio de viviendas baratas de dos plantas, de los que abundan en las afueras de las ciudades de provincias. Parecía haber sido construido hacía relativamente poco tiempo, pero ya comenzaba a deteriorarse aquí y allá. Las escaleras externas chirriaban y las puertas no cerraban muy bien. Cuando pasaba cerca un camión pesado, los cristales de las ventanas temblaban. Las paredes tampoco parecían demasiado gruesas; si en uno de los pisos alguien tocara el bajo, por ejemplo, probablemente el edificio entero se convertiría en una caja de resonancia.

A Tengo el hachís no le atraía demasiado. Estando lúcido, el vivir en un mundo con dos lunas ya le causaba suficientes preocupaciones. ¿Qué necesidad había de distorsionar aún más el universo? Por otra parte, tampoco se sentía sexualmente atraído por Kumi Adachi. Era cierto que la enfermera de veintitrés años le resultaba simpática, pero la simpatía y el deseo sexual son dos cuestiones diferentes. Al menos, eso creía él. Por esa razón, si ella no hubiera mencionado las palabras *daughter* y *mother*, seguramente habría dado alguna excusa y habría declinado la invitación. Quizás habría cogido un autobús o, si no lo hubiese, habría llamado un taxi y habría vuelto al *ryokan*. Al fin y al cabo, se encontraba en el «pueblo de los gatos». Debía mantenerse alejado de lugares peligrosos. Sin

embargo, desde el momento en el que oyó las palabras *mother* y *daughter*, fue incapaz de rechazar la invitación. Tal vez Kumi Adachi pudiera explicarle, de algún modo, por qué Aomame se le había aparecido en forma de niña, dentro de la crisálida de aire, en la clínica.

Se notaba que el piso lo ocupaban dos hermanas veinteañeras. Tenía dos pequeños dormitorios y una cocina-comedor que daba a una pequeña salita. El mobiliario parecía proceder de distintos sitios, por lo que carecía de estilo y de personalidad. Encima de la mesa del comedor, de fórmica, habían colocado una llamativa lámpara Tiffany de imitación que quedaba fuera de lugar. Al abrir hacia los lados la cortina de florecitas, por la ventana Tengo divisó algunos huertos y, más allá, algo que parecía una arboleda oscura. Tenía buenas vistas, sin nada que estorbara la visión. El paisaje, sin embargo, no era demasiado cautivador.

Kumi Adachi indicó a Tengo que se sentara en el sofá de dos plazas que había en la salita. Un pequeño sofá rojo chillón, frente al cual había un televisor. Luego sacó una lata de cerveza Sapporo de la nevera y la dejó delante de él, junto con un vaso.

—Voy a ponerme algo más cómodo. Espera un momento, enseguida vuelvo.

Pero tardó bastante en regresar. Al otro lado de la puerta de su dormitorio, al que se llegaba por un angosto pasillo, de vez en cuando se oía cierto trajín. Como si la chica abriera y cerrara cajones de una cómoda que corrían mal. También se oyó el estruendo de un objeto al caer al suelo. Cada vez que oía un ruido, Tengo no podía evitar mirar hacia allí. Quizás estaba más borracha de lo que parecía. A través de la fina pared oyó en el piso contiguo voces procedentes de un televisor. No entendía lo que decían, pero parecía un programa de humor, ya que cada diez o quince segundos se oían las carcajadas del público. Tengo se dijo que debería haber rechazado la invitación. Pero, al mismo tiempo, en su interior, tenía la sensación de que había sido arrastrado de manera ineludible a aquel lugar.

El sofá era de mala calidad y el tapizado irritaba la piel. También debía de estar mal diseñado, porque por mucho que se retorciera, no conseguía encontrar una posición cómoda, y su malestar iba en aumento. Bebió un trago de cerveza y cogió el mando a distancia del televisor, que estaba sobre la mesa. Estudió el mando como si se tratase de una rareza y luego presionó un botón para encender el aparato. Tras zapear una y otra vez, se decidió por un reportaje sobre el ferrocarril australiano, que daban en la NHK. Comparado con el resto, era el

programa más silencioso. Con una música de oboe de fondo, una presentadora de voz serena mostraba un lujoso coche cama del ferrocarril que cruzaba Australia.

Sentado en el incómodo sofá, mientras, aburrido, seguía las imágenes de la pantalla con la mirada, Tengo pensaba en *La crisálida de aire*. Kumi Adachi no sabía hasta qué punto él había colaborado en la redacción de la novela. Pero no importaba. El problema era que él mismo, a pesar de haber descrito al detalle la crisálida de aire, apenas sabía nada sobre ella. Cuando se puso a reescribir *La crisálida de aire*, no tenía ni la más remota idea de qué era la crisálida de aire y de qué significaban *mother* y *daughter*, y ahora seguía sin tenerla. Aun así, a Kumi le había gustado el libro y se lo había leído tres veces. ¿Cómo era posible?

Kumi Adachi volvió cuando explicaban en qué consistía el menú del desayuno que ofrecían en el vagón restaurante. Se sentó en el sofá, al lado de Tengo. El asiento era estrecho, de modo que quedaron pegados, hombro contra hombro. Ella se había puesto una amplia camiseta de manga larga y unos pantalones cortos de algodón de colores claros. La camiseta tenía un gran *smiley* estampado. La última vez que Tengo había visto un *smiley* fue a principios de los años setenta. La época en que las ensordecedoras canciones de Grand Funk Railroad hacían temblar las gramolas. Sin embargo, no parecía una camiseta tan vieja. ¿Habría gente en alguna parte que siguiera fabricando camisetas con *smileys*?

Kumi Adachi fue a sacar otra cerveza de la nevera, tiró de la anilla, la destapó haciendo ruido, la vertió en un vaso y se bebió casi un tercio de un trago. Luego entornó los ojos como una gata satisfecha. A continuación, señaló la pantalla del televisor. El tren avanzaba recto sobre unos raíles tendidos entre grandes montañas rocosas de color rojizo.

—¿Dónde es eso?

—En Australia —respondió Tengo.

—Australia —repitió Kumi Adachi como si rebuscara en su memoria—. ¿Australia, en el hemisferio sur?

—Sí, donde hay tantos canguros.

—Una amiga mía estuvo en Australia —dijo Kumi frotándose el rabillo del ojo con un dedo—. Me contó que había ido justo en la época de apareamiento de los canguros y que, en una ciudad, pudo ver a los animales *en plena faena*. En un parque, en las calles, en todas partes.

Tengo pensó que debía decir algo sobre la anécdota, pero no se le ocurría

nada. Entonces apagó el televisor con el mando. De pronto se hizo el silencio en la salita. Cuando se dio cuenta, el sonido del televisor en el piso de al lado también había dejado de oírse. Excepto por el ocasional paso de algún vehículo por delante del edificio, era una noche silenciosa. Únicamente, si se prestaba atención, podía oírse a lo lejos un sonido que llegaba apagado. No sabía de dónde procedía, pero parecía seguir una cadencia regular. De vez en cuando se detenía y, tras una breve pausa, recomenzaba.

—Es un búho. Vive en un bosque cercano y de noche siempre ulula —dijo la enfermera.

—Un búho —repitió Tengo distraídamente.

Kumi Adachi inclinó la cabeza, la apoyó sobre el hombro de Tengo y sin decir nada le tomó una mano. Su cabello cosquilleó en el cuello de Tengo. El sofá seguía siendo muy incómodo. El búho ululaba insinuante en medio del bosque. A Tengo le pareció que sonaba como un mensaje de aliento y, a la par, una advertencia. O, también, como una advertencia alentadora. Era un sonido muy ambiguo.

—Dime, Tengo, ¿te parezco demasiado echada para adelante? —le preguntó Kumi Adachi.

Tengo no le contestó.

—¿No tienes novio? —preguntó a su vez.

—Ésa es una cuestión complicada —dijo ella con gesto serio—. Aquí los chicos decentes suelen irse a Tokio al terminar el instituto, porque en esta zona no hay buenas universidades ni trabajos dignos. ¡Qué se le va a hacer!

—Pero tú te has quedado.

—Sí. El sueldo no es ninguna maravilla y, para lo que pagan, es un trabajo pesado, pero la vida aquí me gusta. El único problema es que no es fácil encontrar novio, ¿sabes? Cuesta encontrar a la persona idónea.

Las agujas del reloj de pared indicaban que faltaba poco para las once: la hora límite para que no se encontrara cerrado el *ryokan*. Pero a Tengo le costaba levantarse de aquel incómodo sofá. Las fuerzas no le respondían. Quizá se debiera a la forma del sofá. O, tal vez, a que estaba más borracho de lo que creía. Se quedó contemplando la luz de la lámpara Tiffany de imitación, mientras entreoía el ulular del búho y notaba que el cabello de Kumi Adachi le cosquilleaba en el cuello.

Kumi Adachi canturreó una alegre canción mientras preparaba el hachís. Con una cuchilla de afeitar, raspó un pedazo negro de resina de cannabis, como si fueran virutas de bonito seco, lo embutió en una pequeña pipa de forma plana y, con cara de circunstancias, lo encendió con una cerilla. El peculiar humo dulzón flotaba en silencio por la sala. Primero fumó ella. Aspiró una buena calada, la aguantó en los pulmones durante bastante tiempo y luego la exhaló lentamente. Le indicó a Tengo por señas que hiciera lo mismo. Tengo cogió la pipa e imitó a Kumi. Mantuvo el humo en los pulmones todo el tiempo que pudo. Después lo expulsó despacio.

Se pasaron la pipa tomándose su tiempo. Ninguno de los dos decía una palabra. Los vecinos habían vuelto a encender la tele, y a través de la pared se oyeron de nuevo las voces del programa de humor. Esta vez el volumen estaba un poco más alto. El público que había acudido al estudio estallaba en carcajadas, que sólo se interrumpían durante los anuncios.

Estuvieron chupando de la pipa alternadamente durante cinco minutos, pero no ocurrió nada. El mundo que los rodeaba no dio muestras de haberse transformado. Los colores, las formas, los olores eran los mismos. El búho seguía ululando en medio de la arboleda y, al igual que antes, el cabello de Kumi le pinchaba en el cuello. Tampoco notaba que el sofá se hubiera vuelto más cómodo. El segundero del reloj seguía avanzando a la misma velocidad y, en la televisión, todavía se partían de risa con algún chiste. Una risa de esas que, por más que uno se ría, no proporcionan la felicidad.

—No noto nada —dijo Tengo—. A lo mejor es que a mí no me hace efecto…

Kumi Adachi le dio dos golpecitos en la rodilla.

—Tranquilo, es que tarda un poco.

Así fue. Al cabo de un rato, en su interior oyó un clic, como si hubieran accionado un interruptor secreto, y entonces en su cabeza algo blando se sacudió. Era como si moviesen un cuenco de gachas de arroz hacia los lados. Notó que sus sesos se zarandeaban. Era la primera vez que experimentaba eso: sentía el cerebro como una sustancia; percibía su viscosidad. El profundo ulular del búho le entró en los oídos, se mezcló con las gachas y ambos se fundieron por completo.

—Tengo un búho dentro de mí —dijo. Ahora el búho se había convertido en una parte de su mente. Una parte vital y difícil de separar del resto.

—El búho es el dios tutelar del bosque, lo sabe todo, y nos ofrecerá la sabiduría de la noche —dijo Kumi Adachi.

Pero ¿dónde y cómo debía buscar esa sabiduría? El búho estaba en todos lados y en ninguna parte.

—No se me ocurre ninguna pregunta que hacerle —dijo Tengo.

Kumi Adachi lo tomó de la mano.

—No hacen falta preguntas. Basta con que entres en el bosque. Así es mucho más fácil.

Volvieron a oírse las risas del programa de televisión, procedentes del otro lado de la pared. El público rompió en aplausos. Seguro que, fuera del alcance de las cámaras, uno de los asistentes de la cadena mostraba carteles hacia el público con indicaciones como RISA o APLAUSOS. Tengo cerró los ojos y pensó en el bosque. «Me adentraré en él. Las tenebrosas profundidades del bosque son el territorio de la Little People. Pero allí también está el búho. El búho lo sabe todo y me proporcionará la sabiduría de la noche».

De improviso, todos los sonidos cesaron. Era como si alguien se hubiera acercado por detrás de él y, sigilosamente, le hubiera puesto unos tapones en los oídos. Alguien, en algún lugar, había colocado una tapadera, y otra persona, en otro lugar, había destapado otra. La salida y la entrada se habían intercambiado.

En cuestión de segundos, Tengo se encontró en el aula de la escuela primaria.

Por la ventana abierta de par en par entraban las voces de los niños que jugaban en el patio. De pronto, una ráfaga de aire meció las cortinas blancas. A su lado, Aomame lo agarraba de la mano. Era la misma escena de siempre, pero había algo diferente. Todo lo que veían sus ojos había adquirido una textura granulosa de tal frescura y nitidez que apenas era reconocible. Distinguía vívidamente el contorno y la forma de las cosas, hasta en sus menores detalles. Estirando un poco la mano, podía tocarlo todo. Y el olor de aquella tarde de comienzos de invierno penetró con fuerza en sus fosas nasales. Como si hubieran arrancado bruscamente el manto que hasta entonces lo cubría. Olor real. Olor a una estación que materializaba sus recuerdos. Olor a pizarra, olor a la lejía que utilizaban para limpiar, olor a la hojarasca que, en un rincón del patio, quemaban en un incinerador: todos los olores se entremezclaban fundiéndose en uno. Cuando aspiraba esos olores hasta lo más hondo de sus pulmones, sentía que su corazón iba ensanchándose y haciéndose más profundo. La estructura de su cuerpo se reorganizaba en silencio. Sus latidos dejaban de ser sólo latidos.

Durante un instante, las puertas del tiempo se abrieron hacia su interior. La vieja luz se mezcló con la nueva luz. El viejo aire se mezcló con el nuevo aire.

«Son *esta* luz y *este* aire», pensó Tengo. Ahora sí, todo encajaba. O *casi* todo. «¿Cómo no he sido capaz de recordar estos olores hasta ahora? A pesar de ser tan sencillo. A pesar de que se encontraban en *este* mundo».

—Quería verte —le dijo a Aomame. La voz de Tengo sonaba distante y amortiguada. Pero, sin duda, era su voz.

—Yo también quería verte —le dijo la niña. Su voz se parecía a la de Kumi Adachi. La frontera entre la realidad y lo que imaginaba se había desdibujado. Cuando se esforzaba por discernir los lindes, el cuenco se inclinaba a un lado y los sesos reblandecidos se zarandeaban.

—Debí haber empezado a buscarte mucho antes. Pero no pude.

—Todavía hay tiempo. Puedes encontrarme —dijo la niña.

—¿Cómo puedo encontrarte?

No hubo respuesta. La respuesta no se expresaba con palabras.

—Pero puedo buscarte —dijo Tengo.

—Porque una vez yo te encontré.

—¿Me encontraste?

—Búscame —dijo la niña—. Ahora que aún hay tiempo.

La cortina blanca osciló suavemente sin hacer ruido, como el espectro de alguien que no pudo huir a tiempo. Eso fue lo último que vio Tengo.

Cuando volvió en sí, estaba echado en una estrecha cama. Habían apagado la luz y el resplandor de las farolas de la calle que entraba por un resquicio de las cortinas iluminaba débilmente la habitación. Estaba en camiseta y *boxers*. Kumi Adachi sólo llevaba la camiseta del *smiley*. Debajo de la camiseta, que le quedaba grande, no llevaba nada. Su blando pecho rozaba a través de la camiseta el brazo de Tengo. En su mente todavía resonaba el canto del búho. Incluso ahora, la arboleda permanecía en su interior. El bosque nocturno se hallaba dentro de él.

Aun estando en la cama con la joven enfermera, Tengo no sentía ningún deseo. Kumi Adachi tampoco parecía tener muchas ganas de hacer el amor. Solamente recorría su cuerpo con las manos y emitía una risilla. Tengo no entendía qué le parecía tan gracioso. Quizás alguien, en alguna parte, hubiera sacado un cartelito con la indicación «RISAS».

«¿Qué hora será?». Irguió la cabeza en busca de algún reloj, pero no vio relojes por ninguna parte. De súbito, Kumi Adachi dejó de reír y rodeó con sus

brazos el cuello de Tengo.

—Yo volví a la vida. —El tibio aliento de Kumi Adachi le acarició la oreja.

—Volviste a la vida —repitió Tengo.

—Es que yo ya morí una vez.

—Moriste una vez —reiteró él.

—Una noche en que cayó una lluvia fría —dijo ella.

—¿Por qué te moriste?

—Para resucitar de esta forma.

—Resucitaste —dijo Tengo.

—Más o menos —susurró ella—. Bajo distintas formas.

Tengo reflexionó sobre lo que acababa de decir la chica. ¿Qué narices significaba *resucitar más o menos, bajo distintas formas*? De su sesera, reblandecida y pesada, rebosaban brotes de vida, como en un mar primigenio. Sin embargo, nada de eso lo conducía a ninguna parte.

—¿De dónde saldrá la crisálida de aire?

—Ésa es una pregunta equivocada —dijo Kumi Adachi, y se rió.

La enfermera se contorsionó sobre el cuerpo de Tengo. Éste pudo sentir el pubis de la chica sobre su muslo. Tenía un vello denso y oscuro. Parecía una parte más de su pensamiento, también denso y oscuro.

—¿Qué hace falta para volver a la vida? —preguntó Tengo.

—El principal problema de la resurrección —anunció la menuda enfermera como si fuera a revelar un secreto— es que uno no puede resucitar para sí mismo. Sólo puede hacerlo por otro.

—Eso era a lo que te referías con *más o menos* y *bajo distintas formas*.

—Debes irte de aquí cuando amanezca. Antes de que se cierre la salida.

—Debo irme de aquí cuando amanezca —repitió Tengo.

Ella volvió a rozar el muslo de Tengo con su abundante vello púbico. Parecía que pretendía dejar algún tipo de *señal*.

—La crisálida de aire no viene de ninguna parte. Por mucho que la esperes, no vendrá.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya morí una vez —dijo ella—. Morir es doloroso. Duele más de lo que crees. Y te sientes inmensamente solo. Tan solo que parece imposible que alguien pueda sentir tanta soledad. Recuérdalo. Pero ¿sabes?, al fin y al cabo, lo que no muere no puede resucitar.

—Lo que no muere no puede resucitar —dijo Tengo.

—Sin embargo, viviendo nos dirigimos hacia la muerte.

—Viviendo nos dirigimos hacia la muerte —repitió él, incapaz de comprender qué pretendía decirle Adachi.

La cortina blanca seguía meciéndose con el viento. En el aire del aula se mezclaban los olores de la pizarra y de la lejía. El olor del humo que producía la hojarasca al arder. Alguien practicaba con una flauta. Ella lo sujetaba con fuerza de la mano. De cintura para abajo él sentía una dulce punzada. Sin embargo, no tenía una erección. «Eso vendrá después». La palabra «después» le prometía la eternidad. La eternidad era un largo palo que se extendía hasta el infinito. El cuenco se inclinó de nuevo, y los sesos, reblandecidos, se bambolearon.

Al despertarse, a Tengo le llevó un rato recordar dónde estaba. Tardó en retroceder hasta lo que había ocurrido la víspera. El sol de la mañana penetraba por un hueco entre las cortinas floreadas y, fuera, los pájaros trinaban con bullicio. La cama era muy estrecha y había pasado la noche en una posición incomodísima. Le asombró que hubiera conseguido dormir bien. Junto a él había una joven. Dormía como un tronco, con un lado de la cara pegado a la almohada. El cabello le cubría la otra mejilla, como la exuberante hierba estival empapada por el rocío de la mañana. «Kumi Adachi», pensó Tengo. La joven enfermera que acababa de cumplir veintitrés años. El reloj de pulsera de Tengo se había caído al suelo, a un lado de la cama. Las agujas marcaban las siete y veinte. Las siete y veinte de la mañana.

Salió de la cama despacio para no despertar a la enfermera y echó un vistazo por el hueco entre las cortinas. En el exterior se veían campos de repollos. Las verduras formaban hileras sobre la tierra negra, cada repollo bien acurrucado en el surco. Más allá se encontraba la arboleda. Tengo recordó el búho. La noche anterior el búho había ululado allí. La sabiduría de la noche. Tengo y Kumi habían fumado hachís mientras oían su canto. Todavía sentía el denso vello púbico de la chica en el muslo.

Fue a la cocina y bebió agua del grifo con la palma de las manos. Tenía tanta sed que, por más que bebía, no lograba saciarla. Aparte de eso, nada había cambiado. No le dolía la cabeza ni sentía flojera. Tenía la mente despejada. Sólo se sentía como si el interior de su cuerpo estuviera perfectamente ventilado; como si se hubiera convertido en un sistema de canalización limpiado a fondo por manos expertas. Luego fue al lavabo en camiseta y *boxers* y meó largamente.

No se reconoció en el rostro que se reflejó en el espejo. Aquí y allá, tenía el pelo alborotado. Además, necesitaba un afeitado.

Volvió al dormitorio a buscar su ropa. Sus prendas estaban mezcladas con las de Kumi Adachi, todas ellas desparramadas por el suelo. No recordaba cuándo ni cómo se había desvestido. Encontró los calcetines, se enfundó los vaqueros y se puso la camisa. En plena faena, pisó un gran anillo de aspecto barato. Lo recogió y lo dejó sobre la mesita de noche. Luego se puso el jersey de cuello redondo y cogió su cortavientos. Comprobó que llevaba la cartera y las llaves en el bolsillo. La enfermera dormía a pierna suelta, tapada casi hasta las orejas. Apenas se la oía respirar. ¿Debía despertarla? No creía que hubieran hecho nada, pero, en cualquier caso, habían compartido la misma cama. No sería muy cortés largarse sin despedirse. Pero estaba profundamente dormida y le había dicho que ese día libraba en el trabajo. Si la despertase, ¿qué harían luego los dos?

Delante del teléfono encontró papel para notas y un bolígrafo. Escribió: «Gracias por lo de anoche. Me lo pasé muy bien. Vuelvo al *ryokan*. Tengo». Y añadió la hora que era. Dejó la nota sobre la mesita de noche, con el anillo que había recogido un momento atrás como pisapapeles. Luego se calzó sus desgastadas zapatillas deportivas y salió del piso.

Después de caminar un rato, encontró una parada de autobús y, tras cinco minutos de espera, llegó el autobús que iba hasta la estación. Se subió y, rodeado por un grupo de alumnos de instituto que armaban mucho barullo, no se apeó hasta llegar a la terminal. Pese a que regresaba pasadas las ocho de la mañana con las mejillas oscurecidas por una barba rala, los empleados del *ryokan* no dijeron nada. No debía de resultarles particularmente extraño. Callados, le prepararon el desayuno en un periquete.

Mientras se tomaba el desayuno caliente y bebía té, recordó lo que había sucedido la víspera. Las tres enfermeras lo habían invitado a ir con ellas a cenar *yakiniku*. Luego habían entrado en un bar cercano y habían cantado en el karaoke. Más tarde fue al piso de Kumi Adachi, donde fumó hachís hindú mientras ululaba un búho. Había sentido cómo sus sesos se convertían en unas gachas blandas y calientes. Sin apenas darse cuenta, se encontró a comienzos de diciembre, en el aula de la escuela primaria; allí aspiró diversos olores e intercambió unas palabras con Aomame. Después, en la cama, Kumi Adachi le había hablado sobre la muerte y la resurrección. Hubo una pregunta errónea y varias respuestas ambiguas. El búho seguía ululando en el bosque y la gente se partía de risa en el programa de televisión.

Su memoria tenía ciertas lagunas. Sobre todo, en lo relativo a la crisálida. Pero las partes que recordaba tenían una nitidez asombrosa. Podía rememorar cada palabra mencionada. Tengo recordaba lo último que Kumi le había dicho. Era un consejo y una advertencia:

«Debes irte de aquí cuando amanezca. Antes de que se cierre la salida».

Ciertamente, quizás había llegado el momento de irse. Se había tomado unas vacaciones y había ido a aquel pueblo para poder encontrarse de nuevo con la Aomame de diez años que yacía dentro de la crisálida de aire. Y durante casi dos semanas había visitado a diario la clínica y le había leído libros a su padre. Pero la crisálida de aire no había aparecido. En contrapartida, cuando ya casi se daba por vencido, Kumi Adachi le había brindado una visión diferente. Tengo había vuelto a encontrarse con la Aomame niña y había podido hablar con ella. «Búscame, ahora que aún hay tiempo», le había dicho la niña. Bien pensado, quizá quien le había dicho eso había sido Kumi Adachi. No podía distinguir quién de las dos había hablado. Pero daba igual. Kumi había resucitado después de morir. No para sí misma, sino para otra persona. En cualquier caso, Tengo decidió creer todo lo que había escuchado. Eran cosas importantes. Tal vez.

Estaba en el «pueblo de los gatos». Un lugar donde había algo que sólo podía conseguirse allí. Por eso había tomado el tren y se había desplazado tantos kilómetros. Pero todo lo que se conseguía allí comportaba un riesgo. Si hacía caso de las insinuaciones de Kumi Adachi, podía incluso tener consecuencias mortales. «Por el picor que noto en mis pulgares, sé que algo infame se acerca».

Tenía que regresar a Tokio. Mientras la salida no se cerrase, mientras el tren permaneciese detenido en la estación. Pero antes debía acercarse a la clínica. Necesitaba despedirse de su padre. Le quedaba algo por hacer.

10
USHIKAWA

Reunir pruebas sólidas

Ushikawa se desplazó hasta Ichikawa. Se sentía como si hubiera salido de excursión, pero lo cierto era que la ciudad de Ichikawa, tras cruzar el río y entrar en la prefectura de Chiba, se encontraba a un paso, no muy lejos del centro de Tokio. Cogió un taxi delante de la estación de tren y le dio al taxista el nombre de una escuela primaria. Les llevó poco más de una hora llegar al colegio. Finalizada la pausa del mediodía, las clases vespertinas ya habían comenzado. Se oían las voces de un coro procedentes del aula de música y, en el patio, unos alumnos jugaban al fútbol durante la clase de educación física. Entre gritos, los niños perseguían el balón.

Ushikawa no poseía ningún buen recuerdo de su paso por la escuela. Se le daban mal los deportes, y más aún los juegos de pelota. Era bajito, torpe y tenía astigmatismo. Además, era lento de reflejos. La clase de educación física era una pesadilla para él. En el resto de las asignaturas, en cambio, sacaba notas excelentes. Era inteligente y muy estudioso (lo demostraba el que hubiera aprobado a los veinticinco años el duro examen de Estado que le permitía ejercer la abogacía). Pero no le caía bien a nadie; nadie le tenía respeto. Quizás, entre otros motivos, porque no se le daba bien el ejercicio físico. Sus facciones, claro está, eran otra fuente de problemas. Desde niño había tenido la cara ancha, mala vista y la cabeza deforme. Los labios, gruesos, le caían hacia las comisuras, por lo que daba la impresión de que en cualquier momento iba a ponerse a babear (aunque eso nunca ocurriera). Tenía el cabello rizado e indomable.

Ya desde la escuela primaria había sido un chico taciturno. Sabía que, si quería, podía ser elocuente. Pero no tenía a nadie con quien hablar en confianza, ni se le presentaban ocasiones para desplegar ese talento. De modo que siempre estaba callado. Y prestaba mucha atención a lo que otros dijeran. Trataba de extraer conocimientos de todo lo que oía. Esa costumbre se había convertido en

una valiosa herramienta que le había proporcionado muchas verdades preciadas. Los seres humanos, en su mayoría, eran incapaces de pensar por sí mismos: ésa era una de las «verdades preciadas» que había aprendido. Y quien no pensaba, no sabía escuchar a los demás.

En cualquier caso, la época escolar era una etapa de su vida que no le apetecía recordar. Se deprimió sólo de pensar que tenía que visitar un colegio. Quizás había alguna diferencia entre los colegios de las prefecturas de Saitama y Chiba, pero todas las escuelas primarias del país se parecían. Las instalaciones eran similares y todos los centros se regían por los mismos principios. Con todo, Ushikawa dejó a un lado sus recelos y viajó hasta aquella escuela de Ichikawa. Allí había algo importante que no podía dejar en manos de otros. Llamó por teléfono a la secretaría del colegio y consiguió una cita con algún responsable a la una y media.

La subdirectora era de pequeña estatura y tendría unos cuarenta y cinco años. Era esbelta, bien parecida y cuidaba de su vestimenta. «¿Subdirectora? ¿Hay ahora subdirectores?». Ushikawa torció el cuello sorprendido. Era la primera vez que oía hablar de ese cargo en una escuela primaria. Pero hacía ya una eternidad que había pasado por la escuela. Seguro que, entretanto, muchas cosas habían cambiado. Cuando vio a Ushikawa, la mujer, al contrario de la mayoría de personas, no pareció sorprendida, a pesar de la facha poco común, por así decirlo, de Ushikawa. Quizá lo disimulaba por educación. La subdirectora lo condujo a una pulcra sala de visitas y le ofreció asiento. Ella se sentó en la silla de enfrente y le dirigió una amplia sonrisa. Parecía preguntarse qué clase de agradable conversación iban a entablar los dos a continuación.

A Ushikawa aquella mujer le recordó a una niña de su clase en la escuela primaria. Era guapa, amable, responsable, y sacaba buenas notas. También era educada y, además, tocaba muy bien el piano. En realidad, era el ojito derecho de los profesores. Durante las clases, Ushikawa solía observarla. Sobre todo, de espaldas. Pero nunca había llegado a hablar con ella.

—¿Así que busca usted información sobre un exalumno de este colegio? —inquirió la subdirectora.

—Perdone, lo había olvidado —dijo Ushikawa entregándole una tarjeta de visita. Era la misma tarjeta que le había dado a Tengo, la que rezaba: «Presidente titular de la fundación Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las

Artes de Japón». Ushikawa le contó a la mujer prácticamente la misma historia que, meses atrás, le había contado a Tengo: que Tengo Kawana, exalumno del colegio, profesor y escritor, se contaba entre los candidatos de ese año para recibir una subvención de la fundación. Que buscaba información sobre él.

—¡Maravilloso! —afirmó risueña la subdirectora—. Para la escuela también será un honor. Colaboraremos de buena gana en todo lo que podamos.

—Si fuera posible, me gustaría hablar con algún maestro que haya impartido clases a Tengo —dijo Ushikawa.

—Voy a informarme. Como pasó por aquí hace veinte años, puede que se hayan jubilado.

—Muchísimas gracias —dijo Ushikawa—. Y querría saber algo más, si es posible.

—¿El qué?

—Una niña llamada Masami Aomame debió de estar matriculada en el mismo curso que Tengo Kawana. ¿Podría averiguar si iban a la misma clase?

La subdirectora mostró cierta extrañeza.

—Esa Aomame, ¿tiene algo que ver con la subvención del señor Kawana?

—No, no. Simplemente, en una de las obras de Tengo Kawana se describe a un personaje que podría estar inspirado en ella y consideramos necesario despejar algunas dudas. Es una cuestión secundaria. Una simple formalidad.

—Ya veo. —La subdirectora alzó ligeramente las comisuras de sus bellos labios—. Espero que entienda que no podemos facilitar información que afecte a la privacidad de nuestros alumnos. Por ejemplo, el expediente académico o informes sobre las circunstancias familiares.

—Lo comprendo perfectamente. Yo sólo deseo saber si ella estuvo o no en la misma clase que Tengo Kawana. Y, si es posible, le agradecería que me facilitase el nombre del tutor de su clase por aquel entonces y una dirección donde poder localizarlo.

—De acuerdo. Si sólo es eso, no creo que haya problema. ¿Ha dicho usted Aomame?

—Sí. Se escribe con los ideogramas de «verde» y «legumbre». Un apellido inusual.

Con un bolígrafo, Ushikawa anotó en un papelito: «Masami Aomame», y se lo tendió a la subdirectora. Ella lo tomó y, tras observarlo durante unos segundos, abrió una carpeta que tenía encima de la mesa y guardó el papelito en un bolsillo de la carpeta.

—¿Podría esperar aquí unos minutos? Voy a buscar en los archivos de la secretaría y vuelvo. Pediré al encargado que fotocopie la información que se pueda hacer pública.

—Muchas gracias y perdone las molestias —dijo Ushikawa.

Cuando la subdirectora salió de la sala, el ruedo de su falda acampanada onduló bellamente. Caminaba erguida y con andares distinguidos. Iba también muy bien peinada. Había acumulado años con mucha gracia. Ushikawa corrigió su postura en la silla y mató el tiempo leyendo un libro que llevaba consigo.

La subdirectora regresó al cabo de quince minutos. Sujetaba un sobre marrón contra el pecho.

—Parece ser que Tengo Kawana era un alumno aventajado. Sacaba las mejores notas de la clase e incluso destacó como deportista. Se le daban bien las matemáticas, en particular la aritmética; en primaria ya resolvía problemas para alumnos de instituto. Ganó algún concurso y también salió en los periódicos. Lo consideraban un niño prodigio.

—¡Asombroso! —dijo Ushikawa.

—Llama la atención que, si de niño fue un prodigio de las matemáticas, de adulto sobresalga en el mundo de la literatura.

—Un gran talento se puede manifestar de diferentes formas, como una vasta vena de agua subterránea que encuentra muchas maneras de brotar, ¿no cree? En la actualidad escribe novelas al tiempo que enseña matemáticas.

—Ya veo —dijo la subdirectora formando un bello ángulo con las cejas—. En cambio, sobre Masami Aomame no he podido averiguar mucho. En quinto curso se cambió de centro. Al parecer, un familiar suyo que vivía en Tokio, en el barrio de Adachi, se hizo cargo de ella y la matricularon en la escuela primaria de allí. En tercero y cuarto curso, ella y Tengo coincidieron en la misma clase.

«Exactamente como sospechaba», se dijo Ushikawa para sus adentros. Estaba claro que había una conexión entre los dos.

—Una maestra llamada Ōta, la señora Toshie Ōta, fue la tutora de esos cursos. Ahora da clases en la escuela primaria municipal de Narashino.

—Quizá pueda verla si llamo a esa escuela.

—Ya he llamado yo —dijo la subdirectora, con una leve sonrisa—. Me ha dicho que, si se trataba de algo así, estaría encantada de hablar con usted.

—Se lo agradezco mucho —dijo Ushikawa. Además de guapa, era rápida y

eficaz.

La mujer le entregó a Ushikawa su tarjeta de visita, en cuyo reverso había anotado el nombre de la maestra y el número de teléfono de la escuela de Tsudanuma, en la ciudad de Narashino. Ushikawa la guardó cuidadosamente en su billetera.

—He oído que Masami Aomame creció en un ambiente muy religioso —añadió él—. Eso es algo que en cierta medida nos preocupa…

A la subdirectora se le ensombreció el semblante y en el rabillo del ojo se le formaron unas pequeñas arrugas. Esas sutiles, fascinantes e intelectuales amigas que sólo tienen las mujeres cultivadas de mediana edad.

—Lo siento, pero ése es un asunto sobre el que no podemos discutir aquí —replicó ella.

—Supongo que porque son cuestiones que afectan a la privacidad de esa persona —dijo Ushikawa.

—Efectivamente. Los asuntos relacionados con la religión son particularmente delicados.

—Pero quizá pueda hablar de ello con la señora Ōta.

La subdirectora inclinó un poco su fino mentón hacia la izquierda, con una expresiva sonrisa en los labios.

—Si la señora Ōta quiere hablar de ello con usted *a título personal*, nosotros no tenemos nada que objetar.

Ushikawa se levantó y le dio amablemente las gracias. La subdirectora le entregó el sobre.

—Son fotocopias de alguna documentación. Principalmente sobre el señor Tengo Kawana. También incluye algo sobre la señora Aomame. Espero que le sirvan.

—Seguro que serán de gran ayuda. Se lo agradezco de corazón.

—Cuando se decida algo con respecto a la subvención, hágamelo saber, por favor. Para el colegio también sería un orgullo.

—Estoy convencido de que el resultado va a ser positivo —dijo Ushikawa—. He hablado con Tengo en varias ocasiones y ciertamente es un chico brillante y prometedor.

Ushikawa entró en un restaurante situado frente a la estación de Ichikawa y comió algo ligero. Entretanto, echó un vistazo a los documentos que había en el

sobre. Contenía un escueto resumen, sin entrar en pormenores, de los expedientes de Tengo y Aomame. La subdirectora también había adjuntado datos sobre los logros académicos y deportivos de Tengo. En efecto, debía de haber sido un alumno sobresaliente. Seguro que, para él, la escuela nunca había sido una pesadilla. Había fotocopias de artículos de periódico en los que se hablaba de los concursos de aritmética que había ganado. Eran viejos y no se leían muy bien, pero salía una fotografía de cuando Tengo era un chaval.

Una vez terminado el almuerzo, llamó al colegio de Tsudanuma. Habló con Toshie Ōta y quedaron en la escuela a las cuatro. Ella le dijo que a esa hora podrían hablar con calma.

«Aunque sea por trabajo, ¡mira que tener que visitar dos colegios en un día!», se lamentó Ushikawa con un suspiro. Sólo de pensarlo ya se sentía alicaído. Pero hasta ese momento su viaje había dado frutos. Sabía que Tengo y Aomame habían coincidido dos años en la misma clase. Era un gran avance.

Tengo había ayudado a Eriko Fukada a transformar *La crisálida de aire* en una obra literaria que se había convertido en un *best seller*. Aomame había asesinado en secreto al padre de Eriko Fukada, Tamotsu Fukada, en una habitación del Hotel Okura. Ambos parecían perseguir un mismo objetivo: atacar a la organización Vanguardia. Quizás actuasen conjuntamente. Pensar eso sería lo lógico.

Sin embargo, lo mejor era no revelárselo todavía a los dos guardaespaldas de Vanguardia. A Ushikawa no le gustaba dar información en pequeñas cantidades. Prefería acumular datos, verificar minuciosamente las informaciones y, tras reunir pruebas sólidas, presentarlas: «Esto es lo que ocurrió». Había adquirido esa teatral costumbre en los tiempos en que ejercía la abogacía. Se mostraba humilde para que el otro se confiara y entonces, cuando todo se acercaba a su desenlace, sacaba a relucir la verdad irrefutable y le daba la vuelta a la tortilla.

Mientras se dirigía en tren a la escuela de Tsudanuma, Ushikawa barajó distintas hipótesis.

Puede que Tengo y Aomame mantuvieran una relación íntima. Era improbable que fuesen novios desde los diez años, pero cabía la posibilidad de que se hubieran reencontrado tiempo después y hubieran empezado a salir juntos. Y, bajo ciertas circunstancias —que todavía le eran desconocidas—, habrían aunado fuerzas con el fin de destruir Vanguardia. Ésa era una de las hipótesis.

Sin embargo, por lo que había podido comprobar, nada indicaba que existiera

tal relación entre Tengo y Aomame. El joven mantenía relaciones sexuales de forma regular con una mujer casada diez años mayor que él. Conociendo la personalidad de Tengo, no creía que, si estuviera profundamente unido a Aomame, pudiese mantener una relación carnal continuada con otra mujer. No tenía la habilidad para hacerlo. Tiempo atrás, Ushikawa había dedicado dos semanas a estudiar los patrones de comportamiento de Tengo. Tres días a la semana enseñaba matemáticas en una academia preparatoria y pasaba el resto de los días encerrado en su piso. Tal vez escribiera. Apenas salía, salvo para hacer la compra o dar un paseo. Llevaba una vida sencilla y austera. No había encontrado ningún punto oscuro o incoherente. Fuera como fuese, Ushikawa no creía que Tengo hubiera participado en una conspiración que incluía un asesinato.

Tengo le caía bien. Era un joven humilde, de carácter franco. Un tipo con un gran sentido de la autonomía, que no dependía de los demás. Era un poco lento, como suele ocurrirles a las personas corpulentas, pero no era excesivamente reservado ni tenía mala baba. Era de los que, cuando se deciden, echan a andar hacia delante y no se desvían de su camino. No parecía tener madera de abogado o de agente de valores; seguro que enseguida le habrían echado la zancadilla y habría acabado cayendo en el momento crítico. Pero como profesor de matemáticas y escritor debía de desempeñarse bastante bien. Aunque fuera poco sociable y le faltase labia, cierta clase de mujeres se sentían atraídas por él. Sintetizando: estaba hecho de una pasta totalmente diferente a la de Ushikawa.

En cambio, de Aomame apenas sabía nada. Únicamente que había nacido en una familia de devotos fervientes de la Asociación de los Testigos y que, desde que tenía uso de razón, la habían llevado en sus labores de proselitismo. En quinto de primaria renunció a la fe y fue acogida por un pariente que residía en Adachi. Quizá se había visto incapaz de aguantar más. Por fortuna, gozaba de una buena forma física y, a partir de la secundaria, había sido una destacada jugadora de sófbol. Llamó la atención de la gente. Gracias a ello le concedieron una beca con la que pudo matricularse en la Facultad de Ciencias del Deporte. Ésos eran los datos que Ushikawa había obtenido.

Pero nada sabía de su carácter, de su manera de pensar, de sus virtudes y defectos o de la vida que llevaba. Lo único que tenía era una mera retahíla de datos biográficos.

Con todo, al ir acumulando en su mente los datos de Aomame y Tengo, se había dado cuenta de que tenían cosas en común. En primer lugar, ambos habían

vivido una infancia no muy feliz. Aomame, como muchos niños de la Asociación de los Testigos, recorría los barrios con su madre con el fin de difundir su religión. Iban llamando al timbre casa por casa. Y el padre de Tengo era cobrador de la NHK. Un trabajo que también requería ir de puerta en puerta. ¿Llevaría también él a su hijo en su recorrido, igual que las madres de la Asociación de los Testigos? Tal vez sí. Si Ushikawa hubiese sido el padre de Tengo, probablemente lo hubiera hecho. Acompañado de su hijo habría recaudado más y, de paso, se habría ahorrado pagar a alguien para que lo cuidara; habría matado dos pájaros de un tiro. Pero para Tengo no debió de ser una experiencia agradable. Quién sabe si los dos niños no se habían cruzado en las calles de Ichikawa.

Tanto Tengo como Aomame se habían esforzado desde que tenían uso de razón y, gracias a ello, habían conseguido una beca deportiva que les había permitido alejarse de sus padres. Ambos eran excelentes deportistas. Ambos eran inteligentes. Pero, por otra parte, sus circunstancias los *obligaban a ser excelentes*. Prácticamente, sólo podían asegurarse la independencia descollando en el deporte. Era un preciado billete para la supervivencia. Su forma de pensar y de enfrentarse al mundo eran completamente diferentes de las de un niño o una niña normales.

«Pensándolo bien, en este aspecto se parecen a mí», se dijo. Dado que procedía de un hogar pudiente, nunca necesitó conseguir becas y jamás le había faltado dinero para sus gastos. Pero para poder entrar en una universidad de primera categoría y aprobar las oposiciones al cuerpo de Justicia tuvo que hincar los codos. Igual que Tengo y Aomame. No tenía tiempo para salir de juerga, como muchos de sus compañeros. Se aplicó en los estudios, renunciando a cualquier forma de diversión mundana, algo que, aunque él lo buscase, nunca conseguía con facilidad. Su alma oscilaba impetuosamente entre un complejo de inferioridad y otro de superioridad. A menudo pensaba que, por así decirlo, era como Raskólnikov; salvo que él nunca se había encontrado con Sonia.

«Pero basta de pensar en mí. A estas alturas no voy a conseguir cambiar nada. Volvamos a Tengo y Aomame».

Si, años después de coincidir en el colegio, Tengo y Aomame se hubieran encontrado por casualidad, seguro que les habría sorprendido saber todo lo que tenían en común. Estaba claro que tendrían mucho que contarse. Y quizás ambos se sentirían fuertemente atraídos. Ushikawa podía imaginarse la escena con

claridad. Un encuentro fortuito marcado por el destino. La culminación definitiva de una romántica historia de amor.

¿Se había producido ese encuentro? ¿Había surgido esa historia de amor? Eso, por supuesto, Ushikawa no lo sabía. Pero pensar que se habían reencontrado tenía sentido. Tal vez por eso habían aunado sus fuerzas para atacar a Vanguardia. Cada uno con sus armas: Tengo valiéndose de su pluma y Aomame usando, quizás, alguna técnica especial. Esa hipótesis, no obstante, no acababa de convencer a Ushikawa, aunque reconocía que era verosímil.

Si los uniera una relación tan profunda, habría sido imposible mantenerla en secreto. Los encuentros marcados por el destino tienen consecuencias selladas también por el destino, y eso no hubiera escapado a los ojos atentos de Ushikawa. Tal vez Aomame lo ocultara. Pero a Tengo le sería imposible.

Ushikawa, por lo general, se guiaba por la lógica. Nunca avanzaba sin pruebas. Pero también creía en el olfato que la naturaleza le había dado. Y ese olfato decía que no con la cabeza a la posibilidad de que Tengo y Aomame hubieran tramado un complot. Lo hacía con movimientos apenas perceptibles pero insistentes. ¿Y si ninguno de los dos supiera nada del otro? ¿No sería su relación simultánea con Vanguardia una mera *casualidad*?

Aunque resultara una coincidencia improbable, a Ushikawa esa hipótesis le cuadraba mejor que la teoría del complot. Ambos habían golpeado a Vanguardia al mismo tiempo por casualidad, cada uno desde diferentes posiciones, llevados por diferentes motivos y persiguiendo distintos objetivos. Eran dos argumentos de desarrollo distinto que corrían paralelos.

Pero ¿aceptarían los de Vanguardia así como así esa hipótesis, por atinada que fuera? «Ni en broma», pensó Ushikawa. Sin duda, se aferrarían a la teoría del complot sin pensárselo dos veces. Después de todo, a esos tipos les gustaba todo lo que tuviera que ver con conspiraciones. Antes de ofrecerles esa información sin elaborar, necesitaba reunir más pruebas sólidas. De lo contrario, sólo conseguiría inducirlos a error y, de paso, él mismo saldría perjudicado.

En el tren que lo llevaba de Ichikawa a Tsudanuma, Ushikawa no dejó de reflexionar. Entretanto, seguramente fruncía el rostro, suspiraba o miraba al infinito sin darse cuenta. De pronto, vio que una colegiala sentada frente a él lo observaba con extrañeza. Para ocultar su azoramiento, Ushikawa sonrió y se pasó la palma de la mano por su cabeza calva y deforme. Sin embargo, el gesto pareció asustar a la niña. Al llegar a la estación de Nishifunabashi, la colegiala se levantó de pronto y rápidamente fue a sentarse a otra parte.

Finalizadas las clases, habló con la maestra Toshie Ōta en una de las aulas del colegio. Debía de rondar los cincuenta y cinco años. Su aspecto era diametralmente opuesto al de la refinada subdirectora de la escuela de Ichikawa. Achaparrada, vista desde atrás tenía una desconcertante manera de andar, similar a la de un crustáceo. Llevaba unas pequeñas gafas de montura metálica, y en el entrecejo, plano y amplio, le crecía una fina pelusilla. El traje de chaqueta de lana que vestía desprendía un ligero tufo a antipolilla; debía de ser muy viejo, pero, de todas maneras, cuando lo confeccionaron seguro que ya estaba pasado de moda. Era de color rosa, pero un rosa extraño, como si lo hubieran mezclado con otro color con el que no pegaba nada. Posiblemente habían tratado de conseguir una tonalidad discreta y elegante; sin embargo, lejos del propósito inicial, aquel rosa se desmoronaba en medio de la inseguridad, el retraimiento y la resignación. Como consecuencia, la novísima blusa blanca que le asomaba por el cuello parecía una descarada en medio de un velatorio nocturno. El cabello, seco y encanecido, se lo sujetaba con una horquilla de plástico que parecía lo primero que había encontrado a mano. Sus extremidades eran rollizas, hasta el punto de que en los cortos dedos de la mano no le entraría ni un anillo. En su cogote se observaban claramente tres finas arrugas, como si la vida le hubiera dejado tres muescas. O tal vez fuese señal de que se le habían cumplido tres deseos. Pero Ushikawa suponía que ése no era el caso.

Había sido la tutora de Tengo Kawana desde tercero de primaria hasta que éste acabó la escuela primaria. A pesar de que cada dos años ella cambiaba de clase, casualmente había estado cuatro años con Tengo. De Aomame sólo se había ocupado en tercer y cuarto curso.

—Recuerdo bien a Kawana —dijo.

En contraste con su apariencia dulce, su voz era asombrosamente clara y jovial. Podría llegar a todos los rincones de una clase bulliciosa. Sin duda, la profesión marcaba a las personas. Seguro que era una excelente maestra.

—Kawana era un alumno brillante en todas sus facetas. Durante mis más de veinticinco años de vida profesional, he dado clases a muchísimos niños en distintos centros, pero nunca me he encontrado con un alumno con tanto talento. Destacaba en todo lo que hacía. Era afable y, además, tenía una gran capacidad de liderazgo. Parecía que podía llegar a ser una autoridad en cualquier ámbito.

Durante la primaria destacó en aritmética y, en general, en matemáticas, pero no me sorprende que después se decantara por la literatura.

—Su padre trabajaba como cobrador de la NHK, ¿no es así?

—Exacto —respondió la maestra.

—Él mismo me contó que su padre era bastante estricto —dijo Ushikawa. En realidad era una conjetura.

—Efectivamente —contestó ella sin vacilar—. Lo era en algunas cosas. Se sentía orgulloso de su profesión, lo que sin duda es bueno, pero eso, para Tengo, a veces parecía que representaba una carga.

Ushikawa, enlazando temas astutamente, logró que la mujer se explayara. Era lo que mejor se le daba: sonsacar al otro de la forma más sutil y encantadora posible. La mujer le contó que Tengo odiaba acompañar a su padre cada fin de semana en la recaudación y que un día, en quinto curso, se había escapado de casa. «Más que escaparse de casa, fue expulsado de ella», dijo la maestra. Ushikawa vio confirmada su suposición: efectivamente, Tengo había tenido que ir casa por casa con su padre. Había sido una experiencia traumática durante su infancia. Tal y como había sospechado.

El día de la escapada, Tengo no tenía adonde ir, y la maestra le dejó pasar la noche en su casa. Le dio una manta y, al día siguiente, le preparó el desayuno. Por la tarde visitó al padre del chico y logró convencerlo para que le permitiera regresar a casa. La maestra lo contaba como si aquél fuera el episodio más esplendoroso de su vida. Más adelante, cuando Tengo iba al instituto, volvieron a encontrarse por casualidad en un concierto de bandas. El chico tocó el timbal con gran destreza.

—La *Sinfonietta* de Janáček. No era una pieza fácil. Tengo tocaba ese instrumento desde hacía escasas semanas. Sin embargo, subió al escenario sin apenas preparación y tocó de maravilla. Parecía un milagro.

«Esta mujer adora a Tengo de todo corazón», se admiró Ushikawa.

«Siente un afecto casi incondicional por él. ¿Qué se sentirá al ser tan querido por otra persona?».

—¿Recuerda a Masami Aomame? —le preguntó Ushikawa.

—También me acuerdo bien de ella —contestó la maestra. Sin embargo, en su voz no se percibía la misma alegría que cuando hablaba de Tengo. Su tono de voz cayó dos grados en la escala.

—¡Qué apellido tan peculiar!, ¿verdad?

—Sí, bastante peculiar. Pero si la recuerdo tan bien no es por el apellido.

Siguió un breve silencio.

—Al parecer, en su familia eran muy devotos de la Asociación de los Testigos —tanteó Ushikawa.

—¿Puede quedar entre nosotros lo que le voy a contar? —dijo la maestra.

—Claro. No diré nada, por supuesto.

Ella asintió con la cabeza.

—En Ichikawa hay una importante sede de la Asociación de los Testigos. Por eso siempre he tenido a algunos de sus niños a mi cargo. Para un profesor, eso acarrea pequeños problemas y siempre debo tener cuidado. Pero es que no había devotos tan fervientes como los padres de Aomame.

—O sea, que eran personas intransigentes.

La maestra se mordió un labio ligeramente, como recordando algo.

—Sí. Eran sumamente estrictos en el cumplimiento de sus principios y a los niños les exigían la misma rigurosidad. Por eso Aomame se encontró aislada en la clase.

—En cierto sentido, Aomame era una niña especial, ¿no?

—Sí, lo era —reconoció—. Ella no tenía la culpa, claro está. Si hubiera que echarle la culpa a algo, sería a la intolerancia que gobierna el corazón de la gente.

La maestra le comentó que el resto de los niños ignoraban a Aomame. Siempre que podían, hacían como si no existiera. Ella era un bicho raro que molestaba a todos con sus extraños principios. Así opinaba toda la clase. Aomame se protegía de eso intentando pasar inadvertida.

—Yo hacía todo lo que podía. Pero una clase entera tiene más poder de lo que uno cree; Aomame acabó convirtiéndose en una especie de fantasma. Ahora esas cosas las pondríamos en manos de un psicólogo especializado, pero por entonces ese recurso no existía. Yo era muy joven y me ocupé sólo del conjunto de la clase. Quizá le suene a excusa, pero…

Ushikawa la comprendía. Ser maestra de primaria era duro. En cierta medida, no había más remedio que ir dejando las cosas de niños en manos de los propios niños.

—La devoción y la intolerancia religiosas siempre han sido como la cara y la cruz de la misma moneda. Y es un problema de difícil solución —dijo Ushikawa.

—Tiene usted razón —convino la profesora—. Pero, en lo que estaba a mi alcance, debí hacer algo. Hablé con Aomame en varias ocasiones, pero fue inútil.

Ella apenas abría la boca. Tenía una voluntad de hierro y, una vez decidida, no cambiaba de idea. También era inteligente. Tenía una gran capacidad de comprensión, y entusiasmo por aprender. Pero se contenía para no mostrarlo. El pasar inadvertida, como si no estuviera allí, debía de ser un recurso para protegerse. Si hubiera crecido en una familia y un ambiente normales, habría sido una alumna excelente. Ahora, si miro atrás, pienso que fue una pena.

—¿Habló alguna vez con sus padres?

La maestra asintió.

—Varias veces. Precisamente porque se quejaban a la escuela de una supuesta persecución religiosa. Yo les pedía que colaboraran para que Aomame se integrase un poco más en la clase. Que no la obligaran a seguir sus principios con tanta rigidez. Pero era un esfuerzo vano. Para sus padres, lo primordial era obedecer las normas que dictaba su doctrina. Su felicidad radicaba en ganarse el Cielo; la vida terrenal era sólo algo transitorio. Pero ésa era la lógica del mundo de los adultos. Por desgracia, no comprendieron lo penoso que era para una niña en pleno crecimiento que la ignorasen y le hiciesen el vacío en clase, ni la herida fatal que le dejaría.

Ushikawa le contó que Aomame había sido la deportista estrella de un club de sóftbol en la universidad, y que en la actualidad era una competente instructora en un gimnasio de lujo. En realidad, tenía que haber dicho: «hasta hace poco», pero no consideró necesario ser tan riguroso.

—Me alegro por ella —dijo la maestra. A su rostro empezó a aflorar cierto color—. Ha conseguido crecer con normalidad, se ha independizado y ahora hace su vida. Me tranquiliza oír eso.

—Por cierto, permítame que le haga una pregunta un poco indiscreta —dijo Ushikawa con una sonrisa desprovista de malicia—. ¿Cree que entre Tengo y Aomame pudo surgir una relación personal más o menos estrecha?

La maestra cruzó los dedos de las manos y reflexionó.

—Quizá. Pero si fue así, yo no lo vi. Sólo puedo decirle que me cuesta creer que algún niño de la clase hubiera podido mantener una relación personal con Aomame. A lo mejor, Tengo le echó una mano en alguna ocasión. Era un chico amable y responsable. Pero, aun así, no creo que Aomame le hubiera abierto su corazón de buenas a primeras. Era como una ostra aferrada a una roca; no abría fácilmente su concha. —Tras unos instantes, añadió—: Lamento no haber hecho nada en aquel entonces. Como le he dicho, tenía poca experiencia y no estaba capacitada.

—Suponiendo que Aomame y Tengo hubieran entablado alguna relación, la noticia habría tenido una gran repercusión en la clase y habría llegado a sus oídos, ¿no cree?

La maestra asintió.

—Efectivamente. También en el otro bando había mucha intolerancia.

Ushikawa le dio las gracias.

—Me ha sido usted de gran ayuda.

—Espero que todo lo relacionado con Aomame no sea un impedimento para lo de la subvención —dijo ella preocupada—. Los problemas que hubo en clase fueron responsabilidad mía, ya que era la tutora. Ni Tengo ni Aomame tuvieron ninguna culpa.

Ushikawa negó con la cabeza.

—No se preocupe. Simplemente me informo sobre la realidad que hay en el trasfondo de una obra de ficción. Como ya sabe, todo lo que tiene que ver con la religión siempre es muy complejo. El señor Kawana posee un talento excepcional y no sería de extrañar que dentro de poco se hiciera célebre.

Al oír eso, la maestra sonrió satisfecha. Un punto en sus ojillos se inundó de luz, y éstos brillaron como un glaciar en la ladera de una montaña lejana. «Se acuerda de Tengo cuando era niño», pensó Ushikawa. «Pese a que han pasado veinte años, para ella es como si todo hubiera sucedido ayer».

Mientras, cerca de la entrada del colegio, aguardaba al autobús que lo llevaría a la estación de tren de Tsudanuma, Ushikawa pensó en sus maestros de primaria. ¿Se acordarían de él? Aunque lo hicieran, en sus ojos no brillaría una luz tan cálida como aquélla.

Lo que había averiguado no se alejaba mucho de sus suposiciones. Tengo era el alumno más aventajado de la clase. También lo respetaban. Aomame era una niña solitaria a la que todo el mundo ignoraba. Apenas existían posibilidades de que Tengo y Aomame hubieran intimado. Su situación era demasiado diferente. Y Aomame se marchó a otra escuela en quinto curso. El vínculo entre los dos se rompió entonces.

Si había un punto en común entre los dos durante esa época, sería que ambos se vieron obligados a obedecer las órdenes de sus progenitores. Éstos, sea para ganar prosélitos, sea para cobrar, habían recorrido las calles llevando a sus hijos a la fuerza. Su posición dentro de la clase era completamente diferente. Pero los dos se encontraban igual de solos y deseaban *algo* con la misma vehemencia.

Algo que los aceptara y los abrazara sin reservas. Ushikawa se hacía una idea de sus sentimientos. Porque, en cierto sentido, así también se había sentido él.

«¿Qué voy a hacer ahora?», pensó Ushikawa, sentado, con los brazos cruzados, en el expreso que se dirigía a Tokio. «He descubierto algunos vínculos entre Tengo y Aomame. Vínculos interesantes, pero, por desgracia, de momento no constituyen ninguna prueba.

»Un alto muro de piedra se alza en mi camino. Tiene tres puertas, de las cuales debo elegir una. Cada una lleva un letrero: una TENGO, otra AOMAME y la tercera ANCIANA DE AZABU. Aomame se ha esfumado, literalmente; ha desaparecido sin dejar rastro. La Villa de los Sauces de Azabu está tan protegida como la caja fuerte de un banco; frente a ella, ni siquiera yo dispongo de recursos. Así pues, sólo queda una puerta.

»Por ahora tendré que aferrarme a Tengo, no hay otra alternativa. Una bella muestra de método de eliminación. Tan bella que me entran ganas de imprimir un panfleto y distribuirlo entre los transeúntes. ¿Qué tal, señor? ¿Qué tal, señora? Cójanlo, es el Método de Eliminación.

»Tengo, un buen chico. Novelista y matemático. Campeón de judo y ojito derecho de la maestra. A partir de las pistas que me ofrece él, debo desenmarañarlo todo. Un embrollo harto complicado. Cuanto más pienso en él, más absurdo me parece. Empiezo a tener la sensación de que mis sesos se han convertido en una masa de tofu caducado.

»¿Qué será de él en estos momentos? ¿Se habrá hecho una imagen de conjunto de lo que ocurre? No, seguro que no. Tengo funciona con el método de ensayo-error, necesita dar rodeos. Y también él debe de sentirse confuso; sin duda estará especulando con varias hipótesis. Sin embargo, es un matemático nato. Experto en encajar piezas y componer puzles. Además, debe de contar con más piezas que yo.

»Por ahora observaré sus movimientos. Estoy convencido de que me conducirán a *algún lado*. Si todo sale bien, hasta el escondrijo de Aomame». Ushikawa era un maestro en pegarse a alguien como una rémora. Una vez que se aferraba, nadie podía quitárselo de encima.

Tomada la decisión, Ushikawa cerró los ojos y cortó la corriente de sus pensamientos. «Dormiré un poco. Hoy he visitado dos malditos colegios en la

prefectura de Chiba y he entrevistado a dos maestras de mediana edad: una atractiva subdirectora y una maestra que caminaba como un cangrejo. Necesito un respiro». Poco después, su gran cabeza deforme empezó a oscilar lentamente de arriba abajo con el traqueteo del tren. Como un muñeco de feria, de tamaño natural, que escupe por la boca vaticinios funestos escritos en tiras de papel.

El tren no iba precisamente vacío, pero ninguno de los pasajeros se sentaba a su lado.

11
AOMAME

Este mundo es absurdo y le falta buena voluntad

El martes por la mañana, Aomame escribió una nota para Tamaru. En ella le decía que el presunto cobrador de la NHK había regresado. Había aporreado la puerta y había vituperado en voz alta a Aomame (o más bien a la supuesta inquilina, la señora Takai). A todas luces, aquello era excesivamente extraño. Quizá fuese necesario tomar precauciones.

Aomame metió la nota en un sobre y lo dejó sobre la mesa de la cocina. En el sobre escribió la inicial T. Los que le traían las provisiones se lo harían llegar a Tamaru.

Antes de la una del mediodía, Aomame se encerró en su dormitorio, cerró la puerta con pestillo, se metió en cama y se puso a leer a Proust. Exactamente a la una, sonó el timbre una vez. Tras esperar un poco, abrieron la puerta y el equipo de suministro entró en el piso. Como de costumbre, en un tris le llenaron la nevera, recogieron la basura y revisaron lo que había en los armarios. Al cabo de quince minutos, finalizada la operación, salieron del piso y cerraron la puerta con llave. Luego volvieron a llamar al timbre, a modo de contraseña. El mismo proceder de siempre.

Tras esperar por precaución a que las agujas del reloj marcasen la una y media, Aomame salió de su habitación y fue a la cocina. El sobre para Tamaru había desaparecido y sobre la mesa habían dejado una bolsa de papel que llevaba el nombre de una farmacia. Había además un grueso volumen titulado *Enciclopedia anatómica femenina*, que Tamaru se había encargado de conseguirle. En la bolsa había tres kits de tests de embarazo, cada uno de un laboratorio distinto. Abrió las cajas y comparó los prospectos. Las indicaciones eran muy parecidas. La prueba se podía realizar en caso de un retraso de la menstruación de más de una semana. Ofrecían una precisión del noventa y cinco por ciento, pero si daba positivo, es decir, si el resultado era que estaba

embarazada, recomendaban consultar a un médico especialista lo antes posible. Fuera cual fuese el resultado, aconsejaban no precipitarse. La prueba sólo indicaba «la posibilidad de estar embarazada».

El mecanismo era sencillo. Se orinaba en un recipiente limpio y se sumergía en él un papelito. O, en otro kit, se ponía un *stick* en contacto directo con la orina. Luego había que esperar unos minutos. Si el color cambiaba a azul, significaba que estaba embarazada. Si no cambiaba, que no estaba embarazada. En otro de los kits, si en el circulito aparecían dos líneas verticales, significaba que estaba embarazada; si sólo aparecía una línea, que no lo estaba. Aunque los pormenores variasen, el principio era el mismo: se determinaba si había o no embarazo en función de la presencia o ausencia en la orina de la hormona gonadotropina coriónica humana.

¿Hormona gonadotropina coriónica humana? Aomame frunció el entrecejo. Era la primera vez que oía hablar de eso. ¿Habría estado viviendo todo este tiempo con esa cosa extrañísima estimulándole las gónadas?

Aomame lo buscó en la *Enciclopedia anatómica femenina*.

Decía lo siguiente: «La gonadotropina coriónica humana (GCH) es una hormona segregada en la primera etapa del embarazo y ayuda a preservar el cuerpo lúteo. Éste segrega progesterona y estrógenos, conserva el endometrio e impide la menstruación. Así es como, paulatinamente, se va fabricando la placenta en el interior del útero. Una vez formada la placenta, proceso que dura de siete a nueve semanas, el cometido del cuerpo lúteo, así como el de la GCH, finaliza».

En definitiva, que se segregaba desde la implantación del óvulo fecundado, durante un periodo de siete a nueve semanas. En su caso, sería raro que la segregara, pero no imposible. Lo que era cierto es que, si el resultado daba positivo, apenas cabría duda de que estaba embarazada. Si daba negativo, no podría sacar conclusiones tan fácilmente. Quizás el periodo de segregación ya hubiera terminado.

No tenía ganas de orinar. Sacó una botella de agua mineral de la nevera y se sirvió dos vasos. Aun así, siguió sin sentir ganas. Pero no había prisa. Trató de olvidarse del test de embarazo y, sentada en el sofá, se enfrascó en la lectura de Proust.

Hasta pasadas tres horas no le entraron ganas. Orinó en el primer recipiente

que encontró y sumergió una tira de papel. El papel fue cambiando de color hasta volverse de un azul vivo. Una tonalidad elegante, perfecta, por ejemplo, para un vehículo. Un pequeño descapotable azul con una capota de color puro habano. Sería un placer conducir un coche así por una carretera a lo largo de la costa, sintiendo en la cara el viento de comienzos de verano. Sin embargo, lo que aquel azul le transmitía en una tarde de avanzado otoño, en el lavabo de un piso de Tokio, era el hecho de que estaba embarazada, o la altísima probabilidad, del noventa y cinco por ciento, de que lo estaba. De pie frente al espejo del lavabo, Aomame se quedó mirando fijamente la tira de papel azulada. Pero por más que la contemplase, no iba a cambiar de color.

Por si acaso, probó un kit de otra marca. En el prospecto indicaba: «Ponga el extremo del *stick* en contacto con la orina». Sin embargo, como parecía que durante un rato no iba a volver a orinar, decidió sumergirlo en la orina que ya había en el recipiente. Orina fresca recién recogida. Una vez sumergido, no hubo gran diferencia: el resultado fue el mismo. El circulito de plástico mostraba claramente dos líneas verticales. Una vez más, le anunciaba que existía la posibilidad de que estuviera encinta.

Aomame echó la orina al retrete y tiró de la cadena. Luego envolvió en papel higiénico la tira de la prueba que había cambiado de color y lo echó a la papelera. El recipiente lo lavó en la bañera. A continuación fue a la cocina y se bebió otros dos vasos de agua. «Mañana probaré el tercer kit. El tres es un número redondo. Un *strike*, dos *strikes*. Esperaré la última bola conteniendo el aliento».

Aomame hirvió agua y se sirvió un té, se sentó en el sofá y siguió leyendo a Proust. Mientras, bebía la infusión y mordisqueaba galletitas de queso que se había servido en un plato. Era una tarde apacible. Ideal para entregarse a la lectura. Sin embargo, a pesar de fijar la mirada en las letras, no entendía lo que leía. Necesitaba releer el mismo pasaje una y otra vez. Dándose por vencida, cerró los ojos y condujo el descapotable azul, con la capota bajada, por la carretera que bordeaba el litoral. Una brisa que olía a marea le azotaba la melena. Los indicadores a lo largo de la carretera mostraban dos líneas verticales. Así le anunciaban: «ATENCIÓN. POSIBLE EMBARAZO».

Aomame soltó un suspiro y arrojó el libro sobre el sofá.

Sabía bien que no necesitaba probar el tercer kit. El resultado sería el mismo aunque lo repitiera cien veces. «Es una pérdida de tiempo. Mi gonadotropina

coriónica humana sigue manteniendo la misma postura frente al útero: preserva el cuerpo lúteo, impide que me venga la regla y da forma a la placenta. Estoy embarazada. La gonadotropina coriónica humana lo sabe. Yo lo sé. Siento a la criatura en un punto preciso del bajo vientre. Por ahora todavía es pequeña. No es más que un pequeño atisbo de algo. Pero pronto tendrá su placenta y crecerá. Recibirá los nutrientes que yo le proporcione y, dentro del líquido oscuro y denso, se desarrollará poco a poco pero sin cesar».

Era la primera vez que estaba encinta. Se caracterizaba por ser precavida; sólo creía en aquello que veía con sus propios ojos. Siempre se aseguraba de que su pareja utilizase preservativo. Nunca lo pasaba por alto, ni aunque estuviera borracha. Como le había dicho a la mujer de Azabu, desde que le vino la primera menstruación, a los diez años, jamás había tenido una falta. Nunca se le retrasaba más de un día. Los dolores menstruales eran llevaderos. Sangraba pocos días. Nunca le había impedido hacer deporte.

La primera regla le vino unos meses después de haberle tomado la mano a Tengo en la clase de primaria. Estaba segura de que existía alguna conexión entre los dos acontecimientos. Quizás había sido el tacto de la mano de Tengo, que había sacudido su cuerpo. Cuando le dijo a su madre que le había venido la primera regla, ésta hizo una mueca de disgusto. Como si fuera una carga que se añadía a todos los demás problemas. «Un poco temprano, ¿no?», comentó su madre. Pero a Aomame no le molestó ese comentario. Aquello era asunto suyo, ni de su madre ni de nadie más. Sola, se adentró en un nuevo mundo.

Y ahora estaba embarazada.

Pensó en sus óvulos. «Uno de los cuatrocientos óvulos de los que disponía (uno de los que estaba en la franja de en medio) ha sido fecundado con éxito. Quizás ocurrió aquella tempestuosa noche de septiembre. Ese día asesiné a un hombre en una habitación oscura. Le clavé una aguja afilada en la nuca que llegó a la parte inferior del cerebro. Pero ese hombre era muy diferente de los que asesiné en otras ocasiones. Era consciente de que iban a matarlo; es más, lo deseaba. Al final, le di lo que quería. No fue un castigo, sino, más bien, un acto de misericordia». A su vez, él le había concedido lo que Aomame deseaba. «Fue un intercambio en un lugar profundo y sombrío. La concepción tuvo lugar aquella noche en secreto. *Lo sé*.

»En el mismo instante en que con estas manos le robaba la vida a un hombre, otra vida se gestó en mi interior. ¿Formará eso parte del acuerdo?».

Aomame cerró los ojos e intentó no pensar más. Con la mente en blanco,

algo afluyó en silencio hacia ella. E, inconscientemente, rezó una oración.

«Padre nuestro que estás en el cielo. Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Perdona nuestras ofensas y bendice nuestro humilde caminar. Amén».

¿Por qué rezaba en un momento como ése? No creía en nada parecido a un reino, un paraíso o un Dios. No obstante, tenía aquella oración grabada en la mente. Cuando tenía tres o cuatro años, le habían obligado a memorizarla, sin saber siquiera lo que significaba. Si se equivocaba en tan sólo una palabra, le pegaban con fuerza en el dorso de las manos con una regla. La oración permanecía oculta; cuando algo ocurría, afloraba. Como un tatuaje secreto.

«¿Qué diría mi madre si le dijera que me he quedado embarazada sin haber tenido relaciones sexuales?». Seguro que lo consideraría una grave blasfemia hacia su credo. Después de todo, lo que le había sucedido era una especie de inmaculada concepción —pese a que, por supuesto, Aomame no era virgen. O quizá no le haría ningún caso. Quizá la ignoraría. «Y es que hace mucho tiempo que para ellos soy un ser malogrado, alguien caído de su elevado mundo.

»Pensémoslo de otro modo», se dijo Aomame. «Dejemos de intentar explicar lo inexplicable y consideremos este fenómeno desde otro un punto de vista.

»¿Debo interpretar este embarazo como algo bueno, y recibirlo con los brazos abiertos? ¿O debo considerarlo algo negativo e inoportuno?

»Por más vueltas que le doy, no llego a ninguna conclusión. Aún no he salido de mi asombro. Me siento perdida, confusa. En cierto modo, hasta dividida. Y, evidentemente, soy incapaz de comprender la nueva verdad a la que me enfrento».

Pero, al mismo tiempo, no podía evitar sentirse llena de curiosidad y expectante ante aquella pequeña fuente de calor. Fuera lo que fuese, quería ser testigo de lo que le ocurriese a lo que estaba gestándose en su interior. Por supuesto, también sentía miedo. *Eso* superaba su imaginación. A lo mejor era un cuerpo extraño y hostil que la estaba devorando desde dentro. Se le pasaron por la cabeza toda clase de posibilidades horribles. Sin embargo, principalmente la

embargaba una sana curiosidad. Entonces, de improviso, una idea le vino a la mente. Como un repentino rayo de luz en medio de las tinieblas.

«Lo que llevo en mi vientre podría ser de Tengo».

Frunció ligeramente el ceño y durante un rato le dio vueltas a esa posibilidad.

«¿Por qué iba a tener yo que concebir una criatura de Tengo?

»Veámoslo del siguiente modo: esa noche tumultuosa en que tantas cosas sucedieron, en este mundo se produjo algo que permitió que Tengo enviara su semen a mi útero. El hecho es que, entre los truenos, el aguacero, la oscuridad y el asesinato, se creó un intersticio, un extraño pasadizo, aunque la idea resulte absurda. Debió de durar unos instantes. Y ambos nos aprovechamos de manera eficaz de ese pasadizo. Mi cuerpo se valió de esa ocasión para recibir con ansia a Tengo y, como consecuencia, me quedé embarazada. Mi óvulo número 201 o 202 apresó uno de los millones de espermatozoides de Tengo. Un espermatozoide franco, inteligente y sano como su dueño.

»Es una idea disparatada. No tiene ningún sentido. Por más palabras que utilizase para explicarla, nadie en este mundo lo comprendería. *El hecho en sí de estar embarazada ya es incomprensible*. Pero, después de todo, estamos en el año 1Q84. Un mundo en el que puede ocurrir cualquier cosa.

»Si esta criatura fuese realmente de Tengo…

«Aquella mañana, en el área de emergencia de la Ruta 3 de la autopista metropolitana, no apreté el gatillo de la pistola. Había ido con la firme intención de matarme y me introduje el cañón en la boca. No me daba miedo morir. Porque iba a hacerlo para salvar a Tengo. Pero una fuerza actuó en mí y decidí no suicidarme. Una voz lejana me llamó por mi nombre. ¿Sería porque me había quedado embarazada? ¿Intentaba hablarme de esta nueva vida?».

Entonces Aomame recordó el sueño en el que la elegante mujer de mediana edad cubría su cuerpo desnudo con un abrigo. «Se bajaba del Mercedes-Benz plateado y me ofrecía un abrigo ligero y suave de color huevo. Ella lo sabía. Sabía que yo estaba embarazada. Y me protegió amablemente de las miradas descaradas de los demás, del viento y de todos los engorros».

El sueño había sido un buen presagio.

Los músculos de su cara se distendieron y su expresión volvió a ser la de siempre. «Alguien observa mis pasos y me ampara», se dijo. «No estoy sola, ni siquiera en este mundo de 1Q84. O eso parece».

Se acercó a la ventana con la taza de té, ya frío, en la mano. Luego salió al balcón, se sentó en la silla de jardín de manera que no se la viera desde el exterior, y contempló el parque infantil por las ranuras del antepecho. Trató entonces de pensar en Tengo. Pero, por alguna razón, ese día sus pensamientos no lograban concentrarse en él. Le venía a la mente el rostro de Ayumi Nakano. Ésta le sonreía. Con una sonrisa muy natural y sincera. Estaban sentadas a la mesa de un restaurante, la una frente a la otra, con una copa de vino en la mano. Ambas estaban un poco achispadas. Aquel excelente Borgoña circulaba suavemente por sus cuerpos a través de sus venas tiñendo el mundo de un leve color de uva.

«Sin embargo, Aomame», había dicho Ayumi mientras frotaba la copa de vino con un dedo, «creo que este mundo es absurdo y le falta buena voluntad».

«Quizás», había admitido Aomame, y después había añadido: «Pero este mundo se va a acabar cuando menos lo esperemos… Entonces vendrá el Reino de los Cielos».

«Me muero de impaciencia», había dicho Ayumi.

«¿Por qué le hablé ese día del Reino de los Cielos?», se preguntó Aomame. ¿Por qué había mencionado de pronto un Reino en el que no creía? Poco después, Ayumi murió.

«Cuando lo dije, debía de tener en mente un “Reino” diferente de aquél en el que creen los de la Asociación de los Testigos. Posiblemente un Reino más personal. Por eso me salió con tanta naturalidad. Pero ¿en qué Reino creo yo? ¿Qué clase de Reino creo que vendrá cuando el mundo se extinga?».

Se puso la mano sobre el vientre. Y aguzó el oído. Por mucha atención que prestó, no oyó nada.

En cualquier caso, Ayumi Nakano había sido desterrada de este mundo. Le habían puesto unas esposas frías y duras en las muñecas en un hotel de Shibuya y la habían estrangulado con la cinta de un albornoz (por lo que Aomame sabía, todavía no habían dado con el asesino). Luego le habían practicado la autopsia, la habían cosido y la habían llevado a un crematorio para incinerarla. Ese ser llamado Ayumi Nakano ya no existía en el mundo. Su carne, su sangre se habían perdido. Únicamente permanecía en documentos y en el mundo de los recuerdos.

Aunque quizá no fuera así. Tal vez viviera, tal vez estuviera sana y salva en el mundo de 1984. A lo mejor seguía dejando multas en los parabrisas de los

vehículos mal aparcados y quejándose de que no le permitiesen llevar arma. Puede que recorriera los institutos de la ciudad enseñándoles a las chicas métodos anticonceptivos. «Chicas, sin condón, no hay penetración».

Aomame deseó con todas sus fuerzas volver a ver a Ayumi. Si fuera por las escaleras de emergencia de la autopista metropolitana en sentido inverso y regresara al mundo de 1984, quizá podría volver a encontrarse con ella. «Allí, ella seguirá viva y a mí no me perseguirán los de Vanguardia. Podríamos ir a aquel pequeño restaurante en Nogizaka a tomarnos unas copas de vino. Quizás».

¿Ir por las escaleras de emergencia de la autopista metropolitana en sentido contrario?

Aomame retrocedió en sus pensamientos, como si rebobinara una cinta de casete. «¿Cómo no se me ha ocurrido hasta ahora? Decidí bajar otra vez las escaleras y no encontré la entrada. Las escaleras, que tenían que estar frente al anuncio de Esso, habían desaparecido. Pero puedo intentar subir las escaleras en vez de bajarlas. Colarme en el depósito de materiales que hay debajo de la autopista y desde ahí subir hacia la Ruta 3. Remontar el pasadizo. Tal vez debí hacer eso».

Quiso salir corriendo hasta Sangenjaya de inmediato y probar. Podía salir bien, como podía salir mal. Pero merecía la pena intentarlo. Se pondría el mismo traje, los mismos tacones y subiría aquella escalera llena de telarañas.

Sin embargo, se contuvo.

«Ni hablar. No puedo hacerlo. Volví a ver a Tengo precisamente porque vine a este año 1Q84. Y con toda probabilidad llevo una criatura suya en mis entrañas. Pase lo que pase, debo ver a Tengo una vez más en este nuevo mundo. Debo encontrarlo. No puedo marcharme hasta que llegue ese momento. Bajo ningún concepto».

Al día siguiente por la tarde, Tamaru la llamó.

—Primero, hablemos de lo del cobrador de la NHK —dijo Tamaru—. Volví a telefonear a las oficinas de la NHK para asegurarme. El cobrador que cubre esa zona de Kōenji no recuerda haber llamado a la puerta del piso 303. Al parecer, primero comprueba si está el adhesivo que indica que el pago está domiciliado. Me comentó también que, si hay timbre, nunca llama directamente a la puerta. Lo único que conseguiría sería lastimarse la mano. Es más, el día en que

supuestamente te visitó, el hombre estaba trabajando en otra área. Me pareció que no mentía. Es un veterano con quince años en activo, muy apreciado por su paciencia y afabilidad.

—De modo que… —dijo Aomame.

—De modo que existen muchas posibilidades de que el que te visitó no fuese un cobrador, sino alguien que se hace pasar por él. El encargado con el que el cobrador me pasó después se mostró preocupado. Para ellos es un problema que aparezcan falsos cobradores. Me dijo que quería verme para que le contara los detalles. Por supuesto, no acepté. Le dije que en realidad no había causado ningún perjuicio y que no quería hacer una montaña de un grano de arena.

—¿No será algún perturbado o alguien que me sigue el rastro?

—Si es alguien que te persigue, me cuesta creer que haga esas cosas. Sólo serviría para ponerte en alerta.

—Pero, si es un perturbado, ¿no es mucha casualidad que elija precisamente la puerta de este piso? Hay muchas más puertas. Además, yo me aseguro de que no se vean luces encendidas, y trato de no hacer ruido. Siempre tengo las cortinas echadas y nunca tiendo la ropa fuera. Pero él eligió expresamente este piso. Sabe que me escondo aquí. O sostiene que lo sabe. Y, de algún modo, está intentando que le abra la puerta.

—¿Crees que va a volver?

—No lo sé. Pero si realmente quiere que le abra la puerta, supongo que seguirá viniendo hasta que la abra.

—Y eso te preocupa.

—No me preocupa —dijo Aomame—. Simplemente, no me hace gracia.

—Claro que no, a mí tampoco. No me hace ni pizca de gracia. Pero si regresa, no podemos llamar a la NHK ni a la policía. Y aunque me llamases y yo acudiera enseguida, para cuando llegase yo, el hombre seguramente ya se habría marchado.

—Creo que puedo arreglármelas sola —dijo Aomame—. Basta con que no le abra la puerta por mucho que me provoque.

—Intentará incitarte por todos los medios.

—Sí, es posible —dijo Aomame.

Tamaru emitió un pequeño carraspeo y cambió de tema.

—Has recibido los test, ¿no?

—Ha dado positivo —contestó lacónica.

—Es decir, que diste en el clavo.

—Efectivamente. Probé con dos tipos diferentes, pero con el mismo resultado.

Siguió un silencio. Un silencio semejante a una litografía en la que todavía no hay nada grabado.

—¿No hay ninguna duda? —preguntó Tamaru.

—Lo sabía desde el principio. El test sólo lo ha confirmado.

Tamaru acarició unos segundos esa litografía hecha de silencio con las yemas de los dedos.

—Siento tener que hacerte una pregunta demasiado directa —dijo él—. ¿Quieres seguir adelante? ¿O ponerle remedio?

—No voy a ponerle remedio.

—Entonces has decidido tenerlo.

—Si todo marcha bien, debería nacer entre junio y julio del año que viene.

Tamaru calculó mentalmente.

—En ese caso, habrá algún cambio en nuestros planes.

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes —repuso Tamaru—. Todas las mujeres tienen derecho a dar a luz, en cualquier circunstancia, y debemos proteger ese derecho.

—Pareces la Declaración de los Derechos Humanos —dijo Aomame.

—Por si acaso, te lo preguntaré otra vez: no tienes ni idea de quién es el padre, ¿verdad?

—No he mantenido relaciones sexuales con nadie desde junio.

—Entonces, ¿es algo así como una inmaculada concepción?

—Llamarlo así quizá cabrearía a una persona religiosa.

—Cuando ocurre algo desacostumbrado, siempre hay alguien que se cabrea —dijo Tamaru—. Por otro lado, si estás embarazada, debe examinarte un médico cuanto antes. No permitiremos que pases el embarazo encerrada en ese piso.

Aomame soltó un suspiro.

—Dejad que me quede aquí hasta finales de año. No os causaré ninguna molestia.

Tamaru permaneció unos largos instantes en silencio.

—Puedes quedarte lo que queda de año —dijo al fin—. Te lo prometí y mantengo mi palabra. Pero a comienzos del nuevo año, tendremos que trasladarte a un lugar menos peligroso donde puedas recibir atención médica. ¿Lo comprendes?

—Sí —contestó Aomame. Sin embargo, no estaba segura. «Si no pudiera encontrarme con Tengo, ¿me alejaría de aquí, a pesar de todo?».

—Yo una vez dejé embarazada a una mujer —declaró Tamaru.

Aomame titubeó.

—¿Tú? ¿Pero tú no…?

—Sí, efectivamente. Soy gay. Y de los incondicionales. Siempre fue así y lo sigue siendo. E imagino que será así toda mi vida.

—Pero dejaste preñada a una mujer.

—Todos cometemos errores —dijo Tamaru. Sin embargo, no había ni una pizca de humor en ese comentario—. Prefiero omitir los detalles, pero yo entonces era joven. El caso es que lo hice una vez y ¡pam!, di en el blanco.

—¿Y qué hizo ella?

—No lo sé —respondió él.

—¿No lo sabes?

—Supe de ella hasta el sexto mes de embarazo. A partir de ahí, no tengo ni idea de lo que ocurrió.

—No se puede abortar en el sexto mes.

—Lo sé.

—Es muy probable que la criatura naciera —añadió Aomame.

—Pues sí.

—Si el niño nació, ¿te gustaría conocerlo?

—No tengo ningún interés —afirmó Tamaru sin dudar—. No encaja con mi estilo de vida. ¿Y tú? ¿Querrás conocer y criar a la criatura?

Aomame reflexionó.

—Un poco como a ti, también mis padres me dejaron de lado cuando era niña, de modo que no sé bien qué es eso. Digamos que no tengo un modelo que me sirva de referencia.

—Y a pesar de todo, pretendes traer ese bebé al mundo. A un mundo violento y lleno de contradicciones.

—Porque busco el amor —afirmó Aomame—. Pero no el amor entre mi bebé y yo. Todavía no he llegado a esa etapa.

—Sin embargo, el bebé forma parte de ese amor.

—Posiblemente. De alguna forma.

—Pero si las cosas no salieran según lo previsto y la criatura no participase en absoluto del amor que buscas, me imagino que acabaría sufriendo. Igual que nosotros dos.

—Existe esa posibilidad. Pero siento que no va a ser así. Llámale intuición.

—Respeto tu intuición —dijo Tamaru—. Sin embargo, desde el momento en que el ego nace en este mundo, lo hace portando ya una moral. Deberías recordarlo.

—¿Quién dijo eso?

—Wittgenstein.

—Lo recordaré —dijo Aomame—. Si tu hijo hubiera nacido, ¿cuántos años tendría ahora?

Tamaru hizo cálculos.

—Diecisiete años.

—Diecisiete. —Aomame se imaginó a un chico o una chica de diecisiete años portando una moral.

—En fin, se lo contaré a *Madame* —dijo Tamaru—. Por cierto, le gustaría hablar personalmente contigo. Pero ya sabes que, por motivos de seguridad, no puedo permitirlo. Tomo todas las medidas que puedo, pero ya sólo comunicarse por teléfono es peligroso.

—Lo sé.

—Pero ella se preocupa por ti y por todo lo relativo al embarazo.

—Eso también lo sé. Le estoy agradecida.

—Lo más sensato es confiar en ella y seguir sus consejos. Es una persona muy sabia.

—Claro —respondió Aomame.

«Además, debo mantenerme alerta y cuidar de mí misma. Sin duda, la anciana de Azabu es una persona sabia. Y poderosa. Pero hay cosas que ella no parece saber. Probablemente no sepa los principios que rigen en 1Q84. Y seguramente no se ha dado cuenta de que en el cielo hay dos lunas».

Tras colgar el teléfono, Aomame se acostó en el sofá y echó una siesta de treinta minutos. Una siesta corta, pero profunda. Soñó, y su sueño era como un espacio vacío. Dentro de ese vacío, meditó. Escribió con tinta invisible en ese cuaderno en blanco. Al despertar, había obtenido una imagen imprecisa, aunque extrañamente diáfana. «Voy a tener a esta criatura. En este mundo puede nacer sin percances algo pequeño». Y, como había dicho Tamaru, portando una moral ineludible.

Aomame se llevó la palma de la mano al bajo vientre y prestó atención. No

notaba nada. Todavía.

12
TENGO

Como si las reglas que rigen el mundo empezaran a relajarse

Tras terminar el desayuno, Tengo se dio una ducha. Se lavó el pelo y se afeitó. Después se vistió con la ropa que se había lavado y que ya estaba seca. Luego salió del *ryokan*, compró el periódico en el quiosco de la estación de tren y se tomó un café solo en una cafetería cercana.

En el periódico no encontró nada que atrajera especialmente su atención. A juzgar por lo que hojeaba en el rotativo, el mundo era un lugar bastante aburrido e insulso. Pese a que era la edición del día, le dio la impresión de estar leyendo el ejemplar de una semana atrás. Dobló el periódico y consultó su reloj de pulsera. Eran las nueve y media, y a las diez empezaba el horario de visitas en la clínica.

No le costó prepararse para su regreso a Tokio. Apenas había traído equipaje. Alguna muda, artículos de aseo, unos cuantos libros y una pila de folios. Lo metió todo en el bolso bandolera de lona. Se lo colgó al hombro y, una vez pagado el *ryokan*, tomó el autobús que salía de delante de la estación en dirección a la clínica. Ya había comenzado el invierno. Por la mañana apenas había gente que se acercara a la costa. Él fue el único pasajero que se apeó en la parada de la clínica.

En la entrada, como siempre, escribió su nombre y la hora en el registro de visitas. En recepción había una enfermera a la que ya había visto alguna vez. Con aquellos brazos y piernas tremendamente largos y delgados, y una sonrisa en la boca, parecía una araña benévola de las que indican el camino en el bosque. Allí solía estar sentada Tamura, la enfermera de mediana edad con gafas. Tengo se sintió aliviado al ver que no estaba. Temía que le insinuase algo por haber acompañado la noche anterior a Kumi Adachi a su piso. Tampoco vio a

Ōmura, la que se ponía el bolígrafo en el pelo. Quizás a las tres se las había tragado la tierra. Como a las tres brujas de *Macbeth*.

Eso, claro está, era absurdo. Kumi Adachi libraba ese día, pero las otras dos le habían dicho que trabajaban como de costumbre. Debían de estar ocupadas en otra parte.

Tengo subió las escaleras hasta la habitación del padre, en la segunda planta. Llamó dos veces con suavidad y abrió la puerta. Su padre dormía en la misma postura de siempre. El catéter del suero en el brazo y el tubito conectado a la uretra. Ningún cambio con respecto al día anterior. La ventana estaba cerrada, con las cortinas echadas. El aire dentro de la habitación estaba estancado. Todos los olores acumulados, el olor a medicamentos, a flores de jarrón, al hálito del enfermo, a orina, se entremezclaban de modo que era imposible distinguirlos. Pese a que esa vida humana estaba muy debilitada, y pese a que su conciencia llevaba largo tiempo perdida, no se habían producido muchos cambios en su metabolismo. El padre todavía se encontraba en este lado de la orilla; si hubiera que expresarlo con otras palabras, podría decirse que su padre despedía olores.

Lo primero que hizo Tengo fue abrir las cortinas y la ventana de par en par. Era una mañana agradable. Tenía que airear el cuarto. Aunque hacía frío, no llegaba a helar. Los rayos de sol invadieron la habitación y la brisa marina meció las cortinas. Una gaviota montada en el viento, con las patas bellamente plegadas, planeaba sobre el pinar. Una inquieta bandada de gorriones posada sobre los cables eléctricos cambiaba sin cesar de posición, como si reescribiera las notas de una partitura. Desde lo alto de una farola, un cuervo de pico grande observaba atentamente a su alrededor meditando qué hacer a continuación. Cuatro jirones de nube flotaban en el cielo. Estaban tan lejos, tan altos, que parecían una idea sumamente abstracta, sin relación alguna con los menesteres humanos.

Tengo dio la espalda al enfermo y contempló durante un rato el paisaje. Cosas con vida, cosas sin vida. Cosas móviles, cosas inmóviles. Al otro lado de la ventana se veía el paisaje de siempre. Nada nuevo bajo el sol. El mundo había dado un paso más porque tenía que darlo. Sólo desempeñaba aceptablemente su papel, como un despertador barato. Y Tengo observaba ese paisaje, que para él carecía de interés, para retrasar un poco el encuentro con su padre. Sin embargo, no podía aplazarlo eternamente.

Tengo por fin se decidió y se sentó en el taburete, al lado de la cama. El padre estaba boca arriba, con el rostro hacia el techo y los ojos cerrados. El

edredón que lo tapaba hasta el cuello estaba impecable. Tenía los ojos muy hundidos. Parecía que alguna pieza se hubiera desprendido y los globos oculares caían hacia dentro, sin que las cuencas pudieran sostenerlos. Si ahora abriera los ojos, vislumbraría un paisaje similar al mundo visto desde el fondo de un pozo.

—Padre —empezó a decir Tengo.

El padre no respondió. De pronto la brisa cesó y las cortinas colgaron rectas. Como quien, en pleno trabajo, se acuerda de pronto de un asunto importante. Al cabo de un rato, el viento, como si hubiera reunido fuerzas, volvió a soplar.

—Regreso a Tokio —dijo Tengo—. No voy a quedarme aquí para siempre. No puedo seguir prolongando las vacaciones. Tengo mi propia vida, aunque no sea maravillosa.

Su padre tenía las mejillas cubiertas por una barba rala. De dos o tres días. Las enfermeras le pasaban la maquinilla. Pero no a diario. Barba blanca y barba negra se alternaban a partes iguales. Todavía tenía sesenta y cuatro años, pero parecía mucho mayor. Como si, por despiste, alguien hubiera rebobinado hacia delante el filme de su vida.

—En todos los días que he estado aquí, no te has despertado en ningún momento. Pero, según el médico, tu salud no está tan deteriorada. De hecho, por asombroso que parezca, estás casi igual que antes.

Tengo hizo una pausa y esperó a que sus palabras calasen en el anciano.

—No sé si lo que te digo llega a tus oídos. A lo mejor, aunque mi voz haga vibrar tus tímpanos, el circuito siguiente está cortado. O quizá mis palabras alcanzan tu mente, pero no puedes reaccionar. No tengo ni idea. Sin embargo, te he hablado y te he leído libros dando por supuesto que sí me escuchabas. Porque ahora, si no doy por supuesto que me escuchas, no tendría sentido que te hablara, y, si no pudiera hablarte de nada, mi presencia aquí no tendría ningún sentido. Por otra parte, no sé cómo explicarlo, pero a lo largo de estos días he *percibido algo*. Y, aunque no lo captes todo, creo que sí captas al menos lo esencial de mis palabras.

No hubo reacción.

—Lo que te voy a decir ahora tal vez sea estúpido, pero me marcho a Tokio y no sé cuándo volveré. Por eso necesito confesarte lo que tengo en mi cabeza. Si te parece una idiotez, ríete todo lo que quieras. Si es que puedes reír, claro.

Tomó un respiro y observó el rostro de su padre. Como era de esperar, no hubo reacción.

—Estás en coma. Has perdido la conciencia, la sensibilidad, y te mantienes

en ese estado gracias a un mecanismo de soporte vital. Eres un cadáver viviente, o algo por el estilo, dijo el médico. Bueno, él empleó un eufemismo. Desde un punto de vista médico, puede que sea así. Pero ¿y si todo esto no es más que un *disfraz*? Me pregunto si, *en realidad*, no has perdido la conciencia. Si tu mente no vive en otra parte, mientras mantienes tu cuerpo en letargo. Lo he notado durante todo este tiempo. Aunque tal vez sólo sea una vaga impresión.

Silencio.

—Sé perfectamente que es un desatino. Si se lo contara a alguien, pensaría que estoy desvariando. Pero no puedo evitar imaginarlo. Seguro que has perdido la curiosidad por este mundo. Te sientes disgustado, desalentado, indiferente. Supongo que por eso has decidido renunciar a tu cuerpo y llevar una vida diferente en otro lugar. Tal vez en tu mundo interior.

Más silencio.

—Pedí unos días libres en el trabajo, vine a este pueblo, reservé una habitación en un *ryokan*, y cada día he venido a verte y a hablar contigo. Ya han pasado casi dos semanas. Pero visitarte y cuidarte no eran mis únicos objetivos. También me trajo aquí el deseo de saber de dónde vengo, con quién me unen lazos de sangre. Sin embargo, eso ahora ya no me importa. Esté unido a quien sea, yo soy yo. Y tú *me hiciste de padre*. Eso me basta. No sé si puede llamársele a esto reconciliación. Quizá sea una reconciliación conmigo mismo. Sí, tal vez sea eso. —Tengo respiró hondo y bajó el tono de voz—. En verano todavía estabas consciente. Es cierto que estabas bastante espeso, pero conservabas tus facultades. Por ese entonces, me reencontré con una chica en esta habitación. Mientras tú estabas en la sala de análisis, ella vino *aquí*. Ella o una especie de álter ego. Si volví a este pueblo y me quedé tanto tiempo fue con la esperanza de volver a verla. Ése es el verdadero motivo por el que vine. —Soltó un suspiro y juntó las manos sobre las rodillas—. Pero ella no reapareció. Llegó hasta aquí en algo llamado crisálida de aire, una cápsula que la contenía. Explicártelo todo me llevaría mucho tiempo, pero el caso es que la crisálida de aire era un producto de la imaginación, una fantasía. Sin embargo, ahora ha dejado de ser imaginaria. La frontera entre el mundo real y los frutos de la psique se ha vuelto imprecisa. En el cielo flotan dos lunas. También ellas proceden de un mundo ficticio.

Tengo miró al padre a la cara. ¿Seguiría el hilo de lo que le contaba?

—En ese contexto, la idea de que tu conciencia se ha separado de tu cuerpo y ahora deambula libremente en otro mundo no es tan descabellada. Es, por así decirlo, como si las reglas que rigen el mundo empezaran a relajarse. Y, como te

he dicho antes, tengo una pequeña y curiosa percepción. La percepción de que quizá seas tú el que *en realidad está llevando a cabo todo esto*. Entre otras cosas, por ejemplo, llamar a la puerta de mi piso. Sabes de qué te hablo, ¿no? Dices que eres el cobrador de la NHK, golpeas la puerta insistentemente y gritas amenazas desde el pasillo. Como solíamos hacer los dos cuando recorríamos Ichikawa recaudando la cuota.

Algo indicaba que la atmósfera de la habitación había cambiado ligeramente. A pesar de que las ventanas estaban abiertas de par en par, apenas llegaban sonidos del exterior. Sólo, de vez en cuando, el gorjeo de un gorrión.

—Ahora hay una chica en mi piso, en Tokio. No es mi novia ni nada parecido. Simplemente ocurrió algo y está alojándose por un tiempo en mi casa. Ella fue la que me contó por teléfono lo del cobrador de la NHK lo que dijo e hizo en el rellano mientras aporreaba la puerta. Curiosamente, igualito que tú en otros tiempos. Las frases que ella escuchó son idénticas a las que yo recuerdo. Las expresiones que desearía borrar por completo de mi memoria. Y por eso me pregunto si en realidad ese cobrador no serás tú. ¿Me equivoco?

Tengo guardó silencio durante unos treinta segundos. Pero el padre ni siquiera pestañeó.

—Voy a pedirte sólo una cosa: que dejes de llamar a la puerta. En mi piso no hay televisión. Y aquellos días en los que cubríamos juntos la ruta de la recaudación son cosa del pasado. Debería haber quedado claro. Lo hablamos delante de la profesora, ¿o no? No me acuerdo de cómo se llamaba, pero era la tutora de mi clase. Una profesora bajita y con gafas. La recuerdas, ¿verdad? Pues entonces no vuelvas a llamar a la puerta. Y no sólo a la nuestra. No quiero que llames más a ninguna otra puerta. Ya no eres cobrador de la NHK y, por lo tanto, no puedes seguir haciendo eso y asustando a la gente.

Tengo se levantó, se acercó al alféizar de la ventana y contempló el paisaje. Un anciano con jersey grueso y bastón caminaba delante del pinar de protección contra el viento. A todas luces, daba un paseo. Un hombre canoso, alto y con buen porte. Pero caminaba con torpeza. Avanzaba muy lentamente, como si hubiera olvidado cómo se caminaba e intentase recordarlo. Tengo lo observó largo rato. El anciano, tomándose su tiempo, logró atravesar el jardín y desapareció tras doblar una esquina del edificio, sin que, aparentemente, hubiera recordado cómo caminar. Tengo se volvió hacia su padre.

—No te estoy reprochando nada. Tienes derecho a enviar a tu conciencia a donde te venga en gana. Es tu vida y tu conciencia. Habrá cosas que considerarás

correctas y querrás ponerlas en práctica. Supongo que no tengo derecho a criticarte. Pero *ya no eres cobrador de la NHK*. Así que no vuelvas a hacerte pasar por uno de ellos. No conduce a ninguna parte. —Se sentó en el alféizar y buscó las palabras en el aire de la exigua habitación—. No sé bien cómo fue tu vida; qué alegrías, qué tristezas hubo. Pero si hay algo que no pudiste satisfacer, no lo busques en la puerta de casas ajenas. Aunque sea el lugar con el que más familiarizado estás, aunque sea lo que mejor sabes hacer. —Tengo contempló en silencio el rostro de su padre—. No quiero que vuelvas a llamar a la puerta de nadie. Es lo único que te pido. Debo irme. He estado viniendo todos los días, hablando contigo y leyéndote, mientras tú seguías en coma. Por lo menos, en cierta medida, nos hemos reconciliado. Eso es algo que ha ocurrido de verdad, en el mundo real. Y quizá no te agrade, pero será mejor que regreses a *este lugar*. Porque éste es el lugar al que tú perteneces. —Cogió el bolso bandolera y se lo colgó al hombro—. Me marcho.

El padre permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin decir ni una palabra. Igual que siempre. Pero algo indicaba que estaba reflexionando. Tengo contuvo el aliento y prestó mucha atención. Presentía que su padre iba a abrir los ojos y se iba a mover. Pero nada ocurrió.

La enfermera de piernas y brazos largos como los de una araña seguía sentada en recepción. En el pecho llevaba una placa identificativa: «Tamaki».

—Me vuelvo a Tokio —le dijo.

—Lamento que su padre no haya vuelto en sí durante su estancia. —Y añadió, para consolarlo—: Pero seguro que él se alegra de que se haya quedado tanto tiempo, ¿no le parece?

A Tengo no se le ocurrió ninguna buena respuesta.

—Salude a las demás enfermeras de mi parte. Se han portado muy bien conmigo.

Al final no había visto a Tamura, la enfermera de las gafas. Ni a Ōmura, la de pechos grandes y el bolígrafo metido entre la melena.

Le invadió cierta tristeza. Eran unas enfermeras excelentes y lo habían tratado con cariño. Sin embargo, quizá fuese mejor no volver a verse las caras. Porque, al fin y al cabo, estaba a punto de dejar solo el pueblo de los gatos.

Cuando el tren partió de la estación de Chikura, recordó la noche que había pasado en el piso de Kumi Adachi. Sorprendido, cayó en la cuenta de que había

sido la víspera. La llamativa lámpara Tiffany, el incómodo sofá, el programa de humor que se oía procedente del piso de al lado. El ulular del búho en el bosque, el humo del hachís, la camiseta con el *smiley* y el denso vello púbico apretado contra sus piernas. Apenas habían pasado unas horas, pero le parecía que había sucedido hacía muchísimo tiempo. Su sentido del tiempo estaba desajustado. El núcleo de esos recuerdos, como una balanza inestable, no había conseguido asentarse.

De repente, Tengo se sintió inseguro y miró a su alrededor. «¿Es ésta la *verdadera* realidad? ¿No me habré colado en la realidad equivocada?». Le preguntó a un pasajero que estaba a su lado para asegurarse de que era el tren que se dirigía a Tateyama. «Todo va bien. No te has equivocado», se dijo. En Tateyama subiría al tren expreso hacia Tokio. Estaba dejando atrás el «pueblo de los gatos».

Tras cambiar de tren y tomar asiento, el sueño lo invadió como si éste ya no pudiera aguantar más. Un sueño profundo, como si hubiera dado un paso en falso y cayese por un negro agujero sin fondo. Sus párpados se cerraron y, al siguiente instante, su conciencia se apagó. Cuando despertó, el tren ya había dejado atrás Makuhari. En el vagón no hacía demasiado calor, pero las axilas y la espalda le sudaban. La boca le olía mal. Era un olor parecido al aire enrarecido que se respiraba en la habitación de su padre. Sacó un chicle del bolsillo y se lo metió en la boca.

Pensó que nunca regresaría a ese pueblo costero. Al menos mientras su padre estuviera vivo. Aunque, por supuesto, en este mundo no se puede afirmar nada a ciencia cierta. Pero en aquel pueblo de la costa ya no podía hacer nada más.

Al regresar a su piso, Fukaeri no estaba. Llamó tres veces a la puerta, esperó unos segundos y volvió a llamar dos veces. Luego abrió con llave. En el piso había un silencio sepulcral y todo estaba sorprendentemente limpio y ordenado. La vajilla guardada en su aparador, la mesa y el escritorio en orden, y la bolsa de la basura vacía. Incluso parecía haber pasado la aspiradora. La cama estaba hecha y no había ni un solo libro o disco fuera de lugar. La colada, ya seca, estaba bien doblada sobre la cama.

El gran bolso bandolera de Fukaeri también había desaparecido. Pero no parecía que la chica hubiera recordado algo de pronto, o le hubiese ocurrido algo, y se hubiera marchado a toda prisa. Tampoco parecía que hubiera salido un

rato. Todo indicaba que había decidido irse y que, antes de marcharse, se había tomado la molestia de limpiar el piso. Tengo trató de imaginársela pasando la aspiradora y limpiando aquí y allá con un trapo. Eso no casaba en absoluto con la imagen que tenía de la chica.

Al abrir el buzón del portal, encontró el duplicado de la llave. Por el correo acumulado, dedujo que se había marchado el día anterior, quizás hacía dos días. La había telefoneado por última vez dos días atrás, por la mañana, y todavía estaba en el piso. La noche anterior, él había cenado con las enfermeras y luego Kumi Adachi lo había invitado a su piso. Entre una cosa y otra, no había tenido ocasión de llamarla.

Por lo general, en estos casos, dejaba una nota escrita con su peculiar letra menuda y de aspecto cuneiforme. Pero no encontró nada semejante por ninguna parte. Se había marchado en silencio, sin decirle nada. Sin embargo, Tengo no se sentía en absoluto sorprendido o decepcionado. Fukaeri era impredecible; no se sabía nunca qué pensaba ni qué iba a hacer. Cuando quería venir, aparecía, y cuando quería largarse, cogía y se marchaba. Igual que un gato —ya de por sí con un fuerte sentido de la independencia— especialmente caprichoso. Es más, lo extraño era que hubiera permanecido tanto tiempo en un mismo sitio.

En la nevera había más comida de la que esperaba encontrar. Como si en los días anteriores Fukaeri hubiera salido del piso y hubiese hecho la compra. También había un montón de coliflor que, por la pinta, llevaba poco tiempo cocida. ¿Sabría ella que Tengo regresaría a Tokio en uno o dos días? Como le entró hambre, frió unos huevos y se los comió acompañados de la coliflor. Luego hizo tostadas, preparó café y se tomó dos tazas.

A continuación llamó al amigo al que le había pedido que lo sustituyera en la academia y le dijo que se reincorporaría al trabajo al inició de la semana siguiente. El amigo le explicó hasta dónde había llegado en el libro de texto.

—Muchas gracias. Te debo una —le dijo Tengo.

—No me amarga enseñar. A veces hasta es divertido. Pero cuando enseñas durante mucho tiempo, acabas convirtiéndote en un extraño para ti mismo.

También Tengo sentía eso a menudo.

—¿Alguna novedad durante mi ausencia?

—Nada en particular. Bueno, tienes aquí una carta. Está en un cajón de tu escritorio.

—¿Una carta? —dijo Tengo—. ¿De quién?

—Una chica esbelta, con el pelo liso y hasta los hombros, vino a verme y me

pidió que te la entregase. Tenía una manera de hablar un poco rara. Quizá fuera extranjera.

—¿Llevaba una gran bandolera?

—Exacto. De color verde. Abultadísima.

A Fukaeri le habría dado miedo dejar la carta dentro del piso. Alguien podría leerla. Podrían llevársela. Por eso había ido hasta la academia y se la había confiado al amigo de Tengo.

Tengo volvió a darle las gracias y colgó. Pronto se haría de noche y no le apetecía tomar el tren e ir hasta Yoyogi a recoger la carta. Lo haría al día siguiente.

Luego se dio cuenta de que se había olvidado de preguntarle al amigo por la Luna. Pensó en volver a llamarlo, pero cambió de idea. Seguro que ni se acordaba. Al fin y al cabo, era un problema al que tenía que enfrentarse solo.

Tengo salió a la calle y caminó sin rumbo envuelto por el atardecer. Sin Fukaeri, en el piso se sentía solo e inquieto. Cuando vivía con ella, Tengo ni se daba cuenta de su presencia. Él seguía su rutina y Fukaeri, a su vez, hacía su propia vida. Pero, ahora que se había ido, Tengo notaba que se había creado una especie de vacío con forma humana.

Eso no significaba que se sintiese atraído por ella. Era bella y encantadora, pero, desde que la conoció, nunca la había deseado. Pese a que habían vivido juntos algún tiempo, su corazón nunca se había sentido sacudido. «¿Por qué será? ¿Existirá alguna razón por la que Fukaeri no me atraiga sexualmente?». Ciertamente, aquella noche tormentosa habían copulado. Pero él no lo había buscado. Había sido ella.

El verbo «copular» se ajustaba perfectamente a lo que habían hecho. Fukaeri había montado sobre el cuerpo de Tengo, paralizado y privado de libertad, y éste había introducido el pene erecto en el cuerpo de ella. Cuando la penetró, Fukaeri estaba como en trance. Parecía un hada dominada por un sueño lascivo.

Y luego, como si nada hubiera ocurrido, los dos habían vivido en aquel pequeño piso. Cuando el aguacero y los truenos cesaron y amaneció, Fukaeri parecía haber olvidado por completo lo ocurrido. Tengo tampoco lo había sacado a relucir. Le pareció que, si ella no se acordaba, era mejor dejarlo así. Y quizás a él también le convenía olvidarlo. Sin embargo, persistía la duda. ¿Por qué había

hecho de pronto Fukaeri algo así? ¿Tendría algún objetivo? ¿La había poseído momentáneamente algún espíritu?

Tengo sólo sabía que *no había sido un acto regido por el amor*. Fukaeri sentía una simpatía natural hacia él, eso estaba claro. Pero era muy improbable que sintiera por Tengo amor, deseo o cualquier cosa parecida a la pasión. *Ella no sentía deseo por nadie*. Aunque Tengo no confiaba al cien por cien en su capacidad para analizar a la gente, era incapaz de imaginar a Fukaeri exhalando su cálido aliento mientras hacía el amor apasionadamente con un hombre. Ni siquiera la veía echando un polvo normal y corriente. No iba con su carácter.

Dándole vueltas a esas y otras cosas, Tengo paseó por las calles de Kōenji. Cuando se puso el sol, se levantó un viento frío, pero no le preocupó. Caminaba entregado a sus reflexiones. Luego solía dar forma a esas reflexiones frente al escritorio. Se había convertido en una costumbre. Por eso caminaba a menudo, lloviera o soplara el viento. Paseando, acabó desembocando en el Cabeza de Cereal. Como no se le ocurría nada más que hacer, entró en el local y pidió una Carlsberg. Acababan de abrir y él era el único cliente. Intentó dejar de pensar, puso la mente en blanco y se bebió la cerveza con calma.

Pero, del mismo modo que en la naturaleza no existe el vacío, tampoco Tengo podía permitirse el lujo de dejar la mente en blanco largo tiempo. No podía evitar pensar en Fukaeri. La chica invadió su mente, como un sueño desmenuzado en trozos.

«Puede que esa persona se encuentre muy cerca… En un lugar al que se puede ir a pie desde aquí».

«Eso me dijo Fukaeri. Por eso he salido a la calle a buscarla. Y he entrado en este local. ¿Qué otra cosa me dijo?».

«No tienes que preocuparte… Ella te va a encontrar a ti».

Igual que Tengo buscaba a Aomame, Aomame lo buscaba a él. No conseguía entenderlo. Estaba obcecado con que él debía buscarla a ella. Por eso no le entraba en la cabeza que Aomame también pudiera estar buscándolo.

«Yo percibo y tú recibes».

Eso también lo había pronunciado Fukaeri en aquella ocasión. Ella percibía y Tengo recibía. No obstante, Fukaeri sólo mostraba lo que había percibido cuando quería. Tengo ignoraba si la chica seguía unos principios o unas teorías, o si actuaba movida por un capricho.

Tengo volvió a rememorar la noche en que copuló con Fukaeri. La guapa chica de diecisiete años se subió encima de él y recibió su pene hasta el fondo. Sus grandes pechos se sacudían con gracia en el aire, igual que un par de frutos maduros. Arrobada, cerró los ojos, y las narinas se le hinchaban de lo excitada que estaba. Sus labios se movían pero no surgían palabras. Por ellos asomaban sus blancos dientes y, de vez en cuando, la punta rosada de su lengua. Tengo recordaba la escena con nitidez. Pese a que su cuerpo estaba paralizado, él lo había observado todo con atención y se le había quedado grabado en la mente. Y la erección era perfecta.

Pero, por más que reprodujera esa escena con gran precisión, Tengo no se sentía excitado. Tampoco deseaba volver a hacer el amor con Fukaeri. Desde entonces, llevaba unos tres meses sin hacerlo. Es más, ni siquiera se había corrido una sola vez. Algo sumamente raro en Tengo. Era un hombre soltero, sano y con treinta años, y con frecuencia lo asaltaba el apetito sexual; un deseo de los que requieren saciarse de otras maneras.

Sin embargo, cuando se metió en la cama con Kumi Adachi, en su piso, y ella oprimió su pubis contra la pierna de él, Tengo no sintió el menor deseo. Su pene permaneció flácido en todo momento.

Quizá por efecto del hachís. Pero le daba la impresión de que no era eso. Al copular con Tengo aquella noche tormentosa, Fukaeri se había llevado *algo*

importante de su interior. Como si hubieran vaciado el mobiliario de una casa.

¿El qué, por ejemplo?

Tengo sacudió la cabeza.

Terminada la cerveza, pidió un Four Roses *on the rocks* y unos frutos secos. Igual que la última vez.

La erección que había experimentado la noche de la tormenta había sido quizá demasiado perfecta. El pene estaba más rígido, más tieso de lo habitual. No parecía su pene. Terso y brillante, más que un pene de verdad, parecía el símbolo de un concepto. Y la eyaculación ulterior había sido enérgica, viril; el esperma abundante y denso. Seguro que había alcanzado el fondo del útero. O incluso más allá. La verdad es que había sido una eyaculación impecable.

Pero las cosas demasiado perfectas tienen su contrapartida. Es ley de vida. «¿Qué clase de erecciones he experimentado desde entonces? No lo recuerdo». Quizá no se había empalmado ni una sola vez. Dado que no se acordaba, si había tenido alguna erección, debió de ser de segunda categoría. Cinematográficamente hablando, habría sido como un mediometraje de bajo presupuesto de los que ponen en los cines en medio de esas viejas sesiones largas con el fin de completar la programación. No debían de haber sido erecciones relevantes. No lo creía.

«¿Y si tuviera que pasar el resto de mis días con erecciones de segunda categoría o, incluso, sin erecciones?», se preguntó. Sin duda sería una vida triste como un ocaso prolongado. Pero, bien pensado, a lo mejor era inevitable. Al menos había tenido una erección y una eyaculación perfectas en su vida. Como el guionista de *Lo que el viento se llevó*. Tendría que *contentarse* con haber conseguido algo grande en una ocasión.

Cuando se terminó el Four Roses *on the rocks*, pagó la cuenta y siguió caminando sin rumbo fijo. El viento había arreciado y hacía aún más frío. «He de encontrar a Aomame antes de que las reglas del mundo se relajen del todo y gran parte de la lógica desaparezca». Su único deseo en ese momento era volver a verla. «Si no consigo encontrarla, ¿qué valor tendrá mi vida?». Ella había estado en algún lugar cerca de allí, en el barrio de Kōenji. En septiembre. Si tenía suerte, seguiría en el mismo sitio. Aunque nada lo corroboraba. Pero sólo podía aferrarse a esa posibilidad. «Aomame está aquí, *en alguna parte*». Y ella

también lo buscaba a él. Como dos trozos de una moneda partida, cada uno en busca de la otra mitad.

Miró al cielo, pero la Luna no se veía. «Debo ir a algún sitio desde el que se divise», pensó.

13
USHIKAWA

¿Es esto lo que significa volver a empezar?

El llamativo aspecto de Ushikawa era un inconveniente a la hora de espiar o hacer un seguimiento. Aunque se rodease de una muchedumbre para pasar inadvertido, destacaba como una escolopendra dentro de un yogur.

Su familia no era así. Ushikawa tenía padres, dos hermanos —uno mayor que él y otro menor— y una hermana, la más pequeña de los cuatro. El padre dirigía una clínica, de cuya contabilidad se encargaba la madre. Los dos chicos, alumnos aventajados ya de niños, habían estudiado en la Facultad de Medicina. El mayor trabajaba en un hospital de Tokio y el pequeño investigaba en la universidad. Cuando los padres se jubilaron, el hermano mayor se hizo cargo de la clínica que aquéllos dirigían en Urawa. Los dos hermanos estaban casados y tenían hijos. La hermana había estudiado en una universidad estadounidense y ahora trabajaba de intérprete simultánea en Japón. Tenía treinta y cinco años, pero seguía soltera. Todos eran delgados, altos y de hermosas facciones ovaladas.

En casi todos los aspectos, especialmente en su fisonomía, Ushikawa era una excepción. Bajo, de cabeza grande y deforme, y cabello rizado e hirsuto, tenía las piernas cortas y arqueadas como pepinos. Los globos oculares se proyectaban hacia fuera, como si algo lo sorprendiera, y alrededor del cuello le colgaba una papada pronunciada. Tenía las cejas tan grandes y espesas que casi se tocaban. Parecían dos orugas gigantes buscándose la una a la otra. Por lo general sus notas en el colegio habían sido excelentes, pero desiguales dependiendo de la asignatura, y no se le daba bien el deporte.

En aquella familia acomodada y orgullosa de sí misma, él siempre había sido el «elemento extraño», la nota discordante que rompía la armonía y provocaba disonancia. En las fotografías en las que salía toda la familia, él era el único que

no encajaba. Parecía alguien ajeno y poco delicado que se había metido allí por error y, por casualidad, había salido en la foto.

Todos los miembros de la familia se preguntaban cómo podía tener un aspecto tan diferente al de ellos. Sin embargo, no cabía duda de que era hijo de su madre, ya que lo había llevado en su vientre (ella aún recordaba lo doloroso que había sido el parto). Nadie lo dejó en la puerta de la casa metido en una cesta. En cierta ocasión, alguien recordó, efectivamente, a un pariente con un cabezón deforme por el lado paterno. Un primo del abuelo de Ushikawa. Durante la guerra había trabajado en una fábrica de una empresa metalúrgica en el barrio de Kōtō, pero falleció durante el bombardeo de Tokio en la primavera de 1945. Aunque ni siquiera su padre había llegado a conocerlo, quedaba alguna foto de él en un viejo álbum. Cuando miraban las fotos, toda la familia exclamaba: «¡Ajá!». Porque el hombre guardaba un asombroso parecido con Ushikawa. Eran como dos gotas de agua; tan parecidos que podría considerarse una reencarnación. A lo mejor, quién sabía por qué, los genes del antepasado habían resurgido de improviso.

Si él no hubiera existido, los Ushikawa de Urawa, en la prefectura de Saitama, habrían sido una familia intachable, tanto en el atractivo físico como en lo académico y profesional. Una familia brillante, envidiada por todos y fotogénica. Pero al añadírseles Ushikawa, la gente fruncía el ceño y meneaba la cabeza. Se preguntaban si, en cierto momento, algún pícaro no le habría echado la zancadilla a la diosa de la belleza. O los padres creían que *seguro que la gente lo pensaba*. Por eso intentaban mostrarlo lo menos posible ante los demás. Si no les quedaba más remedio, trataban de que no llamase demasiado la atención (en vano, evidentemente).

Pero a Ushikawa no le desagradaba verse en esa situación; no le entristecía ni le hacía sentirse solo. Él mismo prefería que nadie lo viera; al contrario, deseaba que evitasen que llamara la atención. Sus hermanos y su hermana lo trataban casi como si no existiera, pero no le importaba. Porque él a ellos no los quería. Eran guapos, sacaban muy buenas notas, se les daban bien todos los deportes, tenían un sinfín de amigos. Pero a ojos de Ushikawa, eran superficiales en todos los sentidos. Simples en su forma de pensar, estrechos de miras, carentes de imaginación; sólo se preocupaban por el qué dirán. Sobre todo, les faltaba esa sana suspicacia necesaria para alcanzar cierta sabiduría.

Su padre, que era un internista eminente además de director de la clínica, era un tipo tedioso hasta decir basta. Igual que el rey de la leyenda, que todo lo que tocaba lo convertía en oro, todas las palabras que salían de su boca se transformaban en insulsos granos de arena. Pero, al ser poco hablador —probablemente sin ninguna intención—, conseguía ocultar arteramente ese necio defecto. La madre, en cambio, era charlatana, además de una esnob empedernida. Sólo pensaba en el dinero, era caprichosa, orgullosa, le gustaba lo chabacano y a las primeras de cambio estaba hablando mal de los demás con voz chillona. El hermano mayor había heredado las maneras del padre; el pequeño, las de la madre. La hermana, aunque muy independiente, era una irresponsable, carecía de consideración hacia los demás y sólo miraba por sus propios intereses. Los padres la consentían y la malcriaban porque era la benjamina.

Por ese motivo, Ushikawa había pasado solo la mayor parte de su infancia. Al volver del colegio, se encerraba en su habitación y se refugiaba en la lectura. Sin otro amigo que su perro, no tenía la oportunidad de contarle a alguien lo que aprendía, y sin embargo era consciente de que poseía una lucidez y una capacidad de raciocinio asombrosas, aparte de su elocuencia. Y, solo, pulía con paciencia esos talentos. Por ejemplo, establecía una proposición y debatía consigo mismo en torno a ella, desarrollando dos posturas encontradas. Por una parte, valiéndose de su elocuencia, sostenía esa proposición mientras, por la otra, la rebatía. Defendiendo con ardor ambas posturas, era capaz de comprender e interpretar —con sinceridad— el papel que cada posición exigía y meterse de lleno en él. Así fue como, sin darse cuenta, adquirió la capacidad de mostrarse escéptico con respecto a sí mismo. Y fue comprendiendo que, en muchos casos, las cosas que por lo general se consideraban verdaderas eran relativas. Algo más aprendió: que lo subjetivo y lo objetivo no son tan fáciles de discernir como suele pensarse y, dado que los separa una frontera muy sutil, pasar deliberadamente de uno a otro no es una operación tan complicada.

Con el fin de utilizar la lógica y la retórica de manera más lúcida y eficaz, Ushikawa embutía conocimientos de manera indiscriminada en su cabeza. Aquello que le servía y aquello que consideraba que no le servía demasiado. Aquello con lo que estaba de acuerdo y aquello con lo que por entonces era imposible que estuviera de acuerdo. No sólo buscaba una formación amplia, sino también información tangible, que pudiese tomar directamente en sus manos, sopesar y palpar.

Aquel cabezón deforme se convirtió, más que nada, en un recipiente de

valiosa información. Un recipiente no muy agradable a la vista pero muy ventajoso. Gracias a ello, adquirió un saber enciclopédico, más extenso que el de cualquiera de su edad. Si se lo hubiera propuesto, habría podido desarmar fácilmente a cualquiera a su alrededor sólo con palabras. No únicamente a sus hermanos o compañeros de clase, sino también a sus maestros y a sus padres. Pero Ushikawa procuraba no mostrar esas cualidades delante de los demás. No le gustaba llamar la atención. El saber y las habilidades eran tan sólo herramientas; no estaban hechas para alardear.

Ushikawa se consideraba una especie de animal noctívago agazapado entre las sombras del bosque a la espera de que pasase su presa. Acechaba el momento oportuno y entonces se abalanzaba con decisión. No debía alertarla. Lo más importante era eliminar todo indicio de su presencia para que la presa se confiase. Así pensaba ya desde su época en el colegio. Era muy independiente y no exteriorizaba sus sentimientos con facilidad.

A veces se planteaba qué habría sucedido si hubiera nacido con un aspecto un poco más agraciado. Aunque no hubiera sido especialmente guapo. No necesitaba una apariencia deslumbrante. Algo del montón. Un aspecto que no resultase tan horrible como para que la gente se volviera a su paso. «Si hubiera nacido así, ¿qué clase de vida llevaría?». Pero ésa era una hipótesis que superaba su imaginación. Ushikawa era *mucho* Ushikawa, y no había lugar para suposiciones. Gracias a esa cabeza enorme y deforme, los ojos saltones y las piernas cortas y arqueadas, Ushikawa existía. Gracias a ello existía un niño que derrochaba ganas de aprender pese a su escepticismo, un niño locuaz pese a su taciturnidad.

El niño feo creció y con el paso del tiempo se convirtió en un chico feo; luego, sin darse cuenta, en un hombre feo de mediana edad. En cualquier etapa de su vida, la gente con la que se cruzaba se volvía para mirarlo. Los niños se quedaban observando su rostro con descaro. A veces Ushikawa se preguntaba si, cuando se convirtiese en un viejo feo, dejaría de llamar tanto la atención. Dado que, por lo general, los ancianos suelen ser feos, a lo mejor esa fealdad particular que lo caracterizaba ya no destacaría tanto como en sus años mozos. Pero eso no lo sabría hasta que envejeciera. Tal vez se convertiría en un viejo horripilante, de una fealdad nunca vista.

En cualquier caso, no conocía ningún truco que le permitiera mimetizarse

con el paisaje. Para colmo, Tengo ya lo conocía. Si se lo encontrara rondando las inmediaciones de su piso, todo se iría al traste.

En esos casos solía contratar a un detective. Desde su época de abogado recurría a ellos. Muchos eran policías retirados y dominaban técnicas de escucha, seguimiento y vigilancia. Sin embargo, en esta ocasión prefería no involucrar a nadie más. El asunto era delicado, con un asesinato, es decir un delito grave, de por medio. Además, ni él mismo sabía exactamente qué esperaba encontrar espiando a Tengo.

Lo que Ushikawa deseaba era, naturalmente, descubrir la «conexión» entre Tengo y Aomame, pero ni siquiera sabía con exactitud qué cara tenía ella. Aun recurriendo a todos los medios, incluido el Murciélago, no había conseguido una sola foto de la chica. Logró echarle un vistazo al anuario del instituto del año en que ella se graduó, pero su rostro en la foto de clase era diminuto y, en cierta manera, poco natural; parecía una careta. En la foto del club de sóftbol de su antigua empresa, llevaba una gorra de visera que le proyectaba una sombra sobre la cara. Así pues, aunque en ese momento Aomame pasara a unos metros de él, no la habría reconocido. Sabía que medía casi uno setenta, tenía buena planta y un tipo atlético. Tenía unos ojos y unos pómulos peculiares, y el cabello le caía hasta los hombros. Pero ¿cuántas mujeres había así en todo el país?

Concluyó que haría él mismo el seguimiento. Mantendría los ojos abiertos y esperaría con paciencia a que algo ocurriese; entonces, decidiría sobre la marcha cómo actuar. Era imposible pedirle una tarea tan delicada a otra persona.

Tengo vivía en la tercera planta de un viejo edificio de hormigón armado. En uno de los buzones del edificio, instalados en la entrada, había una plaquita que ponía KAWANA. Su buzón estaba algo oxidado, con la pintura desconchada. Sin embargo, estaba cerrado con llave, a diferencia de la mayoría de los vecinos, que los dejaban sin cerrar. Como el portal tampoco tenía cerradura, cualquiera podía entrar en el edificio.

Los oscuros pasillos olían a ese fuerte olor característico de los edificios construidos hace tiempo. Allí, el olor a humedades sin arreglar, a viejas camisas lavadas con detergente barato, a aceite de *tempura* utilizado muchas veces, a flor de nochebuena marchita y a orines de gato procedentes de un jardín situado frente a la entrada, donde crecía maleza, mezclados con otros olores sin identificar, conformaban una atmósfera única. Quizá la gente que vivía en el

edificio desde hacía tiempo se hubiese acostumbrado a ese penetrante olor, pero eso no cambiaba el hecho de que no fuera agradable.

El piso de Tengo daba a la calle. No era una calle muy ruidosa, pero sí transitada. Como se encontraba cerca de un colegio, a ciertas horas pasaban muchos niños. Frente al edificio, al otro lado de la calle, se alineaban, muy juntas, varias viviendas unifamiliares de dos plantas y sin jardín. Al final de la calle había una licorería, y una papelería en la que se surtían los escolares. Dos manzanas más allá había un pequeño puesto de policía. Por más que buscaba, en los alrededores no había sitios en los que esconderse, y si se quedara de pie en la acera observando fijamente el piso, aunque tuviera la fortuna de que Tengo no lo descubriera, los vecinos lo mirarían con recelo. Aún más teniendo en cuenta la pinta «poco corriente» de Ushikawa: sin duda alguna, el nivel de alarma de los inquilinos aumentaría dos puntos. Imaginarían que era un pervertido que acechaba a los niños que salían de la escuela y acudirían a la policía del puesto cercano.

Para espiar a alguien, primero hay que encontrar un lugar adecuado. Un lugar desde el que observar sin ser visto a la persona en cuestión y al que se pueda llevar agua y alimentos. Lo ideal sería conseguir una habitación desde la que se dominase el piso de Tengo. Entonces instalaría una cámara con teleobjetivo en un trípode y vigilaría las salidas y entradas así como los movimientos dentro del piso. Puesto que trabajaba solo, era imposible vigilar las veinticuatro horas del día, pero creía que al menos podría cubrir diez horas. Huelga decir, sin embargo, que no iba a ser fácil encontrar un sitio que reuniera esas condiciones.

A pesar de todo, Ushikawa dio vueltas por la zona en busca de ese lugar. No sabía resignarse. Caminaría lo que hiciera falta, por más remota que fuera la posibilidad de encontrarlo. Esa tenacidad era su marca. No obstante, después de pasar media jornada recorriendo hasta el último rincón del vecindario, se dio por vencido. Kōenji era una zona muy concentrada y plana, sin apenas edificios altos. Desde pocos sitios se dominaba el piso de Tengo. Y cerca de éste no había ni un solo lugar en el que Ushikawa pudiera instalarse.

Cuando no se le ocurría ninguna buena idea, Ushikawa siempre se daba un largo baño caliente. Por eso, lo primero que hizo al llegar a casa fue calentar el agua. A continuación se sumergió en la bañera de plástico rígido y escuchó el

Concierto para violín de Sibelius, que daban por la radio. No tenía muchas ganas de escuchar a Sibelius. Además, los conciertos de Sibelius no son lo más apropiado para escuchar mientras uno se da un baño al final del día. Quizás a los finlandeses les guste escucharlo metidos en la sauna en sus largas noches. Sin embargo, la música de Sibelius era una pizca demasiado apasionada; demasiada tensión contenida como para escucharla en una exigua bañera de un módulo de baño, en un apartamento de dos dormitorios en Kohinata, en el barrio de Bunkyo. Con todo, tampoco le molestaba. Le bastaba con que sonase algo de música de fondo. Si sonara un concierto de Rameau, lo escucharía sin rechistar, y otro tanto si se hubiera tratado del *Carnaval* de Schumann. Pero daba la casualidad de que en ese momento en la emisora de FM ponían el *Concierto para violín* de Sibelius. Eso era todo.

Ushikawa vació como siempre la mitad de su cabeza para que descansara y, con la otra mitad, reflexionó. La música de Sibelius, interpretada por David Oistrakh, pasaba principalmente a través de la región vacía. Como una brisa, se introducía por la entrada, abierta de par en par, y se marchaba por la salida también abierta de par en par. Como manera de escuchar música, seguramente no era muy elogiable. Si Sibelius supiera que alguien escuchaba así su música, quizá frunciría el ceño con fuerza y su grueso cuello se llenaría de arrugas. Pero Sibelius llevaba mucho tiempo muerto, e incluso Oistrakh había pasado ya a mejor vida. Así que Ushikawa daba vueltas a sus pensamientos deshilvanados con la mitad no vacía de su mente, mientras dejaba que la música le entrase por el oído derecho y le saliera por el izquierdo sin molestar a nadie.

En momentos como aquél le gustaba pensar sin ceñirse a un asunto concreto. Dar alas a su imaginación, como si soltase perros en un inmenso campo. Tras decirles que fuesen a donde quisieran e hiciesen lo que les viniera en gana, los dejaba libres. Él se sumergía en el agua caliente hasta el cuello, entornaba los ojos y se quedaba ensimismado escuchando la música a su manera. Los perros retozaban a su aire, rodaban cuesta abajo, se perseguían los unos a los otros sin descanso, seguían inútilmente el rastro de una ardilla, se manchaban de barro y de hierba y, cuando se cansaban de jugar y regresaban, Ushikawa les acariciaba la cabeza y volvía a ponerles el collar. En ese instante, la pieza musical tocaba a su fin. El concierto de Sibelius había durado una media hora. El tiempo justo. El locutor anunció la siguiente obra: la *Sinfonietta* de Janáček. El título de esa composición le sonaba de algo. Pero no sabía dónde había oído hablar de esa pieza. Al intentar recordarlo, por alguna razón, se le nubló la vista. Una especie

de neblina amarillenta le veló los globos oculares. Probablemente llevase demasiado tiempo dentro de la bañera. Se resignó, apagó la radio y, tras salir de la bañera, se envolvió con una toalla hasta la cintura y sacó una cerveza de la nevera.

Ushikawa vivía solo. Antes había vivido con su mujer y dos hijas pequeñas. Habían comprado una casa en el barrio de Chōrinkan, en la ciudad de Yamato, prefectura de Kanagawa, y se habían instalado en ella. Aunque era pequeña, tenía un jardín con césped. También tenían un perro. Su esposa era bastante agraciada, y de sus hijas podía decirse que ambas eran guapas. Ninguna de las dos había heredado el aspecto de su padre. Ushikawa se sentía muy aliviado.

Sin embargo, las cosas tomaron un giro inesperado y ahora estaba solo. El hecho de haber tenido una familia y haber convivido con ella en una casa en las afueras le parecía extraño. A veces incluso pensaba si no serían imaginaciones suyas y si él no habría fabricado esos recuerdos a su antojo. Pero estaba claro que había ocurrido. Había tenido una mujer con la que compartía cama y dos hijas que compartían su sangre. En un cajón del escritorio del despacho guardaba una foto de los cuatro. Todos sonreían con aire de felicidad. Hasta el perro parecía sonreír.

No había visos de que la familia pudiera volver a unirse. Su esposa y sus hijas vivían en Nagoya con un nuevo padre. Un padre de aspecto normal, de manera que cuando acudía al colegio el día de visita de los padres, sus hijas no se sentían avergonzadas. Hacía ya casi cuatro años que las hijas no veían a Ushikawa, pero no parecía que eso les apenase demasiado. Ni siquiera le escribían cartas. Tampoco él parecía lamentar mucho no poder verlas. Pero eso, evidentemente, no significaba que no las quisiera. Simplemente, ahora, Ushikawa, cuya vida estaba en peligro, necesitaba cerrar circuitos del corazón inservibles y centrarse en su trabajo.

Además, sabía que, por muy lejos que estuvieran, su sangre corría por las venas de sus hijas. Aunque se olvidasen de él, esa sangre nunca se perdería ni se desviaría de su camino. La sangre tiene una memoria de elefante. Y un día, en algún lugar, la *señal* del cabezón resurgiría. En el momento menos pensado, en el lugar menos pensado. Llegada la hora, la gente recordaría con un suspiro la existencia de Ushikawa.

Quizá llegase a ver esa erupción en vida. Quizá no. Daba lo mismo. Sólo de pensar que era *probable* que sucediera se sentía satisfecho. No por deseo de

venganza, sino por esa satisfacción que se deriva de saber que, inevitablemente, uno forma parte del mundo.

Ushikawa se sentó en el sofá, estiró sus cortas piernas sobre la mesa y, mientras bebía de la lata de cerveza, se le ocurrió una idea. Tal vez no funcionase, pero merecía la pena intentarlo. «¿Cómo no se me ha ocurrido antes algo tan sencillo?», se sorprendió. Quizá las cosas más sencillas sean las que más cuesta ver. A veces, uno tarda en ver lo que tiene delante de las narices.

A la mañana siguiente, Ushikawa volvió a Kōenji, entró en una agencia inmobiliaria y preguntó si alquilaban pisos en el edificio donde vivía Tengo. Le dijeron que el edificio entero lo gestionaba una inmobiliaria que había delante de la estación de tren.

—Pero no creo que haya pisos vacíos. Como el alquiler es asequible y están bien situados, los inquilinos no se marchan.

—Bueno. De todas maneras, preguntaré —dijo Ushikawa.

Se presentó en la inmobiliaria situada delante de la estación. Lo atendió un joven de poco más de veinte años. Tenía el cabello muy oscuro y grueso, fijado con gel de tal forma que parecía un extraño nido de pájaros. Camisa blanca y corbata nueva. Quizá no llevara demasiado tiempo trabajando allí. En las mejillas todavía le quedaban marcas de acné. La pinta de Ushikawa lo amedrentó un poco, pero enseguida se recompuso y esbozó una sonrisa profesional.

—Está usted de suerte, señor —le dijo el joven—. El inquilino que vivía en la planta baja ha tenido que marcharse precipitadamente por circunstancias familiares y, desde hace una semana, es el único piso libre en el edificio. Como lo limpiaron ayer, aún no hemos puesto el anuncio. Al tratarse de un bajo, quizá le moleste un poco el ruido, y no espere demasiada luz, pero está muy bien ubicado. Por otro lado, tenga en cuenta que el dueño del bloque está pensando en derribarlo para edificar de nuevo dentro de cinco o seis años. En el contrato, así pues, ya consta que, medio año antes de eso, recibirá una notificación y tendrá que desalojar el piso. Además, debo decirle que no tiene garaje.

—No hay problema —le contestó Ushikawa. No pensaba quedarse mucho tiempo, y tampoco tenía coche.

—Perfecto, entonces. Si acepta usted las condiciones, puede mudarse mañana mismo. Pero ¿no desearía ver antes el piso?

—Desde luego —respondió Ushikawa.

El joven sacó unas llaves de un cajón y se las entregó.

—Lo siento mucho, pero en este momento no puedo acompañarlo. ¿Le importaría ir a verlo solo? El piso está vacío y, cuando acabe, sólo tiene que traerme de vuelta las llaves.

—Claro —dijo Ushikawa—. Pero ¿qué pasaría si yo fuera una mala persona y no le devolviera las llaves, o aprovechara para hacer un duplicado y luego entrase en el piso a robar?

El joven se quedó mirando a Ushikawa, sorprendido.

—Sí, es verdad. Tiene razón. Bueno, por si acaso, podría dejarme una tarjeta de visita o algo que lo identifique.

Ushikawa sacó de la cartera una tarjeta de la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón y se la entregó.

—Ushikawa… —leyó el joven en voz alta y con expresión seria. Luego sonrió, aliviado—. No, no parece usted mala persona.

—Gracias —dijo Ushikawa. Y en sus labios flotó una sonrisa insulsa, digna del cargo que aparecía en la tarjeta de visita.

Era la primera vez que alguien le decía algo así. Tal vez había querido decir que su aspecto llamaba demasiado la atención como para hacer maldades. Era muy fácil describir sus rasgos. Dibujarían un retrato robot sin dificultad. Si ordenasen su búsqueda y captura, no tardarían ni tres días en arrestarlo.

El piso estaba mucho mejor de lo que se imaginaba. Como la vivienda de Tengo, en el tercero, quedaba encima, era imposible vigilarla directamente. Pero desde la ventana se divisaba el portal. Podría controlar las entradas y salidas de Tengo y las personas que lo visitaban. Si camuflaba la cámara, incluso podría fotografiarles el rostro con el teleobjetivo.

Para instalarse tenía que pagar dos meses de fianza, un mes de alquiler por adelantado y dos meses de *reikin*[34]. Pese a que el alquiler no era tan caro y la fianza se la devolverían al rescindir el contrato, representaba una suma considerable. Tras pagarle al Murciélago, sus ahorros habían mermado. Pero dada la situación en la que se encontraba, no había más remedio que hacer un esfuerzo y alquilarlo. No tenía elección. Ushikawa regresó a la inmobiliaria, sacó del sobre el dinero, que traía ya preparado, y firmó el contrato de alquiler. Lo

puso a nombre de la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón y quedó en que más tarde le enviaría un duplicado de la inscripción de la entidad en el registro de fundaciones. Al joven no le pareció mal. Después, volvió a entregarle a Ushikawa las llaves del piso.

—Señor Ushikawa, con esto puede usted instalarse a partir de hoy mismo. No hemos dado de baja la electricidad ni el agua corriente, pero en cuanto al gas, tendrá que ponerse en contacto con la Tokio Gas para que restablezcan el suministro. ¿Qué quiere hacer con la línea telefónica?

—De eso ya me ocupo yo —contestó Ushikawa. Contratar una línea telefónica llevaba su tiempo y los operarios tendrían que entrar en el piso. Lo más práctico sería utilizar las cabinas públicas del barrio.

Ushikawa regresó al piso e hizo una lista de todo lo que necesitaba. Por suerte, el anterior inquilino había dejado las cortinas en las ventanas. Eran unas viejas cortinas con un estampado de flores, pero el solo hecho de que hubiera ya era una suerte, y para vigilar le eran imprescindibles.

La lista no le salió muy larga. Por el momento, le bastaba con alimentos y bebida. Una cámara con teleobjetivo y un trípode. Luego, papel higiénico, un saco de dormir y un tatami, pequeñas bombonas de combustible, un hornillo de camping gas, un cuchillo pequeño para fruta, un abrelatas, bolsas de basura, artículos de aseo sencillos y una maquinilla de afeitar eléctrica, unas cuantas toallas, una linterna y una radio. Lo mínimo posible de ropa y un cartón de tabaco. Eso era todo. No necesitaba nevera, mesa ni futón. Estaba feliz sólo con haber encontrado un lugar donde resguardarse de la lluvia y el viento. Ushikawa regresó a su casa y metió en la funda de la cámara la réflex y el teleobjetivo. También cogió numerosos carretes. Luego llenó una bolsa de viaje con el resto de artículos de la lista. Parte de lo que le faltaba lo compró en un centro comercial situado enfrente de la estación de Kōenji.

Montó el trípode junto a la ventana de la habitación que daba a la calle, que tenía unos diez metros cuadrados, y, sobre él, instaló el último modelo de cámara automática Minolta, al que le acopló el teleobjetivo. Luego enfocó en modo manual hacia un punto donde poder captar las caras de la gente que entraba y salía por el portal. Lo dispuso para poder disparar la cámara con un control remoto. También le colocó el motor de arrastre. Con un trozo de cartón, fabricó un cilindro que cubría el extremo del objetivo; así no destellaría al incidir sobre él la luz. Para terminar, levantó un poco una esquina de la cortina, de manera que

desde fuera sólo se vería asomar una especie de tubo de papel. Pero nadie se fijaría. A nadie se le ocurriría que alguien, a escondidas, pudiera estar tomando fotografías del portal de un anodino edificio de viviendas.

Para probar, Ushikawa sacó algunas fotos de gente que entraba y salía por el portal. Gracias al motor de arrastre podía disparar tres veces a cada persona. Envolvió la cámara con una toalla para amortiguar el ruido del obturador. Cuando terminó un carrete entero, lo llevó a una tienda de fotografía que había cerca de la estación. El sistema era el siguiente: le entregaba el carrete al dependiente y éste lo introducía en una máquina que lo revelaba de manera automática e imprimía las fotos. Como revelaban muchas fotografías a gran velocidad, nadie se fijaba en las imágenes que iban saliendo.

Las fotos no estaban mal. No tenían gran calidad artística, pero le valían. Tenían la suficiente nitidez como para que se distinguiese el rostro de los que cruzaban el portal. De regreso, Ushikawa compró agua mineral y latas de conserva. En un estanco compró un cartón de Seven Stars. Volvió al piso, escondiéndose tras los paquetes que sujetaba contra el pecho, y se sentó otra vez delante de la cámara. Mientras vigilaba el portal, bebió agua, comió melocotones en conserva y fumó algunos cigarrillos. Aunque había electricidad, el agua, por alguna razón, no corría. Del grifo sólo salía un ruido de cañerías. A lo mejor todavía tardaría algo de tiempo. Pensó en acudir a la inmobiliaria, pero no quería andar entrando y saliendo del edificio con tanta frecuencia, así que decidió esperar un poco. Como no podía utilizar el inodoro, orinó en un cubo pequeño y viejo que quien había limpiado el piso probablemente había dejado olvidado.

Aun cuando el impaciente atardecer de principios de invierno oscureció la habitación, decidió no encender la luz. Es más, prefería la oscuridad. Ushikawa siguió vigilando a los que pasaban bajo la luz amarilla del alumbrado del portal.

Al caer la noche, el tránsito de vecinos aumentó un poco. Y es que era un edificio pequeño. Tengo no estaba entre ellos. Tampoco vio a nadie que correspondiera a la descripción de Aomame. Ese día Tengo daba clases en la academia. Al acabar regresaba a casa. No solía entretenerse por el camino. Prefería prepararse la cena y tomársela mientras leía un libro, en vez de salir a cenar por ahí. Ushikawa lo sabía. Pero, ese día, Tengo se demoraba. Quizás había quedado con alguien al salir de la academia.

En el edificio residía gente de toda clase: desde jóvenes trabajadores solteros, hasta ancianos que vivían solos, pasando por estudiantes universitarios o matrimonios con niños pequeños. La gente cruzaba indefensa el campo de visión

del teleobjetivo. Al margen de las pequeñas diferencias debidas a la edad y a las circunstancias que los rodeaban, todos parecían cansados y hastiados de sus vidas. Apagados sus anhelos, olvidadas sus ambiciones y embotada su sensibilidad, la resignación y la impasibilidad se habían instalado en el vacío restante. Sus semblantes eran sombríos, y sus andares, pesados, como si a todos, dos horas antes, les hubieran extraído una muela.

Por supuesto, tal vez la impresión de Ushikawa fuera errónea. A lo mejor, algunos disfrutaban plenamente de sus vidas. Tal vez, al otro lado de sus puertas, se habían creado un lujoso paraíso que quitaba el hipo. Otros, quizá, fingían llevar una vida austera para evitar inspecciones del fisco. Todo era posible. Sin embargo, delante del teleobjetivo no eran más que urbanitas incapaces de huir de la mediocridad y que vivían adheridos a un barato edificio a punto de ser derribado.

Al final, Tengo no apareció, ni Ushikawa vio a nadie que pudiera estar vinculado de algún modo a Tengo. Cuando el reloj marcó las diez y media, Ushikawa se dio por vencido. Era el primer día, y aún no había adquirido una rutina. Todavía tenía muchas jornadas por delante. «Hasta aquí llegamos hoy», se dijo. Se estiró lentamente en distintos ángulos para desentumecerse. Se comió un *anpan*[35] y bebió del café que se había llevado en un termo, usando el tapón como vaso. Al girar el grifo del lavabo, el agua comenzó a correr de improviso. Se lavó la cara con jabón, se cepilló los dientes y echó una larga meada. Luego fumó un cigarrillo apoyado en la pared. Le entraron ganas de tomarse un trago de *whisky*, pero decidió no probar el alcohol mientras estuviera allí.

Se desvistió hasta quedarse en ropa interior y se metió en el saco de dormir. Durante un rato estuvo tiritando un poco a causa del frío. De noche, la temperatura en el piso vacío bajaba más de lo que había calculado. Quizá necesitara un pequeña estufa eléctrica.

Solo en aquel piso, metido en el saco, tiritando, recordó los días en que vivía rodeado de su familia. No lo hizo con especial nostalgia. Simplemente, esa época le vino a la mente por contraste con la situación en la que ahora se encontraba. Incluso cuando vivía con su familia había estado solo. Ushikawa no confiaba en nadie, y aquel estilo de vida, tan corriente, lo consideraba algo transitorio. En el fondo, estaba convencido de que un día habría de desmoronarse sin más. Su ajetreado trabajo como abogado, los elevados ingresos, la casa en Chōrinkan, la agraciada esposa, las dos guapas hijas que iban a un colegio

privado, el perro con pedigrí. Por eso, cuando las cosas se torcieron, y su vida se derrumbó en un instante y lo dejaron solo, sintió, sobre todo, alivio. «¡Uf! Ya no necesito preocuparme por nada. He vuelto a empezar».

«¿Es esto un nuevo punto de partida?».

Metido en el saco de dormir, Ushikawa se encogió como una larva de cigarra y miró hacia el techo oscuro. Le dolían todos los músculos por haber permanecido tanto tiempo en la misma postura. Tiritar de frío, cenar un *anpan* frío, vigilar el portal de un viejo edificio a punto de ser demolido, sacar fotos a hurtadillas a esos infelices, orinar en un cubo de la limpieza: ¿era eso lo que significaba «volver a empezar»? Entonces cayó en la cuenta de algo. Se arrastró fuera del saco de dormir, vació la orina del cubo en el inodoro y tiró de la floja palanca de la cisterna. No tenía malditas ganas de salir del saco calentito, y había pensado en dejarlo como estaba, pero si, por despiste, tropezase con el cubo a oscuras, armaría un estropicio. Después regresó al saco y estuvo tiritando otro rato.

«¿Es esto lo que significa volver a empezar?».

Quizá sí. Ya no le quedaba nada más que perder. Excepto su vida. En medio de la oscuridad, Ushikawa esbozó una sonrisa semejante a una cuchilla muy fina.

14
AOMAME

Esta cosa pequeñita y mía

Aomame vivía a tientas y sumida en un mar de confusiones. No podía prever lo que le sucedería en el mundo del año 1Q84, un mundo en el que la lógica y los conocimientos acumulados no servían de nada. Con todo, creía que sobreviviría al menos unos cuantos meses más y daría a luz a su criatura. Aunque no era más que un presentimiento. Pero un presentimiento bastante consistente. Porque le parecía que todo lo ocurrido desembocaba en el alumbramiento del bebé, todo había avanzado bajo esa premisa. Eso pensaba.

Recordaba las últimas palabras del líder de Vanguardia. «Tienes que pasar una dura prueba. Cuando la pases, verás las cosas de cierta forma», le había dicho.

El líder sabía *algo*. Algo crucial. E intentó transmitirle lo que sabía expresándolo de manera ambigua, con palabras imprecisas. Esa prueba quizá consistiera en arrastrarse a sí misma hasta el borde de la muerte. «Fui hasta el panel de Esso con la pistola en la mano con la intención de acabar con mi vida». Pero al final regresó sin consumar el suicidio. Y después supo que estaba embarazada. Tal vez eso también estuviera decidido de antemano.

A comienzos de diciembre, se sucedieron varias noches ventosas. Las hojas caídas del olmo de agua golpeaban el plástico del antepecho del balcón con un ruido seco e incisivo. El frío viento soplaba como una advertencia entre el ramaje desnudo. Los graznidos de los cuervos, en diálogo unos con otros, también se volvieron más ásperos y agudos. Había llegado el invierno.

La idea de que lo que crecía en su útero podía ser el hijo de Tengo fue fortaleciéndose en el transcurso de los días hasta convertirse en una realidad.

Todavía carecía de argumentos para convencer a otra persona. Pero no le costaba convencerse a sí misma. Estaba claro como el agua.

«Si me he quedado embarazada sin mantener relaciones sexuales, ¿quién va a ser el padre, sino Tengo?».

Desde noviembre había aumentado de peso. Seguía sin salir del apartamento, pero cada día hacía suficiente ejercicio y controlaba estrictamente su alimentación. Desde los veinte años, nunca había pasado de cincuenta y dos kilos. Pero, por esas fechas, un buen día la aguja de la balanza marcó cincuenta y cuatro y ya no bajó de ahí. Tenía la impresión de que la cara se le había redondeado un poco. Seguro que esa *cosa pequeñita* le pedía al cuerpo materno que empezase a engordar.

De noche seguía vigilando el parque infantil junto a *esa cosa pequeñita*. Seguía buscando la figura de un joven de gran estatura subido al tobogán. Mientras contemplaba las dos lunas de principios de invierno que pendían del cielo, se acariciaba el bajo vientre por encima de la manta. A veces derramaba alguna lágrima sin venir a cuento. De repente, sin apenas ser consciente, una lágrima le resbalaba por la mejilla y caía sobre la manta que le cubría las piernas. Quizá se debiera a la soledad o a la incertidumbre en que vivía. Quizás a la sensibilidad exacerbada por el embarazo. O quizás a que el viento helado le irritaba los lacrimales y la hacía llorar. En cualquier caso, ella, en vez de enjugárselas, las dejaba correr.

A partir de cierto momento, las lágrimas se agotaron. Y Aomame, sin inmutarse, siguió montando su solitaria guardia. «Aunque *ya no es tan solitaria*», pensó. «Tengo a *esta cosa pequeñita y mía*. Somos dos. Miramos hacia las dos lunas y juntas esperamos a que Tengo aparezca». De vez en cuando cogía los prismáticos y enfocaba hacia el tobogán desierto. Otras veces tomaba la pistola, sopesándola y palpándola. «Cuidar de mí misma, buscar a Tengo y alimentar a *esta cosa pequeñita*. Ésas son ahora mis obligaciones».

Cierto día en que soplaba un viento frío, mientras vigilaba el parque, Aomame se percató de que creía en Dios. De pronto, *descubrió* ese hecho. Como si las plantas de sus pies hubiesen hallado unos cimientos sólidos en el fondo del cieno blando. Era una sensación inexplicable, una revelación imprevisible. Desde que tenía uso de razón había odiado a esa supuesta divinidad. Más aún, había rechazado a las personas y el sistema que se interponían entre Dios y ella.

Durante mucho tiempo, para Aomame, esa gente y ese sistema habían sido sinónimos de Dios. Odiarlos a *ellos* era odiar a Dios.

Ellos habían estado a su alrededor desde que había venido al mundo. En nombre de Dios la habían dominado, le habían dado órdenes y la habían acorralado. En nombre de Dios le habían arrebatado todo su tiempo y su libertad y habían aprisionado su corazón cargándolo de pesadas cadenas. Ellos le habían predicado la bondad de Dios, pero también —redoblando su vehemencia— su ira y su intolerancia. A los once años se armó de valor y por fin consiguió escapar de ese mundo. Pero para ello tuvo que sacrificar muchas cosas.

«Si Dios existiera, mi vida estaría repleta de luz, sería más natural y fecunda», pensaba Aomame a menudo. «Habría podido construir tantos bellos recuerdos de una infancia normal y corriente, sin el tormento de la cólera y el miedo constantes… Y mi vida ahora sería mucho más positiva, reconfortante y satisfactoria».

A pesar de todo, mientras contemplaba el parque desierto por una rendija en el antepecho del balcón, con las manos sobre el vientre, no podía evitar reconocer que, en el fondo de su corazón, creía en Dios. Cuando de manera mecánica se ponía a rezar, cuando juntaba los dedos de las manos, realizaba actos de fe, por más que no fuera consciente de ello. Era una sensación que la calaba hasta el tuétano y de la que no podía deshacerse mediante otras emociones ni con la lógica. El rencor y la rabia tampoco lograban eliminarla.

«Pero éste no es *su* Dios. Es *mi* Dios. Lo he aprendido porque he sacrificado mi vida, porque me han lacerado la carne y desgarrado la piel, chupado la sangre, arrancado las uñas y despojado de mi tiempo, mis ilusiones y recuerdos. No es un Dios con forma. No viste de blanco ni luce largas barbas. No tiene doctrina, libro sagrado o preceptos. No recompensa ni castiga. No concede ni arrebata. No ha dispuesto un Cielo al que subir ni un Infierno al que caer. Dios, simplemente, está *ahí*, haga frío o no».

En ocasiones, Aomame recordaba las palabras que el líder había pronunciado poco antes de morir. No había podido olvidar su voz de barítono. Igual que no olvidaba lo que sintió cuando introdujo la aguja en su nuca. El líder le había dicho:

«Donde hay luz tiene que haber sombra y donde hay sombra tiene que haber luz. No existe la sombra sin luz, ni la luz sin sombra…

»No sé si eso a lo que llaman Little People es bondadoso o malvado. En cierto sentido, trasciende nuestro entendimiento y capacidad de definirlo. Hemos vivido con ellos desde tiempos inmemoriales. Cuando el bien y el mal todavía no existían. Desde los albores de la conciencia humana».

¿Eran Dios y la Little People seres antagónicos? ¿O caras distintas de un mismo ente?

Aomame lo ignoraba. Sólo sabía que, pasara lo que pasase, debía proteger esa *cosa pequeñita* que había en su interior y, para ello, necesitaba creer en un Dios. O reconocer que creía en un Dios.

Aomame le dio vueltas en su mente. Dios carecía de forma, pero al mismo tiempo podía adoptar cualquier forma. Se lo imaginó como un Mercedes-Benz Coupé de líneas aerodinámicas. Un coche nuevo, recién salido del concesionario. Una elegante mujer de mediana edad se baja de él para ofrecerle a Aomame, desnuda, el bello abrigo de entretiempo que lleva puesto. La protege del frío viento y las miradas indiscretas de la gente. Luego, sin decir nada, regresa al Coupé plateado. Ella sabe que Aomame lleva una criatura en sus entrañas. Sabe que debe protegerla.

Aomame, por las noches, empezó a tener un nuevo sueño. En éste, se encontraba con que la habían recluido en una habitación blanca. Era un cuarto pequeño de forma cúbica. No tenía ventanas, sólo una puerta. Había una cama sobria, sin adornos, en la que la hacían acostarse boca arriba. Una fuente de luz colgada sobre la cama iluminaba su vientre, hinchado como una montaña. Era incapaz de ver su propio cuerpo. Pero, sin duda, lo que allí había formaba parte del cuerpo de Aomame. El momento del parto era inminente.

El rapado y el de la coleta vigilaban la habitación. Estaban decididos a no volver a cometer más errores. Ya habían fallado en una ocasión, y tenían que recuperar su reputación y el terreno perdido. Les habían asignado la tarea de impedir que Aomame saliera de la habitación y que alguien accediera a ésta. Estaban esperando a que naciera *esa cosa pequeñita*. Al parecer, tenían la intención de arrebatársela tan pronto como naciese.

Aomame, desesperada, intentaba gritar, pedir auxilio. Pero la habitación estaba construida con un material especial. Las paredes, el suelo y el techo

absorbían al instante todos los sonidos. Los gritos ni siquiera llegaban a sus propios oídos. Aomame quería que la señora del Mercedes Coupé viniera y la rescatara. A ella y a *esa cosa pequeñita*. Pero las blancas paredes de la habitación se tragaban su voz.

Esa cosa pequeñita tomaba nutrientes a través del cordón umbilical y a cada instante aumentaba de tamaño. Quería emanciparse de aquella oscuridad tibia y por eso daba patadas a las paredes del útero. Ansiaba luz y libertad.

El de la coleta, de cuerpo espigado, estaba sentado en una silla junto a la puerta. Con las manos sobre las rodillas, contemplaba un punto fijo en el espacio. Tal vez en ese punto flotaba una densa nubécula. El rapado estaba de pie, al lado de la cama. Los dos vestían los mismos trajes oscuros de la última vez. De vez en cuando, el rapado alzaba el brazo y consultaba el reloj. Como quien aguarda en la estación la llegada de un tren importante.

Aomame tenía las extremidades paralizadas. No parecía que se las hubieran atado, pero era incapaz de moverlas. No tenía sensibilidad en los dedos. Presentía las contracciones. Se aproximaba a la estación en el tiempo previsto, como ese tren predestinado. Percibía el levísimo temblor de los raíles.

Entonces se despertaba.

Se duchaba para quitarse el desagradable sudor que la cubría y se cambiaba de ropa. Las prendas sudadas las metía en la lavadora. Evidentemente, ella no quería soñar esas pesadillas. Pero, pese a todo, el sueño se le imponía. Cada vez, los detalles variaban un poco. Sin embargo, el lugar y el desenlace eran siempre los mismos. Una habitación blanca similar a un cubo. Las contracciones que se aproximaban. Los dos hombres vestidos con impersonales trajes oscuros.

Ellos sabían que Aomame llevaba a *esa cosa pequeñita* en sus entrañas. O muy pronto lo sabrían. Aomame estaba mentalizada: si fuera necesario, no vacilaría en descargar sobre el de la coleta y el rapado todas las balas de nueve milímetros que tuviera. El Dios que la protegía era, a veces, un Dios sanguinario.

Golpearon en la puerta. Aomame, sentada en la banqueta de la cocina, cogió la pistola, le quitó el seguro y la empuñó con la mano derecha. Fuera caía una lluvia fría desde la mañana. El olor a lluvia invernal cubría el mundo.

—¡Hola, señora Takai! —dijo el hombre cuando dejó de golpear a la puerta —. Soy el de la NHK de siempre. Siento molestarla, pero he vuelto para reclamarle el pago de la cuota. Señora Takai, está usted ahí, ¿no es cierto?

Sin articular una palabra, Aomame se dirigió hacia la puerta diciendo para sus adentros: «Hemos llamado a la NHK Usted no es más que *alguien* que se hace pasar por un cobrador de la NHK. ¿Quién narices es usted? ¿Y qué busca?».

—Todo el mundo debe pagar por lo que recibe. Es un principio de nuestra sociedad. Usted recibe ondas hertzianas. Por lo tanto, pague la cuota. No es justo que sólo reciba y no dé nada a cambio. Eso es robar. —Su voz, aunque ronca, resonaba por todo el rellano—. Esto no es nada personal. Yo no la odio ni pretendo darle un escarmiento. Simplemente, no soporto que se cometan injusticias. Todo el mundo debe pagar por lo que recibe. Señora Takai, mientras no abra usted la puerta, yo seguiré viniendo y llamando. No creo que sea lo que usted desea. Y no soy un viejo que chochea y no razona. Si habláramos, seguro que llegaríamos a un arreglo. Señora Takai, ¿sería tan amable de abrir esa puerta de una vez por todas?

Volvió a golpear durante un rato.

Aomame aferró la semiautomática con las dos manos. «Este hombre debe de saber que estoy embarazada». Las axilas y la punta de la nariz le sudaban ligeramente. No abriría la puerta por nada del mundo. Si el hombre utilizase un duplicado de la llave o intentase forzar la puerta valiéndose de otras artimañas, fuese o no cobrador de la NHK, le descerrajaría en el vientre todas las balas que había en el cargador.

Pero no, eso no sucedería. Lo sabía. Ellos no podían abrir la puerta. Tenía un mecanismo que ella debía desconectar antes de que abrieran desde fuera. Por eso el hombre estaba irritado y no dejaba de hablar. «Intenta crisparme los nervios con todas esas palabras».

Pasados diez minutos, el hombre se marchó. No sin antes amenazarla y ponerla en ridículo, apaciguarla astutamente, volver a denigrarla y advertirle que regresaría.

—No tiene escapatoria, señora Takai. Mientras siga usted utilizando las ondas eléctricas, regresaré sin falta. No soy de los que se rinden fácilmente. Así es mi carácter. ¡Hasta pronto!

No se oyó ruido de pasos. Pero ya no estaba delante de la puerta. Aomame lo comprobó por la mirilla. Le puso el seguro a la pistola, fue al lavabo y se refrescó la cara. Tenía las sisas de la blusa empapadas de sudor. Mientras se ponía una limpia, se detuvo, desnuda, delante del espejo. La hinchazón de la

barriga aún no llamaba la atención. Pero en su interior se ocultaba un gran secreto.

Habló por teléfono con la mujer de Azabu. Ese día, después de charlar unos minutos con Tamaru, éste, sin decirle nada, le pasó el auricular a la anciana. Durante la conversación evitaron llamar a las cosas por su nombre, valiéndose de palabras ambiguas. Al menos, al principio.

—Ya le hemos conseguido un nuevo lugar —dijo la mujer—. Allí podrá realizar el *trabajo* que tenía planeado. Es un sitio seguro y, periódicamente, unos especialistas realizarán inspecciones. Si a usted le parece bien, puede mudarse de inmediato.

¿Debía revelarle que iban tras aquella *cosa pequeñita*? ¿Que, en su sueño, los de Vanguardia intentaban hacerse con su bebé? ¿Que un falso cobrador de la NHK hacía cuanto podía para que ella abriera la puerta del piso, seguramente con el mismo objetivo? Aomame abandonó la idea. Confiaba en esa mujer. La apreciaba mucho. Pero ése no era el problema. En ese momento, la clave era *en qué mundo* vivía ella, Aomame.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la mujer.

Aomame le contestó que, por el momento, todo seguía adelante sin problemas.

—Me alegro —dijo la señora—. Pero le noto la voz un poco cambiada. A lo mejor es una impresión mía, pero detecto cierto tono de alarma. Si hay algo que le preocupa, por tonto que sea, no dude en decírmelo. Quizá podamos ayudarla.

Aomame, prestando atención a su tono de voz, contestó:

—Supongo que al estar tanto tiempo en un mismo lugar, inconscientemente, me he ido poniendo tensa. Aunque procuro mantenerme en forma. Al fin y al cabo, es mi especialidad.

—Naturalmente —dijo la anciana. Hizo una larga pausa, y prosiguió—: Hace unos días, alguien sospechoso estuvo rondando esta zona. Sobre todo parecía interesado en la casa de acogida. Pedí a las tres mujeres que viven allí que viesen la cinta de la cámara de seguridad, por si lo reconocían, pero a ninguna le sonaba. Puede que la buscara a usted.

Aomame arrugó levemente el entrecejo.

—¿Quiere decir que han atado cabos?

—No lo sé. Pero *nada es improbable*. Era un hombre bastante raro, con la

cabeza muy grande y deforme, la coronilla plana y prácticamente calva, y es bajo, de piernas cortas y rechoncho. ¿Le suena alguien así?

«¿Cabeza deforme?».

—Yo vigilo a menudo desde el balcón a la gente que pasa por la calle, pero no he visto a nadie así. Debe de llamar la atención, ¿no?

—Mucho. Parece un payaso salido de un circo. Si *ellos* lo eligieron para que nos investigase, debo decir que me parece una elección inexplicable.

Aomame estaba de acuerdo. ¿Cómo iba Vanguardia a elegir a alguien con esa pinta para hacer un reconocimiento de la zona? No creía que estuvieran tan faltos de personal. Por otro lado, quizás ese hombre no perteneciera a Vanguardia y, si había averiguado qué profunda relación había entre la anciana y ella, todavía no se la había revelado a la organización. Pero ¿quién diablos era y con qué objetivo se había acercado a la casa de acogida? ¿No sería el mismo tipo que, haciéndose pasar por cobrador de la NHK, llamaba insistentemente a su puerta? No había ningún indicio que los vinculase, por supuesto. Sólo que el excéntrico comportamiento del falso cobrador se correspondía con el singular aspecto del hombre que la anciana le había descrito.

—Si ve a ese hombre, escríbanos una nota. Quizá sea necesario tomar medidas más estrictas.

Aomame le contestó que, por supuesto, los avisaría.

La anciana volvió a guardar silencio. No era lo habitual. Por teléfono siempre se mostraba práctica, iba al grano, intentaba no perder el tiempo.

—¿Qué tal anda usted? —preguntó Aomame con naturalidad.

—Como siempre, sin ningún problema en particular —dijo la anciana. Pero en su voz se percibió un ligero titubeo. Eso también era muy poco habitual.

Aomame esperó a que la anciana prosiguiera.

Poco después, resignándose, la mujer le confesó:

—Es sólo que me siento vieja. Sobre todo desde que usted se fue.

Aomame la animó:

—Yo no me he ido. Estoy aquí.

—Desde luego, es cierto. Está ahí y de vez en cuando puedo charlar con usted. Pero probablemente cuando nos veíamos regularmente y hacíamos un poco de ejercicio juntas me contagiaba parte de su vitalidad.

—Usted ya tiene vitalidad suficiente. Yo simplemente la ayudaba a sacar esa energía de su interior. Aunque yo no esté, estoy segura de que sabrá usted salir adelante.

—A decir verdad, hasta hace poco también yo pensaba eso —dijo la mujer con una risita seca y desprovista de encanto—. Yo me creía alguien especial. Pero los años nos roban poco a poco la vida. Uno no muere cuando le llega la hora. Uno va muriendo lentamente en su interior y, al final, se enfrenta a esa última liquidación. Nadie puede escapar. Todo el mundo debe pagar por lo que recibe. Es ahora cuando he aprendido esa verdad.

«*Todo el mundo debe pagar por lo que recibe*». Aomame frunció el ceño. La misma frase que le había soltado el cobrador de la NHK.

—Me di cuenta de repente aquella noche lluviosa de septiembre, la noche en que tronó tanto —dijo la señora—. Estaba sola en el salón, contemplando la tormenta y oyendo los truenos, mientras pensaba en qué hacer con usted. Entonces la realidad me golpeó con todas sus fuerzas. Esa noche la perdí a usted y, al mismo tiempo, perdí algo que había en mi interior. Quizás un cúmulo de diferentes cosas. Algo que hasta entonces había vertebrado mi existencia y había sostenido mi ser.

Aomame se atrevió a preguntar:

—¿También la ira?

Sobrevino un silencio, como el lecho marino cuando la marea se retira. La anciana volvió a tomar la palabra:

—¿Se refiere a si, entre lo que perdí, también había ira?

—Sí.

La anciana suspiró lentamente.

—La respuesta a esa pregunta es sí. En efecto. Parece que, de algún modo, la intensa ira que albergaba dentro de mí se perdió en medio de aquella tormenta. Al menos se retiró a mucha distancia. Lo que me quedó dentro no es el odio que una vez ardía vivamente. Se transformó en una especie de aflicción. Nunca habría creído que tanta ira pudiera disiparse… Pero ¿cómo lo sabe?

—Porque a mí me pasó lo mismo. Esa noche de tormenta y de truenos.

—Se refiere a su ira, ¿verdad?

—Sí. La ira pura e intensa que llevaba en mí ha desaparecido. No por completo, pero, como usted ha dicho, se ha retirado a mucha distancia. Esa cólera dominó una gran parte de mi corazón y me azuzó con fuerza durante años.

—Como un cochero despiadado que no conoce el descanso —dijo la señora —. Pero ahora ha perdido fuerza y está usted embarazada. *En lugar de sentir ira*, quizás.

Aomame contuvo la respiración.

—Sí. En lugar de odio, ahora llevo *esta cosa pequeñita* dentro de mí. No tiene nada que ver con la ira. —«Y cada día aumenta de tamaño», se dijo.

—Supongo que no hace falta que se lo diga, pero tiene que protegerlo —dijo la anciana—. Para ello necesita trasladarse cuanto antes a un lugar seguro.

—Tiene usted toda la razón. Pero antes debo hacer algo, a toda costa.

Tras colgar el teléfono, Aomame salió al balcón y observó la calle y el parque infantil por el resquicio. El atardecer se acercaba. «Antes de que termine 1Q84, antes de que me encuentren, debo dar con Tengo, pase lo que pase».

15
TENGO

Prohibido contarlo

Al salir del Cabeza de Cereal, Tengo deambuló durante un rato mientras daba vueltas a sus pensamientos. Luego decidió dirigirse a un pequeño parque infantil. El lugar en el que descubrió que en el cielo había dos lunas. Volvería a subirse al tobogán y contemplaría el cielo, como aquella vez. Desde allí posiblemente se viesen las lunas. A lo mejor le decían o le contaban algo.

«¿Cuándo fue la última vez que estuve en ese parque?», se preguntó Tengo. No logró recordarlo. El curso del tiempo había perdido su uniformidad, las distancias eran inciertas. Pero quizás había sido a principios de otoño. Recordaba que llevaba una camiseta de manga larga. Y ahora estaban en diciembre.

Un viento frío arrastraba una masa de nubes hacia la bahía de Tokio. Estaban atiesadas, cada una con una forma irregular, como hechas de masilla. Al fondo, escondiéndose de vez en cuando tras las nubes, se veían las dos lunas. La Luna de siempre, amarilla, y otra, pequeña, de color verde. Ambas habían superado ya el plenilunio y se habían reducido a dos tercios de su tamaño. La pequeña parecía una niña que intentaba esconderse bajo las faldas de su madre. Ocupaban la misma posición, aproximadamente, que la última vez. Como si se hubieran quedado allí aguardando a que Tengo volviese.

El parque infantil estaba desierto. La luz de la farola de mercurio había adquirido una tonalidad más lechosa, más fría. Las ramas desnudas del olmo de agua evocaron en él una vieja osamenta blanqueada por la lluvia y el viento. Aquella noche se prestaba a que los búhos ululasen. Pero en los parques de las ciudades no hay búhos. Tengo se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y metió las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero. Entonces subió al tobogán, apoyó los riñones en el pasamanos y contempló las dos lunas que jugaban al escondite entre las nubes. Al fondo, las estrellas titilaban en silencio.

El viento arrastraba la informe suciedad acumulada sobre la ciudad y el aire se volvía puro e inmaculado.

«En este momento, ¿cuánta gente se habrá fijado en las dos lunas, igual que yo?». Fukaeri, naturalmente, lo sabía. Había sido ella quien lo había originado todo. Quizá. Pero, aparte de ella, nadie a su alrededor había mencionado que hubiese más lunas en el cielo. ¿Todavía no se habían dado cuenta, o es que todos lo sabían y no suponía ninguna novedad? Fuera como fuese, Tengo no le había preguntado a nadie por las lunas, excepto al amigo que lo había sustituido en la academia. Es más, por precaución, prefería no mencionarlo. Como si se tratara de un tema poco apropiado y que faltaba a la moral.

¿Por qué sería?

«Puede que las lunas no lo deseen», se dijo Tengo. Quizá su mensaje iba dirigido exclusivamente a Tengo y *no permitían* que lo compartiera con nadie.

Pero ésa era una extraña explicación. ¿Por qué iban a tener las lunas un mensaje para él? ¿Qué intentaban transmitirle? A Tengo, más que un mensaje, le parecía un intrincado acertijo. Y, aun así, ¿quién formulaba el acertijo? ¿Quién demonios *no permitía* que lo compartiera con nadie?

El viento pasaba entre las ramas del olmo de agua produciendo un agudo silbido. Como una respiración cruel saliendo de entre los dientes de alguien que ha perdido toda esperanza. Tengo se quedó sentado mirando las lunas, mientras escuchaba distraídamente el silbido del viento, hasta que notó que el cuerpo, de los pies a la cabeza, casi le temblaba de frío. Había transcurrido un cuarto de hora, quizás un poco más. Había perdido la noción del tiempo. Su cuerpo, antes bien caldeado por el *whisky*, estaba ahora aterido, como un canto rodado solitario en el fondo del mar.

Las nubes se desplazaban lentamente hacia al sur. Por muchas nubes que fluyeran, siempre aparecían otras, y otras más. Sin duda alguna, en las lejanas tierras del norte había una inagotable fuente que las proveía. Allí, una gente empecinada, ataviada con gruesos uniformes grises, fabricaba nubes en silencio de la mañana a la noche. Igual que las abejas fabrican miel, las arañas fabrican telarañas y la guerra fabrica viudas.

Tengo miró su reloj de pulsera. Ya faltaba poco para las ocho. En el parque no había un alma. A veces alguien pasaba caminando con premura por la calle adyacente. Toda la gente que volvía del trabajo y se dirigía a casa caminaba de la misma manera. En el bloque nuevo de seis plantas, las ventanas de la mitad de los apartamentos estaban iluminadas. En una ventosa noche de invierno como

aquélla, las ventanas iluminadas adquirían un calor dulce, especial. Tengo barrió con la mirada las ventanas encendidas, una por una, en orden. Como si desde una pequeña embarcación pesquera admirase un lujoso transatlántico flotando en el mar nocturno. En todas las ventanas las cortinas estaban echadas, como si se hubieran puesto de acuerdo. De noche, desde lo alto del frío tobogán, el mundo que se divisaba parecía otro mundo. Un mundo fundado en principios distintos, regido por normas distintas. Al otro lado de las cortinas, los vecinos debían de seguir, tranquilos y contentos, con sus vidas ordinarias. ¿Vidas ordinarias?

La imagen que Tengo tenía de una «vida ordinaria» no era más que un estereotipo desprovisto de color y profundidad. Una mujer y, tal vez, un par de hijos. La madre con el mandil puesto. Una olla humeante, una conversación mientras cenaban sentados a la mesa… Su imaginación topaba en ese punto con un muro. ¿De qué hablaría una «familia ordinaria» durante la cena? En cuanto a él, no recordaba haber charlado nunca con su padre mientras cenaban en torno a la mesa. Simplemente, engullían la comida en silencio a la hora que mejor le convenía a cada uno. Y a lo que comían ni siquiera se le podía llamar «cena».

Tras observar las ventanas iluminadas del edificio, volvió a dirigir la vista hacia las dos lunas, la pequeña y la grande. Por más que esperó, sin embargo, ninguna le contó nada. Sus rostros inexpresivos vueltos hacia él pendían el uno al lado del otro, como un pareado que necesitara que lo retocaran y arreglaran. «Hoy no hay mensaje»: ése era el único mensaje que tenían para Tengo.

Las nubes atravesaban infatigables el cielo camino del sur. Nubes de diversas formas y tamaños venían y se marchaban. Algunas de formas muy curiosas. Cada una parecía tener sus propios pensamientos. Pensamientos breves, sólidos y de perfiles definidos. Pero lo único que a Tengo le interesaba saber era qué pensaban las lunas, no las nubes.

Al poco tiempo se levantó, resignado, estiró las piernas y se bajó del tobogán. «¡Qué se le va a hacer! Tendré que contentarme con saber que no se ha producido ningún cambio en el número de lunas». Con las manos enfundadas en los bolsillos de la cazadora, salió del parque infantil y despacio, a grandes zancadas, se dirigió de regreso a su piso. De pronto, mientras caminaba, se acordó de Komatsu. Ya iba siendo hora de hablar con él. Debía aclarar las cosas con él, al menos mínimamente. Y Komatsu también parecía tener cosas que contarle. Le había dejado el número de teléfono de la clínica, en Chikura. Aun así, no había recibido ninguna llamada suya. «Mañana lo llamaré yo». Pero antes debía ir a la academia y leer la carta que Fukaeri le había entregado a su amigo.

La carta de Fukaeri estaba guardada en un cajón de su escritorio, sin abrir. Para lo bien cerrada que estaba en el sobre, era una misiva muy breve. Ocupaba la mitad de una hoja de una libreta pautada y estaba escrita a bolígrafo azul y con esa letra de aspecto cuneiforme de siempre. Aquella letra casaba mejor con una tablilla de arcilla que con una hoja de libreta. Tengo era consciente de que a Fukaeri le había llevado mucho tiempo escribir algo así.

Leyó la carta varias veces. «*Debo irme*» del piso, decía. «*Inmediatamente*», había escrito la chica. Porque «*nos están viendo*». Esas tres partes estaban bien subrayadas con un lápiz blando y grueso. Era un subrayado tremendamente elocuente.

No explicaba quién los «veía» ni cómo lo sabía ella. En el mundo en el que Fukaeri vivía, parecía que no se podía describir la realidad tal y como era. Las cosas debían contarse mediante insinuaciones y enigmas, o con lagunas y deformaciones, como los mapas que indican la ubicación de un tesoro enterrado por piratas. Igual que el manuscrito de *La crisálida de aire*.

Sin embargo, Fukaeri no pretendía expresarse de manera insinuante o enigmática. Para ella quizá fuese el modo más natural de explicar las cosas. Sólo era capaz de transmitir sus imágenes e ideas mediante aquel léxico y aquella gramática. Para entenderla había que familiarizarse con su sintaxis. Comprender sus mensajes requería movilizar todas las habilidades de uno para reordenar debidamente las palabras y completar las lagunas.

Con todo, Tengo se había acostumbrado a ese estilo de Fukaeri, tan peculiar y directo. Si ella había escrito «*nos están viendo*», Tengo no dudaba de que los estaban viendo de verdad. Cuando manifestaba «*debo irme*», significaba que era hora de que Fukaeri se marchase de allí. Tengo admitía primero el mensaje como una verdad global.

A partir de ahí, debía hacer conjeturas o descubrir por sí mismo el trasfondo, los detalles y razones. O, ya desde el principio, darse por vencido.

«Nos están viendo».

¿Querría decir eso que los de Vanguardia habían dado con ella? Estaban al tanto de la relación entre Tengo y Fukaeri. Sabían que él había reescrito *La crisálida de aire* por encargo de Komatsu. Por eso Ushikawa había abordado a Tengo. Con una estratagema tan intrincada (todavía no entendía por qué),

pretendían echarle el lazo para controlarlo. Por tanto, tal vez su piso estuviese bajo vigilancia.

Pero, si ése era el caso, se lo habían tomado con mucha calma. Fukaeri se había instalado en el piso de Tengo durante casi tres meses. Ellos estaban bien organizados. Eran poderosos. Si hubieran planeado capturar a Fukaeri, podrían haberlo hecho en cualquier momento. No necesitaban tomarse la molestia de vigilar su piso. Por otra parte, si de verdad hubieran estado vigilando a Fukaeri, no le habrían permitido irse así como así. Sin embargo, tras recoger sus cosas y abandonar el piso, antes de marcharse la chica incluso se había acercado a la academia de Yoyogi para confiar una carta a un amigo de Tengo.

Cuanto más intentaba buscarle la lógica, más confundido se sentía. La única explicación que se le ocurría era que, en realidad, ellos *no querían atrapar a Fukaeri*. A lo mejor, a partir de cierto momento, en vez de Fukaeri, su objetivo había pasado a ser otra persona. Alguien que no era ella, pero que tenía relación con ella. Tal vez, por algún motivo, Fukaeri había dejado de ser una amenaza para Vanguardia. En ese caso, ¿por qué se molestaban ahora en vigilar el piso de Tengo?

Tengo probó a llamar a la editorial de Komatsu desde el teléfono público de la academia. Sabía que, aunque era domingo, a Komatsu le gustaba trabajar también los días de descanso. «¡Qué bien se está en la editorial cuando no hay nadie más!», solía decir. No obstante, nadie atendió al teléfono. Tengo miró el reloj. Todavía eran las once de la mañana. Komatsu nunca iría a la oficina tan temprano. Fuera el día que fuese, él nunca se ponía manos a la obra hasta después de que el sol hubiera pasado el cénit. Tengo fue a la cafetería de la academia y, tras sentarse, mientras se tomaba un café suave, repasó una vez más la carta. Como de costumbre, el número de ideogramas utilizados era extremadamente escaso, y no había puntuado el texto ni lo había separado en párrafos.

TENGO AHORA HABRÁS VUELTO DEL PUEBLO DE LOS GATOS Y ESTARÁS LEYENDO ESTA CARTA ME ALEGRO PERO **NOS ESTÁN VIENDO** ASÍ QUE **DEBO IRME** DEL PISO **INMEDIATAMENTE** NO TE PREOCUPES POR MÍ PERO YA NO PUEDO QUEDARME AQUÍ COMO TE HE DICHO LA PERSONA QUE BUSCAS SE ENCUENTRA EN UN LUGAR AL QUE SE PUEDE IR A PIE DESDE AQUÍ PERO TEN EN CUENTA QUE ALGUIEN TE ESTÁ VIENDO.

Tras releer tres veces aquella carta que más bien parecía un telegrama, la dobló y se la guardó en el bolsillo. Como de costumbre, cuanto más la leía, más creía a Fukaeri. Alguien lo vigilaba. Eso ya lo había asimilado definitivamente. Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Como estaban en hora de clase, apenas había gente en la cafetería. Tan sólo un puñado de estudiantes leyendo libros de texto o haciendo anotaciones en sus cuadernos. No detectó a nadie con pinta de estar vigilándolo a escondidas desde las sombras.

Había una cuestión básica: si no era a Fukaeri, «¿a quién o qué demonios vigilaban? ¿Al propio Tengo, o quizá su piso?». Reflexionó. Todo quedaba en el terreno de las conjeturas, por supuesto, pero tenía la impresión de que, a lo mejor, era él quien les interesaba. Tengo sólo era el que había corregido *La crisálida de aire* por encargo. El libro ya había sido publicado y había dado que hablar, para poco después desaparecer de las listas de los más vendidos; ahí terminaba el papel de Tengo. Ya no existía ningún motivo para que pudiera interesarles.

Fukaeri apenas debía de haber salido del apartamento. Si la chica había descubierto que los vigilaban, así habría sido. Pero ¿desde dónde? Entre los numerosos edificios que había en el barrio, se daba la sorprendente casualidad de que el piso de Tengo, situado en la tercera planta, no podía verse bien desde ninguna parte. Ése era uno de los motivos por los que a Tengo le agradaba el piso y llevaba tanto tiempo viviendo en él. A la mujer casada con la que Tengo se veía allí también le gustaba por eso. «Sin tener en cuenta su aspecto», le decía a menudo, «este piso te hace sentir una tranquilidad asombrosa. Igual que el dueño».

Antes del anochecer, recordó, un gran cuervo se acercaba a la ventana. Fukaeri le había hablado de él por teléfono. Se posaba en el reducido alféizar de la ventana en el que cabían escasas macetas y restregaba sus grandes alas negras y lustrosas contra los cristales. Su rutina diaria debía de incluir pasar un rato allí antes de regresar a su nido. Y parecía mostrar no poco interés por lo que ocurría dentro del apartamento. Sus grandes ojos negros, a ambos lados de la cara, tomaban buena nota de todo por los resquicios entre las cortinas. Los cuervos son aves inteligentes. Y curiosas. Fukaeri le había dicho que hablaba con el cuervo. En cualquier caso, era ridículo pensar que el cuervo espiara el piso para otros.

Entonces, ¿desde dónde vigilaban el piso?

De regreso a casa, al salir de la estación de tren, Tengo se acercó al supermercado. Compró verdura, huevos, carne de ternera y pescado. Con las bolsas de papel entre los brazos, se detuvo delante del portal y, por si acaso, miró a su alrededor. Nada sospechoso. El mismo paisaje inmutable de siempre. Cables eléctricos como oscuras vísceras suspendidas en el aire, la hierba marchita por el efecto del invierno en el jardincillo de delante del edificio, buzones oxidados. Aguzó el oído. Sin embargo, no se oía nada más que el incesante ruido de fondo de la ciudad, similar a un leve aleteo.

Después de entrar en el piso y guardar los alimentos, se acercó a la ventana, la abrió e inspeccionó el paisaje. Al otro lado de la calle había tres viejas casas, tres viviendas de dos plantas erigidas en solares angostos. Los dueños eran todos ancianos, típicos propietarios con muchos años a sus espaldas. Gente con cara agria que aborrecía cualquier cambio. Fuera como fuese, nunca acogerían alegremente en la segunda planta de sus casas a un desconocido recién llegado. Es más, aunque alguien se asomara por una de esas ventanas, no atisbaría más que el tejado del edificio de Tengo.

Tengo cerró la ventana, puso agua a hervir y se preparó café. Se sentó a la mesa y, mientras se lo bebía, dio vueltas a las diferentes posibilidades en las que había pensado. «Alguien me vigila cerca de aquí. Y Aomame se encuentra (o *encontraba*) en un lugar al que se puede ir a pie. ¿Existirá alguna relación entre los dos hechos? ¿O es pura coincidencia?». Por más que pensó no llegó a ninguna conclusión. Su mente daba vueltas y más vueltas, como un pobre ratón en un laberinto sin salidas al que sólo se le deja oler el queso.

Al final desistió de seguir pensando y hojeó el periódico que había comprado en el quiosco de la estación. Ese otoño, el presidente reelecto Ronald Reagan había llamado «Yasu» al primer ministro Yasuhiro Nakasone y éste, a su vez, había llamado «Ron» al presidente. Quizá fuera por culpa de la fotografía, pero parecían dos constructores deliberando si sustituir los materiales de construcción de calidad por otros cutres y toscos. Proseguían los disturbios originados en la India tras el magnicidio de la primera ministra, Indira Gandhi, y numerosos sijs habían sido asesinados. En Japón se había dado una cosecha de manzanas excelente. Pero ni un solo artículo atrajo el interés de Tengo.

Esperó a que las agujas del reloj marcasen las dos y volvió a llamar a

Komatsu.

El editor tardó doce tonos en atender el teléfono, como de costumbre. Tengo no sabía por qué, pero nunca lo descolgaba con rapidez.

—Hombre, Tengo, ¡cuánto tiempo sin saber de ti! —dijo Komatsu. Su tono de voz volvía a ser el de siempre. Fluido, un tanto teatral y equívoco.

—Me tomé dos semanas de vacaciones y estuve en Chiba. Llegué anoche.

—Me han dicho que tu padre no está bien. Habrá sido duro, ¿no?

—No tanto. Sigue en coma, y yo me he limitado a estar unas horas a su lado, velarlo y matar el tiempo. El resto lo pasé escribiendo en el *ryokan*.

—De todas maneras, se debate entre la vida y la muerte. No ha debido de ser fácil.

Tengo cambió de tema:

—Me dijo que quería hablar conmigo de un asunto, o algo así, la última vez que hablamos. Hace tiempo.

—Ah, sí —dijo Komatsu—. Me gustaría quedar contigo y que charláramos con calma. ¿Tienes tiempo?

—Si es importante, me imagino que, cuanto antes nos veamos, mejor, ¿no?

—Sí, quizá sea lo mejor.

—Esta noche estoy libre.

—Perfecto. Yo también. ¿Qué te parece a las siete?

—Muy bien —contestó Tengo.

Komatsu le indicó un bar cercano a la editorial. Tengo había estado allí varias veces.

—Los domingos también abre y apenas hay clientes. Podremos hablar tranquilos.

—¿Va a llevarnos mucho rato?

—No sé qué decirte —contestó Komatsu tras unos segundos—. Hasta que te lo comente, no lo sabré.

—De acuerdo. Podemos hablar todo lo que usted quiera. Porque pase lo que pase vamos en el mismo bote, ¿no es así? ¿O acaso se ha pasado usted a otro bote?

—¡Qué va! —dijo Komatsu, de pronto en un tono conciliador—. Seguimos en el mismo bote. Nos vemos a las siete, entonces, y te lo cuento todo.

Tras colgar el teléfono, Tengo se sentó frente al escritorio, encendió el ordenador y abrió el procesador de textos. Luego pasó al procesador lo que había escrito a pluma en el *ryokan* de Chikura. Al releerlo, le vinieron a la mente escenas e imágenes de los días en el pueblo de la costa. La clínica y los rostros de las tres enfermeras. La brisa marina que agitaba el pinar y las gaviotas blancas que planeaban sobre éste. Tengo se levantó, descorrió las cortinas, abrió la cristalera y se llenó los pulmones de aire fresco.

«AHORA HABRÁS VUELTO DEL PUEBLO DE LOS GATOS Y ESTARÁS LEYENDO ESTA CARTA ME ALEGRO».

Eso había escrito Fukaeri. Pero alguien vigilaba el piso. Ignoraba quién podía ser. Quizás hubieran instalado cámaras ocultas. Preocupado, Tengo inspeccionó cada rincón del piso. Sin embargo, no encontró cámaras ni aparatos de escucha. Era lo lógico, tratándose de un piso viejo y pequeño. Si los hubiera, los vería aunque no quisiera.

Siguió tecleando ante el escritorio hasta que empezó a oscurecer. No lo copiaba tal cual, sino que de vez en cuando cambiaba algo, y por eso le llevó más tiempo del que había calculado. Mientras se tomaba una pausa, tras encender la luz del escritorio, cayó en la cuenta de que ese día el cuervo no había acudido. Lo anunciaba el ruido que hacía al restregar sus grandes alas contra la ventana. Por su culpa, en los cristales siempre había unas pequeñas manchas de grasa que parecían un mensaje en clave que pedía ser descifrado.

A las cinco y media se preparó algo para cenar. Aunque no tenía hambre, al mediodía no había comido nada. Tenía que llevarse algo al estómago. Preparó una ensalada de tomate y algas *wakame* y, con una tostada, se la comió. A las seis y cuarto salió del piso vestido con un jersey negro de cuello alto y una chaqueta de pana verde oliva. Una vez en el portal, se detuvo y volvió a mirar a su alrededor. Pero no vio nada que le llamara la atención. No había ningún hombre escondido tras la oscuridad de un poste eléctrico. Ningún vehículo sospechoso aparcado. Ni siquiera había venido el cuervo. Sin embargo, eso lo intranquilizó; se le ocurrió que todas las personas *que no tenían pinta* de espiarlo, en realidad lo hacían camuflados. La señora que pasaba con la cesta de la compra, el anciano taciturno que paseaba al perro, los estudiantes de instituto con raquetas de tenis al hombro y montados en sus bicicletas que pasaban de largo sin ni siquiera mirar hacia él… Todos podrían ser espías de Vanguardia que se las ingeniaban para intentar disimular.

«No debo perder la cordura», pensó Tengo. Debía ser cauteloso, pero eso no implicaba volverse paranoico. Tengo se dirigió a buen paso a la estación. De vez en cuando se volvía rápidamente para comprobar que nadie lo seguía. Si alguien lo siguiera de cerca, lo pillaría. Tenía una buena visión periférica, aparte de buena vista. Tras volver la cabeza por tercera vez, se convenció de que nadie lo seguía.

A las siete menos cinco entró en el bar en el que se había citado con Komatsu. Éste todavía no había llegado, y parecía que Tengo era el primer cliente de la noche. Un gran florero depositado en la barra rebosaba de flores frescas; el olor de los tallos recién cortados se dispersaba por todo el local. Tengo se sentó en una zona algo apartada, al fondo, y pidió un vaso de cerveza a presión. Luego sacó un libro del bolsillo de la chaqueta y se puso a leer.

Komatsu llegó a las siete y cuarto. Chaqueta de *tweed* encima de un fino jersey de cachemira, fular —cómo no— también de cachemira, pantalones de algodón y zapatos de ante. El mismo «atuendo» de siempre. Todas ellas prendas de calidad y de buen gusto, gastadas en su justa medida. En él, parecían una parte más de su cuerpo. Que Tengo recordara, nunca había visto a Komatsu estrenar ropa. Quizá, para gastarla, dormía vestido con la ropa nueva, rodaba con ella por el suelo o hacía cosas por el estilo. O puede que la lavase a mano varias veces y luego la dejase secar a la sombra. Sólo cuando conseguía el aspecto raído y descolorido que deseaba, se la ponía y salía a la calle. Con cara de no haberse preocupado en su vida por cosas como la vestimenta. Sea como sea, vestido así tenía aires de editor veterano. Mejor dicho, no parecía otra cosa que un editor veterano. Se sentó delante de Tengo y también pidió una cerveza.

—Estás como siempre —dijo Komatsu—. ¿Qué tal va esa nueva novela?

—Avanzo poco a poco.

—Me alegro. Un escritor sólo madura a fuerza de escribir y escribir. Igual que las orugas, que no paran de comer hojas. Como te dije, estoy seguro de que tu trabajo con *La crisálida de aire* te ha servido para tu propia obra. ¿No es así?

—Sí —dijo Tengo tras asentir con la cabeza—. Creo que he aprendido unas cuantas cosas importantes sobre la escritura. Ahora soy capaz de ver cosas que antes no veía.

—Modestia aparte, yo de eso ya me había dado cuenta. Sabía que necesitabas un incentivo.

—Pero eso también me ha llevado a meterme en líos, como usted bien sabe.

Komatsu se rió torciendo la boca hasta parecer una Luna en cuarto creciente en invierno. Una sonrisa difícil de interpretar.

—Para conseguir algo importante uno debe pagar un precio. Son las normas de este mundo.

—Tal vez. Pero me cuesta distinguir eso tan importante del precio que hay que pagar. Todo está enmarañado.

—Sin duda. Como cuando hablas por teléfono y se produce un cruce de líneas. Tienes razón —dijo Komatsu. Entonces frunció el ceño—. Por cierto, ¿alguna novedad con respecto a Fukaeri?

Tengo midió sus palabras:

—Ahora mismo no sé nada de ella.

—¿«Ahora mismo»? —repitió Komatsu, provocativo.

Tengo se quedó callado.

—Pero hasta hace poco vivía en tu apartamento, ¿no? —añadió Komatsu—. O eso he oído.

—Efectivamente —admitió Tengo—. Pasó casi tres meses en mi casa.

—Tres meses es mucho tiempo —dijo Komatsu—. Pero no se lo dijiste a nadie.

—Ella me pidió que no se lo contara a nadie y así lo hice. Ni siquiera a usted.

—Pero ahora ya no está contigo.

—Eso es. Mientras yo estaba en Chikura, ella me dejó una nota y se marchó. No sé qué ha sido de ella a partir de ahí…

Komatsu sacó un cigarrillo, se lo llevó a la boca, encendió una cerilla y lo prendió. Luego entornó los ojos y miró a Tengo.

—… a partir de ahí regresó a la casa del profesor Ebisuno, en la cima de la montaña de Futamatao —dijo él—. El profesor contactó con la policía y retiró la denuncia por desaparición. Les dijo que simplemente se había ido a alguna parte y ahora había vuelto, que no la habían secuestrado. La policía debería interrogarla: ¿por qué desapareció?, ¿dónde ha estado? Ten en cuenta que es una menor. Puede que un día de éstos salga un artículo en el periódico: «JOVEN ESCRITORA EN PARADERO DESCONOCIDO APARECE SANA Y SALVA». Bueno, si sale en los periódicos, no creo que se arme mucho ruido; no ha habido ningún crimen de por medio.

—¿Cree que saldrá en la prensa que estuvo alojada en mi piso?

Komatsu sacudió la cabeza.

—No, Fukaeri no dará tu nombre. Con ese carácter que tiene, ya se le puede presentar la policía militar, un consejo revolucionario o la madre Teresa de Calcuta, que como se emperre en no decir nada, no abrirá la boca. No te preocupes por eso.

—No, no estoy preocupado, pero me gustaría saber cómo irá todo.

—Tranquilo. Tu nombre no saldrá a la luz, te lo aseguro —dijo Komatsu. Entonces esbozó un gesto serio—. Dejando eso de lado, quisiera preguntarte una cosa, pero es un asunto delicado. No sé cómo planteártelo.

—¿Cómo planteármelo?

—Es un tema personal.

Tengo cogió su cerveza, le dio un trago y volvió a depositar el vaso en la mesa.

—Está bien. Responderé a lo que pueda.

—¿Mantuvisteis tú y Fukaeri relaciones sexuales? Me refiero a cuando se alojó en tu casa. Basta con que me contestes sí o no.

Tengo sacudió lentamente la cabeza tras un breve silencio.

—La respuesta es no. —Instintivamente, Tengo había decidido no contar lo que había ocurrido entre él y Fukaeri aquella noche de tormenta. No podía revelar ese secreto. Estaba prohibido contarlo. Además, ni siquiera podía llamarlo «relación sexual». En sentido lato, no había existido deseo. Por ninguna de las dos partes—. Entre ella y yo no hubo ese tipo de relación.

—Entonces no os acostasteis, ¿no?

—No —contestó Tengo en tono seco.

A Komatsu se le formaron diminutas arrugas a ambos lados de la nariz.

—Pues no es que desconfíe de ti, pero has tardado en responder. A mí me ha parecido que dudabas. ¿No habríais estado a punto de hacerlo, por casualidad? No te estoy echando nada en cara, ¿vale? Lo único que pretendo es comprender ciertas cosas.

Tengo miró a Komatsu a los ojos.

—No he dudado. Pero la pregunta me ha parecido un poco extraña. Me preguntaba por qué le preocupa a usted que Fukaeri y yo pudiéramos habernos acostado juntos. Nunca le he visto inmiscuirse en la vida privada de nadie. Al contrario, siempre me ha parecido que prefería mantenerse alejado.

—Bueno… —dijo Komatsu.

—Entonces, ¿por qué se ha convertido eso ahora en un problema?

—Mira, en principio, a mí me trae sin cuidado con quién te acuestes o qué hace o deja de hacer Fukaeri. —Komatsu se rascó con el dedo en un costado de la nariz—. Tú lo has dicho: a mí todo eso me importa un pito. Pero Fukaeri, como sabes, es muy distinta de cualquier otra chica de su edad. No sé cómo decirlo… Como si sus acciones entrañaran un significado.

—Un significado —repitió Tengo.

—Por supuesto, todos los actos de cualquier persona entrañan a fin de cuentas algún significado —aclaró Komatsu—. Pero, en el caso de Fukaeri, es un significado *más profundo*. Es algo que sólo tiene ella, algo insólito. Por consiguiente, debemos comprender con certeza todo lo que la atañe.

—¿«Debemos comprender»? ¿Quiénes tienen que comprender? —preguntó Tengo.

Komatsu se mostró confundido, algo poco habitual en él.

—Para ser franco, el que quiere saber si habéis mantenido relaciones sexuales no soy yo, sino el profesor Ebisuno.

—Entonces, ¿el profesor ya sabe que Fukaeri ha pasado unos meses en mi casa?

—Claro. Estuvo informado desde el día en que ella se presentó en tu piso. Fukaeri lo ponía al corriente de dónde se encontraba.

—Eso no lo sabía. —Tengo estaba desconcertado. Fukaeri le había dicho que no le había contado a nadie dónde se encontraba. Sin embargo, a esas alturas, ¿qué más daba?—. Aun así, hay algo que no entiendo. El profesor Ebisuno es el tutor de Fukaeri, su protector, y es lógico que se preocupe por esas cosas. Pero en la situación en que nos encontramos, que no tiene ni pies ni cabeza, no me entra en la cabeza que la castidad de la chica sea una de las principales preocupaciones del profesor. Lo más importante debería ser si Fukaeri está a salvo y en un lugar seguro.

Komatsu torció una de las comisuras de la boca.

—¿Qué quieres que te diga? Yo tampoco acabo de entenderlo. El profesor sólo me pidió que te lo preguntara. Me pidió que quedara contigo y me enterara de si mantuvisteis relaciones o no. Yo te he hecho la pregunta y la respuesta es *no*.

—Exacto. Entre Fukaeri y yo no ha habido ninguna relación carnal —dijo categóricamente al tiempo que miraba al editor a los ojos. No tenía la sensación de estar mintiendo.

—Muy bien. —Komatsu se llevó otro Marlboro a la boca y, entornando los ojos, lo encendió con una cerilla—. Me basta con eso.

—Sin duda Fukaeri es una chica guapa y atractiva. Pero, como usted ya sabe, estoy metido en un buen lío. Y no por gusto. No me apetece complicar más las cosas. Además, yo tenía una relación con otra mujer.

—Me ha quedado claro —dijo Komatsu—. En ese sentido eres un tipo inteligente. Tienes las ideas claras. Se lo comunicaré al profesor. Perdona que te haga esta clase de preguntas. No te lo tomes a mal.

—No me lo tomo a mal. Simplemente me choca. No sé por qué me sale ahora con esto… —dijo Tengo, e hizo una breve pausa—. ¿Cuál era entonces el asunto del que quería hablarme?

Komatsu, que se había terminado la cerveza, le pidió al barman un *highball* de *whisky* escocés.

—¿Tú qué quieres? —le preguntó a Tengo.

—Lo mismo que usted —le contestó.

Les llevaron los *highballs* en dos vasos altos a la mesa.

—En primer lugar —dijo Komatsu tras un largo silencio—, necesito aclarar en la medida de lo posible todo este enmarañado asunto. Porque todos vamos en el mismo bote. Con todos me refiero a ti, a mí, a Fukaeri y al profesor Ebisuno, los cuatro.

—Una combinación curiosa —comentó Tengo.

Pero Komatsu no pareció captar el dejo de ironía. Estaba concentrado en sus propias palabras.

—Los cuatro nos prestamos a este proyecto, cada uno con sus intenciones, y desde luego no al mismo nivel y no necesariamente para ir en la misma dirección. En otras palabras, que no íbamos al mismo ritmo ni metíamos del mismo modo el remo en el agua.

—No era un grupo que se prestara a un trabajo en equipo.

—Quizá no.

—Entonces los rápidos arrastraron el bote hacia la cascada.

—Efectivamente, arrastraron el bote hacia la cascada —verificó Komatsu—. Sin embargo, y esto no es una disculpa, se trataba de un plan muy sencillo. Consistía en que tú reescribieras a vuela pluma *La crisálida de aire* y la novela ganara el premio. El libro se vendería un poco; engañaríamos a los lectores; conseguiríamos algo de dinero; lo haríamos todo medio en broma, medio para sacar beneficios: ése era el propósito. No obstante, el profesor Ebisuno metió

baza como tutor de Fukaeri y la trama se complicó. Bajo la superficie del agua se enredaron distintos planes y la corriente fluyó cada vez más rápido. Tu nueva versión era mucho mejor de lo que nadie esperaba. Gracias a ello el libro fue un bombazo y se vendió por sí solo. Como resultado, nuestro bote acabó en un lugar al que nunca imaginamos que llegaría. Un lugar, por otra parte, un poco peligroso.

Tengo negó con un pequeño movimiento de cabeza.

—No, un poco peligroso, no. *Peligrosísimo*.

—Bueno, puede ser.

—No hable como si se tratara de algo ajeno. ¿Acaso no fue usted quien ideó todo esto?

—Tienes razón. A mí se me ocurrió y yo di el pistoletazo de salida. Al principio todo iba bien. Pero, por desgracia, acabamos perdiendo el control. Naturalmente, me siento responsable por haberte implicado en esto. Me siento como si te hubiera convencido contra tu voluntad. Pero el caso es que ahora tenemos que detenernos y corregir nuestra posición. Soltar lastre y simplificar la ruta al máximo. Estudiar bien dónde estamos y qué rumbo tomaremos.

Dicho esto, Komatsu suspiró y bebió del *highball*. Luego cogió el cenicero de cristal entre las manos y acarició su superficie con sus largos dedos, con el mismo cuidado con que un ciego palpa un objeto para comprobar su forma.

—La verdad es que me tuvieron recluido diecisiete o dieciocho días en alguna parte —soltó de pronto Komatsu—. Desde finales de agosto hasta mediados de septiembre. Una tarde, justo después de comer, caminaba por mi barrio para dirigirme a la editorial. Iba a la estación de Gotokuji. Entonces una ventanilla de un cochazo negro que estaba parado a un lado de la calzada se bajó y alguien me preguntó: «¿Es usted el señor Komatsu?». Cuando me acerqué para ver quién era, se apearon dos hombres y me empujaron dentro del coche. Los dos tenían una fuerza brutal. Uno me sujetó por detrás, pasándome los brazos por las axilas y uniéndolos en la nuca, y el otro me hizo oler cloroformo o algo así. ¡Como si fuera una película! Pero la sustancia esa funciona, vaya que sí. Cuando me desperté, estaba encerrado en un pequeño cuarto sin ventanas. Las paredes eran blancas y tenía forma cúbica. Había una cama estrecha y una mesita de madera, pero ninguna silla. Me habían dejado tumbado en la cama.

—¿Lo secuestraron? —se sorprendió Tengo.

Komatsu devolvió a la mesa el cenicero cuya forma había terminado de inspeccionar, irguió la cabeza y miró a Tengo.

—Sí, me raptaron de verdad. ¿Te acuerdas de aquella vieja película llamada *El coleccionista*? Pues igual. Yo creo que a muy poca gente en el mundo se le ha pasado nunca por la cabeza que en algún momento pueden secuestrarla, ¿no te parece? Pero cuando a uno lo raptan, lo raptan con todas las de la ley. Y es algo…, ¿cómo diría?…, surrealista. Alguien te está raptando *de verdad*… ¿Puedes creértelo? —Komatsu escrutó a Tengo como en busca de una respuesta, pero no era más que una pregunta retórica.

Tengo aguardó la continuación en silencio. Las perlas de agua que habían ido formándose por fuera de su *highball*, todavía intacto, habían resbalado hasta humedecer el posavasos.

16
USHIKAWA

Una máquina capaz, paciente e insensible

A la mañana siguiente, Ushikawa se sentó en el suelo, junto a la ventana, igual que el día anterior, y siguió vigilando entre las cortinas. Prácticamente los mismos vecinos que habían regresado a casa la noche anterior, al menos gente que se les parecía, fueron saliendo del edificio. Todos iban encorvados y con el rostro ceñudo. Parecían hastiados y cansados frente al nuevo día que apenas despuntaba. Entre ellos no estaba Tengo. Pero Ushikawa pulsaba el disparador de la cámara y registraba los rostros de cada persona que pasaba por delante. Tenía carretes de sobra y necesitaba practicar para ganar destreza.

Al terminar la hora punta en que todo el mundo iba al trabajo, Ushikawa salió del piso y se metió en una cabina telefónica cercana. Marcó el número de la academia preparatoria de Yoyogi y preguntó por Tengo. La mujer que se puso al aparato le dijo:

—El señor Kawana está de baja desde hace diez días.

—¿Está enfermo?

—No, él no, pero sí un familiar, y el señor Kawana se ha ido a Chiba.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Pues no se lo hemos preguntado —dijo la mujer.

Ushikawa le dio las gracias y colgó.

Si se trataba de un familiar, no podía ser otro que su padre, el hombre que había trabajado de cobrador de la NHK. De la madre, Tengo debía de seguir sin saber nada. Y por lo que Ushikawa recordaba, Tengo nunca se había llevado bien con su padre. A pesar de ello, había faltado más de diez días al trabajo para cuidar de él. Eso costaba de creer. ¿Se había mitigado de pronto la aversión que Tengo sentía hacia su padre? ¿Qué enfermedad padecía y en qué hospital de Chiba lo habían ingresado? Debía averiguarlo, pero para ello necesitaba más de media jornada. Y tendría que interrumpir la vigilancia.

Ushikawa se sentía perdido. Si Tengo estaba lejos de Tokio, no tenía sentido vigilar el portal de su edificio. Quizá sería más inteligente buscar en otra dirección. Podría indagar en qué hospital estaba el padre, o avanzar un poco en la investigación sobre Aomame. Podría hablar en persona con colegas y compañeros de la universidad o de su primera empresa. A lo mejor conseguía alguna nueva pista.

Pero, tras meditarlo largo rato, decidió seguir vigilando el edificio. En primer lugar, si interrumpía la vigilancia, perdería el ritmo de vida al que apenas empezaba a acostumbrarse. Tendría que volver a comenzar desde el principio. En segundo lugar, si trataba de localizar el hospital de Chiba y a los conocidos de Aomame, los frutos serían escasos comparados con el esfuerzo que invertiría. En una investigación, superado cierto punto, se cosechaban magros resultados; lo sabía por experiencia. En tercer lugar, su intuición le decía —escueta y claramente— que no debía moverse de allí. Debía instalarse y prestar mucha atención a todos los que cruzaran por su campo visual. Eso le decía la intuición encerrada en su deforme cabeza.

Estuviera Tengo o no, seguiría vigilando el edificio. Se quedaría y, antes de que Tengo regresase, reconocería a la perfección cada uno de los rostros de los inquilinos que entraban y salían a diario por el portal. Y, a simple vista, sería capaz de identificar a quienes no vivían allí. «Soy un animal carnívoro», pensó Ushikawa. Los animales carnívoros debían ser siempre pacientes. Debían fundirse con lo que los rodeaba y saberlo todo de sus presas.

Ushikawa salió antes de las doce, cuando apenas nadie cruzaba el portal. Para ocultar un poco su rostro, se caló un gorro de punto y se envolvió el cuello con una bufanda que se subió hasta la nariz. Aun así, seguía llamando la atención. El gorro de punto beis se extendía sobre su cabezón como el sombrerillo de una seta. Más abajo, la bufanda verde parecía una gigantesca serpiente enroscada. No era un buen disfraz. Además, el estilo y los colores del gorro y de la bufanda no combinaban en absoluto.

Ushikawa fue a la tienda de fotografía situada enfrente de la estación a que le revelasen dos carretes. Luego entró en un restaurante de *soba* y pidió *soba* con *tempura*. Hacía tiempo que no comía caliente. Ushikawa dio cuenta del *soba* con *tempura*, saboreándolo bien, y se tomó hasta la última gota del caldo. Al terminar, su cuerpo había entrado en calor; tanto era así que sudaba. Volvió a ponerse el gorro, se enrolló la bufanda al cuello y regresó al edificio. Al llegar al piso, encendió un cigarrillo y, con él entre los labios, extendió las fotografías en

el suelo para ordenarlas. Comparó las de aquellos que habían vuelto a casa al anochecer con las de aquellos que habían salido a primera hora de la mañana y, si los rostros coincidían, los emparejaba. Para que fuese más fácil recordarlos, a cada uno le dio un nombre inventado. Con un rotulador anotó los nombres en las fotografías.

A esas horas pocos cruzaban el portal. A las diez, un chico con pinta de universitario y un bolso bandolera colgado al hombro salió a toda prisa. Un anciano de unos setenta años y una mujer de unos treinta y cinco también salieron pero regresaron al poco con sendas bolsas de supermercado. Ushikawa les fotografió las caras. Antes del mediodía entró un cartero que distribuyó el correo en los buzones del portal. Apareció, además, un repartidor a domicilio, con una caja de cartón en los brazos, que entró en el edificio y cinco minutos más tarde salió sin nada en las manos.

A cada hora, Ushikawa se apartaba de la cámara y hacía estiramientos durante unos cinco minutos. Entretanto, dejaba de vigilar, pero cubrir todas las salidas y entradas él solo era imposible. Lo importante era evitar el cansancio físico. Al pasar demasiadas horas en la misma posición, los músculos se atrofian y, cuando es necesario, no reaccionan con rapidez. Ushikawa movió diestramente su cuerpo redondo y deforme sobre el suelo, como Gregor Samsa después de transformarse en bicho, y ejercitó los músculos cuanto pudo.

Para sobrellevar el tedio, escuchaba la radio en frecuencia AM con unos auriculares. Los programas diurnos iban dirigidos principalmente a amas de casa y personas ancianas. Los locutores hacían chistes malos, soltaban estúpidas carcajadas sin ton ni son, manifestaban opiniones bobas y trilladas y ponían una música que hacía que a Ushikawa le entraran ganas de taparse los oídos. Además, anunciaban a gritos productos que nadie querría. Al menos así lo veía Ushikawa. A pesar de todo, necesitaba oír hablar a alguien, le daba igual quién fuese. Por eso se aguantaba y oía aquellos programas. De todas maneras, ¿por qué tenían que crear programas tan idiotas y difundirlos en vastas áreas aprovechando las ondas hertzianas?

Sin embargo, tampoco él estaba desempeñando una labor especialmente refinada o productiva. Tan sólo se ocultaba tras las sombras de unas cortinas en un piso barato y fotografiaba gente a escondidas. No podía criticar a los demás ni dárselas de importante.

También había sido así en el pasado. Cuando ejercía la abogacía, la situación era similar. No recordaba haber realizado nunca nada de provecho para la

sociedad. Sus principales clientes eran financieras pequeñas y medianas vinculadas a organizaciones criminales. Ushikawa discurría cómo mover de manera más eficaz el dinero que las financieras ganaban y, después, cerraba los acuerdos. En otras palabras, blanqueo de dinero. También se encargaba de una parte de las operaciones de especulación inmobiliaria: echaban a los inquilinos que llevaban viviendo largos años en los edificios, se hacían con solares inmensos y los revendían a constructores. El dinero entraba a raudales. El resto de sus clientes no eran muy distintos a éstos. A Ushikawa se le daba bien defender a personas acusadas de evasión fiscal. La mayoría de los que solicitaban sus servicios era gente turbia de la que un abogado normal y corriente habría desconfiado. Cuando a Ushikawa le ofrecían llevar un caso (y si suponía una cantidad de dinero considerable), aceptaba sin vacilar, al margen de quién fuese el cliente. Los resultados también eran bastante buenos, con lo cual nunca le faltaba trabajo. El contacto con Vanguardia le venía de ahí. Por algún motivo, el líder lo había encontrado de su agrado.

Si hubiera hecho lo que cualquier abogado hacía, Ushikawa no habría podido ganarse la vida. Aunque, como Ushikawa, al salir de la universidad uno aprobara el examen de Estado y se sacara el título de abogado, nada podía hacerse sin influencias ni contactos. Con su aspecto, ningún bufete lo habría contratado. Aunque hubiera abierto su propio despacho, apenas habría conseguido trabajos. Muy pocos clientes habrían contratado y pagado buenos honorarios a un abogado con su fisonomía. La gente consideraba que un buen abogado debía ser bien parecido y tener cara de intelectual, quizá por culpa de las series de televisión sobre juicios y tribunales.

Por consiguiente, el destino lo había unido al submundo del delito. En el hampa nadie reparaba en su aspecto. Es más, su singularidad era uno de los factores por los que quienes se movían en ese submundo lo aceptaban y se fiaban de él. Porque el hecho de que la sociedad no los aceptase era un punto en común entre ellos y Ushikawa. Esa gente apreciaba su perspicacia, profesionalidad y discreción, le confiaban la tarea de mover grandes sumas de dinero (cosa que ellos no podían realizar abiertamente) y le pagaban generosamente. Ushikawa, por su parte, le cogió el truco rápidamente y aprendió mañas para zafarse de las autoridades manteniéndose siempre en los límites de la legalidad. Tenía buen olfato y era cauteloso. Sin embargo, un buen día, por codicia, se precipitó en sus cálculos y traspasó cierta línea sutil. Aunque consiguió evitar una condena casi segura, lo expulsaron del Colegio de Abogados de Tokio.

Ushikawa apagó la radio y se fumó un Seven Stars. Aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones y luego lo expulsó lentamente. Utilizó una lata de melocotones vacía como cenicero. Si seguía viviendo así, acabaría encontrando una muerte miserable. Algún día no muy lejano daría un paso en falso y acabaría cayendo por sí solo en algún lugar oscuro. «Aunque ahora mismo desapareciera de este mundo, nadie se daría cuenta. Aunque gritara desde las tinieblas, mi voz no llegaría a nadie. Así y todo, no me queda más remedio que seguir viviendo hasta morir, y debo vivir a mi manera. Aunque es una manera no demasiado encomiable de vivir, no conozco otra». Y, en esa «manera no demasiado encomiable de vivir», no había nadie más experto que Ushikawa.

A las dos y media, una chica con una visera de béisbol salió por el portal. No llevaba nada en las manos y pasó con prisas ante la cámara de Ushikawa. Al instante, éste pulsó el botón del motor de arrastre y sacó tres fotos. Era la primera vez que la veía. Era una chica muy guapa, delgada, de piernas y brazos largos. También tenía un cuerpo estilizado, como el de una bailarina. Rondaría los dieciséis o diecisiete años y llevaba unos vaqueros descoloridos, unas zapatillas de deporte blancas y una cazadora de cuero de hombre. Llevaba el pelo metido por dentro del cuello de la cazadora. Tras salir del portal, avanzó unos pasos y se detuvo; entornó los ojos y se quedó mirando a lo alto de un poste eléctrico situado frente a ella. A continuación dirigió la vista de nuevo hacia el suelo y se marchó. Al girar a la izquierda, la perdió de vista.

Aquella chica se parecía a alguien. Alguien a quien Ushikawa conocía. Alguien a quien había visto hacía poco. Por su aspecto, quizás a una estrella de televisión. Aunque Ushikawa nunca veía la televisión, excepto las noticias, y no recordaba haberse fijado en ninguna guapa famosa.

Pisó a fondo el acelerador de su memoria y puso a trabajar a su cerebro a todo gas. Con los ojos entornados, estrujó sus neuronas como si fueran una bayeta. Sintió un dolor agudo en los nervios. Luego, de pronto, cayó en la cuenta de que esa chica era Eriko Fukada. Nunca la había visto en persona. Tan sólo en las fotos que habían aparecido en la sección literaria de los periódicos. Con todo, la transparencia distante que envolvía a la chica era idéntica a la impresión que le habían dejado aquellas pequeñas fotografías en blanco y negro de su rostro. Gracias a la corrección de *La crisálida de aire*, ella y Tengo se habían visto las

caras. No era descabellado que hubieran intimado y la chica se escondiese en casa de Tengo.

Al instante, casi por un acto reflejo, Ushikawa se puso el gorro de punto y un chaquetón azul marino y se enrolló la bufanda alrededor del cuello. Entonces salió por el portal, y corrió en la dirección que había tomado la chica.

Había visto que Eriko caminaba muy rápido. Quizá no lograse alcanzarla. Pero no llevaba nada encima, ni siquiera un bolso. Eso indicaba que no pensaba ir lejos. En vez de perseguirla y arriesgarse a llamar la atención, quizá debía esperar tranquilamente a que regresase. Mientras pensaba en eso, Ushikawa seguía buscándola con la mirada. Había algo en ella que lo había alterado sin motivo aparente. Igual que cuando, en cierto momento del crepúsculo, una luz de tonalidades místicas despierta recuerdos especialmente significativos que estaban dormidos.

Al poco, divisó a la chica. Se había detenido en la acera y miraba los artículos expuestos en la entrada de la pequeña papelería, donde algo le había llamado la atención. Ushikawa se volvió con toda naturalidad, dándole la espalda, delante de una máquina expendedora de café. Sacó calderilla del bolsillo y compró una lata de café caliente.

Poco después, la chica echó a andar otra vez. Ushikawa dejó en el suelo la lata a medio beber y la siguió, guardando suficiente distancia. La chica parecía concentrada en el acto de caminar. Lo hacía como si se deslizara por la superficie calma de un inmenso lago. Habría podido caminar sobre el agua sin hundirse ni mojarse los zapatos. Debía de dominar ese arte secreto.

Sin duda poseía algo. Algo singular que un ser humano normal y corriente no posee. Eso sentía Ushikawa. No sabía mucho de Eriko Fukada. Todo lo que había averiguado hasta entonces se limitaba a que era la única hija del líder, que había huido sola de Vanguardia a los diez años, que se había refugiado y había crecido en la casa del insigne estudioso Ebisuno y, poco después, había escrito *La crisálida de aire*, que con la ayuda de Tengo Kawana se había convertido en un *best seller*. Ahora se encontraba en paradero desconocido y habían denunciado su desaparición, por lo que la policía había registrado la sede de Vanguardia.

Al parecer, el contenido de la novela había causado cierto malestar en la comunidad. Ushikawa se había comprado el libro y lo había leído atentamente, pero ignoraba qué parte, qué aspecto los molestaba. La novela en sí era interesante y estaba muy bien escrita. La prosa estaba muy trabajada, era fácil de

leer y, en parte, fascinante. Pero al final le había parecido una simple e inocente novela fantástica, e imaginaba que ésa era la impresión general de los lectores. De la boca de una cabra muerta salía la Little People, que fabricaba la crisálida de aire; la protagonista se desdoblaba en *mother* y *daughter*, y aparecían dos lunas. ¿En qué páginas se ocultaba la información que podía causar problemas a Vanguardia si se descubriera? Sin embargo, los de la organización, al menos en cierto momento, parecían decididos a impedir que esa información trascendiera.

No obstante, Vanguardia consideró demasiado peligroso acercarse a Eriko Fukada cuando ésta se convirtió en un foco de atención. Por eso, suponía Ushikawa, le habían encargado a él que contactase con Tengo. Le ordenaron que, de alguna manera, le echase el lazo a aquel corpulento profesor de academia.

Desde su punto de vista, Tengo no era más que un simple actor secundario. A instancias del editor, había hecho más accesible el manuscrito de *La crisálida de aire*. Un trabajo admirable, pero su papel seguía siendo auxiliar. Ushikawa no comprendía por qué Tengo les interesaba tanto. Y él, a su vez, no dejaba de ser un soldado raso. Sólo hacía lo que le mandaban: «¡A sus órdenes, señor!».

Pero Tengo había rechazado la relativamente generosa propuesta que Ushikawa le había hecho, y sus planes con respecto a él se frustraron. Entonces, mientras discurría por dónde seguir, el líder, padre de Eriko Fukada, falleció.

A Ushikawa no le incumbía qué dirección había tomado Vanguardia ni qué pensaba hacer en adelante. Tampoco sabía quién acaparaba el mando de la comunidad ahora que habían perdido a su líder. De momento, le habían dicho que encontrara a Aomame y desentrañara qué trama se escondía detrás del asesinato del líder. Seguramente, en venganza, castigarían a los culpables. Y estaban decididos a no permitir que la justicia interviniese.

¿Qué sucedía con Eriko Fukada? ¿Qué opinaba ahora Vanguardia de *La crisálida de aire*? ¿Seguían considerando la novela una amenaza para ellos?

Eriko Fukada caminaba en línea recta hacia alguna parte sin aflojar el paso ni mirar atrás, igual que una paloma de regreso al nido. Poco después se reveló que esa «alguna parte» era Marusho, un supermercado de tamaño mediano. Fukaeri recorrió los pasillos con una cesta en la mano, seleccionando conservas y alimentos frescos. Para comprar una lechuga la sopesó y la examinó desde diferentes ángulos. «Esto va para largo», pensó Ushikawa. Así que decidió salir

del supermercado, ir a la parada de autobús que estaba al otro lado de la calle y vigilar la entrada del supermercado fingiendo que esperaba el autobús.

Pero, por más que esperó, la chica no salía. Empezó a preocuparse. A lo mejor se había marchado por otra salida. Sin embargo, antes le había parecido que la salida que daba a la calle principal era la única. Tal vez siempre le llevaba su tiempo hacer la compra. Recordó aquella mirada seria y misteriosamente superficial de la chica mientras pensaba con la lechuga en la mano. Por lo tanto, decidió armarse de paciencia y esperar. Tres autobuses vinieron y se fueron, y Ushikawa era el único que no se subía. Se arrepintió de no haber llevado consigo un periódico. El periódico abierto le habría ocultado la cara. En situaciones como ésta, el periódico o la revista se convierten en un artículo imprescindible. Pero ya era tarde para eso. Después de todo, había salido del piso a toda prisa.

Cuando Fukaeri salió por fin del supermercado, su reloj de pulsera marcaba las tres y treinta y cinco. La chica regresó a buen paso por donde había venido, sin dirigir una sola mirada hacia la parada de autobús donde se encontraba Ushikawa. Éste esperó un poco y fue tras ella. Aunque las dos bolsas de la compra parecían pesadas, la chica las llevaba sin esfuerzo y caminaba ágilmente, como un tejedor desplazándose sobre la superficie de una charca.

«¡Qué muchacha tan rara!», volvió a pensar Ushikawa mientras observaba su figura de espaldas. Era como contemplar una mariposa exótica poco común. Se podía ver y admirar, pero si la tocaran, perdería toda su vitalidad y su frescura. Y eso acabaría con su exótico sueño.

Rápidamente, Ushikawa consideró si debía comunicarles o no a los de Vanguardia que había descubierto el paradero de Fukaeri. Fue una decisión ardua. Si les ofreciera a Fukaeri, podría ganar muchos puntos. O, al menos, no le restarían. Podría demostrar a la comunidad que, paso a paso, había realizado con éxito su trabajo. Pero mientras se ocupase de Fukaeri, quizá perdería la oportunidad de encontrar a Aomame, su objetivo original. Y entonces lo echaría todo a perder. ¿Qué podía hacer? Metió las manos en los bolsillos del chaquetón, se embozó la bufanda hasta la punta de la nariz y siguió a Fukaeri guardando más distancia que a la ida.

«Tal vez la he seguido porque, simplemente, *quería observarla*», pensó de pronto. Sólo con verla caminar por la calle con las bolsas de la compra se le oprimía el pecho. Se sentía incapaz de avanzar o retroceder, como alguien a quien han inmovilizado atrapándolo entre dos paredes. Los movimientos de sus pulmones se volvieron irregulares y forzados, y le costó respirar, como si

estuviera en medio de una tibia racha de viento. Era una sensación extraña que nunca había experimentado.

Decidió dejarla a su aire al menos un rato. Se centraría en Aomame, como había planeado inicialmente. Aomame era una asesina. Fueran cuales fuesen sus motivos, merecía ser castigada: a Ushikawa no le apenaría entregarla a Vanguardia. Pero aquella chica era una criatura tierna y taciturna que vivía en el fondo del bosque. Poseía alas de colores claros, como las de la sombra del alma. Se limitaría a contemplarla a distancia.

Después de que Fukaeri desapareciese por el portal del edificio con las bolsas en las manos, Ushikawa esperó un poco y entró. Volvió al piso, se quitó la bufanda y el gorro y se sentó otra vez en el suelo, delante de la cámara. El viento le había dejado la cara helada. Se fumó un cigarrillo y bebió agua mineral. Tenía la garganta sedienta como si hubiera comido algo muy picante.

Luego sobrevino el crepúsculo. Las luces de la calle se encendieron, y se aproximó el momento en que la gente regresaría a casa. Todavía con el chaquetón puesto, Ushikawa sostuvo el control remoto y dirigió su vista al portal. A medida que la memoria del sol de la tarde se apagaba, el piso vacío iba enfriándose, y lo hacía rápidamente. Parecía que haría mucho más frío que la noche anterior. Ushikawa pensó en ir a la tienda de electrodomésticos que había delante de la estación y comprar una estufa o una manta eléctrica.

Cuando Eriko Fukada volvió a salir por el portal, su reloj de pulsera señalaba las cuatro y cuarenta y cinco minutos. Llevaba la misma ropa que antes, es decir, un jersey negro con cuello de cisne y unos vaqueros, a excepción de la cazadora de cuero. El jersey ceñido le marcaba con nitidez los senos. En comparación con el cuerpo, menudo, tenía el pecho grande. Mientras observaba aquella hermosa turgencia a través del visor, Ushikawa volvió a sentir una opresión en el pecho.

Dado que no llevaba nada encima del jersey, parecía que no tenía intención de ir muy lejos. Igual que la otra vez, se detuvo en el portal y, con los ojos entornados, miró hacia el poste eléctrico. Había empezado a oscurecer, pero todavía se podía distinguir el perfil de las cosas. Durante un rato, la chica pareció buscar algo. Sin embargo, no debía de encontrarlo. Después dejó de mirar hacia el poste y, girando sólo el cuello, como un ave, observó a su alrededor. Ushikawa presionó el botón del control remoto y fotografió su cara.

Entonces, como si hubiera oído el ruido, Fukaeri se volvió rápidamente en dirección a la cámara. Y, a través del visor, Ushikawa y Fukaeri se encontraron frente a frente. Naturalmente, Ushikawa podía ver con claridad el rostro de

Fukaeri. Estaba utilizando un teleobjetivo. Pero, al mismo tiempo, Fukaeri observaba fijamente el rostro de Ushikawa desde el lado opuesto de la lente. Su mirada captaba a Ushikawa en el fondo del objetivo. El rostro del hombre se reflejaba en las pupilas suaves y de un negro brillante de la chica. Parecía que hubieran establecido un contacto directo, y era una sensación extraña. Ushikawa tragó saliva. No, no podía ser. Desde su posición ella no podía ver nada. El teleobjetivo estaba camuflado y, con la toalla envuelta, el ruido amortiguado del disparador no podía llegar hasta ella. A pesar de todo, la chica se había quedado quieta mirando hacia donde Ushikawa se ocultaba. Aquella mirada desprovista de emoción se clavaba en Ushikawa. Como el resplandor de una estrella que iluminara un enorme bloque de roca sin nombre.

Durante bastante tiempo —Ushikawa ignoraba cuánto— los dos se miraron. Después, de pronto, la chica se volvió hacia atrás, retorciendo el cuerpo, y rápidamente regresó al portal. Como si hubiera visto todo lo que debía ver. Entonces Ushikawa expulsó el aire de los pulmones, esperó unos segundos y los llenó de aire nuevo. El aire helado se transformó en un sinfín de espinas que se le hincaron en los pulmones.

Los vecinos regresaron a casa y, como la noche anterior, uno a uno desfilaron bajo la luz del portal, pero Ushikawa ya no espiaba a través del visor de la cámara. Sus manos ya no agarraban el control remoto. Era como si la mirada franca y sin reservas de la chica hubiera despojado su cuerpo de todas sus fuerzas y se las hubiera llevado consigo. ¿Qué clase de mirada era aquélla? Esa mirada, como una larga y punzante aguja de acero, le había aguijoneado el corazón, tan hondo que habría podido salirle por la espalda.

La chica lo sabía: sabía que Ushikawa la espiaba. Y también que estaba fotografiándola. Ushikawa ignoraba cómo, pero *lo sabía*. Quizá lo había captado a través de un par de extraños sensores táctiles.

Necesitaba tomarse una copa. De hecho, le hubiera gustado llenarse un vaso de *whisky* hasta arriba y, a palo seco, apurarlo de un trago. Hasta pensó en salir a comprarlo. Había una licorería al final de la calle. Pero al poco renunció a la idea. Beber no iba a cambiar nada. «Me miró desde el otro lado del visor. Yo aquí escondido, robándole fotos a la gente, y esa chica guapa va y ve mi sucia alma y mi cabeza deforme. Haga lo que haga, nada cambiará ese hecho».

Ushikawa se apartó de la cámara y, apoyándose contra la pared, miró hacia el techo oscuro y manchado. Entretanto, tuvo la sensación de que todo aquello carecía de sentido. Nunca le había parecido tan doloroso encontrarse solo. Nunca

se le había antojado tan lóbrega la oscuridad. Recordó la casa en Chūōrinkan, recordó el jardín de césped y el perro, recordó a su mujer y sus dos hijas. Recordó la luz del sol que lo iluminaba todo. Y entonces pensó en sus genes, que sin duda se habían transmitido a su prole. En los genes que portaban los rasgos de cabeza fea y deforme y espíritu retorcido.

Tenía la impresión de que todo el trabajo que había hecho hasta ahora no servía de nada. En esa partida no le había tocado una gran baza. Pero se había esforzado y había logrado aprovechar al máximo aquella pobre mano. Había hecho trabajar a su mente a toda máquina para ganar la partida y llevarse la apuesta. Por un momento, hasta le había parecido que todo marchaba sobre ruedas. Pero ya no le quedaba ni una carta en las manos. Habían apagado la luz de la mesa de juego y todos los jugadores se habían retirado.

Al final, ese anochecer no tomó ni una sola foto. Apoyado contra la pared, con los ojos cerrados, se fumó varios Seven Stars, abrió otra lata de melocotones y se los comió. Cuando el reloj dio las nueve, fue al lavabo y se cepilló los dientes; luego se desnudó, se metió en el saco de dormir y, entre tiritonas, intentó dormir. Era una noche muy fría. Pero no sólo tiritaba por el frío que hacía. El frío parecía provenir de su interior. «¿Adónde demonios me dirijo?», se preguntó Ushikawa en medio de la oscuridad. «¿De dónde vengo?».

Todavía sentía en el pecho el dolor que le había provocado la mirada de la chica. «Quizá ese dolor jamás desaparezca. O quizá llevaba ya mucho tiempo ahí y no me he dado cuenta hasta ahora».

A la mañana siguiente, tras desayunar queso con *crackers* y café soluble, recobró ánimos y se sentó de nuevo frente a la cámara. Igual que la víspera, observó a la gente que salía del edificio y sacó varias fotos. Pero entre ellos no estaba Tengo ni Eriko Fukada. Tan sólo se veían personas encorvadas que pisaban el nuevo día por inercia. Hacía una mañana magnífica, pero ventosa. El viento esparcía el hálito que la gente despedía por la boca.

«Mejor no pensar demasiado», se dijo Ushikawa. «Engrosaré mi piel, endureceré la cáscara de mi corazón e iré acumulando días ordenadamente, uno tras otro. No soy más que una máquina. Una máquina capaz, paciente e insensible. Por un extremo absorbe nuevo tiempo, lo convierte en tiempo viejo y lo expulsa por otro. La única razón de ser de esa máquina es su propia

existencia». Debía retornar a ese ciclo puro e inmaculado: el movimiento perpetuo que algún día tocaría a su fin. Ushikawa reafirmó su voluntad y, blindando su corazón, intentó apartar de su mente la imagen de Fukaeri. El dolor producido por la penetrante mirada de la chica había disminuido hasta convertirse en un malestar pasajero. «Así está bien», pensó Ushikawa. «Puedo darme por satisfecho. Soy un sistema simple hecho de pequeños detalles complejos».

Antes del mediodía, Ushikawa fue a la tienda de electrodomésticos que se hallaba enfrente de la estación y compró una pequeña estufa eléctrica. Luego entró en el restaurante de *soba* de la víspera, abrió un periódico y se tomó unos *soba* con *tempura* calientes. Antes de volver al piso, se detuvo a la entrada del edificio y dirigió la vista hacia lo alto del poste eléctrico que Fukaeri había mirado el día anterior con tanto detenimiento. Pero no detectó nada que llamase su atención. Sólo el transformador y los gruesos cables negros enredados como serpientes en medio del aire. ¿Qué miraría la chica? ¿O qué buscaría?

Entró en el piso y probó a encender la estufa. Al pulsar el botón de encendido, ésta enseguida se iluminó con una luz anaranjada, y Ushikawa notó en su piel aquel calor íntimo. No podía decirse que caldeara lo suficiente, pero había una gran diferencia entre tenerla y no tenerla. Apoyado contra la pared con los brazos cruzados, Ushikawa dormitó en medio de un pequeño charco de luz. Fue una breve siesta sin sueños que evocaba el más puro vacío.

El ruido de unos golpes puso fin a ese sueño profundo y, a su manera, feliz. Alguien llamaba a la puerta del piso. Cuando abrió los ojos y miró a su alrededor, por un momento no supo dónde se hallaba. Luego miró hacia la réflex Minolta instalada sobre el trípode que tenía a su lado y recordó que estaba en un piso en Kōenji. Alguien golpeaba la puerta con el puño. «¿Por qué llaman así?», se preguntó extrañado Ushikawa mientras se sacudía el sueño a marchas forzadas. Junto a la puerta había un timbre. Bastaba con pulsarlo. Sin embargo, alguien se molestaba en llamar a golpes. Y lo hacía con fuerza. Ushikawa miró el reloj de pulsera con el ceño fruncido. La una y cuarenta y cinco. La una y cuarenta y cinco de la tarde, claro. Fuera había luz.

Ushikawa no fue a abrir. No sabía de quién se trataba. Tampoco esperaba a nadie. Quizá fuese un vendedor a domicilio, alguien que quería que se suscribiera a un periódico o algo por el estilo. Puede que quienes estuvieran al otro lado lo necesitaran a él, pero él no los necesitaba a ellos. Apoyado en la

pared, clavó la vista en la puerta y permaneció en silencio. Probablemente, al cabo de un rato el tipo se daría por vencido y acabaría yéndose.

Pero el otro no se rendía. Hacía una pausa y volvía a golpear. Se interrumpía durante diez o quince segundos para después seguir dando golpes. Unos golpes decididos, sin un atisbo de vacilación, que producían un ruido tan regular que resultaba antinatural. Y exigían una respuesta de Ushikawa. Empezó a desasosegarse. Quizás era Eriko Fukada, que venía a quejarse y pedirle explicaciones por haberla fotografiado a escondidas, una acción abyecta. Al pensar en esa posibilidad, se le aceleró el corazón. Se pasó su gruesa lengua por los labios. No. A todas luces, era un hombre adulto el que aporreaba la puerta de acero con sus grandes puños. No eran las manos de una chica.

Cabía la posibilidad de que Eriko Fukada hubiera contado a otra persona lo sucedido y ésta se hubiera presentado allí. Por ejemplo, el encargado de la inmobiliaria o un agente de policía. Si había sido así, el asunto se complicaría. Sin embargo, el de la inmobiliaria debía de tener un duplicado de la llave, y, si fuera un policía, ya se habría identificado. Además, ninguno de ellos habría golpeado en la puerta sin antes probar con el timbre.

—¡Señor Kōzu! —exclamó una voz de hombre—. ¡Señor Kōzu!

Ushikawa recordó que Kōzu era el apellido del anterior inquilino del piso. Ushikawa había decidido que le convenía no tocar la placa del buzón. Aquel hombre creía que el tal Kōzu seguía viviendo allí.

—Señor Kōzu —añadió el hombre—, sé que está usted ahí. No es bueno para la salud estar encerrado todo el día en el piso, como hace usted.

El hombre, que debía de ser de mediana edad, hablaba con voz un poco ronca, sin elevar mucho el volumen. Sin embargo, la voz escondía algo duro. Tenía la dureza de un ladrillo bien cocido y secado a conciencia. Quizá por eso resonaba en todo el edificio.

—Señor Kōzu, soy de la NHK. He venido a cobrarle la cuota mensual de recepción, así que ¿podría abrirme la puerta?

Ushikawa no tenía intención de pagar ninguna cuota de recepción de la NHK. Quizá zanjaría antes todo ese asunto si le enseñaba el piso y le daba alguna explicación. «Mire, ya ve que no hay televisión por ninguna parte». Pero quizá resultaría sospechoso que un hombre de su edad y de su singular aspecto se pasara el día solo en un piso sin amueblar.

—Señor Kōzu, la ley establece que quien tiene televisión debe pagar la cuota. Hay mucha gente que me dice: «Yo no veo la NHK. Por lo tanto no voy a pagar». Pero no cuela. Vea la NHK o no, siempre que tenga televisión, debe pagar.

«Sólo es un cobrador de la NHK», pensó Ushikawa. Le dejaría decir lo que le apeteciera. Si no le hacía caso, acabaría yéndose. Sin embargo, ¿cómo sabía que en el piso había alguien? Desde que había vuelto al piso, hacía una hora, Ushikawa no había salido. Había estado con las cortinas echadas, sin hacer ruido.

—Señor Kōzu, sé perfectamente que está usted ahí —dijo el hombre como si le hubiera leído el pensamiento—. Se preguntará usted cómo lo sé. Sencillamente, lo sé. Está usted ahí, quieto, conteniendo la respiración, porque no quiere pagar la cuota de la NHK. Lo sé.

Los golpes se sucedían con regularidad hasta que, de pronto, se producía una pausa momentánea, como la frase de un instrumento de viento, y luego el hombre seguía golpeando al mismo ritmo.

—De acuerdo, señor Kōzu. Veo que se empeña en fingir que la cosa no va con usted. En fin, ya está bien por hoy. Me retiro. Tengo más cosas que hacer. Pero volveré, no le miento. Si le digo que volveré, es que lo haré sin falta. No soy de esos cobradores del montón, que se rinden a la primera. Yo insisto hasta que cobro lo que hay que cobrar. Tiene usted que pagar. Es un hecho tan incontrovertible como las fases de la Luna o la vida y la muerte. Nadie puede escapar.

Se hizo un largo silencio. De repente, cuando Ushikawa creyó que el cobrador ya se había ido, oyó:

—Nos veremos dentro de poco, señor Kōzu. Recuérdelo. Cuando menos se lo espere, oirá que llaman a su puerta. *Toc*, *toc*. Seré yo.

No hubo más golpes. Ushikawa prestó atención. Le pareció oír el ruido de unos pasos alejándose por el rellano. Entonces, rápidamente se colocó delante de la cámara y, por entre las cortinas, fijó el visor en el portal del edificio. Sin duda, cuando terminara su trabajo dentro del edificio, el cobrador saldría por allí. Quería ver qué pinta tenía. Los cobradores de la NHK se reconocían fácilmente por su uniforme. Aunque tal vez se hacía pasar por cobrador para conseguir que Ushikawa le abriera la puerta. En cualquier caso, sería alguien al que nunca

había visto. Ushikawa posó la mano derecha junto al botón del control remoto y esperó a que alguien de esas características apareciera por el portal.

Sin embargo, treinta minutos después nadie había entrado ni salido. Al cabo de un rato, salió una mujer de mediana edad a la que había visto en repetidas ocasiones; la mujer montó en una bicicleta y se marchó. Ushikawa le llamaba «la Mujer Papuda», por el pellejo que le colgaba en la sotabarba. Pasada apenas media hora, la Mujer Papuda regresó con varias bolsas de la compra en la cesta de la bicicleta. Devolvió ésta al aparcamiento para bicicletas, cargó con las bolsas y entró en el edificio. Después, Ushikawa vio regresar a un colegial. Ushikawa le había puesto el nombre de «Zorro», porque tenía el rabillo de los ojos hacia arriba, como un zorro. Pero no salía nadie con pinta de cobrador. Aquello no tenía pies ni cabeza. El edificio sólo contaba con una salida. Y él no despegaba la vista ni un segundo del portal. Por lo tanto, el cobrador *seguía* dentro.

Ushikawa no se apartó de la cámara. Ni siquiera fue al baño. El sol se puso, cayó la oscuridad y la luz del portal se encendió. Pero el cobrador no salía. Pasadas las seis, Ushikawa se dio por vencido. Entonces fue al baño y meó; llevaba horas aguantándose las ganas.

Sin duda alguna, el hombre todavía estaba en el edificio. No tenía sentido. El extraño cobrador había decidido quedarse allí.

El viento, cada vez más frío, soplaba con un silbido agudo entre los cables eléctricos helados. Ushikawa encendió la estufa y se fumó un cigarrillo. No dejaba de pensar en el enigmático cobrador. ¿Por qué hablaba de esa manera tan provocadora? ¿Cómo podía estar tan seguro de que había alguien dentro del piso? ¿Y por qué no había salido del edificio? Y si era así, ¿dónde estaba en ese momento?

Ushikawa se alejó de la cámara y, apoyado contra la pared, permaneció largo rato mirando fijamente los filamentos anaranjados de la estufa.

17
AOMAME

Sólo tengo un par de ojos

El teléfono sonó un sábado de mucho viento. Eran casi las ocho de la noche. Aomame estaba sentada en la silla del balcón, abrigada con un plumífero y con la manta sobre las rodillas, vigilando por entre el hueco del antepecho el tobogán iluminado por las farolas. Hacía tanto frío que había metido las manos bajo la manta. El tobogán desierto parecía el esqueleto de un animal gigante extinguido durante la era glacial.

Pasar tantas horas sentada a la intemperie en una noche heladora no debía de ser muy bueno para el feto. Pero Aomame pensó que tampoco era para tanto. Aunque la superficie del cuerpo pasase frío, el líquido amniótico se mantenía casi a la misma temperatura que la sangre. En el mundo existían numerosos lugares donde hacía un frío mucho más intenso y las mujeres daban allí a luz sin contratiempos. «Y si debo soportarlo para encontrar a Tengo, lo soportaré».

La gran Luna amarilla y la lunecilla verde flotaban como siempre en el cielo invernal, la una al lado de la otra. Nubes de distintas formas y tamaños cruzaban raudas el cielo. Eran muy blancas y compactas, de siluetas bien definidas, como sólidos bloques de hielo arrastrados hacia el mar por un río de nieve fundida. Mientras contemplaba aquellas nubes que surgían de no sabía dónde para después desaparecer, se sintió transportada a un lugar cercano a los confines del mundo. «He llegado al polo norte de la razón», pensó Aomame. Más allá, sólo se extendía la nada, un caos vacío.

La puerta acristalada estaba cerrada hasta dejar una pequeñísima abertura, de modo que el teléfono apenas se oyó, y Aomame estaba inmersa en sus pensamientos. Pero sus oídos no lo pasaron por alto. Sonó tres veces, se interrumpió y veinte segundos después volvieron a llamar. Tenía que ser Tamaru. Apartó la manta de las rodillas, abrió la puerta acristalada, empañada por el vaho, y entró en la sala. Ésta estaba a oscuras, y la había dejado con la

calefacción puesta a no demasiada temperatura. Descolgó el auricular con las manos heladas.

—¿Estás leyendo a Proust?

—Apenas avanzo —contestó Aomame, y le pareció una especie de contraseña secreta de identificación.

—¿No te gusta?

—No es eso, pero, no sé cómo decirlo, es un mundo tan diferente del mío…

Tamaru esperó a que Aomame siguiera hablando. No tenía prisa.

—Es como si estuviera leyendo un informe detallado sobre un asteroide situado a años luz de *este mundo* en el que vivo. Me imagino cada escena y las entiendo. Además, las describe con mucho detalle y realismo. Pero esas escenas no tienen nada que ver con mi mundo. Están como a miles de kilómetros de distancia. Así que avanzo un poco en la lectura y después necesito volver atrás y releer varias veces cada pasaje.

Aomame enmudeció, como buscando las palabras. Tamaru seguía esperando.

—Eso no quiere decir que me aburra. Tiene una manera bellísima y detallada de escribir y, aunque a mi modo, comprendo esa especie de asteroide solitario, sólo que no avanzo demasiado en la lectura. Como un bote que remontara el río a contracorriente. Remo un rato, luego paro y me pongo a pensar en algo y, para cuando me doy cuenta, el bote ha vuelto al punto de partida —dijo Aomame—. Sin embargo, en este momento, quizás esa forma de leer me convenga más que seguir el argumento y avanzar para saber lo que ocurre. No sé bien cómo explicarlo, pero tengo la sensación de que, cuando intento progresar en la lectura, el tiempo transcurre de forma irregular. Como si no importase que lo de delante esté atrás y lo de atrás, delante. —Trató de explicarse—: Es como si viviera el sueño que está teniendo otra persona. Como si sintiéramos lo mismo al mismo tiempo. Pero esa simultaneidad me desconcierta. Aunque tengamos sensaciones muy parecidas, nos separa una distancia inmensa.

—¿Pretendería Proust crear esas sensaciones?

Aomame lo ignoraba.

—En todo caso —dijo Tamaru—, en el mundo real el tiempo avanza de manera indefectible. No se detiene ni retrocede.

—Sí, en el mundo real el tiempo siempre va hacia delante.

Mientras decía esas palabras, miró hacia la puerta acristalada. ¿Sería cierto? ¿Iría el tiempo siempre hacia delante?

—Hemos cambiado de estación y 1984 se acerca a su fin —dijo Tamaru.

—No creo que pueda terminar *En busca del tiempo perdido* este año.

—No importa —dijo Tamaru—. Tómate el tiempo que quieras. Es una novela escrita hace más de cincuenta años. Digamos que no contiene información de última hora ni noticias candentes.

«Tal vez no», pensó Aomame, «o tal vez sí». Ya no confiaba demasiado en el tiempo.

—Entonces, ¿cómo está *eso que llevas dentro*? —le preguntó Tamaru.

—Muy bien, de momento.

—Me alegro —dijo Tamaru—. Por cierto, ¿te acuerdas de aquel retaco calvo que merodeaba alrededor de la mansión?

—Sí. ¿Ha vuelto?

—No. Estuvo rondando la zona un par de días y luego desapareció. Pero resulta que el tipo se pasó por las inmobiliarias del barrio fingiendo buscar algo de alquiler y preguntó por la casa de acogida. Tiene un aspecto peculiar. Encima, viste ropa muy llamativa. Todos los que hablaron con él lo recordaban perfectamente. No fue difícil seguirle el rastro.

—No está hecho para investigar ni espiar.

—Exacto. Su pinta no es la más apropiada para esa clase de trabajos. Tiene un cabezón como el de un *fukusuke*[36]. Se le ve bastante capaz. Se desplaza en persona y consigue averiguar lo que desea. Sabe adonde ir y qué preguntar. Además, parece bastante espabilado. Se desenvuelve bien y no hace un solo movimiento superfluo.

—Y, como dices, ha conseguido información sobre la casa de acogida.

—Sabe que es un refugio para mujeres maltratadas y que *Madame* lo cedió de manera gratuita. Seguramente, también se habrá enterado de que *Madame* es socia del club de deportes en el que trabajabas y que tú acudías a la mansión como entrenadora personal. Ésa es al menos la información que yo, si estuviera en su lugar, habría recabado.

—¿Es un tipo tan eficaz como tú?

—Mientras no se escatimen esfuerzos, se conozcan trucos para sonsacar información y se piense con lógica, cualquiera puede averiguar lo mismo que él.

—No habrá muchas personas que reúnan esas condiciones.

—Las hay. Son lo que suele llamarse profesionales.

Aomame se sentó y se tocó la punta de la nariz. Todavía estaba fría.

—¿Y no ha vuelto a aparecer por los alrededores de la mansión? —preguntó.

—Debe de ser consciente de que llama demasiado la atención, y ha visto las cámaras de vigilancia. Así que ha reunido toda la información que ha podido y se ha ido.

—O sea, que ya sabe que existe un vínculo entre *Madame* y yo. Que ese vínculo es más fuerte que el que se da entre una entrenadora de un gimnasio y una clienta rica. Que la casa de acogida pinta algo en todo esto. Y que tuvimos entre manos algún proyecto.

—Es probable —dijo Tamaru—. Por lo visto, está acercándose al meollo del asunto. Paso a paso.

—Por lo que dices, más que trabajar para una gran organización, parece que actúa en solitario.

—Sí, yo opino lo mismo. Una gran organización nunca utilizaría a un hombre con un aspecto tan llamativo para ese trabajo, salvo que la mueva algún propósito que se me escapa.

—Entonces, ¿por qué y para quién investiga?

—Vete a saber… —dijo Tamaru—. Lo único cierto es que es hábil y peligroso. Lo demás son sólo suposiciones. Sin embargo, personalmente, sospecho que Vanguardia está implicada de algún modo.

Aomame reflexionó sobre esa sospecha.

—Y el hombre se ha marchado.

—Sí. No sé adonde. Pero sería lógico pensar que se dirige o tiene como objetivo el lugar donde te escondes.

—Tú me dijiste que era casi imposible localizar este apartamento.

—Y es verdad. Por más que investigase sobre *Madame* y la mansión, nunca lo averiguaría, al menos a corto plazo. Se han eliminado todas las conexiones. Pero, a largo plazo, aparecerán grietas en la seguridad y el hombre acabará abriéndose camino por donde menos te lo esperes. Por ejemplo, si salieras a la calle y, por casualidad, te pillase.

—Yo no salgo a la calle —negó categórica Aomame. Pero eso no era cierto. Había salido ya dos veces del piso. La primera, cuando fue corriendo al parque infantil tras ver a Tengo. La segunda, cuando acudió en taxi hasta el área de emergencia de la metropolitana, cerca de Sangenjaya, buscando una salida. Pero no podía confesárselo a Tamaru—. Así pues, ¿cómo podría localizar el apartamento?

—Yo, en su lugar, habría intentado averiguarlo todo sobre ti. Quién eres, de dónde vienes, qué has hecho hasta ahora, en qué y cómo piensas, qué deseas, qué

no deseas… Reuniría toda la información que pudiese, la extendería sobre la mesa y la estudiaría a fondo.

—Dejarme en pelotas, vaya.

—Eso es. Dejarte en pelotas y exponerte a una luz fría y brillante. Examinarte de cabo a rabo con unas pinzas y una lupa y dilucidar cómo piensas y actúas.

—No lo entiendo. ¿Analizando eso puede averiguar dónde estoy?

—No lo sé —respondió Tamaru—, depende. Pero eso es lo que *yo* haría. Todos seguimos una pauta a la hora de pensar y actuar. Y cuando hay pautas y rutinas, hay puntos débiles.

—Parece una investigación científica.

—Sin pautas no podríamos vivir. Es como el tema que estructura una pieza musical. Pero las pautas también encauzan nuestros pensamientos y conductas, y limitan nuestra libertad. Modifican nuestras prioridades y nuestra lógica. Por ejemplo, tú, pese a la situación en que te encuentras, me dices que no quieres moverte del sitio en que estás. Te niegas a mudarte a un lugar más seguro, al menos hasta que acabe el año. La razón es que buscas *algo*. Hasta que no lo encuentres, no te irás. O no querrás irte.

Aomame se quedó callada.

—No sé qué buscas y hasta qué punto eso es importante para ti. Tampoco voy a preguntártelo. Pero, desde mi punto de vista, *eso* que buscas es ahora tu punto débil.

—Tal vez —reconoció Aomame.

—El cabezón apuntará implacablemente hacia ahí, hacia ese factor personal que te tiene sujeta. Creerá que es la puerta de entrada. Si es tan bueno como creo, con los datos de que dispone, llegará a esa conclusión.

—No lo creo —dijo Aomame—. No existe ningún hilo que me una a *eso*. Sólo en mi mente y en mi corazón.

—¿Estás completamente segura de eso?

Aomame reflexionó.

—No estoy segura al cien por cien, pero sí, quizás, en un noventa y ocho por ciento.

—Entonces deberías preocuparte seriamente por ese dos por ciento. Como te he dicho, he comprobado que es un profesional. Bueno y paciente.

Aomame guardó silencio.

—Un profesional es como un perro de caza. Detecta olores y oye sonidos

que una persona normal y corriente no percibe. Si se condujera del mismo modo que el común de las gentes, no sería un profesional. Y si lo hiciese, no sobreviviría mucho tiempo. Por eso debes tener cuidado. Eres una chica prudente, lo sé. Pero a partir de ahora debes estar alerta y ser más cauta que nunca. Lo más importante no se decide con porcentajes.

—Quiero preguntarte una cosa —dijo Aomame.

—Adelante.

—Si volviera a aparecer el cabezón, ¿qué harías?

Tamaru se quedó callado. Sin duda no se esperaba esa pregunta.

—Quizá nada —contestó al fin—. No veo qué daño podría hacer si aparece por aquí.

—Pero ¿y si empezase a hacer algo molesto?

—¿El qué, por ejemplo?

—No sé. Cualquier cosa que te fastidiase.

Tamaru hizo un ruidillo que surgía del fondo de su garganta.

—Entonces le enviaría un mensaje.

—¿Un mensaje entre profesionales?

—Algo así —dijo Tamaru—. Pero antes averiguaría si trabaja para alguien. Porque si tuviera apoyos, el asunto cambiaría y tendría que analizar los peligros a los que me expongo. Sólo actuaría una vez comprobado eso.

—O sea, que comprobarías la profundidad de la piscina antes de lanzarte al agua.

—Podría decirse así.

—Pero tú crees que actúa en solitario. Que nadie lo respalda.

—Sí, pero no hay que fiarse; a veces el olfato me falla. Y, por desgracia, no tengo otro par de ojos en el cogote —dijo Tamaru—. En cualquier caso, sé prudente y mantén los ojos bien abiertos. Vigila que no haya nadie sospechoso, que no se produzca ningún cambio a tu alrededor y que no ocurra nada inusual. Si detectas cualquier cambio, por pequeño que sea, avísame.

—De acuerdo, tendré cuidado —dijo Aomame, y pensó: «Claro que iré con cuidado. He de encontrar a Tengo y prestaré mucha atención. Con todo, igual que Tamaru, sólo tengo un par de ojos».

—En fin, eso era todo lo que tenía que decirte.

—¿Qué tal está *Madame*? —preguntó Aomame.

—Bien —dijo Tamaru. Y añadió—: Quizás un poco callada.

—Nunca ha sido muy habladora.

Tamaru emitió un pequeño gruñido desde el fondo de la garganta. Parecía que en el fondo de la garganta poseyera un órgano para expresar emociones especiales.

—Más callada de lo habitual, quiero decir.

Aomame se la imaginó sentada sola en una silla de lona, en el invernadero, observando incansable las mariposas que revoloteaban en silencio. A sus pies, una gran regadera. Aomame conocía cuan silenciosamente respiraba la anciana.

—El martes te enviaré con las provisiones una caja de magdalenas —dijo Tamaru cuando la conversación se acercaba a su fin—. Puede que influya positivamente en el transcurso del tiempo.

—Gracias —dijo ella.

Aomame fue a la cocina para prepararse un chocolate caliente. Necesitaba entrar en calor antes de volver al balcón a montar guardia. Hirvió leche en una cacerola y derritió el cacao en polvo. Luego lo sirvió en una taza grande y lo cubrió de nata montada. Se sentó a la mesa y bebió a pequeños sorbos mientras recordaba su conversación con Tamaru. «Un cabezón deforme me está desnudando bajo una luz fría y resplandeciente. Es un profesional competente y peligroso».

Se abrochó bien el plumífero, se puso una bufanda en torno al cuello y regresó al balcón con la taza de chocolate a medio beber. Se sentó en la silla de jardín y se cubrió las rodillas con la manta. El tobogán seguía desierto. Sólo vio a un niño que, en ese preciso instante, se marchaba del parque. Era extraño que a esas horas hubiera un niño, y solo, en el parque. Era rechoncho y llevaba un gorro de punto. Pero Aomame lo veía desde muy arriba, por un pequeño resquicio, y el niño pasó rápidamente ante sus ojos para desaparecer enseguida entre las sombras. Para ser un niño, tenía la cabeza demasiado grande, aunque quizá sólo había sido una impresión suya.

En todo caso, no era Tengo, por lo que no le dio mayor importancia. Volvió a fijar la vista en el tobogán y, después, en la masa de nubes que, sin interrupción, atravesaba el cielo. Bebía chocolate y se calentaba las palmas de las manos con la taza.

Lo que Aomame había visto por un instante no era un niño, por supuesto,

sino al propio Ushikawa. Si el parque hubiera estado mejor iluminado o si hubiera podido fijarse en él unos segundos más, se habría dado cuenta de que aquella abultada cabeza no era la de niño. Y se habría percatado de que aquel canijo cabezudo era el individuo del que Tamaru le había hablado. Pero Aomame sólo lo había visto durante unos instantes, y el ángulo de visión no había ayudado. Al mismo tiempo, por fortuna, y por los mismos motivos, Ushikawa tampoco había descubierto a Aomame.

En este punto, es inevitable plantearse los diversos «si». *Si* la conversación con Tamaru hubiera terminado un poco antes, *si* Aomame no se hubiera preparado el chocolate, seguramente habría visto a Tengo mirando al cielo desde lo alto del tobogán. Entonces habría salido corriendo del piso y, al cabo de veinte años, se habrían reencontrado.

Pero, en ese caso, Ushikawa, que seguía a Tengo, se habría dado cuenta al instante de que aquélla era Aomame, habría descubierto dónde se hallaba ésta y habría avisado de inmediato a los dos tipos de Vanguardia.

Por eso mismo nadie puede juzgar si fue una desgracia o una suerte que Aomame no viese a Tengo. El caso es que, como la última vez, Tengo se subió al tobogán y, durante un buen rato, contempló las dos lunas, la grande y la pequeña, y las nubes que avanzaban por el cielo. Ushikawa lo espiaba desde las sombras a cierta distancia. Entretanto, Aomame se fue del balcón, habló con Tamaru por teléfono y luego se preparó chocolate. Su ausencia duró unos veinticinco minutos. En cierto sentido, veinticinco minutos decisivos. Cuando Aomame regresó al balcón con la taza de chocolate, Tengo ya se había marchado. Ushikawa no lo siguió de inmediato. Se quedó en el parque, pues había algo que quería comprobar. Al terminar, Ushikawa se marchó a toda prisa. Aomame presenció esos últimos segundos desde el balcón.

Las nubes seguían deslizándose por el cielo a gran velocidad. Sin duda se dirigían hacia el sur, pasarían sobre la bahía de Tokio e irían a parar al inmenso océano Pacífico. Después, no se sabe qué destino los esperaba. Del mismo modo que nadie sabe lo que ocurre con el alma tras la muerte.

En cualquier caso, el círculo se estrechaba. Pero ni Aomame ni Tengo sabían que ese círculo se cerraba en torno a ellos y a pasos agigantados. Ushikawa percibía en cierto modo el movimiento. Él mismo estaba actuando para que el círculo se estrechase. Pero le faltaba una imagen de conjunto de lo que ocurría. Desconocía lo esencial: que apenas lo separaban de Aomame unas decenas de metros. Y, cosa rara tratándose de Ushikawa, cuando se marchó del parque se

sentía incomprensiblemente confuso e incapaz de poner orden en sus pensamientos.

A las diez, el frío se hizo aún más intenso. Aomame, resignada, se levantó y entró en el cálido piso. Se desnudó y se dio un baño bien caliente. En el agua, mientras iba desprendiéndose del frío que había calado su cuerpo, se puso las manos sobre el abdomen. Sentía una ligera hinchazón. Cerró los ojos e intentó percibir alguna señal de *la cosa pequeñita* que estaba allí dentro. No disponía de mucho tiempo. Pasara lo que pasase, tenía que hacerle saber a Tengo que estaba embarazada de una criatura suya. Que lucharía desesperadamente por protegerla.

Se puso el pijama, se metió en la cama y, a oscuras, se adormeció. Poco antes de entrar en la fase de sueño profundo, soñó con la mujer de Azabu. Aomame estaba en el invernadero de la Villa de los Sauces y admiraba las mariposas junto a la anciana. El invernadero era cálido y sombrío como un útero. También estaba allí la cauchera que había dejado en el viejo piso. Bien cuidada, el verdor recuperado, tan llena de vida que apenas la reconocía. Una gran mariposa de un país del sur que nunca había visto se había posado sobre una de sus carnosas hojas. Parecía dormir apaciblemente, con sus grandes y coloridas alas plegadas. Aomame se alegró.

En el sueño, el vientre de Aomame estaba muy abultado. Parecía que se acercaba el día del parto. Podía oír los latidos de *la cosa pequeñita*. Sus propios latidos y los latidos de *la cosa pequeñita* se mezclaban, produciendo un agradable polirritmo.

La anciana estaba sentada al lado de Aomame, respirando silenciosamente, la espalda erguida y los labios cerrados, como de costumbre.

Para no despertar a las mariposas dormidas. Parecía absorta, como si ni siquiera se diese cuenta de que Aomame estaba a su lado. Aomame sabía que la señora la protegía. Aun así, le invadía la inquietud. Las manos de la anciana, colocadas sobre sus rodillas, eran pequeñas y frágiles. Las de Aomame rebuscaban la pistola inconscientemente, pero no la encontraban.

Pese a que se hallaba sumida en las profundidades de ese sueño, Aomame sabía que aquello no era más que un sueño. De vez en cuando, tenía sueños así. Se encontraba en una realidad vivida, muy nítida, pero sabía que no era real. Eran escenas de otro pequeño asteroide descrito con todo lujo de detalles.

Entonces, alguien abría la puerta del invernadero. Entraba un viento frío y

funesto. La gran mariposa se despertaba, desplegaba sus alas y se alejaba volando delicadamente de la cauchera. ¿Quién sería? Aomame volvía la cabeza en dirección a la puerta. Pero, antes de ver quién era, el sueño se terminaba.

Aomame se despertó sudando. La cubría un sudor frío, desagradable. Se quitó el pijama, se secó con una toalla y se puso una camiseta limpia. Durante un rato permaneció despierta, tumbada sobre la cama. Tenía la impresión de que estaba a punto de ocurrir algo malo. Quizás alguien quería quitarle *aquella cosa pequeñita*. A lo mejor estaba muy cerca de allí. Debía encontrar a Tengo cuanto antes. Pero sólo podía seguir vigilando el parque infantil, como había hecho hasta entonces. Ser paciente y prudente y permanecer con los ojos abiertos, atenta al mundo. A una parcela bien delimitada del mundo. A lo alto de aquel tobogán. Sin embargo, es muy fácil que a cualquiera se le pasen cosas por alto. Porque únicamente posee un par de ojos.

Aomame quería llorar, pero las lágrimas no le salían. Echada, se llevó las manos al vientre y esperó en silencio a que la venciese el sueño.

18
TENGO

Donde, cuando te pinchas con una aguja, brota sangre roja

—Durante los tres días siguientes no ocurrió nada —dijo Komatsu—. Yo comía lo que me daban, dormía en aquella cama estrecha, me despertaba y utilizaba un pequeño retrete instalado en un rincón de la habitación. El retrete, protegido por una mampara, tenía una puerta pero sin pestillo. Aunque por aquel entonces todavía duraban los últimos calores del verano, los conductos de ventilación debían de estar conectados a un aparato de aire acondicionado, porque no notaba ningún calor.

Tengo escuchaba el relato de Komatsu sin decir ni una palabra.

—Me traían de comer tres veces al día. No sé exactamente a qué horas. Como me habían quitado el reloj y en el cuarto no había ventanas, no distinguía el día de la noche. Aunque prestaba atención, no se oía nada. Supongo que los ruidos que yo hacía tampoco se oían en el exterior. No tenía ni idea de adonde me habían llevado. Sólo tenía una vaga sensación de que sería un lugar retirado. El caso es que durante tres días no ocurrió nada. Ni siquiera estoy seguro de que fuesen tres días. Ellos me trajeron en total nueve raciones de comida y yo me las comía cuando me las traían. La luz de la habitación se apagó tres veces y tres veces dormí. Aunque me cuesta dormir, no sé por qué pero, mientras me tuvieron secuestrado, dormí profundamente. Un poco raro eso de dormir, ¿no? Pero, bueno, ¿sigues el hilo?

Tengo asintió con la cabeza.

—Durante esos tres días yo no dije ni una palabra. El que me traía la comida era un chico delgado. Llevaba una gorra de béisbol y una mascarilla blanca que le tapaba la boca. Vestía una especie de chándal y calzaba unas zapatillas de deporte sucias. Traía la comida en una bandeja y, cuando yo terminaba de comer, entraba a recogerla. Los platos eran de papel; y los cuchillos, tenedores y

cucharas, de plástico barato. Me servían comida precocinada que, la verdad, muy buena no estaba, pero tampoco tan mala como para no poder tragármela. Me ponían poca cantidad. Como tenía hambre, no dejaba ni una miga. Eso también es extraño. No suelo tener apetito y, de vez en cuando, incluso me olvido de comer. De beber me daban leche y agua mineral. Nada de café o té. Ni un *single malt* ni una cerveza. No podía fumar. Pero, bueno, ¡qué se le iba a hacer! Tampoco estaba de vacaciones en un complejo hotelero. —De pronto, como si se hubiera acordado de que podía fumar, Komatsu sacó su cajetilla roja de Marlboro, se llevó un cigarrillo a la boca y lo encendió con una cerilla, dio una profunda calada, expulsó el humo y frunció el ceño—. El tipo que me traía de comer no abría la boca. Seguramente le habían prohibido hablarme. Estaba claro que era un subalterno, un mandado. Pero debía de dominar algún tipo de arte marcial, porque estaba siempre en guardia.

—¿Usted tampoco le preguntó nada?

—No, sabía que no me contestaría. Decidí quedarme callado. Comía lo que me traía, me bebía la leche, cuando apagaban la luz dormía y cuando la encendían me despertaba. Entonces el chico venía con una maquinilla eléctrica y un cepillo de dientes, y yo me afeitaba y me lavaba los dientes. Cuando terminaba, él se lo llevaba todo. En la habitación sólo había papel higiénico. No me dejaron darme una ducha ni cambiarme de ropa, aunque tampoco me apetecía. En el cuarto no había espejos, pero a mí no me importaba. Lo peor fue el aburrimiento. Desde que me despertaba hasta que me dormía, me pasaba todo el tiempo solo, sin chistar la boca, en una habitación cuadrada y totalmente blanca, como un cubo, así que era normal que me aburriese. Y es que yo necesito leer. Si no tengo al lado cualquier cosa impresa, aunque sea el menú del servicio de habitaciones, no estoy tranquilo. Pero allí no había libros, periódicos ni revistas. No había televisor, radio ni juegos. Nadie con quien hablar. Lo único que podía hacer era sentarme en la cama y mirar el suelo, las paredes, el techo. Era una situación absurda. Porque, vamos a ver, yo voy caminando por la calle, unos tipos salidos de la nada me atrapan, me duermen con cloroformo o algo así, me llevan a alguna parte y me encierran en un cuarto rarísimo sin ventanas. Y, encima, el aburrimiento me volvía loco. —Komatsu observó pensativo el cigarrillo que humeaba entre sus dedos y sacudió las cenizas en el cenicero—. Quizá me dejaron tres días solo en aquel zulo para ponerme de los nervios… Estaba bien planeado. Sabían cómo ponerle a uno nervioso y desarmarlo. Al cuarto día, es decir, después del cuarto desayuno, entraron dos hombres. Yo

supuse que eran los dos que me habían secuestrado. Me habían atacado de repente y yo no sabía bien qué estaba ocurriendo, por lo que no les había visto bien el rostro. Pero, al entrar aquellos dos, me acordé poco a poco de lo sucedido. Me habían arrastrado al interior del coche, me retorcieron los brazos con tal fuerza que pensé que me los arrancarían y me pusieron en la boca un paño empapado en alguna sustancia. No habían dicho ni mu y todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos. —Al recordarlo, Komatsu torció ligeramente el gesto—. Uno no era muy alto, pero sí fornido, y llevaba la cabeza rapada al cero. Era de piel muy morena y tenía los pómulos salientes. El otro era alto, de extremidades largas y mejillas hundidas, y llevaba el pelo recogido en una coleta. Vistos el uno al lado del otro, parecían un dúo de humoristas. El larguirucho y el achaparrado con perilla. Pero enseguida me parecieron tipos peligrosos. Si era necesario, no les temblaría la mano. Sin embargo, no alardeaban y se mostraban serenos. Por eso no pasé demasiado miedo. Sus ojos producían una impresión terriblemente fría. Los dos vestían pantalones negros de algodón y camisa de manga corta blanca. Debían de tener entre veinticinco y treinta años; el rapado parecía un poco mayor. Ninguno de los dos llevaba reloj.

Tengo aguardó en silencio la continuación.

—El rapado se dirigió a mí. El delgado de la coleta se plantó delante de la puerta, con la espalda recta, sin decir nada, muy quieto. Parecía prestar atención a la conversación entre el rapado y yo, pero a lo mejor no era así. El rapado se sentó en una silla plegable de metal que había traído consigo y me habló. Como no había más sillas, yo me senté en la cama. Era un tipo inexpresivo. Abría la boca para hablar, pero, por increíble que parezca, el resto de la cara no se movía ni un ápice. Igual que el muñeco de un ventrílocuo.

El rapado preguntó a Komatsu: «¿Tiene alguna idea de por qué le hemos traído aquí, de quiénes somos?». Komatsu le contestó que no. El rapado se quedó observándolo a la cara un rato con una mirada carente de profundidad. Luego le dijo: «Pero si le pidiera que hiciera alguna suposición, ¿qué me diría?». Su manera de hablar era respetuosa y educada, pero también imperiosa, y el timbre de su voz, duro y frío, como una regla de metal dejada largo tiempo en una nevera.

Tras titubear unos segundos, Komatsu dijo con franqueza que, si tuviera que suponer algo, diría que aquello tenía que ver con *La crisálida de aire*. No se le

ocurrían otras posibilidades.

—En ese caso, ustedes serían miembros de Vanguardia y este sitio podría estar dentro del recinto de la comunidad. Aunque no deja de ser una hipótesis.

El rapado no confirmó ni negó lo que Komatsu había dicho. Se quedó mirándolo sin decir nada. Komatsu también guardó silencio.

—Charlemos, pues, basándonos en esa hipótesis —soltó con tranquilidad el rapado—. Lo que hablemos a partir de ahora siempre será *en el supuesto de que* lo que usted ha dicho sea verdad. ¿Le parece bien?

—Muy bien, sí —contestó Komatsu. Así pues, conversarían con eufemismos y dando rodeos. No era una mala señal. Si no pensaran dejarlo marchar, no sería necesario tomarse tantas molestias.

—Usted trabaja en una editorial y se ha encargado de la edición de la novela *La crisálida de aire*, de Eriko Fukada, ¿no es cierto?

Komatsu reconoció que así era. Todo el mundo lo sabía.

—Por lo que sabemos, para que *La crisálida de aire* ganase ese premio de escritores noveles de la revista literaria, se cometió cierta irregularidad. Antes de pasarle el manuscrito al jurado, una tercera persona corrigió considerablemente la obra bajo sus directrices. La obra fue galardonada, se publicó y se convirtió en un éxito de ventas, ¿me equivoco?

—Depende de cómo se vea —dijo Komatsu—. No es raro que los manuscritos se corrijan con el asesoramiento de un editor y…

El rapado alzó la palma de la mano para interrumpir a Komatsu.

—Que un autor retoque su propia obra siguiendo los consejos del editor no es una irregularidad, tiene razón. Pero que, para ganar un premio, una tercera persona se inmiscuya y corrija el texto, eso es, piense lo que piense, totalmente amoral. Encima, se reparten los derechos de autor del libro después de crear una empresa fantasma. Al margen de si eso sería o no ilegal, desde un punto de vista moral es una conducta reprensible. No tiene justificación. Si la prensa se enterase, montaría un escándalo y su editorial se vería desprestigiada. Señor Komatsu, debería tenerlo muy claro. Nosotros sabemos hasta el último detalle y podríamos revelarlo todo aportando pruebas fehacientes. Por eso le recomiendo que deje de utilizar subterfugios. Con nosotros no funcionan. Es una pérdida de tiempo para todos.

Komatsu asintió en silencio.

—Si eso ocurriera, tendría usted que dejar la empresa y, además, en el mundillo editorial lo pondrían en la lista negra. No tendría usted dónde trabajar,

al menos de forma lícita.

—Imagino que no —admitió Komatsu.

—Pero, en este momento, pocos están al corriente de eso. Usted, Eriko Fukada, el señor Ebisuno y Tengo Kawana, el encargado de la corrección. Y unas pocas personas más.

Komatsu midió sus palabras:

—Según mi hipótesis, esas «pocas personas más» serían miembros de Vanguardia, ¿no?

El rapado asintió brevemente y contestó:

—Según su hipótesis, sí. Sea cual sea la verdad. —Hizo una pausa y esperó a que Komatsu asimilara lo que acababa de decirle—. Y si esa hipótesis fuese cierta, *ellos* podrían encargarse de usted de algún modo. Podrían retenerlo en este cuarto hasta que les apeteciera. No les costaría demasiado trabajo. Pero si quisieran ahorrar tiempo, tendrían otras muchas opciones, algunas no muy agradables para ninguna de las dos partes. En todo caso, disponen de suficiente poder y recursos. Supongo que ya se habrá dado cuenta.

—Creo que sí —contestó Komatsu.

—Bien.

Dicho esto, el rapado levantó una mano y el de la coleta salió de la habitación. Poco después regresó con un teléfono. Conectó el cable a una toma en la pared y tendió el auricular a Komatsu. El rapado le dijo que llamase a la editorial.

—Parece que ha pillado usted un buen resfriado, lleva varios días en cama con bastante fiebre. No cree que pueda acudir a trabajar durante unos días. Dígales sólo eso y cuelgue, si hace el favor.

Komatsu llamó, pidió por un compañero, le comunicó escuetamente lo que le habían indicado y colgó sin responder a ninguna pregunta. Obedeciendo a un gesto que el rapado hizo con la cabeza, el de la coleta desconectó el cable, cogió el teléfono y salió del cuarto. El rapado se quedó un rato contemplando el dorso de sus manos, como examinándolo. Luego se dirigió a Komatsu. En su tono de voz se percibía algo parecido a la amabilidad.

—Por hoy hemos terminado. Ya seguiremos otro día. Entretanto, piense usted bien en lo que hemos hablado hoy.

Y el rapado se marchó. Los diez días siguientes, Komatsu los pasó en silencio dentro de aquel zulo. Tres veces al día, el joven de la mascarilla le llevaba la comida, tan insulsa como de costumbre. A partir del cuarto día, le

ofrecieron unas prendas de algodón que parecían un pijama para que se cambiase, pero nunca le dejaron darse una ducha. Sólo podía lavarse la cara en el pequeño lavabo instalado sobre el retrete. Y se intensificó la sensación de que el tiempo no transcurría.

Komatsu suponía que estaba en las instalaciones que la comunidad tenía en la prefectura de Yamanashi. Las había visto en las noticias. Una especie de jurisdicción extraterritorial rodeada por una alta verja en medio de las montañas. Era imposible escapar o pedir auxilio. Si lo matasen (ése era probablemente el significado de «opción no muy agradable para ninguna de las dos partes»), nunca encontrarían su cadáver. Era la primera vez en su vida que sentía la muerte tan real y próxima.

Por fin, a los diez días de su llamada obligada a la empresa (creía que habían pasado diez días, aunque no estaba seguro), los dos hombres volvieron. El rapado parecía mucho más delgado que la última vez y, tal vez por ello, los pómulos se le marcaban sobremanera. Sus ojos, gélidos, estaban inyectados en sangre. Igual que la otra vez, se sentó en una silla plegable que llevaba consigo, frente a Komatsu, con la mesita de por medio. Pasó largo rato sin abrir la boca. Simplemente, sus ojos enrojecidos observaban a Komatsu.

El aspecto del de la coleta no había cambiado. Se quedó de pie delante de la puerta, bien erguido, como la última vez, con los ojos clavados en un punto indefinido y una mirada inexpresiva. Los dos, cómo no, vestían pantalón negro y camisa blanca. Debía de ser una especie de uniforme.

—Prosigamos con la conversación del otro día —dijo al fin el rapado—. Decíamos que teníamos que ocuparnos de usted de algún modo, ¿se acuerda?

—Entre las opciones —dijo Komatsu después de asentir—, hay algunas no muy agradables para ninguna de las dos partes.

—¡Qué buena memoria! —se admiró el rapado—. Exacto. Por el horizonte asoman perspectivas desagradables.

Komatsu se quedó callado.

—Y recuerde que seguimos en el terreno de las hipótesis —añadió el rapado —. En realidad, si por *ellos* fuera, preferirían no tener que tomar medidas tan drásticas. Si desapareciera usted de repente, podrían surgir nuevos problemas. Igual que cuando desapareció Eriko Fukada. Quizá no demasiada gente lo echaría en falta, pero parece que es usted un editor reconocido y respetado en el mundo editorial. Además, si su exmujer, de la que se ha divorciado, viera que se

atrasa en el pago de la asignación mensual, seguro que tendría algo que decir, ¿o no? A *ellos* no les convendría que eso ocurriera.

Komatsu soltó un carraspeo seco y tragó saliva.

—Por otra parte, no tienen nada contra usted, ni pretenden darle un escarmiento. Saben que al publicar *La crisálida de aire* no tenía intención de atacar a ninguna comunidad religiosa. Al principio, incluso ignoraba la relación entre *La crisálida de aire* y esa comunidad. Usted discurrió el fraude para divertirse y llevado por la ambición. Y ganó una buena suma de dinero. Porque, para alguien como usted, tener que pagar la pensión compensatoria a su exmujer y la pensión alimenticia a su hijo es duro, ¿no está de acuerdo? Y usted involucró a ese profesor de academia aspirante a escritor llamado Tengo Kawana, que no sabía nada de lo que se cocía. El plan era ingenioso, pero se equivocó en la obra y la compañía elegida. Y, al final, el asunto se complicó más de lo previsto. Son ustedes como civiles que llegan por error hasta el frente y se internan en un campo minado. No pueden avanzar ni retroceder. ¿No es así, señor Komatsu?

—¿Será así? —contestó Komatsu de manera ambigua.

—Me da la impresión de que todavía ignora usted muchas cosas. —El rapado entornó ligeramente los ojos sin apartarlos del editor—. Si las supiera, señor Komatsu, no hablaría de ese modo, como si la cosa no fuera con usted. Dejémoslo claro: está usted realmente en un campo minado.

Komatsu asintió en silencio.

El rapado cerró los ojos y, después de unos diez segundos, volvió a abrirlos.

—Hallarse en esta situación le resultará a usted un engorro, pero a *ellos* también les supone un problema serio.

Komatsu se decidió a hablar.

—¿Le importa que le haga una pregunta?

—Si puedo responderla…

—La publicación de *La crisálida de aire* ha perjudicado en cierta medida a esa comunidad religiosa, ¿verdad?

—«En cierta medida», no —dijo el rapado torciendo el gesto—. La voz ha dejado de hablarles. ¿Sabe usted lo que eso significa?

—No, no lo sé —respondió Komatsu con voz seca.

—Está bien. Yo no puedo darle explicaciones que, por otra parte, es mejor que usted no sepa. Por el momento, le diré que *la voz ha dejado de hablarles*. —El rapado hizo una breve pausa—. Y ese hecho desafortunado es producto de que la novela *La crisálida de aire* se haya impreso, publicado y difundido.

Komatsu hizo otra pregunta:

—¿Preveían Eriko Fukada y el profesor Ebisuno que, al publicarla, *La crisálida de aire* provocaría ese «hecho desafortunado»?

El rapado sacudió la cabeza.

—No, no creo que el profesor Ebisuno lo supiera. Con respecto a Eriko Fukada, no está tan claro. Suponemos que no pretendía perjudicar a la comunidad. Si alguien lo pretendió, no fue ella.

—La gente considera *La crisálida de aire* una simple novela del género fantástico —dijo Komatsu—, una inofensiva fábula escrita por una imaginativa estudiante de instituto. De hecho, muchos la han criticado por su inverosimilitud. A ningún lector se le ocurriría pensar que sus páginas ocultan un gran secreto o información peligrosa.

—Tiene razón —convino el rapado—. No creo que ningún lector haya percibido nada. Pero ése no es el problema. Ese secreto no puede divulgarse, de ningún modo y bajo ningún concepto.

El de la coleta seguía de pie, delante de la puerta. Observaba fijamente la pared de enfrente, como admirando un paisaje que sólo él podía ver.

—Lo que *ellos* desean es recuperar la voz —dijo el rapado escogiendo las palabras—. La vena de agua no se ha secado. Sólo se esconde en las profundidades, lejos de la vista de todos. Es extremadamente difícil lograr que resurja, pero no imposible.

El rapado escrutó los ojos de Komatsu. Parecía medir la profundidad de algo que había allí oculto. Como quien calcula a ojo si en cierta habitación cabría o no algún mueble.

—Como acabo de decirle, se han metido ustedes en un campo minado. No pueden avanzar ni retroceder. Y *ellos* podrían ayudarles a escapar sanos y salvos. De ese modo, ustedes salvarían sus vidas y ellos se librarían pacíficamente de unos molestos intrusos. —El rapado cruzó las piernas—. Así pues, le pido que, por favor, acepte el trato sin más. A ellos les da igual que ustedes salten en pedazos, pero si ahora se produjera una explosión, para ellos sería un incordio. Por lo tanto, señor Komatsu, le enseñaré el camino de regreso. Lo guiaré hasta un lugar seguro. A cambio, lo único que se le pide es que suspenda la publicación de *La crisálida de aire*. Que no siga imprimiendo ejemplares ni la publique en una edición de bolsillo; naturalmente, que no promocione más la obra, y que a partir de ahora no vuelva a tener el menor contacto con Eriko Fukada. ¿Qué opina? Puede hacerlo, ¿no cree?

—No es fácil, pero creo que sí puedo —dijo Komatsu.

—Señor Komatsu, no nos hemos tomado la molestia de traerlo aquí para que nos diga *«creo* que sí». —Los ojos del rapado enrojecieron aún más y su mirada se volvió más penetrante—. No le pido que recupere todos los libros que ha puesto en circulación. Eso atraería la atención de los medios, y sé que, además, no tiene usted tanta influencia. Queremos que lo arregle usted todo con la máxima discreción. Lo hecho, hecho está. El daño ya no se puede reparar. Lo que *ellos* quieren es no atraer la atención de la gente durante algún tiempo, ¿comprende?

Komatsu asintió en señal de afirmación.

—Como le he dicho, señor Komatsu, existen ciertos hechos cuya divulgación les traería a ustedes problemas. Si salieran a la luz, todos los implicados pagarían sus consecuencias. Por eso queremos firmar una tregua, por el bien de las dos partes. *Ellos* los exonerarán a ustedes de toda culpa. Les garantizarán su seguridad. Y ustedes no volverán a inmiscuirse en nada que tenga que ver con *La crisálida de aire*. No es un mal trato.

Komatsu reflexionó.

—De acuerdo. Suspenderé la publicación y la promoción de la novela. Quizá me lleve un tiempo, pero sabré arreglármelas. Y, en lo que a mí respecta, no tendré ningún problema para olvidar todo este asunto. Imagino que Tengo Kawana tampoco. El nunca quiso involucrarse. Fui yo quien lo empujó a hacerlo. En cualquier caso, su trabajo ya ha finalizado. Con Eriko Fukada tampoco debería haber ningún problema. Me dijo que no tenía intención de seguir escribiendo. Pero, en cuanto al profesor Ebisuno, no tengo ni la más remota idea. Su objetivo último es averiguar si su amigo, el señor Tamotsu Fukada, sigue vivo y está a salvo, dónde se encuentra y qué hace. Si quieren saber mi opinión, yo creo que no se dará por vencido hasta averiguar el paradero del señor Fukada.

—El señor Fukada ha fallecido —dijo el rapado. Lo dijo con una voz serena y monocorde, pero que traslucía una extrema gravedad.

—¿Ha fallecido? —dijo Komatsu.

—Hace poco —contestó el rapado. Entonces inspiró aire con fuerza y luego lo expulsó lentamente—. Murió en el acto, sin sufrir, de un infarto al corazón. Dadas las circunstancias, no hicimos pública su defunción y se celebró un entierro en la más estricta intimidad, muy restringido, en el seno de la comunidad. Por motivos religiosos, el cuerpo fue incinerado en la comunidad, y

sus huesos se molieron y esparcieron en la montaña. Fue una inhumación ilegal, pero sería difícil demandarnos, ¿no le parece? Con todo, ésa es la verdad. Nosotros no mentimos sobre la vida y la muerte de nadie; para nosotros es algo sagrado. Si hace el favor, comuníqueselo al profesor Ebisuno.

—Así que falleció de muerte natural.

El rapado asintió.

—El señor Fukada era una persona verdaderamente inestimable para nosotros. En realidad, la palabra «inestimable» no le hace justicia. Era un ser formidable. Por el momento, su deceso sólo se ha comunicado a un número reducido de personas, pero se siente profundamente su desaparición. La esposa, es decir, la madre de Eriko Fukada, falleció hace años de un cáncer de estómago. Murió en la clínica de la comunidad, tras negarse a recibir quimioterapia. Su marido se ocupó personalmente de cuidarla.

—Me imagino que tampoco la muerte de su esposa se hizo pública, ¿no es así? —preguntó Komatsu.

El rapado no lo desmintió.

—Y dice que el señor Tamotsu Fukada ha muerto hace poco.

—Eso es —le confirmó el otro.

—¿Ocurrió después de que se publicara la novela?

El rapado bajó la vista hacia la mesa y, a continuación, la alzó para volver a mirar a Komatsu.

—Sí. El señor Fukada falleció tras la publicación del libro.

—¿Existe quizás una relación entre esos dos hechos? —inquirió Komatsu sin ningún reparo.

El rapado permaneció en silencio. Ponía sus ideas en orden para contestarle. Luego dijo sin titubear:

—Está bien. Quizá sea mejor que le cuente la verdad, para poder convencer también al señor Ebisuno. El señor Tamotsu Fukada era el líder de la comunidad, «el que escucha la voz». Cuando Eriko Fukada difundió *La crisálida de aire*, la voz dejó de hablarle y, en ese momento, el señor Fukada puso fin a su propia vida. Fue una muerte natural. O, más exactamente, provocó de forma natural su propia muerte.

—Eriko Fukada es la hija del líder… —dijo Komatsu casi en susurros.

El rapado asintió con un gesto conciso.

—Y, al final, fue Eriko Fukada quien empujó a su padre a la muerte —prosiguió Komatsu.

El rapado volvió a asentir.

—Exacto.

—Pero la comunidad pervive.

—Sí, así es —contestó el rapado, y clavó en Komatsu unos ojos que parecían guijarros de la antigüedad helados y aprisionados dentro de un glaciar—. Señor Komatsu, la publicación de *La crisálida de aire* fue funesta para la comunidad. Pero *ellos* no pretenden castigarlos. A estas alturas no conseguirían nada con eso. *Ellos* tienen una misión que cumplir y, para ello, se necesita tranquilidad y aislamiento.

—Entonces, lo que pretenden es que nosotros demos marcha atrás y nos olvidemos de todo.

—En resumen, sí, eso quieren.

—¿Era necesario secuestrarme para decirme esto?

Por primera vez, en el rostro del rapado afloró algo semejante a una expresión. Un gesto muy sutil, que fluctuaba entre la sonrisa y la empatía.

—Si nos tomamos el trabajo de traerlo hasta aquí fue porque *ellos* querían hacerle entrar en razón y comunicarle algo muy serio. No nos gustan las medidas drásticas, pero, si es necesario, no dude de que las adoptaremos. Debía sentirlo usted en su propia piel. Si rompiesen el pacto, lo pagarían ustedes muy caro. ¿Lo entiende?

—Sí —dijo Komatsu.

—Señor Komatsu, para serle franco, han tenido ustedes mucha suerte. Quizá no veían bien, por culpa de esa niebla tan espesa, pero lo cierto es que caminaron hasta el borde de un precipicio, a tan sólo unos centímetros del vacío. Grábese en su mente esa imagen con fuego. Actualmente *ellos* no pueden permitirse el lujo de ocuparse de ustedes. Tienen asuntos mucho más importantes. En ese sentido, han sido ustedes afortunados. Así que, mientras les acompañe la suerte…

Dicho eso, volvió las palmas de las manos hacia arriba, como si quisiera comprobar si llovía o no. Komatsu esperó a que siguiera hablando. Pero no hubo más palabras. Terminada la conversación, de pronto el rostro del rapado parecía exhausto. Se levantó lentamente de la silla plegable, la dobló y, con ella debajo del brazo, salió del cuarto cuadrado sin volverse hacia atrás. Cerraron la pesada puerta y se oyó el chirrido seco de la llave en la cerradura. Komatsu se quedó solo.

—Me tuvieron otros cuatro días encerrado en esa habitación cuadrada. Lo esencial ya estaba hablado. Me habían expuesto el asunto y habíamos llegado a un acuerdo. No entendía por qué no me liberaban. Los dos hombres no volvieron a aparecer y el joven subalterno que se ocupaba de mí seguía sin abrir la boca. Yo comía la misma comida insulsa de siempre, me afeitaba con la maquinilla y mataba el tiempo contemplando el techo y las paredes. Dormía cuando apagaban la luz y me despertaba cuando la encendían. Y rumiaba las palabras del rapado. En ese momento, realmente me parecía que habíamos sido «afortunados», como había dicho el rapado. Ellos no dudarían en hacer cualquier cosa. Tomada la decisión, serían todo lo crueles que se propusieran. Lo comprendí durante esos cuatro días. Seguramente, el dejarme allí encerrado después de la conversación también formaba parte del plan. Lo tenían todo bien estudiado. —Komatsu cogió el *highball* y bebió—. Volvieron a dormirme con cloroformo o lo que fuera, y cuando me desperté, había amanecido. Estaba tumbado en un banco en el Jingū Gaien[37]. A partir de mediados de septiembre, uno se hiela de frío al amanecer. Pesqué un buen resfriado. Supongo que no lo hicieron adrede, pero pasé los siguientes tres días en cama con fiebre. Aunque la verdad, tuve suerte de que todo terminara así.

Komatsu parecía haber acabado su historia.

—¿Se lo ha dicho al profesor Ebisuno? —le preguntó Tengo.

—Sí, unos días después de que me soltasen, cuando me bajó la fiebre, fui hasta la casa del profesor, en lo alto de la montaña. Y, más o menos, le conté lo mismo que acabo de contarte.

—¿Dijo algo?

Tras apurar el último trago del *highball*, Komatsu pidió otro y animó a Tengo a que lo imitara. Tengo rehusó con un gesto de la cabeza.

—Me hizo repetir la historia varias veces y, de vez en cuando, me interrumpía para pedirme algún detalle. Yo, claro, respondí a todo lo que pude. Podría repetir esa historia mil veces más. Después de todo, los cuatro días posteriores a la conversación con el rapado los pasé solo y encerrado en aquel cuarto. No tenía con quién hablar y me sobraba el tiempo. De modo que rumié lo que me había dicho el rapado y lo memoricé todo, hasta el último detalle. Como si fuera una grabadora humana.

—Pero ellos son los únicos que afirman que los padres de Fukaeri han fallecido, ¿no es cierto? —terció Tengo.

—Exacto, y no hay manera de comprobar que no mienten. No hicieron públicas sus muertes. Pero, por el tono del rapado, no me dio la impresión de que fuera un cuento. Como dijo éste, para ellos la vida y la muerte de las personas es algo sagrado. Cuando terminé de contárselo, el profesor se quedó callado, sumido en sus pensamientos. Cuando piensa, lo hace con mucha calma y profundidad. Luego se levantó sin decir nada y tardó tiempo en volver. Parecía estar asimilando la muerte del matrimonio Fukada, tratando de considerarlo, en cierto modo, inevitable. Tal vez hacía tiempo que lo sospechaba y ya se había resignado a su muerte. Aun así, siempre es doloroso recibir la noticia de que un ser cercano ha muerto.

Tengo recordó la sala de estar vacía, sin adornos, de la casa del profesor; aquel silencio gélido y profundo y el canto agudo del pájaro que, de vez en cuando, llegaba del exterior.

—Entonces, ¿han decidido los dos dar marcha atrás y retirarse del campo de minas? —preguntó.

El barman le llevó el segundo *highball*, y Komatsu humedeció en él los labios.

—Todavía no podíamos tomar una decisión. El profesor me dijo que necesitaba tiempo para pensar. Pero ¿qué otra opción había, sino hacer lo que esos tipos me habían dicho? Yo actué de inmediato, claro. Moví todos los hilos dentro de la editorial para que se detuviera la impresión de nuevos ejemplares de *La crisálida de aire*, así que de hecho la edición está agotada. No habrá edición de bolsillo. Hasta ahora hemos vendido bastantes ejemplares, con lo que la editorial ha ganado suficiente. En principio, no debería haber pérdidas. Tratándose de una empresa, obviamente, sin una reunión de la dirección o la aprobación del presidente habría sido imposible, pero bastó con dejar caer la posibilidad de que se montara un escándalo relacionado con un negro para que los jefes se echaran a temblar y me obedecieran a ciegas. Me parece que, a partir de ahora, en la editorial van a hacerme el vacío, pero, bueno, ya estoy acostumbrado.

—¿Se creyó el profesor Ebisuno que los padres de Fukaeri habían muerto?

—Supongo que sí —dijo Komatsu—. Creo que sólo necesitaba algo de tiempo para digerirlo y hacerse a la idea. Y los dos tipos iban en serio, al menos ésa fue mi impresión. Parecían desear evitar más problemas, aunque tuvieran que hacer alguna concesión. Por eso me secuestraron. Querían enviarnos un mensaje claro. Por otra parte, si hubieran querido, podrían haberse callado que

incineraron a escondidas el cadáver del señor Fukada dentro del recinto de la comunidad. Porque, aunque sea difícil probarlo, la inhumación ilegal es un delito muy grave. Sin embargo, se arriesgaron a contármelo. En definitiva, no escondieron sus trapos sucios. En ese sentido, creo que lo que el rapado me contó es cierto, tanto en los detalles como en líneas generales.

Tengo trató de ordenar las explicaciones que le había dado Komatsu.

—El padre de Fukaeri era «el que escucha la voz», es decir, un profeta. Pero Fukaeri, su hija, escribió *La crisálida de aire* y, al convertirse en un *best seller*, la voz dejó de hablarle a su padre y, como resultado, éste falleció de muerte natural.

—O le quitaron la vida de modo que pareciera una muerte natural —dijo Komatsu.

—Ahora, la misión más importante a la que se enfrenta la comunidad es encontrar a un nuevo profeta. Si la voz dejase de hablarles para siempre, la comunidad perdería su razón de ser. Por eso ya no pueden permitirse perder un segundo con nosotros. En resumidas cuentas, es eso, ¿no?

—Supongo.

—La novela contiene alguna información muy relevante para ellos. Al publicarse y difundirse, la voz enmudeció y la vena de agua se escondió en el fondo de la tierra. ¿Cuál será esa información tan importante?

—Los últimos cuatro días que pasé recluido, pensé en eso con calma —dijo Komatsu—. No es una novela muy larga. En ella se describe un mundo habitado por muchos Little People. La protagonista, una niña de diez años, vive en una comunidad aislada. La Little People aparece de noche a hurtadillas y fabrica la crisálida de aire. Dentro de la crisálida está el álter ego de la niña, y a partir de ahí surge la relación entre la *mother* y la *daughter*. En ese mundo flotan dos lunas, una grande y otra pequeña, tal vez símbolos de la *mother* y la *daughter*.

La protagonista, quizás inspirada en la propia Fukaeri, se niega a ser la *mother* y huye de la comunidad. La *daughter* se queda atrás. No se nos cuenta qué ocurre con ella.

Tengo observó cómo los hielos de su vaso se iban derritiendo.

—«El que escucha la voz» —dijo— necesita la mediación de la *daughter*, ¿no es así? A través de la *daughter* el profeta puede escuchar la «voz» por primera vez. O puede traducirla a un lenguaje terrenal y comprensible. Para darle la forma correcta al mensaje que la voz le transmite, ambos deben estar juntos. Tomando prestadas las palabras de Fukaeri: *receiver* y *perceiver*. Para ello, antes

se necesita crear una crisálida de aire. Porque la *daughter* sólo puede nacer mediante el mecanismo de la crisálida de aire. Y para crear a la *daughter* se necesita una *mother* apropiada.

—Ese es tu punto de vista.

Tengo sacudió la cabeza.

—No es mi punto de vista. Simplemente, me he ceñido a su resumen del argumento y he dado un paso más.

Mientras reescribía la novela, y aun después, Tengo había reflexionado sobre el significado de la *mother* y la *daughter*, pero le resultó imposible sacar conclusiones y ver las cosas con perspectiva. Sin embargo, mientras conversaba con Komatsu, fue uniendo los pequeños fragmentos uno tras otro. Pese a todo, una duda persistía: ¿por qué se le había aparecido la crisálida de aire sobre la cama de su padre, en la clínica, y por qué dentro estaba una Aomame niña?

—Un mecanismo muy interesante —afirmó Komatsu—. Pero ¿no le ocurrirá nada a la *mother* cuando se separe de la *daughter*?

—Sin la *daughter*, la *mother* seguramente sea un ser incompleto. No sabría decir exactamente por qué y qué hace a Fukaeri tan peculiar, pero lo evidente es que le falta algo. Como si hubiera perdido su sombra. No sé qué le ocurre a la *daughter* cuando la *mother* no está: quizá tampoco ella sea un ser completo. Porque, en el fondo, no es más que un álter ego. En el caso de Fukaeri, sin embargo, aunque la *mother* no esté a su lado, tal vez la *daughter* sí pueda desempeñar el papel de sacerdotisa.

Komatsu permaneció un rato con los labios cerrados y ligeramente alzados por una de las comisuras.

—Dime, Tengo —dijo al fin—, no estarás pensando que todo lo que está escrito en *La crisálida de aire* es real, ¿no?

—No, no es eso. Sólo lo imagino. Parto del supuesto de que es verdad para poder avanzar.

—Bien —dijo Komatsu—. Resumiendo, el álter ego de Fukaeri puede funcionar como sacerdotisa aunque se separe de su matriz.

—Por ese motivo, la organización no intentó traer de vuelta a Fukaeri por la fuerza cuando se enteró de su huida. En su caso, por alguna razón, la *daughter* puede desempeñar su función aunque la *mother* no esté cerca. A lo mejor las dos se mantienen fuertemente unidas incluso cuando están separadas.

—Entiendo.

—Imagino que contarán con unas cuantas *daughter*. En algún momento, la

Little People debió de crear varias crisálidas de aire. Tener un solo *perceiver* sería arriesgado. O tal vez haya pocas *daughters* capaces de cumplir esa función correctamente. A lo mejor existe una *daughter* central, poderosa, y *daughters* complementarias, no tan poderosas, que funcionan en grupo.

—¿Quieres decir que la *daughter* que Fukaeri dejó es la central, la que puede cumplir esa función correctamente?

—Creo —contestó Tengo— que hay muchas probabilidades. En todo este asunto, Fukaeri siempre ha estado en el centro. Como el ojo de un tifón.

Komatsu entrecerró los párpados y enlazó los dedos de las manos sobre la mesa. Cuando se lo proponía, pensaba a una velocidad de vértigo.

—Oye, Tengo. Sólo es una idea, pero ¿crees que se tendría en pie la hipótesis de que la Fukaeri que nosotros hemos visto sea en realidad una *daughter*, no como pensábamos, y la que se quedó en la comunidad sea la *mother*?

Las palabras de Komatsu lo desconcertaron. Hasta entonces no se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Para él, Fukaeri siempre había sido una persona real, alguien de carne y hueso. Pero, ahora que lo pensaba, no era tan descabellado. «Yo no me voy a quedar embarazada, porque no tengo la regla». Eso había dicho Fukaeri aquella noche, tras el extraño acoplamiento unilateral. Si sólo era un álter ego, esas palabras cobraban sentido: un álter ego no puede reproducirse. Únicamente la madre era capaz. Sin embargo, a Tengo le costaba aceptar esa teoría, la posibilidad de que en realidad hubiera copulado con un álter ego y no con Fukaeri.

—Fukaeri posee una personalidad definida, además de sus propios patrones de comportamiento. No creo que su álter ego los comparta.

—Sin duda —convino Komatsu—. Otra cosa no tendrá, pero personalidad y sus propios patrones de conducta, sí. En eso debo darte la razón.

No obstante, Fukaeri escondía algún secreto. Dentro de aquella hermosa chica había grabado un importante código cifrado que él debía desvelar. Lo presentía. ¿Quién era la persona real y quién el álter ego? ¿O acaso la idea de diferenciar entre persona real y álter ego era errónea? ¿Podría Fukaeri utilizar su cuerpo real o su álter ego en función de la situación?

—Todavía hay unas cuantas cosas que ignoro —dijo Komatsu. Después extendió las manos, las puso sobre la mesa y las contempló. Para ser un hombre de mediana edad, tenía unos dedos largos y delicados—. La voz ha dejado de hablarles, el agua que alimentaba el pozo se ha secado y el profeta ha muerto.

¿Qué ocurre después con la *daughter*? Supongo que no seguirá al profeta y morirá, igual que las viudas en la antigua India.

—Una vez desaparecido el *receiver*, no es necesario el *perceiver*.

—Siguiendo el hilo de tu hipótesis —dijo Komatsu—, ¿escribiría Fukaeri *La crisálida de aire* a sabiendas de que traería esas consecuencias? El rapado me dijo que no creía que hubiera sido intencionado. O que, al menos, la intención no debió de partir de ella. Pero ¿cómo lo sabrá él?

—No lo sé —dijo Tengo—, pero no me imagino a Fukaeri tratando de matar a su padre, por más motivos que pudiera tener. Me pregunto si no murió por alguna otra razón que no tiene nada que ver con ella. A lo mejor, lo que ella hizo fue, más bien, tomar alguna medida para evitarlo. O quizá deseaba librar a su padre de la voz. En todo caso, no son más que conjeturas.

Komatsu se quedó largo rato abstraído en sus pensamientos; junto a la nariz se le habían formado unas pequeñas arrugas. A continuación, soltó un suspiro y miró a su alrededor.

—¡Qué mundo más extraño! Cada día que pasa es más difícil distinguir lo hipotético de lo real. Tengo, tú que eres escritor, ¿cómo definirías la realidad?

—El mundo real es aquel donde, cuando te pinchas con una aguja, brota sangre roja —contestó Tengo.

—Entonces está claro que éste es el mundo real —dijo Komatsu, y se frotó con la mano la zona interior del antebrazo. Las venas azules se hincharon. Sus vasos sanguíneos no parecían demasiado sanos. Habían resistido a lo largo de los años los embates del alcohol, el tabaco, la vida desordenada y las conspiraciones de los salones literarios. Komatsu apuró de un trago el *highball* e hizo girar el hielo que quedaba entre las paredes del vaso—. Ya puestos, ¿podrías contarme más de tu teoría? Me está empezando a interesar.

—Ellos buscan un sucesor del «que escucha la voz». Y no sólo eso: al mismo tiempo, deberían encontrar una nueva *daughter* que pueda cumplir su propia misión. Porque supongo que, cuando surge un nuevo *receiver*, es necesario un nuevo *perceiver*.

—Es decir, que también tienen que encontrar una nueva *mother*. En ese caso, tendrán que volver a fabricar una crisálida de aire. Parece un trabajo de gran envergadura.

—Por eso se han puesto serios.

—Claro.

—Pero no creo que vayan a ciegas —dijo Tengo—. Seguro que ya tienen

algo en mente.

—Ésa es también mi impresión —dijo Komatsu—. Por eso querían deshacerse de nosotros cuanto antes. Les estorbábamos. Éramos un incordio para ellos.

—Pero me pregunto en qué los incordiaríamos tanto.

Komatsu sacudió la cabeza. Él tampoco lo sabía. Tengo prosiguió:

—¿Qué clase de mensajes les habrá enviado la voz hasta ahora? ¿Y qué relación existe entre la voz y la Little People?

Komatsu volvió a sacudir la cabeza sin fuerzas. Esas preguntas sobrepasaban la imaginación de los dos.

—¿Has visto *2001: Odisea en el espacio*?

—Sí —contestó Tengo.

—Pues nosotros somos igual que los simios que salen en esa película —dijo Komatsu—. Seres cubiertos de una pelambrera negra que dan vueltas alrededor de un monolito chillando cosas sin sentido.

Una pareja de clientes entró en el local, se sentaron a la barra, como si fueran asiduos, y pidieron un cóctel.

—Una cosa sí está clara —añadió Komatsu como para concluir la conversación—: Tu teoría es convincente y tiene bastante lógica. Siempre es un placer charlar contigo. Pero, en cualquier caso, vamos a retirarnos de este espantoso campo minado. Es posible que no volvamos a ver al profesor Ebisuno ni a Fukaeri. *La crisálida de aire* es una inofensiva novela fantástica que no encierra ninguna clase de información concreta. Qué narices es esa voz y qué mensaje transmite no es de nuestra incumbencia. ¿Por qué no lo dejamos así?

—O sea, que propone que bajemos del bote y pisemos tierra firme.

—Eso es —Komatsu asintió—. Yo iré a la editorial a diario y seleccionaré manuscritos que no aporten nada nuevo para publicar en la revista literaria. Tú enseñarás matemáticas a esas jóvenes promesas en la academia y en los ratos libres escribirás tus novelas. Ambos retornaremos a nuestras tranquilas rutinas. Sin rápidos ni cascadas. Pasarán los días y nosotros acumularemos años apaciblemente. ¿Algo que objetar?

—Me imagino que no hay otra opción.

Komatsu se estiró las arrugas que tenía junto a la nariz con la yema de los dedos.

—Exacto. No hay más opciones. No quiero que me vuelvan a secuestrar. Me basta con haber estado encerrado una vez en aquel cubo. Y, a lo mejor, a la

segunda no volvería a ver la luz del día. Sólo con pensar en volver a cruzarme con esos dos tipos se me dispara el corazón. Parecían capaces de fulminarte con una mirada.

Komatsu se volvió hacia la barra, levantó el vaso y pidió el tercer *highball*. Se llevó otro cigarrillo a los labios.

—Oiga, señor Komatsu, cambiando de tema, ¿por qué ha tardado tanto en contarme todo esto? Ha pasado mucho tiempo, más de dos meses, desde el secuestro. Habría podido contármelo antes, ¿no?

—Pues la verdad es que no sé por qué —contestó Komatsu un tanto extrañado—. Tienes razón. Quería contártelo, pero por una razón u otra fui posponiéndolo. No sé, quizá me remordía la conciencia.

—¿Le remordía la conciencia? —se sorprendió Tengo. Nunca hubiera creído que esas palabras pudieran salir de la boca de Komatsu.

—Sí, a mí también me remuerde a veces la conciencia —dijo Komatsu.

—Y en este caso, ¿por qué?

Komatsu no le contestó. Entornó los ojos y, durante un rato, hizo rodar el cigarrillo sin encender entre los labios.

—¿Sabrá Fukaeri que sus padres han fallecido? —se preguntó Tengo.

—Quizá lo sepa. No sé cuándo, pero en algún momento el profesor Ebisuno debió de decírselo.

Tengo asintió con la cabeza. Seguramente lo sabía desde hacía tiempo. Él era el único al que no se lo habían dicho.

—Entonces, bajaremos del bote y pisaremos tierra firme —repitió Tengo.

—Eso es. Vamos a retirarnos del campo minado.

—Pero ¿cree de verdad que podremos volver a nuestras vidas de siempre como si nada hubiera ocurrido?

—No queda más remedio que intentarlo —dijo Komatsu. Luego encendió el cigarrillo con una cerilla—. ¿Hay algo que te preocupe?

—Siento que, a mi alrededor, algunas cosas han empezado a tomar un cariz extraño, a comportarse de manera sorprendente. Algunas ya se han transformado. Tal vez no podamos dar marcha atrás tan fácilmente.

—¿Aunque estén en juego nuestras preciadas vidas?

Tengo movió la cabeza; era una respuesta ambigua. Tenía la sensación de que, a partir de cierto momento, lo había arrastrado una poderosa corriente. Y esa corriente lo llevaba hacia un lugar desconocido. Pero no sabía cómo explicarle eso a Komatsu.

Tengo no le reveló a Komatsu que su nueva novela transcurría en el mundo descrito en *La crisálida de aire*. Sospechaba que al editor no le haría ninguna gracia. Y aún menos gracia a los responsables de Vanguardia. Si diese un paso en falso, se adentraría en otro campo minado. Puede que incluso acabase involucrando a la gente que lo rodeaba. Pero la historia que estaba escribiendo había tomado una dirección, y avanzaba casi de manera automática, tenía vida propia, y, lo quisiera o no, Tengo ya formaba parte de ese mundo. Para él había dejado de ser un mundo ficticio. Se había convertido en un mundo real, en el que, si uno se abría la piel con un cuchillo, brotaba sangre roja, sangre de verdad. En su cielo pendían dos lunas, una grande y otra pequeña, una al lado de otra.

19
USHIKAWA

Cosas que yo puedo hacer y la gente normal no

Amaneció un día tranquilo y sin viento. Era jueves, y Ushikawa se despertó antes de las seis, como siempre, y se refrescó la cara con agua fría. Mientras escuchaba las noticias en la emisora de radio de la NHK se cepilló los dientes y se afeitó con la maquinilla eléctrica. Hirvió agua en un cazo, se preparó unos fideos instantáneos y, después de comérselos, se tomó un café soluble. Luego enrolló el saco de dormir, lo metió en el armario empotrado y se sentó frente a la cámara, al lado de la ventana. Al este, el cielo comenzaba a clarear. Parecía que iba a hacer buen tiempo.

Ahora identificaba sin problemas los rostros de la gente que salía a trabajar. No había necesitado fotografiarlos a todos. Entre las siete y las ocho y media, abandonaron deprisa el edificio y se dirigieron hacia la estación. Todas las caras le eran conocidas. Le llegó el vocerío de un grupo de escolares que pasaba ante el edificio camino del colegio. Esas voces le recordaron la época en que sus hijas eran pequeñas. Les gustaba mucho la vida escolar: aprendían piano y ballet, tenían muchos amigos… Ushikawa nunca conseguiría entender que hubiera tenido unas hijas tan normales y corrientes. «¿Cómo es posible que yo sea su padre?».

Tras la hora punta, apenas pasaba gente bajo el portal. La algarabía de los niños había enmudecido. Ushikawa apartó las manos del control remoto y se fumó un Seven Stars apoyado en la pared, mientras observaba el portal a través de las cortinas. El cartero llegó en una motocicleta roja pasadas las diez, como de costumbre, y distribuyó el correo con destreza en los buzones. Por lo que había podido ver, la mitad era propaganda. La mayoría de los vecinos la tirarían a la basura sin abrirla. A medida que el sol se aproximaba al cénit, la temperatura iba ascendiendo rápidamente y muchos transeúntes se despojaban del abrigo.

Fukaeri salió por el portal pasadas las once. Llevaba el mismo jersey negro de cuello vuelto, pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y un abrigo corto gris, además de unas gafas de sol. El gran bolso bandolera de color verde lo llevaba cruzado en diagonal. Estaba hinchado y deformado, como si lo hubiera atiborrado de cosas. Ushikawa se separó de la pared, avanzó hasta situarse delante de la cámara y echó un vistazo por el visor.

Comprendió que la chica tenía intención de marcharse de allí. Había embutido todas sus pertenencias en el bolso y se iba a otro lugar. No pensaba regresar. «A lo mejor ha decidido marcharse porque se ha dado cuenta de que estoy aquí escondido». Se le aceleró el corazón al pensar en eso.

Justo al salir, la chica se detuvo y miró hacia lo alto, como la última vez. Buscaba algo entre los cables eléctricos enmarañados y los transformadores. Las lentes de sus gafas de sol destellaban al reflejar la luz. Por culpa de las gafas, Ushikawa no podía leer en su expresión si había encontrado ese *algo* o no. La chica se pasó medio minuto inmóvil mirando hacia el poste. De pronto, volvió la cabeza, como si hubiera recordado algo, y dirigió la vista hacia la ventana tras la que se escondía Ushikawa. Se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo del abrigo. Arrugó el entrecejo y alzó su mirada hacia el teleobjetivo camuflado en una esquina de la ventana. «Lo sabe», volvió a pensar Ushikawa. «Sabe que estoy aquí escondido y que la observo». Además, ahora era ella la que observaba a Ushikawa a través de la lente y del visor. Como agua remontando una cañería curvada. Sintió que en los brazos se le ponía la carne de gallina.

Fukaeri parpadeaba de vez en cuando. Sus dos párpados bajaban y subían despacio y de manera reflexiva, como silenciosas criaturas autónomas. Pero ninguna otra parte de su cuerpo se movía. Estaba allí erguida, con el cuello torcido como un ave altiva, y miraba a Ushikawa a los ojos. Éste no podía apartar la vista de la chica. Era como si el universo se hubiera detenido. No hacía viento y los sonidos habían dejado de hacer vibrar el aire.

Al cabo de un rato, Fukaeri dejó de observarlo. Volvió la mirada hacia el mismo punto de antes, en lo alto del poste. Esta vez, sin embargo, no permaneció más que unos pocos segundos observando. Su expresión, como de costumbre, no se alteró. Se sacó del bolsillo las gafas de sol, se las puso otra vez y echó a andar. Su paso era ágil y decidido.

Debía salir de inmediato y seguir a la chica. Tengo todavía no había regresado y así podría averiguar adonde se dirigía Fukaeri. No perdía nada por intentarlo. Sin embargo, Ushikawa no lograba levantarse del suelo. Su cuerpo

parecía paralizado. Era como si la penetrante mirada de la chica, que le había llegado a través del visor, hubiera despojado su cuerpo de toda la energía necesaria para realizar cualquier movimiento.

«¡Qué más da!», se dijo. «Es a Aomame a quien tengo que encontrar. Eriko Fukada es una chica fascinante, pero no es mi prioridad. No deja de ser una actriz secundaria. Si quiere irse, que se vaya».

Fukaeri avivó el paso en dirección a la estación. No volvió la vista atrás ni una sola vez. Ushikawa la acompañó con la mirada entre las cortinas acartonadas por el sol. Cuando dejó de verse el bolso bandolera verde que se mecía de un lado a otro en la espalda de la chica, Ushikawa se alejó de la cámara, casi arrastrándose por el suelo, y se apoyó en la pared. Aguardó a que su cuerpo recobrara las fuerzas. Se llevó un Seven Stars a la boca y lo encendió con el mechero, dio una honda calada, pero no sabía a tabaco.

Le costaba recuperarse. Sus piernas y brazos seguían paralizados. De pronto, notó que dentro de él se había formado un extraño espacio. Una cavidad pura. Quizás era la ausencia, la falta de algo; quizás un vacío. Ushikawa permaneció sentado en esa cavidad nunca antes vista que había nacido en su interior, sin poder levantarse. Sentía un dolor sordo en el pecho; para ser precisos, no era exactamente un dolor. Era como una diferencia de presión surgida en el punto de contacto entre aquel vacío y lo que no era vacío.

Se quedó largo rato sentado en el fondo de la cavidad. Fumaba aquel cigarrillo insípido apoyado contra la pared. El vacío lo había dejado la chica que acababa de marcharse. «No, quizá no sea así», pensó Ushikawa. «Probablemente es algo que yo siempre he llevado conmigo y la chica no ha hecho más que mostrármelo».

Ushikawa se percató de que Eriko Fukada había sacudido, literalmente, todo su cuerpo. Aquella mirada inmóvil, profunda, penetrante, había agitado a Ushikawa desde su raíz. Como quien se enamora perdidamente. Era la primera vez en su vida que sentía algo así.

«No, no es posible», pensó Ushikawa. «¿Por qué iba a enamorarme de esa chica? No hay en el mundo dos personas tan incompatibles y distintas como Eriko Fukada y yo. No es necesario que vaya a mirarme en el espejo del baño. Y no es sólo el aspecto físico. Nunca existirá, ni por asomo, nadie tan alejado de ella, en todos los sentidos, como yo». No se sentía atraído sexualmente por ella. En lo relativo al sexo, a Ushikawa le bastaba con irse una o dos veces al mes con

la prostituta de siempre. La llamaba por teléfono, se citaban en una habitación de hotel y se acostaban. Como quien va al peluquero.

«Es más bien un problema espiritual», concluyó Ushikawa tras darle vueltas. Entre Fukaeri y él había surgido, por así decirlo, un intercambio espiritual. Resultaba difícil de creer, pero cuando aquella hermosa chica y Ushikawa se miraron con fijeza por los dos lados de la lente del teleobjetivo camuflado, se comprendieron mutuamente en lo más oscuro y recóndito de su ser. En un brevísimo lapso de tiempo, entre él y la chica se había producido lo que podría llamarse una revelación mutua. Entonces ella se marchó y Ushikawa se quedó solo en medio de aquella caverna vacía.

«Ella sabía que yo la espiaba a través de las cortinas con el teleobjetivo. Seguramente también sabía que la seguí hasta el supermercado. A pesar de que no se volvió ni una sola vez, no cabe duda de que me veía». Así y todo, en su mirada no había percibido el menor reproche hacia su conducta. Ushikawa sintió que, en algún lugar profundo y distante, ella le había comprendido.

La chica había aparecido y se había ido. «Llegamos de diferentes direcciones, nos cruzamos por azar, nuestras miradas se encontraron fugazmente y ahora, al separarnos, tomamos cada uno nuestro rumbo. Nunca volveré a ver a Eriko Fukada. Esto no volverá a ocurrir nunca más. Si volviera a verla, ¿qué más podría pedirle, aparte de lo que acaba de suceder? Ahora mismo estamos en dos extremos alejados del mundo. No hay palabras que puedan salvar esa distancia».

Apoyado en la pared, Ushikawa controló el ir y venir de la gente a través de las cortinas. ¿Quién sabía si Fukaeri no cambiaría de opinión y regresaría? Quizá cayera en la cuenta de que había olvidado algo importante en el piso. Pero, por supuesto, la chica no regresó. Nunca volvería, estaba seguro.

Esa tarde, Ushikawa fue presa de una honda sensación de impotencia. Una sensación que carecía de forma y de peso. La sangre le fluía lentamente y con torpeza. Una bruma tenue le cubría la vista, y las articulaciones de brazos y piernas le crujían. Al cerrar los ojos, sentía dentro de las costillas el malestar que le había dejado la mirada de Fukaeri. Venía y se iba como las olas serenas que rompen una tras otra en la orilla del mar. Volvía a venir y volvía a marcharse. De vez en cuando era tan profundo que le arrancaba una mueca de dolor. Al mismo tiempo, Ushikawa notó un calor hasta entonces desconocido.

Su mujer, sus dos hijas y la casa con jardín en Chūōrinkan nunca le habían proporcionado ese calor. En su interior siempre había habido una especie de pedazo de tierra congelada que no acababa de fundirse. Había vivido siempre con ese corazón duro y helado. Ni siquiera se había dado cuenta de lo frío que estaba. Para él, ésa era la temperatura normal. Sin embargo, parecía que la mirada de Fukaeri había conseguido derretir ese corazón de hielo, siquiera por un tiempo. En ese instante, Ushikawa había empezado a sentir un dolor sordo en el interior del pecho. Hasta entonces, el frío del corazón debía de haber anestesiado esa sensación dolorosa. Era, por así decirlo, un mecanismo de defensa. Pero ahora aceptaba ese dolor. En cierto sentido, hasta lo acogía. El calor que sentía hacía frente al dolor. El calor no vendría a menos que aceptase el dolor. Como una especie de trueque.

Ushikawa saboreaba dolor y calor en medio de un pequeño charco de luz vespertina. Sosegadamente, sin hacer el menor movimiento. Era un día de invierno apacible y sin viento. Los transeúntes cruzaban el remanso de luz. Pero el sol declinó hacia el oeste, se escondió tras la sombra de los edificios y el charco de luz acabó por desaparecer. La tibia tarde había dado paso a una noche fría.

Ushikawa soltó un hondo suspiro y se despegó de la pared en la que se apoyaba. Todavía se sentía entumecido. Logró levantarse, estirar las piernas y los brazos y mover aquel cuello grueso y corto en distintas direcciones. Cerró y abrió las manos varias veces. Luego hizo los estiramientos de siempre sobre el suelo. Todas las articulaciones hicieron un ruido sordo, y los músculos recobraron poco a poco su flexibilidad.

Era la hora en que la gente regresaba del trabajo o de la escuela. «Debo reanudar la vigilancia», se dijo Ushikawa. «No lo hago porque me guste, ni porque sea lo correcto. Hay que terminar todo lo que uno empieza. Mi destino depende de ello. No puedo quedarme para siempre en el fondo de esta cavidad, entregado a pensamientos que no conducen a ninguna parte».

Ushikawa volvió a instalarse delante de la cámara. Fuera había oscurecido y el portal estaba iluminado. Seguramente las luces estaban programadas para que se encendieran a esa hora. La gente fue adentrándose en el portal del edificio como pájaros sin nombre regresando a sus miserables nidos. Tengo Kawana no estaba entre ellos, pero regresaría pronto. Ushikawa no creía que se quedara mucho tiempo cuidando de su padre. Seguro que volvería a Tokio antes de

principios de semana y se incorporaría a su trabajo. En unos pocos días. No, ese mismo día, quizás al día siguiente. Su olfato se lo decía.

«Reconozcámoslo: sí, quizá sea un ser sucio y pegajoso como los gusanos que bullen bajo las piedras húmedas. Pero soy un gusano con talento, paciencia y perseverancia. No me rindo fácilmente. Mientras haya algún indicio, no dejo de indagar. Trepo por altas paredes escarpadas. Y ahora debo recuperar el corazón helado que había en mi pecho. Lo necesito».

Ushikawa se frotó las manos frente a la cámara. Y volvió a comprobar que los diez dedos se movían sin problemas.

«Hay muchas cosas que la gente normal puede hacer y yo no: jugar al tenis y esquiar, trabajar para una empresa o formar un hogar feliz. Pero también hay cosas que yo puedo hacer y la gente normal no. Y *esas pocas cosas* sé hacerlas bien. No espero aplausos del público ni que me lancen monedas. Pero le enseñaré al mundo mis destrezas».

A las nueve y media, Ushikawa dio por terminada la jornada de vigilancia. Vació una lata de sopa de pollo en una pequeña cacerola, la calentó en el hornillo de camping gas y se la tomó lentamente con una cuchara. La acompañó con dos panecillos fríos. Luego mordisqueó una manzana sin pelar. Orinó, se lavó los dientes, extendió el saco de dormir sobre el tatami y, en ropa interior, se metió en él. Subió la cremallera hasta el cuello y se acurrucó como un bicho.

Así terminó un día más en la vida de Ushikawa. No había sido muy productivo. Sólo había visto que Fukaeri había recogido sus cosas y se había ido. No sabía adonde. *A alguna parte*. Ushikawa agitó la cabeza dentro del saco. «A algún sitio que no me incumbe». Su cuerpo helado fue entrando en calor dentro del saco al tiempo que sus pensamientos le abandonaban hasta quedarse profundamente dormido. Poco después, un pequeño núcleo gélido se asentó firmemente en su espíritu.

Al día siguiente, viernes, no ocurrió nada digno de mención. El sábado, hacía un tiempo templado y todo estaba tranquilo. Mucha gente se quedaba en la cama hasta casi el mediodía. Ushikawa se sentó junto a la ventana, puso la radio a bajo volumen y escuchó las noticias, la información sobre el tráfico y el parte meteorológico.

Antes de las diez, un gran cuervo se posó en uno de los peldaños que llevaban al portal, vacío en ese momento. El ave miró a su alrededor con

atención y asintió con la cabeza varias veces. Su pico grande subió y bajó, mientras su lustroso plumaje negro resplandecía al sol. Entonces llegó el cartero montado en su motocicleta roja y, a regañadientes, el cuervo desplegó las alas y se echó a volar. Mientras se elevaba, soltó un breve graznido. Después de que el cartero distribuyera el correo en cada buzón y se marchase, llegó una bandada de gorriones. Picotearon, nerviosos, aquí y allá delante del portal y, en cuanto vieron que no había nada que mereciera la pena, se marcharon a otra parte. Luego apareció un gato atigrado. Debía de pertenecer a alguien del vecindario, porque llevaba un collar antipulgas. No recordaba haberlo visto antes. El gato meó en un parterre de flores marchitas y luego olfateó los orines. Algo no debió de agradarle, porque sus bigotes se estremecieron con aire de fastidio. Al final desapareció por la parte de atrás del edificio con la cola erguida.

Hasta el mediodía, varios inquilinos salieron por el portal. Por como iban vestidos, deducía que iban a divertirse a algún lado o salían sólo para hacer la compra en el barrio. Ahora Ushikawa reconocía cada una de sus caras. No obstante, no tenía el menor interés en cómo eran ni en la clase de vida que llevaban. Ni siquiera hacía el esfuerzo de imaginárselo.

«Supongo que vuestras vidas tendrán un gran valor para vosotros. Que las consideraréis inestimables. Lo entiendo. Pero a mí me importan un comino. Para mí no sois más que delgadas figuras de papel, recortables que pasan por un decorado. Sólo os pido una cosa, y es que no perturbéis mi trabajo. Seguid siendo recortables humanos».

—Eso es, señora Pera. —Ushikawa se dirigía a una mujer de mediana edad con un trasero gordo como una pera que en ese momento pasaba por delante de sus ojos. Era el nombre que él le había puesto—. Es usted un simple recortable. Carece de sustancia, ¿lo sabía? Aunque para ser un recortable le sobra un poco de carne, ¿no cree?

Mientras cavilaba sobre esas cosas, empezó a pensar que la escena que se desarrollaba ante sus ojos carecía de sentido. Puede que la escena en sí no existiera. A lo mejor esos recortables humanos sin sustancia le engañaban. Ushikawa empezó a sentir desazón. Llevaba varios días encerrado en un piso vacío, sin amueblar, vigilando a escondidas. Sus nervios se resentían. Siguió pensando en voz alta:

—Buenos días, señor Orejudo —le habló al anciano alto y delgado al que contemplaba por el visor. De los extremos de las orejas le salían disparados unos pelillos blancos, como si fueran antenas—. ¿Va usted a dar un paseo? Eso es

bueno para la salud. Además, hace un día estupendo, así que ¡vaya y disfrute! Yo también me muero de ganas de estirar un poco las piernas y salir a dar tranquilamente una vuelta, pero por desgracia tengo que quedarme aquí sentado, vigilando todo el día la maldita entrada del edificio.

El anciano caminaba bien erguido, vestido con una chaqueta de punto y unos pantalones de lana. Le sentaría bien ir acompañado de un leal perro blanco, pero en el edificio no permitían tener animales. Cuando el viejo desapareció, un hondo desaliento invadió a Ushikawa. «Tal vez mi vigilancia no dé ningún fruto. A lo mejor mi intuición me engaña y todas las horas pasadas en este piso vacío no me conduzcan a ninguna parte. Sólo consigo crisparme los nervios, que ya están desgastados como las cabezas de los *jizō*[38] que los niños tocan con la mano al pasar».

Pasado el mediodía, Ushikawa se comió una manzana y una *cracker* con queso, además de un *onigiri* de *umebosbi*[39]. Luego se echó una siesta apoyado contra la pared. Aunque fue un descanso breve y sin sueños, cuando se despertó no recordaba dónde estaba. Su memoria era una caja vacía con cuatro rincones bien definidos. Dentro no había nada. Ushikawa miró a su alrededor y, al fijarse bien, resultó que aquello no era una caja vacía, sino un piso sombrío y gélido sin un solo mueble. Un lugar que no reconocía. Encima de la hoja de periódico que tenía al lado había un corazón de manzana. Ushikawa estaba aturdido. «¿Qué hago en un lugar tan extraño?».

Al poco tiempo recordó que estaba vigilando el portal del edificio en que vivía Tengo. «Eso es, ahí está la Minolta con el teleobjetivo». También se acordó del anciano orejudo con pelillos blancos que había salido a pasear. Igual que los pájaros que regresan al bosque al atardecer, sus recuerdos fueron retornando a la caja vacía. En ese momento se le impusieron dos hechos incontrovertibles:

1) Eriko Fukada se había marchado.
2) Tengo Kawana todavía no había regresado.

En el piso de Tengo Kawana, en el tercero, no había nadie. La quietud reinaba en aquel espacio deshabitado y con las cortinas echadas. Nada rompía ese silencio, salvo el ocasional ruido del termostato de la nevera. Ushikawa se

imaginó vagamente la vivienda. Imaginarse un piso sin sus moradores se parecía mucho a imaginarse el mundo tras la muerte. De pronto le vino a la mente el extraño cobrador de la NHK que había llamado a la puerta con insistencia. Aunque había estado atento, no había visto al enigmático cobrador abandonar el edificio. ¿Y si por casualidad fuera un inquilino? O, quizás, alguno de los inquilinos que se hacía pasar por cobrador de la NHK para incordiar a sus vecinos. Pero, entonces, ¿por qué narices hacía algo así? Era una teoría retorcida, pero ¿de qué otra manera se podía explicar aquella extravagancia? Ushikawa no tenía ni idea.

Tengo Kawana se dejó ver por el portal ese mismo día, antes de las cuatro de la tarde. Antes de que el sol sabatino se pusiese. Llevaba un viejo cortavientos con el cuello levantado, una gorra azul marino y un bolso de viaje al hombro. Entró directamente en el edificio sin detenerse ni mirar a su alrededor. Ushikawa seguía un poco aletargado, pero su complexión corpulenta no le pasó inadvertida.

—¡Bienvenido a casa, señor Kawana! —murmuró mientras disparaba tres veces la cámara con el motor de arrastre—. ¿Cómo se encuentra su padre? Me imagino que estará usted cansado. Descanse. Está bien volver a casa. Aunque sea a este *miserable* edificio. Por cierto, durante su ausencia, la señorita Eriko Fukada ha hecho, como quien dice, las maletas y se ha marchado.

Su monólogo no alcanzó los oídos de Tengo. Ushikawa miró el reloj de pulsera y anotó en un cuaderno que tenía a mano: «15:56 h —Tengo Kawana regresa del viaje».

En el instante en que Tengo Kawana se dejaba ver en la entrada del edificio, en algún lado una puerta se abrió de par en par y Ushikawa sintió que volvía a la realidad. En cuestión de segundos, sus sentidos se aguzaron, como si el aire hubiera llenado un vacío, y una nueva vitalidad circuló por su cuerpo. Volvía a ser una pieza útil en el mundo exterior. *¡Clic!* Ése era el grato ruido que hacían las cosas cuando volvían a su cauce. La circulación sanguínea se le aceleró, distribuyendo por todo su cuerpo la cantidad de adrenalina que necesitaba. «¡Bien! Así me gusta», pensó Ushikawa. «Ésta es mi verdadera cara, y ésta es la verdadera cara del mundo».

Pasadas las siete, Tengo volvió a aparecer en el portal. Con el crepúsculo, se había levantado viento y el ambiente se había enfriado de golpe. Llevaba una cazadora de cuero sobre una sudadera y se había enfundado unos vaqueros desteñidos. Al salir, se detuvo y miró a su alrededor, como buscando algo. Pese a que también dirigió la mirada hacia el escondrijo de Ushikawa, no descubrió a quien lo observaba. «No es como Eriko Fukada», pensó Ushikawa. «Ella es *especial*. Ve lo que los demás no ven. Pero tú, Tengo, para bien o para mal, eres un tipo normal y corriente. No puedes verme».

Tras comprobar que nada había cambiado en el paisaje que lo rodeaba, Tengo se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello, metió las manos en los bolsillos y se alejó.

Al instante, Ushikawa se caló el gorro de punto, se puso la bufanda, se calzó y siguió a Tengo.

Como había previsto seguirle en cuanto apareciese, no tardó demasiado en prepararse. Seguirlo era una opción arriesgada, desde luego. Tengo lo reconocería al instante si lo viera. Pero ya había oscurecido y, si guardaba suficiente distancia, no lo descubriría tan fácilmente.

Tengo caminaba despacio, volviéndose hacia atrás de vez en cuando, pero Ushikawa tomaba precauciones para que no lo descubriera. Por lo que veía el detective, el corpulento novelista parecía pensativo. A lo mejor porque Fukaeri se había marchado. Por el rumbo que tomaba, debía de dirigirse a la estación. ¿Iría a subir a un tren? Si lo hacía, el seguimiento se complicaría. La estación estaba iluminada y los sábados por la noche no había demasiados pasajeros. Ushikawa llamaría demasiado la atención. En ese caso, lo más inteligente sería renunciar a seguirlo.

Sin embargo, Tengo no se dirigía allí. Al poco, dobló una esquina, alejándose de la estación, y, tras enfilar una calle desierta, se detuvo frente a un local llamado Cabeza de Cereal, una especie de bar frecuentado por jóvenes. Tengo comprobó la hora en su reloj y tras vacilar unos segundos entró. «Ca-be-za de Ce-re-al», leyó Ushikawa meneando la cabeza, «¡qué nombre tan absurdo para un negocio!».

Se detuvo detrás de un poste eléctrico y miró a su alrededor. Tengo seguramente querría tomarse una copa y comer algo. En ese caso, tardaría, como mínimo, media hora. Quizás incluso una hora. Ushikawa buscó con la mirada dónde matar el tiempo sin perder de vista la entrada del Cabeza de Cereal. Pero

cerca sólo había una lechería, una pequeña sala de reuniones de la Tenrikyo[40] y una tienda de arroz. Todas tenían la persiana echada. «¡Qué mala suerte!», se dijo Ushikawa. Un fuerte viento del noroeste impulsaba las nubes. Le asombraba que durante el día hubiera hecho un agradable calor. Ushikawa no concebía quedarse allí de pie sin hacer nada durante treinta minutos o una hora.

«Será mejor que me marche», decidió Ushikawa. «Tengo sólo va a beber y a comer algo. No hará falta que lo vigile». Pensó que él también podía tomar algo caliente en cualquier parte y luego volver al piso. Tengo regresaría poco después. Esa era la opción que más le atraía. Se imaginó comiéndose un *oyakodon*[41] en un restaurante calentito. Hacía días que no se llevaba al estómago nada sustancioso. Tampoco estaría mal pedir un poco de sake caliente; no recordaba desde cuándo no tomaba sake. Después, con el frío que hacía, con sólo salir y dar unos pasos se le iría la borrachera.

Pero también consideró otro panorama: quizá Tengo había quedado con alguien en el Cabeza de Cereal. No podía ignorar esa posibilidad. Tengo había salido del piso y se había dirigido directamente a ese local. Antes de entrar había consultado la hora. Quizás alguien lo esperaba dentro. O tal vez ese alguien estuviera a punto de llegar. Siendo así, Ushikawa debía averiguar *quién* era. Aunque se le helasen las orejas, no tenía más remedio que quedarse allí y vigilar. Al final, renunció con resignación al *oyakodon* y al sake caliente.

Tal vez se había citado con Fukaeri. Tal vez con Aomame. Esa posibilidad lo alentó. La perseverancia era, sin duda, una de sus cualidades. Si había una mínima posibilidad, se aferraba a ella y no la soltaba lloviera, hiciera viento, lo abrasase el sol o le arrearan con un palo. Porque si soltaba esa posibilidad, nadie sabía cuándo volvería a agarrarla. Y la experiencia le había enseñado que en el mundo existían sufrimientos mucho más terribles que el suyo en ese momento.

Apoyado en la pared y, escondido tras el poste eléctrico y un anuncio del Partido Comunista, Ushikawa fijó la vista en la puerta del Cabeza de Cereal. Se había subido la bufanda verde hasta la nariz y había metido las manos en los bolsillos del chaquetón. Aparte de sacarse del bolsillo un pañuelo de papel y sonarse de vez en cuando, no se movía. A ratos, el viento le traía las voces que anunciaban por megafonía la salida y la llegada de los trenes de la estación de Kōenji. Algunos transeúntes, al ver a Ushikawa oculto en las sombras, se ponían nerviosos y aceleraban el paso. Sin embargo, como estaba en una zona oscura,

no llegaban a verle el rostro. Su cuerpo rechoncho emergiendo de entre las sombras como un ornamento de mal agüero bastaba para asustarles.

¿Qué estaría bebiendo y comiendo Tengo? Cuanto más pensaba en eso, más hambre y frío tenía. Con todo, no podía frenar su imaginación. Le valdría cualquier cosa, aunque no fuese sake caliente u *oyakodon*. Quería meterse en cualquier sitio con calefacción a comer cualquier cosa. Lo que fuera, salvo seguir allí de pie a oscuras y a la intemperie, expuesto a las miradas recelosas de los transeúntes.

Pero no podía echarse atrás. No le quedaba más remedio que esperar congelándose a que Tengo terminara de comer y saliera. Ushikawa pensó en su casa en Chūōrinkan, en la mesa del comedor. Allí, cada noche había comida caliente, pero no recordaba qué solían comer. «¿Qué narices cenaba en aquella época?». Parecía que tratara de recordar una vida anterior. Hace mucho, mucho tiempo, a quince minutos andando de la estación de Chūōrinkan, en la línea Odakyū, había una casa recién construida y, en ella, una mesa con comida caliente. En esa casa, dos niñas tocaban el piano mientras un cachorro de perro con pedigrí correteaba por el césped del pequeño jardín.

Treinta y cinco minutos después, Tengo salió solo del local. «Podría haber sido mucho peor», se consoló Ushikawa. Habían sido unos largos y penosos treinta y cinco minutos, pero era mucho mejor que una larga y penosa hora. Aunque tenía el cuerpo helado, las orejas no habían llegado a congelársele. Mientras Tengo se hallaba en el Cabeza de Cereal, Ushikawa no había visto salir ni entrar a ningún cliente que hubiera llamado su atención. Tan sólo había entrado una pareja joven. Nadie había salido. Tengo debía de haberse tomado una copa a solas y habría picado algo ligero.

Igual que a la ida, Ushikawa lo siguió a una distancia prudente. Tengo parecía desandar sus pasos. Debía de tener la intención de regresar a su casa.

No obstante, de pronto se desvió y se adentró en una calle que a Ushikawa no le sonaba. Por lo visto, no regresaba directamente a casa. Vista desde atrás, aquella ancha espalda parecía sumida en sus pensamientos, como siempre. Quizá con mayor concentración que antes. Ya ni siquiera se volvía de vez en cuando. Ushikawa examinó lo que lo rodeaba, leyó los números que indicaban el área residencial e intentó memorizar el itinerario para poder recorrer el mismo

camino él solo en otra ocasión. Aunque no se orientaba bien en esa zona, al notar que el ruido incesante del tráfico, semejante a la corriente de un río, se había intensificado, supuso que se encontraban cerca de la circunvalación número siete. Entretanto, Tengo apretó el paso. Quizá se acercaba a su destino.

«No está mal», pensó Ushikawa. «Se dirige a *alguna parte*. Así me gusta. Eso significa que ha valido la pena seguirlo».

Tengo cruzó una calle residencial a paso ligero. Era un sábado por la noche y soplaba un viento frío. La gente estaba encerrada en sus hogares caldeados, sentada frente a la televisión con una bebida humeante en la mano. Apenas se veía un alma por la calle. Ushikawa lo seguía a suficiente distancia. «La verdad, no es tan difícil. Con su estatura y su corpulencia, no se me escaparía ni en medio de un gentío. Y, cuando camina, no se desvía ni se distrae; va con la cabeza gacha, tal vez siguiendo el hilo de algún pensamiento. Es un tipo franco y honrado, de los que no saben ocultar las cosas. Todo lo contrario que yo, por ejemplo».

A la mujer con la que se había casado también le gustaba ocultar cosas. No, no era que le gustase: es que no podía remediarlo. Si le preguntasen qué hora es, ni siquiera daría la hora correcta. En eso no se parecía a Ushikawa. El sólo ocultaba cosas en su trabajo, cuando lo obligaba la necesidad. Si alguien le pidiera la hora y no hubiera motivos para ser deshonesto, daría la hora correcta, sin duda. Y lo haría con amabilidad. Pero su esposa mentía compulsivamente, en cualquier situación y con respecto a cualquier cosa. Ocultaba con celo incluso lo que no hacía falta ocultar. Si le preguntaban su edad, llegaba a quitarse cuatro años. Ushikawa se enteró cuando fueron al registro civil para inscribir su matrimonio y vio los documentos, pero fingió no haberse dado cuenta y calló. No se explicaba cómo podía mentir en algo así, siendo tan evidente que en cualquier momento se descubriría. Además, a Ushikawa no le importaba la diferencia de edad que pudiera haber entre ambos. Había muchas otras cosas por las que preocuparse. ¿Qué más daba que su mujer le llevara siete años?

A medida que se alejaban de la estación, había cada vez menos transeúntes. Entonces, Tengo entró en un parquecillo. Un anodino parque infantil en un rincón de una zona residencial. Estaba desierto. «Lógico», pensó Ushikawa. «¿A quién le apetece pasar un rato en un parque infantil en una noche de diciembre, con un viento gélido e incesante?». Tengo pasó bajo la luz fría de la farola y se dirigió hacia un tobogán. Subió los peldaños y llegó a la cima.

Ushikawa lo observaba escondido detrás de una cabina telefónica. ¿Un

tobogán? Frunció el ceño. ¿Qué hacía un adulto subido a un tobogán en un parque infantil una noche heladora? No quedaba precisamente cerca de su piso. Había ido allí con *algún propósito*. No podía decirse que fuera un parque demasiado atrayente. Era minúsculo y estaba un poco abandonado. Un tobogán, unos columpios y un cajón de arena. Una farola que parecía haber iluminado repetidas veces el fin del mundo y un gran olmo de agua que se había quedado pelado. Unos baños públicos cerrados con candado y cubiertos de grafitis. Nada allí apaciguaría a nadie, nada estimularía la imaginación. Sí, tal vez, en una agradable tarde de mayo. Pero jamás en una noche ventosa de diciembre.

¿Se habría citado con alguien en el parque? ¿Estaría esperando a alguien? Ushikawa sospechaba que no. Nada en su comportamiento lo indicaba. Se había dirigido directamente al tobogán, sin prestar atención a los demás juegos. Daba la sensación de que no tenía nada más en mente que el tobogán. «*Tengo ha venido hasta aquí para subirse a ese tobogán*». Ésa era su impresión.

Quizá le gustase subirse a los toboganes a meditar. Tal vez no hubiese lugar más idóneo que un tobogán en un parque de noche para darle vueltas al argumento de una de sus novelas, o para reflexionar sobre fórmulas matemáticas. A lo mejor, cuanto más oscuro estaba a su alrededor, cuanto más frío era el viento, cuanto más deteriorado estuviese el parque, más estimulado se sentía su cerebro. Pero escapaba a la imaginación de Ushikawa qué y cómo pensaban los novelistas (o los matemáticos). Su mente, siempre práctica, sólo le decía que no había más remedio que observar pacientemente a Tengo. Las agujas del reloj marcaron las ocho en punto.

Tengo se había sentado en lo alto del tobogán, para lo que había tenido que doblar su corpachón. Y miraba al cielo. Al principio meneaba la cabeza de un lado a otro, hasta que su mirada se posó en un punto y ahí se quedó. Su cabeza no se movió ni un ápice.

Ushikawa recordó una sensiblera canción de Kyū Sakamoto[42], todavía en boga después de tantos años. En concreto, el principio, que decía: «Mira las estrellas de noche, las pequeñas estrellas…». El resto de la letra no se la sabía. Ni quería saberla. El sentimentalismo y el sentido de la justicia no eran su punto fuerte. ¿Miraría Tengo las estrellas desde la cima del tobogán por algún motivo sentimental?

Ushikawa probó a mirar al cielo del mismo modo. Pero no se veían estrellas. Decir que Kōenji, en Suginami, Tokio, no es el lugar más adecuado para

observar un cielo estrellado es quedarse cortos. Los rótulos de neón y el alumbrado de las calles iluminan toda la atmósfera tiñéndola de un extraño tono. Quizás, concentrándose mucho y aguzando la vista, se avistaría alguna estrella. Para colmo, esa noche había muchas nubes. A pesar de todo, Tengo, inmóvil, miraba a un punto determinado del cielo desde la cima del tobogán.

«¡Qué incordio de tipo!», pensó Ushikawa. ¿Qué necesidad había de contemplar el cielo en ese lugar y en esas condiciones? Sin embargo, no podía echárselo en cara a Tengo. Que Ushikawa lo vigilara y lo siguiera no era problema de Tengo. Nada por lo que, a raíz de ello, tuviera que pasar Ushikawa era culpa de Tengo. Éste, como todo ciudadano libre, tenía derecho a contemplar el cielo cuanto quisiera y desde donde quisiera en cualquier época del año.

«Aun así, hace un frío que pela», pensó Ushikawa. Hacía ya un rato que tenía ganas de orinar. Pero debía esperar, no le quedaba más remedio. Los aseos públicos estaban cerrados y, aunque nadie pasaba por allí, no podía ponerse a mear al lado de una cabina. «Tengo, ¿por qué no me haces el favor de largarte ya?», rogó Ushikawa mientras pateaba el suelo. «Aunque reflexiones, te pongas sentimental u observes los astros como si estuvieras en un observatorio, tú también debes de estar pasando frío. ¿Por qué no vuelves a casa y te calientas un poquito? A ninguno de los dos nos espera nadie en casa, pero allí se está mucho mejor que aquí con diferencia».

Pero Tengo no hacía amago de levantarse. Al cabo de un rato dejó de mirar al cielo y dirigió la vista hacia el edificio de apartamentos situado al otro lado de la calle. Un bloque nuevo de seis pisos en el que apenas la mitad de las ventanas estaban iluminadas. Tengo contemplaba concentrado aquel edificio. Ushikawa probó a observarlo también, pero nada le llamó particularmente la atención. Era un edificio como tantos otros. No se podía decir que fuese de lujo, pero sí lo bastante bueno para gente acomodada. Era de líneas elegantes, y los azulejos de la fachada no debían de ser baratos. El portal también contaba con un alumbrado excelente. No como el viejo edificio a punto de ser demolido en el que Tengo vivía.

¿Pensaría Tengo, mientras miraba el edificio, que le gustaría vivir en un lugar así, si pudiera? No, no lo creía. Por lo que Ushikawa sabía, Tengo no era de los que se preocupan por el lugar en que viven. Igual que no se preocupaba por su vestimenta. Seguro que no se sentía a disgusto en el modesto edificio en que vivía. Le bastaba con que tuviese techo y lo protegiese del frío. Así era él.

Encima del tobogán debía de estar dándole vueltas a alguna idea de una naturaleza muy distinta.

Tras observar las ventanas del edificio durante un rato, Tengo volvió otra vez la mirada hacia lo alto. Ushikawa lo imitó. Desde su escondrijo sólo divisaba la mitad del cielo, pues las ramas del olmo de agua, los cables eléctricos y los edificios obstaculizaban su visión. No sabía hacia qué punto exacto miraba Tengo. Un sinfín de nubes afluía, una tras otra, como un intimidante ejército.

Poco después, Tengo se irguió y, callado, se bajó del tobogán, como un piloto tras finalizar un duro y solitario vuelo nocturno. A continuación pasó bajo la luz de la farola de mercurio y abandonó el parque. Ushikawa, tras titubear, decidió no seguirlo. Estaba seguro de que regresaría a casa. Además, Ushikawa necesitaba mear. Cuando se aseguró de que Tengo había desaparecido, entró en el parque y orinó frente a unos arbustos, detrás de los aseos, a resguardo de miradas ajenas. Tenía la vejiga a punto de estallar.

Una vez terminada la meada, tan prolongada que a un largo tren de mercancías le habría dado tiempo de cruzar un puente de la línea ferroviaria, Ushikawa se abrochó la bragueta del pantalón y, con los ojos cerrados, exhaló un hondo suspiro de alivio. Las agujas de su reloj marcaban las ocho y diecisiete. Hacía quince minutos que Tengo había estado encima del tobogán. Después de comprobar una vez más que Tengo no andaba por allí, Ushikawa se dirigió hacia el tobogán y con sus cortas y arqueadas piernas subió los peldaños. Se sentó en lo alto del tobogán, que estaba helado, y dirigió la vista aproximadamente en la misma dirección que Tengo. Quería saber qué había contemplado con tanto empeño.

Ushikawa no tenía mala vista. A pesar de que el astigmatismo le descompensaba un poco la visión entre un ojo y otro, no tenía problemas en su vida diaria, y ni siquiera necesitaba gafas. Pero por más que se esforzó, no divisó ninguna estrella. Lo que llamó su atención, en cambio, fue una gran Luna en sus dos tercios que flotaba cerca del cénit. El satélite, con sus oscuras manchas semejantes a moratones, se recortaba nítidamente entre las nubes que cruzaban el cielo. La Luna invernal de siempre. Fría, pálida, evocadora y repleta de enigmas que hundían sus raíces en un pasado remoto. Pendía del cielo callada, sin pestañear, como los ojos de los muertos.

Instantes después, Ushikawa se quedó sin aliento. Por unos segundos se olvidó hasta de respirar. Advirtió que en un claro en medio de las nubes flotaba otra luna, a poca distancia de la Luna de siempre. Ésta era mucho más pequeña,

verdosa, como si estuviera cubierta de musgo, y un tanto deforme. Pero era una luna, no cabía duda. No existen estrellas tan grandes. Tampoco era un satélite artificial. Estaba fija.

Ushikawa cerró los ojos, aguardó unos segundos y volvió a abrirlos. Había sido una alucinación. *Algo así no podía existir*. Pero después de abrir y cerrar los ojos varias veces, la nueva pequeña luna seguía allí. Cuando venían nubes, se ocultaba tras ellas, pero luego reaparecía en el mismo lugar.

«*Esto es lo que Tengo contemplaba*», pensó Ushikawa. Tengo Kawana había ido a ese parque para observarlas o cerciorarse de que seguían allí. Tengo sabía desde hacía algún tiempo que del cielo pendían dos lunas. Mientras las contemplaba, su rostro no reflejaba sorpresa. Ushikawa suspiró hondo desde la cima del tobogán. «¿Qué mundo es éste?», se preguntó. «*¿En qué clase de mundo me he metido?*». No hubo respuesta. El viento arrastraba el ejército de nubes mientras en el cielo flotaban la Luna grande y la pequeña como en un acertijo.

«Solamente puedo afirmar una cosa: *éste no es el mundo en que yo estaba*. El mundo que yo conozco no tiene más que una luna. Es un hecho indudable. Ahora se ha duplicado».

Sin embargo, al cabo de un rato, Ushikawa se dio cuenta de que sentía una especie de *déjà vu*. «Yo he visto esto en alguna parte». Ushikawa se concentró y, desesperado, rebuscó en su memoria. Torció el gesto, enseñó los dientes, removió con sus manos el fondo de las aguas oscuras de su mente. Y al fin lo recordó: *La crisálida de aire*. En la novela se hablaba de un cielo con dos lunas. Una Luna grande y otra pequeña. Cuando la *móder* engendraba a la *dóter*, en el cielo flotaban dos lunas. Fukaeri había creado la historia y Tengo le había añadido algunos detalles.

Miró a su alrededor en un gesto mecánico. Pero ante sus ojos se extendía el mismo mundo de siempre. En las ventanas del edificio de seis pisos situado al otro lado de la calle, las cortinas blancas de encaje estaban echadas, con una luz apacible al fondo. No había nada extraño. *Sólo el número de lunas había cambiado*.

Bajó del tobogán con cuidado, mirando dónde pisaba. Luego salió a toda prisa del parque, como para escapar de la mirada de las lunas.

«¿Me estaré volviendo loco? No, no puede ser. Mi mente es como un clavo de acero novísimo: sólido, recto e imperturbable. Se clava con precisión y en el

ángulo correcto en el núcleo de la realidad. A mí no me pasa nada. Estoy en mi sano juicio. Es el mundo que me rodea el que ha enloquecido.

»Y debo descubrir el origen de esa locura. A toda costa».

20
AOMAME

Como parte de mi transformación

El domingo el viento cesó e hizo un día caluroso y apacible, todo lo contrario que la noche anterior. La gente dejó en casa sus pesados abrigos y disfrutó de la luz del sol. Aomame pasó la mañana como siempre: dentro del apartamento, con las cortinas echadas y ajena al tiempo que hacía en el exterior.

Mientras escuchaba a volumen bajo la *Sinfonietta* de Janáček, realizaba estiramientos y trabajaba sin piedad sus músculos valiéndose de los aparatos. Necesitó casi dos horas para completar el programa, que cada día aumentaba e iba perfeccionando. Luego cocinó, limpió el piso, se sentó en el sofá y leyó *En busca del tiempo perdido*. Por fin había llegado al volumen de *El mundo de Guermantes*. Intentaba mantenerse lo más ocupada posible. En la televisión sólo veía el noticiario de la NHK del mediodía y el de las siete de la tarde. Como de costumbre, no había ninguna gran noticia. O sí, sí las había. En el mundo muchas personas perdían la vida. Gran parte de esas personas, de una muerte dolorosa. Colisionaban trenes, se hundían ferris, se estrellaban aviones. Se prolongaban conflictos civiles sin visos de solución, se cometían asesinatos y se perpetraban cruentas matanzas entre etnias. El cambio climático producía sequías, inundaciones y hambrunas. Aomame sentía una gran lástima por todos aquellos que se veían envueltos en esas tragedias y calamidades. Pero, en cualquier caso, no estaba ocurriendo nada que pareciese ejercer una influencia directa sobre Aomame.

La chiquillería del barrio jugaba en el parque infantil al otro lado de la calle. Todos gritaban a la vez. También se oían los agudos graznidos de los cuervos posados sobre el tejado, en incansable diálogo unos con otros. El aire olía a ciudad a principios de invierno.

De pronto se dio cuenta de que, desde que vivía en ese apartamento, no había sentido deseo sexual ni una sola vez. Nunca le habían entrado ganas de acostarse

con alguien, ni se había masturbado. Quizá se debiera al embarazo. A lo mejor provocaba cambios en la segregación de hormonas. En cualquier caso, ella lo prefería así, ya que si le entraran ganas de acostarse con alguien, no podría conseguirlo de ninguna forma. Por otro lado, la alegraba que no le viniera la regla cada mes. Le parecía que se había deshecho de una carga que nunca le había resultado pesada, pero que había llevado largo tiempo a cuestas. Por lo menos agradecía tener un problema menos en que pensar.

La melena le había crecido mucho durante aquellos tres meses. En septiembre apenas le llegaba a los hombros y ahora casi le cubría los omóplatos. Como, de pequeña, su madre siempre le cortaba el pelo muy corto, y desde la escuela secundaria su vida siempre había girado alrededor del deporte, nunca lo había llevado tan largo. Le parecía un poco excesivo, pero no podía cortárselo ella misma, así que no tenía otro remedio que dejárselo crecer; sin embargo, se arreglaba el flequillo con unas tijeras. De día lo llevaba recogido y al anochecer se lo soltaba. Entonces se lo cepillaba cientos de veces, mientras escuchaba música. Algo impensable si no hubiera dispuesto de mucho tiempo libre.

Nunca había usado lo que se dice maquillaje y, por otra parte, siempre encerrada en el apartamento, tampoco lo necesitaba. Con todo, para mantener una rutina, se cuidaba la piel con esmero. La masajeaba con cremas y lociones limpiadoras y, antes de dormir, se ponía una mascarilla. Siempre había tenido un cuerpo sano, de modo que bastaba con cuidarlo un poco para que al instante su piel reluciera. Aunque a lo mejor se debía a que estaba embarazada. Había oído decir que la piel se volvía más bonita cuando una estaba encinta. En cualquier caso, cuando se contemplaba el rostro con la melena suelta frente al espejo, se sentía más guapa que antes. O se decía que, al menos, estaba alcanzando la serenidad propia de una mujer adulta. Tal vez fuera así.

Aomame nunca se había considerado guapa. Desde pequeña, nadie le había dicho que lo fuera ni una sola vez. Más bien, su madre daba por sentado que era una niña fea. «Si fueras más guapa…», solía decirle. Con eso quería decir que, si Aomame fuese más guapa, más bonita, atraerían muchos más creyentes para la Asociación de Testigos. Por eso Aomame siempre había evitado mirarse al espejo. Cuando debía hacerlo, se ponía frente al espejo, rápidamente comprobaba lo que debía comprobar, y se alejaba. Se había convertido en una costumbre.

Tamaki Ōtsuka le decía que le gustaban mucho sus facciones. «Están muy bien. Eres muy atractiva», le decía, «no te preocupes tanto. Deberías tener más

confianza en ti misma». A Aomame le hacía muy feliz oírselo decir. Las cálidas palabras de su amiga reconfortaban y tranquilizaban considerablemente a Aomame, que estaba entrando en la pubertad. La llevaron a pensar que a lo mejor no era tan fea como su madre le repetía una y otra vez. Pero ni siquiera Tamaki le había llamado nunca *guapa*.

Sin embargo, por primera vez en su vida, Aomame pensaba que quizá su rostro tuviera cierta belleza. Ahora era capaz de sentarse delante del espejo durante largo tiempo y contemplar su rostro con atención. No había en ese comportamiento ni una pizca de narcisismo. Examinaba el rostro reflejado en el espejo desde diversos ángulos, como si se tratase de otra persona. ¿Se había vuelto su semblante realmente bello? Quizá no se había producido ningún cambio en él, sino que era ella la que ahora lo veía de otra manera. Ni la propia Aomame lo sabía.

De vez en cuando, Aomame fruncía el ceño frente al espejo. En eso, su rostro no cambiaba. Los músculos faciales se estiraban en diferentes direcciones, de tal modo que las expresiones, hasta ahora contenidas, se desataban y liberaban de manera asombrosa. Todas las emociones del mundo manaban a borbotones. Entonces su rostro no era bello ni feo. Desde cierto ángulo, parecía el de un demonio, y desde otro ángulo el de un bufón. Y aun desde otro ángulo, sólo parecía un puro caos. Al dejar de arrugar la cara, sus músculos se aflojaban gradualmente, como cuando las ondas concéntricas sobre la superficie del agua se van debilitando, y volvían sus expresiones y sus facciones de siempre. Entonces Aomame se encontraba a sí misma, pero era una Aomame un tanto diferente a la de antes.

«¡Podrías sonreír con un poco más de naturalidad!», solía decirle Tamaki Ōtsuka. «Es una pena. ¡Con esas facciones tan dulces que tienes cuando sonríes!». Pero Aomame era incapaz de sonreír espontáneamente frente a los demás. Cuando forzaba la sonrisa, ésta se convertía en una mueca crispada y desdeñosa que, lejos de su propósito, sólo conseguía poner nerviosa a la otra persona y provocar incomodidad. Tamaki Ōtsuka, en cambio, era capaz de esbozar una sonrisa alegre y muy natural. Caía bien a todo el mundo y todos la trataban con confianza desde el primer encuentro. Al final, sin embargo, la frustración y la desesperanza la obligaron a quitarse la vida. Y dejó atrás a Aomame, que era incapaz de sonreír debidamente.

Era una tarde sosegada de domingo. Mucha gente había acudido al parque, llamada por la calidez de los rayos de sol. Los padres llevaban a los niños a jugar en el cajón de arena o los subían a los columpios. Otros niños se lanzaban por el tobogán. Unos ancianos sentados en un banco observaban incansables sus juegos. Aomame había salido al balcón y, sentada en la silla de jardín, los miraba un tanto abstraída por la rendija del antepecho de plástico. Una escena apacible. El mundo avanzaba sin incidentes. Nadie estaba amenazado de muerte, nadie perseguía a una asesina. La gente no escondía semiautomáticas cargadas con balas de nueve milímetros y envueltas en medias en los cajones de sus cómodas.

«¿Podré algún día formar parte de ese mundo tranquilo y racional?», se interrogaba. «¿Podré algún día ir al parque con *esta cosa pequeñita* de la mano, ver cómo se columpia y baja por el tobogán? ¿Existe esa posibilidad en el mundo de 1Q84? ¿O acaso sólo existe en algún otro mundo? Y lo más importante: ¿estará ese día Tengo a mi lado?».

Aomame dejó de observar el parque y volvió a entrar en el apartamento. Cerró la puerta acristalada y corrió las cortinas. Las voces de los niños dejaron de oírse. Una leve tristeza empañó su corazón. Estaba aislada de todo, confinada en un lugar cerrado con llave por dentro. «Ya basta de contemplar el parque de día», pensó. «Tengo no vendrá a estas horas. Lo que él desea es ver con claridad las dos lunas».

Tras tomar una cena ligera y lavar los platos y los cubiertos, salió al balcón bien abrigada. Se acomodó en la silla con las rodillas cubiertas con la manta. No hacía viento. Las nubes se extendían tenuemente por el cielo, en una estampa que sería un desafío para las finas pinceladas de un acuarelista. Una gran Luna en sus dos tercios proyectaba su clara luz sobre la Tierra, sin que la interceptaran las nubes. A esa hora, desde donde estaba Aomame todavía no se divisaba la segunda luna. Un edificio la ocultaba. Pero Aomame sabía que *estaba allí*. Percibía su presencia. Desde ese ángulo no se veía, pero pronto habría de mostrarse ante ella.

Desde que se escondía en ese piso, lograba que su mente se quedara en blanco. Podía vaciarla a su antojo, en particular cuando contemplaba el parque desde el balcón. Sus ojos vigilaban diligentemente el parque. Sobre todo el tobogán. Pero no pensaba en nada. Aunque no, seguro que su mente sí pensaba en algo, pero sus pensamientos siempre estaban latentes. Ella desconocía qué era lo que su mente pensaba. Sin embargo, regularmente se manifestaba. Del mismo modo que las tortugas marinas o los delfines salen a la superficie para respirar.

En esos momentos, descubría *lo que había estado pensando* hasta entonces. Al rato, su mente se llenaba los pulmones de oxígeno nuevo y volvía a sumergirse. Desaparecía de su vista. Y Aomame ya no pensaba en nada. Convertida en un dispositivo de vigilancia envuelto por un blando capullo, dirigía su mirada absorta hacia el tobogán.

Miraba el parque. Pero, al mismo tiempo, no miraba nada. Si algún elemento novedoso entrara en su campo visual, su mente respondería de inmediato. Sin embargo, de momento, nada sucedía. No soplaba la menor brisa y las oscuras ramas del olmo, extendidas en el aire como sondas, no se movían ni un ápice. El mundo se había quedado quieto. Miró el reloj. Ya eran más de las ocho. Puede que ese día también terminase sin ninguna novedad. Era una noche de domingo muy silenciosa.

A las ocho y veintitrés, el mundo dejó de permanecer inmóvil.

De pronto, vio a un hombre sobre el tobogán. Estaba allí sentado, mirando hacia un punto en el firmamento. El corazón de Aomame se achicó hasta adquirir el tamaño del puño de un niño. Su corazón permaneció encogido tanto tiempo que parecía que ya nunca más iba a latir. A continuación se hinchó de nuevo, recuperó su tamaño original y retomó su actividad. Con un ruido seco, distribuyó nueva sangre por todo el cuerpo a una velocidad casi endiablada. La conciencia de Aomame emergió rápidamente, provocándole un escalofrío, y se preparó para actuar.

«Es Tengo», pensó de manera instintiva.

Pero cuando su mirada oscilante se clavó en él, se dio cuenta de que no era él. Aquel hombre era bajo, como un niño, tenía el cráneo grande y cuadrado y llevaba un gorro de punto. El gorro se deformaba de un modo extraño, adaptándose a su cabeza. Llevaba una bufanda verde enrollada y una pieza de abrigo azul marino. La bufanda era demasiado larga y el abrigo le abultaba en el vientre de tal forma que parecía que los botones iban a estallar. Aomame se percató de que era el «niño» que había visto de refilón la noche anterior cuando abandonaba el parque. Pero no era un niño. Era un adulto, probablemente de mediana edad, sólo que bajo, rechoncho y paticorto. Además, su cabeza era muy grande y deforme.

De repente recordó al «cabezón» del que le había hablado Tamaru. El hombre que merodeaba alrededor de la Villa de los Sauces en Azabu y que

investigaba sobre la casa de acogida. El aspecto de aquel hombre subido al tobogán se correspondía con el que Tamaru le había descrito por teléfono. Aquel tipo siniestro había seguido recabando informaciones con tenacidad y, sigilosamente, se había ido acercando a ella. «Debo ir a por la pistola. ¿Por qué precisamente esta noche la he dejado en el dormitorio?». Pero respiró hondo y trató de calmar su corazón alterado y los nervios. «No, no te precipites. Todavía no la necesitas».

Para empezar, el hombre no observaba el edificio de Aomame. Estaba sentado en la cima del tobogán, mirando al cielo en la misma postura que Tengo. Y parecía reflexionar sobre lo que veía. Permaneció largo tiempo inmóvil. Como si hubiera olvidado cómo mover su cuerpo. No prestaba ninguna atención a la vivienda de Aomame. Eso la dejaba desconcertada. «¿Qué demonios sucede? Este hombre ha venido siguiéndome el rastro. Quizá sea miembro de la organización. Es listo, no hay duda, me ha seguido el rastro desde la mansión de Azabu hasta aquí. No obstante, ahora que me tiene indefensa delante de sus narices, se distrae y se pone a mirar al cielo».

Aomame se levantó sin hacer ruido, abrió un poco la puerta acristalada, entró en el piso y se sentó frente al teléfono. Con dedos temblorosos empezó a marcar el número de Tamaru. Fuera como fuese, debía decírselo: «Ahora mismo estoy viendo al cabezón desde mi piso. Está subido a un tobogán, en el parque infantil al otro lado de la calle». Del resto ya se ocuparía él. Pero tras marcar las cuatro primeras cifras, se detuvo y se mordió el labio, aún con el auricular firmemente sujeto.

«*Es demasiado pronto*», pensó. «Existen demasiadas incógnitas en torno a este hombre. Si Tamaru se “encargase” de él sin más, por ser un elemento peligroso, seguramente las incógnitas nunca dejarían de ser incógnitas. Bien pensado, está actuando igual que Tengo cuando acudió al parque. El mismo tobogán, la misma postura, el mismo rincón del cielo. Como si lo imitara. Él también debe de haberse fijado en las dos lunas. En ese caso, puede que exista alguna conexión entre él y Tengo. Quizá todavía no sepa que me escondo en este apartamento. Por eso está así, desprotegido, de espaldas a mí. Cuanto más lo pienso, más me convence esta explicación. Tal vez siguiéndolo podría llegar hasta Tengo. Paradójicamente, me serviría de guía». Al pensar en ello, el corazón le latió cada vez con más fuerza y rapidez. Colgó el auricular.

Decidió que lo avisaría más tarde. Antes debía hacer algo. Algo que conllevaba riesgos, por supuesto. Porque iba a seguir a quien la seguía. Y éste

seguramente era un experto. Pero no por eso debía desaprovechar aquella pista. «Quizá sea mi última oportunidad». Y, por lo visto, en ese momento el hombre no estaba al acecho.

A toda prisa se dirigió al dormitorio y sacó la Heckler & Koch del cajón de la cómoda. Le quitó el seguro, envió una bala a la recámara con un ruido seco y volvió a ponérselo. Se metió el arma entre la cinturilla trasera de los pantalones y su propio cuerpo y volvió al balcón. El cabezón seguía mirando al cielo en la misma postura. Su cabeza deforme no se había movido ni un pelo. Parecía cautivado por lo que se veía en ese rincón del cielo. Aomame lo comprendía. *Ciertamente, era un espectáculo cautivador*.

Volvió adentro, se puso el plumífero y se caló una gorra de béisbol. Además, se puso unas gafas sin graduar de montura negra. Con eso, su cara cambiaba bastante. Se enrolló un fular gris alrededor del cuello. Salió del piso y guardó el monedero y las llaves en el bolsillo. Bajó corriendo las escaleras y salió por el portal. Las suelas de sus zapatillas de deporte pisaron el asfalto sin hacer ruido. Esa sensación de pisar suelo firme, que hacía tiempo que no experimentaba, le dio coraje.

Mientras caminaba por la calle, Aomame comprobó que el cabezón seguía en el mismo lugar. Una vez puesto el sol, la temperatura había bajado considerablemente, pero seguía sin soplar viento. Hacía un frío más bien agradable. Mientras el aliento que exhalaba se condensaba debido al frío, atravesó con sigilo la calle hasta llegar al parque, siempre tratando de no hacer ruido. El cabezón no prestaba atención al área en que se encontraba ella. Su vista apuntaba recto del tobogán al cielo. Aunque desde la posición de Aomame no se veía, en el otro extremo de la mirada del hombre debían de estar la Luna grande y la pequeña. Seguro que se alineaban, la una arrimada a la otra, en aquel cielo helado y sin nubes.

Tras pasar el parque de largo e ir hasta la otra punta, dio media vuelta y retrocedió. Entonces se escondió en las sombras y acechó el columpio. A su espalda, en la cintura, notaba el tacto de la pistola. Un tacto, duro y gélido como la muerte misma, que le templaba los nervios.

Esperó durante unos cinco minutos. El cabezón se incorporó lentamente, se sacudió el polvo del abrigo y, tras mirar de nuevo hacia el cielo, bajó los peldaños del tobogán con aire resuelto. Luego se alejó del parque y echó a andar

hacia la estación. Seguirle los pasos no era difícil. En esa zona residencial, los domingos por la noche no había ni un alma, de modo que no tenía que preocuparse por perderlo de vista aunque lo siguiera de lejos. Además, él no parecía abrigar la menor sospecha de que alguien pudiera seguirlo. Caminaba a un ritmo regular, sin volver la vista atrás. El ritmo al que suele caminar la gente mientras piensa. «¡Qué ironía!», se dijo Aomame. «El que siempre sigue a otros nunca cree que pueden seguirlo a él».

Pronto se hizo evidente que el cabezón no se dirigía a la estación de Kōenji. Aomame había memorizado bien toda el área aledaña a su edificio valiéndose del mapa de los veintitrés grandes barrios de Tokio que tenía en casa. Necesitaba saber lo que había en cada rincón, por si se presentaba una emergencia. Por eso supo que al principio se encaminaba a la estación de tren; sin embargo, luego tomó otra dirección. También se dio cuenta de que el cabezón no se orientaba bien en aquella zona. Se detuvo dos veces en una esquina, miró a su alrededor, inseguro, y comprobó dónde estaba en los letreros que había en los postes eléctricos. Allí, él era un foráneo.

Al poco rato, sus pasos se aceleraron. Aomame supuso que había llegado a una zona cuyas calles le resultaban conocidas. En efecto. Tras pasar frente a la escuela primaria municipal y avanzar un rato por una calle no muy amplia, entró en un viejo edificio de cuatro plantas.

Cuando el hombre desapareció por el portal, Aomame decidió esperar cinco minutos. Lo que menos deseaba era toparse con él en la entrada. El portal tenía un sobradillo de hormigón con una lámpara redonda que arrojaba una luz amarillenta. Por lo que pudo comprobar, no había nada semejante a una placa o letrero del edificio. Tal vez no tuviese nombre. En todo caso, parecía que habían pasado muchos años desde su construcción. Aomame memorizó la dirección marcada en un poste eléctrico.

Pasados cinco minutos, se dirigió hacia el portal. Pasó rápidamente bajo la luz amarilla y abrió la puerta de la entrada. No había nadie en el pequeño vestíbulo. Era un espacio vacío, inhóspito. Una lámpara halógena, ya en las últimas, producía un tenue chisporroteo. Se oía el sonido de un televisor. También los chillidos de un niño pequeño pidiéndole algo a su madre.

Aomame sacó la llave de su piso del bolsillo del plumífero para que, si alguien la veía, pensasen que vivía allí y, con ella en mano, agitándola ligeramente, fue leyendo las placas de los buzones. Puede que una de ellas

correspondiese al cabezón. No se hacía demasiadas ilusiones, pero merecía la pena intentarlo. Era un edificio pequeño, de modo que no habría demasiados inquilinos. Poco después, en el preciso instante en que leyó el apellido Kawana en uno de los buzones, se apagaron todos los sonidos que había a su alrededor.

Aomame se quedó petrificada delante del buzón. El aire que la rodeaba se enrareció, hasta el punto de que le costaba respirar. Sus labios se entreabrieron y temblaron ligeramente. Llevaba un buen rato así cuando se dio cuenta de que era un comportamiento estúpido y arriesgado. El cabezón rondaba cerca, en alguna parte. Podría aparecer por el portal en cualquier momento. Pero ella era incapaz de separarse de ese buzón. El pequeño letrero que rezaba «KAWANA» paralizó su capacidad de razonar y le heló el cuerpo.

Naturalmente, nada indicaba que ese Kawana fuese Tengo Kawana. No se trataba de un apellido corriente, pero no era tan raro como, por ejemplo, «Aomame». No obstante, si existía alguna relación entre el cabezón y Tengo, como ella suponía, había muchas probabilidades de que aquel «Kawana» fuese Tengo Kawana. El número del piso era el 303. Casualmente, el mismo número que el apartamento en que ella vivía ahora.

¿Qué podía hacer? Aomame se mordió el labio con fuerza. Su mente giraba ininterrumpidamente dentro de un circuito. No encontraba la salida. ¿Qué podía hacer? Cualquier cosa excepto quedarse quieta delante del buzón. Armándose de valor, subió hasta la tercera planta por las desangeladas escaleras de hormigón. A trechos, el suelo oscuro mostraba pequeñas grietas debidas a un desgaste de muchos años. La suela de sus zapatillas de deporte producía un ruido áspero.

Aomame se detuvo delante del apartamento número 303. Una puerta de acero con una tarjeta impresa con la palabra «Kawana» metida en una plaquita. De nuevo, sólo el apellido. Los dos ideogramas que lo componían se le antojaron extremadamente fríos, inorgánicos. Pero, al mismo tiempo, parecían contener un profundo misterio. Aomame se quedó allí de pie, atenta a cualquier ruido. Aguzó todos sus sentidos. Pero no se oía nada al otro lado de la puerta. Tampoco se veía luz. Junto a la puerta había un timbre.

Se sintió confusa. Mordiéndose el labio, dudó.

«¿Debo llamar al timbre?

»Tal vez sea una ingeniosa celada. A lo mejor el cabezón me espera escondido al otro lado, con una abominable sonrisa en la cara, como un enano malvado en un bosque oscuro. Se dejó ver sobre el tobogán, me atrajo hasta aquí y ahora pretende apresarme. Sabe que busco a Tengo y lo utiliza como cebo. Es

un hombre ruin y astuto. Y conoce mi punto débil. Era la única manera, sin duda, de hacerme abrir la puerta desde dentro».

Aomame comprobó que no había nadie a su alrededor y sacó la pistola de la parte trasera de los pantalones. Le quitó el seguro y la metió en el bolsillo del plumífero de tal manera que le permitiera sacarla al instante. Con la mano derecha la empuñó y colocó el índice sobre el gatillo. Entonces pulsó el timbre con la mano izquierda.

Se oyó cómo resonó lentamente dentro del piso. Su lentitud contrastaba con el ritmo acelerado de sus latidos. Esperó a que la puerta se abriese con el arma apuntada hacia allí. Pero la puerta no se abrió. Tampoco parecía que alguien estuviera echando un vistazo por la mirilla. Esperó otro poco y volvió a llamar. El timbre resonó otra vez. Tan alto que seguro que todos los vecinos del área de Suginami debían de haber erguido la cabeza y prestado atención. La mano derecha de Aomame sudaba ligeramente sobre la empuñadura de la pistola. Sin embargo, nadie salía a abrir.

«Será mejor que me largue. Sea quien sea, el tal Kawana del 303 no está en casa. Y, ahora mismo, ese cabezón siniestro se esconde en algún rincón de este edificio. Quedarme más tiempo es peligroso». Bajó deprisa las escaleras y, tras mirar los buzones de reojo, salió del edificio. Tapándose la cara con el fular, cruzó rápidamente bajo la luz amarillenta y salió a la calle. Se volvió y comprobó que nadie la seguía.

Debía pensar en muchas cosas. Tantas como las que debía decidir. Le puso el seguro a la pistola a tientas. Luego se la metió otra vez detrás, en la cintura de los vaqueros, de forma que no se notara por fuera. Aomame intentó convencerse a sí misma de que no podía hacerse demasiadas ilusiones. No debía esperar gran cosa. «Puede que ese inquilino llamado Kawana sea Tengo, o puede que no. Cuando brotan esperanzas, el corazón se aprovecha y empieza a actuar por su cuenta. Y cuando las esperanzas se ven defraudadas, llega la desesperación, y la desesperación llama al desaliento. Una se confía y baja la guardia. En este momento, eso es lo más peligroso para mí.

»Desconozco cuánto sabe ese cabezón. Pero el verdadero problema es que se ha acercado demasiado a mí, tanto que puede alcanzarme con sólo estirar el brazo. Debo ser precavida y mantenerme alerta. Es un tipo cauto y peligroso. El más mínimo error podría ser fatal. En primer lugar, no puedo acercarme así como así a este viejo edificio. No hay duda de que él se esconde en alguna parte

y está fraguando alguna artimaña para atraparme. Como una venenosa araña hematófaga que teje su tela en la oscuridad».

De regreso a su piso, Aomame ya había tomado una decisión. Sólo había una única vía.

Esta vez marcó el número de Tamaru hasta el final. Tras dejar sonar doce tonos, colgó. Se quitó la gorra y el abrigo, guardó la pistola en el cajón de la cómoda y bebió dos vasos de agua. Llenó una tetera de agua y la puso a hervir para prepararse un té. Echó un vistazo al parque, al otro lado de la calle, por entre las cortinas, y comprobó que no había nadie. Se peinó el cabello con un cepillo frente al espejo del cuarto de baño. Aun así, los dedos de sus manos todavía se movían con cierta torpeza. Seguía nerviosa. Cuando estaba vertiendo el agua caliente sobre el té, sonó el teléfono. Era Tamaru, naturalmente.

—He visto al cabezón hace poco —dijo Aomame.

Se hizo un silencio.

—«Hace poco»… ¿Quieres decir que ya no está ahí?

—Eso es —contestó Aomame—. Hace poco estaba en el parque que hay enfrente del edificio. Pero ya no está.

—Pero ¿hace cuánto que no está?

—Unos cuarenta minutos.

—¿Cómo no me has llamado antes?

—Tenía que seguirlo de inmediato y no me dio tiempo.

Tamaru exhaló un lento suspiro, como si, más que soltarlo, lo exprimiese.

—¿Lo seguiste?

—Es que no quería perderlo de vista.

—Creía que te había dicho que no salieras bajo ningún concepto.

Aomame midió cuidadosamente sus palabras.

—No podía quedarme sentada mirando cómo me rondaba el peligro. Aunque me hubiera puesto en contacto contigo, no habrías podido acudir de inmediato. ¿No es así?

Tamaru emitió un pequeño ruido desde el fondo de la garganta.

—Entonces seguiste al cabezón.

—No parecía imaginar que alguien lo seguía a él.

—Un profesional sabe *fingir* —dijo Tamaru.

Tenía razón. Ella ya había pensado que podía tratarse de una celada. Pero no

podía reconocerlo ante Tamaru.

—Tú sí que habrías sabido fingir, desde luego. Pero, por lo que he visto, el cabezón no llega a ese nivel. Quizá sea bueno, pero no tanto como tú.

—A lo mejor había alguien más, de apoyo.

—No. Iba solo, sin duda alguna.

Tamaru hizo una breve pausa.

—Está bien. ¿Y pudiste comprobar adonde se dirigía?

Aomame le dio la dirección del edificio y se lo describió. No sabía en qué piso había entrado. Tamaru lo anotó todo. Le hizo algunas preguntas y Aomame respondió con la mayor precisión posible.

—Cuando lo viste, estaba en el parque que hay delante del edificio, ¿no?

—Sí.

—¿Qué hacía allí?

Aomame se lo contó: el hombre había estado un buen rato mirando al firmamento, subido al tobogán. Por supuesto, no mencionó lo de las dos lunas.

—¿Miraba al cielo? —dijo Tamaru. Al otro lado de la línea se oyó cómo su mente aumentaba el número de revoluciones.

—El cielo, la Luna, las estrellas o algo así.

—Y se quedó allí arriba, sin protección, exponiéndose a todo.

—Eso es.

—¿No te parece raro? —dijo Tamaru. Tenía una voz dura y seca que a Aomame le recordaba una de esas plantas del desierto que pueden sobrevivir todo el año con un solo día de lluvia—. Él te perseguía. Estaba a un paso de ti. Un trabajo impresionante. Y entonces se pone a mirar alegremente el cielo desde un columpio. Ni siquiera presta atención a tu apartamento. Si quieres saber mi opinión, es demasiado absurdo.

—Sí, no tiene pies ni cabeza. Yo también pensé lo mismo. Aun así, no podía dejarlo escapar.

Tamaru suspiró de nuevo.

—Sigo pensando que era demasiado arriesgado.

Aomame se quedó callada.

—¿Aclaraste algo siguiéndolo? —le preguntó Tamaru.

—No —dijo ella—. Pero vi algo que me escamó.

—¿El qué?

—Mirando los buzones del portal, vi que en el tercero vive un tal Kawana.

—¿Y?

—¿Conoces esa novela, *La crisálida de aire*, que se convirtió en un *best seller* en verano?

—Yo también leo el periódico. La autora, Eriko Fukada, es hija de un miembro de Vanguardia. Ella desapareció y se sospecha que la organización la ha raptado. La policía abrió una investigación. Todavía no he leído el libro.

—Eriko Fukada no es simplemente la hija de un miembro. Su padre era el líder de Vanguardia. Es decir, la hija del hombre al que mandé *al otro lado* con estas manos. Y Tengo Kawana es el negro que el editor contrató para corregir y darle un buen retoque a la obra. El libro, de hecho, es una colaboración entre los dos.

Un largo silencio descendió sobre ellos. El tiempo que se necesita para ir andando hasta el otro extremo de una habitación larga y estrecha, buscar algo en un diccionario y regresar. A continuación, Tamaru se pronunció:

—No existe ninguna prueba de que ese tal Kawana sea Tengo Kawana.

—Por el momento, no —reconoció Aomame—. Pero tendría cierta lógica que fuera él.

—Algunas cosas encajarían, sí —dijo Tamaru—. Pero ¿cómo sabes tú que Tengo Kawana es el negro que está detrás de *La crisálida de aire*? Si se supiera, imagino que se armaría un buen escándalo.

—Se lo oí al propio líder. Me lo contó antes de morir.

La voz de Tamaru se volvió un grado más fría.

—Deberías habérmelo dicho antes, ¿no crees?

—En ese momento no pensé que fuera tan importante.

Volvió a hacerse el silencio. Aomame ignoraba si Tamaru lo aprovechaba para pensar en algo. Sin embargo, ella sabía que no le gustaban las excusas ni justificaciones.

—De acuerdo —dijo Tamaru poco después—. Dejémoslo estar. Ahora vayamos al grano. Resumiendo, lo que quieres decir es que el cabezón podría haberse centrado en Tengo Kawana. Tirando del hilo, habría dado con tu paradero.

—Sí, así lo veo yo.

—No lo entiendo —dijo Tamaru—. ¿Por qué utiliza a Tengo Kawana para buscarte? ¿Existirá algún vínculo entre Tengo Kawana y tú? Aparte de que tú te hayas deshecho del padre de Eriko Fukada y él sea el negro de su novela…

—Existe un vínculo —dijo Aomame con una voz desprovista de entonación.

—¿Quieres decir que mantenéis una relación?

—Fuimos a la misma clase durante la escuela primaria. Y quizá sea el padre de la criatura que voy a dar a luz. Pero no puedo darte más explicaciones. Es algo muy personal…

A través del teléfono se oyeron los golpecitos de la punta de un bolígrafo contra una mesa. Nada más.

—Algo personal —repitió Tamaru, con una voz como si hubiera descubierto un animal poco común encima de una piedra plana decorativa para jardín.

—Lo siento —dijo Aomame.

—Lo entiendo. Es algo muy personal. No te haré más preguntas sobre eso —dijo Tamaru—. Entonces, ¿qué necesitas de mí exactamente?

—Primero, me gustaría saber si el Kawana del buzón es Tengo Kawana. Me gustaría comprobarlo por mí misma, pero me parece demasiado peligroso acercarme a ese edificio.

—Efectivamente —dijo Tamaru.

—Además, puede que el cabezón esté escondido, tramando algo. Si está a punto de descubrir mi domicilio, habrá que tomar medidas.

—Ese tipo sabe que existe una conexión entre tú y *Madame*. Está siguiendo todas las pistas con cuidado para averiguarlo todo. Está claro que no podemos dejarlo suelto.

—También quiero pedirte otro favor —dijo Aomame.

—Dime.

—Si ese Kawana fuese Tengo Kawana, te pido que no le hagas ningún daño. Si tuvieras que hacerle daño a alguien, me ofrezco para cambiarme por él.

Tamaru guardó silencio un buen rato. Esta vez no se oyeron golpéenos de bolígrafo. No se oyó nada. Reflexionaba en un mundo insonoro.

—De los dos primeros asuntos creo que puedo encargarme —dijo Tamaru—. Forman parte de mi trabajo. En cuanto al tercero, no puedo asegurarte nada. Hay circunstancias personales de por medio y demasiados elementos que desconozco. Además, sé por experiencia que no va a ser fácil despachar todo de una sola vez. Hay prioridades, nos guste o no.

—No importa. Sigue tu orden de prioridades. Pero quiero que te metas algo en la cabeza: debo encontrarme con Tengo. Porque hay algo que necesito transmitirle.

—Me lo meteré en la cabeza, como dices —dijo Tamaru—. Siempre y cuando quede espacio libre…

—Gracias —dijo Aomame.

—Debo comentarle a *Madame* todo lo que hemos hablado. Es un asunto delicado. No puedo actuar por mi cuenta. De momento, vamos a colgar enseguida. No vuelvas a salir. Enciérrate con llave. Salir podría traer complicaciones. Quizá todo se haya complicado ya.

—Pero gracias a eso he podido seguirlo y averiguar alguna cosa.

—Está bien —dijo resignado Tamaru—. Por lo que me has contado, parece que en principio no es para alarmarse, lo reconozco. Pero no te confíes. No sabemos exactamente qué está tramando. Y, si analizas la situación, seguro que la organización está detrás. Todavía tienes lo que te conseguí, ¿no?

—Claro.

—De momento, mantenlo alejado de tus manos.

—Lo haré.

Tras una breve pausa, la línea se cortó.

Aomame se sumergió en la bañera llena de agua caliente y pensó en Tengo mientras entraba en calor. En el Tengo que tal vez vivía en ese apartamento del viejo edificio de cuatro plantas. La anodina puerta de acero y la tarjeta metida en la ranura se perfilaron en su mente.

El apellido «Kawana» impreso en ella. ¿Cómo sería el piso y qué tipo de vida se llevaría al otro lado de la puerta?

Dentro del agua caliente, colocó las manos sobre sus pechos y probó a frotarlos lentamente. Los pezones se hincharon y se pusieron más duros que nunca. Se habían vuelto muy sensibles. Aomame pensó que le gustaría que aquellas manos fueran las de Tengo. Se imaginó las palmas de sus manos, amplias y gruesas. Seguro que eran fuertes y cariñosas. Si las manos de Tengo envolviesen sus pechos, sentiría un profundo gozo, y también tranquilidad. Luego, Aomame se dio cuenta de que los pechos le habían crecido un poco. No era una ilusión. Era evidente que se habían hinchado y que la curva que dibujaban se había vuelto más suave. Quizá se debiera al embarazo. «O a lo mejor *han crecido*, independientemente del embarazo. Como parte de mi transformación».

Se llevó las manos al vientre. Todavía no estaba muy hinchado. Y, por alguna razón, todavía no había tenido náuseas. Pero dentro palpitaba esa cosa pequeñita. Ella lo sabía. «¿Y si *ellos* no fuesen detrás de mí, sino de *esta cosa pequeñita*? ¿No querrán arrebatármela como castigo por haber asesinado al líder?». La idea

le provocó un escalofrío. «Debo ver a Tengo, como sea». De nuevo, se reafirmó en su propósito. «Debemos aunar nuestras fuerzas para proteger a *esta cosa pequeñita*. Ya me han quitado demasiadas cosas importantes en mi vida. Esto no se lo voy a entregar a nadie».

Se metió en la cama y leyó durante un rato. Pero no lograba conciliar el sueño. Cerró el libro y, suavemente, se hizo un ovillo para proteger la zona del vientre. Con la mejilla hundida en la almohada, pensó en la Luna que flotaba en el cielo sobre el parque. Y, a su lado, la pequeña luna verde. *Mother* y *daughter*. El resplandor de las dos se mezclaba y bañaba las ramas deshojadas del olmo de agua. A esa hora, Tamaru debía de estar trazando un plan para resolver la situación; su mente giraba a toda velocidad. Aomame se lo imaginó con el ceño fruncido y golpeando con el bolígrafo sobre la mesa. Al poco tiempo, un suave paño de sueño la envolvió, tal vez provocado por aquel ritmo incesante y monótono.

21
TENGO

En algún lugar de su mente

Sonó el teléfono. Los dígitos del despertador indicaban que eran las dos y cuatro minutos. Lunes, dos y cuatro minutos de la madrugada. A su alrededor reinaba la oscuridad y, segundos antes, él dormía profunda y apaciblemente y sin soñar con nada.

Primero pensó que podía ser Fukaeri. A esa hora tan disparatada, no le extrañaría que fuese ella. Al rato, el rostro de Komatsu se perfiló en su mente. Él tampoco era muy razonable en lo que se refería a horarios. Pero no parecía Komatsu. Sonaba de un modo insistente y pragmático. Además, apenas habían pasado unas horas desde que se habían visto y habían hablado largo y tendido.

Una de las opciones era ignorar la llamada y dormir. Eso era, sin duda, lo que deseaba hacer. Pero el teléfono no dejaba de sonar, como para no dar más opciones. Se levantó de la cama y, después de tropezar con algo, cogió el auricular.

—¿Diga? —preguntó Tengo todavía con la mente espesa. Parecía que, en vez de sesos, tuviera una lechuga congelada dentro de la cabeza. Hay quien no sabe que no se puede congelar la lechuga; una vez descongelada, deja de ser crujiente, con lo que pierde una de sus cualidades más atractivas.

Al acercar el auricular al oído, oyó como una ráfaga de viento. Una racha caprichosa que soplaba en un valle angosto, erizando ligeramente el pelaje de unos bellos ciervos que, agachados, bebían del agua cristalina de un arroyo. Pero no era viento. Era la respiración de una persona amplificada por el aparato telefónico.

—¿Diga? —repitió Tengo. Quizá fuese una broma. O quizá la línea estuviera en mal estado.

—¿Hola? —dijo alguien. Era una voz femenina desconocida. No se trataba de Fukaeri. Tampoco de aquella mujer mayor que él.

—¿Diga? —dijo Tengo—. Soy Kawana.

—Tengo —dijo ella. Parecía que por fin la conversación arrancaba. Sin embargo, todavía no sabía quién era su interlocutora.

—¿Quién es?

—Kumi Adachi —dijo la mujer.

—¡Ah, eres tú! —exclamó Tengo. Kumi Adachi, la joven enfermera que vivía en un edificio desde el que se oía ulular al búho—. ¿Qué ocurre?

—¿Estabas durmiendo?

—Sí —contestó Tengo—. ¿Y tú?

La pregunta carecía de sentido: alguien dormido no puede llamar por teléfono. ¿Cómo le preguntaba semejante estupidez? Seguro que era culpa de la lechuga congelada que llevaba en la mollera.

—Estoy de guardia —respondió ella, y carraspeó—. Escucha, el señor Kawana acaba de fallecer.

—El señor Kawana ha fallecido —dijo Tengo sin comprender bien. ¿Era posible que alguien estuviera comunicándole su propia muerte?

Kumi Adachi probó a decírselo con otras palabras:

—Tu padre ha exhalado su último aliento.

Tengo, sin saber por qué lo hacía, se pasó el auricular de la mano derecha a la mano izquierda.

—Ha exhalado su último aliento —volvió a repetir él.

—Yo estaba echada en la sala de descanso cuando, pasada la una de la madrugada, ha sonado el timbre de llamada de una de las habitaciones. Era el timbre de la habitación de tu padre. Me extrañó porque tu padre estaba inconsciente y no podía haberlo pulsado, pero de todas formas fui a mirar. Cuando llegué, ya había dejado de respirar. No tenía pulso. Desperté al médico de guardia, que trató de reanimarlo, pero no sirvió de nada.

—O sea, ¿que mi padre pulsó el timbre?

—Podría ser. Porque no había nadie más.

—¿De qué ha muerto, exactamente? —preguntó Tengo.

—Eso yo no puedo decírtelo, pero parece que no sufrió. Tenía un semblante muy sereno. No sé cómo explicarlo… Era como una hoja caída de un árbol a finales de otoño, a pesar de no hacer viento. Pero quizá no me explique muy bien…

—Te explicas perfectamente —dijo Tengo—. Y me alegro de que haya muerto así.

—¿Puedes venir hoy?

—Creo que sí. —El lunes reemprendía las clases en la academia, pero había fallecido su padre y su ausencia estaba justificada—. Cogeré el primer expreso. Creo que puedo estar ahí antes de las diez.

—Te lo agradezco, porque hay bastantes trámites que hacer.

—Trámites —dijo Tengo—. ¿Debo llevar ya algo preparado?

—¿Eres el único familiar del señor Kawana?

—Eso creo.

—Entonces, trae tu sello legal[43]. Puede que haga falta. Ah, ¿y tienes el certificado del sello?

—Creo que tenía una copia.

—Tráela también por si acaso. Creo que no necesitas nada más, porque tu padre lo dejó todo preparado.

—¿Lo dejó todo preparado?

—Sí. Al parecer, cuando todavía estaba consciente, lo dejó todo bien indicado: desde la clase de entierro que quería, hasta dónde deben depositarse las cenizas, pasando por la ropa que debían ponerle en el funeral. Era una persona muy previsora. O práctica, quizás.

—Sí, así era él —confirmó Tengo mientras se frotaba las sienes con los dedos.

—Yo termino mi turno de guardia a las siete y vuelvo a casa para acostarme. Pero Tamura y Ōmura trabajan por la mañana, así que ya te lo explicarán todo con detalle.

Tamura era la enfermera de mediana edad con gafas, y Ōmura, la que se ponía el bolígrafo en el pelo.

—Muchas gracias por todo —le dijo Tengo.

—No es nada —contestó Kumi Adachi. De pronto cambió de tono—: Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo Tengo.

Como no lograba volver a conciliar el sueño, Tengo puso agua a hervir y se preparó café. Eso le despejó un poco. Luego le entró hambre y se preparó un sándwich con el tomate y el queso que había en la nevera. Como suele ocurrir cuando se come a oscuras, notaba la textura, pero apenas el sabor de los

alimentos. Después cogió el horario de trenes y consultó las salidas del expreso a Tateyama. Pese a que había regresado del «pueblo de los gatos» el sábado al mediodía, tan sólo dos días atrás, ahora debía volver. Pero esta vez no se quedaría más de una o dos noches.

Cuando el reloj dio las cuatro, fue al lavabo para lavarse la cara y afeitarse. Con un cepillo para el pelo, intentó alisarse un mechón rebelde que se le levantaba, pero no funcionó, como de costumbre. «¡Qué se le va a hacer! Seguro que antes del mediodía ya se ha bajado».

El hecho de que su padre hubiera muerto no lo había conmovido en exceso. Sólo había pasado dos semanas junto a su padre inconsciente. Éste ya parecía haber aceptado su propia muerte, dándola por un hecho consumado. Aunque sonara extraño, daba la impresión de que había apagado por sí mismo el interruptor y había entrado en estado de coma por decisión propia. Ya entonces, los médicos no habían podido señalar la causa. Pero Tengo lo sabía: su padre había decidido morir. O había renunciado a la idea de seguir viviendo. «Como una hoja caída de un árbol», para tomar prestada la expresión de Kumi Adachi, había apagado la luz de su conciencia, había cerrado las puertas de todos sus sentidos y ya sólo esperaba la llegada de la nueva estación.

En la estación de Chikura cogió un taxi y a las diez y media estaba en la clínica de la costa. Igual que el domingo, ese lunes era un apacible día de principios de invierno. Como para compensarlo, los cálidos rayos de sol iluminaban el césped del jardín, que empezaba a marchitarse, y un gato tricolor que Tengo nunca había visto por allí se lamía la cola con esmero, tomándose su tiempo, mientras se calentaba al sol. Las enfermeras Tamura y Ōmura lo recibieron en la entrada. Las dos le dieron el pésame con voz serena. Tengo se lo agradeció.

Habían instalado los restos mortales del padre en una discreta salita en un discreto rincón de la clínica. Tamura se puso al frente y condujo a Tengo hasta allí. El padre yacía sobre una camilla, cubierto con una sábana blanca. En la habitación, cuadrada y sin ventanas, una lámpara halógena daba a las blancas paredes una luminosidad aún más blanca. Había un taquillón, que llegaba a la altura de la cintura, y, sobre él, un florero de cristal con tres crisantemos blancos[44]. Seguro que los habían colocado allí esa misma mañana. Un reloj

redondo colgaba de la pared. A pesar de estar viejo y polvoriento, marcaba la hora exacta. Quizá tuviese el cometido de atestiguar algo. Por lo demás, no había más muebles ni adornos. Muchos otros muertos envejecidos debían de haber pasado por aquella modesta sala. Entraban y salían en silencio. En la sala reinaba un aire práctico y de solemnidad lleno de sobreentendidos.

El rostro del padre no había cambiado desde la última vez que lo había visto. No parecía estar muerto, ni siquiera si lo miraba de cerca. No tenía mal color de cara, y la piel en el mentón y bajo la nariz estaba extrañamente tersa, quizá porque alguien considerado había tenido el detalle de afeitarlo. Tal como estaba en ese momento, costaba ver la diferencia entre estar inconsciente y haber perdido la vida. Sencillamente, ahora ya no era necesario alimentarlo con el gotero ni recoger su orina. Si lo dejaran así, empezaría a pudrirse en pocos días. Entonces sí se advertiría una gran diferencia entre estar vivo o muerto. Pero, naturalmente, antes de que eso ocurriera, lo incinerarían.

En ésas, acudió el médico con el que Tengo había hablado en otras ocasiones y, tras expresarle sus condolencias, le explicó las circunstancias de la muerte del padre. Pese a que se tomó la molestia de explicárselo de manera pausada, al final todo se resumía en que se desconocía la causa de la muerte. Ya cuando ingresó, no habían detectado ningún síntoma ni enfermedad. El resultado de los análisis que le hicieron indicaba, al contrario, que su padre gozaba de buena salud. Simplemente padecía demencia. Sin embargo, por una u otra razón (que seguía sin esclarecerse), a partir de cierto momento su padre entró en coma y, sin recobrar la conciencia, sus funciones vitales fueron deteriorándose poco a poco pero de manera ininterrumpida. Cuando la curva del declive cruzó determinada línea, el padre se adentró irremediablemente en el territorio de la muerte. Aunque era fácil de entender, desde el punto de vista médico presentaba numerosos problemas, ya que no se podía determinar una causa concreta del fallecimiento. El concepto de muerte por decrepitud era el que más se aproximaba, pero el padre todavía rondaba los sesenta y cinco años; no cabía hablar de decrepitud.

—Como médico responsable de su padre, debo redactar el acta de defunción —le dijo el médico con cautela—. Como causa de la muerte pensaba poner «insuficiencia cardiaca causada por coma prolongado». ¿Le parece bien?

—¿Eso quiere decir que en realidad mi padre no falleció por «insuficiencia cardiaca causada por coma prolongado»? —preguntó Tengo.

El médico mostró su desconcierto.

—Sí, su corazón no sufrió ningún daño en particular.

—Y tampoco detectaron daños en ningún otro órgano, ¿no?

—Eso es —dijo el médico, titubeando.

—Pero ¿es necesario especificar la causa de la muerte?

—Sí.

—Yo no entiendo nada de su especialidad, pero, en cualquier caso, su corazón está parado, ¿no?

—Por supuesto. Está parado.

—Es decir, que se trata de un tipo de insuficiencia.

El médico lo consideró.

—Si el corazón funcionaba con normalidad, sí, sin duda hay una insuficiencia, como usted bien dice.

—Entonces, puede escribir eso… ¿Cómo era? ¿«Insuficiencia cardiaca causada por coma prolongado»? Da igual. No tengo nada que objetar.

El médico pareció aliviado. Le dijo que en treinta minutos tendría lista el acta de defunción. Tengo le dio las gracias. El médico se fue y sólo quedó Tamura, la enfermera con gafas.

—¿Quiere que lo deje a solas con su padre un rato? —se ofreció.

Tenía que preguntarlo, según decía el protocolo, por lo que la pregunta pareció una pura formalidad.

—No, no es necesario. Gracias —contestó Tengo.

Aunque lo dejara a solas con su padre, no tendrían nada en particular que contarse. Así había sido cuando él estaba vivo. Ahora que había muerto, los temas de conversación no iban a surgir de repente.

—Entonces me gustaría hablar con usted de los trámites en otra parte. ¿Le importa? —dijo Tamura.

—No —respondió Tengo.

Antes de salir, la enfermera se situó delante del cadáver y juntó las manos. Tengo hizo lo mismo. La gente muestra su respeto hacia los muertos de manera espontánea. Al fin y al cabo, el fallecido acababa de realizar esa gran proeza personal que es morir. Después salieron de aquella salita sin ventanas y fueron al comedor. Allí no había nadie. Los luminosos rayos de sol entraban por el ventanal que daba al jardín. Al adentrarse en esa luz, Tengo respiró aliviado. Allí ya no había el menor indicio que recordara a la muerte. Aquél era el mundo de los vivos. Aunque no fuese más que una patraña incierta e imperfecta.

Tamura le sirvió té verde tostado en una taza. Ambos se sentaron a una mesa,

frente a frente, y permanecieron callados mientras bebían.

—¿Te quedas esta noche? —preguntó la enfermera.

—Sí, ésa es mi intención. Aunque todavía no he reservado alojamiento.

—Si quieres, ¿por qué no te quedas en la habitación en la que estaba tu padre? Ahora no la utiliza nadie y te saldría gratis. Siempre y cuando no te parezca mal…

—No me lo parece —contestó Tengo un poco sorprendido—. Pero ¿seguro que no pasa nada?

—Claro que no. Si tú estás de acuerdo, por nosotros no hay inconveniente. Después te preparo la cama.

Tengo fue al grano:

—Entonces, ¿qué debo hacer ahora?

—Una vez que el médico te entregue el acta de defunción, tienes que ir al ayuntamiento, solicitar el permiso de incineración y, después, pedir que inscriban su defunción en el registro civil y de familia. Eso es lo más importante. Luego tendrás que ocuparte de la pensión y de las cuentas de ahorros, entre otras cosas, pero eso es mejor que lo consultes con el abogado.

—¿El abogado? —dijo Tengo sorprendido.

—El señor Kawana, es decir, tu padre, habló con un abogado sobre todo lo que debía hacerse cuando falleciera. Pero no te asustes por lo del abogado. Simplemente, como en la clínica hay muchos ancianos que presentan dolencias que afectan a sus facultades mentales, para evitar problemas legales les ofrecemos asesoramiento jurídico en colaboración con un bufete de abogados local. También se levanta testamento en presencia de un notario. El coste es muy bajo.

—¿Dejó mi padre testamento?

—Eso háblalo con el abogado. Yo no puedo decírtelo.

—De acuerdo. ¿Tiene el despacho cerca de aquí?

—Ya nos hemos puesto en contacto con él para que venga hoy a las tres. ¿Te parece bien? Sé que es pronto, pero, como imaginábamos que andarías ocupado, hemos decidido llamarlo sin consultártelo.

—Muchas gracias —le dijo Tengo a la eficiente enfermera. Por alguna razón, todas las mujeres mayores que lo rodeaban eran eficientes.

—Antes vete al ayuntamiento, presenta el certificado de defunción en el registro civil y solicita el permiso de incineración, ¿de acuerdo? Sin eso no podemos hacer nada —dijo la enfermera Tamura.

—Entonces, ahora tengo que ir hasta Ichikawa, ¿no? Supongo que estaba inscrito en Ichikawa. Pero, en ese caso, no creo que pueda volver antes de las tres.

La enfermera negó con la cabeza.

—Al poco de ingresar aquí, tu padre cambió el certificado de residencia de Ichikawa a Chikura. Dijo que, llegada la hora, resultaría más cómodo.

—¡Lo dejó todo arreglado! —exclamó Tengo admirado. Era como si desde un principio supiera que iba a morir ahí.

—Es cierto —convino la enfermera—. Jamás nadie ha hecho eso hasta ahora. Todos creen que su estancia en la clínica va a ser temporal. Pero… —Se interrumpió y juntó las manos en silencio. No necesitaba decir nada más—. El caso es que no hace falta que vayas a Ichikawa.

Condujeron a Tengo hasta la habitación en la que el padre había pasado sus últimos meses. Habían quitado las sábanas y se habían llevado el edredón y la almohada, de modo que sobre la cama sólo quedaba un colchón a rayas. En la mesa había un sencillo flexo y, dentro del estrecho armario, cinco perchas libres. En la estantería no había ni un solo libro, y el resto de las pertenencias se las habían llevado a alguna parte. Aunque Tengo no recordaba qué clase de pertenencias había. Dejó la bolsa en el suelo y echó un vistazo a su alrededor.

En la habitación todavía quedaba un ligero olor a medicamentos. Incluso le parecía detectar el olor a aliento dejado por el enfermo. Abrió la ventana para ventilar la habitación. El viento sacudió las cortinas acartonadas por el sol, igual que la falda de una muchacha mientras juega. Al verlas, de pronto Tengo pensó en lo maravilloso que sería que Aomame estuviera allí y, sin decir nada, lo tomase con fuerza de la mano.

Fue en autobús hasta el ayuntamiento de Chikura, mostró en una ventanilla el acta de defunción y a cambio recibió el permiso de incineración. La cremación se podría realizar pasadas veinticuatro horas desde la hora de la defunción. También rellenó los formularios para que inscribieran la defunción en el registro civil y de familia. Le entregaron un certificado. Aunque los trámites llevaban su tiempo, eran sorprendentemente sencillos. No requerían pensar ni darle vueltas a nada. Era como gestionar el desguace de un coche que ya está fuera de

circulación. A su regreso, Tamura sacó tres copias de los documentos que le habían dado en el ayuntamiento con la fotocopiadora que tenían en la oficina.

—A las dos y media, antes de la visita del abogado, vendrá alguien de la funeraria Zenkō-sha —dijo la enfermera—. Entrégale una copia del permiso de incineración. Del resto ya se encargarán los de la funeraria. Tu padre habló en vida con un responsable y lo dejó todo dispuesto. El dinero para pagar los costes del entierro también está reservado, así que no tienes que hacer nada. Siempre que estés de acuerdo, por supuesto.

Tengo le dijo que lo estaba.

El padre apenas había dejado efectos personales. Únicamente ropa vieja y algunos libros.

—¿Quieres guardar algo como recuerdo? —le preguntó Tamura—. Sólo hay una radio despertador, un viejo reloj automático y unas gafas para la presbicia…

Tengo respondió que no quería nada, que podía deshacerse de todo como mejor le pareciera.

A las dos y media en punto apareció el responsable de la funeraria. Vestía un traje negro y caminaba con pasos discretos y silenciosos. Delgado, de poco más de cincuenta años, tenía los dedos largos, grandes ojos negros, y, en un lado de la nariz, una verruga negra reseca. Estaba moreno hasta la punta de las orejas, como si hubiera pasado muchas horas al sol. No sabía por qué, pero Tengo nunca había visto en su vida a un empleado de funeraria gordo. El hombre le explicó más o menos en qué consistía el funeral. Era educado y hablaba muy despacio. De ese modo, parecía indicarle que no había ninguna prisa en lo concerniente a todo aquel asunto.

—Cuando su padre habló conmigo, me dijo que deseaba un funeral lo más sobrio posible. Quería un ataúd sencillo y que lo incinerasen. Nada de altares, ceremonias, *sufras*, nombre póstumo budista, flores ni discursos. Tampoco quería tumba. Dijo que prefería que enterrásemos las cenizas en cualquier instalación comunal de la zona. Así que, si está usted conforme… —Se detuvo y miró a Tengo con sus grandes ojos de carnero.

—Si eso es lo que mi padre deseaba, no tengo nada que objetar —contestó Tengo mirándolo directamente a los ojos.

El encargado asintió y bajó ligeramente la mirada.

—Entonces hoy instalaremos los restos mortales en la funeraria y celebraremos el velatorio durante toda la noche, así que nos lo llevaremos ahora mismo. Mañana, a la una de la tarde, procederemos a la incineración en un crematorio cercano, si le parece bien.

—No hay ningún inconveniente.

—¿Desea asistir a la incineración?

—Sí —contestó Tengo.

—Hay personas que no quieren. Es usted libre de elegir.

—Asistiré —dijo Tengo.

—Perfecto —dijo el hombre un tanto aliviado—. En ese caso, disculpe que saque ahora este tema, pero el precio es el mismo que le di a su padre en vida. ¿Podría darnos su aprobación?

Dicho esto, el encargado movió sus dedos, largos como las patas de un insecto, y de un portafolio sacó un presupuesto que entregó a Tengo. Aunque ignoraba prácticamente todo lo relativo a exequias y entierros, de un vistazo Tengo comprendió que resultaba bastante económico. Por supuesto, no tenía nada que objetar. Pidió prestado un bolígrafo y firmó el documento.

Cuando, poco antes de las tres, llegó el abogado, éste se puso a charlar con el encargado de la funeraria delante de Tengo. Frases cortas, una conversación entre profesionales. Tengo no entendía bien de qué hablaban. Parecían conocerse. Era un pueblo pequeño. Seguro que todos se conocían.

Al lado del cuarto en que instalaban los cadáveres había una puertecilla discreta cerca de la cual, en el exterior, habían aparcado la furgoneta de la funeraria. Todas las ventanillas estaban tintadas de negro, excepto la del conductor, y la carrocería era negra como el carbón, sin ninguna letra o distintivo. El delgado encargado de la funeraria, ayudado por el conductor de la furgoneta, un hombre de cabello cano, trasladó al padre de Tengo a una camilla de ruedas que empujaron hasta el vehículo. La furgoneta tenía un techo más alto de lo normal y disponía de ranuras en las que se podía deslizar directamente la camilla. Las puertas traseras se cerraron con un portazo profesional; el encargado hizo una reverencia de cortesía hacia Tengo y luego conductor y encargado se marcharon en la furgoneta. Tengo, el abogado, la enfermera Tamura y la enfermera Ōmura juntaron las manos hacia las puertas traseras del Toyota negro.

El abogado y Tengo charlaron en un rincón del comedor. El hombre andaría por los cuarenta y cinco años y, al contrario que el empleado de la funeraria, estaba rollizo. La barbilla casi había desaparecido. Pese a ser invierno, tenía gotas de sudor en la frente. Seguro que en verano las pasaba canutas. El traje de lana gris que llevaba hedía a naftalina. Tenía la frente estrecha y un cabello muy oscuro y tupido. La combinación de obesidad y cabello tupido era catastrófica. Tenía los párpados pesados e hinchados y los ojos pequeños, pero, si uno se fijaba bien, en el fondo brillaba una chispa de amabilidad.

—Su padre me encomendó que me ocupara de sus últimas voluntades. Aunque lo llame de esa manera, no crea, no se parece en nada a los testamentos que salen en las novelas de misterio —dijo el abogado, y carraspeó—. Más bien se parece a una sencilla lista. Bueno, en primer lugar le comentaré brevemente su contenido. En el testamento, primero se indican los preparativos para su entierro. Me imagino que ya se los explicaría el encargado de Zenkō-sha que estaba aquí hace un momento, ¿no es así?

—Sí. Un entierro sobrio.

—Perfecto —dijo el abogado—. Es lo que su padre deseaba, que todo fuera lo más sobrio posible. Los gastos del entierro se cobrarán de un fondo de reserva y, en cuanto a los gastos médicos, se cubrirán con la fianza que su padre depositó al ingresar en este establecimiento. A usted no le supondrá ninguna carga económica.

—No quería dejar deudas, ¿eh?

—Eso es. Apartó de antemano el dinero necesario. Por otra parte, el dinero que queda en la cuenta que su padre tenía en la Caja Postal del servicio de Correos de Chikura se lo ha dejado a usted, su hijo, en herencia. Debe realizar los trámites para poner la cuenta a su nombre. Para ello necesita el certificado de la defunción de su padre en el registro civil, y el certificado de la inscripción de usted en el registro o el certificado de su sello. Con eso debe ir directamente a la Caja Postal de Correos de Chikura y rellenar de su puño y letra los documentos pertinentes. La tramitación tardará bastante. Ya sabe usted que los bancos y la Caja Postal son muy pesados con los formularios. —El abogado se sacó un gran pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta y se enjugó el sudor de la frente—. Eso es todo lo que tenía que comunicarle en lo relativo a la herencia. Aparte de esos ahorros, no hay nada más. Ni seguros de vida, acciones, bienes inmuebles, joyas, cuadros ni antigüedades. Todo muy claro y sin tonterías.

Tengo asintió en silencio. Muy propio de su padre. Sin embargo, el haber heredado la cuenta de ahorros lo deprimía. Se sentía como si le hubieran entregado un montón de mantas húmedas y pesadas. Si fuera posible, preferiría no aceptarlas. Pero no podía proponerle algo así a aquel abogado gordo y de pelo tupido con pinta de buenazo.

—Además, su padre me confió un sobre. Lo he traído conmigo, de modo que me gustaría entregárselo.

Era un gran sobre marrón, voluminoso y bien cerrado con cinta adhesiva. El abogado gordo lo sacó de un maletín negro y lo colocó sobre la mesa.

—El señor Kawana me lo confió cuando nos vimos y hablamos, al poco tiempo de ingresar en la clínica. Por aquel entonces, bueno, el señor Kawana todavía estaba consciente. De vez en cuando se despistaba, como es natural, pero por lo general regía bien. Me pidió que, a su muerte, entregara este sobre al heredero legal.

—¿Heredero legal? —se sorprendió Tengo.

—Sí, el heredero legal. Su padre no mencionó el nombre concreto de esa persona. No obstante, el único heredero legal es usted.

—Así es, por lo que yo sé.

—En ese caso, esto —dijo el abogado, y señaló el sobre encima de la mesa— le corresponde. ¿Podría firmar el acuse de recibo?

Tengo firmó el documento. El sobre marrón colocado encima de la mesa parecía más corriente e impersonal de lo necesario. No había nada escrito, ni en la cara ni en el reverso.

—Me gustaría preguntarle algo —le dijo Tengo al abogado—. ¿Pronunció mi nombre, es decir, Tengo Kawana, alguna vez en esa ocasión? ¿O dijo «mi hijo»?

Mientras pensaba en ello, el abogado se secó el sudor de la frente con el pañuelo, que había vuelto a sacar del bolsillo. Sacudió la cabeza.

—No. Siempre utilizó las palabras «heredero legal». No empleó ningún otro término. Lo recuerdo porque me extrañó un poco.

Tengo se quedó callado. El abogado intervino:

—Pero, bueno, según parece usted es el único heredero legal. Simplemente, en la conversación no se mencionó su nombre. ¿Le preocupa algo?

—No, nada en particular —contestó Tengo—. Mi padre siempre fue un poco raro.

El abogado sonrió como si se hubiera quedado tranquilo y asintió ligeramente. Luego le entregó a Tengo un duplicado de un antiguo certificado

del registro de familia.

—Si no le importa, dada la naturaleza de la enfermedad, me gustaría que lo revisase para asegurarnos de que no haya ningún error de cara a los trámites legales. Según este documento, usted es el único hijo del señor Kawana. Su madre falleció año y medio después de darlo a usted a luz. Posteriormente su padre lo crió solo, sin volver a casarse. Los padres y hermanos de su padre han fallecido ya todos. No cabe duda de que es usted el único heredero legal del señor Kawana.

Una vez que el abogado se levantó y, tras darle el pésame, se marchó, Tengo se quedó sentado, observando el sobre que estaba encima de la mesa. Su padre era su verdadero padre, y su madre había muerto *de verdad*. Eso había dicho el abogado y eso decía el certificado. Posiblemente fuese un hecho, al menos desde el punto de vista legal. Pero cuanto más se aclaraban los hechos, más parecía alejarse la verdad. ¿Por qué sería?

Tengo volvió a la habitación del padre, se sentó frente a la mesa e intentó abrir el precinto del sobre. Quizá contuviera la clave que resolvería el misterio. Pero le costaba abrirlo. En la habitación no encontró tijeras, y tampoco un cúter ni nada que le sirviera. No le quedó más remedio que ir despegando la cinta adhesiva con las uñas. Cuando logró abrirlo, se encontró con que dentro había varios sobres, todos bien cerrados. Muy propio de su padre.

En un sobre había quinientos mil yenes en efectivo. Exactamente, cincuenta billetes novísimos de diez mil yenes envueltos varias veces en papel fino. También había una hojita en la que había escrito: «Dinero para emergencias». Era la letra inconfundible de su padre: trazos pequeños y esmerados. Ese dinero era para cubrir gastos extra. Su padre había previsto que el «heredero legal» no tendría suficiente dinero.

El sobre más grueso estaba repleto de viejos recortes de periódico y algunos diplomas. Todos tenían que ver con Tengo. Los diplomas que certificaban que había ganado los concursos de aritmética en primaria y los artículos publicados en los periódicos locales. Una foto de varios trofeos alineados. Un boletín escolar que parecía una obra de arte; había sacado la máxima puntuación en todas las asignaturas. Además, otros documentos que daban fe de que había sido un niño prodigio. Una foto de Tengo vestido con *judogi* en secundaria; sujetaba la bandera de subcampeón con una sonrisa de oreja a oreja. Tengo se sintió

turbado. Cuando su padre se jubiló de la NHK, se marchó del piso que la empresa le proporcionaba, donde había vivido hasta entonces, y se mudó a uno de alquiler en la misma ciudad de Ichikawa para, finalmente, ingresar en la clínica de Chikura. Como había vivido solo y se había mudado en varias ocasiones, apenas había dejado pertenencias. Y durante años padre e hijo se habían mantenido distanciados. A pesar de todo, el padre siempre había llevado consigo esas brillantes reliquias de la prodigiosa infancia de Tengo y las había guardado como oro en paño.

Otro sobre incluía documentos de la época en que el padre trabajaba de cobrador para la NHK. Una distinción con la que había sido premiado por su excelente rendimiento anual. Varios diplomas sencillos. Una foto que debían de haberle sacado en un viaje de empresa con sus compañeros. Un viejo carné de identidad. Varios desgloses de la nómina, que desconocía por qué razón había guardado. Documentos relacionados con el pago de la pensión de jubilación y de la seguridad social… Una cantidad asombrosamente escasa de reconocimientos, teniendo en cuenta que durante más de treinta años se había deslomado por la NHK. En comparación con los logros de Tengo durante la primaria, se podía decir que los del padre no existían. Desde un punto de vista social, su vida seguramente había sido nula. Pero para Tengo no era «nula». Su padre le había dejado en el alma una sombra densa y pesada. Además de una cuenta de ahorros.

En el sobre no había ningún documento de la vida del padre antes de entrar en la NHK. Como si su existencia hubiera comenzado en el momento en que se hizo cobrador de la NHK.

En el fino sobrecito que abrió en último lugar, había una foto en blanco y negro. Sólo eso. Nada más. Era vieja, y pese a que no amarilleaba, estaba cubierta con una fina membrana, como si se hubiera mojado. Mostraba a unos padres con su hijo. El padre, la madre y el bebé. Éste, a juzgar por el tamaño, no debía de tener más de un año. La madre, que vestía kimono, cogía cariñosamente al niño en brazos.

Al fondo se veían los *torii*[45] de un templo sintoísta. Por la ropa que llevaban, se deducía que era invierno. Dado que estaban visitando un templo sintoísta, puede que fuese Año Nuevo. La madre sonreía con los ojos entornados, como si le molestase la luz. Al padre, que vestía un gabán de tonalidad oscura que le quedaba un poco grande, se le formaban dos profundas

arrugas entre ceja y ceja. Tenía cara de no aceptar las cosas de buenas a primeras. El bebé parecía perplejo ante la inmensidad y la frialdad del mundo.

Ese hombre joven era, sin lugar a dudas, el padre de Tengo. En efecto, sus facciones eran más juveniles, pero ya en esa época mostraba una extraña madurez, estaba flaco y tenía los ojos hundidos. El rostro de un campesino pobre en una aldea desolada. Obstinado, desconfiado. Llevaba el pelo corto y peinado, y se le veía un poco cargado de espaldas. No podía ser sino su padre. En ese caso, el bebé sería Tengo, y la mujer que llevaba el niño en brazos, la madre de Tengo. La madre era un poco más alta que el padre, y bien plantada. El padre parecía tener más de treinta y cinco, y la madre, unos veinticinco.

Era la primera vez que veía aquella foto. Hasta entonces nunca había visto lo que podría llamarse una foto familiar. Ni siquiera fotos de cuando él era pequeño. Su padre le contó que, debido a las estrecheces por las que habían pasado, nunca se habían podido permitir una cámara, y que tampoco se les había presentado la ocasión de sacarse una foto de familia. Y Tengo le había creído. Pero era mentira. Se habían sacado una foto. Y aunque sus ropas no eran suntuosas, tampoco eran tan míseras como para avergonzarse delante de la gente. Tampoco parecían llevar una vida tan austera como para no poder comprarse una cámara. La fotografía había sido tomada poco después de nacer Tengo, es decir, entre 1954 y 1955. Le dio la vuelta, pero no habían anotado la fecha ni el lugar.

Tengo observó con atención el rostro de su supuesta madre. La cara que se reflejaba en la fotografía, además de ser pequeña, estaba borrosa. Con una lupa quizá se apreciarían los detalles, pero no tenía a mano nada de eso. Con todo, era capaz de distinguir sus facciones. Tenía la cara ovalada, la nariz pequeña y los labios carnosos. No era una belleza, pero sí bonita y de semblante agradable. Al menos, aparentemente mucho más elegante e inteligente que el semblante tosco de su padre. Tengo se alegró de ello. Llevaba el cabello hermosamente recogido, y por su expresión parecía que le molestase la luz. Quizá sólo se hubiera puesto nerviosa delante del objetivo de la cámara. Por culpa del kimono que llevaba, no se llegaba a apreciar su tipo.

De la fotografía no se deducía si habían formado una pareja bien avenida o todo lo contrario. La diferencia de edad era notoria. Intentó imaginárselos conociéndose en algún lugar, enamorándose, casándose y teniendo un hijo, pero no lo logró. La fotografía no daba en absoluto la impresión de que hubiera ocurrido así. A lo mejor, cierta circunstancia los había unido en matrimonio, y no el afecto. Pero no, quizá no hubiera habido tal circunstancia. Puede que la vida

no sea más que la consecuencia de una mera cadena de acontecimientos ilógicos y, en ciertos casos, extremadamente chapuceros.

A continuación, Tengo intentó discernir si la madre de la foto y la misteriosa mujer que aparecía en sus ensoñaciones —o en su torrente de recuerdos infantiles— eran la misma persona. Pero entonces se dio cuenta de que no recordaba en absoluto los rasgos de esa mujer. Se quitaba la blusa, se desanudaba el lazo de la combinación y ofrecía su pecho a un desconocido. Y respiraba fuerte, como si jadeara. No recordaba nada más. El hombre chupaba los pezones de su madre. Le arrebataba los pezones que sólo le pertenecían a él. Para un bebé, sin duda eso representaba una seria amenaza. Del rostro del hombre no recordaba ningún detalle.

Tengo guardó la fotografía en el sobre y reflexionó sobre lo que significaría. Su padre había atesorado aquella foto hasta su muerte. Quizás eso indicara que quería a su mujer. Ella murió, enferma, cuando Tengo empezaba a dejar de ser un bebé. Según el documento que le había dado el abogado, Tengo era el único hijo nacido de su madre, muerta año y medio después de darle a luz, y del padre cobrador de la NHK. Así constaba en el registro de familia. Sin embargo, eso no probaba que aquel hombre fuese su padre biológico.

«Yo no tengo hijos», había dicho su padre antes de entrar en coma.

«Entonces, ¿quién demonios soy yo?», le preguntó Tengo. «Tú no eres nadie», contestó, lacónico y categórico, su padre. El tono en que su padre le había dicho eso había convencido a Tengo de que entre aquel hombre y él no existía lazo sanguíneo alguno. Y entonces creyó que por fin se había librado de esos pesados grilletes. Pero, a medida que transcurría el tiempo, cada vez estaba menos seguro de que lo que el padre le había dicho fuera cierto. «*Yo no soy nadie*», se dijo.

Luego, de pronto cayó en la cuenta de que la joven madre reflejada en la vieja fotografía guardaba cierto parecido con aquella mujer casada, mayor que él, con la que se había visto durante un tiempo. Kyōko Yasuda: así se llamaba. Para tratar de calmarse, se oprimió la frente con la yema de los dedos durante un rato. Entonces volvió a sacar la fotografía del sobre y la observó. Nariz pequeña, labios carnosos. El mentón un tanto prominente. No se había dado cuenta antes porque el peinado era diferente, pero sin duda su rostro se parecía al de Kyōko Yasuda. Pero ¿qué significaba eso?

¿Y por qué habría querido su padre legarle esa fotografía? En vida, no le había contado nada sobre su madre. Le había ocultado que existía una fotografía familiar. Sin embargo, al final, sin darle explicaciones, le había dejado aquella vieja foto. ¿Para qué? ¿Pretendía consolarlo o desconcertarlo todavía más? Lo único que sabía era que su padre nunca había tenido la intención de explicarle nada. Ni mientras vivió, ni ahora que estaba muerto. «¡Hala, toma!, ahí tienes esta foto. *Interprétala como te dé la gana*».

Tengo se echó boca arriba en el colchón desnudo y miró al techo. Era de contrachapado, pintado de blanco. Liso, aunque con algunas junturas rectas que corrían a lo largo. Ése debía de ser todo el paisaje que su padre había contemplado durante sus últimos meses de vida, desde el fondo de aquellos globos oculares hundidos. O quizá sus ojos no hubieran visto nada. En cualquier caso, su mirada tenía que dirigirse por fuerza en esa dirección. Viera o no viera.

Tengo cerró los ojos y se imaginó a sí mismo, allí estirado, encaminándose lentamente hacia su muerte. Sin embargo, para un joven de treinta años sin problemas de salud, la muerte queda muy lejos, fuera del alcance de su imaginación. Mientras respiraba con calma, contempló cómo las sombras creadas por el crepúsculo iban desplazándose por la pared. «No pienses en nada». No pensar en nada no le resultaba demasiado difícil. En cambio, pensar detenidamente en un asunto lo dejaba exhausto. A ser posible, quería dormir un poco, pero era incapaz, tal vez precisamente debido al cansancio.

Antes de las seis, la enfermera Ōmura vino y le anunció que la cena estaba lista en el comedor. Tengo no tenía apetito. Se lo dijo, pero, aun así, la enfermera corpulenta y de pechos generosos no se dio por vencida. Le pidió que comiese algo, por poco que fuera. Era casi una orden. Ni que decir tiene que ella era una profesional en dar órdenes razonables en relación con las funciones corporales. Y Tengo era incapaz de revelarse contra órdenes razonables —y menos aún si procedían de mujeres mayores que él.

Abajo, en el comedor, estaba Kumi Adachi. Tamura no andaba por allí. Tengo compartió mesa con ella y con Ōmura. Comió un poco de ensalada y verduras cocidas en salsa de soja y azúcar, y tomó sopa de miso con almejas y cebolleta. Luego bebió un té tostado.

—¿Cuándo lo incinerarán? —preguntó Kumi Adachi.

—Mañana a la una —dijo Tengo—. Al terminar, puede que regrese

directamente a Tokio. Tengo trabajo.

—¿Va a asistir alguien más al funeral?

—No, no lo creo. Sólo yo, supongo.

—¿Te importa que yo también asista? —le preguntó Kumi Adachi.

—¿Al funeral de mi padre? —se sorprendió Tengo.

—Sí. La verdad es que le tomé bastante cariño a tu padre.

Tengo, sin pensarlo, dejó los palillos sobre la mesa y miró a Kumi Adachi a la cara. ¿Estaba hablando realmente de su padre?

—¿Por qué? —le preguntó.

—Era un hombre recto y no hablaba más de lo necesario —contestó ella—. En ese sentido, se parecía a mi padre.

—Ah —dijo Tengo.

—Mi padre era pescador. Murió antes de los cincuenta.

—¿Murió en el mar?

—No. Murió de un cáncer de pulmón. Fumaba demasiado. No sé por qué, pero los pescadores suelen ser todos fumadores empedernidos. Parece que de sus cuerpos salen volutas de humo.

Tengo pensó en ello.

—A lo mejor habría estado bien que mi padre hubiera sido pescador.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —dijo Tengo—. No sé, de pronto he tenido esa impresión. Seguramente hubiera sido mejor que trabajar de cobrador para la NHK.

—¿Quieres decir que te habría costado menos aceptarlo si hubiese sido pescador?

—Creo que algunas cosas habrían sido mucho más sencillas.

Tengo se imaginó a sí mismo en un barco pesquero con su padre todo el día, desde bien temprano. El severo viento del Pacífico y las salpicaduras de las olas azotándole las mejillas. El ruido monótono del motor diesel. El olor asfixiante de las redes. Era un oficio duro, arriesgado. Un pequeño error podía ser fatal. Pero si se comparaba con andar recorriendo Ichikawa para recaudar la cuota de la NHK, era una vida mucho más natural y satisfactoria.

—Pero cobrar para la NHK debía de ser un trabajo difícil, ¿no crees? —dijo la enfermera Ōmura mientras comía el pescado.

—Quizá —respondió él. Por lo que a Tengo respectaba, no era un trabajo hecho para él.

—Pero a tu padre se le daba bien, ¿no? —comentó Kumi Adachi.

—Creo que bastante bien —dijo Tengo.

—Nos enseñó sus diplomas —dijo Kumi.

—¡Ay! ¡Es verdad! —Ōmura soltó los palillos de golpe—. ¡Lo había olvidado! ¡Qué cabeza la mía! ¿Cómo he podido olvidarme de algo tan importante? Espera un momento. Debo darte ahora mismo sin falta una cosa, Tengo.

Ōmura se limpió las comisuras de los labios con un pañuelo, se levantó de la silla y, dejando la comida a medias, salió toda apurada del comedor.

—¿Qué será eso tan importante? —se extrañó Kumi Adachi. Tengo no tenía ni idea.

Mientras esperaba a que la enfermera volviera, se llevó a la boca con desgana un poco de ensalada. Todavía no había demasiada gente cenando en el comedor. En una mesa había tres ancianos, pero ninguno hablaba. En otra mesa, un hombre de pelo entrecano vestido con bata blanca comía solo, mientras leía el periódico con gesto grave.

Poco después regresó Ōmura. Traía una bolsa de papel de unos grandes almacenes. De ella sacó ropa bien doblada.

—Me lo dio el señor Kawana hace más o menos un año, cuando todavía estaba consciente —dijo la enfermera corpulenta—. Me dijo que era para el día de su funeral, así que lo he llevado a la tintorería y le he puesto alcanfor.

Allí estaba, perfectamente reconocible, el uniforme de cobrador de la NHK. Los pantalones, a juego, estaban bien planchados. Tengo percibió el olor a alcanfor. Durante un instante se quedó sin habla.

—El señor Kawana me dijo que quería que lo incinerasen con el uniforme puesto —le explicó la enfermera. Entonces volvió a doblarlo bien doblado y lo guardó en la bolsa—. Ahora te lo dejo a ti. Mañana llévalo a la funeraria y diles que se lo pongan.

—Pero ¿no está mal hacer eso? El uniforme es prestado y hay que devolvérselo a la NHK cuando uno se jubila —dijo Tengo en un tono apagado.

—No hay que preocuparse —dijo Kumi Adachi—. Si nosotros no decimos nada, nadie se va a enterar. A la NHK no le va a causar ningún problema perder un viejo uniforme.

Ōmura se mostró de acuerdo.

—El señor Kawana estuvo yendo de un lado para otro durante más de treinta años, de la mañana a la noche, por la NHK. Seguro que más de una vez lo pasó

mal y que le asignarían una barbaridad de trabajo. ¿Qué importa un uniforme? Además, no vamos a utilizarlo para nada malo.

—Tienes razón. Yo también me quedé con el uniforme con blusa marinera del instituto —dijo Kumi Adachi.

—No es lo mismo un uniforme de cobrador de la NHK que un uniforme de instituto —apuntó Tengo, pero no le hicieron caso.

—Sí, yo también tengo mi uniforme de instituto guardado en un armario —dijo Ōmura.

—¿Y no te lo pones de vez en cuando para tu marido? Con los calcetines blancos… —dijo Kumi Adachi para tomarle el pelo.

—No es mala idea —dijo Ōmura con gesto serio y la mejilla apoyada en la mano—. Seguro que le excitaría.

—En cualquier caso —dijo Kumi Adachi volviéndose hacia Tengo, para zanjar el tema del uniforme del instituto—, el señor Kawana deseaba ser incinerado con el uniforme de la NHK. Debemos concederle esa última voluntad. ¿No creéis?

Tengo cogió la bolsa con el uniforme que llevaba el logo de la NHK y volvió a la habitación. Kumi Adachi fue con él y le preparó la cama. Sábanas limpias que todavía olían a almidón, otra manta, otro edredón y otra almohada. Con todo eso, no parecía la cama en la que había estado su padre. Sin venir a cuento, Tengo recordó el tupido vello púbico de Kumi Adachi.

—Al final, tu padre no salió del coma en ningún momento mientras estuviste con él, ¿verdad? —dijo ella mientras alisaba con la mano las arrugas de las sábanas—. Pues, mira, yo creo que no estaba inconsciente del todo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Tengo.

—Porque era como si, de vez en cuando, enviara mensajes a alguien.

Tengo estaba echando un vistazo al exterior, junto a la ventana, pero se volvió hacia Kumi.

—¿Mensajes?

—Sí, tu padre solía golpear el somier de la cama. Dejaba caer la mano por un costado y golpeaba, *toc-toc*, como en código Morse. Así. —Kumi Adachi lo imitó y dio golpecillos en la estructura de madera de la cama—. ¿No te parece como si estuviera enviando señales?

—No creo que enviara señales.

—Entonces, ¿qué hacía?

—Llamaba a la puerta —dijo Tengo con voz neutra—. A la puerta de alguna casa.

—Sí, es verdad. Ahora que lo dices, podría ser. Suena como si llamaran a una puerta. —A continuación, Kumi Adachi entornó con fuerza los ojos—. Dime, ¿eso quiere decir que, aun inconsciente, el señor Kawana seguía cobrando la tarifa?

—Quizá —contestó Tengo—. En algún lugar de su mente.

—Como la historia de aquel soldado que, incluso muerto, no soltaba la trompeta —dijo Kumi Adachi admirada.

No había nada que añadir, así que Tengo se quedó callado.

—A tu padre le gustaba su oficio, ¿a que sí? Andar de un lado a otro cobrando la cuota de la NHK.

—Creo que no se trataba de que le gustase o le dejase de gustar —dijo Tengo.

—¿De qué se trataba entonces?

—Era lo que mejor se le daba.

—Mmm… ¿De verdad? —dijo Kumi Adachi. Y se puso a pensar—. Quizás ésa sea la manera en que hay que vivir.

—Puede ser —dijo Tengo mientras miraba hacia el pinar. Efectivamente, podía ser.

—Oye —dijo ella—, ¿a ti qué es lo que mejor se te da?

—No lo sé —contestó Tengo mirándola a los ojos—. Te juro que no lo sé.

22
USHIKAWA

Aquellos ojos parecían, más bien, compadecerlo

El domingo, a las seis y cuarto de la tarde, Tengo apareció en la entrada del edificio. Ya salía hacia la calle cuando se detuvo y miró a su alrededor como buscando algo. Desplazó su mirada de derecha a izquierda y viceversa. Miró al cielo y al suelo. Pero no pareció encontrar lo que buscaba. Se marchó, sin más, a buen paso. Ushikawa lo espiaba desde un rincón, tras las cortinas.

En esa ocasión, no lo siguió. Tengo no llevaba nada consigo. Sus manazas estaban metidas en los bolsillos de los pantalones. Un jersey de cuello alto, una chaqueta de pana de color verde oliva gastada y el cabello alborotado. En el bolsillo de la chaqueta llevaba un grueso libro. Quizá fuese a comer en algún restaurante de la zona. Podía dejarlo ir a donde quisiera.

El lunes, Tengo tendría que dar varias clases. Ushikawa lo había comprobado llamando a la academia. «Sí, a principios de la semana que viene las clases del señor Kawana se reanudarán, tal y como está anunciado en el programa», dijo la mujer que contestó al teléfono. Perfecto. Al día siguiente, Tengo por fin reanudaría sus rutinas. Dado su carácter, seguramente no saldría mucho de noche (aunque, si lo hubiera seguido, Ushikawa habría descubierto que se dirigía precisamente a un bar en Yotsuya, donde había quedado con Komatsu).

Antes de las ocho, Ushikawa se puso el chaquetón y la bufanda, se caló el gorro de punto y salió deprisa del edificio, siempre mirando a su alrededor. A esa hora, Tengo todavía no había regresado. Por lo que tardaba, tal vez no había salido a cenar por el barrio. Podía toparse con él en algún momento. Pero se arriesgaría, pues esa noche necesitaba salir a esa hora para saldar un asunto pendiente.

Fiándose de su memoria, dobló varias esquinas, pasó por delante de varias señales y, tras perderse alguna que otra vez, consiguió llegar al parque infantil. Pese a que el fuerte viento del norte de la noche anterior ya no soplaba en esa

noche un tanto calurosa para estar en diciembre, el parque estaba vacío. Ushikawa volvió a mirar a su alrededor y, tras comprobar que no había nadie, subió los peldaños del tobogán. Se sentó y, con la espalda apoyada contra el pasamanos, miró al cielo. La Luna flotaba más o menos en el mismo lugar que la víspera. Era una Luna luminosa en sus dos tercios. Alrededor no se veía ni un pedazo de nube. Y a ella se arrimaba aquella lunecilla verde y deforme.

«No, no lo vi mal», pensó Ushikawa. Suspiró y movió ligeramente la cabeza hacia los lados. No era un sueño ni un espejismo. Las dos lunas pendían sobre el olmo de agua deshojado. Las dos parecían haber estado esperando desde la noche anterior, allí quietas, a que Ushikawa volviera a subirse al tobogán. Sabían que regresaría. El silencio que, como por acuerdo, propagaban en torno a ellas estaba preñado de evocaciones. Y las lunas querían que Ushikawa fuese partícipe de ese silencio. Le decían que no se lo contara a nadie. Lo hacían poniéndole en los labios, suavemente, el índice cubierto de una ceniza pálida.

Ushikawa probó a mover los músculos faciales en todas direcciones. Y durante un rato verificó, por si acaso, que a sus sentidos no les pasaba nada, que todo estaba como de costumbre. No detectó nada extraño. Para bien o para mal, su rostro no había cambiado.

Ushikawa se consideraba una persona realista. Y *lo era*. No le daba vueltas a teorías metafísicas. Si algo existía en la realidad, fuera verosímil o no, tuviera lógica o no, debía aceptarlo: ésa era, básicamente, su forma de pensar. No era que existieran unos principios y una lógica según los cuales se originaba la realidad, sino que primero existía la realidad y, conforme a ella, *a posteriori*, nacían los principios y la lógica. Por eso se dijo que, de momento, no le quedaba más remedio que aceptar que las dos lunas que flotaban en el cielo, una al lado de otra, eran reales.

Sobre el resto ya meditaría con calma más tarde. Intentando no pensar demasiado, Ushikawa se limitó a observar, a contemplar absorto las dos lunas. Una luna grande y amarilla, otra lunecilla verde y deforme. Trató de acostumbrarse a esa imagen. «*Debo aceptarla tal como es*», se dijo. «No me explico cómo algo así puede ocurrir, pero ésa no es ahora la cuestión prioritaria. La cuestión es cómo debo enfrentarme a esta situación. Para ello he de prescindir de la lógica y aceptarlo. Por ahí debo empezar».

Permaneció allí unos quince minutos. Apoyado contra el pasamanos del

tobogán, sin apenas moverse, intentó habituarse a lo que veía. Se empapó de la luz que las lunas enviaban, dejó que permease su piel, como un submarinista que se adapta lentamente al cambio de presión del agua. Su instinto le decía que era importante.

Luego, el hombrecillo de cabeza deforme se irguió, bajó del tobogán y, desconcertado y pensativo, se dirigió de vuelta a su piso. Tenía la impresión de que el paisaje que lo rodeaba era ligeramente diferente al de la ida. «Será por la luz de las lunas», concluyó. Poco a poco, esa luz había modificado el aspecto de las cosas. Eso le llevó a perderse varias veces en el camino. Antes de entrar en el portal, alzó la cabeza y, al mirar hacia el tercero, comprobó que la ventana del piso de Tengo no estaba iluminada. El corpulento profesor de academia todavía no había regresado. No parecía que hubiera ido sólo a cenar. Tal vez había quedado con alguien. Quizá con Aomame. O con Fukaeri. «A lo mejor me he perdido una excelente ocasión». Pero ya era tarde para preocuparse por ello. Ir detrás de Tengo cada vez que éste salía era demasiado peligroso. Si Tengo lo veía una sola vez, todo se iría al traste.

Ushikawa regresó al piso y se quitó el abrigo, la bufanda y el gorro. En la cocina, abrió una lata de *corned beef* para hacerse un bocadillo con un bollo de pan y se lo comió de pie. Abrió también una lata de café preparado y se tomó el café tibio. Pero apenas notaba el sabor de lo que comía. Percibía la textura, pero no le sabía a nada. Ushikawa ignoraba si se debía a lo que estaba comiendo o a su paladar. O, tal vez, a las dos lunas que se le habían quedado grabadas en la retina. Oyó un timbre, como si alguien llamara a la puerta de otro piso. Tras una pausa, volvió a sonar. Pero no le prestó demasiada atención. No era en su piso. Seguramente era en otra planta.

Tras terminarse el bocadillo y el café, se fumó despacio un cigarrillo en un intento de volver a la realidad. Se recordó a sí mismo que estaba allí para hacer algo, de modo que volvió junto a la ventana y se sentó delante de la cámara. Encendió la estufa y se calentó las manos frente a la luz anaranjada. Aún no eran las nueve de la noche del domingo. Apenas pasaba gente por el portal. Sin embargo, debía comprobar a qué hora volvía Tengo.

Poco después, una joven vestida con un plumífero negro salió del edificio. Era la primera vez que la veía. Llevaba un fular gris que le tapaba hasta la nariz, además de gafas de montura negra y una visera de béisbol. Parecía querer ocultar el rostro, evitar miradas. No llevaba bolso ni nada en las manos y caminaba deprisa, a zancadas. Automáticamente, Ushikawa pulsó el botón y disparó tres

veces la cámara con el motor de arranque. «Tengo que averiguar adonde se dirige», pensó. Pero, cuando se disponía a levantarse, la joven ya estaba en la calle y había desaparecido en medio de la noche. Ushikawa frunció el ceño y desistió. La joven caminaba a tal ritmo que, aunque se pusiera rápidamente los zapatos y saliera, no la alcanzaría.

Repasó en su mente lo que acababa de ver. Aproximadamente, un metro setenta de estatura. Vaqueros ceñidos y zapatillas de deporte blancas. Todas las prendas parecían, extrañamente, recién estrenadas. Entre veinticinco y treinta años de edad. El cabello se lo había metido por dentro del cuello del plumífero, así que no sabía si era muy largo. Debido al grueso plumífero, no estaba claro qué constitución tenía, pero por sus piernas, seguramente era delgada. El buen porte y el ritmo al que caminaba indicaban que era joven y estaba en buena forma. Quizá practicase algún deporte a diario. Esas características encajaban con lo que Ushikawa sabía de Aomame. No podía jurar que fuese ella, por supuesto. Sin embargo, la joven parecía estar alerta, como si temiese que la vieran. Estaba nerviosa. Como una actriz que teme que los *paparazzi* la sigan. No obstante, era improbable que una actriz famosa acosada por los medios de comunicación saliera de un mísero edificio en Kōenji.

«Supongamos por un momento que es Aomame».

Había ido a encontrarse con Tengo, pero Tengo no estaba. En el piso de éste la luz estaba apagada. A pesar de que había ido a visitarlo, al no encontrarlo en casa, Aomame se resignó y se marchó. Quizás era ella la que había llamado al timbre; Ushikawa lo había oído.

Sin embargo, consideraba Ushikawa, esa teoría no se sostenía. A Aomame la buscaban y sin duda vivía tratando de pasar inadvertida para huir del peligro. Si hubiera querido ver a Tengo, lo normal habría sido llamarlo primero por teléfono y comprobar si estaba en casa. Así habría evitado exponerse a riesgos innecesarios.

Sentado delante de la cámara, Ushikawa, por más vueltas que le daba, no encontraba ninguna otra hipótesis razonable. La conducta de esa joven —saliendo de su escondrijo medio disfrazada para ir hasta allí— no encajaba con Aomame. Ésta era más precavida y cuidadosa. Ushikawa se sentía confuso. Ni se le pasó por la cabeza que pudiera haber sido él quien la había guiado hasta allí.

En todo caso, al día siguiente iría a la tienda de fotografía cercana a la estación y revelaría todos los carretes que había acumulado. Allí aparecería la misteriosa mujer.

Hasta las diez montó guardia tras la cámara, pero ya nadie cruzó el portal. Estaba vacío y silencioso, como un escenario abandonado y olvidado por todos, tras una función con escaso público. «¿Qué pasa con Tengo?», se preguntó extrañado Ushikawa. Por lo que él sabía, Tengo no acostumbraba a salir hasta tan tarde. Además, al día siguiente volvía a dar clases en la academia. ¿Acaso había vuelto mientras Ushikawa estaba fuera y se había acostado temprano?

Cuando hacía ya un rato que el reloj había dado las diez, Ushikawa se dio cuenta de que estaba agotado. Tenía tanto sueño que apenas era capaz de mantener los ojos abiertos. Ushikawa no era amigo de quedarse levantado hasta tarde. Sin embargo, cuando hacía falta, podía permanecer despierto hasta las tantas. Pero, aquella noche, el sueño se abatiría sin piedad sobre él, como la losa de piedra de un antiguo sepulcro.

«Debo de haber mirado demasiado tiempo las dos lunas», pensó Ushikawa. «Quizá he dejado que demasiada luz se filtrase en mi piel». En su retina permanecía la vaga imagen consecutiva de las dos lunas. Sus siluetas recortándose en la oscuridad habían paralizado la zona blanda de su cerebro. Igual que ciertas abejas que clavan su aguijón en grandes orugas verdes y las paralizan para desovar sobre ellas. Las larvas utilizan entonces a la oruga inmovilizada como fuente de alimento y la van devorando viva. Ushikawa frunció el ceño y trató de apartar esa funesta imagen de su mente.

«Ya está bien», se dijo. «No voy a pasarme toda la noche esperando a que Tengo vuelva a su casa. ¡Allá él! Vendrá cuando le apetezca. Y seguro que, en cuanto llegue, se acostará. Además, no tiene otro sitio adonde ir. O eso creo».

Sin fuerzas, Ushikawa se quitó los pantalones y el jersey y se metió en el saco de dormir en *boxers* y camiseta de manga larga. Entonces se hizo un ovillo y se durmió. Se sumió en un sueño muy profundo, casi cercano al coma. Al poco, le pareció oír que alguien llamaba a la puerta. Pero su conciencia ya se había desplazado a otro mundo. Era incapaz de distinguir bien las cosas. Al esforzarse para intentar diferenciarlas, le crujió todo el cuerpo. Así que, sin abrir los párpados y sin buscarle más sentido a aquel ruido, volvió a sumergirse en el profundo lodazal del sueño.

Tengo se despidió de Komatsu y regresó a su casa media hora después de que Ushikawa se hubiera quedado dormido. Una vez en el piso, se cepilló los

dientes, colgó en una percha la chaqueta, que apestaba a tabaco, y, tras ponerse el pijama, se acostó. Hasta que a las dos de la madrugada lo llamaron para comunicarle que su padre había muerto.

Ushikawa se despertó pasadas las ocho de la mañana del lunes, hora a la que Tengo dormía profundamente, para compensar la falta de sueño, en un asiento del expreso en dirección a Tateyama. Ushikawa aguardó delante de la cámara a que Tengo saliera del edificio para ir a la academia. Pero, naturalmente, Tengo no apareció. Cuando el reloj marcó la una de la tarde, Ushikawa se dio por vencido. Llamó a la academia desde una cabina y preguntó si el señor Kawana impartiría sus clases ese día, tal y como estaba previsto.

—Hoy se han suspendido las clases del señor Kawana. Al parecer, anoche tuvo una urgencia familiar —dijo la mujer que atendió al teléfono. Ushikawa le dio las gracias y colgó.

¿Una urgencia familiar? El único familiar de Tengo era el padre, el que había sido cobrador de la NHK. Estaba ingresado en una clínica lejos de allí. Tengo se había ausentado de Tokio durante algún tiempo para cuidarlo y había regresado hacía dos días. El padre había muerto. Y sin duda Tengo había vuelto a irse de Tokio.

«Seguro que se marchó mientras yo dormía. ¿Qué me pasa? ¿Cómo he podido dormir hoy hasta tan tarde?

»En cualquier caso, Tengo se ha quedado solo como la una», pensó Ushikawa. Un hombre ya de por sí solitario se quedaba ahora aún más solo. Completamente solo. Su madre había sido estrangulada en un balneario de la prefectura de Nagano antes de que él hubiera cumplido los dos años. Nunca atraparon al asesino. Ella se había fugado con un hombre joven, llevándose consigo a Tengo y abandonando a su marido. «Fugarse» era sin duda un verbo obsoleto; ya nadie lo utilizaba. Pero, sin embargo, para Ushikawa encajaba perfectamente con lo que la mujer había hecho. Se desconocía por qué la habían asesinado. Para empezar, ni siquiera se sabía si el asesino era el hombre con el que ella se había escapado. Fue estrangulada con la cinta de un albornoz en plena noche, en una habitación de un *ryokan*, y el hombre que estaba con ella desapareció. Era el principal sospechoso. Eso era todo. Al recibir la noticia, el padre fue hasta allí desde Ichikawa y recogió al bebé.

«Debí habérselo contado a Tengo Kawana. Tiene derecho a saber la verdad.

Pero me dijo que no quería enterarse por boca de alguien como yo. Por eso no se lo revelé. ¡Qué se le va a hacer! No es asunto mío, sino suyo.

»En cualquier caso, se haya ido o no de Tokio, no me queda más remedio que seguir vigilando el edificio», siguió razonando Ushikawa. «Anoche vi a una misteriosa mujer que me recuerda a Aomame. Nada lo demuestra, pero hay muchas probabilidades de que sea ella. Me lo dice esta cabeza deforme. Quizá no tenga muy buen aspecto, pero está dotada de un olfato tan agudo como un radar de nueva generación. Y si es Aomame, tarde o temprano volverá a visitarlo. Ella todavía no sabe que su padre ha muerto». Eso era lo que Ushikawa suponía. Quizá Tengo había recibido el aviso en plena noche y se había marchado muy temprano. Y, de algún modo, parecía que los dos no podían comunicarse por teléfono. Por lo tanto, ella volvería por allí sin falta. Había un asunto importante que la obligaba a ir, aunque corriese peligro. Y, esa vez, la seguiría. Necesitaba dejarlo todo bien preparado para cuando llegase el momento.

Quizás así resolvería el misterio de por qué había dos lunas. Ushikawa se moría de ganas de saber más cosas sobre ese sorprendente fenómeno. «Pero ésa es una cuestión secundaria. Mi trabajo consiste, por encima de todo, en descubrir el escondrijo de Aomame. Envolverla en un bonito papel de regalo y entregársela a esos dos tipos siniestros. Haya dos lunas o una sola, hasta entonces debo ser práctico y realista. Al fin y al cabo, ésa es una de las ventajas de ser como soy».

Ushikawa fue a la tienda de fotografía que había cerca de la estación y le entregó al dependiente cinco carretes de treinta y seis exposiciones. Luego, con las fotografías ya reveladas, entró en un restaurante de una cadena frecuentada principalmente por familias y, ordenadas por fechas, les echó un vistazo mientras comía un arroz con curry y pollo. En la mayoría aparecían los rostros de los vecinos que ya conocía. Las únicas que contempló con una pizca de interés fueron las fotografías de tres personas: Fukaeri, Tengo y la misteriosa mujer que había salido por el portal la noche anterior.

La mirada de Fukaeri lo ponía nervioso. Incluso en la fotografía, sus ojos se clavaban en el rostro de Ushikawa. Estaba muy claro: ella sabía que él estaba *allí*, espiándola. Probablemente incluso supiera que la estaba fotografiando con una cámara oculta. Se lo decía aquel par de ojos claros. Sus pupilas lo calaban

todo y no consentían en absoluto la conducta de Ushikawa. Aquella mirada fija le atravesaba el corazón sin piedad. No cabían excusas para lo que él estaba haciendo. Sin embargo, al mismo tiempo, no lo condenaba ni lo desdeñaba. En cierto sentido, aquellos hermosos ojos estaban perdonándolo. «No, no se trata de perdón», rectificó Ushikawa. Aquellos ojos parecían, más bien, compadecerlo. Le transmitían conmiseración, aun a sabiendas de que su comportamiento era infame.

Había sucedido en un breve intervalo. Aquella mañana, Fukaeri se quedó observando la parte superior del poste eléctrico, después torció rápidamente el cuello y dirigió su mirada a la ventana donde Ushikawa se escondía, escudriñó directamente por el objetivo de la cámara oculta y, a través del visor, fijó la mirada en los ojos de Ushikawa. Después se marchó. El tiempo se congeló y, luego, echó a andar de nuevo. A lo sumo duró tres minutos. En esos tres minutos, con su mirada la chica escrutó cada rincón del alma de Ushikawa, intuyó de forma precisa su inmundicia y su abyección, le transmitió compasión callada y desapareció sin más.

Al mirarla a los ojos, él sintió un dolor agudo, como si le clavasen agujas de calcetar entre las costillas. Se consideró a sí mismo un ser terriblemente feo y retorcido. «Pero no hay remedio», pensó Ushikawa. «Porque en realidad soy un *ser terriblemente feo y retorcido*». Y, para agravarlo, la compasión natural y transparente que teñía los ojos de Fukaeri se hundió en las profundidades de su corazón. Hubiera preferido que lo acusase, lo despreciase, injuriase y condenase. Que lo apalease con un bate de béisbol. Eso lo podría soportar. Pero *esto*, no.

Comparado con ella, Tengo era mucho más fácil de sobrellevar. En la foto, parado en el portal, dirigía la mirada hacia él. Observaba con atención a su alrededor, igual que Fukaeri. Sin embargo, nada se reflejaba en sus ojos. Su mirada cándida, ignorante de lo que ocurría, no detectó la cámara escondida tras las cortinas, ni a Ushikawa detrás de ella.

A continuación, Ushikawa examinó las fotografías de la «mujer misteriosa». Eran tres. Gorra de béisbol, gafas de montura negra y fular gris subido casi hasta los ojos. No se distinguían sus facciones. Aparte de que en las tres fotos la iluminación era pobre, la visera de la gorra hacía sombra sobre su rostro. Con todo, encajaba a la perfección con la imagen de Aomame que Ushikawa se había forjado. Sostuvo las tres fotos en la mano y las contempló una tras otra varias veces, como si examinase una mano de póquer. Cuanto más las miraba, más convencido estaba de que aquella mujer no podía ser otra que Aomame.

Llamó a la camarera y le preguntó qué había de postre. «Tarta de melocotón», le contestó. Ushikawa pidió un trozo de tarta y otro café.

«*Si ésta no es Aomame*», pensó mientras esperaba a que le trajesen el postre, «*entonces puede que jamás surja la oportunidad de encontrarla*».

La tarta de melocotón estaba mucho más buena de lo que se esperaba. Melocotones jugosos dentro de una masa crujiente. Los melocotones, por supuesto, eran de conserva, pero para ser un postre de una cadena de restaurantes no estaba mal. Una vez terminado el postre hasta la última migaja y apurado el café, salió satisfecho del restaurante. Se acercó al supermercado, compró comida para tres días y, de vuelta en el piso, se instaló tras la cámara.

Mientras vigilaba el portal detrás de las cortinas, se apoyó en la pared y echó una cabezada en medio de un charco de luz. No le preocupaba dormirse. No creía que estuviera perdiéndose gran cosa. Tengo se había marchado de Tokio para asistir al funeral de su padre y Fukaeri no volvería. Ella sabía que Ushikawa seguía vigilando. Las probabilidades de que la «mujer misteriosa» apareciese de día eran escasas: actuaba con cautela y sólo entraba en acción una vez que había oscurecido.

Sin embargo, después de ponerse el sol, la «mujer misteriosa» no apareció. Ushikawa sólo vio, en las caras de los que regresaban —de hacer la compra, de dar un paseo al atardecer o del trabajo—, mucha más fatiga que cuando habían salido por la mañana. Ushikawa se limitaba a seguir su ir y venir con la mirada. No presionaba el botón de la cámara. No necesitaba sacarles más fotos. Ahora su interés se centraba en tres individuos. El resto no eran más que transeúntes anónimos. Para matar el tiempo, Ushikawa los llamaba por los nombres que se había inventado.

—Señor Mao —llevaba un peinado muy parecido al de Mao Zedong—, ¿cómo le ha ido hoy en el trabajo?

—Hoy ha hecho un buen día, ¿a que sí, señor Orejudo? Perfecto para salir de paseo.

—Señora Sin Mentón, ¿otra vez de compras? ¿Qué hay hoy para cenar?

Ushikawa siguió espiando el portal hasta las once. Entonces soltó un gran bostezo y dio por concluida la jornada. Bebió té verde en botella, comió algunas *crackers* y se fumó un cigarrillo. Cuando estaba cepillándose los dientes en el lavabo, probó a sacar la lengua frente al espejo. Hacía tiempo que no se miraba

la lengua. Estaba cubierta de una especie de musgo y tenía una tonalidad verdosa idéntica a la del musgo. Lo examinó detenidamente bajo la luz. Era repulsivo. Además, estaba tan adherido a la lengua que parecía que, hiciera lo que hiciese, no conseguiría despegarlo. «Si sigo así, quizá me acabe convirtiendo en el Hombre Musgo», pensó Ushikawa. Empezaría por la lengua y se iría extendiendo sobre su piel por otras zonas del cuerpo. Como el caparazón de las tortugas que viven ocultas en los pantanos. Sólo de pensarlo se sentía desalentado.

Con un suspiro y una voz que no llegó a transformarse en voz, decidió dejar de pensar en su lengua y apagó la luz del lavabo. Se desnudó lentamente a oscuras y se metió en el saco de dormir. Cerró la cremallera y se encogió como un bicho.

Cuando se despertó, a su alrededor todo estaba oscuro. Giró el cuello para mirar la hora, pero el reloj no estaba en su sitio. Se sintió confuso. Antes de dormir siempre se fijaba en dónde estaba el reloj, para poder comprobar la hora de inmediato, incluso a oscuras. ¿Por qué no estaba el reloj en su sitio? Por entre las cortinas se filtraba una luz tenue, pero no iluminaba más que un rincón de la habitación. La oscuridad de medianoche lo envolvía todo.

Ushikawa se dio cuenta de que se le habían acelerado los latidos. Su corazón bombeaba con fuerza para enviar la adrenalina segregada a todo el cuerpo. Las aletas de la nariz se le hinchaban y le costaba respirar. Como cuando uno se despierta en medio de un sueño vivido y muy excitante.

Pero no estaba soñando. Algo ocurría *en realidad*. Había alguien junto a su saco de dormir. Lo percibía. Una sombra negra se perfilaba en medio de la oscuridad y miraba la cara de Ushikawa desde arriba. Se le agarrotó la espalda. Durante una fracción de segundo, su mente se despejó, ató cabos y, en un acto reflejo, intentó bajar la cremallera.

En un abrir y cerrar de ojos, alguien rodeó el cuello de Ushikawa con sus brazos. Ni siquiera le dio tiempo a soltar un grito. Ushikawa notó en la garganta los recios músculos de un hombre. Oprimían su cuello sin piedad, como un tornillo de banco. El hombre no decía ni una palabra. Ni siquiera se le oía respirar. Ushikawa se retorció y forcejeó dentro del saco de dormir. Pateaba y tiraba del interior de nailon con ambas manos. Intentaba gritar. Pero no servía de nada. Acuclillado en el tatami, el hombre se limitó a aumentar la presión que

ejercía con los brazos sin mover el resto del cuerpo. Un movimiento eficiente, sin esfuerzos innecesarios. Al mismo tiempo, la tráquea de Ushikawa se comprimió y su respiración se fue debilitando.

En medio de la desesperación, una pregunta le cruzó por la mente: ¿cómo había conseguido entrar aquel hombre en el piso? La puerta estaba cerrada con llave. Tenía la cadena echada por dentro. Las ventanas también estaban bien cerradas.

«¿Cómo ha entrado? Si hubiera hurgado en la cerradura, habría hecho ruido y, al oírlo, me habría despertado.

»Es un profesional», pensó. «Mataría sin dudarlo ni un segundo. Está entrenado para ello. ¿Le envían los de Vanguardia? ¿Han decidido deshacerse de mí? ¿Me consideran ahora un estorbo? Si es así, están equivocados. Porque estoy a un paso de encontrar a Aomame». Intentó implorarle al hombre que lo dejase hablar. «¡Escúchame, por favor!». Pero la voz no le salió. No tenía suficiente aire para hacer vibrar las cuerdas vocales y, en el fondo de la garganta, la lengua se le había puesto tiesa como una piedra.

Ahora la tráquea ya estaba completamente obstruida. No entraba ni una pizca de aire. Sus pulmones buscaban oxígeno fresco a la desesperada, pero no lo encontraban por ninguna parte. Sintió cómo cuerpo y conciencia se iban separando. Mientras el cuerpo seguía sacudiéndose dentro del saco, su conciencia se arrastraba bajo una pesada y espesa capa de aire. Sus extremidades perdieron la sensibilidad rápidamente. Dentro de su debilitada mente se preguntaba *por qué*. «¿Por qué tengo que morir en un lugar tan miserable, de una manera tan miserable?». No hubo respuesta. Al poco rato, una oscuridad sin márgenes descendió del techo y lo envolvió todo.

Cuando volvió en sí, estaba fuera del saco. No se notaba las piernas ni los brazos. Lo único que sabía era que le habían vendado los ojos y que notaba el tatami bajo la mejilla. Ya no le estrangulaban el pescuezo. Como un muelle, sus pulmones se comprimían y absorbían ruidosamente aire fresco. Aire gélido de la noche. Con el oxígeno se creó nueva sangre, y el corazón bombeó a toda prisa el humor rojo y cálido hacia las terminaciones nerviosas. Entre algún que otro fuerte ataque de tos, se concentraba en respirar. Progresivamente, sus extremidades recuperaron la sensibilidad. En el fondo de los oídos sentía los

fuertes latidos de su corazón. «Todavía estoy vivo», pensó Ushikawa en medio de la oscuridad.

Estaba tendido boca abajo sobre el tatami. Tenía las manos por detrás de la espalda, atadas con una especie de tela suave. Los tobillos también estaban atados. Aunque no apretaban, eran unas ataduras hábiles y eficaces. Apenas podía moverse. A pesar de todo, Ushikawa se sorprendió al comprobar que seguía vivo y respiraba. Aquello no era la muerte. Se había acercado mucho a ella, pero no era la muerte. A ambos lados de la garganta le había quedado un dolor agudo, como si se le hubiera inflamado. La orina que se le había escapado y le empapaba la ropa interior empezaba a enfriarse. Pero no le resultaba desagradable. Al contrario, era una sensación tranquilizadora. Porque sentir dolor y frío significaba que seguía vivo.

—No es tan fácil morir —dijo la voz de un hombre. Como si hubiera leído sus pensamientos.

23
AOMAME

La luz está ahí, sin duda

Pasada la medianoche, la fecha cambió de domingo a lunes, pero no podía dormir.

Un poco antes, al salir del baño, se había puesto el pijama, se había metido en la cama y había apagado la luz. Quedándose despierta hasta tarde no arreglaba nada. El asunto estaba en manos de Tamaru. Se había dicho que debía dormir un poco y así, a la mañana siguiente, podría volver a pensar en todo un poco más despejada. Sin embargo, su mente no se relajaba, el cuerpo le pedía acción. Después de un breve sueño, se desveló.

Resignada, salió de la cama y se puso una bata encima del pijama. Hirvió agua, se preparó una infusión y la bebió a pequeños sorbos sentada a la mesa del comedor. Un pensamiento cruzó por su mente, pero no era capaz de discernir qué pensamiento era ése. Tenía una forma gruesa y furtiva, como una lejana nube cargada de lluvia. Sabía qué forma tenía, pero no distinguía su contorno. Como si hubiera un desfase entre forma y contorno. Aomame se acercó a la ventana con la taza en la mano y contempló el parque infantil por entre las cortinas.

No había ni un alma, como cabía esperar. Pasaban unos minutos de la una de la noche y tanto el cajón de arena como el columpio y el tobogán permanecían abandonados. Era una noche sumamente silenciosa. No soplaba viento, no se veía ni una sola nube. Y las dos lunas pendían la una al lado de la otra por encima de las ramas heladas del árbol. Todavía las veía, a pesar de que habían cambiado de posición debido a la rotación de la Tierra.

Allí quieta, de pie, le vino a la mente el viejo edificio en el que había entrado el cabezón y la plaquita en la puerta del piso 303. Una tarjeta blanca con los dos

ideogramas del apellido Kawana impresos. No era una tarjeta nueva. Tenía las esquinas gastadas y dobladas, y pequeñas manchas de humedad. Había pasado no poco tiempo desde que habían metido la tarjeta en la placa.

«Tamaru averiguará si el inquilino del piso es Tengo Kawana u otra persona apellidada Kawana. Muy pronto, quizá mañana mismo, me dirá quién es. Tamaru nunca pierde el tiempo. Entonces sabré la verdad. Quién sabe, quizá pueda encontrarme con él pronto». Al pensar en esa posibilidad, sintió que se ahogaba. Era como si el aire a su alrededor se hubiera enrarecido de pronto.

«Pero tal vez las cosas no salgan tan bien. Aunque el inquilino del 303 sea Tengo Kawana, es posible que ese siniestro cabezón se esconda dentro del edificio. Y puede que trame algo; no sé el qué, pero algo malo. Seguro que ha ideado algún plan ingenioso y se pega a Tengo y a mí para impedir que nos reunamos.

»No, no debes preocuparte», se dijo para tranquilizarse. «Tamaru es de fiar, además de ser más cauteloso, competente y experimentado que cualquier otra persona que conozco. Puedo dejarlo en sus manos: él se deshará rápidamente del cabezón. Se ha convertido en un elemento peligroso, un estorbo no sólo para mí, sino también para el propio Tamaru, que hay que eliminar.

»Pero si, por alguna razón, no sé bien cuál, Tamaru considerara que no es conveniente que Tengo y yo nos reencontremos, ¿qué ocurrirá entonces? Quizás intente impedir que nos veamos. Tamaru y yo sin duda sentimos un gran aprecio el uno por el otro. Sin embargo, él debe anteponer la seguridad y los intereses de la anciana a todo. Es su trabajo. No hace todo esto sólo por mí».

La idea la preocupó. No tenía forma de saber qué lugar ocupaba su reencuentro con Tengo en la lista de prioridades de Tamaru. ¿Y si revelarle la existencia de Tengo había sido un error de consecuencias fatales? Quizá debió haberse enfrentado ella sola a esa cuestión.

«Pero ahora ya no puedo volver atrás. Se lo he contado a Tamaru. En ese momento no pude evitarlo. El cabezón podría estar ahí, esperándome, y volver sola allí es casi un suicidio. Además, el tiempo corre. No puedo pararme a hacer consideraciones ni a esperar qué ocurre. Aclararle todo a Tamaru y dejar el problema en sus manos era, en ese momento, la mejor opción».

Aomame dejó de pensar en Tengo. Definitivamente, cuanto más pensaba en él, más se enredaba el hilo de sus pensamientos, hasta el punto de que la paralizaba. Ya no pensaría más. Dejaría también de mirar las lunas. La luz de los satélites perturbaba su espíritu calladamente. Alteraba la altura de las mareas en

las ensenadas y agitaba la vida en los bosques. Tras beberse la infusión, se apartó de la ventana y lavó la taza en el fregadero. Le apetecía tomar un trago de *brandy*, pero, por el embarazo, no debía ingerir alcohol.

Aomame se sentó en el sofá, encendió la pequeña lámpara de lectura que había a un lado y cogió en sus manos *La crisálida de aire*. La había leído ya más de diez veces de cabo a rabo. No era excesivamente larga y se sabía hasta los menores detalles de la historia. Pero decidió leerla una vez más con suma atención. Al fin y al cabo, todavía no tenía sueño. Quizás encontrase algún detalle que se le hubiera pasado por alto.

La crisálida de aire era, por decirlo de alguna manera, un libro que ocultaba un código. Al parecer, al relatar esa historia, Eriko Fukada había pretendido difundir algún mensaje. Tengo la había reescrito con una prosa más elaborada y eficaz. Los dos habían formado un equipo para gestar una novela que atrajese a numerosos lectores. «Ambos poseen cualidades que se complementan», le había dicho el líder de Vanguardia, y había añadido: «Compenetrándose y uniendo sus fuerzas han llevado a cabo una misión». Según el líder, el hecho de que *La crisálida de aire* se convirtiese en un *best seller* y dejase constancia de cierto secreto inactivó a la Little People y provocó que la «voz» enmudeciera. A raíz de ello, el pozo se secó y la corriente dejó de fluir. Tal era el «gran impacto» que el libro había ejercido en el mundo de Vanguardia.

Aomame leyó poniendo todos sus sentidos en cada renglón de la novela.

Cuando las agujas del reloj de pared marcaron las dos y media, Aomame había leído ya dos tercios de la obra. Cerró el libro e intentó expresar con palabras la intensa sensación que sacudía su espíritu. Aunque no podía llamarlo una revelación, en ese momento en su mente se perfilaba una imagen muy clara y certera.

«No he sido arrastrada a este mundo por casualidad».

Eso era lo que le transmitía la imagen.

«Estoy aquí porque debo estar aquí.

»Hasta ahora creía que había venido a 1Q84 porque una voluntad ajena me había arrastrado. Siguiendo cierto *designio*, las agujas de los raíles cambiaron y el tren en el que yo viajaba se desvió de la vía principal para adentrarse en un mundo nuevo y extraño. Y de pronto, sin apenas darme cuenta, ya estaba *aquí*.

En un mundo en cuyo cielo hay dos lunas y donde la Little People asoma la cabeza de vez en cuando. Hay una entrada, pero no una salida.

»Me lo explicó el líder antes de morir: Tengo había empezado a escribir otra historia, una historia propia, y esa historia funcionó como un "tren" que me condujo hasta este mundo nuevo. Por eso estoy *aquí* ahora. De una manera del todo pasiva. Por decirlo así, como una actriz de reparto que, desconcertada, erra en medio de una niebla espesa.

»Pero eso no es todo», pensó Aomame.

«Eso no es todo; en absoluto.

»No sólo me ha arrastrado hasta aquí una voluntad ajena. En parte es así. Pero, al mismo tiempo, yo he elegido estar en este lugar.

»He elegido estar aquí por mi propia voluntad».

Estaba convencida de ello.

«Y estoy aquí por un motivo muy claro: encontrarme con Tengo, reunirme con él. Ésa es mi razón de ser en este mundo. Aunque, mirándolo desde el punto de vista opuesto, puedo decir que este mundo existe en mi interior porque debo encontrarme con Tengo. Quizá sea una paradoja que se repite hasta el infinito, como dos espejos confrontados. Formo parte de este mundo y este mundo forma parte de mí».

Aomame no sabía el argumento de la obra que Tengo estaba escribiendo en la actualidad. Probablemente tratara de un mundo con dos lunas. En él, la Little People aparecería de vez en cuando. Pero no se atrevía a conjeturar más. «Con todo, es la historia de Tengo y, al mismo tiempo, es *mi historia*». Eso pensaba Aomame.

Vio confirmado que era así cuando, abriendo el libro, releyó el pasaje que relataba que, por las noches, la niña protagonista fabricaba la crisálida de aire junto a la Little People dentro del viejo almacén. Mientras leía aquella descripción vivida y detallada, sintió en el abdomen un calor que se difundía poco a poco. Un calor de una profundidad asombrosa. Era una fuente de calor muy pequeña pero muy intensa. Sabía de sobra qué era esa fuente de calor y qué significaba: *esa cosa pequeñita*. Emitía calor en respuesta a la escena en la que la protagonista y la Little People creaban juntos la crisálida de aire.

Aomame dejó el libro en la mesa cercana al sofá, se desabotonó la parte superior del pijama y se llevó una mano al abdomen. Sintió el calor, e incluso le pareció que despedía una tenue luz anaranjada. Apagó la lámpara de lectura y, en la oscuridad, observó esa zona. Era un fulgor tan débil que apenas se veía.

«Sin embargo, la luz está ahí, sin duda. No estoy sola», pensó Aomame.

«Estamos unidos. Seguramente, porque ambos vivimos al mismo tiempo dentro de la misma historia.

»Y si, aparte de ser la historia de Tengo, es mi historia, yo también debería poder escribirla. Debería poder añadir nuevas cosas o incluso reescribir alguna parte. Y, sobre todo, debería poder decidir el final. ¿No es así?».

Reflexionó sobre esa posibilidad.

Pero ¿cómo podía conseguirlo?

Todavía lo ignoraba. Lo único que sabía era que *esa posibilidad debería existir*. De momento no era más que una teoría. En medio de aquella callada oscuridad, apretó los labios y pensó. Era crucial. Tenía que concentrarse.

«Los dos formamos un equipo. Como el brillante equipo que formaron Tengo y Eriko Fukada al crear *La crisálida de aire*, en esta nueva historia Tengo y yo formamos un equipo. Nuestras voluntades —o lo que late en el fondo de nuestras voluntades— se han unido para gestar esta intrincada historia y ponerla en marcha. Seguramente el proceso tiene lugar en algún sitio profundo y oculto a la vista. Por eso estamos unidos, aunque no nos veamos. Nosotros creamos la historia y, a su vez, la historia nos pone en marcha a nosotros. ¿No es así?».

Había una pregunta. Una pregunta crucial:

«¿Qué significado tiene *esta cosa pequeñita* en la historia que *estamos* escribiendo? ¿Qué función desempeña?

»Esta cosa pequeñita reacciona de manera tangible ante la escena en la que la Little People y la niña protagonista crean la crisálida de aire dentro del almacén. Dentro de mi útero hay un calor suave pero palpable que desprende una tenue luz anaranjada. Como la propia crisálida de aire. ¿Querrá decir que mi útero funciona como una crisálida de aire? ¿Seré yo la *mother* y *esa cosa pequeñita*, mi *daughter*? ¿Ha tenido la Little People algo que ver en el hecho de que concibiese un bebé de Tengo sin haber mantenido relaciones sexuales? ¿Se han valido arteramente de mi útero para aprovecharlo como crisálida de aire? ¿Estarán intentando utilizarme para conseguir una nueva *daughter*?

»No, no puede ser», se dijo Aomame con convicción. «*Eso es imposible*».

La Little People había perdido su vitalidad. Lo había dicho el líder. La amplia divulgación de *La crisálida de aire* entorpecía sus movimientos. No cabía duda de que el embarazo se desarrollaba fuera de sus miradas y de su área de influencia. Pero ¿quién —o qué clase de poder— había posibilitado el embarazo? ¿Y para qué?

Aomame no lo sabía.

Lo único que sabía era que *esa cosa pequeñita* era una vida valiosa que Tengo y ella habían concebido. Volvió a colocarse las manos sobre el abdomen, que desprendía la luz naranja, aureolándolo, y presionó con suavidad. Y dejó que el calor que sentía circulara y se difundiera por todo su cuerpo. «Pase lo que pase, debo proteger a esta cosa pequeñita. Nadie me la va a arrebatar. Nadie le va a hacer daño. Vamos a protegerla, los dos, y a cuidarla». En medio de la oscuridad, se armó de determinación.

Fue al dormitorio, se quitó la bata y se metió en la cama. Boca arriba, con las manos sobre el vientre, volvió a sentir en las palmas ese calor. Todas sus preocupaciones y su incertidumbre se desvanecieron. «Debo ser más fuerte. Mi cuerpo y mi espíritu deben permanecer unidos, ser uno». Al rato, vino el sueño en silencio, como una voluta de humo, y la envolvió entera. En el cielo todavía flotaban las dos lunas, una al lado de otra.

24
TENGO

Me marcho del «pueblo de los gatos»

Habían vestido su cadáver con el uniforme bien planchado de cobrador de la NHK y lo habían introducido en un modesto ataúd. Seguramente era el más barato que tenían; un ataúd anodino apenas más resistente que una caja de madera para bizcochos. Pese a la escasa estatura del difunto, no sobraba mucho espacio. Estaba hecho de contrachapado y carecía de adornos. Con cierto reparo, el hombre de la funeraria volvió a preguntarle: «¿Seguro que no le importa que sea este ataúd?». Tengo le contestó que no. Su propio padre lo había elegido de un catálogo y lo había pagado de su propio bolsillo. Si el muerto no tenía nada que objetar, Tengo aún menos.

Vestido con el uniforme de cobrador de la NHK dentro de aquel sencillo ataúd, no daba la impresión de estar muerto, sino de, por ejemplo, estar echando una siesta en un descanso del trabajo. Como si de un momento a otro fuera a levantarse, ponerse la gorra y seguir con su ruta. El uniforme con el logo de la NHK bordado parecía una segunda piel. Aquel hombre había nacido con el uniforme puesto e iba a ser incinerado con él. Al verlo, Tengo se dio cuenta de que su último atuendo sólo podía ser ése. Igual que los guerreros que, en las óperas de Wagner, son depositados en su pira funeraria con la armadura puesta.

El martes por la mañana, cerraron la tapa del ataúd y la clavaron delante de Tengo y Kumi Adachi. Luego lo cargaron en el coche fúnebre, que no era otro que la furgoneta Toyota que habían utilizado para transportar el cadáver de la clínica a la funeraria. En vez de camilla de ruedas, ahora transportaba un ataúd. Probablemente fuese el coche fúnebre más barato del que disponían. La solemnidad brillaba por su ausencia. Y, evidentemente, no se oyó *El ocaso de los dioses* por ninguna parte. Sin embargo, Tengo no vio motivos para quejarse por el aspecto del coche fúnebre. Tampoco a Kumi parecía importarle. No era más que un medio de transporte. Lo importante era que una persona había

desaparecido de este mundo y los que seguían vivos debían grabar ese hecho en sus corazones. Los dos subieron a un taxi y siguieron a la furgoneta negra.

El crematorio estaba en un enclave un poco adentrado en las montañas, apartado de la carretera que bordeaba la costa. Era una construcción relativamente nueva pero impersonal, y más que un crematorio parecía una fábrica o un edificio del gobierno. Aunque el jardín era hermoso y estaba bien cuidado, la alta chimenea que se erguía, majestuosa, apuntando al cielo, indicaba que aquellas instalaciones tenían un fin muy especial. Ese día no debían de tener mucho ajetreo, ya que llevaron el ataúd directamente al incinerador, sin esperas. El féretro entró en silencio en el horno y la pesada tapa de éste se cerró como la escotilla de un submarino. El encargado, un hombre entrado en años y que llevaba guantes, presionó el botón de ignición tras hacer una reverencia hacia Tengo. Kumi Adachi juntó las manos para rezar mirando hacia la tapa cerrada y Tengo la imitó.

Durante la hora que duró la incineración, Tengo y Kumi se acomodaron en una sala acondicionada para ese fin. Kumi compró dos cafés calientes en una máquina expendedora y se los tomaron en silencio. Estaban sentados el uno al lado del otro en un banco frente a un gran ventanal. Fuera se extendía el césped marchito del jardín y se alzaban algunos árboles sin hojas. Dos pájaros negros se habían posado en una rama. Tengo desconocía qué clase de pájaros eran. Tenían la cola larga y, pese a ser pequeños, sus trinos eran estridentes y de tono agudo. Al gorjear, levantaban la cola. Sobre la arboleda se extendía un cielo azul de invierno, sin una nube. Kumi Adachi vestía una trenca de color crema sobre un corto vestido negro. Tengo, un jersey negro de cuello redondo y una chaqueta de espiguilla de color gris oscuro. Calzaba unos mocasines marrones. Eran las prendas más formales que tenía.

—A mi padre también lo incineraron aquí —dijo Kumi Adachi—. La gente que vino no paraba de fumar. Había tanto humo que en el techo parecía haberse formado una nube. Prácticamente todos eran pescadores que habían faenado con él.

Tengo se imaginó la escena: un grupo de hombres curtidos por el sol, torpes en sus trajes negros, todos fumando como carreteros. Y estaban allí en señal de duelo por un hombre que había fallecido de cáncer de pulmón. Pero ahora en la sala no había nadie más aparte de ellos dos. A su alrededor todo estaba quieto. Excepto el trino agudo que de vez en cuando se oía procedente de la arboleda, nada rompía el silencio. No se oía música ni voces. El sol vertía su apacible luz

sobre la tierra. Los rayos invadían la sala a través del ventanal y creaban un silencioso charco de luz a los pies de ambos. El tiempo transcurría con parsimonia, como un río al aproximarse a su desembocadura.

—Gracias por acompañarme —dijo Tengo tras un prolongado silencio.

Kumi Adachi extendió su mano y la colocó sobre la de Tengo.

—Uno lo pasa peor si está solo. Es mejor tener a alguien a tu lado. Así son las cosas.

—Supongo que sí —reconoció Tengo.

—Me parece terrible que haya gente que muera sola, sea cual sea su circunstancia. En este mundo hay un gran agujero y debemos mostrarle respeto. Si no, el agujero nunca se cerrará.

Tengo asintió.

—No se puede dejar el agujero abierto —siguió Kumi Adachi—. Cualquiera podría caer en él.

—Pero, en algunos casos, los muertos guardan secretos —dijo Tengo—. Y si el agujero se cerrara, todos esos secretos se irían con él. No se revelarían nunca.

—Yo creo que también en esos casos hay que cerrar el agujero.

—¿Por qué?

—Si los muertos se marcharon con ellos, será porque son secretos que no pueden dejarse atrás.

—Pero ¿por qué no pueden dejarlos atrás?

Kumi Adachi le soltó la mano y lo miró a los ojos.

—Quizás, en esos secretos, haya algo que ni siquiera la persona que murió llegó a comprender del todo. Algo que no podía explicar ni transmitir, por más que lo intentara. Algo que irremediablemente debía llevarse consigo. Como un valioso equipaje de mano.

Callado, Tengo contemplaba el charco de luz a sus pies. El suelo de linóleo brillaba pálidamente. Ante sus ojos tenía sus mocasines desgastados y los sencillos zapatos de salón negros de Kumi Adachi. Aunque estaban muy cerca de él, le parecía un paisaje situado a kilómetros de distancia.

—Tú también tendrás cosas que te resultan difíciles de explicar, ¿o no?

—Creo que sí —dijo Tengo.

Kumi Adachi cruzó sus finas piernas envueltas en medias negras, sin decir nada.

—Aquella noche dijiste que habías muerto ya una vez, ¿no? —le recordó Tengo a Kumi.

—Sí. Una noche triste y solitaria de lluvia fría.

—¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Y hace tiempo que sueño a menudo con eso. Siempre es exactamente el mismo sueño, muy realista. Estoy convencida de que tuvo que ocurrir.

—¿No será como una especie de metempsicosis?

—¿Metempsicosis?

—Volver a nacer. Reencarnación.

Kumi Adachi lo consideró.

—No sé. Quizá sí. O quizá no.

—¿A ti también te incineraron cuando moriste?

Kumi sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo, porque eso sucedería después de muerta. Lo único que recuerdo es *el momento de mi muerte*. Alguien me estrangulaba. Un hombre desconocido al que nunca había visto.

—¿Recuerdas su rostro?

—Por supuesto. Lo he visto cientos de veces en el sueño. Si me lo encontrara por la calle, lo reconocería a primera vista.

—Si te lo encontraras de verdad, ¿qué harías?

Kumi Adachi se frotó la nariz con la yema del dedo. Como para comprobar que su nariz seguía allí.

—He pensado muchas veces en eso. ¿Qué haría si me lo encontrara? Tal vez echar a correr y escapar. O quizá seguirlo sin que me viera. Pero hasta que no me vea en esa situación, creo que no sabré cómo reaccionaré.

—Y si lo siguieses, ¿qué harías?

—No lo sé. Pero es como si ese hombre guardara un secreto importante sobre mí. Si todo saliese bien, quizás yo descubra ese secreto.

—¿Un secreto? ¿Qué clase de secreto?

—Por ejemplo, el motivo de por qué *estoy aquí*.

—Pero podría volver a matarte.

—Sí, es verdad. —Kumi frunció un poco los labios—. Sería arriesgado, lo sé. Supongo que lo mejor sería salir corriendo. Aun así, ese secreto me tiene fascinada. Es como los gatos: cuando ven un hueco oscuro, no pueden evitar asomarse a él.

Terminada la incineración, metieron en una pequeña urna las cenizas del padre y se la entregaron a Tengo. No sabía bien qué debía hacer ahora con ella,

pero comprendió que debía cogerla él. Cargó con ella, y Kumi y él subieron al taxi.

—Del resto de los trámites ya me encargo yo —dijo Kumi Adachi. Al cabo de un rato añadió—: ¿Quieres que me ocupe también de enterrar las cenizas?

Tengo se sorprendió.

—¿Puedes hacerlo?

—¿Por qué no iba a poder? —dijo Kumi—. ¿Acaso no hay funerales a los que no asiste ningún miembro de la familia?

—La verdad es que te lo agradecería mucho —dijo Tengo. Entonces sintió cierto remordimiento, pero también alivio, y le entregó la urna a Kumi Adachi. «Nunca más volveré a ver estas cenizas», pensó en ese instante. «Sólo me quedarán recuerdos. Y esos recuerdos algún día acabarán desapareciendo convertidos en *polvo*».

—Soy vecina del pueblo, así que puedo encargarme de eso. Tú regresa pronto a Tokio. *Nosotras* te adoramos, ya lo sabes, pero no debes quedarte demasiado tiempo en este lugar.

«Me marcho del “pueblo de los gatos”», se dijo Tengo.

—Muchas gracias por todo —volvió a decirle Tengo.

—Escucha, Tengo…, me gustaría darte un consejo, si no te importa… Ya sé que no soy quién, pero…

—Claro que no me importa.

—Puede que tu padre se haya ido al otro mundo con un secreto. Y parece que eso te aturde un poco. En parte, te comprendo. Pero es mejor que no sigas asomándote por ese hueco oscuro. Hacerlo no te llevará a ninguna parte. En vez de eso, sería mejor que pensaras en el futuro.

—Debo cerrar el agujero —dijo Tengo.

—Eso es —convino Kumi Adachi—. El búho opina igual. ¿Te acuerdas del búho?

—Claro que sí.

«El búho es el dios tutelar del bosque, lo sabe todo, y nos ofrecerá la sabiduría de la noche».

—¿Sigue ululando allí, en medio del bosque?

—El búho no se va nunca a ninguna parte —dijo la enfermera—. Siempre está ahí.

Kumi Adachi hizo compañía a Tengo hasta que éste subió al tren que partía hacia Tateyama. Era como si necesitara comprobar con sus propios ojos que

Tengo subía al tren y se marchaba de aquel pueblo. Se quedó en el andén, agitando la mano con fuerza, hasta que Tengo dejó de verla.

Llegó al piso en Kōenji a las siete de la tarde del martes. Encendió la luz, se sentó en una silla del comedor y echó un vistazo al piso. Todo estaba tal como lo había dejado el día anterior. Las cortinas estaban echadas, sin ningún resquicio, y sobre el escritorio estaban apiladas las hojas impresas de la obra que estaba escribiendo. En el lapicero había seis lápices bien afilados. La vajilla lavada seguía en el escurreplatos, junto al fregadero de la cocina. El reloj marcaba la hora sin que se oyera el tictac y el calendario de pared indicaba que el año había entrado en su último mes. El piso parecía más silencioso que de costumbre. Una pizca *demasiado* silencioso. En esa quietud se percibía algo excesivo. Pero quizá sólo fuera impresión suya. Tal vez se debía a que acababa de vivir la desaparición de un ser humano. O tal vez porque el agujero que había en el mundo todavía no estaba bien tapado.

Tras beber un vaso de agua, se dio una ducha caliente. Se lavó bien la cabeza, se limpió los oídos con bastoncillos y se cortó las uñas. Luego se puso unos calzoncillos y una camiseta limpios que sacó de un cajón. Necesitaba eliminar todos los olores de los que se había impregnado su cuerpo, los olores del «pueblo de los gatos». «*Nosotras te adoramos, ya lo sabes, pero no debes quedarte demasiado tiempo en este lugar*», le había dicho Kumi Adachi.

No tenía hambre. No le apetecía trabajar, y tampoco abrir un libro. Ni siquiera tenía ganas de escuchar música. Se sentía agotado, pero también muy nervioso; no creía que pudiera dormir aunque se tumbase. En el silencio que lo rodeaba había algo artificial.

«Ojalá Fukaeri estuviese aquí», pensó Tengo. «No importaría lo que dijese. Cualquier cosa me valdría. Aunque hable siempre sin inflexiones y sin entonar las oraciones interrogativas como es debido». Tan sólo quería volver a oírla hablar. Sin embargo, Tengo sabía que Fukaeri jamás volvería a aquel piso. No se explicaba cómo lo sabía, pero ya nunca más volvería. Quizás.

Quería hablar con alguien, le daba igual con quién. Deseó poder hablar con Kyōko Yasuda, la mujer mayor que él, pero no podía llamarla. Además de no saber su número, el hombre que llamó le había dicho que *se había perdido*.

Telefoneó a la editorial, al número directo del despacho de Komatsu. Pero nadie atendió la llamada. Después de quince tonos, se resignó y colgó.

«¿A quién más podría llamar?», pensó Tengo. No se le ocurrió nadie. Pensó en telefonear a Kumi Adachi, pero cayó en la cuenta de que no tenía su número.

Luego pensó en ese agujero oscuro que seguía abierto en algún lugar del mundo. No era grande, pero sí profundo. «Si me asomase por él y gritase, ¿todavía podría conversar con mi padre? ¿Me contaría la verdad un muerto?».

«Hacerlo no te llevará a ninguna parte», le había dicho Kumi Adachi. «En vez de eso, sería mejor que pensaras en el futuro».

«Pero no estoy de acuerdo», pensó Tengo. «Porque no sólo se trata de eso. Saber el secreto quizá no me conduzca a ninguna parte, pero, aun así, debo descubrir por qué es así, por qué no puede conducirme a ningún lado. Quizás entonces, si supiese el motivo, podría ir a *alguna parte*.

»No importa si eras o no mi verdadero padre», dijo Tengo dirigiéndose al agujero oscuro. «Da igual. Sea como sea, has muerto y te has ido con una parte de mí; y yo sigo vivo y me he quedado con una parte de ti. Este hecho nunca cambiará, compartamos sangre o no. Ha transcurrido demasiado tiempo y el mundo ha ido avanzando».

Le pareció oír el ulular de un búho fuera, pero, a todas luces, sus oídos le engañaban.

25
USHIKAWA

Haga frío o no, Dios está aquí

—No es tan fácil morir —dijo una voz masculina. Como si hubiera leído sus pensamientos—. Sólo has perdido la conciencia un rato. Pero te acercaste mucho…

No conocía esa voz. Era neutra e inexpresiva. Ni aguda ni grave. Ni dura ni meliflua. La clase de voz que informa de la hora de salida de los aviones o del estado de la Bolsa.

Ushikawa, aturdido, se preguntó qué día sería. «Debe de ser lunes, lunes por la noche. Aunque quizás ya estemos a martes».

—Ushikawa —dijo el hombre—. Puedo llamarte así, ¿no?

Ushikawa se quedó callado. Siguieron unos veinte segundos de silencio. A continuación, sin previo aviso, el hombre le asestó un puñetazo en el riñón izquierdo. Insonoro pero contundente. Un dolor agudo le recorrió todo el cuerpo. Las vísceras se le contrajeron y, hasta que el dolor remitió, fue incapaz de respirar. Por fin, al cabo de un rato, pudo al menos jadear.

—Te he hecho una pregunta educadamente. Quiero que me contestes. Si todavía te cuesta hablar, basta con que afirmes o niegues con la cabeza. Es lo que se llama buenos modales —dijo el hombre—. ¿Puedo llamarte Ushikawa?

Ushikawa asintió varias veces con la cabeza.

—Ushikawa. Un apellido fácil de recordar. Me he tomado la licencia de echarle un vistazo a la cartera que tenías en el pantalón. Llevas el carné de conducir y una tarjeta de visita. «Presidente titular de la fundación Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón». ¡Vaya cargazo gastas, Ushikawa! Pero ¿qué hace el señor presidente titular de una fundación en un sitio como éste, escondido y con una cámara camuflada?

Ushikawa se quedó callado. Todavía era incapaz de articular palabra.

—Te aconsejo que contestes —dijo el hombre—. Cuando te revientan los riñones, el dolor te acompaña toda la vida.

—Vigilaba a un inquilino —dijo por fin con voz quebrada. Como le habían vendado los ojos, tuvo la impresión de que no era su propia voz.

—Te refieres a Tengo Kawana, ¿no?

Ushikawa asintió.

—Tengo Kawana, el negro de la novela *La crisálida de aire*.

Ushikawa volvió a asentir y luego emitió un pequeño carraspeo. «Este hombre lo sabe todo».

—¿Quién te pidió que lo vigilaras? —preguntó el hombre.

—Vanguardia.

—Eso ya me lo imaginaba, Ushikawa. Mi pregunta es: ¿por qué quiere la organización vigilar los movimientos de Tengo Kawana? No veo qué importancia puede tener ahora para ellos.

Ushikawa pensó a toda prisa, tratando de adivinar de dónde había salido aquel hombre y cuánto sabía. Ignoraba quién era, pero estaba claro que no lo había enviado la organización. Sin embargo, desconocía si eso era bueno o malo para él.

—Te he hecho una pregunta —dijo el hombre. Y presionó el riñón izquierdo de Ushikawa con la punta de un dedo. Con fuerza.

—Está… relacionado con una mujer —dijo Ushikawa gimoteando.

—¿Cómo se llama?

—Aomame.

—¿Por qué siguen a Aomame? —preguntó el hombre.

—Porque le hizo algo muy grave al líder de la comunidad.

—Le hizo algo muy grave… —dijo el hombre como si reflexionara sobre cada palabra—. Simplifiquemos un poco: quieres decir que lo mató, ¿no?

—Eso es —dijo Ushikawa.

Había comprendido que no podía ocultarle nada. Tarde o temprano le haría cantar.

—Pero eso no se ha hecho público.

—Se mantiene en secreto dentro de la comunidad.

—¿Cuánta gente de Vanguardia lo sabe?

—Un puñado.

—Y tú estás con ellos.

Ushikawa asintió.

—Así que ocupas una posición bastante importante dentro de la organización.

—No —dijo Ushikawa moviendo el cuello. Al hacerlo, le dolió el riñón que el hombre le había golpeado—. Yo sólo soy un mandado. Me enteré por casualidad.

—Estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Supongo que sí.

—Por cierto, Ushikawa, ¿actúas solo?

Ushikawa asintió.

—¿No es un poco raro? En operaciones de vigilancia y seguimiento se trabaja en equipo. Si contamos al encargado de suministros, se necesitan al menos tres personas. Y tú cuentas con el apoyo de Vanguardia pero trabajas solo. Decididamente, no me gusta nada esa respuesta.

—No soy miembro de Vanguardia —dijo Ushikawa. Ya no jadeaba y parecía que por fin podía hablar con normalidad—. Sólo me han contratado. Me llaman cuando necesitan a alguien de fuera.

—¿En calidad de presidente de la fundación Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón?

—Es una fundación fantasma. No existe. Vanguardia la creó por temas de impuestos. Yo trabajo por mi cuenta y ellos me hacen encargos.

—Una especie de mercenario.

—No. Sólo recabo información cuando me lo piden. Si hay que recurrir a la violencia, llaman a otros.

—Entonces vigilabas a Tengo Kawana e informabas a la comunidad sobre su vínculo con Aomame, ¿no, Ushikawa?

—Sí.

—¡Mal! —dijo el hombre—. Respuesta incorrecta. Si la comunidad supiera que existe una conexión entre Aomame y Tengo, no te habrían encargado de su vigilancia. Habrían formado un equipo con sus hombres. De ese modo, cometerían pocos errores y podrían recurrir a la fuerza con eficacia.

—Pero es la verdad. Yo únicamente sigo sus órdenes. Ni siquiera yo sé por qué me lo encargaron a mí solo. —La voz volvía a quebrársele y de vez en cuando soltaba un gallo.

«Si averigua que Vanguardia todavía no está al tanto de la relación entre Aomame y Tengo, me eliminará sin pensárselo dos veces», razonó Ushikawa.

«Matándome, se asegurará de que nadie más va a enterarse».

—No me gustan las respuestas incorrectas —dijo el hombre con frialdad—. Ushikawa, supongo que lo sabes y que hasta *lo sientes en el cuerpo*. Podría volver a darte en el mismo riñón. Pero si lo hiciera a conciencia, quizá me duela un poco la mano, y destrozarte los riñones no es lo que me ha traído hasta aquí. No tengo nada contra ti, ¿sabes? Pero sólo quiero una cosa: obtener respuestas correctas. Así que ahora abordaré el asunto de otro modo: te enviaré al fondo del mar.

«¿Al fondo del mar?», pensó Ushikawa. «¿De qué está hablando?».

El hombre pareció sacar algo del bolsillo. Se oyó como si arrugaran algo de plástico y entonces Ushikawa notó que le ponían algo en la cabeza. Una bolsa de plástico. Parecía una de esas bolsas gruesas para congelar alimentos. Luego le pasó una goma grande alrededor del cuello. «Quiere asfixiarme», comprendió Ushikawa. Al intentar tomar aire, le entró plástico en la boca, y también se le taponaron los orificios de la nariz. Sus dos pulmones reclamaron aire, en vano. El plástico se le pegó a la cara, convirtiéndose literalmente en una máscara mortuoria. Poco después, todos sus músculos empezaron a sufrir violentas convulsiones. Ushikawa intentó estirar los brazos y arrancarse la bolsa, pero sus manos no respondieron: estaban fuertemente atadas detrás de la espalda. El cerebro se le infló como un globo a punto de reventar. Trató de gritar. Aire, necesitaba aire. Sin embargo, no salió ningún sonido. Su lengua se hinchó y se extendió por toda la boca. El cerebro le desbordaba de la cabeza y se desparramaba.

Al poco rato, el hombre soltó la goma del cuello y le quitó la bolsa de la cabeza. Desesperado, Ushikawa boqueó para inspirar todo el aire que pudo. Luego, durante unos minutos, jadeó al tiempo que arqueaba el cuerpo, igual que un animal que intenta morder algo que no está a su alcance.

—¿Qué tal el fondo del mar? —preguntó el hombre tras esperar a que la respiración de Ushikawa se regulara. Su voz seguía sin alterarse—. Has ido bastante lejos. Me imagino que habrás visto cosas que nunca habías visto. Una gran experiencia.

Ushikawa fue incapaz de decir nada. No le salía la voz.

—Te lo repetiré: busco respuestas correctas. Así que te lo voy a preguntar otra vez. ¿Te pidieron que vigilaras a Tengo Kawana y que investigaras su conexión con Aomame? Es muy importante. Está en juego una vida humana. Piénsalo bien y responde como es debido. Si mientes, lo notaré.

—Ellos no lo saben —dijo por fin Ushikawa.

—¡Bien! Respuesta correcta. La comunidad no está al tanto de que existe un vínculo entre los dos. Todavía no se lo has dicho, ¿verdad?

Ushikawa asintió.

—Si hubieras contestado correctamente a la primera, no habría tenido que enviarte al fondo del mar. Desagradable, ¿eh?

Ushikawa asintió.

—Lo sé. Yo también he estado allí —dijo el hombre como si hablara del tiempo que iba a hacer—. Quien no lo ha vivido no sabe lo que se sufre. Y con el sufrimiento no puede uno andarse con generalizaciones. Cada dolor tiene sus características. Reformulando un poco la célebre frase de Tolstói, el placer es siempre más o menos parecido, pero en cada dolor hay matices muy sutiles. No diré que uno puede llegar a «degustarlos», pero casi, ¿no crees?

Ushikawa asintió con la cabeza. Todavía se quedaba a veces sin aliento. El hombre prosiguió:

—Así que a partir de ahora vamos a hablar francamente, con el corazón en la mano, sin ocultar nada, ¿te parece bien, Ushikawa?

Ushikawa asintió.

—Si vuelvo a recibir otra respuesta incorrecta, te llevo de paseo al fondo del mar. Esta vez, un paseo más largo, para disfrutar un poco más de él. Hasta el límite. ¿Quién sabe? A lo mejor no regresas. Supongo que no querrás que eso ocurra, ¿no?

Ushikawa sacudió la cabeza.

—Creo que tenemos algo en común —dijo el hombre—. Por lo que veo, los dos somos lobos solitarios. O perros descarriados. Hablando en plata, parias que no encajan en esta sociedad. Nunca nos hemos habituado a las organizaciones y, de hecho, nunca nos han aceptado en ninguna de ellas. Vamos a nuestro aire. Decidimos solos, actuamos solos y asumimos solos la responsabilidad. Recibimos órdenes de arriba pero no tenemos compañeros ni subordinados. Tan sólo dependemos de nuestro ingenio y de nuestra maña. ¿No tengo razón?

Ushikawa asintió.

—Es nuestro punto fuerte y, al mismo tiempo, nuestro punto débil. A ti, por ejemplo, las ansias de éxito te han llevado a precipitarte un poco. Intentabas solucionarlo todo por ti mismo, sin informar a Vanguardia. Querías hacer méritos y dárselo todo hecho. Y entonces has bajado la guardia. ¿O no?

Ushikawa volvió a asentir.

—Pero, dime, ¿por qué llegaste a este extremo?

—Porque el líder murió por mi culpa.

—¿Por qué?

—Yo investigué a Aomame antes de que se reuniese con el líder. No encontré nada sospechoso.

—Sin embargo, ella se acercó al líder con intención de asesinarlo y acabó cargándoselo. Metiste la pata y sabes que, tarde o temprano, tendrás que responder de ello. Eres un agente externo de usar y tirar. Ahora mismo sabes más de la cuenta. Si quieres sobrevivir, debes entregarles la cabeza de Aomame. Es eso, ¿no?

Ushikawa asintió.

—Lo siento —dijo el hombre.

«¿Lo siento?». Ushikawa le dio vueltas en su deforme cabeza al significado de esas palabras. Entonces ató cabos.

—¿Vosotros organizasteis el asesinato del líder? —preguntó Ushikawa.

El hombre no contestó. Pero tampoco lo negó, y Ushikawa comprendió que ya le había contestado con su silencio.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó.

—Eso es. ¿Qué haré? La verdad es que aún no lo he decidido. Lo pensaré con calma. Según cómo te portes —dijo Tamaru—. Todavía tengo algunas preguntas que hacerte.

Ushikawa asintió.

—Quiero que me des el número de teléfono de tu contacto en Vanguardia. Me imagino que dependerás de alguien.

Ushikawa titubeó, pero al final le dio el número. Su vida pendía de un hilo; no iba a negarse. Tamaru lo anotó.

—¿Cómo se llama?

—No sé su nombre —mintió Ushikawa. Pero a Tamaru no pareció importarle.

—¿Son tipos duros?

—Bastante.

—Pero no llegan a profesionales.

—Son competentes. Obedecen a sus superiores sin rechistar. Pero no son profesionales.

—¿Qué sabes de Aomame? —dijo Tamaru—. ¿Has averiguado dónde se esconde?

Ushikawa sacudió la cabeza.

—Todavía no. Por eso vigilaba a Tengo Kawana. Si supiera dónde se encuentra Aomame, ahora yo estaría allí.

—Tiene sentido —dijo Tamaru—. Por cierto, ¿cómo has descubierto la relación entre Aomame y Tengo?

—Trabajo de campo.

—Explícate.

—Investigué en la vida de Aomame. Me remonté a su infancia. Iba a un colegio público de Ichikawa. Tengo también es de Ichikawa, así que me olí algo. Y efectivamente: en el colegio me enteré de que fueron dos años a la misma clase.

Tamaru emitió un pequeño gruñido, como el ronroneo de un gato, con el fondo de la garganta.

—Vaya, pues sí que has puesto empeño en la investigación. Te habrá dado bastante trabajo. Impresionante.

Ushikawa se quedó callado. De momento no le había hecho ninguna pregunta.

—Volveré a preguntártelo —dijo Tamaru—: En estos momentos eres el único que conoce el vínculo entre Aomame y Tengo, ¿sí o no?

—Tú también lo sabes.

—Aparte de mí, dime, ¿quién más?

Ushikawa asintió.

—Soy el único que lo sabe, sí.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad?

—No miento.

—A propósito, ¿sabes que Aomame está embarazada?

—¿Embarazada? —dijo Ushikawa. Su voz traslució asombro—. ¿De quién es la criatura?

Tamaru no le contestó.

—¿De veras no lo sabías? —dijo al fin.

—No. No miento.

Tamaru consideró en silencio si Ushikawa era sincero o no. Luego le habló:

—De acuerdo. Supongo que es verdad que no lo sabías. Te creeré. Por cierto, has estado merodeando por la Villa de los Sauces de Azabu. Eso no lo negarás, ¿no?

Ushikawa negó con la cabeza.

—¿Por qué fuiste allí?

—La dueña de la mansión frecuentaba el club de deportes de lujo y Aomame era su entrenadora personal. Parecía que las dos mantenían una relación de amistad. Por otra parte, la mujer había montado una casa de acogida para mujeres maltratadas junto a su mansión. Estaba muy bien protegida. Demasiado. Supuse que a lo mejor escondía a Aomame en la casa de acogida.

—¿Y?

—Tras darle vueltas, cambié de idea. Esa mujer tiene mucho dinero e influencia. Si quisiera tener escondida a Aomame, no lo haría cerca de ella. La mantendría lo más lejos posible. Así que dejé de buscar en la mansión de Azabu y me centré en Tengo.

Tamaru volvió a emitir un pequeño gruñido.

—Además de tener bastante buen olfato, piensas con lógica. Y eres paciente. Es una pena que sólo seas un mandado. ¿Llevas mucho tiempo haciendo estos trabajos?

—Yo era abogado.

—Vaya, y seguro que eras bueno. Pero te dejaste llevar y, en cierto momento, diste un resbalón y caíste. Y ahora, por cuatro perras, haces trabajos rastreros para un nuevo movimiento religioso. Es así, ¿no es cierto?

—Eso es —dijo Ushikawa.

—Qué se le va a hacer —dijo Tamaru—. No es fácil sobrevivir cuando uno es un paria y depende sólo de sus propias fuerzas. El día menos pensado, aunque parezca que todo vaya bien, caemos. El mundo está hecho así. —Apretó los puños e hizo crujir los nudillos con un ruido seco y siniestro—. ¿Le has hablado a la comunidad de la Villa de los Sauces?

—No —se sinceró Ushikawa—. Sospechaba que la mansión ocultaba algo, pero sólo eran suposiciones. Estaba demasiado bien vigilada para conseguir pruebas.

—Me alegro —dijo Tamaru.

—Seguro que la seguridad estaba a tu cargo, ¿no?

Tamaru no respondió. Era él quien hacía las preguntas y no tenía por qué contestarle.

—Por ahora no me has mentido —dijo Tamaru—. Al menos en líneas generales. Cuando a uno lo sumergen hasta el fondo del mar, se le quitan las ganas de mentir. Si mintieses, te lo notaría en la voz. Por el miedo.

—No miento —dijo Ushikawa.

—Eso está bien —dijo Tamaru—. Nadie quiere sufrir más de lo necesario. Por cierto, ¿conoces a Carl Jung?

Involuntariamente, Ushikawa frunció el ceño bajo la venda. «¿Carl Jung? ¿De qué narices quiere hablarme este tipo?».

—¿Jung, el psicólogo?

—Exacto.

—Más o menos —dijo Ushikawa con cautela—. Nació en Suiza a finales del siglo XIX. Fue discípulo de Freud, pero luego se apartó de él. El inconsciente colectivo. No sé más.

—Bien —dijo Tamaru.

Ushikawa esperó a que prosiguiera.

—Carl Jung llevaba una vida acomodada con su familia en una majestuosa casa situada en una tranquila área residencial de lujo a orillas del lago de Zúrich, en Suiza. Pero necesitaba un lugar aislado para poder entregarse a sus pensamientos. Entonces encontró unos terrenos a orillas del lago, en un lugar apartado llamado Bollingen, y se construyó una pequeña casa. Nada parecido a una casa de campo. Él mismo edificó, piedra a piedra, una vivienda redonda de techo alto. Sacaba las piedras de una cantera cercana. Como por aquel entonces en Suiza se necesitaba el título de cantero para poder construir con piedra, Jung se sacó el título. También entró en el gremio. Construir la casa con sus propias manos era algo sumamente relevante. Al parecer, la muerte de su madre influyó en gran medida en su decisión de construir la casa. —Tamaru hizo una breve pausa—. A la edificación la llamaban «la Torre». La diseñó basándose en las cabañas de las aldeas que había visitado en un viaje a África. Dispuso un espacio interior sin divisiones en el que se pudiera hacer vida. Era una vivienda muy sencilla. Consideraba que para vivir no hacía falta nada más. No tenía electricidad, gas ni agua corriente. El agua la recogía de una montaña cercana. Sin embargo, más tarde llegó a la conclusión de que aquello no era más que un arquetipo. Al poco tiempo, tuvo que hacer separaciones, dividirla, construir dos pisos y, luego, añadirle algún ala. En las paredes, además, pintó dibujos. Todo aquello ilustraba las divisiones y el desarrollo de su propia psique; la casa era, por así decirlo, como un mándala tridimensional. Necesitó unos doce años para poder verla más o menos terminada. Es una edificación muy interesante para los estudiosos de Jung. ¿Habías oído hablar de todo esto?

Ushikawa negó con la cabeza.

—La casa junto al lago sigue aún en pie. La custodian los descendientes de Jung, pero como, por desgracia, no está abierta al público, no se puede visitar por dentro. Dicen que, en la entrada de la Torre original, hay una piedra en la que Jung cinceló con sus propias manos una frase que viene a decir más o menos así: «Haga frío o no, Dios está aquí». —Tamaru volvió a hacer una pausa—. «Haga frío o no, Dios está aquí» —repitió en un tono sereno—. ¿Entiendes qué quiere decir?

Ushikawa sacudió la cabeza.

—No, no lo entiendo.

—¿Verdad que no? Yo tampoco sé muy bien qué quería decir. Es una idea compleja que escapa a mi comprensión. Pero el caso es que en la entrada de la casa que él mismo diseñó y levantó con sus manos, piedra a piedra, Carl Jung vio la necesidad de coger el cincel y transmitir ese mensaje. No sé por qué, pero hace ya mucho tiempo que me siento fuertemente atraído por esas palabras. A pesar de no entender lo que significan, esa dificultad hace que resuenen más profundamente en mi corazón. Yo no sé mucho de Dios. Mejor dicho, estuve internado en un orfanato que llevaban curas católicos donde las pasé canutas y por eso nunca he tenido una imagen demasiado buena de Dios. Y allí siempre hacía frío. Incluso en pleno verano. Una de dos: o hacía bastante frío o hacía un frío que pelaba. Si existe un Dios, no se puede decir que haya sido demasiado bueno conmigo. Y sin embargo esas palabras han calado hondo entre los pequeños pliegues de mi alma. A veces cierro los ojos y las repito una y otra vez en mi mente. Por alguna extraña razón, me calman. «Haga frío o no, Dios está aquí». ¿Podrías decirlas un momento en alto?

—«Haga frío o no, Dios está aquí» —dijo en voz baja Ushikawa, que seguía sin entenderlas.

—No se te oye.

—«Haga frío o no, Dios está aquí» —repitió Ushikawa lo más claro que pudo.

Con los ojos cerrados, Tamaru saboreó un rato el regusto que dejaban en él aquellas palabras. Después respiró profundamente y expulsó el aire, como si por fin hubiera tomado una determinación. Abrió los ojos y se observó las manos. Llevaba unos finos guantes de látex de cirujano para no dejar huellas.

—Lo siento —dijo tranquilamente Tamaru, y en su voz se percibió cierta solemnidad.

Cogió de nuevo la bolsa de plástico y se la puso a Ushikawa en la cabeza.

Luego le pasó la gruesa goma alrededor del cuello. Sus movimientos eran ágiles y decididos. Ushikawa trató de hablar para impedirle que siguiera, pero las palabras no salieron de su boca ni, por lo tanto, llegaron a oídos de nadie. «¿Por qué?», se preguntó Ushikawa, mientras la bolsa de plástico lo dejaba sin resuello. «He sido sincero y le he contado todo lo que sé. ¿Por qué tiene que matarme?».

Poco antes de que le estallara la mente, recordó su pequeña casa en Chūōrinkan y a sus dos hijas. Luego pensó en el perro con pedigrí. Nunca le había gustado aquel chucho pequeño y alargado; tampoco él le había gustado nunca al perro. Era un animal tonto, que no dejaba de ladrar. Mordía la alfombra y se meaba en las baldosas nuevas recién puestas. Nada que ver con el inteligente perro mestizo que había criado de pequeño. A pesar de todo, lo último que se le pasó por la cabeza fue aquel maldito chucho correteando por el césped del jardín.

Tamaru miraba de reojo cómo el rechoncho cuerpo atado de Ushikawa se retorcía violentamente sobre el tatami, igual que un gran pez arrojado al suelo. Puesto que le había atado los brazos de manera que se le arqueaba la espalda hacia atrás, por más que forcejease no se movería y ningún ruido llegaría a los pisos contiguos. Sabía que era una muerte espantosa. Pero también era uno de los métodos más eficaces y limpios de matar. No se oían gritos ni corría sangre. Su vista fue siguiendo el segundero de su reloj de submarinismo TAG Heuer. Pasados tres minutos, cesaron los violentos espasmos. Se convulsionó ligeramente, como respondiendo a cierta resonancia, y al cabo de poco tiempo quedó completamente inmóvil. Tamaru siguió el segundero durante tres minutos más. Luego le puso los dedos en el cuello y comprobó que todo indicio de vida se había apagado. Olía un poco a orina. De nuevo, Ushikawa había sido incapaz de contenerse. Esta vez su vejiga se había vaciado por completo. No podía reprochárselo, teniendo en cuenta lo que había sufrido.

Liberó la goma del cuello y le quitó la bolsa de plástico de la cabeza. Una parte de la bolsa se le había introducido en la boca. Ushikawa estaba muerto, con los ojos abiertos de par en par y la boca también abierta y torcida. Su dentadura, sucia e irregular, quedó expuesta de tal forma que también se le veía la lengua, cubierta de un musgo verde. Un rictus propio de un cuadro de Munch. La deformidad natural de su cabeza se acentuaba aún más. Debía de haber sufrido una barbaridad.

—Lo siento —dijo Tamaru—. No lo he hecho por gusto.

Presionando con los dedos de ambas manos, Tamaru le relajó los músculos de la cara y le colocó bien la mandíbula para darle a su rostro un aspecto un poco más presentable. Con una toalla que encontró en la cocina le limpió la baba alrededor de la boca. Aunque le llevó tiempo, su apariencia mejoró mucho. Al menos a uno no le daban ganas de apartar la vista. Sin embargo, por más que lo intentó, no logró cerrarle los párpados.

—Como Shakespeare escribió —dijo Tamaru en un tono tranquilo dirigiéndose a aquella pesada y deforme cabeza—: «El que muere hoy, no habrá de morir mañana. Así que intentemos ver el lado bueno de cada uno».

¿Era de *Enrique IV* o quizá de *Ricardo III*? Pero eso a Tamaru no le importaba, y no creía que Ushikawa tuviera demasiado interés por conocer la fuente exacta de la cita. Tamaru le desató pies y manos. Con una cuerda blanda de tela, lo había atado de manera que no dejara marcas en la piel. Recogió la cuerda, la bolsa de plástico y la goma y las metió en una bolsa que había traído. Tras mirar por encima las pertenencias de Ushikawa, cogió todas las fotografías que había sacado. También se llevó la cámara y el trípode. Si se supiera que Ushikawa había estado vigilando a alguien, surgirían problemas. Se preguntarían a quién demonios espiaba y, tal vez, el nombre de Tengo Kawana saliera a relucir. También recogió un cuaderno lleno de anotaciones. No quedó nada importante. Sólo el saco de dormir, algunas provisiones, ropa de muda, una cartera y unas llaves, y el miserable cadáver de Ushikawa. Por último cogió de la cartera unas cuantas tarjetas de visita, de esas en las que figuraba como presidente de la Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón, y se las metió en el bolsillo del abrigo.

—Lo siento —le dijo una vez más a Ushikawa antes de marcharse.

Entró en una cabina próxima a la estación, introdujo una tarjeta telefónica en la ranura y llamó al número que Ushikawa le había dado. Era un número de Tokio, quizá de Shibuya. Al sexto tono, atendieron la llamada.

Sin preámbulos de ningún tipo, Tamaru dio al tipo que descolgó el teléfono la dirección y el número del piso de aquel edificio en Kōenji.

—¿Lo has apuntado? —dijo Tamaru.

—¿Podría repetirlo una vez más?

Tamaru lo repitió. Al otro lado de la línea lo anotaron y lo leyeron de nuevo.

—El señor Ushikawa está ahí —anunció Tamaru—. Conoces al señor Ushikawa, ¿no?

—¿El señor Ushikawa? —dijo quien estaba al otro lado de la línea. Tamaru hizo oídos sordos y prosiguió.

—El señor Ushikawa está ahí y, desgraciadamente, ya no respira. Por lo que he visto, no ha fallecido de una muerte natural. En su cartera había unas cuantas tarjetas de visita que ponen: «Presidente titular de la fundación Nueva Asociación para el Fomento de las Ciencias y las Artes de Japón». Si la policía las encontrase, tarde o temprano llegaría hasta vosotros. Imagino que, en los tiempos que corren, eso os causaría algún que otro problema. Será mejor que lo despachéis cuanto antes. Eso se os da bien, ¿no?

—¿Quién es usted?

—Un amable informador —dijo Tamaru—. A mí, como a vosotros, no me gusta demasiado la policía.

—¿No ha sido de muerte natural, dice?

—Al menos no ha muerto de viejo, y tampoco ha tenido precisamente una muerte apacible.

Al otro lado de la línea guardaron silencio.

—¿Y qué hacía allí el señor Ushikawa?

—No lo sé. Tendría que preguntárselo a él, pero como le he dicho hace un momento, en el estado en que se encuentra no podrá responderle.

Hubo una pausa.

—¿Tiene usted alguna relación con la joven que acudió al Hotel Okura?

—No esperes una respuesta a esa pregunta.

—Yo soy una de las personas que se encontró con ella en el hotel. Dígaselo y sabrá quién soy. Me gustaría comunicarle algo.

—Te escucho.

—No tenemos intención de hacerle daño —declaró el otro.

—Creía que andabais desesperados detrás de ella.

—Efectivamente. Hemos estado buscándola todo este tiempo.

—Pero no pretenden hacerle ningún daño —dijo Tamaru—. ¿Y el motivo?

Antes de la respuesta, hubo un breve silencio.

—Digamos, para resumir, que la situación cambió a partir de determinado momento. Por supuesto, lamentamos profundamente la muerte del líder. Pero eso ya ha quedado atrás, es un asunto cerrado. El líder estaba enfermo y, en cierto

sentido, él mismo deseaba poner fin a su vida. Ya no la perseguimos por eso. Ahora sólo queremos hablar con ella.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de intereses comunes.

—Serán *vuestros* intereses. Y, aunque necesitéis hablar con ella, puede que ella no quiera.

—Debería haber margen para negociar. Tenemos cosas que ofrecerle. Por ejemplo, libertad y seguridad. Además de conocimientos e información. ¿No podríamos mantener una conversación en algún lugar neutral? No importa el sitio; iremos donde ustedes nos indiquen. Les garantizamos seguridad. No sólo a ella, sino a todos los implicados. Nadie tiene que seguir huyendo. No hace falta. Creo que una reunión beneficiaría a ambas partes.

—Eso es lo que tú dices —repuso Tamaru—. Pero no existe ningún motivo para fiarse de esa propuesta.

—En cualquier caso, ¿podría transmitirle el mensaje a la señora Aomame? —dijo el otro en tono paciente—. El asunto es apremiante y nosotros todavía estamos dispuestos a transigir. Si necesita pruebas concretas de nuestras buenas intenciones, se las proporcionaremos. Puede contactar con nosotros en cualquier momento llamando a este número.

—¿No podrías darme algún detalle más? ¿Por qué ella es tan importante para vosotros? ¿Ha pasado algo para que la situación haya cambiado?

Su interlocutor tomó aire y luego habló:

—La comunidad necesita seguir escuchando la voz. Para nosotros es como un pozo fecundo. No podemos perderla. Eso es todo que le puedo decir.

—Necesitan hablar con ella para preservar ese pozo.

—No es fácil de explicar, pero puedo decirle que sí, que tiene que ver con eso.

—¿Y qué ocurre con Eriko Fukada? ¿Ya no la necesitáis?

—En este momento no nos hace falta para nada. Nos da igual dónde esté y lo que haga. Su cometido ha terminado.

—¿Qué cometido?

—Es un asunto delicado —dijo el otro tras una breve pausa—. Discúlpeme, pero no puedo revelarle más detalles.

—Deberíais considerar vuestra situación —dijo Tamaru—. Ahora mismo, en este partido nos toca sacar a nosotros y, créeme, tenemos un servicio muy

potente. Para empezar, podemos contactar con vosotros cuando queramos; vosotros, no. Ni siquiera sabéis quiénes somos. ¿Cierto?

—Cierto. En este momento ustedes tienen el control. Ni siquiera sé quién es usted. Pero créame si le digo que no puedo darle más detalles por teléfono. De hecho, ya le he contado demasiado. Quizá más de lo que me está autorizado.

Tamaru guardó silencio.

—Vale. Pensaremos en tu propuesta. Puede que os llame más tarde.

—Estaremos esperándolo —dijo el hombre—. Insisto en que no es mal negocio para nadie.

—¿Y si ignorásemos o rechazásemos la propuesta?

—En ese caso, no tendríamos más remedio que actuar a nuestra manera. Tenemos más poder del que imagina. Aunque nos pese, las cosas podrían ponerse muy feas para ustedes. No saldrían ilesos. Digamos que la situación tomaría un cariz poco agradable para ambas partes.

—Puede ser. Pero creo que llevaría tiempo llegar a ese extremo. Y, como decías, el asunto es apremiante.

El otro carraspeó ligeramente.

—Tal vez lleve tiempo. O puede que no demasiado.

—No lo sabrás hasta que ocurra.

—En efecto —dijo el individuo—. Pero no olvide una cosa: les toca sacar a ustedes, pero me da la impresión de que todavía no conocen bien las reglas básicas del juego.

—Eso tampoco lo sabrás hasta que probemos.

—Si probamos y no sale bien, será un desastre.

—Para los dos —dijo Tamaru.

Se produjo un breve y significativo silencio.

—¿Qué vais a hacer entonces con el señor Ushikawa? —preguntó Tamaru.

—Recogerlo y traerlo lo más pronto posible. Puede que esta noche.

—La puerta del apartamento no está cerrada con llave.

—Eso es de agradecer —dijo el hombre.

—Por cierto, ¿vais a lamentar también la muerte de Ushikawa?

—Aquí siempre lamentamos profundamente la muerte de cualquier persona, sea quien sea.

—Más os vale. Era un tipo bastante competente.

—Pero no lo *bastante*, ¿no cree?

—Nadie, por más competente que sea, vive para siempre.

—Eso es lo que usted cree —dijo el otro.

—Por supuesto —contestó Tamaru—. Es lo que creo. ¿Acaso no piensas igual?

—Esperamos su llamada —dijo el otro en un tono frío, sin responder a la pregunta.

Tamaru colgó. No era necesario seguir hablando. Si hiciese falta, ya volvería a llamarlos. Al salir de la cabina, se dirigió hasta donde había aparcado el coche. Era un vehículo discreto: un antiguo Toyota Corolla de color azul marino oscuro. Condujo aproximadamente un cuarto de hora, se detuvo delante de un parque desierto y, tras comprobar que nadie lo miraba, tiró la bolsa con la cuerda y la goma en una papelera. También se deshizo de los guantes quirúrgicos.

—De modo que lamentan profundamente la muerte de cualquier persona… —murmuró Tamaru mientras encendía el motor y se abrochaba el cinturón de seguridad. «Me alegro», pensó. «Todas las muertes merecen que se las lamente. Aunque sea por poco tiempo».

26
AOMAME

Muy romántico

El martes, poco después del mediodía, sonó el teléfono. Sentada sobre la colchoneta de yoga, Aomame estiraba el psoas-iliaco con las piernas bien abiertas, un ejercicio más duro de lo que parecía a simple vista. La camiseta empezaba a humedecerse con el sudor. Aomame interrumpió el ejercicio y, mientras se secaba la cara con una toalla, atendió la llamada.

—El cabezón ya no está en el edificio. —Como siempre, Tamaru fue directo al grano, sin prolegómenos. Ni siquiera dijo «hola».

—¿Ya no está?

—Se ha ido. Lo he convencido.

—Lo has convencido —repitió Aomame. Se dijo que tal vez Tamaru lo había echado del edificio con cierta violencia.

—Y el Kawana que vive en ese edificio es el Tengo Kawana al que buscas.

El mundo alrededor de Aomame empezó a expandirse y contraerse. Igual que su propio corazón.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Tamaru.

—Sí.

—Pero Tengo se ha ido. Pasará unos días fuera.

—¿Se encuentra bien?

—No está en Tokio, pero sí, al parecer se encuentra bien. El cabezón alquiló un piso en el bajo del mismo edificio y estaba esperando a que tú aparecieses. Había instalado una cámara fotográfica dirigida hacia el portal.

—¿Me sacó fotos?

—Tres. Como era de noche, llevabas visera y gafas y el fular subido, no se distinguen tus rasgos. Pero no hay duda de que eres tú. Si hubieras ido otra vez, seguramente las cosas se habrían complicado.

—Entonces he acertado dejándolo en tus manos, ¿no?

—Si es que se puede acertar en algo así…

—En todo caso, ya no tengo que preocuparme por él.

—Ya no podrá hacerte ningún daño.

—Porque *lo has convencido*.

—Hubo un momento en que tuve que apretarle un poco las tuercas, pero al final lo convencí —dijo Tamaru—. También he recuperado las fotografías. El hombre esperaba a que aparecieses, y Tengo no era más que el cebo. Así que ya no tienen ningún motivo para causarle daño a Tengo Kawana. En principio, está a salvo.

—Me alegro —dijo Aomame.

—Tengo da clases de matemáticas en Yoyogi, en una academia preparatoria para la universidad. Parece un buen profesor, pero sólo trabaja unos pocos días a la semana, así que no debe de ganar demasiado. Sigue soltero y lleva una vida modesta en ese viejo edificio.

Al cerrar los ojos sentía los latidos del corazón dentro de sus oídos. La frontera entre el mundo y ella se había desdibujado.

—Aparte de trabajar de profesor, escribe. Está escribiendo una novela, una obra larga. Lo de *La crisálida de aire* no fue más que un encargo, pero él tiene ambiciones literarias, lo cual es bueno. Una ambición comedida hace crecer a las personas.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—Aprovechando que Tengo no estaba en Tokio, me tomé la licencia de entrar en su piso. A lo que tenía en la puerta apenas se le podía llamar cerradura. Me disgustaba violar su intimidad, pero era necesaria una inspección, aunque fuese mínima. Para tratarse de un hombre que vive solo, el piso estaba muy ordenado. Hasta los fogones brillaban. La nevera estaba limpia y en el interior no había coles podridas ni nada parecido. Por lo que pude comprobar, también plancha. Parece un buen partido para ti. Si no es gay, claro.

—¿Descubriste algo más?

—Llamé a la academia y pregunté por sus clases. La mujer que me atendió me dijo que el padre de Tengo falleció el domingo a altas horas de la noche, en algún lugar de Chiba. Y como él tuvo que irse de Tokio para asistir al entierro, las clases del lunes se cancelaron. Ella no sabía cuándo ni dónde se celebraba el funeral. Pero me dijo que la próxima clase que tenía era el jueves y para entonces creía que ya estaría de vuelta.

Aomame recordaba muy bien que el padre de Tengo era cobrador de la

NHK. Los domingos, Tengo y su padre hacían juntos la ruta de recaudación. En varias ocasiones se habían cruzado por las calles de Ichikawa. No recordaba bien el rostro de su padre. Era un hombre pequeño y chupado que llevaba siempre el uniforme de cobrador. Y no se parecía en nada a Tengo.

—Si el cabezón ya no está, ¿puedo ir a ver a Tengo?

—No es recomendable —contestó Tamaru al instante—. El cabezón quedó *bien convencido*. Pero la verdad es que he tenido que llamar a la organización diciéndoles que fuesen a recoger algo: había un bulto que no podía dejar en manos de la policía. Si lo encontrasen, investigarían a todos los inquilinos uno por uno. Tu amigo también podría verse implicado. Y despacharlo todo yo solo habría sido muy arduo. Si en un control rutinario la policía me pillara cargando a solas y con esfuerzo un bulto en plena noche, no tendría escapatoria. En la comunidad disponen de personal y saben moverse, aparte de que están acostumbrados a este tipo de operaciones. Igual que cuando sacaron aquel bulto del Hotel Okura. ¿Entiendes lo que quiero decir?

En su mente, Aomame tradujo los términos de Tamaru en palabras llanas.

—Ya veo que has usado un método bastante duro para convencerlo.

Tamaru emitió un pequeño gruñido.

—Lo siento por él, pero sabía demasiado.

—¿Estaba enterada la comunidad de lo que hacía el cabezón en ese piso?

—Aunque el hombre trabajaba para ellos, hasta ahora había estado indagando por su cuenta. No informaba a Vanguardia de sus pasos. Por suerte para nosotros.

—Pero ahora sí saben que había descubierto algo.

—Efectivamente. Por eso es mejor que no te acerques por algún tiempo. Seguro que tienen bien anotados en su agenda el nombre y la dirección de Tengo Kawana, por ser el corrector de *La crisálida de aire*. Supongo que aún no han descubierto el vínculo que os une. Pero si empiezan a preguntarse por qué estaba el cabezón en ese edificio, acabarán fijándose en él. Es sólo cuestión de tiempo.

—Ahora, si todo va bien, tardarán bastante en caer en la cuenta. No creo que asocien de inmediato la muerte del cabezón con Tengo.

—Si todo va bien… —dijo Tamaru—. Y si no fueran tan cuidadosos como me temo que son. Yo, por mi parte, nunca he confiado en los «si todo va bien». Gracias a eso he salido bien librado todo este tiempo y no he cometido grandes errores.

—Sí, será mejor que no me acerque al edificio.

—Eso es —dijo Tamaru—. Nos hemos salvado por los pelos. Toda precaución es poca.

—¿Sabía el cabezón que me escondo aquí?

—Si lo hubiera sabido, tú estarías ahora en algún lugar lejos de mi alcance.

—Pero se estaba acercando a mí.

—Es cierto. Aun así, creo que te descubrió por casualidad. Nada más.

—Por eso se dejó ver encima del tobogán, completamente desprevenido.

—Eso es. Él no sabía que tú lo observabas. Ni se le pasó por la cabeza. Y ese error al final le costó la vida —dijo Tamaru—. Te lo dije, ¿o no? La vida pende siempre de un hilo.

Siguieron unos segundos de silencio. Ese silencio pesado que sobreviene cuando muere alguien, sea quien sea.

—El cabezón ya no está, pero la comunidad aún me persigue.

—Eso es algo que no acabo de entender —dijo Tamaru—. Al principio, ellos querían atraparte y averiguar qué trama se escondía detrás del plan para asesinar al líder. Pensaban que era imposible que lo hubieras organizado todo tú sola. Y dedujeron que había alguien en la retaguardia. Planeaban atraparte y someterte a un interrogatorio muy duro.

—Por eso necesitaba la pistola —dijo Aomame.

—El cabezón —prosiguió Tamaru— tenía claro que si te perseguían era para interrogarte y castigarte. Sin embargo, parece que las cosas han dado un vuelco. Como te he dicho, tras resolver el asunto del cabezón llamé a uno de ellos. Me dijo que ya no tenían intención de hacerte daño. Y que quería que te lo comunicase. Podría ser una trampa, pero a mí me pareció sincero. Me explicó que, en cierto sentido, el propio líder deseaba su muerte. Fue una especie de suicidio y, por lo tanto, no buscan venganza.

—Es verdad —dijo Aomame con voz seca—, el líder sabía que yo había ido a matarlo. Es más, quería que lo hiciera. Esa misma noche, en la suite del Hotel Okura.

—Los guardaespaldas no consiguieron desenmascararte, pero el líder lo sabía.

—Eso es. No sé por qué, pero lo sabía todo antes incluso de verme —dijo Aomame—. *Me esperaba*.

Tamaru hizo una breve pausa y luego habló:

—¿Pasó algo en el hotel?

—Hicimos un pacto.

—No me lo habías contado —dijo Tamaru, tenso.

—No tuve ocasión.

—¿Qué clase de pacto hicisteis?

—Le estiré los músculos durante una hora, más o menos, y, mientras, conversamos. Sabía lo de Tengo. No sé cómo, pero sabía que existe un vínculo entre él y yo. Y me pidió que lo matase. Me dijo que quería que lo liberara cuanto antes del intenso sufrimiento que no dejaba de lacerar su cuerpo. También me dijo que, a cambio de concederle la muerte, le salvaría la vida a Tengo. Por eso me llené de determinación y le quité la vida. Aunque, por otro lado, no me hubiera importado dejarlo sufrir, teniendo en cuenta todo lo que había hecho y que se dirigía hacia una muerte ineludible.

—Y no informaste a *Madame* de ese pacto.

—Yo fui allí para matar al líder y cumplí mi misión —dijo Aomame—. Lo de Tengo era, más bien, un asunto personal.

—De acuerdo —dijo Tamaru como si empezara a resignarse—. Cumpliste con creces tu misión, lo reconozco. Y lo de Tengo Kawana puede considerarse algo personal. Sin embargo, antes o después de eso te quedaste embarazada. Un detalle que no puede pasarse por alto así como así.

—No fue *antes o después*. Me quedé encinta esa misma noche, la noche en que tronó tan fuerte, además de caer un buen chaparrón, en el centro de la ciudad. La misma noche en que *me deshice* del líder. Sin haber mantenido relaciones sexuales, como te dije.

Tamaru soltó un suspiro.

—Dada la naturaleza de la cuestión, sólo tengo dos opciones: creerte o no creerte en absoluto. Hasta ahora te he considerado digna de confianza, y quiero pensar que en este caso tampoco mientes. Pero no consigo verle la lógica a este asunto. Tienes que entender que, por lo general, yo razono de forma deductiva.

Aomame se quedó en silencio.

—¿Crees —siguió Tamaru— que hay alguna relación de causa y efecto entre el asesinato del líder y tu misterioso embarazo?

—No sabría decirte.

—¿Has pensado en la posibilidad de que la criatura que llevas en el vientre sea del líder? ¿Que mediante algún método, que desconozco totalmente, haya podido dejarte embarazada? Eso explicaría por qué intentan atraparte. Necesitan un sucesor para el líder.

Aomame sujetó con fuerza el auricular y negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Es de Tengo. Lo sé.

—En eso tampoco tengo más elección que creerte o no creerte.

—No puedo darte más explicaciones.

Tamaru soltó otro suspiro.

—De acuerdo. Aceptaré por el momento lo que me dices. La criatura es de Tengo Kawana y tuya. Tú estás segura de eso. Aun así, sigo sin verle la lógica. Al principio, ellos querían atraparte para castigarte. Pero después ocurrió algo. O la organización tomó alguna decisión. Y ahora *te necesitan*. Me han dicho que garantizarán tu seguridad y que, además, tienen algo que ofrecerte. Y quieren hablarlo contigo directamente. ¿Qué podría ser?

—Ellos no me necesitan a mí —dijo Aomame—. Lo que necesitan es lo que llevo en el vientre. En algún momento se han enterado.

—¡Jo, jo! —soltó el Little People burlón en algún lugar.

—Toda esta historia avanza demasiado rápido para mí —dijo Tamaru. Y volvió a emitir un gruñido desde el fondo de la garganta—. No consigo encontrarle la coherencia.

«La falta de coherencia se debe a las dos lunas», pensó Aomame. «Son ellas las que lo vuelven todo incoherente». Pero no se lo dijo.

—¡Jo, jo! —Los otros seis Little People se rieron al unísono.

—Ellos necesitan «escuchar la voz». Me lo dijo el tipo con el que hablé por teléfono. Al parecer, si la perdiesen, la comunidad podría desaparecer. No tengo ni idea de lo que significa «escuchar la voz». Pero eso fue lo que me dijo. ¿No será la criatura que llevas dentro quien «escucha la voz»?

Aomame se acarició el abdomen. «*Móder* y *dóter*», pensó. No lo dijo en voz alta. Las lunas no debían oír *esas palabras*.

—No lo sé —contestó Aomame tras un silencio—. Pero no se me ocurre otra razón por la que me puedan necesitar.

—Pero ¿por qué poseería ese don la criatura que Tengo y tú habéis engendrado?

—No tengo ni la más remota idea —dijo Aomame.

«Quizás el líder me haya confiado a su sucesor a cambio de su propia vida. A lo mejor, esa noche tempestuosa, el líder abrió temporalmente los circuitos que conectan los dos mundos para que Tengo y yo nos uniéramos».

Tamaru prosiguió:

—Veo que, sea de quien sea la criatura, y al margen de los dones con los que nazca, no piensas negociar con la comunidad, ¿no es así? Pese a lo que puedas

obtener a cambio. Ni aunque se ofrecieran a explicarte todos los enigmas.

—Me da igual. No tengo nada que negociar —dijo Aomame.

—Pero, independientemente de lo que tú quieras, ellos intentarán apoderarse de *ella* por la fuerza. Por todos los medios —dijo Tamaru—. Y Tengo es tu punto débil, quizá tu único punto débil. Pero es un gran punto débil. Si lo descubren, atacarán por ahí.

Tamaru estaba en lo cierto. Para Aomame, Tengo era su vida y, al mismo tiempo, su tendón de Aquiles.

—Permanecer ahí es demasiado peligroso. Deberías ir a algún lugar más seguro, antes de que descubran la conexión entre Tengo y tú.

—Para mí ya no hay ningún lugar seguro en *este mundo* —replicó Aomame.

Tamaru trató de asimilar lo que acababa de oír y luego habló con calma:

—Explícame eso.

—Por encima de todo, debo encontrar a Tengo. Y hasta entonces no pienso moverme de aquí, por arriesgado que sea.

—¿Y qué vas a hacer cuando lo encuentres?

—Yo sé lo que tengo que hacer.

Tamaru se quedó callado.

—¿Estás completamente segura? —insistió.

—No sé si va a salir bien. Pero sé qué debo hacer. Estoy completamente segura.

—No piensas decírmelo, ¿verdad?

—No, todavía no puedo decírtelo, lo siento. Y no sólo a ti: no puedo decírselo a nadie. Porque estoy convencida de que, en el instante en que lo cuente, se le revelará a todo el mundo.

Las lunas la estaban escuchando. La Little People la estaba escuchando. La habitación la estaba escuchando. Eso no podía salir, ni siquiera un ápice, de su corazón. Alrededor de éste debía alzar un grueso muro.

Al otro lado del teléfono, Tamaru daba golpecitos en la mesa con la punta de un bolígrafo. El *tac-tac* seco y acompasado llegó a los oídos de Aomame. Era un ruido desprovisto de eco.

—Está bien. Intentaré ponerme en contacto con Tengo Kawana. No obstante, antes necesito el permiso de *Madame*. Mi misión consistía en llevarte cuanto antes a otro lugar. Pero tú insistes en que, pase lo que pase, no quieres moverte de ahí hasta encontrar a Tengo. Me da la impresión de que no va a ser fácil explicárselo. Lo entiendes, ¿no?

—Es muy difícil explicar de forma lógica algo que carece de lógica.

—Eso es. Quizá tan difícil como encontrar una perla en un restaurante de ostras del barrio de Roppongi. Pero lo intentaré.

—Gracias —dijo Aomame.

—Se miren como se miren, tus argumentos me parecen del todo incoherentes. No les encuentro la lógica. Aun así, mientras hablábamos, he tenido la impresión de que puedo aceptar sin más lo que dices. No sé por qué.

Aomame guardó silencio.

—Además, ella confía y cree en ti —añadió Tamaru—. Así que, si tanto insistes, supongo que *Madame* no encontrará ningún motivo para no dejar que tú y Tengo os encontréis. Parece que la unión entre los dos es inquebrantable.

—Más que nada en el mundo —dijo Aomame. «*Más que nada en cualquier mundo*», corrigió para sus adentros.

—Y me imagino que volverás al edificio para encontrarte con él, a pesar de que te he advertido de que es peligroso y que deberías renunciar a contactar con él.

—Sin lugar a dudas.

—Nadie podrá impedírtelo.

—Nadie.

Tamaru hizo una breve pausa.

—Entonces, ¿qué mensaje quieres que le dé a Tengo?

—Dile que suba al tobogán cuando oscurezca. No me importa cuándo, siempre que ya haya oscurecido. Lo estaré esperando. Si le dices que es de parte de Aomame, lo entenderá.

—De acuerdo. Se lo diré tal cual. *Que suba al tobogán cuando haya oscurecido*.

—Otra cosa: si hay algo de valor que no quiere abandonar, que lo lleve consigo. Díselo. Y que no venga demasiado cargado; necesitará tener las manos libres.

—¿Adónde iréis?

—Lejos —dijo Aomame.

—¿Muy lejos?

—No lo sé —contestó ella.

—Está bien. Se lo transmitiré, siempre que *Madame* me dé permiso. También trataré de garantizar tu seguridad en la medida de lo posible. A mi manera. Pero, repito, sigue siendo peligroso. Los de Vanguardia deben de estar

desesperados. En definitiva, que no te queda más remedio que protegerte a ti misma.

—Lo sé —dijo Aomame en tono tranquilo. Sus palmas seguían colocadas sobre el vientre. «*No sólo a mí misma*», pensó.

Tras colgar, Aomame se dejó caer en el sofá. Cerró los ojos y su mente voló hacia Tengo. Ya no podía pensar en otra cosa. Un dolor le oprimía el corazón. Pero era un dolor dulce. Un dolor que podía soportar. Tengo vivía prácticamente *al lado*. A menos de diez minutos a pie. Sólo con pensar en eso, sintió un calor dentro del cuerpo. «Es soltero y enseña matemáticas en una academia. Vive en un piso modesto bien ordenado, cocina, plancha y escribe novelas». Aomame sintió envidia de Tamaru. Ella también quería entrar en su piso como había entrado él. Cuando Tengo no estuviera. Quería palpar todos los objetos que había en medio de esa tranquilidad desierta. Comprobar cuán afilados estaban los lápices que utilizaba, coger en sus manos las tazas en las que tomaba café, oler su ropa. Le gustaría poder hacer eso antes de verse con él.

Si se encontrasen de pronto, sin preámbulos, ella no sabría qué decirle. Al imaginarse la situación, se quedó desconcertada y su respiración se volvió más rápida y jadeante. Tenía demasiadas cosas que contarle. Pero también le parecía que, llegado el momento, no necesitaría decirle nada. Si lo expresase con palabras, se echaría a perder lo que quería decirle.

Ahora, no obstante, sólo podía esperar. Esperar, ojo avizor y conservando la calma. Preparó lo que iba a llevarse por si, al ver a Tengo, tuviera que salir del apartamento a toda prisa: en el bolso bandolera negro de piel embutió todo lo que necesitaba. No demasiadas cosas: un fajo de billetes, unas mudas y la Heckler & Koch cargada con siete balas. Eso era todo. Dejó el bolso al alcance de su mano. Luego sacó del armario el traje verde de Junko Shimada, que colgaba de una percha, y, tras cerciorarse de que no estaba arrugado, lo colgó en la sala de estar. También dejó preparados los zapatos de tacón Charles Jourdan y unas medias. Y el abrigo de entretiempo beis. Lo mismo que vestía cuando bajó por primera vez las escaleras de emergencia de la autopista metropolitana. El abrigo era un poco ligero para una noche de diciembre. Pero no tenía elección.

Cuando lo tuvo todo preparado, se sentó en la silla del balcón y observó el tobogán del parque por el resquicio del antepecho. El domingo, entrada la noche, había fallecido el padre de Tengo. Debían pasar veinticuatro horas desde la

certificación del fallecimiento para poder incinerarlo; estaba segura de que había una ley que lo estipulaba así. Calculó que la incineración sería ese mismo día, el martes, quizá más tarde.

«Así pues, hoy martes, cuando termine el funeral, Tengo volverá a Tokio *de donde quiera que haya ido*. Llegará, como muy pronto, esta noche. A partir de ese momento, Tamaru intentará transmitirle mi mensaje. Antes no aparecerá por el parque. Y todavía hay claridad.

»Cuando el líder murió, puso en mi interior *esta cosa pequeñita*. Es una suposición de Tamaru; o quizás una intuición. ¿Significa eso que la voluntad de ese hombre, al morir, me manipuló y me ha conducido hacia un destino establecido por él?».

Aomame hizo una mueca. «No sé qué pensar. Tamaru cree que, como resultado de las maquinaciones del líder, podría llevar en mi vientre a "quien escucha la voz", como si fuera una especie de crisálida de aire. Pero ¿por *qué yo?* ¿Y por qué Tengo Kawana como padre?». No lograba explicárselo.

«Hasta este momento, a mi alrededor han sucedido muchas cosas sin que yo entendiera la relación de unas con otras. Era incapaz de saber qué principios las regían y qué rumbo tomaban. Y yo me he visto atrapada en medio de todo. Pero eso se ha acabado», se dijo.

Apretó los labios y torció aún más el gesto.

«A partir de ahora todo será diferente. No pienso actuar al antojo de nadie. En adelante me atendré a mis principios, es decir, a mi voluntad. Pase lo que pase, voy a proteger a *esta cosa pequeñita*. Lucharé a muerte si es necesario. Es mi vida y ésta es mi criatura. Aunque alguien haya decretado su existencia con no sé qué propósito, no cabe duda de que la hemos concebido entre Tengo y yo. No la dejaré en manos de nadie. A partir de ahora, soy yo quien decide qué es bueno y qué es malo; yo soy el principio y el rumbo. Seáis quienes seáis, más os vale recordarlo».

A las dos de la tarde del día siguiente, miércoles, sonó el teléfono.

—Le he dado el recado —dijo Tamaru sin preámbulos, como siempre—. Ahora está en su piso. Lo he llamado esta mañana. A las siete en punto estará en el tobogán.

—¿Se acordaba de mí?

—Claro que sí. Y parece que él también te ha estado buscando.

«Es como me dijo el líder: Tengo también me busca». Le bastaba con saberlo. Su corazón se hinchió de felicidad. Ninguna otra palabra en el mundo significaba ya nada para Aomame.

—Llevará consigo lo que considere importante, como le pediste. Imagino que una de las cosas será la novela que está escribiendo.

—Seguro —dijo Aomame.

—He inspeccionado los alrededores del edificio. Está limpio. No he detectado a nadie sospechoso vigilando. El piso del cabezón también estaba desierto. Todo estaba en silencio, pero tampoco más de lo necesario. Los de Vanguardia debieron de recoger el bulto anoche y se largaron sin más. Pensarían que no era buena idea quedarse más rato de la cuenta. Por ahora parece seguro, y creo que no se me ha pasado nada por alto.

—Bien.

—Pero he dicho «creo» y «por ahora». La situación cambia a cada instante. Y yo no soy perfecto. Podría habérseme escapado algo importante. Es posible que ellos sean más listos que yo.

—En resumen, que he de protegerme a mí misma.

—Como te he dicho antes —añadió Tamaru.

—Gracias por todo. Te estoy muy agradecida.

—No sé adonde vas a ir, ni qué vas a hacer a partir de ahora —dijo Tamaru —, pero si te marchas lejos y ya no volvemos a vernos más, sé que me sentiré triste. Eres, por decirlo de alguna manera, una persona bastante singular. Nunca he conocido a nadie como tú.

Aomame sonrió al teléfono.

—Ésa es exactamente la impresión que me gustaría dejarte.

—*Madame*, por su parte, te necesita. No por tu trabajo, sino por la compañía que le has hecho en todos estos años, ¿sabes? La apena profundamente tener que separarse de ti de este modo. Ahora mismo no puede ponerse al teléfono. Quiere que lo entiendas.

—Lo sé —dijo Aomame—. Creo que yo tampoco sabría qué decirle.

—Me dijiste que pensabas irte lejos de aquí —dijo Tamaru—. ¿Muy lejos?

—A una distancia que no se puede medir con números.

—Como la distancia que separa los corazones de las personas.

Aomame cerró los ojos e inspiró hondo. Le faltaba poco para echarse a llorar. Pero consiguió contenerse.

Tamaru continuó en un tono calmo:

—Te deseo que todo salga bien.

—Lo siento, pero creo que no podré devolverte la Heckler & Koch —dijo Aomame.

—No importa. Considérala un regalo. Si tenerla contigo supusiese un peligro, tírala a la bahía de Tokio. Así el mundo dará un pequeño paso hacia el desarme.

—Puede que, al final, no tenga que utilizarla. Infringiré el principio de Chéjov, pero, bueno, qué se le va a hacer.

—Eso tampoco importa. Tanto mejor si no la utilizas. El siglo XX se aproxima a su fin. Una época muy distinta de aquella en la que Chéjov vivió. Por las calles no corren carruajes ni las señoras llevan corsé. De algún modo, el mundo ha sobrevivido al nazismo, a la bomba atómica y a la música contemporánea. Y, entretanto, también las técnicas narrativas han cambiado una barbaridad. No tienes por qué preocuparte —dijo Tamaru, y añadió—: Quisiera hacerte una pregunta. Hoy, a las siete, Tengo Kawana y tú vais a encontraros sobre el tobogán.

—Si todo sale bien —aclaró Aomame.

—Si os encontrarais, ¿qué haréis allí?

—Contemplar la Luna.

—Muy romántico —se admiró Tamaru.

27
TENGO

Quizá no bastaba sólo con ese mundo

El miércoles por la mañana, cuando sonó el teléfono, Tengo dormía. No había conseguido conciliar el sueño hasta el amanecer y, en ese momento, por su cuerpo todavía corría algo del *whisky* que había bebido. Al levantarse de la cama se sorprendió al ver que, fuera, ya había luz.

—¿El señor Tengo Kawana? —dijo un hombre. Aquella voz no le sonaba.

—Sí —contestó Tengo. Por el tono calmo y formal de la voz, había supuesto que se trataría de algún trámite burocrático relacionado con la muerte de su padre. Pero el despertador marcaba un poco antes de las ocho de la mañana. No era hora para que lo telefoneasen del ayuntamiento o de la funeraria.

—Siento llamarlo tan temprano, pero tenía que darme prisa.

Un asunto urgente.

—¿Qué pasa? —Todavía estaba aturdido.

—¿Recuerda el apellido Aomame? —preguntó el hombre.

«¿Aomame?». La borrachera y el sueño desaparecieron. Su mente se activó a toda prisa, como cuando en un teatro se apagan las luces y, al volver a encenderse, el escenario ha cambiado. Tengo sujetó mejor el teléfono.

—Sí, lo recuerdo —respondió Tengo.

—Un apellido bastante singular.

—Fuimos al mismo colegio —dijo Tengo tras aclararse la voz.

El hombre hizo una breve pausa.

—Señor Kawana, dígame, ¿le interesa que hablemos ahora de la señora Aomame?

El hombre hablaba de una manera muy extraña. Tenía una dicción peculiar, y Tengo tuvo la impresión de estar escuchando a un personaje de una obra de teatro vanguardista traducida.

—Si no le interesase —prosiguió el hombre—, los dos estaríamos perdiendo el tiempo. Colgaría el teléfono de inmediato.

—Sí que me interesa —se apresuró a contestar—. Pero ¿podría decirme qué tiene usted que ver con ella?

—He de darle un mensaje de parte de la señora Aomame —dijo el hombre, ignorando la pregunta de Tengo—. Ella desea verlo. ¿Y usted? ¿Tiene intención de encontrarse con ella?

—Sí —contestó Tengo. Carraspeó para aclararse la garganta—. Hace mucho tiempo que quiero verla.

—Perfecto. Ella quiere verle. Y usted también desea encontrarse con ella.

De pronto, Tengo se dio cuenta de que el aire de la habitación era gélido. Cogió una chaqueta que tenía a mano y se la puso encima del pijama.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó.

—¿Podría subir al tobogán cuando haya oscurecido? —dijo el hombre.

—¿Al tobogán? —dijo Tengo. «¿De qué narices está hablando?».

—Me dijo que usted lo entendería. Quiere que suba al tobogán. Yo me limito a transmitirle lo que Aomame me ha dicho.

Inconscientemente, Tengo se pasó la mano por el cabello; como acababa de levantarse, estaba alborotado y enmarañado. «El tobogán desde el que contemplé las lunas. ¡Claro! Es *ese* tobogán».

—Creo que sé a lo que se refiere —dijo Tengo con voz seca.

—Perfecto. También me dijo que, si desea llevar algo valioso consigo, lo haga. Para poder trasladarse lejos los dos.

—*¿Algo valioso?* —repitió Tengo, sorprendido.

—Algo que no quiera abandonar.

Tengo dio vueltas a lo que acababan de decirle.

—No le entiendo. «¿Trasladarse lejos?». ¿Quiere decir que nunca más volveré aquí?

—Eso yo no lo sé —dijo el hombre—. Como le he dicho, me limito a transmitirle el mensaje.

Tengo reflexionó mientras se pasaba los dedos por el cabello enredado. ¿Trasladarse lejos los dos?

—Puede que me lleve unos folios.

—No debería haber ningún problema —dijo el hombre—. Elija usted con toda libertad lo que quiera llevarse. Pero, en cuanto al equipaje, me ha dicho que no debería estorbarle, para poder utilizar libremente ambas manos.

—Algo que me permita utilizar libremente las manos… —dijo Tengo—. Es decir, que no puedo llevar una maleta, ¿no?

—Supongo que no.

No conseguía imaginarse la edad, el rostro ni la estatura de aquel hombre por su voz. Ésta no le proporcionaba ninguna pista concreta. Tenía la impresión de que, en el instante en que colgase, olvidaría incluso esa voz. La personalidad y las emociones —si existían— se escondían muy al fondo.

—Eso es todo lo que tenía que comunicarle.

—¿Está bien Aomame? —preguntó Tengo.

El hombre midió sus palabras:

—Físicamente, está perfecta. Pero se encuentra en una situación un tanto acuciante. Debe prestar atención a cada movimiento que hace. Si cometiera el más pequeño error, podría sufrir algún daño.

—*Sufrir algún daño* —repitió Tengo mecánicamente.

—Será mejor que no acuda usted muy tarde —dijo el hombre—. El tiempo se ha convertido en un factor crucial.

«*El tiempo se ha convertido en un factor crucial*», repitió Tengo para sus adentros. «¿Le pasa algo a la manera de hablar de este hombre, o soy yo, que estoy demasiado nervioso?».

—Creo que podré estar allí a las siete —dijo Tengo—. Si por alguna razón no pudiera encontrarme con ella esta noche, iré mañana a la misma hora.

—Bien. Entonces ya sabe a qué tobogán se refiere.

—Creo que sí.

Tengo miró el reloj de pared. Todavía faltaban once horas para las siete.

—Por cierto, me he enterado de que su padre falleció el domingo. Lo acompaño en el sentimiento —dijo el hombre.

Tengo le dio las gracias casi maquinalmente. Luego pensó: «¿Cómo sabe eso?».

—¿No podría hablarme un poco más de Aomame? —dijo Tengo—. ¿Decirme, por ejemplo, dónde está, qué hace?

—Está soltera y trabaja de instructora en un gimnasio en Hiroo. Pese a ser una excelente instructora, ciertas circunstancias la han obligado a abandonar su trabajo. Y, desde hace algún tiempo, da la casualidad de que vive cerca de usted. El resto será mejor que se lo pregunte directamente a ella.

—¿En qué clase de «situación acuciante» está envuelta?

El otro no le contestó. A lo que no deseaba responder —o a lo que no

consideraba necesario responder—, no respondía. Tengo se dijo que, últimamente, le rodeaban muchas personas como ese hombre.

—Entonces, hoy a las siete, encima del tobogán —dijo el hombre.

—Espere un momento —dijo rápidamente Tengo—, quiero preguntarle algo. Alguien me ha advertido de que me vigilan y que, por lo tanto, debo andar con cautela. ¿No será usted el que me vigila?

—No, no soy yo —respondió el hombre sin titubear—. Pero será mejor que vaya con cautela, tal como le han recomendado.

—¿Cree que existe alguna relación entre el hecho de que alguien me vigile y el que ella se encuentre en una situación bastante especial?

—*Especial* no, *acuciante* —corrigió el hombre—. Sí, seguramente, de algún modo, las dos cosas están relacionadas.

—¿Hay algún peligro?

El hombre hizo una pausa y eligió cuidadosamente sus palabras, como quien separa legumbres distintas que están mezcladas en un montón:

—Si considera un peligro la posibilidad de no volver a ver jamás a Aomame, sí, sí hay peligro.

Tengo intentó, a su modo, reordenar mentalmente aquellas palabras, aquel mensaje dicho con extraños circunloquios. Aunque no conseguía imaginar a qué situación se refería ni su trasfondo, comprendió que debía de ser una situación peligrosa.

—Si saliera mal, es posible que no volvamos a vernos nunca más.

—Eso es.

—Entiendo. Tendré cuidado —dijo Tengo.

—Siento haberlo llamado tan temprano. Lo habré despertado.

Inmediatamente después de decir esto, el hombre colgó. Tengo se quedó observando el auricular negro en sus manos. Era incapaz de recordar aquella voz, tal y como había previsto. Volvió a dirigir la mirada hacia el reloj. Las ocho y diez. ¿Cómo iba a matar el tiempo hasta las siete?

Para empezar, se dio una ducha y se lavó el pelo, para luego tratar de desenredárselo bien. A continuación se afeitó frente al espejo. Se cepilló cuidadosamente los dientes y hasta se pasó el hilo dental. Se tomó un zumo de tomate de la nevera, puso agua a hervir, molió café y preparó una tostada. Programó el temporizador y coció un huevo pasado por agua. Concentrarse en

cada acción le llevó más tiempo que de costumbre. Con todo, cuando acabó aún eran las nueve y media.

«Esta noche voy a encontrarme con Aomame encima del tobogán».

Al pensar en ello sintió que su cuerpo se disgregaba en pedazos que se esparcían a los cuatro vientos. Brazos, piernas, rostro; cada parte salía despedida en distinta dirección. Era incapaz de fijar sus emociones en un mismo punto. Hiciera lo que hiciese, no conseguía concentrarse. No podía leer, y menos aún escribir. Tampoco permanecer sentado mucho rato en un mismo sitio. Sólo se veía capaz de lavar los platos en el fregadero, hacer la colada, ordenar los cajones de su cómoda y hacerse la cama. Sin embargo, cada cinco minutos se detenía para mirar el reloj de pared. Pero le parecía que, si pensaba en el tiempo, éste avanzaba aún más lentamente.

«Aomame lo sabe».

Estaba ante el fregadero, afilando un cuchillo al que no le hacía ninguna falta que lo afilaran. «Sabe que he ido varias veces al tobogán de ese parque infantil. Debió de verme mientras yo contemplaba el cielo subido al tobogán. No se me ocurre otra explicación». Volvió a verse en lo alto del tobogán, iluminado por la farola de mercurio. Nunca, en las ocasiones en que había ido al parque, se había sentido observado. ¿Dónde estaba ella, desde dónde lo había visto?

«Eso no importa. Me mirase desde donde me mirara, el caso es que me reconoció». Al pensar eso lo invadió la alegría. «Ella ha estado pensando en mí, al igual que yo no he dejado de pensar en ella». A Tengo le costaba creer que, en aquel mundo frenético semejante a un laberinto, los corazones de dos personas —los corazones de un niño y una niña— hubieran permanecido inalterados y unidos pese a haber transcurrido veinte años.

«¿Por qué no me llamó cuando me vio en el parque? Si lo hubiera hecho, todo habría sido más fácil. ¿Cómo se ha enterado de que vivo aquí? ¿Cómo ha conseguido ella, o ese hombre, mi número de teléfono?». No le gustaba que lo telefoneasen, así que su número no constaba en la guía telefónica. Ni siquiera se podía conseguir a través de un operador.

Seguía sin comprender muchas cosas. Y las líneas que componían la historia eran intrincadas. No discernía qué línea estaba unida a qué otra, qué hechos habían provocado que ocurrieran otros. Pero, si lo pensaba bien, desde la aparición de Fukaeri había vivido en un mismo lugar, un lugar donde había excesivas preguntas sin respuesta. Sin embargo, tenía la vaga sensación de que, poco a poco, aquel caos se dirigía hacia su desenlace.

«Esta tarde, a las siete, quizá se resuelvan algunos interrogantes. Nos encontraremos encima del tobogán. No como un niño y una niña de diez años, indefensos, sino como un hombre y una mujer adultos, libres e independientes. Como un profesor de matemáticas de una academia y una instructora de un club de deportes. No sé de qué hablaremos, pero el caso es que vamos a hablar. Tendremos que contarnos muchas cosas, llenar muchos vacíos. Y, usando la extraña expresión del hombre que me ha llamado, quizá nos "traslademos" a alguna parte. De modo que debo reunir todo aquello de valor que no quiera dejar atrás y meterlo en alguna bolsa que me deje las manos libres».

No le apenaba demasiado marcharse de allí. Llevaba viviendo en ese piso siete años, durante los cuales había dado clases en la academia tres días por semana, pero nunca lo había considerado su hogar. Era algo provisional, como una isla flotante a merced de la corriente. Kyōko Yasuda, la mujer con la que solía verse allí, había desaparecido. Fukaeri, que se había instalado un tiempo en el piso, se había ido. Tengo no tenía ni idea de dónde estaban ahora ni qué había sido de ellas. El caso era que habían desaparecido en silencio de su vida. En cuanto a sus clases en la academia, no dudaba de que, si desapareciese, encontrarían a alguien que lo sustituyera. El mundo seguiría avanzando sin él. Si Aomame quería que se «trasladaran» juntos a alguna parte, la acompañaría sin titubear.

¿Qué tenía *de valor* que quisiera llevarse consigo? Cincuenta mil yenes en efectivo y una tarjeta de crédito: ésa era toda su fortuna. Tenía un millón de yenes en una cuenta corriente. No, había más: también estaba lo que le habían ingresado en concepto de derechos de autor de *La crisálida de aire*. Tenía la intención de devolvérselos a Komatsu, pero todavía no lo había hecho. Y no quería dejarse los folios impresos de la novela que había empezado a escribir. No tenían valor para otros, pero sí para él. Metió las hojas en una bolsa de papel y después puso ésta en el bolso bandolera de nailon rígido color granate que utilizaba cuando iba a la academia. El bolso ya pesaba lo suyo. Además, metió en los bolsillos de la cazadora de cuero algunos disquetes de ordenador. Puesto que no iba a llevarse éste, añadió al equipaje una libreta y una pluma. ¿Qué más?, se preguntó.

Recordó el sobre que el abogado le había entregado en Chikura, donde estaba la cartilla de ahorros y el sello legal de su padre, la copia del registro de familia y la misteriosa (supuesta) fotografía familiar que le había dejado su

padre. Quizá debía llevarse el sobre. Sus diplomas y méritos académicos, así como las distinciones de la NHK de su padre, los dejaría. Decidió no llevarse mudas ni artículos de aseo. Además de que no cabían en el bolso bandolera, allá donde fueran podría comprarlos.

Cuando acabó de embutirlo todo en el bolso, no le quedaba nada más que hacer. Ningún utensilio de cocina por lavar, ninguna camisa que planchar. Volvió a mirar el reloj de pared: las diez y media. Pensó en telefonear al amigo que lo había sustituido en la academia, pero recordó que se ponía de mal humor si lo llamaban antes del mediodía.

Vestido, se tumbó en la cama y dio rienda suelta a sus pensamientos. La última vez que había visto a Aomame los dos tenían diez años. Ahora ambos tenían treinta. Durante todo ese tiempo los dos habían vivido sin duda muchas cosas, unas buenas y otras no tan buenas, y quizás más de estas últimas. Los dos debían de haber cambiado mucho. Ya no eran unos niños. ¿Sería esa Aomame la Aomame que él había estado buscando? ¿Y sería él el Tengo Kawana que buscaba Aomame? Pensó en el encuentro de esa noche sobre el tobogán: al acercarse el uno al otro, ambos podían llevarse un buen chasco. A lo mejor ni siquiera sabían de qué hablar. Sería muy lógico. De hecho, lo raro sería que no ocurriese así.

«Tal vez no deberíamos vernos», se dijo Tengo mirando al techo. «¿No sería mejor seguir separados hasta el final, sin perder la esperanza de encontrarnos algún día? Viviríamos siempre con esa ilusión. Esa esperanza sería una modesta pero valiosa fuente de calor que nos caldearía hasta lo más hondo. Una pequeña llama que protegeríamos del viento, rodeándola con la palma de las manos. Si ahora la azotase el viento impetuoso de la realidad, posiblemente se apagaría».

Durante más o menos una hora, con la mirada fija en el techo, Tengo se debatió entre dos sentimientos encontrados. Por encima de todo, quería verla. Y, al mismo tiempo, le aterraba reunirse con ella. La fría desilusión y el silencio incómodo que podrían surgir paralizaban su cuerpo. Era como si éste fuera a partirse en dos. Por robusto que fuera, Tengo sabía que bastaba una fuerza aplicada en determinada dirección para revelar toda su fragilidad. Pero tenía que ver a Aomame. Su corazón lo había deseado intensamente durante veinte años. Aunque todo acabara en una decepción, ahora no iba a darle la espalda y huir.

Cansado de mirar al techo, se quedó dormido en la posición en que estaba. Durante tres cuartos de hora durmió apaciblemente y sin soñar. Durmió como uno duerme cuando le ha dado muchas vueltas a algo y se ha hartado de pensar.

Lo cierto era que en los últimos días sólo había dormido a ratos y nunca profundamente. Hasta que oscureciera, necesitaba recuperarse de toda la fatiga acumulada. Cuando saliera del piso, debía dirigirse al parque infantil con energías renovadas. Su cuerpo le pedía descansar, relajarse.

Cuando el sueño empezaba a invadirlo, oyó, o le pareció oír, la voz de Kumi Adachi. «*Debes irte de aquí cuando amanezca. Antes de que se cierre la salida*».

Era la voz de Kumi Adachi y, a la vez, la del búho nocturno. En su memoria, ambas estaban indivisiblemente entreveradas. Necesitaba, ante todo, sabiduría. Esa sabiduría nocturna que hunde sus gruesas raíces en lo más hondo de la tierra. Algo que a buen seguro sólo encontraría si dormía profundamente.

A las seis y media, Tengo cogió el bolso bandolera y, cruzándoselo por delante del pecho, salió del piso. Iba vestido de la misma manera que la última vez que había visitado el tobogán: la sudadera gris y la vieja cazadora de cuero, vaqueros y botas marrones. Todas las prendas estaban gastadas, pero se amoldaban bien a su cuerpo. Parecían haberse convertido en una parte más de éste. Se dijo que tal vez no regresaría jamás a ese piso. Por si acaso, recogió la tarjeta con su apellido de la puerta y la plaquita del buzón. Más adelante ya pensaría en lo que ocurriría con todo lo que dejaba atrás.

Al llegar al portal miró atentamente a su alrededor. De creer a Fukaeri, alguien lo vigilaba. Pero, como la vez anterior, no detectó nada. Sólo veía el mismo panorama de siempre. Se había puesto el sol y en la calle no había un alma. Primero se dirigió lentamente hacia la estación. De vez en cuando se daba la vuelta para comprobar que nadie caminaba detrás de él. En ocasiones tomaba por callejuelas estrechas que lo desviaban ligeramente de su camino y se quedaba quieto para cerciorarse de que no le seguían. Aquel hombre le había dicho por teléfono que debía ser precavido. Por su propio bien y por el de Aomame, que se encontraba en una situación acuciante.

De pronto cayó en la cuenta: «*¿Conocerá de verdad a Aomame el hombre que me ha llamado?*». ¿Y si todo fuera una trampa bien urdida? Al considerar esa posibilidad, empezó a sentirse cada vez más desazonado. «Si es una trampa, lo más lógico sea pensar que me la ha tendido Vanguardia». Probablemente (o casi con toda seguridad), Tengo figuraba en su lista negra por su colaboración en *La crisálida de aire*. Eso explicaba el que aquel tipo raro llamado Ushikawa, emisario de la comunidad, se hubiera acercado a él para proponerle aquella

misteriosa subvención. Para colmo, durante tres meses había alojado a Fukaeri en su piso y habían vivido juntos. Había motivos más que sobrados para que la comunidad estuviese disgustada con él.

No obstante, razonaba Tengo con la cabeza ladeada, extrañado, ¿por qué entonces se habían tomado la molestia de tenderle una trampa utilizando a Aomame como cebo? Ellos sabían dónde vivía. No tenía escapatoria. Si tenían alguna cuenta pendiente con él, bastaba con ir a buscarlo. No necesitaban engañarlo para que acudiera al tobogán del parque infantil. Por supuesto, también podía ser al contrario: que pretendieran atraer a Aomame utilizando a Tengo como señuelo.

Pero ¿por qué iban a querer atraer a Aomame?

No encontraba motivos. ¿Y si existiera alguna relación entre Vanguardia y Aomame? Sus suposiciones habían llegado a un punto muerto. No quedaba más remedio que preguntárselo a ella. Si conseguía verla, claro está.

Fuera como fuese, debía andarse con ojo, como le había recomendado aquel hombre por teléfono. Por si acaso, dio un rodeo más y se aseguró de que nadie lo seguía. Luego apretó el paso hacia el parque infantil.

Llegó a las siete menos siete minutos. Ya había anochecido y la farola derramaba su uniforme luz artificial sobre cada rincón del diminuto parquecillo. A pesar de que por la tarde había hecho calor, cuando el sol se puso la temperatura había bajado rápidamente y había empezado a soplar un viento frío. El veranillo de San Miguel, que se había prolongado durante unos días, había dado paso otra vez al invierno riguroso. Las puntas de las ramas del olmo de agua temblequeaban, como los dedos de un anciano que advertía de algo, con un ruido seco.

Algunas de las ventanas de los edificios que lo rodeaban estaban iluminadas. Pero en el parque no se veía a nadie. Bajo la cazadora de cuero, su corazón latía a un ritmo lento pero pesado. Se frotó las manos varias veces para comprobar que éstas sentían, percibían con normalidad. «Tranquilo, estás preparado. No tienes nada que temer». Tengo se armó de coraje y empezó a subir los peldaños del tobogán.

Una vez arriba, se sentó en la misma postura de la vez anterior. El tobogán estaba helado y húmedo. Con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora y la espalda apoyada contra el pasamanos, miró al firmamento. Nubes de todos los

tamaños, unas grandes y otras pequeñas, surcaban el cielo. Tengo entrecerró los ojos buscando las lunas. Pero de momento parecía que las ocultaban las nubes. Éstas no eran gruesas ni densas, sino blancas, ligeras. Aun así, poseían suficiente espesor y volumen como para esconder las lunas de su vista. Se desplazaban lentamente de norte a sur. El viento que soplaba en lo alto de la atmósfera no parecía demasiado fuerte. O quizá las nubes estuviesen a más altura. El caso es que no tenían ninguna prisa por avanzar.

Tengo echó un vistazo al reloj de pulsera. Las agujas marcaban exactamente las siete y tres minutos. Aomame todavía no había aparecido. Durante unos minutos siguió el avance del segundero, como si estuviera observando algo excepcional. Luego cerró los ojos. Él, igual que las nubes que el viento arrastraba, tampoco tenía ninguna prisa. No le importaba que, a su alrededor, todo se lo tomara con calma. Dejó de pensar y se abandonó al fluir del tiempo. En ese momento, lo más importante era el transcurso uniforme y natural del tiempo.

Con los ojos cerrados, igual que si buscara una frecuencia en una radio, prestó atención a los sonidos que producía el mundo que lo rodeaba. Llegó a sus oídos el ruido de los coches que pasaban sin cesar por la circunvalación número siete. Se parecía al rumor del oleaje del Pacífico que se oía en la clínica de Chikura. Incluso tuvo la impresión de que escuchaba, lejano, los chillidos de las gaviotas. Durante un rato se oyó la breve señal intermitente que los tráileres emiten al dar marcha atrás. Un perro grande soltaba ladridos cortos e intensos, como advirtiendo de algo. Lejos, en alguna aparte, alguien llamaba a otra persona a gritos. No sabía de dónde procedía cada ruido. Al permanecer tanto tiempo con los ojos cerrados, le parecía que los sonidos habían perdido su sentido de la orientación y de la distancia. Pese a que de vez en cuando soplaba una racha de viento gélido, no tenía frío. Por un momento Tengo se había olvidado de sentir o reaccionar al frío —o a cualquier sensación.

De pronto, una persona estaba a su lado y le sujetaba la mano derecha. Aquella mano se había introducido en el bolsillo de su cazadora de cuero y agarraba la manaza de Tengo igual que una pequeña criatura en busca de calor. Cuando se dio cuenta, ya todo había ocurrido, como si se hubiera producido un salto en el tiempo. Una situación había dado paso a la siguiente, sin previo aviso. «¡Qué extraño!», pensó Tengo aún con los ojos cerrados. «¿Por qué sucede

esto?». Hasta ese momento el tiempo había fluido con exasperante lentitud y, de pronto, se precipitaba hacia delante.

Esa persona apretó un poco más su ancha mano, como asegurándose de que él *realmente* estaba allí. Dedos largos y suaves, con una fuerza latente.

«*Aomame*», pensó Tengo. Pero no dijo nada. Tampoco abrió los ojos. Se limitó a agarrar a su vez la mano de ella. Recordaba aquella mano. En veinte años nunca había olvidado su tacto. Ésta no era la mano de una niña de diez años. Sin duda, durante aquellos veinte años, esa mano había tocado numerosas cosas, había levantado y sujetado objetos de las más diversas clases y formas. Y se había hecho fuerte. Pero Tengo sabía que era la misma mano. Se la sujetaba del mismo modo e intentaba transmitirle el mismo sentimiento.

En un instante, esos veinte años se fundieron en el interior de Tengo y, mezclándose, formaron un remolino. Entretanto, todas las escenas que él había vivido, todas las palabras que había pronunciado y todos los valores que había defendido y le habían guiado se unieron y formaron en su corazón un grueso pilar cuyo núcleo giraba como propulsado por un torno de alfarero. Tengo, en silencio, observó aquella imagen como quien presencia la destrucción y el resurgimiento de un planeta.

Aomame también guardaba silencio. Ambos, callados, se agarraban de la mano encima del tobogán. Habían vuelto a ser niños de diez años. Un niño solitario y una niña solitaria. En un aula una vez acabadas las clases, a principios de invierno. En aquel entonces ninguno de los dos tenía la fuerza ni los conocimientos para saber qué ofrecerle al otro, qué buscar en el otro. Nunca nadie los había amado y nunca habían amado a nadie. No habían abrazado a nadie, nadie los había abrazado. Ni siquiera sabían adonde los iba a conducir aquello. Se habían adentrado en una habitación sin puertas. No podían salir de allí, aunque, por esa misma razón, nadie más podía entrar. En ese momento ellos lo ignoraban, pero se hallaban en el único lugar completo del mundo. Un lugar que, pese a estar del todo aislado, no estaba teñido por la soledad.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Quizá cinco minutos, quizás una hora. O un día entero. O tal vez el tiempo se había detenido. ¿Qué sabía Tengo del tiempo? El sólo sabía que podía permanecer así eternamente: los dos subidos al tobogán del parque infantil, cogidos de la mano en silencio. Así había sido cuando tenía diez años, y veinte años después sentía lo mismo.

Sabía también que necesitaba tiempo para habituarse a aquel mundo recién venido, tan nuevo. En adelante debía ajustar y reaprender su manera de pensar,

de observar, de elegir las palabras, de respirar y moverse. Para ello, debía reunir todo el tiempo de ese mundo. Aunque no, quizá no bastaba sólo con ese mundo.

—Tengo —le susurró Aomame al oído con voz ni muy baja ni muy alta. Una voz que le prometía algo—. Abre los ojos.

Tengo abrió los ojos. Y el tiempo volvió a fluir en el mundo.

—Se ven las lunas —dijo Aomame.

28
USHIKAWA

Y una parte de su alma

El tubo fluorescente del techo iluminaba el cuerpo de Ushikawa. La calefacción no estaba encendida y habían dejado una ventana abierta, por lo que la sala estaba fría como una cámara de hielo. En el centro habían juntado varias mesas para reuniones y sobre ellas yacía Ushikawa boca arriba. Estaba en ropa interior de invierno y lo habían cubierto con una vieja manta hasta el cuello. La zona del abdomen estaba hinchada como un hormiguero en un campo. Un pequeño paño tapaba aquellos ojos desmesuradamente abiertos que parecían inquirir algo —unos ojos que nadie había podido cerrar. Tenía los labios entreabiertos, pero de ellos ya no escapaba aliento ni palabras. La coronilla parecía ahora aún más chata y misteriosa que cuando él estaba vivo. La rodeaba miserablemente aquel grueso cabello rizado y oscuro que recordaba a un pubis.

El rapado llevaba un plumífero azul marino, y el de la coleta, una pelliza de ante marrón con el cuello de piel. A ninguno de los dos les sentaban bien aquellas prendas que parecían haber escogido deprisa y corriendo entre un surtido limitado de existencias. A pesar de hallarse a cubierto, al respirar exhalaban un vaho blanco. Sólo estaban ellos tres: el rapado, el de la coleta y Ushikawa. Cerca del techo se alineaban tres ventanas con marcos de aluminio, y habían dejado una de ellas abierta para mantener la temperatura baja. Aparte de las mesas sobre las que yacía el cadáver, no había ningún mobiliario. Era una sala del todo impersonal y utilitaria, y todo lo que colocaran en ella, incluso un cadáver —aunque fuese el cadáver de Ushikawa—, se volvía impersonal y utilitario.

Ninguno abría la boca, por lo que en la sala reinaba el más absoluto silencio. El rapado tenía demasiadas cosas en que pensar, y el de la coleta ya era de por sí callado. Y Ushikawa, que había sido siempre bastante hablador, había muerto hacía dos noches. El rapado, inmerso en sus pensamientos, paseaba lentamente

arriba y abajo ante la mesa en la que estaba el cuerpo de Ushikawa. El ritmo de sus pasos no se alteraba, salvo cuando, al llegar a la pared, daba media vuelta y reanudaba su paseo. Sus zapatos de piel no levantaban ningún ruido al pisar la moqueta barata, de un color verde amarillento claro, que cubría el suelo. El de la coleta se había apostado cerca de la puerta, como de costumbre, y no hacía el menor gesto. Tenía las piernas ligeramente separadas, la espalda erguida y la mirada fija en un punto impreciso del espacio. No parecía sentir cansancio ni frío. Sólo, de vez en cuando, un rápido parpadeo y el vaho que salía con regularidad de su boca permitían adivinar que estaba vivo.

Ese mismo mediodía, varias personas se habían reunido en aquella fría sala para estudiar la situación. Un miembro de la directiva estaba de viaje, y habían esperado un día para que no faltase nadie. Habían hablado en voz baja y contenida para que la conversación no se filtrase al exterior: era una asamblea secreta. Entretanto, el cadáver de Ushikawa había permanecido tendido sobre las mesas como una máquina expuesta en una feria de muestras. Todavía conservaba el *rigor mortis*. Pasarían tres días antes de que cediera y el cuerpo recuperara la flexibilidad. De vez en cuando, mientras debatían sobre diversos asuntos, los reunidos echaban breves miradas al cadáver de Ushikawa.

En el curso de la reunión, ni siquiera cuando hablaban del cadáver, en ningún momento se respiró en la sala un sentimiento de respeto o duelo por el muerto. Aquel cadáver rígido y abombado sólo les inspiraba algunas lecciones y reflexiones personales. Hiciese lo que hiciese uno, el pasado jamás volvería, y todo aquello que quedaba por resolver cuando uno moría sólo afectaba al propio muerto. Ésa era la clase de lecciones o de reflexiones personales que extraían al ver el cadáver.

¿Cómo iban a deshacerse de Ushikawa? La conclusión estaba clara desde un principio. Si la policía descubría su cadáver, y por tanto la muerte violenta que había sufrido, abriría una investigación y, sin lugar a dudas, la conexión del detective con la comunidad saldría a la luz. No podían correr ese riesgo. Tan pronto como el *rigor mortis* desapareciera, lo transportarían a escondidas hasta el gran incinerador que había en el recinto de la finca y rápidamente se desharían de él. Se convertiría en humo oscuro y ceniza blanca. El humo se lo llevaría el viento, y la ceniza la esparcirían en las huertas como abono para las hortalizas. Habían ejecutado numerosas veces esa operación bajo la supervisión del rapado.

Como el cuerpo del líder era demasiado grande, habían tenido que «volverlo más manipulable» despedazándolo con una sierra eléctrica. Pero con aquel hombrecillo no sería necesario. Para el rapado era un alivio. No le gustaban esas tareas sangrientas. Tratase con vivos o con muertos, a poder ser prefería no tener que ver sangre.

Un superior interrogó al rapado: ¿quién había matado a Ushikawa?, ¿por qué? ¿Con qué fin se había encerrado Ushikawa en ese piso de alquiler en Kōenji? Como jefe del equipo de seguridad, el rapado debía contestar a esas preguntas. Pero lo cierto era que tampoco él conocía las respuestas.

La madrugada del martes, aquel hombre misterioso (que, por supuesto, era Tamaru) lo había llamado para comunicarle que el cadáver de Ushikawa se encontraba en el piso. Habían mantenido una conversación eficaz a la par que llena de perífrasis. Tras colgar el teléfono, el rapado convocó con carácter urgente a dos seguidores de Vanguardia que tenía bajo su mando en la ciudad; los cuatro se vistieron con monos de faena y, haciéndose pasar por empleados de una empresa de mudanzas, montaron en una furgoneta Toyota Hiace y se dirigieron al lugar. Primero se aseguraron de que no era una trampa. Aparcaron a cierta distancia y uno de ellos salió a hacer un reconocimiento en los aledaños del edificio. Debían proceder con cautela. Tenían que comprobar que, al entrar en el piso, la policía no estuviera esperándolos y los detuviera.

Se las arreglaron para introducir en un contenedor para mudanzas el cadáver de Ushikawa, que ya había empezado a agarrotarse, lo sacaron a cuestas por el portal y lo metieron en la Hiace. Por fortuna, como era de madrugada y hacía mucho frío, no había gente por la calle. También buscaron pistas en el piso. Lo inspeccionaron de cabo a rabo a la luz de una linterna. Pero no encontraron nada que llamase su atención. Aparte de provisiones, una pequeña estufa y el saco de dormir, sólo había los mínimos artículos imprescindibles para el día a día. En la bolsa de la basura sólo había latas y botellas de plástico vacías. Ushikawa debía de haberse escondido en aquel piso para espiar a alguien. A la mirada atenta del rapado no se le escapó la pequeña marca que un trípode para una cámara fotográfica había dejado en el tatami, al lado de la ventana. Pero no había cámara ni fotos. Quizá se las había llevado el individuo que había matado a Ushikawa.

Junto con los carretes, por supuesto. Visto que el muerto sólo llevaba ropa interior, parecía que lo habían atacado mientras dormía dentro del saco. El asesino seguramente había entrado en el piso sin hacer ruido. Y daba la

impresión de que Ushikawa había sufrido mucho. La ropa interior estaba empapada de la orina que se le había escapado.

A Yamanashi sólo fueron el rapado y el de la coleta. Los otros dos se quedaron en Tokio para acabar el trabajo. Condujo todo el tiempo el de la coleta. La Hiace salió de la autopista metropolitana para tomar la autopista nacional Chūō en dirección al oeste. Aunque a esas horas no circulaban apenas coches, respetó rigurosamente los límites de velocidad. Si la policía los detenía, sería el final. Las matrículas, la delantera y la posterior, habían sido reemplazadas por unas robadas, y dentro de la furgoneta llevaban un contenedor con un cadáver apretujado. Los habrían pillado con las manos en la masa. Los dos permanecieron callados durante todo el trayecto.

Al amanecer, cuando llegaron a la comunidad, un médico que los esperaba examinó el cadáver de Ushikawa y determinó que había muerto por asfixia. El cadáver, sin embargo, no presentaba marcas en el cuello. Supuso que lo habían asfixiado colocándole en la cabeza una bolsa, o algo parecido, para evitar dejar huellas. Examinó brazos y piernas, pero no detectó señales de ataduras. Tampoco parecía haber sido golpeado o torturado. Al médico le sorprendió que en su semblante no se percibieran señales de agonía; aunque sí afloraba en él una especie de interrogación ingenua sin esperanzas de ser respondida. Puede que, después de morir, alguien le hubiera masajeado la cara y dado un aspecto más apacible.

—Es obra de un profesional —le explicó el rapado a su superior—. No ha dejado ni rastro. Seguro que el señor Ushikawa ni siquiera gritó. Como ocurrió de noche, si hubiera gritado de dolor los vecinos lo habrían oído. Un aficionado no habría sido capaz de lograr eso.

¿Por qué lo había liquidado un profesional?

El rapado eligió sus palabras con cuidado:

—Quizá, sin darse cuenta, el señor Ushikawa le pisó la cola a alguien muy peligroso.

¿Podían ser los mismos que habían asesinado al líder?

—No hay pruebas, pero sí muchas probabilidades —dijo el rapado—. Además, seguro que presionaron mucho al señor Ushikawa. No sé qué le hicieron, pero no hay duda de que lo sometieron a un duro interrogatorio.

¿Qué podían haberle sonsacado?

—Sin duda debió de contarles todo lo que sabía —contestó el rapado—. Pero el señor Ushikawa sólo tenía una parte de la información. Por lo tanto, lo que haya contado no debería perjudicarnos demasiado.

El rapado tampoco tenía acceso a toda la información. Pero, por supuesto, sabía mucho más que un mero agente externo como Ushikawa.

El profesional del que hablas, ¿podría pertenecer a una gran organización criminal?, siguió preguntándole su superior.

—No es un *modus operandi* propio de la *yakuza* o de otra organización criminal parecida —contestó el rapado al tiempo que negaba con la cabeza—. Estos actúan de un modo más sangriento y brutal, nunca con métodos tan elaborados. El individuo que asesinó al señor Ushikawa ha querido dejarnos un mensaje: «Nuestro sistema es muy sofisticado y, cuando alguien se entromete, golpeamos en el punto preciso. No volváis a meter las narices en este asunto».

¿Qué asunto era ése?

El rapado volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Desde hacía algún tiempo, el señor Ushikawa actuaba por su cuenta. Varias veces le pedimos que nos diese la información que había conseguido, pero él se excusaba diciendo que todavía no disponía de material suficiente como para poder exponerlo de forma ordenada. Seguramente quería llegar al fondo de las cosas. Así que al final lo han asesinado sin que nos haya dado la información. Fue el líder quien quiso contratar al señor Ushikawa. Hasta entonces siempre había trabajado solo, nunca para una organización. Y, según la cadena de mando establecida, yo no me encontraba en situación de darle órdenes.

El rapado quería dejar claro el alcance de su responsabilidad. La comunidad estaba estructurada como una compleja organización, en toda organización existen normas, y éstas van siempre acompañadas de penalizaciones. No podía permitir que le echaran a él todas las culpas de aquella negligencia.

¿A quién vigilaba Ushikawa en ese edificio?

—Todavía no lo sé. Siguiendo la lógica, a alguien que vive en ese edificio o en los alrededores. Los que se han quedado en Tokio están investigándolo, pero aún no tengo noticias suyas. Supongo que llevará bastante tiempo averiguarlo. Quizá sea mejor que regrese a Tokio y lo averigüe por mí mismo.

El rapado no confiaba demasiado en la competencia de sus subordinados, leales pero poco perspicaces. Por otro lado, no les había dado muchos detalles de la situación. Conseguiría mejores resultados si actuaba solo. También quería

registrar a fondo el despacho de Ushikawa. Aunque tal vez el hombre que le había telefoneado ya lo hubiera hecho. Pero su superior no autorizó su regreso a Tokio. Hasta que la situación no se aclarase más, él y el de la coleta debían permanecer en la sede central. Era una orden.

Su superior le preguntó si no sería Aomame a quien Ushikawa vigilaba.

—No, no lo creo —respondió el rapado—. Si hubiera sido así, nos lo habría comunicado de inmediato. De ese modo cumplía con su deber y terminaba el trabajo. Seguramente vigilaba a otra persona que estaba relacionada, o que podía estarlo, con el paradero de Aomame. Es la única explicación posible.

¿Así pues, mientras vigilaba a esa otra persona, se dieron cuenta y tomaron medidas?

—Sí, muy posiblemente fue así —contestó el rapado—. Se acercó demasiado, y solo, a un lugar peligroso. Quizá dio con una buena pista y se precipitó, ansioso por hacer un buen trabajo. Si hubiera vigilado con otros, podrían haberse protegido entre ellos y el señor Ushikawa no habría terminado así.

Por la conversación que mantuviste por teléfono con *ese hombre*, ¿podemos esperar que acepten que nos reunamos con Aomame?

—No sabría decirle. Pero estaba claro que todo dependía de si Aomame se mostraba dispuesta a negociar con nosotros. Por el modo en que habló el hombre que telefoneó, puedo decir que depende de ella el que la reunión se celebre o no.

Imagino que nuestro ofrecimiento de pasar por alto el asunto del líder y garantizar su seguridad le resultará atractivo.

—Aun así, ellos piden más información. ¿Por qué queremos reunirnos con Aomame? ¿Por qué deseamos hacer las paces con ellos? ¿Qué queremos negociar en concreto?

El hecho de que pidan más datos quiere decir que les falta información.

—Efectivamente. Pero, al mismo tiempo, nosotros tampoco tenemos mucha información sobre ellos. Todavía no sabemos por qué urdieron un plan tan elaborado para asesinar al líder.

En cualquier caso, mientras esperamos su respuesta, debemos proseguir con la búsqueda de Aomame. Aunque entretanto le pisemos la cola a cualquiera.

El rapado esperó un poco antes de contestar.

—Contamos con una organización sólida. Podemos movilizar personal y actuar con agilidad y eficacia. También tenemos nuestras metas y un alto sentido de la moral; si es preciso, estamos incluso dispuestos a sacrificar nuestra vida.

Pero, en un nivel puramente técnico, no somos más que una pandilla de aficionados. Ni siquiera hemos recibido formación especializada. Ellos, en cambio, son unos profesionales consumados. Saben lo que se hacen, actúan con sangre fría y no les tiembla el pulso cuando es necesario. Además, parecen tener experiencia. Por otra parte, como usted bien sabe, el señor Ushikawa no era precisamente un tipo descuidado.

En concreto, ¿cómo piensas proceder a partir de ahora?

—Creo que lo más efectivo será averiguar qué pista había descubierto el señor Ushikawa y tirar de ese hilo.

Así pues, ¿no disponemos de más pistas que ésa?

—No —reconoció el rapado.

No importa a qué riesgos nos expongamos o cuántas víctimas tengamos que sacrificar; debemos encontrar a Aomame y *hacernos con ella*. De inmediato.

El rapado contestó con otra pregunta:

—¿Son ésas las instrucciones que la voz nos ha dado? *¿Hacernos con ella* de inmediato, sin que importe *por qué medios*?

Su superior no respondió. No podía revelarle más información. El rapado no pertenecía a la directiva. No era más que el jefe de una unidad de ejecución. Pero sabía que era la última orden de sus superiores y, seguramente, el último mensaje que las sacerdotisas habían oído de la «voz».

Mientras caminaba de un lado a otro delante del cadáver de Ushikawa en la sala helada, algo cruzó por su mente. Se detuvo al instante, torció el gesto e intentó precisar qué era. Cuando detuvo sus pasos, el de la coleta, junto a la puerta, cambió ligeramente de postura. Soltó un largo suspiro y pasó el punto de apoyo de una pierna a la otra.

«Kōenji», pensó el rapado. Frunció el ceño. Y rebuscó en el oscuro fondo de su memoria. Lenta y cuidadosamente, fue tirando hacia sí de un fino hilo. Alguien relacionado con todo ese asunto vivía en Kōenji. Pero ¿quién?

Sacó del bolsillo una gruesa agenda ajada y la hojeó a toda prisa. Su memoria no se equivocaba: era Tengo Kawana. Vivía, efectivamente, en Kōenji, Suginami. Exactamente en la misma calle y el mismo número que el edificio donde Ushikawa había muerto. Sólo cambiaba el número de piso. Tercero y

primero. ¿Vigilaba Ushikawa los movimientos de Tengo? No cabía duda. No podía tratarse de una coincidencia.

Pero ¿por qué el detective había decidido espiar a Tengo en medio de una situación tan apremiante? Si el rapado no se había acordado de Tengo hasta ese momento era porque hacía tiempo que había perdido todo el interés por él. Tengo Kawana había reescrito *La crisálida de aire*, la obra de Eriko Fukada. En la época en que el libro ganó el premio de escritores noveles de la revista, se publicó y se convirtió en un *best seller*, quisieron tenerlo bajo vigilancia. Sospechaban también que guardaba algún secreto importante o que desempeñaba algún papel relevante. Sin embargo, ahora su misión ya había terminado. Estaba claro que no era más que un negro. Había reescrito la novela por encargo de Komatsu y se había embolsado unos modestos ingresos. Eso era todo. Detrás no había nada. Ahora la comunidad quería averiguar el paradero de Aomame. Pero Ushikawa se había centrado en el profesor de academia. Lo había acechado y lo espiaba. Y, a raíz de ello, había perdido la vida. ¿Por qué?

No lo sabía. Pero estaba claro que Ushikawa seguía alguna pista. Si se había pegado a Tengo Kawana era porque creía que éste quizá le conduciría hasta Aomame. Así que alquiló el piso, instaló una cámara sobre un trípode al lado de la ventana y pasó sin duda bastante tiempo vigilándolo. ¿Existía algún vínculo entre Tengo Kawana y Aomame? Y si existía, ¿qué clase de vínculo era?

El rapado salió de la sala sin decir nada, se dirigió a la habitación contigua, donde sí había calefacción, y llamó a Tokio. A un apartamento en Sakuragaoka, Shibuya. Ordenó a uno de sus subordinados que regresase de inmediato al piso de Ushikawa en Kōenji y, desde allí, espiase las idas y venidas de Tengo. «Es un tipo corpulento y con el pelo corto. No os costará identificarlo. Si sale del edificio, seguidlo los dos sin que se dé cuenta. No dejéis que se os escape. Averiguad adonde se dirige. Pase lo que pase, pegaos a él. Nosotros saldremos hacia allí en cuanto podamos».

El rapado volvió a la sala donde yacía el cadáver y le comunicó al de la coleta que se marchaban a Tokio. El de la coleta sólo asintió con un breve gesto. No necesitaba explicaciones. Se limitó a ejecutar lo que le pedían sin demora. Al salir de la sala, el rapado apagó la luz y cerró con llave para que ninguna persona ajena entrase. Salieron del edificio y, en el aparcamiento, eligieron un Nissan Gloria negro de entre una decena de coches alineados. Subieron y el de la coleta encendió el motor; la llave ya estaba puesta en el contacto y, por norma, el

depósito de gasolina siempre estaba lleno. Como de costumbre, conduciría el de la coleta. Las matrículas del Nissan Gloria eran legales, y la procedencia del vehículo, limpia. Aunque pisaran a fondo el acelerador, no se meterían en problemas.

Hasta poco después de haber tomado la autopista no se acordó de que no le habían autorizado a regresar a Tokio. Tendría que ocuparse de eso más tarde. Ya no había remedio. Era una emergencia. Cuando llegase a Tokio les llamaría para explicárselo. Frunciendo el ceño se dijo que, en ocasiones, las restricciones de la organización eran un fastidio. Cada vez había más normas; éstas, en vez de disminuir, siempre aumentaban de número. Sin embargo, sabía que no podría sobrevivir fuera de la organización. No era un lobo solitario. No dejaba de ser una rueda dentada al lado de muchas otras que se movían al compás que les marcaban desde arriba.

Encendió la radio y escuchó las noticias de las ocho de la noche. Apagó el aparato y, tras reclinar el asiento del acompañante, se echó una pequeña siesta. Cuando despertó, sintió hambre (¿cuándo había sido la última vez que había comido algo decente?), pero no tenían tiempo para detenerse en un área de servicio. Debían apresurarse.

En ese momento, sin embargo, Tengo ya se había reencontrado con Aomame en el tobogán del parque. Y los de Vanguardia no tenían ni idea de adonde se había dirigido Tengo. Sobre éste y Aomame pendían las dos lunas.

El cadáver de Ushikawa estaba tendido en silencio en medio de la gélida oscuridad. En la sala no había nadie más. La luz estaba apagada, y la puerta, cerrada con llave por fuera. La pálida luz de la Luna entraba por las ventanas situadas casi a la altura del techo. Pero, desde donde lo habían dejado, Ushikawa no habría podido verlas. De modo que no hubiera tenido modo de saber si había una o dos.

Como en la sala no había relojes, no se sabía exactamente qué hora era. Debía de haber pasado una hora desde que el rapado y el de la coleta se habían marchado. Si alguien se hubiera hallado en la sala se habría quedado estupefacto al ver cómo, de pronto, la boca de Ushikawa empezaba a moverse. Era un fenómeno aterrador que desafiaba el sentido común. Porque era evidente que Ushikawa estaba muerto, y su cuerpo, completamente rígido. Pero su boca siguió temblando hasta que, de pronto, con un ruido seco, se abrió desmesuradamente.

Si alguna persona hubiera estado allí, habría pensado que Ushikawa estaba a punto de decirle algo. Posiblemente algo valioso que sólo los muertos conocen. Seguro que, aterrada, esa persona habría contenido la respiración y habría aguardado. Quién podía saber qué clase de secreto se disponía a revelarle.

Pero de la boca abierta de Ushikawa no salió voz alguna. No surgieron palabras, tampoco un suspiro, sino seis personitas. A lo sumo medirían cinco centímetros. Los seis cuerpecillos ataviados con sus ropas diminutas pisaron aquella lengua musgosa, franquearon la dentadura, irregular y sucia, y fueron saliendo uno tras otro. Cual mineros del carbón regresando a la superficie al atardecer, una vez terminada la jornada. Su vestimenta y sus rostros, no obstante, estaban impolutos. Ellos eran ajenos a la suciedad y al desgaste.

Tras salir de la boca de Ushikawa, los seis Little People descendieron a las mesas de reuniones sobre las que yacía el cadáver y, moviendo sus cuerpos, fueron aumentando de estatura. Si las circunstancias lo requerían, podían modificar su tamaño. Pero nunca sobrepasaban el metro de altura ni menguaban hasta menos de los tres centímetros. Cuando alcanzaron sesenta o setenta centímetros, dejaron de moverse y, siempre uno tras otro, bajaron al suelo. Sus rostros carecían de expresión. Lo cual no quiere decir que fuesen como máscaras. Sus caras eran de lo más normal. Al margen del tamaño, tenían más o menos la misma cara que una persona cualquiera. Simplemente, en ese momento no necesitaban adoptar ninguna expresión.

Por lo visto, no debían proceder con prisa, pero tampoco ser demasiado lentos. Disponían del tiempo exacto para realizar su trabajo. Ni poco ni mucho tiempo. Sin que ninguno de ellos diera una señal, los seis se sentaron tranquilamente en el suelo y formaron un círculo. Un bello círculo perfecto de unos dos metros de diámetro.

Al poco rato, uno de ellos extendió calladamente el brazo y pellizcó un fino hilo del aire. Medía unos quince centímetros y era semitransparente, de un color crema casi blanco. Lo colocó en el suelo. El siguiente hizo exactamente lo mismo. Un hilo de la misma longitud y del mismo color. Otros tres repitieron la misma acción. Solamente el último actuó de otro modo: se levantó y se apartó del círculo, volvió a subirse a las mesas de reuniones, estiró el brazo hacia la cabeza deforme de Ushikawa y le arrancó uno de sus cabellos rizados. *Tic*, se oyó. Ése sería su hilo. El primer Little People entrelazó con manos hábiles los cinco hilos de aire y el pelo de Ushikawa.

De ese modo, entre los seis fueron creando una nueva crisálida de aire. Esta

vez ninguno hablaba. Extraían hilo del aire, le arrancaban pelos a Ushikawa y, sin perder ritmo, fueron tejiendo con destreza la crisálida de aire. Pese a que la sala estaba helada, su aliento no se transformaba en vaho. Si alguien hubiera estado presente, quizá se habría extrañado. O tal vez ni siquiera se hubiese fijado en eso, dadas todas las cosas sorprendentes que estaban ocurriendo.

Aunque trabajaran sin descanso (en realidad, nunca descansaban), no podrían terminar la crisálida de aire en una noche. Necesitarían más días. Pero ninguno de los seis tenía prisa. Faltaban dos días para que el cadáver perdiera su rigidez y lo llevasen al incinerador. Ellos estaban al tanto. Bastaba con que terminasen en dos noches. Disponían de tiempo suficiente. Y no conocían el cansancio.

Ushikawa yacía sobre la mesa, iluminado por el pálido claro de luna. Tenía la boca muy abierta, y los ojos, que nadie había podido cerrar, cubiertos con un paño. Lo último que habían visto aquellos ojos había sido la casa en Chūōrinkan y el chucho correteando por el césped del pequeño jardín.

Y una parte de su alma estaba a punto de transformarse en crisálida de aire.

29
AOMAME

Jamás volveremos a soltarnos de la mano

—Abre los ojos —susurró Aomame.

Tengo abrió los ojos. Y el tiempo volvió a fluir en el mundo.

—Se ven las lunas —dijo Aomame.

Tengo irguió el rostro y miró al cielo. Las nubes se habían abierto y sobre las ramas secas del olmo de agua se divisaban los dos satélites: una Luna grande y amarilla y una pequeña luna verde y deforme. *Móder* y *dóter*. Su tonalidad tenue teñía los extremos de las nubes que pasaban. Como los bajos de una falda larga que, por descuido, se hubieran remojado en tinte.

Entonces Tengo miró a Aomame, sentada a su lado. Ya no era la niña de diez años delgaducha y malnutrida que vestía ropa heredada que no era de su talla y cuya madre le cortaba el pelo de forma chapucera. Las trazas de aquellos tiempos prácticamente habían desaparecido. Y, sin embargo, no le costó nada reconocerla. Esa joven no podía ser sino Aomame. La expresión que traslucían sus ojos no había cambiado en aquellos veinte años. Ojos poderosos, inmaculados y transparentes. Ojos seguros de lo que deseaban. Ojos conocedores de lo que debían mirar, que no permitirían que nadie se interpusiese en su camino. Esos ojos lo miraban directamente a él. Escrutaban su corazón.

Aomame había pasado esos veinte años en lugares que él desconocía y se había convertido en una hermosa mujer adulta. Pero Tengo, sin ninguna reserva y al instante, hizo suyos ese tiempo y esos lugares para convertirlos en parte de su carne y de su sangre. Ahora ya eran sus lugares y su tiempo.

«Debería decirle algo», pensó Tengo. Pero no le salieron las palabras. Sus labios se movieron como buscando en el aire las palabras. Sin embargo, no las encontró. Aparte de un hálito blanco que recordaba a una isla solitaria y errante, nada salió de sus labios. Mientras lo miraba a los ojos, Aomame movió una vez la cabeza hacia los lados. Tengo comprendió lo que ese gesto significaba: «*No*

hace falta que digas nada». Aomame seguía agarrándole la mano dentro del bolsillo; no podía apartar su mano de allí ni por un instante.

—Estamos viendo lo mismo —susurró Aomame mientras escrutaba sus ojos. Parecía preguntarlo y, al mismo tiempo, confirmarlo—. Hay dos lunas.

Tengo asintió. «Hay dos lunas». No llegó a pronunciarlo. Por algún motivo, no le salía la voz.

Aomame cerró los ojos, se encogió y apoyó la mejilla contra el pecho de Tengo. Pegó el oído a su corazón. Trataba de oír los pensamientos de él.

—Necesitaba saberlo —dijo Aomame—. Necesitaba saber que los dos estamos en el mismo mundo y vemos las mismas cosas.

De pronto, el gran pilar en forma de remolino que había en el corazón de Tengo había desaparecido. Sólo lo rodeaba la silenciosa noche de invierno. Las luces encendidas en algunas de las ventanas del edificio al otro lado de la calle —el lugar en el que Aomame había pasado sus días de fugitiva— indicaban que ellos dos no eran los únicos que vivían en este mundo. Les resultaba muy extraño, e incluso les parecía ilógico, que otras personas vivieran sus vidas en aquel mismo mundo.

Tengo se inclinó un poco y olió el cabello de Aomame. Tenía un hermoso cabello liso. A ambos lados, como tímidas criaturas, asomaban ligeramente dos pequeñas orejas rosáceas.

—Hace tanto tiempo… —dijo Aomame.

«Hace tanto tiempo…», coincidió Tengo. Pero enseguida cayó en la cuenta de que aquellos veinte años se habían convertido en algo insustancial. Aquel periodo había transcurrido en un instante y también en un instante se había llenado.

Tengo sacó la mano del bolsillo y rodeó los hombros de la joven. A través de la palma de su mano sintió la totalidad del cuerpo de Aomame. Luego alzó la cara y volvió a mirar las lunas. Las dos, asomándose entre las nubes que avanzaban muy lentamente, seguían proyectando su luz de tonalidad misteriosa sobre la Tierra. Bajo esa luz, Tengo volvió a sentir profundamente cómo el tiempo se volvía relativo. Veinte años eran mucho tiempo. Y en ese intervalo habían sucedido muchas cosas. Otras muchas habían desaparecido. Las que permanecían, habían cambiado y se habían transformado. Era un largo tiempo, pero a un corazón dispuesto no se le antojaba tan largo. Aunque el encuentro se hubiera producido otros veinte años después, él habría sentido lo mismo al ver a Aomame. Aunque ambos hubiesen tenido cincuenta años, su corazón se habría

estremecido con la misma intensidad que en ese momento y habría sentido la misma conmoción ante ella. Su corazón habría albergado la misma dicha y la misma certeza.

Tengo se guardaba sus pensamientos. Pero sabía que Aomame oía con atención cada una de esas palabras no pronunciadas. Ella, con su pequeña oreja rosada pegada al pecho de Tengo, escuchaba los movimientos de su corazón. Como quien, al recorrer un mapa con la punta del dedo, va conjurando y descubriendo los vividos paisajes por los que pasa.

—Me gustaría quedarme así para siempre y olvidarme del tiempo —dijo Aomame en voz baja—. Pero tenemos algo que hacer.

«*Vamos a trasladarnos*», pensó Tengo.

—Eso es, vamos a trasladarnos —dijo Aomame—. Y cuanto antes lo hagamos, mejor. No queda demasiado tiempo. Aunque todavía no te puedo decir adonde vamos.

«No hace falta que lo digas», pensó Tengo.

—¿No quieres saber adónde vamos? —preguntó Aomame.

Tengo negó con la cabeza. El viento de la realidad no había apagado la llama de su corazón. No existía en ninguna parte nada más importante.

—Jamás nos separaremos —dijo Aomame—. Jamás volveremos a soltarnos de la mano.

Aparecieron más nubes que engulleron paulatinamente las lunas. Como si hubieran bajado un telón en silencio, las sombras que envolvían al mundo se volvieron más densas, más profundas.

—Tenemos que apurarnos —susurró Aomame.

Y los dos se irguieron en el tobogán. Sus sombras se unieron de nuevo. Como niños pequeños buscando el camino a ciegas a través de un denso bosque envuelto en tinieblas, se tomaron con fuerza de la mano.

Tengo habló por primera vez:

—Vamos a dejar el «pueblo de los gatos».

Aomame recibió con agrado esa voz recién nacida.

—¿El «pueblo de los gatos»?

—Un pueblo dominado durante el día por una profunda soledad y, de noche, por grandes gatos. Por él transcurre un bello río vadeado por un viejo puente de piedra. Pero no es un lugar para nosotros.

«Cada uno ha llamado a *este mundo* de un modo distinto», pensó Aomame. «Yo le he llamado “1Q84” y él, “el pueblo de los gatos”. Pero es el mismo».

Aomame le apretó la mano con más fuerza.

—Sí, vamos a marcharnos del «pueblo de los gatos». Los dos juntos —dijo ella—. Una vez que logremos salir, ya nunca nos separaremos, sea de noche o de día.

Cuando, con pasos rápidos, dejaron atrás el parque, las dos lunas seguían ocultas tras las nubes que cruzaban lentamente el cielo. Las lunas tenían los ojos tapados. Un niño y una niña atravesaban el bosque tomados de la mano.

30
TENGO

Quizá me equivoque

Cuando se fueron del parque, salieron a una gran avenida y cogieron un taxi. Aomame le indicó al taxista que los llevase hasta Sangenjaya por la Ruta 246.

Entonces, Tengo se fijó en cómo vestía Aomame. Llevaba un abrigo de entretiempo claro, un tanto ligero para esa época del año, que se abrochaba por delante con lazos. Debajo se había puesto un elegante vestido verde, de falda corta y ceñida. Llevaba medias, unos lustrosos zapatos de tacón y un bolso bandolera negro de piel al hombro. El bolso abultaba mucho y parecía pesado. No llevaba guantes ni bufanda. Tampoco anillos, collar ni pendientes. No olía a perfume. Todo lo que llevaba puesto, y lo que no, parecía muy natural a ojos de Tengo. No se le ocurría nada que le faltase o le sobrase.

El taxi circulaba por la circunvalación número siete hacia la Ruta 246. El tráfico era más fluido que de costumbre. Durante un buen rato ninguno de los dos abrió la boca. La radio estaba apagada y el joven taxista permanecía callado. Lo único que se oía era el monótono e incesante ruido de los neumáticos sobre el asfalto. Ella estaba arrimada a Tengo y no le soltaba la mano. Si se la soltase, quizá lo perdería para siempre. La ciudad nocturna fluía alrededor de los dos, como una corriente marina iluminada por fosforescentes algas noctilucas.

—Hay varias cosas que debo contarte —dijo Aomame al cabo de un buen rato—, pero no creo que pueda explicártelo antes de llegar *allí*. No tenemos demasiado tiempo. Y, en realidad, quizá nunca, por mucho tiempo que tengamos, pueda explicártelo todo.

Tengo negó brevemente con la cabeza. No era necesario que se lo explicara todo ahora. Más adelante, con calma, una vez que estuvieran allí, ya llenarían todos los vacíos —si es que había vacíos que llenar. En ese momento, Tengo

tenía la sensación de que, si tenían cosas que compartir —aunque fuera un vacío que nunca podrían llenar, o un misterio que jamás lograrían descifrar—, encontrarían en ello una dicha, un sentimiento afín al cariño.

—¿Hay algo muy importante sobre ti que debería saber? —preguntó él.

Aomame le contestó con otra pregunta:

—¿Qué sabes tú de mí?

—Muy poco —contestó Tengo—. Que eres instructora en un gimnasio, estás soltera y vives en Kōenji.

—Yo tampoco sé mucho de ti. Pero sí sé que das clases de matemáticas en una academia de Yoyogi y que vives solo. Además de que, en realidad, fuiste tú quien escribió *La crisálida de aire*.

Tengo la miró, sorprendido. Muy pocas personas sabían eso. ¿Tendría Aomame algún vínculo con Vanguardia?

—No te preocupes. Estamos en el mismo bando —dijo ella—. Sería muy largo de explicar, pero sé que *La crisálida de aire* nació de una colaboración entre tú y Eriko Fukada. Y que, en cierto momento, tú y yo nos adentramos en este mundo con dos lunas. Hay algo más: llevo una criatura en mi vientre. Tuya, creo. Eso es, en principio, lo que deberías saber de mí.

—*¿Llevas en el vientre* una criatura mía? —Quizás el taxista los estuviera escuchando, pero Tengo no se paró a pensar en esas cosas.

—Durante estos veinte años no nos hemos visto ni una sola vez —dijo Aomame—. Y sin embargo he concebido un hijo tuyo, y voy a tenerlo. Todo esto parece una locura, pero es así.

Tengo esperó a que prosiguiera.

—¿Recuerdas que a principios de noviembre hubo una gran tormenta?

—Sí —dijo Tengo—. De día hizo muy buen tiempo, pero, al atardecer, de pronto, empezó a tronar y estalló una tormenta. La estación de Akasaka-Mitsuke se inundó y detuvieron los metros. —«La *lítel pípol* anda agitada», había dicho Fukaeri.

—Esa noche de tormenta me quedé encinta —dijo Aomame—. Pero ni ese día, ni desde un tiempo atrás, había mantenido *ese tipo* de relaciones con nadie. —Aomame esperó a que aquella verdad permease la mente de Tengo, y prosiguió—: De lo que no cabe duda es de que ocurrió esa noche. Y estoy convencida de que la criatura que llevo en mi interior es tuya. No puedo explicarlo. Tan sólo *lo sé*.

A Tengo le vino a la mente el extraño acto sexual que había mantenido con Fukaeri. Fuera retumbaban los truenos y la lluvia golpeaba la ventana. Como había dicho Fukaeri, la Little People andaba agitada. Y mientras Tengo estaba echado boca arriba en la cama, paralizado, Fukaeri montó encima de él, se introdujo el pene erecto en su interior y le exprimió el semen. Ella parecía en trance. Mantuvo sus ojos cerrados hasta el final, como inmersa en un estado de contemplación. Sus pechos eran grandes y redondos, y no tenía vello púbico. No parecía una escena real. Pero sin duda estaba ocurriendo.

A la mañana siguiente, Fukaeri no parecía acordarse de nada de lo que había sucedido la noche anterior. O quizás intentaba dar esa impresión. A Tengo, por su parte, le había parecido más una mera transacción práctica que un acto sexual. Esa noche tormentosa, Fukaeri había aprovechado que el cuerpo de Tengo estaba paralizado para extraerle semen de forma eficaz. Literalmente, hasta la última gota. Aún recordaba esa extraña sensación. Fukaeri parecía poseída por otra personalidad.

—Recuerdo algo —dijo Tengo lacónico—, algo que esa noche me ocurrió y que la lógica no puede explicar.

Aomame lo miró fijamente a los ojos.

—En ese momento no lo comprendí —siguió Tengo—. Y creo que tampoco ahora lo comprendo del todo. Pero si te quedaste encinta esa noche, y no se te ocurre ninguna otra posibilidad, no hay duda de que esa criatura que has concebido también es mía.

Fukaeri seguramente había funcionado como *conducto*. Ése era el papel que le había sido asignado: unir a Tengo y a Aomame a través de ella. Conectar a los dos físicamente en un periodo de tiempo limitado. Tengo comprendió que había sido así.

—Creo que algún día podré explicarte con detalle lo que ocurrió —añadió Tengo—. Pero ahora mismo no dispongo de suficientes palabras.

—Entonces, ¿me crees *de verdad*? ¿Crees que esta cosa pequeñita que llevo dentro de mí es tuya?

—Lo creo de corazón —contestó Tengo.

—Me alegro —dijo Aomame—. Eso era todo lo que necesitaba saber. Si crees eso, el resto da igual. No hacen falta más explicaciones.

—Así que estás embarazada.

—De unos cuatro meses. —Aomame guió la mano de Tengo hasta su vientre.

Tengo contuvo el aliento y buscó alguna señal de vida. Todavía no era más que algo muy pequeñito. Pero percibió el calor en su mano.

—¿Adónde vamos ahora? Tú, yo y esta *cosa pequeñita*.

—A un lugar que no es éste —dijo Aomame—. Un mundo en cuyo cielo sólo hay una luna. Al lugar que nos corresponde. Fuera del alcance de la Little People.

—¿La Little People? —Tengo frunció vagamente el ceño.

—En *La crisálida de aire* describiste con detalle a la Little People. Qué aspecto tienen, qué hacen.

Tengo asintió.

—La Little People existe en este mundo, y es tal como la has descrito.

Cuando corrigió la novela, la Little People no eran más que unas criaturas fantásticas concebidas por una chica de diecisiete años con una imaginación desbordante. A lo sumo, eran una metáfora, un símbolo. Pero en aquel mundo la Little People existía de verdad y ejercía su poder. Ahora podía creérselo.

—No sólo la Little People. La crisálida de aire, la *mother* y la *daughter* y las dos lunas también existen —dijo Aomame.

—¿Conoces el modo de salir de *este mundo*?

—Vamos a salir por donde yo entré. No se me ocurre otra salida posible. —Y preguntó—: ¿Has traído la novela que estás escribiendo?

—La tengo aquí. —Tengo dio un golpecito con la palma de la mano en su bolso bandolera granate. Luego se preguntó extrañado cómo sabía ella eso.

—Simplemente lo sé —dijo Aomame, y sonrió con timidez.

—Me parece que sabes muchas cosas de mí —dijo Tengo. Era la primera vez que la veía sonreír. Apenas había esbozado una sonrisa, y Tengo ya notó que el nivel de las mareas estaba empezando a cambiar en el mundo que lo rodeaba.

—No te deshagas de ella —dijo Aomame—. Es relevante para nosotros.

—Tranquila, no lo haré.

—Hemos venido a *este mundo* para encontrarnos. Ni nosotros mismos lo sabíamos, pero por eso entramos aquí. Hemos tenido que enfrentarnos a muchas complicaciones. A cosas ilógicas e inexplicables. A cosas sangrientas, tristes. De vez en cuando, a cosas hermosas. Nos han pedido juramentos y los hemos cumplido. Nos han sometido a pruebas y las hemos superado. Y hemos logrado el objetivo por el que vinimos. Pero ahora el peligro nos acecha. Ellos buscan a la *daughter* que llevo dentro de mí. Supongo que sabes lo que quiere decir *daughter*, ¿no?

Tengo aspiró hondo.

—Pretendes tener a esa *daughter* de los dos.

—Eso es. No comprendo los pormenores que se esconden detrás de eso, pero voy a dar a luz una *daughter* a través de una crisálida de aire, o desarrollando yo misma la función de crisálida de aire. Y *ellos* quieren atraparnos a los tres. Para crear un nuevo sistema que les permita «escuchar la voz».

—¿Qué papel desempeño yo en todo esto? Si es que se me atribuye otro que el de padre de la *daughter*…

—Tú eres… —Aomame se interrumpió. No le salían las palabras. Todavía quedaban muchos vacíos, y ellos dos tendrían que aunar las fuerzas para, con el tiempo, llenarlos.

—Yo estaba decidido a encontrarte —dijo Tengo—. Pero no lo logré. Me encontraste *tú* a mí. Es como si no hubiera hecho nada. No sé… No me parece justo.

—¿Justo?

—Te hago cargar con muchas cosas. Al final yo no sirvo de nada.

—No me haces cargar con nada —dijo Aomame sin dudar ni un segundo—. Has sido tú quien me ha guiado hasta aquí. De una forma invisible. Nosotros dos somos uno.

—Creo que he visto a esa *daughter* —dijo Tengo—. O *lo que significa* esa *daughter*. Dormía en medio de la luz tenue de la crisálida de aire y era como tú a los diez años. Pude tocar sus dedos. Ocurrió sólo una vez.

Aomame apoyó la cabeza en el hombro de Tengo.

—Tengo, ninguno de los dos hace cargar al otro con nada. Ahora mismo debemos pensar en proteger a *esta cosa pequeñita*. Nos pisan los talones. Están ya muy cerca. Oigo sus pasos.

—Ocurra lo que ocurra, nunca os dejaré en manos de nadie, ni a ti ni a esta cosa pequeñita. Reuniéndonos hemos cumplido el objetivo por el que entramos en este mundo, un mundo peligroso. Y tú sabes cómo salir de él.

—Creo que lo sé —dijo Aomame—. Pero quizá me equivoque.

31
TENGO Y AOMAME

Como una legumbre en su vaina

Tras apearse del taxi en el lugar que ella recordaba, miró a su alrededor al llegar a un cruce y, bajo la autopista, localizó el penumbroso depósito de materiales rodeado por una verja de planchas metálicas. Dándole la mano a Tengo, atravesaron el paso de peatones y se dirigieron hacia allí.

No daba con la plancha de metal que tenía los pernos flojos, así que fue probando pacientemente una por una hasta encontrar un hueco por el que cabía una persona. Se agachó y, con cuidado para que la ropa no se le enganchara, entró. Tengo la siguió, con el cuerpo encogido. Dentro del recinto todo estaba tal y como Aomame lo había visto en abril. Sacos de cemento descoloridos y desechados, pilares de hierro oxidados, maleza marchita, viejos papeles desparramados, excrementos blancos de paloma pegados aquí y allá. Nada había cambiado en esos ocho meses. Quizá desde entonces nadie había entrado allí. Era como una isleta de río en una carretera troncal en medio de la metrópolis; un lugar abandonado y relegado al olvido.

—¿Es éste el sitio? —preguntó Tengo mirando a su alrededor.

Aomame asintió con la cabeza.

—Si la salida no se encuentra aquí, entonces no podremos ir a ninguna parte.

Aomame buscó en la oscuridad las escaleras de emergencia por las que una vez había bajado. Unas escaleras estrechas que los conducirían a la autopista elevada. «Deberían estar aquí», se dijo. «Debo creer en ello».

Las encontró. Ahora le parecieron mucho más pequeñas, destartaladas e inseguras de lo que recordaba. Aomame se sorprendió de que hubiera bajado por ellas. En cualquier caso, allí estaban. Ahora sólo faltaba subirlas peldaño a peldaño, en sentido inverso. Se quitó los zapatos de tacón Charles Jourdan, los

guardó dentro del bolso y se puso éste a la espalda, cruzándolo por delante del pecho. Con los pies enfundados en las medias, pisó el primer peldaño.

—Sígueme —le dijo a Tengo, dándose la vuelta.

—¿No será mejor que vaya yo delante? —le dijo preocupado.

—No. Iré yo. —Era el camino por el que ella había descendido. Debía subir ella primero.

Las escaleras estaban mucho más frías que cuando las bajó meses atrás. Al asirse a la barandilla, las manos se le helaron hasta el punto de que creyó perder la sensibilidad. El viento que soplaba entre los pilares de la autopista también era mucho más fuerte y frío. Las escaleras se alzaban delante de ella indiferentes y desafiantes; no le prometían nada.

Cuando a principios de septiembre las había buscado desde la autopista, habían desaparecido. La vía estaba bloqueada. Pero ahora, desde el depósito, la vía los conduciría hasta la salida, tal como había previsto. Había tenido la corazonada de que, en esa dirección, las escaleras seguirían allí. «En mi interior llevo *esta cosa pequeñita*. Si posee algún poder especial, seguro que me protegerá y me indicará qué he de hacer».

Había escaleras, pero ignoraba si, en efecto, comunicarían con la autopista metropolitana. Quizá se interrumpiesen a la mitad y no hubiera salida. Sí, en aquel mundo todo podía ocurrir. No tenían más remedio que subir por su propio pie y comprobar lo que allí había —o lo que no había.

Peldaño a peldaño, ascendió con cuidado por las escaleras. Miró hacia abajo y vio que Tengo la seguía de cerca. De vez en cuando una fuerte ráfaga de viento hacía restallar su abrigo con un silbido agudo. El viento le azotaba la cara. Los bajos del vestido se le subían hasta los muslos. Con el viento, el cabello se le enredaba y, al pegársele contra la cara, le estorbaba la vista. Casi le costaba respirar. Se arrepintió de no habérselo recogido en una coleta. «También debería haberme puesto guantes. ¿Por qué no se me ocurrió?». Pero de nada servía lamentarse. Sólo había pensado en vestirse de la misma forma que cuando había bajado. Y ahora debía aferrarse a las escaleras y seguir subiendo.

Mientras avanzaba lentamente y tiritando de frío, se fijó en los balcones del edificio que se alzaba al otro lado de la carretera. Un inmueble de cinco plantas de ladrillo marrón. Había visto ese edificio la vez que bajó. Aproximadamente la mitad de las ventanas estaban iluminadas. Tenía el edificio a un palmo de la nariz, por así decirlo. Si algún inquilino los descubriese subiendo por las

escaleras de emergencia de noche, quizá se meterían en un lío. Ahora, el alumbrado de la Ruta 246 los iluminaba con bastante claridad.

Pero por suerte no se veía a nadie en las ventanas. Todas las cortinas estaban echadas. Era de esperar. ¿Y quién iba a salir al balcón en una noche fría de invierno para contemplar las escaleras de emergencia de una autopista?

En uno de los balcones vio una maceta con una cauchera. Se agazapaba, encogida, al lado de una silla de plástico sucia. Cuando había descendido en abril, también había visto una cauchera, mucho más mustia que la que había dejado en el piso de Jiyūgaoka. Durante esos ocho meses, esa cauchera debía de haber permanecido allí, encogida en la misma postura. Pálida y herida, la habían apartado al rincón más discreto del mundo, y sin duda todos se habían olvidado de ella. Quizá no le ofreciesen ni una gota de agua. Aun así, la modesta cauchera infundía coraje y seguridad a Aomame mientras subía confusa e inquieta, con las manos y los pies helados, por las inestables escaleras. «Tranquila, vas por buen camino. Recorro el mismo camino, pero en la dirección opuesta. Esa cauchera, en silencio, me sirve de señal.

»Cuando descendí por las escaleras, vi unas cuantas telarañas. Después pensé en Tamaki Ōtsuka. Recordé el viaje que hice con mi mejor amiga en verano, en la época del instituto, y la noche en que nos tocamos desnudas en la cama. ¿Por qué me acordé de algo así cuando bajaba las escaleras de emergencia?». Mientras subía, volvió a pensar en Tamaki Ōtsuka. Recordó aquellos pechos tersos y voluptuosos por los que siempre había sentido envidia. «Nada que ver con estos pobres pechos subdesarrollados». Pero aquellos bellos senos se habían perdido para siempre.

Luego pensó en Ayumi Nakano, la solitaria agente de policía a la que, una noche de agosto, habían esposado y estrangulado con la cinta de un albornoz en la habitación de un hotel en Shibuya. Una joven con el corazón atribulado que se encaminaba hacia el abismo de la destrucción. Ella también tenía un pecho voluptuoso.

Sentía profundamente la muerte de sus dos amigas. Le entristecía el hecho de que ellas ya no existieran en este mundo. Le apenaba en lo más hondo que aquellos dos espléndidos pares de pechos hubieran desaparecido sin dejar rastro.

«*Protegedme, por favor*», rogó Aomame. «*Necesito que me salvéis*». Tenía la seguridad de que sus desafortunadas amigas oirían su ruego silencioso. Y la protegerían.

Al llegar a lo alto de las escalerillas, vio una pasarela que conducía al exterior de la autopista. Tenía una barandilla baja, y debía agacharse un poco para avanzar por ella. Al fondo se veían unas escaleras en zigzag. Parecían un poco más estables que las escalerillas de antes. Por lo que recordaba, llevaban al espacio de evacuación de la metropolitana. La pasarela se sacudía debido a las vibraciones causadas por los tráileres que iban y venían por la autopista, como un pequeño bote zarandeado por un fuerte oleaje. Ahora el ruido de los coches había aumentado considerablemente.

Comprobó que Tengo, que ya había terminado de subir las escaleras, estaba a su espalda y, estirando el brazo, lo tomó de la mano. Estaba caliente. «¿Cómo puede tener las manos calientes en una noche tan fría, tras haberse agarrado a esas escaleras gélidas?», se extrañó Aomame.

—Ya falta poco —le dijo acercando su boca al oído de él. Tuvo que hablar alto para hacerse oír por encima del ruido del tráfico y del viento—. Subiendo esas escaleras saldremos a la autopista. —«Si es que no están obstruidas», pensó. Pero eso no se lo dijo.

—Planeabas subir estas escaleras desde el principio, ¿no? —preguntó Tengo.

—Sí. Si conseguía encontrarlas, claro.

—Y sin embargo te has puesto un vestido ajustado y zapatos de tacón. No parece la ropa más adecuada para subirlas.

Aomame volvió a sonreír.

—Necesitaba vestirme así. Algún día te lo explicaré.

—Tienes unas piernas preciosas —dijo Tengo.

—¿Te gustan?

—Mucho.

—Gracias —contestó Aomame. Se asomó sobre la estrecha pasarela y lo besó suavemente en la oreja. Aquella oreja arrugada como una coliflor. Estaba helada.

Aomame enfiló la pasarela hasta llegar a las estrechas y empinadas escaleras situadas al fondo. Tenía las plantas y los dedos de los pies helados. Debía andar con cuidado para no pisar en falso. Mientras subía, se apartaba con los dedos el cabello enredado. El viento helado la hacía llorar. Sujetándose al pasamanos para no perder el equilibrio, avanzaba con cuidado, paso a paso, mientras pensaba en Tengo, detrás de ella. En sus grandes manos y en sus frías orejas, semejantes a coliflores. También pensaba en *esa cosa pequeñita* que dormía en su interior.

Pensaba en la semiautomática negra que guardaba en el bolso, y en las siete balas con las que la había cargado.

«Pase lo que pase, debemos escapar de este mundo. Para eso tengo que creer ciegamente que estas escaleras nos van a conducir a la autopista. *Yo creo*», se dijo. Recordó la melodía que el líder había tarareado aquella noche de tormenta, antes de morir. Todavía recordaba algunos versos de la letra:

> Es un mundo circense,
> falso de principio a fin,
> pero todo sería real
> si creyeses en mí.

«Ocurra lo que ocurra, tenga lo que tenga que hacer, debo conseguir por mí misma que sea real. No. Debemos, Tengo y yo juntos, conseguir que sea real. Tenemos que reunir nuestras fuerzas y fundirlas en una. Por nosotros mismos y por *esta cosa pequeñita*».

Aomame se detuvo en un pequeño descansillo y miró atrás. Allí estaba Tengo. Ella extendió la mano y él la sujetó. Volvió a sentir el mismo calor de hacía un rato, un calor que le infundía fuerzas. Aomame inclinó de nuevo la cabeza y acercó su boca a aquella oreja arrugada.

—¿Sabes? Una vez quise dar mi vida por ti —le confesó—. Estuve a punto de morir. A unos pocos milímetros. ¿Me crees?

—Claro que sí —dijo Tengo.

—Dime que me crees de corazón.

—Te creo de corazón —dijo Tengo.

Aomame asintió y le soltó la mano. Volvió a mirar hacia delante y reanudó el ascenso.

Minutos después, Aomame llegó a la Ruta 3 de la autopista metropolitana. Las escaleras de emergencia no estaban bloqueadas. Había tenido una corazonada y su esfuerzo se había visto recompensado. Antes de saltar la verja de hierro, se enjugó con el dorso de la mano las lágrimas frías que le caían.

—La Ruta 3 de la metropolitana —dijo Tengo sorprendido, tras mirar a su alrededor en silencio—. Así que ésta es la salida a este mundo, ¿verdad?

—Sí —contestó Aomame—. Es la entrada y la salida.

Desde atrás, Tengo sujetó a Aomame mientras ella franqueaba la verja, con la falda subida hasta la cintura. Al otro lado estaba el espacio de emergencia, en el que cabían dos coches aparcados. Era la tercera vez que Aomame pisaba aquel lugar. Ante ella se erguía el gran panel publicitario de Esso. PONGA UN TIGRE EN SU AUTOMÓVIL. El mismo eslogan, el mismo tigre. Se quedó parada, descalza, sin decir una palabra. Y se llenó el pecho de aquel aire nocturno cargado de gases de escape. Le pareció más refrescante que cualquier otro aire. «*He vuelto*», pensó. «*Hemos* vuelto».

La carretera estaba muy congestionada, como la última vez. La fila de coches que se dirigía hacia Shibuya apenas avanzaba. Se sorprendió. «¿Por qué será? Siempre que vengo aquí hay atasco». Era raro que la Ruta 3 en dirección Tokio estuviera colapsada un día laborable a esas horas. Quizá se hubiera producido un accidente más adelante. En el carril contrario, los vehículos circulaban con fluidez. Pero, en dirección a la ciudad, era el caos.

Después de ella, Tengo franqueó la verja. Levantó una pierna y la saltó sin más. Después se situó junto a Aomame. Ambos contemplaron mudos la hilera de vehículos que se extendía ante sus ojos, como quien por primera vez en su vida ve el océano y contempla alelado cómo las olas, una tras otra, rompen en la orilla.

Los ocupantes de los coches los miraban fijamente con el desconcierto y la duda pintados en el rostro. Más que curiosidad, sus miradas traslucían recelo. ¿Qué hacía allí aquella pareja de jóvenes? Habían surgido de repente de la oscuridad y se habían quedado quietos en la zona de emergencia de la autopista. La mujer vestía un traje elegante, pero llevaba un abrigo ligero de entretiempo e iba con medias, sin zapatos. El hombre, corpulento, vestía una cazadora de cuero gastada. Ambos llevaban sendos bolsos bandolera. ¿Se les habría averiado el coche en el que viajaban?, ¿habrían tenido un accidente? Sin embargo, no se divisaba ningún coche en la zona de emergencia. Y ellos no parecían pedir auxilio.

Aomame por fin volvió en sí, sacó los zapatos de tacón del bolso y se los puso. Se ajustó la falda y colgó del hombro el bolso bandolera. Se abrochó bien el abrigo. Se humedeció los labios resecos con la lengua y, con los dedos, se

arregló el flequillo. Sacó un pañuelo y se secó las lágrimas. Luego volvió a acercarse a Tengo.

Permanecieron unos minutos el uno junto al otro, tomados de la mano y en silencio, al igual que en el aula del colegio, después de las clases, en un mes de diciembre de veinte años atrás. En aquel mundo no había nadie más que ellos dos. Contemplaron el parsimonioso flujo de vehículos. Pero, en realidad, ninguno de los dos miraba nada. A ambos les traía sin cuidado lo que veían o lo que oían. El paisaje, los sonidos y olores que los rodeaban habían perdido todo su sentido.

—Entonces, ¿hemos llegado a otro mundo? —dijo por fin Tengo.

—Quizá —contestó ella.

—Será mejor cerciorarse.

No había más que una forma de hacerlo, y no necesitaban decirlo. Aomame irguió el rostro y miró al cielo. Tengo hizo lo mismo prácticamente al mismo tiempo. Los dos buscaron la Luna en el firmamento. Debía de estar encima del anuncio de Esso. Pero no la veían. Parecía ocultarse tras las nubes que, perezosamente, iban hacia el sur arrastradas por el viento. Los dos esperaron. No tenían prisa. Les sobraba tiempo. Tiempo para recuperar el tiempo perdido. Tiempo que compartir. No necesitaban precipitarse. Con la manguera del surtidor en la mano y una sonrisa de complicidad, el tigre de la Esso velaba a los dos jóvenes tomados de la mano mientras los miraba de reojo.

Súbitamente, Aomame se dio cuenta de que algo había cambiado. Al principio no sabía qué era. Entornó los ojos y se concentró. Entonces dio con ello: el tigre del anuncio los miraba con su perfil izquierdo. El tigre que ella recordaba miraba al mundo con el perfil derecho, no le cupo la menor duda. *La posición del tigre se ha invertido*. Automáticamente, frunció el ceño. Su corazón se aceleró, y sintió como si en su interior algo hubiese cambiado su curso y fuera ahora a contracorriente. Pero ¿podía afirmar a ciencia cierta que el tigre se había invertido? ¿Era su memoria tan precisa? No, no estaba segura. Tan sólo *se lo había parecido*. La memoria, a veces, es traicionera.

Aomame se guardó esa sospecha para sus adentros. Todavía no podía decírselo. Con los ojos cerrados, trató de calmarse y de respirar hondo, para que los latidos de su corazón recobrasen su ritmo normal, y esperó a que las nubes pasasen.

Los ocupantes de los vehículos los miraban a través de la ventanilla. ¿Qué estarían mirando esos dos con tanta atención? ¿Por qué se sujetaban fuertemente

de la mano? Algunos de ellos volvieron la cabeza y miraron en la misma dirección que ellos. Pero lo único que veían eran las nubes blancas y el anuncio de Esso. ¡PONGA UN TIGRE EN SU AUTOMÓVIL! El tigre risueño miraba desde su perfil izquierdo a los automovilistas que pasaban y los exhortaba a que consumieran más gasolina. La cola naranja a rayas apuntaba con garbo al cielo.

Al cabo de un rato, las nubes se abrieron y asomó la Luna.

No había más que una. La Luna solitaria de color marfil de siempre. La Luna que colgaba en silencio sobre los campos de *susuki*[46], la que flotaba en la superficie calma de los lagos transformada en un plato blanco, la que iluminaba los tejados de las casas cuando todos dormían. La misma Luna que con tesón acercaba la pleamar a las dunas, la que arrancaba suaves destellos del pelaje de los animales, y la que protegía, envolviéndolos, a los viajeros nocturnos. Esa Luna de siempre que, unas veces, adoptaba la aguzada forma de cuarto creciente y rasgaba la piel de las almas y, otras veces, se transformaba en luna nueva y sin hacer ruido rociaba de gotas oscuras y solitarias la Tierra. Había fijado su posición sobre el anuncio de Esso. A su lado no estaba la lunecilla verde y deforme. La Luna taciturna pendía sola, sin obedecer a nadie. Los dos observaron la misma escena, sin necesidad de que ninguno de los dos se lo confirmara al otro. Aomame, callada, sujetaba la mano amplia de Tengo. La sensación de que en su interior algo había cambiado su curso había desaparecido.

«*Hemos regresado a 1984*», se dijo Aomame. «Ya no estamos en 1Q84, sino en el mundo de 1984, el que había en un principio».

Pero ¿sería real? ¿Podía el mundo volver atrás tan fácilmente? ¿No había afirmado el líder antes de morir que no había ningún modo de regresar al mundo?

«¿Habremos llegado a un *lugar diferente*? ¿Nos habremos trasladado de un mundo distinto a un tercer mundo, un mundo donde el tigre nos mira sonriente no desde su perfil derecho, sino desde el izquierdo, y donde nos aguardan nuevos enigmas y nuevas reglas?

»Tal vez no», siguió pensando Aomame. «En este momento no puedo asegurar que no sea así. Pero sí hay algo que puedo afirmar con toda seguridad: éste no es el mundo en cuyo cielo penden dos lunas. Y sujeto la mano de Tengo.

Nos adentramos en un lugar peligroso donde la lógica no tenía validez; superando duras pruebas conseguimos encontrarnos y juntos hemos salido de él. Tanto si hemos llegado al mundo de siempre como a un mundo nuevo, ¿qué hay que temer? Si nos esperan nuevas pruebas, bastará con volver a superarlas. Eso es todo. Al menos ya no estamos solos».

Se tranquilizó y, para creer en lo que debía creer, se apoyó contra el amplio pecho de Tengo. Pegó el oído al corazón de él y escuchó sus latidos. Luego se abandonó a sus brazos. Como una legumbre en su vaina.

—¿Adónde podemos ir ahora? —le preguntó Tengo al cabo de un buen rato.

No podían quedarse allí eternamente. Pero en la metropolitana no había arcén y, aunque la salida de Ikejiri quedaba relativamente cerca, por mucho atasco que hubiera era peligroso avanzar por un lado de una autopista estrecha junto a los coches. Por otra parte, aunque hicieran autoestop, difícilmente iban a encontrar a un conductor que se ofreciese a llevarlos. Podían llamar a la Corporación Nacional de Carreteras desde el teléfono de emergencias y pedir auxilio, pero tendrían que darles una explicación convincente de qué hacían allí perdidos. Si consiguiesen llegar a pie hasta la salida de Ikejiri, algún empleado del puesto de peaje los interrogaría. Ni se les pasaba por la cabeza volver a bajar las escaleras por las que habían subido hacía un rato.

—No lo sé —dijo Aomame.

No tenía ni idea de cuál era el siguiente paso. Una vez ascendidas las escaleras de emergencia, su papel había concluido. Había consumido demasiada energía como para ahora ponerse a pensar y decidir qué debían hacer. No quedaba ni una gota de combustible en su interior. La única solución era dejarlo todo en manos de otra fuerza.

«Padre nuestro que estás en el cielo. Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Perdona nuestras ofensas y bendice nuestro humilde caminar. Amén».

La oración salió de sus labios con toda naturalidad. Casi de manera instintiva. No había necesitado pensar. Las palabras carecían de significado. Las

frases no eran más que sonidos, una retahíla de signos. Pero mientras rezaba automáticamente la plegaria, sintió algo inexplicable. Algo que podía llamar, tal vez, devoción, y que sacudía su corazón en lo más profundo. «Me alegro de no haberme perdido a mí misma a pesar de todo lo que ha sucedido», pensó. «Me alegro de poder estar aquí —sea *este lugar* el que sea— siendo yo misma».

—Venga a nosotros tu reino —repitió en voz alta, como solía hacer en el colegio delante de la comida. Y lo deseaba de corazón, al margen de lo que significase. «Venga a nosotros tu reino».

Tengo le acarició el cabello con los dedos, como peinándoselo.

Diez minutos después, Tengo detuvo un taxi que pasaba. Ninguno de los dos daba crédito a lo que veía. Un taxi desocupado pasaba lentamente por la autopista congestionada. Cuando, sin salir de su asombro, Tengo alzó la mano, la puerta trasera del taxi se abrió de inmediato y los dos subieron. Lo hicieron precipitadamente, por miedo a que la aparición se esfumase. El taxista, un joven con gafas, volvió la cabeza y miró hacia ellos.

—Con el atasco que hay, ¿no les importa que los deje en la salida de Ikejiri, ahí delante? —dijo. Para ser hombre, tenía una voz extrañamente atiplada. Pero no resultaba desagradable.

—No, está bien —contestó Aomame.

—La verdad es que recoger a pasajeros en la autopista va en contra de la ley.

—¿De qué ley? —le preguntó Aomame. Su rostro, reflejado en el retrovisor, estaba ligeramente ceñudo.

El taxista no consiguió recordar la ley que le prohibía recoger clientes en la autopista. Además, el rostro de Aomame en el retrovisor lo intimidaba.

—Bah, no tiene importancia. ¿Dónde quieren que los deje entonces?

—Cerca de la estación de Shibuya, si puede ser —contestó Aomame.

—No he puesto en marcha el taxímetro —dijo el taxista—. Sólo les cobraré la carrera a partir de la salida de la autopista.

—¿Qué hace un taxi sin pasajeros en una autopista? —le preguntó Tengo.

—Es una historia un poco complicada —dijo el taxista con voz cansada—. ¿Quieren que se la cuente?

—Sí —respondió Aomame. No le importaba lo larga y aburrida que fuese. Estaba ansiosa por oír lo que le tenían que contar las personas de ese nuevo mundo. Tal vez descubriese nuevos secretos, nuevas insinuaciones.

—Cerca del parque de Kinuta recogí a un cliente de mediana edad que me pidió que lo llevase a la Universidad Aoyama Gakuin por la autopista, porque en la zona de Shibuya había mucho tráfico. En ese momento no habían informado de ningún atasco en la metropolitana. Supuestamente, el tráfico era fluido. Así que hice como me dijo y en Yōga cogí la autopista. Sin embargo, en la zona de Tani-chō se ha producido un accidente, y ya ven cómo está el panorama. Una vez en la autopista, mi cliente no podía apearse hasta llegar a la salida de Ikejiri. Entretanto, el hombre divisó casualmente a una conocida. Estábamos parados en la zona de Komazawa, al lado de un Mercedes-Benz Coupé plateado, y resultó que la mujer que lo conducía era amiga suya. Entonces bajaron las ventanillas, se pusieron a hablar y la mujer le propuso llevarlo. Mi cliente me dijo que lo sentía mucho, pero que quería pagarme el trayecto hasta ahí e irse con su amiga. Dejar a un cliente en la autopista es algo inaudito, pero bueno, los coches no avanzaban un milímetro y no pude negarme, ¿comprenden? De modo que el cliente se pasó al Mercedes-Benz. Aunque se disculpó y me dio algo de propina para compensar, no me hizo demasiada gracia. Porque el asunto era que iba a tener que quedarme en pleno atasco. Y poco a poco fui avanzando hasta llegar aquí, a poca distancia de la salida de Ikejiri. Entonces los vi a ustedes con la mano levantada. ¿No les parece increíble?

—Yo me lo creo —contestó escuetamente Aomame.

Esa noche se alojaron en un hotel, un gran rascacielos situado en Akasaka. Apagaron la luz, se desnudaron y, en la cama, se abrazaron el uno al otro. Tenían muchísimas cosas que contarse, pero todas podían esperar a la mañana siguiente. Tenían otras prioridades. Sin decir ni una palabra, tomándose todo el tiempo del mundo, exploraron sus cuerpos en la oscuridad. Con sus dedos y la palma de sus manos palparon y comprobaron, una a una, dónde se encontraba cada cosa y qué forma tenía. Excitados, como niños pequeños que buscan un tesoro en un cuarto secreto. Y cada vez que descubrían algo, le daban su aprobación besándolo con los labios.

Tras concluir sin prisas este proceso, Aomame sostuvo el pene erecto de Tengo en su mano. Del mismo modo que una vez le había agarrado la mano en el aula del colegio. Estaba más duro que cualquier cosa que hubiera conocido, erecto de un modo casi milagroso. Luego abrió las piernas, se acercó y lo

introdujo lentamente dentro de sí. Muy profundamente, hasta el fondo. Cerró los ojos en la oscuridad y tomó una bocanada de aire profundo y oscuro. A continuación, lo exhaló despacio. Tengo sintió el tibio suspiro en su pecho.

Muy quieta, Aomame le susurró al oído:

—Siempre me he imaginado cómo sería tenerte así.

—¿Haciendo el amor conmigo?

—Sí.

—¿Incluso cuando tenías diez años? —preguntó Tengo. Aomame se rió.

—¡No, no! Cuando ya era un poco mayor.

—Yo también me lo he imaginado.

—¿Que me penetrabas?

—Sí —contestó Tengo.

—¿Y es como te lo imaginabas?

—Todavía no me puedo creer que sea real —le confesó él—. Es como si aún estuviera imaginándomelo.

—Pero es real.

—Lo encuentro demasiado maravilloso para ser real.

Aomame sonrió en la oscuridad. Luego rozó los labios de Tengo con los suyos. Los dos entrelazaron durante un rato sus lenguas.

—Dime, ¿no crees que tengo los pechos pequeños? —dijo Aomame.

—Son perfectos —contestó él abarcándolos con las manos.

—¿Lo crees de verdad?

—Claro —dijo él—. Si fueran más grandes, ya no serías tú.

—Gracias —dijo Aomame—. Pero no es sólo eso: la diferencia de tamaño entre uno y otro es notable.

—Están bien como están —le aseguró Tengo—. El derecho es el derecho, y el izquierdo, el izquierdo. No necesitan ningún cambio.

Aomame pegó el oído al pecho de Tengo.

—¿Sabes? He estado sola durante tanto tiempo. Y tantas cosas me han hecho daño. Ojalá te hubiera encontrado antes. Así no habría tenido que dar este rodeo.

Tengo negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Todo ha ocurrido como debía ocurrir. Y ahora es el momento apropiado. Para los dos.

Aomame empezó a llorar. Derramaba lágrimas contenidas durante mucho tiempo. Incapaz de reprimirlos, los lagrimones le caían sobre las sábanas como lluvia. Con Tengo en lo más profundo de su cuerpo, tembló sin dejar de llorar. Él

la rodeó con los brazos y la abrazó. En adelante habría de seguir sosteniéndola por mucho tiempo, y pensar eso lo hacía más feliz que nada en el mundo.

—Hemos necesitado todo este tiempo para comprender lo solos que nos sentíamos —dijo él.

—Muévete —le dijo Aomame al oído—. Despacio, sin prisas.

Tengo hizo lo que le pidió: se movió muy lentamente. Respirando en silencio, prestando atención a sus propios latidos. Entretanto, como quien está a punto de hundirse, Aomame se aferraba al enorme cuerpo de Tengo. Dejó de llorar, dejó de pensar, se alejó del pasado y del futuro y acompasó su corazón a los movimientos de Tengo.

Hacia el amanecer, se acercaron al gran ventanal arropados con los albornoces del hotel y bebieron el vino tinto que habían pedido al servicio de habitaciones. Aomame sólo se mojó los labios. Ya no necesitaban dormir. Desde la ventana del decimoséptimo piso uno podía contemplar la Luna todo lo que quisiera. Las nubes habían desaparecido y nada obstaculizaba ya su vista. A pesar de que la Luna había recorrido bastante distancia, todavía seguía allí, rozando los rascacielos. Había aumentado aquel albor ceniciento y muy pronto, terminado su trabajo, se hundiría en el horizonte.

En recepción, Aomame había pedido una habitación en una planta alta, para poder ver la Luna; el precio no importaba. «Es la condición más importante: que se vea claramente la Luna», había dicho.

La encargada de recepción había atendido con amabilidad a aquella joven pareja que había aparecido de improviso. Esa noche todavía quedaban habitaciones libres. Y la empleada, nada más verlos, había sentido simpatía hacia ellos. La mujer le pidió al botones que los acompañase a la habitación para que pudiesen comprobar por sí mismos que desde el ventanal se veía la Luna y luego entregó a Aomame las llaves de la *suite júnior*. También les aplicó un descuento especial.

—¿Acaso hay luna llena o algo así esta noche? —le preguntó por curiosidad la recepcionista. A lo largo de los años había recibido toda clase de peticiones, deseos y súplicas por parte de los clientes. Pero era la primera vez que alguien le pedía una habitación desde la que se pudiera contemplar la Luna.

—No —dijo Aomame—. La luna llena ya ha pasado. Hoy estará en sus dos tercios. Pero no importa mientras se vea.

—¿Les gusta mirar la Luna?

—Es importante para nosotros —contestó con una sonrisa—. Más de lo que imagina.

Ya cerca del amanecer, el número de lunas no había aumentado. Era la misma Luna de siempre. El único satélite que desde tiempos inmemoriales giraba lealmente, siempre a la misma velocidad, alrededor de la Tierra. Mientras lo contemplaba, Aomame colocó suavemente sus manos en el vientre y comprobó una vez más que albergaba a *aquella cosa pequeñita*. Sintió que su vientre había aumentado un poco.

«Todavía no sabemos qué mundo es éste. Pero, al margen de cómo sea, me quedaré», pensó Aomame, *«nos quedaremos*. Esconderá sus propias amenazas y sus peligros. Y estará lleno de enigmas y contradicciones. En adelante quizá tengamos que tomar muchos senderos oscuros que no sabremos adonde conducen. Pero todo eso no importa. Aceptaré este mundo tal como es. Ya no me moveré de aquí. Pase lo que pase, los tres nos quedaremos en este mundo de una sola luna. Tengo, yo y esta cosa pequeñita».

PONGA UN TIGRE EN SU AUTOMÓVIL, decía el tigre de Esso. Miraba hacia ellos con su perfil izquierdo. Pero los mirase desde el lado que los mirara, brindaba a Aomame una gran sonrisa cálida y natural. «Creeré en ella. Es importante». Aomame le devolvió la sonrisa. Con mucha calidez y naturalidad.

Alzó en silencio una mano, y Tengo la tomó. Los dos permanecieron quietos, el uno junto al otro, unidos, observando en silencio la Luna que pendía encima de los edificios. Hasta que salió el sol y la iluminó, y su pálido fulgor fue apagándose hasta transformarse en un mero recorte de papel gris colgado del cielo.

—oOo—



HARUKI MURAKAMI. (Kioto, 1949) estudió literatura en la Universidad de Waseda, y regentó durante varios años un club de jazz. Es uno de los pocos autores japoneses que ha dado el salto de escritor de culto a autor de prestigio y con grandes ventas tanto en su país como en el exterior. Su peculiar universo narrativo, cargado de una sensualidad de turbadora belleza y fruto de una imaginación portentosa, lo ha convertido en un autor de referencia en todo el mundo. Ha recibido numerosos premios, entre ellos el Noma, el Tanizaki, el Yomiuri, el Frank O'Connor, el Franz Kafka o el Jerusalem Prize, así como el Arzobispo Juan de San Clemente, concedido por estudiantes gallegos. Ha sido distinguido con la Orden de las Artes y las Letras por el Gobierno español, y ha recibido recientemente el XXIII Premi Internacional de Catalunya 2011, que otorga la Generalitat de Catalunya. Tusquets Editores ha publicado ocho novelas de este autor: *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo; Sputnik, mi amor; Al sur de la frontera, al oeste del Sol; Tokio blues. Norwegian Wood; Kafka en la orilla; After Dark; El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*, y *1Q84 (Libros 1 y 2)* —al que le seguirá *1Q84 (Libro 3)*—, así como el volumen de relatos *Sauce ciego, mujer dormida* y el libro *De qué hablo cuando hablo de correr*, uno de sus textos más personales.

Notas

[1] *Aomame* puede designar una variedad de soja o puede ser sinónimo de guisante. *Soramame* significa haba (*Viciafaba*); y *Edamame*, vaina de soja verde. *(N. del T.)* <<

[2] Antiguamente, los teléfonos de las cabinas telefónicas públicas instaladas en establecimientos como cafeterías, restaurantes u hospitales, eran de color rosa. *(N. del T.)* <<

[3] Local tradicional japonés donde se puede beber y comer. *(N. del T.)* <<

[4] Bol de arroz cubierto de carne de ternera, cebolla y otros ingredientes. *(N. del T.)* <<

[5] En Japón es habitual regalar fruta. *(N. del T.)* <<

[6] En febrero de 1972, miembros del Ejército Rojo Unido, un grupo paramilitar de extrema izquierda, protagonizaron un largo y sangriento enfrentamiento con la Policía, con una rehén de por medio, en la montaña Asama (prefectura de Nagano). *(N. del T.)* <<

[7] El número 9 y la letra q se pronuncian en japonés del mismo modo: *ky*ū. *(N. del T.)* <<

[8] En el béisbol y sóftbol japonés, los jugadores que batean en la cuarta posición, dentro de la alineación del equipo, suelen ser muy buenos. *(N. del T.)* <<

[9] Campeonato anual entre institutos de todo Japón en diferentes modalidades deportivas. *(N. del T.)* <<

[10] Ración de comida envasada en una cajita o bandeja. *(N. del T.)* <<

[11] eike monogatari, traducción de R. Tani y C. Rubio, Gredos, Madrid, 2005. <<

[12] La isla de Sajalín, traducción de V. Gallego Ballestero, Alba Editorial, Barcelona, 2005. <<

[13] Uno de los dos silabarios japoneses que, junto con los ideogramas, se utilizan para escribir. Se emplea principalmente para transcribir palabras extranjeras y para ciertos términos científicos. *(N. del T.)* <<

[14] Prestigiosa universidad femenina privada. *(N. del T.)* <<

[15] Fideos de harina de trigo que se comen normalmente fríos. *(N. del T.)* <<

[16] Mafia japonesa. *(N. del T.)* <<

[17] Hotel para parejas, donde se pueden alquilar habitaciones por horas. *(N. del T.)* <<

[18] Obra escrita por Kaizan Nakazato publicada en 41 volúmenes entre 1913 y 1941. El título podría traducirse como *El paso del Gran Bodhisattva*. *(N. del T.)* <<

[19] Celebración estival budista en honor de los difuntos. *(N. del T.)* <<

[20] En Japón los taxis tienen puertas automáticas. *(N. del T.)* <<

[21] Estatuas de piedra con forma de león. *(N. del T.)* <<

[22] Número de la Policía en Japón. *(N. del T.)* <<

[23] Producto hecho con soja fermentada. *(N. del T.)* <<

[24] Problema que en la tradición zen el maestro plantea a su alumno para que resuelva yendo más allá de la lógica. Uno de los más famosos es el atribuido a Hakuin y que viene a decir lo siguiente: ¿cómo suena una palmada hecha con una sola mano? *(N. del T.)* <<

[25] Fonda tradicional japonesa. *(N. del T.)* <<

[26] Especie de tortilla japonesa. *(N. del T.)* <<

[27] Fragmento de la obra *Tōkyō* nikki (Diario de Tokio), del escritor Hyakken Uchida, inédita en español. *(N. del T.)* <<

[28] *Memorias de África*, traducción de Barbara McShane y Javier Alfaya, RBA Editores, Barcelona, 1992, págs. 226-227. *(N. del T.)* <<

[29] Bol de arroz cubierto de otros ingredientes (carne, *tempura*, etc.). *(N. del T.)* <<

[30] Plato de carne a la parrilla. *(N. del T.)* <<

[31] Grupo pop japonés de los años setenta formado por tres chicas. *(N. del T.)* <<

[32] En japonés, Tetsujin 28-gō, robot protagonista de un manga y una serie de animación. *(N. del T.)* <<

[33] Especie de máquinas tragaperras japonesas. *(N. del T.)* <<

[34] Cantidad no reembolsable que se le paga al dueño del piso. *(N. del T.)* <<

[35] Bollo relleno de *an*, una pasta dulce de judías. *(N. del T.)* <<

[36] Muñeco de cabeza grande, vestido de manera tradicional, que se coloca a la entrada de las casas y los locales comerciales para atraer la buena suerte. *(N. del T.)* <<

[37] Famoso parque de Tokio. *(N. del T.)* <<

[38] Estatuillas de piedra que representan al Ksitigarbha Bodhisattva, situadas en caminos, cementerios y templos, y que, según la creencia popular, protegen las almas de los niños muertos. *(N. del T.)* <<

[39] Bola de arroz envuelta en alga *nori* que puede prepararse con diversos ingredientes dentro, en este caso *umeboshi*, ciruela encurtida en sal. *(N. del T.)* <<

[40] Comunidad religiosa surgida en el siglo XIX. *(N. del T.)* <<

[41] Bol de arroz cubierto de pollo y huevo, entre otros ingredientes. *(N. del T.)* <<

[42] El título de la canción es *Miagete goran yoru no hosbi wo (Mira las estrellas de noche)*, del año 1960. Fue popularizada por el cantante Kyū Sakamoto, más conocido por la famosa *Ue wo muite aruk*ō (Camino mirando hacia arriba). *(N. del T.)* <<

[43] La mayoría de los japoneses tiene un sello individualizado, un tampón que puede ser de distintos materiales; sirve para formalizar documentos legales y tiene el mismo valor que la firma. *(N. del T.)* <<

[44] En Japón, el crisantemo blanco es un símbolo de luto. *(N. del T.)* <<

[45] Puertas de madera o piedra formadas por dos postes y un travesaño que se erigen a la entrada de recintos sagrados. *(N. del T.)* <<

[46] *Miscanthus sinensis*, herbácea natural de Asia oriental. *(N. del T.)* <<